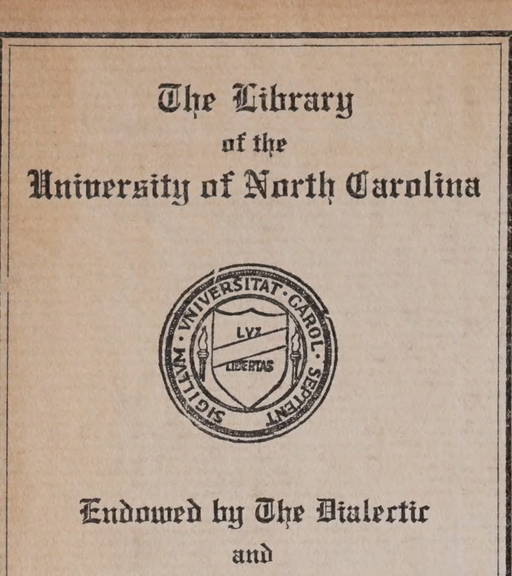
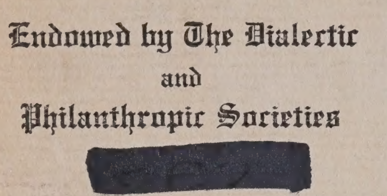
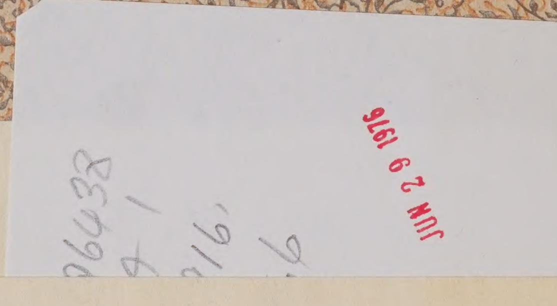
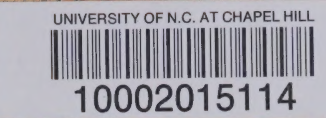





[redacted]






UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002015114

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO VI



MADRID
Tipografía de Archivos. Olózaga, 1.
1928

Sturgis E. Leavitt
University of North Carolina
Chapel Hill
N. C.

E. E. U. U

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO VI



MADRID
Tipografía de Archivos. Olózaga, 1.
1928

PRÓLOGO

Las veinte comedias que componen este tomo VI de las *Obras de Lope de Vega* son de la misma rareza que las anteriores, porque ninguna de ellas se ha vuelto a imprimir desde el siglo XVII Daremos breve noticia de la procedencia de cada una y de sus ediciones.

I. La fundación de la Alhambra de Granada.

Esta comedia se publicó en un tomo de *Seis comedias de Lope de Vega*, impreso en Lisboa en 1603 (1). Pero aunque esto diga la portada y aunque

(1) *Seis | comedias | de Lope de Ve- | ga Carpio, cvios nom- | bres dellas son estos. | 1. De la destruicion de Constantinopla. | 2. De la fundacion de la Alhambra de Granada. | 3. De los amigos enojados. | 4. De la libertad de Castilla. | 5. De las hazañas del Cid. | 6. Del perseguido. | Con licencia de la Santa Inquisición y Ordinario. | En Lisboa. | Impresso por Pedro Crasbeeck. | Anno MDCIII. | Con priuilegio de diez años. | A costa de Francisco Lopez.*

4.º menor; 2 hojas prels. y 272 texto; pero debe advertirse que desde el folio 99 salta la numeración al 200, en lugar de 100; de modo que el tomo tiene exactamente cien hojas menos de las que ostenta. El texto acaba en el vuelto del folio 272 con estas palabras: "*Fin de la Comedia del Persiguido.* | LAVS DEO."

Port.; vuelta en bl. En la hoja 2.ª aprobación de Frey Manoel Coelho, sin fecha.—Licencia para imprimir del Consejo: Lisboa, 20 de mayo de 1602.—Otra del ordinario: 6 junio 1603.—En el vuelto de esta hoja el privilegio (Lisboa, 9 noviembre 1602) dice que Francisco López, librero, morador en Lisboa, pidió que se le concediese el privilegio para "o liuro de Comedias de Lope de Vega, que o dito Francisco Lopez diz que ajuntou, & de outros autores de que na dita petiçao faz mençao", lo cual se le concede.

Esta edición se creyó ser la primera de este libro; pero como el mismo Lope de Vega dijo que aunque suena impresa en Lisboa fué hecha en Madrid, se supuso la existencia de una impresión anterior madrileña, a la que, por encubrir el fraude de publicar comedias ajenas sin permiso de sus dueños, se pusiese pie de imprenta de Lisboa. Algo extraña era la hipótesis, por cuanto esta edición es positivamente portuguesa, como lo prueba el sinnúmero de lusismos y erratas de igual clase de que está plagado, lo cual prueba que Lope no vió este tomo. Y daba mayor fuerza a esta opinión el hecho de aparecer primero en la Biblioteca Ambrosiana de Milán y luego en la Cívica de Hamburgo sendos ejemplares de la presunta edición madrileña, cuya portada dice: *Seis | Comedias | de Lope de Vega | Carpio, y de otros av- | tores cvios nombres de | llas son estos*: ...(Como en la anterior.) *Con licencia de la Santa Inqvisicion y Ordinario* |

con cierta obscuridad lo confirme el privilegio, es lo cierto que de Lope de Vega sólo se hallan en este tomo dos comedias indubitadas, que son: *Los amigos enojados* y *El perseguido,* reimpresas ambas; la primera en el tomo III de esta colección, y la segunda en el XV de la primera serie de estas comedias de Lope, publicada también por la Academia.

El texto de la comedia, como los demás del tomo en que se halla, está bastante maltratado por los tipógrafos portugueses, que a veces hacen sustituciones de palabras imposibles hoy de restablecer sin el auxilio de otro texto. En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito de la *Fundación de la Alhambra;* pero es copia moderna del tomo impreso en 1603.

En cuanto a la propiedad de esta comedia nos parece muy aventurado atribuírsela a Lope. Aunque no carece de pasajes tiernos y escenas cuya delicadeza no parecerían mal en una obra suya, la poesía es premiosa y forzada, cosa incompatible con la natural fluidez de Lope; el poeta aspira constantemente la *h,* lo cual le señala como andaluz; aprovecha demasiado el encuentro de vocales, aun las débiles, para remediarse en cuanto al número de sílabas del verso.

El fondo de la obra puede decirse que es el amor conyugal llevado hasta el crimen. Doña Juana de Luna los comete por salvar a su marido. La calum-

---

En Madrid | Impresso por Pedro Madrigal | año MDCIII | Con privilegio de diez años.

No tiene preliminares, sino que de la portada y su vuelta blanca pasa al folio primero con el texto. Pero el insigne hispanista don Antonio Restori, para quien la bibliografía dramática española no tiene secretos, ha demostrado, en su reciente y precioso *Saggi di Bibliografía teatrale spagnuola,* que la edición madrileña no es más que la lisbonense, privada de preliminares, y a la cual, en un número dado de ejemplares, se agregó la nueva portada. Todos los lusitanismos que contiene la edición de Lisboa y que tanto afean las comedias que contiene, se hallan literalmente en la falsa edición madrileña, errores y erratas imposibles de cometer por un impresor castellano y madrileño, por más señas.

Además, el editor y librero de Lisboa Francisco López era español, de seguro; las compañías que de continuo entraban en Portugal irían dejando en sus manos comedias manuscritas de las que representaban, y cuando creyó conveniente imprimiría seis de las que serían más famosas, a las cuales, por más encarecerlas, dió el nombre de Lope de Vega, ya famoso en toda la península. No hay que olvidar tampoco que en el privilegio se dice que López, editor, había reunido las tales comedias, y si hubiera edición madrileña anterior lo hubiera callado. Hay, pues, que concluír con que Lope de Vega no vió el tomo lisbonense, y le pareció que, como sucedió en adelante, los editores portugueses sólo reimprimían libros estampados antes en España. Precisamente, al mismo señor Restori se debe otro de los más importantes hallazgos relativos a Lope de Vega que lo prueban, como fué el del único ejemplar, aún hoy conocido, de la primera edición de la primera parte de las *Rimas* de Lope (Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604), que Restori halló en la Biblioteca de Cremona, cuando todos creían que la edición más antigua de estas *Rimas* era la de Lisboa, por Pedro Crasbeeck, 1605; pero la cual es un simple plagio de la edición sevillana.

nia y muerte de la mora Hálima es obra suya, así como la puñalada al Rey de Granada, a que se arroja cual nueva Judit, porque el Monarca había condenado a muerte al inocente esposo de la dama.

El asunto parece de libre invención del poeta, y sólo al principio se refiere al título de la comedia, que parece va a ser el nudo del asunto, y más con la introducción del niño Dieguito. Se conoce que el autor fué variando su plan según se le fueron ofreciendo, cada vez más fuertes, los episodios de los dos cónyuges y la dureza del Rey granadino (2).

II. El galán Castrucho.

Se imprimió por primera vez esta comedia en 1614, en la *Parte IV* de la colección especial de Lope de Vega, de la cual se hicieron tres ediciones diferentes en Madrid, Barcelona y Pamplona, dos de ellas en el mismo año, lo cual prueba la gran popularidad y difusión que alcanzaba el teatro de Lope (3).

---

(2) La leyenda que se apunta al principio de la obra parece común de otros pueblos.

(3) *Doze | Comedias de | Lope de Vega | Carpio familiar del | Santo Oficio. | Sacadas de svs originales. | Qvarta parte. | Dirigidas a Don Lvys Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragō, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de | Vaena, Marqués de Poza, Conde de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Iznajar, Señor de las | Baronias de Velpuche, Liñola, y Calonge, Gran Almirante de Napoles. | Año* (Escudo del Impresor) *1614. | Con privilegio. | En Madrid, Por Miguel Serrano de Vargas. | A costa de Miguel de Siles librero. | Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças.*

4.°; 4 hojas prels. y 296 numeradas (pero son 322, por los muchos errores); signat. A-Aa-Ss.—Port.; v. en bl.; Títulos de las comedias que van en esta quarta parte; Tasa, a petición de Gaspar de Porres (3 ½ mrs. cada pliego): Madrid, 14 de marzo de 1614; Erratas (no hay): Madrid, 11 de marzo de 1614; Aprob. de Tomás Gracián Dantisco: Madrid, 11 de enero de 1614; Aprob. de Fr. Juan Bautista, trinitario, calle de Atocha: 20 de diciembre de 1613; Privilegio por diez años a Gaspar de Porres: Madrid, 5 de febrero de 1614; Dedicatoria de Porres al Duque de Sessa; A los lectores, Texto.

Contiene: Laura perseguida, fol. 1; El nuevo mundo descubierto por Cristoual Colón, folio 29; El asalto de Mastrique, por el Príncipe de Parma, fol. 53; Peribáñez y el Comendador de Ocaña, fol. 72; El genoues liberal, fol. 102; Los torneos de Aragón, fol. 130; La boda entre dos maridos, fol. 157; El amigo por fuerza, fol. 177; *El galán Castrucho*, fol. 189; Los embustes de Zelauro, fol. 216; La fe rompida, fol. 243; El tirano castigado, fol. 272.

La dedicatoria al Duque y el prólogo a los lectores, de Porres (autor de compañías), demuestran que esta edición se hizo con acuerdo de Lope. Porres dice que estas doce comedias las tuvo él originales; con que habrán sido representadas por sus compañías, o Lope le habrá dado nuevas copias.

La segunda edición de este tomo es:

Doze | Comedias de | Lope de Vega | Carpio familiar | del Santo Oficio. | Sacadas de svs originales. | Qvarta parte. | Dirigidas a Don Lvys Fernandez de | Cordoua... (como en la de Madrid) | *Año* (Escudo del Impresor) *1614. | Con licencia del Ordinario. | En Barcelona, en casa Sebastián de Cormellas, al Call. | A costa de Iuan de Bonilla, Mercader de libros.*

4.°; 4 hojas prls. y 312 foliadas. Port.; v. en bl.; Títulos de las comedias; a la vuelta la Tasa; en la hoja 3.ª las dos aprobaciones de

Dióle primitivamente en *El Peregrino en su patria* (1604) el título más exacto de *El rufián Castrucho;* pero, al publicar la comedia en 1614, pareciéndole poco decorosa la voz *rufián,* la sustituyó por la que ahora tiene. Esta comedia procede de *La Celestina,* en cuanto a los tres personajes principales, que son: la encubridora, la dama cortesana y el rufián Castrucho. Lo demás de la obra pertenece a la vida soldadesca y de guarnición en Italia, donde pasa la acción, y se resuelve con un enredo final que Lope pudo ver en los cuentistas italianos, según viene a indicar al decir, en la pág. 66:

Al fin, entre las cosas que derrama
de algunos libros que traslado y copio,
quiero poner la burla que se ha hecho
a tres hombres de tanto nombre y pecho.

Los dos primeros actos son preciosos por las graciosas escenas y los dichos saladísimos de los tres principales personajes, copia fiel y cómica de la realidad, no exenta de crudeza.

III. La gallarda Toledana

Esta linda comedia se estampó en la *Parte XIV* de la colección propia de Lope, impresa en 1620, y otra vez al año siguiente, y ambas en Madrid (4). *La gallarda Toledana* es una comedia de enredo y de costumbres de

---

Madrid y en el verso otra de Barcelona (por el obispo), de 26 de abril de 1614, y en la hoja 4.ª la dedicatoria de Porres y la advertencia a los lectores. El texto el mismo. Todas las comedias empiezan plana, y ésta es impar.

La tercera impresión es la que sigue:

Doze | Comedias de | Lope de Vega Carpio. | Familiar del Santo Oficio. | Sacadas de svs originales. | Qvarta parte. | Dirigidas a Don Lvys Fernan- | dez de Cordoua... (como en las anteriores) | *Año* (Escudo del Impresor) *1624.* | *Con licencia.* | *En Pamplona, por Iuan de Oteyza, Impressor del | Reyno de Nauarra.*

4.°. 4 hojas prels. y 296 foliadas. Port.; V. en bl.; Títulos de las comedias; Erratas: Pamplona, 16 de agosto de 1624; Licencia del Consejo de Navarra a Nicolás de Asiayn, Pamplona, 16 de agosto del mismo 1624; Dedicatoria al Duque y Advertencia "A los lectores" de la edición de Madrid. El texto por el mismo orden; cada comedia empieza en plana par o impar, indistintamente.

(4) *Parte catorze | de las Comedias de | Lope de Vega Carpio Pro- | curador Fiscal de la Camara Apostolica, y su No- | tario, descrito en el Archiuo Romano, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | A quien van dirigidas dize | la siguiente pagina. | Año* (Escudo del Impresor) *1620.* | *Con privilegio.* | *En Madrid, por Iuan de la Cuesta.* | *A costa de Miguel de Syles mercader de libros. Vendense en su casa, en la | Calle Real de las Descalças.* (Al final del tomo.) *En Madrid.* | *Por Iuan de la Cuesta.* | *Año M. DC. XX.*

4.°; 4 hojas prels.; 313 foliadas (sólo son 291, por los varios errores en la numeración) y la hoja final.

Port.; a la vuelta la Tabla de las comedias; en las hojas siguientes: Suma del privilegio al autor por diez años: Madrid, 26 de diciembre de 1609. Tasa (74 pliegos a 4 mrs.): Madrid, 12 de junio de 1620. Erratas: Madrid, 7 de junio de 1620. (El licenciado Murcia de la Llana, corrector, dice que no tiene nin-

la clase media acomodada de Madrid, en la cual aparece usado el famoso disfraz de la heroína en traje masculino aquí con alguna mayor verosimilitud que en las imitaciones de Tirso, puesto que no es una dama burlada que corre tras de su seductor para traerle al buen camino, sino una joven medio desposada por la familia, pero que no conoce ni de vista al galán, su futuro marido, de quien es igualmente desconocida; así es que puede impunemente presentarse ante él y urdir sus intrigas con menos peligros y dificultades. El recurso que emplea es el usual de enamorar y trastornar la cabeza de su propia rival, haciéndole consentir en una cita nocturna, a la cual, no sólo no acude, sino que introduce otro galán amante algo postergado de la misma dama, que de este modo se ve comprometida a casarse con él, mientras que ella, a su vez, se encierra con su tornadizo esposo, el cual, como es de presumir, queda muy contento de la sustitución que se le ofrece.

Esta comedia fué escrita hacia 1602 probablemente, y de seguro después de 1601 y antes de 1606, pues se dice en ella repetidas veces que el suceso ocurre a poco de ausentarse la Corte de Madrid para Valladolid, donde permaneció los cinco años corridos que median entre las dos fechas. Debe de

---

guna.) Licencia del Vicario de Madrid, Dr. Andrés de Aresti: Madrid, 23 de octubre de 1619. "El Teatro a los lectores": Lope se queja de la grosería del público, que silbaba las obras a troche y moche. Texto.

Contiene: Los amantes sin amor. Representóla Morales. Dirigida a D. Pedro Fernández de Mansilla, alcalde de casa y corte: fol. 1; La villana de Xetafe. Representóla Valdés. Dirigida a D. Francisco López de Aguilar; folio 26 v.; La Gallarda Toledana. Representóla Granados. Dirigida a D. Francisco Pacheco, pintor; fol. 55 v.; La corona merecida. Representóla Granados. Dirigida a D.ª Angela Vernegali; fol. 76 v.; La Viuda Valenciana. Representóla Mariana Vaca. Dirigida a la Sra. Marcia Leonarda; El Caballero de Illescas. Representóla Ríos. Dirigida al Maestro Vicente Espinel y su maestro; Pedro Carbonero, tragicomedia en tres actos. Representóla Granados. Dirigida a D. Diego Félix Quixada y Riquelme; El verdadero amante. Representóla Ríos. Dirigida a Lope de Vega, el Mozo; Las almenas de Toro. Representáronla Morales y Jusepa Vaca. Dirigida a D. Guillén de Castro; El bobo del Colegio. Representóla Tomás Fernández. Dirigida a D. Lorenzo Vander Hammen y León; El cuerdo loco. Representóla Granados. Dirigida a D. Tomás Tamayo de Vargas; La Ingratitud Vengada. Representóla Osorio, el autor antiguo. Dirigida a D. Fernando Bermúdez y Carvajal.

La segunda edición de esta parte es:

Parte catorze | de las Comedias de Lope | de Vega Carpio, Procvra- | dor Fiscal de la Camara Apostolica y su Notario, | descrito en el Archivo Romano, y Fa- | miliar del Santo Oficio de la | Inquisición. | A qvien van dirigidas dize | la siguiente pagina. | Año (Escudo del Impresor) *1621. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Fernando Correa Montenegro. | A costa de Miguel de Siles mercader de libros. Vendese en su casa en | la calle Real de las Descalças.* (Al final:) *En Madrid. | Por la viuda de Fernando Correa | Montenegro. | Año M.DC. XXI.*

4.º; 4 hojas prels.; 313 foliadas y una del colofón. Port.; v. con la "Tabla de las comedias"; Suma del privilegio al autor por diez años; Madrid, 26 diciembre 1609. Los demás prels. lo mismo que en la anterior. Tiene infinitos errores de foliación. Las comedias van por el mis-

ser, por tanto, anterior al *Don Gil de las calzas verdes* y otras comedias de Tirso, en que se emplea el mismo recurso cómico para enredar la acción del drama.

En este de Lope, que es todo lozanía y frescura, versificación fácil y alegre, ambiente poético, ingenio y agudeza por doquiera, no obstante las inverosimilitudes anejas al asunto, tiene además muchos pormenores y episodios llenos de interés y de agudeza. En el acto primero hay una curiosa descripción de la Casa de Campo, con sus bosques, lagos, jardines, que Felipe II había mandado hacer algunos años antes, y que era, a la sazón, que podía fácilmente visitarse, gran novedad para los madrileños, que contemplaban extasiados las mil cosas exóticas e indígenas que encerraba aquella finca de placer, casi dentro de Madrid.

En su dedicatoria al célebre Francisco Pacheco, suegro de Velázquez, recuerda Lope que Pacheco le había pintado y puesto en su famoso libro de retratos "como suele Naturaleza el lunar en las hermosas"; y aunque ya en el poema de la *Jerusalem libertada* le había agradecido el favor en una octava real, todavía se creía obligado a reiterarle su gratitud dedicándole *La gallarda Toledana*, que hubiera estado mejor si el pincel del artista le diera vida antes que el poeta con su pluma.

IV. El Genovés liberal.

Apareció impresa esta comedia en la *Parte IV* de la colección de Lope, impresa en 1614, y otra vez años después (5). Es drama en alto grado interesante, por la gigantesca lucha entre el amor y el honor, personificada en dos férreos caracteres. Lo mismo Alejandra que Octavio son dos figuras morales de extraordinaria elevación moral y de suprema belleza dramática.

El ilustre escritor italiano señor Restori, en un erudito trabajo sobre *Génova en el teatro clásico de España* (6), examina con su habitual acierto esta comedia y señala sus fuentes. Fundió Lope en una dos narraciones distintas: una de G. B. de Udine, en su novela titulada *Lacrimosa historia de dos*

mo orden que en la anterior y comienzan indistintamente página par o impar. Folios 1, 26 v., 55 v., 76 v., 99 v., 124, 151, 195, 218 v., 243, 266 v., 293. Es impresión hecha a plana y renglón de la anterior.

(5) Véase *El galán Castrucho*, nota (3) de este prólogo.

(6) *Genova nel Teatro classico de Spagna. Discorso letto per la solenne inaugurazione degli Studi nella R. Università di Genova il giorno 4 Novembre 1911 dal Dott. Antonio Restori, Professore Ordinario di Lingue e Letterature neolatine.* Genova, Società Tipo-Litografica Ligure E. Oliveri & c. 1912.—Folio, 45 ps.: Véanse ps. 24-28.

amantes genoveses, según la cual Pablo Fornari, al volver de su destierro halla casada por voluntad paterna a su amada Minetta de Oria con otro, e intenta, por cuantos medios le sugiere su amor, aunque en vano, vencer su honestidad, asunto que, con vario resultado, se halla también tratado por el mismo Lope y otros. La que en el fondo tiene mayor semejanza con la obra de Lope es una novela del Bandello (7), según la cual un joven caballero genovés llamado Luchino Vivaldo se enamoró de una artesana de la ciudad, llamada Gianchinetta, a la que no pudo vencer ni aun ofreciéndole casarse con ella. Hízolo la joven con un marinero que con frecuencia estaba ausente de Génova, sin que cesase la persecución amorosa de Vivaldo ni la resistencia de ella. Pasados varios años y cuando Gianchinetta tenía ya dos o tres hijos y Vivaldo se había casado con una señora de su clase, coincidió una larga detención en el extranjero del marido de la muchacha con una carestía en Génova que puso a punto de morir de hambre a la pobre familia de Gianchinetta. En su desesperación resolvió ésta ir a ver a Vivaldo y obtener su protección, aun a costa de su honra; pero el nobilísimo caballero, sin aceptar recompensa tan costosa, llevó a la joven al lado de su mujer, para que, más honestamente, fuese ella quien la socorriese con abundancia.

Este asunto, que será cuento popular en todos los países europeos, fué convertido por Lope en un tema más artístico, elevando la categoría social de la dama; juntando el antecedente de haber sido amante y amado de ella antes del casamiento, para que el triunfo de la virtud fuese más heroico, añadiendo el detalle del propósito final de morir la dama apenas obtuviese el socorro de Octavio, y para darle carácter histórico engarzó este suceso con la sublevación genovesa de 1507 contra el poder de Luis XII de Francia y contra la nobleza que seguía su partido, a la que el pueblo desterró (uno de los nobles que era el marido de Alejandra), y eligió duque (*doge* o *dux*) al tintorero Paolo da Novi, al cual como dice Restori, Lope, con su genial intuición, aunque condenando la furia popular, supo juzgar con gran elevación de ideas, reconociendo en aquella figura la pureza de su vida y sus ideales de libertad y de justicia.

La comedia de Lope es posterior a 1604, pues sólo aparece citada en el *Peregrino en su patria,* de 1618, aunque, como se ha visto, fué impresa cuatro años antes.

---

(7) Matteo Bandello, *Le novelle. Parte seconda; novella XXVI.*

V. Guerras de amor y de honor.

No se cita esta comedia en el *Peregrino* ni aparece incluída en ninguna de las *Partes*, así de LOPE como de otros autores. Se imprimió suelta a fines del siglo XVII, y de esta clase se hallan ejemplares en algunas bibliotecas, como el Museo Británico (procedente de Chorley, y antes quizá de Durán) y en la Biblioteca ducal de Parma. Nuestro correspondiente don Antonio Restori, constante favorecedor de la Academia, nos envió una excelente copia de este texto, igual al del Museo Británico.

Don Pedro Salvá (*Catálogo,* p. 607) poseyó otra edición diferente y algo más antigua, pues dice en el encabezado que representó, es decir, estrenó la comedia el actor, cabeza de compañía, "Prado" (Antonio de). Este ejemplar desapareció en la venta de la Biblioteca, hecha en París en 1891, y, por tanto, no pudimos hacer el cotejo, que sería muy útil para enmendar quizás algunos lugares defectuosos del texto que aquí se reproduce. En Madrid había ejemplares de una u otra edición en el siglo XVIII, pues se halla mencionada la obra como de LOPE en el *Catálogo de Medel* (1735), quien acaso la tendría de venta. Hoy no conocemos ninguno. Durán tuvo un ejemplar que se cita en la página 93 del catálogo que se hizo en 1864 (*Memoria de la Biblioteca Nacional;* Madrid, 1865), cuando el Estado compró para la Nacional esta preciosa colección; pero, como es sabido, la mayor parte de las comedias sueltas de LOPE en ella contenidas, o no llegaron a nuestra Biblioteca, o desaparecieron a poco de la misma. En cambio, casi todas las que llevan iguales títulos fueron adquiridas muchos años después, con las demás de M. Chorley, por el Museo Británico, donde se hallan.

Que la obra pertenece a LOPE DE VEGA no puede dudarse después de leída; y aunque dice al final que es "verdadera historia" y primera parte de otra que ofrece, no cumplió esta promesa ni el asunto deja de ser una leyenda genealógica de la Casa de Córdoba, cuyo ensalzamiento tanto importaba al protegido de don Luis Fernández de Córdoba, perteneciente a la familia del Martín Alfonso de la obra.

LOPE, alterando los tiempos y los sucesos, establece los de esta comedia en tiempo del rey San Fernando, en que no hubo ningún Martín Alfonso de Córdoba; le atribuye el socorro de la Peña de Martos, heroicamente defendida por la Condesa, mujer de Alvaro Pérez de Castro, que, efectivamente, sucedió, aunque de otro modo, en tiempo de San Fernando. Pero le adjudica

igualmente la conquista de Archidona, suceso que no ocurrió hasta cerca de dos siglos más tarde (1431); y, en fin, el señor de Vizcaya le casa con su hija y heredera doña Aldonza de Haro. Lo que da más carácter genealógico a este asunto es el episodio o hecho tan propio de esta clase de literatura (recuérdense los orígenes de los apellidos *Pimentel, Sarmiento, Girón, Moscoso,* etc.), que fué así. Murmurando algunos cortesanos de que siendo Martín Alfonso tan joven se le encomendase una empresa tal como el cerco de Archidona, diciendo que sólo debía entablarlo aquel a quien se le tuviese derecho un peine en la barba, Martín Alfonso, cogiendo uno bien fuerte se lo clavó en la mejilla, causándose grandes heridas, y por ello recibió el apodo de "el de la barba", o "el de la barba de acero".

El verdadero Martín Alfonso de Córdoba, señor de Alcaudete, Montemayor y Dos Hermanas, vivió en la primera mitad del siglo XIV, en tiempo de Alfonso XI. Hay muy pocas noticias de él, aunque se supone que ya en edad provecta asistió a la batalla del Salado (1340), y se casó, efectivamente, con doña Aldonza López de Haro, hija del señor de Vizcaya (8).

Lope escribió esta comedia hacia 1610, en que empezaron sus amistosas relaciones con el Duque de Sessa (cuya protección disfrutó el poeta hasta su muerte) por la insistencia con que habla de la expulsión de los moriscos como suceso reciente y que, efectivamente, llevó a cabo Felipe III en dicho año.

La obra, aunque es de guerras de moros y cristianos, interesa por el hermoso carácter de Martín Alfonso, que luchando entre su amor a una hermosa esclava mora y del deber de caudillo, vence el honor en su noble pecho y se desprende de la esclava para ofrecérsela intacta al principal murmurador de su conducta.

VI. El Hamete de Toledo.

Hállase esta célebre y bárbara tragedia en la *Parte IX* de la colección especial de Lope de Vega, impresa en Madrid en 1617, y luego en Madrid otra vez en 1618 y en Barcelona en este mismo año, y desde entonces no sabemos que se haya vuelto a dar a la estampa (9).

Es obra de la segunda época de Lope, pues no aparece citada más que en

---

(8) Bethencourt: *Hist. genealóg. de la monarq. esp.;* t. IX, p. 230.

(9) *Doze | comedias de Lope | de Vega, sacadas de | sus originales por el mismo. | Dirigidas al Excelentissi- | mo señor don Luys Fernandez de Cordoua y Aragon, | Du- | que de Sesa, Soma y Baena, Marques de Poza, Conde | de Cabra, Palamos y Oliuito, Vizconde de Izna- | jar, Varon de Belpuche, Liñola, y Calonje, | gran Almirante de Napoles | su señor. | Novena parte.* | Año (Escudo del Sagitario, con la leyenda *Salubris sagita a Deo*

la edición del *Peregrino,* de 1618, y el suceso debió de haber ocurrido realmente, pues sólo así se comprende que Lope se haya atrevido a mostrar al público tantas atrocidades sin poesía ninguna, ni otro fin que ensalzar el sacramento del Bautismo, que borra y limpia todos los pecados, aun los horrendos crímenes del esclavo Hamete.

Los dos primeros actos forman una deliciosa comedia de costumbres de moros y cristianos, con música, cantarcillos y baile; pero en el tercero, no obstante la tierna escena con que comienza, se adivina que algo espantoso va a suceder como, en efecto, sucede. Sin embargo, desde que el esclavo, como

---

missa) 1617. | *Con privilegio.* | *En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin de Balboa,* | *A costa de Alonso Perez mercader de libros.* (Al final:) *En Madrid,* | *En casa de la viuda de Alonso Martin.* | Año M.DC.XVII.

4.°; 4 hojs. prels. y 300 foliadas. Signat. A-Pp, de a 8 hojas, menos la primera y última que son de 4. Port.; vuelta, "Títulos de las Comedias".—Lic. del Ordinario; Madrid, 1.° de abril de 1617; Tasa (66 pliegos, a 4 mrs. cada uno): Madrid, 13 de julio de 1617.—Erratas (ninguna): Madrid, 9 de julio de 1617; Murcia de la Llana.—Privilegio por diez años al autor: Madrid, 27 de mayo de 1617.—Dedicatoria suscrita por el autor.—Prólogo de Lope.—Aprobación de Juan de Piña: Madrid, 28 de abril de 1617.—Texto a 2 col.—Colofón.

Comedias: La prueba de los ingenios, fol. 1.—La doncella Teodor, fol. 27.—*El Amete de Toledo,* fol. 55.—El ausente en el lugar, fol. 79.—La niña de plata, fol. 102.—El animal de Hungría, fol. 130.—Del mal lo menos, fol. 156.—La hermosa Alfreda, fol. 179.—Los Ponces de Barcelona, fol. 206.—La Varona castellana, fol. 229.—La dama boba, fol. 256.—Los melindres de Belisa, fol. 276.

En su aprobación dice Piña que este tomo había sido ya aprobado por el Secretario Tomás Gracián Dantisco y el Maestro José de Valdivielso.

En el prólogo dice Lope que este es el primer tomo que imprime él mismo por sus originales y seguirán los demás, a causa de los abusos que con sus obras cometían editores e impresores de tal modo que aquellas comedias era imposible llamarlas suyas.

Este tomo fué reimpreso en Barcelona con el siguiente título:

Doze | *comedias* | *de Lope de Vega.* | *Sacadas de sus originales, por el mesmo.* | *Dirigidas al Excelentissimo* | *señor don Luys Fernandez de Cordoua y Aragon, Duque de Sesa* | *Soma, y Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Palamos, y* | *Oliuita Vizconde de Iznajar, Varon de Belpuche, Liñola, y* | *Calonje, gran Almirante de Napoles, su señor.* | *Nouena parte.* | *Año* (Escudo del impresor: S D Ç) *1618* | *Con licencia.* | *En Barcelona, por Sebastian de Cormellas, y a su costa.*

4.°; 4 hojas prels. y 300 foliadas; signats. A-Mm1.

Port.; vuelta en b.—En la hoja 2.ª "Titulos de las comedias que van en esta Nouena parte." La prueba de los ingenios (fol. 1); La doncella Teodor (fol. 27); *El Amete de Toledo* (fol. 55); El ausente en el lugar (fol. 79); La niña de plata (fol. 103); El animal de Hungría (fol. 131); Del mal lo menos (fol. 157); La hermosa Alfreda (fol. 181); Los Ponces de Barcelona (fol. 207); La varona castellana (fol. 231); La dama boba (fol. 257); Los melindres de Belisa (fol. 277). En el vuelto de esta hoja están: Aprobación del Dr. Cetina: Madrid, 1.° de abril de 1617; Tasa (4 mrs. pliego) Madrid, 13 de julio de 1617; Erratas: (ninguna) Madrid, 9 de julio de 1617.

En la hoja 3.ª: Aprobación del Maestro Fray Onofre de Requesens, Prior del Convento de Santa Catalina: Barcelona, 3 de diciembre de 1617; Licencia del Obispo de Barcelona D. Luis Sanz. En el vuelto: Dedicatoria de Lope.

En la hoja 4.ª Prólogo del mismo, y en el vuelto, Censura de Juan de Piña: Madrid, 28 de Abril de 1617.

fiera desenjaulada, empieza a cometer asesinatos sin motivo, ya el interés dramático desaparece y le sustituye el terror, que prepara el aspecto religioso del resto y del desenlace. El drama poético termina con el asesinato de la inocente doña Leonor, figura llena de encanto y dulzura, como LOPE sabía diseñarlas.

Esta obra produjo mucho efecto en el público español, y algunos años más tarde se compuso, representó e imprimió un nuevo *Hamete de Toledo,* obra del sevillano Luis de Belmonte y de don Antonio Martínez de Meneses, los cuales introdujeron grandes modificaciones en la de LOPE. Suprimieron buen número de personajes, que, como se ve, en ésta son cerca de cuarenta, dando los asesinatos posteriores al de doña Leonor en relación, y no en acción; ampliando lo que se refiere a los amores de Hamete y Argelina, a la cual se supone esclava de los mismos dueños de Hamete y circunscribiendo la acción a Toledo y sus cercanías. Pero si la obra gana en sencillez y regularidad pierde en la salvaje grandeza que respira el drama de LOPE (10).

Y no mucho después se hizo una parodia de esta obra por tres ingenios que no se nombran, la cual sería quizá representada ante Felipe IV, a quien divertían estas burlas. Los autores van siguiendo paso a paso el drama de Belmonte y Martínez, que es el único que conocieron, tornando en ridículos todos los pasajes más cruentos y hasta los que al final toman carácter devoto. No carece de gracia, antes tiene muchos pasajes chistosos y alusiones agudas a obras y cosas del tiempo (11).

VII. La hermosa Alfreda.

Esta comedia imprimió Lope muchos años después de escrita y representada en la *Parte novena* de las suyas (12) en 1617. Teníala ya en 20 de marzo de 1601 como de su caudal el autor de compañías Gaspar de Porres, para

(10) *El Amete de Toledo* (*Comedia famosa*) *de Belmonte y D. Antonio Martínez.* Ocupa el octavo lugar (folios 154 a 178 vuelto) del tomo *Primera parte de comedias escogidas: Madrid, Domingo García y Morrás;* 1652. 4.°; 4 hojas prels. y 266 foliadas. Se reimprimió en el tomo *Parte quarenta y vna de famosas comedias de diversos autores. Impreso en Pamplona. Por Ioseph del Espíritu Santo* (Es edición de Madrid, hacia 1680) 4.°; 2 hojas prels. y 266 ps., más 126 hojas. Ocupa el décimo lugar de las del tomo, con el título de *Comedia famosa. El Hamete de Toledo. De Belmonte y Don Antonio Martínez* (folios 59 a 82).

(11) Se imprimió en la *Parte veinte y nueve de Comedias nuevas; Madrid, Ioseph Fernandez de Buendía,* 1668; 4.°, 4 hojas prels. y 464 ps., el número 8 de ellas, con el título de *El Hamete de Toledo, comedia famosa, De tres Ingenios.* Se han cambiado los nombres de los personajes, excepto el del protagonista; pero D.ª Lorenza responde a D.ª Leonor; Don Marcos es Gaspar Suárez; Marina es Argelina, etc. Hay nuevo Un estudiante que hace un corto papel al final.

(12) Véase la nota (9) que antecede.

quien había compuesto Lope y recibido por ella quinientos reales. Y como otro autor de compañías, Baltasar de Pinedo, se hubiese hecho con una copia de la comedia, Porres le obligó, por documento público, a no representarla, bajo diversas penas pecuniarias (13).

Es obra de la juventud de Lope, como lo prueba el carecer de gracioso y hallarse citada en la primera edición del *Peregrino en su patria*, aunque con el título de *La hermosura de Alfreda*, que luego se cambiaría al ponerla Porres en escena.

Tiene esta pieza dramática todo el aspecto de no ser de invención del autor sino tomada de algún libro de cuentos, probablemente italiano.

Aparte de la inverosimilitud de estar seis años oculta y disfrazada Alfreda, teniendo un padre duque para ampararla y que, como es natural, ansiaría verla, tiene este drama mucho interés, aunque todos los caracteres, salvo el del Rey, son algo falsos. Alfreda supo, a los pocos momentos de casada, la felonía de su marido y no huyó de su lado, sino que continuó seis años en buena armonía con él, no obstante su tiranía y villana conducta. Sólo cuando ve al Rey se acuerda de que le había amado, y con demasiada precipitación y abandonando a sus hijos se va en su compañía. La muerte repentina del Conde es un pobre recurso, aunque necesario para desenlazar un asunto que había llegado a ser insoluble por los medios artísticos.

Hay, con todo, lindas escenas aisladas y pasajes de pormenor muy bellos, y toda la obra tiene aquella gracia ingenua que poseen las obras de la juventud de Lope.

VIII. La Hermosura aborrecida.

En la segunda edición del *Peregrino* (1618) y no en la de 1604 se cita esta obra, lo cual prueba que lo es de la madurez de su autor, quien la imprimió en 1617, y por esta edición se hizo otra en Barcelona en el mismo año (14).

(13) Pérez Pastor: *Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos xvi y xvii*. Madrid, 1901; 8.º; p. 53.

(14) *El Fenix | de España | Lope de Vega | Carpio, Familiar del Santo | Oficio. | Septima Parte de svs | Comedias. Con Loas, Entremeses, | y Bayles. | Dirigidas a Don Luys Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragõ, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque | de Baena, Marqués de Poça, Conde de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Yznajar, Señor de las | Baronias de Belpuche, Linola, y Calonge, | gran Almirante de Napoles. | Año* (Escudo del impresor, con el grifo a la izquierda, sin el globo con alas) *1617. | Con privilegio. | En Madrid. Por la viuda de Alonso Martín. | A costa de Miguel de Siles, mercader de libros. | Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

4.º; 4 hojas prels. y 298 foliadas (por error dice 306). Signaturas A-Pp.

Portada; v. en blanco.—En la hoja 2.ª: "Ti-

Hay también un manuscrito antiguo (15) de este drama, todo lo cual se ha tenido presente ahora en la reestampación presente, y así y todo el texto ha tenido que quedar defectuoso en algunos lugares. Es imposible comprender no trabajando sobre ellas lo estragadas que están estas impresiones del siglo XVII; cuanta meditación, estudio, comparaciones y rebuscas obligan a emprender al que por primera vez trata de publicar uno de estos textos y con harta frecuencia todo es tiempo y esfuerzo perdidos.

---

tulos de las comedias que van en esta séptima parte." El villano en su rincón, fol. 1; El castigo del discreto, fol. 25; Las pobrezas de Reynaldos, fol. 49; El Gran Duque de Moscovia, fol. 75; Las Pazes de los Reyes, y Judía de Toledo, fol. 99; Los Porceles de Murcia, fol. 121; *La Hermosura aborrecida,* fol. 145; El primer Faxardo, fol. 169; La Viuda, casada y donzella, fol. 193; El Príncipe despeñado, fol. 214; La Serrana de la Vera, fol. 240; San Isidro de Madrid, fol. 263. *Entremeses*: Los Habladores; La cárcel de Sevilla; El Hospital de los podridos. *Loas*: Loa en alabanza de la Humildad; Otra loa (*comparando la mujer buena con la abeja y la mala con la araña*); Otra loa (*El Farsero*); Loa en vituperio de la mala lengua. *Bailes*: Baile del Duque de Humena; Baile de Don Jaime; Baile del Caballero de Olmedo, compuesto por Lope de Vega.

Tasa (75 pliegos y medio, a 4 mrs. = 8 rs. y 30 mrs.) Madrid, 9 de noviembre de "seiscientos y seys" (*sic*); Erratas: Madrid, 8 de noviembre de 1616: Murcia de la Llana; Aprobacion del Lic. Alonso de Illescas: Madrid, 16 de junio de 1616; Aprobación del Maestro Vicente Espinel: Madrid, 26 de julio de 1616. Dice que el Consejo mandó ver las partes VII y VIII. Privilegio por diez años a Francisco de Avila, mercader, vecino de Madrid, para imprimir las partes VII y VIII: San Lorenzo, 10 de septiembre de 1616. Dice que Avila había comprado a Baltasar de Pinedo, autor de comedias y a María de la O, viuda de Luis de Vergara, autor también de comedias, 24 comedias de Lope de Vega, que eran las de las dos partes presentadas, pidiendo privilegio por veinte años.—Dedicatoria de Miguel de Siles al Duque de Sesa. Se conoce que Avila vendió el privilegio a Siles.

En el mismo año se reimprimió en Barcelona, con este título:

El Fenix | de España | Lope de Vega | Carpio, Familiar | Del Santo Oficio. | Septima parte de svs | Comedias. Con Loas, Entremeses, | y Bayles. | Dirigidas a Don Luys Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragon, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque | de Baena, Marques de Poça, Conde de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Iznajar, Sr. de las | Baronías de Belpuche | Liñola, y Calonge | gran Almirante de Napoles. | 75 ½ | Año (Escudo del grifo sobre el rombo y debajo el globo con alas) *1617. | Con licencia. | En Barcelona, en casa de Sebastian de Cormellas | al Call, y a su costa.*

4.º; 4 hojas prels. y 302 foliadas.

Port.; v. en bl.—Hoja 2.ª: Aprobación del Maestro Espinel (para las partes VII y VIII) Madrid: 26 de julio de 1616.—Vuelta: Aprobación del Licenciado Alonso de Yllescas. Madrid, 16 de junio de 1616.—Hoja 3.ª: Tassa (a 4 mrs. pliego): Madrid, 9 de noviembre de 1616.—Vuelta: "Títulos de las comedias que van | en esta 7.ª parte." | El villano en su rincón, fol. 1.—El castigo del discreto, fol. 25.—Las pobrezas de Reynaldos, fol. 49.—El Gran Duque de Moscovia, fol. 75.—Las pazes de los Reyes, Judía de Toledo, fol. 99.—Los Porceles de Murcia, fol. 121.—La Hermosura aborrecida, fol. 145.—El primer Fajardo, fol. 169.—La Viuda, casada y donzella, fol. 193.—El Príncipe despeñado, fol. 219.—La Serrana de la Vera, fol. 243.—San Isidro de Madrid, fol. 165.—"Las Loas, Entremeses y Bayles van al fin | destas Comedias".—Hoja 4.ª: Dedicatoria al Duque de Sessa, por Miguel de Siles. Sin fecha. Vuelta en blanco.—Texto. Los Entremeses y demás piezas son los mismos de la edición de Madrid.

(15) Bib. Nacional de Madrid. Manuscrito 15.038 (antiguo M-181). *La Hermosura aborrecida.* Letra del siglo XVII, muy clara, pero sin ninguna advertencia.

La hermosura aborrecida es una novela en acción: tantos son los sucesos que se acumulan en los tres actos del drama, que el autor termina

prometiéndole al senado
para después de algún tiempo
darle la segunda parte
de tan extraño suceso.

¡Y tan extraño! Toda la obra es un conjunto de inverosimilitudes e impropiedades; pero el acto tercero excede en esto a los demás, pues vemos un cirujano-mujer que medio por milagro cura al Rey Católico de la herida que le produjo Juan de Cañamares, y convertido luego en juez informador o pesquisidor no menos que de un virrey de Navarra, que era a la vez su esposo. Este recurso de ser una mujer juez de su marido lo volvió a emplear LOPE DE VEGA en la comedia de *El juez de su causa.*

IX. Los hidalgos del aldea.

Con ser de muy apacible y agradable lectura esta comedia y escrita y versificada con suma perfección, no entró en la imprenta más que una vez en la *Parte docena* de las del autor que se dió a luz en 1619 en esta corte (16). La comedia aparece citada en el *Peregrino* de 1618, lo cual indica que no es de la juventud de LOPE, sino que pertenecerá a la primera decena del siglo XVII. LOPE dice al final:

---

(16) *Dozena | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio. | A Don Lorenzo de Cardenas | Conde de la Puebla, quarto nieto de don Alonso de | Cardenas, Gran Maestre de Santiago. Año* (Escudo del Mecenas: dos lobos pasantes uno sobre el otro y orla con castillos y leones alternados) *1619. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin. | A costa de Alonso Perez, Mercader de libros.*

4.°; 4 hojas prels. y 280 fols.

Port. A la vuelta: "Tabla de las comedias que se contienen | en esta dozena parte."—Ello dirá, fol. 1; La sortija del olvido, fol. 24 vuelto; Los enemigos en casa, fol. 47; La cortesía de España, fol. 70; Al pasar del arroyo, fol. 95; *Los hidalgos del aldea,* fol. 118; El Marques de Mantua, fol. 141; Las flores de don Juan y rico y pobre trocados, fol. 165; Lo que ay que fiar del mundo, fol. 188; La firmeza en la desdicha, fol. 213 v.; La desdichada Estefanía, fol. 240 v.; Fuente Ouejuna, fol. 262 v.

Hoja 2.ª: Fe de erratas (ninguna): Madrid, 14 de diciembre de 1618: Lic. Murcia de la Llana.—Tassa (4 mrs. pliego: 71 pliegos = 284 mrs.): Madrid, 22 de diciembre de 1618.—*Vuelta*: Aprobacion de Vicente Espinel: Madrid, 15 de agosto de 1618.—Suma del priuilegio (por diez años, a Lope): San Lorenzo el Real, 6 de octubre de 1618.—*Hoja 3.ª*: Dedicatoria de Lope (elogios generales sin fecha).—*Vuelta*: Otra dedicatoria en verso de Lope: firma en ambas. —*Hoja 4.ª*: "El Teatro" (prólogo).

Esta misma tirada u otra exactamente igual se repitió en el mismo año, sin más diferencia que suprimir en la portada el escudo del Conde de la Puebla por otro del impresor, con el Sagitario y la leyenda en torno de la figura: "*Salvbris sagita a Deo missa.*" En lo demás son exactamente iguales.

Y aquí acaba la comedia,
donde su autor pintar quiso
Los hidalgos del aldea.

Eso sólo es esta pieza, en la que no hay más acción que la tentativa del Conde Albano para seducir a la honrada y altiva Finea, llevada con tanta parsimonia que bien se ve no ser más que el pretexto para ir presentando los diversos caracteres. Tienen bastante variedad y hasta puede observarse que ya aparece el tipo que luego se llamó *figurón,* es decir, la caricatura de un carácter real y ya algo singular por sí mismo. Es el hidalgo ridículo por su vanidad sin tener en que fundarla ni por su riqueza, pues carece de bienes, ni por sus prendas morales. También es digno de notarse el tipo del alcalde villano y rico, con su desprecio hacia la aristocracia de la sangre, ideas que parecen un poco atrevidas para aquel tiempo y que solo en Lope podían hallarse, pues como dice Menéndez Pelayo en Lope se hallan todas las cosas.

Y nada más hay que decir de esta curiosa pieza dramática sino que el asunto es todo invención de su fecundísimo autor.

X. El hijo sin padre.

En cambio, esta obra parece tomada de algún libro caballeresco, adicionada por Lope en lo que toca al lugar de la escena, que en su mayor parte, traslada a España. Menciona esta comedia en su segundo *Peregrino* de 1618, y se imprimió en Madrid, en 1640, en una *Parte XXIV* que hoy no conocemos, pero que vió y describió don Nicolás Antonio en su *Biblioteca Nova,* en el artículo de Lope de Vega. Sobre ella se habrá hecho la edición suelta, única que ha llegado a nosotros, pues para nada debe contarse un manuscrito del pasado siglo XIX que poseyó Durán, hoy en la Biblioteca Nacional, copia del impreso.

Este parece ser por su aspecto de la segunda mitad del siglo XVII, y es bastante correcto, como se ve por las pocas notas que ha necesitado (17).

XI. El hombre por su palabra.

Es comedia de la madurez de Lope y así no aparece citada antes del *Peregrino* de 1618 y fué impresa en la *Parte veinte,* de Madrid en 1625, reim-

(17) *El hijo sin padre.* | *Comedia famosa* | *De Lope de Vega Carpio.* 4.º; 17 hojas sin numerar. Parece edición madrileña; al menos puede asegurarse que no es sevillana, por la gran diferencia del tamaño y forma de las letras del encabezado. Además en el siglo XVII se imprimían pocas comedias aún en Sevilla.

presa en el mismo año y en 1627 y 1629 y en Barcelona en 1630, a pesar de lo cual es rara como todas (18).

---

(18) *Parte* | *veinte de* | *las comedias de* | *Lope de Vega Carpio,* | *Procurador Fiscal de la Camara* | *Apostolica. Dividida en dos* | *partes.* | Qui ducis vultus, & non legis ita libenter, | Omnibus inuideas, Liuide, nemo tibi. | *Año* (Escudo del Sagitario, con la leyenda) *1625.* | *Con privilegio.* | *En Madrid, Por la Vivda de Alonso Martín.* | *A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas* | *en la calle de Santiago.* (Al fin:) *En Madrid* | *Por la viuda de Alonso Martin.* | *Año M. DC. XXV.*

4.°; 4 hojas prels. y 298 fols.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: "Titvlos de las | Comedias, y a quien van | dedicadas."—1. La discreta venganza. A la Duquesa de Frías (folio 1).—2. Lo cierto por lo dudoso. Al Duque de Alcalá (fol. 27, por errata dice 19).—3. Pobreza no es vileza. Al Duque de Maqueda (folio 51 v.).—4. Arauco domado. Al Marqués de Cañete (fol. 76 v.).—5. La ventura sin buscalla. A D.ª María de Vera (fol. 102).—6. El valiente Céspedes. Al Conde de Villamor (fol. 125 vuelto).—7. *El hombre por su palabra.* Al Relator Diego de Molino (fol. 153).—8. Roma abrasada. Al M. Gil Gonzalez de Avila (folio 177).—9. Virtud, pobreza y mujer. Al Caballero Marino (fol. 202 v.).—10. El rey sin reino. Al Capitán Contreras (fol. 226 v.).—11. El mejor mozo de España. A Pedro Vergel (fol. 253).—12. El marido más firme. A Manuel Faria de Sosa (fol. 274 v.). Ocupa toda la hoja y el resto de la 3.ª

Vuelto: Suma del privilegio (por diez años a Lope): San Lorenzo, 3 de noviembre de 1624.—Fee de erratas (ninguna): Madrid, 17 de enero de 1625: Licenc. Murcia de la Llana.—Suma de la Tassa (4 mrs. pliego), Madrid, 18 de enero de 1625 (75 pliegos y medio).

Hoja 4.ª: Aprobación, del Licenciado Juan Pérez de Montalbán: Madrid, 29 de septiembre de 1624.—*Vuelta*: "Aprobación del insigne ingenio en letras divinas y humanas, el Dr. Mira de Amescua, Capellan de su Alteza."

Madrid, 5 de octubre de 1624. Estas dos aprobaciones son notables por el elogio a Lope que en ellas se hace.

Al final de la tabla dice: "V. m., señor Lector, se entretenga con estas Comedias lo mejor que pueda hasta la parte veintiuna, si no es de aquellos retorcidos que miran en el mundo en el mapa y así le juzgan breve; que bien sé que los ingenios cándidos desearán que como tuve vida para escribir *mil y setenta comedias* la tenga para imprimirlas.—*Lope Felix de Vega Carpio.*"

La segunda impresión de esta *Parte* se hizo en 1627, como dice la portada que sigue:

Parte | *veinte de* | *las Comedias de* | *Lope de Vega Carpio,* | *Procurador Fiscal de la Camara* | *Apostolica.* | *Dividida en dos* | *Partes.* | *Qui ducis...* | *Año* (Escudo del Sagitario con la leyenda) *1627.* | *Con privilegio.* | *En Madrid, Por Iuan Gonçalez*: | *a costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas* | *en la calle de Santiago.* (Al fin:) *En Madrid,* | *Por Iuan Gonçalez.* | *Año de M.DC.XXVII.*

4.°; 4 hojas prels. y 298 fols.; sign. A-Pp.

Port.; v. en bl. y los demás prels. exactamente como en la edición de 1625.

Salvá (*Catál.* núm. 1469) menciona esta misma edición, sin más diferencia que decir en el colofón: "Juan Gonçalez"; se habrá sustituído la hoja final por otra. La 3.ª es:

Parte | *veinte de* | *las comedias de* | *Lope de Vega Carpio,* | *Procurador Fiscal de la Camara* | *Apostolica* | *Dividida en dos* | *partes.* | *Que ducis metus...* (etc.) | *Año* (Escudo del Sagitario, con la leyenda.) *1629.* | *Con privilegio.* | *En Madrid, Por Iuan Gonçalez,* | *A costa de Alonso Perez Librero del R. N. S. Vendese en sus casas* | *en la calle de Santiago.*

4.°; 4 hojas prels. y 298 (por errata dice 289) foliadas.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: "Titvlos de las | Comedias, y a quien van | dedicadas. |" Los demás preliminares exactamente iguales en todo a los de la primera edición. Los folios de las comedias coinciden con los de la 1.ª edición, excepto la 9, que empieza en el folio 203 (por errata dice 193), y la 12, que empieza al folio 275.

La última impresión de esta *parte veinte* es la que sigue:

Aunque esta comedia fué escrita para justificar el proverbio que le sirve de título, tiene bastante interés y el asunto está tratado con discreción y habilidad. Además hay escenas muy lindas como aquellas en que intervienen Federico y Lucinda, tan del gusto de LOPE y de los que hoy las leen.

Se habrá notado en la página 363 el pasaje:

> Y porque yo vuestra tierra
> descansar, no oprimir quiero,
> traigo por lastre el dinero,
> *que es el nervio de la guerra.*
> En éste sólo se encierra
> el poder de tierra;
> con él la pienso acabar,

que no parece sino que fué escrito en nuestros días.

XII. La honra por la mujer.

En una de las *Partes* de comedias de LOPE llamadas extravagantes o de fuera de Madrid se estampó ésta en 1633 (19) y de ella dimanó una suelta de fines del mismo siglo. Pero existe también un manuscrito anterior de esta obra fechado en 1622 (20) y no muy anterior será esta interesante y agra-

Parte | veynte | de las Comedias de | Lope de Vega Carpio, Procura- | dor Fiscal de la Camara | Apostolica. | Dividida en dos partes. | "Qui ducis..." etc. | *Año* (Escudo del impresor) *1630.* | *Con Licencia de los Superiores.* | *En Barcelona en la Emprenta de Esteuan Liberòs.* | *A Costa de Rafael Viues.*

4.°; 4 hoj. prels. y 298 fols.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª* "Aprobación y Licencia", de Fray Tomás Roca y "Claresvalls Vica. Gene.": Barcelona, 11 de octubre de 1630. —Suma de la tassa (la de Madrid).—*Vuelta*: la Aprob. de Montalban.—*Hoja 3.ª* Aprobación de Mira.—*Vuelta*: "Titvlos de las co- | medias, y a quien van de- | dicadas.": El índice es el mismo que la de Madrid, 1625, y los folios los mismos que en ella, de la que es reimpresión a plana y renglón.

(19) *Parte | veynte y qvatro | de las comedias | del Fenix de España | Lope de Vega Carpio.* | *Y las mejores qve hasta | aora han salido.* | *A Don Diego de Virto de | Vera Capitan de Infanteria Española.* | (Un jarroncito.) *Con licencia, y privilegio.* | *En Çaragoça, por Diego Dormer,* | *en la Cuchillería, año 1633.* | *A costa de Iusepe Ginobart Mercader de Libros.* (Esta portada con orla.)

4.°; 4 hojas prels. y 36 fols. Sign. A-Gg.²

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: "Titvlos de las | comedias contenidas | en este Libro."—1. La ley executada; 2. Seluas y bosques de amor; 3. Examen de Maridos; 4. El qué Dirán; 5. La honra por la mujer; 6. El amor bandolero; 7. La mayor desgracia de Carlos V y hechizera de Argel; 8. Ver, y no creer; 9. Dineros son calidad; 10. De quando aca nos vino; 11. Amor, pleito y desafío; 12. La mayor victoria.

Vuelto: Licencia: Çaragoça a 25 de enero de 1631; Aprobacion de Diego de Morlanes: Zaragoça, 17 de febrero de 1631.—*Hoja 3.ª*: Privilegio: Zaragoça, 18 de Hebrero de 1631 (Acaba en la primera mitad del vuelto).—*Hoja 4.ª*: Dedicatoria por Iusepe Ginobart: Zaragoça, 16 de febrero de 1633 (Nada de curioso).—Texto.

(20) Bib. Nac. Ms. 17.109. "*La honra por la muger.* Escriuiose en cien poçuelos a 9 de nouiembre de 1622. Luis Gomez." Copia toda de su mano, seguramente para el teatro.

dable comedia, una de las más estropeadas por los editores. El manuscrito enmienda muchas lecciones erradas, como se ve en el apéndice, pero no todas.

Es muy hermoso y bien trazado el carácter de la condesa Margarita y noble con dignidad el de su marido. La escena de la locura de la Condesa en el tercer acto es muy semejante a la de Benzoraque de *La fundación de la Alhambra.*

XIII. La ilustre fregona.

Empecemos por declarar que, a nuestro juicio, esta comedia no es de Lope de Vega (21). Pero habiéndose publicado en un tomo antiguo que contiene otras suyas y con su nombre, no podíamos dejar de incluírla en esta colección, que comprende las dudosas, para que el lector inteligente juzgue teniéndola a la vista, sobre todo siendo, como es, pieza de mucha rareza (22).

Además Lope tiene ya su *Ilustre fregona* en la comedia de su edad juvenil, que con el título de *El mesón de la corte* ha sido publicado en esta misma colección (Madr., 1916, I, 278), cuyo asunto es poco más o menos el mismo, como lo es el de otras obras en prosa y verso y de cuentos populares que versan sobre la honrada muchacha que abandonada al nacer por sus padres sirve de criada en una casa, sea mesón o no, hasta que la *casualidad,* preparada por sucesos, que son los que suelen variar en cada caso, halla a la familia de elevada clase y marido a su gusto.

La comedia *La ilustre fregona,* tomada de la novela de Cervantes de

---

(21) En un estudio anterior acerca de *Los hermanos Figueroa y Córdoba* (Madrid, 1919, 4.º) di, como todos, por de Lope esta comedia. Entiéndase, pues, rectificada esta opinión ahora, con mejor estudio. El señor Oliver Asín, en un breve pero sabroso artículo sobre los orígenes de la novela cervantina (Véase *Boletín de R. Acad. Esp.,* abril de 1928, páginas 224-231), también cree que no es de Lope la comedia *La ilustre fregona.*

(22) Se halla en la *Ventiqvatro | parte perfeta | de las comedias del Fenix | de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San | Iuan. Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, Pro- | curador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Sacadas de svs verdaderos originales, | no adulteradas como las que hasta aquí han salido. | A don Bernardo de Velasco y Roias* (Rojas), | *Secretario del Secreto del Santo Oficio de la Inquisicion | del Reyno de Aragon. | 66. | Año* (Escudo del Mecenas) *1641. | Con privilegio. | En Zaragoza: Por Pedro Verges.*

4.º; 4 hojas prels. y 259 foliadas.

Port.; v. en bl.—Hoja 2.ª: "Titvlos | de las comedias | qve contiene este | libro. | —Guardar y guardarse.—La hermosa fea.—El Cauallero de Olmedo.—El Bastardo Mudarra.—La ilustre Fregona.—El Nacimiento de Christo.—Los Ramírez de Arellano.—Don Gonzalo de Cordoua.—San Nicolas de Tolentino.—Los peligros de la ausencia.—Seruir a buenos.—Barlan, y Iosafa.—Vuelta: Imprimatvr.—Censura del Dr. Juan Francisco Andrés: Zaragoza, octubre 16 de 1640.—Hoja 3.ª: Privilegio del Virrey de Aragón a Pedro Verges, impresor, por diez años: Zaragoza, 17 de octubre de 1640.—Hoja 4.ª, Dedicatoria de Pedro Verges: Madrid, 12 de agosto de 1641.—Texto.

igual título es de relativa antigüedad, puesto que ya la menciona en 1630, don Alonso de Castillo Solórzano en su linda novela de *Las Harpías de Madrid,* por cierto que atribuyéndola resueltamente a Lope de Vega y añadiendo que fué representada (estrenada) por *Amarilis,* o sea María de Córdoba, la mejor actriz de aquel tiempo (23).

Sin embargo, no creemos hallar en esta obra los rasgos poéticos de aquel gran ingenio; ni hubiera Lope descendido a plagiar tan servilmente una obra ajena (24).

Años después, cuando ya la memoria de Cervantes y aun de Lope se había ido perdiendo en la de la generación siguiente, no tuvo tantos escrúpulos don Diego de Figueroa y Córdoba quien no sólo tomó de la obra de Cervantes el asunto de su comedia *La Hija del mesonero* (25) sino que tuvo presente y aun aprovechó algunos pasajes de *La ilustre fregona,* a la cual mejoró bastante. Introdujo además diversos episodios de su invención, que dan realce a esta comedia, escrita y versificada con el buen gusto propio de aquel excelente poeta dramático.

Y a los comienzos del siglo XVIII tomó también por su cuenta este asunto don José de Cañizares en su comedia *La más ilustre fregona* (26), en la cual, según costumbre, plagia al principio la atribuída a Lope, aunque luego cambia el giro del argumento de la pieza, que viene a ser burlesca en los dos primeros actos, y en el tercero adquiere caracteres de drama, con pistoletazo y herida, si bien acaba todo felizmente(27).

---

(23) "La comedia... es del Fénix del orbe Lope de Vega Carpio, intitulada *La ilustre fregona* y es tal que durará algunos días con lo bien que representa aquel papel la mayor cómica que ahora se conoce que es *Amarilis*" (*Las Harpías de Madrid;* edición de Madrid, 1907, 8.º; p. 84.)

(24) No creemos que esta comedia pueda ser la del poeta valenciano Vicente Esquerdo, que cita D. Justo Pastor Fuster en su *Biblioteca valenciana* (I, 235), pues dice que fué "representada en 1.º de julio de 1619" y Castillo Solórzano se refiere a vna que era nueva en 1630.

(25) Se imprimió primero en el *Pensil de Apolo, en doze Comedias de los meiores ingenios de España Parte catorce* (de Escogidas). Madrid, Domingo García Morrás, 1661, 4.º En encabezado tiene este título: *Comedia famosa, La hija del mesonero; fiesta que se representó a sus Magestades en Palacio, Por D. Diego de Figueroa y Cordoua.* Hay además una impresión suelta de Madrid, Antonio Sanz, 1746, 4.º, a nombre del mismo D. Diego.

(26) Existe en la Biblioteca Nacional un manuscrito en parte autógrafo de Cañizares, con fecha de 1709 (V. *Catálogo de piezas de teatro manuscritas,* por D. Antonio Paz y Melia. Madrid, 1899, 4.º; p. 242.) Años después se imprimió suelta: ya la cita Medel en su *Catálogo* (1735), pág. 56: y ésta fué la que reprodujo D. Ramón de Mesonero Romanos, en el tomo II, ps. 591-612 de sus *Dramáticos posteriores a Lope de Vega,* en la *Biblioteca de Autores españoles.*

(27) Para más pormenores de estas obras, véase mi citado artículo sobre los *Hermanos Figueroa y Córdoba,* ps. 24 y sigs.

XIV. La ingratitud vengada.

Esta comedia que aparece citada en la primera edición de *El Peregrino,* de 1604, es obra de la mocedad de Lope, lo que se comprueba por la mención que hace de su estreno: "Representóla Osorio, autor antiguo." Fueron dos hermanos Francisco y Rodrigo Osorio que ya representaban hacia 1580. Cervantes, en su *Quijote* (28), recuerda con elogio esta comedia, citándola al lado de su *Numancia*, de *El mercader amante,* de Aguilar; *La enemiga favorable,* de Tárrega, y cosa singular, en el mismo pasaje en que zahiere el sistema dramático de Lope de Vega.

Pero éste no la imprimió hasta 1620 en *Parte catorce* (29) de sus comedias, dedicándola a don Fernando Bermúdez y Carvajal, de quien se muestra reconocido. Por el poco arte con que está dispuesta esta comedia, parece más bien la copia de un suceso real a que el autor quiso dar forma dramática. Tampoco sobresale por la corrección de estilo ni por la belleza de los versos.

Muy mozo debía de ser Lope al escribir esta obra, cuando se atrevía a decir de sí mismo cosas como las que siguen:

Padre. Esotro es medio poeta;
y por mi fe, mi señor,
que da un recado mejor
que la mejor alcahueta.
Octavio. ¿Cómo te llamas?
Belardo. Belardo.
Octavio. ¿De dónde eres?
Belardo. Montañés.
Octavio. ¿Cantas?
Belardo. Sé poner un tres.
Octavio. A fe que es pícaro pardo (30).

Este curioso pasaje nos indica lo aniguo que era en Lope su seudónimo o nombre poético de *Belardo.*

XV. El ingrato.

No se halla citada en el *Peregrino* esta obra, lo cual nos lleva a presumir que es una de las compuestas por Lope de Vega en los últimos años de su vida. Confirma esta sospecha la nota que tiene la más antigua edición conocida de esta obra, que dice: "Representóla Antonio de Prado" y este actor no fué cabeza de compañía hasta 1622, cuando más pronto (31).

Fué impresa la primera vez en una *Parte XXIV* de Lope (Madrid,

(28) Parte primera, capítulo XLVIII.
(29) Véase la nota (4) de este prólogo.
(30) Págs. 468 y 469 del presente volumen.
(31) *Actores famosos del siglo XVII. Sebastián de Prado y su mujer Bernarda Ramírez,* por E. Cotarelo. Madrid, 1916; 4.º, pág. 49.

1640) que vió don Nicolás Antonio, pero del cual hoy no se conoce ningún ejemplar. De esta primitiva impresión será copia una suelta, sin lugar ni año, de la segunda mitad del siglo XVII (32). Por esta edición se hizo muchos años después otra, impresa en Sevilla, ya bien entrado el siglo XVIII, pero atribuyéndola a don Pedro Calderón de la Barca (33).

El asunto de esta comedia es puramente novelesco, quizá tomado del italiano, pero tratado con mucho talento; versificado con primor y con bien conducido interés.

Buena le hubo de parecer la comedia al dramaturgo lusitano don Juan de Matos Fragoso, que después de mediar el siglo XVII se la apropió, con solo intercalar algunos versos no mejores que los de Lope y cambiarle su título por el de *El Ingrato agradecido,* con el cual se habrá representado muchas veces aunque no obtuvo la honra de la impresión hasta nuestros días (34).

XVI. El ingrato arrepentido.

Comedia de la primera época de LOPE, cuyo título aparece registrado en la primera edición del *Peregrino* (1604) y cuya primera representación hizo el autor antiguo Nicolás de los Ríos, que falleció muy viejo en 1610.

No se imprimió hasta 1621, que tuvo cabida en la *Parte XV* de LOPE (35)

---

(32) No he logrado ver esta rarísima impresión, que por su encabezado parece sevillana y que puntualmente describe el Sr. Don Harry Clifton Heaton en su lindísima edición de *El ingrato agradecido,* de Matos Fragoso. De ella he tomado el encabezado que lleva nuestra edición, pues siendo idénticas en lo demás, ésta y la en que se atribuye la obra a Calderón, no hemos querido privar al lector de la noticia que da sobre el autor o director que la puso en escena y nos sirve para fijar aproximadamente la fecha del estreno de la comedia de LOPE.

(33) *El ingrato.* | *Corona de Comedias.* | *Comedia* | *famosa.* | *De Don Pedro Calderon.* (al final, dice:) *con licencia En Sevilla, a costa de Joseph Antonio de Hermosilla,* | *Mercader de Libros, en la calle de Genova* | *donde se hallaran otras* | *diferentes.*—4.º; 32 ps. numeradas. Hermosilla, imprimía entre 1725 y 1738.

(34) *El ingrato agradecido by Juan de Matos Fragoso. Edited from the manuscript in the Biblioteca Nacional, by Harry Clifton Heaton, Corresponding Member The Hispanic Society of America. Printed by order of the Trustees. New York, 1926.*

8.º; lxiii-180 ps., con 4 láms. El prólogo y las notas son muy eruditos y escritos con recto juicio y conocimiento de la materia.

(35) *Decima qvinta* | *parte de* | *las Comedias de* | *Lope de Vega Carpio, procv-* | *rador Fiscal de la Camara Apostolica, y* | *Familiar del Santo Oficio de* | *la Inquisicion.* | *Dirigidas a diver-* | *sas Personas.* | *Año* (Escudo del Sagitario) *1621.* | *Con privilegio.* | *En Madrid. Por Fernando Correa* | *de Montenegro.* | *A costa de Alonso Perez mercader de libros.*

4.º; 4 hojas prels. y 304 foliadas; signats.: A-Pp. 4.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: "Titulos de las comedias de esta decimaquinta parte | y a quien van dirigidas: | (1) La mal casada, a don Francisco de la Cueva y Silva, fol. 1. (Representóla Riquelme).—(2) Querer la propia desdicha, a Claudio Conde, fol. 27 (Representóla Riquelme).—(3) La vengadora de las mujeres, a Fenisa Camila, folio 49 (Representóla León e

dedicándola a don Rodrigo de Tapia, hijo del Secretario del Rey, Pedro de Tapia y famoso en todos los ejercicios caballerescos. Al mismo había dedicado Cervantes su *Viaje del Parnaso* en 1614.

La comedia o mejor drama del *Ingrato arrepentido,* cuya acción pasa en Italia, debe de haberse tomado de algún libro de historias o cuentos de aquel país. Tiene mucho movimiento, pero poco arte en la distribución y desarrollo de los episodios. No escasean tampoco las inverosimilitudes, como la de residir tanto Florela, disfrazada de hombre, en la casa de Lisardo sin que ni éste ni su mujer ni su hermana descubran el engaño.

---

hizo la Vengadora Maria Alcaraz famosamente).—(4) El Cauallero del Sacramento, a don Luis Brauo de Acuña, Embaxador de Venecia, fol. 71 (Representóla Balbin).—(5) La Santa Liga, a Aparicio de Oribe, Secretario del Duque de Osuna, fol. 97 (Tragicomedia. Representóla Pinedo y a Selim famosamente).—(6) El fauor agradecido, a Pedro de Tapia, del Consejo de su Magestad, fol. 122 (Representóla Vergara).—(7) La hermosa Ester, a doña Andrea del Castrillo, señora de Benaçura, fol. 150 (Representóla el famoso Sanchez con notable autoridad y aplauso).—(8) El leal criado, a don Francisco de Solís, fol. 174 v. (Representóla Vergara).—(9) La buena guarda, a don Iuan de Arguijo, fol. 203 (Representóla Riquelme).—(10) Historia de Tobías, a D.ª María Puente Hurtado de Mendoza y Zuñiga, folio 229 v. (Tragicomedia. Representóla Riquelme).—(11) El ingrato arrepentido, a don Rodrigo de Tapia, fol. 254 v. (Representóla Rios).—(12) Cauallero del milagro, a Pedro de Herrera, fol. 279 v. (Representóla Vergara).

Vuelta: Tassa. (a 4 mrs.; 77 pliegos con principio y fin = 9 reales y 2 mrs.) Madrid, 17 de diciembre de 1620—Fee de erratas (ninguna) El Lic. Murcia de la Llana: Madrid, 15 de Diciembre de 1620.

Hoja 3.ª: Aprobacion de Maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Suma del privilegio a Lope, por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.

Vuelta: "El Teatro a los lectores", que ocupa además toda la hoja 4.ª—Dice que Lope imprimía las comedias que le volvían a las manos porque otros no lo hiciesen peor, aunque él no tenía tiempo de corregirlas. Añade que llevaba a la sazón compuestas "nouecientas y veynte y siete" (927) incluyendo los autos.

Es cosa bien extraña que el mismo Alonso Pérez costease otra impresión de este mismo tomo y en el mismo año, aunque en otra imprenta. Son ediciones distintas, empezando por la portada, que dice:

Decimaqvinta | parte de | las comedias de | Lope de Vega Carpio, Procv- | rador Fiscal de la Camara Apostolica, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | Dirigidas a diversas | personas. | Año (Escudo del Sagitario) *1621. Con privilegio. | En Madrid. Por la viuda de Alon- | so Martin. | A costa de Alonso Perez Mercader de libros.*

4.º; 4 hoj. prels. y 296 foliadas; signats. A-Pp. 4.

Port.; v. en bl.—*Hoja 3.ª*: "Titulos de las comedias desta decima quinta parte, y | a quien van dirigidas." (Las mismas que en la anterior; pero la foliación es: 1, 24 (v.), 47, 68 (v.), 94, 118, 145 (v.), 169, 169 (v.), 222 (v.), 247, 271 (v.)

Vuelta: Tassa (4 mrs.; 75 pliegos, con principio yfin = Ocho reales y 28 mrs.) Madrid, 17 diciembre 1721.—Fee de erratas (ninguna) Madrid, y Deziembre 15 de 1620: El Licenciado Murcia de la Llana.

Hoja 3.ª: Aprob. de Espinel.—Suma del priuilegio (como el anterior).

Vuelta y hoja 4.ª (como el anterior).

Si la fecha de la *Tassa* no está equivocada se deduce que este tomo fue impreso no en 1620 para salir el 21, sino en 1621 y se puso a la venta en 1622.

XVII. La intención castigada.

Debe de corresponder a la última época de la vida del autor este interesante drama; en él quizá quiso Lope aludir a algún suceso real de la corte de Felipe IV, donde tantos abusos de poder de esta clase se cometieron. No se halla mención de esta obra en ninguno de los *Peregrinos* y fué estampada por primera vez en una de las *Partes extravagantes* de Lope, precioso tomo impreso en Zaragoza en 1630, el cual contiene otras piezas muy raras, aunque algunas no son de Lope (36).

Aunque el texto de esta comedia esté bastante estropeado, se ve que es de las mejor versificadas de su autor. El carácter de Blanca es bellísimo, enérgico y dulce a la par. Tampoco es malo el del Rey, en quien riñen cruda pelea sus pasiones con sus instintos de rectitud y nobleza. Es de las obras de Lope que más agradan y satisfacen en la lectura.

XVIII. El jardín de Vargas.

El carácter desenvuelto de la labradora Mari Ramos de esta obra pudiera inducir a que esta obra fuese de la juventud de Lope; pero dificulta la admisión de esta hipótesis el hecho de que no aparezca citada en ninguna de

---

(36) (Orla) *Parte* | *veynte y dos* | *de las comedias* | *del Fenix de España* | *Lope ae Vega Carpio.* | *y* | *las meiores qve hasta* | *aora han salido.* | *A la Ilvstrissima señora* | *D. Ana Martinez de Luna, Condesa de Morata, Mar-* | *quesa de la Balueña, Señora de la Varonia de Aran-* | *diga, y del castillo de Illueca.* | *Año* (Escudo de dicha señora) *1630.* | *Con licencia y privilegio.* | *En Çaragoça: Por Pedro Verges.* | *A costa de Iusepe Ginobart, Mercader de Libros.* (Al fin:) *Con privilegio,* | *En Çaragoça: Por* | *Pedro Verges.* | *Año 1630.*

4.°; 4 hoj. prels.; 255 foliadas y la del colofón.

Port.; V. en bl.—*Hoja 2.ª* "Titvlos de las | comedias contenidas en | este volumen: 1. Nunca mucho costó poco (fol. 1).—2. Di Mentira, sacaras verdad (fol. 22).—3. La Carbonera (fol. 47).—4. La amistad y obligacion (fol. 67).—5. La Verdad Sospechosa, y por otro titulo, el Mentiroso (fol. 88 v.).—6. Quien bien ama tarde oluida (fol. 110 v.).—7. Amar sin saber a quién (fol. 135).—8. El Marques de las Nabas (fol. 157 v.).—9. Lo que ha de Ser (fol. 175).—10. La lealtad en el Agrauio (fol. 195).—11. En los indicios la Culpa (fol. 217 v.).—12. La intención castigada (fol. 239 v.).

Vuelta: Aprobacion y licencia: Zaragoza, a 11 de noviembre de 1629. — *Imprimatur*: El Doctor Francisco de Peña, V. G.—Aprobación: En Çaragoça a 12 de Deziembre de 1629: Diego de Morlanes.

Hoja 3.ª: Privilegio (repite los títulos de las comedias) Zaragoça, 20 de deziembre de 1629: Don Fernando de Borja = *Vuelta*: Dedicatoria de Iusepe Ginobart: Çaragoça, 16 de abril de 1630.

Hoja 4.ª (Continúa la dedicatoria que acaba en la mitad del recto de esta hoja).

Vuelta: "Un amigo de Lope, | al lector: Prólogo (Nada de particular) = Texto.

las ediciones del *Peregrino*. Sólo se imprimió suelta en edición que parece de fines del siglo XVII (37).

La gracia medio inocente, y no poco maliciosa de la villana, influyó sin duda en algún copista anónimo de esta obra para darle el título de *La gata de Mari Ramos*, por las razones que claramente se deducen de la comedia. Pero de esta copia sólo se conservan en nuestra Biblioteca Nacional los dos primeros actos que convienen con el texto impreso (38). Pero LOPE quiso darle el título del impreso, como se ve por los últimos versos de la obra.

El asunto debe de ser todo de la invención de LOPE; pero debe de fundarse en alguna tradición de la villa de Vargas, en Toledo, o en alguna ruina de palacio o jardín que existiese en su tiempo.

XIX. Jorje Toledano.

Hállase esta comedia impresa en la *Parte XVII* del autor, de la cual se hicieron cuatro ediciones en 1621 y 1622 y así y todo no es menos rara que las demás (39). Pertenece esta comedia a la juventud de LOPE, ya que apa-

(37) *El Iardin de Vargas.* | *Comedia* | *famosa.* | *de Lope de Vega Carpio.* | Sin lugar ni año; 17 hojas sin foliar. Pudiera ser edición sevillana.

(38) Bibliot. Nac. Ms. 16085. Empieza, sin más título: "1.ª Jornada de la Gata mariramos. Salen..." etc. Pero al principio de la segunda ya dice: "La gata de Mari ramos." La letra del manuscrito es de la primera mitad del siglo XVIII.

(39) *Decima septima* | *parte de* | *las comedias de* | *Lope de Vega Carpio, Pro-* | *curador Fiscal de la Camara Apostolica, y* | *Familiar del Santo Oficio de* | *la Inquisicion.* | *Dirigida a diver-* | *sas Personas.* | *Año* (Escudo del Sagitario) *1621.* | *Con privilegio.* | *En Madrid. Por Fernando Correa* | *de Montenegro.* | *A costa de Miguel de Siles mercacader de libros. Vendese en su casa, en la* | *calle Real de las Descalças.*

4.°; 4 hojas prls. y 312 fols. (Erratas en la numeración de las ocho últimas.) Signaturas A-Qq. Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª* "Tabla de las come- | dias decima septima parte."

1. Con su pan se lo coma. Dirigida a la Ilustrisima señora dona Francisca Labrador, folio 1. (Representóla Valdés.)—2. Quien más no puede. A D.ª Ana María Margarita Roig, Marquesa de Villaçor, fol. 29. (Representóla Pedro Cebrián.)—3. El soldado amante. A la señora doña Ana de Tapia, fol. 44. (Representóla Osorio.)—4. Muertos biuos. Al Licenciado Salucio de Poyo, fol. 83. (Representóla Villalba.)—5. El primer Rey de Castilla. A Don Fernando de Ludeña, fol. 112. (Representóla Vergara.)—6. El dómine Lucas. A Iuan de Piña, fol. 131. Representola Melchor de Villalva.)—7. Lucinda perseguida. A Emanuel Sueyro, fol. 162. (Representóla Melchor de León.)—8. El Ruiseñor de Sevilla. Al Lic. D. Francisco de Herrera Maldonado, fol. 187. (Representóla Ríos.)—9. El sol parado A don Andres de Roças, fol. 209. (Representóla Ríos.)—10. La madre de la mejor. A don Fray Plácido de Tosantos, obispo de Guadix, fol. 235. (Representóla Riquelme.)—11. Jorge Toledano. A Iuan Pablo Bonet, fol. 260. (Representóla Porras.)—12. El Hidalgo abencerraje. A D.ª Ana de Piña, fol. 281. (No dice quien la representó.)

Vuelta: Aprobación del maestro Espinel: Madrid, 20 de octubre de 1621.

Hoja 3.ª: Tassa (4. mrs. pliego; 79 pliegos = 316 mrs., 9 reales y 10 mrs.) Madrid, 27 de enero de 1621.

Vuelta: Suma del privilegio. (A Lope, por

rece citada en la primera edición del *Peregrino en su patria* y porque en la dedicatoria que de ella hizo al célebre Juan Pablo Bonet, autor del *Arte de hacer hablar los mudos,* "la cosa más ingeniosa, sutil y inaudita que vieron los siglos pasados, verán los porvenir y tendrán los presentes", dice el mismo LOPE que es "de las antiguas" suyas.

Y como además añade que hizo el papel de Jorje Agustín Solano, "aquel insigne representante de Toledo, a quien, en la figura del galán, por la blandura, talle y aseo de su persona nadie ha igualado"; y en el encabezado de la comedia agrega que la estrenó la compañía de Gaspar de Porres o Porras, sabiendo, como sabemos, que Solano entró en la compañía dicha en mayo de 1595, resulta muy probable que en dicho año se estrenase esta comedia (40).

Esta comedia, tan novelesca como curiosa, es de las que se leen con mayor interés por no adivinarse el desenlace hasta el final; y aun después de casada Laudomia no se ve cómo puede Jorje quedar satisfecho, lo cual se consigue con el reconocimiento de su padre; cosa que aunque muy usada era aquí precisa. Las escenas que se suponen en Argel son las mejores de la comedia, por lo gallardamente que se exponen, aunque no sean muy originales. El carácter de Jorje es muy dramático y hermoso. LOPE debió de querer pintarse en él tal como querría ser.

XX. El Juez en su causa.

De esta comedia hay dos textos impresos muy diferentes. Uno el que se halla en la *Parte XXV,* de Lope de Vega, impresa en Zaragoza, que es el que debíamos preferir (41) y otro en una *Parte XXVIII de varios autores,* tam-

---

diez años.) San Lorenzo, 31 de octubre de 1620. Fe de erratas (ninguna). Madrid, 25 de enero de 1621. El Lic. Murcia de la Llana.

Hoja 4.ª: Prólogo al Lector.

En este mismo año se imprimió esta parte en Madrid, por la viuda de Alonso Martín. Hay ejemplar en el Museo Británico.

En 1622 se repitió la edición en Madrid por la viuda de Fernando Correa, en lo demás exactamente como la de 1621; y también la reprodujo la viuda de Alonso Martín. De modo que fueron cuatro las ediciones de esta parte en dos años.

(40) PÉREZ PASTOR: *Nuevos datos acerca del histrionismo español,* Madrid, 1901; pág. 42. En 1597 estaba ya Solano con Ríos, y en 1600 vuelve a la compañía de Porres; pero ya entonces LOPE había compuesto muchos centenares de obras.

(41) *Parte veinticinco, | perfeta, y verdadera, | de las comedias del Fenix | de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de Sā Juan, | Familiar que fue del Santo Oficio de la Inquisicion, Pro- | curador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Sacadas de svs verdaderos originales, | no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado. | A Don Francisco Antonio Gonzalez Xi- | menez de Vorca, Señor de Berbedel, antes de Tiçenique, | 71 |* (Escudo del Mecenas) *Con licencia. | En Çaragoça, Por*

bién de fuera de Madrid; pero más antigua y quizá mejor en muchos pasajes (42). Pero como las variantes son muchas y en el texto entorpecerían la lectura, ha parecido mejor llevarlas al apéndice, hasta que en su día pueda hacerse un texto crítico con entrambas.

Esta comedia es antigua entre las de LOPE, pues aparece nombrada en el primer *Peregrino,* de 1604. En el encabezado de la edición más antigua se añade que la representó Avendaño, sin duda el padre, *autor* de fines del siglo XVI.

Es de aquellas obras que por su enérgico desgarro y atrevimiento llegan a interesar hondamente al lector; y por su falta de arte y regularidad revelan la increíble rapidez con que concebía y desarrollaba sus argumentos aquel monstruoso ingenio. Casi todos los personajes principales son caracteres de mucho relieve.

Presumimos que LOPE habrá compuesto *El Juez en su causa* a poco de regresar con los restos de la *Armada invencible,* a juzgar por lo riquísimo que es en términos de náutica, que tendría aún en la memoria, y por lo que en esta pieza se repiten las expediciones marítimas.

EMILIO COTARELO Y MORI.

---

la Viuda de Pedro Verges, Año 1647. | *A costa de Roberto Devport.*

4.°; 4 hoj. prels. y 556 ps.; signats., A-Mm 3. Al fin: "Con licencia, | En Zaragoza, Por la Viuda de Pedro Verges | Año de M. DC. XXXXVII."

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: Censura del doctor Juan Francisco Andrés: Zaragoza, 29 de marzo de 1647.—Licencia: Zaragoza, 8 de abril de 1647. Imprimatur: D. Michael Marta. Regens.

Vuelta: "Títulos | de las comedias | que contiene este | libro."

(1) La Esclaua de su Galan (pág. 1).—(2) El Desprecio Agradecido (p. 45).—(3) Auenturas de Don Iuan de Alarcos (p. 89).—(4) El Mayor Imposible (p. 133). — (5) La Vitoria del Marques de Santacruz (p. 183).—(6) Los Cautiuos de Argel (p. 231).—(7) Casteluines y Monteses (p. 279).—(8) De lo que ha de ser (p. 332).—(9) El vltimo Godo (p. 369).—(10) La Necesidad del discreto (p. 418).—(11) Del Iuez en su causa (p. 459).—(12) Los Embustes de Fabia (p. 509).

Hoja 3.: Dedicatoria a Derport, que ocupa el resto de los prels., fechada en Zaragoza a 15 de noviembre de 1647.

(42) *Parte* | *veynte y ocho* | *de Comedias de* | *varios avtores.* | *63* | (Escudo) *Con licencia,* | *En Huesca, Por Pedro Bluson, Impressor de la Vniuersidad, año de 1634.* | *A costa de Pedro Escuer Mercader de Libros.* (Al fin:) *Con licencia. En Huesca, por Pedro Bluson, impressor de la Vniuersidad. Año 1634. A costa de Pedro Escuer Mercader de libros.*

4.°; 3 hoj. prls. y 250 foliadas. Signats. A-KK3. (Debe de faltar una hoja en los prels.)

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: Licencia del Vicario de Huesca: 6 de abril de 1633.—Aprobación de D. Diego Amigo: Zaragoza, 27 de octubre de 1633.—Vuelta: "Titvlos de las comedias."

La despreciada querida.—La industria contra el poder.—El labrador venturoso.—El palacio confuso.—La porfía hasta el temor.—El Juez de su casua.—El zeloso estremeño.—De un castigo tres venganzas.—El Príncipe Don Carlos.—El Príncipe de los Montes.—El Príncipe Escanderberg.—La cruz en la sepultura.

Hoja 3.ª: Dedicatoria a D. Antonio Manrique de Luna y Lara.—Texto.

INDICE DEL TOMO VI

COMEDIA

DE LA

FUNDACION DE LA ALHAMBRA DE GRANADA

El REY DE GRANADA *Muley Hacen Habenachar.*
El INFANTE, *su hermano.*
HALEMA, *mora, prima del* REY.
HASBULEY, *alcaide.*
HACEN, *moro.*
Un MAESTRO DE OBRAS.
Un SECRETARIO, *por nombre* ZAIDE.
BENZORAQUE.
DOÑA JUANA DE LUNA.
DIOGUITO, *su hijo.*
LEONARDO, *vaquero.*

PRIMERA JORNADA

(*Sale el* REY DE GRANADA *y un* MAESTRO DE OBRAS.)

REY. ¿Y en qué tiempo se dará
fin a la obra, maestro?
MAESTRO. En treinta años.
REY. Bien está.
¿Y sois en el arte diestro?
MAESTRO. La experiencia lo dirá.
REY. Sí dirá que la experiencia
descubre la suficiencia
del que se pone a algún cargo,
pero temo el tiempo largo
y querría diligencia.
Que un edificio tan bello
gustara verle acabado.
MAESTRO. Nuestro Alá puede hacello;
pídele tú con cuidado
vida para poder vello.
REY. Pedid lo perteneciente
y haced lista de la gente
de que entendéis ayudaros,
que yo me ofrezco de daros
el material suficiente.
MAESTRO. Señor, ya ves que una planta,
cuando la ve antigua el dueño,
corta la tierna garganta
de algún perrillo pequeño
y en sus pies la entierra y planta.
Porque con este calor
el ya perdido valor
de nuevo vuelve a cobralle,
y a su dueño vuelve a dalle
abundante fruto y flor.
REY. Eso es ya negocio vano;
satisfaced vuestro intento,
que a vuestro gusto me allano.
MAESTRO. Señor, para ese cimiento
quiero un perrillo cristiano.
Búsqueseme con presteza,
que cortada la cabeza
en el foso se pondrá,
y desde allí le dará
valor a la fortaleza.
Porque en esta nación santa
destos que adoran a Cristo
y sus banderas levanta,
un ardiente fuego he visto
que a la esfera se adelanta.
Y así, señor, es mi intento
que al pie del hondo cimiento
un cristiano se pusiese,
que de perro le sirviese
al edificio opulento.
REY. Bien claro se echa de ver
que en el decir y el hacer
es vuestra persona sabia;
eso y el fénix de Arabia
se os dará, si es menester.

(*Sale* HACEN.)

HACEN. Benzoraque está en Palacio,
que en este punto llegó.
REY. Sabéis cuánto le amo yo,
y decísle tan despacio.
Turbado estoy de contento;
salgámosle a recebir.
HACEN. No tenemos que salir,
que ya entra en tu aposento.

(*Sale* BENZORAQUE.)

REY. ¡Caro amigo!

BENZORAQ. ¡Oh mi señor!,
los pies me da que los bese.
REY. Alzaos, que si os los diese
perdería de mi honor.
¿Venís bueno?
BENZORAQ. A tu servicio.
REY. ¿Y quédalo el Rey también?
BENZORAQ. Bien.
REY. ¿Hízolo bien con vos?
BENZORAQ. Bien.
REY. Con razón le estoy propicio.
BENZORAQ. El lugar hallo revuelto
y lleno de materiales;
¿levantas obras reales?
REY. Hallareisme en obra envuelto:
aumento esta fortaleza
que mis pasados labraron,
que claro en ello mostraron
títulos de su grandeza.
Ducientos (1) años y más
ha que quisieran labralla,
y yo quiero amplificalla
por gusto mío no más.
BENZORAQ. Será tu fama extendida
entre mil naciones varias.
REY. Al menos me dará parias
el cristiano a quien las pida.
¿Dióos el Rey carta?
BENZORAQ. Aquesta.
REY. Lee y veré qué responde.
BENZORAQ. Bien sé yo que corresponde
a la tuya en su respuesta.
Ocho caballos te traigo,
los mejores que él tenía.
REY. Siempre en lo que el Rey me envía
en afrenta con el caigo;
que un presente que le hice
pequeño, tan bien lo paga;
no sé en qué le satisfaga.
Lee y veré lo que dice.

CARTA.

"Importante y leal amigo: No puedo dejar de ser tan corto en gradecer mercedes cuanto soy en recibirlas largo; el regalo recibí, cuya magnificencia descubre la largueza del dueño. Ahí va Benzoraque con ocho caballos enjaezados. Gustaré que por curiosidad (no más) se me envíe a decir de dónde tomó principio y dirivación esa fortaleza llamarse Alhambra.—Año 1394. El Rey Don Fernando deste nombre tercero.—Yo el Rey."

REY. Grande nobleza de Rey;
todo mi reino le diera,
y mi vida le ofreciera
por verle guardar mi ley.
Saber quiere antigüedades,
propiedad de hombre estudioso.
BENZORAQ. Es por extremo curioso
de saber curiosidades.
REY. ¿Vos no supistes decirle
del modo que aquesto fué?
BENZORAQ. Señor, como no lo sé,
de nada le satisfice (1).
REY. Pues escribírsele ha
la relación, que es muy justo,
y por ser cuento de gusto
quiero contarlo, escuchad:

Después que el primer godo ganó España
y Granada mudada dese sitio,
de aquesa sierra Elvira, do quedaran
muchos de sus cimientos y reliquias,
entre otros reyes moros que acudieran
a poblar las ciudades españolas,
acudieran de Aljufa (ciudad bélica)
los Abenhalamares, cuyos hechos
publican que es del estirpe clara (2)
de nuestro gran Mahoma. Soltán Benhamar
(que era uno dellos), viendo (3) que Albenhut,
moro soberbio e indómito que en Murcia
y su larga comarca residía,
hacía grande daño en toda ella,
con injusticias mil y robos públicos,
vino con poderoso y grande ejército
a domar la cerviz de este tirano,
en la cual hazaña fué caudillo (4),
y le aclamaron por Rey de aquesta tierra.
El cual, teniendo della el cetro y silla,
viendo este lugar que no tenía
fortaleza ninguna ni castillo,
fortalecida con aquestas torres,
hizo aquesa del sol, que es la primera,

(1) En la impresión, "ducentos", como hecha en Portugal.

(1) "Satisfice" no consuena con "decirle"; quizás el verso fuese "en nada pude servirle".

(2) Verso incompleto; quizá diría "de la estirpe clara".

(3) En el original, "sabiendo", que hace el verso largo.

(4) Verso corto: puede enmendarse diciendo "él fué caudillo".

y esotras cuatro que están más adelante,
y a todas juntas puso nombre y título
de Alhambra, por el nombre de su artífice,
que fué Benhamar, como ya consta (1).
Todo aquesto he descubierto por papeles
que guardados están en mis archivos.
Agora yo, porque mi nombre y fama
se extienda del uno al otro polo,
quiero aumentar las puertas desta Alhambra,
con torres de gustosa (2) arquitectura,
y una por todas muy costosa y célebre,
donde mi nombre esté con letra arábiga,
que diga: Abenhamar labró esta fuerza,
teniendo de Granada el cetro y silla,
con la fecha del año, porque sepan
el Rey que la labró, cómo y cuando,
y un brazo, con su mano y cinco dedos,
que se entienda que son los cinco ritos
del Alcorán y ley que profesamos;
y una llave también que signifique
que el que aquestos preceptos bien guardare
se le dará la llave y justo premio
de cualquiera hazaña que emprendiere.
Esta es la fundación de aquesta fuerza,
y la ocasión que a su labor me fuerza.

BENZORAQ. El entendimiento estriba,
cuento es digno de memoria.
REY. La relación desta historia
es bien que al Rey se [le] escriba,
que gustará sumamente,
como por la suya escribe.
BENZORAQ. Extraño gusto recibe
de estas cosas.
REY. Es prudente.
¿Regalos para las damas
traeréis de por allá?
BENZORAQ. Señor, bien sabes tú ya
que no me abrasan sus llamas.
Ni traigo Dios ni es testigo
sino un pequeño cristiano,
que vino alegre y ufano
de venir acá conmigo.
Tomóme tal voluntad
que me rogó le trujese
para que la ciudad viese.
REY. ¿De qué años es su edad?
BENZORAQ. De cuatro; ¿hase menester?
Gran temor mi alma cobra.

(1) Falta una sílaba: pudiera decirse "os consta".
(2) En el original dice "custosa".

REY. Sí, para esa nueva obra
que agora mando hacer.
Que es sangre que bulle y hierve,
y así quiero que el cimiento
le sirva de enterramiento
para que el muro conserve.
BENZORAQ. Suplícote no permitas
que tal se haga, señor,
que pierde mucho mi honor
si tú agora me le quitas.
REY. ¿De qué manera, decí?
BENZORAQ. ¿Será bueno que Fernando
diga que en aquesto ando,
y que a otra cosa no fuí?
REY. ¿Pues supo el Rey que venía
ese muchacho con vos?
BENZORAQ. ¡Misericordioso Dios,
tu santo auxilio me envía!
Súpolo el Rey como yo.
REY. Pues escribírsele ha
que antes de llegar acá
el muchacho se volvió.
¿Eso os daba pesadumbre?
BENZORAQ. Y me la da por extremo,
que de este delito temo
que se ha de hallar rastro o lumbre.
Que cuando se calle más
lo dirá la tierra propia.
REY. Habrá encima tanta copia
que no lo diga jamás (1).
Si yo pretendo cubrillo
con mayor montón de tierra
que la mitad desta sierra,
¿cómo podrá descubrillo?
BENZORAQ. Ya tú lo que digo entiendes;
detén la rienda a tu gusto,
y advierte que no es justo
hacer eso que pretendes.
Que ha días que voy y vengo
a la tierra y patria suya:
no sea que me lo atribuya.
REY. Quitarme el gusto que tengo...
BENZORAQ. Escucha, señor.
REY. Decí.
BENZORAQ. No hagas tan grande yerro.
REY. Cansáisos en vano.
BENZORAQ. ¡Ah, perro,
véngueme el cielo de ti!

(*Vase el* REY *y queda* BENZORAQUE.)

BENZORAQ. Ya doña Juana de Luna,

(1) En el original, "ya mas".

consorte mía y señora,
ha llegado el tiempo y hora
do nos divide fortuna.
Ocho años ha que Fernando,
Rey vuestro, me bautizó,
y por esposa os me dió,
su nombre y fama aumentando.
Mi hijo y vuestro me truje,
sin que pudiésedes vello;
diréis que quise traello
y que con él me reduje.
Y que con él partí
de Dios mi alma olvidada,
y que, cual piedra arrojada,
a mi centro me volví.
Acuérdome cierto día
en que me dijisteis vos
que daba aflicciones Dios
a siervos que más quería.
Y que cuando yo me viese
de alguna dellas ahíto,
con alma y pecho contrito
a Dios mi llanto ofreciese.
Quiero, pues, en este paso
ayudarme deste bien,
y ofrecer [la] pena a quien
sabe con cuánta la paso.
Señor, pues en vos confío
aquesta aflicción que siento,
sírvame de algún descuento
para el largo alcance mío.
Y si a pediros me atrevo
tan sumo bien como invoco,
es por ver que pedís poco
para lo mucho que os debo.
Vos inocente sufrí
del cuchillo el rigor duro,
que padre, amparo y escudo
ya no le tenéis en mí.
¿Pues para qué hice el bien
que en mi alma resplandece?
Buen encuentro se me ofrece;
malas lanzadas te den.

(*Sale* HALIMA.)

HALIMA. Benzoraque.
BENZORAQ. ¿Qué quieres?
Ya sé que sabes mi nombre.
HALIMA. ¿Que aún no quieres que te nombre?
BENZORAQ. Nómbrame cuanto quisieres,
pero no donde yo esté,
porque me ofende tu trato.
HALIMA. ¿Cómo, Benzoraque ingrato,
que tan mal tratas mi fe?
BENZORAQ. Al Infante mi señor
se la ten, pues que te quiere,
y sabes que me prefiere
en calidad y valor.
Y déjame, que bien sabes
que siempre te aborrecí.
HALIMA. ¡Traidor!, ¿por ver que te di
de mi corazón las llaves
me tratas de aquesa suerte?
Pues guarte de mí, villano,
que la ajena o esta mano
ha de darte cruda muerte.
Ya sabes el furor ciego
de una mujer ofendida.
BENZORAQ. Harto me quita la vida
verla quitar a mi Diego.

(*Sale* HACEN.)

HACEN. El Rey pregunta que adónde
está el pequeño cristiano.
BENZORAQ. Artífice soberano,
a mis querellas responde.
No ha podido el Rey hallarlo;
bueno mi remedio va.
Dirasle que por acá
quedo ocupado en buscarle.

(*Vase* HACEN.)

BENZORAQ. Quiero partirme al momento
y trasponerle de aquí,
aunque venga sobre mí
a edificar el cimiento.
HALIMA. ¿Sin responder, desa suerte
te vas? Ardo en ira y rabia.
BENZORAQ. Si mi respuesta te agravia,
¿qué tengo que responderte?

(*Vase* BENZORAQUE.)

HALIMA. Yo haré que de ti huya
aquesa prevención loca,
y el suelo que mi pie toca
lavaré con sangre tuya.
Y será paga deciente (1)
cruel más que el áspid libio.

(*Sale el* INFANTE.)

INFANTE. ¡Halima bella!
HALIMA. Este alivio
me faltaba solamente.
¿Qué me quieres?

---

(1) Así en el original; quizá "decente".

INFANTE. Adoraros
como a diosa de la vida,
aunque el resplandor me impida
la gloria y bien de miraros.

HALIMA. Vete, Infante, poco a poco
y olvida ese cuidado,
no vengas de enamorado
a estar en cadena loco.

INFANTE. ¿Agora conocéis eso,
que estoy loco y en cadena,
y que la cadena ordena
que pierda por vos el seso?
Aunque si por vos le pierdo
no es bien que por loco quede,
antes por perderlo puede
dárseme nombre de cuerdo.

HALIMA. A lo menos lo serás
después que de un moro infame
la vil sangre se derrame
de quien ofendido estás.

INFANTE. ¿Ofendido yo? ¿De quién,
si no es desa beldad vuestra
que a mi amor y fe le muestra
un desabrido desdén?

HALIMA. Verdad es que mi beldad
te ofende, pues que por ella
un bajo moro atropella
tus prendas y calidad.

INFANTE. ¿Quién es? Declaraos conmigo,
que me abraso en vivas llamas.

HALIMA. ¿Quién? Benzoraque, a quien llamas
caro y especial amigo.

INFANTE. ¿Posible es que pueda ser tal,
con la amistad que me tiene?

HALIMA. ¿No sabes que un traidor viene
con máscara de leal?
De aquí se fué en este punto,
dejándome amenazada.

INFANTE. Bien se ve que estáis turbada
y el rojo rostro difunto.

HALIMA. Después de ofrecerme dones
de más valor que no el suyo,
dijo contra el honor tuyo,
entre otras, estas razones:
"Deja al Infante y su amor,
pues más que él te adoro y quiero,
y sabes que le prefiero
en calidad y valor."
Empecé a levantar el grito
y su castigo intenté,
y de piedad le dejé,
por ser tan grande el delito.
Y díjele: "Di, traidor,
¿no es verdad averiguada
que ha de ser Rey de Granada
el Infante, mi señor?
Que si algún valor cobra
tu persona y si lo adquiere,
es porque el Infante quiere
darte el honor que le sobra."
Lleno de coraje y furia
(cuando esto dije) se fué,
diciendo: "Yo tomaré
venganza de aquesta injuria."

INFANTE. ¡Oh Mahoma! ¿Tal sufriste?
¿En mi ausencia tal deshonra?
¿Defendiendo yo tu honra
la mía no defendiste?
Bárbaro ingrato, ¿qué hacías?
¿Así guardabas mi honor?
Apostaré que al licor
del dios Baco te ofrecías.
Pero ya que no miraste
por mi honor, yo con mi mano
le iré quitar al tirano
la vida que le dejaste.

HALIMA. ¿Adónde vas?

INFANTE. A dar muerte
[a] aquel atrevido infiel

HALIMA. Aguarda, que más cruel
se la darás de otra suerte.

INFANTE. ¿Pues hay remedio más llano
por do venganza reciba?

HALIMA. ¿No sabes ya lo que priva
Benzoraque con tu hermano?
¿Y que cuando el crimen suyo
castigues con su venganza,
mediante esta privanza
está cerca el daño tuyo?

INFANTE. ¿Pues cómo se hará mejor
sin riesgo de mi persona?

HALIMA. Diciendo que a la corona
del Rey tu hermano es traidor.
Otro remedio más llano,
y es que le digas al Rey
que ha negado nuestra ley
y que se ha vuelto cristiano.

INFANTE. Este último parecer
aún lleva mejor camino;
pero mi hermano imagino
que no lo podrá creer.
Que me dirá que es maldad,
como en efecto lo es,
y que me mueve interés

de enojo y de enemistad.

HALIMA. Atestigua tú conmigo,
y yo también lo diré.

INFANTE. Esto y más le probaré
llevando tan buen testigo.

HALIMA. Anda, ve antes que el Rey coma
y dile que se alabó
que en Castilla renegó
del Alcorán de Mahoma,
y que en tu amistad fiado
a ti quiso descubrirse,
y que allá quería irse
porque estaba allá casado.
Luego yo diré lo mismo
porque te venga a creer,
que aun diré (si es menester)
que me hallé en su bautismo.
Con esto será al momento
su vil persona quemada,
sin que a ti te cueste nada
y saldrá bien nuestro intento.
Por obra, pues, lo pongamos
y al Rey el caso contemos,
porque principio le demos.

INFANTE. Vamos, sol del mundo.

HALIMA. Vamos.

(Vanse, y sale LEONARDO, *vaquero.)*

LEONARDO. ¡Cautiverio pesado!
¿Cuándo tienes de dar fin y remate
a mi vivir cansado?
No es bien que ya se trate
de muerte, pues la espero por rescate.
Y tú, tiempo ligero,
¿no sabes tú volar, que vas andando?
Vesme que desespero,
y viénesme entregando
cordel donde me pueda ir ahogando.
¡Ay, cruz pesada y larga,
y más para quien jamás (1) espera
que le deje su carga!
El cielo no me diera
otra que fuera un poco más ligera.
Pero quiero llevalla
con gozo (aunque conozco que con pena)
yo mismo y abrazalla,
pues el cielo lo ordena,
y no la he de escoger para ser buena.
Un moro veo bajar
de lo alto de la montaña.

(1) En el original, "ya más".

(Sale BENZORAQUE *por la costa abajo.)*

BENZORAQ. Los moros de la cabaña
dijeron que aquí ha de estar.

LEONARDO. Las quiebras viene mirando;
quiero rezar y dejarle,
empero juzgo (1) llamarle
por ver qué viene buscando.
¡Ah de arriba! Ya me oyó,
y acá endereza el camino.

BENZORAQ. El es; a lo que imagino,
desde allá me conoció.
¡Mi Leonardo!

LEONARDO. ¡Juan amigo!
¿Que tú eras?

BENZORAQ. Sí, yo soy,
y al cielo mil gracias doy
por verme a solas contigo.
¿Cómo dejas allá arriba
toda la gente del hato?

LEONARDO. Quise bajarme acá un rato
a llorar mi pena esquiva.
Que como los que allá dejo
no es gente que sea prudente,
burlan de mi ley y gente
cuando ve que a Dios me quejo.
Y ansí, por poder loar
a mi Dios omnipotente,
huyendo de aquesta gente
aquí me suelo ocupar.

BENZORAQ. ¡Cómo me alegro y ufano
en verte con tanta fe!

LEONARDO. Más lo estoy yo por aquel
que es muy perfecto cristiano.
¿Cómo en Castilla te ha ido
toda aquesta primavera?

BENZORAQ. Bien; pero al cielo pluguiera
que allá nunca hubiera ido.

LEONARDO. ¿Ha habido desgracia alguna?

BENZORAQ. Una sola, pero tal,
que en ella empleó el caudal
la variable fortuna.
Y sólo he venido aquí
a que remedio me des.

LEONARDO. Mi vida es poco interés
para perderla por ti.
Cuéntamelo, amigo, luego,
porque en lágrimas me aflijo.

BENZORAQ. ¿Ya sabes que tengo un hijo?

LEONARDO. Ya lo sé; se llama Diego.

BENZORAQ. Pues quiso el hado cruel

(1) En el original, "juicio", por errata.

que a Granada le trujiese
para que la ciudad viese;
y apenas entré con él
cuando el Rey mandó al momento
(él por su misma palabra)
que destas torres que labra
carguen sobre él el cimiento.
Dios sabe lo que sentí
cuando le oí la sentencia;
mas antes que en su presencia
le viese, le truje aquí.
A la hora le llevé
por valerle de tu amparo,
adonde a Hacen y a Azaro
dó estabas les pregunté;
hubiéranme de decillo,
y bajo a buscarte luego,
dejándoles a mi Diego
con nombre de un esclavillo.
Díjele que en parte alguna
de agua no me llame padre,
ni diga que es su madre
mi doña Juana de Luna.
Vengo a suplicarte ahora
que le guardes en el hato,
por ser mi hijo y retrato
de la que mi alma adora.
Y con palabras de amor
desos moros le desvía,
que al fin es niño y podría
aprender algún error.
Harásle acá cursar
nuestra fe y doctrina santa,
que aunque de coro la canta
se le podría olvidar.
Que el tiempo será muy breve
que el niño contigo esté,
porque yo procuraré
como a su madre se lleve.
Que estará de mí con queja
(y justa), pues fuí traello
sin que ella pudiese vello.

LEONARDO. Suspenso el cuento me deja.
¿Supo el Rey que era tu hijo?

BENZORAQ. Ni lo supo ni lo vió,
porque antes le truje yo.

LEONARDO. De tu trabajo me aflijo;
pero es fuerza, pues has hecho
lo más, que es traerlo aquí,
donde mejor que por mí
miraré por su provecho.
Déjale, amigo, a mi cargo,
que basta ser hijo tuyo
para que el regalo suyo
procure, pues dél me encargo.

BENZORAQ. ¡Oh Leonardo, caro amigo!
¿Tal bien puedo merecello?

LEONARDO. Estoy obligado a hacello,
pues sigues la fe que sigo.

BENZORAQ. No pensé contigo verme
medroso de mi fortuna.

LEONARDO. Di, ¿tráesme reliquia alguna
de las que sueles traerme?

BENZORAQ. Sí, traigo una imagen bella
de María y dártela he,
que mirándola con fe
ganes perdones con ella;
que yo por poder ir allá
nunca de mí ya la aparto,
porque jamás no me harto
de besalla y de adoralla.

LEONARDO. Dámela, pues.

BENZORAQ. Vesla aquí,
y otra como ella me queda.

LEONARDO. ¿Virgen, posible es que pueda
veros? ¿Tal bien merecí?
Mil veces os miro y beso
regalando mi memoria,
aunque de tan suma gloria
por indigno me confieso.
¿Qué moro es el que allí viene?

BENZORAQ. ¿Moro? ¿Adónde?

LEONARDO. Vesle allí.

BENZORAQ. ¡Ay, desdichado de mí,
helado el temor me tiene!
El Rey envía a buscarme
para hacerme matar;
aquí te puedes quedar,
que yo pretendo ausentarme.
En este puesto me aguarda
y pregunta adónde va,
o qué busca por aquá.
Queste temor me acobarda.

(*Sale* DOÑA JUANA DE LUNA.)

D.ª JUANA. Ya vengo tan fatigada,
que un solo paso no diera
adelante si no viera
questá tan cerca Granada.
Aún no hay a quien preguntar
cuánto estará de aquí;
pero un moro veo allí,
hacia él me quiero llegar.
Guárdete Mahoma, amigo.

LEONARDO. Amigo, guárdeos a vos,
porque a mí me guarda Dios,
cuya ley profeso y sigo.
D.ª JUANA. ¿Eres cristiano, en efecto?
LEONARDO. Sí lo soy, y en Dios confío.
D.ª JUANA. Así del esposo mío
tuviera tan buen concepto.
Que a lo que colijo dél,
me trajo el hijo que adoro
porque le heredase moro
su antiguo tronco infiel.
¿Qué está Granada de aquí?
¿Podré hoy en ella entrar?
LEONARDO. ¿Pues no?
D.ª JUANA. ¿Que tanto ha de (1) estar?
LEONARDO. Legua y media; vesla allí.
D.ª JUANA. ¿Cómo te llamas?
LEONARDO. Leonardo.
D.ª JUANA. Nombre es ese de otra ley.
¿Eres esclavo?
LEONARDO. Del Rey.
D.ª JUANA. ¿En qué entiendes?
LEONARDO. Vacas guardo.
Con su proceder me admira;
no debe ser desta tierra. (*Ap.*)
D.ª JUANA. ¿Cómo se llama esta sierra?
LEONARDO. Aquesta es la sierra Elvira.
D.ª JUANA. ¿Esta de enfrente de mí?
Es joya de harto interés.
¿La torre del sol cuál es?
LEONARDO. La primera; vesla allí.
D.ª JUANA. ¡Ay! Dime, por vida mía,
¿cómo es ansí intitulada?
LEONARDO. Porque está puesta y fundada
frontera del Mediodía.
Cuando el mediodía llega
en ella se suele ver:
esta torre suele ser
reló de toda esta vega.
Y han pronosticado al Rey
que sin muerte, sangre o guerra,
han de ganar esta tierra
los que profesan mi ley.
Y si en efecto se gana,
que una campana pondrán
en la torre, y le dirán
la torre de la campana.
D.ª JUANA. Ansí me dijo el traidor,
que aun nesto trató verdad.

(1) En el original, "puede estar", que hace largo el verso.

LEONARDO. ¿A qué vais a la ciudad?
¿Sois forastero, señor?
D.ª JUANA. Sí lo soy, y vengo a vella
porque me la han alabado,
y tiéneme aquí admirado
sin haber entrado en ella.
LEONARDO. Pues para que podáis ser
de sus grandezas testigo
irá con vos un mi amigo
que os muestre lo que hay que ver.
D.ª JUANA. Estimo aquesa amistad.
LEONARDO. Pues aguardad neste puesto,
que yo volveré bien presto.
D.ª JUANA. Anda y ve con brevedad.

(*Vase* LEONARDO.)

D.ª JUANA. A que venga aguardaré
este con quien tengo de ir,
porque me pueda decir
deste enemigo sin fe.
Quizá con facilidad
dirá do asiste el tirano;
que, como dijo el cristiano,
sabe toda la ciudad.
Que a él propio preguntara
por él; mas fuera excusado,
porque un hombre aun ocupado
no sin razón lo ignorara.

(*Sale* BENZORAQUE *y* LEONARDO.)

LEONARDO. Aquí Benzoraque irá
hasta la ciudad con vos.
¡Qué mudos están los dos!;
quizás le conocerá.
Suspensos ambos están;
¿si se han los dos conocido?
D.ª JUANA. Dime, traidor descreído,
¿eres Benzoraque o Juan?
BENZORAQ. Juan, y siempre lo seré,
y Juan pretendo llamarme,
pues no pudiese salvarme
sin vivir en vuestra fe.
¿Cómo venís desta suerte,
doña Juana de mis ojos?
D.ª JUANA. Principios de mis enojos
que me han de causar la muerte.
Trajísteme al hijo mío
y preguntas cómo vengo.
BENZORAQ. Culpa confieso que tengo;
perdonad mi desvarío.
D.ª JUANA. Dime: ¿quisiste traello
sin que le hablase o le viese,
para que otro moro fuese

como tú debes de sello?

BENZORAQ. No tratéis desa manera
a quien si a vos no os amara
y a Dios no reverenciara
a Diego no le trujera.
Que si yo le traje acá
es por quereros a vos,
y aquesto sábelo Dios
y el que presente está.

LEONARDO. Pura verdad dice en todo,
que con adorar yo a Cristo
tan buen cristiano le he visto
que sigo su estilo y modo.

BENZORAQ. ¿No habéis tenido contraste
desde Castilla hasta aquí?

D.ª JUANA. Ninguno; como aprendí
la lengua que me enseñaste...
Porque aunque el morisco traje
algún ánimo me dió,
no me aventurara yo
si no supiera el lenguaje.

BENZORAQ. Espada traéis.

D.ª JUANA. Y aceros.

BENZORAQ. Bien la podéis excusar,
que para poder matar
bastan esos dos luceros
que están sirviendo de flechas
en esos dos arcos bellos,
pues con ellas y con ellos
dejáis mil vidas deshechas.

D.ª JUANA. Dó está mi hijo me di.

BENZORAQ. Ahora los dos iremos
adonde está y le veremos,
que bien cerca está de aquí.
Tú, Leonardo, parte luego,
y ahí, junto a esa cañada,
do va el camino a Granada,
traerás a mi hijo Diego.
Por amor, que aquesa gente
no barrunte alguna cosa.

LEONARDO. Yo voy, y tú y tu esposa
me aguardá junto a la fuente.

(*Vase* LEONARDO.)

BENZORAQ. Vamos, pues, con brevedad;
veréisle y yo le veré,
y después os llevaré
a que veáis la ciudad.
Contaréos en el (1) camino
un suceso harto extraño.

(1) En el original, "nel camino".

D.ª JUANA. ¡Cuánto del tuyo o mi daño
será, a lo que imagino!

(*Vanse* BENZORAQUE *y* DOÑA JUANA, *y sale el* REY *y el* INFANTE, HALIMA *y* HASBULEY, *alcaide.*)

REY. ¿Que eso pasa?

INFANTE. Caso es llano,
como Halima lo sabe.

REY. ¿Vídose dolor más grave?
¿Qué Benzoraque es cristiano?
¿Tú estabas también delante?

HALIMA. Delante de mí pasó;
que presente estaba yo,
con mi señor el Infante.

REY. Y aun por eso defendía
el muchacho cristianillo
de no entregalle al cuchillo
del mando y sentencia mía.

HALIMA. Veo que le trasportó
y que salió con su intento.

REY. Su culpa y atrevimiento
pagará si vivo yo.

HALIMA. Mi traza si es buena advierte
conforme a lo que el Rey muestra.

INFANTE Fué la traza como vuestra
y mía tan buena suerte.

REY. ¡Ah, Mahoma!, ¿no enviaras
un rayo del trono tuyo,
con que el falso pecho suyo
con inclemencia abrasaras?
Estos errores y engaños
en Castilla los medró,
que ha que le envío yo
a ella nueve o diez años.

(*Sale* HACEN.)

HACEN. Benzoraque llegó ahora.

REY. ¿Benzoraque?

HACEN. Sí, señor.

REY. No haga nadie rumor.

HALIMA. Nuestra traza se mejora.

REY. Alcaide.

ALCAIDE. Señor.

REY. Mirad;
cuando Benzoraque llegue
y yo por preso os le entregue,
con él de esta industria usad.
Y es que os finjáis con deseo
de ser cristiano y que os pese
de su mal, porque os confiese
que lo es, aunque no lo creo.
Que podrá ser que le acusen

aquestos con falsedad
por alguna enemistad
y desta venganza usen.

ALCAIDE. No es aquesa industria mala.
HALIMA. Cuanto dijo fuí escuchando.
INFANTE. ¿Y es?
HALIMA. Que se prenda en llegando.
INFANTE. Quedo, que entra ya en la sala.

(*Sale* BENZORAQUE.)

BENZORAQ. Toda Granada he andado
y ahora acabo de vella,
y no está el muchacho en ella.
REY. ¿Al fin no le habéis hallado?
BENZORAQ. No, señor; mas yo imagino
que como ahí fuera quedó,
que lo que dijiste oyó
y que se puso en camino.
REY. ¡Hola, Alcaide, aquella espada
de la cinta le quitá!
BENZORAQ. ¿Por qué, señor?
REY. Porque está
en vos muy mal empleada.
BENZORAQ. Si el muchacho se ha ausentado,
¿ha sido mío el exceso?
REY. Que no se os quita por eso.
BENZORAQ. ¿Pues por qué?
REY. Por renegado.
BENZORAQ. ¿Renegado yo? ¿De quién?
REY. De Mahoma; ¿y esto es cierto?
BENZORAQ. ¿Quién se lo habrá descubierto?
HALIMA. ¿Qué te parece?
INFANTE. Muy bien.
BENZORAQ. Señor, ¿búrlaste de mí?
REY. Dos testigos que lo oyeron
a vos y me lo dijeron.
BENZORAQ. ¿Dónde están?
REY. Veslos allí.
Halima y mi hermano son.
Mirad si dirán verdad.
BENZORAQ. Si son de tal calidad,
digo que tienen razón.
Porque tengo por mejor
el padecer y morir
que no haber de desmentir
al Infante, mi señor.
¿Yo he dicho que soy cristiano?
INFANTE. Halima estaba delante.
HALIMA. Y mi señor el Infante.
BENZORAQ. Si eso es así, yo me allano.
Bien se ha vengado la mora
y bien cumplió su promesa;
por doña Juana me pesa,
que dentro en mi alma mora.
Pero saber mi buen celo
esto me atierra y admira;
mas a veces la mentira
es de la verdad anzuelo.

(*Llega el* REY *y quita a* BENZORAQUE *una imagen del seno.*)

REY. Para satisfacción mía
quiero ver qué traéis aquí.
¿Qué estampa es ésta, decí?
BENZORAQ. Una imagen de María
que truje para un cristiano.
HALIMA. ¡Qué propia vino la estampa
para asegurar la trampa!
REY. Que seréis cristiano es llano.
Certificado me ha hecho
esta imagen que os he hallado
y del pecho os he sacado.
BENZORAQ. Del seno sí, y no del pecho.
No quiera el cielo que yo
te desmienta en cosa alguna.
¡Ah, doña Juana de Luna,
ya vuestro Juan se acabó!
REY. Llevadle preso a una torre
y sus razones se atajen,
quiero ver si esta imagen,
en quien fía, le socorre.
BENZORAQ. En ella voy confiado
y su potestad confieso.
HALIMA. ¿Es bueno padecer eso?
BENZORAQ. ¡Ah, cruel, bien te has vengado!

(*Vanse todos, y queda* BENZORAQUE *y el* ALCAIDE, *y dice el* ALCAIDE.)

ALCAIDE. Sabe el cielo, caro amigo,
si siento tu adversidad,
y de que es esto verdad
presento a Dios por testigo.
Creme, pues en tu fe creo,
que aunque no soy bautizado
solamente me ha quedado
de tu fe mi buen deseo.
Y mediante esta igualdad
si eres cristiano me di,
demás que te he dicho a ti
que lo soy en voluntad.
BENZORAQ. No me engañes.
ALCAIDE. Es sin duda
y del modo que lo digo.
BENZORAQ. Pues no es justo que contigo

esté más mi lengua muda.
Ya tú sabes como el Rey
ha diez años que me envía
con cartas al rey Fernando
desde Granada a Castilla.
Habrá, pues, los ocho dellos
que quiso mi suerte y dicha
(dicha con razón la llamo,
pues fuí ciego y truje vista)
que vi una cristiana bella,
y tan bella que podía
dar luz con la de sus ojos
al sol, ques quien la da al día.
Robóme el alma, aunque entonces
fué robo de poca estima,
que un alma ciega ya sabes
que no es prenda de codicia.
Dábame el noble Fernando
su lado y mesa continua,
y un día alzada la mesa
le dije sobre comida
que adoraba en la cristiana
y que me bautizaría
por ganarla y por ganarme
con nombre de esposa mía.
Holgóse Fernando, y luego
me hizo dar el agua y crisma,
y él por honrarme en tal acto
fué mi padrino de pila.
Dióme por mujer y esposa
a la que aquí tengo escrita,
aunqe se vió de tal bien
mi humilde persona indigna.
Es doña Juana de Luna
su nombre, aunque no le imita,
porque no es luna ni estrella;
sol sí, porque al sol eclipsa.
Dióme Dios un hijo en ella,
pues estampa es suya y mía,
y éste es el que quiso el Rey
degollar con mano impía.
Está en Granada su madre,
de nuestro traje vestida,
que vino por él y a ser
testigo de mi desdicha.
Aquesta es mi historia, amigo,
y he gustado de decilla
porque ser cristiano quieres,
de que me has dado primicias.

ALCAIDE. Grande pasión me has dado
y la tengo de tu esposa,
pero sólo en una cosa
de tu cuento he reparado.
Y es que cómo acá vivías
estando casado allá,
aunque es verdad que acá
muy poco tiempo asistías.

BENZORAQ. La causa de aqueso era
(caro amigo Habuley)
para aguardar que el Rey
que me aprisiona muriera.
Que como son tan amigos
Fernando y él, advertí
que quedarían por mí
los dos Reyes enemigos.

ALCAIDE. Grande nobleza contiene
su pecho, ¡oh adversa fortuna!

(*Sale* DOÑA JUANA DE LUNA.)

BENZORAQ. Mi doña Juana de Luna
es aquesta que aquí viene.

D.ª JUANA. ¿Qué es aquesto, esposo amado,
gloria mía, en quien adoro?

BENZORAQ. A ser el que aquí está moro
buen lance habíamos echado.
No os arrojéis de esa suerte,
no entiendan que sois mujer.

D.ª JUANA. Dime qué puedo perder
más que venir a perderte.

BENZORAQ. Con todo eso, no es bien
que ya que a mí me perdáis,
el honor que profesáis
lo aventuréis vos también.

D.ª JUANA. ¿No me diréis de qué modo
esto descubierto fué?

BENZORAQ. De aquí a la Alhambra os diré
de la forma que fué todo.
Tened paciencia, señora,
y con Dios os conformá.

ALCAIDE. Ello se remediará,
pase aquesta furia ahora.

BENZORAQ. Vamos, Alcaide; allá riba
dejaréisme aprisionado.

D.ª JUANA. ¡Viendo dolor tan pesado,
cómo es posible que viva!

BENZORAQ. Que por morir en mi ley
siento sumo gozo en mí.

ALCAIDE. De cuanto ha pasado aquí
he de darle cuenta al Rey.

(*Vase el* ALCAIDE *y* BENZORAQUE *y sale* LEONARDO, *vaquero.*)

LEONARDO. Ya estarán en la ciudad
mi amigo Juan y su esposa;

¡qué noble es, qué virtuosa
y qué gran conformidad
hay entre ambos a dos,
que los vi mirando en puntos,
y qué celo entrambos juntos
de amor y temor de Dios!
Al niño le quiero amar,
que ha harto que no le veo,
porque el paternal deseo
no se pierda de enseñar.
Dioguito niño.

DIOGUITO. Señor.

LEONARDO. Llegaos acá, hijo mío.
En que me daréis confío
para enseñarle favor.

DIOGUITO. Mi madre...

LEONARDO. Agora vendrá.
Mirad, no la llaméis madre,
ni digáis que es vuestro padre
el hombre que os trujo acá;
sino que sois esclavillo
y que de un moro os compró.

DIOGUITO. A él se lo digo yo.

LEONARDO. Qué noble es y qué chiquillo.

DIOGUITO. Yo dije que era esclavillo
de quien me había llevado
a los hombres del ganado.

LEONARDO. Puen ansí habéis de decillo.
¿Entendéis, mi hijo Diego?
Mirad que así lo digáis,
que harto precio le costáis
de pena y desasosiego.
¿Qué hacíais?

DIOGUITO. Viendo allí
lo que los moros hacían.

LEONARDO. Venid acá; ¿y decían
alguna cosa, decí?

DIOGUITO. Decíanme que negase
a Cristo y santa María,
que mi amo me querría
mucho más si renegase.

LEONARDO. Y, venid acá, chiquito:
¿qué le respondisteis vos?

DIOGUITO. Yo nada.

LEONARDO. ¡Divino Dios,
dese poder infinito
me dad para que profeta
en esta planta que temo,
que no la queme en extremo
el cierzo de aquesta seta.
Y, venid acá, mi hijo.
Si os tornan a persuadir,
¿qué les habéis de decir?

DIOGUITO. Lo que mi padre me dijo.
¿No se acuerda que en la fuente,
juntos con él y mi madre,
esta mañana mi padre
me dijo que si esa gente
algo deso me tratase
diga que no quiero hacello,
y que en porfiando en ello
que dellos me desviase?

LEONARDO. Pues ansí lo habéis de hacer.

DIOGUITO. ¿Quiere darme esa que tiene
para jugar?

LEONARDO. No conviene,
porque la podéis perder.
Y ésta no es para jugar
porque es imagen de Dios,
y otra cosa os daré a vos.

DIOGUITO. Pues déme para besar.

LEONARDO. Para besar sí daré:
besá y ganaréis perdones:
¿sabéis bien las oraciones?

DIOGUITO. Mejor que no él las sé.

LEONARDO. A lo menos más acetas
serán a Dios que las mías,
pues siempre las niñerías
son con entrañas perfetas.

DIOGUITO. Déme pan.

LEONARDO. Deste que tengo
aunque es moro yo os daré.

DIOGUITO. No quiero dese.

LEONARDO. Comé
deste mientras que yo vengo.
Que si vuelvo de Granada
y os hallo rezando acá
os he de traer de allá
una rosquita pintada.

DIOGUITO. Yo rezaré tanto dello...

LEONARDO. Vámonos, pues, hijo mío,
y en vos, Dios, espero y fío
que siervo vuestro he de vello.

(*Vanse y sale el* REY *y el* ALCAIDE.)

REY. ¿Que al fin se os descubrió y dijo
su historia?

ALCAIDE. Y con harto llanto.

REY. ¡Válgame nuestro Alá santo!
¿Que el mochachuelo es su hijo?
¿Y es la cristiana muy bella?
Ya por ella me desvelo.

ALCAIDE. Harto más que el mochachuelo.

REY. Gustara, Alcaide, de vella.

ALCAIDE. No pasará mucho tiempo
sin que la veáis aquí.
REY. ¿De qué manera, decí?
ALCAIDE. Es cuento de pasatiempo.
Fingí que la pena suya
me afligía en sumo grado,
mostrándome allí indignado
contra la persona tuya.
Encarecíle primero
del modo que te allanabas
y del término que usabas
con cualquiera forastero.
Díjele que el bueno era;
como estaba en aquel traje
y hablaba bien el lenguaje
que su esposo te pidiera.
Y que de piedad movido
le mandases desterrar,
sin que tuvieses lugar
de dar a su culpa oído.
REY. Traza escogida. Decí,
¿pronuncia bien nuestra habla?
ALCAIDE. Digo, señor, que la habla
como si nasciera aquí.
REY. ¿Y estále el traje galano?
¡Ah, si hubiera ya venido!
Nada de esto venga a oído
de Halima y de mi hermano.
Ni sepan como yo hice
con vos esta prevención
de allanar la información
ni en todo me satisfice,
sino que entre mí e vos
se esté como siempre está.
ALCAIDE. Digo que no lo sabrá
persona más que los dos.

(*Sale* HACEN.)

HACEN. Un mancebo cordobés
pide que le des audiencia.
ALCAIDE. Ella viene a tu presencia.
REY. ¿De Córdoba dice que es?
Dile que entre: ya, Hasbulei,
me pierdo para ganarla.
ALCAIDE. Tampoco has de adorarla,
que has de mirar que eres Rey.

(*Sale* DOÑA JUANA DE LUNA.)

D.ª JUANA. Engañada creo que vengo,
que éste entiendo que es traidor.
REY. ¿Que ésta es mujer?
ALCAIDE. Sí, señor.
REY. Pues yo por ángel la tengo.
D.ª JUANA. Rey supremo, tu grandeza
me trae delante de ti.
REY. A mí me lleva sin mí
esa divina belleza.
D.ª JUANA. ¿Qués eso que dices?
REY. Digo
que cuando agora os miré
alma y vida os entregué,
y así no vive conmigo.
D.ª JUANA. ¡Ah traidor, falso, sin ley,
ya lo veniste a decir!
ALCAIDE. ¿Traidor he sido en decir
lo que me mandó mi Rey?
D.ª JUANA. No defiendas tu opinión
por guardarle lealtad,
que a do se ofrece amistad
no es justo que haya traición.
REY. Dejá eso y volvé el rostro,
no os mostréis conmigo avara,
pues a esa belleza rara
me arrodillo, humillo y postro.
D.ª JUANA. Déjame, tirano, y baste
lo que mi suerte me ordena,
que es de una pena otra pena
y tras de uno otro contraste.
REY. ¿No respondéis, doña Juana...?
D.ª JUANA. Mi nombre sabe también.
REY. Mitigad ese desdén,
sol de la nación cristiana.
Quitad del rostro la mano,
manifestaos, pues sois una.
D.ª JUANA. No dejó cosa ninguna
por decir este tirano.
REY. Quitadla.
D.ª JUANA. No seas molesto;
que vendré a tenerte en poco.
ALCAIDE. Mira, señor, que andas loco.
REY. Cordura se llama a eso.
¿Sabéis que a vuestro cristiano
quitarle la vida puedo?
D.ª JUANA. Déjame, yo te concedo
la mía y todo, inhumano.
REY. Pues hoy será sentenciado
con suma riguridad.

(*Sale* HALIMA.)

HALIMA. ¿Qué piensa tu majestad
hacer de aquel renegado?
REY. ¡Oh Halima, la sentencia
voy a pronunciar ahora!
D.ª JUANA. ¿Que esta es Halima la mora...?

HALIMA. No uses con él clemencia.
D.ª JUANA. Ni la tenga Dios de ti
por la potestad que tiene. (*Aparte.*)
REY. Bien sé yo lo que conviene;
dejadme hacer a mí.

(*Vase el* REY *y el* ALCAIDE, *y queda* DOÑA JUANA *y* HALIMA.)

D.ª JUANA. ¡Infelice y dura suerte!
Quiero, ya que aquí llegué,
esperar, donde sabré
si la sentencia es de muerte.
HALIMA. ¿Quién es este que aquí está?
Parece, pues, forastero,
cortesano y caballero,
conforme las muestras da.
Quiero llegarme hacia él,
que aun no sé qué siento en mí.
D.ª JUANA. Aquí se me quedó, aquí,
esta serpiente cruel.
HALIMA. Mahoma, como deseas,
te guarde y ampare en todo.
D.ª JUANA. Y él te prospere de modo
que adonde está te veas.
HALIMA. ¿Eres forastero?
D.ª JUANA. Sí.
HALIMA. ¿De dónde?
D.ª JUANA. De mi cuidado.
HALIMA Basta, que está enamorado
y aficionado de mí.
¿Y es lugar bueno?
D.ª JUANA. Bueno.
HALIMA. Digo que por mí se muere.
D.ª JUANA. ¿Esta perra qué me quiere?
HALIMA. Se sabrá que por él peno.
Yo me quiero declarar.
¿Sabes que mi alma te adora?
D.ª JUANA. (¡Maldígate Dios por mora!)
(¡Mirá en qué vino a parar!)
HALIMA. Qué, ¿no has conocido en mí
que muero porque me quieras?
D.ª JUANA. Con mayor rigor y veras
sé que peno yo por ti.
HALIMA. Basta, que me tiene amor.

(*Sale el* INFANTE.)

INFANTE. Halima.
HALIMA. ¡Entrara defunto!...
D.ª JUANA. Este es, a lo que barrunto,
el Infante, otro traidor.
HALIMA. A fe por éste no fuera
¡qué ocasión tenía asida!
INFANTE. Bien estáis entretenida.
(Yo he de ordenar que ésta muera.)
HALIMA. Yo sé que traías alarde
hecho de celos y quejas;
pues dilo a otras orejas;
aquí me espera esta tarde.

(*Vase* HALIMA *corriendo.*)

INFANTE. ¿Lleva aquésta algún demonio?
D.ª JUANA. Más lleva de una legión,
que dello da su traición
evidente testimonio.
INFANTE. ¿Cómo así?
D.ª JUANA. ¿Sois el Infante?
INFANTE. Yo soy hermano del Rey.
D.ª JUANA. ¡Vióse de aquesta sin ley
otra maldad semejante!
INFANTE. Decidme ya qué maldad
es aquesta que hecha tiene.
D.ª JUANA. Remediarle te conviene
esta gran enemistad.
INFANTE. ¿Enemistad? ¿Pues qué ha hecho?
¿Ha hablado contra mí?
D.ª JUANA. Yo quiero decillo aquí
porque quede satisfecho.
Sabréis que esta infame supo
como yo era cordobés,
porque habrá dos días o tres
que aquí en Granada me ocupo.
Y díjome que por cuanto
de vos estaba ofendida
os privase de la vida.
INFANTE. ¡Válgame nuestro Alá santo!
D.ª JUANA. Sus favores ofreció
por premio desta hazaña,
y aunque a su embuste y maña
mi persona concedió,
fué con intento, señor,
de hacer esto que hago,
porque yo nunca me pago
de ser con nadie traidor.
INFANTE. No sé con qué regraciaros
una amistad tan inmensa.
D.ª JUANA. Harta paga y recompensa
es para mí el avisaros.
Y más me dijo otra cosa,
y fué que si no quería
hacerlo, que ella os daría
otra muerte más rabiosa.
Porque en tósigo ardiente
os la tenía de dar,
y ansí vendría a quedar

vengada más fácilmente.
Guardaos de ella, no os lo haga,
que os es cruel enemiga,
o a otra persona lo diga
que a su intento satisfaga.

INFANTE. ¿Que al fin con veneno dijo
que me mataría?

D.ª JUANA. Sí;
como os lo digo lo oí,
y que lo hará colijo.

INFANTE. Pues con su misma invención
la tengo de despachar,
porque no venga a quedar
sin castigo su traición.
Y voy ponerlo por obra,
perdonad si os hago falta.

D.ª JUANA. Id, que el perdón que falta
vuestra amistad lo cobra.

(*Vase el* INFANTE.)

D.ª JUANA. Y en Dios espero y confío
que hoy he de verme vengada
de aquella perra malvada
que acusó al esposo mío.
Quiero ir, pues, a su presencia,
que ha rato que no le veo,
que allá veré a lo que creo
la temeraria sentencia.

JORNADA SEGUNDA

(*Sale* BENZORAQUE *de la torre con una cadena al cuello.*)

BENZORAQ. Doña Juana tarda mucho,
mas ¿qué podrá detenella?
Aquí estoy sin mí e con ella:
con dos mil sospechas lucho.
Suerte adversa, ¿has de quitarme
mi doña Juana de Luna?;
¿cuándo tienes, di, Fortuna,
de cansarte y de cansarme?
Véome en esta cadena
afligido de las gentes
y olvidado de parientes,
ques lo que me da más pena.
Véome también cargado
de mil imaginaciones,
quel peso de los grillones
no es tan duro y pesado.
Véome también ajeno
de la divina hermosura
de la sancta Virgen pura
que el Rey me quitó del seno.
De verla me consolaba;
hoy regalo recibiera,
pues cada vez que la viera
mil indulgencias ganaba.
Mas mi doña Juana viene;
el paso trae cansado:
un frío temor me ha dado,
casi sin alma me tiene.

(*Sale* DOÑA JUANA.)

BENZORAQ. ¿Negociasteis bien, mi bien?

D.ª JUANA. Más valiera no haber ido.

BENZORAQ. ¿Qué tan mal ha sucedido?
¿Quién tiene la culpa?

D.ª JUANA. ¿Quién?
Mi suerte.

BENZORAQ. Al menos la mía,
yo sé que diré mejor.
¿Hasbulei me fué traidor?

D.ª JUANA. Sí lo fué.

BENZORAQ. Ya lo temía.
¿Que al fin le descubrió al Rey
mi fe y quién érades vos?

D.ª JUANA. Quien no guarda la de Dios,
¿a quién ha de guardar ley?
Según de mí se encendió
aqueste Rey enemigo,
no entendí verme contigo.

BENZORAQ. Muy bueno quedara yo.
Que en lo demás, doña Juana,
ya yo estaba satisfecho
del valor de vuestro pecho
y que sois, en fin, cristiana.

D.ª JUANA. Por no querer conceder
con su mal fundado intento,
temo el fin tuyo sangriento.

BENZORAQ. Yo lo quiero padecer.

D.ª JUANA. Ya me suena en el oído
la sentencia contra ti.

BENZORAQ. Suene y venga contra mí
cuando Dios fuere servido.
Sabe Dios lo que sentí
cuando el día que venistes
me encontrastes y dijistes
las palabras que te oí.
Que quisiera más que el centro
me tragara que encontraros;
por no venir a escucharos
vi que fué dichoso encuentro.
Cuando me veáis, señora,
con la muerte agonizando

y a Jesucristo llamando,
creeréis lo que os digo ahora.
Pues esta hora no sé
si sabéis de mí quién soy,
pero confiado estoy
y lo he estado de mi fe.
Perdonadme si habéis visto
en mis palabras rigor,
pues todas nascen de amor
de la santa fe de Cristo.

D.ª JUANA. ¡Esposo y regalo mío,
perdonadme, pues también
fué el amor de Cristo quien
me dió para hablarte brío!
Ya desas palabras siento
que le amáis con viva fe.

BENZORAQ. Palabras son, mas yo sé
que no las llevará el viento.

D.ª JUANA. Un grande temor me da
que aún hablar no consiente,
que el Alcaide y otra gente
vienen ahora hacia acá.
Y entiendo que la sentencia
os la vienen a leer.

BENZORAQ. ¿Qué se puede ya hacer?,
mi doña Juana, ¡paciencia!
Del valor de vuestro pecho
dad ahora clara muestra,
pues de la palabra vuestra
ya yo estaba satisfecho.

(*Sale el* ALCAIDE *y* ZAIDE, *secretario, y dos moros.*)

ALCAIDE. Yo no tengo de llegar
allá, que está mal conmigo.

SECRETAR. Siempre ha sido vuestro amigo.

ALCAIDE. Aquí me quiero quedar,
que importa por ciertos puntos;
ídsela vos a leer.

SECRETAR. No lo tengo de hacer
si todos no vamos juntos.

ALCAIDE. Qué, ¿no haréis por mí aquesto?

SECRETAR. Digo que habéis de ir delante.

ALCAIDE. No es mi ida importante.

SECRETAR. Sí importa.

ALCAIDE. ¡No seáis molesto!

SECRETAR. Vamos, Alcaide, y vení,
daréis también testimonio.

ALCAIDE. Vamos, pues, con el demonio,
pues vos lo queréis ansí.
Sabe el cielo si me pesa
desto, mas mándalo el Rey.

BENZORAQ. ¡Oh caro amigo Hasbuley,
bien cumplisteis la promesa!

ALCAIDE. Aquel día hice dos,
que nunca yo las hiciera:
fué con el Rey la primera
y la segunda con vos.
Y así no hice maldad
si la primera cumplí,
pues fué, cual me consta a mí,
primera en antigüedad.

BENZORAQ. Basta; yo lo creo, Alcaide.

ALCAIDE. Hice lo que manda el Rey.

D.ª JUANA. ¡Ah traidor, falso sin ley!

ALCAIDE. Notifícasela, Zaide.

SECRETAR. Estad con oído atento
mientras leo la sentencia.

BENZORAQ. Ya lo estoy.

D.ª JUANA. A la paciencia
la sojuzga el sentimiento.

SENTENCIA

"Yo, Múley Hacen Abenachar, Rey de Granada y su comarca, etc. Por cuanto Benzoraque, vasallo mío, teniendo yo por tal y por entender que como moro guardaba los preceptos y ritos de nuestro Mahoma, y había renegado dellos y vuéltose a la ley de Cristo, mando que porque no quede rastro ni ensañamiento dellos, cual dicho Benzoraque sea sacado de la Torre del Sol, donde presente está puesto, y sea llevado por las calles públicas con dos pregoneros que vayan manifestando su delito (a los que no lo saben); y ansí mismo le sea sacada la lengua con que renegó y le sean hechas las tres cruces que los cristianos costumbran hacer cuando se persignan; y mando que le sea sacado el corazón donde cupiesen tales pensamientos, el cual se ponga en la puerta del conclave y audiencia, donde se tratan los casos tocantes al rito de nuestro Mahoma, y quel dicho Benzoraque sea quemado, cuyas cenizas se recojan en una urna de metal, la cual se pondrá en lo alto de la Torre del Sol, donde al presente está, porque a él sea castigo y a los demás ejemplo.—Yo el Rey."

BENZORAQ. Asentad que lo oigo, Zaide,
y que a todo estoy dispuesto.

SECRETAR. Seréis testigo de aquesto
vosotros y vos, Alcaide.

ALCAIDE. Bien podéis adelantaros,
que aquí me quiero quedar.

SECRETAR. No queríades llegar

y ahora queréis quedaros.
ALCAIDE. Idos ya, no seáis molesto.
SECRETAR. Quedaos hasta la mañana.

(*Vanse todos y queda el* ALCAIDE *y* DOÑA JUANA *y* BENZORAQUE.)

BENZORAQ. ¡Quién dijera, doña Juana,
que habíades de ver esto!

(*Cae desmayada* DOÑA JUANA.)

BENZORAQ. Desmayada en tierra está.
Alzalda, Alcaide, del suelo,
pues ha permitido el cielo
que os quedásedes acá.
ALCAIDE. ¡Ah, señora; digo, a vos!
Entiendo que está sin vida.
BENZORAQ. No está sino amortecida;
todo lo ofrezco a mi Dios.
ALCAIDE. ¡Ah, señora!
BENZORAQ. ¡Ah, doña Juana,
quién pudiera allá salir!
¿Alcaide, queréisme abrir?
ALCAIDE. Por cierto de buena gana.
Bajad, que os abro la puerta
porque algún alivio cobre:
baje acá a llorarla el pobre,
que sin duda ya está muerta.

(*Baja* BENZORAQUE *de la torre.*)

BENZORAQ. ¡Doña Juana, prenda cara,
sol que en mi alma reverbera;
ansí alguna agua tuviera
que echarte sobre la cara!
ALCAIDE. Si no te me vas de aquí
irétela luego a traer.
BENZORAQ. ¿Tal había yo de hacer
fiándote tú de mí?
ALCAIDE. Digo que me das ejemplo
a que te guarde amistad,
y haber Dios de lealtad
fueras tú el Dios de este templo.

(*Vase el* ALCAIDE.)

BENZORAQ. ¡Ah! Doña Juana ya torna.
Volved en vos, mi alegría;
esta es desgracia mía;
la alma ya se le torna!
D.ª JUANA. ¿Esto es sueño o desvarío?
BENZORAQ. ¡Regalo mío, yo soy!
D.ª JUANA. ¿Quién me llama? ¿Adónde estoy?
¿Estáis ahí, esposo mío?
BENZORAQ. Sí estoy, pues estoy con vos.
D.ª JUANA. ¿Quién os sacó de la torre?
BENZORAQ. ¿No sabéis ya que socorre
al mayor peligro Dios?
D.ª JUANA. Pues vámonos ya, vení.
BENZORAQ. Yo no puedo.
D.ª JUANA. ¿Pues por qué?
BENZORAQ. Porque di palabra y fe
de no ausentarme de aquí.
Aquí me dejó Hasbuley,
y pues de mí se confió,
aunque él ley no me guardó
le tengo de guardar ley.
D.ª JUANA. Como cuando sueña alguno
que algún tesoro ha hallado,
y después de recordado
no ve tesoro ninguno,
así, cuando yo te vi
que estabas libre soñé,
y agora que recordé
vengo a hallarme sin ti.
No guardes tanta lealtad,
gocemos de la ocasión...
BENZORAQ. No puede mi corazón
hacer tan grande maldad.
Desde aquí os podéis partir,
y llevaréis a Dioguito,
aunque me holgara infinito
de verle antes de morir.
Empero allá le veré
en la gloria, pues confío
en Jesús, Redentor mío,
que he de morir en su fe.
D.ª JUANA. De Granada no me he ir
hasta ver resolución.
BENZORAQ. Mejor es, mi corazón,
que no me veáis morir.

(*Sale el* ALCAIDE.)

ALCAIDE. Hasta la mezquita fuí
por ella, mas ya no importa.
BENZORAQ. Merced ha sido no corta,
Alcaide amigo; mas di:
¿cómo de mí te fiaste
después que al Rey me vendiste,
y sin guardas te atreviste
dejarme do me dejaste?
ALCAIDE. Yo quiero decillo: advierte
como me vi en tu presencia
escuchando la sentencia
de tan rigurosa muerte.
Todo cuando había hecho
ser sin razón conocí,

y apiadéme de ti,
que tengo de humano el pecho.
Pero como me forzó
la palabra que di al Rey,
hube de quebrar la ley
que a ser fiel me obligó.
Y ahora, si es menester
mi persona y mi hacienda,
todo se aventure y venda,
que yo lo quiero poner.

BENZORAQ. Tarde es ya, mas yo agradezco
ese ofrecimiento noble.

ALCAIDE. Yo he de usar de un trato doble
con que a librarte me ofrezco.
Fíate de mí, que juro
por Mahoma, mi profeta,
y por su escrita seta,
cuya ley sigo y procuro,
de guardarte lealtad,
pues me la guardaste a mí
en no ausentarte de aquí,
que no fué poca amistad.
Advierte, el Rey tiene amor
a doña Juana, tu esposa.

BENZORAQ. ¡Eso no, que es una cosa
que no conviene a mi honor!

ALCAIDE. Déjame decir, que yo
le diré como le quiere,
y que también por él muere
y que esto me descubrió.
Mas que fué con condición
que el rostro no ha de velle,
por vergüenza o por querelle,
decir que fué profesión.
Llevarle he a su aposento
una morilla cualquiera,
pues en la ciudad y fuera
asisten de ciento en ciento.
Como esté oculto el lugar
donde el negocio ha de ser,
pensará que es tu mujer,
y así lo vendré a engañar.
¿Qué te parece mi traza?

BENZORAQ. Digo que la traza es buena,
si ansí tu ingenio lo ordena.

ALCAIDE. Yo daré a mi industria caza.
Vuélvete tú a la prisión;
irá tu esposa conmigo,
para que sea testigo
de que no hago traición.
Y entrando donde estuviere
el Rey, fuera aguardará,
adonde de mí sabrá
todo lo que sucediere.

BENZORAQ. Pues a la prisión molesta
me vuelvo, en ti confiado;
vos, señora, con cuidado
volveréis con la respuesta.

(*Vase* BENZORAQUE.)

D.ª JUANA. Que me place, esposo mío.

ALCAIDE. Tened ánimo, señora,
que el esposo vuestro ahora
que se librará confío.
Y aunque algunos os pregunten
qué hacéis, no les digáis
como aguardándome estáis,
porque el caso no barrunten.

D.ª JUANA. Vamos, pues, que ya tardamos
por ver qué ha de resultar.

ALCAIDE. Bien hemos de negociar.

(*Asómase* BENZORAQUE *en la torre.*)

BENZORAQ. ¿No habéis ido?

ALCAIDE. Ya vamos.

(*Vase el* ALCAIDE *y* DOÑA JUANA.)

BENZORAQ. ¡Ah Fortuna, qué de cosas
a la memoria me ofreces;
que he de morir tantas veces
y muertes tan afrentosas!
La muerte tenía tragada,
y algo de vida me dió
lo que Hasbuley concertó,
mas no ha de aprovechar nada.
Mas la respuesta será
que el Rey no gustará dello,
y cuando vuelvo a hacello (1)
de nuevo me matará.
Ya yo sé que he de sentir
el rigor de la sentencia;
vos, Señor, dadme paciencia
para podella sufrir.
Que ver que me abran el lado
con inclemencia y rigor,
pues a vos por mí, Señor,
os abrieran el costado.
Quiero que cruces me hagan
y arranquen mi lengua luego,
y arrojen mi cuerpo al fuego
y en ceniza me deshagan.

---

(1) Este verso no hace sentido claro.

Vos padecisteis, mi Dios,
en sola una cruz por mí,
y agora se verá aquí
padecer yo en tres por vos.

(*Sale* LEONARDO, *vaquero.*)

LEONARDO. No sé si será verdad
que a muerte le han sentenciado;
sí será, que derramado
anda ya por la ciudad.
Sentado está en la ventana
de la torre; quiero hablalle
por saberlo y preguntalle
qué le hizo de doña Juana.
LEONARDO. ¡Ah, Juan!
BENZORAQ. ¿Eres mi Leonardo?
LEONARDO. Sí lo soy y no lo soy,
porque en verte tal estoy
que en breve mi muerte aguardo.
Hoy quiso, amigo, mi suerte
que vine por hato acá,
y oí decir que estabas ya
sentenciado a cruda muerte.
Dime si es verdad.
BENZORAQ. Sin duda,
y entiendo que será luego.
LEONARDO. Ya, Fortuna, mi sosiego
en pasión amarga muda.
¿Es posible, Juan amigo,
que a ti, que consuelo fuiste
en mi cautiverio triste,
da muerte el Rey, mi enemigo?
BENZORAQ. Eso, Leonardo, me admira.
LEONARDO. Cuasi el corazón me parte.
BENZORAQ. ¡Ya no podré visitarte
más en la sierra de Elvira!
Pero consolado estoy,
Leonardo, con esperar
que podré a mi Dios rogar
que te lleve adonde voy.
LEONARDO. Mi fiero dolor me enseña
su angustia y congoja grande.
¡Qué mucho que ansí me ablande
quien ablandara una piedra!
Yo espero en Dios, Juan amigo,
que como en el cautiverio
en lo divino hemisferio
me tengo de ver contigo.
Ten fuerte; espera en la ayuda
de Dios.
BENZORAQ. Por ella ruego.
¿Cómo está mi hijo Diego?
LEONARDO. ¡Ah, suerte indomable y cruda!
Bueno está.
BENZORAQ. ¿Cursa el rezar?
LEONARDO. Bien sabe las oraciones.
BENZORAQ. La imagen de los perdones
que te di, ¿quiés me la dar?
LEONARDO. ¿La tuya...?
BENZORAQ. Me la quitó
el Rey, perverso y tirano.
LEONARDO. ¿Quién dijo que eras cristiano?
BENZORAQ. No puedo decirlo yo.
Mi esposa te lo dirá,
aunque está harto afligida.
LEONARDO. ¿Ansí tiénesla escondida?
BENZORAQ. No, que allá en palacio está.
LEONARDO. ¿Qué hace allá?
BENZORAQ. Es largo cuento;
della lo sabrás despacio.
LEONARDO. ¿Quieres que vaya a palacio?
BENZORAQ. Allá fué no ha un momento.
LEONARDO. A María ves ahí.
BENZORAQ. Atala en ese cendal.
LEONARDO. Ella es todo mi caudal;
mas con todo vesla aquí.
BENZORAQ. Ya mi esperanza colgada
se espacia destranza (1) y huelga,
pues que dese cendal cuelga
la gloria de mi jornada.
Diré con Pablo divino
cuando acá arriba os tendré;
buena contienda acabé,
ya tuvo fin mi camino.
Simpre esperé, Virgen bella,
que no moriría sin verte,
que sería mi estrella en muerte
quien en vida fué mi estrella.
Que quien de la ceguedad
me sacó en que vivía,
a consolarme vendría
en tanta necesidad.
Mira, Leonardo, que vengas
a verme por mi consuelo
antes de mi muerte.
LEONARDO. Harélo.
La imagen huelgo que tengas,
porque en efecto era tuya.
BENZORAQ. Vete a palacio, que allá
doña Juana te dirá
toda mi historia y la suya,
que me quiero recoger.

(1) Así en el original: quizá deba ser "destrenza".

LEONARDO. Queda, pues, con Dios, amigo.
BENZORAQ. El mismo vaya contigo,
que lo habremos menester.

(*Vase y sale el* REY *con el* ALCAIDE.)

REY. ¿Que al fin no quiere que vea
su belleza soberana?
Pues lo quiere la cristiana
yo también quiero que sea.
¿Y vendrá esta noche?
ALCAIDE. Advierte
que si a esto se ha ofrecido
es por ver a su marido
libre de riesgo de muerte.
¿Quieres eso hacer?
REY. ¡Pues no,
donde tanto interés gano!
por Mahoma soberano
que también reniego yo.
Salga de la prisión cruda
y ponedme en ella a mí,
aunque en ella estoy. Decí,
¿vendrá esta noche?
ALCAIDE. Sin duda.
REY. Pues haréis que suelto ande
Benzoraque; idlo a soltar;
mas no salga del lugar
hasta que yo se lo mande.
Hágase luego, Hasbuley,
apostemos una cosa:
que a Benzoraque y su esposa
haga que dejen su ley.
ALCAIDE. Firmes están como rocas;
no sé yo.
REY. Si yo les doy
esta ciudad donde estoy.
ALCAIDE. Serán dádivas bien pocas.
Estiman tanto su fe,
que aún cristiano no he visto
estimar tanto su Cristo.
REY. Norabuena probaré.

(*Sale el* INFANTE.)

INFANTE. ¿Qué hace tu Majestad?
REY. Infante, seáis bien venido.
¿Cómo hoy no habéis salido
a ruar por la ciudad?
INFANTE. Un no sé qué que me tengo
REY. Decímelo, si es razón.
INFANTE. Señor, con mi condición
fácilmente me convengo.
REY. Decímelo si os agrada.
INFANTE. Es cierta malenconía.
REY. Decidle, por vida mía.
INFANTE. Digo, señor, que no es nada.
(¡Ah, perra infame, perjura!
¡Vos a mí veneno, vos!)
REY. Alcaide, vamos yo y vos
a tratar de mi ventura;
que está delante mi hermano
y no quiero que lo entienda.
INFANTE. Yo haré que no os defienda
Mahoma de aquesta mano.
REY. Infante, el cielo es testigo
que siento vuestro dolor.
¿Mandáis algo?
INFANTE. No, señor.
Mahoma vaya contigo.

(*Vase el* REY *y el* ALCAIDE *y queda el* INFANTE.)

INFANTE. A Leonardo vi ahí fuera;
con él he de concertar
a que me venga a ayudar
en mi traza y que ésta muera.
Antes de entrar le advertí
que ahí fuera me aguardase,
o que acá dentro entrase
en saliendo el Rey de aquí.
Pero ya mi voz le tiene
de la suerte que le quiero,
pues que Leonardo, vaquero,
es aqueste que aquí viene.

(*Sale* LEONARDO.)

LEONARDO. ¿Qué es lo que mandas, señor?,
porque me quiero ir al hato.
INFANTE. Esto ha de ser con recato,
que me va en ello mi honor.
LEONARDO. Todo cuanto me mandares
haré; pronto a todo estoy.
INFANTE. Libertad ganarás hoy
si en aquesto me ayudares.
LEONARDO. Sin ella y con ella digo
que cumpliré tu mandado.
INFANTE. Hoy truecas tu bajo estado
con el nombre de mi amigo.
Vente conmigo y daréte
la orden que has de tener.
LEONARDO. Vamos, pues me quiere hacer
el Infante su alcahuete.

(*Vanse y sale* HALIMA.)

HALIMA. La palabra y fe le di
a mi bello forastero

de verle esta tarde, y quiero
no desviarme de aquí.
Vendrá, que me tiene amor;
¿pero cómo ya no viene?
Si otra mora le detiene...
Mas no me será traidor.
¡Qué galán, qué bien compuesto,
qué postura de bonete,
y la gracia con que mete
el almaizar, qué bien puesto!
La toca, con qué primor;
aquellos lazos, qué iguales;
las plumas aun no son tales
las con que vuela el amor.
¡Qué pulido el borceguí!
¡Pues marlota y capellar
qué costoso de labrar!
¡Pues el alfange y tahalí...!
Pues ya los ojuelos bellos
con que el perro me miró,
que no me hartara yo
de besarlos y de vellos.
¡Aquella nariz gentil!
¡Qué boquilla de coral,
do mi suerte echó el caudal,
y qué dientes de marfil!

(Sale el INFANTE *con un jarro en la mano.)*

INFANTE. ¡Suelta, perro!
LEONARDO. ¡Señor mío,
no me lo destruyas todo!
INFANTE. ¿Vos me tratáis dese modo?
¿Vos para mí tenéis brío?
LEONARDO. Como el árbol que lo vierte
lo da ya tan poco a poco,
pido que me des un poco.
INFANTE. ¿Quieres que venga a ofenderte,
perro?
HALIMA. ¿Qué es esto, señor?
¿Leonardo (di) qué te ha hecho?
INFANTE. Estoy por romperte el pecho.
HALIMA. ¿Pues por qué tanto rigor?
INFANTE. Encontréle que enviaba
este licor a su tierra,
que se coge en esa sierra
donde antes Granada estaba.
Y díjome como era
para conservar la edad.
LEONARDO. Así os dije verdad;
ojalá no la dijera.
INFANTE. ¡No puedo yo que calléis!
Quitéselo de la mano,
que quiero, pues tanto gano,
que dello os aprovechéis.
Tal es, que quien bebe más
más años se goza y vive,
fuerzas cobra y recibe
y no envejece jamás.
HALIMA. ¿Aqueso querías quitarme,
Infante, de aquese modo?
Yo lo quiero beber todo.
LEONARDO. ¿Quieres un poco dejarme?
INFANTE. ¡Ah desleal, atrevido!
¿Quieres que el pecho te abra?
LEONARDO. No hablaré más palabra,
todo se lo ha bebido.
HALIMA. Y es dulce, por vida mía.
LEONARDO. Vos lo amargaréis después.
HALIMA. Di, ¿tienes más que me des?
LEONARDO. No más de aquese tenía.
HALIMA. Las entrañas se me mueven;
¿qué es aquesto que me has dado?
LEONARDO. Pierde de aqueso cuidado,
los años son que se embeben.
HALIMA. ¡Traidor, que me has engañado,
sin tener contra ti culpa.
INFANTE. Tarde llegó la disculpa;
infame, ya se ha acabado.
HALIMA. ¿Quién me revolvió contigo
con tan gran falsedad?
INFANTE. Tú mientes y esto es verdad,
y así digno es el castigo.
HALIMA. Aqueste fuego me aplaca
si eso puedes, ¡ay de mí!
LEONARDO. ¿Hay quien tenga por aquí
media arroba de triaca?
INFANTE. ¡Ah infame, perra y perjura!;
dime: ¿ahora fuera bueno
que me dieras el veneno
que te di en esta coyuntura?
Muy bien sé lo que yo hago;
calla y paga tu delito.
HALIMA. ¡Ya no puedo alzar el grito,
ya me consumo y deshago.
Ya el fuego sujuzga y doma
mi aliento; ¡ay, triste, ya muero!
INFANTE. Es eso lo que yo quiero.
LEONARDO. Ella está ya con Mahoma.

(Cae HALIMA *muerta.)*

INFANTE. Agora resta guardalla
hasta que la noche venga.
LEONARDO. No me hagas más arenga,
que yo sé do he de llevalla.

¿No dijiste que la cargue
como que algún hato llevo
(del ganado) y para cebo
de los cuervos la descargue?

INFANTE. Así es; agora quiero
que en mi aposento se guarde,
hasta la noche bien tarde
que se eche en el despeñadero.
Leonardo, aguárdame aquí,
que voy a hacer quitar
(porque la puedas llevar)
la gente que hay por ahí.

(*Vase el* INFANTE.)

LEONARDO. ¡Oh hi de puta, señora;
acusa, acusa con gana;
diabólica es doña Juana,
pues se vengó de la mora.
Todo el caso me contó
y ahí fuera la dejé,
de que admirado quedé;
mas ¡qué bien le sucedió!
Caso ha sido peregrino
que haya pagado la asorda,
pues la perra no está gorda
aunque no come tocino.
De aquesta suerte se doman
pechos falsos y ruines,
yo os pondré con los mastines
adonde perros os coman.
Pues el Infante se guarde,
que ha de pagárselo todo,
y bien sé yo de qué modo
que aún (1) agora no es tarde.
A fe que quedó trazado
entre mí y doña Juana
que antes de la mañana
lleve también su recado.

(*Sale el* INFANTE.)

INFANTE. Ea, bien puedes llevarla,
que no hay persona ninguna
y es la ocasión oportuna.

LEONARDO. ¿Traes con qué cobijarla?

INFANTE. Digo que no es menester,
en mi aposento la encierra.

LEONARDO. ¡Oh cómo pesa la perra,
tal hacía de comer!

---

(1) En el original, "inda"; no hay que olvidar que esta impresión es de Lisboa.

TERCERA JORNADA Y ULTIMA

(*Sale* DOÑA JUANA *y dice*:)

D.ª JUANA. ¡Que guarda tanta lealtad
Juan, mi esposo, y tanta ley,
que por mandado del Rey
no sale de la ciudad!
Hoy salió de la prisión
libre; pero dame pena
ver que en ocasión tan buena
diga que el irse es traición.
Aunque me puedo alegrar
en ver que tan pronto esté
y le guarda tanta fe
a un Rey que se ha de acabar.
Porque si ésta solicita
mejor le guardará ley
a Dios, que es persona Rey
y quien Reyes pone y quita.

(*Sale el* ALCAIDE.)

ALCAIDE. ¿Es doña Juana?

D.ª JUANA. Sí soy.

ALCAIDE. La traza fué razonable,

D.ª JUANA. Como tuya, inestimable,
como obligada te estoy.

ALCAIDE. No estáis tal; yo lo debía
porque la palabra os di
a ayudaros y cumplí
la obligación que tenía.
Al Rey dejo desnudando
y mandóme que os buscase
y a su aposento os llevase.

D.ª JUANA. ¿Conmigo te está aguardando?

ALCAIDE. Como lo prometí yo
piensa que ha de ser así;
sólo esta palabra di
¿y no he de cumplirla?

D.ª JUANA. No.

ALCAIDE. No, que a buscar la mora
voy para engañar al Rey.

D.ª JUANA. Al fin, amigo Hasbuley,
¿el Rey me quiere y adora?

ALCAIDE. Pierde por vos el seso.

D.ª JUANA. Pues justo es que le ame,
aunque mi nobleza infame
cuando se sepa el exceso.

ALCAIDE. ¿Estáis burlando, señora?

D.ª JUANA. Más burla fuera burlarle,
y ansí yo quiero amarle,
pues él me quiere y adora.

ALCAIDE. ¿Es posible?

D.ª JUANA. Pues porque
no he de serle tan terrible
en el caso.
ALCAIDE. No es posible
que hay mujer que guarde fe.
¡Qué presto se amarteló
porque ir por otra me vido!
De hoy más digo que es fingido
una mujer decir no.
¿No es terrible caso aqueste?
D.ª JUANA. Si está oculto entre los dos...
ALCAIDE. ¿Qué otro podéis hacer vos
de más daño o que más cueste?
D.ª JUANA. Pues nadie no ha de sabello,
ni mi esposo.
ALCAIDE. ¡Bueno fuera
que él y todo lo supiera!
D.ª JUANA. Pues resuelta estoy a hacello.
ALCAIDE. Ven, pues.
D.ª JUANA. Aguarda.
ALCAIDE. ¿Qué resta?
D.ª JUANA. Hacerse más tarde un poco.
ALCAIDE. Digo que me torno loco;
¿hay más mala mujer questa?
Pues, señora, yo me voy;
aguardadme en este puesto,
que yo volveré bien presto.
D.ª JUANA. Bien puedes, que yo aquí estoy.

(*Sale* LEONARDO.)

LEONARDO. ¿Tan tarde y en este puesto?
¿No os hace mal el sereno?
D.ª JUANA. No, porque una traza ordeno
con que nos libremos presto.
Ya sabes como quedó
de llevarle Hasbuley
por mí una mora al Rey.
LEONARDO. Pues bien...
D.ª JUANA. Quiero serlo yo.
Ya le tengo dado el sí
y al Rey dentro en su aposento,
y he de admitir su intento
porque nos vamos de aquí.
Porque es tanta la lealtad
de Juan, mi querido esposo,
que del caso temeroso
no sale de la ciudad.
Que porque el Rey le mandó
que della no se ausentase
hasta que se lo mandase,
lo cumplimos él y yo.
Viéndome yo con el Rey
daréle al fin libertad,
pues hice su voluntad
contra mi honor y mi ley.
LEONARDO. Digo que vengo a admirarme
de tan temerario hecho.
D.ª JUANA. Ya lo demás está hecho (1).
LEONARDO. ¿Pues lo más?
D.ª JUANA. Determinarme.
Ello ha de ser, en efecto.
LEONARDO. ¿Es posible?
D.ª JUANA. Sin duda.
Leonardo, la lengua muda.
LEONARDO. Guardaré en todo secreto.

(*Vase* DOÑA JUANA.)

LEONARDO. ¿Que tú, doña Juana, eres
de las mujeres ejemplo?
De hoy más te miro y contemplo
por infamia de mujeres.
De aquel día que te yo
vi en la sierra de Elvira
me acuerdo agora y me admira
las lágrimas que vertió.
¿Quién dijera que el gemido
no era todo de llorar
y de pena de hablar
y haber visto a su marido?
¡Ah, mujeres, qué temor
es pensar cómo proceden!
Sin duda (ninguna) pueden
hacer polvos la mejor.
No sé desto qué haré.
¡Válgame Dios que lo oí!
Esto que ha pasado aquí,
¿se lo diré o callaré?
No sé cuál intento siga;
medio entrambos me detiene;
pero Juan, su esposo, viene;
será bueno se lo diga.
Mas no, tampoco; maldigo
quien en vos pone su fe.
¡Ah, mujeres, rabia os dé!

(*Sale* BENZORAQUE.)

BENZORAQ. ¡Oh Leonardo!
LEONARDO. ¡Juan amigo!
BENZORAQ. ¿Tan tarde en la ciudad?
LEONARDO. Sí,
que no es sin causa alguna.
BENZORAQ. ¿Has visto mi bella luna?

---

(1) Quizá deba decir "Ya lo menos está hecho".

LEONARDO. Agora se fué de aquí.
BENZORAQ. ¿Y adónde iba no sabes?
LEONARDO. (Estoy por se lo contar.)
BENZORAQ. ¿Adónde?
LEONARDO. (Quiero callar,
que estos son negocios graves.)
Digo que hacia el aposento
del Rey dijo que estaría,
y que allí te aguardaría.
BENZORAQ. ¿Ha mucho?
LEONARDO. En este momento.
BENZORAQ. Pues avisarla has, Leonardo,
si acá volviese a buscarme,
adónde puede hallarme
o que por allí la aguardo.

(*Vase* BENZORAQUE.)

LEONARDO. Quiero que la espere allí,
que si acaso le ve allá
la maldad no entenderá
ni que yo se la encubrí.
Quiérome de aquí quitar,
porque sin duda esta casa,
donde tan gran maldad pasa,
hoy se tiene de abrasar.

(*Vase* LEONARDO *y dice el* REY *de dentro:*)

REY. ¡Ah traidor, que me has muerto!
D.ª JUANA. ¡Sólo tú eres traidor!

(*Sale el* REY *y* DOÑA JUANA *abrazados, y* DOÑA JUANA *metiéndole una daga por el pecho.*)

REY. ¡Ah de la guardia! ¡Favor
al Rey, que está el pecho abierto!
D.ª JUANA. ¡Suelta, perro; irás a ver
a Mahoma que te aguarda!
REY. ¿No hay nadie aquí de mi guarda
que venga a me socorrer?

(*Sale* BENZORAQUE *con una espada desnuda.*)

BENZORAQ. ¿Al Rey, mi señor, infame
traidor, no te rindes ya?
D.ª JUANA. Harto más razón será
que traidor a ti te llame.
BENZORAQ. ¡Cielos, qué esto que veo!
¿Es posible que tal haya?
REY. Tenedla bien, no se vaya.
BENZORAQ. Yo he hecho muy buen empleo.

(*Sale el* ALCAIDE *y cuatro moros con las espadas desnudas.*)

ALCAIDE. ¿Cómo estás de aquese modo?
REY. Hame muerto aquesa fiera.
D.ª JUANA. ¡Pluguiera a Dios verdad fuera
aunque yo muriera y todo!
REY. Llevalda presa y vení,
haréis que me curen luego.

(*Vase el* REY *con dos moros y queda el* ALCAIDE *con otros dos, que tienen asida a* DOÑA JUANA.)

BENZORAQ. ¿Posible es que estaba ciego
y que no lo conocí?
ALCAIDE. ¿Que tal hazaña emprendistes?
¿Que tal corazón tenéis?
Cualquiera traición haréis
pues a aquesta os atrevisteis.
D.ª JUANA. Fué mi atrevida invención
matar al Rey con deshonra,
pues quiso fuese mi honra
rescate desta prisión.
Que aun no quise que supiese
mi resolución mi esposo,
porque en este intento honroso
a la mano no me fuese.
Porque es al Rey tan leal
y sirve con tal llaneza,
que usando de su nobleza
ha venido a ser mortal.
Sólo a mí me fué traidor
y para mí fué cruel,
Alcaide, pues que por él
voy presa.
BENZORAQ. ¡Mortal dolor!
Verdad es que esos enojos
yo he sido el que os los di,
mi bien, mas no os conocí.
D.ª JUANA. Si abrieras bien los ojos
conocieras la mujer
que con pecho de varón
por sacarte de prisión
me quise en ella poner.
Que aun porque no me estorbase
Leonardo mi buen intento
quise que en su pensamiento
viva mi afrenta quedase.
Mi vida arrisqué y mi honor,
que si mi vida arriscara
solamente, no quedara
satisfecho bien mi amor.
BENZORAQ. Aunque los ojos abriera
no importara, si cerrastes
los vuestros y no dejastes
luz ninguna con que viera.
¡Ah, brazo vil, afrentoso;

quién te pudiera abrasar
no más que por imitar
aquel romano famoso!

D.ª JUANA. Quédate adiós, que ya sé
que tengo de morir luego;
mira por ti y por mi Diego
en cuanto toca a la fe.
A Castilla le enviarás;
de la ley de Cristo vive,
y aqueste abrazo recibe;
quizá no te veré más.

(*Llevan* DOÑA JUANA *presa y queda* BENZORAQUE *loco.*)

BENZORAQ. Púsose el sol, ya se puso
como si yo no le viese.
¿Quién hizo que se pusiese?
¿Fué hechizo o interese?
¿Quién, hombre loco e iluso?
Luna bella, ¿adónde vas?
¿Vas a ponerte también?
Luego ya no alumbrarás,
mira que en ti está mi bien;
quizá no te veré más.
Pero si ya desespero
al momento en esta palma
arrojar el alma quiero,
que es justo que busque el alma
su esfera y centro primero.
Ya salió; ¿no esperarás?;
¿sin despedirte te vas?
Refrena, alma, el fuerte vuelo,
que bien poco hay de aquí al cielo:
quizá no te veré más.
Oigan, oigan do se han puesto
a comer higos pasados
las ansias de mis cuidados,
pues yo os quitaré de ahí presto.
Y pues descuidada estás,
vuelve sobre ti y advierte;
buscaréte hasta la muerte,
quizá no te veré más.

(*Sale* LEONARDO.)

LEONARDO. ¡Qué pensativo está el pobre,
lástima me da de hablalle!

BENZORAQ. ¿He nacido yo en la calle,
que doy plata y me dais cobre?

LEONARDO. ¡Ah, Juan amigo!, ¿aquí estás?
¡Sabe Dios si tu mal siento!

BENZORAQ. Allégate aquí un momento;
quizá no te veré más.

LEONARDO. Sin duda alguna está loco,
cosa es clara y conocida.

BENZORAQ. ¡Doña Juana de mi vida,
allégate acá otro poco!

(*Sale el* INFANTE.)

INFANTE. ¡Oh Leonardo! ¿Aquí a la luna
con Benzoraque?

LEONARDO. Señor,
estoy mirando un dolor
do echó el sello la fortuna.
Está Benzoraque loco.

INFANTE. ¡Válgame nuestro Alá santo!
¿Y qué tanto habrá?

LEONARDO. ¿Qué tanto?
No ha un cuarto de hora.

INFANTE. ¿Tan poco?
Basta; que sin duda alguna
el juicio ha perdido
por esto que ha sucedido
de doña Juana de Luna.

LEONARDO. Por esto está deste modo,
que ella era su mujer.

INFANTE. Ya he venido a saber
de la forma que fué todo.

BENZORAQ. ¿Sola venís por candela?
Pues bien os podréis tornar,
que no la habéis de llevar
que ya se apagó la vela.
Di, ¿tú no la encenderás
de manera que arda bien?
¡Mira que en ti está mi bien,
quizá no te veré más!

(*Vase* BENZORAQUE.)

LEONARDO. Este es el tema en que ha dado.

INFANTE. Dolor da, el cielo es testigo.
Oyeme, Leonardo amigo,
lo que tengo concertado.
Y en ti confiado advierte.
¿En efecto, has ya sabido
que mi hermano está herido,
aunque no lo está de muerte?

LEONARDO. Eso ya lo sé; prosigue.

INFANTE. Pues quiero que ahora acabe;
aunque este es negocio grave
más grave es el que se sigue,
porque yo vendré a reinar
y a tenerme su corona,
pues a mi misma persona
es a quien se la han de dar.
¿Quiéresme en esto ayudar?

LEONARDO. Temerario hecho emprendes;

pero ya, señor, entiendes
que te tengo de ayudar.
Declárame de qué modo
le habemos de dar la muerte.

INFANTE. Escucha, de aquesta suerte.

LEONARDO. Di, que atento estoy a todo.

INFANTE. Después que fuere la guarda,
que nadie allá dentro esté;
contigo solo entraré,
dejándote a ti en guarda.
Y así por aquesta vía
luego al momento entraremos,
y su vida quitaremos
con tu persona y la mía.
Y en estando de tal suerte
que no le puje el aliento,
saldremos del aposento
libres de riesgo y de muerte.
Y un criado llamaremos
al cual, con mano atrevida,
le quitaremos la vida
y adentro le meteremos.
Yo diré que al Rey mi hermano
y tú que al Rey tu señor
ha dado muerte un traidor
con fiero pecho inhumano.
Y que a quien la vida suya
quitó con mano atrevida
le despojamos de vida,
muerto por mi mano y tuya.
Como entren unos y otros
a verlo creerá la gente
que al criado solamente
dimos la muerte nosotros.
Tras de aqueso vendrá a ser
que le den a mi persona
el cetro regio y corona,
pues yo le he de suceder.
Y si me veo que reino
con el cetro y su poder,
de mí puedes disponer
y mandar todo mi reino.

LEONARDO. Ya tú sabes cómo hice
que tu gusto se cumpliese
en que Halima muriese,
y en todo te satisfice.

INFANTE. Ya lo sé, que no lo niego.

LEONARDO. Dísteme seguridad
que la dulce libertad
gozaría desde luego.

INFANTE. Sí di.

LEONARDO. Pues aquesa fe
y palabra que me diste
di, ¿por qué no la cumpliste?

INFANTE. Reinando la cumpliré.

LEONARDO. Pues si algo sucediere
cuando con el cetro vivas,
quiero que un papel me escribas
del modo que yo quisiere.

INFANTE. ¿Tan poca seguridad
vienes hoy de mí a tener,
que si reino no has de ver
segura tu libertad?

LEONARDO. Quiero tenelle conmigo
no más de para guardalle,
que yo tengo de ordenalle.

INFANTE. En todo tu gusto sigo.

(*Sale* BENZORAQUE.)

BENZORAQ. ¿Tengo yo de ir por ellas?
¡Hola!, subidme a traer,
para empezar de comer
media docena de estrellas.
Ve tú; tú te quedarás
para hacerlas freír;
mira bien que no te has de ir,
quizá no te veré más.

LEONARDO. Sabe Dios si su mal siento.

INFANTE. Lástima me da y dolor.

LEONARDO. Dame la llave, señor,
cerraréle en tu aposento.

INFANTE. Vesla aquí, que es cosa llana
que en él tendrá quietud.

LEONARDO. Luego tendría salud
como viese a doña Juana.

INFANTE. Imposible es poder vella
(digo en su primer estado)
porque mi hermano ha mandado
que hagan justicia della.

LEONARDO. Dele su favor el cielo.
¡Ah, Juan, anda acá conmigo!

BENZORAQ. ¿Quién dice que me atosigo
con sólo medio buñuelo?

LEONARDO. No estés loco, vuelve en ti
y restaura tu memoria.

BENZORAQ. Pues si a la gloria me mudo
¿do está doña Juana?

LEONARDO. Sí.

BENZORAQ. Pues si a la gloria me mudo
ir desarropado quiero,
que volaré más ligero
por esos aires desnudo.
Desnúdate ya, ¿en qué estás,
y así al cielo volaré:

mundo infame, quédate,
quizá no te veré más.

(*Vanse y sale el* REY *y dos moros y el* MAESTRO *y el* ALCAIDE.)

MAESTRO. En trago te viste fuerte
que pudieras quedar muerto.

REY. Si a asirle el brazo no advierto
me ha de dar allí la muerte.

MAESTRO. ¿Ella no es cristiana? Basta
para que a mí no me asombre
que haga guerra con su nombre
aquesta maldita casta.
¿Quiés que el cimiento edifique
en su cuello hondo y duro?

REY. No, porque temo que el muro
estará de caerse a pique.

MAESTRO. ¿De caer, por qué razón?

REY. Porque tal valor encierra
que ha de echar el muro a tierra
si le pulsa el corazón.
Y ese es castigo muy poco
y ansí pretendo quemalla.
¿La leña hiciste llevalla? (*Al* ALC.)

ALCAIDE. Ya está la leña en el zoco.

REY. La torre crece y se aumenta.
¿El foso acabóse ya?

MAESTRO. De treinta estados está.

REY. ¿Y ha de quedar?

MAESTRO. En cuarenta.

REY. Las torres serán vistosas,
que pues en la fuerza están
y a mi gusto ellas serán
todas bellas y gustosas.
Porque el rey Bensalmahar
cuando estas torres labró
no lo supo ni entendió
que se habían de acabar.
Y labraréislas tan bien,
que si cristianos vinieren
y algún asalto emprendieren
de lástima no le den.

MAESTRO. Haré cuanto me mandares
para que a tu gusto esté.

REY. Esta ciudad gastaré
y mil villas y lugares.
Vaya el edificio grave
y dad muestras desas manos,
que me venderé a cristianos
porque la fuerza se acabe.

(*Vase el* MAESTRO *y sale* LEONARDO.)

LEONARDO. De la plaza vengo ahora,
adonde he visto llevar
la leña para quemar
a la infelice señora.
¡Quién dijera, doña Juana,
que habíais de venir
a padecer y morir
entre esta y este tirana.
¡Quién remediarla pudiera
en tanta necesidad,
y amansara la crueldad
del Rey y su furia fiera.
Pero, ¿qué digo? Harélo,
que es buena la ocasión,
llego con resolución
y vendré al fin a hacerlo (1).
Rey y señor.

REY. ¡Oh Leonardo!
¿Tan tarde y en la ciudad?

LEONARDO. Para que tu Majestad
tenga vida en ella aguardo.

REY. ¿Luego de aquesta herida
me pretendes tú curar?

LEONARDO. De aquesa no viene a estar
tan arriscada tu vida.
Otra herida penetrante
tienes, aunque no la ves.

REY. ¡Acaba, dime qué es!

LEONARDO. Negocio es harto importante.
Yo soy un cautivo fiel
y no he de hacerte traición,
ni mi incita el corazón
a ser contigo cruel.

REY. ¿No me dirás de qué suerte
esto oculto me tenías?

LEONARDO. Dime, señor, qué darías
al que estorbase tu muerte.
Y que tu vida estribase
en sólo su parecer
y no más de por querer
de morir te reservase.

REY. Daríale mi corona
a tan importante amigo;
¡mi corona!, poco digo:
¡mi alma, vida y persona!
Y no era paga bastante
para tan gran interés.

LEONARDO. ¿Esta firma cúya es?

REY. Esta firma es del Infante.

LEONARDO. ¿Cónstate dello?

REY. No tiene

(1) "Hacerlo" no es consonante de "harelo".

ningún género de duda.
LEONARDO. Habla con la letra muda
y verás lo que contiene.

"Por cuanto Leonardo estaba captivo de mi hermano, concertamos entre yo y él de darle muerte acerba y cruda, y por eso le di esta firma de mi nombre, para que por ella gozando el poder, cetro y corona le dé franca libertad para irse a su tierra, o donde no que la pueda mostrar a todos los del Reino, para que como traidor y alevoso se aparten de mí.—EL INFANTE."

REY. ¡Válgame Alá soberano!
Alcaide, con brevedad,
por esta tan gran maldad
me traed preso a mi hermano.
Traedme aquí el atrevido
porque me venga a heredar.
LEONARDO. ¿Si me tengo de abrasar
en el fuego que he encendido?
Señor, aunque concedí
con tu hermano, fué mi intento
decirte su pensamiento.
REY. Eso ya lo he visto aquí.
¿Es culpada otra persona?
LEONARDO. No, señor; pero advierte
otra cosa atroz y fuerte
hecha contra tu corona.
REY. Dame aquí de todo aviso.
LEONARDO. Señor, es cosa muy cierta
que Halima también es muerta
porque conceder no quiso.
REY. ¿Halima, mi prima?
LEONARDO. Sí.
El Infante mi señor
es de su muerte agresor,
de que ya me consta a mí.
En su aposento la tiene
encerrada con su llave,
porque en el negocio grave,
ya lo digo, se conviene.
REY. Dame esa llave, Leonardo,
y tómala tú, Hacén,
y ve y míralo bien,
que en saberlo mucho tardo.

(*Vase* HACEN *con la llave y entra el* ALCAIDE *y el* INFANTE.)

ALCAIDE. Ya tienes en tu presencia
al Infante mi señor.
REY. ¿Que firma es ésta, traidor,
digno de una vil sentencia?
INFANTE. ¡Oh Leonardo fementido!
¿Esta es la palabra dada?
REY. Quitadle luego la espada
y asidle bien.
ALCAIDE. Ya está asido.
INFANTE. ¡Ah perro infame, sin ley,
que intentaste tal maldad!
LEONARDO. Perdona, que más lealtad
debo a mi señor el Rey.
INFANTE. Si este traidor no dijera
que su auxilio me daría,
nunca la persona mía
a ofenderte se atreviera.

(*Sale* HACEN.)

REY. Hoy verás tu fin sangriento,
pues vida y honra...
HACEN. Verdad
es que Halima está
muerta dentro en su aposento.
REY. ¿Que tal hizo tu persona
a tu prima y deste modo?
INFANTE. ¡Traidor, ya lo has dicho todo!
LEONARDO. Todo lo he dicho, perdona.
HACEN. A Benzoraque le vi
en el aposento solo,
y cuando le abrí dejólo
y acá se vino tras mí.
Y entiendo por cosa llana
que viene loco, sin seso.
LEONARDO. Está loco del exceso
que hizo doña Juana.
REY. No lo creyera jamás;
¿tal furia su pecho doma?

(*Sale* BENZORAQUE.)

BENZORAQ. Que es que a bocados te coma,
quizá no te veré más.
LEONARDO. Aquesta última palabra
es de su locura el tema.
REY. Será lo que más le quema
en su pecho y más le labra.
Y entiendo sin duda alguna
que esta palabra la oyó
si acaso se despidió
dél doña Juana de Luna.
BENZORAQ. ¿Quién es aquesa mujer?
REY. ¿Veis cómo nasce de ahí?
BENZORAQ. Corred, traémela aquí,
que me la quiero sorber.
¡Acaba, perro; ¿no vas?
Pues comienza a desnudarte;

pero no quiero dañarte,
quizá no te veré más.

REY. No tiene el pobre remedio
de verla ya en su presencia,
que está dada la sentencia
y mi agravio de por medio.
También de aqueste villano
la vil sangre se derrame,
y mando que no le llame
ninguno de hoy más mi hermano,
sino traidor alevoso
contra la persona mía,
pues concertó y pretendía
hecho tan facineroso.
Tú, Leonardo, pues me has hecho
tanto bien, pide mercedes,
porque es mi gusto que quedes
bien premiado y satisfecho.
De más de tu libertad
cuanto quisieres me pide,
y a tu gusto ajusta y mide
con mi liberalidad.

LEONARDO. Buena ocasión se me ofrece,
el cielo me ha sido amigo.

REY. No te espante esto que digo,
que tu lealtad lo merece.

LEONARDO. Señor, quiero que me concedas
que hoy se me entregue y me dé...

REY. Mira que me enojaré
si veo que corto quedas.

LEONARDO. A doña Juana, señor,
y que el rigor tuyo baste.

REY. ¿Otra cosa no hallaste
que pedir sino mi honor?
¿Esto me fuiste a pedir
viendo que mi honra estriba
en que ésa no quede viva?...

LEONARDO. Tu palabra has de cumplir.

REY. Alcaide, pues ansí es,
yo revoco la sentencia:
id, traedla a mi presencia.

LEONARDO. Beso tus reales pies.
Más has de hacer por mí.

REY. Cuanto quisieres haré
y mi vida te daré,
pues eso te concedí.

LEONARDO. Señor, que por te servir
a Benzoraque y a ella
para nuestra patria bella
nos dejes luego partir.
Que ya sabes que es cristiano
y que no es decente cosa
que viva aquí con su esposa.

REY. A concedello me allano.

LEONARDO. Y al Infante mi señor
haz también que libre quede.

REY. La vida se le concede
aunque me ha sido traidor.
Pero por este tal yerro
y porque otro no me ofenda
le confisco la hacienda
con seis años de destierro.

INFANTE. Yo lo concedo; los pies
me da por tan gran favor.

LEONARDO. Yo también, Rey y señor,
te pido que me los des.

(*Vase el* INFANTE *y sale* DOÑA JUANA *con el* ALCAIDE.)

ALCAIDE. Ya doña Juana está aquí.

D.ª JUANA. Por sierva tuya me ofrezco,
supremo Rey, y agradezco
lo que hoy has hecho por mí.

REY. Agradecedlo a Leonardo,
que por él estáis con vida.

D.ª JUANA. La mía le está ofrecida.

BENZORAQ. ¿No es doña Juana? ¿Qué aguardo?
¿Prenda del alma, aquí estás?
¿Cómo me has venido a ver
habiéndome dicho ayer
"quizá no te veré más"?

D.ª JUANA. Dios lo ha hecho, esposo mío,
y por El me veis agora.

BENZORAQ. No sin misterio, señora;
en su potestad confío.

LEONARDO. En verla el juicio ha vuelto.

D.ª JUANA. Sumas gracias le debéis.

REY. ¡Ah, Benzoraque! ¿Sabéis
a lo que aquí estoy resuelto?

BENZORAQ. No, mi señor.

REY. Advertid;
vos, Leonardo y doña Juana
libres de muy buena gana,
mañana os podéis partir.

ALCAIDE. Hoy, Benzoraque amigo,
pues tu gloria se destierra,
que para tu mesma tierra
sabe que me he de ir contigo.
Que aquí cumplo la palabra
que prendiéndote te di,
demás de que siendo en mí
que Dios en mi pecho labra.

BENZORAQ. Si aquesto tu suerte ordena
veráste en dichoso estado.

ALCAIDE. Pues tan bien has negociado,

sin duda tu ley es buena.
BENZORAQ. Pues, señor, por la mañana
me determino partir.
REY. Luego al punto os podéis ir
vos, Leonardo y doña Juana.
Y diréisle al rey Fernando,
antes que el intento tuerza,
que una muy famosa fuerza
le quedo agora labrando.
Y que un signo se halla
que descubre (aunque es impropio)
que un Rey de su nombre propio
ha de venir a heredalla.
Y que con tal alegría
ya que aquesto sucediese
que su Majestad lo fuese
por verle en la ciudad mía.
Y haya esta noche zambra
y sarao regocijado,
y este Rey, claro senado,
fué fundador del Alhambra.

FIN DE LA COMEDIA
DE LA "FUNDACIÓN DE LA ALHAMBRA".

LA FAMOSA COMEDIA

DEL

GALÁN CASTRUCHO

ACTO PRIMERO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

ESCOBARILLO, *que es* BRISENA, *dama.*
FORTUNA.
BELTRANICO, *que es* LUCRECIA.
TEODORA, *vieja.*
CASTRUCHO.
DON HÉCTOR, *capitán.*
DON JORGE, *alférez.*
DON ALVARO, *sargento.*
CAMILO, *criado.*
BELARDO, *soldado.*
PRADELO, *soldado.*
GUZMÁN, *soldado.*
MENDOZA, *soldado.*
El GENERAL DEL EJÉRCITO.
Un PAJE *del* GENERAL.
DON RODRIGO, *maese de Campo.*

(DON ALVARO, *sargento;* DON JORGE, *alférez.*)

ALVARO.

Vila, señor don Jorge, en una quinta
donde fuera del campo está alojada,
más hermosa que el sol, cuando nos pinta
el alba de colores matizada:
una encarnada y venturosa cinta,
que a la mejilla hermosa y encarnada
hurtó el color, ceñida por su frente,
a imitación del arrebol de Oriente.
Los ojos, yo no sé que fuesen ojos,
estrellas sí, ni aun pienso yo que estrellas,
que quien al Sol quitó sus rayos rojos
despreciará comparación con ellas:
decir yo que mi alma por despojos
ceniza el corazón de sus centellas
llenaron, y quedó, será un lenguaje
tan ordinario, que su cielo ultraje.
Suspendíme, llevéme, quedé muerto;
viví, torné a morir, estoy sin alma,
ya con bonanza voy seguro al puerto,
ya me detiene la esperanza en calma:
alegre y triste estoy, dudoso y cierto,
mil esperanzas ya me dan la palma,
mil miedos me la quitan, y sin celos,
de celos muero, y quéjome a los cielos.

JORGE.

Por Dios, señor Sargento, que no hubiera
pintado algún poeta en diez canciones
cuando a su dama dilatar quisiera
del estrellado Plaustro a los Triones,
tan bien su perfección, aunque estuviera
tres meses castigando sus borrones,
y que de sólo oíros vuestro cuento
me habéis enamorado el pensamiento.
En efeto, la dama es forastera,
¿qué digo forastera?, es castellana,
que aquí en el campo nuestro y dondequiera
se lleva, como Venus, la manzana;
dichoso habéis andado, y de manera
que ya la envidia fiera e inhumana
os sigue por los pasos que habéis dado;
pero tenéis, don Alvaro, mi lado.
Mirad si de mis prendas y vestidos
halláis alguna cosa que ofrecella,
sean esos baúles descogidos,
que alguna gala habrá que guste della;
mis criados tendréis apercebidos
para servilla, para andar con ella,
mi alojamiento siempre estará a punto,
que con su dueño os sirve todo junto.

ALVARO.

Beso, señor Alférez, vuestras manos,
que basta ser los dos de una bandera,
y casi de una tierra y castellanos
para hacerme merced de esa manera,
que de vuestros respectos cortesanos
no menos liberal valor se espera,
y mayormente para mí, que he sido
yedra, que en vuestros muros he crecido.
El día que yo vi, volviendo al cuento,
esta dama gentil, esta hermosura,
vi detrás della un negro paramento
y una fantasma de la noche oscura:
una vieja, señor, bebiendo el viento,
que, cual suele la sombra en la pintura,
parecía detrás del ángel bello,
junto al realce y luces del cabello.
Vi mal agüero en ella.

JORGE.

¿Y halo sido?

ALVARO.

¡Y cómo si lo fué!; porque es la hembra

de mayor interés que ha producido
el más villano que la tierra siembra;
no hay pez apenas en la red caído
cuando parte por parte lo desmiembra,
sacándole el dinero con los sesos
de la menor medula de sus huesos.
Tiene unos ojos vivos, que parece,
que como dos lancetas los aguza,
de día duerme, en viendo que anochece
sale como murciélago o lechuza;
no que a maitines con los frailes rece,
porque entre doce y once ronda, y cruza
los cuerpos del Real, adonde había
los cuerpos del motín del otro día.
Flacas los dos inútiles quijadas,
desgarrados los labios de la boca,
altas las negras cejas y tiznadas,
y en ellas una reverenda toca;
las manos de raíces y doradas
del oro y plata que recibe y toca;
los pechos hasta el vientre, que hay en ellos
para cuatro corcobas de camellos.
Quien no la ve aldeando por la calle
no ha visto posta, ni serpiente ha visto
cuando la cola aciertan a pisalle,
como aquesta tercera de Calisto.
Sustenta, en fin, su envejecido talle
con almidón, sustancias, farro y pisto,
y a mi costa también parte sustenta,
que como el cardo y pago la pimienta.
Una merced quisiera suplicaros;
pero, por Dios, señor, que no me atrevo,
porque...

JORGE.

No más; que en todo el obligaros
es lo que siempre a los amigos debo;
decid luego lo que es.

ALVARO.

Temo enojaros.

JORGE.

Antes agora me enojáis de nuevo.
porque habéis de obligarme con mandarme.

ALVARO.

Vuestro valor me obliga a aventurarme.
Aquel vestido con que el otro día
de nuestro Emperador en la presencia
metistes vuestra guarda y compañía
la llevaré, como me déis licencia;
que me ha pedido alguna gala mía
para cierto disfraz o impertinencia,
y hanme dejado un once, y don Onofre,
vacío de ropa y lleno de aire el cofre.
Perdí las dos sortijas de la rifa;
la cadena perdí, perdí los ojos
con aquel alcorzado, que [se] engrifa
copete y barba y mira con antojos.

JORGE.

Quien con aquese mal trapillo rifa
merece tales pérdidas y enojos;
pésame, por mi fee, que hayáis perdido,
mas quiero hacer que os traigan el vestido.
¡Camilo! ¡Hola, Camilo! (1).

(*Entra* CAMILO, *criado del alférez.*)

¿Dónde estabais?

CAMILO.

Aquí, con dos soldados.

JORGE.

Siempre una legua a mis espaldas andas,
entre mil bagajeros y criados.
El vestido de tela, el de las randas,
ya entiendes cuál.

CAMILO.

Ya entiendo.

JORGE.

Ansí doblados,
calzones y ropilla saca luego.

ALVARO.

¿Y el capote y sombrero?

JORGE.

Nada os niego.
Dale sombrero, plumas y capote.

CAMILO.

¿Con las piezas?

JORGE.

Con todo ¡mal criado,
que ayer era este bárbaro (2) un guillote,
y ya se iguala con cualquier soldado!

CAMILO.

¡Qué liberal se muestra el marquesote!

ALVARO.

Allá tengo mi paje embarazado,
con el vuestro me iré por que lo lleve.

(1) Verso incompleto en las tres ediciones.
(2) En la edición de Madrid y de Pamplona, "barbero".

JORGE.

Vaya en buen hora, que eso y más se os debe.

ALVARO.

Bésoos las manos.

JORGE.

Yo las vuestras: mira,
Camilo, que te vuelvas al momento.

ALVARO.

¡Qué gran nobleza! Vive Dios, que admira.

CAMILO.

Huelgo servir a mi señor Sargento.

(*Váyanse* DON ALVARO *y* CAMILO.)

JORGE.

¡Oh vano amor, a cuyo cielo aspira
el juvenil ardiente pensamiento,
cuál llevas el celebro deste mozo,
pobre de seso y rico de su gozo!
Será, si viene a mano, esta señora
alguna ninfa de color quebrado
que me deje en el término de un hora
de humor el vestidillo inficionado.
¡Oh cuerpo de la pobre pecadora,
que el alma de don Alvaro has robado,
trátame bien, si pueden oraciones,
las inocentes calzas que te pones!

(*Entren el capitán* DON HÉCTOR, *y* PRADELO *y* BELARDO, *soldados.*)

JORGE. Mi Capitán es aquél,
quiérole llegar a hablar.
HÉCTOR. Basta, que el siete y llevar
me ha hecho tiro cruel.
Quedóse allá la cadena.
JORGE. ¡Oh, mi señor Capitán!
¿Dónde bueno?
HÉCTOR. Hacia San Juan.
JORGE. ¿Qué lleva?
HÉCTOR. Un poco de pena,
y quiéromela pasar
oyendo una misa allí.
¿Que dije?; no estoy en mí:
digo que voy a rezar,
porque ya casi anochece.
¡Cuánto la cólera ciega!
JORGE. ¿Cómo el capitán me niega
lo que de nuevo se ofrece?
BELARDO. Ha perdido mil ducados
y un trencellín de diamantes.
JORGE. En refriegas semejantes
tiene tres tantos ganados.
¿De qué se congoja agora?
BELARDO. Ha perdido con un hombre
que a veces de oír su nombre
se encoleriza y azora.
JORGE. ¿No iríamos por ahí
a divertirnos un rato?
HÉCTOR. ¿Qué os ha dado de barato?
PRADELO. Cuatro reales me dió a mí.
JORGE. ¡Mirad con qué sale agora!
HÉCTOR. Y a ti, ¿qué te dió?
BELARDO. Un real,
y no lo ha hecho muy mal,
que apostaré que le llora.
HÉCTOR. ¿Donde sólo había escudos
halló real que te dar?
BELARDO. ¿Cuándo le suelen faltar
dos doblones de menudos?
Que siempre, por si ganare,
trae las dos faltriqueras
llenas de veinte maneras
de menudillos que pare.
Con aquestos da barato
el gallardo fanfarrón,
ganando tanto doblón.
HÉCTOR. Vamos a la plaza un rato.
JORGE. Ya es tarde para la plaza,
y mucho mejor iremos
a parte donde podremos
levantar alguna caza.
Que para el juego amor ciego
es la triaca mejor,
como también para amor
es la ceguedad del juego.
HÉCTOR. ¿Hay alguna novedad?
JORGE. Una mozuela romana
hizo ayer tarde ventana
y por la noche amistad.
Vuestra merced la verá,
que si como el precio fuera,
a la Troyana venciera
y a Venus.
HÉCTOR. ¿A cómo va?
JORGE. A ducientos españoles.
HÉCTOR. ¿Reales?
JORGE. Escudos digo,
y en Roma a probar me obligo
que vendía caracoles.
HÉCTOR. ¡Qué caras que se nos venden!
JORGE. Aún ya si tuvieran caras
pudieran venderse caras:

caras sin caras ofenden.
HÉCTOR. ¿Estáse la Milanesa
junto al muro?
JORGE. Allá se está,
que por él se arrima ya,
de flaca que se confiesa.
Doña Juanilla está loca
de que vino el Capitán.
HÉCTOR. Esa es gentil piedra imán
que se lleva lo que topa.
Gran cuartera es Madalena,
su hermana.
JORGE. Grande, por Dios.
HÉCTOR. Ayer sesteó con dos.
JORGE. ¡Oh qué matraca!
HÉCTOR. Y qué buena.
Pero ya la tiene a cuestas.
JORGE. ¿Cuándo?
HÉCTOR. Anoche la llevó;
aunque hoy se me quejó
y le hice grandes fiestas.
Tarde es, ¿cenaréis conmigo?,
porque después de cenar
nos vamos a pasear
o a jugar con don Rodrigo.
Pradelo, vete adelante,
y dirás que a punto estén.
PRADELO. ¿Y vendré a avisarte?
HÉCTOR. Ven.
PRADELO. ¿Dónde?
HÉCTOR. En casa de Violante.

(*Vanse todos.*)

(*Entre* FORTUNA, *dama, y* TEODORA, *vieja.*)

TEODORA.

Hija, si de los viejos
no tomáis las costumbres que os enseñan
sus dichos y consejos,
y tan ligeramente se desdeñan
de vuestros pocos años,
¡qué tarde lloraréis mis desengaños!
Que si cuando el tesoro
de ese cabello rubio convirtiere
en blanca plata el oro,
y en plata falsa, que ninguno quiere
aun dar por ella cobre,
por necedad y hacienda que le sobre.
Y si cuando las rosas
de esos graciosos labios y mejillas,
gorditas y lustrosas,
se vieren como aquestas amarillas,
y los ojos hundidos,
detrás de las narices consumidos.
Y si cuando los dientes,
haciendo fueren horcas en la boca,
o cual ojos de puentes
se viere la igualdad que agora apoca
las perlas ensartadas
entre esos dos corales engastadas.
Queréis hallar contentos,
queréis hallar amigos que os regalen
y que beban los vientos,
porque con ellos su esperanza igualen,
y no la hallando abierta
que os bañen de sus lágrimas la puerta.
¡Engáñase, bobilla!;
¡engáñase, bobaza, bobarrona,
flaquilla lloroncilla,
que luego se amartela y apasiona!
¡Ah, mal haya un azote!

FORTUNA.

Madre, no se congoje ni alborote;
no tome pesadumbre.

TEODORA.

Sí quiero, y tú lo quieres, desdichada,
que aquesa ardiente lumbre
de blanca cera y juventud dorada
hasta el pabilo quemas,
y sin que el soplo de la muerte temas.

FORTUNA.

¡Ya hablamos de la muerte!

TEODORA.

¿Qué cosa es esta, que una moza hermosa,
sana, gallarda y fuerte,
a conquistar el mundo poderosa,
perdida siga a un hombre,
qué...

FORTUNA.

¿Qué tiene?

TEODORA.

Qué, ¿aún quieres que le nombre?
Es un picaño, un feo,
un público rufián que te ha traído
a Italia, con deseo
de comerte las carnes y el vestido,
que apenas tienes prenda
que no la coma, juegue, empeñe o venda.
¿A que piensas que viene
al ejército agora este bellaco
por codicia que tiene

de hacerte rica en el primero saco?
¡Ay, qué mal que lo entiendes,
que sólo aguarda y cobra lo que vendes.
Tú aguardarás, cuitada,
que sobre desnudarte llegue el día
que alguna cuchillada,
medida por los puntos de la mía,
te calce en esta cara,
que tiene en este muslo media vara.
Aguardas que te hiera,
aguardas que te mate y que se acoja.

FORTUNA.

¡Madre, si yo pudiera!
¡Válame Dios, qué sin razón se enoja!
¿Dígame cómo puedo
huír deste hombre?

TEODORA.

Desechando el miedo.
Juntos están agora
en aquestas villetas alojados,
de gente vencedora,
mil Capitanes, quince mil soldados,
y al primero que hables
hará en tu nombre hazañas memorables.
Que eres un angelito,
estás en tierra que una castellana
vale precio infinito,
y no habrá Capitán, que cosa es llana,
que cual Leandro en esto,
no rompa el mar hasta llegar al sesto.
Haréle, si tú quieres,
matar a palos y hacer cuartos luego,
que no hay por qué te alteres.
Santantón se le coma de mal fuego.
¡Ay, muchacha, muchacha,
todas las más tenéis aquesta tacha.
Amáis lo aborrecible,
lo amable aborrecéis, lo provechoso
decís que es insufrible,
buscáis lo feo, desdeñáis lo hermoso.
¿Qué son vuestros deseos?
¿Qué diablos os halláis en estos feos?
¡Mas ay, amigas mías,
estas cañas de azúcar os destruyen!,
porque de las vacías
¿cuáles son las valientes que no huyen?
¡Peregrino secreto,
pocas veces hallado en el discreto!

(CAMILO, *criado del Alférez, con el vestido.*)

FORTUNA. Aquí sube un hombre, madre.

TEODORA. ¡Ay, desdichada, si es él,
fingir quiero un mal de madre,
que no has de salir con él
por el siglo de mi padre!

CAMILO. ¿Tengo licencia de entrar,
señora, que os vengo a hablar
de parte de un caballero?

FORTUNA. Entrad, señor, que no os quiero
oído y puerta negar.

CAMILO. El Sargento me pidió
que os trajese este vestido.

FORTUNA. ¿No sois su criado?

CAMILO. No.

FORTUNA. ¿Pues de quién?

CAMILO. De otro he sido
que el vestido le prestó.

TEODORA. A fe que sois declarado,
o no venís avisado.

CAMILO. ¿Qué me habían de avisar?

TEODORA. Que supiérades callar
que era el vestido prestado.
Mas yo ya entiendo la flor,
por no le dar, como es bueno,
quiere fingir el señor
que es ajeno, y si es ajeno
decid que pierda el temor.
Que se guardará muy bien
y se volverá también.

CAMILO. Pésame, por Dios, señora,
que en esta opinión agora
con nuestro Sargento estén.
Porque, vive Dios, que ha sido
del Alférez mi señor,
y aun es agora el vestido,
que el Sargento os tiene amor;
mas ha jugado y perdido.
Esotro está de ganancia,
que es un hombre de importancia,
don Jorge tiene por nombre,
que es el más liberal hombre
que hay desde España hasta Francia.
Tiene joyas y cadenas,
telas, cortes y jubones;
sortijas, las manos llenas;
tiene muy pocas razones,
pero las obras muy buenas.
Ayer me dió de barato,
por sólo miralle un rato,
tres doblones y un sombrero,
con unas vueltas de acero
y un camafeo retrato.
Mirad ese vestidillo,

y pues es de lo que empresta,
conoced al hombrecillo.

FORTUNA. No he visto labor como ésta:
de velle me maravillo.

TEODORA. ¡Ay, hija, qué ricas cosas,
por cierto linda labor,
guarnición rica y hermosa;
¡qué galán es tu señor,
bobillo!

CAMILO. ¡Oh, vieja raposa,
cómo se viene al dinero!

TEODORA. Dime, ¿y ese caballero
sirve alguna dama aquí?
¿Está enamorado?

CAMILO. Sí.

TEODORA. ¿De quién?

CAMILO. Decírtelo quiero.
De una mujer que en Milán
le trujo cierto truhán,
que después que no la ve
no la hay que gusto le dé
de mil que en el campo hay.
Aunque si él os viese a vos
no hay duda que le tuviese,
porque yo os prometo a Dios
que más que un ciento os valiese
destos doblones de a dos.
Que tenéis una carilla
tan hermosa y tan gordilla,
que a mí, con ser un pobrete,
hasta el alma se me mete
y el corazón me aportilla.
Y a fe que gaste con vos
mis tres escudos de paga
mejor que entrambos a dos.

TEODORA. ¡Ay, amigo, qué se estraga,
y es malo para la tos!
Pero ven acá, gallito,
barbirrubio, mozalbito,
¿en mí no podrás tener
cuatro ratos de placer?

CAMILO. ¡Oh muerte del apetito!
Si me prestases la salsa
de tu hija, hermosa y bella,
haciendo una sombra falsa,
aun pudiera entrar con ella
sin ahogarme en tu balsa.
¡Mas cómo de otra manera!
¡qué cien azotes, qué palos!

TEODORA. Anda, necio, considera
que saben nuestros regalos
hacer los diamantes cera.
¿Y es malo comer manido,
como el Príncipe y el Rey
es de las aves servido?

CAMILO. No comprehende esa ley
a las aves de Cupido.
Que es carne que no se cuece,
y cuanto más tiesa ofrece
más sabroso gusto al gusto.

FORTUNA. ¿No es necio?

CAMILO. A lo menos gusto
de aquello que me parece.

TEODORA. Ea ya, abracémonos,
que yo apuesto que se haga
algún hijo entre los dos.

CAMILO. ¡Ay, amigo, que se estraga,
y es malo para la tos!

TEODORA. ¡Tomad, si sabe pagarse!

FORTUNA. Madre, deje de burlarse
y sepa su alojamiento.

TEODORA. No te entienda el pensamiento;
calla, que él vendrá a enredarse.
Yo sé que ya está la liga
en parte que poco a poco
se enreda, prende y enliga.
¿Adónde te alojas, loco?

CAMILO. En la calle nueva, amiga.

TEODORA. Don Jorge, digo.

CAMILO. También.

FORTUNA. Madre, este vestido ten,
llévale adentro, y el paje
al punto de aquí se abaje,
que viene acá arriba.

CAMILO. ¿Quién?

TEODORA. Muestra, escondere̍le presto.

CAMILO. ¿Es el Sargento?

FORTUNA. Si él fuera,
¿qué se aventurara en esto?

(*Entrese la vieja con el vestido y váyase* CAMILO.)

CAMILO. Adiós.

FORTUNA. Bajad la escalera.
Descolorida me he puesto.
¿Cuándo, triste, querrá el cielo
que salga mi corazón
de sobresalto y recelo,
y del poder de un león
mi pecho de nieve y yelo?
Si ha visto el paje salir
o si le encuentra al subir,
a fe que el vestido pobre
nunca su dueño lo cobre
ni se le vuelva a vestir.

(Entre el galán Castrucho, *con bizarro calzón y coleto, un sombrero de halda grande, capotillo corto, y su espada en las manos.)*

¡Oh mi bien!; bien seas venido.
¿Qué traes? Llégate acá.
¡Por mi vida! ¿Qué has habido,
que me parece que está
tu rostro descolorido?
¿Quién te ha dado pesadumbre?
¿Quién entristece la lumbre
de los ojos de mi cara?
¿Perdiste?

Castruch. ¿No es cosa clara
y de mis manos costumbre?
¿Eso preguntas, Fortuna?,
pese aquella de tu nombre,
aunque con serme importuna
por tu respeto me asombre
decille blasfemia alguna.
Lleguéme al cuerpo de guarda,
dónde el mío despojé
en una gresca gallarda:
la cadenilla dejé
revuelta en la banda parda.
Y dejara el asadura,
que me dejó la ventura
cuál me venga la salud.

Fortuna. Con gentil solicitud
nuestro remedio procura.
La cadena me ha jugado.

Castruch. ¿Qué murmuras entre dientes?

Fortuna. Digo que eres desdichado.

Castruch. Cosa que los inocentes
paguen la vuelta del dado.
Y si empiezo, ¡vive Dios!,
de no dejarte ni aun dos
en esa boca parlera.
¿Dónde está aquella hechicera?

Fortuna. ¡Malos años para vos!
Guisándote de cenar
debe de andar, ¿qué la quieres?

Castruch. Pues bien la puedes llamar,
porque hasta los alfileres
pienso esta noche jugar.
Vuesa merced adivine
que estoy picado, camine,
sáqueme cuanto tuviere
si a espaldarazos no quiere
que la tulla y arruíne.
¿Qué me mira, relamida?
Camine, ¡pesia a Mahoma!
¿Que no quiere andar? ¡Por vida...!

Fortuna. No me pique.

Castruch. Que la coma
y entre los dientes divida.

(Entre Teodora.*)*

Teodora. ¿Qué es esto, hijo? Detén
el brazo y cólera fiera;
cuanto pidieres te den;
no ofendas desa manera
los ojos que quieres bien.

Castruch. Desvíese allá.

Teodora. ¿Conmigo?
¿Pues en qué te ofendo, amigo?

Castruch. Pero diga en qué me agrada...
¡Hágase allá, vieja honrada,
que la pasaré el ombligo!

Teodora. ¡Válame Dios!, no es posible
sino que has perdido.

Castruch. Bueno.
¿No sabe que es imposible
dorarme a mí su veneno
con ese rostro apacible?
El barbero, aguja y hilo
la esperan por un estilo,
si no hace luego alarde
de la venta desta tarde.
¿De qué lloras, cocodrilo?
¡Ea, pesia mi linaje!:
venga de aquello que trujo
debajo del brazo el paje.

Teodora. ¡Ay, qué gracioso dibujo,
si fuera punta y encaje!
Venía a saber la hora
en que el Sargento pudiese
ver estos ojos que adora;
mas no que nada trujese,
por vida de Teodora.

Castruch. Tengo de hacer un guisado
de su corazón picado,
para que esta noche cene.
¿Cómo no habla? ¿Qué tiene,
angelito almacigado?

Fortuna. Escucho las sinrazones
con que ya tan sin razón,
Castrucho, en eso te pones.
¿Quién te ha hecho, fanfarrón,
todo fieros y razones?
¿Soy yo, por dicha, tu esclava?
¿Esto es lo que me juraba
esa tu lengua enemiga?

Teodora. Tiene razón.

Castruch. ¿En qué, diga,

quinta agüela de la Cava?
Venga lo que digo luego
o pondré fuego a la casa,
porque la abrase otro fuego,
que ya yo sé que se abrasa
como yo lo estoy del juego.

TEODORA. ¿Qué te han de dar?

CASTRUCH. Treinta escudos.

TEODORA. Tomáralos en menudos.

CASTRUCH. Menudos corre la tienda.
¡Miren aquí qué hacienda
para renta de cornudos!

TEODORA. Aquesa bolsa los tiene;
toma, y al primer azar
haz que en otra cante y suene.

CASTRUCH. Pues más que esto me ha de dar,
porque hoy es fiesta solene.
Venga del oro guardado.

TEODORA. ¿Qué oro, desvergonzado?
Basta que te tiene, necia,
Por tesoro de Venecia.

(Meta mano a la daga.)

CASTRUCH. ¡Que aún tienes lengua, pescado!
Aguarde un poco la vieja,
que yo la asentaré un chirlo
que cure de oreja a oreja.

FORTUNA. ¡Tente, por Dios!

CASTRUCH. ¿Y a impedirlo
te vienes tú, mansa oveja?
¡Desvíate!

TEODORA. Tenle, hija;
abre el escritorio y dale
aquella negra sortija.

CASTRUCH. Agradecelde que os vale
quien os ampara y cobija.

(Entre el capitán HÉCTOR, *y el* ALFÉREZ *y* CAMILO.*)*

HÉCTOR. El ruído nos ha dado,
señora, ocasión de entrar;
perdonad si hemos errado,

FORTUNA. Con todo, entrar sin llamar
pudiera estar excusado.

HÉCTOR. ¿Aqueso juzgáis a mal
en aquesta ocasión tal?
¿Quién es este hombre que agora
os quiso matar, señora?

CASTRUCH. Soy un su hermano carnal.

HÉCTOR. Por cierto así lo parece.
¿Es soldado?

CASTRUCH. Sí lo soy.

HÉCTOR. ¿Dónde?

CASTRUCH. Donde se me ofrece,
que para treinta años voy,
y he servido desde trece.
Sobre Roma con Borbón
me hallé en aquella ocasión,
y en Santángel con el Papa
sobre quitar de la capa
a Godofre de Bullón.
También he sido estudiante,
astrólogo y quiromante;
deme esa mano y verá
los años que vivirá
el que lo puede mediante.

JORGE. Oya, que es gracioso humor,
por mi vida. ¿Es vuestro hermano?

TEODORA. Por tal le tengo, señor.

CASTRUCH. Ya para probar la mano
da voces el atambor.
Aparéjenme la cena,
y quédense enhorabuena,
que llevo treinta del pico,
y a detenerse tantico
llevara alguna cadena.

JORGE. Venid acá, por mi vida;
jugad esto por los dos.

CASTRUCH. Tanto se os alargue y mida
rogarélo siempre a Dios
por la merced recibida.
Por el menor eslabón
os echo una bendición
y vos a mí dos cadenas;
si hago dos manos buenas
mando a mi hermana un jubón,
que ha días que le merece.
Adiós, adiós.

(Vase CASTRUCHO.*)*

HÉCTOR. ¡Bravo humor!

JORGE. Gran bellaco me parece.
¿Queréis hacerme un favor?

FORTUNA. ¿Qué servicio se os ofrece?

JORGE. ¿Es sin falta vuestro tío?

FORTUNA. Sin duda, señor, lo es mío,
y de mi madre hermano.

HÉCTOR. Por verle alzada la mano
lo tengo por desvarío.
Ea, por mi fe, señora,
mirá que tenéis aquí
tan buenos brazos agora
que podéis fiar de mí,
que no viva el hombre un hora.
Si es acaso espadachín

destos que viven, en fin,
sin otra renta y caudal,
no es justo que os trate mal
y goce este Serafín.

JORGE. Lo que el señor Capitán
ha dicho debe de ser.
¿De qué dudosas están?

FORTUNA. Quisiérale responder,
mas temo lo que dirán.

TEODORA. ¿Qué temes, viendo ocasión
para que aqueste ladrón
nos deje vivir en paz?
Destos cualquiera es capaz
para dalle un espetón.

FORTUNA. Madre, temo aquel bellaco,
que si no, yo lo dijera.

TEODORA. Anima ese pecho flaco,
que honra y provecho mal fuera
que cupieran en un saco.
Y si no, déjame a mí,
que yo hablaré por ti.
¿Hame aqueste de matar?
¿Quieres por dicha quedar
sin mi amparo y sola aquí?

FORTUNA. No llores, madre, no llores;
demos al temor remate,
que vivo entre mil temores;
muera porque no te mate
este laurel de habladores.
Mas pregúntales primero
qué hombres son.

TEODORA. Aqueso quiero.
Eso pido y no haya enojos:
lograda te vean mis ojos
y libre de aqueste fiero.

HÉCTOR. ¿Hanse concertado ya?

TEODORA. Sí. ¿Quién son vuesas mercedes?

HÉCTOR. El Alférez lo dirá.

JORGE. Mi Capitán es, bien puedes
hablar adonde él está,
que debajo de su pie
está cuanto aquí se ve,
y él encima de la luna:
don Héctor es, el de Osuna,
que primo del Duque fué.

TEODORA. Conozco vuestro valor,
y bastaba sólo el veros
para saberlo, señor.
Breve suma quiero haceros
de nuestro largo dolor.
Las dos somos de Castilla,
de la ciudad de Sevilla;
he criado esta cuitada,
que me la dejó encargada
su madre desde chiquilla,
que murió su buena madre.

HÉCTOR. No lloréis. ¿Por qué lloráis?

TEODORA. Dios os perdone, comadre,
y tan buen reposo hayáis
como el alma de mi padre,
que murió desesperado.

HÉCTOR. ¡Qué buen lugar le habéis dado!

TEODORA. En efecto, esta chiquita,
por parecerme bonita,
hasta agora la he criado.
Hela enseñado a labrar;
sabe un poco de coser,
con algo de pespuntar;
sabe escribir y leer
y por extremo contar.

JORGE. ¿Qué cuenta?

TEODORA. Lo que la dan.

JORGE. ¡Oh, pues esto estad muy cierta
que todos le acudirán!
Pero si aquí se concierta,
mejor partido le harán.
Decid hasta el fin el cuento.

TEODORA. Al fin aqueste ladrón,
este bellaco sangriento,
este hablador fanfarrón,
todo palabras y viento,
entró en mi casa. ¡Pluguiera
a Dios que se le quebraran
las piernas cuando saliera,
para que nunca tornara
donde yo le hablara y viera!
Hase alzado con mi hija
y por el mundo la lleva,
sin que otro freno la rija;
y como es bobilla y nueva
me la mata y desvencija.
Desnúdala cuanto tiene,
aunque de gran valor sea,
que jamás a casa viene
que para aquesto no sea,
y sólo el callar conviene.
Que porque una vez hablé
para su defensa yo,
y a quitársela llegué,
medio muslo me pasó
y todo el solfamiré.

HÉCTOR. No llore, madre, no llore;
que yo le prometo a Dios
que las costumbres mejore.

TEODORA. Débaoslo, señor, a vos,
sin que otro favor implore.
Doleos de este angelillo:
mirad su rostro amarillo
y mi cara de cuartago,
que ha un año que ya no hago
sino llorar cardenillo.

HÉCTOR. No tengáis de aquesto pena,
que yo os alzaré del cuello
aquese yugo y cadena.

TEODORA. Sólo vos podéis hacello,
cara honrada, cara buena.
Entiérreme Dios con buenos,
no me dé vida entre malos:
con éstos se viene a menos,
los otros hacen regalos,
de virtud y gracia llenos.

HÉCTOR. ¡Qué bendita es la viejaza!

JORGE. Y pica la zorra muerta
más que pimienta o mostaza.

(*Entren* ESCOBARILLO, *criado, y* CASTRUCHO.)

ESCOBAR. El Sargento está a la puerta.

HÉCTOR. Pues entre, que haremos plaza.

FORTUNA. ¡Ay, señor, pobre de mí,
que la palabra le di
de irme con él a cenar!

HÉCTOR. Bien se la podéis quebrar
y echadme la culpa a mí,
que yo soy su Capitán.

(*Entre el* SARGENTO.)

SARGENTO. ¡Oh, señores! ¿Acá están?

HÉCTOR. Como tordos que desean
las guindas que colorean,
sobre que pican y dan.

ALVARO. ¿Vuesa merced no sabía
que era aquesto cosa mía?

HÉCTOR. No, a fe, que si lo supiera
o no viniera, o me fuera.

ALVARO. Merced de la compañía.

JORGE. No le he dicho nada yo,
que el Capitán me ha traído,
que a cenar me convidó.
¿Es aquí lo del vestido?

ALVARO. ¿Que no lo supistes?

JORGE. No.

ALVARO. ¿Pues qué hace Camilo aquí?

JORGE. Preguntadme la primera
camisa que me vestí.
¡Por Dios, sin razón se altera!

ALVARO. Y ella búrlase de mí.
Tome su manto, camine.
¿Qué mira? Camine luego.

(*Entrese* FORTUNA.)

HÉCTOR. No hay para qué se amohíne,
señor Sargento.

ALVARO. Estoy ciego;
no es mucho que desatine.
Perdonad, señor, por Dios,
y servíos della vos;
pero don Jorge no crea
que en ese gusto se vea.

JORGE. Ea, reportémonos.

HÉCTOR. Tiene razón el Sargento,
que la convidó a cenar;
llevadla a vuestro contento,
y yo os quiero acompañar.

ALVARO. Eso, señor, no consiento;
yo solo la llevaré;
beso, señor, vuestras manos.

(*Vase el* SARGENTO.)

HÉCTOR. Basta, Alférez, que se fué.

JORGE. Desvanecimientos vanos
y dichos sin para qué.

HÉCTOR. Pues por vida de mi vida
que no ha de llevarla, si es
Rodamonte quien lo impida,
hasta que pasado un mes
de limosna me la pida.

JORGE. ¿Pues quiere vuesa merced
quitársela?

HÉCTOR. Y aun dejalle
arrimado a una pared.

JORGE. Pues bajemos a la calle,
que me hacéis grande merced.

(*Entrense* DON HÉCTOR *y* DON JORGE.)

TEODORA. Habládose han de secreto
Alférez y Capitán;
Zamora queda en aprieto
si algún rebato le dan
a aqueste mozo pobreto.
Quiero estar atalayando.
¡Ah, muchacha! ¿No respondes?
Deben de quedarse armando;
de concierto están los Condes
hermanos, Diego y Fernando.

(*Entre* CASTRUCHO.)

CASTRUCHO.

En dos suertes no más, pese a mi abuelo,

porque engendrase al padre que me hizo
y que lo pierda yo con un mozuelo.
Que ni el dado cargado ni el hechizo
me sirvan más que al otro su inocencia (1)
que máquina tan grande, un seis deshizo.
¿Podrá con mi desdicha mi paciencia?
¿Adónde vas, Escobarillo?

ESCOBARILLO.

¡Ay triste,
qué mal que tratan por allá tu ausencia!

(*Entre* ESCOBARILLO.)

CASTRUCHO.

¿Qué hay de nuevo?

ESCOBARILLO.

Lo vi (2).

CASTRUCHO.

¿Qué es lo que viste?
¡Vomita luego lo que sabes, perro!

ESCOBARILLO.

Yo lo diré: que así como te fuiste,
aquella vieja infame, aquel cencerro
que en la garganta de tu dama suena
para llamar a su ordinario yerro,
al que te dió, Castrucho, la cadena
y al otro Capitán les ha contado
toda tu historia, de mentiras llena.
Al fin les ha pedido y encargado
que te quiten la vida.

CASTRUCHO.

¿Y qué dijeron
el uno y otro fanfarrón soldado?

ESCOBARILLO.

Hacerte cuatro cuartos prometieron.

CASTRUCHO.

Más que eso entre mujeres hablarían.
¿Y fueron a buscarme?

ESCOBARILLO.

Juntos fueron;
y fuera desto, al tiempo que salían
entró el Sargento que le dió la banda,
y aunque los dos lo mismo pretendieron,
delante dellos fué por la baranda,
llevándola a empujones, y yo creo
que a bofetones la gobierna y manda.

CASTRUCHO.

Agora es tiempo, ¡ah brazo giganteo!,
que muestres tu valor. ¿Por dónde iría?

ESCOBARILLO.

Cerca, que aún desde aquí la calle veo.

CASTRUCHO.

Pues alto, Escobarillo, allá me guía,
que quiero hacer pedazos este mozo
con mi siempre dichosa valentía.
Echate al rostro, pícaro, el rebozo,
y no hagas más que ver, poniendo en lista
la mortandad de mi cruel destrozo.
Porque si acaso fueres coronista
o dieres algún tiempo en ser poeta
escribas la verdad como de vista.
¿Has visto por el aire la cometa?
¿Has visto el trueno horrísono y el rayo?
¿Has visto el disparar de una escopeta?
Pues desta suerte a batallar me ensayo,
y más veloz y mucho más ligero
doy enemigos al mortal desmayo.
¡Oh poderoso Dios, ¿qué Orlando fiero,
qué fuerte Aquiles sobre Troya hizo
lo que sobre mi dama hacer espero?

ESCOBARILLO.

O me tiene el temor antojadizo,
señor Castrucho, o el Sargento es éste.

CASTRUCHO.

¡De cólera, por Dios, me atemorizo!
Tan ciego estoy, que porque no le cueste
tantas vidas al mundo el meter mano,
quiero esperar que el fanfarrón se apreste.
Arrímate a una esquina, que es en vano
estorbar la venganza y el cuchillo,
que soy fiero león con rostro humano
y este pobre Sargento corderillo.

(*Arrímanse a una parte* CASTRUCHO *y* ESCOBARILLO, *El* SARGENTO *y* FORTUNA.)

ALVARO. Para mi satisfacción...
FORTUNA. Creedme, señor Sargento,
que no es tan de pluma y viento
mi femenil corazón.
Si Alférez y Capitán
se me entraron sin licencia,
¿pude yo hacer resistencia?

(1) En los tres textos dice "ignorancia", que no rima con "paciencia" ni "ausencia".
(2) En los tres textos, "Lo que vi", que hace el verso largo.

ALVARO. Es don Jorge muy galán.
¿Quién duda que no lo es vuestro?
FORTUNA. ¿Mío, don Alvaro?
ALVARO. Pues
si le visteis, vuestro es.
FORTUNA. ¿Que cuanto vemos es nuestro?
ALVARO. Por fuerza, aunque no queráis;
mayormente, que yo sé
que sólo a buscaros fué;
pero al fin conmigo vais.
Y pues que conmigo os llevo,
yo os pondré, si vos queréis,
adonde segura estéis.

(*Haga* CASTRUCHO *muestras de querelle acometer a lo lebrón.*)

FORTUNA. Todo aqueso y más os debo.

(*Salgan* DON JORGE, *Alférez, y dos soldados,* MENDOZA *y* GUZMÁN.)

ALVARO. Tres hombres muy embozados
a las espaldas nos vienen,
si ellos malas manos tienen
no escapamos de robados.
Porque uno para tres
es muy desigual partido.
JORGE. Este es el que me ha herido.
Meted mano.
GUZMÁN. ¿Es él?
JORGE. El es.
MENDOZA. ¡Muera el ladrón!
ALVARO. ¡Ah, traidores!
¡Tantos para solo un hombre!

(*Los soldados le lleven a* DON ALVARO *a cuchilladas y quédese* DON JORGE.)

JORGE. Vuesa merced no se asombre,
que no somos salteadores.
El Alférez soy, mi vida.
FORTUNA. ¿El Alférez?
JORGE. Sí, por Dios.
FORTUNA. ¿No eran amigos los dos?
JORGE ¿Qué habrá que el amor no impida?
Veníos conmigo, mi bien.
FORTUNA. ¡Ay, señor! ¿Qué gente es ésta?
JORGE. Paréceme que se apresta.

(*Entre el* CAPITÁN, *y* PRADELO *y* BELARDO, *sus criados.*)

HÉCTOR. ¿Fuése el Alférez?
PRADELO. También.
¡Qué solos nos han dejado!
HÉCTOR. No se fué sin ocasión,
que a fe que está el fanfarrón
de la ramera picado.
BELARDO. ¡Pesia tal!, sí está.
HÉCTOR. Espera;
ella es, y éste el Sargento,
¡acuchilladle al momento!
PRADELO. ¡Muera el castellano, muera!
JORGE. ¿Tantos a uno, ladrones?
HÉCTOR. ¡Seguilde, matalde!
JORGE. ¡Ay, triste!

(*Váyanse todos tras él acuchillándole; quede* FORTUNA *sola.*)

(*Sale* CASTRUCHO, *que ha estado a la mira, la espada desnuda.*)

CASTRUCH. Agora sí que reñiste,
Castrucho, por seis leones.
¿Qué hace la muy probada?
FORTUNA. ¿Quién es?
CASTRUCH. ¿Ya no me conoce?
FORTUNA. Sino es que se desemboce.
CASTRUCH. A dalle una bofetada.
Yo soy el que la he quitado
a los que de aquí se van,
Alférez y Capitán,
y al Sargentillo alcorzado.
Camine a casa, badana,
FORTUNA. ¡No me des, triste de mi!
CASTRUCH. Eche luego por ahí;
camine, flaqueza humana.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

ESCOBARILLO.	*El* GENERAL.
LUCRECIA.	CASTRUCHO.
FORTUNA.	DON JORGE, *alférez.*
TEODORA.	DON ALVARO, *sargento.*
DON RODRIGO, *Maesse de Campo.*	DON HÉCTOR, *capitán.*
	Un PAJE *del* GENERAL.

(CASTRUCHO *y* ESCOBARILLO.)

ESCOBARILLO.

Está media campaña alborotada
porque el Sargento piensa que el Alférez
la dama le quitó con sus soldados,
y el Alférez, señor, lo mismo piensa
del Capitán; y aunque verdad fué todo,
en pensar que la dama está escondida
en la casa y poder del victorioso,

parecen todos tres un mismo engaño,
que tú la gozas, hablas y requiebras.

CASTRUCHO.

Eso es tener los hombres sangre y cólera.
Fuera gallinas, no conmigo bríos,
que de todos aquesos que presumen
ser gallos de mi dama, antes de un hora
les cortaré las crestas y haré dellas
un sabroso potaje y una epíctima
para templar del corazón la furia:
mal conoces la espada de Castrucho,
sola en el mundo y heredada de Hércules.

ESCOBARILLO.

¿Hércules trujo espada, o sólo un tronco
de un roble, abierto por sus propias manos?

CASTRUCHO.

El Tebano es aquese, picarito,
y el español el que yo digo agora,
que no mató las fieras de los campos
sino que conquistó ciudades y hombres;
pero vengamos a lo que hace al caso.
El maese de Campo don Rodrigo
me dicen que es un hombre apasionado
por estos que vivimos de la hoja,
y que en sabiendo que hay algún valiente
que tenga ya por sus hazañas nombre,
confirmado en el mundo por su fama,
le da su mesa y cama y favorece;
quiero que me conozca y que se informe
de mis temeridades y locuras,
y sepa lo que soy con una espada,
porque con su favor todos aquestos
huyan de mí, como las brujas huyen
la siempre verde ruda y amapolas.

ESCOBARILLO.

¿De manera que a eso vienes?

CASTRUCHO.

Vengo
a buscar un escudo de fortuna
contra la fuerza, envidia y la malicia.
¡Oh, pesia tal! El Capitán es éste;
y me ha visto, sin duda.

ESCOBARILLO.

Pues no huyas,
que puedes engañarle fácilmente.

CASTRUCHO.

¿Trae cuadrilla?

ESCOBARILLO.

Su ordinaria gente.

(Entre el CAPITÁN, *y* PRADELO *y* BELARDO, *soldados.)*

HÉCTOR. ¿En efecto sospecháis
que el Alférez la encontró
después que allí me huyó
y el indicio confirmáis?

BELARDO. ¿Pues quién lo duda, si acaso
no se la tragó la tierra,
que en diciendo España y cierra
alargó la hembra el paso?
Como él la calle huyó,
allí donde le perdimos
mientras a buscarle fuimos
ella con él se encontró.

ESCOBAR. Llégale primero a hablar.

CASTRUCH. ¡Calla!

ESCOBAR. ¿De qué estás medroso?

CASTRUCH. ¡Oh, Capitán valeroso!

HÉCTOR. ¡Bravo encuentro!

CASTRUCH. ¡Bravo azar!

HÉCTOR. ¿Dónde bueno?

CASTRUCH. En busca tuya
ando desde esta mañana.

HÉCTOR. ¿Cómo?

CASTRUCH. Sabe que mi hermana
perdió la sobrina suya.

HÉCTOR. ¿Quién, la señora Fortuna?

CASTRUCH. Fortunica, pesia mí,
que desde que ayer te vi
anda corriendo fortuna.
¿Y cómo donde tú estás,
que eres digno de una Elena,
de una Dánae o Alcumena,
o si hay más que Venus, más,
un Sargentillo, un medio hombre,
un tu soldado, que ayer
tu mano le pudo hacer
con darle esa plaza y nombre,
ha de gozar una dama
que se trujo para ti
desde España, que hasta allí
llega la voz de tu fama?
Vuelve, señor, por tu honra;
que a saber ayer quien eras
yo hiciera que no tuvieras
este disgusto y deshonra.
Que luego te la entregara
para que gozaras della,
sin que se alzara con ella
quien... Mas costarále cara.

Que sin que nadie la pida
de tu parte, yo le haré
que lo que es tuyo te dé,
o le quitaré la vida.

HÉCTOR. ¿Cómo, cómo? ¿Que el Sargento,
sabiendo que tú traías
esa mujer, en dos días
tenga tanto atrevimiento?
¿No eres tú el hombre que ayer...?

CASTRUCH. Sí, señor, el mismo soy,
que por tu servicio estoy
en guarda desta mujer.
Yo la truje de Sevilla,
que en un corro de Guzmanes,
tratando de Capitanes,
te dieron la primer silla.
Contaron de tus grandezas,
de tus liberalidades,
tus heroicas amistades,
lauros, hazañas, proezas.
Estaba entonces gozando
esta muchacha su flor;
enamorando al Amor,
y en lugar de Amor matando.
Tierna como una patata,
más colorada que rosa,
más que el azúcar sabrosa
y más limpia que la plata.
Duques, condes y marqueses
desempedraban su calle;
mozalbitos de buen talle,
puntas, tajos y reveses.
Pero desta confusión
la saqué, a pesar de todos,
que soy sangre de los godos
y bramo (1) más que un león.
Y pues la truje hasta aquí,
tanta tierra y tanta mar,
tú sólo la has de gozar.
¡Fuera, guárdense de ahí,
que voy de cólera ardiendo!
¿Dónde está el Sargento, dónde?
Ya la muerte me responde
que el arco está apercibiendo.
¿Dónde te hallaré después?

HÉCTOR. Paso, que estoy informado
de que sois muy hombre honrado.

BELARDO. Y harto ligero de pies.
¿No es gracioso el fanfarrón?

PRADELO. ¿Cuándo has visto tú rufián
que no parezca Roldán
y sea después lebrón?
¡Pese a tal con el picaño!

HÉCTOR. Belardo, aunque es éste un loco,
lo que dice no es tan poco
que no resulte en mi daño.
Ya veo que es hablador;
pero la mujer me agrada,
y yo sé que está encerrada
más de fuerza que de amor.
Vamos los tres a buscar
este Alférez, que yo sé
que él me la dará, aunque esté
hecho de amores un mar.
¿Cómo os llamáis?

CASTRUCH. ¿Yo, señor?
Castrucho, a vuestro servicio.

HÉCTOR. ¿Y traéis aquese oficio?
¿No sabéis otro mejor?

CASTRUCH. Calla, príncipe, que quiero
que goces de hoy más mil damas
y que deshagas más famas
que cortó cabezas Nero.
Traeréte dos mil mozuelas,
y no de aquestas perdidas,
sino las de ayer nacidas,
con su flor como ciruelas.
Vete en paz y goza aquésta,
que a la tarde la tendrás.

HÉCTOR. Soldados, ¿hay que oír más?

SOLDADOS. No hay en el mundo otra fiesta.

HÉCTOR. Ahora bien, vamos de aquí.

CASTRUCH. ¿Dónde a la tarde estarás?

HÉCTOR. A la plaza me hallarás.

(Váyase el CAPITÁN *y los soldados.)*

CASTRUCH. ¿Qué te parece de mí?

ESCOBAR. Que todas tus cosas van
por un camino acertado.

CASTRUCH. ¡Con qué soberbia he hablado
a aqueste vil Capitán!
¿Puédese ver en el mundo
tal término de tratar?

ESCOBAR. A lo menos de hablar.

CASTRUCH. ¿Qué dices?

ESCOBAR. Que es sin segundo,
y que hablaste como un Cid.

CASTRUCH. ¿Qué es Cid adonde yo estoy,
que el Hércules mismo soy
y el gigante de David?

(Espántese.)

(1) En los tres textos dice "beuo", que parece error evidente.

Guarda, ¡pesia tal! ¿Quién es
este que viene hacia aquí?

ESCOBAR. El Sargento es, pese a mí.

CASTRUCH. ¿Apretaremos los pies?

ESCOBAR. ¿Siendo tú tan gran gigante,
quieres que huyamos de un hombre?

CASTRUCH. ¿Pues he de afrentar mi nombre
menos que con otro Atlante?

(*Entre el* SARGENTO.)

ALVARO. No hay que fiar en la tierra
buena fe de amigo ingrato,
pues que se usa tan mal trato
en el valor de la guerra.
A Fortuna me quitaron
ciertos bisoños ayer;
maraña debió de ser
que entre amigos me trazaron.
A los alcances le voy
algún fingido, que creo
que da rueda (1) a su deseo
porque su Sargento soy.
Pues cortaréle los pasos
aunque pierda el alabarda,
pues tan mal la amistad guarda
en los amorosos casos.
¿Castrucho no es éste? Sí.—
¿Qué hay de nuevo?

CASTRUCH. ¡Pesia tal!,
poco bien y mucho mal.

ALVARO. ¿Y mucho mal? ¿Cómo ansí?

CASTRUCH. ¿Este Alférez, este nada,
este bizarro Sansón,
descalzo, con almidón
y doncella por la espada.
Este te había de quitar
con bellacos en cuadrilla
mujer que desde Sevilla
te vino a Italia a buscar?
¿Sabes dónde le hallaré?,
que le voy a desmentir.

ALVARO. Espera, no te has de ir
desa suerte.

CASTRUCH. ¡Suéltame!
¡Suéltame, pese a mis males,
que no suelo yo comer
de más renta que vender
las espadas de hombres tales!
¡A ti un Alférez, a ti,
que tienes fama en el mundo
de ser un Héctor segundo,
que casi te igualo a mí!
¿Por qué me detienes? Deja
que esta cólera ejecute.

ALVARO. No es bien que a mí me repute
de traidor nadie en su queja.
¿Que el Alférez era aquel
que anoche en cuadrilla vino?

CASTRUCH. El que te salió al camino
y dos soldados con él.
Que la vieja, a puntillazos,
me ha contado lo que pasa,
que fué el concierto en su casa
y aun por ventura en sus brazos.
Ea, que a matarle voy.

ALVARO. ¡Detente, loco!

CASTRUCH. ¿Aún me tienes?

ALVARO. Con buenas nuevas me vienes;
por darte albricias estoy.
Porque ha no sé cuántos días
que encontrarme deseaba
con el Alférez, que andaba
apuntado en cosas mías.
¡Tan gran traición, vive Dios...!

(*Meta mano el* SARGENTO, *espántese* CASTRUCHO.)

CASTRUCH. ¡Válgate el diablo!

ALVARO. Esta espada
no está, por dicha, manchada
de otro mejor que no vos.
¿En cuadrilla para mí
y por quitarme mi gusto?
¿Justo es esto? ¿Aquesto es justo?

CASTRUCH. El diablo te diga sí.
Temblando estoy, Escobar,
no me dé algún espetón,
que una espada es tentación
de hombre enseñado a matar.

ALVARO.

Agora estés, don Jorge, mal nacido,
en el cuerpo de guarda, o en la plaza,
o con el Capitán, o divertido
en ver del rebellín la nueva traza,
o estés comiendo, o a placer dormido,
o en gresca y juego, o en campaña rasa,
que donde quiera volverá manchada
de tu villana sangre aquesta espada.

(*Váyase.*)

CASTRUCH. ¿Fuése ya?

ESCOBAR. ¿Pues no se fué?

CASTRUCH. Míralo bien si ha traspuesto.

(1) Quizá deba decir "rienda".

ESCOBAR. Dígote que sí.
CASTRUCH. Y más presto
de lo que yo imaginé.
Que a fe que si se esperara
que por lo mucho que habló
quizá le asentara yo
algún chirlo por la cara.
Soldaditos de vinagre,
que en viendo un hombre se mueren,
y como estudiantes quieren
retularse con almagre.
¡Qué vitor y qué nonada!
Vitor, Castrucho, no más,
que és el propio Barrabás
la punta de aquesta espada.
(Entre LUCRECIA, *dama milanesa, en hábito de hombre.)*
LUCRECIA. Por rastro que he traído
aquí he de venir a hallar
aquel huésped fementido,
otro Eneas en dejar
muerta la segunda Dido.
¡Oh soldado injusto y ciego!
A mi deshonor y ruego,
a ti mismo haces ultraje,
que en pago del hospedaje
pones a la casa fuego.
Un Alférez hospedé
en Milán, de donde soy,
a quien el alma entregué,
segunda casa que doy
para aposentar la fe.
Más que fe, huésped traidor,
falso, aleve, engañador,
que no es fe la fe fingida,
pues me has llevado la vida
y a vueltas della el honor.
Gente me mira, ¡ay de mí!
¿Si han entendido mi engaño?
ESCOBAR. ¿Buscáis algo por aquí,
gentil hombre?
LUCRECIA. Busco el daño
de todo el bien que perdí.
ESCOBAR. ¿Qué perdiste?
LUCRECIA. Quien solía
servir de noche y de día.
ESCOBAR. ¿Que amo andáis a buscar?
LUCRECIA. Si yo le pudiese hallar,
más que dichoso sería.
CASTRUCH. ¿Qué es aqueso, Escobarillo?
ESCOBAR. Un gracioso pajecillo
que busca un amo y asaz
es apropiado el rapaz
para ser alcagüetillo.
CASTRUCH. ¿De dónde eres?
LUCRECIA. De Milán.
CASTRUCH. ¿Eres noble?
LUCRECIA. Solía ser.
CASTRUCH. ¿Cómo te llamas?
LUCRECIA. Beltrán.
CASTRUCH. Eres mujer.
LUCRECIA. ¿Yo mujer?
¿Juraréislo vos, galán?
Siempre a cualquier hombre noble
suele afeminar al doble
la madre Naturaleza:
no juzguéis por la corteza,
que tengo el alma de roble.
CASTRUCH. ¿Cuándo veniste?
LUCRECIA. Anteayer.
CASTRUCH. ¿Has tenido que gastar?
LUCRECIA. Y que jugar y perder.
CASTRUCH. ¿A qué has perdido?
LUCRECIA. Al parar.
CASTRUCH. Propio juego de mujer.
Vive Dios que lo pareces.
LUCRECIA. Santiguaréme mil veces.
Hermano, téngase allá.
CASTRUCH. ¿Este es hombre?
ESCOBAR. ¡Claro está!
¿En eso te desvaneces?
CASTRUCH. ¡Vive Dios que es como oro
para el oficio!
ESCOBAR. Pues no;
digo que vale un tesoro.
LUCRECIA. Harto mejor era yo
para ser de quien adoro.
ESCOBAR. Conciértale. ¿Por ventura
querrá servirte?
CASTRUCH. Eso quiero,
aunque en talle y compostura
parece tan caballero
cuanto hembra en la hermosura.
Di, Beltrán, ¿quieres estar
conmigo?
LUCRECIA. ¿Pues no, señor,
si un amo vengo a buscar?
CASTRUCH. Mientras le hallas mejor,
me puedes acompañar.
LUCRECIA. ¿No eres soldado?
CASTRUCH. Sí soy.
LUCRECIA. ¿Y de quién?
CASTRUCH. Sin plaza estoy,
que he venido aventurero

por una mujer que quiero
a quien el alma le doy.
LUCRECIA. ¿Y tiénesla aquí contigo?
CASTRUCH. Aquí, en cierto alojamiento
que es rancho de un grande amigo.
LUCRECIA. Agora con más contento
a tu servicio me obligo.
CASTRUCH. Pues, sus, alto, aquesto es hecho;
ya estás conmigo.
LUCRECIA. Y estoy
de tu valor satisfecho.
CASTRUCH. Valdráte, a fe de quien soy,
un infinito provecho,
que esta mujer, Beltranico,
es mujer.
LUCRECIA. Ya estoy al cabo.
Ea, que a todo me aplico.
CASTRUCH. Por Dios, igualmente alabo
tu discreción, gracia y pico.
LUCRECIA. Para decir que es mujer
destas que hacen placer
es menester más rodeo;
¡vive Dios!, verla deseo,
que quiero echaıme a perder.
CASTRUCH. Paso, paso, no tan hombre,
que no es ese vuestro oficio.
LUCRECIA. Mal me conoces el nombre,
pues si empiezo a echar de vicio
haré que el rapaz te asombre.
CASTRUCH. Ea, pues llévale a casa
porque Fortuna le vea.
LUCRECIA. ¿La Fortuna? ¿Aquesto pasa?
Rogarle quiero que sea
en mis desdichas escasa.
ESCOBAR. Llámase la dama ansí.
LUCRECIA. ¿De veras?
ESCOBAR. Vente tras mí.
LUCRECIA. Guía por aquesta calle.

(*Vanse* LUCRECIA *y* ESCOBARILLO.)

CASTRUCH. ¡Qué rapaz de tan buen talle!
Que era mujer presumí.
Ahora, sus, esto se ordena
a mi gusto, y va en su punto;
mas si rompe la cadena
temo que me venga junto
el galardón y la pena.
Pero si de aquesta suerte
ordeno a los tres la muerte...
Mas, ¡ay!, el Alférez viene,
que le engañe me conviene;
permita el cielo que acierte.

(*Comienza a dar voces.*)

(*Entre el* ALFÉREZ.)

¿Hase visto maldad tan manifiesta?
¿Hay en el mundo enredo como aqueste,
que ordenen convidarle a mesa puesta
porque la vida al pobre Alférez cueste?
¿Adónde le hallaré?

JORGE.

¿Qué voz es esta?
¿Qué Alférez? ¿Qué maldades? ¿Qué hombre
[es este?
¡Hola, soldado! ¿Qué decís? ¿Qué es eso?

CASTRUCHO.

Despacio voy para tan mal suceso.
¡No me faltaba más sino pararme!

JORGE.

¡Teneos, por vida mía!

CASTRUCHO.

¿Qué es tenerme?
Voy a avisar a un hombre que se arme,
porque inocente entre enemigos duerme.

JORGE.

El hombre y el suceso has de contarme,
aunque supiese...

CASTRUCHO.

Paso, sin ponerme
la mano al pecho, y así en breve digo,
que a don Jorge buscaba.

JORGE.

Ese es mi amigo.

CASTRUCHO.

Pues a éste le ordenan dura muerte
su Capitán y Alférez (1), y han trazado
convidalle a comer, que desta suerte
le dejarán el pecho atosigado;
mas la verdad, que es invencible y fuerte
que el mundo juzga del celeste estrado,
quiere que yo lo escuche y que le avise
para que viendo el áspid no le pise.
¿Conocéis a don Jorge? Encaminadme
para que luego la verdad le diga.

JORGE.

Paso, yo soy.

(1) Es descuido decir "Alférez" en lugar de "sargento", que es de quien se trata; pero el verso resultaría largo si no se escribía de otro modo.

CASTRUCHO.

¿Vos?

JORGE.

Yo.

CASTRUCHO.

La mano dadme,
que bien ha sido de la vuestra amiga.

JORGE.

Tomad, señor, y una cadena echadme,
que a ser muy vuestro para siempre obliga
la gran merced que ahora me habéis hecho,
que eternamente vivirá en mi pecho.
¿Dónde lo oístes?

CASTRUCHO.

¿Cómo adónde? Ahora,
en este punto y en aqueste puesto,
que lo trató con intención traidora
el fiero Capitán.

JORGE.

¡Cielos! ¿Qué es esto?

CASTRUCHO.

Sirven, según entiendo, una señora
de trato no muy lícito ni honesto,
adonde pienso yo que os vi una tarde
con estos hombres, de quien Dios os guarde.

JORGE.

Ya me acuerdo de vos, y por más señas,
cierta cadena os di.

CASTRUCHO.

Ya está perdida.

JORGE.

Este pensaba dar a aquellas dueñas;
pero es mejor que vuestros dedos mida.

(*Dale un anillo.*)

CASTRUCHO.

Con tu nobleza romperás las peñas;
guárdate de aceptar cena o comida.

JORGE.

Idos con Dios, que he de meter la guarda.

CASTRUCHO.

Respete el suelo lo que el cielo guarda.

(*Váyase* CASTRUCHO.)

JORGE.

¿Esto se sufre, Capitán ingrato?
¿Sargento, esto se sufre, por ventura?
¿Que puede haber en hombres tan mal trato,
y más en el Sargento, que es mi hechura,
si a traidores imito, si retrato
su fiera crueldad, injusta y dura?
¿Cómo no me dispongo a la venganza
con tan bastante causa y esperanza?
Bien sospechaba yo que la cuadrilla
que aquella noche me quitó la dama
era del Capitán la gentecilla,
que desde que la vió la adora y ama:
no le basta gozalla y persuadilla,
sino que juntamente se disfama
con procurar matarme. ¡Santos cielos,
para tan breve amor tan graves celos!

(*Entre el* SARGENTO.)

ALVARO.

Don Jorge es éste, yo he de hacer de suerte
que le retire de este puesto infame,
no me cueste la vida el darle muerte
y entre lugar mi sangre se derrame (1).

(*Entre el* CAPITÁN.)

HÉCTOR.

Tal es la rabia y el coraje fuerte,
que he de enviar un paje que le llame;
mas ya no hay para qué, si está en el cuento.
Don Alvaro es aqueste, y mi Sargento.

JORGE.

Trazando voy de mi venganza el modo.

ALVARO.

¿De qué manera podré yo matalle?

HÉCTOR.

¿También don Jorge? A entrambos me acomo-
[do.

JORGE.

El Capitán es éste, quiero hablalle.
¿Mas qué digo? De manga viene todo,
pues don Alvaro viene a acompañalle:
metamos mano, brazo y defendamos
la parte de nobleza que heredamos.

(*Mete mano el* ALFÉREZ *y luego* SARGENTO *y* CAPITÁN.)

HÉCTOR.

¿A matarme venís y acompañado?
¿En que, señor don Jorge, os he ofendido?

---

(1) Así los tres textos. Quizá deba leerse: "y en su lugar mi sangre se derrame"; y en el verso anterior, será "se" y no "le".

ALVARO.

No basta que la dama me han quitado,
sino que darme muerte han pretendido.

HÉCTOR.

Es buena libertad la que han usado.
¿Espada para mí?

JORGE.

¿Tan mal servido
has sido de don Jorge que esto hagas?
¿Y a mí también, señor, tan mal me pagas?

(*Entre* TEODORA.)

TEODORA. ¿Qué es esto, hijos, qué es esto?
¡Espadas desenvainadas
los tres en aqueste puesto!
HÉCTOR. ¡Hola! Envainá las espadas.
¿Qué me miráis? Luego, presto.
JORGE. No la saco por tu ofensa,
sino para mi defensa,
porque me quieres matar.
ALVARO. Y yo la vine a sacar
por lo mismo que éste piensa (1).
HÉCTOR. ¿Yo matarte, Alférez?
JORGE. Sí,
sobre quitarme la dama.
ALVARO. De eso me quejo de ti,
Alférez, pues corre fama
que me la has quitado a mí.
Y por aquesta maldad
vine a romper tu amistad,
que me la has de dar, por Dios.
HÉCTOR. Yo me quejo de los dos;
mirad quién dice verdad,
que uno de los dos la tiene,
y anoche me la llevó.
TEODORA. Paso, hijos, que os conviene,
que estoy de por medio yo.
JORGE. Mirad la paz que nos viene.
TEODORA. Pues si a mí me ven en medio,
¿no han de decir sin remedio
que por mi pie de ternera
reñís de aquesa manera?
Sosegaos; búsquese un medio.
¿Por qué reñís?
HÉCTOR. Madre mía,
que a tu hija les quité
dicen con igual porfía.
JORGE. El la tiene, y yo lo sé,
y aun decir dónde podría.
ALVARO. No la tiene el Capitán,
que vós la tenéis.
JORGE. ¿Yo?
ALVARO. ¡Vos!
HÉCTOR. Ved qué conformes están,
y a fe que está entre los dos.
TEODORA. Digo que es cuento galán.
¿Quién lo ha dicho?
HÉCTOR. Castrucho.
TEODORA. ¿Y a vos?
JORGE. El mismo
TEODORA. ¿Y a vos?
ALVARO. Castrucho también.
TEODORA. No es mucho,
porque él la tiene, por Dios.
HÉCTOR. ¿Qué oigo?
ALVARO. ¿Qué veo?
JORGE. ¿Qué escucho?
TEODORA. Digo que él mismo la trujo
anoche, y durmió con ella.
HÉCTOR. ¡Oh bellaco!
TEODORA. Es medio brujo;
harto esta noche por ella
mis tristes ojos estrujo.
HÉCTOR. ¿Que a los tres nos la ha quitado?
ALVARO. ¿Que esta noche la ha gozado?
JORGE. ¿Que nos burlase a los tres?
TEODORA. Verdad lo que digo es,
que mis carnes lo han pagado;
que acostada estaba yo
y salí con un candil
a las palmadas que dió.
Cruces hice más de mil,
porque la sangre me heló.
Si le hubierais dado muerte
cuando yo os lo supliqué
no os burlara desta suerte,
ni yo, que no lo pequé,
me viera en trago tan fuerte.
Que porque estaba acostada
y él fuera de la posada,
en mis carnes pecadoras
me pegó más de dos horas
con una soga doblada.

HÉCTOR

Ea, soldados, no se sufra aquesto:
vamos en busca del rufián infame.

JORGE.

Vamos, que no se excusa en cualquier puesto
que aquella sangre bárbara derrame.

(1) En los tres textos dice "piensas".

ALVARO.

A darle dos mil palos voy dispuesto.

HÉCTOR

Para eso haced que un pícaro se llame;
mas donde no hay afrenta, pues no cabe,
mejor será que de una vez acabe.

(Váyanse los tres, quede TEODORA.*)*

TEODORA. Agora quedo contenta,
que van a darle Santiago:
de su sangre estoy sedienta,
y por beberla de un trago
el corazón me revienta.
¡Muere, tirano, eso sí,
y déjame libre aquí,
que si hoy no te acabaran
tirano te confirmaran
de aquel ángel y de mí.
Quiero entrar en San Clemente
mientras pasa tanto mal;
¿mas qué ruido es este y gente?
Sin duda es el General.
No sé si una cosa intente.
Pero quiérola intentar,
que si me saliere azar
muy poco puedo perder;
quiero el manto componer
y mi rosario sacar.

(Entre mucho acompañamiento de soldados tras el GENERAL, *hablando con el Maese de Campo* DON RODRIGO.*)*

Mi señor, con su licencia
quiero hablar a su Excelencia.
GENERAL. ¿Quién es?
MAESSE. Lo que ves delante.
TEODORA. Una pobre vergonzante.
MAESSE. Honrado talle y presencia.
TEODORA. Por virtud de los honrados.
GENERAL. Denle limosna.
TEODORA. Señor,
óyame cuatro pecados.
GENERAL. ¿Pecados? ¿Soy confesor?
TEODORA. Iba a deciros cuidados.
Soy una pobre mujer,
como se me echa de ver.
Tengo una hija tan bella,
que dejó de ser doncella
por no tener qué comer.
No tiene diez y seis años,
fresca como una camuesa:
ayer la miré en los baños,
con una pierna tan gruesa,
y unos pecitos tamaños.
Los pechos son dos manzanas,
y no hay rosas castellanas
como las mejillas bellas
que más coloradas que ellas
se levanta a las mañanas.
Canta como un serafín,
habla que no hay más que ver,
es de la hermosura fin;
sino lo queréis creer
trairéla a vuestro jardín,
donde veréis que a las rosas
les quita el nombre de hermosas.
Habla bien, y tañe, y canta
que es una cosa que espanta,
sin otras secretas cosas.
GENERAL. Gentil alcagüeta, a fe:
¿sabéis mi casa?
TEODORA. Muy bien.
GENERAL. Id allá.
TEODORA. ¿Cuándo podré?
GENERAL. Yo haré que el aviso os den
cuando sin negocio esté.
¿Qué os parece, don Rodrigo?
RODRIGO. Que es extremada la pieza
y me quiero hacer su amigo.

(Vanse el GENERAL *y los demás, y quede* TEODORA *sola.)*

TEODORA. Guarde el cielo tu cabeza;
con dos manos te bendigo.
¡Qué amparo de gente pobre!
Plega al cielo que te sobre,
como al César, la ventura,
porque el lugar que procura
victoriosamente cobre.
Ahora bien; vamos a casa
a poner mano en la masa:
demos a Fortuna cuenta,
que ya quien la pide cuenta
deste mundo al otro pasa.

(Vase, entren LUCRECIA, FORTUNA, ESCOBARILLO.*)*

FORTUNA. Tan pagada estoy del paje,
que no me ha hecho otro gusto
tu amo que a éste aventaje.
LUCRECIA. Ya tengo dama por gusto
que el tiempo a servir me abaje.
Porque serviros es cosa
tan agradable y dichosa,
que no hay reinos que mandar

por quien se pueda trocar.
FORTUNA. ¿Por qué?
LUCRECIA. Porque sois hermosa.
Que esto puede la hermosura;
que no hay gloria como estar
asistiendo a la luz pura
de un rostro que puede dar
gloria, descanso y ventura.
Si el que más príncipe fuera
de mejor gana os sirviera,
¿no he de tener yo a gran bien
que por señora me den
la que del mundo pudiera?
FORTUNA. Beltrán, lisonjero eres.
ESCOBAR. ¿He de poneros en paz?
LUCRECIA. Bien tienes con qué si quieres;
por ser hombre eres capaz,
que estás entre dos mujeres.
ESCOBAR. ¿Qué mormuras?
LUCRECIA. Que podrías
no meterte en cosas mías.
ESCOBAR. Pues cómo, hermano Beltrán,
¿trújeos yo para galán?
LUCRECIA. Calla, y serémoslo a días.
ESCOBAR. Cómo, ¿no has entrado en casa
y alzarte quieres con ella?
LUCRECIA. ¿Cuál es el hombre de masa
que en viendo una dama bella
no se enamora y abrasa?
ESCOBAR. Basta, que es muy hombre en todo.
FORTUNA. Perdiéndome voy de modo
que me enloquece Beltrán:
¡qué bien hecho, qué galán!
LUCRECIA. Mas que te pongas de lodo.
FORTUNA. Salte afuera, Escobarillo.
ESCOBAR. Ta, ta, ya andamos en eso;
¿pero qué me maravillo?
que es bello el mozo y travieso
y esotra, estoy por decillo.

(*Váyase* ESCOBARILLO.)

FORTUNA. ¿Que, en fin, eres milanés?
LUCRECIA. Ya soy tuyo, no me des
otra tierra ni otro nombre.
FORTUNA. ¿Es posible que este es hombre?
¡Y para mi mal lo es!
LUCRECIA. Esta bellaca está en duda;
menester será que agora
más vivo al engaño acuda.
¿De qué enmudeces, señora?
FORTUNA. Tu lengua me tiene muda.
LUCRECIA. Pues que parécete bien,
porque haré que te la den
estas manos en un punto.
FORTUNA. Mejor lo tomara junto.
LUCRECIA. ¿Junto lo quieres también?
FORTUNA. Buenas manos tienes.
LUCRECIA. Buenas,
y buenas me las he dado.
FORTUNA. Parecen dos azucenas.
LUCRECIA. Ya el tiempo las ha secado
y el invierno de mis penas.
FORTUNA. ¿Penas has tenido?
LUCRECIA. Sí.
FORTUNA. ¿Has querido bien?
LUCRECIA. Y quiero.
FORTUNA. ¿A quién, por tu vida?
LUCRECIA. A ti.
FORTUNA. Pues cree que por ti muero
desde el punto que te vi.
LUCRECIA. Pues alto, dure el concierto;
si te he muerto, tú me has muerto.
FORTUNA. Bésame, para que viva.
LUCRECIA. Ea, sube gente arriba.
FORTUNA. ¿Cómo?
LUCRECIA. La puerta han abierto.

(*Entre el* ALFÉREZ.)

JORGE.

Aquí, señor don Jorge, el que primero (1),
ese me han dicho que se lleva el fruto,
y que del árbol cuelgan al postrero.
Viendo Castrucho el enojoso luto
que por haberos anteayer perdido,
de que aun apenas traigo el rostro enjuto.
Mostro mi alma, donde habéis tenido
más verdadero asiento que en el pecho
de ese Sargento, a quien habéis querido
antes que el Capitán, a su despecho,
os lleve a fuerza de razón, que es hombre
que mira solamente a su provecho.
Manda que yo, sin que el temor me asombre
de que es mi superior, consigo os lleve,
pues ya sabéis mis prendas y mi nombre,
y la razón que para ello os mueve.

FORTUNA. Voluntad tuve primero
de teneros voluntad,
porque ni al Sargento quiero
ni fué más nuestra amistad
que el interés del tercero.
Mi madre gobierna en mí;

(1) Este pasaje está viciado; pero igual en los tres textos.

éste quita, veda y pone,
y pues ella no está aquí,
que es la que de mí dispone,
podéis perdonarme a mí.

LUCRECIA. ¡Ay de mí!, que éste es aquel
español bello y cruel
por quien ando desta suerte.

(Entra TEODORA.)

TEODORA. Albricias, hija.
LUCRECIA. Si es la muerte (1)
que viene a librarme dél.
FORTUNA. ¡Oh madre, seas bien venida!
TEODORA. Señor Alférez, ¿qué es esto?
JORGE. ¡Oh mi Teodora querida!
TEODORA. Quítame este manto presto.
FORTUNA. Turbada estás, por mi vida.
TEODORA. Será de puro contento
de ver que muerte le dan
a aquel bellaco sangriento
por gusto del Capitán
en este mismo momento.
FORTUNA. ¿Díceslo de veras?
TEODORA. ¡Bueno!
FORTUNA. ¡Gracias a Dios que has rompido
aquel vaso de veneno!
LUCRECIA. No es malo el que yo he bebido,
más flojo ni menos lleno.
TEODORA. ¿Cúyo es este pajecico?
FORTUNA. A casa viene a servir.
TEODORA. Por mi vida que es bonico.
¿Sabes leer y escribir?
LUCRECIA. Y multiplicar tantico.
TEODORA. Bien has hecho; pues, señor,
¿qué buscáis?
JORGE. Oídme acá.
FORTUNA. Perdido viene de amor.
LUCRECIA. Hablando de oído está;
mudádoseme ha el color.
FORTUNA. ¿De qué?
LUCRECIA. De que es cosa cierta
de que llevarte concierta,
y es negocio sin remedio,
si hay dinero de por medio
que he de quedarme a la puerta.
FORTUNA. ¿Sabes qué podrás hacer?
Conmigo quiero llevarte,
y darémosle a entender
que es bien que se vaya a parte.
LUCRECIA. ¿Y luego?
FORTUNA. Echar a correr.
LUCRECIA. Eso llaman dar esquina;
pero, ¿adónde dormiremos?
FORTUNA. En casa de una vecina.
LUCRECIA. Si no, en campaña podremos
o al fresco de la marina.
TEODORA. Está bien. ¡Hola, muchacha!
FORTUNA. ¿Qué mandas?
TEODORA. Cúbrete el manto.
LUCRECIA. ¡Oh vieja infame y borracha!
FORTUNA. El tuyo, no importa tanto.
TEODORA. Bien dices, tengo esa tacha.
Cuanto hago se me olvida.
¿Estás cubierta?
FORTUNA. Ya voy.
Beltranico, por tu vida,
que me acompañes.
LUCRECIA. Yo soy
dichoso en que tal me pidas.
JORGE. No, no, yo la llevaré.
FORTUNA. Antes os iréis delante,
y más segura saldré.
JORGE. Pues alto. ¡Oh dichoso amante!
LUCRECIA. ¡Oh falso amante, sin fe!
FORTUNA. Madre, adiós.
TEODORA. Ese te guarde.
No vengas mañana tarde.
FORTUNA. ¡Oh qué noche que me espera!
LUCRECIA. No espere pasar carrera,
que es yelo el fuego que arde.

(Váyanse todos, quede TEODORA.)

TEODORA. Buena cadena me llevo;
ella vale buena suma.
Aqueste es pájaro nuevo,
y pues que le sobra pluma
no es bien que le falte cebo.
Entrarme a acostar me place,
pues no hay ya quien despedace
la puerta, Castrucho muerto;
rezarle quiero, si es cierto,
un *Requiescat in pace.*

(Entrese TEODORA.)

(Entren el CAPITÁN, *y el sargento* DON ALVARO.)

HÉCTOR. Digo que tengo sospecha,
pues el Alférez se ha ido,
que entró la calle derecha,
que en juego igual ha sabido
lo que la mano aprovecha.
¿No es esta casa?
ALVARO. Ella es.

(1) Verso largo; pero difícil de arreglar.

HÉCTOR. Si puso en ella los pies
no hay duda llevó la joya,
que la más cercada Troya
se rinde con interés.

(TEODORA *a la ventana con un orinal.*)

ALVARO. ¡Ah de casa!
TEODORA. ¡Agua va
ALVARO. Desyiaos.
HÉCTOR. ¡Tarde es ya,
envistióme!
ALVARO. ¡Oh puta vieja!
HÉCTOR. Callad, no venga una teja,
que el agua limpiarse ha.
ALVARO. ¡Qué bellacamente huele!
HÉCTOR. Sin duda que está acostada,
y pues tan presto nos huele
la mozuela está ocupada,
lo que en el alma me duele.
ALVARO. Pues no llamaré otra vez.
HÉCTOR. ¡No, por Dios, que estoy muy puerco,
que es cuero y mea la pez,
y si a la puerta me acerco
me arrojarán otros diez.

(*Entre* CASTRUCHO *embozado.*)

ALVARO. Un hombre viene embozado;
¿queréis que le reconozca?
HÉCTOR. Estoy, por Dios, tan mojado,
que temo que me conozca
en tal lugar y meado.
Echad luego por ahí.
¡Pese al punto en que salí
a buscar este rufián!
ALVARO. Vamos, señor Capitán.
HÉCTOR. ¡No me nombres, pese a mí!
CASTRUCH. Hora bien, éstos se han ido;
que porque no me cogieran
tan tarde a casa he venido;
mas si aquí me conocieran
mayor daño hubiera sido.
Todo está en silencio, bueno;
Fortuna estará acostada;
yo me acojo como un trueno,
que aquesta vieja taimada
a palos consiente el freno.
¡Ah de arriba! ¡Hola, Escobar,
Beltranico! ¡Hola, Teodora!
Ya me canso de llamar.
¿Posible es que duerma ahora
la que era grulla en velar?

(TEODORA *a la ventana con una toca sucia, antojos y un candil.*)

TEODORA. ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?
CASTRUCH. El diablo, Castrucho soy.
TEODORA. ¿Aun muerto vienes aquí?
Con agua bendita estoy,
alma, ¿qué quieres aquí?
CASTRUCH. Quiero que el diablo te lleve.
Abre, borracha, que llueve.
TEODORA. ¿Que no eres muerto, Castrucho?
CASTRUCH. ¿Yo muerto?
TEODORA. Tu voz escucho.
CASTRUCH. ¡Abre aquí, cuarenta y nueve!
TEODORA. ¡Traidor! Nuevas me han traído
que te han muerto a puñaladas:
si eres diablo revestido
reliquias tengo colgadas,
en cuyo nombre te pido
que huyas, sin volver más,
de la casa donde estoy.
CASTRUCH. ¡Abre! ¡A los diablos te doy,
cocinera de Caifás!
Abre la puerta, vejona,
cara de mona.
Abre, hechicera, bruja,
la que estruja
cuantos niños hay de teta;
por alcahueta
once veces azotada
y emplumada.
Abre, mielga con antojos,
cuyos ojos
ven de noche cual murciélago,
sucio piélago
de meneados estantíos,
que esos bríos
te suelen costar más palos
que hay robalos
en el río de Sevilla.
Abre, malilla,
mala, maleta, Mallorca,
que a la horca
vas de noche con candelas,
y las muelas
quitas a los ahorcados,
que aun muertos no están seguros
de conjuros
y de maldades que haces,
con que deshaces
las nubes, y las arrasas
por donde pasas;
que sin ir a la dehesa,

en una artesa
sueles hacer nacer berros,
y a los perros
hurtas riñendo la tierra,
porque encierra
virtud de hacer olvidar;
que he de quebrar
la puerta y molerte a azotes.

TEODORA. No te alborotes,
bellaco, rufián, ladrón
y gran lebrón,
que un muchacho de Sevilla,
Jaramilla,
te quitó una vez la espada,
y fué sonada
tu infamia por toda España,
y no hay picaña
que se precie de ser tuya,
sino que huya,
porque las hurtas y robas,
a las bobas;
esta casa tiene dueño,
que a buen sueño
está con Fortuna agora.
¡Vete en mal hora!

CASTRUCH. ¡Oh vieja de Belcebú,
que a tú por tú
te pongas con quien ayer
te hizo ver
estrellas a mediodía,
y aun solía
desollarte aquese rostro
de algún mostro!
Abre aquí, vieja borracha,
que a esa muchacha
la chupas sangre y dinero,
y eres un cuero,
que de sola una bebida
a la comida
gastas cuarenta bodegas,
y cuando llegas
a la noche estás de suerte
que por verte
pueden entrar a real;
hespital
lleno de mil pestilencias
e impertinencias;
dientes de corcho, bellaca,
cara de haca (1),
espinazo de cuartago,
que este pago
me das porque tantas veces
de los jueces
he librado esas espaldas.

TEODORA. Hombre con faldas,
bellaco, medio mujer,
no has de ver
esta cadena en tu mano,
luterano,
que me dió un hombre esta noche,
que en un coche
se ha llevado a Fortunica,
y va más rica
que cuando la desnudaste,
la quitaste
aquella saya bordada
que en Granada
acababa de hacer.

CASTRUCH. Muestra a ver.

(*Muéstrasela.*)

Abre, amiga de mis ojos,
y estos enojos
se queden luego a una parte,
que quiero darte
barato de una ganancia
de importancia,
que agora en la soldadesca,
en cierta gresca,
acabo de hacer muy grande.

TEODORA. No lo mande
ni lo quiera mi desdicha,
si por dicha
hablas como sueles, perro,
que ese yerro
está en mi carne enseñado.

CASTRUCH. Pierde cuidado,
que te quiero como a mí.
Abre aquí,
y el diablo me lleve, amén,
si tan bien
te hubiere hablado jamás;
no haya más;
dame esa mano de amiga,
y nadie diga
que entre los dos hay pendencia,
que en mi conciencia
que me debes amistad.

TEODORA. Si es verdad
lo que juras, yo abriré.

CASTRUCH. Sí, en buena fe;
abre, tía, por tu vida,

(1) En los originales, "aca".

si estás vestida,
y si no ponte el manteo,
que ya deseo
darte de lo que he ganado.

TEODORA. Ya has jurado;
ahora, sus, quiero creerte,
que de otra suerte
no me atreviera a bajar.

CASTRUCH. ¿Qué es jurar?
¿Cuándo has visto juramento
con buen intento
en hombre de vida airada,
vieja honrada?
Abre, sota; abre, pelota,
cuello de bota,
que a fe que pienso ponerte
de tal suerte
que escarmientes de burlarme,
y de mirarme
te quedes temblando y muerta.

TEODORA. Ya está abierto;
entra, hijo de mis ojos;
no haya enojos,
dame aquesos brazos.

CASTRUCH. Toma,
vieja mahoma.

TEODORA. ¡Que me mata! ¡Ay, que me ha [muerto!

CASTRUCH. Ya has abierto,
agora quéjate al viento.

TEODORA. ¿Y el juramento?

CASTRUCH. No hay juramento.

TEODORA. ¡Ay, traidor!,
ruego al Señor
que no te logres, amén.

CASTRUCH. Está bien;
que maldición de puta vieja,
como dice la conseja,
por do sale, por allí entra.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

FIGURAS DEL TERCER ACTO

ESCOBARILLO, *que es* BRISENA.
LUCRECIA, *en figura de* BELTRANICO.
FORTUNA, *dama.*
DON RODRIGO, *Maese de Campo.*
TEDODORA, *vieja.*
CASTRUCHO.
DON JORGE, *Alférez.*
DON ALVARO, *Sargento.*
DON HÉCTOR, *Capitán.*
El GENERAL.
Un PAJE.

(*Entren* ESCOBARILLO *y* LUCRECIA.)

ESCOBAR. Holgádome he de toparte.
Beltrán, ¿dónde vas perdido,
que desde ayer me has traído
hecho un loco por hallarte?
Envióme mi señora,
que anoche dadas las once
quebré un aldaba de bronce
por despertar a Teodora.
Que saliendo a dormir fuera
y compañada contigo,
volvió dada al enemigo,
fingiendo una gran quimera.
Que dice que unos ladrones,
por ser el Alférez ruin,
le dieron mucho botín,
y a ti muchos bofetones.
Y que tiene por muy cierto,
pues el Alférez huyó,
que algún ladrón te mató.

LUCRECIA. Bien sabe que no estoy muerto.
¡Adiós, amigo Escobar!
¡Quién pudiera hablar contigo!

ESCOBAR. ¿Qué dudas, Beltrán amigo?
¿Qué tienes que me fiar?
Dime lo que es, por tu vida,
que soy más noble que piensas.

LUCRECIA. Si este mi amor recompensas
cree que es deuda debida,
que te he cobrado afición,
y tanta, que en esta parte,
aunque temo, quiero darte
las llaves del corazón.

ESCOBAR. Si a hacer aquesto conmigo
de sola afición te mueves,
cree, Beltrán, que me lo debes
y que en el alma te obligo.
Que entre amigos no se cubren,
y cuando se quieren bien
sin trato, es porque se ven
los pechos que se descubren.
¿Qué tienes, por vida tuya?

LUCRECIA. Sabe que Fortuna ayer
su afición me dió a entender.

ESCOBAR. Condición ligera es suya.

LUCRECIA. Y anoche hicimos concierto,
para podernos gozar,
que la había de llevar
a la marina del puerto.
Consentílo por hacer
que con don Jorge no fuese.

ESCOBAR. ¿Tienes algún interese
con don Jorge?

LUCRECIA. Un buen querer.
Al fin le dió cantonada

y a una casa me llevó,
donde a los dos recibió
una buena vieja honrada.
Luego los brazos traviesos,
llamándome un ángel bello,
me echó mil veces al cuello,
y pensó comerme a besos.
Pero cierta ocupación
la color como de gualda
me hizo volver la espalda
a la amorosa ocasión.
Fuíme y dejéla, y sospecho
que cansada de esperar
se volvió a casa a acostar
con Castrucho, a su despecho.
Y no he querido volver
de vergüenza de haber sido
adónde fuí tan querido
tan flojo y flaco en poder.

ESCOBAR. Tú vendrás a confesar
que eres capón.
LUCRECIA. ¡No, por Dios!
ESCOBAR. Ea, para entre los dos.
LUCRECIA. ¡Por Dios, que puedo engendrar!
ESCOBAR. Pues habla si eres mujer,
que con otra estás hablando.
LUCRECIA. ¡Jesús!
ESCOBAR. La que estás mirando.
LUCRECIA. ¡Vive Dios que lo he de ver!
ESCOBAR. Cuando tú quieras podrás;
pero dime si lo eres.
LUCRECIA. Que entrambas somos mujeres
encubrillo es por demás.
ESCOBAR. Toca esa mano.
LUCRECIA. Toquemos,
que a fe que nunca su toque
a mal pensar nos provoque.
ESCOBAR. Seguramente podremos.
LUCRECIA. Este sí, que es toque franco.
ESCOBAR. Basta, Beltranico amigo,
¿que pensó dormir contigo?
LUCRECIA. Suerte ha sido, pero en blanco.
ESCOBAR. ¡Cuál quedaría la dama
habiendo echado tal sota!
LUCRECIA. Como esos mares, agora
el calor de quien bien ama.
ESCOBAR. ¿Qué te trujo a este lugar
desde Milán?
LUCRECIA. Un soldado,
que la palabra me ha dado
de nunca me la guardar.
ESCOBAR. ¿Y hasle hallado?
LUCRECIA. Sí.
ESCOBAR. ¿Quién es?
LUCRECIA. Reiráste si lo digo:
don Jorge.
ESCOBAR. Dios me es testigo
que me pesa que lo estés (1).
Pero mi pleito condeno,
pues otro me trujo a mí,
que una noche que le vi
esa me dejó al sereno.
Bien puedes quererme más,
que don Jorge es sargento (2).
LUCRECIA. Mientes.
ESCOBAR. No pienses que miento,
dejemos burlas atrás.
LUCRECIA. ¿Es don Alvaro?
ESCOBAR. Es el mismo.
¿Quién te dijo el nombre?
LUCRECIA. Ayer
della lo vine a saber (3).
ESCOBAR. Ese es mi cielo y mi abismo.
LUCRECIA. Alto, pues nos parecemos
tanto en la vida y historia,
males, bienes, penas, glorias,
de hoy más nos comuniquemos.
ESCOBAR. Sea así, y a casa vamos;
mas, ¿qué dirás a Fortuna?
LUCRECIA. ¿Faltará mentira alguna
si entre las dos la trazamos?
Ya voy de contento loca.
ESCOBAR. Con más razón lo voy yo.—
Beltrán, silencio.
LCRECIA. ¡Pues no!
ESCOBAR. Toca aquesa mano.
LUCRECIA. Toca.

(*Vanse. Entren* FORTUNA, TEODORA, *y Maese de Campo* DON RODRIGO.)

RODRIGO.

Como digo, señora, me ha mandado
que a su jardín aquesta tarde os lleve,
que por fama de vos está prendado;
y pues a tan gran príncipe le mueve,
como es el General, sola la fama,
esta correspondencia se le debe.

---

(1) Este verso no hace sentido claro: así en los textos.

(2) Así en los textos; pero parece que este verso no está bien. Debe de faltar algo.

(3) No se dice quién es ella. Indudablemente este pasaje está falto.

FORTUNA.

Madre, ¿que el General me quiere y ama?

TEODORA.

Sí, hija, que le dicho cómo eres
gallarda, principal y hermosa dama;
mira que ni te espantes ni te alteres
de ver su gravedad, y no te esquives
si te quisiere dar para alfileres.
Dile discretamente como vives
con la necesidad que no mereces;
que sabes leer, y que también escribes.
Dile que eres más noble que pareces;
no te levantes mucho del asiento,
y si te levantares no tropieces.
Come algún buen olor para el aliento,
no hagas de suerte que te tenga en poco,
y si te convidare el instrumento,
danza, rogada, diestramente y poco,
y cuando llegue a la amorosa danza
allí es el ceño y el melindre y coco.
No rompa luego en allegando lanza,
cuéstele su trabajo, sude y llore,
que eso es gustoso, lo que mal se alcanza.

RODRIGO.

¿Habéis hablado?

TEODORA.

Sí, porque decore
la crianza y respeto de hombres tales,
porque más le convenza y enamore.

RODRIGO.

No he visto extremos en mi vida iguales
de mucha fealdad y de hermosura.

TEODORA.

No me contento con tres mil reales.

RODRIGO.

Si no fuera tan vil descompostura
siendo tercero saltear la dama,
probara con mi resto la ventura.
Mas gócela esta vez el que la llama,
que yo haré después que se me venga
del jardín y sus brazos a mi cama.
¿Qué curso puede haber que no detenga
una presa maciza de dinero,
o qué arruinada casa que no tenga?
Por ser mi General no soy primero,
que aun en esto le guardo su decoro.

TEODORA.

El Maese de Campo es caballero
y me dijo que estabas como un oro:
hija, sabe vivir; si algo te pide,
en pagando la entrada, corra el toro.

FORTUNA.

Si con mis fuerzas y salud se mide,
madre, tanto acudir a libertades,
quien mucho carga, la salida impide.

TEODORA.

Mocedades, Fortuna, mocedades.
¿Tengo de hacerte otro sermón, Fortuna?
¡Cuándo querrás agradecer verdades!
Todas éstas lo maman en la cuna,
sin que conozcan de su edad el oro.
Vete y no me repliques, importuna.
Vístete luego, necia. ¿Lloras?

FORTUNA.

Lloro.

TEODORA.

¿Qué lloras?

FORTUNA.

Aquel pobre pajecillo,
que era para estas cosas un tesoro.

TEODORA.

Habránle muerto.

FORTUNA.

No me maravillo.
Recíbele muy bien si vuelve a casa.
¿Qué me mandas vestir?

TEODORA.

El amarillo.
Señor Maese de Campo, mientras pasa
de tocar y vestir una hora corta,
que poco el sol en este tiempo abrasa,
que a pasear se salga nos importa.

RODRIGO.

¡Jesús!, de mil amores aquí aguardo.

(Váyase el MAESE DE CAMPO.*)*

TEODORA.

Hija, escucha atenta.

FORTUNA.

Madre, acorta.

TEODORA.

Lleva ese cuerpo tieso y más gallardo,
graves los ojos, cósete la boca.
¿Qué bajos llevas?

FORTUNA.

El manteo pardo.

TEODORA.

¿Perfumaste las faldas?

FORTUNA.

Y la toca;
todo parece almizcle.

TEODORA.

Eres de perlas,
una curiosidad mucho provoca.

FORTUNA.

Las ligas llevo que es vergüenza verlas.

TEODORA.

¿Cuáles, las verdes?

FORTUNA.

Sí.

TEODORA.

Ponte las rojas.

FORTUNA.

Aún no pudimos acabar de hacerlas.

TEODORA.

¡Calla, necia! ¿De aqueso te congojas?
¿Esas piernas habrán menester galas?
Que sean tuertas, flacas, negras, flojas.
Yo creo que de vicio te regalas.
Ven y pondréte el cuello, la bolsilla.

FORTUNA.

¡No me des, por tu vida, cosas malas!

TEODORA.

¿Y qué sabes tú de eso, rapacilla?
Con sólo la hermosura se enamora.

FORTUNA.

¿Adónde está Castrucho?

TEODORA.

Por la villa;
no tengas miedo dél que viva un hora.

(Váyanse las dos.)

(Entren DON JORGE *y* CASTRUCHO.)

CASTRUCH. No hay para qué amenazarme
ni ponerme daga al pecho,
que parece que lo has hecho,
don Jorge, por no pegarme.
¿Que yo te he engañado, dices?

JORGE. ¿Quién sino tú?

CASTRUCH. ¡Bueno es eso!

JORGE. Estoy por perder el seso
y quebrarte las narices.
Bellaco hablador, ¿no sabes
que a los tres nos has revuelto?

CASTRUCH. Creo que el diablo anda suelto.

JORGE. ¿Burla a tres hombres tan graves?
¿No dijiste que el Sargento,
por orden del Capitán,
me quiso dar solimán?

CASTRUCH. En eso es verdad que miento;
¿mas no veis que soy burlón
y me tiene por gracioso?

JORGE. ¡Hi de puta, mentiroso,
sucio, infame, fanfarrón!
Si no fuera por manchar
de tan vil sangre la espada,
te diera una cuchillada.

CASTRUCH. Mejor estará por dar,
y más que yo la recibo
como si ya la tuviera,
que puesta en mi rostro fuera
como señal de cautivo.
Séllame, príncipe, dame,
abóllame aqueste rostro,
que humilde a tus pies me postro.

JORGE. ¡Qué propia humildad de infame!

CASTRUCH. Que me la des te requiero,
que de mano tan honrada
más vale una cuchillada
que de otra mucho dinero.
Mi buen deseo te obliga,
y aunque tu valor repara,
haz de suerte que esta cara,
"don Jorge me fecit" diga.

JORGE. ¿Quién anoche me llevó
a Fortuna cuando iba
conmigo?

CASTRUCH. ¡En galeras viva
si fuí en quitártela yo!
Ese traidor don Rodrigo.

JORGE. ¿Quién, el Maese de Campo?

CASTRUCH. Ese mismo corre el campo
y es tu mayor enemigo.

JORGE. ¡Cómo!

CASTRUCH. Quiero declararte
lo que un sujeto acomete:
que es del Príncipe alcahuete
y principal por su parte.

JORGE. ¿Pues conoce el General
esa dama?

CASTRUCH. ¡Pese a mí!,
conócela como a ti.
JORGE. ¡Eso no, por Dios, no hay tal!
Conocerla bien podrá,
pero en modo diferente.
CASTRUCH. Hablándote claramente,
ahora la lleva allá.
Que antes que subiese arriba
habló conmigo a la puerta,
y esta tarde se concierta
gran jira.
JORGE. Todo lo priva.
El es gran competidor,
pero quiérole avisar
que le tengo de matar
como a bellaco hablador
si esta noche no me trae
a Fortuna que la goce,
antes que toquen las doce.
CASTRUCH Brava maldición me cae.
Pero no tengas temor,
que yo te doy la palabra
que saltando como cabra
llame a tu puerta, señor.
Y digo, que si no fuere
verdad, que con esa espada
me des una cuchillada
donde mejor me estuviere.
JORGE. Ahora bien; pues quede así.
CASTRUCH. Ansí queda; vete adiós.
JORGE. ¿Cumpliráslo?
CASTRUCH. Por los dos.
JORGE. Si no, guárdate de mí.

(*Váyase.*)

CASTRUCH. ¡Vive Dios que si no fuera
por alborotar el brazo
que le diera un cintarazo!
JORGE. ¿Qué dices?
CASTRUCH. Que te sirviera
sin que me hicieras agravio.
¡Vete con Dios, el gallina
que habla detrás de esquina!
¡De puro coraje rabio!
Todos estos mozalbitos
que no han pasado fortunas
cogen a un hombre en ayunas,
cuando ellos están ahítos.
No saben lo que es llevar
cólera el hombre cortada;
agora sí, ¡pesia a nada!,
que estoy por ille a llamar.

(*Entre el* SARGENTO.)

Este es. ¡Ah, pléguete diez!
¿Por dónde podré escaparme?
ALVARO. ¡Ah, ya no podrá burlarme
el fanfarrón esta vez!
CASTRUCH. Otra es esta, pese a mí;
tras el relámpago el rayo.
ALVARO. ¡Oh mi señor papagayo,
de los más lindos que vi!
¿Cómo va de hablar?
CASTRUCH. Muy bien,
a servicio de los buenos.
ALVARO. No os iréis desta a lo menos.
CASTRUCH. Vivas mil años, amén.
Pues bien, príncipe, ¿qué hay?
¿Qué se suena del intento
del Emperador?
ALVARO. ¡Qué viento!

(*Meta mano.*)

Guarde, picarón.
CASTRUCH. ¡Ay! ¡Ay!
ALVARO. ¿De sólo mirar la espada
lloras y tiemblas?
CASTRUCH. ¿Pues no,
si he sido la causa yo
de que esté desenvainada?
¿Pues por ser tan mal cristiano
quiere desangrar mis poros,
espada que contra moros
relumbrar suele en tu mano?
Que hazañas con ella has hecho
en medio de esa campaña
que de tu sangre se baña.
Ea, rey, pásame el pecho.
Tales grandezas escucho
de tus brazos, que es muy bien
que a ti la gloria te den
del haber muerto a Castrucho.
Cuanto más que si es la dama
que deseas la ocasión
de hacer esta sinrazón,
irá esta noche a tu cama;
que yo la tengo mandado
que a nadie palabra dé,
y esta noche la pondré
con esta mano a tu lado.
ALVARO. ¿Dasme la palabra de eso?
CASTRUCH. Pena de una cuchillada
de trece puntos, bien dada,
que traspase carne y hueso.

(*Entre el* CAPITÁN.)

ALVARO. El Capitán viene aquí,
y te ha de pedir lo mismo.
CASTRUCH. ¡Antes me trague el abismo
que le dé segundo sí!
Mas no te vayas, que quiero,
pues por ti no se la doy,
que me libres.
ALVARO. Aquí estoy.
HÉCTOR. ¿Aquí estáis vos, caballero?
ALVARO. Déjele vuesa merced,
que es un pobreto.
CASTRUCH. Sí, cierto,
y no hay que matar un muerto
de hambre, cansancio y sed.
Necesidad me ha traído
a andar en aquestas cosas.
HÉCTOR. Ellas son harto graciosas;
buena trama habéis urdido.
El diablo la desenrede,
si no es que vos la cortéis,
que según la revolvéis
ingenio de hombre no puede.
CASTRUCH. No hay que cortarme a mí nada,
que yo estoy presto y a punto
para...
HÉCTOR. Oídme al punto:
¿dónde está la dueña honrada?
CASTRUCH. Hilando la dejé agora
uno destos copos grandes
que llaman pichel de Flandes.
HÉCTOR. ¿A quién?
CASTRUCH. La vieja Teodora.
HÉCTOR. No os digo sino su hija.
CASTRUCH. Esa ayer te fué a buscar,
pero púdolo estorbar
cierto juego de sortija,
de quien ha sido el padrino
don Rodrigo, y el ahijado
el General, que ha tomado
los puertos deste camino.
No tienes que hacerme mal,
que ahora el Sargento y yo,
como aquí se concertó,
matamos al General.
Digo que los dos iremos
a tu casa aquesta noche,
y a caballo, a pie o en coche
a Fortuna llevaremos.
Que él por la gente de guarda
que don Rodrigo tendrá
dice que espaldas hará
con su escuadra y alabarda.

(*Esté desviado el* SARGENTO.)

HÉCTOR. ¿Es lo que dice esto así,
y que vos la llevaréis?
ALVARO. Verdad es, si vos queréis,
y si no, perdono el sí.
HÉCTOR. ¿Que en efecto irá con vos?
ALVARO. Irá como vos queráis.
HÉCTOR. Mucho en eso me obligáis;
pues alto; Castrucho, adiós.
Señor Sargento, allá espero.

(*Váyase el* CAPITÁN.)

ALVARO. No he entendido aquesto bien:
¿no dijo que a mí me den
la dama?
CASTRUCH. ¡Pues no! ¡El primero!
¿Pues entendiste otra cosa?
ALVARO. ¿Dijo que allá me esperaba?
CASTRUCH. Sí, a cenar te convidaba.
ALVARO. Hay ocupación forzosa.
Mucho debo al Capitán,
pues luego se fué de aquí.
CASTRUCH. No es mucho dártela a ti
siendo el primero galán.
ALVARO. Aun no lo digo por eso.
CASTRUCH. Pues ¿por qué?
ALVARO. Porque juraba
de darte, si te encontraba,
las gracias del buen suceso.
CASTRUCH. ¿Qué gracias?
ALVARO. Dos cuchilladas.
CASTRUCH. ¡Bravamente me escapé!
ALVARO. ¿Qué dices?
CASTRUCH. Que a un turco dé
esas gracias tan pesadas.
Ahora bien; vete con Dios,
que a la hora que te digo
¿será Fortuna contigo?
ALVARO. Esa nos valga a los dos,
porque adonde aquesa falta
todo es trabajo, Castrucho.
CASTRUCH. Yo sé que la quieres mucho.
ALVARO. ¿Al fin la traerás?
CASTRUCH. Sin falta.

(*Vase el* SARGENTO.)

CASTRUCH. Bueno quedo; a gran poder
de un miedo al fin de morir:
¿cómo tengo de acudir

a tres con una mujer?
Necio he sido en concertallos
para un mismo punto y hora;
pero valdráme Teodora,
que sabe enfrenar caballos.
Dos mozos tengo, que son
Escobarillo y Beltrán,
en el talle y ademán
de mujeril condición.
A estos dos vestiré
como mujeres, y luego
a uno y otro amante ciego
la palabra cumpliré.
Que al Capitán ya yo tengo
una vieja que le dar,
que le sabrá regalar;
pues alto; ¿en qué me detengo?
Sólo este engaño ha de ser
el que me ha de remediar;
mas bueno será pensar
lo que puede suceder.
Pero alarguemos el paso
y la ventura se intente,
que nunca es hombre valiente
el que mira al fin del caso.

(Váyase CASTRUCHO.)

(Entren el GENERAL, FORTUNA *y* DON RODRIGO.)

GENERAL. Digo que es pieza de Rey
y que me agrada en extremo.
RODRIGO. Que se ha enamorado temo:
¡oh villano amor sin ley!
Si la quiere como muestra
sin ella vengo a quedarme.
GENERAL. Basta, mi bien, a abrasarme
la menor perfección vuestra.
Que vuestro gentil donaire,
más que el amor con sus tiros,
me obliga a que con suspiros
encienda mi pecho el aire.
De vos aqueste jardín
ha hecho una bestia hermosa (1),
hurtando el color la rosa
y la blancura el jazmín.
RODRIGO. Rematado está, por Dios.
FORTUNA. No hay obligación que mande
que me hagáis merced tan grande.
GENERAL. Esto y más se os debe a vos.
RODRIGO. Esto y más merezco yo,
pues pudiendo ser primero,
gozar como necio quiero
lo que otro desechó.
GENERAL. ¿Quién os trujo aquesta guerra?
FORTUNA. Un hombre, a más no poder,
que con nombre de mujer
me ha sacado de mi tierra.
GENERAL. ¿Y está en el lugar el hombre?
FORTUNA. Sí, señor.
GENERAL. ¿Pues es soldado?
FORTUNA. En aventurero ha dado;
no le conozco otro nombre
GENERAL. ¿Es hidalgo?
FORTUNA. Es bien nacido.
GENERAL. Bien le debes de querer.
FORTUNA. Ya, señor, ¿qué puedo hacer,
después de ser mi marido?
Aunque no tengo esperanza
que la palabra ofrecida
se verá jamás cumplida.
GENERAL. No perdáis la confianza,
que yo me ofrezco, si puedo,
y sí creo que podré,
hacer que la mano os dé,
y por fiador suyo quedo.
FORTUNA. Bésoos las manos, señor,
por bien tan alto, pues es
el de mayor interés
y de mi bien el mayor.
Vuestro valeroso nombre
de hoy más en el alma estampo.
GENERAL. ¡Hola! Maese de Campo,
haréisme llamar a ese hombre.
RODRIGO. ¿Quieres ser casamentero?
GENERAL. Quiero en aquesta ocasión
pagarle la obligación
que desta venida espero.

(Entre un PAJE.)

PAJE.

Aquí ha venido agora el duque Enrico,
que de parte del César viene a hablarte.

GENERAL.

¡Noramala vengáis!

RODRIGO.

Más norabuena.

GENERAL.

Nunca falta un azar.

RODRIGO.

Para mí ha sido

(1) Así en los tres textos. ¿Será "vista hermosa"?

más que dichoso y más que alegre encuentro.

GENERAL.

Entretenedme, don Rodrigo, un poco
esta dama gentil mientras despacho
este prolijo y enfadoso Duque.
¿No dije yo, rapaz, que me negasen?

PAJE.

Sabía ya que estaba su Excelencia
desde aquesta mañana en este huerto.

GENERAL.

No recibáis enojos, que ya vuelvo.

(*Váyase el* GENERAL.)

RODRIGO. ¡Ah!, gran ventura he tenido,
que a solas nos han dejado;
mi alma, con vuestro olvido,
para ver si mi cuidado
despierta vuestro sentido.
¿Habéis conocido acaso
lo que por vos sufro y paso?
¿No me habéis visto en los ojos
los celos, rabias y enojos
en que esta tarde me abraso?
¿No veis mi arrepentimiento
de haberos traído aquí?

FORTUNA. Veo vuestro sentimiento,
pero ya no hay fuerza en mí
que venza vuestro tormento.
Quien le tuvo y tiempo aguarda,
y viendo la ocasión tarda,
pues que no merece silla,
como dicen en Castilla...

RODRIGO. Ya entiendo, merezco albarda.
Pero pues sabéis quien soy,
cuando hayáis muerto la llama
deste a quien sujeto estoy,
¿no vendréis conmigo, dama,
a cierto jardín que voy?

FORTUNA. Como mi madre lo quiera
y vamos donde me espera,
con su licencia iré cierto.

RODRIGO. Pues alto: quede el concierto
firmado desa manera.
Dadme la mano.

FORTUNA. Tomad.

RODRIGO. Servíos desta cadena
en prendas desta amistad.

FORTUNA. Creed, señor, que encadena
la vuestra y mi voluntad.

RODRIGO. Este paje nos ha visto,
que nunca un testigo falta.

FORTUNA. A fe que es agudo y listo.

RODRIGO. El se lo dirá sin falta;
con su señor me enemisto.
Hernandico.

PAJE. ¿Qué me mandas?

RODRIGO. Como en aquesta ocasión
sin juego y dineros andas,
toma, juega ese doblón:
salte a fuera a las barandas.

PAJE. Vivas, príncipe, mil años.

(*Váyase el* PAJE.)

RODRIGO. La soldura de los daños
dicen que es el interés.

FORTUNA. Y el silencio dicen que es
de las mentiras y engaños.

(*Entre el* GENERAL.)

GENERAL.

Ya queda aquel prolijo despachado,
por vida mía; al cenador entremos,
para que os vais después de haber cenado,
que más despacio quiero yo que hablemos:
a don Rodrigo quedará avisado
cuándo tendré lugar.

FORTUNA.

Siempre estaremos
mi madre y yo esperando que nos mandes.

RODRIGO.

¡Oh qué bien se negocia! No hay más Flandes.

(*Vanse todos.*)

(*Entre* DON ALVARO.)

ALVARO. Ya son cerca de las nueve
y no cumple este Castrucho
la palabra que me debe.
¡Oh, cómo el que espera mucho,
juzga largo el tiempo breve!
Llegarme quiero a la puerta;
¡por mi vida, que está abierta!
¡Hola! ¿A quién digo?

CASTRUCH. ¿Quién es?

(CASTRUCHO *saca la cabeza a la puerta.*)

ALVARO. El Sargento, ¿no me ves?

(*Salga cubierto* ESCOBARILLO, *que es mujer* BRISENA.)

ESCOBAR. Ya te esperaba cubierta.

ALVARO. Dadme, señora, esa mano.

ESCOBAR. ¿Vais contento?
ALVARO. ¿Pues no había?
Ea, adiós, Castrucho hermano.

(*Vase el* SARGENTO *y* BRISENA.)

CASTRUCH. Antes que amanezca el día
descubriréis el pantano.
Ya viene otro aventurero
a la red, como el primero.

(*Entre* DON JORGE.)

JORGE. Ellos son hombre y mujer,
cosa que viniese a ser
segunda vez majadero.
A esta hora me mandó
Castrucho venir aquí;
si es que el Sargento la dió...
Llamaré.
CASTRUCH. ¿Quién está ahí?

(*Asómase* CASTRUCHO.)

JORGE. ¿No me conoces?
CASTRUCH. ¿Quién?
JORGE. Yo.
CASTRUCH. ¿Es don Jorge?
JORGE. Sí.
Pues lleva
tu dama.
JORGE. ¿De veras?
Sí.

(*Sale* LUCRECIA *vestida de mujer y cubierta.*)

LUCRECIA. Véisme aquí.
JORGE. ¿No hay más que os deba?
Vamos, mi bien, por aquí.
CASTRUCH. Allá os aguardo a la prueba.
Sólo falta el Capitán;
mas ya, como en cebo dan,
también acude a la red.
Ce, llegue vuesa merced.
¿Qué digo? ¡Ah, señor galán!
HÉCTOR. ¿Es Castrucho?
CASTRUCH. ¿No me ve?
HÉCTOR. ¿Cómo el Sargento no vino?
CASTRUCH. ¿El Sargento, para qué?
Tu dama sale al camino,
que el otro a buscarte fué.

(TEODORA *con manto cubierta.*)

HÉCTOR. ¡Oh gloria del alma mía!
Castrucho, no hay que esperar;
veámonos otro día.

CASTRUCH. La vieja lleva a acostar,
¡qué graciosa niñería!
Ellos van bien despachados,
pues van todos tres burlados;
por Fortuna quiero irme,
y esta noche prevenirme
de confesar mis pecados.

(*Vase.*)

(*Entre el* GENERAL *con el* PAJE *y acompañamiento.*)

GENERAL.

¿Que eso me cuentas, y que al fin quedaron
concertados de verse aquesta noche,
y una cadena le ha dejado en prendas?

PAJE.

Excelente señor, aquesto pasa,
y a mí porque callase me taparon
con un doblón la boca, de la suerte
que a Efestión (1) el sello de Alejandro.

GENERAL.

¡Que tenga don Rodrigo atrevimiento
para emprender lo que tan claro sabe
que puede resultar en mi disgusto,
y que sabiendo que el lugar no ha dado
tiempo para gozar de aquesa dama,
aquesta misma noche se la lleve
y piense estar con ella a pesar mío!
¡Hola!

PAJE.

Señor.

GENERAL.

En punto de las nueve
haced que toquen a rebato, y sea
fingida con secreto un arma falsa,
que quiero hacer que salga de su cama
y deje la mujer a su disgusto,
que en tanto que viniere a ver qué es esto
yo haré que dos soldados se la quiten.

PAJE.

Todo se hará, señor, como lo mandas.

GENERAL.

De mucho atrás estamos encontrados;
que no se ofrece lance que no piense
que sólo con su azar puede matarse.
Tóquese al arma luego al punto; ¡hola!,
sea secreto y una vez tan sola.

(*Váyase.*)

(1) En los tres textos, dice: "al festion".

(Don Rodrigo y Fortuna.)

Fortuna. En deuda os estoy muy grande
por acompañarme agora.
Rodrigo. Basta el ser vos mi señora
cuando el amor no lo mande.
De vuestra madre he querido
tomar, señora, licencia
para aquesta breve ausencia,
y por daros gusto ha sido.
Que no sufriera la fuerza
del amor, que os tengo tanto,
sino ver el alma cuánto
vuestra esperanza la esfuerza.
Fortuna. Sin mi madre no dispongo
destas cosas, aunque puedo,
que como la tengo miedo
toda en sus manos me pongo.
Vuesa merced me perdone
y lleguemos a su casa.
Rodrigo. Todo este tiempo que pasa
en mayor fuego me pone.
Porque tan gran dilación
por hacer mayor el bien
podrá matarme también
antes de ver la ocasión.
Fortuna. ¿Tan enamorado estáis?
Rodrigo. Vos misma lo juzgaréis
cuando al espejo miréis
los ojos con que matáis.
Digo que estoy como un loco.
Fortuna. ¿Tan presto? ¡Guárdeme Dios!
Rodrigo. Para perderse por vos,
el haberos visto es poco.
Fortuna. Salgamos de aquesta plaza,
que hay soldados por aquí.
Rodrigo. ¿Dirá vuestra madre sí?
Fortuna. Como saliere la caza;
porque es más interesable
que si en Génova naciera,
y sin interés no hay fiera
tan dura y inexorable.
Rodrigo. En eso consista el bien
que el alma espera de vos.

(*Entre* Castrucho.)

Castruch. Digo que son estos dos.
Rodrigo. ¿Quién va allá?
Castruch. Un amigo.
Rodrigo. ¿Quién?
Castruch. Castrucho.
Rodrigo. Venga en buen hora.
Fortuna. Pues, Castrucho, ¿qué hay de nue- [vo?
Castruch. Las malas noches que llevo
por esta vieja Teodora.
Fortuna. ¿Cómo así?
Castruch. Fuése de casa.
Rodrigo. En efecto, no está en ella:
oyó el amor mi querella
desde el fuego que me abrasa.
No hay para qué nos cansemos;
a mi alojamiento vamos.

(*Toquen dentro una caja al arma y voces que digan "arma, arma".*)

Paso, deteneos, oyamos.
Castruch. Oíd.
Fortuna. ¿De qué hacéis extremos?
Rodrigo. ¡Al arma tocan, por Dios!
¡Oh pesar de mi linaje!
O he de hacer a mi honra ultraje
o he de perderos a vos.
Pero no os quitéis de aquí,
que yo sabré lo que es esto.
Castrucho, guárdame el puesto.
Castruch. Fiad la posta de mí.

(*Váyase.*)

Fortuna. No sabe con quien me deja.
Castruch. Ni aun tú lo puedes saber.
¿Qué has ganado desde ayer?
Fortuna. Pregúntaselo a la vieja.
No estoy en tiempo que pueda
sufrir infamias tan grandes.
Castruch. Pues qué, ¿no corre hasta Flandes
de nuestro Rey la moneda?
He de asentalle los cinco.
Fortuna. ¡Estáte quedo, bellaco!
Castruch. ¿Qué te han dado?
Fortuna. Ya lo saco.
Castrucho. ¡Qué bien la lanza la hinco!

(*Entre el* Sargento.)

Alvaro. ¡Ah, soldados, ea, al arma!
¡A la plaza, pese a mí!
¿Qué hacen parados aquí,
que todo el mundo se arma?
Castruch. Tápate.
Fortuna. Ya estoy cubierta.
Jorge. ¿Es el Sargento?
Yo soy.
Castruch. ¿Dónde bueno?
Alvaro. Acudir voy
al arma, que nos despierta.

¡Ah, Castrucho, y a qué tiempo
me levanto de la cama!
CASTRUCH. Pues qué, ¿gozaste la dama?
ALVARO. Con gran gusto y pasatiempo.
CASTRUCH. ¡Oh, pese a quien me parió!
¡Oh, bellaco Escobarillo!
¡Vive Dios que he de decillo
a la justicia! ¡Eso no!
Con el muchacho.
ALVARO. ¿Qué dices?
CASTRUCH. Yo me entiendo y tú me entiendes.
ALVARO. ¿De lo que digo te ofendes?
ESCOBAR. Quemado hasta las raíces.

(*Entre el* ALFÉREZ *y el* CAPITÁN,)

HÉCTOR. Pasad delante y juntad
la escuadra de buena gente.
JORGE. ¿Quién es?
ALVARO. ¿Quién va allá?
HÉCTOR. Detente.
JORGE. Muy buen encuentro, en verdad.
¿El Sargento con Castrucho?
HÉCTOR. Castrucho, ¿qué te parece
de la ocasión que se ofrece?
CASTRUCH. Ahora lo poco es mucho.
HÉCTOR. Bien me pareció la dama.
CASTRUCH. ¡Pesia tal! ¿Ya la gozaste?
JORGE. Como tan bien la ocupaste.
CASTRUCH. ¿Y adónde queda?
HÉCTOR. En la cama.
CASTRUCH. ¿No digo yo que es Teodora
hechicera hasta no más?
Y tú, don Jorge, ¿no has
gozado de tu señora?
JORGE. ¿Teniendo yo lo mejor
había de estar en eso?:
¿no soy tan mozo y travieso
como cualquier amador?
CASTRUCH. Otro bellaco tenemos.
¿A Beltrán no le entregué?
JORGE. Con mis ruegos la causé (1),
con mis suspiros y extremos.
CASTRUCH. ¿Pues no había de defenderse,
pesar de quien me parió?
¡Que en efeto le forzó!
¡Vive Dios que ha de saberse!
HÉCTOR. ¿Cómo es esto? ¿Estamos todos
acomodados de dama?
ALVARO. La mía dejo en la cama,
y aun a fe que es de los godos.
JORGE. Yo también dejo la mía.
HÉCTOR. Y yo la mía, ¡por Dios!
ALVARO. ¿Adónde hallaste otras dos,
Castrucho?
CASTRUCH. En la herrería.
HÉCTOR. ¿Que Castrucho os dió las vues-
JORGE. A mí a Fortuna me dió. [tras?
ALVARO. A Fortuna tengo yo.
HÉCTOR. Tres fortunas son las nuestras:
yo también tengo a Fortuna.
CASTRUCH. ¡Oh, qué bienafortunados!
HÉCTOR. ¡Engaño es este, soldados,
pues tenemos tres y una!
ALVARO. Asid aquese picaño
y vaya alguno por ellas.
HÉCTOR. Pues, ¡sus!, yo voy a traellas,
que sé es vuestro el engaño.
ALVARO. Id volando, ¡pese a tal!,
que me tiembla el corazón.
JORGE. ¿Qué has hecho, infame ladrón?
CASTRUCH. Paso, nadie me haga mal,
que descubriré la fiesta.
ALVARO. ¿Qué fiesta?
CASTRUCH. Fiesta de fuego;
denme campo franco luego
o cantaré lo que resta.
ALVARO. ¿Qué has de cantar, sentenciado?
CASTRUCH. ¿Luego Escobar y Beltrán
no son las damas que han
el uno y otro gozado?
ALVARO. ¿Yo a Escobar?
JORGE. ¿Yo a Beltranico?
ALVARO. Que sea Escobar, puede ser;
¡mas, vive Dios, que es mujer!
CASTRUCH. Desa sentencia replico.
¿Luego confiesas que has
hecho delito tan feo?
JORGE. Yo a Beltranico no creo
que pueda ser.
CASTRUCH. ¡Bueno estás!,
que también pecaste tú.
JORGE. Digo que es, sin falta alguna,
mujer, y que sea Fortuna
yo no lo afirmo.
CASTRUCH. ¡Jesú!
Déjenme, que les importa,
o daré voces al cielo.
ALVARO. ¡Matalde!
JORGE. ¡Estoy hecho un yelo!
Saber lo que es me reporta.

(1) Así en los tres textos: será "cansé".

(*Entre el* CAPITÁN *con las tres mujeres cubiertas, que son* LUCRECIA, *que era* BELTRÁN; ESCOBAR, *que es* BRISENA, *y* TEODORA *la vieja, y* DON RODRIGO *y el* GENERAL *detrás.*)

GENERAL.

En verdad, Capitán, que es buena hora;
tú que al Héctor de Troya te prefieres
de socorrer al arma guerreadora
con una escuadra infame de mujeres,
¿adónde ibas, di, villano, ahora?
Responde libremente, no te alteres:
¿Dónde las llevas, dónde? Habla, comienza.

HÉCTOR.

Impídeme, señor, cierta vergüenza.
Para decir verdad, este soldado,
este Castrucho, este demonio de hombre
al Sargento y Alférez ha engañado
y a un hombre de mis prendas y mi nombre:
por una tres mujeres nos ha dado.
Ríase tu Excelencia y no se asombre,
porque el más astuto y más experto (1)
que tiene aqueste campo.

GENERAL.

¿Cierto?

HÉCTOR.

Es cierto.

GENERAL.

¿Eres tú aquel que trajo aquella dama
que vino aquí desde Sevilla?

CASTRUCHO.

El propio.
Yo soy Castrucho el bravo, cuya fama
vuela en el mundo, y no con nombre impropio.
Al fin, entre las cosas que derrama
de algunos libros que traslado y copio
quiero poner la burla que se ha hecho
a tres hombres de tanto nombre y pecho.
Y así, si lo permite tu Excelencia,
descubriré estas damas, si hay alguna.

GENERAL.

Para todo, Castrucho, doy licencia.

(*Descubre la vieja.*)

CASTRUCHO.

Esta gozó don Héctor el de Osuna,
porque andando los tres en competencia
sobre cuál de los tres goza a Fortuna,
a dos muchachos y esta vieja he puesto
de la manera que los ves.

GENERAL.

¿Qué es esto?

(*Descúbrelos a todos.*)

RODRIGO.

Estos mujeres son.

ESCOBARILLO.

A tu servicio.
Yo soy Brisena, dama y española,
que siguiendo al Sargento he dado indicio
de aquesta voluntad, única y sola.
Como burlarnos es del hombre oficio,
allá en Valladolid, donde enarbola
la vez primera su estandarte, dióme
palabra de marido y deshonróme.
Y en hábito de paje, por criado
de Castrucho he venido desta suerte,
donde con el vestido propio he dado
segunda fuerza al juramento fuerte;
suplícote, señor, pues has llegado
a tiempo tal, si mi justicia advierte
tu gran valor, que pues que soy tan buena
no quede sin marido en tierra ajena.

LUCRECIA.

Eso mismo, señor, suplico y pido,
que con don Jorge, cuando el campo estaba
a vista de Milán, como a marido
comuniqué las prendas que guardaba.
Lucrecia soy; mi padre fué Leosido,
artillero mayor, a quien amaba
el César tanto como sabes. Muestra
tu gran valor en darnos la honra nuestra.

GENERAL.

Buen término, por cierto, de soldados:
dar palabra a mujeres tan honradas
y dejar a sus padres deshonrados,
y a ellas juntamente deshonradas;
pero esta vez han de quedar casados,
y ellas de su valor galardonadas:
dénles las manos; yo lo mando y ruego,
o, ¡por vida del Rey!, de ahorcarlos luego.

(*Dense las manos los cuatro y descúbrase* FORTUNA.)

FORTUNA.

Ya que a todas, señor, les das marido,

(1) En los tres textos dice "asperto".

(1) La edición de Pamplona dice "Leofido"; pero quizá deba leerse "Leonido".

aquí estoy yo, tu esclava, con Teodora.

GENERAL.

¡Oh, señora, a buen tiempo habéis venido;
cumpliros quiero la palabra ahora!
Castrucho, informaciones he tenido
de lo que le debéis a esta señora:
dadle la mano luego.

CASTRUCHO.

En ello gano,
y pongo en vuestros pies mi boca y mano.

GENERAL.

Yo os doy en dote una gineta, y quiero
que seáis capitán de Infantería,
porque de un hombre tan astuto espero
que se han de ver grandezas algún día.

CASTRUCHO.

La vuestra ha sido de tan gran guerrero.
El cielo cumpla la esperanza mía.
y acabe aquí, porque tardamos mucho,
vida y costumbres del galán Castrucho.

FIN DE LA COMEDIA DEL GALÁN CASTRUCHO.

LA GALLARDA TOLEDANA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A FRANCISCO PACHECO, PINTOR INSIGNE

Nacio v. m. con ingenio sin invidia parecénle bien los agenos, celebra los que saben, honra los que supieron, y solicita, no sólo hacer inmortal la memoria de sus escritos, sino también las efigies de sus rostros con sus retratos. Años ha, que en su famoso libro puso v. m. el mio, como suele naturaleza el lunar en las hermosas, para que mi ignorancia hiciese lucir la fama de tantos doctos. No he podido pagar aquella memoria como debo, porque en mi Jerusalem fui breve cuando dije:

Si fueran tus pinceles esta pluma
V de tu pluma estos pinceles fueran,
Escribiera o pintara parte, o suma,
De las muchas que en ti se consideran:
Tu misma perspectiva las resuma
Tu pluma y tus pinceles las refieran,
O gran Pacheco, en quien sin vicio vemos
Pluma, y pincel de tu virtud estremos.

Y aunque en la direccion desta fabula pudiera dilatarme tiene V. m. en la pintura y poesia tan merecidas alabanzas que todo Elogio excediera, no solo precisos terminos de carta; pero del mayor libro. Preciese la gran patria de V. m. Sevilla, de un hijo tan celebre y por quien aquellas felicisimas edades estan presentes, y los que no hubieren conocido al divino Herrera, a los dos Franciscos, Medina y Pacheco, Figueroa, Cetina y otros iguales (si iguales tienen) todos muertos, y todos vivos, pues por su pluma, y pincel no los podra acabar la codicia del tiempo, viendolos en su libro, le den gracias, y aplique a sus fisionomias sus ingenios. Al de V. m. rico de cuanto es bueno, util, y deleitable ofrezco la comedia, cuyo titulo es la Gallarda Toledana, que hubiera merecido mas propiamente, si ese pincel la retratara y no mi ruda pluma, pero sirva de señal de amor, afecto de mi deseo, y rendimiento de mi obligacion. Dios guarde a V. m.

Lope de Vega Carpio.

FIGURAS DE LA COMEDIA

Don Diego de Avalos.
Mendoza, *su criado.*
Bernarda, *dama.*
Leonardo, *su hermano.*
Tirso, *su criado.*
Lara, *criado.*
Estacio, *caballero.*
Feliciano, *caballero.*
Doña Ana, *dama.*
Rosela, *criada.*
Clarino.
Montalvo.
Andronio.

Representóla Granados.

ACTO PRIMERO

(*Salen* don Diego *y* Mendoza, *de camino.*)

D. Diego. Mil veces seas, Mendoza,
bien venido.
Mendoza. No habrá sido
menos veces bien venido
quien de tu presencia goza.
D. Diego. ¿Vienes bueno?
Mendoza. A tu servicio.
¿Vuesa merced cómo está?
D. Diego. Del alma y cuerpo te da
mi alegría claro indicio.
¿De la señora doña Ana
no me dices nada?
Mendoza. Creo
que delante su deseo
montes y puertos me allana
para que te llegue a dar
esta carta.

D. DIEGO. Gran ventura,
si mi esperanza asegura.
MENDOZA. Tan segura puede estar,
que me mandó que en su nombre
te abrazase.
D. DIEGO. ¡Ay, tanto bien!

(Va leyendo DON DIEGO *la carta en secreto.)*

MENDOZA. Tú lo mereces también,
por Dios, que eres gentil hombre.
Y que no la han engañado,
bien satisfaces tu fama;
ni mereciera tal dama
menos galán desposado.
D. DIEGO. ¿Pues qué le dicen que soy?
MENDOZA. Tan gallardo como noble;
pero visto éreslo al doble.
D. DIEGO. En esa opinión estoy (1);
pésame, porque alabado
y siendo lo que tú ves,
cuando me vea después
dirá que la han engañado.
¿No me escribe su tutor?
MENDOZA. ¡Ah, sí! Por Dios, fué mi olvido:
ésta es suya; perdón pido.

(Dale otra carta.)

D. DIEGO. No fué, por tu vida, error;
que escribiéndome doña Ana
fué justo olvidarte dél.
MENDOZA. Un padre tienes en él,
con amistad limpia y llana.
Todas las dificultades
que sobre el hacienda había
las allanó el mismo día,
contra algunas voluntades.
Lee; y advierte que luego
nos habremos de partir.
D. DIEGO. La del tutor has de oír.
MENDOZA. Dila en voz.

(Lee la carta.)

D. DIEGO. "Señor Don Diego:
Ya la partición se ha hecho;
ya este pleito se acabó,
que sólo he querido yo
de vuestra esposa el provecho.
Todos estamos contentos
de emplearla en vuestro igual,
con seguro general
de vuestros merecimientos.
Con vuestro poder se hicieron
las escrituras de todo:
os dirá Mendoza el modo
y quién son los que os sirvieron.
Gozaréis una mujer
como el sol."
D. DIEGO. ¿Que es tan gentil?
MENDOZA. Es un ángel.
D. DIEGO. "Veinte mil *(Lea.)*
ducados vienen a ser
los que os tocan, y las casas
que están a San Agustín."
D. DIEGO. ¿Que es bella?
MENDOZA. Es un serafín.
Vive el cielo que te casas
con la mujer más hermosa
que en Toledo se ha criado,
y el agua del Tajo ha dado
blanco puro y tez lustrosa;
pues discreta no te puedo
encarecer lo que siento.
D. DIEGO. ¿Qué más encarecimiento
que decir que es de Toledo?
¿Proseguiré lo demás?
MENDOZA. Como quisieres.
D. DIEGO. "Partid *(Lea.)*
luego de Valladolid..."
No leo más.
MENDOZA. Bien harás.
Toma caballos y parte
a gozar una mujer
que no la supiera hacer
con sus pinceles el Arte.
Porque puesto que es pintura,
es como la poesía,
que pinta y habla.
D. DIEGO. ¿Qué día
llego a gozar su hermosura?
MENDOZA. Si sales hoy, estaremos
mañana en la noche allá.
D. DIEGO. Más presto el alma estará.
Mendoza, ¿por dónde iremos?
MENDOZA. Por Avila, por las Navas,
por el Escurial...
D. DIEGO. No importa
ser la jornada más corta.
MENDOZA. Ya entiendo: el camino alabas
de Guadarrama y Madrid.
D. DIEGO. En Madrid tengo que hacer.
MENDOZA. Si hay algo que proveer,
¿qué falta en Valladolid?

(1) El verso diría "En esa opinión no estoy"; pues tal como va arriba contradice lo que sigue y da don Diego prueba de escasa modestia.

D. DIEGO. Nada; pero tengo allí
un amigo que querría
llevar conmigo.
MENDOZA. ¿Algún día
te detendrás?
D. DIEGO. Es así;
que no es bien ir a casarme
tan solo.
MENDOZA. Tienes razón.
D. DIEGO. Y más siendo obligación
de tan buen amigo honrarme.
¿Que es mi señora doña Ana
tan bella?
MENDOZA. ¿Dudoso estás?
Pues vive Dios que no es más
que de un cielo cifra humana.
Deja, señor, esa duda,
porque Toledo se precia
de no tener fea necia
ni mujer hermosa muda.
Y pues que la vas a ver,
cánsate de preguntar.
D. DIEGO. ¡Ay, Mendoza, no es dudar
el repetir el placer!
¡Ay, pensamientos; no puedo
negar que invidia me dais,
viendo que en un punto vais
desde mi pecho a Toledo!
Ni os impide Guadarrama
ni su aspereza os detiene:
tal desasosiego tiene
quien nunca ha visto a quien ama.
¡Oh grande fuerza de amor!
Digo, Mendoza, que creo
que la fama y el deseo
le engendran mucho mayor
que la vista y la hermosura.
Ea, partamos de aquí,
que ver lo que nunca vi
es lo que el alma procura.
Llevaré de mis criados
los que mejor talle tengan.
Vengan postas.
MENDOZA. Postas vengan.
D. DIEGO. ¡Ay, si corrieran cuidados!
MENDOZA. Mucho me huelgo de verte
tan contento de casarte.
D. DIEGO. Quien casa en tan alta parte
estima su buena suerte.
Ponte en albricias aquí
esta cadena, y perdona.

(*Dale una cadena.*)

MENDOZA. El oro tu mano abona,
aunque es hierro para mí,
con que la traeré de esclavo.
D. DIEGO. Porque yo lo vengo a ser
de tan hermosa mujer
mi buena fortuna alabo.
¿Y cuál hombre tiene el suelo
que así la pueda alabar?,
que es acertarse a casar
la mayor merced del cielo.

(*Vanse. Salen* BERNARDA, *dama, y* ROSELA, *con sombrerillos de plumas y capotillos,* LEONARDO, *su hermano, y dos criados,* ANDRONIO *y* TIRSO, *con una cesta de merienda, en la Casa de Campo de Madrid.*)

LEONARDO. Entre esa yerba poned
esa merienda vosotros,
y adonde vamos nosotros
de aquí a una hora la traed,
que es parte más apacible.
BERNARDA. ¿Pues dónde quieres estar?
LEONARDO. Los estanques es lugar
más fresco y más convenible.
ANDRONIO. No hay en la Casa del Campo
sitio de mayor contento.
TIRSO. El vino es lindo elemento;
entre estas matas le estampo.
ANDRONIO. Coge, Tirso, desa fuente
esta cantimplora de agua.

(*Dásela.*)

TIRSO. Ya voy.
ANDRONIO. Primero la enjagua
y refresca en su corriente.
Pondré la nieve en la herrada
mientras vas.
LEONARDO. ¡Hola!
ANDRONIO. Señor.
LEONARDO. Volvamos, será mejor,
que está la puerta cerrada.
ANDRONIO. De los estanques lo está
muy de ordinario; mas quiero
ir a llamar al portero,
que por esos cuadros va.
BERNARDA. No entiendo que sin licencia
del Alcaide querrá abrir.
LEONARDO. A pedirla quiero ir,
que es más fácil diligencia,
que a la entrada del jardín
estaba cuando llegamos.

(Feliciano y Estacio, *galanes, que vienen siguiendo a* Bernarda.)

Feliciano. Mejor cubiertos estamos
deste esparcido jazmín.
Estacio. Desde aquí la podrás ver
sin que su hermano te vea.
Feliciano. Mucho el agua te (1) recrea
para no acabar de arder.
¡Ay, Estacio, quién pudiera
ser un verdadero Ovidio
de su pensamiento!
Estacio. Envidio
tu amor; si posible fuera
transformáraste en Diana;
gozaras tu dama ansí.
Feliciano. Nunca tan airosa vi
su hermosura soberana.
Estacio. El campo y el traje dél
da a las damas gran donaire.
Feliciano. ¡Quien fuera, cielos, el aire,
para transformarse en él!
Ves aquí un campo de aquellos
que el Metamorfoseos pinta;
mira esta famosa cinta
de arroyos puros y bellos.
Mira por esotra parte
esos cuadros y vergeles,
compitiendo en los pinceles
Naturaleza y el Arte.
Mira aquella Ninfa allí
y qué pudo su hermosura,
pues en ser blanca y ser dura
es mármol y fuente aquí.
Estacio. Oye, que se va su hermano.
Leonardo. Llave y licencia traeré.
Bernarda. Aquí espero.
Leonardo. Volveré
presto.

(*Vase* Leonardo.)

Estacio. Llega, Feliciano.
Feliciano. No te alteres de mirarme,
Bernarda, en este jardín,
que siendo honesto mi fin
mi amor te obliga a escucharme.
Párate, sino es cruel,
que en el campo que estoy viendo
quisieras ser Daphne huyendo
y entre mis brazos laurel.

(1) Así en el texto. Quizá deba leerse: "Mucho el alma se recrea."

Bernarda. ¿Quién te ha dicho, Feliciano,
mi venida?
Feliciano. El corazón,
que en sucesos de afición
nunca profetiza en vano.
Vi el coche a tu puerta; oí
gran alboroto de fiesta,
aunque ya, por tu respuesta,
no lo ha de ser para mí.
No quise preguntar más,
que esto bastó.
Bernarda. Vete luego,
si tu peligro y mi ruego
bastan a volverte atrás.
Mira que mi hermano es hombre
que no sufre libertades.
Feliciano. Ni tú, mi bien, mis verdades,
con ser de mujer su nombre.
Si yo le viere volver
también le diré que aguardo
la llave; que no es Leonardo
tu esposo o tú su mujer.
Bernarda. Es mi hermano, y a quien tengo
en lugar de padre.
Feliciano. Agora
conozco, ingrata señora,
la desventura a que vengo.
Cuando quisiere enfadarse
yo diré que soy tu esposo
Bernarda. Entonces es más forzoso
de tu locura enojarse.
¿Yo marido sin su gusto
de Leonardo?
Rosela. Feliciano,
no tiene amor; es en vano
dar a Bernarda disgusto.
Vete y no le des enojos,
que amor es sólo querer
el gusto de la mujer
en que se ponen los ojos.
Feliciano. ¡Ah, larga desdicha mía,
cuándo acabará mi mal!
Mas siendo el alma inmortal,
no espere el alma este día.
Tengo mis penas en ella;
han de vivir muerto yo,
que esto tiene quien nació
con tan desdichada estrella.
Bernarda. ¡Graciosa lamentación!
Vete entre esos olmos verdes,
que pienso que hablando pierdes
después mayor ocasión.

Que yo me retiraré
de mi hermano y hablaremos
donde con menos extremos
te quiero escuchar.

FELICIANO. Sí haré
sólo por obedecerte,
que no por lo que has de hacer,
porque he venido a creer
que te deleita mi muerte.
¡Plega a Dios que entre esas fuentes
de tal manera te mires,
que por ti misma suspires
y que su espejo acrecientes!
¡Plega a Dios que de estos secos
montes, que el sol abrasó,
te venga a responder yo
en enamorados ecos.
¡Plega a Dios que vuelta en flor
quedes por testigo aquí
de que te has amado a ti
no teniendo a nadie amor.
Ven, Estacio.

ROSELA. ¿Así le dejas?

BERNARDA. Sí, que es en pública parte.

ESTACIO. ¡Lástima me da escucharte!

FELICIANO. A quien no la dan mis quejas
no es menester que se apoyen
en tu honrado proceder,
que pueden enternecer
a las piedras que las oyen.

(Vanse los dos.)

ROSELA. Cruel has andado.

BERNARDA. ¿En qué?

ROSELA. En no le escuchar con gusto.

BERNARDA. ¿Quieres tú que ese disgusto
hoy a Leonardo le dé,
trayéndome sólo aquí
para alegrarme y reírme,
y no sabiendo decirme
lo que pretende de mí?
¿Responderé a sus papeles
en cortesía, si ya
mi amor obligado está,
a lo que decirme sueles?

ROSELA. Sólo te digo que dar
en esto lugar a un hombre
debajo de honrado nombre,
no ofende en ningún lugar.
Alguna, por recogida,
nadie sabe que nació,
y por serlo se quedó
sin casar toda su vida.
¿Nunca has visto los plateros
colgar en aparadores
todas las joyas mejores
a los propios y extranjeros?
Pues la joya de mujer
en estando retirada,
¿de quién ha de ser comprada
si nadie la puede ver?

BERNARDA. Cuando la joya es de fama,
con opinión de valor,
luego lo sabe el señor
y para vella le llama.
Reniega de las mujeres
que en aparador están,
que los hombres te dirán
en qué estiman sus placeres.
Yo sé que es su condición
estimar lo que les cuesta,
y que una mujer honesta
se casa con la opinión.

ROSELA. ¿Luego el sol pierde hermosura
por salir todos los días?

BERNARDA. No; pero saber podrías
que no estiman su luz pura.
Que cuando en invierno viene
tras ocho días de ausencia,
celébrase su presencia
y en más estima se tiene.
Toda dama cortesana
tiene, huyendo la opinión,
la condición del botón:
que está siempre a la ventana.
Pero la que es principal
nunca su recogimiento
le ha quitado casamiento.

(Entran DON DIEGO, MENDOZA *y* LARA, *criados, todos con botas y espuelas.)*

D. DIEGO. ¡No he visto jardín igual!
Por bien empleado he dado
el haberme detenido.

MENDOZA. El de las postas se ha ido
de esperar desesperado.

D. DIEGO. ¿No ves que le dije yo
que entrar en Madrid quería
de noche?

LARA. Ya se volvía
cuando Mendoza llegó.

D. DIEGO. Digo que le dije, Lara,
que se fuese enhorabuena.

MENDOZA. ¿Pues por qué entrar te da pena

de día?

D. DIEGO. Porque repara
Madrid, después que no es Corte
en cualquiera caballero, [(1),
y por la posta no quiero,
pues no hay para qué me importe
alborotar el lugar,
y que vayan a saber
si ha de estar o ha de volver,
mientras la vemos estar.

MENDOZA. Bien dices; pero, por Dios,
que pensé que algo debías
por huír el rostro a los días.

D. DIEGO. ¡No, por vida de los dos!
Tú llevas un desposado,
Mendoza, que no debió
honra ni hacienda, que yo
no tomo nada fiado,
ni prestado lo he pedido,
y si juego es mi dinero.

BERNARDA. ¡Qué gallardo caballero!

ROSELA. Sin duda es recién venido.

LARA. Señor, mira qué mujer.

MENDOZA. Calla, Lara, enhoramala,
que ésta ni otra alguna iguala
a la que vamos a ver.
No la mires, anda acá,
sal de la casa del campo.

D. DIEGO. Soy yo imprenta que me estampo
con cualquiera papel ya.
Bien puedes dejarme ver.

MENDOZA. A tener tus ojos llave
te la echara.

D. DIEGO. ¡Mujer grave
y muy hermosa mujer!

MENDOZA. ¡Qué tan linda, por Dios vivo,
que vale más un zapato
de mi ama!

D. DIEGO. Espera un rato.

BERNARDA. El hombre es galán y altivo.

ROSELA. Este debe de pasar
de camino, y quiso ver
esta casa de placer,
para alguno de pesar.
¿No es bueno que diera un dedo
por saber si viene o va?

LARA. ¿Piensas tú que toda está
la gallardía en Toledo?
Yo te digo que Madrid
es reina de la hermosura.

BERNARDA. Pregunta si por ventura
camina a Valladolid;
que cualquiera que se parte
me pesa, y más este hombre,
que es gallardo y gentil hombre.

LARA. Mendoza, señor, es parte;
yo digo que mi señora
sea un propio serafín,
pero ésta en este jardín
es la primavera ahora.

D. DIEGO. Lara dice bien, por Dios;
mira, Mendoza, que es bella.

MENDOZA. Es pudrirme, que iré a ella
y la...

D. DIEGO. Detente.

MENDOZA. Los dos
os debéis de concertar
para darme estos enojos.
Vuelve, doña Ana, los ojos
desde ese hermoso lugar
y abrasa con tu Solsticio
quien no te adora.

LARA. Recelo
que ha de pedir a Juanelo
otro segundo artificio.
¿Desde Toledo a Madrid
sus ojos han de abrasar?

ROSELA. No me atrevo a preguntar
si van a Valladolid.

D. DIEGO. Este hermoso capotillo
y el de los ojos, Mendoza,
algo tiene que retoza
desto, que no sé decillo.
El sombrero, el aire, el modo,
por Dios que obliga a mirar,
y no me puedes negar
que viene con alma todo.

MENDOZA. ¿Esta condición tenías?
Tierno eres: ¡yo he topado
lindo humor de desposado!
No saldremos en seis días.
A no ser casa de campo
de un Rey, dijera, don Diego,
que la abrasara...

D. DIEGO. Mi fuego
porque no hallaras escampo.
¿Qué tiene aquesta mujer?

MENDOZA. El es lindo Laumedón;
a cada conversación
una grúa es menester.
Vámonos a ver la puente,

(1) Dejó de serlo de 1601 a 1606, entre cuyas dos fechas se escribiría esta comedia.

que es un famoso edificio.
LARA. Dile aquello del Solsticio,
ansí Dios tu vida aumente,
porque le abrase esta tarde.
BERNARDA. ¡Deja, necia, hablaré yo!
ROSELA. No me atrevo.
BERNARDA. ¿Por qué no?—
El cielo, señor, os guarde.

(Allégase a él.)

D. DIEGO. Y guarde a vuesa merced.
MENDOZA. ¡Ya traban conversación!
Enfermo es del corazón.
BERNARDA. Hacedme, señor, merced
de decirme si por dicha
vais a la Corte.
D. DIEGO. Señora,
de la Corte vengo ahora,
y por dicha jamás dicha,
pues entrando sólo a ver
estos jardines reales,
he visto esos celestiales
ojos, que me han de perder.
BERNARDA. Mire que soy ballenata (1);
¿y ha poco que estaba aquí
la Corte?
D. DIEGO. Mire que a mí
soy cortesano y me mata.
BERNARDA. Como eso suele matar
a los que van caminando.
D. DIEGO. ¿Soy bestia?
BERNARDA. Fuéme bridando
el vocablo de matar.
D. DIEGO. ¿Sabe que no matarás,
es el quinto Mandamiento?
BERNARDA. ¿Mátole yo?
D. DIEGO. El pensamiento.
BERNARDA. ¿El pensamiento no más?
Pues mande prender el mío.
D. DIEGO. No, sino vuestra belleza.
BERNARDA. Pues prenda a Naturaleza
o escríbale un desafío.
D. DIEGO. ¿Hay tal cosa? Muerto soy.
BERNARDA. ¿Que de la Corte venía?
D. DIEGO. Y se conoce, a fe mía,
en lo que cortado estoy (2);
aunque allá se fué la Corte
y sólo el yerro dejó,
algún acero quedó
que tiene un poco de corte.
BERNARDA. ¿Dónde va vuesa merced?
D. DIEGO. A vuesa merced no más,
que ni adelante ni atrás
iré.
BERNARDA. Rompa la pared.
D. DIEGO. Coces tengo de tirar,
¡Jesús!, con tanto desprecio,
pues a fe que no era el necio
de los que hay en mi lugar.
Envaine vuesa merced
la espada, por cortesía.
BERNARDA. ¿Cómo, si la herida es mía?
D. DIEGO. ¡Misericordia tened
deste pobre caminante!
BERNARDA. ¿Adónde vais?
D. DIEGO. A Toledo.
BERNARDA. Perdonadme, que no puedo,
señor, pasar adelante,
que viene mi dueño allí.
D. DIEGO. ¿Sois casada?
BERNARDA. No, por Dios;
pero alguno como vos
me estuviera bien a mí.
D. DIEGO. Me estuviera bien a mí,
vive Dios, de no quitarme
de donde estoy, o matarme
con quien me echase de aquí.

(Sale LEONARDO, *hermano de* BERNARDA.*)*

LEONARDO. ¿Hombre hablando con Bernarda?
D. DIEGO. Enfadado viene el hombre.
LEONARDO. ¿Quién es este gentilhombre
que tan atento me aguarda?
¡Lo que parece a don Diego
de Avalos! ¡Válgame Dios,
si es él!
D. DIEGO. ¿Leonardo sois vos?

(Conócense.)

LEONARDO. ¿No me veis?
D. DIEGO. Llegad.
LEONARDO. Ya llego.
D. DIEGO. ¡Miren adónde nos vemos!
LEONARDO. ¿Dónde con botas y espuelas?
D. DIEGO. Hay un millón de novelas.
LEONARDO. Ni acá falta que os contemos.
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué mal hom- [bre!
¿Cómo no me respondéis?
D. DIEGO. Siempre esa queja tenéis.
LEONARDO. ¿Pues no es razón que me asombre?
D. DIEGO. No, que es río del olvido

(1) Es decir; hija de Madrid o de la Ballena.
(2) Quizá deba decir "en lo cortado que estoy".

la Corte y falta lugar.
LEONARDO. ¿Para mí os ha de faltar,
siendo a mi amor tan debido?
Volvámonos luego a Flandes;
pesar de mí, que no había
en toda su Infantería
otros amigos tan grandes.
¿Así os olvidáis allá
de las viejas camaradas?
D. DIEGO. En colgando las espadas
todo en un silencio está.
¡Vive Dios que os he tenido
en el alma y con deseo
de serviros!
LEONARDO. No lo creo,
pues no me habéis respondido.
Que a fe que si no muriera
mi madre y quedara aquí,
Diego, la que veis allí,
que a la Corte a veros fuera.
Mas no me puedo ausentar
hasta casarla.
D. DIEGO. Haréis bien,
aunque yo pienso también,
sólo en verla recatar,
que érades vos su marido.
LEONARDO. Pluguiera a Dios que pudiera
serlo, y que yo mereciera
lo que allí veis escondido,
que es un alto entendimiento
y una virtud singular.
D. DIEGO. Dios os la deje emplear
con igual merecimiento.
LEONARDO. Llegadla a hablar.
D. DIEGO. Es razón.
LEONARDO. Bernarda, el señor don Diego...
D. DIEGO. No digáis más, pues yo llego
a decir mi obligación.
LEONARDO. Es mi dueño, y lo ha de ser
de nuestra casa.
D. DIEGO. Yo os debo
la vida, que en vos no es nuevo
quererme favorecer.
BERNARDA. Seáis, señor, bien venido,
que el estaros obligado
mi hermano me lo ha contado.
D. DIEGO. Estoy tan favorecido
que casi estoy vergonzoso
y me han salido colores,
que sois dos a hacer favores
y yo solo a ser dichoso.
BERNARDA. La sangre que habéis hallado
tan de vuestra parte ha sido,
que al rostro se os ha subido
y deso estáis colorado.
D. DIEGO. Antes por esa razón
descolorir me temía,
que si vuestra sangre es mía
bajárase al corazón.
BERNARDA. Eso fuera tener miedo,
y aquí muy seguro estáis.
LEONARDO. Paz, señores: ¿dónde vais,
don Diego?
D. DIEGO. Voy a Toledo,
y he venido por Madrid
sólo a besaros las manos.
LEONARDO. No mienten los cortesanos:
a lo que vais vos decid.
D. DIEGO. Iba a ver cierta señora
con quien casarme quería.
BERNARDA. ¡Ay de mí, Rosela mía!
LEONARDO. ¿A casaros?
D. DIEGO. No sé agora.
LEONARDO. ¿Cómo no?
D. DIEGO. Nunca la vi.
LEONARDO. Pues, hermano, ver primero;
no os compren con el dinero,
como me quieren a mí.
Mas vive Dios que en las vistas
dije, volviéndome atrás:
"Vade retro, Satanás",
como hacen los exorcistas.
D. DIEGO. Bien decís; vos y yo iremos,
de aquí a diez o doce días,
que estas no son niñerías
para que luego envidemos.
Hay hombre que en estos lloros
apenas a un avariento
oye, envidó un casamiento
con poco punto en los oros,
cuando quiero, le responde,
con el resto de la vida.
LEONARDO. Si no es muy vista y oída
la que más el rostro absconde,
no lo aconsejo a ninguno.
¿Qué os dan?
D. DIEGO. Veinte mil ducados,
con muchos deudos honrados
y cerca del Rey alguno.
LEONARDO. Iremos cuando queráis,
y yo acabaré una gala;
entretanto, de una sala
os suplico que os sirváis,
donde, a usanza de Madrid,

habrá alcoba y limpia cama,
aunque no tenga esa fama.

D. DIEGO. Que no replico advertid,
porque sois mi propio hermano.
Hablad con Bernarda un poco
mientras a partir provoco
cierto hidalgo toledano
que me ha venido a llamar.

LEONARDO. Id en buena hora.

D. DIEGO. Mendoza,
lo que un amigo se goza
cuando otro acierta a topar
que en los peligros lo fué,
no tengo que exagerarte:
a Toledo al punto parte
y di que albricias te dé
mi esposa, que antes de un mes
iré a lo que está tratado.

MENDOZA. ¿Un mes?

D. DIEGO. Estoy obligado
a los amigos que ves,
y no me siento muy bueno:
parte y dile que ya voy.

MENDOZA. Al cabo de todo estoy;
ni lo apruebo ni condeno:
liviano me has parecido.—
Si habías de hacer casado
lo que has hecho, habréme holgado
de todo lo sucedido.
Lo que me dices diré.

D. DIEGO. ¡Mendoza, Mendoza, espera!

MENDOZA. Si guardas desta manera
palabras, firmas y fe,
haré que se rasgue allá
lo escrito.

D. DIEGO. ¿Estás enojado?
Ve y dile que mi cuidado
no queda durmiendo acá,
que más presto que tú piensas
veré a mi esposa.

MENDOZA. Sí haré.

(*Vase* MENDOZA.)

D. DIEGO. ¿Fuése el necio?

LARA. Ya se fué.

D. DIEGO. Que le he sufrido de ofensas...

LARA. ¿Quédaste aquí?

D. DIEGO. No lo excuso;
ya al criado despaché.

BERNARDA. Con descontento se fué.

D. DIEGO. En contingencia me puso
de perderos el respeto.

LEONARDO. Vámonos a merendar,
que después habrá lugar
de hablar.

D. DIEGO. Yo os quiero, en efeto.

(*Vase* LEONARDO *y van saliendo* FELICIANO *y* ESTACIO.)

BERNARDA. ¿Vos a mí?

D. DIEGO. Mirad qué tanto,
que he dejado de ir a ver
mujer que era mi mujer.

BERNARDA. De vuestra intención me espanto.

D. DIEGO. Señora, no os espantéis,
pues una nave es más grave,
y hay quien detenga una nave.

BERNARDA. ¿Pues de mí qué pretendéis
siendo casado?

D. DIEGO. No soy.

BERNARDA. ¿Pues a qué vais a Toledo?

D. DIEGO. No voy, pues dejarlo puedo,
que a vos solamente voy.

BERNARDA. ¿Soy yo Toledo?

D. DIEGO. Seréis.

BERNARDA. Y si tan fuerte nací...

D. DIEGO. Cercaros todo, que ansí
con el tiempo os rendiréis.

BERNARDA. No se rinde tal ciudad.

D. DIEGO. Es muy ordinario haber
en ciudades de mujer
portillos de voluntad.

BERNARDA. ¿Pensáis de entrar por la mía?

D. DIEGO. O morir en la demanda.

ROSELA. Seguidla, que mucho ablanda
el servicio y la porfía.

(*Vanse los tres.*)

FELICIANO. ¿Haslo visto?

ESTACIO. Bien lo vi.

FELICIANO. ¡Ah, gentilhombre!

LARA. ¿Quién llama?

FELICIANO. Un pariente desa dama;
¿mas de dónde viene aquí
ahora ese caballero?

LARA. De Valladolid.

FELICIANO. ¿Y está
ahora de asiento allá?

LARA. No mucho.

FELICIANO. ¡Ay, Estacio; hoy muero!
¿Cómo se llama?

LARA. Don Diego
de Avalos.

FELICIANO. ¿A qué ha venido?

LARA. No viene aquí.

FELICIANO. ¡Ya he tenido
vida! Mas oídme, os ruego.
¿Va lejos? ¿Va acaso a Flandes?
ESTACIO. ¿Tan lejos quieres que fuera?
LARA. No, señor; más cerca espera
hacer hazañas más grandes.
FELICIANO. ¿Más cerca? ¿Dónde?
LARA. En Toledo.
FELICIANO. ¿Pues qué hazañas puede hacer?
LARA. Casarse, que es menester
perder al peligro el miedo.
ESTACIO. Bien dijo: hazaña es casar;
Casar un lugar se llama,
donde un discreto de fama,
que le pudiera nombrar,
este equívoco escribió:
"Quien pasa por el Casar,
por todo puede pasar."
FELICIANO. Del lugar se aprovechó.
LARA. ¿Mandáis más?
FELICIANO. Esto quería.
LARA. Adiós.
FELICIANO. El vaya con vos.
Consolado estoy, por Dios,
de la pena que tenía,
ver que mientras aquí está,
aún no me faltan recelos.
ESTACIO. Es condición de los celos;
pero esta noche se irá.
FELICIANO. Si la lleva a su posada
muerto soy.
ESTACIO. Sí que es galán.
FELICIANO. Detrás de aqueste arrayán
quiero ver mi muerte amada.

(Vanse. Salen DOÑA ANA *y* CLARINO, *en Toledo.)*

CLARINO. Con el ordinario escribe
que otro día se partía.
D.ª ANA. Pues ayer llegar tenía.
CLARINO. Detendráse si apercibe
galas para esta ocasión
y otras cosas necesarias.
D.ª ANA. Nacen sospechas tan varias
de principio de afición.
CLARINO. ¿Pues estás aficionada?
D.ª ANA. Si es que mi esposo ha de ser,
por fuerza habré de tener
principios de enamorada.
CLARINO. ¿Sin verle?
D.ª ANA. Ya no es sin ver
decirme dél tantas partes.
CLARINO. En mi mocedad, en artes,
doña Ana, fuí bachiller,
y supe que no se amaba
lo que no se conocía;
mas que si su igual se vía
lo ausente se imaginaba.
Hombres has visto, y ansí
quieres un hombre como ellos.
D.ª ANA. Yo imagino algunos dellos
que de buenos talles vi,
y formo en mi fantasía
este rostro que ya quiero.
CLARINO. Que vendrá esta noche espero,
o mañana antes del día.
Salir quiero a preguntar
si es que por Visagra entró,
por ventura se encondió
por verte.
D.ª ANA. Estoy por pensar
que has dado en lo que es más [cierto.
CLARINO. Los viejos sabemos más;
mas si te ve como estás
no saldrá ya del concierto.

(Vase.)

DOÑA ANA.

¡Oh verdugo del alma, la esperanza!
Quien sin desesperar un bien espera
no es hombre, es piedra; que una piedra en cera
convierte la sospecha en la tardanza.
Conozco, en fin, que quien espera alcanza;
mas no hay bien, que si espero le quisiera,
por no esperar, que la esperanza altera
la paz del alma y la mayor bonanza.
Consume la esperanza poco a poco
la mejor sangre, y de una en otra duda
los enigmas difíciles retrata.
¿No te bastaba, amor, ser ciego y loco,
sino engendrar a la esperanza muda,
que no dice quien es hasta que mata?

(Salga MENDOZA *de camino.)*

MENDOZA. Dame, señora, esas manos.
D.ª ANA. ¡Jesús! Mendoza, ¿tú eres?
¿No me abrazas? Pues no quieres
no son mis recelos vanos.
¿Qué es esto? ¿Tristeza en ti?
No tengo que preguntarte,
porque con sólo mirarte
sé que a don Diego perdí.
MENDOZA. Ya fuera el agravio mucho;
consuelo el suceso tiene.
D.ª ANA. Pues dime, ¿don Diego viene?

MENDOZA. Escúchame atenta.
D.ª ANA. Escucho.
MENDOZA. Salió de Valladolid,
Corte del Tercer Filipo,
don Diego de Avalos y Arce
para casarse contigo.
Pasó el alto Guadarrama,
desde cuyo frontispicio
se ven los campos alegres
de Manzanares, un río
a quien da nombre un lugar
porque allí toma principio
con Madrid, en bosques franco,
y en agua aunque clara esquivo,
a cuya vista se mira,
entre mil olmos antiguos,
la hermosa Casa del Campo,
que este es su propio apellido.
Donde llegando a las tres,
que quería entrar nos dijo
de noche, por excusar
visitas de sus amigos,
y despidiendo las postas
entró en el verde edificio
a esperar en sus alhombras
de la noche el manto frío.
Entramos por un jardín,
a quien el agua de un risco
a cada flor daba un caño
entre arrayanes y mirtos,
a una casa, aunque pequeña
lustrosa, que no han querido
hacerla mayor los Reyes
porque está enfrente de un rico
y suntuoso palacio
que siendo capaz en sitio
de aposentar a su dueño
parece a la vista un brinco.
Luego los hermosos cuadros
de la primavera vimos,
dechados de sus labores
sobre la tierra extendidos.
Cebando los libres ojos
en violetas, en narcisos,
rosas, azucenas, salvias,
retamas, claveles, lirios,
todos con hermosas fuentes,
y de labores vestidos,
de afeitadas ajedreas,
de romeros y tomillos.
Vimos unas salas de agua,
cuyos techos, guarnecidos
de mil piedras, daban luces
como rubíes y jacintos.
Viste las paredes yedra,
con sus hojas y racimos,
donde está la cueva antigua
y el dios del agua marino,
que sobre juncos y helechos
eternamente tendido
hace sudar a las piedras
agua por dos mil resquicios,
y cuya puerta acompañan
dos ninfas en sus dos nichos
de mármol blanco, y de quien
hiciera historias Ovidio.
En medio deste jardín
se ve de alabastro liso
la gran fuente que de Italia
trujeron a Carlos Quinto,
con ocho marinos dioses
y cuatro desnudos niños;
las águilas del Imperio,
tres tazas, mil artificios,
que si alcanzara esta edad
enmudeciera Lisipo
de ver diversos trofeos
tan altamente esculpidos.
Después de otros cenadores
a diferentes caminos,
vimos en medio de un mar
sobre una peña un castillo,
a quien en torno asestados
disparaban dos mil tiros:
en vez de sus fuegos, agua,
y en vez de balas, granizos.
Por otras fuentes después
a cuatro cuadros subimos,
donde sabrosos frutales
forman otro paraíso,
que parece que en cualquiera
del manzano más propicio
se han de ver Eva y Adán
en aquel engaño mismo.
No digo, por no cansarte,
lo que en esta casa he visto;
no de sus estanques hablo,
por cuyos cristales limpios
los cándidos cisnes nadan,
y por cuyos fondos fríos
habitan carpas y tencas,
como el ganado en aprisco,
porque al llegar a sus bosques
vió don Diego, tu marido,

una mujer principal,
lindo talle, gentil brío,
hermana de un caballero,
con quien dice que ha vivido
años en Flandes, soldado.
Háblanse los dos amigos,
y ofreciéndole su casa,
muy demudado me dijo
que ha de partirse a Toledo
tan locamente perdido,
que dice que de aquí a un mes
vendrá a verte.

D.ª ANA. ¿Que no ha escrito
don Diego y que en Madrid queda
dese nuevo anzuelo asido?
¿Quieres que le culpe?

MENDOZA. Sí;
pero no, que no te ha visto.

D.ª ANA. ¿Qué hombre es don Diego? ¿Podré
dejarle?

MENDOZA. ¿Al hombre más lindo
que ha hecho el cielo? Era justo
por este injusto delito,
si fuera Toledo mudo.

D.ª ANA. Sí, que Toledo ha sabido
mi concierto y escritura;
hablarán mis enemigos,
que muchos, para quien yo
fuí, Mendoza, basilisco,
viendo ocasión de venganza
serán áspides conmigo.
Llámese acá a mi tutor,
pero no sepa Clarino
la liviandad de don Diego.

MENDOZA. Locura de mozo ha sido.

D.ª ANA. Dado me han el parabién,
y en casa del Arzobispo
todos saben por mi pleito
que hoy espero a mi marido.
¿Hay tal desdicha? ¿Hay tal cosa?
Pierdo, Mendoza, el juicio;
si se muriese don Diego
no va poco arrepentido.
Ahora bien; esto es honor.
Ni mi tutor ni mi tío
sepan donde voy, Mendoza,
que tú solo irás conmigo.

MENDOZA. ¿Dónde, señora?

D.ª ANA. A Madrid.

MENDOZA. ¿Cómo?

D.ª ANA. En varonil vestido.

MENDOZA. ¿Estás loca?

D.ª ANA. Estoy corrida,
que en la mujer son principios.

MENDOZA. Vuelve en ti, que la pasión
te hace decir desatinos.

D.ª ANA. Mendoza, di que son hechos,
que poco importarán dichos.
Yo he de ir a Madrid, Mendoza,
y he de ver a mi enemigo.

MENDOZA. Norabuena; pero en traje
de tus pensamientos digno.

D.ª ANA. Cuando uno quiere vengar
una afrenta ¿no es arbitrio
dejar el vestido propio
y tomar otro vestido?
Pues eso mismo haré yo.

MENDOZA. Que lo imagines te pido.

D.ª ANA. Tengo honra, no me detengo;
tengo amor, y no imagino;
no me he de matar, que hay alma;
yo no soy Porcia ni Dido:
no es amor para cobardes.

MENDOZA. Antes sí, que amor es niño.

D.ª ANA. Si sabes que soy mujer,
¿qué me replicas?

MENDOZA. Replico
por tu honor.

D.ª ANA. Aguarda, esposo;
no puedo decirte mío.

ACTO SEGUNDO
DE LA GALLARDA TOLEDANA

(*Salen* DON DIEGO DÁVALOS *y* MENDOZA, *de camino.*)

D. DIEGO. Admírame que no escriba.

MENDOZA. No escribe porque te aguarda.

D. DIEGO. ¿Queda buena?

MENDOZA. Y tan gallarda
que al sol de sus rayos priva.

D. DIEGO. No sé, Mendoza, si puedo
ir tan presto a nuestras vistas.

MENDOZA. Más despacio la conquistas
que el rey Alfonso a Toledo.
Fuera de Valladolid,
¿qué disculpa habrá que intentes?

D. DIEGO. Siempre fué cárcel de ausentes
este cielo de Madrid.
Sus azules paramentos,
pintados de novedades,
hasta en libres voluntades
influyen detenimientos.

Mal anduviste en no hacer
que me escriba.

MENDOZA. A quien ya viene,
¿para qué? Y más si no tiene
cartas a que responder.
Tu venida ha confirmado
no la haber tú escrito a ella.
¡Oh si la vieras, más bella,
con un vestido rosado,
que sale por Oriente
el anunciador del día,
dando mayor alegría
que el alba su hermosa frente!
Díjele tu enfermedad,
y enterneciendo los ojos
vertió en sus claveles rojos
de perlas gran cantidad,
cuyas hermosas corrientes
su boca intentó cogerlas,
porque guarde tales perlas
el nácar de tales dientes.
Que si nacen de rocío
en ellos se engendrarán.

D. DIEGO. Lejos estos necios dan
deste pensamiento mío.
Y éste que tanto la alaba
no conoce que me ofende;
pero es mercader que vende
y ningún concierto acaba.
Estoy ya tan adelante
en este mi nuevo amor,
que este necio embajador
temo que a Bernarda espante.
¡Ah cielos, qué presto muda
la voluntad de opinión,
por mucho que la razón
intente darle su ayuda!
¿Cómo podré deshacer
la escritura de doña Ana?

MENDOZA. Hoy nuestra esperanza vana
quiere un imposible hacer,
que entendido el pensamiento
de don Diego, es disparate
que más mi señora trate
de esforzar su casamiento.
En la puente la dejé,
que hasta llevarla esta nueva
no es justo que a entrar se atreva,
por muy oculta que esté.
Dios sabe que la he reñido
el hábito que ha tomado,
pero es amor desbocado
cuando va siguiendo olvido.
Y si en efecto es locura
callar y seguir su amor,
¿qué habemos de hacer, señor?

D. DIEGO. Sólo descansar procura,
Mendoza, que has caminado,
y hablemos después los dos.

MENDOZA. Pues adiós.

D. DIEGO. Vete con DIOS.

MENDOZA. Harto bien me ha despachado.
No me quejaré a lo menos
que me ha detenido aquí.

D. DIEGO. ¿No te vas, Mendoza?

MENDOZA. Sí,
que de sueño tengo llenos
los ojos, porque a las tres
anoche salí de Illescas.

D. DIEGO. Este por nuevas tan frescas
querrá también su interés.
Por cuenta de la cadena
podré poner estos pasos,
que son diferentes casos
los que amor de nuevo ordena.
Vuelve a las doce a buscarme.

MENDOZA. Rabiando de enojo voy.

(BERNARDA *en alto.*)

BERNARDA. ¡Ah, señor don Diego! ¿Es hoy
la partida?

D. DIEGO. Vino a darme
este enfadoso escudero
nuevas de aquella señora.

BERNARDA. ¿Y de qué se trata ahora?

D. DIEGO. De que tratarla no quiero;
estoy muy de espacio aquí,
aunque apriesa me matáis.

BERNARDA. ¿Luego ya no os vais?

D. DIEGO. Si estáis,
hermosa Bernarda, en mí,
preguntad al alma cuándo
y si me parto o me quedo.

BERNARDA. ¿Y qué dirán en Toledo,
donde os están esperando?

D. DIEGO. Esperen toda su vida
hasta que su engaño vean,
que yo voy, porque lo crean,
dilatando mi partida.
Más cerca hallé mi mujer
de aquello que presumí.

BERNARDA. ¿Dónde la hallastes?

D. DIEGO. Aquí,
porque vos lo habréis de ser.

Que a no saber vuestro hermano
mi tratado casamiento,
con amigo atrevimiento
le pidiera vuestra mano.
Pero no quiero que antes
que en Toledo esté deshecho,
juzgue liviano mi pecho
en negocios semejantes,
y porque era quedar mal
casarme y no dar razón
donde tuve pretensión
con dama tan principal.
Esto, y ver tantos desvelos
de tantos competidores,
que invidiando mis favores
me quieren matar de celos,
hace a mi bien resistencia
y pone a mi mal temor,
que es como cisne el amor
que no sufre competencia.

BERNARDA. ¿Competidores?

D. DIEGO. Ni fuera
vuestro valor el que debe
si al sol, al agua, a la nieve
menos deseos trujera (1).
Pero vos entre los buenos
amad, señora, el mejor;
pues tenéis tanto valor,
estimaos, ojos serenos.
Porque en la opinión que estáis,
de hermosos y de atrativos,
más os querrán por esquivos
que si a cuantos veis os dais.

BERNARDA. Si yo no doy ocasión,
¿qué importan sus pretensiones?

D. DIEGO. Con mirar dais ocasiones
para tanta pretensión.
Y si ser dueño esperáis
de alguno, es bien que miréis
que menos dueños seréis
mientras más dueños tengáis.
Estad algún tiempo ajenos
de piedad, mirad con ira,
porque si cualquiera os mira
seréis tenidos en menos.

(*Salen* FELICIANO *y* ESTACIC.)

FELICIANO. Propuesto traigo estos días
que en viendo este hombre a estas re-
ha de entender que mis quejas [jas
nacieron de sus porfías.
Que no contento con ser
huésped donde puede hablar,
nos quiere a todos quitar
la vista desta mujer.

ESTACIO. ¿No decían que a Toledo
iba a casarse?

FELICIANO. No sé.
Mucho hará si saca el pie
deste peligroso enredo.
Días ha que vive aquí,
tantos ha que me da celos.

ESTACIO. Curarse de los desvelos
es lo mejor.

FELICIANO. ¿Cómo ansí?

ESTACIO. Hablándole en sana paz
y diciéndole tu intento.

FELIICANO. ¿Querrá oírle?

ESTACIO. Estará atento
si es de sentirle capaz.

FELICIANO. Voy.

ESTACIO. Pues al campo le lleva,
donde oiga el caso hasta el centro.

BERNARDA. Mi hermano viene.

D. DIEGO. Entraos dentro.
Gente viene, cosa nueva
me parece el allegarse
tanto aquel hombre a esta reja:
ya se acerca, ya se aleja
y comienza a demudarse.
¿Quiere vuesa merced algo?

FELICIANO. Hablar a vuesa merced.

D. DIEGO. ¿Dónde?

FELICIANO. Tendré a gran merced
que sea en el campo.

D. DIEGO. Allá salgo.

(*Vase.*)

FELICIANO. El hombre es hombre.

ESTACIO. No hay duda;
desvíate un poco dél.

FELICIANO. Recio va.

ESTACIO. Vete tras él (1).

FELICIANO. El paso y la color muda.

ESTACIO. ¿Temes algo?

FELICIANO. A sólo Dios.

ESTACIO. El te guíe.

FELICIANO. Aquí me espera.

ESTACIO. Mal sufro, puesto que quiera
que vayan solos los dos.
Seguirélos, que escondido

---

(1) En la edición de Correa, "traxera."

(1) En los textos "ve", que hace el verso corto.

desde algún árbol verélos.
¡Cuánto pueden unos celos,
en risa (1), ausencia y olvido!

(Entra Doña Ana *en hábito de hombre, con botas y espuelas, y* Montalvo, *criado.)*

D.ª Ana. Mira, Montalvo, si acaso
parece por la calzada.
Montalvo. No parece en ella nada,
que todo el campo está raso.
D.ª Ana. Mendoza no considera
que en el campo me dejó.
Montalvo. Si acaso en Madrid topó
alguna moza parlera,
habrá imitado a don Diego,
y en Madrid se habrá quedado.
D.ª Ana. El tiene gentil cuidado
en las cosas que le ruego.
¡Cielos! ¿Qué Madrid es éste?
¿Qué liga tienen sus ramos,
que apenas hombre enviamos
que menos cárcel le cueste?
¿Es, por ventura, la cueva
de Salamanca?
Montalvo. No sé;
allá enhoramala fué
el nuestro pece de Esgueva.
Mas, por Dios, que no ha salido
del (2) laberinto de Creta.
D.ª Ana. En un alma tan discreta
debe de estar escondido.
Ojos con que adormeciera (3)
puesto en razón estuviera;
mas no que sin filos corte;
tanto bueno le ha quedado.
Montalvo. Madrid, señora, parece
a un rico, que aunque empobrece
queda en razonable estado.
D.ª Ana. Como es grande, estánle mal
calzones a lo flandesco.
Montalvo. Aquí corre viento fresco;
siéntate en este arenal,
que solía ser el río
que se llama Manzanares,
que duerme en caniculares
y despierta en tiempo frío.
D.ª Ana. ¿Cómo puedo sosegar?
Ve a Madrid, Montalvo, corre:
la soledad me socorre,
bien puedo sola quedar.
Busca en casa de Leonardo,
que es donde don Diego posa,
a este necio, que reposa
cuando yo me abraso y ardo.
Montalvo. ¿Dónde vive?
D.ª Ana. A la Pasión,
que es donde a mí me la dan.
Montalvo. Sé que a cuantos allá van
les da mal de corazón.
No querría, por Dios vivo,
quedarme también allá.
D.ª Ana. Temiendo lo quedo ya.
Montalvo. Hora bien, voy por tu olivo,
que quiero ser la paloma
desta fiera tempestad.
D.ª Ana. ¿Y vendrá?
Montalvo. Con brevedad.
D.ª Ana. Camina.
Montalvo. Consuelo toma.

(Vase.)

Doña Ana.

Bosque del río de Madrid, no puedo
hallarme en vuestras verdes soledades,
enseñada a decirle mis verdades
al gran Tajo, corona de Toledo.
Olmos, bien sé que en vuestros ramos quedo
presa, en venganza de otras libertades,
que se suelen mudar las voluntades
y de las esperanzas nace el miedo.
Conocedme por hombre, fuentes claras,
que quien ha de sufrir ha de ser hombre;
y tú, que vas huyendo a quien te sigue,
ya que eres mi fortuna, ¿por qué paras?
Mas como soy mujer temes el nombre,
que olvida amada y con desdén persigue.

Feliciano. Pare aquí vuesa merced,
que basta pasar la puente,
donde ya no hay tanta gente.
D.ª Ana. Sauces, mi cuerpo esconded,
que vienen aquí dos hombres.
Parado se han. ¿Qué querrán?
Pero de pendencia están.
Ea, brazo, no te asombres;
ya eres de hombre; vive Dios
que he de hacer lo que me toca.

(1) En la edición de Correa dice "es risa". En ambos el sentido es obscuro.
(2) En la edic. de Correa dicen estos dos versos:
Mas, por Dios, que no ha sabido
el Laberinto de Creta.
(3) Falta el primer verso de esta redondilla en ambos textos.

(*Entra* ESTACIO.)

ESTACIO. ¡Cuánto el amistad provoca (1),
pues voy sirviendo a los dos
contra el término debido
y el honor de Feliciano!
Pero no ha sido en mi mano.

D. DIEGO. Decidme a lo que he venido.

FELICIANO. ¿De dónde sois?

D. DIEGO. A la puerta
me lo preguntó la guarda,
que sospecho que se guarda,
aunque es la sospecha incierta.
En el campo no hay a quien
deba decille quien soy:
basta decir que aquí estoy
y que soy hombre de bien.

FELICIANO. Yo os hablo con cortesía.

D. DIEGO. Y yo la tengo con vos.

FELICIANO. Importa el hablar los dos
algo que ya es honra mía;
y aunque vos no me digáis
quién sois, os lo diré yo:
para que el que aquí os sacó
y por que ocasión sepáis,
yo me llamo Feliciano,
soy Ramírez de Madrid.

D. DIEGO. Yo soy de Valladolid,
a lo castellano, llano;
y para decirlo en breve,
don Diego Dávalos soy,
que en aquella casa estoy.
¿De estar allí qué se debe?

FELICIANO. Débese considerar
que puede dueño tener.

D. DIEGO. ¿Hay allí alguna mujer
que vos podáis sujetar?

FELICIANO. Sujetar no; mas podría
ser mi mujer.

D. DIEGO. Si lo es,
respetaréla después
que sea vuestra, pues no es mía.

FELICIANO. Esta palabra me ha dado
Bernarda.

D. DIEGO. Pues no hay razón
que yo impida posesión
a un hidalgo tan honrado.
Servilda, que yo os la doy
de no pretendella.

FELICIANO. En todo
mostráis el hidalgo modo
de quien sois.

D. DIEGO. Muy vuestro soy.

FELICIANO. Esto quería, no más.
Adiós.

D. DIEGO. Esperad un poco.

FELICIANO. ¿Queréis algo?

D. DIEGO. No revoco
la fe, ni lo haré jamás.
Pero habiendo aquí salido,
¿cómo quedaré también
con el lugar, si con quien
me ha sacado no he reñido?
Meted mano a vuestra espada.

FELICIANO. Jamás hombre me pidió
que la desnudase yo,
que la tuviese envainada.

(*Echa mano y llega* ESTACIO.)

ESTACIO. Aquí tienes un amigo.

D. DIEGO. Que fué traición advertid.

FELICIANO. Nunca hombre de Madrid
fué traidor, ni yo contigo.
Estacio, vete en buen hora.

ESTACIO. No habéis de reñir, por Dios.

(*Llega* DOÑA ANA.)

D.ª ANA. Pues estemos dos a dos,
que yo sé quien se mejora.

D. DIEGO. ¿Quién sois, caballero?

D.ª ANA. Un hombre
que vió aquesta sinrazón.

D. DIEGO. ¿Qué os mueve?

D.ª ANA. Sola afición,
que apenas sé vuestro nombre,
porque desde donde estaba
ninguna cosa entendí.

D. DIEGO. Yo os agradezco que aquí...

D.ª ANA. ¿Qué aguardas, villano?, acaba.

D. DIEGO. ...me queráis favorecer.
Teneos.

D.ª ANA. Es imposible;
pícome de lo terrible,
en llegando que ha de ser.
Vuesa merced se desvíe;
mataréle aquellos dos.

D. DIEGO. ¿Juntos los dos?

D.ª ANA. Si, por Dios.

FELICIANO. ¡Oh, qué bien!

D.ª ANA. ¿De qué se ríe?
Que si le tomó la risa
por blanco de furia tanta,

(1) En ambos textos "procura", que no rima con "toca".

de su cobarde garganta
haré la espada camisa.
¡Fuera digo!

D. DIEGO. ¡Deteneos,
pesar de quien me vistió,
que también soy hombre yo!

D.ª ANA. Yo también en los deseos.

FELICIANO. Sosiéguese, gentilhombre;
mire que es mozo.

D.ª ANA. Sí soy,
y aunque sin barbas estoy
soy tan hombre como otro hombre.

FELICIANO. ¿De dó bueno?

D.ª ANA. Toledano,
que puede decir y hacer.

D. DIEGO. Vos me obligáis a tener
queda la espada y la mano,
que habéis tomado tal furia
que sólo por deteneros
he bajado los aceros
que levantaba la injuria.

D.ª ANA. ¿Por qué razón?

D. DIEGO. Porque quiero
que no riñáis por mí aquí.

D.ª ANA. Pues quiero reñir por mí.

ESTACIO. Paso, hidalgo.

D.ª ANA. Caballero
soy, y me pondré mañana
la de Calatrava al pecho,
que Su Majestad me ha hecho
merced.—¡Ay, pobre doña Ana!
¿Adónde tienes el seso?

D. DIEGO. A vuestras mercedes pido
dejen esto, pues ha sido
de todo el mejor suceso,
que por allá nos veremos.

FELICIANO. Dondequiera que queráis.

D.ª ANA. ¿Cómo que ansí lo dejáis?

D. DIEGO. Quedito, no hagáis extremos.

(*Váyanse envainando.*)

D.ª ANA. ¿No me dejaréis pelar
aquel par de gallinillas?

D. DIEGO. Fío de vos maravillas;
pero volved a envainar,
que ya los hombres se han ido,
y decidme qué os movió.

D.ª ANA. Vuestro talle me obligó,
que parecéis bien nacido,
y el ver que saliesen dos
para un hombre.

D. DIEGO. Envainad ya.

D.ª ANA. Digo que envainado está.

D. DIEGO. Confieso que os debo a vos
la vida.

D.ª ANA. ¿Burlas?

D. DIEGO. Oíd.
Botas y espuelas traéis;
¿vaisos, por dicha, o tenéis
algo que hacer en Madrid?

D.ª ANA. Aquí he de estar ocho días,
que un hombre vengo a buscar.

D. DIEGO. Conmigo habéis de posar.

D.ª ANA. ¡No, por Dios!

D. DIEGO. Vanas porfías.
Aquí soy huésped también.

D.ª ANA. No he visto hombre más gallardo;
¡ojalá que el que yo aguardo
me pareciese tan bien!
Por Dios, que si con él voy
y me arrimo un poco al fuego,
que he de ser como don Diego
y quedarme donde estoy.
¡Qué gracia de desposados,
todos donde van se quedan!

D. DIEGO. Si los cuidados se heredan,
éste hereda mis cuidados.
Porque si Bernarda ha sido
tan libre con Feliciano,
y ya le ha dado la mano
de que ha de ser su marido,
no tengo que pretender;
mas por hacerle pesar
quiero a su casa llevar
quien tantos le puede hacer.
Este mancebo es gallardo,
más que en mi vida le vi;
seré su tercero allí
y que la enamore aguardo,
de suerte que no la goce
el villano Feliciano.

D.ª ANA. Ved el ciego error humano:
hoy ninguno me conoce,
y era en Toledo mujer,
no ha dos días tan querida
de muchos, cuanto ofendida
de quien me ha quitado el ser.

D. DIEGO. Mientras en la villa entramos
quiero que sepas la historia
desta pendencia.

D.ª ANA. ¡En qué gloria,
ojos atrevidos, vamos!
Plegue al cielo que don Diego
con quien quisiere se case,

y que la escritura abrase
y entrambas firmas mal fuego.

D. DIEGO. ¿Cómo es tu nombre?

D.ª ANA. Don Juan.

D. DIEGO. Pues oye, don Juan.

D.ª ANA. ¡Ah, cielos,
ya comienzo a tener celos!

D. DIEGO. Verás en qué punto están
los pasos por donde fuí
tan dichoso y desdichado.

D.ª ANA. Sin duda está enamorado.
¡Yo soy muerta!

D. DIEGO. Escucha.

D.ª ANA. Di.

D. DIEGO. Traté por cartas, don Juan,
un casamiento en Toledo,
tan rico...

D.ª ANA. ¡Válame Dios!

D. DIEGO. ¿De qué te pones suspenso?

D.ª ANA. Dejé en Toledo unas cartas
que eran todo mi remedio.
Prosigue, enviaré por ellas.
Di, por tu vida: ¿ya es hecho?

D. DIEGO. Tan rico, noble y honrado,
que cualquiera caballero
pudiera tener a dicha
tan honrado casamiento.
Hubo pleito en los principios,
pero sosegóse el pleito,
que era hacienda de menores
y pesadumbre entre deudos.
Di poder, hice escritura,
firméla, y en este tiempo
envió mi esposa un hombre (1).

D.ª ANA. ¿Adónde?

D. DIEGO. A Valladolid.

D.ª ANA. ¿Qué es esto, cielos?

D. DIEGO. No creo
que escuchas de buena gana.

D.ª ANA. Gana de escucharte tengo;
pero pensando en las cartas
tal vez el alma divierto.
Di adelante, por mi vida.
¡Válate Dios por el pliego!

D. DIEGO. ¿Hallástele?

D.ª ANA. No; prosigue,
y di: el paje o escudero,
¿cómo se llamaba acaso?

D. DIEGO. Mendoza.

D.ª ANA. ¿Qué estoy oyendo?

D. DIEGO. Con este y otros criados,
galas, plumas y deseos,
de más colores y jaspes
que puesto el sol tiene el cielo,
parto de Valladolid,
y paso alegre y contento
las cumbres de Guadarrama,
que fué deste pasto el puesto.
Llego a Madrid, y a la entrada
a ver los jardines entro,
obra insigne del Segundo
para Felipe Tercero.
Vi una dama, y porque diga
de amor los altos efetos,
en un instante tras sí
me llevó los pensamientos,
de suerte que hasta las flores
que pisaban sus pies tiernos
quisiera que fueran almas
que salieran de mi cuerpo.

D.ª ANA. ¿Tan presto?

D. DIEGO. Lo que es milagro
hace sus efetos presto:
fué milagro su hermosura,
y en los milagros no hay tiempo.
Era su hermano mi amigo,
llevóme a su casa, y luego
que vieron mis esperanzas
celajes de mi remedio,
envié el paje a mi posada
diciendo que estaba enfermo,
y no le mentí, por Dios,
pues que me dió mal de fuego.
Olvidéme de mí propio,
cuanto más de los conciertos,
y como ladrón de casa
hice llaves a su pecho.

D.ª ANA. Agravio hiciste a tu esposa.

D. DIEGO. No la nombres si eres cuerdo,
pues fué esposa de mis manos,
y no de mis pensamientos.
Demás de que no la agravio,
pues no la he visto.

D.ª ANA. Yo creo
que la tuvieras amor
si tiene merecimientos,
que me pareces un poco
levantado de celebro.
Perdona, que soy tu amigo,

(1) Hemos suplido este verso, quitando el que en ambos originales decía: "Envié de espada un hombre en efecto", que, además de ser muy largo no hace sentido. Por lo que se añade luego, se ve que Lope lo escribió como nosotros lo corregimos.

si esto ha sido atrevimiento.
D. DIEGO. Pudiera ser que la amara,
y que me castiga el cielo
voy, don Juan, imaginando
en el fin de mi suceso.
Hoy el hidalgo que viste
me sacó al campo.
D.ª ANA. Sospecho
que quiso hacerte traición,
pues no vino cuerpo a cuerpo.
D. DIEGO. Díjome que era su esposo;
yo, viendo, don Juan, el dueño,
conocí su liviandad.
D.ª ANA. Y era bastante el ejemplo;
y aunque por ser yo tan mozo
y no pedirme consejo
me juzgues por loco, escucha
lo que te digo.
D. DIEGO. No puedo,
que ya sé que me dirás
que deje este loco intento
y vaya a ver a mi esposa.
D.ª ANA. ¿No podrás?
D. DIEGO. No, que estoy ciego.
D.ª ANA. ¿Pues qué has de hacer?
D DIEGO. Tú eres hombre
mozo, galán, caballero;
llevarte quiero a su casa
y entenderás lo que emprendo.
D.ª ANA. ¿Cómo?
D. DIEGO. Enamora esta dama,
que yo quiero ser tercero.
D.ª ANA. ¡Miren por dónde se traza
que aquí todos nos quedemos!
D. DIEGO. Yo le contaré tus partes.
D.ª ANA. ¿Pues qué pretendes?
D. DIEGO. Pretendo
que la pierda Feliciano,
por quien tengo tantos celos.
Y aun si te quieres casar,
aunque te cruce los pechos
la de Calatrava, tiene
mayores merecimientos,
y de quince mil ducados
arriba.
D.ª ANA. ¿Cierto?
D. DIEGO. Es tan cierto
como que tú eres don Juan.
D.ª ANA. Tendrá muy poco dinero. (*Ap.*)
D. DIEGO. ¿Qué dices?
D.ª ANA. Que si me casas
con tan divino sujeto,
te daré mujer más noble
en dote, en sangre y en deudos.
D. DIEGO. Tomaréla de tu mano.
D.ª ANA. Encaja los mandamientos:
ésta por ella te doy.
D. DIEGO. Y yo digo que la acepto.
D.ª ANA. Vamos a ver a esa ninfa;
verás que al primer requiebro
la convierto en puro azúcar
y doy con ella en el suelo.
D. DIEGO. Fiado voy de tus partes.
Yo pienso hacer un enredo
con que ninguno la goce;
altas esperanzas llevo.
D.ª ANA. ¡Válgame Dios, lo que pasa
por el mundo!
D. DIEGO. ¿Qué tenemos?
D.ª ANA. Las cartas que había perdido
hallé ahora.
D. DIEGO. Yo me huelgo.
D.ª ANA. ¿Tu nombre?
D. DIEGO. Don Diego.
D.ª ANA. Vamos.
D. DIEGO. ¡Brava pierna, lindo cuerpo!
D.ª ANA. Así hemos de ser los hombres:
mirar alto y pisar recio;
del pie al cabello soy alma,
porque en viendo un hombre destos
se arrojan de las ventanas,
como a guindas, tordos nuevos.
Soy fuerte como una roca,
como una pluma ligero.
D. DIEGO. Poco he querido a Bernarda,
pues a sus ojos te llevo;
pero deseo vengarme;
a vengarme voy dispuesto.
D.ª ANA. ¡Por qué notable camino
vine a topar con don Diego!

(*Vanse, y entran* LEONARDO *con un broquel y una capa de campo y* BERNARDA *teniéndole la espada, y* LARA *con ellos.*)

LEONARDO. ¿Por dónde fueron los dos?
BERNARDA. ¡Ay, hermano!
LEONARDO. Luego vengo.
BERNARDA. Mirad, señor, que no tengo
otro amparo sino vos.
LEONARDO. Digo que yo vuelvo luego.
BERNARDA. Muchos salen desa suerte,
que los detiene la muerte,
no habiendo bastado el ruego.
LEONARDO. Sois mujer y no sabéis

qué leyes hay de amistad
entre los hombres.
BERNARDA. Verdad.
LEONARDO. ¿Pues por qué me detenéis?
BERNARDA. Porque si la ley del gusto
hace las leyes vencer,
por dar gusto a una mujer
me parece que es más justo.
Ya se habrán los dos compuesto
con la guerra o con la paz.
LEONARDO. ¡Basta, que sois pertinaz!
BERNARDA. Soy mujer y soilo en esto.
Soltad, Leonardo, el broquel.
LEONARDO. Del cielo es este castigo,
que el pecho es para el amigo
la defensa más fiel.
LARA. Soltóle, ya no saldrá.
Tres cosas a la mujer
debe el hombre conceder:
la primera cuando está
comiendo y la da un regalo,
y ella le dice: —Por Dios,
que lo habéis de comer vos,
que ayer estuvisteis malo.—
La segunda cuando intenta
salir a algún desafío,
que le dice: —Señor mío,
corra ese agravio a mi cuenta.—
También ha de conceder,
y cuando están acostados,
que él muestre grandes cuidados
en cosas de su placer.
Y le detiene y porfía,
ha de acetar y callar,
que poco puede durar
quien destas tres se desvía.
Pésame por mi señor.
BERNARDA. Lara, toma este broquel.
LARA. Importara al dueño dél
al hombre de más valor.
Pero yo sé de don Diego
que no ha menester ayuda.
LEONARDO. Lara, la fortuna es muda,
viejo el tiempo, el amor ciego;
todos tienen sus mudanzas;
yo hice mi diligencia,
pero de aquesta pendencia
me di la parte que alcanzas.
¿Tiénela en esto mi hermana?
LARA. ¿Cómo lo puedo saber?
Parientes deben de ser
desa dama toledana
con quien se quiso casar,
que no sospecho otra cosa.

(*Entran* DON DIEGO *y* DOÑA ANA.)

D. DIEGO. Es por todo extremo hermosa.
D.ª ANA. Tú no lo puedes juzgar,
que el ciego que nunca mira
no entiende de la color.
LARA. Don Diego viene, señor.
LEONARDO. Sin duda que fué mentira.
¡Don Diego!
D. DIEGO. ¡Leonardo!
LEONARDO. El cielo
sabe con qué pena he estado.
D.ª ANA. La pendencia le han contado.
Vuestro disgusto recelo,
no lo he podido excusar.
LEONARDO. ¿Quién fué y por qué?
D. DIEGO. Feliciano
me ha sacado mano a mano
al río deste lugar.
Y en la Puente de Toledo
otro hombre salió a su lado,
no sé si amigo o criado,
si fué amistad o fué enredo.
Pero en esta confusión
llegó aqueste caballero,
que desnudando el acero
mostró a mi lado afición
y valor de tal manera,
que a todos nos sosegó.
Feliciano se volvió
y yo quedé en la ribera,
donde hablé al señor don Juan,
que pasa a Valladolid,
que mientras que está en Madrid
y él y sus deudos se van,
quise, en agradecimiento
de lo que ha hecho conmigo,
que en casa de tal amigo
le diésemos aposento.
Que sé de vuestro valor
que lo tornéis a merced.
LEONARDO. De su valor lo creed,
si no lo abona mi amor.
Vuestra merced sea venido
a esta casa enhorabuena,
de mil voluntades llena
con que podrá ser servido,
aunque de un pobre escudero.
D.ª ANA. Un rey puede aposentar,
que es honra deste lugar

y vos un gran caballero,
y ha me de venir tan grande
que en ella me he de perder.

D. DIEGO. ¿No es hermosa la mujer?

BERNARDA. A todos desde hoy nos mande
vuesa merced, mi señor,
en que podamos servir,
que esta falta ha de suplir
de su nobleza el valor.
La casa es poca y estrecha
para vuestra calidad,
mas grande la voluntad
si cuando sirve aprovecha.

D.ª ANA. Yo, mi señora, no soy
tan cortesano que pueda
dar trueco desa moneda
con que ya pagado estoy.
Que será volveros cobre
al oro que me ofrecéis;
pero, en fin, enriquecéis
de favor huésped tan pobre,
que es oficio de vos digno.
Llegad sillas (1).

D. DIEGO. Mejor fuera
que aposento se le diera,
que viene, en fin, de camino.

D.ª ANA. Toda la noche corrí
y una mala posta hallé,
con que cansado quedé,
aunque fué cuando salí.
Pero bien podré pasar
hasta la noche.

BERNARDA. No es justo.

LEONARDO. No, porque estaréis sin gusto
sin dormir ni descansar.—
¿Dónde está Rosela?

ROSELA. Aquí,
para serviros, estoy.

BERNARDA. A que os aderecen voy
donde descanséis.

D.ª ANA. Por mí
suplícoos que no os toméis
trabajo.

LEONARDO. Señor don Juan,
todos a serviros van;
descansad y cenaréis;
que la llaneza es tan grande
que excusa mis cumplimientos.
Llevadle a los aposentos,
Lara, que mi hermana os mande;
y vengan otros criados;
que le descalcen haced.

D.ª ANA. Si ansí recibo merced,
todos están disculpados.
Ya no le culpo a don Diego
de que se detenga aquí;
desde que a Bernarda vi
tocan los celos a fuego.
Amé a don Diego sin ver
a don Diego como esposo;
vile, y vi que era forzoso
morir quien ha de querer.
Pues no sabiendo quién era,
dije en viéndole, olvidado
del que amaba imaginado
antes que a don Diego viera:
pues ya estoy aquí, los buenos
nunca vuelven paso atrás;
pero quien hizo lo más
sabrá salir de lo menos.

(*Vase.*)

LEONARDO. ¿Que es tan noble?

D. DIEGO. Lo que os digo
es infalible verdad;
besará a Su Majestad
los pies, en viendo un amigo.
Y volverá por aquí.
si pudiésedes coger
este hombre... No hay más que hacer,
y dejadme hacer a mí,
que una cruz honra un linaje,
aunque hay hartas en el vuestro.

LEONARDO. Honrado es, por Dios, el nuestro,
y perdonad que os ataje,
que ha sido tanto el contento
de que hayáis asegurado
con lo que me habéis tratado
mi alterado pensamiento,
que lo estimo en mucho más
que si ya don Juan tuviera
por mío.

D. DIEGO ¿De qué manera
os pude alterar jamás?

LEONARDO. Yo pensé que esta pendencia
nacida de Feliciano,
mozo, aunque honrado, liviano,
fué celosa diferencia.
Y viendo que me ofrecéis
a don Juan para cuñado,

---

(1) Parece que estas palabras deban decirlas Bernardo o Leonardo como dueños de la casa, y no doña Ana, que acaba de ser admitida en ella.

veo que no sois culpado.

D. DIEGO. Agravio, por Dios, me hacéis.
Pero no quiero quejarme
de tan justo pensamiento,
pues tuvo, en efeto, intento
Feliciano de matarme,
fundado en celos tan locos,
valentías y desprecios.

LEONARDO. Porque son tantos los necios,
son los discretos tan pocos.
Venid, que le quiero hacer
a don Juan un gran presente.

D. DIEGO. Tratadle como a pariente,
que por Dios que lo ha de ser.

LEONARDO. Un jaez le quiero dar
que vale dos mil ducados.

D. DIEGO. De los nobles obligados
todo se puede fiar.

LEONARDO. Dos espadas de a caballo
de Francisco Ruiz, de un filo,
tengo, famosas.

D. DIEGO. Estilo
me parece el obligallo
para que os cobre afición,
aunque no era menester,
porque es dalle tal mujer
la mayor obligación.

(*Vanse, y salen* DOÑA ANA *y* LARA.)

D.ª ANA. A la puerta le hallaréis.

LARA. ¿Cómo se llama?

D.ª ANA. Montalvo.

LARA. Estará ya puesto en salvo,
viendo que reñido habéis.

D.ª ANA. Allí debe de esperarme.

LARA. Voile a buscar.

D.ª ANA. Es sin duda
que allí me aguarda, o que acuda
dentro de un hora a buscarme.
Buenos andamos, amor,
los que a tu gusto sujetas,
¿qué voluntades (1) no inquietas?
¿quién no teme tu rigor?
¡Quién me dijera en Toledo
que don Diego me burlara,
que yo en Madrid le buscara
con tan peregrino enredo!
La casa de mi enemiga
tengo ya por aposento;
don Diego está muy contento
de ver que su intento siga.
Pero el caballo troyano
que ahora está con sosiego,
pondrá a vuestra casa fuego
y será su intento vano.

(*Entra* ROSELA.)

ROSELA. Mi señora me ha mandado
descalce a vuesa merced.

D.ª ANA. Bueno, a fe. ¡Tanta merced!
Agradézcole el cuidado.

ROSELA. Siéntese en aquesta silla;
las botas le quitaré.

D.ª ANA. No es de mal talle, a la fe,
la señora fregoncilla.

(*Siéntase en una silla.*)

Ya estoy sentado; quitadme
esas espuelas, que creo
que ha pasado mi deseo.

ROSELA. Ya las quito.

D.ª ANA. Perdonadme.
Que no parece criado
de los que truje conmigo.

ROSELA. ¿Tiraré?

D.ª ANA. Quedito, os digo;
quedo, que soy delicado.
¡Ay, Jesús, que me habéis muerto!

ROSELA. Tenéis los pies de alfeñique.

D.ª ANA. Siento que el aire me pique;
pero hagamos un concierto.

ROSELA. ¿Cómo ansí?

D.ª ANA. Veníos acá
esta noche.

ROSELA. ¡Ay, qué bellaco!

D.ª ANA. Mas que si un escudo saco,
¿que la abrazo cuánto va?

ROSELA Desvíese.

D.ª ANA. — Ea, bobilla,
hazte niña de las godas;
como que no sepan todas
esta amorosa cartilla.
Vive Dios, que si conmigo
fregoniza a lo lacayo,
que la he dar al soslayo
dos mojadas.

ROSELA Quedo, amigo,
no se haga fanfarrón.

D.ª ANA. Pues abráceme.

ROSELA. No quiero.

D.ª ANA. ¿Por qué?

---

(1) En los textos "voluntad", que exige alargar las sílabas para que conste el verso.

ROSELA. Porque es caballero
toledano y socarrón.
D. ANA. Esfuérzome a parecer
hombre; quiérola abrazar.
Hoy por mía has de quedar
y venme esta noche a ver.
ROSELA. Adviértole que me abraza
por fuerza.

(*Entra* BERNARDA.)

BERNARDA. ¡Harto bien, por Dios!
ROSELA. Visto nos han a los dos.
D.ª ANA. Calla, que yo daré traza
para que lo tenga a bien.—
¡Oh, mi señora! ¿Aquí estáis?
BERNARDA. Si tan hombre en casa entráis
daros quiero el parabién.
D.ª ANA. Temí que érades casada,
y diciéndome que no,
este abrazo me llevó
de albricias.
BERNARDA. No importa nada,
que bien merece Rosela
que tanta merced le hagáis;
pero ¿por qué me estimáis
libre, si esto no es cautela?
D.ª ANA. Porque después que os miré
me nacieron mil deseos.
BERNARDA. ¿Así os arrojáis? Teneos.
D.ª ANA. Tenedme asido, a mi fe.
BERNARDA. El lenguaje toledano
os hace más lisonjero...
D.ª ANA A lo toledano os quiero
y muero a lo cortesano.
BERNARDA. Como hay allá tantas damas,
traéis los filos agudos.
D.ª ANA. Hablaran con vos los mudos.
BERNARDA. Ve, Rosela, a hacer las camas
y enfunda esas almohadas
que al señor don Juan saqué.
D.ª ANA. ¿Labrásteslas vos?
BERNARDA. No sé.
D.ª ANA. A fe que están bien labradas.
BERNARDA. ¡Desviaos! ¿Eso intentáis?
D.ª ANA. La holanda pensé que asía:
lo blanco y blando podía
engañarme.
BERNARDA. ¡Bueno andáis!
Entraos a acostar.
D.ª ANA. ¿Con quién?
BERNARDA. Con vos mismo.
D.ª ANA. Ya, por Dios,
que aunque no lo pensáis vos
dormís conmigo también.
BERNARDA. ¿Cómo?
D.ª ANA. Si os llevo en mi pecho
no me lo podéis negar.
BERNARDA. Despierta quisiera estar.
D.ª ANA. Bueno, por Dios; esto es hecho;
¡oh blandura de Madrid!
¿Hay cosa más de estimar?
La presa os he de quitar,
traidor de Valladolid;
que ha de ser don Diego mío,
tarde o temprano.
BERNARDA. ¿Qué habláis
a solas?
D.ª ANA. Tan bella estáis,
que me acerco y me desvío
como mariposa al fuego.
ROSELA. Celosa estoy, que es galán
por todo extremo don Juan.
BERNARDA. Que os vais acostar os ruego.
D.ª ANA. Guiadme vos.
BERNARDA. Por aquí
habéis de entrar.
D.ª ANA. ¿Voy seguro?
ROSELA. ¿Mas que la abraza a lo escuro?
D.ª ANA. Venid delante de mí,
que es la luz tan necesaria...
BERNARDA. Ya no me fío de vos.
D.ª ANA. Pues segura va. ¡Por Dios,
que hay llaneza temeraria!

ACTO TERCERO
DE LA GALLARDA TOLEDANA

(*Salen* DON DIEGO DÁVALOS *y* MENDOZA.)

MENDOZA. ¿Que has andado en esos pasos?
D. DIEGO. Después que a Toledo has ido,
Mendoza, me han sucedido
todos estos varios casos.
MENDOZA. Y qué, ¿al toledano tienes
en casa?
D. DIEGO. Trájele aquí
por regalarle.
MENDOZA. ¡Ay de mí!
D. DIEGO. Triste de Toledo vienes.
¿Qué nuevas hay por allá?
¿De mí no se trata nada?
MENDOZA. Ya está la novia olvidada.

D. DIEGO. ¡Jesús! ¿Olvidada está?

(*Aparte a* MENDOZA.)

MENDOZA. Estálo de tal manera,
que no sé della, por Dios,
porque quedamos los dos
de concierto en la ribera
que solo en Madrid entrase.
Hablé a don Diego y volví,
pero ya ni estaba allí
ni sé que más me esperase.
Que a Montalvo solo hallé
con este mismo cuidado;
y ansí, habiendo imaginado
que arrepentida se fué,
dimos la vuelta a Toledo,
donde jamás pareció,
y ansí vuelvo solo yo
lleno de congoja y miedo.
Donde no hallándola aquí
pienso que, desesperada,
hizo más larga jornada.

D. DIEGO. ¿Qué estás hablando entre ti?

MENDOZA. Pensando, señor, estoy
quién sea ese toledano.

D. DIEGO. Tan galán, que a Feliciano
con él pesadumbre os doy;
porque le he dado licencia
para que a Bernarda hablase,
aunque me pesa que pase
de justa correspondencia.

MENDOZA. ¿Pues qué ha hecho?

D. DIEGO. He sospechado
que le va queriendo bien;
y aunque con ella también
su casamiento he tratado,
era porque imaginé
no lo había de sentir,
y heme pensado morir
después que lo concerté.
Que mi ánimo es partirme
a Toledo a ver mi esposa,
ansí por ser justa cosa
como por verla tan firme.
Pero los celos han hecho
tan nuevos lazos en mí,
que cuando salga de aquí
será sin alma en el pecho.

(*Aparte dice.*)

MENDOZA. Esforzar es justa cosa
este amor, pues la desmaya,
porque a Toledo no vaya,
donde ya no está su esposa.
Afligido estoy, por Dios;
a buen tiempo iré a Toledo,
si a doña Ana hallar no puedo;
concertar quiero a los dos.
Y quiéranse enhorabuena,
porque no se eche de ver
la falta desta mujer,
a quien ha muerto la pena.
Porque allá con tanta están
que han aumentado las mías.

(*Sale* LEONARDO, *hermano de* BERNARDA.)

LEONARDO. Daremos los buenos días,
don Diego, al señor don Juan.

D. DIEGO. Como fuéredes servido.

LEONARDO. ¿Es Mendoza?

MENDOZA. Sí, señor.

D. DIEGO. Es mi correo mayor.

LEONARDO. Seas, Mendoza, bien venido.
No paras, nunca estás quedo.

MENDOZA. Soy medio entre dos amantes,
que no hay lunas semejantes.

LEONARDO. ¿Dónde has estado?

MENDOZA. En Toledo.

LEONARDO. ¿Y cómo queda la esposa
del señor don Diego?

MENDOZA. Buena,
porque está con menos pena
de su ausencia.

LEONARDO. Justa cosa
merece mayor olvido.

MENDOZA. Que no lo será sospecho,
y que está medio deshecho
me dijo anteayer Leonido
y mi señora doña Ana
en un monasterio.

D. DIEGO. Haremos
que ablande tantos extremos
escribiéndole mañana,
y el día que ella me vea
del monasterio saldrá.

MENDOZA. Señor, enojada está,
pienso que imposible sea.

D. DIEGO. Como esto un marido acaba,
presto nos habremos de ir.

LEONARDO. Don Juan se sale a vestir.

D. DIEGO. Ya lo está, pues que se lava.

(DOÑA ANA *con una ropa de levantar y una montera, una valona de hombre, los puños alzados,* ROSELA *echándole agua con una fuente, y* LARA *con toalla.*)

LEONARDO. Buenos días, caballeros.
D.ª ANA. Con tal visita serán
muy buenos.
MENDOZA. ¿Este es don Juan?
D.ª ANA. ¿Dónde bueno?
LEONARDO. Sólo a veros.
MENDOZA. ¡Cielos! ¿Que doña Ana está
en su casa de don Diego?
Loco estuve, estuve ciego
cuando la buscaba allá.
¡Lo que sabe esta mujer!
D.ª ANA. Muestra, Lara, esa toalla.

(Echale la toalla.)

MENDOZA. ¿Podré hablalla? Quiero hablalla,
que ella sabrá responder,
que mujer tan entendida
no se turbará de verme.
LEONARDO. ¿Duérmese bien?
D.ª ANA. Bien se duerme.
ROSELA. ¡Qué manos! Estoy perdida.
¡Qué cara! Ya no me espanto
que mi ama pierda el seso.
MENDOZA. ¿Hay tan extraño suceso?
¿Cómo me olvidaba tanto,
señor don Juan?
D.ª ANA. ¿Es Mendoza?
LEONARDO. ¿Conocéisle?
D.ª ANA. Es grande amigo;
estuvo un tiempo conmigo.
MENDOZA. Lo que mi alma se goza
con vos no lo digo aquí,
que a su tiempo lo diré.

(Vase poniendo los puños y los botones poco a poco DOÑA ANA *y prosigue* MENDOZA.)

¿Dónde vais?
D.ª ANA. Yo no lo sé.
Para la Corte salí,
y de aquestos caballeros
he sido tan regalado
que a servillos me he quedado.
MENDOZA. ¡Cuánto me alegro de veros!
Por el hábito miraba.
D.ª ANA. Allá lo pienso poner.
LEONARDO. ¿Qué más pruebas hay que hacer?
MENDOZA. ¿Es Santiago o Calatrava?
D.ª ANA. A Calatrava escogí.
MENDOZA. ¡Bueno queda vuestro tío!
D.ª ANA. ¿Vístele?
MENDOZA. Es gran señor mío.
D.ª ANA. ¿Qué haces, Mendoza, aquí?
MENDOZA. El señor don Diego trata
casarse en Toledo.
D.ª ANA. Bien.
MENDOZA. Y sirvo yo allá también.
¡Qué propiamente retrata *(Aparte.)*
un caballero discreto!
¡Oh, mujer de gran valor!
D.ª ANA. Sirves al hombre mejor
de España.
MENDOZA. Yo os lo prometo.
¿Agrádaos su talle y trato? *(Ap.)*
D.ª ANA. ¡Ay, Mendoza, estoy perdida! *(Ap.)*
No he visto en toda mi vida
tal hombre; pero es ingrato.
Tomad esta ropa allá. *(Alto.)*

(Da la ropa.)

Dame, Lara, un herreruelo,
capa y sombrero.
LEONARDO. En un vuelo.—
Rosela.
ROSELA. Voy.
LARA. Aquí está.
LEONARDO. ¿Dónde quieres ir?

(Toma espada y herreruelo.)

D.ª ANA. Iré
a misa a la Concepción.
LEONARDO. Sabed si hay en la Pasión
misa.
D.ª ANA. Por allí estaré.
Veámonos, feo Mendoza.

(Vase DOÑA ANA, *quitándose todos el sombrero.)*

MENDOZA. Siempre os tengo de servir.
LEONARDO. Lara, con él puedes ir.
D. DIEGO. ¡Gentil mozo!
MENDOZA. ¡Hermosa moza!
No estoy en mí de contento.
LEONARDO. Di, Mendoza: ¿tú has servido
a este don Juan?
MENDOZA. Suyo he sido,
y haberle dejado siento.
Su madre me despidió
por cierta dueña de casa.
LEONARDO. ¿Tiene alguna renta?
MENDOZA. Pasa
de cuatro mil, pienso yo,
y tiene bien que heredar.
LEONARDO. Mucho emprendemos, don Diego.
D. DIEGO. Dejalde que esté bien ciego,
que él mismo os ha de rogar.
LEONARDO. Yo tengo fuera que hacer.

D. DIEGO. Y yo tengo que escribir,
aunque con vos quiero ir.
LEONARDO. No, que luego he de volver.

(*Vanse* LEONARDO *y* DON DIEGO *solos.*)

MENDOZA. ¿Cómo estamos de la cuenta,
Rosela, del otro día?
¿Podré pensar que eres mía?
ROSELA. Mucho pierde quien se ausenta.
MENDOZA. ¿Cómo ansí, pesia a mi abuelo?
¿Esto tenemos ahora?
ROSELA. Mudándose mi señora,
también yo me mudo.
MENDOZA. Apelo...
ROSELA. No hay qué tratar, ya no hay cosa;
como la dejaste en casa.
MENDOZA. En ausencia que no pasa...
ROSELA. Es la mudanza forzosa.
MENDOZA. Desde que vi, lo temía,
la luna con arrebol.
ROSELA. ¿Por qué piensas tú que el sol
viene al mundo cada día?
MENDOZA. ¿Por qué?
ROSELA Porque su presencia
ausenta dos mil ñublados,
ladrones y enamorados
que se atrevan en su ausencia.
MENDOZA. ¿Qué hay de Bernarda?
ROSELA. Que adora
al toledano don Juan.
MENDOZA. Tiene razón, que es galán.
ROSELA. A cuantos mira enamora.
¡Ay de mí!
MENDOZA. ¿Suspiras?
ROSELA. Sí.
MENDOZA. ¿Qué tienes?
ROSELA. El mismo mal.
MENDOZA. ¿Pues quiéresle?
ROSELA. Estoy mortal.
MENDOZA. ¿Y él a quién se rinde?
ROSELA A mí.
MENDOZA. ¿Hátelo dicho?
ROSELA. Mil veces,
que le descalzo y desnudo.
MENDOZA. ¿No te ha gozado?
ROSELA. Bien pudo.
MENDOZA. ¡Qué hermosos tres almireces!
Si hubiera con qué moler
jugaran las tres aquí,
cada una para sí,
que juntas no puede ser.
En fin, ¿tú me has olvidado?
ROSELA. ¿No es disculpa suficiente
este ángel?
MENDOZA. Estar yo ausente
mayor disculpa te ha dado.
En mi vida me enojé
porque ausente me olvidasen,
que como dos horas pasen
bastante disculpa fué.
Pero pésame que alabes
ese medio hombre.
ROSELA. ¿Medio hombre?
MENDOZA. Y aún le sobra el medio nombre.
ROSELA. Poco de sus cosas sabes.
¡Es valiente como un Cid!
MENDOZA. ¿Aquel niño?, ¿aquel enano?
ROSELA. ¡Bueno es eso! Es toledano
y trasplantado en Madrid.
MENDOZA. Bravamente comes pollos.
¡Reniego de mí!
ROSELA. ¡Detente!
MENDOZA. ¿Valiente aquél?
ROSELA. Muy valiente.
MENDOZA. ¡Quedito, molde de tollos!
ROSELA. ¡Estampa de majaderos,
yo puedo hablar!
MENDOZA. ¡Yo matalla!
ROSELA. ¿Celitos?
MENDOZA. Quiero engañalla.—
Oyete, lechón sin cueros.
ROSELA. Oyete, cuero sin lío.
MENDOZA. Pues señora pesebrera,
conmigo se estalla a fuera.
ROSELA. No haya más, Mendoza mío,
que soy tuya.
MENDOZA. ¿El toledano
vive?
ROSELA. No.
MENDOZA. ¿Pues quién?
ROSELA. Tú.
MENDOZA. Toca.
ROSELA. Camina y calla la boca.
MENDOZA. ¡Qué blanda tienes la mano!

(*Vase. Sale* FELICIANO, DOÑA ANA *y* LARA.)

FELICIANO. Sabiendo que aquí vivís
os espero para hablaros.
D.ª ANA. Y yo he deseado hallaros
para ver lo que sentís
de aquel pasado disgusto.
FELICIANO. Lejos voy de enemistad,
y dais a mi voluntad,
señor don Juan, premio injusto.

Creed que soy vuestro amigo.
D.ª ANA. Si lo supiera no hablara
desta suerte, antes me holgara
que tratárades conmigo
de cosas que os cuestan tanto.
FELICIANO. Cuéstanme el alma y la vida;
hoy mi esperanza perdida
a vuestros rayos levanto.
Quiéroos decir lo que pasa,
aunque abreviando de extremos,
si es que estar solos podemos.
D.ª ANA. Lara.
LARA. Señora.
D.ª ANA. Vete a casa.

(*Vase* LARA.)

Por aqueste cimenterio
nos podemos pasear.
FELICIANO. Su cruz os puedo jurar
que ha sido hallarnos misterio.
Pues de no haberos hallado
que acabara con don Diego.
D.ª ANA. Soy su amigo, habladme os ruego
en sus negocios templado,
porque es ofenderme.
FELICIANO. Oíd,
que yo os responderé luego.
D.ª ANA. Ya escucho.
FELICIANO. Cuando don Diego
Dávalos vino a Madrid
había más de dos años
que yo a Bernarda servía,
y aunque della no tenía
favores, tenía engaños.
Engaños tan bien fundados,
que estuvo a pique de ser
muchas veces mi mujer,
bien lo saben sus criados.
Si en aquesta posesión
pudo poner su esperanza,
no es cosa que agravio alcanza
al bien de mi pretensión.
Pero si él iba a casarse
con tanto gusto y contento,
quitarme mi casamiento
¿con qué puede disculparse?
Demás que, por Dios del cielo,
que me dicen que doña Ana
es un sol en cifra humana
y un ángel en mortal velo.
¿Qué quiere este hombre casado,
si la firma al hombre obliga,
que es grande para su amiga
Bernarda, y yo soy honrado?
Y si palabra me dió
en el campo, no ha cumplido
la fe que me ha prometido,
pues a su casa os llevó,
donde me dicen que andáis
della tan enamorado,
que estáis ya medio casado
o que casaros tratáis.
Declaradme estos enredos,
que somos muchos maridos,
y de tantos escogidos
han de nacer muchos miedos.
Por Dios, que pues sois don Juan,
caballero tan honrado,
tan a vos mismo obligado
cuanto los nobles lo están,
volváis por mi honor aquí
poniendo en esto remedio,
que a no estar vos de por medio
nunca lo tratara ansí.
D.ª ANA. Que yo disculpe a don Diego
no es cosa puesta en razón,
ni que en tanta confusión
quiera añadir leña al fuego.
Conozco que está culpado
y que no ha cumplido bien
con su nobleza y con quien
le tiene tan obligado.
Que la señora doña Ana
es mi deuda, y mereciera
que con su merced tuviera
correspondencia más llana.
Que ha sido muy grande afrenta
suya y nuestra haber dejado
casamiento tan honrado
por la variedad que intenta.
Y así digo que desde hoy
seré muy de vuestra parte
porque deste amor (1) se aparte
de quien ofendido estoy.
Que cuando le defendí
en el campo, no sabía
quién era, y la ofensa mía.
FELICIANO. ¿Pues qué es lo que haréis por mí?
D.ª ANA. Más de lo que vos pensáis.
FELICIANO. ¿Cómo?
D.ª ANA. ¿A Bernarda queréis?
FELICIANO. Tanto como conocéis

(1) En los textos, "honor", que es errata.

de lo que en ella miráis.
Porque sola su hermosura
pudiera igualar mi amor.

D.ª ANA. ¿Sufriréis cierto favor
que hacerme agora procura
si resulta en vuestro bien?

FELICIANO. Sí, como no pierda honor.

D.ª ANA. Celoso de vuestro amor,
quiere estorbar que os la den
don Diego con un enredo,
y concierta con Leonardo,
pintándome muy gallardo
y lo mejor de Toledo,
que me la dé por mujer.
El, codicioso de hacienda,
ha querido que ella entienda
que puede venirlo a ser.
Ella, pensando que ya
está acabado conmigo,
a todo cuanto le digo
tanto crédito me da,
que esta noche ha de venir
a mi aposento en secreto.

FELICIANO. ¡Ay de mí!

D.ª ANA. Si sois discreto
con vos habrá de salir.

FELICIANO. ¿De qué suerte?

D.ª ANA. En viendo acaso
salir a los dos amigos
que tenéis por enemigos
habéis de alargar el paso
y entraros en mi aposento,
donde yo os esconderé.

FELICIANO. ¿Fiaré de vos?

D.ª ANA. Soy en fe
lo que en luz el firmamento.
Poneos enfrente de casa
y entraos, porque allí os espero.

FELICIANO. Sois noble, sois caballero.

D.ª ANA. Diferente amor me abrasa
que el de Bernarda.

FELICIANO. Eso creo,
y que veis mis desatinos.

D.ª ANA. Porque de varios caminos (1)
voy al fin de mi deseo.

(*Entra* DON DIEGO *y* BERNARDA.)

BERNARDA. ¿Vos no lo habéis concertado?
¿Qué me ponéis culpa a mí?

D. DIEGO. De Feliciano creí
que era caballero honrado
y que verdad me decía,
y viéndole vuestro dueño
hice despertar del sueño
la loca esperanza mía.
Y para vengarme dél
el bien le quise quitar,
y ansí os intenté casar.

BERNARDA. Los ojos he puesto en él
como en quien es mi marido,
y bien nos está, por Dios,
el casamiento a los dos:
que no lo impidáis os pido.
Porque ansí vos cumpliréis
vuestra palabra en Toledo,
y yo con mi gusto quedo
y la merced que me hacéis.

D. DIEGO. ¿Que esto he venido a escuchar?

BERNARDA. Si vos tuvisteis la culpa
y ella misma es mi disculpa,
¿cómo me podéis culpar?
No hay burlas donde hay amor,
que la voluntad se pasa
como ajedrez de una casa
siempre a otra casa mejor.

D. DIEGO. ¿Es mejor casa don Juan?

BERNARDA. Por mi fe que es un arfil
como en labrado marfil.

(*Entra* DOÑA ANA.)

D.ª ANA. A solas hablando están,
y aunque escuchar los quisiera
los celos no lo permiten;
las ocasiones se quiten,
que amando es necio el que espera.
¡Oh mi señora! ¡Oh don Diego!

D. DIEGO. ¡Señor don Juan!

BERNARDA. ¡Mi señor!

D. DIEGO. Muero de celos.

BERNARDA. De amor
muero.

D.ª ANA. En tanto mar me anego.
¿De qué se trata?

D. DIEGO. Esforzaba
mi esperanza y derribóla
sola una palabra.

D.ª ANA. ¿Sola?

D. DIEGO. ¿Y no bastaba?

D.ª ANA. Sobraba.
¿Pero qué palabra fué?

D. DIEGO. Decirme que os quiere a vos.

D.ª ANA. Atrevida fué, por Dios.

(1) Mejor estaría "por varios caminos".

BERNARDA. Es atrevida la fe.
D.ª ANA. Favoreced a don Diego.
BERNARDA. ¿Vos me lo rogáis?
D.ª ANA. Yo hago
sus partes, que ansí le pago
lo que le debo.
BERNARDA. Eso niego.
D.ª ANA. Si él ha rogado por mí,
¿con qué le puedo pagar?
BERNARDA. Mucho me quiero agraviar
de que lo digáis ansí.
Fuera de que ya en Toledo
le está aguardando su esposa;
pues a quien ya se desposa
¿qué esperanza darle puedo?
D.ª ANA. Tenéis en eso razón;
pero si él por vos la deja...
BERNARDA. Tendré yo la misma queja
mañana en otra ocasión.
D. DIEGO. Si a doña Ana vi en mi vida
ni a doña Ana tuve amor,
jamás alcance favor,
Bernarda, en cosa que os pida.
Si desde el punto que os vi
de doña Ana me acordé,
como yo pago su fe
ansí me paguéis a mí.
Si doña Ana ha merecido
una carta de mi mano,
que el indigno Feliciano
venga a ser vuestro marido.
¿Qué pensáis vos que es doña [Ana?
Un demonio para mí,
que cuando león nací
nació para mí cuartana.
Dé lugar, don Juan, que yo
por Toledo os aseguro.
D.ª ANA. Y yo por Toledo os juro
que cuanto aquí dice oyó,
y que sabe su intención
como yo, que aquí le escucho.
BERNARDA. Mucho es su amor.
D.ª ANA. Pues si es mucho,
que le paguéis es razón.
BERNARDA. ¿Qué me mandáis vos que haga?
D.ª ANA. ¡Ay, triste, que se enternece! (*Ap.*)
BERNARDA. Lo que a vos bien os parece,
bien es que me satisfaga.
Quiero picarle por ver (*Ap.*)
si habla de veras o no.
D.ª ANA. Lengua que tan mal habló (*Ap.*)
mereciera enmudecer.
BERNARDA. ¿No decís qué haré por él?
D.ª ANA. No tiene la voluntad
ley, ni el gusto calidad;
bien se emplea todo en él.
BERNARDA. ¿Queréis que le dé una mano?
D.ª ANA. ¡Qué hice, triste de mí! (*Ap.*)
D. DIEGO. Don Juan lo siente.
BERNARDA. Eso sí.
D. DIEGO. Vos, don Juan, terciáis en vano,
porque en los ojos se os ve
que os pesa deste favor.
D.ª ANA. Es celo de vuestro amor
y es agravio de mi fe.
Digo otra vez que si gusta
de abrazaros, se lo ruego.
BERNARDA. ¿Que le abrace? Pues yo llego.

(*Pónese en medio.*)

D.ª ANA. ¡Ah, falsa!; ¡ah, traidora!; ¡ah, in- [justa!
Mi sospecha queda cierta,
que habiéndote conocido
ni pueda ser tu marido,
como tu hermano concierta,
ni será el mundo bastante
si Dios no me vuelve a hacer.
(Bien digo, que soy mujer.)
BERNARDA. ¡Ah falso, traidor amante,
sólo probarte quería!
¡En tu vida te he de hablar!

(*Vase.*)

D. DIEGO. ¡Detenla!
D.ª ANA. Déjala entrar.
D. DIEGO. ¡Espera, Bernarda mía!
D.ª ANA. Tente, no vayas tras ella,
que tengo que hablar contigo.
D. DIEGO. No has hecho oficio de amigo
con mi honor delante della.
D.ª ANA. ¿Tratas que sea mi esposa
y en mi presencia la abrazas?
D. DIEGO. Todas fueron falsas trazas
y una apariencia engañosa.
Muero por ella, ¿qué haré?
D.ª ANA. Gozalla.
D. DIEGO. ¿De qué manera,
pues no hay cosa que más quiera
que a ti?
D.ª ANA. Yo te lo diré.
Sácame, pues tú podrás,
de la obligación que tengo
a Leonardo, por quien vengo
a sentir tus cosas más,

que yo la pondré en tu mano.
D. DIEGO. Tanto Leonardo me quiere
que a sí mismo me prefiere;
digo que a Leonardo allano.
D.ª ANA. Pues alto, yo te daré
esta noche a quien deseas,
donde la hables y veas,
y haré que contigo esté
D. DIEGO. ¿Cumpliráslo?
D.ª ANA. Es mi deseo,
mira si podré faltar;
vete un rato a pasear,
que viene Leonardo y creo
que es mejor que no te vea.
D. DIEGO. Mira que fío de ti.
D.ª ANA. Para servirte nací,
aunque tu amor no lo crea,
que es sin duda que te quiero
mil veces más que a Bernarda.
D. DIEGO. ¡Qué alma tienes tan gallarda!
Eres, en fin, caballero.
D.ª ANA. Mal conoces lo que entablo.
D. DIEGO. Tu esclavo seré.
D.ª ANA. Camina.

(*Vase* DON DIEGO.)

¡Qué mal don Diego adivina
que no siento lo que hablo!
Pues sepa que entablo juego
en que no goce la dama,
porque aborrecer por fama
sólo puede un hombre ciego.

(*Entra* FELICIANO.)

FELICIANO. Don Diego apenas salió
cuando por la puerta entré.
D.ª ANA. Si te vió alguno...
FELICIANO. No sé;
pienso que nadie me vió.
D.ª ANA. Entrate en ese aposento,
y detrás de una cortina
me aguarda.
FELICIANO. Voy.
D.ª ANA. Imagina

(*Entrase quedito.*)

que va en tus plantas el viento.
Trazándose va el enredo;
galán de Valladolid,
presto veréis en Madrid
qué ingenios hay en Toledo.

Buen principio, y favorable.

(*Entra* ROSELA.)

¿Aquí, amor?
ROSELA. ¿Quiéresme dar
cuatro dedos de lugar
para que en mi amor te hable?
D.ª ANA. Quiero el diablo que te lleve,
¿hay tan pesada fregona? (*Aparte.*)
¿Qué hay, Rosela?
ROSELA. Esa persona,
hecha de rosas y nieve,
me trae tan opilada
que de tristezas me muero.
D.ª ANA. Pues yo soy como un acero:
toma acero si te agrada.
ROSELA. A las almas más remotas
llevarás, don Juan, tras ti.
No sé qué diablos me vi
descalzándote las botas.
D.ª ANA. Como Roldán habré sido;
encantado tengo el pie.
ROSELA. Coz de amor sin duda fué,
pues que con el pie me ha herido.
D.ª ANA. Al cuero de aquellas botas
es bien que culpa le den,
que querer el cuero bien
es muy propio de pelotas.
Y de que este amor te encarne
me admiro, aunque considero
que te ha entrado por el cuero,
como a los más por la carne.
ROSELA. No pienses que así me aprieta.
D.ª ANA. Sí harán, de baqueta son.
ROSELA. Hasta el mismo corazón
se me ha entrado la baqueta.
D.ª ANA. Digo que quererte es justo,
y que con tu amor me admiras:
¿los hombres a los pies miras?
Vive Dios que tienes gusto.
ROSELA. En mi vida me agradó
edificio sin cimientos,
nobleza y bajos intentos
ni fe que en traición pasó.
Amor con viles empleos,
culebra con rostro humano,
pavón con plumas lozano
y hombre hermoso con pies feos.
D.ª ANA. Por tu buen gusto esta noche
hablarte, Rosela, quiero.
ROSELA. Baja, noche, que te espero,
enluta ese negro coche.

¡Oh clara luna, si agora
amaras aquel pastor!

D.ª ANA. ¡Miren lo que enseña amor!

ROSELA. Señala, mi bien, la hora
para que te vaya a ver.

D.ª ANA A las diez podrás venir,
y agora te puedes ir
que tengo un poco que hacer.

ROSELA. ¿No me darás una prenda?

D.ª ANA. ¿Mi palabra no lo es?

ROSELA. Es mucho que prendas des
para que gozarte emprenda.
Dame esa mano.

D.ª ANA. Y el vientre

(*Toma la mano.*)

querrás al uso del rastro.

ROSELA. ¡Ay, mi don Juan, qué alabastro!

D.ª ANA. ¿Quieres que Leonardo entre?

ROSELA. Iréme por esta mano
hasta los brazos.

D.ª ANA. Bien puedes.

(*Abrázanse.*)

Bueno, quedo, no te enredes.

ROSELA. ¡Ay, bellaco toledano!

(*Vase* ROSELA.)

D.ª ANA. ¡Ay, fregona de Madrid!... (*Ap.*)
Ya se fué, bueno va todo.

(*Sale* BERNARDA *sola.*)

BERNARDA. ¿Es don Juan?

D.ª ANA. Yo soy.

BERNARDA. ¿De modo
que a otro me dais?

D.ª ANA. Advertid,
mi bien, que ha sido probaros
y cumplir con aquel loco,
porque todo el mundo es poco
para dejar de gozaros.
Sois el alma desta vida,
sois primero movimiento
de mi propio entendimiento,
sois la cosa más querida
que mis sentidos conocen.
Los ojos por esas bellas
luces, porque no hay estrellas
que como las vuestras gocen.
Los oídos escuchando
ese ingenio peregrino
que el instrumento divino
estuvo perficionando.
No hay jardín de varias flores
como vos, no hay blanda pluma
como tocaros; en suma,
sois toda un templo de amores,
donde el gusto a quien he puesto
por el último sentido,
con palabra de marido
está a gozaros dispuesto.

BERNARDA. Eso basta para indicio
de vuestro engaño; advertid
que habéis pasado a Madrid
de Toledo el artificio.
Por mi vida, que con menos
ganastes mi voluntad;
mas nunca tratan verdad
amores de engaños llenos.
Yo os deseo, y es de suerte,
que está, don Juan, reducida
a vuestro gusto mi vida
y a vuestro desdén mi muerte.
Quiero os creer, porque amor
es muy fácil en creer,
y porque en una mujer
tiene más fuerza su error.
Esforzad vuestro deseo
con mi hermano, y estorbad
esta loca voluntad
que ahora en don Diego veo,
pues de pasar adelante
tanto peligro resulta.

D.ª ANA. Leonardo no dificulta
mi gusto, y si es importante
don Diego para impedir
lo que los dos pretendemos,
si vos queréis, remediemos
el peligro por venir;
que es alta razón de estado
entre discretos hacer
que el mal, cuando venga a ser,
venga estando remediado.

BERNARDA. ¿Qué remedio pensáis vos
que bastará con don Diego?

D.ª ANA. Darle con la capa, y ciego,
juntarnos, mi bien, los dos.

BERNARDA. ¿Dónde?

D.ª ANA. En mi propio aposento;
y llamando a vuestro hermano
daros de esposo la mano
y firmar el casamiento,
y que don Diego en buen hora
se vaya con su mujer.

BERNARDA. Peligro puede correr

mi fama.
D.ª ANA. ¿Cómo, señora?
Juramento hago al cielo
de no tocaros la mano.
BERNARDA. Lo que es llamar a mi hermano
me va quitando el recelo.
¿A qué hora iré?
D.ª ANA. A las diez
me parece conveniente.
BERNARDA. ¿Mi hermano ha de estar presente?
D.ª ANA. Bernarda, el cielo es juez
de la palabra que os doy;
si ofensa os hiciere, digo
que un rayo sea mi castigo.
BERNARDA. Ahora bien segura voy
de que habéis de proceder
como noble en tal lugar.
D.ª ANA. Segura podéis estar
como con otra mujer.

(*Vanse. Sale* CLARINO *y* MONTALVO.)

MONTALVO. Ya estás, señor, en Madrid;
a muy buen tiempo has llegado.
CLARINO. ¿Por ventura habrá pasado
doña Ana a Valladolid?
MONTALVO. Si don Diego se volvió
no dudo que le siguiese,
pero dudo que volviese
si no es que la conoció.
CLARINO. La casa deste Leonardo
¿dónde es?
MONTALVO. Mendoza decía
que a la Pasión.
CLARINO. Sí sería,
pues, tanta pasión aguardo.
En ella estará don Diego
y él sabrá desta mujer,
cuyo amor, y amor sin ver,
fué de nuestras honras fuego.
Era venir en su traje
esto, que disculpa tiene;
pero es venir como viene
deshonra de su linaje.
¿Hay tan grande atrevimiento?
¿Hay tal locura? ¿Hay tal cosa?
¿Una mujer virtuosa
y de tal recogimiento?
Ciega de locos antojos,
se puso ajenos vestidos,
amando por los oídos
lo que no vió por los ojos.
¿A quién dirán que es verdad
que no digan que es mentira?
MONTALVO. Mucho desdice la ira
de la anciana gravedad.
Repórtate y considera
que no es la primer mujer.
CLARINO. Flaqueza tiene su ser
desde la mujer primera.
Pierdo, Montalvo, el honor
en la desdicha presente:
por amigo, por pariente,
por anciano y por tutor.
¿Y es posible que le ven
ojos que no la conocen?
MONTALVO. Por Dios, que la desconocen
puesto que muy cerca estén.
Porque el brío es varonil,
que importa en transformaciones,
y muy de hombre las razones.
CLARINO. Tiene un ingenio sutil;
pero yo juzgo por ciego
el que no ve que es mujer.
MONTALVO. Ya lo debe de saber,
señor Clarino, don Diego.
La noche pasa y las calles,
aunque grandes y anchas son,
se escurecen, y es razón
que en ellas tus quejas calles.
A la mañana podrás
buscar a Leonardo, y luego
tendrás nuevas de don Diego
y de doña Ana sabrás.
CLARINO. No he de dormir en Madrid
con un pesar tan cruel,
hasta ver si están en él
o van a Valladolid.
Camina hacia la Pasión,
que yo sabré preguntar.
MONTALVO. Luces hay y a quien hablar.
CLARINO. Verdad dices, tiendas son;
allí nos informarán
tan bien como a la mañana.
¿Cómo se llama doña Ana?
MONTALVO. Ella dijo que don Juan.
¿Qué le dirás a don Diego?
CLARINO. Que es don Juan un hijo mío.
MONTALVO. De tu conducta confío
que le hablarás con sosiego.
CLARINO. Tú verás mi proceder,
aunque más enojo tenga.
MONTALVO. No hay desdicha que no venga
por ocasión de mujer.

(*Vanse. Salen* DOÑA ANA, *que es* DON JUAN *y* MENDOZA.)

D.ª ANA. Ya me tienes entendida.
MENDOZA. Y me parece muy bien.
D.ª ANA. Sólo en que en Madrid estén
me va, Mendoza, la vida.
MENDOZA. No habrá Dios amanecido
cuando a Toledo me parta
y dé a Clarino esta carta;
tú puedes mudar vestido.
D.ª ANA. Déjame tú hacer a mí
lo que tocare a mi parte.
MENDOZA. ¿Qué resulta de avisarte?
D.ª ANA. No perdamos tiempo aquí.
Yo me entro en el aposento;
mira que has de encaminar
a Bernarda a otro lugar.
MENDOZA. Ya estoy en tu pensamiento.
D.ª ANA. ¿Y sabes lo que has de hacer
con don Diego?
MENDOZA. Está segura.
D.ª ANA. ¡Ayúdame, noche escura!
MENDOZA. Dime: ¿ha estado sin comer
Feliciano todo el día?
D.ª ANA. No, que yo propia le di
una conserva.
MENDOZA. Eso sí.
¿Y hubo vino?
D.ª ANA. ¡Ay, noche mía!
MENDOZA. Entra, no temas.
D.ª ANA. Temblando
pongo en el suelo los pies.
MENDOZA. Efeto del temor es.
D.ª ANA. Di que le estoy esperando.

(*Vase* DOÑA ANA.)

MENDOZA.

Mujer fué la primera que en la tierra
puso tanta discordia en los mortales;
mujer enseñó letras, con las cuales
todas las ciencias el ingenio encierra.
Mujer nos rinde, y nuestros rostros hierra,
y pone hasta en las almas las señales;
mujer pudo pisar cetros reales,
y mujer fué inventora de la guerra.
Mujer con su flaqueza abrasa el mundo;
puso por tierra a Troya, a Grecia, a España;
la ciencia y la virtud tienen su nombre.
Es ángel, aunque es furia del profundo,
y con ser la mujer quien tanto daña,
donde ella falta no se alegra el hombre.

(*Sale* BERNARDA *sola.*)

BERNARDA. Don Juan me ha dicho que está
aguardándome Mendoza.
MENDOZA. ¿Es Bernarda?
BERNARDA. Es quien hoy goza
el premio que amor le da.
MENDOZA. Entra al primer aposento,
que al segundo está don Juan.
BERNARDA. En los oídos me dan
las reliquias de su acento.
MENDOZA. No pases de ningún modo
como digo en el primero.
BERNARDA. No hay bien como el bien que espero,
no hay honor, piérdase todo.

(*Vase* BERNARDA.)

MENDOZA. Entróse; bien se va haciendo.

(*Sale* DON DIEGO *de noche.*)

D. DIEGO. ¿Es Mendoza?
MENDOZA. Mi señor.
D. DIEGO. ¿Entró Bernarda?
MENDOZA. Y de amor
tuyo se va deshaciendo.
D. DIEGO. ¿Hay dicha como la mía?
¿Que, en fin, la viste pasar?
MENDOZA. Agora acaba de entrar.
D. DIEGO. ¡Qué prolijo ha sido el día!
¡No pensé que se acabara!
MENDOZA. Díjome que tengas cuenta
que al entrar nadie te sienta;
y sobre todo repara
que te aguarda en el primero.
D. DIEGO. Así lo dijo don Juan.

(*Entrase.*)

MENDOZA. ¡Buenos, por mi vida, van!
Esto es hecho; ¿ya qué espero?
Voy donde Rosela aguarda,
que a don Juan espera ver;
a fe que han de conocer
la toledana gallarda.

(*Entrase. Salen* CLARINO, LEONARDO, MONTALVO *con un hacha.*)

LEONARDO. Aquí me podéis hablar,
que sin duda le importaba
no menos que honor y vida
a quien a tal hora llama.
Agradeced que os abrieron
por respetar vuestras canas,
y porque traigo estos días

cierta sospecha en el alma.

CLARINO. Yo vengo desde Toledo,
señor Leonardo, con ansia
de hallar a don Diego aquí,
que soy deudo de doña Ana:
vame la vida y la honra
en hablarle dos palabras.

LEONARDO. Ya sé lo que le queréis,
y vuestra razón es llana,
que habiéndoosla dado a vos
no fué bien hecho quebrarla.
Ya me dijo aquestos días
que determinado estaba
de ir a Toledo y hacer
enmienda de tanta falta.—
¡Hola, llama a ese aposento
y llega esa lumbre; acaba!

(*Dentro.*)

¡Ah, señor don Diego!

D. DIEGO. ¿Quién
llama?

LEONARDO. Leonardo llama.

D. DIEGO. Leonardo, si habéis sabido
el error de vuestra hermana,
siendo mi mujer, ¿qué importa?;
yo la tengo y esto basta.

LEONARDO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
¿Traidor don Diego, en mi casa?
Abre o romperé la puerta.

CLARINO. ¡Ay, triste!

MONTALVO. ¡Desdicha extraña!

CLARINO. Nunca yo hubiera venido.

LEONARDO. Traidor don Diego, ¿así guardas
la fe dada a los amigos?
¡Págasme bien la posada!

D. DIEGO. Si es mi mujer ¿qué te alteras?

LEONARDO. Cuando yo te la negara,
fuera disculpa.

D. DIEGO. Después
sabrás, Leonardo, la causa.

LEONARDO. Sal en paz; abre la puerta
pues que tu mujer la llamas.

D. DIEGO. Digo que soy tu marido;
salgamos juntos, Bernarda.

(*Salen* DON DIEGO *y* DOÑA ANA *en hábito de mujer.*)

LEONARDO. ¿Quién dice que es tu mujer?

D. DIEGO. Bernarda.

D.ª ANA. Yo soy doña Ana,
que he buscado a mi marido.

LEONARDO. ¿Qué dices?

D.ª ANA. Lo que pasa (1).

D. DIEGO. ¿Doña Ana? ¿Pues no es don Juan?

CLARINO. ¡Hija!

D.ª ANA. ¿Clarino, aquí estabas?

LEONARDO. ¡Hecho notable!

MONTALVO. ¡Famoso!

CLARINO. ¡Gran valor!

MONTALVO. ¡Heroica hazaña!

D. DIEGO. Don Juan, doña Ana, o quien eres,
digo que estoy con Bernarda,
y que está en ese aposento.

LEONARDO. Alguna desdicha falta.
¿qué dices, don Diego?

D. DIEGO. Digo
que estaba dentro tu hermana.

LEONARDO. ¡Ah, Bernarda!

BERNARDA. Aquella voz
conozco. ¡Ay, terrible infamia!
Pero amores la disculpa
y tu valor quien me llama.

(*Sale a fuera* BERNARDA.)

D. DIEGO. ¿Ves si tengo yo razón?

LEONARDO. ¡Vil mujer!, ¿con quién estabas?

BERNARDA. Con don Juan, que es mi marido.

LEONARDO. ¿Cómo, si es don Juan doña Ana?

D.ª ANA. Yo soy doña Ana y don Juan.

BERNARDA. Digo, señores, que estaba
con un hombre que está dentro,
aunque guardando mi fama.

LEONARDO. ¿Hombre dentro? ¿Cómo es eso?
Muestra esa hacha.

D. DIEGO. Ten la espada.

(*Sale* FELICIANO.)

FELICIANO. Yo soy el que dentro estoy,
que sólo os debo palabras,
porque sólo he pretendido
guardar a tu honor la casa.
Feliciano soy; ¿qué miras?

D. DIEGO. ¿Qué es esto?

BERNARDA. Señor, yo estaba
con don Juan.

D.ª ANA. Conmigo ha sido,
que he dado a todo la traza.
Yo tengo culpa de todo,
porque viéndome burlada
en el hábito que veis

---

(1) Falta una sílaba al verso, que puede completarse con cualquier monosílaba; por ejemplo: "Yo, lo que pasa."

quise volver por mi fama.
Y no penséis que esto es sólo;
que porque Mendoza amaba
a Rosela, di una industria,
con que están juntos.

LEONARDO. ¿Qué aguarda
mi brazo en vengar mi injuria?

CLARINO. Ya es tarde para venganzas.
Haz como cuerdo, Leonardo,
pues antes que pierdas, ganas.

LEONARDO. ¡Sal aquí, infame Rosela!

(*Sale* ROSELA *y* MENDOZA.)

RÓSELA. ¿De qué, mi señor, te espantas?

LEONARDO. De que con un hombre estés.

ROSELA. Conozco que fuí engañada
del amor de un caballero.

D.ª ANA. Ya ese caballero es dama,
que Mendoza está contigo.

MENDOZA. Yo soy, y no pierdes nada.

CLARINO. ¿Hay tan grande confusión?
¿Quieres que en una palabra
reduzga a paz esta guerra?

LEONARDO. Sola tu prudencia basta.

CLARINO. Doña Ana y don Diego son
marido y mujer.

D. DIEGO. Yo estaba
ciego en los rayos del sol;
mas en mi disculpa clara
no estimé lo que no vi:
lo no visto no se agravia;
si ella quiere, soy su esposo.

D.ª ANA. La mano le doy.

D. DIEGO. Yo el alma.

CLARINO. Feliciano es caballero.

LEONARDO. Si Feliciano llegara
a pedírmela, tuviera
a dicha darle mi hermana.

CLARINO. Pues dale la mano agora.

FELICIANO. Su esposo soy de Bernarda.

BERNARDA. Del engaño estoy contenta.

MONTALVO. Mendoza y Rosela faltan.

LEONARDO. Yo los caso, y doy en dote
mil ducados y una casa.

MENDOZA. Valen poco ya en Madrid.

LEONARDO. Casa dondequiera es patria.

CLARINO. Doña Ana, don Diego y yo,
después que juntos se hagan
los tratados casamientos
con amistad confirmada,
nos iremos a Toledo.

D. DIEGO. Aquí, Senado, se acaba,
con deseo de serviros,
la Gallarda Toledana.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE
LA GALLARDA TOLEDANA.

LA FAMOSA COMEDIA

DEL

GENOVÉS LIBERAL

ACTO PRIMERO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

Otavio Grimaldo.	Alejandra, *dama.*
Leonato, *criado suyo.*	Drusila, *esclava.*
César, *caballero.*	Marcela, *dama de Regacho francés.*
Oracio, *caballero.*	Bruneto Bergamasco, *lacayo.*
Lomelín, *caballero.*	
Camilo, *desposado.*	
Flavio, *caballero.*	

(Otavio Grimaldo, Marcela, *dama francesa en hábito de lacayuelo,* Leonato, *y otros criados.*)

Otavio. ¡Oh Génova, patria bella,
generosa madre mía,
mil años me aumenta el día,
Leonato, que allego a vella!
No porque el ausencia ha sido
larga, aunque lo es para mí;
pero por haber en ti,
Génova noble, nacido.
Que como el hijo que fué
de la tierra, y que luchaba
con Hércules, si tocaba,
tal vez, en su madre el pie,
dicen que cobraba fuerza
por cien hombres, yo también,
que la patria es madre en quien
la edad se aumenta y se esfuerza.

Leonato. Por algo más lo dirás,
pues se ve que el tornasol
luego que le toca el sol
esfuerza sus hojas más.
El sol que tu vista alcanza,
luego que en tus ojos da,
las hojas creciendo va
de tu florida esperanza.
Aquélla patria se llama
donde dicen que está el bien,
su centro los ojos ven,
descansa el alma en quien ama.
¡Qué tendrás de pensamientos
después que llegaste aquí!

Otavio. Luego que a Génova vi
descansé de mil tormentos.
Y antes que sus edificios,
famosos muros y almenas,
quintas de pinturas llenas,
torres altas, frontispicios,
jaspes y mármoles puros
trujesen a mi memoria
la sangre, el valor, la gloria
de mis ascendientes claros,
una casa desta hermosa
ciudad me representó
mayor gloria que me dió
aquella sangre famosa.
No el Grimaldo mi apellido,
no el Oria, no el Centurión,
no el Espínola, aunque son
lo mejor de lo que he sido,
me han dado aqueste contento,
sino aquella que tú sabes,
donde tiene amor las llaves
de mi propio pensamiento.
¡Ay, Leonato!, si el ausencia
grande ocasión en mujer,
hizo lo que suele hacer,
¿adónde hallaré paciencia?
Medroso estoy de mi dicha,
celoso estoy de su fe.

Marcela. Temes sin causa.

Otavio. ¿Por qué,
si el mismo amor es desdicha?

Marcela. Quien ama no ha de temer,
sino prevenir el daño.

Otavio. ¿Pues qué es el amor?

Marcela. Engaño
en manos de una mujer.
Y pues de la voluntad
dicen que amor es pasión,
la mejor difinición
es llamarle enfermedad.

Y así, de la misma suerte
que el enfermo está en la cama,
ha de esperar el que ama
o la salud o la muerte.
Estos dos extremos son
polos, en que amor se mueve.

OTAVIO. ¡Qué poco el amor te debe
en esa difinición!
¡Y ay de mí si estoy mortal
del peligro desta ausencia!

LEONATO. Marcelo no diferencia
los medios del bien o el mal.
¿Pero qué puede entender
un rapaz de la infinita
ciencia de amor? Ejercita
la experiencia y no el saber.

MARCELA. ¡Pluguiera a Dios que no fuera
tanta la experiencia mía!

OTAVIO. ¿Has querido bien?

MARCELA. ¿Sería
milagro?

LEONATO. Alguna quimera
te querrá agora contar
llena de tus burlas frías;
que por sus truhanerías
quiere Marcelo privar.

MARCELA. Leonato, si entretener
a Otavio cuando está triste
es ser truhán, mal hiciste
en procurarme ofender.
Mas tu ofensa no me altera;
sólo te puedo decir
que se hallará en el servir
si la envidia se perdiera.
¡Desdichado del que viene
a tan miserable estado!
¡Qué de envidias, si es privado!
¡Qué de enemigos que tiene!
El sol dicen que privaba
con Júpiter porque vía
la gran virtud con que el día
y el mundo clarificaba.
Y los dioses, envidiosos,
desde la tierra impedían
la luz, con nubes que hacían
de humores caliginosos.
Mas Júpiter, como estaba
de su cielo en la alta cumbre,
mirando del sol la lumbre
de la envidia se burlaba.
Creo que me has entendido.

LEONATO. Muy necio, Marcelo, vienes
si acaso por sol te tienes,
tan bajamente nacido.
Las cintas del capotillo
los rayos deben de ser;
mas, pues eres bachiller,
lacayuelo francesillo,
satisfacer quiero aquí
a lo que tratas de amor,
que envidias de tu valor
ya fuera defeto en mí.
Todas las ciencias del mundo
por preceptos se deprenden,
por los maestros se entienden
que las enseñan, Marcelo.
Pero hacer versos y amar
naturalmente ha de ser;
tú no has llegado a querer;
¿de amor qué puedes hablar?

MARCELA. ¿Por qué no soy yo capaz
de amar?

LEONATO. Por bajo sujeto,
indigno, como imperfeto,
y finalmente rapaz.

MARCELA. Y si te pruebo que puede
amar un niño y un ciego,
¿qué dirás?

LEONATO. Pensaré luego
que lo imposible sucede.

MARCELA. Mira: cuando el amor hace
las flechas con que nos tira,
prueba el arco, tienta y mira
si le agrada y satisface.
Y las que arroja en el viento
dan a veces con su fuego
en un niño y en un ciego,
porque se esparcen a tiento.
Y así el niño dice al ama
con su media lengua amores,
y el ciego pide favores
sin haber visto a su dama.
Y destas flechas podría,
al derecho o al revés,
a un lacayuelo francés
herir alguna algún día.

OTAVIO. Dice Marcelo muy bien;
déjale, por Dios, Leonato,
que diga de amor el trato
y me entretenga también.
Pero ya en la calle estamos
de mi Alejandra; ¿qué haremos?
¿Pasaremos?

MARCELA. No pasemos;

por estotra calle vamos,
que daremos que notar,
y es justo, Otavio, que entiendas
que los hombres de tus prendas
no han de dar que murmurar.
La república famosa
de Génova te envió
a Francia, y te confió
embajada tan honrosa.
Vuelve con autoridad,
que las cosas del amor
en los hombres de valor
desdoran la gravedad.

LEONATO. Ve ahí de qué te ha servido
dar a un lacayo lugar
para que te pueda hablar
descompuesto y atrevido.
Bien muestra lo que ha estimado
la licencia que le dan,
pues se sube de truhán
a consejero de Estado.
Pasa, señor, que a un mancebo,
aunque repúblico sea,
no puede ser cosa fea
ni a sus verdes años nuevo
tratar de cosas de amor.

OTAVIO. Pasaré, porque a mi esfera
vengo al fin, aunque no quiera
del grave oficio el honor.
¡Ay, puertas, adonde vi
tan venturosos mis pasos
en mis amorosos casos,
de que tanta parte os di!
¡Ay, rejas, donde escuché
su angelical voz divina!

MARCELA. Gran gente viene; camina.

OTAVIO. ¡Ay, Marcelo, no podré!
Porque es tal la suspensión
del alma en tanto placer,
que no me pueden mover
el miedo ni la razón.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

(Vayan entrando grande acompañamiento y detrás los desposados, CAMILO *y* ALEJANDRA.)

LEONATO. Retírate.

OTAVIO. Estoy cobarde.
¿Dónde va este rico alarde,
tan adornado y compuesto?

LEONATO. En forma de boda viene;
sin duda es boda, señor.

OTAVIO. ¡Ay, Leonato, que temor
oprimida el alma tiene!

LEONATO. Boda es sin duda; ¿no ves
los gallardos desposados?

OTAVIO. Apenas puedo, de helados,
mover los turbados pies.
¡Ay, cielos, qué confusión!—
¿Conoces la desposada?

LEONATO. Tengo la vista turbada
y paréceme ilusión.
Míralo tú.

OTAVIO. ¿Para qué?
¡Vive el cielo que es, Leonato,
mi Alejandra!

LEONATO. ¡Amor ingrato,
falso trato, injusta fe!
Quítate, señor, de aquí;
quedaréme yo a saber
cómo puede una mujer
en un mes mudarse ansí.
¡Qué graciosa novedad
en un mes! ¡Graciosa anduvo!
¡Harto fué si un hora tuvo
firmeza en la voluntad!

CAMILO. Hermosa Alejandra mía,
de vuestro merecimiento
cualquiera encarecimiento
notable ofensa sería.
Y ansí, atreverme no puedo
a encareceros, mi bien,
porque los ojos que os ven
ponen a la lengua miedo.
Que contemplando el valor
deste celestial sujeto,
fuera el amor imperfeto
si no temiera el amor.
Del haberos merecido,
¡oh, soberana hermosura!,
doy gracias a mi ventura:
sólo mi ventura ha sido.
Bien puedo preciarme della,
pues a vuestro sol llegué:
con justa causa diré
que nací con buena estrella.

ALEJANDR. Camilo, aunque resistí
a la fuerza que me hacían
mis padres, que conocían
el valor que vive en ti,
ya estoy de que a ti me iguales
tan contenta, que también (1)

(1) Así en los originales; pero quizá deba decir "tal bien".

no te encarezco, mi bien,
por no ofender lo que vales.
Y así será más forzoso
decir yo que fuí dichosa
en ser de Camilo esposa
que tú de Alejandra esposo.
Entra en esta casa honrada
del dueño que cobra en ti.

CAMILO. Ser tu esclavo me honra a mí,
dulce esposa, prenda amada.
Caballeros, celebrad
este generoso día,
que todos sois sangre mía,
pues es sangre la amistad.
Pues soy un noble de ti,
hónrame, Génova noble,
que ya lo merezco al doble
por la que se junta a mí.
Digan los propios y extraños
parabienes a mi bien.

FLAVIO. Todos te dan parabién,
goza a Alejandra mil años.

(*Entranse todos los de la boda.*)

LEONATO.

Señor, vuelve en tu acuerdo: ¿Qué imaginas?
¿Qué dudas? ¿Que Alejandra se ha casado?
En lo que ya pasó, ¿qué determinas?

OTAVIO.

Cual peregrino, que del Cita helado
o del adusto Etíope volviera,
tal mudanza en su patria hubiera hallado,
cual cautivo del bárbaro viniera,
después de haber en la prisión perdido
los verdes años de la edad primera,
que hubiera hallado en tan profundo olvido
sus padres, sus amigos y parientes,
ni le hubieran más daños sucedido,
que Ulises, que por mares diferentes
peregrinó diez años, cual Aquiles,
después de tantos varios accidentes
hallaron en su honor cosas tan viles,
ni sus competidores tan gloriosos.
¡Oh vanas esperanzas femeniles!
¡Otro dueño tenéis, ojos hermosos!
¡Ya no seréis de Otavio, prendas mías!
¡Oh cielos en mi daño rigurosos!
¿Qué no llevan tras sí los breves días,
que de la mesa de la vida humana
roban el bien y el gusto como arpías?
¿Es verdad lo que vi?

LEONATO.

Verdad es llana,
que sólo en el creerla está el remedio
de tu loca pasión, incierta y vana.
Mira que estando de su calle en medio
das que decir; anímate y partamos.

OTAVIO.

¡Partir del mundo fuera honesto medio!

LEONATO.

Por lo menos, señor, de aquí nos vamos.

OTAVIO.

Estoy como el que ha visto alguna sombra,
que la noche formó de peña o ramos,
que más se acerca mientras más le asombra,
por no quedar dudoso del engaño,
si engaño ahora la verdad se nombra,
y hasta tocarle, aunque temiendo el daño,
no se quiere partir, ni los pies mueve,
que es centro del temor el desengaño.
Déjame aquí, que convertido en nieve
me deshará su sol en agua y llanto,
pues a esperarla el corazón se atreve.

MARCELA.

¡Divinos cielos, que merezco tanto
consuelo y bien en tanta desventura!
¡La tierra beso en vuestro nombre santo!
La gallardía, el talle y compostura
de Otavio de mi tierra me sacaron,
que no hay para el amor honra segura.
En fin, mis pensamientos se fiaron
deste traje en que vengo disfrazada,
y sirviéndole a Génova llegaron,
donde el hallar esta mujer casada
ha de ser mi remedio.

OTAVIO.

¡Oh fiera ausencia!
¡Oh, nunca yo aceptara la embajada!
Nunca mi patria en esta diferencia
me hubiera a los franceses enviado.

LEONATO.

Señor, ¿qué dices?

OTAVIO.

Pierdo la paciencia.

LEONATO.

Un corazón heroico, un hecho honrado,
no se rinde a sucesos de fortuna
ni tiene el sufrimiento limitado.

¿Qué amor pretende de mujer alguna,
sino es amor platónico o otra cosa,
que gozalla?

OTAVIO.

Ni hay otra igual ninguna.

LEONATO.

¿Pues qué pretendes de Alejandra hermosa
que más fácil no sea, si es casada,
y fué del padre fuerza rigurosa?

OTAVIO.

Sí, pero no podré tener entrada
para darle a entender mi pensamiento.

LEONATO.

No es firme amor el que repara en nada;
la industria es hija del amor.

OTAVIO.

¿Qué intento
puedo seguir en conquistar su gusto?

LEONATO.

Yo lo diré.

OTAVIO.

Prosigue.

LEONATO.

Estáme atento.
Pide a su esposo, pues le viene al justo,
poniendo casa, que reciba un paje.

MARCELA.

Leonato va trazando mi disgusto.

LEONATO.

Recibirále, y con gallardo traje
le darás a Marcelo...

MARCELA.

Envidia pura.

LEONATO.

...abonando sus partes y linaje.
No quieras tu esperanza más segura
que en manos de Marcelo, tan discreto,
tan cauteloso y que tu bien procura.
Podrá servirte de ladrón secreto,
llevará los papeles y recados,
pondrá tus esperanzas, en efeto;
diràle por momentos tus cuidados,
abriráte las puertas y ventanas,
aunque los celos pongan mil candados.

OTAVIO.

Parece que las miro todas llanas,
Leonato, con la industria más discreta
que inventaron jamás armas grecianas.
Marcelo, del amor que me inquieta
has visto las señales en mis ojos,
las del alma por ellos interpreta.
En ti vive la paz de mis enojos;
tú me has de dar de mi Alejandra bella
el triunfo, la vitoria y los despojos.
¡Dichoso tú, que vivirás con ella!
¡Dichoso tú, que gozarás su gloria,
infierno en mi esperanza y cielo en ella!
Tus armas apercibe a la vitoria;
anima tu gallardo entendimiento
y de mi voluntad tendrás memoria.
Que si el fin de mi heroico pensamiento,
por ti, por tu valor llega a gozalla,
siendo de un bien tan alto el instrumento,
tuya es mi hacienda, y tú podrás mandalla,
tú regilla podrás, tuya es mi vida.

MARCELA.

Señor, tu amor me anima a conquistalla.
Y espero que Alejandra, combatida
de tu persona y del ingenio mío,
quede, a pesar de su valor, rendida.
Seré el caballo, en mi valor confío,
que metieron en Troya los de Grecia.

OTAVIO.

Pues aviva el ingenio, afila el brío.

LEONATO.

Fué buena industria.

OTAVIO.

El alma, que la precia,
te dará el galardón. Vamos.

MARCELA.

Yo espero,
si fuese Tays, que la haré Lucrecia,
que soy mujer y por Otavio muero.

(Entrese, y salgan tres caballeros del Senado de Génova, ORACIO, CÉSAR, LOMELÍN.)

ORACIO.

Diga lo que quisiere el vulgo loco,
incierto, vario, novelero y rudo,
aunque nuestros consejos tenga en poco,
que la nobleza ha hecho lo que pudo.
Cuando en sus viles amenazas toco
miro las Lises del francés escudo,

y conozco que basta por reparo
del Rey el nombre, en toda Europa claro.

CÉSAR.

Muy bien ha hecho, aunque a la plebe amiga
siempre de libertad tanto le pesa
en darse al Rey, que con su amor la obliga,
Oracio, la nobleza genovesa;
el vulgo vil lo que quisiera diga,
los nobles somos de la Lis francesa,
que el Rey desde París a nadie ofende,
y en fin de mil contrarios nos defiende.

LOMELÍN.

Nunca los sarracenos venturosos,
señor César, la hubieran destruído,
cuando fué por sus hechos hazañosos
Berengario en Italia obedecido,
si de algún Rey los brazos poderosos
la hubieran desde lejos defendido,
que el nombre sólo fuera de importancia
de un rey Luis Duodécimo de Francia.
Por no tener de un Rey el noble amparo
ha sido tantas veces ofendida,
aunque por las victorias de Ademaro
fué del opuesto polo conocida:
su nombre hicieron las grandezas claro,
y vino a ser tan rica y tan temida,
que por la industria y la famosa espada
Génova la soberbia fué llamada.
Mas todas las repúblicas que han dado
lugar al vulgo en su gobierno y leyes,
siempre han venido a tan humilde estado,
que no le iguala el de tiranos reyes.
¡Que quiera el labrador, que con su arado
abre la tierra y sigue un par de bueyes,
regir la multitud de ciudadanos
sin florecelle el árbol en las manos!
¡Terrible confusión! ¡Y que se atreva
el que vive en mecánico ejercicio
a hacer una república tan nueva!
De (1) bárbaros daremos presto indicio,
si nuestras leyes mal el vulgo lleva
y se imagina digno deste oficio,
agora, que pretende su arrogancia,
pues estará sujeta a un Rey de Francia.

ORACIO.

Ya tarda Otavio en darnos la respuesta.

CÉSAR.

Ya viene Otavio aquí.

(*Entre* OTAVIO.)

LOMELÍN.

Seas bien venido.
¿Qué dice el Rey?

OTAVIO.

Su gusto manifiesta,
y aceta muchas veces el partido.
A vuestras nobles intenciones presta
el rey Luis tan piadoso oído,
que dice, y lo ha mostrado de mil modos,
que como a hijos os recibe a todos.
Ni dueño o Rey de Génova se llama,
ni quiere más que ser amparo vuestro,
mostrando lo que os quiere, estima y ama
en el favor que de su mano os muestro.
Ya lo sabéis, Senado, por la fama,
que es el nuncio del mal o el bien más diestro,
honró mi cuello para más decoro
del San Miguel en treinta piezas de oro.
Dióme una gran vajilla y cuatro joyas;
y a quererme casar me prometía
hermosura que pudo arder mil Troyas,
y en sangre noble preferir la mía.

ORACIO.

El estado de Génova que apoyas,
Otavio, en la francesa Monarquía,
otro agradecimiento igual te debe,
aunque le pese a la confusa plebe.

OTAVIO.

Del vulgo, caballeros, la nobleza
no es justo, no, que viva recelosa.
Esta es del Rey la carta.

LOMELÍN.

En la cabeza
y en la boca la pongo.

CÉSAR.

Es justa cosa.

OTAVIO.

Veréis del Rey la singular grandeza
y el valor de su mano generosa.

LOMELÍN.

Léala Oracio.

ORACIO.

Lomelín la lea.

(1) En los textos dice: "A bárbaros", pero es errata notoria.

LOMELÍN.

Propicio el cielo a nuestro intento sea.

(Lea la carta.)

"Nobles genoveses, parientes y amigos míos: por vuestras cartas he sabido cuánto estimáis nuestra protección y amparo, y la Nobleza toda quiere nuestra amistad y compañía en el gobierno; y así digo que, no como Rey, ni dueño, ni señor, sino como un particular ciudadano, acepto el ofrecimiento, y en defensa y amparo ofrezco mis armas y personas, como más largamente me remito a los capítulos tratados.

El Rey Luis."

LOMELÍN.

¿Qué os parece?

CÉSAR.

Que muestra en su blandura
el bien que de ella a Génova le espera.

ORACIO.

¿Qué es lo que el vulgo bárbaro procura,
que de la protección del Rey se altera?

CÉSAR.

Que no hay para qué hablar de su locura;
la injusta libertad del mundo muera
y viva el Rey de Francia, señor nuestro.

(Entrense.)

LOMELÍN.

Viva mil años.

OTAVIO.

Justo acuerdo el vuestro.

(Quede OTAVIO *y su criado.)*

OTAVIO. Ya, Leonato, que he cumplido
con lo que al oficio toca,
por quien la muerte a la boca
Tántalo del alma he sido,
acudamos al remedio
de mi libertad perdida,
que es república la vida
y está del peligro en medio.
No gobierna la razón
y quiere amor ser tirano.

LEONATO. No será tu intento en vano
ni loca tu pretensión.
Como trazado lo llevas,
de su furor sólo siento
que, pues amas, no te atrevas
sin ir de tu pensamiento.
Marcelo bien instruído
de lo que ha de hacer allá...
¿Qué temes (1)?

OTAVIO. Temo que está
mi amor cubierto de olvido.
Que es propio de una mujer
que se casa enamorada
de otro, mudarse, y gozada,
a quien la goza querer.
Que el trato, de quien no sabe
otro trato a amar obliga.

MARCELA. O tu intento se prosiga,
o cierra el alma con llave.
Extraño estás. Si es que amas,
¿qué dudas? Y si es que dudas,
¿qué amas?

OTAVIO. Cuando tú acudas
a este amor que temor llamas.
¿No puede ser que, gozada,
Alejandra haya olvidado,
Marcelo, mi amor pasado?

MARCELA. Pues alto, no intentes nada.
¿De qué sirve a la ribera
del mar estar contemplando
el mercader, si pasando
le ha de ser propicia o fiera?
¿De qué sirve al capitán
pensar, al acometer,
si ha de morir o vencer
si tocando al arma están?
¿De qué sirve al que a la mesa
está sentado pensar
si ha de perder o ganar,
o al que mira si atraviesa?
¿De qué sirve al que pretende
sembrar pensar o temer
el llover o no llover,
cosa que del cielo pende?
Ama sin sospecha alguna;
navega, pelea, juega
y siembra, que todo llega
a manos de la Fortuna.

OTAVIO. ¡Oh, buen Marcelo, mil años
vivas! ¡Placer me has hecho!

MARCELA. ¡Qué mal entiendes mi pecho,
qué mal sabes mis engaños!
¡Ay, Otavio, que te adoro!
Y si de Francia salí
tan olvidada de mí
y de mi honesto decoro,

(1) En los textos, "tienes", por errata.

fué pensando declararme;
mas como adorar te veo
esta mujer, ya deseo
en este ser transformarme.
¡Válame el cielo, qué intento!
Alcahuete vengo a ser
de un hombre con quien ayer
trataban mi casamiento.
¡Ah padres, ah hermanos locos,
causa de mi deshonor,
que en los consejos de amor
siempre son los cuerdos pocos!

LEONATO. Al puesto has llegado ya.
OTAVIO. Entra, di que estoy aquí.

(LEONATO *se entra.*)

LEONATO. Espera.
OTAVIO. ¿Quién, ¡ay de mí,!
sin esperanza podrá?

(MARCELA *y* OTAVIO *dicen aparte.*)

MARCELA.
¿Qué fin puede esperar un loco engaño?

OTAVIO.
¡Cuán imposible y loca empresa intento!

MARCELA.
¿A qué puede llegar mi atrevimiento?

OTAVIO.
Mi mal es propio y mi dolor extraño.

MARCELA.
Al mal le pido el bien, provecho al daño.

OTAVIO.
Yo voy donde me lleva el pensamiento.

MARCELA.
No siento que me pierdo, el dolor siento.

OTAVIO.
¡Oh cuánto me acobarda el desengaño!

MARCELA.
¡Qué fingidos, amor, son tus placeres!

OTAVIO.
Mi daño creo, mi remedio dudo.

MARCELA.
Lo que amas dejas, lo que olvidas quieres.

OTAVIO.
¡Oh, amor, pues fuiste ciego, fueras mudo!

MARCELA.
Con justa causa dicen todos que eres...

OTAVIO.
Ciego.

MARCELA.
Niño.

OTAVIO.
Rapaz.

MARCELA.
Traidor.

OTAVIO.
Desnudo.

(*Entren* CAMILO *y* ALEJANDRA *y* DRUSILA *y* LEONATO.)

CAMILO. Otavio Grimaldo viene
a daros el parabién.
ALEJANDR. Hará, Camilo, muy bien
al bien que Alejandra tiene.
OTAVIO. Estando en Francia ocupado
mientras trazastes la boda,
de quien ya Génova toda
el parabién os ha dado,
vengo, Camilo, el postrero.
CAMILO. Vos seáis muy bien venido,
que en mi memoria habéis sido,
señor Otavio, el primero.—
Tráigannos sillas aquí.
DRUSILA. Sillas, Bruneto (1).
BRUNETO. No vollo (1).
che tu me comande.
DRUSILA. El rollo
te estire.
BRUNETO. E a ti cusí.
DRUSILA. Parte presto.
BRUNETO. ¿Portaró
le sile de li cavay?
DRUSILA. Las de aquella sala tray.
BRUNETO. Adesso, adesso andaró.
OTAVIO. Seáis, Alejandra hermosa,
muchas veces bien casada,
porque tan bien empleada
parece que es justa cosa.
Bien descuidado venía
a Génova de que hallara
vuestra sangre y virtud rara
con tan buena compañía.

(1) Suplida esta palabra para que conste el verso.
(2) En los textos, "voglo". Enmendado para hacer perceptible la consonancia. Lope habrá escrito "voglio".

Gocéisla por muchos años.
ALEJANDR. Para serviros, Otavio;
que bien veréis, pues sois sabio,
que es toda la vida engaños.
Lo que no pensaba fué,
lo que imaginé perdí,
de quien quiso el cielo fuí,
vos juzgaréis si acerté.
DRUSILA. Aquí están las sillas ya.
CAMILO. Siéntese vueseñoría.
OTAVIO. Tal es la flaqueza mía
que bien menester será.

(Siéntense en tres sillas, y ALEJANDRA *en medio de los dos.)*

ALEJANDR. ¿Cómo en París os ha ido?
OTAVIO. Así por acá me fuera.
ALEJANDR. ¿No venís bueno?
OTAVIO. Quisiera,
señora, no haber venido;
que el Rey me favorecía
tanto como ya sabéis.
ALEJANDR. Vos lo merecéis.
OTAVIO. Hacéis
a mi humildad cortesía.
¡Qué mal acá me han pagado
lo que he padecido allá!
CAMILO. ¿Pues no os tratan bien acá?
OTAVIO. Todo lo hallo trocado.
CAMILO. En estas alteraciones,
donde el vulgo persevera,
en su libertad espera,
más con armas que razones.
En todo hallaréis mudanza.
OTAVIO. Y mudanza de tal suerte,
que si no es para la muerte
ya no me queda esperanza.
ALEJANDR. No se puede en lo que es fuerza
guardar a nadie el decoro.
OTAVIO. Una voluntad que adoro
a que la sufra me esfuerza.
Pero terrible rigor
es que un hombre vaya a Francia
y a cosa tan de importancia
le nombren embajador.
Y que le digan partiendo
que le guardarán lealtad,
y que estará la ciudad
firme, esperando y volviendo.
Y que cuando vuelva halle
la ciudad alborotada,
la fe y palabra quebrada
y le obliguen a que calle.
Y aunque forzoso ha de ser
de la República, digo
que ha querido ser conmigo
mudable, como mujer.
Y pues le doy este nombre,
esto basta entre los dos,
que por eso me hizo Dios
noble, caballero y hombre.
ALEJANDR. Quejáisos injustamente,
aunque mi esposo perdone
de que a la ciudad abone
llena de plebeya gente.
Que si cuando vos partistes
esa lealtad prometió,
mientras pudo la guardó,
pero no cuando volvistes.
Si quien ha de obedecer
a la obediencia es forzada,
¿de la palabra quebrada
qué culpa puede tener?
OTAVIO. Ya que fuí tan desdichado
que la ciudad me faltó
la fe en el tiempo que yo
estaba más confiado,
como sólo me prometa
en lo por venir lealtad,
le ofrezco mi voluntad
como primero sujeta.
ALEJANDR. Si tiene dueño, no es justo
que deje el dueño y os quiera.
OTAVIO. Si guarda la fe primera,
yo soy dueño de su gusto.
ALEJANDR. Otavio, en leyes de honor
el que posee es el dueño.
OTAVIO. ¡Mi intento se vuelve sueño,
ya tiene a Camilo amor!
LEONATO. Calla, señor, y porfía.
OTAVIO. No escucha; ¿no ves, Leonato,
la fuerza que tiene el trato?
LEONATO. Es trato el gusto de un día.
OTAVIO. Aunque el término es pequeño,
muy poderoso le hallo.
LEONATO. Mira que siempre el caballo
muestra la marca del dueño.
OTAVIO. ¿Qué puedo ya pretender,
pues verás que siempre ha sido
la posesión del marido
la marca de la mujer?
LEONATO. ¿Y qué importa, como ves,
que un caballo hermoso y bello
tenga ajena marca y sello

si tú le corres después?

DRUSILA. ¿Y viene vuesa merced
de Francia?

MARCELA. A vuestro servicio

DRUSILA. ¿Pues por qué en aqueste oficio?

MARCELA. No me han hecho más merced.
Demás que por ser muchacho
me asienta bien el capote.

DRUSILA. ¿Caminas?

MARCELA. Voy en un trote
cien leguas con un despacho.

DRUSILA. Por mi vida que esa cara
no se ha empleado muy bien.

MARCELA. Si yo lo estuviera en quien
como es justo me estimara,
hombre para todo soy.

DRUSILA. Vente por acá otro día.

MARCELA. Estimo la cortesía;
mas dame señas, que estoy
incierto de ti.

DRUSILA. ¿Qué cosa
te puedo dar importante?

MARCELA. De un amante es el diamante
semejanza y prenda honrosa.
Dame ese anillo.

BRUNETO. Non sacho
lo que parla quel capote.

MARCELA. ¿No me le das?

DRUSILA. Vas al trote
cien leguas con un despacho.

BRUNETO. Per Dío que el fanchuleto
mi vole pillar la eschiava.

DRUSILA. El regacho me engañaba:
era francés, en efeto.

BRUNETO. Ola say tu quel que fay
eche somo es minor domo
de questa casa (1).

MARCELA. Si tomo
esta daga...

BRUNETO. Oimé.

DRUSILA. ¿Qué hay?

BRUNETO. Sino que guardo, per Dío,
que col ferro me esbudela.

OTAVIO. Propuse al Rey con cautela,
Camilo, el intento mío.
Y estimando la nobleza
de Génova, concedió
los capítulos que yo
pedí a su real grandeza.
Las mercedes fué esta prenda
que honra y adorna mi pecho,
sin otras muchas, que han hecho
notable aumento en mi hacienda.
Quísome casar allá
con una parienta suya;
mas porque mi patria arguya
cuán obligada me está,
dejé su sangre y belleza,
y con mayor voluntad
vine a ver su deslealtad
en pago de mi firmeza.
Dióme cierto huésped mío,
hombre de bien, al partir,
sólo por verle servir
con tal afición y brío,
el lacayuelo que veis,
que por cosa nueva acá,
así galán como está
quiero que vos le gocéis.
Este os presento en señal
de amor y amistad, Camilo;
su gracia, talle y estilo
bien merecen dueño igual.
Pensé enviarle a Florencia,
y a que os le dé me obligáis,
y Alejandra, si me dais
para que le dé licencia,
este diamante, que allá
el Rey me dió de su mano.

CAMILO. Aunque fuistes cortesano,
señor Otavio, de acá,
como de Corte venís
de tal Rey, en honra mía
aumentáis la cortesía.

OTAVIO. Si cuanto encierra París,
que es de las grandes ciudades
del mundo, daros pudiera,
mi obligación no cumpliera.

ALEJANDR. Pagáis nuestras voluntades.
Y así a los dos nos tened
por muy vuestros.

OTAVIO. De los dos,
que mil años guarde Dios,
espero toda merced.
Pasa adelante, Marcelo;
besa a tu dueño la mano.

MARCELO. Mucho pierdo y mucho gano,
y a los dos os guarde el cielo,
y os dé tanta sucesión,
que al levantar de las camas
los vestidos a las amas
las pongan en confusión.

(1) Así en los textos.

Un mayorazgo posea
vuestra casa en dicha tal,
que Capitán general
desta República sea.
El segundo del capelo
y púrpura sacra honrado,
al Sumo Pontificado
llegue con favor del cielo.
Los demás con tantas glorias
los deje el tiempo lograr,
que sean en tierra y mar
más dichosos que los Orias.
Si me diera a un rey Otavio
dél me agraviara, por Dios;
pero dándome a los dos
no puede llamarse agravio.
Y de mi parte quisiera
ser prenda de tal valor,
que se igualara a su amor
y de algún provecho os fuera.
Mas tal cual soy, sin engaños,
me ofrezco humilde a los dos:
guárdeos Dios, y quiera Dios
que os gocéis por largos años.

CAMILO. Marcelo, en el trueco has sido
tantas veces engañado
como el que de un alto estado
a estado humilde ha venido.
Mas cuando no merecieras
por ti lo que en ti se ve,
por el que tu dueño fué
de nuestra casa lo fueras.
En la cual podrás mandar
como criado de Otavio.

OTAVIO. Por no sufrir ese agravio
os dejo de visitar.

(*Levántase.*)

Y porque a los desposados
no se han de ocupar las horas,
Marcelo, casa mejoras
y con dueños más honrados;
que tengo envidia de ti;
sirve y mira por mi amor,
que quedo por tu fiador.

MARCELA. Confía, Otavio, de mí,
que poco podré, o haré
que salgas de la fianza.

OTAVIO. Ya me anima la esperanza
con la virtud de mi fe.
Adiós, Alejandra hermosa;
adiós, Camilo.

ALEJANDR. El os guarde.

CAMILO. Ir quiero con vos.

OTAVIO. Es tarde;
acompañad vuestra esposa.

(*Háganse cumplimientos y éntrense todos, quedando allí* MARCELA *y* DRUSILA.)

DRUSILA. ¿En fin, francés, que te quedas
en casa?

MARCELA. En casa me quedo.

DRUSILA. Encarecerte no puedo
cuánto me alegro.

MARCELA. Aunque puedas,
no igualas a mi alegría.

DRUSILA. ¿De qué la tienes?

MARCELA. De verte.

DRUSILA. Mirado se han de esa suerte
tu buena estrella y la mía.

MARCELA. Pues qué, ¿parézcote bien?

DRUSILA. Dasme un dorado veneno
con ese donaire.

MARCELA. Bueno.

DRUSILA. Y con los ojos también.

MARCELA. ¿Pues tan presto te ha rendido
esto que llaman amor?

DRUSILA. Si es rayo amor, su furor
no puede ser resistido.
Antiguamente miraba
un galán a una doncella
seis años primero que ella
entendiese que la amaba.
Hacía justas, torneos,
motes, versos y otras cosas,
a todo el mundo enfadosas,
para decir sus deseos.
Si en el campo la topaba
y le daba alguna flor,
aquel notable favor
otros seis años duraba.
Concertábanse casar
y andaban un año en puntos
antes que durmiesen juntos,
aunque sobrase lugar.
Por este amor se inventaron
libros de caballerías;
mas como ya en nuestros días
todas las cosas llegaron
a la perfección que ves,
y cuanto el cielo produce
a práctica se reduce,
como a cinco dos y tres.
Si el agua se ha de subir

a un monte, hay instrumento
que la sube en un momento;
si un fuerte se ha de batir,
hay un cañón que derriba
un lienzo de una muralla;
si uno agraviado se halla
y es de sangre vengativa
ya no sale a desafío,
sino diez valientes lleva,
que primero que se mueva
le hacen criba y dejan frío.
Si alguno ha de negociar
por letras o armas honor,
halla en dineros favor
y déjase de cansar.
Si uno quiere ser discreto
murmura a los que lo son,
porque por murmuración
le tengan en gran conceto.
Y así el gozar, si es que ha dado
gusto una dama, remite
amor, que esta ley permite
al dinero o al agrado.
Si tú me agradas a mí,
¿para qué te he traer
en mirar o responder
ni andar de aquí para allí?

MARCELA. ¡Válgate Dios por fregona,
esclava, dama o quien eres!

DRUSILA. Ya están así las mujeres;
si esto te enoja, perdona.

MARCELA. Antes es tan justa ley,
que se había de mandar
aquesto del abreviar
por premática del Rey.
Si un hombre un negocio tiene,
¿qué sirve que el tiempo pierda,
si se acuerda o no se acuerda,
si conviene o no conviene?
¿Los hombres por qué razón
del mismo tiempo no aprenden,
pues abrevia y no le entienden
todas cuantas cosas son?
Respuesta un Embajador
pidió a Pompilio Romano,
y hizo un cerco con la mano
a sus pies, y no mayor,
diciéndole: Sin que salgas
de aquí me has de responder.
ley de discreta mujer,
entre sus leyes hidalgas,
es abreviar el sí o el no,
o no me agrada o me agrada.

DRUSILA. Si Drusila no te enfada,
de mí te aseguro yo
que me agradas en extremo.

MARCELA. Pues alto, dame esos brazos,
y ate el amor con sus lazos
esta fe.

DRUSILA. La tuya temo.

(BRUNETO *mire.*)

BRUNETO. ¿Ola che cosa?

DRUSILA. ¡Ay de mí,
Bruneto nos vió abrazar!

MARCELA. ¿Pues industria ha de faltar?

BRUNETO. ¿Que fachete, voy cusi?

MARCELA. Dile nuevas de su tierra
y de placer me abrazó.

BRUNETO. ¿Tu sey estato?

MARCELA. Yo
fuí soldado en cierta guerra,
y cuando niño cautivo.

BRUNETO. Has fachato tu que sey
cusi te trobo con ley,
oggi non restarás vivo
ti amazarao, farfantelo.

MARCELA. Llega, pícaro poltrón.

BRUNETO. Ti faro mi macarrón,
ti vollo engotir, Marcelo.

DRUSILA. Entrate y deja esta bestia,

BRUNETO. ¡Há caña, há lladra, há sasina,
si te pillo en la cuchina
te faro qual que molestia!

MARCELA. Si algo quiere el lacayazo
salga fuera, y no hable aquí.

BRUNETO. Guarda, que faró.

MARCELA. ¿Tú a mi?

DRUSILA. ¡Déjale!

MARCELA. ¡Suéltame el brazo!

DRUSILA. ¡Por mí, que te lo suplico!

MARCELA. Ven, que por ti le perdono.

(*Entrense ambos.*)

BRUNETO. A Dio, que morto sono,
di questa volta me impico.
Mi moro di gelosía,
Drusila me ha posto il corno,
amor per che, tanto escorno
la pobera vita mía.
Qui voy di me, qui te ey facho,
che me ay posto in questo asedio
dobe trovaró remedio,
che per dio qui non sacho.
Donayme la vita amore,

che non poso piú patire,
e se no mi ay di guarire,
per che me ay rubato il core?
Perduto son infeliche
di tanto lusinge straco;
amor, ¿per che sey bellaço,
como el españolo diche?
Ma essendo mi contrario
rendime il cor traditore
che si no me rind il core
me lamentaró al vicario.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

TIBALDO, *herrero.*	MARCELA.
RUFINO, *carnicero.*	LOMELÍN.
SIBERTO, *zapatero.*	JUSTINO, *viejo.*
ORLANDO, *librero.*	LEONATO.
PAULO, *tintorero.*	CÉSAR.
OTAVIO.	ORACIO.
ALEJANDRA.	BRUNETO.
CAMILO.	EL REY DE FRANCIA.
DRUSILA.	

TIBALDO, *herrero.*

TIBALDO. Antes perderé la vida
que sufra que el Rey de Francia
nuestra libertad impida,
porque no hay bien de importancia
con la libertad perdida.
¿Qué importa que haya nacido
pobre, humilde y sucio herrero,
si honestamente he vivido?;
que ese es noble caballero
que por las obras lo ha sido.

(RUFINO *entre.*)

RUFINO. Al Rey de Francia se da
de Génova la nobleza;
a tanto mal viene ya,
que el laurel de su cabeza
a los pies de Francia está.
Pues, Génova, aunque me ves
un humilde carnicero,
antes que el yugo francés
oprima mi cuello, espero
ver en el suyo mis pies.

(SIBERTO, *zapatero.*)

SIBERTO. ¿Vosotros sois la nobleza
de Génova, y os llamáis
de su gobierno cabeza?
Pues al Rey de Francia os dais,
de hoy más seréis su bajeza.
Pueblo y oficios honrados,
cuerpo desta gran ciudad,
a defender obligados
vuestra patria, armas tomad.
¡Al arma, al arma, soldados!

(*Salgan otros oficiales juntos, los que puedan de otros oficios, todos con armas, alabardas y espadas.*)

ORLANDO. ¡Libertad, libertad!
TODOS. ¡Viva
la libertad de la patria!
TIBALDO. Ea, pueblo genovés,
ánimo, tomad las armas,
no sufráis el fiero yugo
de la soberbia de Francia.
Que si se dió la nobleza,
hoy se convierte en infamia:
los nobles seréis vosotros,
pues hoy vuestra patria amada,
libre por vuestro valor,
su nobleza sola os llama.
Muera la infame nobleza,
que vender al francés trata
nuestra libertad honrosa,
por tantos años guardada:
interés los ha movido
de oficios y de privanzas.
¡Libertad, libertad!
TODOS. ¡Viva la libertad! (1)
SIBERTO. Ea, valeroso pueblo,
que hoy habéis de ganar fama
si traéis a la memoria
las desventuras pasados.
De los Duques de Milán
habéis sido veces tantas,
pero tantas contra ellos
habéis tomado las armas.
Criad Duque entre vosotros,
pues hay personas honradas
de quien podéis elegir
uno que por muchos valga.
Echemos de aquí los nobles;
no quede en Génova casa
de caballero patricio

---

(1) Este pasaje debió de haberse escrito como antes,

¡Libertad, libertad!
TODOS. ¡Viva
la libertad de la patria!

que de Génova no salga.

ORLANDO. Siberto aconseja bien,
y pues que los nobles tratan
de perder su libertad
y entregarse al Rey de Francia,
salgan de Génova luego;
¡armas, prevenid las armas!

RUFINO. ¡Alto! Demos de improviso
en las principales casas.

TIBALDO. ¿Cuáles serán las primeras?

RUFINO. Los Fiescos primero salgan.

SIBERTO. Los Justinianos tras ellos,
Fregosos, Adernos, Hazas,
Espínolas, Lomelines,
Cataños y Pietrasantas,
Dorias, Grimaldos, Gentiles,
Cibos, aunque honor de Italia;
Saulis, Tomaselos, Nigros,
Fornaros, Fliscos, Goanas,
Guarcos, Montaldos y Mortas.
¿Mas de qué sirve nombrallas
si hoy tiene Génova nobles
más de setecientas casas?
¡Pueblo, todos salgan fuera!

RUFINO. Esta es la primera, aguarda.
¿Quién vive aquí?

SIBERTO. Otavio vive,
que es de la casa Grimalda.

TIBALDO. Cerradas tiene sus puertas.

SIBERTO. ¡Rompeldas!

ORLANDO. En alto os habla.

(OTAVIO *habla en alto.*)

OTAVIO.

Honrados oficiales, pueblo amigo:
no derribéis las puertas desta casa,
que no soy de vosotros enemigo.

RUFINO.

¿Cómo que no? ¡Derriba!

SIBERTO.

¡Rompe!

TIBALDO.

¡Abrasa!

ORLANDO.

Tú fuiste embajador.

OTAVIO.

¿Qué más castigo,
si sabéis, ciudadanos, lo que pasa,
pues fuí por fuerza, y fuerza de tal suerte,
que todos me quisieron dar la muerte?

Vuestra intención apruebo, y que esto es cierto
lo probaréis en que tendréis seguro
en esta casa y este pecho abierto
un noble amigo, un protector, un muro:
de no contradecir vuestro concierto
sobre la cruz de aquesta espada os juro;
dinero y armas os daré; ¿qué agravio
queréis hacerme?

TIBALDO.

¡Viva!

TODOS.

¡Viva Otavio!

OTAVIO.

El cielo os dé tan próspero suceso
como merece vuestro intento honrado.
¡Oh amor de una mujer, que tenéis preso
un noble, en ocasión de tal cuidado!

TIBALDO.

Tú solo, Otavio, aunque parezca exceso
de nuestro amor haberte respetado,
hoy quedarás en Génova; mas mira
que no hables ni incites nuestra ira.

OTAVIO.

Palabra os doy de ser agradecido
mientras tuviere vida, ciudadanos
fuertes, al beneficio recebido.

RUFINO.

¿Qué gente es esa?

SIBERTO.

Son los Justinianos.

ORLANDO.

Los nobles vuestras armas han sentido.

TIBALDO.

¡A ellos, no se os vayan de las manos!

SIBERTO.

¡Mueran!

TODOS.

¡Mueran!

OTAVIO.

¡Qué bárbara fiereza!

TIBALDO.

¡El pueblo viva, y muera la nobleza!

(*Entrese, y dentro finjan una grita de armas y defensa, diciendo: libertad, y otros Francia.*)

(*Salgan* Camilo *y* Alejandra.)

Alejandr. Mi bien, ¿desnuda la espada?
Camilo. Alejandra, aquí hay dos cosas
tan violentas y forzosas,
que la infaman envainada.
Y aun limpia parece mal,
pues fuera justo manchalla
en esta baja canalla,
a un campo bárbaro igual.
La una, esposa, es la vida
que como noble defiendo,
pues tan cerca estáis oyendo
la libertad que apellida.
La otra, que sólo huír
del vulgo desesperado
es el medio que ha quedado
para excusar el morir.
Escoged la que queráis.
Alejandr. Que viváis, Camilo mío,
y que huyáis, que en Dios confío
que a Génova volveréis
tan presto, que el vulgo vano
pague a los nobles la injuria,
porque de un pueblo la furia
es tempestad de verano.
Que aunque tan precipitados
van siguiendo su malicia,
saldrá el sol de la justicia
y esparcirá los nublados.
¡Huíd, mi bien! Escondeos
del agua mientras que pasa.
Camilo. ¡Que aun no me vale mi casa!
Alejandr. Pero no os vais, deteneos.
Camilo. ¡Ay, mi bien!, ¿no oís las voces?
Dentro. ¡Mueran los nobles!
Camilo. ¿Qué haré?
¿Por dónde me libraré
de estos bárbaros feroces?
Alejandr. Si como estáis retratado
dentro del alma, pudiera
esconderos, della hiciera
a vuestro cuerpo un sagrado.
Pero pensar que sería
seguro, es intento ciego,
porque lo parlaran luego
los ojos con su alegría.
Aun así, vuestros enojos
¿cómo los puedo excusar
que os entrarán a matar
por las puertas de los ojos?
Camilo. ¡Ay, esposa, aún no me dan
lugar para responderte!
Pero si el ausencia es muerte,
allá matarme podrán.

(Drusila *entre.*)

Drusila. ¿Señor, qué haces aquí?
Que el vulgo, de mano armada,
viene con desnuda espada
sólo a matarte.
Camilo. ¡Ay de mí!
¡Qué prisa me da la vida,
qué espacio me da el amor!
Drusila. Salva tu vida, señor.
Alejandr. ¿Quién sufrirá tu partida?
Camilo. ¿Y quién, mi gloria, tu ausencia?
Alejandr. ¡Ay, cielo, que no he de verte!
Camilo. Pienso que para la muerte
tendré, mi bien, más paciencia.
¡Pluguiera al cielo, señora,
que no hubiera merecido
tu amor por no ver perdido
tanto bien en solo un hora.
Nunca mis ojos te vieran,
ni mis brazos te gozaran,
ni mis deudos te obligaran,
ni los tuyos me admitieran.
¡Ay!, que no acierto a partirme
y en no me partir no acierto;
pero si yo parto muerto,
¿qué hay de matarme a morirme?
Dame esos brazos.
Alejandr. ¡Ay, cielo!

(Bruneto *entre.*)

Bruneto. ¡O siñore de mia vita,
aconchate la partita,
que tuto me cupre un gelo!
Partite adeso, siñore,
pillate vi qualque escuti,
que vano dichendo tutti,
amaza lo traditore.
Non bisoño restar qui
que fachite desta sorte
de clasate la consorte,
misero de me.
Camilo. ¡Ay de mí!

(Marcela *entre.*)

Marcela. Tu padre, señora mía,
caduco y lleno de gota,
de tal suerte se alborota
de ver este triste día,
que sólo a hablar a Camilo

se ha levantado.
CAMILO. ¡Señor!

(JUSTINO, *viejo, entre con su báculo.*)

Señor mío, ¿no es error
usar conmigo ese estilo?
Volveos a vuestra cama.
JUSTINO. Hijo, a rogaros que os vais
la dejo; no os detengáis
adonde el amor os llama.
A las voces de la vida
volved, hijo, la cabeza:
hoy destierran la nobleza,
y es la vuestra conocida.
No os quedéis, pues no seréis
noble; porque si os quedáis
y vivís, no aseguráis
la nobleza que tenéis.
El vulgo no ha consentido
en que Génova se dé
al Rey de Francia, y no sé
la ocasión que le ha movido,
pues en él tuviera amparo,
y a la nobleza destierra,
porque una violenta guerra
¿adónde hallará reparo?
Partid, hijo; salid luego
de la ciudad.
CAMILO. Padre mío,
presto en el cielo confío
pondrá templanza a su fuego.
Yo me voy: quedad con Dios,
que os conceda larga vida.
No lloréis, el llanto impida
que es por mí y que lloráis vos.
No reguéis las nobles canas,
pues no han de reverdecer.
JUSTINO. Efeto fué del placer
de mis esperanzas vanas.
Y pues es la muerte el fruto
y más blancas no podrá,
de negro las teñirá,
sacando del alma el luto.
CAMILO. Saca, Bruneto, a la puerta
deste jardín dos caballos.
BRUNETO. Ohimé que cosa.
JUSTINO. A vasallos
de Francia pienso que abierta
tendrá la suya París.
BRUNETO. Siniore, parto con voy?
CAMILO. Sí, amigo.
ALEJANDR. Muriendo estoy;
en fin, mi bien, ¿que os partís?
CAMILO. Tú, Marcelo, pon a punto
la maleta y el cojín;
lleve camisas, que, en fin,
son mortajas del difunto.
ALEJANDR. Yo mesma la quiero hacer.
JUSTINO. Yo quiero verte partir.
CAMILO. Si hay mayor mal que morir,
ausencia debe de ser.

(*Todos entren; queden solos* DRUSILA *y* BRUNETO.)

DRUSILA. ¿Cómo no vas a sacar
los caballos?
BRUNETO. Deh, Drusila.
se il anima se destila
in pianto que poso far?
Vedi que mi vado en Franza,
sensa aver le lamparoni
gatafura e macarroni
sene portan mia esperanza.
DRUSILA. Camina.
BRUNETO. Lasame dire
cuatro parole e non piu,
espeta di gracia.
DRUSILA. Orsu,
¿qué voy dir?

BRUNETO.

El mio desire.
Drusila, in questo nostro vivir picolo
fede in amor fu sempre reguardebole,
ancor que parto, espeta mi amorebole,
que il anima te resta por testicolo.
Ya temo in questo mar solo un pericolo,
Marcelo es bel putin, e tu sey debole,
se tu le fay del tuo meretebole,
yo pillo el core, e de una forca empicolo.
Cuando senza di me vendray lo estabolo,
non te adornare el biso, non te specula,
guarda, que si per te me porta el diabolo,
il tuo amante perderas in secula.

DRUSILA.

Digo, Bruneto, que estaré en tu ausencia
más firme que una roca.

BRUNETO.

¿Ohimé, que ascolto?
restate à Dio, e doname licencia
che abrachi el bene bebederme e tolto.

DRUSILA.

Haz cuenta que te tengo en mi presencia.

BRUNETO.

Parlame italian si me voy molto.

DRUSILA.

Se tu ti parte, partite in bon hora,
lo ben que te vollia te vollo ancora.

(Entrense, y salgan TIBALDO, RUFINO, SIBERTO, ORLANDO *y otros oficiales con las armas en las manos.)*

RUFINO. Ya queda nuestra ciudad
libre de sus enemigos.

TIBALDO. ¡Viva nuestra patria, amigos!
Decid todos: ¡Libertad!

TODOS. ¡Libertad!

SIBERTO. De varios modos,
huyendo la muerte airada,
sin osar tentar la espada,
salen de Génova todos.
Ya no queda noble en ella.

ORLANDO. Tan heroica hazaña ha sido,
que ni el tiempo ni el olvido
podrán jamás triunfar della.
Resta sólo que podáis
conservar esta ganancia,
porque a las armas de Francia
si se ofrece resistáis.

TIBALDO. Ni sin piloto la nave,
ni los libros sin maestro,
ni la espada sin el diestro,
ni el monte sin quien lo sabe,
ni el verso sin natural,
ni sin la causa el amor,
ni el ganado sin pastor,
ni el campo sin general,
ni sin sol el cielo eterno,
ni sin claridad el día,
ni el hombre ciego sin guía,
ni la ciudad sin gobierno.
Así que si no trazáis
de elegir una cabeza,
presto veréis la flaqueza
del edificio que alzáis.
Hacelda, y tendréis un diestro,
un piloto, lumbre y guía,
pastor, general, sol, día,
gobierno, amparo y maestro.

SIBERTO. Dice Tibaldo muy bien:
una cabeza se elija
que nos gobierne y nos rija
y nos castigue también.
Mas, ¿qué nombre le daremos?

RUFINO. Duque de Génova es nombre
digno; mas ¿quién será el hombre?

TIBALDO. El más honrado busquemos.

SIBERTO. Buscad el más virtuoso,
de más ingenio y valor.

TIBALDO. No sé quién pueda mejor
regir este cargo honroso
que Paulo, aquel tintorero
que todos conocéis bien.

RUFINO. De mi voto no sé a quién
se deba nombrar primero.
Porque en todos los oficios
de Génova no hay un hombre
de tal fama.

SIBERTO. Ese se nombre,
que tiene heroicos indicios.
Ese sabrá gobernar
la República mejor
que la ambición del señor.
¡Alto! Vámosle a buscar.

ORLANDO. Quedo, que aquí tiene el tinte.

SIBERTO. No importa que esté ocupado,
que no hay hombre más honrado
aunque se imagine o pinte.

TIBALDO. Para meter una diosa
en Roma buscó el Senado
al que fuese más honrado
de la ciudad religiosa.
Cebola dijeron que era,
y así la diosa metió,
y lo mismo pienso yo
que hoy nuestra Génova espera.
Que siendo su libertad
imagen tan estimada,
hoy la mano más honrada
la mete en nuestra ciudad.
Id luego por la bandera
de San Jorge.

ORLANDO. Voy.

TIBALDO. Camina,
porque esta seña divina
se le ha de dar la primera.—
¿Quién está acá?

(Salga PAULO, *tintorero.)*

PAULO. ¿A quién buscáis,
pueblo, en esta humilde casa?
Que si pensáis que es de noble,
el pensamiento os engaña.
¿Qué queréis en mi pobreza?
que si mostrastes las armas
contra aquellos que las ponen
en las vajillas de plata,

entrad, que comer quería:
veréis dos rotas toallas
y cuatro platos de barro,
que para el sustento bastan.
Si buscáis a los que tienen
en las entoldadas salas
tapicerías flamencas,
llenas de figuras varias,
entrad y veréis en una
unas mal pintadas sargas
de la historia de Joseph,
a quien la humildad ensalza.
Si buscáis a los que tienen
jardines, huertas y granjas,
con estanques, con albercas
de cristal deshecho en agua,
entrad y veréis que tengo
estanques de tintas varias
donde tiño lana y seda,
jardines de mi ganancia.
Si buscáis a los que tienen
los pajes y maestresalas
de aquellos ídolos indios
que en sillas de oro idolatran,
entrad, veréis mi mujer,
que con una humilde saya
rige la pobre familia:
dos niños y tres muchachas.
Así que yo, ciudadanos,
o habéis errado la casa (1),
no soy más que un tintorero
muy pobre, a quien Paulo llaman.
No me desterréis por noble
si no desterráis las almas,
porque si es por noble, luego
podéis de Génova echalla.
Que fuera de mis costumbres,
que ni son buenas ni malas,
no puedo negar que es noble,
pues es de Dios semejanza.

SIBERTO. Paulo, los nobles quisieron
sujetarse al Rey de Francia;
hicieron Embajador,
llevó Otavio la embajada.
El pueblo no lo consiente,
y echó a fuerza de sus armas
de Génova la nobleza,
y libre y señor se halla.
No se puede gobernar,
por ser del cielo palabra,
sin cabeza y dividido.

PAULO. Justa razón y ley santa.
Ya que estáis en este punto,
buscad un pecho que valga
para ser gobierno vuestro.

RUFINO. Ya habemos dado una traza.

PAULO. ¿Y cuál es?

RUFINO. Que tú lo seas.
Ven, que Génova te aguarda.
Hoy eres, Paulo, su Duque.

TIBALDO. Paulo, no repliques nada,
que te costará la vida.

PAULO. Señores, una palabra:
yo soy ignorante y rudo;
miren, por Dios, que se engañan;
que mal podrá una ciudad
quien no gobierna su casa.
Señores Génova tiene
muchos buenos.

SIBERTO. Paulo, acaba,
que eres el mejor de todos.

PAULO. Señores, señores...

TIBALDO. ¡Calla!

PAULO. Callaré, pues que queréis.

TIBALDO. Venga esa ropa.

PAULO. Bien basta
mi vestido humilde.

TIBALDO. Un Duque
de Génova, honor de Italia,
no ha de ir con ese vestido;
viste.

PAULO. ¿Que ponéis tal carga
en Atlante tan humilde?

SIBERTO. Esa humildad te levanta.

PAULO. Ya estoy vestido, señores.

SIBERTO. Toma en esa mano el asta
de la bandera famosa
del patrón de nuestra patria.

PAULO. Jorge santo, ¿quién os puso
en las manos de una araña,
si dicen que vuestro nombre
a las que lo son espanta?
¡Ah, señores! ¿No miráis
que las naciones extrañas
infamarán vuestro nombre?

TIBALDO. ¿Pues qué ha de ser la infamia?

PAULO. De que por estar tan vieja,
en el tinte de mi casa
hoy habéis dado a teñir
la libertad de la patria;

---

(1) Quizá deban leerse estos dos versos así:
Así es que ya, ciudadanos,
habéis errado la casa:

y el Duque también parece
que es alguna cosa hurtada,
que porque no se conozca
la teñís por disfrazarla.

ORLANDO. Déjate de esas razones.—
Vaya en hombros a la plaza.

(*Tómanle en hombros.*)

RUFINO. ¡Viva Paulo, nuestro Duque!
Tocad trompetas y cajas.

PAULO. Ciudadanos, plega a Dios,
aunque no es por arrogancia
el subir a vuestros hombros,
que de los mismos no caiga.

TIBALDO. Vaya Vuestra Señoría.

SIBERTO. Y Vuestra Excelencia vaya.

RUFINO. Vaya, digo, Vuestra Alteza.

PAULO. Ved lo que en el mundo pasa:
ahora granas teñía
y ya me visto de grana.
Piezas somos de ajedrez,
y el loco mundo es la tabla;
pero en la talega juntos
peones y reyes andan.

TIBALDO. ¡Viva Paulo!

TODOS. ¡Paulo viva!

TIBALDO. ¡Plaza al Duque!

TODOS. ¡Al Duque, plaza!

(*Entrense tocando cajas y trompetas, y salga* MARCELA.)

MARCELA. Amor, si vuestro deseo
fué el primero que inventó
la industria, pues amo yo,
no me falte el bien que veo.
Si vuestro pincel ha sido
único en pintar enredos,
pintad en lejos los miedos
que impiden el bien que os pido.
Con Otavio se trataba
en Francia mi casamiento;
dijéronle al pensamiento
que el Rey deste acuerdo estaba.
Pensó en él con tanto afeto,
que de pensar vino a amar,
que nace amor de pensar
en las partes del sujeto.
Cesó el casamiento luego
que se abrevió su partida;
sentí acabarme la vida
la dulzura de aquel fuego.
Y puse en ejecución
la locura de seguille:
mudé el traje, y el serville
fué la primera invención.
Mas como en Génova hallé
lo que a Alejandra quería,
y él la halló casada, el día
que dió esperanza a mi fe
quedé en casa de Camilo
por su traza, a procurar
que la pudiese gozar;
y aunque era bueno el estilo
y Camilo es ido a Francia
huyendo del vulgo loco,
Alejandra estima en poco,
con una honesta arrogancia,
todo lo que no es su esposo.
Pero a mí no me está bien
declaralle su desdén;
pues engañarle es forzoso,
diréle que quiere hablalle
y a la ventana saldré,
que fingiendo que ella fué
podrá gozarme y gozalle.

(*Entre* LEONATO.)

Leonato es éste.

LEONATO. Marcelo,
¿qué hay de nuevo por acá?
¿Cómo sin Camilo os va?

MARCELA. A Otavio me guarde el cielo
y Camilo nunca vuelva.

LEONATO. Mi señor te viene a ver.

MARCELA. ¡Qué no intenta una mujer
como una vez se resuelva!

(OTAVIO *entre.*)

OTAVIO. ¡Marcelo del alma mía,
dame esos brazos!

MARCELA. Señor,
bien los merece el favor
desta tu fingida espía.
¡Bravas cosas hay allá!

OTAVIO. ¿Cómo, Marcelo, ha sentido
la ausencia de su marido?

MARCELA. Poco o nada se le da.

OTAVIO. ¿Ha llorado?

MARCELA. De placer.

OTAVIO. No me engañes, no me animes,
no me mates.

MARCELA. Nunca estimes...

OTAVIO. ¿Qué?

MARCELA. ...lágrimas de mujer.

OTAVIO. En fin, ¿lloró?

MARCELA. ¿Ves el viento

cómo con las plumas juega,
o el lienzo del que navega
por el húmedo elemento?
¿Ves el polvo cuando sube
de un edificio caído?
¿Ves el humo reducido,
el fuego en pesada nube?
¿Ves el rastro de la nave
que de la orilla se aleja,
o aquella senda que deja
cuando va volando el ave?
¿Ves el susurro del agua
en alguna fuente fría,
las flores al fin del día,
las centellas en la fragua?
¿Ves cuando el cielo sereno
suele una nube impedir,
o lo que sacas de oír
contar el dinero ajeno?
¿No has visto con sol llover?
¿No has visto espuma en el mar?
Pues lo mismo has de pensar
de lágrimas de mujer.

OTAVIO. ¡Ay, Marcelo, si por mí
una fingida llorara...!
Si ha llorado, cosa es clara
que no se acuerde de mí.
Perlas de aquel mar de amor,
anegadme si sois mar,
que ver por otro llorar
anega el alma en dolor.
¡Ay, qué de cosas diría
en sus brazos!

MARCELA. Calla ahora;
¿no ves que una mujer llora
por cualquiera niñería?
Yo te juro que si fueran
las nubes, cuando agua quieres,
hechas de ojos de mujeres,
que a pocos ruegos llovieran.

LEONATO. Valiera barato el pan,
jamás hubiera mal año.

OTAVIO. Dime, y dime sin engaño,
¿quiérense mucho? Sí harán;
¿qué lo dudo?: está en razón,
que son recién desposados.
Dime, ¿a la mesa sentados,
muéstranse mucha afición?
¿Requiébranse? ¿Qué se dicen?
¿Regálanse?

MARCELA. ¿No es forzoso?

LEONATO. Las preguntas de un celoso
las piedras las solenicen.

OTAVIO. Dos palomos imagino
que los picos se regalan,
cuales envidias igualan
mi celoso desatino.
Dime, ¿acuéstanse temprano?
¿Duérmense tarde?

MARCELA. Señor,
en los secretos de amor
ninguno toca la mano.
No me preguntes ansí,
que acostados dos casados,
basta decir acostados
para no pasar de allí.
¿Han de tratar, por ventura,
si baja el Turco o no baja?

OTAVIO. Celos es cosa muy baja,
saber bajezas procura.

MARCELA. Dos que las manos se ofrecen
y al matrimonio se llaman,
gozaránse, si se aman;
dormirán, si se aborrecen.
Mas déjate de pensar
desatinos de quien ama,
que hoy has de hablar a tu dama.

OTAVIO. ¡Ay, Dios! ¿Que hoy la puedo hablar?

MARCELA. Ven esta noche a su puerta
y canta un poco, pues sabes,
algunas letras süaves,
que es voz que al amor despierta.
Mira, no hay tal alcahuete
como la música.

OTAVIO. Es cierto.

MARCELA. Hará que despierte un muerto;
por las entrañas se mete.
Un hombre rico decía,
confiado en su presencia
y hacienda, que en competencia
sólo un músico temía.
Ella te quiere escuchar,
y hablarte quiere.

OTAVIO. Marcelo,
ya no eres mar, eres cielo.

MARCELA. Para quien de celo es mar.

OTAVIO. ¿Será temprano?

MARCELA. Y aun luego,
que estando ausente Camilo,
hase mudado de estilo
y mátase presto el fuego,
como quien camina en nave.

OTAVIO. Leonato, tú me acompaña.

MARCELA. Canta a la usanza de España,

un tono entre dulce y grave,
y de ninguna manera
oses tomar en la mano
el laúd italiano,
que la vecindad se altera.

OTAVIO. Dame otra capa y sombrero,
Leonato; y tú por albricias,
aunque sé que no codicias
ni vestido ni dinero,
toma este anillo, que vale
mil escudos.

MARCELA. Por ser prenda
desa mano...

OTAVIO. Nadie entienda
en casa que Otavio sale.

(*Váyase.*)

LEONATO. ¡Ah, Marcelo, eso es medrar!

MARCELA. Envidias te harán morir.
Pero habemos de partir
lo que habemos de ganar.
Toma esta cadena.

LEONATO. ¿Es fina?

MARCELA. Era de doña Gimena,
mujer del Cid.

LEONATO. Será buena.
Si la madre Celestina
partiera así la ganancia
no la matara Sempronio.

MARCELA. Pues no te tiente el demonio,
que me vuelvo luego a Francia.

LEONATO. ¿Quién te la dió?

MARCELA. ¡Calla, necio!,
que Alejandra me la dió
para que le hablase yo
a Otavio.

LEONATO. No tienes precio.

MARCELA. Paguen el quitar los grillos
primero que sean jinetes,
que es ley de los alcahuetes
el mascar a dos carrillos.

LEONATO. Marcelito de mi vida
y de mis ojos, seamos
muy amigos, pues estamos
en ésta tan abatida.
Seamos dos al mohíno
y divididos no andemos,
para que los dos medremos
y él siga su desatino.
Mira que esto del servir
es saberse aprovechar,
porque aguardar al pagar
es aguardar al morir.
Si el que sirve no procura
mientras sirve aprovecharse,
después sepa que ha de hallarse
de pies en la sepoltura.
Cuando oyes decir que quedan
ricos algunos criados
de seis o diez mil ducados,
¿piensas tú que los heredan?
Es que mientras han servido
han al señor desollado,
y está muy bien empleado
si avaro e ingrato ha sido.
Ven acá; tú eres muchacho;
dos vicios has de tener.

MARCELA. ¿Cuáles son?

LEONATO. Juego y mujer.

MARCELA. ¿Mujer?

LEONATO. No tengas empacho.
Vive Dios que has de ir conmigo
a ver dos mozas, que son
dos perlas, como la unión
de Cleopatra.

MARCELA. Iré contigo,
y harásme grande placer;
que aunque tengo poca barba,
no sé qué diablo me escarba
en viendo alguna mujer.

LEONATO. El es un bello animal.

MARCELA. Así le llamaba Ursón.
Y dime, ¿esas mozas son
coto o pasto general?

LEONATO. Que no, que es gente de bien.

MARCELA. Esto tengo de virtud,
de que estimo mi salud.

LEONATO. Seguro conmigo ven.

MARCELA. Dígolo porque hay lisión
destas de arambel y arca,
que deja a un hombre más marca
que le ponen a un frisón.
Y como en la facultad
soy nuevo y voy para gallo,
a máscaras de a caballo
tengo poca voluntad.

LEONATO. De todo salgo fiador.
¿Eres de gordas amigo?

MARCELA. Piérdome, Dios me es testigo,
que son estanques de amor.
Nada un hombre y halla en qué.

LEONATO. ¿Morena o blanca la quieres?

MARCELA. Lo que quieren las mujeres
siempre de mi gusto fué.

Y pues con el solimán
procuran tanta blancura,
eso es lo mejor.

LEONATO. Procura
ir esta noche galán.

MARCELA. Esta noche no puede ser (1)
salir; mañana será.

LEONATO. La mano.

MARCELA. Aquesta la da,
Leonato, a aquesa mujer,
y dile que esté por mía.

LEONATO. Otavio sale.

MARCELA. No más.

LEONATO. ¡Oh, qué mujer gozarás!

MARCELA. ¿Es suelta?

LEONATO. Es como un arpía.

(*Entrense y salgan* ALEJANDRA *y* DRUSILA.)

ALEJANDRA.

Mil años me parece
que falta mi Camilo desta casa.

DRUSILA.

Así amor enloquece.

ALEJANDRA.

¡Qué poco dura el bien, qué presto pasa!
Apenas decir puedo
que aseguré del desposorio el miedo.
Extraña es la fortuna:
¡qué ligera en los bienes es su rueda
y en el mal qué importuna!

DRUSILA.

Algún consuelo de tu amor te queda.

ALEJANDRA.

De tanto bien me avisa.

DRUSILA.

El que de Eneas esperaba Elisa.
¿No dicen que lloraba
que un pequeñuelo Eneas por consuelo
apenas le quedaba?
Pues mira cuánto debes hoy al cielo,
que pienso que acompañas
de otro Camilo tierno las entrañas.

ALEJANDRA.

No son más que sospechas;
pluguiese a Dios, por si el ausencia es larga.

(1) Verso largo. Será:
No puede esta noche ser.

DRUSILA.

¡Qué poco te aprovechas
de tu valor!

ALEJANDRA.

Lo que te he dicho encarga
a todos los criados.

DRUSILA.

Ya están de lo que mandas avisados.

ALEJANDRA.

Como haya anochecido
la puerta no ha de abrirse: quede fuera
quien no hubiera venido.

DRUSILA.

Todos acuden ya desa manera.

ALEJANDRA.

¿Pusieron los candados?

DRUSILA.

Los balcones, señora, están clavados.
Del jardín la puerta
se tapió de la forma que ordenaste.

ALEJANDRA.

Cosa no hubiera abierta
por donde entrara el sol; pero esto baste,
no digan que es exceso.

DRUSILA.

¿Luz no quieres tener?

ALEJANDRA.

Noche profeso.
Con velas me alumbrara
en la mitad del día, si no viera
que alguno murmurara,
mientras mi sol a darme luz volviera.

DRUSILA.

A Penélope excedes.

ALEJANDRA.

Pena a lo menos ya llamarme puedes.
Llámame a Marcelico.

DRUSILA.

El viene aquí.

ALEJANDRA.

¿Recógese la gente?

MARCELA.

Harto se lo suplico.

(*Váyase.*)

ALEJANDRA.

Di que todos se acuesten.

MARCELA.

¡Que esto intente
una mujer tan moza!

DRUSILA.

Amor ausente en soledad se goza.
Mas dime, vida mía:
¿cómo, pues presente estás, no quieres
dar a mi noche día?

MARCELA.

Digo que sois graciosas las mujeres:
¿en tal recogimiento
no tiemplas tu amoroso pensamiento?
Vivimos ya por torno;
están ya las cosas de otra suerte,
nadie admite soborno,
ni hay remedio de hablarte ni de verte:
hay locutorio, hay rejas;
pues si no puedo entrar, ¿de qué te quejas?

DRUSILA.

Para el ladrón de casa,
Marcelo, ¿qué aprovechan las paredes?

MARCELA.

Tampoco amor me abrasa.
Llama Alejandra; perdonarme puedes.

DRUSILA.

Esta noche te espero.

MARCELA.

Pues ábreme, verás lo que te quiero.

(Entren con hábito de noche OTAVIO *y* LEONATO.)

OTAVIO. Dame esa guitarra y mira
si alguien pasa por la calle.
LEONATO. Por Dios que vas de buen talle.
OTAVIO. ¿Voy bueno?
LEONATO. El mirarte admira.
La luna con afición
te sigue o viene delante,
como allá en el monte Atlante
al pastor Indimión.
OTAVIO. Luego si me abren aquí,
¿bien seguro podré estar
de agradar?
LEONATO. ¿Qué es agradar,
si aquí se mueren por ti?
Para entre los dos, señor:
una cadena le ha dado
a Marcelo.
OTAVIO. ¿Hate contado
que le han hecho ese favor?
LEONATO. Yo te digo lo que pasa.
Canta.
OTAVIO. Cantaré, por ver
si espanto el mal que ha de ser
mi muerte.
LEONATO. Llega a su casa.
OTAVIO. ¿De Orfeo qué diferencio,
si esa piedra arraigo a mí?
LEONATO. Una cosa tierna di,
que da la noche silencio.
OTAVIO. ¡Qué buena que era, Leonato,
para auditorio la noche!
LEONATO. La luna en su negro coche
se para a escucharte un rato.
No tiembles, que se entrará
Alejandra, si está aquí.
OTAVIO. Bajóse la prima.
LEONATO. Ansí,
no tiemples más, buena está.
Si tiemplas, por Dios bendito
que no sólo se irá ella,
pero que aun no quede estrella
en el celestial distrito.
Sufrirá un hombre hablador,
un libro sin un conceto,
un afetado discreto
y un necio preguntador.
Una mala chirimía,
un humilde pretendiente,
un agua en julio caliente
y una comedia muy fría.
Un cobarde fanfarrón,
uno que pide prestado,
uno que jamás lo ha dado
y un pobre con afición.
Un vos, de quien lo era ayer,
y aun el de quien hoy es nada;
una mula mal domada,
y un criado bachiller.
Una melindrosa fea,
un mal nacido arrogante,
una demanda en un guante
y una humosa chimenea.
Una que pide a maitines
para una misa atapada,
una fregona afeitada
y una villana en chapines.
Una fiesta, estando mal;
un siempre hidalgo escudero,

un oficial caballero
y un caballero oficial.
Y desde un palo hasta ciento
el que pudiere sufrir,
antes de cantar oír
que templan el instrumento.

OTAVIO. Y quien te sufriere a ti
haciendo discurso igual,
sufrirá que canten mal.
Oye, que comienzo.

LEONATO. Di.

(Cante.)

OTAVIO. Mirando estaba a Sagunto.

LEONATO. ¡Oh, pesia tal! ¿Eso cantas?

OTAVIO. Pues dime, ¿de qué te espantas?
¿No es grave el tono?

LEONATO. Pregunto:
¿Qué se le da a la mujer
más discreta de esas cosas?
Canta letras amorosas,
que la incitan a querer.
¿No sabes destas letrillas
de tan bailadero son
que en el mismo corazón
están haciendo cosquillas?
Pues ésas le di, y verás
que de la reja se arroja.

OTAVIO. Quise pintar mi congoja.

LEONATO. Los donaires quieren más.

(Cante OTAVIO.*)*

OTAVIO. No me dejéis padecer,
señora, que si tardáis,
si no me resucitáis,
¿qué bien me podéis hacer?
Si no queréis verme muerto,
no lleguéis, señora, tarde,
que apenas ya, de cobarde,
señora, a vivir acierto.
Y pues me dejáis arder
y en remediarme tardáis,
si no me resucitáis,
¿qué bien me podéis hacer?

LEONATO. Has cantado, vive Dios,
con voz tan sonora y varia,
que un pájaro de Canaria.

OTAVIO. Tente, no hablemos los dos.
¿Está en aquella ventana
Alejandra?

LEONATO. No la veo.

OTAVIO. O me ha engañado el deseo,
luz de mi esperanza vana,
o es aquello que está allí.

LEONATO. Aquél un cántaro es
que está al sereno.

OTAVIO. Después,
mi bien, que tus ojos vi...

LEONATO. Señor, no la digas eso.

OTAVIO. ¿No es ella?

LEONATO. Cuento bizarro,
que es un cántaro de barro.

OTAVIO. Mi vida, tenéisme preso.

LEONATO. ¿Señor, estás ciego?

OTAVIO. Sí;
o a lo menos abrasado.

LEONATO. Un cántaro has requebrado.

OTAVIO. No yerro en quejarme así.
Que bien puedo en este paso,
con la licencia de amar,
un cántaro requebrar,
pues es agua, y yo me abraso.

LEONATO. Que no se enternezca ruego,
y nos dé en cabeza o pies;
mas cántalo si eso es
socorrer con agua al fuego.

OTAVIO. Nadie sale; ¡vive Dios,
que Marcelo me ha engañado!

LEONATO. Todo está, señor, cerrado.

OTAVIO. ¿Las dos ventanas?

LEONATO. Las dos.

OTAVIO. Tira una piedra...

LEONATO. ¿Y si doy
en el cántaro?

OTAVIO. No importa.

LEONATO. Esta fué larga; ésta corta.

OTAVIO. ¡Ah, cielos, perdido soy!
¡Ah, puertas del alma mía,
tened lástima de mí!

LEONATO. Señor, no hay que hacer aquí;
vete, que esclarece el día.

OTAVIO. ¡Voime, y vive el cielo, puertas,
que os tengo de combatir!

LEONATO. Dinero las puede abrir.

OTAVIO. Ya espero verlas abiertas.
Vamos ya, que del Oriente
las nubes claras están.

LEONATO. Mucho pienso que podrán
dinero y marido ausente.

(Váyanse.)

(Entren CÉSAR, ORACIO, LOMELÍN, CAMILO, *acompañamiento y el* REY LUDOVICO DE FRANCIA, *mozo, y* BRUNETO, *criado de Camilo.)*

REY.

¡Que tal atrevimiento hayan tenido!

LOMELÍN.

De nuestra patria misma el vulgo loco,
famoso rey de Francia Ludovico,
ha desterrado setecientos nobles
porque te dimos la obediencia en Génova.

REY.

Quisiera estar, famosos caballeros,
Lomelines, Espínolas, Adornos,
Fregosos, Justinianos, Orias, Fiescos,
libre de aquestas guerras, que me aprietan
de la manera que habéis visto agora;
mas yo os doy la palabra que acabadas
vaya en persona con mi campo a Génova,
y de no levantar el cerco os juro
hasta que os ponga en vuestro antiguo estado
y castigue del pueblo la insolencia.

CAMILO.

Señor, si por servirte como has visto
venimos de la patria desterrados,
duélete de nosotros.

ORACIO.

Claro Príncipe,
ampara a quien padece por tu causa.

REY.

Digo que si me hallara, caballeros,
libre de aquestas guerras, este día
saliera de París y fuera a Génova.

CÉSAR.

Danos la gente, invicto descendiente
de aquellos Reyes, a quien dió las armas
el cielo mismo, y en París te queda.

REY.

Yo quiero ir, yo gusto de que vea
Génova qué señor obedecía;
en mi Corte podéis entreteneros
mientras que puedo hacer que no se alaben
de la desobediencia y arrogancia.

LOMELÍN.

Eres Rey Cristianísimo de Francia.

(*Entrense acompañando al* REY, *y queden* CAMILO *y* BRUNETO.)

CAMILO.

¡Ay, Bruneto! ¿Qué hará mi esposa bella?

BRUNETO.

Gridar al ciel qui te retorne Otavio
alichi suoi.

CAMILO.

Estoy perdiendo el seso.

BRUNETO.

Tuti sentimo questa ladra ausencia.

CAMILO.

¿Quieres también? ¿Sabes el mal que siento?

BRUNETO.

Signore, como diche lo Petrarca:
io amais et amo forte ancora.

CAMILO.

Los españoles en el mal consuelan;
allá quiero, Bruneto, que te partas
y lleves unas cartas a mi esposa,
y le pidas dineros, que sospecho
que caminan a espacio estos negocios.

BRUNETO.

¡O Dio, bona nova, oimé, que sento
inflamarse el mio cor per alegreze,
et adolichersi tutti, i sensi mei!
¿E cuándo partiró?

CAMILO.

Luego que escriba.

BRUNETO.

Begnini chieli a tutti vi ringracio
queste favor.

CAMILO.

¡Ay, mi Alejandra bella!

BRUNETO.

¡Ay, caro bene mío! ¡Ay, mi Drusila!
¿Cuándo te pillara mía lengua il late
de quella boca e labia in zucharate?

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

FIGURAS DEL TERCER ACTO

OTAVIO.
FLORIANO.
LEONATO.
MARCELA.
REY DE FRANCIA.
CÉSAR.
LOMELÍN.
ORACIO.
DRUSILA.
ALEJANDRA.
BRUNETO.
CAMILO.
PAULO.
TIBALDO.
SIBERTO.
JUSTINO.
FABIO.
EL ALMIRANTE DE FRANCIA.
RUFINO.

(OTAVIO *y* FLORIANO.)

FLORIANO.

Notables cosas me refieres.

OTAVIO.

Creo
que en ninguna República del mundo
han sucedido iguales.

FLORIANO.

Ya deseo
saber el fin.

OTAVIO.

Cual digo, el iracundo
pueblo, precipitado a un hecho extraño,
al primero igualó con el segundo.
Hecho Duque de Génova...

FLORIANO.

¡Qué engaño
de las cosas humanas! Mas espero
que tarde el castigo y desengaño.
¿A quién hicieron Duque?

OTAVIO.

A un tintorero,
hombre de bien, de tal valor y aviso,
que ha parecido un cónsul verdadero.
Este Paulo al principio no lo quiso;
pero después que ya se vió estimado
mudóse en un Torcato, y de improviso
a Génova, en efeto, ha gobernado,
como pudiera Cicerón a Roma,
que si a Catón no excede, le ha igualado.
Al bueno premia, al malo oprime y doma,
de suerte que ha seis años que el de Francia
que se le rinda en paz por medio toma.
Verdad es que otras guerras de importancia
le tienen ocupado, y no ha podido
castigar desta gente la arrogancia.
Pero ahora me dicen que ha salido
de París con ejército famoso.

FLORIANO.

Muchas de aquestas cosas he sabido.
Pero admírame un Príncipe glorioso
que no haya reducido la nobleza
de Génova al primer estado honroso.

OTAVIO.

Aquí verás de un hombre la grandeza,
pues contra un Rey de Francia se defiende
habiéndose criado en tal bajeza.
Las leyes ejercita, porque entiende
muchas que Baldo y Bártulo ignoraron,
y en la milicia ser Cipión pretende.
Ayer cinco mil hombres alistaron.

FLORIANO.

¡Extraño tintorero!

OTAVIO.

¿Qué mayores
hazañas nuestros Césares obraron?
Ha puesto en sus pendones vencedores
con un camaleón una corona:
dicen que por mudarse en las colores,
que este animal imita a su persona,
pues de teñir en Génova vivía.

FLORIANO.

Su entendimiento el conocerse abona.
Agatocles en alta monarquía,
mostrando que era hijo de un ollero,
no en platos de oro, en barro vil comía.—
Pero, dejando al Duque tintorero,
yo imaginaba hallarte ya casado
con Alejandra, aquel tu amor primero.
¿En qué paró tu amor?

OTAVIO.

Aún no ha parado,
porque es hijo mi amor de la Fortuna,
y no puede estar firme en un estado.
Y porque veas que en mujer ninguna
no ha de fiarse pensamiento humano,
y que traidoras son desde la cuna,
en una ausencia breve, Floriano,
la cruel Alejandra cuanto hermosa
se casó con Camilo Justiniano.

FLORIANO.

¿Con Camilo?

OTAVIO.

Sí, amigo.

FLORIANO.

¡Extraña cosa!

¿Y está Camilo aquí?

OTAVIO.

Partióse a Francia,
huyendo de la plebe rigurosa.
Seguíla ausente.

FLORIANO.

Ha sido de importancia.

OTAVIO.

Mas áspera y cruel me trata ahora,
que crece con los años la arrogancia.
No se ha pasado noche que la aurora
no me hallase a su puerta suspirando
hasta que el sol sus blancas hebras dora.
Non e si duro cor, que lacrimando
no se enternezca, dice el florentino
poeta, y yo, llorando, muero amando.
No me ha quedado yerba, desatino,
hechizo, diligencia, ni alcahuete,
poder humano, ni favor divino.
Pero ella a todo, como el áspid, mete
la cola en los oídos al encanto,
y a más amor mayor rigor promete.

FLORIANO.

¿Tentástela con oro?

OTAVIO.

He dado tanto,
que pudiera dorar los altos muros
desta ciudad.

FLORIANO.

De su rigor me espanto.

OTAVIO.

Fuera destos hechizos y conjuros,
tengo un paje en su casa de secreto,
mas no enternece sus desdenes duros.

FLORIANO.

¿Alejandra es Penélope, en efeto?

OTAVIO.

Sí, pero diferénciase esta ausencia
en el consuelo más que en el sujeto.

FLORIANO.

¿De qué suerte en consuelo diferencia?

OTAVIO.

Porque todos los años ha parido.

FLORIANO.

Mercedes a su buena diligencia.

OTAVIO.

Sin duda la visita su marido
de cuando en cuando, y tan secretamente,
que mis Argos celosos ha dormido,
aunque ha días que está Camilo ausente,
porque le hice yo poner espías.

FLORIANO.

¿Qué habrá que un hombre con amor no inten- [te?

OTAVIO.

Durando estas ausencias y porfías,
ha venido Alejandra a gran pobreza,
mas no a valerse de las manos mías,
que la virtud no estima la riqueza.

FLORIANO.

¡Valerosa matrona!

OTAVIO.

Estoy sin vida.

FLORIANO.

Honra la femenil naturaleza.

(LEONATO *entre.*)

LEONATO.

¿Qué haces desta suerte, que es venida,
señor Otavio, la francesa gente,
y está temblando Génova afligida?
¿No sientes el estrépito insolente
de las máquinas, armas y soldados,
y las voces del pueblo inobediente?
En tafetanes blancos los dorados
lirios de Francia, descogiendo al viento
los parches con los pífaros templados,
marchan con tan furioso atrevimiento,
que entrar sin resistencia el muro intentan
y hacer en la ciudad su alojamiento.
Ya Pablo y su plebeya gente inventan
nuevas defensas, coronando el muro,
y su escuadrón armado representan.
Mas los soldados, que del mal futuro
tan ciertos viven, antes que el contrario
la soberbia ciudad entre seguro,
roban las casas con estruendo vario,
diciendo que esto importa a la defensa
del trigo y del sustento necesario.

OTAVIO.

¿Han hecho a Alejandra alguna ofensa?

LEONATO.

Aquí viene Marcelo en busca tuya.

(Marcela *entre.*)

Marcela.

¡Oh ilustre Otavio!, en el remedio piensa
de la pobre Alejandra, y restituya
tu autoridad el recebido daño
porque tu grande amor y esfuerzo arguya.
Los soldados del pueblo con extraño
furor robaron de su casa el trigo,
haciendo abrir las puertas con engaño.
Pues si esto hace ahora el propio amigo,
si roba el ciudadano al ciudadano,
¿qué se puede esperar del enemigo?
Por ser casa de un noble Justiniano
dicen que no matarnos se agradezca
sólo al respeto de su padre anciano.
Tú, pues, porque en tu frente resplandezca
el laurel desta hazaña, no permitas
que lo que le amenaza le acontezca.

Otavio.

Marcelo, a quien adora solicitas
los desdenes de aquella ingrata y fiera,
y a su defensa el mismo amor incitas.
Defenderé su casa de manera
en tanto que el temido cerco dure,
y entre Camilo donde ahora espera,
que todos mis amigos aventure,
y a su puerta, las armas en las manos,
la vida que me mata le asegure.

Floriano.

Es hecho heroico y obra de romanos;
que no porque Alejandra honrada sea
y siempre casta a tus combates vanos,
está bien que la aborrezcas.

Otavio.

Nadie crea
que no la estimo en más. Vamos, amigos,
y mi enemiga mi defensa vea,
que Dios manda querer los enemigos.

(*Éntrense.*)

(*Salgan en alarde los nobles de Génova referidos, y otros soldados franceses, el* Almirante de Francia *y el* Rey.

Rey. Caballeros genoveses,
puesto que me han detenido
las guerras con los ingleses
y hasta ahora no he podido
sacar mis lirios franceses,
ya que en persona salí
y estoy, como veis, aquí,
mi palabra doy de ser
griego en Troya, y que han de ver
un nuevo Aquiles en mí.
La ciudad está cercada
por tierra y mar de tal suerte,
que está la puerta cerrada
para la vida, y la muerte
ha de hallar franca la entrada.
A vuestro augusto valor
Estado, casas y honor
os reduciré de modo,
que me habéis de hallar en todo
más amigo que señor.

Camilo. Invencible Ludovico,
descendiente generoso
de un Carlos y de un Enrico,
cuyo imperio noble y rico
hagan los cielos dichoso;
tú que las flores que llevas
por armas del cielo nuevas
llenas de sembrar estilo
desde la Secuana al Nilo
y desde París a Tebas,
ya sabes que por rendirte
de Génova la corona
con ánimo de servirte,
que es lo que Dios galardona
y es excusado decirte,
seis años hemos vivido
más de mil nobles que han sido
por tu parte aficionados,
de Génova desterrados
y de nuestro patrio nido.
Ya, Príncipe generoso,
que sobre Génova estás
con ejército famoso,
la palabra que nos das
cumple a Génova piadoso.
Por hambre podrás tomalla,
no a hierro, sangre y fuego,
que bien puedes la canalla
de un pueblo, de un vulgo ciego,
con templanza castigalla.
La hambre crece, el sustento
falta; así se rendirán.

Oracio. Sí, gran señor, que de intento
de ya rendirse estarán;
perdonad su atrevimiento.
Haced como Rey y padre,
que aunque el castigo les cuadre,
es patria al fin, y no es bien
que los hijos que la ven

traigan la muerte a su madre.

CÉSAR. Así, gallardo señor,
sobre Roma Coriolano
templó su madre el furor;
haced vos como el Romano,
y venceréis su valor.
Aunque con tanta fiereza
nos intentó desterrar,
bien es que de su bajeza
se deba diferenciar
de Génova la nobleza.

LOMELÍN. Señor, poco esperaréis,
que la hambre poco espera,
creciendo va como veis;
esperad, piadoso, afuera
para que sin sangre entréis.
Que los que nos desterraron
y seis años nos echaron
de nuestras casas, señor,
aunque fué grande el error,
apenas saben que erraron.

REY. Cuando no hubiera sabido
de Génova la nobleza
tan antigua que ha tenido,
de esa piadosa grandeza
hoy la hubiera conocido.
Habláis como caballeros,
nobles de tan gran ciudad,
que por dos soberbios fieros
no es justo que en la ciudad
se ensangrienten los aceros.
Viva vuestro nombre eterno,
al parangón del Romano,
que yo a vuestro ruego tierno
sufriré sol en verano,
agua y escarcha en invierno,
tarde Génova o no tarde,
que todo el francés alarde
y su cólera primera
han de aguardar a que quiera
rendirse el vulgo cobarde.
Almirante.

ALMIRANT. Gran señor.

REY. Advertid desto a mi gente.

ALMIRANT. Mal templará su furor,
que cuanto más oro siente
es su codicia mayor.

CAMILO. Señor, si aquí dentro están
mil casas nuestras, no harán
el daño a los enemigos,
sino a los propios amigos.

REY. Desarmados entrarán.
No tengáis pena, Camilo.

CAMILO. Ese, señor, es estilo
de cristianísimo Rey,
que al ejecutar la ley
no se ha de dar todo el filo.

REY. La muralla quiero ver.
Vamos.

(*Todos se van; quedan* BRUNETO *y* CAMILO.)

CAMILO. Bruneto.

BRUNETO. Señore.

CAMILO. ¿Que entrar yo no puede ser?

BRUNETO. Questo Paulo traditore
non lasa il muro veder.
Fuy a dar la nova filiche
deste venuta a tua esposa,
e quel que Paulo se diche
con escuadra fretolosa,
que posa intrar contradiche.
Ni anchorque, non valia il fero
que mal cancaro li veña
intrar per la fame espero.

CAMILO. ¿Y esa es desdicha pequeña?
¡Oh cielo, en pensarlo muero!
Por hambre habemos de entrar,
que es la piedad más humana;
¿pero cómo podré estar
seguro que esta inhumana
no pueda en mi casa entrar?
¡Ay, mi Alejandra y mi bien!
¡Ay, mis niños!

BRUNETO. Dic per Dio,
non vi lamentar.

CAMILO. Que estén
mis ojos haciendo un río
y un mar el alma también,
y que no navegue a ti
puerto de destierro tanto;
parece que siento aquí
de Alejandra el tierno llanto;
mi esposa llora, ¡ay de mí!
Mis hijos piden sustento;
digo que sus voces siento;
que como en el alma están
oigo que le piden pan
a mi propio pensamiento.
No lo debe de tener.
¡Triste! ¿Qué tengo que hacer?
Mira si puedo, Bruneto,
entrar dentro.

BRUNETO. Vi prometo.

CAMILO. ¿Qué me puedes prometer?

BRUNETO. Que imposibile, signore,
in casa havera frumento,
non vi disfechate il core.
CAMILO. ¡Mátenme, que verla intento!
BRUNETO. ¡Non fachete questo errore!
Declasete de emprender
la vostra esposa veder.
CAMILO. ¡Si mil picas me reciben
hoy tengo de ver si viven
mis hijos y mi mujer!

(*Entrese.*)

(*Salga* ALEJANDRA *con* DRUSILA *y* MARCELA.)

ALEJANDR. ¡Déjame de importunar!
DRUSILA. Señora, ¿pues qué pretendes?
ALEJANDR. Morir.
MARCELA. ¿Pues qué honor ofendes
solamente en irle a hablar?
Yo, que te lo defendía,
soy quien te lo ruego ahora:
habla, o da lugar, señora,
que te hable Otavio este día.
Que ha tres que sólo comemos
yerbas; duélete de ti,
o destos niños que allí
hacen piadosos extremos.
DRUSILA. Señora, Paulo y su gente,
a morir determinada,
comen y no sienten nada
de nuestra sangre inocente.
Pues no se quieren rendir,
ríndete tú a hablar a un hombre.
ALEJANDR. ¡Ninguno a Otavio me nombre!
DRUSILA. ¿Pues qué hemos de hacer?
ALEJANDR. ¡Morir!
DRUSILA. ¿Y tu padre será bien,
ya que tus hijos no estimas,
que muera?
ALEJANDR. A infamias me animas.
Muera mi padre, que ya
está caduco y es corta
su vida; menos importa
que mi honor.
MARCELA. ¡Qué firme está!
Con mis celos pretendí
siempre forzar este intento,
mas ya, con hambre que siento,
yo misma soy contra mí.
Nadie diga que hay amor
que podrá sufrirlo todo,
que hay males que son de modo
que su tormento es mayor.
¿Señora, quiéresme oír?
ALEJANDR. ¿Qué quieres?
MARCELA. Piedad no más.
ALEJANDR. Marcelo, importuno estás.
MARCELA. ¿Qué piensas hacer?
ALEJANDR. Morir.
DRUSILA. Bien te cuadró el apellido,
Alejandra Gentil.
MARCELA. Bien,
que siendo Gentil también,
hoy muere como ha nacido.
¿Qué más hiciera un gentil?
ALEJANDR. Antes porque soy cristiana;
que ser a mi esposo humana
es ánimo varonil.
DRUSILA. ¿De manera que el honor
de un hombre es más que la vida
de tanta gente afligida?
ALEJANDR. ¿Pues quién duda que es mayor?
No entra allí de Dios la ofensa.
DRUSILA. Por fuerza le has de ofender;
¿no te puede Otavio ver
sin lo que tu miedo piensa?
ALEJANDR. Bien puede, mas la ocasión
pocos la saben dejar,
y no me quiero fiar
de una obstinada afición.
Diez años ha que me sigue:
cuatro libre y seis casada;
¿paréceos que en tal jornada
habrá valor que le obligue?
Cuando estuviere dispuesto
a que no me ha de forzar
por temor, me ha de gozar
de lo mucho que le cuesto.
En muchos no es afición
esta importuna porfía,
sino tema de que un día
vengarán su corazón.
Amor es pleito, y procura
el hombre siempre vencer;
la parte de la mujer
siempre es la menos segura.
Mejor lo estaré yo aquí;
con sangre sustentaré
mis hijos, pues sangre fué
lo primero que les di.

(*Vase.*)

DRUSILA. Acabóse, no hay remedio;
determinada se entró.
MARCELA. Yo he de persuadirla.

DRUSILA. Y yo,
pues ya no queda otro medio.
¿Qué habemos de hacer mañana,
pues no sólo falta el pan,
mas todo el sustento?
MARCELA. Están
las plazas, Drusila hermana,
como una playa desierta,
adonde sólo se ven
conchas del mar.
DRUSILA. ¡Qué desdén
muestra, estando medio muerta!
Pésame que la obliguemos,
Marcelo, a lo que intentamos,
sino que todos muramos.
MARCELA. Muy buen recado tenemos.
Estoime muriendo ya,
que apenas un paso doy.
DRUSILA. Con mil vahídos estoy.
MARCELA. Bien será; vamos allá,
que la porfía alcanzó
más que el dinero y la espada.
DRUSILA. Una piedra importunada
dicen que una vez habló.
MARCELA. El seso tengo adormido.
DRUSILA. Yo estoy loca.
MARCELA. Yo sin mí.
DRUSILA. ¡Ay, que me caigo!
MARCELA. ¡Ay de mí,
que ya no tengo sentido!

(*Entrense, y salga el* DUQUE PAULO.)

TIBALDO.

Tiene, Duque de Génova famoso,
por la parte del mar treinta galeras
el Rey de Francia.

PAULO.

¿Luego no es posible
meter sustento en la ciudad ninguno?

SIBERTO.

Vuestra Excelencia advierta que la gente
que importa sustentar son los soldados:
éstos, que asisten siempre a la defensa,
es justo que no pasen hambre tanta;
que los niños, los viejos y mujeres
mejor podrán pasarse adondequiera
que la suerte los puso.

PAULO.

¿No se buscan
las casas donde haber trigo sospechan?

TIBALDO.

Es tan poco, señor, lo que se halla,
la hambre tanta, el miedo y las confusas
voces, que apenas, si se junta el pueblo,
pondrás a cada uno entre los labios
con que se queja un grano solamente.
La casa de Camilo se ha robado,
la de César, Adorno y la de Fabio
Fregoso, la de Julio Lomelino,
la de Bautista Espínola y la rica
de Juanetín, de Fiesco, la de Antonio
de Oria, y para dos días no han tenido.

PAULO.

Aunque Otavio Grimaldo nos ha hecho
siempre amistad y socorrido, ahora
no sé si será bien darle un asalto.

SIBERTO.

Otavio, que es discreto, ha prevenido
de manera ese miedo, que en su casa,
que como sabes es tan fuerte en Génova,
ha puesto la defensa necesaria:
tiene dentro cien hombres, y cerradas
las puertas con un fuerte terrapleno,
y si salen algunos no se sabe
con qué secreta puerta ni por dónde;
si asoman los soldados con ballestas,
con fuegos los desvían, de tal suerte,
que apenas para un hombre en treinta calles.

PAULO.

¡Qué cuerdo ha sido siempre este mancebo!

TIBALDO.

Para que veas que nos ha engañado,
sabe que ha puesto en las ventanas todas
banderas blancas con doradas lises
en escudos azules, y que hace
que digan en su casa "¡Francia! ¡Francia!",
y cada vez que toquen las trompetas.

PAULO.

¡Qué astucia que ha tenido en conservarse
entre sus enemigos!; mas no importa;
búsquese en otras casas el sustento,
que no me pienso dar sino es echándome,
como el mancebo de Numancia, al foso.

SIBERTO.

De Fabricio Gentil es esta casa.

PAULO.

¿Es noble?

SIBERTO.

¿No lo ves?

PAULO.

Pues luego a él
se busque el trigo, que éste es enemigo.

TIBALDO.

¡Rompe!

PAULO.

¡Derriba!

TODOS.

¡Trigo! ¡Trigo! ¡Trigo!

(*Váyanse, y entre* ALEJANDRA *con un báculo sustentándose.*)

ALEJANDR. Honor, que sois en el mundo
cosa de tanto valor,
que sois vos primero, honor,
y es el vivir el segundo.
¿Cómo os fundáis en bajezas
que conservan el vivir,
que es lo mismo que decir
que os fundáis en las riquezas?
Vos por vos, no valéis nada,
que estáis en tela, en brocados,
en vajillas, en estrados
en oro y plata labrada.
En el huerto, en el jardín,
en mesas, en regalados
platos, en muchos criados
y en coches, bestias, en fin.
Veis aquí qué sois, honor,
y en lo que siempre os fundáis,
que en esto diferenciáis
al oficial del señor.
¿Pues quién ahora os dijera
que estáis con hambre, que es cosa
baja, humilde y afrentosa?
¡Mirad qué crueldad tan fiera!
A mí no me habéis vencido,
pero habéisme ya obligado
a entregarme a un hombre airado,
de mi desdén ofendido.
Que puede ser que una vez
puesta en su casa, y tan fuerte,
me goce o me dé la muerte,
pues sólo el cielo es juez.
¿Pero cómo digo tal?
¡Cielos, morir es mejor
que no quitar el honor
a un hombre tan principal!
¡Ay, Camilo, esposo mío,
qué caro me has de costar!

(*Entre* DRUSILA *con un niño en los brazos.*)

DRUSILA. ¿Señora, en qué ha de parar
tu locura y desvarío?
Mira este niño, que ya
de hambre y flaqueza expira:
sus ojos difuntos mira;
ya pienso que muerto está.
Mira su cárdena boca;
duélete desta alma tierna,
donde apenas ya gobierna
y casi en los labios toca.
Enciéndele con tu lumbre
en el humo que le queda.

ALEJANDR. ¡Triste de mí!, ¿que yo pueda
sufrir tanta pesadumbre?
Bien soy Gentil; que me cuadre
el nombre es puesto en razón,
porque éste no es corazón
ni son entrañas de madre.
Dádmele acá. Julio mío,
¿vivís?

DRUSILA. No responde ya.

ALEJANDR. Sangre el alma le dará;
mi aliento vital le envío.

(*Entre* MARCELA *con otro niño.*)

MARCELA. Si tienes de bronce el pecho
y las entrañas de jaspe;
si te ha dado el Arimaspe
ese mármol, de que es hecho;
si eres tigre, mas no eres,
que más los hijos quisieras;
si eres mujer o si fueras
como todas las mujeres,
sufre el ver volar al cielo
este ángel.

ALEJANDR. ¡Otro dolor!
Hijos, mi cruel honor
os pone en tal desconsuelo.
Muera yo primero aquí,
pues a lo menos diré
que entre dos ángeles fué
y que venistes por mí.
¡Tristes niños, que debéis
a lo que llaman honor!
un hombre me tiene amor,
aunque esto no lo entendéis.
Es rico, y sólo en su casa
tiene pan, tiene sustento

en este grave tormento
que nuestra Génova pasa.
¿Qué haré? ¿Qué me aconsejáis?

DRUSILA. Tu padre, señora, viene.

(*Entre* JUSTINO.)

JUSTINO. Amor, hijos, que me tiene
a morir adonde estáis,
me trae arrimado así,
que es el báculo mayor,
y a quejarme del furor
que has usado contra ti.
Todo, Alejandra, lo sé,
que hablar a todos he oído
de que Otavio te ha querido
y a Camilo guardas fe.
No hay que negar, esto es cierto,
y sé que por no llegar
a hablarle, quieres dejar
tus hijos y un padre muerto.
Mira; no te digo yo
que ofendas a Dios con él,
ni que seas tan cruel
a quien de ti se fió;
mas que como buena mueras
y parezcas a tu madre,
que no fuera yo buen padre
si otra palabra me oyeras.
Mas ha de ser de una suerte
que para que vida des
a tres hijos, que estos tres
has de librar de la muerte,
que no lo hago por mí,
que ya estoy muerto y me pesa
de vivir, vayas apriesa
a Otavio, y pídele allí
que por el amor pasado
tu pobre casa sustente,
y cuando gozarte intente
lleva este puñal guardado,
que éste guardaba yo triste,
sin saber por qué ocasión,
y pásate el corazón,
en que tu valor consiste.
El te dará sepoltura
y a tus hijos de comer,
sin que llegues a ofender
tu castidad noble y pura.
Este es honrado consejo,
no hay otro que aquí te cuadre.

ALEJANDR. Cuando no fuera de padre,
bastara, señor, de viejo.
A cuatro niños diré
que doy la vida por Dios,
que ya estáis tan viejo vos
que con los tres os pondré.
Dadme el puñal.

JUSTINO. Dios te guíe.

ALEJANDR. Lleva estos niños allá,
y si acaso entrare acá,
di a Camilo que los críe;
que por guardalle sus prendas
y partes del corazón
voy a morir.

MARCELA. Con razón
que los guarde le encomiendas,
pues son hijos de tal madre.

JUSTINO. Nietos, esforzad el miedo,
que yo viviré, si puedo,
hasta que entre vuestro padre.
Colgaos en mí mientras sepa
que llega y su voz oímos,
que en efecto sois racimos
de aquesta arrugada cepa.

(*Entrense, y salgan* OTAVIO, LEONATO *y* FLORIANO.)

FLORIANO.

Admirados están de que hayas puesto
tantas banderas blancas en las rejas
con las armas de Francia.

OTAVIO.

Estoy dispuesto
a despreciar sus armas y sus quejas:
espero en Dios que se le rindan presto
al Rey francés.

LEONATO.

Lo cierto te aconsejas,
no piense el Rey que de su parte estabas
y que de la nobleza te olvidabas.

FLORIANO.

Mal lo has hecho en no ir en tantos años
a París una vez sola siquiera.

OTAVIO.

Hízome aqueste amor tantos engaños,
que cuando me acordara, no pudiera
la verde primavera de mis años
ser Alejandra; mi afición primera
la tenía de gozalla; lo perdido
me sepultaron en profundo olvido.
Cuanto más era, Floriano amigo,
la resistencia y la desconfianza,
tanto más el amor, fiero enemigo,

aumentaba la tema y la esperanza.
Alejandra nació por mi castigo,
y es lo peor que no hay pensar mudanza,
porque al paso cruel que me aborrece
crece el deseo y la esperanza crece.

FLORIANO.

¡Espantosa mujer!

OTAVIO.

¿Qué bronce hubiera
que no se enterneciera y ablandara?
¿Qué Libia llena de áspides me oyera
que su veneno en flores no trocara?
¿Qué piedra dura no volviera en cera?
No sólo el llanto que bañó mi cara,
mas la copia del oro despendido.

FLORIANO.

¡Qué tanto amor se pague con olvido!

OTAVIO.

¡Ay, Floriano, tengo un gran consuelo!

FLORIANO.

Holgaré de saberle.

OTAVIO.

Que mi muerte
se acerca.

FLORIANO.

Eso es mal dicho; guarde el cielo
tu vida.

OTAVIO.

¿Para qué, en dolor tan fuerte?
Pues muerto han de llevarme, y en el suelo
de sus umbrales, que esta fué mi suerte,
me han de enterrar, y písenme siquiera
muerto los blancos pies de aquella fiera.

FLORIANO.

Calla, que eso es locura.

OTAVIO.

Di, Leonato,
¿cómo la podré ver?

LEONATO.

Es imposible;
por ahora contémplala en retrato,
que muestran contra ti furor terrible.

OTAVIO.

¿Morirme sin verla?

FLORIANO.

¡Oh pecho ingrato!
¡Que no te corresponda!

OTAVIO.

No es posible.

(FABIO, *criado, entre.*)

FABIO.

Señor, una mujer tu nombre llama
desde la calle.

OTAVIO.

¿Quién?

FABIO.

¡Y hermosa dama!
Dice que abrir la mandes, que te importa.

OTAVIO.

¿Mujer? Mira quién es, y si es segura
abre, Leonato, y a la guarda exhorta
miren no haya traición.

LEONATO.

Nueva aventura.

(*Váyanse los dos.*)

OTAVIO.

Así los años de mi vida corta,
esta sierpe cruel, esta perjura,
así me trata, al cabo de diez años.

FLORIANO.

Amores son por todo extremo extraños.
¿Qué dieras por gozarla?

OTAVIO.

Si tuviera
cuanto desde la China hasta Quivira,
y desde el Sanderson a la ribera
del mar de Magallanes el sol mira;
si todo el oro que en su roja esfera
puede criar con el calor que espira;
si cuantas perlas hay en caracoles,
de nácares de varios tornasoles;
si cuantas piedras ricas en distintos
minerales, diversas en linaje:
zafiros, esmeraldas y jacintos,
crisólitos, diamantes y balajes;
rubíes, entre grana y sangre tintos;
girasoles en varios maridajes,
y en templos, en coronas y en palacios
carbuncos, amatistas y topacios;
si cuantas armas, cetros y coronas;
si cuantos libros, ciencias, años, vidas

están en tantas tierras, y personas
viera a sólo mi gusto reducidas;
si, en fin, cuanto se encierra en cinco zonas
tuviera en mi poder, lo diera ahora
porque gozara de Alejandra un hora.

(*Entren* LEONATO *y* ALEJANDRA.)

LEONATO. Señor, Alejandra es
la dama que viene a verte.
OTAVIO. ¿Qué me dices?
LEONATO. Lo que ves.
OTAVIO. ¡Alejandra, y desta suerte!
¡Déjame echar a sus pies!
¡Señora del alma mía,
¿cómo venís deste modo?
¿No habláis?
FLORIANO. ¡Qué mortal y fría!
OTAVIO. Presto una silla, que todo
no ha de gozarse en un día.
¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto?
Mudado traéis el gesto.
¿Vos en mi casa y ansí?
¡Lloved vidas, cielo, aquí,
para que vuelva más presto!
¡Angel! ¡Luz del alma! ¡Herma-
¡Mi bien! [na!
ALEJANDR. Otavio.
OTAVIO. Señora.
ALEJANDR. Aquí estoy, humilde y llana
a tu gusto.
OTAVIO. ¿Por qué ahora?
¿Si es fantasma o sombra vana?
Tiéntala tú, Floriano.
Toca, Leonato, esta mano.
FLORIANO. Que es Alejandra no hay duda.
ALEJANDR. El tiempo todo lo muda.
OTAVIO. ¡Oh, qué favor soberano!
¿Que conociste mi amor?
ALEJANDR. Siempre yo le conocí,
y le agradecí mejor;
la que no tengo no os di,
porque era ajeno mi honor.
OTAVIO. ¿Pues qué es lo que os trujo aquí?
ALEJANDR. La hambre de la ciudad,
tres hijos y un padre.
OTAVIO. Ansi
¿qué hemos de hacer, voluntad?
Hablad, pues reináis en mí.
Gózala. ¿Y si se defiende?
Fuérzala. ¿Qué haré, razón?
Tu sangre, tu fama extiende
en tan honrosa ocasión,
pues darte el laurel pretende.
¿Deseo, qué haré? Gozalla.
¿Razón, qué decís? Dejalla.
¿Amor, dejaréla? No,
que quien la ocasión perdió
nunca más vuelve a cobralla.
¿Nobleza, qué hemos de hacer?
Eternizad vuestro nombre,
porque aunque está en tu poder,
sólo arrepentirse el hombre
queda después del placer.
Pues deleite, ¿qué decís?
Que al cabo de tantos años
mal hacéis si despedís,
por vanidades y engaños,
la gloria que recebís.
¿Qué decís, noble piedad?
Que es honra y no vanidad,
y que es justa obligación,
pues en lugar de afición
la trujo necesidad.
¿Pues, cómo? ¿Lo que he seguido
diez años he de perder?
¿No basta el tiempo perdido?
¿Mas deleite ha de vencer
a un hombre tan bien nacido?
¡Eso no! Cese el furor.
Sentencialdo vos, honor;
ciega voluntad, miraldo.
Viva el nombre de Grimaldo
y muera mi loco amor,
ya que yela quien me abrasa
y vive el que fué difunto,
que en fin lo que llega pasa.—
Leonato.
LEONATO. Señor.
OTAVIO. Al punto
lleva esta dama a su casa.
LEONATO. Dale de comer aquí.
OTAVIO. Eso no, que es mal intento:
no me he de fiar de mí;
no mudemos pensamiento,
que anda el deleite tras mí.
Llévala.
LEONATO. ¿Pues cómo irá?
OTAVIO. En una silla de manos,
que Floriano irá allá
y a niños, mozos y ancianos
sustento les llevará.
LEONATO. Háblala.
OTAVIO. No la he de ver.
LEONATO. ¿Qué importa?

OTAVIO. No puede ser
que mudemos de consejo;
si la tengo por espejo
y volviese a verme arder...
Vaya luego.
LEONATO. Mi señora,
ya lo que os han de llevar
se queda trazando ahora;
a casa podéis tornar.
ALEJANDR. Con razón Génova adora
a Otavio. ¿Podré, Leonato,
besar de Otavio los pies?
LEONATO. ¡No hay tratar deso!
ALEJANDR. ¡Oh retrato
de Cipión Cartaginés,
no te sea el tiempo ingrato!
Que yo con mi voluntad
jamás lo seré a la tuya,
pues de tanta honestidad
quieres que Génova arguya
tu nobleza y tu piedad.

(*Váyase* ALEJANDRA.)

OTAVIO. ¿Fuése?
FLORIANO. Otavio, se fué.
OTAVIO. ¿Qué te parece?
FLORIANO. No sé.
Italia, Francia y España
celebren tan alta hazaña.
OTAVIO. ¿Esta es hazaña? ¿Por qué?
FLORIANO. ¿Pues no es cosa nunca vista
que un hombre tras tantos años
su propio gusto resista,
y que a pesar de sus daños
de su apetito desista?
OTAVIO. No; si es noble, noble soy;
lo que tengo al tiempo doy:
esto heredé y esto he hecho.
FLORIANO. De tu magnánimo pecho
admirado, Otavio, estoy.
OTAVIO. Si la he tenido afición
la quiero con más terneza,
pues en esta confusión
para mostrar mi nobleza
me ha dado tanta ocasión.
Vamos; llevarás sustento
a su casa, Floriano.
FLORIANO. Yo no digo lo que siento,
que al mayor ingenio humano
le falta encarecimiento.
Si Génova no te adora
mucho su valor desdora.
Guarden los cielos tu vida.
OTAVIO. ¡Ay, Alejandra querida,
mucho más te quiero agora!

(*Vanse; salgan* JUSTINO, *el viejo,* ALEJANDRA *y* DRUSILA *y* MARCELA.)

DRUSILA. ¿Tan presto, señora mía,
y tan alegre y contenta?
JUSTINO. Nunca fué señal de afrenta,
mi Alejandra, el alegría.
¿Qué ha sucedido?
ALEJANDR. A sus pies
os podéis todos echar.
¡Oh Genovés singular!
¡Oh Liberal Genovés!
Apenas oyó decir
mi necesidad, señor,
cuando su noble valor,
que pudo a amor resistir,
sin mirar un punto más
me mandó a casa volver.
JUSTINO. ¿Qué pudo Alejandro hacer
con Dario? Desde hoy estás,
y está Camilo, y estoy
obligados a ese nuevo
Cipión; logra, mancebo,
tus años; tu esclavo soy.
¿Hay tal nobleza, hay tal virtud,
que como ésta pueda ser?
DRUSILA. Sí; pero esto del comer
¿no importa ya a la salud?
¿No te trujeras acá
siquiera en las manos algo?
MARCELA. ¡Ay, Otavio! ¡Ay, pecho hidalgo,
gracias el alma te da!
Por el bien que en no gozalla
me has hecho, morir temía,
que por vivir me atrevía
sin tormento a aconsejalla.
Si te quería, te quiero;
si te adoraba, te adoro.
FLORIANO. Con el debido decoro
y la acogida que espero,
osé entrar en vuestra casa
con un recaudo de Otavio.
JUSTINO. No hacéis a la casa agravio,
que su antiguo nombre pasa
a la de quien vos venís:
ya no es Gentil, es Grimalda,
pues con tan noble guirnalda
de castidad la cubrís.
FLORIANO. Otavio, Alejandra hermosa,

veinte acémilas cargadas
os envía acompañadas
de una escuadra belicosa
con cien mil ducados de oro
en escudos y otras piezas.

JUSTINO. ¡Hija, qué extrañas grandezas!
Alegres lágrimas lloro.

FLORIANO. Mil hanegas traigo en trigo
y veinte hanegas de pan
cocido.

DRUSILA. Aún no bastaran.

MARCELA. ¿Eso dices?

DRUSILA. Eso digo.

MARCELA. ¡Calla, necia, que estás loca!

DRUSILA. No lo tengas por antojos,
que comen mucho los ojos
y primero que la boca.

FLORIANO. Traigo conservas, gallinas,
pavos, perdices, capones,
frutas, conejos, jamones,
ánades, carnes, cecinas
y aceitunas españolas.

JUSTINO. Hijos, a comer, no hay más.

ALEJANDR. Tú el maestresala serás.

LEONATO. ¿Tardaréis?

MARCELA. Diez horas solas.

(*Entrense.*)

(*Salgan el* REY, *los nobles, soldados y el* ALMIRANTE.)

ALMIRANTE.

Tu Majestad advierta que se acaba
con hambre la ciudad: no lo consienta.

CAMILO.

Señor, si te pedimos piadosos
que no la entrases con asalto entonces,
ahora lo contrario te pedimos,
porque dicen que cubren ya las calles
los muertos de la hambre, y esta furia
¿cómo puede igualarse con la espada?

REY.

Tampoco imaginéis, nobles, que Génova
se podrá resistir: acometelda,
que con la hambre no las puertas solas,
mas se caerán de sí los muros mismos.

CAMILO.

Manda tocar al arma.

REY.

Al arma toca.

CAMILO.

La fuerza es mucha y la defensa poca.

(*Tocan el arma y acometan.*)

(*Salgan huyendo* TIBALDO, SIBERTO, RUFINO, PAULO *y otros las armas desnudas.*)

PAULO.

Ya no queda remedio, el Rey ha entrado.

SIBERTO.

Abriéronle las puertas los cobardes,
que les faltó valor para la muerte.

RUFINO.

¿Qué haremos, que el huír es imposible?

TIBALDO.

Pedir perdón al Rey.

SIBERTO.

¿De qué manera?

TIBALDO.

Llevándole una joya que le aplaque.

RUFINO.

¿Qué joya puede haber que le contente?

PAULO.

¿Queréisle dar el plato de esmeraldas
que dió a los ginoveses Balduyno,
rey de Jerusalén, cuando ganaron
a Tiro en Asia?

TIBALDO.

Aunque esa es gran reliquia,
porque el Cordero el Jueves de la Cena
estuvo en él, pudiera contentarle;
otra queremos dalle que no es santa.

PAULO.

¿Pues cuál tenéis?

TIBALDO.

Del Duque la cabeza.

PAULO.

¿Cuál Duque?

TIBALDO.

Tú.

PAULO.

¿Pues cómo? ¿No me estaba
seguro yo en mi tinte, ciudadanos,
cuando contra mi gusto me elegistes
por gobierno de Génova, por Duque,
y de ropas de púrpura adornastes?

TIBALDO.

¡Acaba ya!

PAULO.

Tened la furia fiera.

SIBERTO.

¡Matad el tintorero!

TIBALDO.

¡Muera!

RUFINO.

¡Muera!

(Desnuden las armas todos y salgan con el REY.)

CAMILO. Aquí está Paulo, señores.
TIBALDO. Preso aquí te lo entregamos.
REY. ¿No diréis "todos estamos",
pues todos fuistes traidores?
TIBALDO. Queremos darle la muerte
porque contra ti se alzó.
PAULO. Señor, culpado soy yo,
pero mi disculpa advierte.
Era un pobre tintorero,
vinieron de mano armada,
no pude a la furia airada
resistir de un vulgo fiero.
Si los goberné en tu ausencia,
mal aquí me dan castigo.
REY. Tiempo has tenido, amigo,
de reparar la violencia.
A Paulo y a los demás
cortad luego las cabezas.
PAULO. ¡Oh ambición, cuando tropiezas,
siempre con la muerte das!

(Entre OTAVIO.)

OTAVIO. Deme Tu Alteza los pies.
REY. ¿Quién es?
CAMILO. Otavio, señor,
el que fué tu embajador
de parte del Genovés.
REY. Seas bien venido, Otavio.
ALMIRANT. Antes será mal venido,
porque dél he recebido,
Rey invito, un grande agravio.
REY. ¿Cómo?
ALMIRANT. Trájome robada
mi sobrina.
OTAVIO. Señor,
si lo ha hecho algún traidor
de envidia de la embajada,
o porque en Génova he estado
mientras otros en París,
pues por General venís,
haced como el Rey soldado
y otorgadme el desafío.

(Entren MARCELA, DRUSILA *y* ALEJANDRA.)

MARCELA. Llega, que aquí está, señora.
ALEJANDR. ¡Esposo que el alma adora!
CAMILO. ¡Mi Alejandra!
ALEJANDR. ¡Señor mío!
REY. ¿Qué es esto?
CAMILO. Mi esposa es.
BRUNETO. ¡Drusila!
DRUSILA. ¡Bruneto!
BRUNETO. ¡Ah, ladra,
como estay bela e legrada!
ALEJANDR. Dadme, señor, vuestros pies.
REY. Alejandra, a tiempo estoy,
que pagaré lo que debo
a vuestro esposo.
ALEJANDR. No es nuevo
en vos; vuestra esclava soy.
CAMILO. Señor Almirante, Otavio
es mi amigo, y a los dos
salga otro francés con vos;
defiendo el propuesto agravio,
que yo sé que os engañáis.
OTAVIO. No vi en mi vida, Camilo,
a su sobrina.
ALMIRANT. ¡Qué estilo
tan lleno de engaño usáis!
MARCELA. Aquí debo de entrar yo.
Señor, él no está culpado,
porque la llevó un soldado
y el hábito la mudó.
ALMIRANT. ¿Qué soldado?
MARCELA. Yo.
ALMIRANT. ¡Traidor!
¡Prendelde!
MARCELA. Yo soy Marcela.
ALMIRANT. ¡Sobrina!
OTAVIO. ¡Extraña cautela!
REY. ¡Mirad lo que puede amor!
Otavio, hacedme placer,
pues que indiciado estáis,
que su honor satisfagáis.
OTAVIO. Recíbola por mujer.
ALEJANDR. Y yo el parabién os doy.
DRUSILA. ¿Era mujer?
BRUNETO. ¿No lo vedi?
DRUSILA. ¡Ay de mí!
BRUNETO. Tu ingano credi.
DRUSILA. Bruneto, tu mujer soy.
CAMILO. A besar vienen tus pies
los nobles y el Magistrado.
Aquí se acaba, Senado,
el *Liberal Genovés.*

FIN DE LA COMEDIA DEL LIBERAL GENOVÉS.

GUERRAS DE AMOR Y DE HONOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El Rey don Fernando.
Don Nuño.
Don Lope de Haro.
Martín Alfonso.
Palomino, *gracioso.*
Un Alférez.
Doña Aldonza, *dama.*
Zaro, *rey de Archidona.*
Yasimín.
Zulema.
Celinda, *moros.*
Vega, Lorca.
Soldados y gente de acompañamiento.

JORNADA PRIMERA

(Tocan cajas y clarines y dice un Alférez *en el muro:)*

Alférez. Jaén por Fernando, rey
de Castilla y de León.
Dentro. Dios le dé la posesión
por defensor de su ley.

(Vuelven a tocar, y van saliendo todos los soldados bizarramente vestidos, y luego don Lope de Haro *y el* Rey don Fernando, *con bastón.*

D. Lope. Con tal gloria bien pudiera
Vuestra Alteza descansar,
viendo al aire tremolar
su católica bandera
en los muros de Jaén,
después de cerco tan largo.
Rey. Tenemos oficio y cargo
que quiere mirarse bien.
Y como en el conservar
está el bien de la conquista,
mejor es que un Rey asista
a regir que a descansar.
No quería que se hiciese
daño ninguno a los moros,
ni que por muchos tesoros
mi palabra se rompiese.
Téngase en esto cuidado.

(Tocan una caja.)

D. Lope. ¿Qué caja de guerra es ésta?
D. Nuño. Martín Alfonso ha llegado.

(Sale Martín Alfonso *y* Palomino, *a lo soldado.)*

M. Alfon. Yo llego a buena ocasión.
Palomino. ¿Qué mejor que buenas nuevas?
M. Alfon. Temprano ha salido el sol;
deme los pies Vuestra Alteza.
Rey. Mejor merecen los brazos
los caballeros que vienen
de servir su Rey.
D. Lope. Señor,
días ha que en estas guerras
os sirve Martín Alfonso,
y muestra bien que fué en ellas
hijo del Adelantado
de Andalucía, que hoy tiemblan
hasta Granada los moros.
Dióle por muchas empresas
Córdoba su mismo nombre,
que Martín Alfonso hereda
con el valor de su padre.
He querido daros cuenta
desto, porque la tengáis
de sus servicios.
Rey. Quisiera
tener, don Lope de Haro,
con qué honrarle.
D. Lope. Tiempo queda
para que le hagáis merced,
que os juro que la braveza
del valor desde mancebo

cuando talamos la Vega
me causó grande afición.
REY. De que a vos os lo parezca
estoy yo maravillado.
D. LOPE. Como un Aquiles pelea.
D. NUÑO. Lo que quiere encarecer
don Lope, hasta las estrellas
lo levanta.
D. LOPE. Siendo justo
no es mucho que lo parezca.
REY. ¿De dónde venís, Martín?
D. LOPE. Mira que te habla Su Alteza.
M. ALFON. Agora os diré, señor,
de mi venida las nuevas.
Estando ausente el conde valeroso
Alvar Pérez de Castro, a quien corona
Castilla con el árbol vitorioso
que ciñe los cristales de Elicona,
con africano ejército orgulloso
cercó Benhalamar, rey de Archidona,
la gran peña de Martos, cierta empresa,
pues sólo estaba en ella la Condesa.
Cual suele el sol cuando su rostro enseña
con la primera luz mirar los prados,
vestidos de la blanca flor de alheña,
de los lirios azules y dorados,
así doña Ana desde la alta peña
miró los verdes valles, esmaltados
de los moros vestidos de colores,
de tan hermoso sol indignas flores.
De las nobles doncellas que tenía,
coronando de acero los cabellos,
los muros guarneció, que pretendía
del Moro hasta la muerte defendellos.
No fué vana en la industria la osadía,
pues viéndolas el Rey alarbe en ellos
presumo que no osaba acometellas,
como adora la luna y las estrellas.
A los gigantes, finalmente, iguales,
los moros, gran señor, porque te asombres,
combatiendo las orbes celestiales,
pensaron adquirir famosos nombres;
mas como las mujeres principales
en el valor compitan con los hombres,
con flechas les ganaron mil despojos,
que a ser más cerca fueran de sus ojos.
Súpolo Tello de Meneses, fuerte
sobrino de don Alvaro, que andaba
corriendo el campo, y de la misma suerte
Diego de Vargas, que conmigo estaba;
y haciendo cara al Moro y a la muerte,
viendo que si la Peña se ganaba
la llave aventurabas aquel día,
que te ha de abrir, señor, la Andalucía,
y que llevar cautiva a la Condesa
era la muerte del valiente Castro,
tentamos juntos la mayor empresa
que ha merecido bronce ni alabastro.
Estaba entonces la morisma espesa,
como suelen dejar sangriento rastro
las amapolas entre varias flores,
vistiendo los peñascos de colores.
Alvar Pérez de Castro, "Toledanos,
a mí y a Tello dijo: Caballeros,
pasemos con las armas en las manos
haciendo senda entre estos moros fieros."
¡Oh valor! En efecto, castellanos,
desnudamos a un tiempo los aceros,
abriendo entre los moros, hasta el fuerte,
camino a la fortuna y a la muerte.
Quince dejamos, de cincuenta, muertos,
y subimos la peña treinta y cinco,
como suele el cabrío por inciertos
peñascos pardos, con ligero brinco.
En fin, los puentes del castillo abiertos,
al pavimento celestial propincuo
entramos treinta y cinco; mas no entramos,
pues entraron mejor los que dejamos.
Benhalamar, que el campo sobre un bayo
con aljuba de grana y negra cota
descubría, fogoso como el rayo,
que la vaga región del aire azota,
cubrióse entonces de un mortal demayo,
y de suerte el ejército alborota,
que arrojando el turbante de la frente,
volvió sin honra y despidió la gente.
A Vargas la Condesa agradecida,
a Tello y aun a mí, que en partes varias
mi espada vió del bárbaro teñida
e intrépida correr por las contrarias,
a espléndido banquete nos convida;
y coronando el fuerte luminarias,
desde el campo nos vió cenar el Moro,
corrido, como va del coso el toro.
REY. Las nuevas son como vuestras,
y tanto gusto me han dado,
como dirá mi cuidado
en agradecidas muestras.
De la Condesa el valor
bien merece eterna fama.
M. ALFON. Por lo que os estima y ama
le debéis tanto favor.
REY. ¿Hay aquí algún escudero
que haya subido con vos?

M. ALFON. Uno, señor, y por Dios
que es honrado.
REY. Hablarle quiero.
M. ALFON. Llega, que te quiere ver
Su Alteza.
PALOMINO. Turbado estoy.
REY. ¿De dónde eres?
PALOMINO. Señor, soy
de donde me dieres ser.
Que aunque de Dios todos nacen,
hablando del ser segundo,
¿quién puede ser en el mundo
a quien los Reyes no hacen?
Es mi nombre Palomino,
y si tengo de volar,
¿quién me puede levantar
sino tu valor divino?
Dióme una pequeña aldea
junto a Madrid este nombre;
tú me puedes hacer hombre
aunque palomino sea.
Porque siguiendo tu llama
no ha de tener, imagino,
más valiente palomino
el palomar de la fama.
REY. ¿Quieres bien a don Martín?
PALOMINO. Juntos nos crió su padre,
que era dueña de su madre
mi madre, que haya buen fin.
Las espadas nos ceñía
de doce años a los dos,
para serviros a vos,
día de Santa Lucía.
Y no hemos salido güeros,
porque yo solo, señor,
he muerto más que un dotor
y que cuarenta barberos.
No ha hecho en caniculares
más estrago una mujer
que en los moros suelo hacer
sus fronteras y aduares.
REY. Decidle a mi contador
que os dé mil maravedís.
PALOMINO. Cuanto a los cielos pedís
os lo conceda, señor.
Y ruego a Dios que Sevilla
y la famosa Granada
la una os sirva de almohada
y la otra os sirva de silla.
REY. ¿Quién de todos, caballeros...
PALOMINO. Yo, señor.
REY. ¿Sabéis lo qué es?
PALOMINO. No, señor; pero a esos pies
me ofrezco de los primeros.
REY. ...me quiere vengar del Moro
y poner cerco a Archidona?
M. ALFON. Yo os ofrezco mi persona,
y humilde esos pies adoro.
REY. ¿Qué gente queréis llevar?
M. ALFON. Dadme quinientos soldados.
REY. Partid.
M. ALFON. Perded los cuidados
de que el rey Benhalamar
cerque de Martos la peña.
PALOMINO. Vamos, señor.
M. ALFON. Palomino,
este difícil camino
la fama a su templo enseña.
PALOMINO. Tenía que te contar
ciertos embustes de amor;
pero no es tiempo, señor,
pues te vas a pelear.
Este don Lope de Haro,
mayordomo de Su Alteza,
tiene un ángel en belleza
por hija, y más que el sol claro.
Es su nombre doña Aldonza,
un pergeño muy honrado;
hablóme el rostro turbado,
que sabe amor jerigonza,
y preguntóme por ti;
entendí la musa luego,
y respondí.
M. ALFON. ¿Estabas ciego?
¿Qué osabas hablar de mí?
¿No sabes que es Lope de Haro
señor de Vizcaya? Ven,
que allá hablaremos más bien.
PALOMINO. Yo sólo en tu bien reparo.
M. ALFON. Soy un pobre caballero,
si bien en la sangre igual.
PALOMINO. Tienes razón, ¡pesia tal!,
no hay sangre como el dinero.

(Vanse los dos.)

D. NUÑO. Error ha sido, señor,
dar esta empresa a un mancebo
de poca experiencia y años,
que aventuráis por lo menos
reputación y soldados;
de la guerra los gobiernos
han de tener hombres canos.
D. LOPE. Si hay, Nuño, mancebos viejos
en virtud y en fortaleza,

bien pueden fiarse dellos
las empresas de valor.

D. NUÑO. No diera yo tal consejo:
a toda ley edad larga,
y barba que por lo menos
el peine se tenga en ella.

D. LOPE. Yo le he visto y sé que puedo
fiarme dél.

D. NUÑO. Peleando
le habréis visto, no rigiendo,
y es la diferencia mucha.

REY. Bien dice Nuño; pensemos
quién irá sobre Archidona,
y vos decidle que tengo
otra determinación,
que deje la gente luego.

D. LOPE. Mejor podrá hacerlo Nuño.

REY. Pues vaya Nuño.

D. NUÑO. Deseo
tu servicio.

D. LOPE. ¡Brava envidia!

REY. Agradezco tu buen celo.

(*Vanse, y salen soldados en alarde,* VEGA, LORCA *y* MARTÍN ALFONSO *y* PALOMINO.)

M. ALFON. Pidamos licencia al Rey.

PALOMINO. Bravamente en los balcones
damas a mirar te pones.

M. ALFON. Cumplo agora con la ley
de soldado, que después
cumpliré con la de amor.

PALOMINO. Allí está doña Leonor,
doña Ana y...

M. ALFON. Déjame, pues.
Brava tentación te ha dado
esto de damas.

PALOMINO. Soy tierno.

M. ALFON. En tratando de gobierno
hay diferente cuidado.

PALOMINO. ¡Oh qué sentencia tan fría!
Donde no bulle mujer
es imposible tener
espíritu ni alegría.

M. ALFON. Las mujeres en la guerra
afeminan los soldados;
de campos bien gobernados
toda razón las destierra.
Pregúntale a Scipión
la historia de Masinisa.

PALOMINO. Digo que marches aprisa,
si merece aquel balcón
pasar sin hacer mesura.

M. ALFON. Haré reverencia al sol.

(*Sale* DOÑA ALDONZA *al balcón.*)

D.ª ALDON. ¿Dónde bueno, caballero?

M. ALFON. Señora, a Archidona voy,
que el rey Fernando me manda
que con aqueste escuadrón
le conquiste aquella villa,
y la palabra le doy
de no volver sin su llave
y su Rey moro en prisión.

D.ª ALDON. Empresa, Martín Alfonso,
digna de vuestro valor.
Con cuidado nos tendréis,
aunque tan valiente sois,
como mi padre lo dice,
que no se ofrece ocasión
en que no os honre y alabe.

M. ALFON. Es don Lope, mi señor,
tan gran Príncipe, que honra
con la suya mi opinión.

D.ª ALDON. Vos sois muy noble y tenéis
merecido su favor
por los más famosos hechos
que se cuentan de español.
Id a la guerra en buen hora.
y llevad este listón
en memoria del cuidado
que le debéis a mi amor.

(*Echale el listón y vase.*)

M. ALFON. Oídme.

PALOMINO. Bañado el rostro
en púrpura se partió,
y no ha querido esperar.
Adiós. Partamos, señor,
a matar mundos de moros,
pues que bastamos los dos:
tu dándoles mil azotes
con ese rojo listón
y yo con aqueste acero,
imitando tu valor.

D. NUÑO. ¿Está don Martín aquí?

M. ALFON. Sí, señor Nuño, aquí estoy.

D. NUÑO. Perdonad al mensajero,
que bien merece perdón
quien de lo que el Rey le manda
viene a ser embajador.
Dice que dejéis la empresa
sólo porque mozo sois,
que le han dicho que es más grave
de lo que entonces pensó.
Y no es bien a pocos años
fiar la reputación

de Castilla y sus hidalgos,
que tales empresas son,
aunque vos sois buen soldado,
para quien pueda mejor
tener un peine en la barba,
señal de seso y de honor.

M. ALFON. Decidle, Nuño, a Su Alteza,
que si porque mozo soy
no merezco a la frontera
llevar su rojo pendón,
es falta que cada día
el ligero y volador
tiempo enmendará en los míos,
siendo más y menos yo.
Y si por dicha os parece
que tenéis más fuerza vos
en el gobierno y los bríos,
la gente y bandera os doy.
Adiós, señores soldados;
capitán llevan mejor;
déles Dios vitoria y dicha.

(*Vase.*)

VEGA. No siendo deste escuadrón
capitán Martín Alfonso,
perdone el Rey, yo me voy.

(*Vase.*)

LORCA. Y yo de la misma suerte.

(*Vase.*)

D. NUÑO. ¡Oigan!

PALOMINO. ¿Qué han de oír, señor?
¿No sabe que las vitorias
suelen nacer del amor
que tiene a su Capitán
el ejército?

D. NUÑO. ¿Pues yo
tengo culpa si esto es gusto
del Rey?

PALOMINO. No, que algún traidor
le habrá dado este consejo
contra su buena opinión.
¡Por vida de Palomino!

D. NUÑO. ¿Qué murmuráis?

PALOMINO. ¡Vive Dios,
si fuérades igual mío!

D. NUÑO. Hablad claro.

PALOMINO. Claro o no,
soy honrado y soy hidalgo,
porque Palomino soy
desde la primer camisa
que en el mundo se vistió.

D. NUÑO. ¿Para mí tentáis la espada?

PALOMINO. ¿Pues es esta tentación
algún pecado mortal?
Tiento y voime. Adiós.

(*Vase.*)

D. NUÑO. Adiós.

(*Sale el* REY *y* DON LOPE.)

DON LOPE.

Digo, señor, que he visto los soldados
desbaratados ya.

REY.

Volverán presto,
pues están por sus tercios alojados,
Nuño.

DON NUÑO.

A servirte siempre estoy dispuesto.

REY.

¿Marchaba ya Martín?

DON NUÑO.

Desordenados
llevaba los soldados; y tras esto
dando el laurel de tus gloriosas famas
a las vanas lisonjas de las damas.

REY.

¿Sintió el dejar la empresa?

DON NUÑO.

Este soldado
te debe de enviar.

(*Sale* PALOMINO.)

REY.

¿Qué hay, Palomino?

PALOMINO.

No sé, señor, si bien aconsejado
la empresa interrumpiste y el camino
al mejor castellano que has honrado;
pues Nuño apenas a decirlo vino
que por mozo le quitas la bandera,
que barba que se tenga un peine espera,
cuando veloz corriendo a su posada,
un peine toma, y la mejilla abriendo,
le clava por la barba lastimada;
"agora sí que se tendrá, diciendo,
la barba de sangriento humor bañada".
El peine de marfil enrojeciendo
quitándoselo afuera varias gentes,
cuantas puntas le dió le volvió fuentes.

D. LOPE. ¡Hecho notable, por Dios!

REY. La antigüedad no se honra

con hecho de mayor honra.
Id a llamarle los dos.

D. LOPE. El viene, para que vos
le deis, señor, la bandera,
que ensalzar por vos espera.

REY. Tan contento dél estoy,
que con él solo desde hoy
me temblará la frontera.

(Sale MARTÍN ALFONSO *con la barba ensangrentada.)*

M. ALFON. Invicto Rey castellano,
cuyo dorado león
va rindiendo la nación
del fiero Moro africano,
Nuño Pérez Asturiano
me dijo de vuestra parte
que dejase el estandarte
por la poca autoridad
de los años, que en la edad
fundó del gobierno el arte.
Yo, viendo que tal defeto
no era falta de mi honor
y que no estaba el valor
a edad ni tiempo sujeto,
pensé (no sé si discreto)
cómo tenerse podría
en la barba que tenía
un peine, si bien, señor,
nunca pensé que el valor
en los cabellos vivía.
Si tuvo la fortaleza
en la cabeza Sansón,
está muy puesto en razón
el gobierno en la cabeza;
mas fuerza fué, no destreza,
pues se pudo conocer,
del fin que vino a tener,
que poco gobierno alcanza
quien hizo tal confianza
del amor de una mujer.
Pensé, en fin, cómo sería
que la barba me creciese,
porque el peine se tuviese
como Nuño me decía;
y pensé con tal porfía,
viendo que cosas tan vanas
las banderas castellanas
me quitan con deshonor,
que fué milagro, señor,
que no me naciesen canas.
En fin, un peine tomé
y en la barba le metí;
que estuvo más firme allí
que en los cabellos pensé;
la carne en sangre bañé,
con que salieron regadas
las canas imaginadas,
aunque de rojo color,
que las canas del honor
deben de ser coloradas.
Todo terreno dispuesto
del arado, más produce;
de donde claro se induce
que tendrá canas muy presto,
que el peine en la barba puesto
fué el arado que ha de abrir
la carne para salir
eso que llaman prudencia,
si es en el hombre excelencia
tener menos que vivir.

REY. De manera me ha movido,
Martín Alfonso, esta hazaña,
que a la conquista de España
solo te hubiera elegido.
Hoy en mi presencia has sido
un cristiano Escipión,
sobre la misma elección
que el Senado le quitara
las banderas que guiara
en el romano escuadrón.
Y así yo te considero
con el valor que a sus pies
el muro cartaginés
puso por hecho primero.
No menos valor espero
de tu edad, y asi es razón
que el castellano pendón
lleves, Martín, a Archidona,
honrando de mi Corona
el peine de tu blasón.
¿Adónde está la bandera?

M. ALFON. Aquí, señor.

REY. De mi mano
todo el honor castellano
con ella darte quisiera:
toma y parte a la frontera;
tiemble el Moro hasta Granada,
y lleva mi propia espada,
pues es justísima ley
que se la desciña un Rey
cuando es tan bien empleada.
La tuya ponerme quiero,
no porque la pienso honrar,
mas por saber pelear

con tan valeroso acero.
Haced como caballero,
que quien con tales decoros
ganó famosos tesoros,
peinando su barba honrada,
hará peine de la espada
en las barbas de los moros.

M. Alfon. Juro en ella por blasón
que para poderos ver
sus llaves he de traer
y su Rey moro en prisión.

(Vanse, y sale Yasimín *y* Zaro, *rey de Archidona.)*

Yasimín.

Si me cuesta seis años de servirla,
¿qué te espanta que trate de casarme?

Zaro.

Ya sé tu amor y no me maravilla,
también le tuve yo.

Yasimín.

¿Pues qué te cansa,
Rey de Archidona, deste casamiento?

Zaro.

Que dejarás las armas, y ocupado
en tu deseo, perderé un amigo.

Yasimín.

Zaro, si yo para vivir contigo,
pudiendo ir a Cartama por Celinda
hago que me la traigan a Archidona,
bastantemente mi lealtad me abona.

Zaro.

Las nuevas de que el Rey de los cristianos
envía contra mí la más lucida
gente de sus ejércitos, vengando
el agravio que hice a la Condesa,
que imaginé traer de Martos presa,
me ha dado algún temor, si bien ha sido
a tiempo que la villa está guardada,
que mi hermano el Rey desde Granada
me ha dado alguna gente y municiones.

Yasimín.

Si pusieras en Martos los pendones
de tus lunas azules, esta hazaña
te hiciera conocido en toda España,
y al Africa pasara el nombre tuyo.

Zaro.

¿Cómo pude vencer si defendía
la peña un ángel, que aquel mismo día
con los dos basiliscos de sus ojos
se llevaba las almas por despojos?
Tras esto, el bravo Tello de Meneses,
Diego de Vargas y Martín Alfonso,
hombres de acero y de diamante duro,
rompiendo el escuadrón vieron el muro,
aunque dejaron quince castellanos
muertos, entre los pies, por nuestras manos.

Yasimín.

¿Por qué dejaste el cerco?

Zaro.

Porque estaba
Fernando cerca, y ya tenía delante
treinta y cinco murallas de diamante
en otros tantos hombres castellanos,
que con piedras y bombas en las manos
tempestad de granizo parecían.

Yasimín.

¿No los seguiste tú cuando subían?

Zaro.

Palabras tienes ya de desposado.

Yasimín.

Yo confieso que estoy enamorado
y que espero mi esposa cada día;
pero la inclinación, la lealtad mía,
no me olvidan de ser agradecido
el deudo y la amistad que te he tenido;
y si quieres que escriba que no venga
Celinda de Cartama, haré tu gusto.

Zaro.

Antes en eso me darás disgusto:
venga tu esposa, yo seré el padrino.

Yasimín.

Ya pienso qué estará en el camino.

Zaro.

Pues, Yasimín, las siestas prevengamos
y reine amor, aunque de guerra andamos.

Yasimín.

Aunque la adoro, Zaro, a fe de moro
que más mi amor y tu amistad adoro.

(Vanse, y salen Lorca, Vega *y* Chacón, *soldados.)*

Vega. Con notable priesa marcha
Martín Alfonso a Archidona.

Lorca. Es hombre que no perdona
sol a julio, a enero escarcha.

Chacón. Suena gente.

VEGA. El eco enseña,
Chacón, recelo al oído
a este valle resurtido
de aquella pelada peña.
¿Si andan moros por aquí
y saben que Martín viene?
CHACÓN. No hay cosa que a guerra suene;
a paz y a contento, sí.

(Salen CELINDA *y* ZULEMA *y músicos de moros.)*

ZULEMA. Aquí pasarás la siesta
apartada del camino.
CELINDA. Aqueste bosque vecino
sombra y frescura nos presta.
Y esta fuente bulliciosa
también me quiere obligar,
que parece que a cantar
quiere ayudar envidiosa.
Con el sonoro arroyuelo
cante en regocijo igual,
pues que de eterno cristal
labró su instrumento el cielo.
Entre pizarras se quiebren
sus cuerdas dulces y graves,
porque entre tanto las aves
con dulce voz se requiebren.
Todo se alegra, Zulema,
pues que ya no tengo en fin
para ver a Yasimín
nada en el mundo que tema.
ZULEMA. Bien le debes ese amor.
CELINDA. Más él me lo debe a mí.
ZULEMA. Siéntate, y cantando Alí
pasará el tiempo mejor.

(Canta.)

Descansando los claveles
en el marfil de sus manos,
está la bella Amarilis
un arroyuelo mirando.
Contento estaba el cristal
de servirle de retrato,
y entristecióse de ver
sus dos estrellas llorando.
Engañóse el arroyuelo
en no alegrarse del llanto,
pues viendo que paga en perlas
será estimado del Tajo.
CELINDA. ¿Quién era, por vida tuya,
esa Amarilis?
ZULEMA. Lisardo,
un cautivo de tu padre,
caballero toledano,
me dió esta letra una noche
que la cantaba llorando.
CELINDA. Prosigue, a ver lo que dice.
VEGA. ¿Saldremos?
LORCA. Aguarda un rato.

(Cantan.)

Los trabajos de Amarilis
nacen de haberse casado,
que las mujeres hermosas
son dichosas por milagro.
VEGA. Agora saldremos bien,
haciendo verdad el canto,
y será esta mora hermosa
desdichada por milagro.
LORCA. ¡Mueran todos!
CELINDA. ¡Ay de mí!
ZULEMA. Huye, Alí, que habemos dado
por nuestra culpa y descuido
en celada de cristianos.
LORCA. Vos sola seréis prisión.
Lorca, por Dios, que los galgos
nos han dejado la liebre.

(Sale PALOMINO.*)*

PALOMINO. ¿Qué es esto, seores soldados?
CHACÓN. ¡Oh, mi señor Palomino!
Esta daifa hemos pescado,
que aquí pasaba la siesta
con otros moros cantando:
huyeron como gallinas
y la presa nos dejaron.
PALOMINO. ¡Por mi vida que es hermosa!
Oigan, repartan entrambos
estos mil maravedís.
VEGA. Mire voarced que es agravio,
que vale más la morisca.
PALOMINO. Ea, pues, vayan tasando:
Cien maravedís los ojos,
las narices otros tantos;
valga la boca doscientos,
y otros doscientos las manos.
Pues bien quedan cuatrocientos
para lo que es el andamio.
¿Paréceles que me hacen
mucha merced? Reparando
en que esto es comprar melón,
que puede ser bueno o malo.
VEGA. Ahora bien, voaced es hombre
que importa que le sirvamos;
vamos a partir aquesto.

(Vanse.)

PALOMINO. ¿Oye, entiende castellano?
CELINDA. Entiendo que habéis venido
para nuestro eterno daño,
a enseñárnosle con sangre.
PALOMINO. Pues mire, soy un hidalgo
que me llamo Palomino;
con ella seré muy manso
si procede como debe.
CELINDA. ¡A mayor mal he llegado!
PALOMINO. No ha de comer alcuzcuz
ni pasas; de cuando en cuando
dos molinillos de vino
con seis pestañas de magro.
CELINDA. No entiendo.
PALOMINO. ¿Cómo que no?
Pues yo se lo iré enseñando:
sabe que les di por ella
lo que me dió un Rey cristiano.

(*Sale* MARTÍN ALFONSO.)

M. ALFON. Haced alto, y desde aquí
iré la gente ordenando.
PALOMINO. Tápese, que este señor
es el General, mi amo.
M. ALFON. ¿Qué es eso?
PALOMINO. Acá es cierta cosa
que he comprado a unos soldados.
M. ALFON. ¿De mí la encubres?
PALOMINO. ¿Qué quieres?
Mi dinero me ha costado.
M. ALFON. Quita los velos, desvía.
¡Oh qué rostro soberano!
PALOMINO. ¿Es muy soberano el rostro?
M. ALFON. No pienso que le ha formado
más bello naturaleza.
PALOMINO. Yo no quiero averigualio,
sino que ordenes tu gente
y te vayas con Dios, dando
ejemplo, como es razón.
CELINDA. Vuestra persona, cristiano,
y el respeto que éste os guarda
me dan a entender que paso
a mejor dueño. ¿Sois vos
Martín Alfonso?
M. ALFON. Milagro
de naturaleza, yo
soy Martín Alfonso.
PALOMINO. ¡El diablo
trujo milagros aquí!
M. ALFON. ¿Por cuál rigor de los hados
habéis venido a ser presa
de mi gente en este campo?
CELINDA. El verte y oírte hablar
grande esperanza me ha dado
de mi vida y de mi honor;
valiente y cristiano hidalgo,
soy mujer tan principal,
que fuera del rey Fernando
puedo obligar a respeto
a cualquier moro o cristiano.
Grande ha sido mi desdicha;
pero ya mi mal no es tanto,
que me avisa mi fortuna
que basta verme en tus manos.
Si quieres en plata y oro
mi rescate, desde el Cabo
de Buena Esperanza al monte
que tiene el cielo en los brazos,
no habrá visto más riquezas
el sol, porque los vasallos
de mi padre te darán...
M. ALFON. Detén, por no hacerme agravio,
el acento que entre perlas
hacen tus labios hablando.
Que no hay tersas margaritas
en el Sur, ni el mar Hispano
en la insigne Barcelona
produce corales tantos;
Ceylán ardientes rubíes,
diamantes la China, el Cairo
frutos, por quien yo te diese,
aunque sustentando un campo.
En él irás, y hasta ver,
y debajo de mi amparo,
si se me rinde Archidona
o si por ventura paso
a la vega de Granada,
porque volver a Fernando
no puedo sin grandes hechos
prometidos y jurados.
Palomino.
PALOMINO. ¿Qué me quieres?
M. ALFON. Aquesta mora te encargo.
PALOMINO. ¿Cómo encargo, siendo mía?
M. ALFON. Dejemos burlas, que vamos
a conquistar fama.
PALOMINO. ¿Y es
esta mora que he comprado
la fama desta conquista?
CELINDA. Yo voy, cristiano, a tus manos.
M. ALFON. Y yo, diréło, en tus ojos,
mas con el justo recato
que debo a quien soy, y a ser
capitán de un Rey cristiano.

PALOMINO. Dame mil maravedís
y llévala con mil diablos.
M. ALFON. Yo no quiero más de verla.
PALOMINO. Si has de enternecerte tanto
busca otro peine, que no hay
más vitoria que el ser casto.

JORNADA SEGUNDA

(*Sale* YASIMÍN.)

YASIMÍN. ¡Oh amor, qué extraña pasión
das a mi dulce esperanza,
cuando ya tan cerca alcanza
el fin de la posesión,
más anhela el corazón
viendo que amanece el bien!
¡Ay, bella Celinda, en quien
están mis glorias y enojos,
cuanto más cerca los ojos
más imposibles te ven!
Aquí salgo a recebir
tu hermosura celestial,
en tiempo tan desigual
para poderte servir;
pero vengo a presumir
que si el reino de Granada
no molestara la espada
de Fernando, en tu venida
se viera otra vez florida
tierra de tus pies pisada.

(*Sale* ZULEMA.)

ZULEMA. Alá te prospere y guarde.
YASIMÍN. ¿Viene mi esposa, Zulema?
ZULEMA. No viene, señor, tu esposa.
YASIMÍN. ¿Cómo no? ¿Dónde la dejas?
ZULEMA. Viniendo, seguramente,
puesto que en tiempo de guerra
no es cuerdo el que está seguro,
quiso dar una siesta
en un prado que cercaban
álamos, por donde apenas
para mirar su hermosura
le dieron al sol licencia.
De cuyos troncos traidores,
que, revestidos de yedra,
haciendo clavos las ramas
colgaban tapices dellas,
salió un escuadrón cristiano,
que, no hallando resistencia,
llevó tu esposa cautiva.
YASIMÍN. ¿Dónde?
ZULEMA. Al campo que se dice (1)
que viene sobre Archidona.
YASIMÍN. ¡Vive Alá, que si cogiera
esos árboles traidores,
que de sus verdes labores
montes de ramas hiciera.
Ni por el diciembre helado
hiciera tal riza el viento,
que por su verde ornamento
mi ofendido brazo airado.
Supuesto que estas mudanzas
las pagarán mis enojos,
dándoles fuentes mis ojos
y el agua mis esperanzas.
¿De quién era el escuadrón,
perro, que lleva mi bien?,
que he de hacer que me la den
y poner en vil prisión
al mesmo Rey castellano.
ZULEMA. De Martín Alfonso oí
que era la gente.
YASIMÍN. ¡Ay de mí!
¡Ah inconstante bien humano!
¿No es Martín Alfonso aquel
que Córdoba se apellida?
¿Si le habrán dado mi vida?
¿Si está Celinda con él?
No pudo caer en manos
de cristiano tan valiente.

(*Sale* ZARO.)

ZARO. ¿Que viene con tanta gente
ese honor de los cristianos?
¿Sabes, Yasimín, que ya
es cierto el cerco, y que viene
Martín Alfonso, y que tiene
fama y que temor nos da?
El que los hechos de Aquiles,
de Muzas y Reduanes
y otros fuertes capitanes
hace con los suyos viles.
El que promete a Fernando
con la gente que le dan
las banderas y que están
en Granada tremolando.
Aquel galán caballero
que hombres y mujeres aman:
el que de la barba llaman,
porque la tuvo de acero.

(1) Falta en este verso la asonancia en *ea*.

YASIMÍN. Mientras más, Rey, encareces
dese cristiano el valor,
más aumentas mi dolor
y más tristezas me ofreces.
Mas porque veas que tiene
más confusión para mí
de la que te ha dado a ti
el ver que a cercarte viene,
y que mi suerte dichosa
hizo en este punto fin,
soldados de ese Martín
tienen cautiva mi esposa.
ZARO. ¿Qué dices?
YASIMÍN. Que ya venían
con gente de boda y fiesta,
y que pasando una siesta
que el sol, envidioso, ardía
de ver los hermosos ojos
de Celinda con sus rayos,
sus pies más floridos mayos,
sus manos con más despojos,
nos asaltaron de suerte
que con furia vengativa
Celinda quedó cautiva
y yo en manos de la muerte.
ZARO. ¿Hay semejante fortuna?
¿Hay tal principio de guerra?
¡No es posible que esta tierra
espere vitoria alguna!
¡Oh castellano Fernando,
que bien me han dado recelos
que nos persiguen los cielos
y te vienen ayudando!
No requiere, Yasimín,
espacio el cobrar tu esposa,
que esta gente belicosa
la esconderá de Martín
por codicia del rescate,
y es mejor salir tras ellos,
porque en bien o en mal con ellos
de que la vuelvan se trate.
YASIMÍN. Intentaré por Celinda
los imposibles mayores;
no habrá fuerzas ni rigores
para que mi amor se rinda.
Que como furioso y loco
tendrán estas fuertes manos
a Fernando, a sus cristianos
y a Martín Alfonso en poco.
No la pienso rescatar
si solo un escudo toma,
que a lanzadas, por Mahoma,
se la tengo de quitar.
Y a fe de moro español
que ha de volver, si me esperas.
cubierta de sus banderas
porque no la ofenda el sol.
Que aunque es honrarla con ellos
en vez de triunfo y laurel,
han de servir de dosel
a sus hermosos cabellos.
ZARO. Ponte a caballo que quiero
ir contigo.
YASIMÍN. Eso perdona:
no ha de salir de Archidona
infante ni caballero.
¿No ves que soy Yasimín?
Fuerza tengo poderosa
para librar a mi esposa
y cautivar a Martín.

(*Vanse, y salen* MARTÍN ALFONSO *y* PALOMINO.)

PALOMINO. ¿Qué confusiones son éstas
que todo el camino traes?
M. ALFON. Muy necio estás si no caes
en cosas tan manifiestas.
PALOMINO. Si es amor no es mal pagado,
porque esta mora te adora:
si son amores de mora
pensamientos de soldados.
M. ALFON. Confieso el quererla bien,
y que es injusto el amor;
pero yo tengo valor
que me defienda también.
¿Marcha el campo?
PALOMINO. ¿No le ves
tan gustoso de llegar?
M. ALFON. No he pasado por lugar
que no haya puesto a los pies
del castellano Fernando.
PALOMINO. Ya se dice que Archidona
antes de ver tu persona
está a tus armas temblando.
M. ALFON. ¿Qué lugar es aquél?
PALOMINO. Creo
que es el famoso lugar
que llaman Cabra.
M. ALFON. Llegar
a ver sus muros deseo.
Pero si ocupo la gente,
dilato la prevención
de Archidona.
PALOMINO. Con razón
temes que su gente aumente.

Esta es la sima de Cabra,
que es de los moros temida
por encantada.

M. ALFON. ¿Es aquesta
la que dicen que confina
con el infierno?

PALOMINO. Los moros
cuentan cosas inauditas
desta cueva temerosa:
finalmente, aunque porfían
hallarle con cuerdas suelo,
es la distancia infinita.
Moros han querido entrar,
no dentro, porque sería
aventurar neciamente
sin esperanzas la vida.
Pero entre estas altas peñas
el espíritu de un moro
que fué alcayde desta villa (1).
Bien es verdad que se escuchan
espantosas profecías
del suceso de los moros
y los Reyes de Castilla.
Apártate, que con cuevas,
encantos, hechicerías,
muertos, tabiques y locos
es muy necia valentía
querer probar el valor.

M. ALFON. Palomino, quien se anima
para reñir con un hombre
que tiene defensa viva,
¿por qué ha de temer a un hombre? [(2)
Entremos, porque nos diga
este moro qué sucesos
la fortuna solicita
a la jornada que emprendo.

PALOMINO. ¿Cómo entremos? Si la China
me diese cuantos diamantes
en sus mineros se crían;
si la más hermosa dama
sus brazos y sus caricias,
no pidiéndome dineros
(cosa pocas veces vista),
no hablaría con un muerto.
¿Yo cuentos con gente fría?
Dame y vivos y verás.

M. ALFON. ¡Fuera, cobarde; desvía!

PALOMINO. Detén la espada y advierte
que el aventurar la vida
no es de capitanes sabios.

M. ALFON. Fuego su infierno vomita;
pero esta espada será
el ramo de la Sibila.

(*Vase.*)

PALOMINO. Cerró con el fuego, entró;
¡qué majadera osadía!
voy a llamar nuestra gente,
puesto que lejos camina.
¡Ah, señor!, ¿no me respondes?
Si le ha tragado la sima;
que se ha casado sospecho,
pues que no tiene salida.

(*Vase.*)

(*Salen soldados en alarde,* DON NUÑO, *y gente.*)

DON NUÑO.

Parad las cajas, pues la causa abona
que vais como a morir desesperados;
haced alto a la vista de Archidona,
donde sin capitán marcháis, soldados:
son de cualquier ejército corona
los capitanes de quien sois guiados,
que no puede regir naturaleza
las partes de su cuerpo sin cabeza.
Tengo a ventura que talar la vega;
por aquí cerca el Rey mi señor pase,
y que yo en tanto que su campo llega
a ver el noble vuestro me apartase.
¿Qué nave sin piloto el mar navega,
por más que favorable se mostrase?
¿Adónde está Martín? ¿Quién os conduce?
¿A qué cabeza el campo se reduce?

VEGA.

¿Dónde queda, valiente Palomino,
Martín Alfonso, tu señor? ¿Qué es esto?
¿Saliéronle los moros al camino?
¿Hanle muerto por dicha, o descompuesto?
Mira que está aquí Nuño.

PALOMINO.

Un desatino
a legua y media del infierno ha puesto
al caballero más leal que ha honrado
la frente de laurel, de espada el lado.
Yace entre peñas de un ameno llano
la gran sima de Cabra, en quien decían
que hablaba un fiero espíritu africano

---

(1) Aquí falta algo, porque queda suspenso el sentido.

(2) Así en el original; pero es evidente que en lugar de "hombre" diría "muerto" o cosa parecida. Que se trata de un muerto lo prueba lo que dice luego Palomino.

a los que para entrar valor tenían.
Saca la espada el fuerte castellano
y entre lluvias de flamas que escupían
los laberintos de aquel monstruo ciego,
como otro Horacio se arrojó en el fuego.

DON NUÑO.

¿Hay desesperación, furia y locura
igual a la de aqueste joven fuerte?
La soberbia le abrió la sepultura,
y conforme la vida halló la muerte;
pues yo he llegado a buena coyuntura,
no os aflijáis, que de la misma suerte
sabré yo conduciros y estimaros,
y con mayor prudencia gobernaros.
Nombradme capitán, yo sé esta tierra;
sirvamos a Fernando, que no es justo
perder reputación, dejar la guerra.

PALOMINO.

Dejar la guerra, Nuño, fuera injusto;
mas, volviendo a Fernando, ¿en qué se yerra?

DON NUÑO.

Emprender esta empresa a su disgusto.

PALOMINO.

Si va a talar la vega más servicio
es ir con él.

DON NUÑO.

Soy digno deste oficio.

VEGA.

Eres, pero no quieren los soldados.

DON NUÑO.

¡Dad acá la bandera!

VEGA.

No queremos
que nos gobiernes tú, que mil honrados
hidalgos que hay aquí, gobierno haremos.

(*Sale* MARTÍN ALFONSO.)

M. ALFON. Soldados, ¿qué es aquesto?
VEGA. Que postrados
a tus pies, generosos te ofrecemos
las vidas y banderas de Fernando,
que Nuño Pérez nos está quitando.
M. ALFON. ¿Aquí estás, Nuño? ¿A qué fin
vienes por estas banderas?
D. NUÑO. Mucho me pesa que quieras
culparme siempre, Martín.
Si te tienen tus soldados
por muerto, ¿fué grande error
que por el Rey mi señor
fuesen de mí gobernados?
M. ALFON. ¿Pues cómo veniste aquí?
D. NUÑO. Va el Rey a talar la vega,
y mientras el campo llega
quise visitarte.
M. ALFON. ¿A mí?
D. NUÑO. A ti, de parte del Rey.
M. ALFON. Pues dile, Nuño, que estoy
vivo y que a servirle voy,
que soy noble a toda ley.
Dile que voy sujetando
esta tierra sin perder
un hombre, que desde ayer
sé que ha de ser de Fernando.
Dile como están temblando
los moros de mi valor,
y dile al Rey mi señor
que tiene en mí Capitán
a quien obediencia dan
cinco villas de temor.
Que la visita agradezco
que por ti me felicita,
porque tan grande visita
bien sé que no la merezco.
Y a ti por ella te ofrezco
que no la pondré en olvido;
fineza de amigo ha sido,
que bien sé yo que al honor
nunca falta un ruiseñor
que esté cantando al oído.
Dile que cerca de sí
tenga tales caballeros,
no como otros lisonjeros,
siempre envidiosos de mí.
Que la palabra le di
y que saldré con la empresa
le dirás con voz expresa,
pues tan bien sabes decir;
y que tengo de vivir
por matar a quien le pesa.
D. NUÑO. Martín Alfonso, yo creo
de vuestro noble valor
que venceréis sin temor
las vitorias que os deseo.
Que en los principios que veo
los fines se echan de ver;
para mí no es menester
decirme vuestros intentos,
porque en tales pensamientos
se junta el decir y hacer.

La experiencia conocida
produce cuerdos efetos,
los capitanes discretos
no han de aventurar la vida.
La vitoria merecida
es del cielo, pues también
en vos las partes se ven
de vuestros nobles pasados.

M. ALFON. Acompañalde, soldados.
al señor Nuño.

PALOMINO. ¡Qué bien!

(Vase VEGA *y* DON NUÑO.)

M. ALFON. ¡Extraña envidia!

PALOMINO. No vi
hombre de aquesta intención.
¿Dónde has estado?

M. ALFON. No son
para tratadas aquí
las cosas que oí y [que] vi:
hasta un Rey por cuya hazaña
saldrán los moros de España.
¿Dónde está Celinda?

PALOMINO. Allí (1).

M. ALFON. ¿Qué haré, que muero?

PALOMINO. Enviar
a su casa esta mujer,
porque siendo fuerza el ver
es forzoso el desear.
¿No has visto paje que lleva
un plato dulce que cuando
más le va goloseando
más se empeña y más se ceba?
Y que si se hartara dél
luego aplacara el deseo,
pues desa suerte te veo,
y que va Celinda en él.
¿Qué sirve golosear?
Hártate y come.

M. ALFON. No puedo.

PALOMINO. ¿Pues a qué respeto o miedo
te puede nadie obligar?

M. ALFON. Palomino, tengo honor.

PALOMINO. Pues envíala de aquí (2).

M. ALFON. Palomino, tengo amor.

PALOMINO. ¡Pesia a tantos palominos,
tengo amor y tengo honor!
Determínate, señor,
por uno de dos caminos.
Pide o despide, que enfada
tener con alma dudosa
una mujer muy hermosa
ociosa y enamorada.

M. ALFON. ¿Podrá, dime, error tan grave
en tanta envidia encubrirse?

PALOMINO. Pienso que vendrá a decirse,
que todo se dice y sabe.

M. ALFON. Pues llévala a su marido.

PALOMINO. ¿Qué romano Escipión
no fué en aquesta ocasión
de tu grandeza vencido?

(Hace que la lleva.)

M. ALFON. Oye.

PALOMINO. ¿Qué quieres hacer?

M. ALFON. Déjala por hoy aquí,
que no siento fuerza en mí
para dejarla de ver.

PALOMINO. ¿Pues llevaréla a tu tienda?

M. ALFON. Tampoco.

PALOMINO. ¿Pues qué he de hacer?

M. ALFON. Sólo dejármela ver,
sin que este mi honor se ofenda.

PALOMINO. ¡Oh, lleve el diablo el honor!

M. ALFON. ¡Ay, soberana hermosura;
amor que toca en locura,
ya deja de ser amor!
Celinda, en tus ojos bellos
compiten amor y honor,
si bien de parte de amor
están mis ojos con ellos.
Brava guerra se apercibe
entre olvidar y querer,
no sé quién ha de vencer,
pues si el amor vence y vive
ha de morir el honor,
y si el honor vitorioso
vive y vence, que es forzoso,
ha de morir el amor.
Pues amor no ha de querer
morir, que a la resistencia
suele mostrar más violencia,
pues mi honor, no puede ser.
Hazme un bien, para que puedan
vivir mi honor y mi amor,
que es justo que este favor
tus vitorias me concedan.
Y es que temples la hermosura
con que me enciendes, y así
mi amor y mi honor en mí

(1) Faltan dos versos a esta décima, entre el quinto y el sexto.

(2) Falta un verso consonante de éste, antes o después de él.

tendrán igual compostura.
Seré el primero amador
en quien iguales estén
amor y honor, pues también
vivirá tu amor y honor.

CELINDA. Joven valeroso
por cuyas hazañas
el Andalucía
teme ya tu espada;
Capitán valiente,
el que las escuadras
del grande Fernando
con prudencia manda;
Córdova famoso,
por quien adelanta
el Adelantado
su clara prosapia,
cuerdo en el consejo,
diestro por las armas,
fuerte con los moros,
cortés con las damas,
mi nombre es Celinda,
mi patria Cartama,
mis padres tan nobles
como desdichada.
Yasimín, un moro
que el Rey de Granada
por pariente estima,
por valiente alaba,
pasando a Archidona
me vió en una zambra,
que por ser quien era
la hice en mi casa,
quedó tan prendado
que a mis padres habla,
y con gusto suyo
mis bodas se tratan.
Cuando tuvo aviso
que tu campo marcha
y sobre Archidona
se teme que vaya,
Zaro le previene
que al momento parta,
porque la defensa
pende de su espada.
Al punto se parte;
y porque se hallaba
triste por mi ausencia
Zaro el rey le manda,
porque no se vuelva,
que a casar se vaya.
Mis padres me envían
con gente de guarda,
a quien tus soldados
en escolta aguardan.
Huyeron mis moros
temiendo celada,
que no hay quien resista
las armas cristianas.
Dejáronme sola;
lloré mi desgracia;
pero ya que veo
lo que se aventaja
el dueño que tengo
al que me esperaba,
bendigo mi suerte
y a las claras aguas
que me detuvieron
doy mil alabanzas,
pues por ellas vengo
a escuchar que alcanza
ser mi hermosura
de ti celebrada,
si bien me apercibe
el honor que entablas
que vencido amor
muere mi esperanza.
Que temple me dices
la beldad que alabas:
templa tú el rigor
con que me maltratas;
y si bien me quieres,
no engañes al alma
que sólo te adora,
pues el ser tu esclava
solamente estima,
solamente halla
por consuelo y gusto;
pues cuando me hallara
señora del mundo
a tus fuertes plantas
todo lo rindiera,
porque más preciara
siendo tu cautiva
ser de ti estimada
que todas las glorias,
pues en ti se hallan,
y fuera de ti
todo el gusto acaba:
todo me es tormento,
todo me es desgracia,
que más quiero ser
cautiva en tu casa
que con reyes moros

reina en el Alhambra.
M. ALFON. No más, hermosa Celinda;
que si sola tu beldad
cautiva la voluntad,
¿a quién habrá que no rinda
el verse de ti estimado
con tantas muestras de amor?
¿Pero qué es esto, valor,
tal flaqueza habéis mostrado?
¿Cuando fuisteis con mujeres...

(*Sale* VEGA.)

VEGA. Tan cerca pasa Fernando
su ejército gobernando,
que puedes verle si quieres.
M. ALFON. ¿Qué dices?
PALOMINO. Que está de aquí
legua y media.
M. ALFON. ¿Con quién fuiste?
VEGA. Con Nuño; a quien causa diste
para vengarse de ti.
Dijo al Rey que acá tenías
una mora que adorabas,
por quien del campo faltabas
algunas noches y días.
Y que fingiste que entraste
de Cabra en la sima, haciendo
valor lo que fué fingiendo
y en el tiempo la gozaste.
Que halló todos los soldados
sin Capitán, esparcidos.
M. ALFON. Los reyes tienen oídos
para el bien y el mal guardados.
Ven conmigo, Palomino;
la mano quiero besar
al Rey.
VEGA. Bien puedes llegar,
pues es tan breve el camino,
y darle satisfacción.
M. ALFON. Vega.
VEGA. Señor.
M. ALFON. Tú nos guía.
VEGA. Vamos.
M. ALFON. La inocencia mía
volverá por mi opinión.

(*Vanse.*)

(*Salen el* REY, DON NUÑO *y* DON LOPE.)

D. NUÑO. Siempre os dije la verdad.
REY. De la razón se desvía
quien los gobiernos confía
del ingenio en poca edad.
¿Mora en el campo y por quien
a su honor falta Martín?
D. NUÑO. Eso dicen, y que, en fin,
no gobierna y quiere bien.
D. LOPE. Comenzó con tal valor
Martín Alfonso, que es cosa
para mí dificultosa
que su amor venza su honor.
Mas pues don Nuño lo afirma,
así será la verdad,
que lo jura su lealtad
y su sangre lo confirma.
REY. ¿Quién pensara, Lope de Haro,
que prometiera Martín
a tal principio tal fin?
D. LOPE. En haber visto reparo
hazañas de tal valor.
D. NUÑO. Yo hallé, señor, lo que digo;
mas puesto que soy su amigo,
sois vos mi Rey y señor.
REY. ¿Qué me aconsejáis?
D. NUÑO. Bien veis
qué cuenta dió de la empresa.
D. LOPE. De oírle infamar me pesa.
D. NUÑO. Razón será que nombréis
Capitán que traiga aquí
esa gente, que si llega,
mejor talaréis la vega.
D. LOPE. Señor, escuchadme a mí.
REY. Decid.
D. LOPE. Escribid, señor,
a Martín Alfonso; oílde,
que al soldado más humilde
es justicia, y no favor.
Dé razón de aquesta culpa.
REY. Cuerdamente procedéis.
D. LOPE. Mejor le castigaréis
si la tuviere (1).

(*Salen* MARTÍN ALFONSO, VEGA *y* PALOMINO, *de moros.*)

PALOMINO. ¡Allá, qui vi?
Mira bien cómo los hablas;
con él están Lope y Nuño.
M. ALFON. A aquesta parte te aparta.
¿Oiráme el Rey desde aquí?
PALOMINO. ¿Eso dudas?
M. ALFON. Pues aguarda.—
¡Ah, caballeros del Rey

---

(1) Este pasaje está alterado. Este verso probablemente se escribiría así:

Si no tuviere disculpa.

El siguiente es verso incompleto del principio del romance.

de la Corona cristiana!
¡Ah, valerosos hidalgos,
que las banderolas blancas
partís con la Cruz del pecho!

REY. ¿Qué dices, moro? ¿A quién llamas?
¿Vienes de paz o de guerra?

M. ALFON. ¿Pues no os lo dicen las armas?
De guerra vengo, cristianos;
que sabiendo que pasaba
el Rey a talar la vega,
salgo a decir que le engaña
el corazón valeroso,
que en el Reino de Granada
cien mil moros como yo
saben vibrar una lanza
y arrojalla desta suerte.

REY. ¿Qué quieres?

M. ALFON. Que al campo salga
Martín Alfonso de Córdova,
el que llaman de la barba.

REY. Ese está sobre Archidona.

M. ALFON. Pues salga a probar mi espada
el bravo Pérez de Castro.

REY. Ese está en Martos, que acaba
de poblar de gente el fuerte.

M. ALFON. Pues salga Diego de Vargas
o don Tello de Meneses.

REY. Esos adelante pasan.

D. LOPE. ¿Moro eres noble?

M. ALFON. Yo soy
Bencerraje de Cartama.

D. LOPE. Y yo soy don Lope de Haro,
que soy señor de Vizcaya
y mayordomo del Rey.

M. ALFON. Contigo no quiero nada,
porque he cobrado afición
a tus famosas hazañas,
y ha días que te rendí
la voluntad y la espada.
¿No hay otro que salga aquí?

REY. Habla, Nuño Pérez, habla.

D. NUÑO. ¿Quieres, moro, Nuño Pérez?

M. ALFON. Días ha que te buscaba
por fama de tu valor,
que has cobrado buena fama.
Dicen que eres consejero
del Rey.

D. NUÑO. Sí soy. Moro, aguarda:
retírese Vuestra Alteza.

REY. Desde aquellas peñas pardas
quiero ver el desafío.

(Tocan, riñen y cae DON NUÑO.*)*

VEGA. Apriesa tocan las cajas.

D. NUÑO. Valiente moro, no más.
¿Qué has de ganar si me matas?
Yo estoy vencido: esto es guerra;
hoy por mí, por ti mañana.
Cien doblas te ha de valer
mi rescate.

M. ALFON. Nuño, calla,
que no te quiero matar.

D. NUÑO. Bien hablas lengua cristiana.

M. ALFON. Habla bien al Rey de mí
pues por envidias me agravias,
que yo soy Martín Alfonso,
el que llaman de la barba;
que si hoy te perdono aquí
te castigaré mañana.
Vamos, moros.

PALOMINO. ¡Vive Dios
que yo no le perdonara!

M. ALFON. Anda.

PALOMINO. Déjame.

M. ALFON. ¿Qué quieres?

PALOMINO. Darle cuatro cuchilladas.

M. ALFON. ¡Quita!

PALOMINO. No hay oro en azul
como en envidiosas caras.

(Vanse, y sale el REY *y* DON LOPE.*)*

REY.

No le dejéis matar.

(Sale DON NUÑO.*)*

DON NUÑO.

Ya el moro es ido.

REY.

¿Qué es esto, Nuño?

DON NUÑO.

El gran valor del moro,
que me pudo matar y dejó herido.

REY.

¡Seguilde!

DON NUÑO.

No conviene a tu decoro.

REY.

¿Pues ha de irse ansí?

DON NUÑO.

¡Fortuna ha sido!

DON LOPE.

Yo voy, señor, tras él.

REY.

Daré un tesoro
porque le alcancen.

DON LOPE.

¡Bravo moro!

DON NUÑO.

Honrado:
yo quedo justamente castigado.

(*Vanse, y salen* YASIMÍN *y* ZARO.)

YASIMÍN.

Bien pudieras dejarme.

ZARO.

No he querido,
pues vas de dos ejércitos cercado.

YASIMÍN.

¿Qué importa? Que por ver mi bien perdido,
aquí quiero morir desesperado.

ZARO.

Ya, como hermano, tengo persuadido
al granadino Rey, viendo el estado
en que tengo la villa de Archidona,
que venga con su ejército en persona.
Y que si no, pues no hay estratagema
como la diversión, venga el furioso
Muza, traiga a Albayaldos, y Zulema
sobre Martos su ejército famoso.

YASIMÍN.

Zaro Benhalamar, ya no hay qué tema
después que aquel cristiano vitorioso
a mi Celinda tiene, pues es cierto
que no le queda que temer a un muerto.
El carro de la noche coronado
de estrellas tiene la mitad del cielo,
y el de la luna cándida argentado
rompe con su humedad montes de yelo:
cuando la rosa aurora al sol dorado
corra por cercos de oro el azul velo,
estaremos a vista del cristiano
batiendo el fresno en la robusta mano.
Salga el más bravo, el más feroz jinete
que en rojo humor los acicates pinta,
que corona de plumas el copete
y que hasta la mitad la cola encinta,
que yo le haré que el blanco pinabete
herido manche de color distinta,
y que Martín Alfonso, el de la Barba,
cuerpos añada a la sangrienta barba.

(*Sale* PALOMINO.)

PALOMINO. No sé si voy bien o mal
por esta arboleda espesa,
perdido de mi señor
que por esos montes queda.
Por aquí siento ruído.

ZARO. ¿Quién va?

PALOMINO. ¿Quién quieren que sea?
¿No lo ven? Un moro soy.—
Yo sé poco de la lengua,
y aquéstos me han de coger.

ZARO. ¿Dónde vas desta manera
y con tan oscura noche?

PALOMINO. Voy a llevar ciertas nuevas
a Zaro, rey de Archidona.

ZARO. Pues yo soy: háblame; llega.

PALOMINO. ¡Pesia tal, perdido soy!

ZARO. ¿De dónde vienes?

PALOMINO. Quisiera
saber si es verdad.

ZARO. ¿Qué dudas?
Yo soy; llégate más cerca:
conmigo está Yasimín,
Alí, Benzaide y Zulema.

PALOMINO. Son muy honrados.—Por Dios,
que he caído de cabeza
en otra sima de Cabra.

ZARO. ¿Cómo el Rey, mi hermano, queda?

PALOMINO. Señor...

ZARO. ¿Cómo está mi hermano?

PALOMINO. Cazando estaba cigüeñas
en Dinadamar, señor.

ZARO. Caza entre los moros nueva.
Dalisa, Zaida y Celinda,
¿cómo quedan?

PALOMINO. Quedan buenas.
Aunque Dalisa tenía,
de achaque de unas ciruelas,
un poco de sarna.

ZARO. ¿Cómo?

PALOMINO. No era más de en las muñecas.

ZARO. ¿Sabe mi hermano que viene
Martín Alfonso, y que cerca
a Archidona?

PALOMINO. Ya lo sabe;
pero la gente que esperas
está cogiendo bellotas
entre Córdoba y Lucena,
y no la puede enviar.

ZARO. Yasimín, ¿cosas como éstas
no te causan novedad?

PALOMINO. Cogido me han entre puertas.

¡Pobre Palomino! Aquí
has de morir si no vuelas!
YASIMÍN. Di, moro, ¿cómo es tu nombre?
PALOMINO. ¿Mi nombre?
ZARO. Pues bien, ¿qué piensas?
PALOMINO. Muley Palomín me llamo.
YASIMÍN. ¿De dónde eres?
PALOMINO. De mi tierra.
ZARO. ¿Qué tierra? ¿No tiene nombre?
PALOMINO. ¿Pues no?
ZARO. ¿Cómo?
PALOMINO. Aquí me pescan.—
De Motril soy.
ZARO. ¿De Motril?
Huélgome que de allí seas.
PALOMINO. Motrileño soy, señor,
donde el azúcar se engendra.
En Motril la caña dulce,
cantaba siempre mi abuela,
y en Malaga la patata.
YASIMÍN. ¿Cómo queda Abenhumeya?
PALOMINO. Nadando, señor, quedaba
con Fátima en una acequia.
YASIMÍN. ¿Un hombre de noventa años?
El moro no me contenta.
Zaro, escucha.
PALOMINO. Aquí me pescan.

(*Salen* MARTÍN ALFONSO, VEGA, *y tras ellos* DON LOPE.)

D. LOPE. Moro, dos leguas y media
por alcanzarte he corrido,
corrido de que pudieras
vencer delante del Rey
hombre de tan altas prendas.
Saca la espada, que pienso
llevar al Rey tu cabeza
para vengar a don Nuño.
M. ALFON. ¿Quién eres, cristiano? Espera.
D. LOPE. Yo soy don Lope de Haro,
si te importa mi nobleza.
M. ALFON. Y yo soy Martín Alfonso,
que castigué la soberbia
de don Nuño en este traje.
D. LOPE. ¡Deja que te abrace!
M. ALFON. Deja
que yo te bese los pies.
D. LOPE. ¡Vive Dios, Martín, que ciegas
la envidia con tu valor!
YASIMÍN. Mata ese moro, Zulema,
que debe de ser cristiano.
M. ALFON. Don Lope, celada es ésta.
D. LOPE. Cerremos, y sea quien fuere.
M. ALFON. ¿Quién va?
PALOMINO. ¡Norabuena vengas!
Palomino soy, señor,
a quien estos moros cercan.
M. ALFON. ¡Mueran, don Lope!
YASIMÍN. ¡Aquí, Zaro!
M. ALFON. ¡Ah, perro! ¿Defensa intentas
donde está Martín Alfonso?
ZARO. ¿Martín dijo?
M. ALFON. ¿Y no le tiemblas?

(*Métenlos a cuchilladas y vuelve a salir* PALOMINO.)

PALOMINO. Palomino soy, galgazos,
del palomar de la Iglesia.

JORNADA TERCERA

(*Sale* MARTÍN ALFONSO.)

MARTÍN ALFONSO.

¡Arriba, valerosos castellanos!,
que en los extremos desa blanca peña
olimpos de la sangre soberanos,
ella laurel, España historia enseña;
vosotros, de los montes asturianos
reliquia y gloria, con la roja seña
habéis de conquistar las Alpujarras
y poner vuestro nombre en sus pizarras.
Ea, fuertes soldados; ¿qué tesoros
como la fama al inmortal camino?
Yo soy Martín Alfonso.

(*Sale* PALOMINO.)

PALOMINO.

No son moros,
sino demonios.

MARTÍN ALFONSO.

¿Qué hay, mi Palomino?

PALOMINO.

Sudando sangre los abiertos poros
trepan al muro con valor divino
tus valientes soldados.

MARTÍN ALFONSO.

Bien lo he visto:
diamantes rompo, mármoles conquisto.

(*Sale* CELINDA.)

CELINDA. ¿Estás herido, mi bien?
M. ALFON. No vengo, Celinda, herido;

sólo de tu amor lo he sido,
aunque de mi honor también.

DENTRO. ¡Aquí, valeroso Hacén!
¡Aquí, Yasimín!

M. ALFON. El puesto
les ganan.

PALOMINO. ¡Socorre presto!
No te detengas, señor.

M. ALFON. Guerras de amor y de honor,
¿dos contra mí? ¿Qué es aquesto?

CELINDA. Si quieres que yo mi vida
aventure aquí por ti,
¿qué más gloria para mí
que verla por ti perdida?

M. ALFONS El alma, a tu vista asida,
el honor que pierde teme.

PALOMINO. ¿Sufres que te abrase y queme
la gente el Moro, señor?

M. ALFON. ¡Guerras de amor y de honor!
¿Dos contra mí? Rendiréme.

CELINDA. Con ser mi patria, querría
verte, Martín, vitorioso.

DENTRO. Ea, Zaro valeroso,
hoy ha de ser nuestro día.

M. ALFON. Espera, Celinda mía.

PALOMINO. Mira que ya tu bandera
el segundo asalto espera.

CELINDA. Hazme, cristiano, un favor.

M. ALFON. Guerras de amor y de honor,
¡dejadme morir siquiera!

(*Vase.*)

CELINDA.

Junta las piedras amoroso el trato,
y los pechos aquí permite apenas;
quiere amor descansar de tantas penas
y tócanle las armas a rebato.
Vestido el santo honor de su recato
tiene las manos de laureles llenas,
y abrasada la sangre por las venas
llama el amor deste mi dueño ingrato.
¿Por qué me deja quien me tiene asida
y soy de quien yo adoro despreciada?
Y si me quiere bien, ¿por qué me olvida?
Si el honor se descuida, amor se enfada;
que más quiero vivir aborrecida
que bien querida para mal gozada.

(*Salen* MARTÍN ALFONSO *y* PALOMINO *con arcabuces.*)

M. ALFON. Escalas haced traer.

PALOMINO. Retira de aquí esta mora,
porque es imposible agora
de otra manera vencer.

M. ALFON. Celinda, en aqueste asalto
estriba todo mi honor:
el ejército de amor
está de soldados falto.
Aunque ya mi entendimiento,
mi voluntad y memoria
sólo pretenden la gloria
deste honroso vencimiento.
Porque ¿a quién puedo vencer
si no comienzo por mí?
Retírate, pues, de aquí
y déjame acometer,
que vengo determinado
a dar lugar a mi honor.

CELINDA. Era fingido tu amor,
¡amor, al fin, de soldado!
No quiero impedir tu intento
ni afeminar tu valor,
pues dices que con tu honor
viene ya tu entendimiento.
Y aunque no me previnieras
ya estaba determinada,
porque con alma forzada
no quiero yo que me quieras.

(*Vase.*)

PALOMINO. Agora sí que podrás
cumplir con tu obligación.

M. ALFON. Fué delante la razón
y quedó el engaño atrás.

(*De lo alto del muro* YASIMÍN.)

YASIMÍN. Cristianos de la campaña,
¿Martín Alfonso está ahí?

M. ALFON. Sí, moro, yo estoy aquí.

YASIMÍN. ¡Oh ilustre valor de España!

M. ALFON. ¿Quieres algo?

YASIMÍN. Aconsejarte
que te vayas.

M. ALFON. ¿Pues por qué?

YASIMÍN. Estoy yo aquí.

M. ALFON. Bien, a fe. ¡Marte!

PALOMINO. ¡Qué Aquiles! ¡Qué Cid! ¡Qué

YASIMÍN. ¿No veis que soy Yasimín?
¿Cómo no me conocéis,
si soy, como visto habéis,
vuestra muerte, afrenta y fin?

M. ALFON. Por las espaldas te vi
una noche, moro honrado,
y así no estoy obligado
a conoceros.

YASIMÍN. ¿Tú a mí?

M. ALFON. Si te nombraron huyendo,
¿cómo lo puedes negar?
YASIMÍN. Una cosa es retirar
y otra huír.
M. ALFON. Así lo entiendo.
Mas don Lope de Haro y yo,
Vega y Palomino, fuimos
quien a veinte acometimos.
YASIMÍN. Fué que Zaro imaginó
que estábades en celada
docientos o más; mas quiero
que sepas que un caballero
Bencerraje de Granada
no nació para volver
la cara a ningún cristiano.
M. ALFON. ¿Pues qué harás?
YASIMÍN. En ese llano
lo verás.
M. ALFON. Bien puede ser.
YASIMÍN. Pero palabra has de darme
que tú solo.
M. ALFON. No prosigas,
porque no es razón que digas
cosa que pueda afrentarme.
Ven, que, por vida del Rey,
de matarte he solo yo.
YASIMÍN. ¿Tú sólo?
M. ALFON. ¿Y es mucho?
YASIMÍN. No;
pero si guardas la ley
de caballero, esta almena
tu cabeza mostrará
antes de un hora.
M. ALFON. Sí hará,
pero de laureles llena.
PALOMINO. Señor moro fanfarrón,
¿sabe que habla con mi amo?
YASIMÍN. ¡Perros, Yasimín me llamo!
Desviad el escuadrón
y sabréis quién soy.
PALOMINO. Desvía
M. ALFON. ¿Qué quieres hacer?
PALOMINO. Tiralle.
M. ALFON. ¡Necio! ¿No es mejor proballe
y saber su valentía?
PALOMINO. ¡Por el agua de la mar
que no ha de reñir contigo!
M ALFON. ¿Pues con quién?
PALOMINO. ¿Con quién? Conmigo,
que le tengo de matar
y presentar las orejas
a la bella Inés, criada
de doña Aldonza.
M. ALFON. Esta espada
quedara con justas quejas
si fueras tú, Palomino,
el dueño desta vitoria.
PALOMINO. Tuya ha de ser cuanta gloria
se ofrece en este camino.
Necia es la mujer hermosa
que pretende sin cuidado
otra más hermosa al lado,
más bien vestida y curiosa.
Por necio al valiente doy
que anda de otro acompañado,
como yo, pues que a tu lado
no puedo ser lo que soy.
¿Quién hizo aquesto? Martín.
¿Quién mató? ¿Quién derribó?
Martín. ¿Quién entró y venció?
Martín. Todo es tuyo, en fin.
Basta, señor; que la fama
tordo se ha vuelto por ti:
Martín dice aquí y allí,
y aun ella Martín se llama.
Mas dime, ¿saldrá este moro
a caballo y recto acaso?
¿Ha de hacerle el vulgo paso,
como hace en el coso al toro?
M. ALFON. El venga, y venga a su gusto:
habrá más que despojar.
PALOMINO. No sé si te acierte a hablar,
que temo darte disgusto.
M. ALFON. ¿Cómo?
PALOMINO. Murmurar oí
que se vuelve el rey Fernando
a Córdoba; estoy pensando
que allá sienten mal de ti.
Finalmente, no has de hacer
esta guerra con honor
si no dejas la de amor,
que te va echando a perder.
Muchas veces pretendí
persuadirte esta verdad:
vence ya tu libertad,
y vitorioso de ti,
emprende, como gigante,
el cielo, si es menester,
que no has de poder vencer
con esta mujer delante.
M. ALFON. ¿Eres tú quien habla?
PALOMINO. Sí
M. ALFON. Mejor dijeras mi honor.
Resuélvete, loco amor,

que hoy has de acabar en mí.—
¿No es don Nuño quien murmura?
PALOMINO. Sí, señor.
M. ALFON. Pues parte luego
y preséntale mi fuego
en su divina hermosura.
Dile que no hallé persona
más digna de su valor.
PALOMINO. ¿Búrlaste, señor?
M. ALFON. Amor,
este desprecio perdona,
que quiere mi honor quitar
la causa a la envidia.
PALOMINO. El cielo,
reconocido a tu celo,
mil vitorias te ha de dar.
A Nuño a Celinda llevo,
que será joya bien nueva
y de tu valor gran prueba.
M. ALFON. Esto a mí mesmo me debo.
¿Pero sabrásle decir
la causa porque la envío
sin que ofenda el honor mío?
PALOMINO. Bien le sabré persuadir.
Tú verás como le hago
una elegante oración,
con que tu ilustre opinión
y a su envidia satisfago.
No es mi pluma tan bisoña;
mayores conceptos pare;
lo que de ingenio faltare
supliré de carantoña.
Déjame hacer.
M. ALFON. Parte.
PALOMINO. Voy.

(*Vase.*)

M. ALFON. Guerras de amor, esto es hecho:
parecéis a las que hacían
los ángeles en el cielo;
que como pasó sin armas,
con sólo el entendimiento,
así queréis que en el mío
haga esta guerra mi pecho.
Salga el general amor
a la campaña soberbio,
por sus capitanes lleve
la esperanza y el deseo.
Forme escuadrón el engaño,
sargento mayor, y luego
marche en media luna el campo,
de sus mudanzas ejemplo.
Varias imaginaciones,
infantes de mis tormentos,
formen la cabeza, y vayan
al lado diestro y siniestro
otros tantos de mis ansias
en cuadro, dándole al tiempo
la bandera entre alabardas,
que sobre color de celos
lleve por armas un rayo,
que de pirámide el seso
centellas haciendo y jaspes,
corte las alas al viento.
Por otra parte mi honor,
experimentado y diestro,
forme un escuadrón en cuadro,
que cuadre el entendimiento.
La virtud, la fortaleza,
que tienen valor supremo,
como capitanes vayan,
y como alférez, en medio,
el cuidado, que mil vidas
se deje quitar primero
que aventurar por descuido,
por violencia y por provecho
la bandera de la fama,
que traiga en un verde velo
mil lenguas y ojos pintados,
con un letrero diciendo:
"Tantos miran, tantos hablan",
para que sepa el discreto
que están mirando el honor
con vivos ojos mil necios.
Acérquense, pues, los dos,
marchando con buen concierto,
y fuera de la batalla
los atambores de celos,
que siempren causan ruído,
vengan con amor, sin miedo;
los del honor también vengan,
llamados fama y ejemplo,
y en estando frente a frente
diga el honor: ¡Caballeros:
al arma, al arma! ¡Santiago,
cierra España! ¡Al arma! ¡A ellos!

(*A estas voces salen* SOLDADOS, *con las espadas desnudas.*)

SOLD. 1.º ¿Dónde es el arma, señor?
¿Salieron moros? ¿Qué es esto?
SOLD. 2.º Aquí vienen las escalas.
M. ALFON. ¿Hay más notable suceso?
Estaba yo fabricando

dentro de mi entendimiento
guerras de amor y de honor,
y a estas voces acudieron;
pero quiero aprovechar
este valiente deseo,
que, por dicha, no sin causa
sus ánimos mueve el cielo.—
Esperando a Yasimín
detuve el asalto, y creo
que le ha detenido el rey,
si hay rey que se llame miedo.
El no viene; esas escalas
poned al muro.

SOLD. 1.º Hoy haremos
alas del valor.

M. ALFON. ¡Al arma!
¡Ea, soldados!

SOLD. 2.º ¡Ah, perros!

(*Tocan, suben al muro, y desde arriba tiran, y luego sube* MARTÍN ALFONSO *con la bandera, y la pone sobre el muro.*

M. ALFON. ¡Archidona por Fernando!
Esta bandera y trofeo
pongo en el muro. ¡Vitoria!

TODOS. ¡Vitoria!

M. ALFON. ¡Amor, defendeos!

(*Vase, y sale el* REY *y* DON LOPE.)

REY.

Mi venida le ha dado salud.

DON LOPE.

Fuera
vuestra ausencia, señor, causa bastante
a que en la Reina mi señora hiciera
mayor efeto el mal.

REY.

¡Moro arrogante,
espérame a la nueva primavera,
porque siendo a los tiempos semejante,
pienso entonces cortar con esta espada
la verde rama en flor de tu Granada!

DON LOPE.

Nunca, señor, le he dicho a Vuestra Alteza
lo que me sucedió con aquel moro.

REY.

No volver, Lope, vos con su cabeza,
mi silencio venció vuestro decoro.

DON LOPE.

La virtud, gran señor, la fortaleza,
la valentía, que no compra el oro,
siempre en Martín Alfonso ha respetado:
sabed que fué aquel moro disfrazado.

REY.

¿El que a Nuño venció?

DON LOPE.

Con aquel traje
vino, señor, a castigar su envidia;
alcancéle a dos leguas del ejército,
y sacando la espada, me recibe
con los brazos y el nombre.

REY.

¡Honrado hidalgo!

DON LOPE.

Pues sucedió que Yasimín y Zaro
salieron de Archidona con intento
de hacer alguna presa en los cristianos,
y tenían ya preso a Palomino;
no sé si dél se acuerda Vuestra Alteza.

REY.

Conózcole muy bien.

DON LOPE.

Pues dando en ellos,
llegamos a los muros de Archidona,
volviéronles las yeguas, y las yeguas,
cual viento exceden, andaluzas leguas...

REY.

Nuño viene; callad.

DON NUÑO.

De las fronteras,
invictísimo Príncipe, han venido
nuevas que todos andan vitoriosos;
volvióse Reduán, que defendía
la entrada de la vega de Granada,
luego que supo el brío de tu espada.

REY.

¿Qué hay, Nuño, de la guerra de Archidona?
¿Sabéis alguna cosa?

DON NUÑO.

Es imposible
que la pueda rendir Martín Alfonso:
él es un buen soldado, no lo niego;
dióle el Adelantado su apellido,
mas no le pudo dar su entendimiento.
Allá tiene una mora, ¡qué bajeza!,
que le olvidó de aquella fortaleza

con que metió por la mejilla el peine,
mas no hay lugar donde el amor no reine.

REY.
¿Mora un cristiano?

DON NUÑO.
No es razón que ignores
que aquestos pueden ser solos amores.

REY.
Pésame mucho.

DON LOPE.
¡Extraña envidia tiene!

DON NUÑO.
O morir, o paciencia me conviene.

(Sale CELINDA *y* PALOMINO *con una caja.)*

PALOMINO. Aquí está el Rey, y me pesa;
pero besarás su mano.
CELINDA. ¿Qué puedo temer, cristiano,
cuando todo mi bien cesa?
¿Quién hiciera tal crueldad?
¿Quién me enviara?
REY. ¿Qué es esto?
PALOMINO. Palomino, que está puesto
al pie de tu Majestad.
REY. Seas bien venido, pues.
¿Qué hay de Martín, tu señor?
PALOMINO. Que en honra de tu valor,
pondrá Granada a tus pies.
REY. ¿Vienes dirigido a mí?
PALOMINO. A Nuño, señor, buscaba,
a quien Martín me enviaba,
después de besarte a ti
en su nombre pies y manos.
D. NUÑO. ¿Pues qué me quieres?
PALOMINO. Martín,
temor de moros al fin
como valor de cristianos,
te envía esta bella mora
por presente desta guerra,
cuya hermosura esta tierra
por cosa no vista adora,
y este freno de caballo,
que dicen que es el mejor
en el precio y el valor
que tuvo rey ni vasallo.
D. NUÑO. ¿Freno de caballo a mí?
PALOMINO. ¿No es presente para dar
a un caballero?
D. LOPE. Enfrenar
pretende su envidia así.
D. NUÑO. Dile a Martín que agradezco
la mora y el freno.
PALOMINO. Son
para una misma ocasión.
D. NUÑO. Lope, la esclava os ofrezco
para doña Aldonza de Haro.
D. LOPE. Bésoos las manos.
D. NUÑO. El freno
no sé para quién es bueno.
D. LOPE. Su valor y precio es raro.
REY. Palomino.
PALOMINO. Gran señor.
REY. ¿Que ha hecho Martín de mi espa- [da?
PALOMINO. No la ha tenido envainada,
ni en olvido tanto amor.
A estas horas ya seréis
señor de Archidona.
REY. El cielo
le dé su favor.
PALOMINO. El celo
de Martín agradecéis;
pero si no la ha tomado
será por faltarle yo.
REY. ¡Gran soldado!
PALOMINO. No salió
de Madrid mejor soldado.
REY. Dile a Martín, Palomino,
que agradezco su buen celo.
PALOMINO. ¡Mil años te guarde el cielo,
Cid de la Iglesia divino!
REY. No te vayas sin llevar
una carta, y dente a ti
veinte doblas.

(Vase.)

PALOMINO. Será en mí
voluntad y amor doblar,
aunque no lo será doble.
D. LOPE. Palomino, di a Martín
que soy suyo.
PALOMINO. Sois, en fin,
de aquesta tierra más noble
de España, señor.
D. LOPE. Tu nombre,
mora hermosa?
CELINDA. Basta esclava.
D. LOPE. Di.
CELINDA. No sé.
D. LOPE. ¡Dile ya; acaba!
CELINDA. Celinda.
D. LOPE. Mora hermosa, no te asom- [bre
el serlo de la braveza

mayor que Castilla tiene.
CELINDA. Con su nobleza conviene;
causas tiene mi tristeza
que cualquiera dellas puede
matarme.
D. LOPE. Vente conmigo.
(*Vase.*)
D. NUÑO. Oyes, Palomino amigo.
PALOMINO. El nombre, señor, excede
a mis méritos, que soy
tu esclavo.
D. NUÑO. ¿A qué efeto a mí
me envía tu dueño aquí
su esclava?
PALOMINO. Seguro estoy
que fué reconocimiento
de lo que sabe que os debe,
causa principal que mueve
para serviros su intento.
D. NUÑO. La esclava es prenda de amor;
pero un freno...
PALOMINO. No os dé enojos,
que reparte los despojos
de la guerra de su honor.
Y si el freno os ha tocado,
debe de ser porque vos
le pongáis a más de dos
que en su ausencia han murmurado.
Yo no entiendo alegorías:
sé que es freno, y que hay aquí
quien le merece.
D. NUÑO. De mí
se informa el Rey muchos días,
y él sabe lo que le digo.
PALOMINO. Así lo entiende Martín:
que sois noble y sois, en fin,
su más verdadero amigo.
D. NUÑO. Conmigo a escribirle ven.
PALOMINO. Agravios le satisfacen,
que los enemigos hacen
que vivan los hombres bien.

(*Vanse, y salen* DOÑA ALDONZA *y* CELINDA.)

D.ª ALDON. Puesto que a Nuño agradezco,
mora, el haberte enviado,
ya de lo que me has contado
más que me alegro entristezco.
¿Pero cómo te casabas
con Yasimín a tu gusto,
y con deseo tan justo
a Archidona caminabas,
y le olvidaste tan presto?
CELINDA. Porque el divino valor
de Martín halló en mi amor
el camino más dispuesto.
D.ª ALDON. ¿Luego el ajeno deseo
a su amor te dió ocasión?
CELINDA. Si le vieras, con razón
que me disculparas creo.
Que armado de acero y ante,
dijeras, viendo a Martín,
que venía un serafín
entre nubes de diamante.
Así le pinta la guerra
a Marte en humano velo,
cuando es estrella en el cielo
que no soldado en la tierra.
Pues si tras esto me dió
de su alma tanta parte,
de amar a Martín o a Marte
¿qué culpa te tengo yo?
D.ª ALDON. Martín Alfonso, en efeto,
te amó tanto?
CELINDA. Fué locura.
D.ª ALDON. Merécelo tu hermosura;
pero no fué amor perfeto,
pues a Nuño te envió.
CELINDA. Dicen que era su enemigo,
y que a la envidia conmigo
vista y engaños cegó.
Que como de los enojos
del toro el hombre se escapa,
serví a la envidia de capa
para cegalle los ojos.
D.ª ALDON. Retírate, que después
hablaré en tu libertad.
CELINDA. Cautiva la voluntad,
el alma también lo es.
Piérdanse humanos tesoros;
más quiero (pues que son vanos)
ser cautiva entre cristianos
que ser señora entre moros.

(*Vase.*)

D.ª ALDON. ¡Qué bien Martín ha estimado
en mi ausencia mi listón,
por cumplir la obligación
de ser amante y soldado!
Pero aquesta mora miente,
pues a Nuño se la envía,
aunque ésta fué bizarría
de un corazón tan valiente.
¡Ay, amor, y qué cobarde
esta flaqueza te encuentra!

(*Sale* DON LOPE.)

D. LOPE. ¿Sabes como dicen que entra
Martín Alfonso esta tarde?
D.ª ALDON. ¿Viene vencido?
D. LOPE. ¿Vencido?
¡Vitorioso!, y con tal fama,
que el invencible se llama
sobre el famoso apellido
que Córdoba dió a su padre.
D.ª ALDON. Voile a ver entrar.

(*Vase.*)

D. LOPE. Verás
que no pudo honrarle más
España, su ilustre madre.
Con peregrina afición
a aqueste hidalgo he mirado.

(*Sale el* REY *y* DON NUÑO.)

REY. Martín Alfonso ha llegado.
D. NUÑO. Y de las cajas el son
el Betis viene alterando
por donde está más dormido;
licencia, señor, te pido
para partirme en llegando,
que me envían a llamar
de mi tierra.
REY. No es razón
iros en esta ocasión,
que daréis que murmurar.
D. NUÑO. ¿Yo, señor?
REY. Aquesto basta.
D. NUÑO. Y basta ser gusto vuestro,
forzado contento muestro.
REY. ¿La envidia qué no contrasta,
qué no vence, qué no ofende?
D. LOPE. Ya viene Martín, señor.
REY. ¿Tenéisle amor?
D. LOPE. Grande amor.
D. NUÑO. El Rey mi afrenta pretende.

(*Tocan, y salen* YASIMÍN, ZARO, MARTÍN ALFONSO, PALOMINO *y gente.*)

M. ALFON. Dame, invictísimo Rey,
los pies.
REY. ¡Los brazos, Martín!
M. ALFON. Llegad, Zaro y Yasimín.
ZARO. Fernando, honor de tu ley,
aquí está el Rey de Archidona.
YASIMÍN. Y aquí Yasimín el bravo,
de Martín Alfonso esclavo
en gloria de tu Corona.
REY. ¿Al fin, Zaro, las grandezas
por la Condesa han cesado?
ZARO. Este invencible soldado
fué laurel de tus grandezas.
PALOMINO. ¿Y Palomino no es nada?
REY. ¡Oh, Capitán!
PALOMINO. De tu boca
vive el cielo que me toca
ser un Héctor por la espada.
REY. Pues, Martín, la que yo os di,
¿qué la habéis hecho?
M. ALFON. Señor,
en fe de vuestro valor
veinte mil moros vencí.
Rendí a Zaro, a Yasimín (1),
siete banderas, en fin,
a vuestras plantas postré.
Poned los pies en sus lunas,
pues sois de Castilla el sol.
REY. Vos, Hércules español,
con más famosas colunas
que las que él en Cádiz puso.
M. ALFON. ¿Queréisme oír?
REY. Ya que os veo,
¿qué he de oír?
M. ALFON. Sólo el deseo
que a serviros me dispuso.
Entre las villas, señor,
que rendí con vuestra espada,
adorando en sus mezquitas
la Cruz de la Iglesia santa,
fué Cabra, lugar famoso;
y por la sima de Cabra,
celebrada y aun temida
entre los moros de España,
quise ver aquel secreto:
saqué, señor, de la vaina
el acero, que por vos
ánimo y valor me daba.
De fuego y humo cubierto
entré, donde vi una sala
con la quietud que si fuera
vuestro toledano Alcázar.
"¡Oh tú, cristiano valiente
(me dijo una voz, que hablaba
en un fantástico moro
cubierto de tocas blancas),
mira estas paredes, mira,
a quien y por quien aguardan

---

(1) Falta el primer verso de esta redondilla, que diría:

A Archidona conquisté,

o cosa parecida.

los cielos que destos reinos
echen la gente africana."
Entonces miré los lienzos
que la alta sala adornaban:
en Guadalete a Rodrigo,
huyendo de la batalla;
llegar los moros con ira
a Galicia y las montañas,
de quien Pelayo salía,
y de su tronco estas ramas:
Favila, Alfonso, Fruela,
Aurelio, Syla, el que llaman
Alfonso el Casto, Ramiro,
Ordoño y el que la fama
con nombre de Magno Alfonso
a las estrellas levanta;
García, Ordoño Segundo,
que la alta línea propaga;
otro Alfonso, otro Ramiro,
gran libertador de España;
Ordoño Tercero y Cuarto,
que tanto este nombre ensalzan;
Sancho y Ramiro Tercero,
Bermudo, Alfonso, y con armas
de furor otro Bermudo;
Fernando, el que rey se llama
de Castilla, y otro Alfonso
Séptimo, que nombre alcanza
de Emperador por sus hechos,
que la misma envidia alaba.
Luego aquel Sancho por quien
fué Calatrava fundada;
Enrique, y vos, gran señor,
cuya prosapia se alarga
con nuevos reyes a un Rey
que en nombre y dicha os iguala,
cuya hija, Juana en nombre,
con un Archiduque de Austria
casada, nos dará un hijo
que a dos Filipos nos daba.
Y aunque es verdad que el Fernando
que os dije y su esposa cara,
que se llamará Isabel,
conquistarán a Granada,
no por eso el fiero moro
perdía las esperanzas
de volver a ser su dueño,
llena España desta infamia,
que el echar de todo punto
los moros della guardaba
el cielo para un Filipo,
gloria de Austria y sol de España.
Este, no vos ni otro alguno,
si bien Sevilla os aguarda
para triunfo y laurel vuestro,
al Africa, a Italia, a Francia,
los echará para siempre
y él cobrará eterna fama.
Luego en retratos, señor,
vi por la espada y la lanza
Vegas, Córdobas, Mendozas,
dar gloria y nombre a sus casas,
y entre ellos un mozo ilustre,
maestre de Calatrava,
Girón en nombre, que a Osuna
dió inmortales alabanzas.
Visto aquesto, al punto oí
que dijo ciertas palabras
con que me puso a la puerta
de la cueva y dijo: "Marcha,
y cuéntale al rey Fernando
lo que has visto y lo que pasa,
que prosiga su intención,
que suya será Granada."
No quise ver más, temiendo
campos que sin dueño marchan,
y rindiendo aldeas y villas
llegué a Archidona, que estaba
prevenida con las nuevas;
pero asaltos, fuerzas, armas
y desta espada el valor
pusieron en sus murallas
vuestra bandera real.
Reyes puse a vuestras plantas,
con el bravo Yasimín,
bencerraje de Granada.
Todo, al fín, me fué posible,
que ayudando mi esperanza
vuestro valor emprendiera
de Alejandro las hazañas.
Lo que no he podido hacer
es cortar, ¿pero quién basta?,
la lengua a la fiera envidia,
nacida de vuestra gracia:
pero si prosigue en ser
sombra de mi justa fama,
la defensa es ley divina,
la envidia es flaqueza humana.

REY.

Quien os quisiere mal esté seguro
que perderá mi gracia; mas yo creo
que ningún corazón habrá tan duro
viendo vuestra virtud, honra y trofeo.

Ensalzar nuestra santa ley procuro,
y todos tienen el mismo deseo.
¡Dichoso aquel Filipo cuya hazaña
los moros echará de toda España! (1)
Yo os honraré, Martín, y será presto.

MARTÍN ALFONSO.

¿Qué más honra, señor, que vuestra gracia?

DON NUÑO.

En más afrenta que hasta aquí me he puesto,
y del Rey por lo menos en desgracia.

REY.

Zaro.

ZARO.

Invicto señor.

REY.

Siempre he propuesto
castigar la rebelde pertinacia
a premiar la lealtad. Venid conmigo.

ZARO.

El veros con venganza fué castigo.

(*Vase.*)

M. ALFON. No te pese, Yasimín,
de verte en esta ciudad.
YASIMÍN. No es perder la libertad
el ser tu esclavo, Martín.
M. ALFON. Pues vive contento y fía,
que soy noble hasta en vencer.
YASIMÍN. Claro está que has de tener
como valor cortesía.

(*Vase.*)

M. ALFON. Nuño amigo.
D. NUÑO. Ya esperaba
que te acordaras de mí.
M. ALFON. Nunca me olvido de ti.
D. NUÑO. Aquí, Martín, celebraba
tus hechos con Palomino.
PALOMINO. Así es verdad, gran contento
le ha dado tu vencimiento.—
A la trocada imagino.
M. ALFON. Vete con el Rey, que quiero
hablar a don Lope de Haro,
que ha sido, Nuño, mi amparo,
al fin como caballero.
Que esto de envidia y hablar
mal de ausentes es flaqueza.
D. NUÑO. Agradezco a tu nobleza
la esclava.
M. ALFON. No hay que tratar
de darme agradecimiento
por lo que es obligación,
conociendo tu afición
y tu noble pensamiento.
¿El freno no te agradó?
D. NUÑO. Está bueno; ya lo vi.
M. ALFON. Y por ser digno de ti
en tu gusto se empleó.
PALOMINO. ¡Qué bien le asienta la mano!
D. NUÑO. Ahora bien, guárdete Dios.

(*Vase.*)

D. LOPE. ¿Podremos hablar los dos,
conquistador africano?
M. ALFON. Ese nombre es vuestro sólo:
vos sólo le merecéis.
D. LOPE. El que vos, Martín, tenéis
llegará de polo a polo.
Notable gusto me ha dado
ver vuestro heroico valor.
M. ALFON. Es muy propio dar honor
de quien está tan honrado.
Ruin gente siempre deshonra
y en ausencia se deslengua,
siendo hija la buena lengua
de la virtud y la honra.
D. LOPE. Abreviando de razones,
Martín, yo quiero casaros.
M. ALFON. De vuestra mano, señor,
¿qué más dicha?
D. LOPE. Habéisme dado
tal gusto con la persona,
con el proceder bizarro,
con la dicha en las vitorias
y con la espada en la mano,
que os tengo de dar mi hija:
hoy doña Aldonza de Haro
ha de ser vuestra mujer.
M. ALFON. Por el respeto que os guardo,
por ser señor de Vizcaya,
por ser deudo de Fernando,
mayordomo de su casa
y general de su campo,
no os respondo con la espada,
pero soy también hidalgo
como vos.
D. LOPE. Martín Alfonso,
no me burlo, no os engaño:

(1) Esto hizo Felipe III en 1610: de este año será esta comedia, pues el suceso debía de ser reciente para recordarlo el poeta con tanta insistencia.

¿tenéis vos más que ser pobre?
no es pobre el que va ganando
por las armas tanto honor,
y el señor Adelantado
vuestro padre, que Dios tiene,
fuera de ensalzarle tanto
sus hechos, fué un caballero
tan noble, que nos honramos
yo y mi casa con la suya.

M. ALFON. ¡Dadme mil veces las manos!,
y perdonadme, señor,
que el ser yo vuestro vasallo
y el primero que ha tenido
de Córdoba el nombre claro,
me dió la desconfianza
que visteis.

D. LOPE. Sois tan gallardo,
que todas vuestras acciones
son de Alejandro retratos.
Yo voy a que con secreto
sepan mis deudos que os hago
señor de Vizcaya y mío.

(*Vase.*)

M. ALFON. Vuelvo a besaros las manos.

(*Sale* DOÑA ALDONZA.)

D.ª ALDON. A tal vitoria bien puedo
tomar licencia de daros
el parabién.

M. ALFON. Con mostraros
la obligación en que os quedo,
en el silencio turbado,
cumpliré mi obligación.

D.ª ALDON. Yo hago lo que es razón;
vos seáis muy bien llegado.

M. ALFON. Tendré a dicha que os sirváis
de los despojos y el dueño.

D.ª ALDON. Para vos es don pequeño
y mucho a mí me obligáis.

M. ALFON. Mirad de cuanto he ganado
qué os agrada.

D.ª ALDON. Un Bencerraje,
Martín, que traéis cautivo,
que fué de Archidona alcaide.

M. ALFON. El es dichoso en ser vuestro.—
Palomino.

PALOMINO. Señor.

M. ALFON. Parte
por Yasimín.

PALOMINO. Voy por él.

D.ª ALDON. Sabed que quiero casarle
con una esclava que tengo.

M. ALFON. Serélo yo de quien antes
lo he sido y della también.

D.ª ALDON. Ve tú por ella.

M. ALFON. No sabe
mi lengua con qué pagaros
obligaciones tan grandes.

D.ª ALDON. Las mías lo son, Martín,
aunque con quejas bastantes,
de vuestro agradecimiento.

M. ALFON. Bien puede ser que os engañen.

D.ª ALDON. ¿Qué habéis hecho a mi listón?

M. ALFON. Por estar bañado en sangre
entre unas plumas que ataba,
le di, señora, una tarde
a guardar a Palomino:
yo haré que luego le saque.

(*Sale por una puerta* PALOMINO *y* YASIMÍN, *y por otra el* CRIADO *y* CELINDA.)

PALOMINO. Aquí viene Yasimín.

CRIADO. Y aquí Celinda.

CELINDA. Aquí estoy
a tu servicio.

YASIMÍN. Yo soy
tu esclavo, ilustre Martín.

M. ALFON. ¡Cielos! ¿Qué veo? ¿No es ésta
Celinda?

CELINDA. ¿Aqueste no es
Yasimín?

M. ALFON. Llega a sus pies.

D.ª ALDON. Y tú a servirle dispuesta.

(*Sale el* REY *y* DON NUÑO.)

REY. ¿Sábeslo de cierto?

D. NUÑO. Sí,
que ya tratándole quedan,
y aun me dicen que está hecho.

REY. ¡Que Lope de Haro se atreva
a hacer cosa semejante!

PALOMINO. El Rey viene.

M. ALFON. Enojo muestra.

PALOMINO. Más que anda Nuño en la danza.
Pues, por Dios, que destas nuevas
ha de llevar algún porte
que le duela la cabeza.

REY. Zaro, la mayor hazaña
de los Reyes que celebra
la verdad, la edad, la historia,
es perdonar las ofensas:
hoy irás libre a Granada.

ZARO. ¡Vivirá tu fama eterna
con el tiempo!

(*Sale* DON LOPE *y gente.*)

D. NUÑO. Aquí está
don Lope, y su casa es ésta.
D. LOPE. Dijéronme, gran señor,
que me llama Vuestra Alteza.
REY. Lope, algún enojo tengo.
D. LOPE. Vuestro semblante lo muestra,
que solía ser benigno
con quien serviros desea.
REY. Dícenme que habéis casado
vuestra hija, y sin licencia
mía, con Martín Alfonso;
que cuando Martín no fuera
vuestro vasallo, era justo
que vuestro Rey lo supiera.
D. LOPE. Si verdad, señor, os digo,
yo temí que Vuestra Alteza
antes que yo le casara;
y por su antigua nobleza
le he querido dar mi hija,
que es lo que mi amor desea,
por su virtud y valor.
REY. Es muy discreta respuesta;
no quiero enojarme, Lope,
porque sé que no es soberbia
honrar méritos de un hombre
que los tiene en las estrellas:
dense las manos, que yo
soy su padrino.
M. ALFON. Quien llega
a tanta dicha, ¿qué aguarda?
D.ª ALDON. Quien os merece ¿qué espera?
Yasimín, pues ya me han dado
a Celinda, hoy será vuestra.
YASIMÍN. Yo os prometo mi rescate.
CELINDA. Al cabo de mis tormentas
vine a ser tuya.
PALOMINO. Señor,
¿y Palomino se queda,
por no haber aquí criada,
a la luna de Valencia?
D. LOPE. Una te doy, con dos villas
de dote, en mi hidalga tierra.
PALOMINO. He aquí señor de vasallos
a Palomino.
M. ALFON. El poeta
desta verdadera historia
la primera parte deja
y a la segunda os convida,
que aun en materia de guerra,
por ser de amor y de honor,
serviros, cual siempre, intenta.

FIN.

COMEDIA FAMOSA

DE

EL HAMETE DE TOLEDO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON JUAN CASTELVÍ.
BELTRÁN, *lacayo.*
DOÑA JUANA.
DON FRANCISCO.
DON LUIS.
FINARDO.
LEONELO.
DON CRISTÓBAL.
RUSTÁN.
SALECO.
AMETE.
Un FRAILE.
ZARO.
ZAYDE.
Un MOLINERO.
Tres LABRADORES.
BRAZAYDA.
DALIMA.
ARGELINA.
El LICENCIADO HERRERA.
LAURENCIO.
MÚSICOS.
DON MARTÍN.
PÁEZ.
Tres VILLANOS.
Dos ALCALDES *villanos.*
GASPAR SUÁREZ.
DOÑA LEONOR.
Una CRIADA.
RIBERA.
CORBERA.
Un hermano de GASPAR SUÁREZ.
Cuatro CABALLEROS.
El CORREGIDOR.
El CAPITÁN GUEVARA.
El ALCALDE MAYOR (1).

ACTO PRIMERO

(*Salen* DON JUAN CASTELVÍ, *del hábito de San Juan, de noche, y* BELTRÁN *su lacayo, con broqueles, y los* MÚSICOS.)

D. JUAN. Aquí canten, por mi vida.
BELTRÁN. Nunca en noche de San Juan
buenas músicas se dan.
D. JUAN. Estoy, Beltrán, de partida.
Es de San Juan esta cruz,
patrón de mi religión;
de Juana los ojos son
que dan a esta noche luz,
y ella es también de San Juan.
BELTRÁN. A ser aquestos galanes
que han de cantar también Juanes,
y llamarse Juan Beltrán,
y tener todos juanetes,
era linda Juanería.
D. JUAN. Dulce doña Juana mía,
que por tus ojos prometes
ser leal en esta ausencia,
mira que tus ojos juras,
y advierte si te perjuras
que ha sido poca prudencia
aventurarte a dos cielos:
dos cielos tus ojos son.
BELTRÁN. Dulce Beatriz, que en prisión
de mi amor y de tus celos
tienes al pobre Beltrán,
pues juras ser firme ausente,
mira que quien jura y miente
en la noche de San Juan
las brujas que los helechos
pacen, las chupan después
por todo el año; no des
a tales bocas tus pechos.
D. JUAN. Canten, señores, que ya
está la calle sin gente.
BELTRÁN. ¿Hay buena letra?
MÚSICO. Excelente.
BELTRÁN. ¿De qué trata?
MÚSICO 2. El lo verá.
BELTRÁN. Dígolo porque me holgara

(1) Intervienen otras varias personas, aunque hablan poco.

que algo de Beatriz dijera.
MÚSICO. ¡Qué buena discreción fuera
que a doña Juana igualara!
BELTRÁN. ¿No voy con mi amo yo,
y aun delante, que es más?
MÚSICO. Sí.
BELTRÁN. ¿Pues por qué no ha de ir ahí
Beatriz?
MÚSICO. ¿Cantando? ¡Eso no!
BELTRÁN. Si no me hiciere poeta
digan que estoy sin juício.
MÚSICO 2. Eso postrero es indicio.
BELTRÁN. Es enfermedad discreta.
Mas tengo lo más andado,
si este buen oficio tomo,
para ser poeta.
MÚSICO. ¿Cómo?
BELTRÁN. Soy muy pobre y desdichado.
Si voy camino y me dan
mula, es lerda, trota y tira
coces, que la gente admira;
tras mí por verla se van.
Su coz al estribo, o dos,
cuando pongo en él el pie,
no la perderá, aunque esté
delante del Rey, por Dios.
Lo que es en viendo el mesón,
si le abriesen las ijadas
cía las ancas bajadas,
bufando como un león.
Parece que estuvo más
que con el dicho mulero
a oficio de cabestrero;
dos calles anda hacia atrás.
Pues si tengo dama, al punto
da su marido conmigo
o su galán, y el castigo
viene en palos, todo junto.
Si tengo amigo, me vende;
si bienhechor, luego pausa;
si escribano, me hace causa,
y si es alguacil, me prende.
Quien me debe, no me paga;
a quien debo, cobra luego;
si a hacer un vestido llego,
aún no hay sastre que lo haga.
Si almohazo algún rocín,
me muerde; si sirvo a alguno,
tras que todo el año ayuno,
me niega el servicio al fin.
Si juego algunas raciones,
pierdo, y no como en un mes;
cuando hay toros y me ven
salir galán con rejones,
luego el toro está conmigo,
y las calzas bigarradas,
muestran por las cuchilladas...
MÚSICOS. ¡No lo digas!
BELTRÁN. No lo digo.
Pues con vida tan sujeta
a no medrar ni comer,
bien podré yo pretender
una borla de poeta.
MÚSICO. ¿Ves todas esas desgracias?
Pues mil se comen las manos
tras ello.
BELTRÁN. ¡Oh locos! ¡Oh vanos!
D. JUAN. Beltrán, bueno está de gracias.
Deja cantar.
BELTRÁN. ¿Yo qué digo,
sino que tu esclavo soy?
D. JUAN. Recorre esa calle.
BELTRÁN. Voy.
D. JUAN. Que bueno vengo contigo.

(*Los* MÚSICOS.)

Salen de Valencia,
noche de San Juan,
mil coches de damas
al fresco del mar.

(*Sale* DOÑA JUANA *en lo alto.*)

D.ª JUANA. No lo cantarán por mí,
aunque noche de San Juan
a la mar las damas van,
señor don Juan Castelví.
Y si acaso la canción
es brindis para que salga,
aunque la razón me valga
no puedo hacer la razón.
Estoy sujeta a otro gusto;
vayan y vengan del Grao
con regocijo y sarao,
pues en esta noche es justo,
las que tuvieron ventura,
y no se cante por mí.
D. JUAN. La noche lo quiere ansí,
y que no salgáis procura.
Porque si vos, prenda mía,
fuérades donde ellas van,
no era noche de San Juan,
que de San Juan fuera el día.
Sabe el cielo cuánto fuera
de mi gusto, por estar

tan de partida, y que el mar
alguna templanza diera
al fuego de mis sentidos:
mas quiere el amor también
no dar bienes a mi bien
porque haya menos perdidos.
Menos tendré que sentir
cuanto menos bien tuviere.

D.ª JUANA. ¿Y qué bien habrá que espere
la que llega a ver partir
la misma luz con que vive?

D. JUAN. ¡Mal hayan obligaciones!

D.ª JUANA. ¡Oh amor, qué a punto me pones
de que la vida me prive!
En fin, ¿a Malta os partís?

D. JUAN. El nombre os dice mi mal,
que a Malta voy tan mortal
como vos, mi bien, decís.
Han de salir las galeras
a cierta honrosa fación,
y es forzosa obligación
seguir sus blancas banderas.
Hame llamado el Bailío
por cinco cartas o seis
con gran fuerza, y ya sabéis
que es don Cristóbal mi tío.
No hay excusa este verano.

D.ª JUANA. Dos o tres meses de mar
¿quién duda que han de templar
de amor el fuego?

D. JUAN. Es en vano.
Por vida de doña Juana,
que es la vida de don Juan,
y la noche de San Juan,
que hace aurora esa ventana,
sea testigo que el mar
de Italia no tiemple el fuego
del alma si en él me anego.

D.ª JUANA. Dios os le deje pasar.

D. JUAN. Y para que echéis de ver
que de vos memoria tengo,
si a ver las galeras vengo
de Arnauto o de Jafer
o el pie pongo en Berbería,
la mejor mora os prometo.

D.ª JUANA. Yo desde agora la aceto,
y no para esclava mía,
que amor de humilde se alaba,
mas por ser vuestra esa mora,
porque ha de ser mi señora
la que fuere vuestra eslava.

BELTRÁN. Retírate de la reja,
que viene gente, señor.

D. JUAN. Entraos, que siento rumor.

D.ª JUANA. Pues adiós.

D. JUAN. El sol me deja.

(*Salen* DON LUIS, DON FRANCISCO, LEONELO, *y* FINARDO, *arrodelados.*)

DON LUIS.

Revienta de valiente, que eso sólo
le lleva a Malta.

LEONELO.

Aquí requiebro tiene.

FINARDO.

No es ésta noche de rondar las calles,
que estará doña Juana en el Grao.

DON FRANCISCO (1).

Paso,
que por las señas le conozco.

LEONELO.

Hablémosle.

DON LUIS.

Mejor será probar este soldado
de la cruz de San Juan, pues tiene gente.

DON FRANCISCO.

Probar nunca lo apruebo, y al amigo
o a la mujer no lo aconsejo a nadie.

DON LUIS.

Callad, que es linda cosa ver un bravo
sacar los pies.

DON FRANCISCO.

¿Y si tuviese suerte?

DON LUIS.

Descubrirnos.

LEONELO.

Bien dice, haya chacota;
que en noche de San Juan todo se sufre.

FINARDO.

¿Quién va?

DON JUAN.

¿Quién lo pregunta?

FINARDO.

Un caballero.

DON JUAN.

Si al caballero no le importa nada

(1) En el original, por errata, dice FINARDO.

esta calle, podrá pasar por otra,
que estoy en ella yo ocupado, y creo
que soy hombre de bien.

DON LUIS.
Habló con ánimo.

LEONELO.
Pienso que ha de tenerle; por mi vida,
que nos volvamos.

DON LUIS.
Vuesa merced se vaya,
señor galán, de aquesta calle luego,
que somos muchos.

DON JUAN.
Aunque muchos sean,
profeso cruz, que a muchos más me obliga.

DON LUIS.
Yo solo le echaré.

DON JUAN.
Muerto, no vivo.

DON LUIS.
¡Muera!

BELTRÁN.
¡Oh perros traidores! ¿A mi amo?

DON JUAN.
¡Aquí, Beltrán!

BELTRÁN.
Yo moriré a tu lado.

DON LUIS.
¡Muerto soy!

BELTRÁN.
Estuviérase acostado.

(Vanse, y salen con instrumentos Moros y Moras, AMETE, RUSTÁN, SALECO, DALIMA, BRAZAYDA *y* ARGELINA.)

BRAZAYDA. Convida el fresco del mar
adonde habemos venido.
SALECO. Parece que os ha sentido
y que os ayuda a cantar
entre esas peñas rompido.
DALIMA. Con blanca espuma las trepa.
RUSTÁN. No pasará de su punta,
por muchas tretas que sepa;
que aquí quiere Dios que junta
entre estos límites quepa.
ARGELINA. ¿Cómo no hablas, Amete,
en la noche del Bautista?
AMETE. No hay cosa que me sujete
como deste mar la vista
ni más el alma [me] inquiete.
Devoto soy deste Santo
de los cristianos, y tanto
como os muestra mi alegría;
que aquesta melancolía
diómela el mar.
ARGELINA. No me espanto,
que como eres arrogante,
el ver otro que lo es más
no es milagro que te espante.
AMETE. Miro esta tierra detrás
y todo este mar delante.
Pienso que quiso poner
entre moros y cristianos
Dios este mar por hacer
que no pudiesen mis manos
mostrar su furia y poder.
ARGELINA. ¿Quiéreslos mal?
AMETE. Si te digo
la verdad, los quiero mal;
no porque soy enemigo
de sus costumbres ni igual
a los que vienen conmigo,
sino de envidia que tengo
a sus hechos y valor:
si a mirar sus armas vengo,
conozco que a su rigor
corta defensa prevengo.
Y me admiro que soldados
en la espada ejercitados
usen las armas de fuego,
con que se les rinden luego
tantos reinos desarmados.
Los indios más les costaran
si faltara esta invención.
RUSTÁN. Amete, puesto que amparan
de esas armas su escuadrón,
con que mil rayos disparan,
no dejan, si es menester,
la lanza y adarga.
SALECO. Aquí
gallardos los sueles ver.
AMETE. Hoy hace un año que vi,
ya después de anochecer,
en este campo de Orán,
el valor de una persona
de los que en su muro están:
—Aquí está de Meliona,
dije a su puerta, un galán.

Salió un cristiano jinete
con una bandera roja
y en su resguardo otros siete,
y ansí, a media rienda floja
donde le espero arremete.
Tiróme un bote; reparo,
y por un lado le tiro;
vuelve la rienda, yo paro;
él busca, yo me retiro
y de la adarga me amparo.
Déjole cansar; aprieta;
doy un torno a la jineta
de dos hierros, y el postrero
le pica el rostro al overo,
que se aparta y se inquieta.
Revuelve lanzando fuego;
espérole y entra mal,
y a herirle en el brazo llego,
midiendo el blanco arenal
su overo, de polvo ciego.
Salen los dos de los siete
y cada cual me acomete;
vuelve a la silla el caído,
y a todos tres, atrevido,
tira y se defiende Amete.
Yo venía acompañado
de seis moros de valor:
Celindo, de un jaco armado
en un blanco, y Almanzor,
fuerte en un rucio rodado;
bizarro en un alazán
el valiente Fátimán;
en un bayo Doraycelo,
bandera color de cielo,
y en un castaño Sultán.
Llamélos, que entre unas ramas
amparaban mi persona,
y dije: —Aquí; ganad famas,
galanes de Meliona,
vosotros que servís damas.
Ea, Sultán, pues te armas
de empresas y de favores,
vean éstos que desarmas
si tanto como en amores
sabéis en los hechos de armas.
Llegan, y mostrando van
que era la noche de Juan
tan propicia a nuestra mano,
que no quedara cristiano
a no tocar arma Orán.

ARGELINA. Sentaos y dejad la guerra
esta noche, por mi vida.

RUSTÁN. Mil almas tu vida encierra.

SALECO. La noche y el mar convida
y el estar de paz la tierra.

AMETE. Ese Alfaquí de Toledo
que en esta silla de Orán
puso la suya, no puedo
dejar de decir, Rustán,
que puso al Africa miedo.
Haz cuenta que Berbería
es un caballo, y que el día
que ganó a Orán, de honor lleno,
le puso en la boca un freno,
con que le oprime y desvía.
Y aunque es el caballo bueno,
mal puede libre gozallo
siendo el aderezo ajeno;
que aunque es del Turco el caballo
es del Rey de España el freno.

ARGELINA. ¿Qué señal de enamorado
más mala que hablar en guerras?

AMETE. Después que a Orán han ganado,
que es costado destas tierras,
tienen dolor de costado.

BRAZAYDA. Levántate tú, Argelina,
y danza una zambra.

ARGELINA. Harélo,
porque Amete se amohína
de aquellas cosas que el cielo
de nosotros determina,
y querríale alegrar;
mas Zaro me ha de ayudar.

ZARO. Ya estoy en pie.

AMETE. Dame vida,
Alá, hasta verte teñida
de cristiana sangre, ¡oh mar!

(Dancen las dos, cantando los músicos el son de la zarzuela.)

MÚSICOS. "Cristianos de Orán,
de gentil persona,
Capitán del Rey,
Toledo o Mendoza;
el del blanco arnés
y la banda roja,
labrada en la Corte
por amiga hermosa;
¿qué queréis, Alarbe,
que de Meliona
venís a estos campos
en que el nuestro aloja?
El noble soldado
don Martín de Córdoba,

general de Orán
y de España honra,
en este aduar
os he visto agora,
gallardo cristiano,
esmaltar la hoja
con tan lindo brío
que me vuelvo loca;
pero sois cristiano,
yo en efeto mora.
Tenéisme cautivo
de quien soy esposa;
hagamos un trueco,
pues ansí se nombra.
Estas gargantillas
y ricas ajorcas
os daré por ferias;
vos allá por joyas
dadme el moro mío.
—No puedo, señora,
dar por ese precio
un hombre que os goza.
Si queréis quererme
veis aquí cien doblas
y el que es vuestro dueño
y mi esclavo agora.

(*Vuelva el* CANARIO.)

—Aunque yo quisiera
no quiere amor,
que el amor forzado
será traidor,
el amor se llama
gusto de dos;
vos sois castellano,
bárbara soy yo,
interés no vence
justa afición.
—La crueldad enseña
que bárbara sois.
¿Dónde vais huyendo?
Hacedme un favor.
Llevaréos a Orán,
y palabra os doy
no querer a otra
sino a sola vos.
Si os volvéis cristiana
iremos los dos
a vivir a España."

(*Paren, y digan esto las dos rezado.*)

ARGELINA. Confusa estoy.
ZARO. No temáis, mi vida;
casémonos hoy.
ARGELINA. Mucho pueden ruegos;
la mano os doy.
ZARO. ¿Sois mía?
ARGELINA. Soy vuestra.
ZARO. Juraldo.
ARGELINA. Por Dios.
AMETE. Advertid que tengo celos,
no paséis más adelante.
ARGELINA. Ni se baile ni se cante.
RUSTÁN. ¡Qué temerarios desvelos
son los de un celoso amante!
BRAZAYDA. Las doce deben de ser.
SALECO. Ya serán más de las doce.
RUSTÁN. Dalima, aquí es menester
tu gran ciencia.
DALIMA. Ansí me goce,
que previne desde ayer
todo lo que es necesario
para esta noche.
AMETE. Al contrario
vendrá a ser todo después.
BRAZAYDA. ¿Esto es juego?
DALIMA. Juego es.
ARGELINA. Y lo mismo el tiempo vario.
AMETE. ¿Quién de toda Berbería
no cree, como en Alá,
en cualquier hechicería?
DALIMA. En aqueste libro está
inclusa la ciencia mía.
Tómele Rustán y mire
por donde quisiere abrir.
RUSTÁN. ¿Cosa que después suspire?
DALIMA La suerte lo ha de decir
cuando lo que mire admire.
RUSTÁN. Yo abro en nombre de Alá.
Aquí un rey pintado está,
y sobre el hombro de un hombre
tiene la mano.
DALIMA. ¿No hay nombre?
RUSTÁN. Selín y Rustán, bajá.
DALIMA. Tú serás muy estimado
del gran señor.
RUSTÁN. ¡Brava cosa!
BRAZAYDA. Yo miro.
RUSTÁN. Estoy admirado
del libro.
SALECO. Es ciencia famosa.
AMETE. ¿Qué has visto?
BRAZAYDA. Un ameno prado,
que tiene en medio una fuente,

de quien seis arroyos van
a un mar.
DALIMA. Tendrás brevemente
hijos (1).
BRAZAYDA. ¡Noche de San Juan!
ARGELINA. ¡Notable ciencia!
SALECO. ¡Excelente!
ARGELINA. Mira, Saleco.
SALECO. Aquí veo,
sobre una hermosa ciudad,
una corona.
DALIMA. Es trofeo
de reino y de majestad.
SALECO. Saber las letras deseo
y no da lugar la luna.
DALIMA. Pase la luna importuna
que la cubre.
SALECO. Dice Argel.
DALIMA. Su Rey serás.
SALECO. No hay en él
mejor suerte ni fortuna.
AMETE. Los cristianos se riyeran
desta vana hechicería.
ARGELINA. Pienso que discretos fueran;
mas ya por la dicha mía
mis pensamientos se alteran.
Abro el libro.
DALIMA. Y, pues, ¿qué ves?
ARGELINA. Una dama, a quien se ha ido
un pájaro, que por pies
piensa alcanzarle.
DALIMA. Tú has sido,
y Amete el pájaro es.
ARGELINA. ¿Pues tú piensas irte?
AMETE. ¿Yo,
de la prisión de tu mano?
Dalima, el libro mintió.
ARGELINA. ¡Hasme engañado, tirano!
AMETE. El eco dice que no;
mas dejadme ver a mí.
DALIMA. Toma.
AMETE. En nombre de Alá miro:
muchas cosas hay aquí;
con no las creer, me admiro.
ARGELINA. ¿Son tristes?
AMETE. Señora, sí.
Aquí hay un mar, y en la arena
una cadena.
ARGELINA. ¡Qué pena!

(1) En el original dice "seis hijos"; pero, como hace el verso largo, parece errata.

AMETE. Una horca está delante,
con un fuego.
ARGELINA. No te espante
horca, fuego ni cadena.
AMETE. Sobre ella, señora, están
unas cruces de San Juan,
que se van subiendo al cielo.
¿Qué será aquesto?
DALIMA. Recelo
que mil vitorias te dan.
Que el mar, horca, hierro y fuego
muestran que has de tener luego
de Malta y Rodas esclavos,
que con tormentos tan bravos
has de tratar.
AMETE. ¡Eso niego,
que nunca esclavo traté
con tal rigor; sólo al pie
les puse hierro en la mar!
DALIMA. No le quise declarar
su mal.
ARGELINA. ¡Triste estoy!
AMETE. ¿Por qué?

(*Entra* ZAYDE.)

ZAYDE.

Si alguna vez, Amete generoso,
deseoso de gloria te ha tenido
el fuerte corazón, la noble sangre
y el nombre de galán de Meliona,
tan temido en España y en Italia,
deja las fiestas desta alegre noche,
tus galeotas prósperas desata,
corre el sereno mar, roba en su costa
un navío que pasa a Argel, tan rico
de granas, telas, paños y bonetes,
que vale más de treinta mil ducados;
yo le dejé con calma ayer bien cerca,
y me atrevo a ponértele en las manos.

AMETE.

Argelina, en llegando a cosas de honra,
cesa el amor; perdona, que me aparto
con Zaide a descubrir este navío,
cuyas granas y telas te prometo,
si quiere Alá que pueda darle alcance,

ARGELINA.

¡Pájaro, en fin, como lo dijo el libro!

AMETE.

¡Líbreme Dios de que en el libro crea!

RUSTÁN.

La ocasión es famosa; ¿en qué te tardas?

AMETE.

Adiós, amigos, que mañana al alba
tengo de ser señor deste navío.

ARGELINA.

Dalima, ¿qué es aquello de mi Amete?

DALIMA.

¡Gran daño la Fortuna le promete!

(*Entranse, y salgan* DON JUAN CASTELVÍ *y* BELTRÁN.)

D. JUAN. ¡Próspero ha sido el camino!
BELTRÁN. Estimar en más debieras
llegar cuando las galeras
se parten.
D. JUAN. Yo determino
ir, Beltrán, esta jornada;
deseo ganar honor
mientras me impide el rigor
volver a la patria amada
de la justicia, aunque estoy
de aquel delito inocente.
BELTRÁN. ¡Que un hombre amigo y pariente,
injusto nombre le doy,
llegue a probar a su amigo
y se burle con la espada!
D. JUAN. Que es toda burla pesada
declara bien su castigo.
¡El cielo maldiga, amén,
estos necios ignorantes,
que con burlas semejantes
en tal vergüenza se ven!
Si soy cobarde me prueba,
y de una estocada mía
llevó de mi valentía
al otro mundo la nueva.
Dios le perdone; ya es hecho;
su muerte él mismo buscó.
BELTRÁN. Algunos he visto yo
llegados al punto estrecho
de un peligro y de una afrenta
por hacer burlas pesadas.
D. JUAN. ¡Que las personas honradas
no quieran que un hombre sienta
que se burlen con su honor!
BELTRÁN. ¡Que estudie un hombre un pesar
por reír y por burlar!
D. JUAN. ¡Qué gran señal de traidor!
BELTRÁN. Por lo menos ha de ser
fingido el que burlas hace.
D. JUAN. ¡De pechos traidores nace!
BELTRÁN. ¡En mi vida pude ver
estos bellacos burlones
de falsa fisonomía!
D. JUAN. Ya será la historia mía
ejemplo en mil ocasiones.
BELTRÁN. El hombre grave, señor,
siempre ha de estar muy de veras.
D. JUAN. ¡Qué burlas tan verdaderas!
¡Qué fuerte prueba de honor!
¡Ay, Juana, ya te perdí!
¡Ay, Valencia, patria mía,
con qué tristeza aquel día
de tus murallas salí!
BELTRÁN. Ya no hay que tratar de Juana
sino de Cruz de San Juan,
pues las galeras se van
y es agua y cielo mañana.
Yo tengo determinado,
en viendo el moro, señor,
mostrar que tengo valor
con la hojarasca del lado.
Quizá que la religión
me dará una cruz, martillo,
de aquéstas, quiero decillo,
que como bonetes son.
Que con tres picos no más
si se dobla el ferreruelo
parece entera.
D. JUAN. Recelo
que merecerla podrás
si muestras español brío.
BELTRÁN. Aunque sea de tres pies,
¿no es Cruz de San Juan?
D. JUAN. Sí es.
BELTRÁN. ¡Alto pensamiento mío,
que poco importa el pie cojo!
Cruz blanca el vulgo la llama;
yo la traeré como dama,
tapándola de medio ojo!
D. JUAN. Quien la tiene ansí la lleva.
BELTRÁN. A leva tocan, señor.
D. JUAN. ¡Adiós, patria; adiós, amor,
que toca el honor a leva!

(*Canten dentro.*)

Zarpa la capitana,
tocan a leva,
y los ecos responden
a las trompetas.
D. JUAN. ¿Quién canta?
BELTRÁN. Músicos son

del General, que en la popa
van cantando.

DENTRO. ¡Fuera ropa!

BELTRÁN. Aquélla es cruel canción.
¿No escuchas el pito?

D. JUAN. Sí.

BELTRÁN. ¡Vive Cristo que aquel pito
mete por el alma el grito!
¡Que haya quien no tiemble aquí!
¡Que no viva un hombre bien
por no verse en tanto mal!

D. JUAN. Ya se embarca el General;
Beltrán, a la barca ven.

BELTRÁN. ¡Bravo tendal de damasco!

D. JUAN. Con música le recibe
La Capitana.

BELTRÁN. Apercibe
que soy Beltrán de Velasco
y que me has de honrar, señor,
llamándome camarada,
por la pretensión honrada
y por tu mismo valor.

D. JUAN. Yo diré que eres, Beltrán,
un hidalgo amigo mío,
que no te ha visto mi tío
ni aquí te conocerán.
Pero has de portarte bien
y mostrar término honrado.

BELTRÁN. Tú me verás a tu lado
más ancho que un palafrén.

D. JUAN Mi tío viene a embarcarse
con otros comendadores.

(Sale DON CRISTÓBAL, *ya viejo, con bastón, y otros de Cruz blanca; el Baylío la traiga que tome todo el pecho.)*

D. CRIST. No hay que detener, señores,
Ni ahora es tiempo de ocuparse.

D. JUAN. Deme vuestra señoría
los pies.

D. CRIST. ¿Sobrino, qué es esto?

D. JUAN. Obedecerte más presto
que allá pensé que podría.

D. CRIST. ¡Notable gusto me has hecho!
¿La patria?

D. JUAN. Buena, señor.

D. CRIST. ¿Mi hermana?

D. JUAN. Llena de amor
y ansias de verte.

D. CRIST. Sospecho
que al fin de aquesta jornada
volveré a España.

BELTRÁN. Los pies
me dad a besar.

D. CRIST. ¿Quién es?

D. JUAN. Un hidalgo camarada.

D. CRIST. Pues deme los brazos luego.

D. JUAN. Con mucho tiento, Beltrán.

BELTRÁN. Camarada de don Juan
soy, y perdonad, que llego
no bien puesto del camino.

D. CRIST. Ansí ha de estar el soldado.

BELTRÁN. Seis baúles me han robado,
de que vengo algo mohíno.

D. CRIST. Si quiere vuesa merced
de mi recámara en tanto...

BELTRÁN. No lo decía por tanto,
aunque lo tendré a merced.

D. CRIST. ¿En qué ocasiones se ha hallado
vuesa merced?

BELTRÁN. Yo, señor,
en muchas.

D. CRIST. En su valor
se muestra.

BELTRÁN. Soy gran soldado.
Yo serví al señor don Juan.

D. CRIST. ¿En qué jornada sería?

BELTRÁN. Era en la repostería.

D. CRIST. ¿Cómo?

D. JUAN. ¿Qué dices, Beltrán?

BELTRÁN. En Bruselas, y en Malinas,
y en Gante le serví yo.

D. CRIST. ¿Con qué tercio se embarcó?

BELTRÁN. Con un tercio de sardinas.

D. CRIST. ¿Qué dice?

D. JUAN. Es de aqueste humor.
Perderáse cada día
por él vuestra señoría.

D. CRIST. Cobrándole voy amor.
¿Ya vuesa merced primero
se hallaría en la naval?

BELTRÁN. Sí, señor, un mes cabal
he estado en Navalcarnero.

D. CRIST. Por mi vida que me agrada
la camarada, sobrino.
No habréis sentido el camino
con tan buena camarada.

UN CAB. Ya se acosta la galera.

D. CRIST. Llegue ese turco la plancha.
¿Qué le dice el mar?

BELTRÁN. Que es ancha.

D. CRIST. ¿Debajo de qué bandera,
que aún hay capitanes vivos,
militó vuesa merced?

BELTRÁN. De un fraile de la Merced
que iba a rescatar cautivos.

D. CRIST. ¿Agrádale Malta?

BELTRÁN. Poco;
pero si en vino estuviera
como está en agua, me hiciera
volver de contento loco.

D. CRIST. De Candia lo hay bueno aquí.

BELTRÁN. ¿Cómo ha nombre?

D. CRIST. Malvasía.

BELTRÁN. Probar tantico querría.

D. CRIST. Coma conmigo.

BELTRÁN. Sea ansí.

D. CRIST. Sobrino, el hombre es de gusto.

D. JUAN. Mucho te ha de entretener.

D. CRIST. ¿A qué viene?

D. JUAN. A pretender
un martillo.

D. CRIST. Pues es justo
que en volviendo se le demos.
Señores, alto, a embarcar,
que nos da voces el mar
para que a pisarle entremos.

BELTRÁN. ¿Qué te parece?

D. JUAN. Que estás
muy en gracia de mi tío.

BELTRÁN. Ve delante, señor mío;
pero no, que has de ir detrás.

(Váyanse, y entre el LICENCIADO HERRERA *y* LAURENCIO, *criado suyo, en Málaga.)*

HERRERA.

¡Hermosa ciudad Málaga!

LAURENCIO.

¡Famosa!

HERRERA.

Mucho el mar la ennoblece y la enriquece.

LAURENCIO.

Si tuviera Toledo en vez del Tajo
este famoso mar, notable fuera.

HERRERA.

Tal vez, que las crecientes del invierno
cubren las huertas que del Rey se llaman,
parece el Tajo un mar; pero no pueden
subir la cumbre de sus altos montes
ni trepar a la altura de sus casas.

LAURENCIO.

Por esta mano está Marbella, y corre
la costa a Gibraltar, que tiene enfrente
a Tánger, Ceuta, Mazagán y Arcila,
Tarifa, Ronda, Cádiz y Sanlúcar.
Siguen la costa hasta Ayamonte y Lepe;
luego por Portugal muestra una punta
de San Vicente el cabo.

HERRERA.

Estotra parte
es costa de Granada y Almería;
en el cabo de Gata está la punta,
que a Melilla y Orán enfrente tiene;
Cartagena, Alicante, Denia, Oliva
siguen la costa luego a los Alfaques,
hasta que Palamós y Barcelona
abren la puerta al golfo de Narbona.

LAURENCIO.

¿Cuándo te quieres ir?

HERRERA.

Si no tuviera
cartas de Gaspar Suárez, en Toledo,
las fiestas de San Juan pienso que viera;
mas por hacerle este placer no puedo.

LAURENCIO.

¿Qué escribe?

HERRERA.

Escucha: "Al licenciado Herrera,
que guarde Dios..."

LAURENCIO.

Bien satisfecho quedo,
que pues tú te detienes, es muy justo
hacer lo que te escribe y darle gusto.

(Lea.)

HERRERA. "Porque el parabién me déis,
que tanto bien me ha causado,
yo me he casado, y casado
con la prenda que sabéis.
Mi prima y yo somos ya
marido y mujer, señor,
que parentesco en amor
como oro en azul está.
Yo he vestido mi afición
del casamiento que estima,
porque pienso que una prima
es la mejor guarnición.
Grandes fiestas hemos hecho,
que deudos tan principales
dan en ocasiones tales
muestras de su noble pecho.
Casa hemos puesto también,

porque dos primos casados
con sesenta mil ducados
bien pueden ponerla bien.
Treinta y más el dote vale
de doña Leonor; mi hacienda
ya la sabéis, mas no hay prenda
que con su virtud se iguale.
Para mis caballos tengo
notable necesidad
de un esclavo: esa ciudad,
que por saberlo os prevengo,
suele tener abundancia
de algunos de Berbería:
compradme, por vida mía,
un alarbe de importancia
para el oficio que os digo:
mozo fuerte y de buen talle,
que quiero en esto ocupalle
y para que ande conmigo.
Que esta merced, como es justo,
con las demás la pondré,
y en vuestro servicio haré
lo que fuere vuestro gusto.
"Dios os guarde. De Toledo
y junio."

LAURENC. Razón será
que se le lleves.

HERRERA. Está
con este gusto, y no puedo
dejar de esperar aquí
que desembarquen algunos.

LAURENC. ¿No hay en la ciudad ningunos?

HERRERA. Dos o tres pienso que vi,
pero no en bastante edad
para lo que es menester.

LAURENC. Hoy le puedes responder.

HERRERA. Débole amor y amistad.
Ven a la iglesia.

LAURENC. No puedo
dejar de acordarme en ella
de aquella máquina bella
de nuestra insigne Toledo.

MERRERA. Muy linda es ésta, y lo son
cuantas a Dios aposentan.

LAURENC. La mar ven, si aquí se asientan.

HERRERA. Entra, hagamos oración.

(Váyanse, y en una parte de lo alto del teatro se vea una galeota turca con sus velas y lunas, y en la popa moros y AMETE *y* ARGELINA.*)*

AMETE. Nunca pensé que tuvieras
ánimo de acompañarme.

ARGELINA. Aquel libro de Dalima,
Amete amigo, fué parte:
porque si el pájaro eres
que al viento la pluma esparces,
no quiero yo que te vayas
ni de mi mano te apartes,
para que no cantes libre,
sino que en mi jaula cantes.

AMETE. ¿Que se me fuese el navío?
¿Que no pudiese alcanzalle?

ARGELINA. ¡Vuélvete, por vida mía,
no le sigas ni te canses!

AMETE. Codicioso de las telas
que pensaba presentarte,
me parecen, Argelina,
pequeños los anchos mares.
Por el mar Mediterráneo
me obliga tu amor que pase;
entre Formentera y Denia,
entre Ibiza y Alicante,
entre Mallorca y Oliva,
Moncolibre y los Alfaques,
y llegaré hasta Colibre
por todo el mar de Levante.
Pero, tened: ¿qué es aquello
que ha dos días que me trae
sospechoso? ¡Vive Alá,
que si no refresca el aire
que hemos dado con las cruces
de San Juan! ¡Oh chusma infame!
¡Boga, boga! ¡Arranca, perro!
¡Mátame ese bogavante!
¡Que nos alcanzan, villanos!
Pues si desnudo el alfanje
nariz, ni oreja no pienso
que le ha de quedar a nadie.

(Disparando se descubra otra cortina en la otra parte, y se vea una galera de San Juan, llena de estandartes, con las cruces blancas, y en ella DON CRISTÓBAL, DON JUAN *y* BELTRÁN, *y otros Comendadores.)*

D. CRIST. Ea, turcos; ea, amigos,
ninguno se me acobarde,
que tendréis lindo refresco
de pan blanco, vino y carne.
¡Por vida del gran Maestre,
dispara, boga!

AMETE. No hay ave
que corra como sus leños,
que dudo que ya me alcancen.
¡Pesar de Mahoma! ¡Perros!
¡Boga!

ARGELINA. ¡Ay, triste!
D. CRIST. Di que amainen.
D. JUAN. ¡Amaina! ¡Amaina!
D. CRIST. ¡Echa a fondo
si no amaina!
AMETE. ¡Amaina, Zaide!
Ya abordan. ¿Qué haré, Argelina?
ARGELINA. Rendirte.
AMETE. ¡Mahoma infame!
¡Vil hechicera Dalima!
¿Estas fueron las señales
de las cruces de San Juan?
¡Ya saltan; quiero matarme!
D. JUAN. ¡Tente, perro!
AMETE. ¿Que me tenga?
D. JUAN. ¡Tente, perro! ¡Tente y date!
Y la mora esté por mía.
AMETE. Antes que te dé el alfanje
di quién eres.
D. JUAN. Español,
y Castelví por linaje.
AMETE. ¿De qué lugar?
D. JUAN. De Valencia.
BELTRÁN. ¡Qué de cuentas pide! ¡Acabe
o meteréle en la boca
tres palmos de la de Joanes!
D. CRIST. ¿Quién eres, pirata?
AMETE. ¿Yo?
D. CRIST. ¡Tú, pues!
BELTRÁN. El nombre declare,
aunque el de pila no puede,
o haréle el rostro dos partes.
D. CRIST. ¿Eres Jafer o Mamí?
¿Eres Saleco o Arnaute?
AMETE. No soy tan cosario, no;
Amete soy.
D. CRIST. ¿De qué parte?
[AMETE.] Galán soy de Meliona,
de los moros Benarajes,
que de España procedieron.
D. CRIST. ¿Dónde ibas?
AMETE. No a buscarte,
aunque te halló mi desdicha.
D. CRIST. En la persona y el talle
pareces hidalgo moro.
AMETE. Si estuviéramos iguales
de galeras y de gente
no llevaras tan de balde
estas pobres galeotas;
ni tú, cristiano arrogante,
a caballo, cuerpo a cuerpo,
me quitaras el alfanje.
D. JUAN. Cuando en el campo de Orán
con lanza y adarga salen
los cristianos, ya sabéis
que no os alabáis, alarbes.
Y cuando yo allí me viera
supiera también quitarte
el alfanje con la vida.
AMETE. ¿Tú?
D. JUAN. Sí.
AMETE. No osaras mirarme.
D. JUAN. Merced me has de hacer, señor,
que la tendré por notable,
de que Beltrán a Valencia,
porque no quiero rescate,
estos esclavos dos lleve.
D. CRIST. ¿Para quién son?
D. JUAN. Para un ángel.
D. CRIST. Ea, boga.
BELTRÁN. ¡Linda presa!
D. JUAN. Tu ayuda ha sido importante.
BELTRÁN. Si no es por mí no se prenden.
AMETE. ¿Que voy a España y que guarde
la vida para esta afrenta?
ARGELINA. ¡En tanto que no me faltes
libertad es la prisión!
AMETE. ¡Por Alá, que he de vengarme!

ACTO SEGUNDO

DEL AMETE DE TOLEDO.

(Sale BELTRÁN *de soldado, y* AMETE *de cautivo.)*

BELTRÁN. Esta es, Amete, Valencia.
AMETE. Ella es hermosa ciudad,
que en grandeza y majestad
hace a todas competencia
cuantas he visto en España.
¿Mas dónde queda Argelina?
BELTRÁN. Donde don Juan determina.
AMETE. ¡Oh, cuánto el amor engaña!
Tuve esperanza hasta aquí
que sirviéramos los dos
a un dueño juntos.
BELTRÁN. Por Dios,
que lo mismo pretendí.
Pero apenas doña Juana
supo que eres su marido,
aunque moro bien nacido
en la nobleza africana,
cuando me mandó venderte,

y no te quiere en su casa.
AMETE. ¿Cierto?
BELTRÁN. Digo lo que pasa.
AMETE. ¿Qué tardas, cobarde muerte?
Pues di, ¿qué le hiciera yo?
BELTRÁN. No quiso en su casa amores.
AMETE. ¿No éramos los dos mejores
para sólo un dueño?
BELTRÁN. No;
porque dos enamorados
más son para ser servidos
que para servir, perdidos
en sus celosos cuidados.
Tras esto, cuando te vió
que con una mano alzaste
la carga y que la llevaste
donde Beltrán te enseñó,
dice que le diste miedo.
Lleva con paciencia alguna
este golpe de fortuna,
pues asegurarte puedo
de venderte en la ciudad,
donde verás cada día
tu esposa.
AMETE. ¡Tus pies querría
besar por tanta amistad!
Que como hay correspondencia
de Argel, Tremecén y Orán
a Valencia, bien podrán
verme y buscarme en Valencia.
Tras esto hay moros aquí
con quien lo podré tratar.
BELTRÁN. Tú quedas en buen lugar,
¡tal me sucediera a mí!,
donde apenas sentirás
la prisión.
AMETE. Ansí lo creo.
De verle tuve deseo.
BELTRÁN. Despacio verle podrás.
AMETE. ¿Qué casa es ésta?
BELTRÁN. El mesón
adonde nos apeamos.

(*Sale* DON MARTÍN, *de camino, y* PÁEZ, *mozo de mulas.*)

AMETE. ¿Pues a qué al mesón tornamos?
BELTRÁN. Yo te diré la ocasión.
Aquí te vieron algunos
que trataron de comprarte.
AMETE. Ya vi más de dos rogarte
por mi persona importunos.
D. MART. Páez.
PÁEZ. Señor.
D. MART. Apercibe
lo necesario y partamos.
PÁEZ. Cuando quisieres nos vamos.
BELTRÁN. Como hombre noble recibe
estas desdichas, Amete.
D. MART. ¿El moro volvéis acá?
BELTRÁN. La mora he dejado allá;
pero por más que promete
ser fiel y servicial
Amete, no le ha querido,
porque viendo a su marido
teme que la sirva mal.
D. MART. Yo me había aficionado
al moro.
BELTRÁN. No os le vendí
entonces, porque entendí
que le hubiera contentado.
Agora ella propia quiere
que le venda y me lo manda.
D. MART. Bien en apartarlos anda.
AMETE. ¡Ya no hay remedio que espere!
D. MART. Dejádmele ver y hablar.—
¿Qué nación?
AMETE. Alarbe soy.
D. MART. ¿Eres noble?
AMETE. No, que estoy
donde me puedes comprar.
D. MART. ¿Quién te cautivó?
AMETE. Un Bailío
de San Juan con seis galeras.
D. MART. ¿Luego tú cosario eras?
AMETE. ¿No ves en mi talle y brío
si soy hombre de valor?
D. MART. Tu tristeza da a entender
que no lo debes de ser.
AMETE. No te espantes, tengo amor.
Otra vez cautivo fuí
y no sentí la prisión;
mas quiero bien y es pasión
que más que yo puede en mí.
Don García de Toledo
me prendió, siendo tan mozo
que aún no me apuntaba el bozo,
por arrojarme sin miedo
a temerarias empresas.
Allí lo que sé aprendí
de vuestra lengua.
D. MART. De ti,
pues que la guerra profesas,
estoy cierto que serás
noble, y vese en tu persona.
AMETE. Galán soy de Meliona,

no puedo decirte más.
D. MART. ¿Fuerzas tienes?
AMETE. Fuerzas tengo.
PÁEZ. ¿Qué fuerzas puede tener
un perro de agua?
AMETE. ¡Ah placer,
que esto sufro y no me vengo!
PÁEZ. Apostemos quién levanta
más peso.
AMETE. Porque te asombre,
¿quieres que levante un hombre
puesta en mi palma su planta?
PÁEZ. ¿A un hombre levantarás?
BELTRÁN. Yo lo he visto; no porfíes
ni atrevido desafíes
al moro, que perderás.
PEÁZ. ¿Cómo perder? Si es tan bravo,
salga y luchemos aquí.
AMETE. ¿Tú conmigo?
PÁEZ. ¡Yo!
AMETE. ¿Tú?
PÁEZ. ¡Sí!
AMETE. ¿Iguálasme? Soy esclavo.
Mas, da licencia, Beltrán,
que luchemos éste y yo.
BELTRÁN. ¿Tú con éste?
AMETE. ¿Por qué no?
PÁEZ. ¡Oh qué arrogantes están!
Pues lucharé con los dos.
BELTRÁN. ¡Hable despacio, galán,
que no conoce a Beltrán!
Beltrán es hombre, por Dios,
que con rodela y espada
rindió solo la galera
deste moro, y que pudiera
del Turco toda la armada.
AMETE. Cristiano, pues que te precias
de fuerte, dame esa mano.
PÁEZ. ¿Es de amistad?
AMETE. Sí, cristiano.
PÁEZ. Mira que las tengo recias.
AMETE. Pues aprétame sin miedo.
PÁEZ. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Suelta!
BELTRÁN. ¿Que es eso?
PÁEZ. ¡Ay, no me ha dejado hueso!
AMETE. Lo mismo haré con un dedo.
PÁEZ. ¡Pesia al moro y quien lo vende!
BELTRÁN. ¿Yo no os avisé?
D. MART. ¡Gran fuerza!
AMETE. Di que este brazo me tuerza.
Llega, la mano me prende.
(*Pruébele.*)
D. MART. A ver. Fuerte brazo tienes;
diez hombres no bastarán.
Véndeme el moro, Beltrán.
BELTRÁN. Aficionándote vienes.
AMETE. Si tienes dos herraduras
romperélas juntas: muestra:
y porque la amistad nuestra
se firme si la procuras,
vuélveme a tocar la mano.
PÁEZ. ¿Cómo la mano?
D. MART. Beltrán,
¿han puesto precio? ¿Qué dan
por este alarbe africano?
BELTRÁN. Si tienes gusto, has de dar
dos mil reales por el moro.
D. MART. ¿Quieres cien escudos de oro,
y vámoslos a contar?
BELTRÁN. Tuyo sea; que yo sé
que en las ventas, la primera.
PÁEZ. ¡Lleve el diablo quien tal diera
ni aun cien ochavos.
D. MART. ¿Por qué?
PÁEZ. Porque es llevar un demonio.
D. MART. Ven a contar tu dinero.
Llama a un notario, que quiero
que me haga un testimonio.
¿Amete, caminas bien?
AMETE. ¿Por qué lo dices, señor?
D. MART. Porque también tengo amor,
y estoy ausente también.
AMETE. ¿Luego tú no eres de aquí?
D. MART. De Málaga, Amete, soy,
y luego al punto me voy.
AMETE. ¿De Valencia te vas?
D. MART. Sí.
Por eso apresta los pies.—
Ea, Páez, a ensillar.
PÁEZ. ¿Que éste habemos de llevar?
D. MART. Cual para la huerta es.
PÁEZ. ¿Y cómo? ¡No tengas pena
que a la fruta osen llegar!
AMETE. ¡Rabiando estoy de pesar:
partirse el cristiano ordena!
BELTRÁN. Amete, a mí me ha pesado
de que sea forastero;
pero al fin es caballero.
AMETE. Si de algo estoy consolado
es de que en Málaga viva.
BELTRÁN. También es puerto de mar,
adonde podrás tratar
de rescatar tu cautiva.

(*Entrense, y salgan dos Alcaldes villanos,* SOLANO Y SOLICIO.)

SOLANO.

¡Muy bien se hará la fiesta dese modo!

SOLICIO.

¿Qué culpa tuve yo si el toro es ido?

SOLANO.

A vuestro cargo estaban las carretas
para tapar las calles.

SOLICIO.

Yo las puse
desde que el alba se riyó en el cielo,
y con mucho cuidado.

SOLANO.

¿Pues por dónde
se trascoló el novillo?

SOLICIO.

Cuando quiso
que al corredor del regimiento entrase
con verdugado su mujer el médico,
abrieron un portillo temerario:
¿y por donde mujer con verdugado
pudo entrar, no queréis que salga un toro,
que puede con su trompa un elefante,
y un camello también con su corcova?

SOLANO.

Pagarnos tiene el médico la burla,
y el toro si le matan en el campo.

SOLICIO.

No os lo aconsejo, que vengarse puede
con sólo hacer del ojo al boticario.

(*Suena dentro ruido y silbos del toro.*)

DENTRO.

¡Ataja, ataja!

OTRO.

¡El diablo que le tenga!
¡A las viñas se va!

SOLANO.

¡Pardiez, que dicen
que se va por las viñas!

SOLICIO.

¡Qué más quieren
los muchachos! Hoy hacen su vendimia.

SOLANO.

¿Pues cuánto va que son las vuesas?

SOLICIO.

¿Cómo?

SOLANO.

Son las que del lugar están más cerca.

SOLICIO.

¡Voto al sol, si eso fuese, que le había
de sentenciar en todo el daño! (1)

SOLANO.

¿Y de qué pagará?

SOLICIO.

¡De sus costillas!

DENTRO.

¡Ataja, ataja!

SOLANO.

¡Mas que vuelve el toro!

DON MARTÍN. (*Dentro.*)

¡Quítate acá; no te le acerques, moro!

SOLICIO.

Allá anda envuelto en unos forasteros.

SOLANO.

Vamos a ver lo que es, que todo es fiesta.

SOLICIO.

Llevemos a las viñas las mujeres
y corrámosle allá, pues que no gusta
de que sea en la plaza.

DENTRO.

¡Guarda el toro!

DENTRO.

¡Por los dos cuernos le ha rendido el moro!

(*Silben y griten, y salga* DON MARTÍN, PÁEZ *y* AMETE.)

PÁEZ. ¡Demonio debes de ser!
D. MART. Yo di cien escudos de oro
sobre los cuernos del toro.
AMETE. Que no hay, señor, que temer.
D. MART. ¿Cómo no, cuerpo de tal?
No te burles de esa suerte,
que un toro es bestia muy fuerte.
AMETE. Sí; pero, en fin, animal.
¿Un hombre qué no sujeta
con la industria y el valor?
¡Esto es muy poco, señor!
D. MART. Mi dinero me inquieta.

(1) Verso incompleto; pero que no afecta al sentido.

AMETE. En Africa por instantes
vamos a cazar leones,
que a los postreros arzones
suelen saltar arrogantes
y deshacer el jinete,
donde a veces ha llegado
alarbe, que por el lado
toda la lanza le mete.
Yo he muerto más de cuarenta.
PÁEZ. ¡Tiemblo, vive Dios, del moro!
D. MART. Yo sé que en España un toro
el león más bravo afrenta;
que en el Real de Valencia,
Vespasiano, deseoso
de ver si es tan valeroso
que hace a un león resistencia,
encerró un toro y león,
y un caballo que jamás
sufrió silla. ¿Pensarás
que los mató?
AMETE. ¿No es razón?
D. MART. Pues no osó llegar al toro.
AMETE. ¿Y el caballo?
D. MART. Defendió
su vida a coces.
AMETE. ¿Salió
manso?
D. MART. Que valió un tesoro;
porque era bello y bien hecho,
y fué tal desde aquel día,
que un muchacho le corría.
AMETE. La comparación que has hecho
es, señor, muy desigual,
que un doméstico león
no sufre comparación
al que está en su natural.
Que un oso es fiero, y criado
en casa, juega y retoza.
D. MART. Mucho esta fuente se goza
de guarnecer este prado.
No entremos en el lugar,
por el alboroto y fiesta.
PÁEZ. Alhombra y cama está puesta.
D. MART. La mula puedes atar,
y pazca esa verde hierba
en tanto que duermo aquí.
PÁEZ. No faltará para ti
pan, queso, bota y conserva.
D. MART. En durmiendo un cuarto de hora.
PÁEZ. Recuéstate.
D. MART. Allí te asienta
con Amete.
PÁEZ. Tú me cuenta,
Amete, tu vida agora.

(*Echase a dormir* DON MARTÍN, *y siéntense* PÁEZ *y* AMETE.)

AMETE. En vida tan mal gastada
poco habrá que te contar.
PÁEZ. Ya comienzo a bostezar.
AMETE. ¿Es ése sueño?
PÁEZ. No es nada.
AMETE. Nací en Africa, ya sabes
el lugar.
PÁEZ. ¿Es buena tierra?
AMETE. Buena para hombres de guerra.
PÁEZ. ¿Buenos caballos?
AMETE. Son aves
y grandes trabajadores;
tienen uñas por las peñas:
las ciudades son pequeñas,
los ánimos son mayores.
PÁEZ. ¿Hay iglesias?
AMETE. Hay mezquitas
PÁEZ. ¿Allá no hay obispos?
AMETE. No.
PÁEZ. ¿Pues qué?
AMETE. Alfaquíes.
PÁEZ. Si yo,
Amete, no encuentro ermitas,
que acá tabernas llamamos,
por la tierra que camino,
no voy con gusto.
AMETE. No hay vino,
mas del aguardiente usamos.
PÁEZ. ¿Hay perniles?
AMETE. ¿Qué es perniles?
PÁEZ. Muslos de puerco.
AMETE. Mahoma
los quitó por ley.
PÁEZ. ¡Pues coma
el perrazo pasas viles!
AMETE. Habla bien, pues habla el moro
tan bien de vuestro Bautista.
PÁEZ. Cerrado se me ha la vista.
Llámame si vuelve el toro.
AMETE. Amo y mozo se han dormido.
¡Ay, Argelina! ¿Qué haré?
¿Cómo, mi bien, te dejé?
¿Cómo tan ingrato he sido?
Pero yo no pude más,
que la libertad no es mía.
¿Cómo a verte volvería
a la ciudad donde estás?

¿Será buen medio dar muerte
a estos dos? Mas no será,
porque cuando vaya allá
más voy a morir que a verte.
¿Porque a quién he de llegar
que no me prenda?— ¡Qué sueño
tiene el mozo! A ver el dueño:
no le podrá despertar
el ruído de un cañón.
Las armas de los cristianos
son notables; si en mis manos
su dorada guarnición
viera yo contra los dos,
y contra dos mil, y fuera
remedio, presto te viera.
¡Ciego estoy, válgame Dios!
Sacarle quiero la espada
sólo para ver su acero.
¡Bella hoja!; pero quiero
vella de sangre esmaltada.
Mal hago; mejor será
apartarme a vella allí.
¿Tendrá cinco palmos? Sí,
esos pienso que tendrá.
Cortos los alfanjes son,
y no hieren de estocada:
esta es arma aventajada
y estimada con razón.
A reparar y a ofender
puede servir desta suerte:
brazo quiere diestro y fuerte;
de hoy más la quiero aprender.

(*Silbos dentro y grita. Despierten los dos.*)

DENTRO. ¡Ataja, ataja, que el toro
vuelve a las viñas.
D. MART. ¡Ay, cielo!
PÁEZ. ¡El toro!
DENTRO. ¡Ataja!
D. MART. Recelo
que quiere matarme el moro.—
¿Qué es eso, Amete?
AMETE. Señor,
pensé que el toro venia
y defenderte quería,
porque te he cobrado amor.
D. MART. ¡No me sirvas de esa suerte
ni me desarmes jamás!
Y tú, ¡bestia!, ¿dónde estás,
que estoy por matarte?
PÁEZ Advierte...
D. MART. ¿Qué he de advertir? ¡Vive Dios,
de darte una cuchillada!
¿Quitarme dejas la espada?
PÁEZ. Aquí estábamos los dos,
y por Dios que no le vi.
D. MART. Dame la mula, y tú, moro,
ve delante.
DENTRO. ¡Guarda el toro!
AMETE. ¡Qué buena ocasión perdí!

(*Vanse, y en pasando la grita del toro, salga* GASPAR SUÁREZ *y* DOÑA LEONOR.)

GASPAR.

Prima y señora mía,
a quien con tal primor compuso el cielo
como al sol para el día,
y en las tinieblas del obscuro velo
la luna y las estrellas,
aunque con mayor luz las vuestras bellas.
¿Cuál hombre más dichoso
de cuantos hizo Dios hallar se puede
que quien de vuestro esposo
merece el nombre? Pues si alguno excede
al que de primo tengo,
es éste de que hoy a honrarme vengo.
Si en el humilde estado
que puso a un pobre pastorcillo el suelo
os tuviera a mi lado
al sol de julio y de diciembre al hielo,
tan contento me viera
que poca envidia al Príncipe tuviera.
No hay cosa en que el deseo
de cuantas piensa el pensamiento humano
y con sus ojos veo
halle comparación con vuestra mano:
quien tiene esta riqueza,
dichoso le formó Naturaleza.

DOÑA LEONOR.

Los encarecimientos,
hijos tal vez de un ánimo fingido
en vuestros pensamientos,
no dudo, primo, que de amor lo han sido.
Mi amor quiere que os crea,
aunque más gala que contento sea.
Obligada me muestro,
puesto que en estimarme, señor mío,
estimáis lo que es vuestro,
y que me habéis de hacer merced confío,
pues estáis obligado,
por primo y por marido, a este cuidado.
Parece que en naciendo
mis padres sólo a vos me dedicaron,

y que apenas pudiendo
formar la voz, cuando ellos me criaron,
vuestro nombre aprendía,
y desataba en él la lengua mía.
Si hay letras en los ojos,
como decía un sabio, pues en ellos
los gustos, los enojos
escribe el alma y se conocen dellos,
en los míos cualquiera
vuestro nombre sospecho que leyera.
Para mayores muestras,
si a sus niñas alguno preguntara,
dijeran que eran vuestras,
que fué gusto del cielo que en la cara
dos esclavas tuviese,
porque en viéndome el dueño se supiese.

GASPAR.

¿Qué puede el amor mío,
Leonor querida, responder agora
sino algún desvarío?
Mirad en qué tenéis gusto, señora,
y mandad a quien creo
que tiene esclavo en vos hasta el deseo.
Ya suelen los amantes
las blancas perlas, de la mar espumas;
los eternos diamantes,
la fénix rara de purpúreas plumas
ofrecer a quien aman:
fuerza de amor los imposibles llaman.
No el ave del Arabia,
diamantes sí, con que se casa el oro,
que yo sé que se agravia
prometiendo imposibles el decoro
de un amor verdadero,
que lo que puedo dar prometer quiero.
Sedas, oro, diamantes,
pedid, mi bien, y si quien ama tiene
riquezas semejantes,
en menos que su gusto el vuestro ordene
en que servirle pueda
quien obligado de mandarle queda.
Mirad si el claro Tajo
queréis subir, aunque en batel pequeño,
o sus peñas abajo,
seguir su curso, cuando olvido y sueño,
caballos de la noche,
saquen del indio mar su negro coche.
Mirad si en esas huertas,
cuando el alba ceñida de alelíes
al sol abra las puertas
y él salga coronado de rubíes,
queréis entre las flores
oír las aves repitiendo amores.
Veréis cómo subido
sobre las ruedas de su centro bajo,
en plata convertido
madejas de cristal devana el Tajo,
para tejer labores
en las huertas de frutas y de flores.
Veréis las aves mudas
en los álamos altos escuchando
las cantoras azudas,
órganos destemplados imitando,
veréis en su instrumento
cantar las aguas y pararse el viento.
Si la pesca se acuerda,
por caña tomaréis de amor el arco
y por sedal la cuerda:
yo seré el pez, mi pensamiento el barco,
donde los dos iremos;
mis ojos, ríos; mis cuidados, remos.

DOÑA LEONOR.

Yo no tengo más gusto
que veros y adoraros, dulce esposo.

GASPAR.

Haga, pues es tan justo,
nuestras bodas el cielo generoso,
tan venturosas, prima,
que sola esta prisión la muerte lima.
Que viviendo más años
de los que suele dar Naturaleza,
y libre de los daños
que siguen a la dicha y la riqueza,
con sucesión dichosa,
os goce un siglo entero, dulce esposa.
No pueda mal suceso,
no golpe de fortuna hacer de suerte
que deje de estar preso,
a despecho del tiempo y de la muerte,
en la prisión que adoro.

DOÑA LEONOR.

¡Vos sólo sois mi bien!

GASPAR.

¡Vos mi tesoro!

(*Sale* RIBERA.)

RIBERA. ¡Albricias me puedes dar!
GASPAR. ¿De qué, Ribera?
RIBERA. Hoy sospecho
que acabará de llegar

el caballo más bien hecho
que hay desde el Tajo hasta el mar.
No ha visto el Andalucía,
perdónenlo a mi alegría
las dehesas gamenosas,
bestia con tantas graciosas
partes.

GASPAR. ¡Es ventura mía!
Toma este anillo, y con tinta
de tu buen gusto me pinta
ese caballo.

RIBERA. Tus manos
beso, honor de toledanos.
Oye una cifra sucinta.
El caballo es bayo oscuro;
bebe con blanco, y los cabos
son negros; de frente es duro,
de ojos rígidos y bravos,
puesto que hidalgo y seguro.
Es enjuto de mejillas,
alto de rostro y pequeño
de orejas; de las rodillas
firme, que bien puede el dueño
probarle de entrambas sillas.
Con anchos lomos, levanta
mejor las manos; espanta
con las narices abiertas;
venas muestra descubiertas
desde la cuja a la planta.
Algo sobre el vientre hinchados
muestra los lados; el pecho
por ancho iguala los lados;
de pie pequeño y estrecho
y de cascos bien formados.
Tiene viveza española;
una mancha blanca sola;
cola y clin que limpia, en fin,
las rodillas con la clin
y la tierra con la cola.
Es un clarín relinchando;
de la vista, si se atufa,
rayos de fuego arrojando,
y la espuma cuando bufa
a los que le están mirando.
Es arrogante de paso;
limpio, igual, lustroso y raso;
pero sólo considera
que si con alas naciera
fuera el caballo Pegaso.

GASPAR. Parece que estoy en él
según le pintas.

RIBERA. No siento
qué pueda decirte dél;
él tiene lindo contento,
muy bien te hallarás con él.

GASPAR. Buen caballo, buena espada
y buena mujer, decía
un caballero.

RIBERA. Y me agrada.

GASPAR. Buena, Ribera, es la mía;
bien puede ser estimada.

RIBERA. ¡Pesia tal!

D.ª LEO. Honraisme vos.

RIBERA. Para en uno sois los dos.

GASPAR. Honra y hacienda es poder
del mundo; mas la mujer
buena es de mano de Dios.—
¿Qué nombre le llamaremos
al caballo?

RIBERA. Por lo vivo,
Truhán llamarle podremos.

GASPAR. Aunque es humilde y no altivo,
alto, ese nombre le demos.

D.ª LEO. No me agrada.

GASPAR. Pues, Leonor,
¿sabéis vos nombre mejor?

D.ª LEO. No; pero dame molestia
el ver que truhán y bestia
morirá de hambre, señor.

GASPAR. ¡Qué discreto advertimiento!
No ha de ser bestia el truhán.
¿Es caballo corpulento?

RIBERA. Sí, señor.

GASPAR. ¿Será Roldán
buen nombre?

RIBERA. Dióme contento.
Ese se llame.

D.ª LEO. Y a mí
me parece bien ansí.

(Entra FRANCISCA, *criada.)*

FRANCISC. El sastre ahora ha venido
para probarte el vestido.

D.ª LEO. ¿El blanco?

FRANCISC. Señora, sí.
Y también trujo el platero
la cintura aderezada.

D.ª LEO. Probarme el vestido quiero.
Adiós.

GASPAR. Adiós, prenda amada;
bien de quien mi bien espero.
¿Hay contento como ver
una gallarda mujer
honrar una casa noble?

RIBERA. Con hijos tendrás al doble
ese contento y placer.
GASPAR. Démelos Dios de Leonor
para servirle, y sean tantos
que me empobrezcan.
RIBERA. ¡Qué amor!

(*Entra* ANA, *criada, y* LAURENCIO.)

LAURENC. No hagas tantos espantos,
Ana.
ANA. Aquí está mi señor.
GASPAR. Laurencio, bien seas venido.
LAURENC. Tú mil veces bien hallado
y bien casado.
GASPAR. Ya he sido
bien hallado y bien casado.
¿Cómo por Málaga ha ido?
¿No viene acá tu señor?
LAURENC. Pensó venir y no pudo.
GASPAR. ¿No hubo esclavo?
LAURENC. Y el mejor
de Berbería.
GASPAR. No dudo
las partes de su valor
escogido de tal gusto.
¿Es hombre fuerte?
LAURENC. Es robusto;
trabado, moreno, bravo
y muy galán, aunque esclavo.
RIBERA. Hoy te viene todo al justo.
Ya el caballo y los demás
que tienes tendrán quien tenga
cuidado dellos.
LAURENC. Si estás
de gusto para que venga,
iré por él.
GASPAR. Bien podrás.
¿De quién le compró?
LAURENC. Traía
este moro un caballero
que de Valencia venía.
Dióle por menos dinero,
aunque por más cobardía,
de lo que allá le costó,
y es que dice que le vió
con una espada desnuda
un día, y que tuvo duda
si quiso matarle o no.
GASPAR. ¡Lindo miedo en caballero!
LAURENC. El moro realmente es fiero,
no de rostro, mas de fuerza,
que no hay hombre que le tuerza
el brazo.
GASPAR. Ese esclavo quiero.
LAURENC. Sobre la palma levanta
un hombre; dos herraduras
como dos naipes quebranta.
RIBERA. Tú tienes lo que procuras.
LAURENC. Ana de verle se espanta.
GASPAR. Ve por él.
LAURENC. La carta dejo
con la ropa.
GASPAR. Tiempo habrá.
ANA. ¡Ay, señor, no te aconsejo
que venga este moro acá!
GASPAR. Tendráme como un espejo
los caballos este moro;
estímole a peso de oro,
no puedo vivir sin él;
si es fuerte y sale fiel
vale, Ribera, un tesoro.

(*Entra* AMETE *y* LAURENCIO.)

LAURENC. Entra y échate a sus pies.
AMETE. ¿Es éste el señor?
LAURENC. El es.
GASPAR. ¡Bravo esclavo, por Dios!
RIBERA. ¡Bravo!
AMETE. Aquí tienes a tu esclavo
para que los pies le des.
GASPAR. ¿Cómo te llamas?
AMETE. Amete.
GASPAR. ¿Qué nación? ¿Que tu persona
buen servicio me promete?
AMETE. Galán soy de Meliona.
GASPAR. ¿Serás por fuerza jinete?
AMETE. Bien sé por dónde se bate,
con el agudo acicate,
con más gracia y perfeción.
GASPAR. Sirve bien, que la afición
es la puerta del rescate.
¿Quién te cautivó?
AMETE. Un don Juan
del hábito de San Juan,
con las galeras de Malta.
GASPAR. ¿Eras cosario?
AMETE. No es falta.
GASPAR. ¿Y dónde?
AMETE. A vista de Orán.
GASPAR. ¿Viste a Nápoles?
AMETE. Ya vi
a Nápoles otra vez,
señor, que cautivo fuí,
que soy pieza de ajedrez

y ando de aquí para allí.
Juega fortuna conmigo:
de las casas que ha mudado
vengo a la tuya.

GASPAR. Un amigo,
si tú eres bueno, has hallado.

AMETE. El tiempo doy por testigo.

GASPAR. ¿Qué señal tienes ahí?

AMETE. Heridas son, que en Orán
de cristianos recebí;
y éstas, que frescas están,
es que a tu puerta caí,
que al ir a entrar tropecé
y me quedé sin sentido;
pero luego imaginé,
pues a servirte he venido,
que la posesión tomé.
Ya tengo perdido el miedo
que no tendré libertad:
para siempre esclavo quedo.

GASPAR. Verás aquesta ciudad;
bien te agradará Toledo.
Entra y dale que meriende,
Ana; y tú, Laurencio, toma
este doblón.

LAURENC. ¡Quién no emprende
servirte!

AMETE. ¡Ah, cruel Mahoma!

LAURENC. Tú quedas con rico fende (1).
No hay sino servir y ser
fiel, que te vestirán
que todos tengan que ver.

AMETE. ¿Cómo vestirme podrán,
desnudo de tal placer?

(*Vanse todos, excepto* ANA *y* AMETE.)

ANA. Triste quedas.

AMETE. No he quedado
triste del dueño que tengo.

ANA. Estuvieras engañado.

AMETE. Estoy triste porque vengo
de un alto a un humilde estado.

ANA. Es mi señor tan galán,
tan noble y tan virtuoso,
que aunque habrás visto en Orán
su general generoso
y los que con él están,
no habrás tratado persona
de valor y entendimiento
como la suya.

(1) Palabra árabe desfigurada, por *Efendi* (señor).

AMETE. Aficiona
su talle. Mis penas siento.

ANA. ¿Dejas algo en Meliona?

AMETE. No dejo sino en Valencia
la mitad del alma agora.

ANA. Menester habrás paciencia.
¿Quién es?

AMETE. Una hermosa mora
que ha hecho al sol competencia.

ANA. ¿Era tu mujer?

AMETE. Un mes
estuvimos desposados.

ANA. ¡Mudanza del mundo es!
Merienda, y de tus cuidados
me darás parte después.
¿Comes tocino?

AMETE. ¿Tocino?

ANA. Si te quieres alegrar
bebe un traguillo de vino,
que sola para llorar
es buena el agua imagino.

AMETE. A Mahoma tengo miedo.

ANA. Si creyeras en el Credo
no le tuvieras.

AMETE. ¡Paciencia!
Viva Argelina en Valencia
y muera Amete en Toledo.

(*Váyanse, y entren* CORCUERA *y* BELTRÁN, *lacayos.*) (1)

CORCUERA. ¡Otra vez quiero abrazarte!

BELTRÁN. Bien lo debes a mi amor.

CORCUERA. Deja, Beltrán, el temor
y las desdichas aparte,
que mejor tierra es aquesta.

BELTRÁN. ¡Ay, Corcuera! ¿Cómo puedo?

CORCUERA. ¿Pues no te alegra Toledo
y el vernos andar de fiesta?

BELTRÁN. El haber venido a él,
más por fuerza que por gusto,
me ha dado aqueste disgusto,
aunque hay tanto gusto en él.
Estaba, Corcuera hermano,
vuestro servidor Beltrán
con el famoso don Juan
de Castelví, valenciano;
hombre de la Cruz Bautista,
y a fe, gallardo soldado,
y que pudiera a su lado
perder mi oficio de vista.
Porque, en fin, en las galeras

(1) En el reparto, a Corcuera le llama Corbera.

seguí diversas derrotas,
en corso de galeotas
y con sus blancas banderas.
Adonde por mi valor
me prometió media cruz,
con que habiendo poca luz
fuera yo Comendador.
Y quiso el diablo...

CORCUER. ¿Qué quiso?

BELTRÁN. Que a Valencia me envió
con dos esclavos, que yo
fuí carabela de aviso
de una cierta doña Juana.
Mandóme el uno vender;
vendíle, y pudiera ser
que mi condición liviana,
no se ofreciendo ocasión,
fuera en guardarle discreto
el oro; pero, en efeto,
la ocasión hace al ladrón.
Con cien escudos pasaba
la plaza de la Olivera,
donde estaba una bandera
y mi desventura estaba
Entré; vi jugar; jugué
un escudo; perdí, y luego,
picado, dije: Otro juego;
perdí dos, y otro saqué.
Fuése con los dos, y al punto
saco tres ; pierdo los tres;
venme el oro y meten pies
como cuervos al difunto.
Echo un azar, saco veinte;
paro en un siete y llevar,
y tras aquél echo azar.
¿Qué quieres más que te cuente?
Jugué aquéllos, y jugué
los que llevaba el jubón,
que era escritorio y cajón
de lo que en Italia hurté.
Como me vi sin el plus,
y que si comer quería
había de andar cada día
a la sopa de Jesús,
no pude a Italia volver,
ni a la dama me atreví.

CORCUERA. ¿Es ésa la historia?

BELTRÁN. Sí.

CORCUERA. Pues bien, ¿qué se puede hacer?
Ya es perdido ese don Juan;
quizá fué por vuestro bien,
y en esta ciudad también
mil don Juanes se hallarán.
Por dicha en la guerra os dieran
tostones en colación,
destos que de plomo son,
o alguna burla os hicieran
destas minas del abismo,
que un hombre, en estando rota,
salta como una pelota
y se hace falta a sí mismo.
Mejor es andar por llano,
aunque no lo está Toledo;
mas no hay de caer el miedo
que allá por la guerra, hermano.
Más vale aquí la ración
de un grande de Jesucristo
que cuantas pagas he visto
en el mejor escuadrón.

BELTRÁN. ¿Pues qué, Grandes hay aquí?

CORCUERA. Los canónigos son grandes
desta Iglesia, y no hay más Flandes
que servirlos.

BELTRÁN. ¿Cómo así?

CORCUERA. Una mula, y a sus horas,
y adiós, como al punto acuda.

BELTRÁN. No hay en estrado viuda,
perdónenme las señoras,
como una mula con tocas.
¡Con qué seso está a la puerta
de una iglesia!

CORCUERA. Es cosa incierta.

BELTRÁN. Y las visitas son pocas.
Pero todo es día y vito,
y esto de ver babear
una mula, no hay pescar
con caña ni con garlito
que quiera más sufrimiento.
Mejor vivo a lo seglar.

CORCUERA. De todo se puede hallar
a quien servir a contento.
El Corregidor tenía
necesidad de un lacayo.

BELTRÁN. ¿Quién es?

CORCUERA. ¡Oh, pesia a mi sayo!
Honor del Andalucía:
Juan Gutiérrez Tello.

BELTRÁN. ¿Quién?

CORCUERA. Tello el bravo.

BELTRÁN. ¡Pesia tal!

CORCUERA. Este no os estaba mal.

BELTRÁN. Antes me estuviera bien.

CORCUERA. Sin eso hay aquí señores
Ayalas, Lasos, Riberas,

Guzmanes, Toledos, Veras,
Jurados y Regidores,
y mercaderes, que son
gente noble y principal:
indianos en el caudal,
reyes en la condición.
Es la gente de Toledo
afable, discreta, honrosa,
caritativa, piadosa
más que encarecerte puedo.
Es para los forasteros
liberal; y pues de bravo
te picas, eso te alabo,
porque hay famosos aceros.
Sirve aquí; deja la Corte,
que es Babilonia, Beltrán,
y de una ración que dan
se paga primero el porte.
Aquí hay ventillas, y iremos
a merendar ensalada,
pie de puerco y empanada;
de Burguillos beberemos.
Y no faltarán dos sotas
mejores que en Manzanares.

BELTRÁN. Quitado me has los pesares,
el ánima me alborotas.
Búscame un amo, aunque sea
en un Cigarral.

CORCUERA. Querría
acomodarte este día
con quien te diese librea.

BELTRÁN. ¿Hay casamiento?

CORCUERA. No digo,
sino de toros y cañas.

BELTRÁN. ¡Esas son telas de arañas
y amapola en verde trigo!
Sale un lacayo famoso
con dos rejones al lado
de un bayo rucio rodado,
sonando el pretal lustroso.
Lleva un coleto gentil
de badana acuchillado,
calza y jubón nacarado,
con velo blanco y sutil
de plata, de poca estima,
que parece todo entero
asadura de carnero,
con su tela por encima.
Y cuando libra el pellejo
y se acuesta muy cansado,
halla el vestido arrugado,
que parece trapo viejo.
Véndele por la mañana,
y da un ropante por él,
por oro de cascabel,
tres reales de mala gana.

CORCUERA. En la iglesia entrado habemos.
Esta es la famosa nave
de San Cristóbal.

BELTRÁN. ¡Qué grave
gente!

CORCUERA. Aquí nos apartemos.
En esta nave se embarca
de Toledo la nobleza;
cada día aquí se reza
todo lo que el mundo abarca.
Es como patio en Palacio,
o cual Gradas en Sevilla.

BELTRÁN. ¡La máquina maravilla!

CORCUERA. Quiere ingenio y quiere espacio.

(*Entren* GASPAR SUÁREZ *y su hermano, y otros cuatro* CABALLEROS.)

GASPAR. Ya digo que jugaré,
aunque recién desposado.

CAB. 1. Mucho me habéis obligado.

HERMANO. Y yo con mi hermano iré.

CAB. 2. Caballos no han de faltar.

GASPAR. Hoy me ha de llegar un bayo
que puedo llamarle el rayo.

CAB. 2. Bueno será para entrar.

CAB. 3. ¿Jugará el Corregidor?

HERMANO. ¿Quién duda que jugará?

CAB. 4. ¡Buenos caballos tendrá
de la Corte!

GASPAR. ¿Quién mejor?

CAB. 1. ¿Qué librea sacaréis,
si como el nombre andáis franco?

GASPAR. Raso azul, pajizo y blanco.

CAB. 2. Ninguna cosa tenéis
de las que decís aquí
en vuestra prima empleado,
pues ni sois casto casado
ni lo demás.

GASPAR. Es ansí;
pero son propias colores
de mi Leonor.

CAB. 3. Lo leonado
era del nombre.

GASPAR. Es cansado
sin mucha plata, señores.
Y aunque yo lo pienso echar,
menos con lo blanco obliga.

CAB. 3. Su color don Pedro diga.

CAB. 1. Mi dueño me la ha de dar.
CORCUERA. Llegaré por aquel lado
y al que te digo hablaré,
que ha puesto casa.
BELTRÁN. No sé
si estando ya desposado
será acertado, Corcuera,
que acabados de casar
se retiren a ahorrar
y anda la ración ligera.
CORCUERA. Este es hombre principal
y muy rico, y tan gallardo,
que si te recibe aguardo
de su mano liberal
gran remedio para ti.—
Dos palabras le quisiera
a vuesa merced.
GASPAR. Afuera
me podéis hablar, no aquí.
CORCUERA. Es porque viera este mózo,
si dél hay necesidad.
GASPAR. ¿Conócenlo en la ciudad?
CORCUERA. Sí, señor.
BELTRÁN. ¡Salto de gozo!
GASPAR. Llevalde a casa después
que se van estos señores.
HERMANO. Reñir sobre las colores
primer capítulo es
del concierto de unas cañas.
CAB. 1. Vamos.
CAB. 2. No quede por eso,
desconfianzas profeso,
tengo esperanzas extrañas.
Y es lo verde impropio en mí.
CAB. 3. Quiero daros mi color,
si la tenéis por mejor.
CAB. 2. Pues quede ansí.
CAB. 3. Quede ansí.

(*Vanse.*)

CORCUERA. Que le vaya a ver después
dijo.
BELTRÁN. Pues vamos los dos.
CORCUERA. Si te acomodas, por Dios,
que del cabello a los pies
te enviste de terciopelo,
que tiene cien mil ducados.
BELTRÁN. Con seis hijos y doblados
los goce.
CORCUERA. Ruégalo al cielo.
BELTRÁN. ¿Tienes adonde acudir?
CORCUERA. Cierta pobreta me aguarda.
BELTRÁN. ¿Qué gente?
CORCUERA. Estameña parda
acabada de tundir.
BELTRÁN. Mejor dirás batanar.
¿Hay hermana, prima o tía?
CORCUERA. Hay madre.
BELTRÁN. ¿Es vieja?
CORCUERA. Es arpía;
mas puédete regalar.
BELTRÁN. ¿Habrá siete y seis?
CORCUERA. Añade...
BELTRÁN. Dilo.
CORCUERA. Un as.
BELTRÁN. ¡Válame Dios!
CORCUERA. Y aún le quito más de dos;
mas puede ser que te agrade.
BELTRÁN. ¿Es sesenta?
CORCUERA. Punto menos.
BELTRÁN. ¿Pues cómo me ha de agradar?
CORCUERA. Porque un no pedir y un dar
ha entretenido a mil buenos.
BELTRÁN. Materia (1) es la carga; camina.
CORCUERA. La esquina desta calleja
habita.
BELTRÁN. ¿No basta vieja,
sino vivir en esquina?
Taberna parecerá.
CORCUERA. Verdad.
BELTRÁN. ¿Hay dos puertas?
CORCUERA. Sí,
que unos entran por allí
y otros salen por allá.

(*Vanse, y entre* AMETE.)

AMETE. Penosa y mísera vida,
para los bienes ligera,
pesada para los males,
que allí paras y aquí vuelas!
¿Qué he de hacer en tal desdicha,
viendo que ya no me queda
remedio para librar
el alma que está en Valencia?
¡Dejadme, tristes memorias,
que la mayor de las penas
no es perder las glorias, no,
sino la memoria dellas!
De todo quiero olvidarme,
porque no es razón que venza

(1) Así en los textos; pero es errata evidente, y además el verso largo. Se escribiría así: Mala es la carga; camina.

un corazón como el mío
memorias flacas y tiernas.
¿Debajo de qué fortuna
bajó conmigo la rueda?
No fué tanta mi desdicha
como mi memoria piensa.
No en galeras de cristianos,
con el remo y con la fuerza,
azoto el mar y me azota
el duro cómitre en ellas.
No despierto al sonoroso
pito, ni al alba risueña
sacudo almilla o capote
el bonete o la cadena.
En buena ciudad estoy:
rica, ilustre, hermosa y bella;
buen amo tengo y buena ama,
amor notable se muestran.
Mozos son, recién casados;
pero la envidia me aqueja
de ver que en su propio nido
como palomas se besan.
El es discreto y galán,
ella gallarda y discreta;
sus criadas virtuosas
cuidan mi comida y cena.
¡Ay, sueño, olvídame un poco
de memorias lisonjeras!
Duerma un esclavo, que en fin,
es libre en tanto que duerma.

(*Recuéstase, y salgan* DOÑA LEONOR *y* ANA.)

D.ª LEO. Ana, mucho se ha tardado
mi primo esta vez.

ANA. No creas
que ajeno gusto le ocupe,
si alguna malicia piensas.
En la iglesia estará agora.

D.ª LEO. ¿Agora estará en la iglesia?

ANA. Sí, señora, y divertido,
como es ocasión de fiestas.

D.ª LEO. Las fiestas de un desposado
no las tengo yo por buenas
fuera de casa.

ANA. Ni yo
tengo por buenas tus quejas.
Mi señor te está adorando.

D.ª LEO. Ana, pagará la deuda
que debe a mi grande amor.

(AMETE, *durmiendo.*)

AMETE. Toda es desdichas la guerra.

D.ª LEO. ¿Quién habla aquí?

ANA. ¡Ay, Dios, no sé!

D.ª LEO. El moro parece; llega
y échale de aquí.

ANA. Entre sueños
habla.

D.ª LEO. Está un momento atenta.

AMETE. Para poderme librar
ningún remedio me queda
si no es matar.

D.ª LEO. ¿A quién dijo?

ANA. No dijo a quién.

AMETE. ¡Mueran! ¡Mueran!

Dª LEO. ¿Qué es esto, moro? ¿Con quién
hablas?

AMETE. ¿Yo hablaba?

D.ª LEO. Despierta,
y otra vez no entres aquí.

AMETE. Perdona. ¡Ay, querida tierra!
Si pudiera conquistarte
con mis suspiros, Valencia,
con los de un hora no más
ya no tuvieras almena.

D.ª LEO. Vete a la caballeriza,
moro, y nunca sin licencia
a estos corredores subas.
¡Toda la sangre me altera!

(*Entra* GASPAR SUÁREZ.)

GASPAR. ¡Hola! Tomá aquesta capa.

(*Criados se la quitan.*)

D.ª LEO. Primo, bien venido seas.

GASPAR. Quien viene a tus brazos viene,
prima, a un cielo de la tierra.

D.ª LEO. ¿Cómo te has tardado tanto?

GASPAR. Estos señores que juegan
las cañas me han detenido,
y que los juegue...

D.ª LEO. No temas.

GASPAR. Me mandan, por vida tuya,
y aun quise decir me ruegan,
según me han importunado,
que mis fiestas, Leonor bella,
son adorar esos ojos.

D.ª LEO. Mi vida, si tú te huelgas,
yo recibo mucho gusto.

GASPAR. ¡Guárdete Dios! ¡Qué discreta!

D.ª LEO. ¿Escogiste las colores?

GASPAR. Sí, mi señora.

D.ª LEO. ¿Qué llevas?

GASPAR. Azul, amarillo y blanco.

Escucha, no te entristezcas.
Lo azul significa el cielo,
que comparo a tu belleza;
lo amarillo, el sol que sale,
y en tu verde edad comienza
a fertilizar el año,
que por muchos años sea;
lo blanco es la fe, que tiene
tal blancura la pureza
con que mi alma te adora.

D.ª LEO. Bien obligada me dejas.
Y en tiempo que me encareces
y que de verme te alegras
mercedes quiero pedirte.

GASPAR. No agravies lo que desea
servirte un alma tan tuya.

D.ª LEO. El moro no me contenta
que has comprado.

GASPAR. No prosigas;
luego al instante se venda.

Dª. ANA. Oíle ciertas palabras
durmiendo, y si cuando sueña
habla de matar y herir,
mejor lo hará si despierta.

GASPAR. Mañana a Madrid le envío.

D.ª LEO. Temo, señor, que se atreva
a algún criado de casa
o alguna gente de fuera.—
Ya vino vuestro caballo.

GASPAR. Dadme, señora, licencia
para verle.

D.ª LEO. Iré con vos,
porque yo también lo vea.

GASPAR. ¡Hola! Sáquenle a ese patio.

D.ª LEO. Creedme que es una perla.

GASPAR. Si vos le dais ese nombre,
haréle una caja.

D.ª LEO. Tenga
éste solo, por mi vida.

GASPAR. Más que la Naturaleza
habéis hecho, mi señora;
que Naturaleza engendra
perlas en nácar, y vos
hacéis de las bestias perlas.

ACTO TERCERO

DEL AMETE DE TOLEDO

(*Salen* BELTRÁN y CORCUERA.)

CORCUERA. ¡Qué buen agradecimiento
de haberos acomodado!

BELTRÁN. He andado muy ocupado
y sólo al servicio atento,
que vos sabéis que merece
Gaspar Suárez, mi señor,
cuya virtud y valor
hoy como el sol resplandece.
Fuera desto, habéis estado
en la aldea, y yo en Madrid.

CORCUERA. A qué fuistes me decid,
que ya os tengo disculpado.

BELTRÁN. Fué por caballos mi amo,
y volvió a traer de allá
aquel Amete, a quien ya
por todo extremo desamo;
que le quería vender
por gusto de mi señora.

CORCUERA. Bien ha hecho, porque agora
pienso que le ha menester.

BELTRÁN. Hallóle ya puesto en venta,
y el moro se enterneció
de verle: al fin le obligó
a volverle.

CORCUERA. ¿Está contenta
vuestra señora con él?

BELTRÁN. No mucho, porque el esclavo
es muy arrogante y bravo,
aunque seguro y fiel.
Pero debe de fundarse
en que es caballero.

CORCUERA. Todos
los esclavos se hacen godos.

BELTRÁN. Este bien puede estimarse,
que yo me hallé con don Juan
el día que le prendió
y sé el valor que mostró.

CORCUERA. ¿Luego aqueste fué, Beltrán,
el que en Valencia vendistes?

BELTRÁN. Este fué aquel que jugué,
cuyo dinero se fué
de la manera que vistes.

CORCUERA. ¿Y está el moro bien con vos?

BELTRÁN. Yo a lo menos estoy mal
con él.

CORCUERA. Eso es natural;
sois elementos los dos.

BELTRÁN. Es un perrazo arrogante,
a quien dan algunos días
tan fieras melancolías
que no hay ponerse delante.
En lo demás, si por dicha
algún día está contento,
muestra buen entendimiento.

CORCUERA. Dichosa fué su desdicha
si por aqueste camino
viene a conocer a Dios.
BELTRÁN. ¿Y cómo?
CORCUERA. ¿Reñís los dos?
BELTRÁN. Sí, mas no sobre el tocino,
como los perros y gatos.
CORCUERA. Ya es tarde y querrá cenar
mi señor; dame lugar.
BELTRÁN. Acá ya suenan los platos.
CORCUERA. Pues entrad, y por mi vida
que os dejéis ver.
BELTRÁN. Vos veréis
la enmienda.
CORCUERA. Entre siete y seis,
Beltrán, mañana os convida
a lo del Santo Corcuera
junto a la plaza Mayor.
BELTRÁN. Allá voy como un azor;
mas sea la fiesta entera
y despertemos el vino.
CORCUERA. Tocino lo habrá de hacer.
BELTRÁN. Alcahuete del beber
llamó un flamenco al tocino.

(*Entrense, y salen* GASPAR SUÁREZ *y* DOÑA LEONOR.)

GASPAR. Pienso que os habéis holgado.
D.ª LEO. Nunca me huelgo sin vos.
GASPAR. Que os lo pago sabe Dios,
prima, en el mismo cuidado.
¿Qué dijeron del vestido
esas señoras?
D.ª LEO. Que fué
de vuestro gusto.
GASPAR. No sé,
prima, si del vuestro ha sido.
D.ª LEO. La cadena de diamantes
les agradó.
GASPAR. Yo quisiera
que toda de estrellas fuera,
al mismo sol semejantes.
Desea mi justo amor
serviros en cuanto puede,
y es fuerza que atrás se quede
por no igualar su valor.
Que si con él se midieran
las fuerzas, no hay India agora
para serviros, señora;
pobres sus riquezas fueran.
Oro pisaran los pies
que pueden pisar mis ojos,
donde el amor sin despojos
confiesa que no lo es.
Cuanto produce la aurora
de ricas piedras vistiera
de esa alma la rica esfera,
que es vuestro cuerpo, señora.
Si Naturaleza rara
segundas perlas hiciera
de Cleopatra y menos fuera
de sus milagros avara,
de cada sutil cabello
una colgara, por Dios;
pero hizo solas dos,
porque no pudiese hacello.
D.ª LEO. Tantas mercedes me hacéis,
tantos regalos me dáis,
que pienso que conquistáis,
Gaspar, lo que ya tenéis.
Mirad que lo que es tan vuestro
no se ha de tratar ansí,
que sospecharán de mí
que menos amor os muestro.
Y creed que me ganáis
en mercedes que me hacéis,
porque como hombre podéis
y porque obligado estáis.
Pero en amor no es posible.
GASPAR. ¿Cómo no, si os quiero tanto?
D.ª LEO. ¿Queréis que os diga yo cuánto?
GASPAR. Sí.
D.ª LEO. Oíd este imposible:
Si el mundo todo en mi poder tuviera,
por rey del mundo, primo, os coronara,
y si pudiera hacer mundos, formara
otros mil mundos, que a esos pies pusiera.
Si el cielo dilatar me concediera
las vidas de los hombres, dilatara
la vuestra tanto, que hasta el fin llegara
del fin universal que el mundo espera.
Y si de Ovidio el artificio extraño
se extendiera a sucesos verdaderos
y su transformación no fuera engaño,
me convirtiera en vos para teneros
el amor que os tenéis; si no me engaño,
yo os quiero más que vos podéis quereros.
GASPAR. Agradezco la merced
que me habéis hecho, Leonor;
pero que igualáis mi amor
por imposible tened.
D.ª LEO. Yo lo tengo por posible.
GASPAR. ¡Eso no!
D.ª LEO. ¡De vos me espanto!
GASPAR. ¿Queréis que os diga yo cuánto?

D.ª LEO. Sí.
GASPAR. Oíd este imposible:
Si fuera yo la juventud florida,
en vuestra verde edad me aposentara,
y si fuera yo el tiempo, me parara
para que fuera eterna vuestra vida.
Si fuera el sol, la luz esclarecida
de vuestros ojos por mi luz tomara,
para que el mundo, en viéndola, os llamara
sola del sol de tanta luz vestida.
Si no hubiérades sido, para hacerme
un ser de vuestro ser, a pensar vengo
que a poder ser, que lo que no es se vea,
no quisiera haber sido, por no verme
con ser sin vos, porque este ser que tengo
es ser por vos hasta que ser no sea.
D.ª LEO. Vencióme el entendimiento,
no el amor.
GASPAR. Amor, señora,
es mi entendimiento agora
y alma de mi pensamiento.
No tenéis que porfiar,
siempre mi amor es mayor.

(*Entra* ANA.)

ANA. Ya si quiere mi señor,
señora, puede cenar.
D.ª LEO. ¿Está a punto?
ANA. Sí, señora.
D.ª LEO. Entrad, mi bien.
GASPAR. Voy con vos.—
¿Qué es eso?
D.ª LEO. ¡Válgame Dios!
GASPAR. ¡Buen galán he sido agora!
D.ª LEO. Descorchóseme el chapín.
GASPAR. ¿Hicisteos mal?
D.ª LEO. No es nada.

(*Vanse, y entre* AMETE, *y quede* ANA.)

AMETE. Ana, ¿en qué estás ocupada?
ANA. ¿Por qué lo dice el mastín?
AMETE. ¡Para como vengo yo
es esa respuesta buena!
ANA. Amete, mi señor cena;
¿quieres otra cosa?
AMETE. No.
Pero vive Dios que tienes
un desabrimiento en ti...
ANA. Pues bien, ¿qué quieres de mi?
AMETE. ¿Qué he de querer?
ANA. ¡Bueno vienes!
Como no tienes costumbre,
yo apostaré que algún trago
ha hecho en ti más estrago
que en Beltranillo un azumbre.
AMETE. ¡Vive Dios!
ANA. ¡Perro! ¿Tú a mí
la mano alzada? ¡Pues calla!

(*Vase.*)

AMETE. No sabe ésta que me halla
como en mi vida me vi.
Anda desde anoche en mí
una batalla tan fiera,
que parece que me altera
todos los cinco sentidos
de ver al alma ofendidos
donde libertad no espera.
Grande tristeza me ha dado
tu carta, hermosa Argelina,
pues ya tu amor imagina
que de ti vivo olvidado.
Yo te escribiré el estado
en que está tu pobre Amete:
piénsasme en Orán jinete,
piénsasme en la mar delfín;
¡ay, que no sabes el fin
que esta prisión me promete!
¡Qué fiera melancolía!
¡Ay, mi patria; ay, cielo santo!
¡Ojos ha bañado el llanto
que el mismo fuego solía!
Eterna tristeza mía,
¿qué tienes hoy más que ayer?
De mi amo y su mujer
creo que nace esta rabia,
no porque nadie me agravia,
pero por verlos querer.

(*Entra* BELTRÁN.)

BELTRÁN. Pues, Amete, ¿cómo va?
AMETE. No estoy para burlas.
BELTRÁN. ¿No?
AMETE. ¡No, digo!
BELTRÁN. ¡Pues quiero yo!
AMETE. ¡Déjame, quítate allá!
BELTRÁN. ¿Hate mordido algún perro?
Entra, que te quiere dar,
Figueroa, de cenar.
AMETE. ¡Déjame!
BELTRÁN. No atarte es yerro.

(*Entrese* AMETE.)

¿Qué diablos tiene ese galgo,
que hoy nos pone a todos miedo?

(*Entra un* PAJECILLO.)

PAJE. Beltrán.
BELTRÁN. ¿Qué hay, niño?
PAJE. Oye quedo.
BELTRÁN. Ya entiendo; que luego salgo,
en cenando mi señor.
PAJE. Mira que parece honrada.
BELTRÁN. ¿Viene tapada?
PAJE. Tapada.
BELTRÁN. ¿Buena ropa?
PAJE. Y buen olor.
BELTRÁN. Alguna que habrá caído
en el talle de Beltrán
destas pobretas que van
a la sopa de Cupido.
Si preguntaren por mí
di que a la esquina llegué.
PAJE. Vete, que yo lo diré.

(*Vase* BELTRÁN.)

ANA. (*Dentro.*) ¿Pues tú me tratas ansí?
¿La cena que está en la mesa
me arrebatas?
AMETE. ¿Pues qué quieres?

(*Sale* AMETE, *con un plato comiendo.*)

¡El diablo son las mujeres!
¡De que no le di me pesa
con el plato, vive Dios!
GASPAR. Ana, ¿qué es eso?
ANA. ¡Este moro,
que anda bravo como un toro!
GASPAR. ¿Por qué le dejáis las dos
que suba arriba?
ANA. La cena
me ha tomado.
GASPAR. Espera un poco.
D.ª LEO. ¿Adónde váis? ¿Estáis loco?
PAJE. Amete.
AMETE. ¿Qué?
PAJE. Tengo pena
que señor te quiere dar.
AMETE. Lleva este plato allá dentro.
PAJE. Muestra.
AMETE. Vete, pues.
PAJE. Ya entro.
AMETE. ¿Qué haré?
PAJE. Limpiarte y negar.

(*Entra* GASPAR SUÁREZ *con una caña.*)

GASPAR.

¡Perro! ¿De cuándo acá sois atrevido?
¿Para eso os truje de Madrid, bellaco?
¡Cuán mejor estuviérades vendido!

AMETE.

Señor...

GASPAR.

¡Con humildades no me aplaco!

AMETE.

¿Palos, cristiano, a un hombre bien nacido?

GASPAR.

¡Pues vive Dios que si la espada saco...!

AMETE.

¡Pluguiera a Dios que cuatro cuchilladas
dejaran esta cara y barba honradas!

GASPAR.

¿Palos siente un esclavo?

AMETE.

¡Basta, tente!

(*Sale* DOÑA LEONOR.)

DOÑA LEONOR.

¡Jesús, y qué disgusto!

AMETE.

¡Ay, cielo airado!

GASPAR.

¡Perro, bellaco, bárbaro, insolente!

DOÑA LEONOR.

¡Dejalde! ¡Buena cena me habéis dado!

GASPAR.

En sufriendo a un esclavo impertinente
por momentos será desvergonzado.
¡Yo os haré que sepáis que las criadas
han de ser en mi casa respetadas!
¿Vos tomalle la cena de la mesa?

DOÑA LEONOR.

¡Basta, señor! ¡Entraos, por vida mía!

GASPAR.

¡La desvergüenza del perrazo!

(*Entranse los dos.*)

AMETE.

Hoy cesa
la vida, la esperanza y la porfía.
Hoy me levanto a la mayor empresa,
ya que la rabia del furor me guía
que ha cabido en esclavo eternamente,

pues he sufrido que Gaspar me afrente.
¿Palos a mí, que general he sido?
¿Palos a mí, galán de Meliona?
¿Palos a mí, que tantos he vencido
en los campos de Orán por mi persona?
¿Al bárbaro más noble y bien nacido
de cuantos hoy el Africa corona
palos con una caña, y en España,
donde es mayor la infamia con la caña?
¿Qué guardo yo la vida, si en Toledo,
tan lejos de mi patria, pobre esclavo,
la tengo de acabar? ¡Afuera miedo,
pues la desdicha con la vida acabo!
Con un cuchillo remediallo puedo:
vitupero el vivir, la muerte alabo.
¡Blasfemo de Mahoma! ¿A mí de palos?
¡Los buenos con agravios se hacen malos!

(*Vase.*)

ANA, (*Dentro.*) ¿Adónde vas desa suerte?
¿Estás loco, moro infame?
¡Señor! ¡Señor!

GASPAR. Figueroa,
¿qué es eso?

ANA. ¡Este perro alarbe,
que de aquí tomó un cuchillo!

GASPAR. ¡Beltrán! ¡Hola, Enrique! ¡Pajes!

ANA. Ninguno está aquí, señor.

GASPAR. ¿Déjanme cenando y vanse?
¡Dadme unas esposas presto!

D.ª LEO. Señor, importa que llames
algún hombre que te ayude.

GASPAR. Corriendo salgo a la calle.

(*Sale.*)

¡Señor capitán Guevara!

CAPITÁN. ¿Quién es?

GASPAR. Yo soy, Gaspar Suárez.

CAPITÁN. ¿Qué quiere vuesa merced?

GASPAR. Mande que al instante bajen
vuesa merced dos criados,
para que me tengan y aten
este moro.

CAPITÁN. Iré yo mismo.

GASPAR. Quiero entrar y amenazarle,
que si contra mí se vuelve
¡vive el cielo que le pase!
¿Agora cerráis la puerta?
¡Mas si es él! ¡Amete, abre!
¡Abre, Amete! ¡Hola, Francisca!
¡Ana! ¡Luis! ¿No me oye nadie?

(*Dentro.*)

AMETE. ¡Yo mataré a la que adoras,
cristiano, para vengarme!

D.ª LEO. ¡Ay, Amete! ¿A mí, por qué?

GASPAR. ¡Oh, perro traidor! ¿Qué haces?

D.ª LEO. ¡Jesús! ¡Virgen del Sagrario!

GASPAR. ¡Leonor se queja!

ANA. ¿Que trates
desta suerte a mi señora?

GASPAR. ¿Que no hay un hombre que pase
que me ayudara a romper
esta puerta? ¿Eres diamante,
duro cerrojo?

ANA. ¡Ay de mí!

FRANCISC. ¿A mi hija, perro infame?

AMETE. ¡Muere tú también!

FRANCISC. ¡Jesús!

GASPAR. ¡Oh, puertas inexorables!
¡Hijo, Amete! ¡Amete, hijo!
¡Yo soy tu señor, tu padre,
tu amigo, tu hermano, tente!

(*Sale el* CAPITÁN, *y gente.*)

CAPITÁN. ¿Qué es esto?

GASPAR. ¡Desdicha grande!
¡Rempujad todos las puertas
y entre todos abriránse,
que no son hierba del pito
mis lágrimas miserables!

(*Abrense las puertas del teatro, y en abriéndolas, entre todos, se vea* DOÑA LEONOR *dada de puñaladas.*)

CAPITÁN. ¡Jesús, qué triste tragedia!

GASPAR. ¡Mi Leonor llena de sangre!
¿Si la ha muerto? ¡Entrad, señores,
a buscarle y a matarle!
Leonor mía, ¿tienes vida?
Esposa, ¿puedes hablarme?
¡Prima mía! ¡Amores míos!

D.ª LEO. ¡Gaspar de mis ojos!

GASPAR. ¡Angel!

D.ª LEO. ¡Dame el abrazo postrero!
¡Jesús!

GASPAR. ¡Expiró! ¡Que acabe
tan presto el cielo tu vida!
¡Detente, espíritu amable!
O troquemos, y entra en mí
para que mi vida falte,
y entra mi alma en tu cuerpo,
o mejor es que me mates.
¡Vida mía! ¿No respondes,
prima mía?

(*Sale el* CAPITÁN.)

CAPITÁN. ¡Que saltase
por unas tapias tan altas!
GASPAR. ¿Fuése?
CAPITÁN. O se ha muerto en la calle.
Mas, ¿qué hay de doña Leonor?
GASPAR. Que es muerta.
CAPITÁN. ¡Caso notable!
También lo están dos criadas:
pienso que son hija y madre.
Los demás se han escondido.
GASPAR. ¡Todo el mundo ha de culparme
por no haber muerto este moro!
CAPITÁN. Toda la ciudad se arde.
¡Cerrad las puertas!
GASPAR. ¡Ay, triste!

(Cierren las puertas y salga BELTRÁN.)

BELTRÁN. En casa siento quejarse,
y parece que dan voces.

(Entra AMETE *con un cuchillo y un palo.)*

AMETE. Al río quiero arrojarme
y esconderme entre los montes.
BELTRÁN. ¿Quién es?
AMETE. ¡Apártese!
BELTRÁN. ¡Aguarde!
¿Es Amete?
AMETE. El mismo soy,
y tome porque se aparte.

(Vase AMETE. *Sale el* CORREGIDOR, *y* ALGUACILES, *y gente.)*

BELTRÁN. ¡Ay, que me han muerto!
ALGUACIL. Aquí hay gente.
TELLO. Pasen las hachas delante.
¡Jesús! ¿Doña Leonor muerta?
ALGUACIL. ¡Tente al Rey!
BELTRÁN. Ya llegan tarde.
TELLO. ¿Has encontrado por dicha
a Amete, el de Gaspar Suárez?
BELTRÁN. El ha encontrado conmigo.
TELLO. ¿Hirióte?
BELTRÁN. ¿No ven la sangre?
ALGUACIL. Este es criado de casa.
TELLO. Caminen, no dejen calle
en toda Toledo. Tú
entra conmigo a curarte,
y en aquesta información
dirás también lo que sabes,
si viste a Amete matar
a doña Leonor.
BELTRÁN. ¡Oh infame!
¿A doña Leonor ha muerto?
TELLO. ¡Oh! Plega a Dios que le alcancen.
Dése un pregón por Toledo
porque no le encubra nadie,
pena de muerte.
BELTRÁN. ¡Fiad
de bárbaros!
TELLO. ¡Dios me guarde!

(Vanse, y sale AMETE, *todo mojado.)*

AMETE. Aunque vestido he pasado,
Tajo, tu veloz corriente,
templando mi fuego ardiente
en tu cristal sosegado,
ya de mis palos vengado
salgo honrado a tu ribera.
¡ojalá que muerto hubiera
a quien los palos me dió,
aunque presumo que yo
tomé venganza más fiera!
Si puede un hombre matar
el alma de que le agravia,
yo vengué mejor mi rabia
de lo que pude pensar.
No maté el cuerpo a Gaspar,
pero el alma le maté:
luego más venganza fué,
pues matándole a Leonor
puedo decir con rigor
que hasta el alma le saqué.
¿Adónde irá este camino?
Bueno será desviarme,
y por las peñas entrarme
lo más seguro imagino.
Gente hay en este molino;
también nadan más abajo.
Por aquí voy con trabajo.
¡Quién se convirtiera en ave!
¡No fuera esta barca nave
y el mar de Valencia el Tajo!

(Dentro un nadador.)

NADADOR. San Juan y la Madalena,
y ya va.
AMETE. ¡Qué sin congoja
aquel nadador se arroja
y el agua rompida suena!
¿Si pasaré desta arena?
DENTRO. ¿Queréis que haga el barquete?
AMETE. ¿Por dónde irás, Amete?
DENTRO. ¡Que me ahogo!
AMETE. ¡Ay, si yo fuera,

qué descansado estuviera
del mal que Alá me promete!

(*Canten dentro.*)

“Molinico, ¿por qué no mueles?
Porque me beben el agua los bue-
AMETE. Cantando está el molinero; [yes.”
quiero ver si tiene espada.

(*Sale el* MOLINERO.)

MOLINERO. ¡Qué noche tan sosegada!
AMETE. Buenas noches, molinero.
MOLINERO. ¿Quién es?
AMETE. Soy un caballero.
MOLINERO. ¿En campo negro o en blanco?
Pues si aquella estaca arranco,
de la cabeza a los pies
le diré presto si es
el moro de Gaspar Franco.
AMETE. ¿Conócesme?
MOLINERO. ¿Luego no?
¿Qué has hecho, perrazo, allá,
que ansí te vienes acá?
AMETE. Aqueste me conoció
y si aquí lo dejo yo
dirá que me ha visto aquí.
Esto se ha de hacer así.—
¡Muere, perro!
MOLINERO. ¡Ay, que me ha muerto!
AMETE. Agora estaré más cierto,
que no dirás: Yo le vi.
Mal voy por este camino:
Madrid en su Corte encierra
seis esclavos de mi tierra;
que acierto en ir imagino.
Ya se alborota el molino.
Ellos podrán esconderme.
y de allí en salvo ponerme.
¡Alá, socorre mi vida,
que según de mí se olvida,
pienso que Mahoma duerme!

(*Vase: entra* GIL, *y* BARTOLO, *villanos.*)

BARTOLO. Echa esa cañada abajo,
Gil, que comienza el albor;
por acá el arroyo atajo.
GIL. Este oficio de pastor
es temerario trabajo.
Agora está el cortesano
durmiendo en cama de seda,
y acá el mísero villano
sacando desta arboleda
las ovejuelas al llano.
BARTOLO. Yo precio más ver reír
el alba por estas flores
y al claro viento bullir
entre sus varias colores,
perla, granate y zafir,
que toda su seda y oro.
¿Dónde iba aquel correo
que os habló?
GIL. Buscando un moro
por el delito más feo
que ha bañado en luto y lloro
pueblo, villa ni ciudad.
BARTOLO. ¿Fué en Toledo?
GIL. Nunca arrasa
la súbita tempestad
el campo como él su casa;
las piedras mueve a piedad:
Mató su ama, y mató
las criadas; solamente
lo que no vió perdonó.
BARTOLO. ¿Cómo se huyó?
GIL. La corriente
del Tajo a nado pasó,
y en los montes escondido
piensan algunos que está,
y otros que a Madrid es ido.
BARTOLO. Gran gente en su busca irá.

(*Entra* AMETE.)

AMETE. Mejor acuerdo he tenido,
porque nadie ha de pensar
que en Madrid me atrevo a entrar.
Fuera de camino voy,
pero yo pienso que estoy
no lejos de algún lugar.
Dos villanos hay allí.—
¡Ah, buena gente!
BARTOLO. ¿Quién es?
AMETE. ¿Vase a Madrid por aquí?
GIL. Errados lleváis los pies.
AMETE. ¿Herrados dijo? ¡Ay de mí,
sin duda me conoció!
GIL. Echad sobre man derecha,
por donde aquel perro echó.
AMETE. ¿Perro dijo? Mi sospecha
el labrador confirmó.
¿Cómo los podré matar?—
¿Tenéis algo que me dar,
que camino desde ayer
sin parar y sin comer?
GIL. ¿Mandéle yo caminar?

¡Váyase a espulgar un galgo!

AMETE. Galgo me llamó, ¿qué dudo?
¡De rabia de seso salgo!
¿Tratar un villano pudo
desta suerte un moro hidalgo?
Acercarme quiero más.

GIL. Hombre, repara que vas
fuera de camino.

AMETE. Y tú,
¿dónde irás muerto?

GIL. ¡Jesú!

BARTOLO. ¡Oh, traidor! ¿Por qué le das?

AMETE. ¡Aguárdame tú también!

BARTOLO. ¿Cómo aguardar?

AMETE. ¡Oye, espera!—
¡Por Alá que le di bien!
Cayó a tres pasos: quisiera
ver ansí cuantos me ven.
¡Espera, villano, un poco!

BARTOLO. ¡Ah de la villa! ¡Justicia,
que ha dado a Gil muerte un loco!

AMETE. Vengarse el alma codicia
cuando mis agravios toco.
¿Palos a mí? ¡Vive Alá
que han de costar dos mil vidas!
Este a su lugar se va,
estotro con sus heridas
pidiendo venganza está.
Quiero atravesar la tierra
para que no den conmigo.
Hoy verás, ¡canalla perra!,
cómo la maldad castigo
que tu infame pecho encierra.
A las honras ofendidas
da la ocasión mil cabellos,
que primero que lo impidas
no ha de haber palo de aquellos
que no cueste treinta vidas.
Pues si me acierto a escapar
y una vez entro en el mar,
como por la Cava, España
se ha de perder por la caña
con que me afrentó Gaspar.

(*Vase, y entra una* MESONERA *villana, y* LUCÍA.)

MESONERA. ¡Hola, muchacha!

LUCÍA. Señora...

MESONERA. ¿Tiene ese huésped recado?

LUCÍA. Juan a la mula le ha dado,
y él está cenando agora.

MESONERA. ¿Hiciste al padre agustino
la cama?

LUCÍA. También.

(*Entren dos labradores,* PASCUAL *y* LORENZO.)

PASCUAL. Entremos,
que aquí, ¡voto al sol!, podemos
echar a quién pague el vino.

LORENZO. ¿Traéis los naipes?

PASCUAL. Aquí
los traigo, aunque no cabales.

LORENZO. Sentaos en estos poyales.—
Lucía, ¿hay buen vino?

LUCÍA. Sí.
Que en verdad que nos lo ha pues-
a veinte el Alcalde hoy. [to

PASCUAL. ¿A qué echamos?

LORENZO. Al rentoy.

PASCUAL. Con éste envido mi resto.

LORENZO. ¿Es figura?

PASCUAL. ¿De qué sale?

LORENZO. De bastos.

(*Entre un* CORREO.)

CORREO. Muy tarde es ya;
un poco nublado está:
no hay alegría que iguale
al caminar con el día;
la noche es toda tristeza.
Hambre, cansancio y pereza
me combaten a porfía.
Yo paro en este mesón.

PASCUAL. ¡Rentoy!

CORREO. ¿Habrá qué cenar?

LORENZO. ¡Quiérole!

LUCÍA No ha de faltar.

LORENZO. Tres más.

PASCUAL. ¿Tres más? Buenas son.

CORREO. Venga presto lo que hubiere,
que he de pasar adelante.

LUCÍA. Buen pan y vino bastante,
y un palomino, si quiere.

CORREO. Venga agora el pan y el vino,
y sáquele, ¡pesia a mí!,
que pienso que traigo aquí
cierto hueso de tocino.

LUCÍA. Llegue y siéntese a la mesa,
que aquí hay pan.

CORREO. Tráigame el vino.

PASCUAL. Ocho piedras.

LORENZO. Imagino
que pago.

PASCUAL. A mí no me pesa.

LORENZO. Pues rindibuy.

PASCUAL. Miraré.

(*Entre* AMETE.)

AMETE. Fiado en la oscuridad
del cielo y de su piedad
en este lugar entré,
que la hambre me ha forzado.
Gente juega y cena aquí.—
¡Ah, mancebo!

CORREO. ¿Dice a mí?

AMETE. ¿Quiéreme dar un bocado
de eso que cenando está?

LUCÍA. Ya el palomino se asa.

CORREO. ¿Dónde, gentil hombre, pasa?
¿Va a la Corte, o dónde va?

AMETE. A la Corte voy, y vos,
¿dónde vais?

CORREO. Allá también.
Sentaos, que haré que os den
alguna cosa.—¡Por Dios,
que parece al moro este hombre
que a doña Leonor mató!

LUCÍA. ¿Este?

AMETE. Si soy o si no,
agora sabrán mi nombre.

(*Dale.*)

CORREO. ¡Ay, que me ha muerto!

LUCÍA. ¡Oh, traidor,
que el moro debes de ser!

AMETE. Ansí lo podrás saber.

(*Dala.*)

LUCÍA. ¡Jesús! ¡Justicia, favor!

PASCUAL. ¡Oh, traidor!, ¿por qué das muerte
a un hombre y una mujer?

AMETE. Por poderos responder
que lo hice desta suerte.

(*Dalos.*)

PASCUAL. ¡Justicia!

LORENZO. ¡Aquí de la villa!

(*Sale la* MESONERA.)

MESONERA. ¿Qué destruición es aquesta?

AMETE. Pues si lo preguntas, ésta,
si acaso te maravilla.

(*Dale.*)

MESONERA. ¡Muerta soy! ¡Confisión!

AMETE. ¡Cielos,
si os he servido en mi ley,
libradme!

DENTRO. ¡Favor al rey!

AMETE. ¡De mi fin me dan recelos!

(*El* ALCALDE, *y labradores con chuzos, y un* MAESTRO DE ESGRIMA.)

ALCALDE. ¡Llegad, nadie tenga miedo!

AMETE. Muchos vienen.

ALCALDE. ¡Ah, traidor!

MAESTRO. Llegad con tiento, señor,
que es el moro de Toledo.

AMETE. ¡Que no tuviera una espada!

MAESTRO. ¡Date, perro!

AMETE. ¡Muerto sí!

ALCALDE. Que éste se defiende así.

AMETE. ¡La fortuna viene airada!

ALCALDE. ¡Con un cuchillo no más!

MAESTRO. ¡Date o mataréte, perro!

ALCALDE. Mirad que matarle es yerro.

MAESTRO. ¡Perro! ¿Tan herido estás
y te quieres defender?

ALCALDE. ¡Cayó; asilde!

LABRADOR. Aquí tenelde.

MAESTRO. Pues, perro, ¿aquí estás rebelde?

AMETE. ¡Matadme!

MAESTRO. Pudiera ser
si tu vida no importara.

ALCALDE. ¡Atalde muy bien!

AMETE. ¡Mahoma,
mi muerte a tu cargo toma,
pues ya mi fin se declara!

ALCALDE. Más sogas podéis traer.

MAESTRO. ¿Hay buena cadena?

LABRADOR. ¡Brava!

MAESTRO. ¿Y esposas?

ALCALDE. Pensando estaba
que fueran bien menester;
pero sogas y cordeles
harán oficio de esposas.

AMETE. ¡Matadme, heridas dichosas;
será piedad ser crueles!

ALCALDE. Vaya un aviso a Toledo:
ve tú, Pascual, si codicias
ganar famosas albricias.

LABRADOR. Ya sabéis que al viento excedo.

MAESTRO. ¿Hay cepo?

ALCALDE. Y puertas bien fuertes.

MAESTRO. La guarda está apercibida.

AMETE. ¡Perros, yo tengo una vida,
no vengaréis tantas muertes!

(*Entrense, y salga* GASPAR SUÁREZ, *con luto.*)

GASPAR. ¡Alma de mi muerta vida,

mártir inocente, santa,
que pisa con pura planta
el sol, de su luz vestida!
Como, mi gloria, eres ida
para gozar tanta gloria,
tengo envidia a tu vitoria,
como a mí lástima el suelo
de que te me diese el cielo
para tan llorosa historia.

Poco tiempo te gocé,
poco tiempo me gozaste;
mas, en fin, tú me dejaste,
que yo a ti no te dejé.
Donde tu espíritu fué
todo es gloria, prima mía,
todo es luz y todo es día;
mas en esta soledad
todo es noche, oscuridad,
tristeza y melancolía.

De suerte que yo he quedado
en desventura tan cierta,
que aunque tú has sido la muerta
he sido yo el agraviado.
Si en este mísero estado,
querida Leonor, reparas,
tus heridas verás claras.
¡Mátanme memorias fieras!
¡Oh, qué piadosa que fueras
si contigo me llevaras!

Tal me tienes el deseo,
que forma con mi pasión
mi fuerte imaginación
la imagen con que te veo.
Y tan de veras lo creo,
que voy, señora, a abrazarte:
no llego, Leonor, a parte
que no te imagine allí,
y apenas me acerco a ti
cuando tu imagen se parte.

¿Adónde, mi vida, estás,
pues te has llevado mi vida?
¡Prima, prima mía querida,
responde! Mas no querrás.
Si de mis ojos te vas,
¿adónde hallarán mis ojos
paz para tantos enojos?
¡Leonor! ¡Ya es mi voz perdida,
que en el cielo está su vida
y en la tierra sus despojos!

(*Entra su* HERMANO.)

HERMANO. ¡Albricias, hermano!
GASPAR. ¡Ay, cielo,
albricias en tal dolor!
¿Ha parecido Leonor?
HERMANO. No está Leonor en el suelo;
pero si hay algún consuelo
en la muerte lastimosa
de tu prima y de tu esposa,
es que ya el moro está preso.
GASPAR. ¿Qué me importa a mí el suceso
ni al alma, que en paz reposa?
HERMANO. ¿Pues no importa la venganza?
GASPAR. No, hermano.
HERMANO. ¿Qué dices?
GASPAR. Digo,
que el ejemplo y el castigo
importan a la templanza,
con que la justicia alcanza
el respeto que se debe.
Este es bien que un hombre apruebe;
¿pero vivirá Leonor
por este fiero rigor?
HERMANO. Toda la ciudad se mueve
al espectáculo fiero,
porque el Alcalde mayor
le trae; el Corregidor
sale a recebirle.
GASPAR. Espero
en el juez verdadero
muy diferente venganza.
HERMANO. Siempre tuve confianza
que le habían de prender.
GASPAR. ¿Qué venganza ha de poner
en tanto dolor templanza?

(*Vanse, y entra el* CORREGIDOR *y un* SECRETARIO.)

TELLO.
Ventura ha sido más que diligencia.

SECRETARIO.
Muchos han dicho que a no hallarse entonces
el Maestro de armas, que le dió, en efeto,
las heridas que tiene, se escapara,
o que más gente que mató matara.

TELLO.
¿Que a tantos diese muerte? ¡Extraño caso!

SECRETARIO.
Desconfiado de poder librarse,
cuantos le conociesen mataría:
siete muertos se prueban y once heridos.

TELLO.
Si él lo está mucho, temo que se muera,
cosa de que en extremo me pesara.

SECRETARIO.

Dale alguna esperanza de la vida
cuando le veas, que este pensamiento
podrá ser que algún día la dilate.

TELLO.

Ni pienso hacerle cargo ni que tomen
su confesión: las de las dos criadas
y aquesta información que han hecho en Juncos
basta para el castigo, que pretendo
hacer tal ejemplar, que a los esclavos
y a los que no lo son quede escarmiento.

SECRETARIO.

Ya llega el moro.

TELLO.

Sus heridas siento.

(*Con cadenas y esposas, y guarda de arcabuces delante, saquen a* AMETE, *el* ALCALDE MAYOR, *y el* ALCALDE DEL LUGAR, *y el de Toledo.*)

ALCALDE MAYOR.

Ya puede estar vuesa merced contento.

TELLO.

Agora sí, supuesto que fué dicha,
más que cuidado y diligencia nuestra,
aunque se ha hecho lo que fué posible.
¿Qué hay, Amete? ¿No hablas?

ALCALDE PÚBLICO.

Viene enfermo.

TELLO.

Pues por vida del Rey, ¡perro bellaco!,
que si vivís que yo os eche a galeras,
y que habéis de remar más de seis años.
¿A vuestra ama, traidor, y a las criadas,
al molinero pobre y al correo,
sin otros mil en los caminos?

AMETE.

¡Cielos,
galeras dice! Corazón turbado,
no te desmayes; ánimo, vivamos,
pues éste con estar con tanto enojo
con ellas me amenaza por castigo.

TELLO.

Ea, llévenle luego a este bellaco,
que antes de un mes sabrá qué son galeras.

(*Llévanle.*)

SECRETARIO.

¿Dices las del Infierno?

TELLO.

Por las mismas.
Oíd lo que se ha de hacer de aqueste moro:
Primeramente, atado en un madero,
que vaya puesto en la mitad del carro,
le han de sacar pedazos de sus carnes
con tenazas ardiendo en todo el cuerpo,
hasta que no descubra cosa sana.
Luego en Zocodover entrambas manos
le han de cortar, y luego de la horca,
que ya he mandado hacer, han de colgarle
por los pies, la cabeza abajo, a efeto
de que muera rabiando deste modo.

SECRETARIO.

¡Grande castigo; pero poco es todo!

TELLO.

Escribid desta suerte la sentencia,
que no hay tiempo que hacer más diligencia,
ni hay que aguardar con un villano moro,
que mañana ha de estar en el infierno.

SECRETARIO.

Con todo eso, cuando salga es justo
que algún fraile le hable; ser podría
que le tocase Dios.

TELLO.

Dios puede hacerlo,
aunque él es tal, que al cielo desobliga;
mas bien será llamar quien se lo diga.

(*Váyanse, y entren tres villanos,* JUANA, INÉS, BENITA, *con sombreros y mantellinas.*)

JUANA. No le dejaré de ver,
por el siglo de mi padre.
¡Mató a mi hermana y mi madre!

INÉS. ¡Ofrézcole a Lucifer,
que tal me puso a mi tía!

BENITA. Luego le quieren sacar,
que temen no ha de llegar
si le aguardan a otro día.

JUANA. Como no hay que prevenir
ni aguardar a confisión
y temerán con razón
que se les puede morir,
yo apostaré que no está
en la cárcele seis horas.

INÉS. Las calles cubren señoras,
todo el mundo a verle va.

BENITA. Pienso que si acaso un mes
su muerte se detuviera,
que de Sevilla viniera
gente para velle, Inés.—
¿Murió ya el pobre correo?

JUANA. Tres horas solas vivió.

INÉS. El perro no ejecutó
como quiso su deseo.
Que si una espada tuviera
como un cuchillo tenía,
no es de creer que aquel día
hombre de Juncos viviera.

BENITA. Dicen que en un olivar
mató también un pastor.

INÉS. Quien mató a doña Leonor,
¿qué dejara de matar?
Tarjeta dice que ha sido
el cura.

JUANA. ¿Tarjeta?

INÉS. Sí.

JUANA. Tragenia, pienso que oí,
por las muertes que ha tenido.

INÉS. Tarjeta o targenia, en fin,
pagará el perro este día
el haber muerto a Locía
y a Juana de San Martín.
¡Voto a mi sayuelo, amén,
que no me veré vengada
si a cualquiera tenazada
como torrezno en sartén
no chilla y salta el bellaco!

JUANA. ¿Dejaránle tirar?

BENITA. No.

JUANA. Pues si no le tiro yo
poco la cólera aplaco.

INÉS. La cabeza han de poner
y allí la podréis tirar,
pues que se la ha de llevar
de aquí a una hora Llocifer.

BENITA. Echa por aquesta calle,
que siento gran roído.

INÉS. Si él se muere, habrán querido
despachar presto y matalle.

JUANA. Todo el mundo se alborota.

INÉS. Si esta noche se le entregan,
¿cuánto va que con el juegan
los diablos a la pelota?

*(*CORCUERA *y* BELTRÁN, *con un paño en la cabeza.)*

BELTRÁN.

Salir a verle quise, aunque me muera.

CORCUERA.

Es cosa que a Toledo ha dado espanto,
como si el mismo fin del mundo fuera.

BELTRÁN.

Aún no me podré ver vengado tanto.

CORCUERA.

En un carro salió, que a no ser moro
bañara la ciudad en tierno llanto.
Mas como falta el celestial decoro
de la cristiana crisma, aquello siente
que cuando ve en la plaza herido un toro.
Vienen delante en un brasero ardiente
las tenazas, que sacan a bocados
desde los pies la carne hasta la frente.
Pero el valiente moro los airados
ojos vuelve no más a quien le quema,
sin resistir los miembros abrasados.
Predícanle, mas él, ciego en su tema,
sólo a Mahoma entre los dientes nombra,
y alguna vez de nuestra fe blasfema.
La mano le pidió, cosa que asombra,
el verdugo, y la puso en un madero
como si la pusiese en una alfombra.
Cortó los huesos el cuchillo fiero,
y antes que la siniestra le pidiesen
ya estaba puesta al riguroso acero.
Mas no por aquesto le moviesen
a quejarse, a dolerse de sí mismo,
ni una palabra de su boca oyesen.

BELTRÁN.

¡Ay, si pidieras, bárbaro, el Bautismo,
tan cerca estabas de gozar el cielo
como lo estás del temeroso abismo!

CORCUERA.

¡Volved los ojos, que me cubre un hielo
de sólo verle en tantas desventuras!

BELTRÁN.

Aunque éste es moro, la piedad recelo
que bastara a mover las piedras duras.

(Descúbranse aquellas puertas, y véase dentro un teatro, y en el medio AMETE *atado a un palo, atenaceado, un brasero delante con las tenazas, dos* FRAILES *a los lados, el verdugo y alguna gente abajo.)*

FRAILE. Amete, vuélvete a Dios,
que aún tienes agora tiempo:
mírale en aquesta Cruz
por nuestros pecados muerto.
Mírale abiertos los brazos,
para que sólo diciendo:
¡Pequé, Señor!, se desclave
para abrazarte con ellos.
Cuando Dios murió en cuanto hombre
estaba a su lado diestro
un ladrón, que acompañaba
al inocente Cordero;
y porque dijo: —Señor
—creyendo ser Dios eterno—,

acuérdate de mí cuando
estuvieres en tu Reino,
le dijo: —Hoy serás conmigo
en los descansos del cielo.
Y le cumplió la palabra.
Haz tú lo mismo, te ruego;
di: —Señor, yo creo en Vos;
que con sólo decir creo
te bautizaré e irás
con este Señor inmenso.
¿No quieres? ¿No me responces?
¡Virgen Santa, cuyos pechos
criaron este Señor,
que Madre y Virgen nos dieron,
rogad por él! ¡Angel santo
de la Guarda, Apóstol Pedro,
rogad a Dios que le mire!
¡Ladrón santo, llegad presto,
y en señal de la ganzúa
con que robastes el cielo!
Bautista, pues que los moros
os llaman profeta nuestro
y hacen fiestas vuestro día,
¡dad a este moro remedio!
¿No respondes?

AMETE. Sí, mi padre.

FRAILE ¿Y qué dices?

AMETE. Que en Dios creo,
y que Bautista me llamo.
¡Llámenme a mi amo presto!

FRAILE. Si lo haces porque piensas
que has de vivir, hoy te advierto
que aunque te vuelvas cristiano
te han de dar dos mil tormentos.
No lo hagas por la vida
temporal, porque respeto
de la eterna es punto, es nada.

AMETE. Yo no lo digo por eso.
Bien sé que no he de vivir
sin manos y roto el cuerpo;
por gozar de Dios lo digo,
y porque en los aires veo
dos mil cruces de San Juan
donde un pronóstico entiendo,
en que vi cadenas, horca,
cruces, mar, cuchillo y fuego,
que todo está aquí cumplido;
sólo el mar falta, ése espero;
porque el agua del Bautismo
es mar de gracia, en que puedo
con aquesta contrición
salvarme y llegar al puerto.

(*Sale* GASPAR SUÁREZ.)

FRAILE. Ya tu señor está aquí.

AMETE. ¡Señor mío!

GASPAR. Amete.

AMETE. Pienso
que ninguna cosa puede,
con ser tantos mis tormentos,
templar tu enojo y rigor
como ver este buen celo
con que me vuelvo cristiano.

GASPAR. Bien dices. Por Dios te ruego
que tu salvación procures.

AMETE ¡Perdóname el haber muerto
aquel ángel de tu esposa!

GASPAR. Bautízate, Amete, y presto
la verás con otra vida.

AMETE. Pues dadme el Bautismo, y luego
iré a ver a mi señora.

GASPAR. Por tu padrino me ofrezco.

AMETE. ¡Padre, di que me perdonen!

FRAILE. Ya todos lo están diciendo.—
Mientras el agua le doy,
cubridle con ese velo.

(*Pongan un velo delante.*)

GASPAR. Si alguna cosa podía
templar mi gran pensamiento
es ver a Amete cristiano.

SU HERM. ¡Cuán digna de vuestro pecho
es esa piedad cristiana!

GASPAR. ¡Mártir hermoso, ángel bello,
tus oraciones son éstas:
sin duda que por tu ruego
hizo Dios merced a este hombre
de que te viese en el cielo!

SU HERM. El velo quitan.

FRAILE. Ya tienes
el Bautismo, Amete.

AMETE. El Credo
me ve diciendo, señor.

FRAILE. ¡Gran fe!

GASPAR. Que se muere entiendo.

AMETE. ¡Jesús, María, Bautista,
a todos tres me encomiendo!

GASPAR. Murió porque quiso Dios
que fuese a gozarle presto.
Noten los que esclavos tienen
desta tragedia el ejemplo:
que con esto se da fin
al Amete de Toledo.

FIN DE LA COMEDIA DEL AMETE DE TOLEDO.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA HERMOSA ALFREDA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El REY FEDERICO.
El CONDE GODOFRE.
FLORISEO.
TISANDRO, *viejo*.
El DUQUE DE CLEVES VINCISLAO.
ALFREDA.
FLORELA.
SELANDIO.
LISANDRA.
FABRICIO.
Un ESCUDERO.
PELORO.
LISARDO.
MARFISA.
TIBERIO.
Un ALABARDERO.
DORISTO.
GODOFRE, *niño*.
ALFREDA, *niña* (1).

ACTO PRIMERO

(*Sale el* REY FEDERICO, CLEONARDO, FLORISEO *y gente.*)

REY. Dar quiero a mi reino gusto.
CLEONARD. Fuera de que el cielo ama
tu valor: Príncipe justo,
César el Reino te llama,
y el mundo César Augusto.
FLORISEO. Fuera de ser buen cristiano,
no puede un rey hacer cosa
más de piadoso y humano,
ni tan justa y provechosa,
como casarse temprano.
Y tú, que otra vez lo has sido
y herederos no has tenido,
con mayor obligación
estás a tu sucesión
y al bien del reino afligido.
CLEONARD. El no estar determinado
Vuestra Alteza, gran señor,
nos pone a todos cuidado,
pues no la cumple en rigor
ya que la palabra ha dado.
Pues quiere casarse, elija
una hermosa, hermana o hija
de un señor, propio o extraño,
tal que nos dé al primer año
quien estos estados rija.
REY. No les hallo otro pesar,
Cleonardo amigo, a los reyes,
sino el forzoso casar
por las más bárbaras leyes
que se pudieron pensar.
Lo que ha de ser escogido
con el alma y con la vista,
que es el primero sentido,
cuando mucho lo conquista
la fama por el oído.
A lo que no vi ni oí
¿tengo de tener amor?
CLEONARD. ¿Dudas que es posible ansí
amar tu mismo valor,
lo que es semejante a ti?
Si amor se engendra de iguales
entre personas reales,
aunque en naciones distintas,
asiste en horas sucintas
para siglos inmortales.
¿Pero qué te persüado
el poco gusto que tiene
Su Alteza de ser casado?

---

(1) Habla además CLEONARDO.

Con este engaño entretiene
remisamente su estado.

FLORISEO. Torne Vuestra Alteza a ver
estos retratos agora,
que entre ellos no puede ser
que falte alguna señora
dina de ser su mujer.
Que del mundo la mejor
en esta pequeña caja
tiene encerrado el amor:
el provecho con ventaja
y el extremado valor
guarda estos rostros suaves,
como el arca de tres llaves,
el cielo que los ha hecho,
que amor, valor y provecho
las tienen por hombres graves.

REY. Muestra, y otra vez veré
si hay alguna, Floriseo,
que más contento me dé,
aunque de amor el deseo
no se sustenta de fe:
quiere ver la semejanza,
porque lo que a ver no alcanza
por fe no lo ha de creer.

FLORISEO. Antes se suele encender
el amor con la esperanza,
y la esperanza a la fe,
que es de lo que no se ve.

REY. Eso es en cosas del cielo,
que en los deseos del suelo
la vista la causa fué.
Abre y muéstrame el primero.
¡Qué de naipes!

FLORISEO. Es baraja
con que amor juega.

REY. No quiero
con jugador de ventaja
aventurar mi dinero.

FLORISEO. Mas plega al cielo que acierte
hacer contigo una suerte
que será de Rey encuentro,
y cuantos hay aquí dentro
todos son reyes advierte.

REY. Creo que me has de encontrar,
a pesar de cuantas leyes
me han estorbado casar,
porque baraja de reyes
no puede tener azar.

FLORISEO. Esta mira, que es la infanta
del polonio rey Luis.

REY. Esta ni mata ni espanta;
estése agora en Dantís,
que aunque es sirena, no canta.

FLORISEO. Si como Ulises el mar
atado quieres pasar,
¿qué sirena ha de vencerte?

REY. Es, para no ver la muerte,
antídoto el no mirar.

FLORISEO. La de Ingalaterra es ésta.

REY. ¡Extraña cara!

FLORISEO. ¡Qué honesta!

REY. Parece que se espantó
de ver que le dije no.

FLORISEO. Porque era injusta respuesta.
¿Y la de Escocia?

REY. ¡Ya es vieja!
Mujer te pido y no madre;
pero las infantas deja;
venga una dama que cuadre
al alma y será pareja.

FLORISEO. Barajo.

REY. Bien haces.

FLORISEO. Alza.

REY. No vale mano.

FLORISEO. Aquí sí,
que el casamiento se ensalza.
¡Oh, qué dama sale aquí!
Pero ya es monja descalza.

REY. Déjala a Dios, que mujer
que ya tiene tal esposo
ni se ha de tratar ni ver,
que es en extremo celoso
y tiene grande poder.

FLORISEO. Esta es hija del conde
Mansfelt.

REY. Aunque es niña ahora...

FLORISEO. Esta, cuya luz esconde
de envidia la blanca aurora,
mejor a tu sí responde.

REY. ¡Guárdalas, por vida tuya!
Que aunque no pensé decir
lo que en mi flaqueza arguya,
que vence al ver el oír
y es mayor la fuerza suya,
veréis que en este suceso
lo que he negado confieso.

CLEONARD. ¿Luego ya dices, señor,
que la fama engendra amor?

REY. ¿Y lo he negado por eso?
Que de oír decir gusté
que se puede amar, Cleonardo,
sin ver que el amor es fe.

CLEONARD. Ya, señor, la causa aguardo.

REY. Y yo la causa diré.
Mas, ¿qué sirve tanta historia?
Del pecho podré sacar
la que tengo en la memoria.

(Saca un retrato del pecho en un tafetán.)

CEONARD. Si ella vive en tal lugar,
no ha sido poca vitoria.

REY. Corre esa indina cortina,
quita ese vil tafetán,
verás su imagen divina
con ojos de piedra imán,
que ansí las almas inclina.
Mira esos ojos suaves,
blandos, alegres y graves;
mira esa boca de perlas,
que diera yo por cogerlas
de todo el mundo las llaves.
Mira aquella dulce risa,
que parece que provoca
y de que es discreta avisa
el alma que se divisa
por esta angélica boca.
Pero en palabras tan breves,
amor, no es justo que pruebes
a loar tan bella dama.

CLEONARD. ¿Quién es?

REY. Alfreda se llama,
hija del Duque de Cleves.
¡Ay, Cleonardo! ¿Quién creyera
que ansí un alma cautivara
pincel que de Dios no fuera,
y que un hombre humano hiciera
cosa que tanto se amara?
¡Estoy loco!

CLEONARD. Gran señor,
no es el humano pintor
el dueño desta pintura,
que su primera hermosura
se debe a Dios, que es su autor.
Porque no hay cosa querida,
como el filósofo dice,
si no es antes conocida.
¿Qué importa que éste matice
un rostro sin alma y vida
que tú mirando no amaras,
si luego no imaginaras
que es mujer su original?

FLORISEO. ¿Por ventura no es su igual?

REY. ¿Cómo igual? ¿En qué reparas?

FLORISEO. De cuantos arte y labor
hoy el mundo considera
reducidos a primor,
no hay cosa más lisonjera
que el poeta y el pintor.
Este, si escribe, a los ojos
llama estrellas y despojos
de cielo; al pecho, cristal,
y a los labios de coral,
para decir que son rojos.
Al oro, a la plata fina,
ámbar, rosas, seda y grana,
y tanto se desatina
que a la mujer más humana
la suele llamar divina.
El guante que le cogió,
el cabello que le dió
la criada, suyo acaso,
los compara a cada paso
al cielo, que nunca vió.
Haciendo un galán ausencia
dijo a una dama discreta:
—¿Cómo tendré yo licencia?
Respondió: —Siendo poeta,
porque es grande en mi conciencia.
Pues del pintor ya tú sabes
lo que Horacio los iguala,
y ansí estos ojos suaves,
con que fuego y luz exhala,
son tan alegres y graves.
Anda siempre al retratar
lisonjeando el pintor
porque desea agradar,
que cuanto es poner color
es, en efeto, afeitar.
Este rostro es muy perfeto;
no lo será la verdad
como el pincel, te prometo.

REY. La misma dificultad
fué mi primero conceto.
Diréos lo que he concertado,
que hasta aquí no lo ha sabido
ningún vasallo o privado.
El conde Godofre es ido
a Cleves por mi mandado:
va a saber secretamente
si es Alfreda tan hermosa,
porque es del Duque pariente,
sin que hable o diga cosa
que mi casamiento intente.
Si lo es tanto, poder lleva
para que al Duque la pida
en siendo cierta la prueba,
como ha sido conocida

en este reino por nueva,
• casarse tiene por mí,
que el poder se extiende a todo,
y traer a Alfreda aquí.

CLEONARD. No procediera ese modo
menos, señor, que de ti.
Gran discreción has tenido.

FLORISEO. Con gran secreto partió
el Conde.

REY. Forzoso ha sido.

FLORISEO. Y mucho el Conde quedó
de tu amor favorecido.

REY. Es hombre de confianza,
es mi amistad y privanza.

CLEONARD. Dichoso el reino si tiene
tal señora.

REY. Y más si viene
a ser cierta mi esperanza.
Vamos, pasaré el deseo
deste imaginado amor
que dentro del alma veo,
donde no ofende el temor
la esperanza que poseo;
que aunque mi temor la culpa,
mi deseo la disculpa.

CLEONARD. Caballo traen.

REY. ¿Cuál?

CLEONARD. El sardo.

REY. A hacerle mal voy, Cleonardo,
aunque él no tiene la culpa.

(*Vanse; salen el* CONDE GODOFRE *y* TISANDRO, *caballero viejo*.)

GODOFRE. No es posible que es amor
tan extraño desatino.

TISANDRO. ¿Pues qué puede ser?

GODOFRE. Furor,
que amor por tan mal camino
locura ha sido en rigor.

TISANDRO. Señor, cuantas obras son
hijas del entendimiento
o de la imaginación,
tienen el consentimiento
por casi la ejecución.
Si pensaste, no consientas;
si consientes, no ejecutes,
porque tu daño no sientas,
ni al amor la culpa imputes
de tus pesares y afrentas.
Al principio resistido
el amor niño es vencido:
que si niño no se doma
crece tanto, que al fin toma
la posesión del sentido.
Si el que vió no deseara,
o el que deseó no fuera
tan loco que procurara,
luego el fuego se muriera
y materia le faltara.
Deseos y pensamientos,
solicitud del favor,
imaginados contentos,
hacen parar en amor
los primeros movimientos.

GODOFRE. No dudo que, resistido
a los principios su fuego,
suele amor quedar vencido;
pero dame un hombre ciego,
y darételo perdido.
Dos maneras hay de males:
unos que un hombre pudiera
estorbar que fuesen tales,
y otros que no los espera
y vienen acidentales.
Ansí fué en esta conquista
el daño por acidente;
¿cómo quieres que resista
si es daño naturalmente
el que nació de su vista?
Tisandro, no me aconsejes;
muerto soy.

TISANDRO. Conde, repara
en que estas quimeras dejes;
no vuelvas al Rey la cara
ni de ti mismo te alejes.
Está en ti, siendo quien fuiste
hasta este punto.

GODOFRE. Tisandro,
tarde al consejo veniste,
que ya está en el mar Leandro
y puesta la lumbre triste,
y a todo me incita y llama;
Ero llora y el mar brama,
suena el viento, el agua gime.

TISANDRO. ¿Qué consejo habrá que estime
la locura de quien ama?
Si el Rey, siendo Alfreda hermosa,
te manda y te da poder
para que como su esposa
la puedas, Conde, traer,
¿cómo has de hacer otra cosa?
Ya es hermosa; ya, en efeto,
es su mujer, y en rigor
amarla, aunque con secreto,

es ser desleal y traidor
a su obediencia y respeto.
Pídela al Duque, fiel,
para el Rey.

GODOFRE. Tisandro, advierte
que amor resuelto es cruel,
y que procuras tu muerte
si vuelves a hablar por él.

TISANDRO. ¿Eso me dices a mí?
¿Así me tratas aquí,
siendo caballero honrado,
a quien el Rey ha fiado
esto mismo que de ti?
¿Matarme tú porque digo
que quitas Reina a Dalmacia
y eres al Rey enemigo?

GODOFRE. Por eso al bueno regracia
y a los malos da castigo.
A ti te dará provecho
y a mí, como es justo, daño.

TISANDRO. Ahora bien, Conde, esto es hecho:
furia vuelve al desengaño
la resolución del pecho.
Haz solo lo que quisieres,
que no quiero ser culpado.

GODOFRE. ¿Pues cómo?; ¿ausentarte quieres?
Bien quedaré disculpado
si al Rey su afrenta refieres.
O te tengo de matar,
o aquí me has de acompañar.

TISANDRO. Trátasme al fin como viejo;
en cambio de un buen consejo
la muerte me quieres dar.
Ten la espada, Conde amigo,
que en bien o mal estaré
siempre a tu lado contigo.

GODOFRE. Y yo a tus pies buscaré
mi perdón o mi castigo.

TISANDRO. Alzate, que el Duque sale.

GODOFRE. ¿Callarás?

TISANDRO. ¿Qué puedo hacer?

(*Sale el* DUQUE DE CLEVES *y* ALFREDA, *su hija, y* FLORELA, *dama, y criados.*)

DUQUE. ¿Pues hay quien al Conde iguale,
fuera del Rey, en poder?
Y en virtud más que el Rey vale.
Muy bien estarás casada.

ALFREDA. Yo quedaré disculpada,
que tu voluntad es ley.

DUQUE. Bien sé, Alfreda, que en un rey
estabas bien empleada;
pero el Conde es mi pariente,
y hombre de mucho valor.

GODOFRE. Si tanto me honras ausente,
¿qué podrás darme, señor,
cuando me tengas presente?

DUQUE. ¡Oh, Conde!

GODOFRE. Y vos, mi señora,
no os disgustéis de querer
a quien por dueño os adora,
que reina os quisiera hacer
de cuanto el mundo atesora.
Godofre soy, deudo vuestro.

ALFREDA. No creáis, señor, que ha sido
por vos la pena que muestro.

TISANDRO. ¡Que haya otro Ulises nacido
para mal del reino nuestro!
¡Que envíe el Rey mi señor
a pedir al Duque Alfreda,
y que agora este traidor
casarse con ella pueda,
ciego de un violento amor!
Hablaré: diré que envía
el Rey por Alfreda; haré
lo que es deuda y sangre mía.
¿Qué mejor que ansí podré
dar fin a mi edad tardía?
¡Traidor!

GODOFRE. ¿Qué es eso?

TISANDRO. ¡Que haga
tu pecho, Godofre, un hecho
que a quien es no satisfaga!

GODOFRE. Para arrimártela al pecho
tengo desnuda la espada.
¡Calla, Tisandro, te digo!

TISANDRO. Callaré y reventaré,
siendo a tu maldad testigo.

DUQUE. ¿Qué ha sido?

GODOFRE. Un aviso fué
de cuerdo viejo y de amigo.
Díjome que no hiciese
fiestas en aquestas bodas,
y que luego me partiese
para que a mis cosas todas
asiento y orden les diese.
Que rehusaba de decir
que el Marqués mi padre es muerto.

TISANDRO. ¿Hay tan extraño fingir?

DUQUE. ¿Que ya murió Floriberto?

GODOFRE. Tanto me importa partir.

DUQUE. ¿Dónde os alcanzó la nueva?

GODOFRE. No veinte millas de aquí.

TISANDRO. ¡Qué bien trazado lo lleva!

No hace fiestas porque ansí
ningún vasallo se mueva.
Con esto no irá la fama
del injusto casamiento
tan presto al Rey.

GODOFRE. A quien ama
ningún mal ni sentimiento
su bien presente derrama.
No por ser mi padre muerto
se alargue nuestro concierto.
Secreto, señor, os pido,
y esté, por lo sucedido,
mi casamiento encubierto.

DUQUE. Pues no gustáis se dilate,
que esté encubierto es razón.

TISANDRO. ¡Que en mis propios ojos trate
Godofre aquesta traición
por miedo de que me mate!

GODOFRE. Vamos, señor, donde sea
nuestro concierto firmado,
que es lo que el alma desea;
para que, siendo casado,
mi nuevo estado posea.
Partiréme y volveré
por mi Alfreda con mi gente,
donde celebrar podré
las bodas alegremente
cuando en paz mi tierra esté.

DUQUE. Casaros, Conde, podréis
y volver a vuestro estado,
porque con verle le deis
lo que morir le ha quitado
del padre que vos perdéis.
Y ansí, por esta razón
como porque en la partida
no puede haber dilación,
podrá quedar diferida
la fiesta desta ocasión.

GODOFRE. En todo veo, señor,
mi dicha y vuestro favor.
Si la muerte me ha llevado
buen padre, en vos me le ha dado
mi casamiento mejor.
Vamos, porque parta luego.
Ven, Tisandro.

TISANDRO. Quedo aquí.

GODOFRE. Que no me dejes te ruego.

DUQUE. Hija, quede aquesto ansí,
que es mi honor y mi sosiego,
y entra en habiendo firmado
porque la mano le des.

(Vanse y queden las dos.)

FLORELA. Triste, señora, has quedado.

ALFREDA. Triste, Florela, después
del casamiento trazado.

FLORELA. ¿No te agrada?

ALFREDA. No me agrada.

FLORELA. Ya con el trato, casada,
vendrás a tenerle amor.

ALFREDA. Es la esperanza temor
si es esperanza engañada.
Mas oye, Florela amiga,
que quiero comunicarte
un gran secreto.

FLORELA. Si obliga
mi lealtad, en declararte
vano temor te fatiga.
¿Qué quieres, señora, hacer?

ALFREDA. Sacando su lienzo ayer
al Conde se le cayó
este retrato, que yo
pude en mis faldas coger.
Quedóse en ellas, de suerte
que entendí que era cuidado.

FLORELA. ¡Notable suceso!

ALFREDA. Advierte
que tal confusión me ha dado,
que me admira y me divierte.
Echéle este lienzo encima,
con que le pude encubrir.

FLORELA. Si es dama, será de estima.
¿Pero qué quiso decir
el Conde con esa enima?

ALFREDA. Llégate acá, que es de un hombre.

FLORELA. Será el suyo.

ALFREDA. No es el suyo.

FLORELA. Ahora harás que me asombre.
¿No dicen las letras cúyo?

ALFREDA. No, porque dicen mi nombre.

FLORELA. ¿Tu nombre?

ALFREDA. Sí.

FLORELA. ¿Cómo dice?

ALFREDA. Soy de Alfreda.

FLORELA. ¡Caso divino,
que se cuente y solenice!
Que es de Godofre adivino.

ALFREDA. ¿Cómo, si tanto desdice?

FLORELA. Porque hay, señora, pintor
que se parece mejor
lo que retrata al amigo.

ALFREDA. Si él fuera ansí, yo te digo
que yo le tuviera amor.

FLORELA. ¿Agrádate?

ALFREDA. Estoy perdida.

FLORELA. ¿De un naipe?
ALFREDA. Al naipe he jugado
la libertad y la vida.
FLORELA. ¿Quién es el que lo ha ganado?
ALFREDA. No es persona conocida.
¡Oh, si desta suerte fuera
el Conde!
FLORELA. Trata más paso
del retrato.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. El Duque espera.
ALFREDA. ¡De mala gana me caso!—
Di que voy; aguarda afuera.
FLORELA. Yo esperaré.
ALFREDA. Tente un poco.
Florela, ansí Dios te guarde
si a lástima te provoco.

(*Sale* SELANDIO, *caballero.*)

FLORELA. Ya vienes, Selandio, tarde.
SELANDIO. ¿Tarde? ¡Volveréme loco!
FLORELA. ¿No has escuchado que ya
a darle la mano va,
forzada del padre, Alfreda?
SELANDIO. ¡Para que matarme pueda
si al Conde la mano da!
¡Ay de mí! ¿Que esto ha podido
un hombre de ayer venido?
¿Pero qué fuerza pudiera,
si mi desdicha no fuera,
quien los hubiera inducido?
Siempre aborrecido amé,
siempre olvidado temí,
siempre temiendo esperé,
siempre esperando sufrí,
y al fin sufriendo acabé.
Remató la dura suerte,
Florela, cuentas conmigo,
y entre tanto dolor fuerte,
donde no me ayuda amigo
me viene ayudar la muerte.
¿Que un hombre, en fin, extranjero,
un Dalmacio, que tú sabes
que soy mejor caballero,
goce aquellos ojos graves,
por quien he vivido y muero?
¿Que ya es suya y que la lleva?
FLORELA. No la lleva el Conde agora
porque Cleves no se mueva
con fiestas que a su señora
es justa razón que deba;
porque de Godofre ha muerto
su padre el Marqués, y quiere
poner su estado en concierto.
SELANDIO. ¿Luego aquí quiere que espere,
que éste no es más de concierto?
FLORELA. Concierto será, en efeto,
y desposorio en secreto.
SELANDIO. ¿Luego al fin la ha de gozar?
FLORELA. ¿Pues por qué la ha de dejar
sin este amoroso efeto?
Eso llaman los casados
al tomar la posesión,
y en los que tiene heredados
dos las posesiones son,
porque son dos los estados.
Tomando el del casamiento,
a los que hereda contento
partirá para volver.
SELANDIO. ¿Qué otro fin pudo tener
un amor sin fundamento?
¡Oh triste y amargo día,
que tantas veces temía
cuantas pensando le estaba
y cuantas le imaginaba,
que siempre en temor vivía!
¡Oh, Alfreda, qué por consuelo
tenía el no verte amar
hombre alguno, porque el cielo
quiso tu cuerpo guardar
con darte un alma de hielo!
¡Si lo fuese para mí
ver que ya amaras casada!
FLORELA. De que te quejes ansí
estoy, Selandio, turbada,
y más de que entres aquí.
Vete de la sala.
SELANDIO. Deja
que vea el fin de mi mal.
FLORELA. Voime; a esos cuadros te queja.
SELANDIO. No importa, que en tiempo tal
no ha de faltarme una reja.
Ifis seré, que suspenso
en ella a los cielos pida
paga de mi amor inmenso,
que desta dura homicida
el mismo castigo pienso.
Ya salen; sin duda es hecho.
¿Cómo es posible que un pecho
que cubre tal corazón
no quede en tal sinrazón
en mis lágrimas deshecho?
¿Iréme o veré en qué para?

Esta antepuerta me ampara;
desde aquí veré escondido
cómo de mi bien perdido
la sentencia se declara.

(*Salen el* Conde Godofre *y* Tisandro.)

Godofre.

Ya estoy casado; ya, Tisandro, es hecho:
ni tu consejo es de provecho ahora
ni mi lealtad ha sido de provecho.

Tisandro.

Adonde el Scita más helado mora,
ni donde bebe el Tanais y ve el Godo
en su mismo Zenit salir la aurora,
bárbaro no ha vivido de tal modo
que a su señor sin causa se atreviese,
ni el ámbito le vió del mundo todo.
Que por agravio algún vasallo hiciese
traición al Rey, parece que es disculpa,
como si alguna la traición tuviese.
Pero sin causa viene a ser la culpa
de tanta calidad, que amor es sólo
el que parece que tu error disculpa.
Pudieras, Conde, pues que fuiste el polo
en que su voluntad el Rey movía,
y el Rey más liberal, que en lumbre Apolo,
pedirle Alfreda hermosa, el mismo día
que de Cleves la nueva le llevaras
de su divina gracia y gallardía,
y no que sin su gusto le usurparas
una mujer que ha sido de su gusto,
y que a su reino sucesor quitaras.
Sabes que toma con mortal disgusto
hablalle en que se case, y que un retrato
pudo moverle a lo que fué tan justo,
y tú a su amor y a nuestra patria ingrato,
viniéndola a pedir te alzas con ella,
que aun entre iguales fué desigual trato.
Dijérasle tu amor, que hablando en ella
él fuera otro Alejandro con Apeles
y tú gozaras a Campaspe bella.
Pero porque no digas ni receles
que yo descubro tu traición y engaño,
Godofre, por palabras o papeles,
vete con Dios, que a un rey me parto extraño,
adonde sirva con mis hijos pobres,
ni alegre de tu bien ni de tu daño.

Godofre.

No hay hombre a quien en libertad no sobres.
Presumo que las canas te ocasionan
a que esa libertad conmigo cobres;
y aunque en parte parece que te abonan,
tal estoy, que mis ansias y locuras
tus decrépitos años no perdonan.
Bien sé, fingido amigo, que procuras
contar al Rey que le he quitado a Alfreda,
porque ensangriente en mí sus manos duras;
y que sabiendo que encubierto queda
mi casamiento, yo podré gozalla
hasta que el Rey mudar de intento pueda;
esto por dicha, y por desdicha amalla.
Tu larga edad intenta, de envidioso,
a un buen amigo con traición quitalla.
Yo soy, Tisandro vil, su amado esposo;
yo he de gozar a Alfreda, aunque te pese
y al Rey, si el Rey está de mí quejoso.
Que esto traición del Rey, o el reino fuese,
claramente se ve como es mentira,
y que ninguno sucesor perdiese.
—Parte a Cleves, me dijo el Rey, y mira
si es Alfreda tan bella, cual su fama,
y este retrato que pintado admira.
Y si fuere, Godofre, hermosa dama,
con aqueste poder casa con ella,
porque mi alma sus virtudes ama.
Si no te pareciere que es tan bella,
no digas a qué vas.—Llegué, en efeto,
donde hallé menos, que pensaba en ella,
y ansí veo que falta a su conceto
y es buena para mí, que menos valgo,
y por eso me caso de secreto.

Tisandro.

Bien sales de tu engaño,

Godofre.

Si no salgo
yo te pondré dos puntos en la boca.

Tisandro.

Mira quien soy.

Godofre.

¡Eres un pobre hidalgo!

Tisandro.

¿Qué locura, Godofre, te provoca?

Godofre.

¡Tú eres el loco y mal nacido!

Tisandro.

¡Mientes!

Godofre.

Fiaste en el secreto tu edad loca.

Pero quiero excusar inconvenientes,
que ansí callarás bien.

(*Dale con la daga.*)

TISANDRO.

¡Ay, viejo triste!

GODOFRE.

¡Ansí quiero que al Rey mi engaño cuentes!
Quiero sacar la espada, que consiste
en mi industria no más el bien que espero.

(*Da voces.*)

¡Traidor, traidor, matástele y huíste!
No era el Conde a quien diste; mas ya espero,
si al Conde buscas.

(*Sale el* DUQUE, ALFREDA, FLORELA *y guarda de alabarderos.*)

DUQUE.

¿Qué es aquesto, Conde?

GODOFRE.

Que han muerto al más honrado caballero
que honró Dalmacia.

DUQUE.

¿En mi palacio? ¿Dónde?

GODOFRE.

¿Pues no lo ves, señor, en sangre envuelto?
¡Ah, buen viejo Tisandro! ¿No responde?
Debe de haber algún traidor resuelto
que de tu Alfreda tuvo pretensiones,
y con esta traición nos ha revuelto.
Saliendo yo con él destos rincones,
destos canceles, que brocado y seda
cubrieron para tales ocasiones,
salió un hombre embozado y dijo: —¡Alfreda
tiene dueño, traidor, no has de gozalla!—
Voile a tirar, la capa se me enreda,
y él, que al viejo Tisandro entonces halla,
atravesóle con el duro acero.
¡Ah, buen Tisandro, para siempre calla!

DUQUE.

¿Quién fué tan atrevido caballero,
Alfreda? ¿Quién en Cleves te ha servido?

ALFREDA.

Selandio asiste al coche y al terrero;
mas yo no sé que fuese el atrevido
dueño desta maldad.

FLORELA.

El es, sin duda:
No lo dudes, señor, Selandio ha sido,
que yo le dejé aquí con voz desnuda,
de respeto y temor desesperado,
pidiéndole a la muerte fiera ayuda.

GUARDA.

Verdad es, gran señor, Selandio ha entrado,
y no ha salido de la sala.

DUQUE.

¡Oh, cielo,
si no ha salido quedaré vengado!
Alzad aquesos paños, y del suelo
las alfombras, estrados y tapetes.

(*Alcen un paño.*)

GUARDA.

Debajo déste está.

SELANDIO.

¡Cubrióme un hielo!

DUQUE.

¿Ansí, homicida bárbaro, te metes,
como si fuese en el romano asilo,
y tan segura vida te prometes
entre unos paños débiles, al filo
de mi justicia y ofendida casa?
¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te turbas? Dilo.

SELANDIO.

Señor, si tengo culpa en cuanto pasa,
si he muerto al caballero que tú dices,
en una plaza pública me abrasa.

DUQUE.

¿Pues qué haces escondido en mis tapices?

SELANDIO.

Miraba cómo el Conde le dió muerte.

DUQUE.

¿El Conde?

GODOFRE.

¿Yo?

DUQUE.

No te escandalices.

GODOFRE.

¿Imaginas, villano, de esa suerte
encubrir tu maldad? Vengaré luego
mi amigo en ti con este acero fuerte.

DUQUE.

Conde, no le matéis; dejadle os ruego,
que importa que a otra mano muera infame
y que su cuerpo abrase vivo fuego.
Llevalde luego.

SELANDIO.

Escucha.

DUQUE.

¡Calla! Y llame
mi guarda luego un público verdugo
que aquella sangre bárbara derrame.
Ya, Conde, que librarte al cielo plugo,
ven para que descanses en los brazos
de cuya libertad eres el yugo.

GODOFRE.

Daré al muerto los últimos abrazos,
que era, señor, amigo verdadero.

DUQUE.

Yo haré al traidor que le mató pedazos.

GODOFRE.

En tu justicia su venganza espero.

(*Váyanse, y salgan el* REY FEDERICO, FLORISEO, CLEONARDO, *vestidos de noche.*)

REY. Tarda y tarda; mi sosiego
y mi salud se acobarda.
CLEONARD. ¿Tanto amor te tiene ciego?
REY. Con cada punto que tarda
al postrero punto llego.
FLORISEO. Siempre el mal entretenido
dicen que menor ha sido.
CLEONARD. Si sólo comunicado
basta a quedar consolado,
mejor será socorrido.
REY. ¿Pues qué es lo que puedo hacer?
CLEONARD. Juega, caza, inventa, escribe.
REY. Mal me puede entretener
lo que ni habla ni vive.
FLORISEO. Pues sirve alguna mujer.
Y pues que de noche sales,
dejemos las principales
y a las menores te humilla.
CLEONARD. Aquí hay una casadilla
que guardan cuatro oficiales.
REY. ¿Eslo el marido?
CLEONARD. Y honrado.
REY. No hagamos ruin la que es buena,
ni al honrado deshonrado.
FLORISEO. Toda esta calle está llena
de lo que llaman guisado.
REY. ¿Qué vida es ésa?
FLORISEO. La airada
es de las mismas llamada.
REY. ¿Qué tratan?
FLORISEO. Vender favor.
REY. ¿Y hay quien lo compre?
FLORISEO. El furor
de juventud desfrenada.
REY. Salgamos presto de aquí,
que causa desmayo en mí
su mala imaginación.
CLEONARD. Las ninfas de Chipre son
cuantas vas dejando allí.
Otras hay más recatadas.
REY. ¿Cómo?
CLEONARD. Hay dueñas y criadas,
gente y plata de servicio,
que es calidad del oficio
y tienen nombre de honradas.
REY. No hay cosa que me entretenga;
quiérome a casa volver.
CLEONARD. Hasta que Godofre venga,
¿qué piensas, señor, hacer,
que con sosiego te tenga?
REY. Es parte de frenesí,
¡oh, Cleonardo!, estar ansí;
y estoy del Conde quejoso,
que este accidente amoroso
aun tiene celos de mí.
No me ha escrito lo que hace;
si es hermosa, ni si es fea.
CLEONARD. Muchas veces se deshace
el concèto de la idea
que visto no satisface.
Por ventura no le agrada,
y el volver será escribir.
REY. Sospecha ha sido acertada,
y que se puede inferir
de una hermosura pintada.
Deseo agora me ha dado
de ver el rostro de Alfreda.
FLORISEO. Pues mírale imaginado,
que la noche oscura veda
que puedas ver el pintado.
CLEONARD. ¿De qué afligiéndote estás?
En palacio le verás.
REY. ¿No hay luz en alguna puerta?
FLORISEO. La de Lisandra está abierta.
REY. ¿Dará luz?
FLORISEO. Y sol, que es más.
REY. ¿Quién es?

FLORISEO. De Godofre dama.
REY. ¿Y quiérela?
FLORISEO. Con extremo
dicen que la adora y ama.
REY. Florelo, ofenderla temo.
FLORISEO. Que no, señor; llega y llama.
REY. Es Godofre muy leal,
y será pagalle mal.
FLORISEO. ¿Pues en qué la has de ofender?
REY. En el ver; que sigue al ver
la condición natural.
FLORISEO. Luego no quieres a Alfreda
REY. ¿De qué suerte?
FLORISEO. Que el que ama
no puede ser que amar pueda.
REY. Bien dices, Florelo, llama;
seguro Godofre queda.
FLORISEO. Bien podrá estarlo de ti,
pues que le estimas así;
della no, que te ha de ver
con la hermosura y poder
que ansí resplandece en ti.
Presumo que te han sentido:
con una vela ha salido
un escudero a la sala.

(*Sale un* ESCUDERO *viejo con un candelero y una vela.*)

ESCUDERO. ¡No llamarán noramala,
con menos grita y ruído!
FLORISEO. ¿Qué hace Lisandra?
ESCUDERO. Entretiene
la noche, mientras no viene
el Conde, con su almohadilla.
FLORISEO. Llamalda, y podéis decilla
que Su Alteza a verla viene.
ESCUDERO. ¿Su Alteza?
FLORISEO. Mostrad la vela.
ESCUDERO. Quitaréle el candelero,
por si es acaso cautela.
REY. ¡No es muy necio el Escudero!
CLEONARD. Que le engañamos recela.
REY. Llegad esa vela más.
FLORISEO. Como mariposa estás,
dándole bordes al fuego.
REY. Sí, pero mil veces llego
y no me abraso jamás.
Vuelvo a decir que es hermosa.
¡Pesia a tal, qué linda cosa!
¡Oh peregrina mujer,
tan dignísima de ser
mi mujer, mi reina y diosa!
¡Loco estoy!
CLEONARD. ¡Hermosa es!
Pero pienso que la ves
con lunas de larga vista.
REY. No hay luna que el sol resista
con que he de verla después.

(*Sale* LISANDRA, *dama.*)

LISANDRA. Déme esos pies Vuestra Alteza.
¿Tanta merced para mí?
¿Tanto honor a mi bajeza?
REY. No estáis bien, Lisandra, ansí:
conozco vuestra nobleza.
LISANDRA. ¿Vuestra Alteza no se sienta?
REY. Ansí en pie estaré mejor.
LISANDRA. No pido que me déis cuenta
desta venida, señor,
que tanto mi honor aumenta;
que como público ha sido
lo que al Conde habéis querido,
queréis honrarle en ausencia.
REY. Por ver en vos su presencia
a vuestra casa he venido.
Y como la vela vi
que vuestra gente sacó,
en mirar me divertí
la causa y luz que llevó
a vuestro Conde de aquí.
Y haréisme mucho placer
que la volvamos a ver,
y me digáis si es hermosa.
LISANDRA. La que fué tan poderosa
será divina mujer.
REY. Miralda bien.
LISANDRA. ¡Qué hermosura
y angélica criatura!
REY. ¿Que os agrada?
LISANDRA. Si hombre fuera,
por la verdad me perdiera
desta divina pintura.
REY. Mucho me habéis satisfecho.
Tomad aqueste diamante.
LISANDRA. Bésoos los pies.
REY. Esto es hecho:
es a un ángel semejante,
aunque es demonio en mi pecho;
diránlo las piedras duras
y los rudos animales.
LISANDRA. ¡Qué hermosa reina procuras!
CLEONARD. Con estas lisonjas tales
bien medrarán sus locuras.

(*Sale* GODOFRE *de camino, y* TIBERIO *y* DORISTO, *criados.*)

GODOFRE.

Primero que a Su Alteza los pies bese
quiero tomar las manos de Lisandra,
porque me cuente algunas novedades
y si sabe acaso el desposorio.

TIBERIO.

Saberse el desposorio es imposible,
pues se hizo y trató con tal secreto.
Novedades no faltan en las Cortes,
que son el mar mayor de novedades.

DORISTO.

Gran gente está en la sala.

GODOFRE.

¿Cómo gente?
Ya, con tan breve ausencia, se ha perdido
aquel recogimiento prometido?

ESCUDERO.

¿Quién va?

GODOFRE.

Yo soy.

ESCUDERO.

¿Quién es?

GODOFRE.

¿No me conoces?
El Conde soy.

ESCUDERO.

¿El Conde es ya venido?

LISANDRA.

¿El Conde?

REY.

¿El Conde?

GODOFRE.

¡Si es el Rey aquéste!

REY.

¡Godofre!

GODOFRE.

Gran señor.

REY.

¡Godofre amigo!

GODOFRE.

Perdona que no fuí a dejar las postas
a la puerta real de tu palacio,
que amor me trujo aquí.

REY.

Cualquiera yerro,
siendo de amor, trae él perdón consigo.
Mas di, ¿qué es la razón de venir solo?
¿Quedo casado o no? ¿Mintió el retrato?
¿Es tan hermosa?

GODOFRE. Estame atento un rato:

Partí a Cleves, gran señor,
y en efeto llegué a Cleves,
donde fuí bien recibido
del gran Duque, mi pariente.
Pasados eran tres días
en los regalos de huésped
antes que a la hermosa Alfreda
como me mandasteis viese.
Quiso el Duque el cuarto día,
por honra y fiesta solene,
que con su mujer y hija
públicamente comiese.
Fuimos a San Jorge a misa,
adonde al tiempo que el preste
comenzó a cantar la Gloria
entró la pasión del viernes,
porque al fin de un largo aplauso,
discurso de guarda y gente,
entró en San Jorge esta dama,
pienso que a servir de sierpe,
con mala disposición
y rostro tan insolente,
que pudiera volver triste
al corazón más alegre:
nunca el caballo troyano
tuvo tan hinchado el vientre,
ni un dromedario la espalda
de los que a Marruecos vienen.
El águila parecía
que cuentan de Ganimedes
mirándole la nariz,
hasta la boca pendiente.
Los ojos de jabalí,
con unas luces tan breves,
que parece que miraban
a dos calles diferentes.
La boca no descubría
perlas, ámbar ni claveles,
como se suele decir,
sino mal compuestos dientes.
Oyó misa, que en mi vida
me vi más inquietamente,
divertido en contemplar
un serafín de Holofernes.

Confiésote, gran señor,
que tuve miedo mil veces
de no aojarla, y que le hacía
las higas de siete en siete.
Volvimos a casa juntos,
donde pensé, como suele,
que siendo en el cuerpo fea
hermosa en el alma fuese.
Y por abreviar te digo,
por si te cansas y ofendes,
que dijo doce palabras
y necedades las trece.
Traté luego mi partida,
y porque este monstruo vieses
te truje aqueste retrato
de la imagen de la muerte.

REY.

Muestra. ¡ Jesús, y qué espantoso monstruo!
¿Posible es que me han hecho aqueste engaño?

CLEONARDO.

La pintura, señor, es lisonjera:
siempre temí que no era Alfreda hermosa.

FLORISEO.

Pintores que no pueden ver los rostros
tan cerca de señoras recogidas
hacen al vuelo estos retratos bellos.

REY.

Pues destiérrense todos los pintores,
no quede en el reino quien retrate,
pues tal burla me han hecho los pinceles.

FLORISEO.

Mira, señor, que la pintura ha sido
estimada de príncipes y reyes,
y en otra edad tenida por divina:
no quites tanto bien a tu república,
que en Africa por eso llaman bárbaros
a sus habitadores inorantes.

REY.

Bien sé que es arte noble y milagroso;
¿pero en qué he de vengar mi corrimiento?

CLEONARDO.

Destierra los culpados, que no es justo
que si una cura sola ha errado un médico,
si un letrado fué injusto, si un tratante
trató engaño a su prójimo, destierres
a médicos, tratantes y letrados:
nunca fué tan perfeta una república
que algún error culpable no tuviese.

REY.

Lleno voy de pesar; venid conmigo.

LISANDRA.

Seas, Godofre, bien venido.

GODOFRE.

Vengo
a tu servicio; ya ves que no puedo
dejar de hablar al Rey.

LISANDRA.

Pues vuelve presto.

REY.

Lisandra.

LISANDRA.

Gran señor.

REY.

Adiós te queda.

LISANDRA.

¡ Ay, Conde, bien venido!

GODOFRE.

¡ Ay, dulce Alfreda!

ACTO SEGUNDO
DE LA HERMOSA ALFREDA.

(*Salen* GODOFRE, DORISTO *y* TIBERIO.)

GODOFRE. Ya que está el Rey divertido
y de Alfreda descuidado,
como si vivo o pintado
tal rostro no hubiera habido.
Ya que el amor desta dama
que ama agora y solicita
del alma y ojos le quita
la memoria de su fama;
ya que han pasado tres meses
en este olvido cruel;
ya que emparentar con él
tratan reyes albaneses,
quiero hablarle con cautela,
de suerte que con su gusto,
pues que de mi intento injusto
ninguna cosa recela,
pueda hacer mi casamiento
y traer a mis estados

a Alfreda, porque casados
gocemos paz y contento.
Si el asistir en la Corte
es tan forzoso que sea,
tendré a Alfreda en una aldea
o el lugar que más me importe.
Y desde allí iré y vendré,
hasta que en buena ocasión
pueda al Rey pedir perdón
de lo que al Rey agravié;
que cuando el perdón que digo
no se alcanzara sin vella,
tres meses de estar sin ella
bastaban para castigo.

DORISTO. Mira, señor, lo que intentas,
que si al Rey pides a Alfreda
es muy posible que pueda
imaginar que le afrentas;
aún es agora temprano
para declarar tu intento.

GODOFRE. No es, haciendo argumento,
que el Rey es mozo y liviano,
y que ya está divertido
con la ocasión que sabéis,
y aun vengado, si queréis
imaginarme ofendido.

TIBERIO. ¿De qué manera vengado?

GODOFRE. Sirve a Lisandra, que fué
dueño de mi amor y fe
con mucho gusto y cuidado,
y hoy licencia me ha pedido
para gozarla, Tiberio,
que de aquí nace el misterio
de haberme al Rey atrevido.
Porque si él piensa que es fea
Alfreda, que ya aborrece,
y el alma a Lisandra ofrece,
a quien adora y desea,
bien le puedo yo pedir
licencia para mi intento,
y el secreto casamiento
a todo el mundo decir.
Yo conozco las mudanzas
del pensamiento del Rey,
que ya no tiene más ley
que estas nuevas esperanzas.
Y al fin, con haber gozado
a Lisandra, me disculpa
de la deslealtad y culpa
de haberle a Alfreda quitado.
Y cuando no haya razón
que abone mi desvarío,
en mi privanza confío
y en su fácil condición.

TIBERIO. ¿Que le has dejado gozar
de Lisandra?

GODOFRE. ¿Pues qué pierdo,
si ha sido el mejor acuerdo
para poderme casar?
Dejo contenta mi dama
que sufra mi casamiento,
imposible sufrimiento
para el alma de quien ama,
y ocupo al Rey el deseo
porque imaginar no pueda
en las memorias de Alfreda,
cuya hermosura poseo.
Ansí que estando contentos
mis mayores enemigos,
celebrarán como amigos
mis bodas y casamientos.

DORISTO. Notables arbitrios son,
Conde, los de un pecho amante.

GODOFRE. Es ciego, y lleva adelante
su propia imaginación.
El Rey es éste; advertid
con qué palabras le engaño.

(*El* REY *con una carta, leyéndola a* FLORISEO, *y* CLEONARDO.)

REY. Que ha sentido el desengaño
dice en esta parte; oíd.

CLEONARD. ¿Luego escribióle tu Alteza
que el Conde licencia dió?

REY. Si el Conde me lo rogó,
que lo pague su cabeza.

FLORISEO. Fineza ha sido entregarte
su dama el Conde, señor.

REY. Tiéneme notable amor.

CLEONARD. ¡Bien muestra Godofre amarte!
Mas mira que por ventura
por tu gusto te la dió,
y que enojado quedó
y no mostrarlo procura.

REY. ¿A mí qué me va en saber
si queda enojado o no?
Eso que pedí me dió;
eso quiero agradecer.
Y si dió Alejandro a Apeles
la cosa que más quería,
porque pintándola un día
suspendió mano y pinceles,
¿qué mucho que el Conde a mí,
que soy su Rey, me la dé?

¿No es harta gloria que fué
Alejandro para mí?

GODOFRE. Si fuera, señor, Lisandra
Deyanira o Policena,
Erífile, Dido, Elena,
Lavinia, Lesbia y Evandra;
si fuera Lamia o Lucrecia,
Eurídice o Laodamía,
Ero, Atalanta o Porcía,
que Roma celebra y precia,
con la misma voluntad
las entregara a tu gusto,
sin hallar en mi disgusto
violencia o dificultad.
De que Alejandro haya sido
y tú hayas sido mi Apeles,
es justo que te consueles
con que más tu gloria ha sido:
porque más a toda ley
a quien eres satisfaces
si a mí Alejandro me haces
que yo en dar mi prenda a un Rey.
Pues cuanto más te ha rendido
bajar de ser Rey a Apeles,
lo que hay de cetro a pinceles
has bajado y yo subido.

REY. Conde, no ha sido tan poco
lo que has hecho en este caso,
puesto que en silencio paso
que fuí Rey y amante loco,
que no me hayas obligado
a grande satisfación,
y en tu lealtad y afición
la mayor piedad mostrado.
Pide, que si fuiste ayer
Alejandro con tu amigo,
hoy quiero serlo contigo
y tu amor agradecer.
Pide, Conde, y pues que sabes
dar con liberalidad,
recibe con voluntad,
porque de obligarme acabes.

GODOFRE. Señor, ocasión se ofrece
en que me puedes honrar.

REY. ¿Pues en qué dudas de hablar,
que imposible me parece?
Mira que ofendes mi honor,
que yo más creí de ti
cuando libre te pedí
los tesoros de tu amor.

GODOFRE. No es falta de atrevimiento.

REY. Habla; yo te doy licencia.

GODOFRE. Esa pide cierta ausencia
de un tratado casamiento.

REY. ¿Casaste, Conde?

GODOFRE. Señor,
trato de casarme ahora,
que tu Alteza me mejora
de nuevas prendas de amor.
Que ayer, que mi fe tenía
toda en Lisandra, no hubiera
dama en el mundo que fuera
más dueño del alma mía.

REY ¿Pues cásaste de picado?
Que si eso es, Conde amigo,
este papel es testigo
que a Lisandra no he gozado.
Lisandra es tuya.

GODOFRE. Señor,
no me hagas ese agravio;
juzga, por Dios, como sabio
mis pensamientos mejor.
Cuando fuí a Cleves y vi
a Alfreda, no les conté
los poderes que llevé
ni la razón por qué fuí.
El Duque, su Corte y gente
a murmurar comenzó
que iba a pedírsela yo,
como deudo y pariente.
Creció su imaginación
de suerte, que el Duque un día
me la ofreció, haciendo mía
una espantable visión.
Yo, por no responder mal,
no le dije sí ni no,
y ansí indeciso quedó
nuestro casamiento igual.
Que aunque es verdad que ella es [fea,
es de notable interés
para quien apenas es
señor de una pobre aldea.
La fealdad de Alfreda, al fin,
y el amor justo y perfeto
de Lisandra, que, en efeto,
es Lisandra un serafín,
en viéndola me quitaron
las bodas del pensamiento,
hasta ayer, que de tu intento
las nuevas me despertaron.
Ya estoy libre, y aunque sea
Alfreda fea, como es,
cree, señor, que el interés
afeita mucho una fea.

Si agora me das licencia,
libre estoy, podré casarme,
y a ti te importa ausentarme
de Lisandra y su presencia,
mientras que te cobra amor
y mientras que yo le pierdo.

REY. Ha sido, Godofre, acuerdo
de tu ingenio y tu valor.
Mi obligación has crecido;
los brazos te quiero dar.

TIBERIO. ¡Qué bien le supo engañar!

DORISTO. ¡Qué discreto!

TIBERIO. ¡Qué atrevido!

GODOFRE. Si tanta merced me haces,
luego me quiero partir.

REY. Al Duque quiero escribir
gran confirmación de paces
y abonos de tu persona.

GODOFRE. Voy a ordenar mi partida.

REY. Guarden los cielos tu vida.

GODOFRE. Y prosperen tu corona.

REY. A tu Alfreda has de llevar
un presente de mi mano.

GODOFRE. Si tantos favores gano,
vos propio os podréis pagar.—
¿Qué os parece?

TIBERIO. Lo que ves.

GODOFRE. Buscadme luego en que parta.

REY. Conde.

GODOFRE. Señor.

REY. Por la carta
Volved.

GODOFRE. Y a besar tus pies.

(*Vanse* GODOFRE, DORISTO *y* TIBERIO.)

REY. ¿Será el haberse casado
el Conde enojo o lealtad?

CLEONARD. Venganza de voluntad,
con un proceder honrado.
El se parte por no ver
gozar su dama, en efeto.

REY. El hace como discreto
si la deja en mi poder,
que en casarse y ausentarse
della se venga muy bien,
y sírveme a mí también,
de quien no es razón vengarse.
Vamos, porque escribir pueda;
basta que vencer procura
de Lisandra la hermosura
con la gran fealdad de Alfreda.

(*Vanse, y sale* LISANDRA *y* FABRICIO.)

LISANDRA. ¿Esta es lealtad en los hombres?
¿Esto llaman querer bien?

FABRICIO. ¡Ay, Lisandra, no te asombres
ni tus enojos le den
al Conde agraviados nombres!
Que si al Rey le dió licencia
fué porque no hay resistencia
que sus violencias deshaga,
y advierte bien si lo paga
con tal destierro y ausencia.

LISANDRA. ¿Que se va el Conde?

FABRICIO. Ya es ido,
y por no causarte enojos
no digo lo que he sabido.

LISANDRA. ¿Ya qué más agua en mis ojos?
¿Qué más fuego en mi sentido?
Dilo, Fabricio, y no impida
lo que es temor de mi vida
tu lengua en peligro tal,
porque no puede haber mal
mayor que el de su partida.

FABRICIO. Pues, en fin, no ha de callarse
(cosa que al vulgo desdice),
sabe que es ido a casarse.

LISANDRA. ¿A casarse?

FABRICIO. Ansí se dice,
y que ha sido por vengarse,
aunque tengo para mí
que el Rey lo ha trazado ansí
por quitarle de tu vista.

LISANDRA. Quien tan de veras conquista,
no hallará defensa en mí.
¿Y dónde va el Conde?

FABRICIO. A Cleves.

LISANDRA. ¿Hay con quien casarse pueda?

FABRICIO. Preguntas lo que ya debes
de saber.

LISANDRA. ¿Cómo? ¿Es Alfreda?

FABRICIO. Que bien o que mal lo lleves.

LISANDRA. No lo llevo sino bien.
¡Jesús! ¿No es aquella fea
que trató con tal desdén?

FABRICIO. Pues dime, ¿hay cosa que sea
más ordinaria también?

LISANDRA. ¿De qué suerte?

FABRICIO. El decir mal
un hombre de una mujer
para el casamiento igual,
porque siempre viene a ser
donde no se piensa tal.

LISANDRA. Consolada estoy, Fabricio,
de que con Alfreda sea;
si no perdiera el juicio.
FABRICIO. ¿Por qué?
LISANDRA. Porque si es tan fea
da de mi venganza indicio.
Desapasiona el casar
con mujer que lo merece;
mas tal suele un hombre estar
si lo contrario acontece,
que vuelve al mismo lugar.
¿Qué haré?
FABRICIO. ¿Quién sabrá mejor
lo que te conviene en esto?
LISANDRA. Perdióse el Conde en rigor;
Ya su ausencia ha descompuesto
toda la fe de mi amor.
Y pues que suceder suele
esto de amar y olvidar,
y como se siente, duele,
quiérome yo consolar
antes que otro me consuele.
Porque llorar ya no es cosa
ni justa ni provechosa;
no comer es disparate;
pues decirme que me mate
es necedad rigurosa.
Eso a Evadnes y Lucrecias,
a Julias, Porcias y Eros,
que acá no somos tan necias.
FABRICIO. Aunque ejemplos verdaderos,
justamente los desprecias.
Tenemos almas agora
y conocemos su dueño.
Vive, alégrate, señora.
LISANDRA. No hayas miedo tú que el sueño
pierda por el Conde un hora.
El parte de enojo lleno,
aunque es justo, en buena ley,
llorarle en poder ajeno,
consolada estoy, que un rey
a falta de un conde es bueno.

(*Sale* CLEONARDO.)

CLEONARD. El Rey, Lisandra dichosa,
conmigo a llamarte envía,
que esta fiesta calurosa
al son de una fuente fría
del jardín duerme y reposa.
Su carroza viene aquí,
porque más te iguale a sí.
LISANDRA. Sólo ha faltado su guarda.
En fin, Cleonardo, ¿me aguarda
el Rey?
CLEONARD. Mi señora, sí.
Y si el Conde aquí estuviera
también la guarda enviara
si acaso menester fuera.
LISANDRA. No, que si al Conde pesara
no pienso que al Rey me diera.
En fin, ¿se casa?
CLEONARD. Desea
que te pese.
LISANDRA. No lo crea.
Vamos al jardín.
CLEONARD. Camina.
Vengarse el Conde imagina.
LISANDRA. ¡Jesús, qué mujer tan fea!

(*Vanse, y sale* SELANDIO, *el preso, herido.*)

SELANDIO.

No ha sido en mi dolor poca ventura
que de la cárcel dura,
adonde me tenía
sin culpa alguna la desdicha mía,
saliese libremente.
Mas, ¿qué no puede un ánimo inocente?
Estuve tan helado siendo hallado
del fiero Duque airado,
en su casa escondido,
que viéndome de tantos ofendido
no supe dar disculpa,
y es el silencio confesar la culpa.
Mas como amor no hay cosa que no pueda,
agradeciendo Alfreda
mi amor en aquel punto,
imaginando acaso que el difunto
fué de mis celos muerto,
hizo a mi libertad el paso abierto.
Huí la furia (1) y cruel violencia,
por no ver mi inocencia
en manos de su furia,
que el fiero Conde procuró mi injuria
por cubrir su delito,
que en los ojos del cielo vive escrito.
Siempre por montes ásperos subiendo
y de la gente huyendo,
a tierras he venido
donde pueda vivir desconocido,
que aquestas espesuras

(1) Como en el verso subsiguiente se repite la voz "furia" quizás aquí deba leerse "ira" y no "furia".

están bien lejos y serán seguras.
Ya puedo hablar con la vecina gente,
buscando el conveniente
sustento de mi vida,
que hasta ahora he tenido por comida,
donde quiera que estampo
la planta, fruta del silvestre campo.
El madroño riscoso siempre verde,
que nunca el ramo pierde;
el castaño erizado,
el avellano humilde coronado,
el níspero y las serbas
me dieron vida, y en faltando, hierbas.
Aquí vienen pastores del extremo
del monte: ya no temo
hablallos libremente,
que hasta agora temblaba de la gente.
¡Oh, gracias doy al cielo,
que tendrá mi dolor algún consuelo.

(*Salen* PELORO, *viejo, y* LISARDO, *mozo, labradores.*)

PELORO. Mas que nunca acá volvieses.
LISARDO. Sin palo y más poco a poco.
PELORO. Maravilla si estás loco,
que respleute me tovieses.
¿Tú a la guerra?
LISARDO. ¡Yo a la guerra,
y al diablo que os lleve, padre,
que no me parió mi madre
para tostarme en la sierra.
Si me voy allá ¿qué os llevo?
PELORO. ¿No es nada haberte criado?
LISARDO. ¿Vos?
PELORO. ¡Yo!
LISARDO. ¡Mentís!
PELORO. Buen soldado
no es cobarde para nuevo.
¿Parécete bien, traidor
a tu padre?
LISARDO. ¡Sí, resí,
que no me crió él a mí!
PELORO. ¿No? ¿Pues quién?
LISARDO. Nuestro Señor.
Y también oí decir
que el que ha de ser buen soldado
ha de hablar muy desgarrado,
y a dos por tres desmentir.
PELORO. Perdido estás ya del todo,
no te quiero sufrir más:
¿a la guerra no te vas?
¡Pues que te pongas del lodo!
LISARDO. ¡Poneos vos; duelo os dé Dios!
PELORO. ¡Vete ya!
LISARDO. Ya nos iremos,
sí, que aquí también sabremos
ser padres como sois vos.
PELORO. No te lograrás.
LISARDO. Ni aun quiero,
si he de ser tan gruñidor.
PELORO. ¡Qué hijo!
LISARDO. ¿Sois vos mejor?
PELORO. ¡Soy tu padre!
LISARDO. ¿Y yo soy cuero?
Dadme vos un aderezo
de padre, a ver si podéis
más que yo, que me tenéis
como una mula el pescuezo.
PELORO. Y cuando el mosquete lleves,
descansarás más con él?
LISARDO. Si llevare el moscatel,
serán las jornadas breves.
PELORO. ¿Sin mi bendición te vas?
LISARDO. ¿Qué alforja dejo olvidada?
PELORO. ¡No vuelvas desta jornada
para sécula jamás!

(*Vase el viejo.*)

LISARDO. ¿Que maldecisme en latín?
Pues yo os maldigo en romance,
y ruego a Dios que os alcance
la maldición de Merlín.
SELANDIO. ¿Dónde bueno, hombre de bien?
LISARDO. ¡Oh, señor! ¿Es él soldado?
SELANDIO. Helo sido y lo he dejado.
LISARDO. Yo voy a serlo también.
SELANDIO. Compradme aqueste vestido.
LISARDO. No tengo dinero, a fe,
que voy a la guerra a pie,
sin padre y madre y perdido.
SELANDIO. No lloréis, que los soldados
no lloran.
LISARDO. ¡Mentís!
SELANDIO. ¿Decís
a mí?
LISARDO. Sí, que vos mentís.
SELANDIO. ¡Bravos retos, extremados!
Mirad que soy capitán
y me habéis de tratar bien.
LISARDO. Y aún me iré con él también.
si trae el tapatatán.
SELANDIO. Venid, que quiero vestiros
destas galas con que vais.
LISARDO. Vamos, porque me digáis
cuándo podré desmentiros.

(Vanse, y sale PELORO, *el viejo, y* MARFISA.)

MARFISA. ¿Por qué le dejastes ir?
PELORO. ¿Pues qué le tengo de her,
si no hace desde ayer
son mentir y desmentir?
MARFISA. ¿Dónde vió aquel mentecato
estos soldados?
PELORO. No sé:
la fiesta a la villa fué,
algo remudado el hato;
y si con ellos topó,
ha dado en esta locura.
MARFISA. ¿No le han hablado?
PELORO. Hasta el cura,
y a todos dice de no.
MARFISA. Pues qué, ¿al Alcalde su tío
también le perdió el respeto?
PELORO. Y a mí propio.
MARFISA. ¡Extraño efeto
de juvenil desvarío!
¡Veisme aquí deshermanada!
PELORO. ¡Llora tú, si te parece!
MARFISA. ¡Qué se estuviera en sus trece
y que no os tuviese en nada!
PELORO. Calla, que él se volverá
en oyendo un arcabuz,
que de sólo ver la luz
dicen que temblaba acá.

(Sale SELANDIO *vestido de labrador.)*

SELANDIO. Ya con aqueste vestido
podré vivir disfrazado,
de mi patria desterrado
y por la ajena perdido.
Que mientras cesa el rigor
o mi inocencia se sabe,
quiere que viva o que acabe
entre estos montes amor.
PELORO. ¿No es éste, Marfisa, el hato
de Lisardo?
MARFISA. El propio es,
de la cabeza a los pies.
PELORO. Dado se le habrá barato.—
¡Ah, buen pastor! ¿Quién os dió
la pellica y lo demás?
SELANDIO. Ya queda del monte atrás
el que el sayo me vendió,
que dice que va a la guerra,
y le he dado yo una espada
que compré de mi soldada
en otra extranjera sierra,
que no soy deste país.
PELORO. Mi hijo era el soldado.
MARFISA. Y mi hermano. ¿Habéisle hablado?
SELANDIO. Sí.
MARFISA. Mas, ¿qué os dijo? ¿Mentís?
SELANDIO. Determinado partía
de volver de allá muy bravo.
PELORO. La buena esperanza alabo,
pero no la fantasía.
SELANDIO. ¿Falta os hará?
PELORO. ¿Quién lo duda?
SELANDIO. ¿Queréisme a mí mientras viene?
MARFISA. Padre, muy buen talle tiene
y habéis menester ayuda,
que vienen vendimias presto:
recibildo en buena fe.
PELORO. ¿Que estaréis acá?
SELANDIO. Sí haré,
si me hacéis partido honesto.
PELORO. No por la falta os recibo
que agora me veis tener,
que bien sé que ha de volver
el soldado fugitivo;
mas por la buena persona
y el veros hablar tan bien,
que sin duda a cuantos ven
vuestra presencia inficiona.
Venid a nuesa cabaña,
trataremos del partido.
SELANDIO. Hoy, si un hijo habéis perdido,
otro os sirve y acompaña.

(Vanse, y salen GODOFRE, ALFREDA, *de camino;* DORISTO *y* TIBERIO.)

GODOFRE.

Estas, como te digo, hermosa Alfreda,
son de mi tierra las montañas altas,
que tan honrada de tus plantas queda.
Los valles, que pisándolos esmaltas,
están poblados de árboles y aldeas,
que aun en los riscos no descubren faltas.
No te llevo a la Corte que deseas
porque me matan celos temerarios
de que sus galas y grandezas veas.
En aquestos desiertos solitarios
me conviene que vivas por ahora,
pues tienes los regalos necesarios.
Aquesta casa, cuyo extremo adora
el sol, luego que nace en el Oriente,
te reconoce ya por su señora.
Aquí deja el hábito decente;
en traje labrador, con labradores,
te gozará mi amor seguramente.

Aquí, sin el tropel de aduladores,
cuya música aduerme los sentidos,
oirás enamorados ruiseñores.
Aquí, libre de olores y vestidos,
vivirán tus seguros pensamientos,
despiertos para el bien y al mal dormidos.
Tus vasallos, humildes y contentos,
te ofrecerán sus dones primitivos,
desde el pámpano verde a los sarmientos;
los panales en árboles nativos,
el queso en las cortezas dibujado,
las liebres y conejos fugitivos,
el blanco lino y el torcido hilado,
el mosto dulce, la adobada oliva,
pálido aceite y algodón labrado.
Saldrás las tardes este monte arriba,
cercada de villanos, tras los ciervos,
que el ligero lebrel de aliento priva.
Y destos acebuches siempre acerbos
colgarás otras veces los reclamos,
o volarás las garzas y los cuervos,
o matarás, cuando de espacio vamos,
con el menudo plomo y polvo ardiente
los pajarillos por los verdes ramos.
Yo iré y vendré a la Corte diligente,
trayéndote regalos y caricias
con el cuidado de marido ausente.
De suerte que este monte y sus primicias
todo a tus pies te ofrece por señora,
y yo, si serlo de mi amor codicias,
cuanto desde la noche hasta la aurora
y desde la mañana hasta la tarde,
quisiera tan divina labradora,
que el alto cielo largos años guarde.

ALFREDA. Con extraña admiración,
Godofre, he escuchado atenta
tu celosa pretensión,
de la cual no me contenta
la vida ni la razón.
La vida es triste y estrecha,
y la razón con sospecha:
¿Qué temes de mis costumbres,
que el fin de tus pesadumbres
de matarme se aprovecha?
¿Una mujer como yo
en un monte ha de vivir?
Y la que noble nació
¿esos hábitos vestir
que la bajeza enseñó?
Pienso que burlas de mí,
que si jamás te ofendí,
ese monte, ese vestido
es afrentoso partido
para amor y para ti.
Si celos de que en la Corte
alguna cosa no vea
que a tu honor, Godofre, importe
me traen a aquesta aldea,
el ser quien soy te reporte.
Y si no basta y es fuerza
que yo viva aquí por fuerza,
no me quites mi vestido,
que el ser deudo y no marido
a honrarme te obliga y fuerza.
Deja en casa quien me guarde;
échame, Conde, prisiones
mientras vas o vuelves tarde,
pues tan malas opiniones
hacen tu pecho cobarde.
Y si me has aborrecido
vuélveme a mi padre a Cleves,
que tampoco te ha ofendido;
si es probarme, no me pruebes,
que no es de honrado marido.
Y, finalmente...

GODOFRE. No más;
que cuando la causa entiendas
mi razón disculparás,
que ni yo ofendo tus prendas
ni lo imaginé jamás.
Que eres noble y virtuosa
eso es más segura cosa
que el ser claro el sol y el día;
ni tampoco, Alfreda mía,
son celos de verte hermosa.
Es una cierta razón
que no la puedes saber;
basta que mi obligación
puedes, señora, creer,
y aun pienso que mi afición,
sólo con mudar vestido,
pues dar vida a tu marido
consiste en que estés oculta.

ALFREDA. ¿Tanto daño te resulta?

GODOFRE. La vida, Alfreda, te pido.

ALFREDA. ¿Pues por qué?

GODOFRE. No me es posible
decirte más que esto agora.

ALFREDA. En mujer es insufrible
estar sin saber un hora
algún secreto imposible.
Si por algo yo perdiera
de mi honor, por saber fuera

lo que en tal secreto cabe,
porque aun callar lo que sabe
toda mujer desespera.
Pero pues no puede ser,
paciencia habré de tener,
y mudando traje y vida
quedar de tu amor corrida,
que no de ser tu mujer.

GODOFRE. Mi Alfreda, pues no hay secreto
que la tierra al cielo calle,
que le sabrás te prometo;
pero es menester guardalle
para su tiempo y efeto.
Que entonces con más razón
conocerás mi afición,
y que mi muerte o mi vida
está de un cabello asida
en esta fuerte ocasión.

ALFREDA. Ya, Godofre, no replico.

GODOFRE. Ve con Doristo y Tiberio
al lugar que significo.

DORISTO. No dejas por vituperio
el vestido noble y rico,
sino que al Conde conviene
que te vistas deste traje.

ALFREDA. Eso mi enojo detiene.

TIBERIO. Yo aseguro que aventaje
la gracia que Alfreda tiene.

GODOFRE. Oye, mi bien.

ALFREDA. ¿Qué me quieres?

GODOFRE. Advierte que has de imitar
estas rústicas mujeres.

ALFREDA. ¿Como ellas tengo de hablar?

GODOFRE. Como que una dellas eres.

ALFREDA. Eso y más haré por ti,
aunque no sepa el secreto.

GODOFRE. Sabrále quien vive en mí.

ALFREDA. Pues no soy yo, te prometo,
pues esto ignoro de ti.

(*Vase* ALFREDA *y los criados.*)

GODOFRE.

Yerro es hacer ofensa al poderoso,
locura es ensalzar al arrogante,
cansancio dar consejos al amante
y encomendar negocio al perezoso.
Dar crédito es error al cauteloso,
y no buscar amigo semejante;
querer el que es humilde ser gigante
y salir a campaña temeroso.
Error es dar su hacienda en confianza
y de cuanto se escucha hacer desprecio,
y tener con pobreza fantasía;
error es en un hombre su alabanza,
pero de todos sólo aquel es necio
que sus secretos a mujer confía.

(*Salen* PELORO, SELANDIO *y* MARFISA.)

PELORO.

¿Venido el Conde a nuestra pobre aldea?
¿Pues no dicen que estaba ausente el Conde,
y que trataba de casarse en Cleves?

SELANDIO.

¿Que Godofre ha venido y que ésta era
la tierra de Godofre, mi enemigo?
¿Qué desventura es esta, airado cielo?
Pero si trae su mujer, no ha sido
poca piedad de mi contraria suerte,
que en este traje la veré seguro.

MARFISA.

Padre, un señor de aquestos de la Corte
está junto a la fuente de palacio;
mire si es de la gente.

PELORO.

El cuerpo y talle,
Marfisa, al Conde, mi señor, parece:
¡El es! ¿Qué dudo? Llega, y tú, Riselo.—
Dénos los pies su señoría.

GODOFRE.

¡Oh, amigos!
El cielo os guarde.

MARFISA.

Y a vos, Conde ilustre,
mantenga hasta no más.

SELANDIO.

Por largos años
goce Su Señoría desta tierra,
que le da vasallaje y reconoce
como a señor y dueño disoluto.

GODOFRE.

Buena gente, el amor que os he tenido,
de mi padre heredado y de mi abuelo,
me trae sólo a veros y alegraros.
¿Estáis buenos?

PELORO.

Señor, buenos estamos
para hacer merced en cuanto él vea
que nos hará servicio de mandarnos.

GODOFRE.

¿Qué se hizo un viejo honrado que vivía
en esta aldea, y que viudo estaba
de una mujer que me crió en sus pechos?

PELORO.

Yo soy, señor. ¿Que ya no me conoce?
¡Válgalo el diablo amén, y qué olvidado
le tienen los negocios de la Corte!
Peloro soy, y aquesta es la muchacha
que me quedó de mi mujer.

GODOFRE.

¡Oh, amiga!

MARFISA.

Manténgaos Dios, buen Conde.

GODOFRE.

Dios os guarde.
¿Es este mozo acaso aquel mancebo
que se crió conmigo?

PELORO.

¡Dalde al diablo,
que es ido allá a las guerras a ser sueldado.

GODOFRE.

¿A la guerra se fué?

PELORO.

Por falta suya
este buen labrador he recebido.

SELANDIO.

Yo, señor, soy el mozo a su servicio.

GODOFRE.

Padre, no pregunté por vos sin causa:
sabed que he de encargaros cierta cosa.

PELORO.

Eso tardaré yo en obedeceros,
que vos tardáis, señor, en declararos.

GODOFRE.

Yendo a cierta provincia y tierra extraña
a negocios del Rey, posé una noche
en una aldea semejante a ésta,
donde los ojos de una labradora
me robaron el alma de tal suerte,
que al fin al huésped la robé, Peloro,
y la traigo conmigo; y porque viene
preñada, cosa que en extremo estimo,
a tu (1) casa la traigo, donde quiero
que como a mi mujer la tratéis todos.
Sólo en ésto ha de ser la diferencia:
que los que me sirvieren y a la Corte
fueren conmigo, como yo se vistan,
y que los que sirvieren esta dama
sean de vuestro monte labradores,
pues, en efeto, es ella labradora.

PELORO.

No pudieras después de estar casado,
ilustre Conde, hacernos más servicio
que traer esta dama a nuestra aldea,
con prenda de tu sangre en las entrañas.
Venga en buen hora, que esos labradores
que han de servirla somos yo y mis hijos.

SELANDIO.

¡Ha hecho a ningún hombre la fortuna
lisonja como aquésta? ¿Que es posible
que este traidor a su mujer Alfreda
en este traje disfrazada traiga,
por temor de que el Rey conozca y vea
la traición que le hizo?

(*Sale* ALFREDA *de labradora, y* DORISTO *y* TIBERIO.)

DORISTO.

Pues ya sabes,
generosa señora, lo que importa,
mira que disimules.

GODOFRE.

Esta, amigos,
es mi Diana, que su nombre es éste,
con gran razón, pues resplandece tanto,

TIBERIO.

Diana te ha llamado; disimula.

ALFREDA.

No he sospechado bien de aqueste engaño.

PELORO.

Dadnos los pies, hermosa labradora,
gloria de aqueste monte y sol del día
en que venido habéis a honrar la aldea,
que ya es Corte por vos y ciudad noble.

MARFISA.

Aquí tenéis, Diana, aunque no iguale
con vuestra luz, de vuestro cielo estrellas;
los que os han de servir están presentes.

ALFREDA.

A vos, buen viejo, os quiero dar mis brazos
y respetaros en lugar de padre,

(1) En el texto "mi".

y a vos, pastora, como hermana propia.

MARFISA.

Esclava seré yo de vuestros méritos.

SELANDIO.

No me atrevo a llegar por no alterarla
si acaso me conoce.

GODOFRE.

Prenda mía,
a ver la casa voy con esta gente;
quede con vos Marfisa.

ALFREDA.

El cielo os guarde.

SELANDIO.

¿Seré yo menester?

PELORO.

¿Pues no? El primero,
para si es menester colgar las cuadras.

GODOFRE.

Vengan todos, Peloro, que el secreto
me hizo que sin gente venga al monte.

SELANDIO.

¿Qué quiere este traidor con este engaño?
Mas siempre del hablar resulta daño.

(*Vanse, y quede* MARFISA *y* ALFREDA.)

MARFISA. Es tanta vuestra hermosura,
hermosísima Diana,
que no fué mucha ventura
que un ángel en forma humana
el bien que el Conde os procura.
Reina merecieras ser,
y de nuestro Rey mujer
tan gallarda labradora.

ALFREDA. Quien tantas desdichas llora,
¿qué bien puede merecer?

MARFISA. ¿Luego venís con tristeza?

ALFREDA. No traigo mucha alegría.

MARFISA. ¡Oh error de Naturaleza,
que la desdicha porfía
juntar con la gentileza!
¿Pues qué sentís? ¿No os agrada
veros de Godofre amada?
¿Venís sin gusto con él?

ALFREDA. Culpo a mi suerte cruel.

MARFISA. ¿Cómo?

ALFREDA. En no venir casada.

MARFISA. Aquí se dijo que iba
el Conde a casarse a Cleves.

ALFREDA. ¡Esa fué mi suerte esquiva!

MARFISA. ¿Casóse?

ALFREDA. No.

MARFISA. Pues no debes
culpar quien dél no te priva.

ALFREDA. Temo que se ha de casar.

MARFISA. No hayas miedo, que esa Alfreda
es muy indigna de amar,
que no hay sierpe que se pueda
a su fealdad comparar.

ALFREDA. ¿Quién lo dice?

MARFISA. Ansí se suena
en la Corte, que anda llena
de la fealdad deste mostro,
estimando antes su rostro
más que el de la griega Elena;
tanto, que anda por refrán,
cuando algo afeando están,
decir: No es tan fiera Alfreda,
que no hay fealdad que la exceda.
Y ansí este nombre le dan.

ALFREDA. Pues en Cleves esa dama
menos que ángel no se llama.

MARFISA. Acá la llaman demonio.

ALFREDA. ¿Quién dijo tal testimonio?

MARFISA. El Conde sembró esa fama.

ALFREDA. ¿El Conde? ¿Por qué ocasión,
si se ha de casar con ella?

MARFISA. No entiendo yo la razón,
pero si esa Alfreda es bella
celos por ventura son.

ALFREDA. Sin duda el Conde está loco,
o no sé qué causa pueda,
en la materia que toco,
moverle a querer que Alfreda
todos la tengan en poco.
El se debe de entender.
¡Triste de mí, que he de ser
el blanco desas desgracias!

MARFISA. ¿Quien nació con tantas gracias,
¿qué daño puede temer?

(*Sale* SELANDIO.)

SELANDIO. El Conde a llamar te envía,
Marfisa.

MARFISA. Señora, adiós.

SELANDIO. ¿Quién dijera que este día
nos diera un monte a los dos
tal lugar, señora mía?
¿Quién dijera que me vieras
en este traje villano,

y que tú, que entonces eras
sol del mundo, rostro y mano,
destos nublados cubrieras?
Estoy por llorar de verte,
que ese traje al fin es luto,
pronóstico de mi muerte,
y este mío el triste fruto
de las ansias de quererte.
¿Qué me miras admirada?
Selandio soy, aquel preso
de quien libre fuiste amada.

ALFREDA. Para nuestro mal suceso
tomó amor la misma espada.
Con todo, me da consuelo
en este bárbaro suelo
verte, Selandio, conmigo.

SELANDIO. ¡Tratádome ha como amigo
en esta desdicha el cielo!
Aquí este traje tomé
desde que huyendo salí.
¡Gracias a Dios que podré
verte y servirte!

ALFREDA. ¡Ay de mí,
que primero moriré.
¿Estaba mi padre fiero
deste injusto caballero
hechizado por ventura,
que para tal desventura
me trujo a rigor tan fiero?
¿Con qué loco pensamiento
hizo tan secretamente
este injusto casamiento?

SELANDIO. Porque pague el inocente
del reo el atrevimiento.
Pero si no lo has sabido
yo te diré la ocasión
de haberte el Conde escondido.

ALFREDA. ¿Pues sabes tú la ocasión
deste secreto y vestido?

SELANDIO. Pues hay tan poco lugar,
oye, desdichada Alfreda,
el engaño de tus dichas
y la luz de tus sospechas.
Loco de verte casada,
que fué temeraria pena
para un hombre que seis años
adoró tu gentileza,
el día de los conciertos
entré a escuchar la sentencia,
que me fué notificada
de la boca de Florela,
y dejándome en la sala,
cubierto de una antepuerta,
vi entrar al Conde, tu esposo,
de enlazar tus manos bellas.
Venía el viejo Tisandro
a que al concierto asistiera
a acompañar su embajada,
reprehendiendo su soberbia;
las razones de los dos
atentamente escuchélas,
la sustancia de las cuales
sin duda ninguna es ésta:
que Godofre no venía
sólo a cumplir con la deuda
de la sangre de tu padre,
a quien por su parte afrenta,
sino que el rey Federico,
a quien llegaron las nuevas
de tu divina hermosura
y incomparable belleza,
por su mujer te pedía,
y para que fueses reina
de su imperio y de su alma,
de tu fama heroica prueba.
El concierto fué que viese
si eras, Alfreda, tan bella
como la opinión tenías
por tantas extrañas tierras;
y siéndolo se casase
contigo, usando la fuerza
de los poderes que trujo
sin otras cartas y letras.
Enamoróse de ti,
y en el mismo instante piensa
dar muerte al viejo Tisandro,
cuyas canas ensangrienta,
y estando, cual digo, oculto,
el pecho hidalgo atraviesa,
sólo porque le decía
de su Rey la injusta ofensa.
Valióse luego el traidor
de la voz y estratagema,
con que sacando la espada
tus caballeros afrenta.
Entró el Duque, hallóme a mí,
y sin descargo me llevan
a aquella dura prisión
de que salió mi inocencia;
que si no fuera por ti
yo perdiera la cabeza,
como perdiste en la tuya
la corona desta tierrra.

ALFREDA. ¿Es posible que el traidor

tal maldad usó conmigo?

SELANDIO. Grande es, Alfreda, su error;
mas no merece castigo
si le disculpa el amor.

ALFREDA. Si esta prenda no tuviera,
que Naturaleza ampara
hasta en la más dura fiera,
una venganza intentara
que ilustre en el mundo fuera.
La gente viene por mí;
pues quedas, Selandio, aquí,
en partiéndose a la Corte
hablaremos cuanto importe
a mi remedio y a ti.

SELANDIO. ¡Ay, llegue, señora, el día
de tu venganza y la mía.

ALFREDA. Oye, que se me olvidaba,
con el temor que me daba
pensar que alguno venía:

(*Dale un lienzo.*)

toma ese lienzo, y, secreto,
el dueño dese retrato
saber procura.

SELANDIO. ¿A qué efeto?

ALFREDA. Haz aquesto con recato,
que decirlo te prometo.

(*Vase* ALFREDA.)

SELANDIO. ¿Quién sois, dichosa figura,
que saber quién sois procura
quien abrasándome está?
Aquí dice: —Soy de Alfreda.
Si sois, ¿qué mayor ventura?
¿Quién puede ser? ¡Ay de mí!
Pero gente viene aquí:
entrad, retrato, en mi pecho,
aunque abrasaros sospecho,
si no me abrasáis a mí.

(*Vase, y sale el* REY, LISANDRA, CLEONARDO *y* FLORISEO.)

REY. Mucho se ofende mi amor
de que estéis desconfiada,
porque negáis ser amada
cuando confesáis temor.
Yo no tengo voluntad
sin la vuestra en cosa alguna:
persígame la fortuna
si vos no sois mi verdad.
¿Por qué me escondéis los ojos?
¿Qué tenéis? ¿Por qué no habláis?

LISANDRA. Porque vos me los quebráis
con darme celos y enojos.
Carta; el Conde ya venido
y casado con Alfreda,
y que verla yo no pueda,
decid, ¿qué agravio no ha sido?
Alfreda os escribirá,
que aún la debéis de querer,
porque os dará su mujer
también quien su dama os da.
Veamos qué os escribió.

REY. Dice que a la Corte viene.
¡Hola!

CLEONARD. Señor.

REY. Celos tiene
de lo que los tengo yo.
Por ver la letra del Conde
finge los celos de Alfreda.

CLEONARD. No hay de que tenerlos pueda,
y que la traiga responde.

REY. Basta, que das en celosa
cuando del Conde lo estás.

LISANDRA. Hermosas disculpas das
si fuera tu Alfreda hermosa.
Venga a la Corte, no importa:
necia soy en tener celos
de quien espanta a los cielos
y al sol esconde y reporta.
Gócela por muchos años
Vuestra Alteza, que es muy linda.

REY. ¿A quién no habrá que no rinda
con estos dulces engaños?—
Que sea razón o no,
la carta quiero leerte.

LISANDRA. ¿Cómo dice?

REY. Desta suerte.

LISANDRA. Di verdad, que miro yo.

REY. Carga sobre el hombro mío,
Lisandra, ese dulce peso.

LISANDRA. Ya miro.

REY. Y yo pierdo el seso
de ver tu donaire y brío.

"*Por no hacerte disgusto me ausenté, por asegurarte me casé, por no dar pena a Lisandra no truje a Alfreda conmigo, ni osaré entrar en la Corte sin tu licencia.*

"EL CONDE GODOFRE."

LISANDRA. ¿No era más que esto?

REY. No es más.

LISANDRA. ¿Qué piensas que quiere hacer?
Traer aquí su mujer

si tú licencia le das.

REY. ¿Quieres tú que venga aquí?

LISANDRA. ¿Yo? Como fuere tu gusto.
que venga Godofre es justo,
pues se destierra por mí.

REY. Pues también será razón
que venga con él Alfreda,
que no es bien que vivir pueda
dividido el corazón.

LISANDRA. ¿Quién duda que Vuestra Alteza,
que es deseoso de ver,
querrá ver esta mujer,
borrón de Naturaleza?

REY. ¿Quién también podrá dudar
que querrá tu señoria
ver al Conde, que solía
con tanto gusto gozar?

LISANDRA. Vuestra Alteza trate bien
una mujer que ha gozado.

REY. Sospecho que se ha enojado.—

FLORELO. Y tiene razón también.—

LISANDRA. Ya, pues Vuestra Alteza tiene
una tan bella mujer,
no seré yo menester,
si lo he sido, y mientras viene
quede Vuestra Alteza adiós.

REY. ¿Tantas altezas agora
para bajarme, señora,
hasta apartarme dé vos?
Ea, no haya más; volved,
volved esos ojos bellos.

LISANDRA. ¿Para qué es hablar con ellos
de señoría y merced?
Yo soy yo, y tal como soy,
no ha de entrar Alfreda aquí,
ni aun el Conde.

REY. El Conde, sí;
al Conde licencia doy.
¡Hola! El Secretario escriba
que el Conde no traiga a Alfreda.

LISANDRA. ¿Agora qué habrá que pueda
que no te dé tu cautiva?
Ven, y delante de mí
esa carta firmarás.

REY. ¿Quieres más?

LISANDRA. No quiero más.

REY. ¿Soy tu amigo?

LISANDRA. Mi bien, sí.

REY. Contadme con los perdidos.

CLEONARD. ¡Que de una mujer tan fea
con tantos celos se vea?

FLORISEO. Sospecho que son fingidos.

ACTO TERCERO

DE LA HERMOSA ALFREDA.

(*Sale* SELANDIO solo.)

SELANDIO.

¿Qué esperan mis engaños,
a la esperanza asida
la fe de amor, en tal difícil caso,
al cabo de seis años
de miserable vida
que en servicio de Alfreda sufro y paso?
Si el fuego en que me abraso
tiene por alimento
su clara hermosa vista,
que aguarda que resista
las fuerzas de mi duro pensamiento,
el tiempo, ¿qué no basta
contra mi amor, aunque los montes gasta?
Fué en mi naturaleza
lo que agora costumbre:
por uso quiero, ya de engaños lleno;
Ya de amor la aspereza
no me da pesadumbre;
ya vivo por costumbre con veneno,
cuanto me daña es bueno,
cuanto me alegra es triste;
Alfreda me entretiene,
El Conde se va y viene
a la Corte del Rey, adonde asiste,
dando a entender que Alfreda
no hay monstruo fiero que igualarla pueda.
Dice que la aborrece;
mas, como otras casadas,
cada año rinde al casamiento el fruto,
que es tierra que agradece
las manos trabajadas
del labrador a quien ofrece el fruto.
¿Que Marco Antonio o Bruto
de amor fueron pagados
con más amable indicio?
¿Cuál amoroso oficio
pueden hacer los pájaros casados,
como cubrir el nido
de tierno polvo en el abril florido?
Está de hijos cercada,
en el regazo y pecho
colgando como en pámpano racimos,
y muy desesperada
se queja sin provecho,
aquellos que sus lástimas oímos.
¡Cuán diversos vivimos

Alfreda y yo cuitado:
ella fingiendo olvido
y amando a su marido,
y yo siempre queriéndola olvidado,
pues que viva o que muera
ningún remedio mi esperanza espera!
¡Casos de amor extraños!
¡Que un noble caballero
perdido viva, sin remedio amando!
Volando van los años,
y yo como el primero,
sin tener que esperar, muero esperando.
¿Cuándo, desdichas, cuándo
me llamará la muerte
para acabar la vida
más triste y abatida
que a su tormento condenó la suerte?
¡Mas nunca, vidas tristes,
si fuistes cortas enojosas fuistes!

(*Sale* ALFREDA *con una carta, y* DORISTO.)

ALFREDA. El Conde, en efeto, escribe
que no ha de venir tan presto.
¿Con tanto descuido vive?
DORISTO. En tal privanza está puesto
que no hay amor que le prive.
ALFREDA. No creo que es la privanza,
sino que la Corte alcanza
de cuenta al más recogido.
DORISTO. Nunca el Conde te ha querido
con esa desconfianza;
que ha dado el Rey en cazar
y es fuerza que ande con él.
ALFREDA. ¿Dónde pudo el Conde hallar
mujer más noble y fiel
para parir y criar?
Que desto sólo he servido
desde que fué mi marido.
Pues mi padre mal lo lleva,
porque ya ha tenido nueva
de mi desdicha y vestido.
Y yo sé que al Conde escribe
que quiere venir por mí.
DORISTO. Muy justo enojo recibe,
que aunque adora el Conde en ti,
muy a lo bárbaro vive.
Los que sabemos tu vida,
triste, estrecha y abatida
en la cárcel de una aldea,
no sabemos cómo sea
tu humildad encarecida.
Si un amante tan celoso
merece alguna memoria
de algún poeta famoso,
bien puede hacer de tu historia,
Alfreda, un libro curioso.
¡Que un hombre ya con seis años
que una hermosura posea
no quiera, con mil engaños,
que hombre nacido la vea,
temeroso de sus daños!
¿A quién que el suceso oyera
admiración no le fuera?
ALFREDA. Algún astrólogo creo
le ha dicho algún mal deseo,
que de mi lealtad espera.
Pues créame el Conde a mí,
que más que él noble nací,
y miraré lo que importe
a mi honor, tanto en la Corte
y mucho más que no aquí.
Que a veces entre el ganado
anda el lobo disfrazado
con las pieles de cordero.
DORISTO. Tu amor y honor verdadero
es de Godofre estimado.
Escríbele, y partiréme
por que pueda hallarle allí,
que ir a caza el Conde teme.
ALFREDA. Dile que el papel rompí.
DORISTO. ¿Por qué razón?
ALFREDA. Enojéme.
DORISTO. ¡Señora!
ALFREDA. Pártete luego.
DORISTO. Yo voy.

(*Vase* DORISTO.)

SELANDIO. Y yo aguardo agora
que vuelvas la vista a un ciego.
ALFREDA. ¡Siempre a mal tiempo!
SELANDIO. ¡Señora,
siempre aborrecido llego.
ALFREDA. ¿Qué quieres, aborrecido?
Que harto más dichoso has sido
que yo, pues vivo forzada
adonde aborrezco amada
con la lealtad de marido.
Que si como tú pudiera
irme libremente dél,
en su poder no viviera.
SELANDIO. Nunca te vi tan cruel,
nunca te he visto tan fiera,
nunca partir me has mandado.
ALFREDA. ¿Pues qué te tiene engañado,

necio, si sabes quien soy?

SELANDIO. La esperanza que hasta hoy
me ha perdido y sustentado.
Como el sentenciado he sido,
que, en efeto, me ha traído
hasta el palo en que me veo.
¿Pero qué nuevo deseo
a matarme te ha movido?

ALFREDA. Estoy del Conde celosa.

SELANDIO. ¿No dices que le aborreces
y que es tu vida forzosa?

ALFREDA. Selandio, para otras veces
quiero decirte una cosa:
No puede dejar de ser,
aunque sea aborrecido,
enojoso a la mujer
que se descuide el marido
ni que deje de querer.
Vete con Dios, que ya viene
mi padre por mí, y aquí
conocer, Selandio, tiene
que has estado aquí por mí,
cosa que no me conviene.

SELANDIO. Pues si me voy desta suerte
testamento quiero hacer
la víspera de mi muerte,
por volver a tu poder
las prendas de esclavo; advierte:
Esta cinta, estos cabellos
me dió Florela en tu nombre,
para que adorase en ellos,
aunque espante a ver a un hombre
colgado seis años dellos.
Este papel respondiste
a quien te hablaba por mi,
que como a mujer pudiste;
y recién venida aquí
este retrato me diste.
No te le quise volver
ni decirte de quien era
cuando lo pude saber;
mas ya es bien que antes que muera
te dé su nombre a entender.
Del rey Federico es,
que rindiéndose a tus pies,
aquí dice soy de Alfreda.
Quiero ver lo que me queda
para no volver después.
Ansí, este pellico pobre
que por tu causa tomé
quiero que su dueño cobre,
que para morir bien sé
que no hay cosa que no sobre.
Vesme aquí, Alfreda, desnudo:
esto es lo que un hombre pudo
medrar de amor de seis años,
pues voy desnudo de engaños
huélgome que no voy mudo.
Y pues ya nadie me veda,
ni aun tú, que no me conoces,
que hable y diga cuanto pueda
por el monte daré voces:
¡Muerto soy! ¡Alfreda! ¡Alfreda!

(*Vase.*)

ALFREDA. ¿Hay semejante locura?
¡Ah, Selandio; escucha, advierte!
Aunque envidio tu ventura
si vas a darte la muerte,
que hasta allí el tormento dura.
De la inclemencia del cielo
sólo este triste consuelo
alcanza la vida humana.

(*Sale* MARFISA.)

MARFISA. ¿Qué lleva, hermosa Diana,
por ese monte Riselo?

ALFREDA. Aquí agora me ha contado
que por descuido comió
cierta hierba deste prado,
de que este furor le dió
con que va corriendo airado.
No sé qué habemos de hacer.

(*Sale* GODOFRE *de caza.*)

GODOFRE. ¡Diana!

ALFREDA. ¿Quién es?

GODOFRE. El Conde.

ALFREDA. ¿En fin me veniste a ver?

GODOFRE. Aquí, señora, te esconde.

ALFREDA. ¿Pues de qué me he de esconder?

GODOFRE. El Rey y Lisandra han sido
cazando tan porfiados,
que hasta este monte han venido,
dejando atrás los criados,
que seguirlos no han podido.
¡Ya llegan: húyete presto!

ALFREDA. Antes lo yerras ansí,
si tienen noticia desto;
mejor es que me halle aquí
en hábito descompuesto.
Di que désta soy su hermana.

GODOFRE. Escóndete, mi Diana,
que viniendo el sol no es bien
que aquí sus rayos te den.

ALFREDA. ¿Pues qué es más hoy que mañana?
GODOFRE. ¡Vete, digo!
ALFREDA. No hayas miedo,
que yo sé muy bien que puedo
con mi habla y mi vestido
tener un mundo escondido.
GODOFRE. ¡Entra, digo!
ALFREDA. Estése quedo.
GODOFRE. ¿Pues quieres matarme?
ALFREDA. Sí.

(*Salen de caza el* REY FEDERICO, LISANDRA, *y* CLEONARDO, *y* FLORISEO.)

CLEONARD. Esta es la casa del Conde.
REY. Pues entra a ver si está aquí.
ALFREDA. A ti te llaman, responde.
GODOFRE. ¿Cómo puedo? Estoy sin mí.
Pero no tendrá memoria
el Rey de Alfreda. ¡Oh, señor!
¿A una choza tanta gloria?
¿Tanta honra a un labrador?
¿A un rendido tal vitoria?
¿En mi casa un Rey tan grande?
No entréis más, que no cabréis.
ALFREDA. Dejalde que entre y que ande;
¡bueno es que al Rey le estorbéis
que donde quisiere mande!
LISANDRA. ¿Quién son estas labradoras?
GODOFRE. Hijas son de mi casero.
ALFREDA. Somos dos pobres pastoras.
LISANDRA. Darles dos abrazos quiero,
que merecen ser señoras.
ALFREDA. ¿Es la reina su mercé?
Que si lo es bajaré
hasta el suelo la rodilla.
REY. ¡Bello rostro!
CLEONARD. ¡A maravilla!—
LISANDRA. No soy la reina.
ALFREDA. ¿Pues qué?
LISANDRA. Del Rey soy algo parienta.
ALFREDA. Sin duda es en sexto grado,
según que lo representa.—
REY. ¡Qué lindo talle!
CLEONARD. ¡Extremado!
GODOFRE. ¡Oh Alfreda, en mi mal contenta!
Celoso estoy y afligido.
REY. ¡No he visto cosa más bella
desde que tuve sentido!
CLEONARD. En fin, ¿te huelgas de vella?
REY. ¡Qué gran donaire!
CLEONARD. ¡Escogido!
REY. Si Lisandra no estuviera
adonde hablarla me viera,
un rato, por Dios, me holgara
de hablarla. ¡Qué hermosa cara!
CLEONARD. ¿Y Lisandra?
REY. ¡Es una fiera!
Como que nace de ti,
que entre y que descanse di;
y al Conde lleva también.
LISANDRA. ¿Al Rey le parece bien
la labradora?
GODOFRE. Es ansí.
Mas no tengas celos della,
que es tan noble cuanto bella,
tan dura como aldeana.
LISANDRA. ¿Cómo es tu nombre?
ALFREDA. Diana.
GODOFRE. No se ve más luz en ella.
LISANDRA. ¿Es cosa tuya?
GODOFRE. Bien puedes
ir segura descansar.
CLEONARD. Aquí quiere el Rey que quedes.
FLORISEO. Bien puedes, señora, entrar,
que ya de lo justo excedes.
REY. Si, mi bien, que todo el día
de caminar no cesáis.
LISANDRA. Hacedme vos compañía.
REY. Luego voy.
LISANDRA. ¿A qué os quedáis?
REY. A hablar al Conde, alma mía.
LISANDRA. Entre el Conde acá también.
REY. Hacéis al Conde favor,
como le quisisteis bien.
LISANDRA. ¡Mal haya quien tiene amor
a persona grave, amén.

(*Váyase* LISANDRA.)

CLEONARD. Enojada va.
REY. ¿Qué importa?
Que es mujer muy atrevida
y en hablar no se reporta.
FLORISEO. Celos es daga buyda,
que por cuatro partes corta.
REY. Pues, Conde, ¿qué es la tristeza?
GODOFRE. No ser esta fortaleza
el grande alcázar de Nino,
para que fuera más dino
de aposentar a tu Alteza.
REY. Ya, Conde, he visto yo en él
palacios, torres y muros,
y un ángel en guarda dél
para que vivan seguros,
aunque no de amor cruel.

Ya he visto un raro modelo
del artífice del cielo,
y aquí a Vitrubio corrido,
y que a sus pies se ha rendido
la arquitectura del suelo.
Protógenes sus pinceles
rinde aquí, y el mismo Apeles,
que a sus tablas la anticipo;
los mármoles de Lisipo,
láminas, bronce y papeles.
Aquí he visto arcos sutiles,
jardines, huertos, pensiles,
capitolios, templos, aras,
solas para fénix raras,
que no sacrificios viles.
¿Quién es esta labradora?

GODOFRE. Llégate, señor, aquí,
y escúchame un rato agora.

(Hablen al oído.)

ALFREDA. ¿Que es éste el Rey que perdí
y yo la Alfreda que adora?
¡Qué gallardo, qué galán,
qué talle de un capitán
de los que celebra Roma!
Marfisa, este rostro toma;
Mira los que hablando están.
¿A cuál dellos se parece?

MARFISA. Al Rey se parece un poco.

REY. ¿Que esto este monte merece?
¡Conde, yo me vuelvo loco!

GODOFRE. Justa ocasión se te ofrece.
Señor, Lisandra es muy bella,
y ésta una pobre mujer:
dejad de pensar en ella.

REY. ¡Ay, Conde, no puede ser!

GODOFRE. ¿Cómo?

REY. ¡Muérome por ella!

GODOFRE. ¿Qué piensas hacer ansí?

REY. Gozarla.

GODOFRE. ¿Pues cómo aquí?
Que Lisandra lo sabrá.

REY. ¿Pues a mí qué se me da
de Lisandra ni de ti?
Conde, el que es huésped honrado,
al huésped que ha recibido
y en su casa aposentado
lo que bien le ha parecido
está a ofrecerle obligado.
Conde, mis (1) doradas copas,
fuentes, tablas, sedas, ropas,
te pide el Rey tu señor
sino este ángel labrador,
más rico que mil Europas.

GODOFRE. Su padre me ha confiado
su honra, y en ley de noble
quedo a guardarla obligado.

REY. ¿Ley guardas, Godofre, a un noble,
y no a tu Rey? ¡Buen criado!
¿No es honra tuya y del viejo
darme tu ayuda y consejo,
y el viejo su sangre pobre?

GODOFRE. La honra, en plata o en cobre,
se mira en un mismo espejo.

REY. ¿Sofisterías conmigo?
¿Héme de enojar, Godofre?

GODOFRE. Que es noble el viejo, te digo.

REY. Tendrá su carta en el cofre,
sus armas en el postigo.
Tú le habrás hecho hijodalgo.

GODOFRE. De buen abuelo deciende.

REY. A su honra, Conde, salgo;
y si esto acaso le ofende
de lo que puedo me valgo:
haréle conde o marqués.

GODOFRE. Aunque mil reinos le des
ha de quedar deshonrado.

REY. No ha de quedar sino honrado,
aunque le ponga a mis pies.
Y vos sois, Conde, un gran necio.
¡Salid al punto de aquí!

GODOFRE. ¡Señor!

REY. ¡Qué gentil desprecio!
¡Vete luego!

GODOFRE. ¿Cómo? ¿A mí?

REY. ¿Conmigo hay honra ni precio?
Armas, cartas y nobleza,
¿qué son todas para un Rey
que ennoblece la bajeza,
y que con ley o sin ley
te cortará la cabeza?
Vete, pues.

GODOFRE. Ya voy.

REY. ¡Pues vete!

GODOFRE. ¡Oh, Alfreda: mujer al fin!

(Vase GODOFRE.*)*

REY. No entres más en mi retrete,
¡mal nacido, ingrato, ruin!:
gozaréla y mataréte.
¡Dulcísima labradora,
dadme esos brazos agora!

(1) Así en el original; pero parece que deberá decir: "Conde, ni doradas copas", etc.

ALFREDA. ¡Hágase allá!
REY. ¡Qué hermosura!

(*Sale* LISANDRA.)

ALFREDA. ¿No ve que allí me la jura?
REY. ¿A ti?
ALFREDA. Sí.
REY. ¿Quién?
ALFREDA. La señora.
REY. ¡Demonios! ¿Qué me queréis?
¡Ah, Cleonardo! ¡Ah, gente! ¡Ah, [guarda!
LISANDRA. ¡Ah, mi bien, no os enojéis;
que a todos nos acobarda
el ver que enojo tenéis!
Si bien os ha parecido
esa labradora hermosa,
a servirla he yo venido.
REY. Ni aun servirla será cosa
en que yo seré servido.
¡Sálganse todos allá!
¿No es doncella esta mujer
y yo mozo?
LISANDRA. Si es que ya
no puede dejar de ser:
paso, señor, bien está.
REY. Lisandra, acorta razones
y salte de aquí.
LISANDRA. Ya voy.

(*Vase* LISANDRA *y vuelva.*)

REY. Rey soy.
LISANDRA. Si en eso te pones,
bien me pagas con Rey soy
seis años de obligaciones.
REY. ¡Noramala o norabuena,
no quede ninguno aquí!
LISANDRA. Ya me voy, no toméis pena,
y iréme a la Corte así
a darle la norabuena.
REY. ¿No hay quien eche esta mujer
desta casa?
CLEONARD. ¡Si está loco!
LISANDRA. Hechizos deben de ser.
CLEONARD. No es el de aquel rostro poco.
LISANDRA. ¿Cómo?
CLEONARD. Basta a enloquecer.

(*Váyanse.*)

REY. Labradora de mis ojos,
que ansí un Rey has descompuesto,
quítame aquestos enojos.
ALFREDA. Téngase, que aún es muy presto.
REY. Más presto fuí tus despojos.
Dame esa mano, Diana,
que has eclipsado mi sol
con esa luz soberana.
ALFREDA. Sois en cólera español,
que nunca aguardan mañana.
Esperad, no os antuviéis.
¿Has visto tú tal, Marfisa?
MARFISA. ¡Eh, Dios, qué prisa traéis?
REY. Dame el amor mucha prisa.
MARFISA. ¿Amor con prisa tenéis?
REY. ¿No lo veis en mis razones?
MARFISA. Sosiéguese, Rey hermano.
REY. Danme prisa mis pasiones.
MARFISA. Es el amor de verano
y habrá comido melones.
REY. Qué, ¿no veis las llamaradas
deste fuego con que muero?
ALFREDA. Las carnes tiene tostadas.
MARFISA. Vaya su mercé al herrero
que le eche cuatro hisopadas.
REY. Ea, no os burléis de mí.
Dame esa mano.
ALFREDA. La mano
aun no es mucho, véisla ahí.

(*Sale* GODOFRE.)

GODOFRE. ¡Oh, dura Alfreda! ¡Oh, tirano;
por mi mal veniste aquí!
REY. ¿Quién habla?
GODOFRE. Yo.
REY. Pues ¿qué es esto?
GODOFRE. Vengo a decirte dispuesto...
REY. ¿Cómo te atreviste a entrar?
GODOFRE. Señor, véngote a avisar.
REY. ¿De qué?
GODOFRE. Escucha.
REY. Dilo presto.
GODOFRE. Mira que no es labradora
esta mujer.
REY. ¿Pues quién es?
GODOFRE. Mi mujer.
REY. Pues cómo, ¿agora
me engañas ansí?
GODOFRE. A tus pies
estoy: dilo tú, señora.
ALFREDA. Sin duda soy su mujer.
REY. ¿Eso cómo puede ser?
GODOFRE. Sabe, señor, que es Alfreda.
REY. ¿Dónde hallaré con que pueda
tu maldad encarecer?

¡Jesús mil veces, traidor!,
¿no llevaste el poder mío?

GODOFRE. Engañóme el ciego amor,
que fué de mi desvarío
causa, cómplice y autor.

REY. ¿Pues dónde hallarás disculpa?

GODOFRE. Tu amor mismo me disculpa
si me quitas mi mujer,
que a quien tuya pudo ser,
no siéndolo, no fué culpa.

REY. ¡Traidor, tú me has ofendido;
la triste Alfreda engañado
quitándole un Rey marido,
y a Dalmacia le has quitado
esos hijos que has tenido!
No sé yo con qué Sinón,
qué Olfos, qué Magancés
se compare tu traición.
¡Alza, infame, de mis pies,
que ya tan piadosos son!
No esté yo en casa que fué
de tal traidor. Vos, mi Alfreda,
pagadme mi antigua fe,
mientras quien puede conceda
que con vos casado esté.
Reina seréis a pesar
deste traidor, y del suelo
si lo viniere a estorbar.

ALFREDA. Este es castigo que el cielo
hoy quiere a Godofre dar.
Y porque veáis, señor,
cuánto estimo mi valor
y vengarme deste injusto,
con vos iré por mi gusto,
aunque es notable rigor.
Cuanto tengo dejaré,
como mujer engañada,
y nadie diga que erré,
que con vos estoy casada
si por vos y con vos fué.
Distes vuestra voluntad
con vuestra firma y poder,
y ansí viene a ser verdad
que Alfreda es vuestra mujer
y lo contrario maldad.
Esta mano os doy agora.

REY. ¡Hola! Apercebid caballos.

GODOFRE. ¡Mujer, Alfreda, señora!
¡Rey, gente, deudos, vasallos!

ALFREDA. Vierte su sangre traidora.

REY. ¿Morirá?

ALFREDA. No, que es tu afrenta.
Yo voy contigo contenta.
Ven, Marfisa.

MARFISA. ¡Pardiez, vamos,
que mejor dueño llevamos!

(*Vanse, y queda* GODOFRE.)

GODOFRE. ¡Ah, vil corazón, revienta!
¡Ah, temeraria mujer!
¡Ah, Rey tirano, enemigo,
en lo que fué por hacer
te ofendí; mas tu castigo
en lo hecho viene a ser!
Perdí a Alfreda, de quien tengo
dos hijos y dos mil celos
que como áspides sostengo;
mas perdí mi honor. ¡Ah, cielos!,
¿cómo no me muero o vengo?
¡Triste!, ¿qué tengo de hacer
después de venir a ver
por todo tan mal suceso?
Porque ya, si no es el seso,
no me queda qué perder.
¡Pues vaya todo tras todo,
porque si no ha de haber modo
de poderlo remediar,
con todo es bien acabar,
hoy que a morir me acomodo!
Vaya primero el vestido,
que es el indicio primero
de quien no tiene sentido,
pues ya eternamente espero
que he de cobrar lo perdido.
Yo por loco me confieso
con declarado furor:
y no será mucho exceso,
que quien está sin honor
mejor estará sin seso.
Y pues no hay loco que pueda,
cuando rematado queda,
pasar sin tema, sea el mío
razón de mi desvarío
y diciendo: ¡Hermosa Alfreda!

(*Salen* PELORO *y* LISANDRA.)

PELORO. El Rey, su gente y Diana
digo que se parten juntos.

LISANDRA. Ya mi desventura es llana,
y que me aguarda por puntos
la dura muerte inhumana.
No menos que un Rey perdí,
Rey que nunca se casó
desde que me vió y le vi,

aunque el reino le rogó,
a quien despreció por mí.
Notable fué la hermosura
desta mujer que tan presto
causó tanta desventura.

GODOFRE. ¿Quién osa entrar descompuesto
en esta tiniebla escura?
¿Quién es aquel inorante
que se me pone delante?
¿Queréis que la muerte os dé?

LISANDRA. ¿No es este el Conde?

PELORO. El que fué
a ese Conde semejante.
De pena el seso ha perdido
de que el Rey le haya llevado
mujer que tanto ha querido.

GODOFRE. Soy el Conde desdichado
que fué de Alfreda marido.
Soy quien al Rey la quité
y con ella me casé,
y por eso me la lleva.

LISANDRA. ¿Que aquélla es Alfreda? ¡Oh nueva
que siempre temí y lloré!
Pues ¿cómo que la tenía
en figura de villana,
por lo que al Rey ofendía?

PELORO. Con el nombre de Diana
la tuvo en su compañía.
Nadie hasta agora ha sabido
que era el Conde su marido
Ni que aquesta fuese Alfreda.

GODOFRE. Si algún remedio me queda
ése que me déis os pido.
¡Doleos, doleos de mí!

LISANDRA. ¡Ay, Conde, que sólo en verte
estoy por volverme ansí.

GODOFRE. ¿A qué tardas, dura muerte,
si espero remedio en ti?

(*Salen* DORISTO *y* TIBERIO.)

DORISTO. ¿Con el Rey dices Alfreda,
y el Conde loco y celoso?

GODOFRE. ¿Quién habla en esta arboleda?

TIBERIO. ¡Oh caso el más lastimoso
que al mundo contarse pueda!
Señor, ¿pues cómo en ti cabe,
siendo persona tan grave,
tan poco valor como éste?

GODOFRE. ¿Pues no es justo que me cueste
cuanto el alma puede y sabe?
¡Desventurado de mí!
Si sabéis lo que perdí,
¿qué culpa me podéis dar?
¡Fuera digo, que he de andar
hasta que me mate ansí!

PELORO. ¡Ah, señor!

GODOFRE. ¡Guárdate, viejo!

LISANDRA. ¡Ah, Conde, Lisandra soy!

GODOFRE. ¡Oh hermosa Alfreda, oh mi espejo!
Pues sin ti y sin honra estoy,
¿por qué de matarme dejo?
¡Otra vez os digo afuera,
que voy a matarme digo!

TIBERIO. Tente, señor; oye, espera.

GODOFRE. ¿Qué quieres, Tiberio amigo?
¿Cómo me estorbas que muera?

TIBERIO. ¿Qué te falta?

GODOFRE. Alfreda hermosa.

TIBERIO. Hazme placer y reposa
mientras que te traigo a Alfreda.

GODOFRE. ¿Dejóla el Rey?

TIBERIO. Aquí queda,
al pie desta selva umbrosa.

GODOFRE. Pues, amigo, tráela acá,
y dile que el Conde está
llorando el alma por ella.

TIBERIO. Ya voy.

GODOFRE. ¡Oh mi Alfreda bella!
¿Si de mí te dueles ya?

LISANDRA. Sosiega un poco, señor.

GODOFRE. Vete, Lisandra, de aquí,
que aumentas más mi dolor,
porque te vengas de mí,
que eres mujer en rigor.

PELORO. Vente, señora, conmigo.

LISANDRA. Estás, Godofre, engañado,
que en el general castigo
es el enemigo amado
como el verdadero amigo.
Y porque entiendas que siento
del Rey la pérdida grande
con igual pena y tormento,
mi espíritu quiero que ande
con mi esperanza en el viento.
Todo es acabado ya;
todo amenazando está
triste, universal ruína!
Adonde Alfreda camina
allí mi espíritu va.
Seguiréle como loca,
que de tus celos y rabia
no menos parte me toca.
Salga la voz que me agravia
desde el alma hasta la boca,

y desde la boca al viento,
y desde el viento a la esfera
del más furioso elemento.
¡Afuera, sentido, afuera,
que es grande mal el que siento!
Ya como fénix aplico,
con alas, plumas y pico,
el fuego en que ardiendo estoy:
á darme la muerte voy.
¡Federico, Federico!

(*Vase* LISANDRA.)

DORISTO. Corre, Peloro, tras ella,
no haga algún disparate.

PELORO. Procuraré defendella
que no se despeñe o mate.

(*Vase* PELORO.)

GODOFRE. ¿No vienes, Alfreda bella?
¿No vienes, señora mía?

DORISTO. ¡Sosiega, señor, por Dios!

GODOFRE. ¿Que pudo tu tiranía
apartarnos a los dos
de tan dulce compañía?
¡Oh maldito cazador,
que has derribado y perdido
con tu codicia y furor
las tórtolas de su nido,
llenas de paz y de amor!
¡Más puesto en razón estaba
que allí la muerte me dieras!

(*Sale* TIBERIO *con los dos niños* GODOFRE *y* ALFREDA.)

TIBERIO. Estas dos prendas buscaba,
Conde, porque en ellas vieras
la Alfreda que te faltaba.
Tus dos hijos ves aquí:
si no te dueles de ti
duélete dellos, señor,
para que del Rey traidor
hagan venganza por ti.

GODOFRE.

¡Ay, prendas de mi vida,
las lágrimas me ciegan sólo en veros,
que ya de mi afligida
tragedia sois los actos postrimeros!
¡Ay, joyas despreciadas!
¡Ay, dulces prendas por mi mal halladas!
Hijos, ya estáis sin madre,
no porque es muerta, aunque nos deja a todos:
yo soy el triste padre
que olvida y que deshonra de mil modos.
¡Hijos del alma mía,
dulces y alegres cuando Dios quería,
llorad todos mi queja,
pues nos deja sin honra y sin sentido,
ya que Alfreda nos deja!
Mas aunque seso y honra se ha perdido
en este amargo día,
juntas estáis en la memoria mía.
¡Habladme, ángeles bellos,
dulces prendas del alma que os adora;
dadme esos tiernos cuellos,
sangre de Alfreda, bárbara y traidora,
si no es que estáis trocadas
y con ella en mi muerte conjuradas!

NIÑO.

¿Que se fué nuestra madre
y que así nos dejó, padre querido?

GODOFRE.

Querido no; mas padre
desdichado, ofendido, aborrecido,
triste, furioso, incierto,
corrido, solo, perseguido y muerto.

NIÑA.

Pues, padre, ¿qué le hicistes,
que ansí os dejó mi madre rigurosa?

NIÑO.

A fe que la ofendistes.

GODOFRE.

Quererla fué no más, por verla hermosa.

NIÑO.

¿Hallóos con otra acaso?

GODOFRE.

En mi vida en su ofensa he dado un paso.

NIÑA.

¿Pues quién, padre, la lleva?

GODOFRE.

Un Rey tirano lleva a vuestra madre.

NIÑO.

Padre, no es cosa nueva.
¿Queréis que vamos a matalle, padre?

GODOFRE.

A rogalle a lo menos
que a los tres mire de agua y sangre llenos.
Hijos, en cada brazo

quiero llevar el suyo, y presentarme
con este estrecho lazo
a que mande mataros y matarme.

NIÑO.

A mí, padre, al derecho,
para que os pueda dar más fuerza al pecho;
que ésta es hembra, en efeto,
y se ha de parecer algo a su madre.

GODOFRE.

¡Oh consejo discreto!
Seguidme, hijos.

NIÑO.

Vamos, señor padre.

GODOFRE.

Cual oso, llevo asidas
las colmenas del alma divididas.

(*Llévelos en los brazos.*)

DORISTO.

¡Qué caso doloroso!
¿Cómo es posible que sufrillo pueda
un Rey, noble y piadoso,
y Alfreda, que al fin es mujer Alfreda?

TIBERIO.

Recoge esos vestidos.

DORISTO.

Así pudiera Astolfo sus sentidos.

(*Vanse, y salen el* REY, CLEONARDO *y* FLORISEO.)

REY.

¿Que el Duque, padre de mi hermosa Alfreda,
viene a mi Corte?

CLEONARDO.

Y a pedir justicia
del Conde, que a su hija tuvo en poco,
pues dicen que seis años la ha tenido
en traje grosero, pobre y rústico
en que la hallaste, y con estrecha vida.

REY.

Por cubrir la traición del casamiento
eso y la muerte de Tisandro ha sido,
que todo en el camino lo he sabido.
Pero pues ya determinado tengo
que Alfreda sea mi mujer y el Conde
muera por el delito de la muerte,
no vivirá con esa queja el Duque;
y ansí es forzoso que a buscarle vayan,
porque ni halagos, gustos, ni requiebros,
promesas ni regalos, ni caricias,
han acabado con la hermosa Alfreda
que la pueda gozar hasta casarme;
y apriétame de suerte este deseo,
que moriré si se detiene un día.
Préndase al Conde, y muera el Conde luego.
Y pues hoy ha de entrar Alfreda, quiero
celebrar con solemne regocijo
su entrada en mi ciudad: échense bandos
para que el pueblo esté advertido, y junto
adórnense las plazas y las calles
de flores, de laureles, seda y luces.

CLEONARDO.

Si no fuera, señor, por ser forzoso
que muera el Conde para hacer tus bodas,
aunque es verdad que es digno de la muerte
por la traición y muerte de Tisandro,
su vida te pidiera, pues su sangre
tus fiestas ha de hacer tristes y trágicas.

REY.

El Conde ha de morir: el Conde ha muerto
un caballero de mi sangre y casa,
Cleonardo; eso no tiene medio alguno.

FLORISEO.

La fuerza de casarte no permite
que favorezca tu piedad al Conde.

REY.

Hablemos en las fiestas de mi Alfreda,
que el Conde, amigos, no merece vida
ni hay humano remedio para dársela;
que cuanto a perdonarle, fuera cosa
posible en quien yo soy; pero el casarme
¿cómo lo puede ser si el Conde vive?

FLORISEO.

Gran aplauso de gente, grita y vulgo
suena en Palacio: ya sin duda viene.

REY.

¿Cómo es posible, hasta que tenga aviso?
Mirad qué es eso.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE.

No es, señor, la Reina,
sino la multitud del pueblo junta,
que sigue a un loco porque dice cosas
notables contra el Conde.

REY.

¿Contra el Conde?
Metelde acá, sepamos lo que dice;
vaya por él la guarda, el vulgo váyase.

PAJE.

Yo parto por el loco.

REY.

¡Caso extraño!
¡Triste del que privó cuando despriva!

FLORISEO.

Fingido será acaso el loco.

REY.

¿Cómo?

FLORISEO.

Enemigos del Conde lo habrán hecho.

REY.

Misterio tienen todas estas cosas.

CLEONARDO.

Guarde el cielo tu vida y de tu Alfreda,
y lo demás o bien o mal suceda.

(Sale SELANDIO *con la guarda.)*

SELANDIO. A gran ventura he tenido
verme, gran señor, aquí,
que para volver en mí
médico divino has sido.
Dame a besar esos pies.
REY. ¿Quién eres, en ese traje?
SELANDIO. Hombre en el alma y lenguaje;
lo demás no sé quién es.
REY. ¿De dónde eres?
SELANDIO. Soy de Cleves.
REY. ¿Pues quien te trujo de allá?
SELANDIO. Amor.
REY. Disculpado está.
SELANDIO. Tiene las disculpas breves.
REY. ¿Qué eras allá?
SELANDIO. Caballero.
REY. ¿De alta sangre?
SELANDIO. Pretendí
la hija del Duque allí.
REY ¿Alfreda?
SELANDIO. Por esa muero.
Casó Godofre con ella,
traidor a Alfreda y a ti;
dió muerte a un hombre, y a mí
me puso la culpa della.
De la cárcel me libré;
en hábito labrador
serví a Alfreda y al traidor,
indino de tanta fe.
Cuando vi mis esperanzas
de la ingrata reprehendidas,
y que mi vida y mil vidas
no alcanzarán lo que alcanzas,
el hábito me quité
y della me despedí,
y por los montes me fuí
y a los cielos me quejé.
Hasta ayer, que en el aldea
adonde el Conde vivía,
y donde al fin me traía
la hambre indomable y fea,
oí decir que, informado
de que era Alfreda la bella
y que Godofre con ella
fué por engaño casado,
se la quitaste, y pretendes
gozar con poca razón,
no viendo que mi afición,
sangre y calidad ofendes.
Y ansí, pues no hay a quien pida
justicia para cobralla,
porque no puedas gozalla
te vengo a quitar la vida.

(Saque una daga, y váyale a dar.)

¡Muere, traidor!
REY. ¡Tente, tente!
CLEONARD. ¿Matarémosle?
REY. Dejalde.
SELANDIO. ¿Que has comprado tan de balde,
traidor, a mi sangre inocente?
REY. ¿Matábasme como cuerdo
o como loco?
SELANDIO. No sé;
pero pues no te maté,
seso, y vida, y honra pierdo.
REY. ¿Qué ofensa te hice yo?
SELANDIO. Gozar de Alfreda no más.
REY. Confiesa que loco estás
y vivirás.
SELANDIO. ¡Eso no!
REY. Pues llevalde a una prisión,
y dalde lo necesario
toda su vida.
SELANDIO. Al contrario,
me diera menos prisión.
Más me holgara de morir.
REY. Pues viva, para que pueda

saber que gozo de Alfreda.

SELANDIO. ¡Ay, desdichado vivir!
¡Oh duro tormento fuerte!
¡Mas consuélome, tirano,
que al fin, o tarde o temprano,
estoy sujeto a la muerte.

(*Liévenle.*)

REY. En deudas le estoy al cielo
de dos vidas.

FLORISEO. ¡Gran rigor
tiene de Alfreda el amor!

REY. Ella es perdición del suelo,
ella es la misma Medusa,
todos nos transforma en piedra.

CLEONARD. ¡Qué bien quien la sirve medra!

REY. Basta; su beldad la excusa.
Ella es monstruo de hermosura,
ira y azote del cielo.

(*Salen* FABRICIO, *y un* PAJE.)

FABRICIO. ¿Si le podré hablar?

PAJE. Diréla.—
Fabricio hablarte procura.

REY. ¿Qué hay, Fabricio?

FABRICIO. Vuestra Alteza
reciba aqueste papel.

REY. ¿Es de Lisandra?

FABRICIO. Por él
conocerás su tristeza.

REY. ¿Dónde está?

FABRICIO. En un monesterio.

REY. Pues bien, ¿qué quieres que lea?
Di que por mil años sea
su divino cautiverio;
y que yo la daré renta
para que con honra viva.
Que cuando quejas reciba
me dará de todas cuenta,
que agora estoy muy de bodas.

FLORISEO. Y tanto, que viene ya
la Reina.

REY. ¿Tan cerca está?
Abrid esas puertas todas.
Entre Alfreda, entre por ellas
la criatura más hermosa
que pudo dejar gloriosa
a la mano autora dellas.
Esto hablando a las criaturas
que acá llamamos humanas,
porque allá las soberanas
son distintas hermosuras.
Entre la divina Alfreda,
que ningún hombre la vió
que el alma no le rindió:
entre donde mande y pueda.
Entre el peligro del suelo,
entren los rayos de amor,
entre el milagro mayor
que tiene en la tierra el cielo.

(*Sale* ALFREDA *con gran acompañamiento delante, vestida bizarramente, y con ella* MARFISA.)

ALFREDA. El recebimiento ha sido
como cosa que ha gustado,
mas pudo ser excusado
mientras no eres mi marido.
Espantada estoy de ti,
pues no siendo tu mujer
me mandas más honra hacer
que por quien soy merecí.
Pensé que entraba secreta
mientras las bodas trazabas,
cuando a tu Corte mandabas
lo que tu Corte inquieta.
¿Agora sedas y luces?
¿Agora mil parabienes?

REY. Sin causa enojada vienes.
Si todo a amor lo reduces,
¿qué falta para que seas
mi mujer?

ALFREDA. No es casi nada:
estar, cual sabes, casada,
aunque lo contrario creas.
Vivo el Conde, ¿cómo puede
ser Alfreda tu mujer?

REY. Ya le habrán ido a prender,
porque castigado quede,
que el Conde ha de ser oído
y su delito probado.

ALFREDA. Pues mientras no estás casado,
¿qué sirve tanto ruído?

REY. Cuando ser reina no pruebes,
cosa que ya mereciste,
mira, señora, que fuiste
hija del Duque de Cleves.
Cuanto más que eres sin duda
mi mujer, y lo has de ser.

(*La* GUARDA *deteniendo al* CONDE, *y sale desnudo con los hijos en los brazos;* PELORO, DORISTO *y* TIBERIO.)

GUARDA. ¿Qué limosna os han de hacer?
¡Ved de qué embuste se ayuda!
Id, buen hombre, al limosnero.

GODOFRE. Déjame entrar

GUARDA. No podéis.

NIÑO. Dejalde entrar si queréis,
que aunque es pobre es caballero.

REY. ¿Qué es eso?

GUARDA. Un pobre que pide
limosna.

REY. Dejalde entrar.

GODOFRE. ¿Podré hablar?

REY. Comienza a hablar,
que aquí ninguno te impide.

(Ponga los NIÑOS *en el suelo, y hinquese de rodillas.)*

FLORISEO. Desvíese Vuestra Alteza,
no sea acaso otro loco.

GODOFRE. Oidme; escuchadme un poco.

REY. ¿Esto es locura o pobreza?

GODOFRE. Rey Federico, si acaso
no soy de ti conocido,
porque ya no es hombre a quien
falta el natural juicio,
al triste conde Godofre
tienes a tus pies rendido,
con las reliquias de Alfreda,
que son aquestos dos niños.
Confieso, invicto señor,
tan piadoso como invicto,
y en efeto Rey cristiano,
que es el mayor apellido,
que te engañé como aleve
habiendo tu Alfreda visto,
escondiendo el poder tuyo,
que tú no esconder conmigo;
y que casado con ella,
cuando volví me previno
amor de llamalla monstruo,
con un retrato fingido.
Viví en la Corte algún tiempo,
usando, señor, contigo
en darte a Lisandra entonces,
lo que el hijo de Filipo.
Al fin alcancé licencia,
y por tu gusto y arbitrio
truje a mis tierras a Alfreda,
que fué todo mi delito,
que la muerte de Tisandro
es que, con falsos testigos,
buscas contra mi inocencia
para tu descargo indicios.
Cuanto al amor, por quien fué
el primero cometido,
dígante, Rey, mis disculpas
divinos y humanos libros.
Mira nuestro padre Adán;
Mira un David, cuyo hijo
se llama el Hijo de Dios,
que a ser hombre amando vino;
mira un sabio Salomón,
y un fuerte Sansón vencido;
un Holofernes valiente,
y con Hércules a Nino.
Pero ¿qué te doy ejemplos,
pues está ya recebido
que se perdonan mil yerros
con decir amor los hizo?
Y cuando no haya disculpa
de haber al Rey ofendido,
y matándome consienta
este casamiento indino,
oye, inexorable Alfreda,
monstruo por mi mal nacido,
de los ojos de los hombres
espantoso basilisco,
Cava de mi honor y vida,
Elena de mis sentidos,
cocodrilo que lloraste
al mísero peregrino:
Godofre soy, dura Alfreda,
que penetro con suspiros
el cielo, tierra y infierno,
y no tu pecho fingido.
Por qué me dejas quisiera
decirte, mas no lo digo,
porque siendo mujer basta
haberte, Alfreda, querido;
pero dime: ¿cómo dejas
tu sangre, tus propios hijos,
que los duros animales
guardan por cuevas y nidos?
¿Cómo dejas estas prendas
que con esos pechos mismos
diste esa leche de tigre,
de dragón indiano o libio?
¿No son aquéstos pedazos
de tu corazón esquivo?
¿No son semejanza tuya,
que has engendrado y parido?
¿No estuvieron nueve meses
en ese monte de olvido,
en ese vientre de fiera
de los campos Abarimos?
Pues ¿qué es esto? ¿Cómo o dónde
dejas hijos y marido
por codicia de un imperio

y el nombre real altivo?
Llorad, hijos, llorad juntos,
llorad, ángeles, conmigo,
que alto, tiple y contrabajo
harán concierto divino.
¡Mirad qué madre y mujer,
que deja el padre y los hijos:
los hijos a vivir pobres
y el padre entrega al cuchillo!

(Cáigase boca abajo el CONDE *desmayado.)*

NIÑO. Madre, ¿es de piedra, por dicha?
¿No se duele de los tres?
NIÑA. Más que piedra y mármol es,
pues calla a tanta desdicha.
NIÑO. Hable, madre, y no nos deje;
que aunque mi padre habló
largamente, no acertó
por más que se duela y queje.
Y lo que había de hablar
yo lo diré por los dos:
¡Alfreda, mira que hay Dios,
y la sabrá castigar!

ALFREDA.

¡Señor, no puedo más, no tengo fuerza
para sufrir tan ásperos combates!
¿Qué mármol puede haber que no se tuerza?
Suplícote me dejes o me mates.
Si me tienes amor, amor te fuerza
a que la injusta obligación desates
y me vuelvas mis hijos y marido,
que esto, por Dios, con lágrimas te pido.
Si las miras en todos los presentes,
verás, señor, que en mí no son injustas.
Desta venganza es bien que te contentes,
que las piadosas para Dios son justas.
Dale al Conde perdón, si el llanto sientes,
que enternece las piedras más robustas.
Con él y con mis hijos vivir quiero,
que no soy piedra yo, mármol ni acero.

REY.

Alfreda, ya es tan justo lo que pides,
que cuanto más te quiero más me agrada:
la ejecución de mi justicia impides,
mi amor detienes y desnuda espada.
Hágase lo que pides, pues lo mides
con la razón más justa, leal y honrada:
vuelve a Godofre, que mil años goces,
pues ofendida la razón conoces.

ALFREDA.

Beso tus pies mil veces.

REY.

Habla al Conde.

ALFREDA.

¡Ah, mi Godofre! ¡Ah, Conde! ¡Ah, señor mío!
Ya te perdona el Rey, el rostro esconde
de vergüenza de ver su desvarío.
¡Godofre! ¡Ah, mi Godofre! ¿No responde?
¡Sin duda está, señor, difunto y frío!

REY.

¡Extraño caso! A ver. ¡Qué frío y yerto!
No tienes que mirar, el Conde es muerto.

CLEONARDO.

¿El Conde muerto?

TIBERIO.

A ver, señor, que acaso
será desmayo.

CLEONARDO.

No hay que hablar, Tiberio:
muerto es el Conde.

REY.

¡Peregrino caso,
y no sin grande y celestial misterio!

ALFREDA.

¡Godofre!

FLORISEO.

No es desmayo.

REY.

Deja paso,
que ya eres reina, Alfreda, de mi Imperio.

ALFREDA.

Agora te conozco.

DORISTO.

¿Que lo dudas?

PELORO.

Siempre responden esto las viudas.

ALFREDA.

¡Triste de mí!

REY.

¡No me atormentes tanto!
Tus hijos serán míos, tus criados
tendrán amparo en mí, que el cielo santo
quiere que goce Alfreda mis estados.

Llevad al Conde mísero entre tanto
al honroso lugar de sus pasados.

PELORO.

Y al mío llevaré, con tu licencia,
A mi Marfisa, que hace larga ausencia.

REY.

También se ha de quedar aquí conmigo,
que a ti y a ella os quiero hacer mercedes.

PELORO.

Todos, señor, se quedarán contigo,
honrados de arrimarse a tus paredes.

REY.

Mi mano, Alfreda, a ser tu esposo obligo.

ALFREDA.

Hacer, cual Rey, lo que quisieres puedes,
porque no hay cosa al fin que un rey no pueda.

REY.

Y con esto da fin la hermosa Alfreda.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA HERMOSURA ABORRECIDA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Don Sancho.
Doña Juana.
La Reina doña Isabel.
El Rey don Fernando.
Garcilaso de la Vega.
El Maestre de Santiago.
El de Calatrava.
Tello, *soldado.*
Leonardo.
Don Lope.
Guzmán.
Don Luis de Narváez.
Vargas, *montero.*
Urbano, *criado.*
Ricardo.
Un Portero.
Arnaldo, *viejo.*
Una Mujer.
Un Soldado.
Un Viejo.
Mateo y Crispín, *villanos.*
Dos Músicos.
Flora *y* Constanza.
Bartolo *y* Enio, *villanos.*
Belardo.
El Beneficiado.
El Barbero *y* Regidor.
El Chanciller.
Dos Caballeros.
Mauricio.
Fabricio.

ACTO PRIMERO

(*Salen* don Sancho *de camino, y* doña Juana, *su mujer, deteniéndole.*)

D.ª Juana. No me has de dejar.
Sancho. Advierte
que eres tú quien no me dejas.
D.ª Juana. Daré mil voces.
Sancho. Tus quejas
serán causa de tu muerte.
D.ª Juana. Ya me has traído hasta aquí
porque me quieres dejar.
Sancho. Dejarte no, que a buscar
voy algún bien para ti.
D.ª Juana. Si para mí buscar bien
en ti sólo está cifrado,
mientras estás a mi lado
no hay mayor bien que me den.
Sancho. Mi grande necesidad
me ha obligado a huír de ti.
D.ª Juana. Y para buscarte, a mí
me obliga mi voluntad.
Sancho. Yo me vine a ser soldado
porque tan pobre me vi.
D.ª Juana. Yo lo soy tanto sin ti,
que te he seguido y buscado.
Y si yo soy tu mujer,
¿cuál te parece mejor,
ser pobre de oro o de honor?
Sancho. Quisiérate responder
haciendo lengua esta daga.
D.ª Juana. Pues si tan pobre me dejas,
¿qué te espantas que en mis quejas
estos disparates haga?
Sancho. Mujer que desde Navarra
hasta Granada ha venido
y con tan pobre marido
viene tan loca y bizarra,
siendo, aunque hidalga mujer,
de humildes padres, sospecho
que responde lo que ha hecho
o dice lo que ha de hacer.
¡Vive Dios que estoy por darte
lo que tu infamia merece!
D.ª Juana. ¡Buen premio tu amor me ofrece
de seguirte y de buscarte!
Yo soy quien soy, y por mí
no estás pobre; mas bien sé
que el aborrecerme fué
causa de dejarme así.
Gastaste mi rica hacienda
en tus vicios, juego y damas,
y ahora, don Sancho, infamas
que por seguirte me venda.

Si yo quien tú dices fuera
en Navarra me quedara,
donde mi vida empleara
en quien amor me tuviera;
pero bien se echa de ver
lo que por dejarme intentas,
pues ya llegan tus afrentas
a llamarme vil mujer.
Siempre me has aborrecido,
siempre olvidado y dejado,
y ahora piensas, soldado,
remediar lo que has perdido.
Vuelve, que yo tengo aquí
una joya que vender,
con que te podrás volver.

SANCHO. ¿Yo contigo?

D.ª JUANA. ¡Mi bien, sí!
Si guerra quieres tener
y gustas de pelear,
¿qué guerra puedes buscar
como la propia mujer?

SANCHO. ¡No eres guerra, infierno eres!

D.ª JUANA. Luego dan en ser soldados
todos los hombres casados
que aborrecen sus mujeres.

SANCHO. Pues si lo sabes, yo soy
uno de ellos.

D.ª JUANA. Tente, espera.

SANCHO. ¡Antes a las manos muera
de un moro, que a morir voy!

(*Vase.*)

DOÑA JUANA.

Espera, ingrato, y mira lo que debes
a quien te ha dado el alma que desprecias.
¡Oh, cómo somos las mujeres necias,
y en resolvernos al peligro breves!
¿Qué ejércitos, qué mar, qué heladas nieves,
si precias el honor, si el amor precias
hierro y fuego de Porcias y Lucrecias
defenderá que mi constancia pruebes?
Si me aborreces, ¿quién habrá que crea
que al paso que tu ingrato desdén crece
crezca mi amor, sin que locura sea?
Mucho a la muerte la mujer parece:
que huye quien la busca y la desea
y se cansa en buscar quien la aborrece.

(*Salen la* REINA DOÑA ISABEL, *y* GARCILASO *y otros soldados.*)

ISABEL. De mujer fueron las voces.
¿Si es fuerza de algún soldado?
¡Por vida del Rey!

D.ª JUANA. Yo he dado
en mi muerte.

GARCILAS. ¿No conoces
que está aquí Su Majestad
de la Reina, mi señora?

D.ª JUANA. No pudiera el cielo ahora
en tanta necesidad
darme consuelo mayor.

ISABEL. Levanta, amiga, del suelo.

D.ª JUANA. Temo que se enoje el cielo,
que te dió tanto valor.

ISABEL. Levanta y quién eres di,
en este traje.

D.ª JUANA. No sé,
mi señora, si podré
decir quien soy y quien fuí.

ISABEL. Bien podrás, que tu belleza
y tu dolor harto obligan
a escucharte.

D.ª JUANA. Cuando digan
mis desdichas su firmeza,
de veras lastimarán
tus generosos oídos.

ISABEL. Di, que todos mis sentidos
atentos contigo están.

D.ª JUANA. Nací de padres hidalgos,
aunque en calidad humildes,
¡oh cristiana y sacra tea
que laurel y espada ciñes!,
en un lugar de Navarra
que los dos reinos divide;
humildes en calidad,
como lo son los que viven
de las haciendas del campo,
teniendo quien las cultive;
pero, como digo hidalgos,
de pecho exentos y libres.
Es mi nombre doña Juana
de Navarra, aunque de Enríquez
algo tuve por mi madre.
Porque a escucharme te inclines,
tuve en tierna edad belleza
por todo aquel reino insigne,
cuya fama me ofrecía
mil casamientos felices
a mis padres; entre algunos
menos ilustres, me pide
un don Sancho de Guevara,
sangre de aquel que dió origen
a los Ladrones, de quien
tantas hazañas se escriben.

Era don Sancho segundo
de su casa: al fin eligen
a don Sancho, a cuyas manos
para mis desdichas vine.
No pasaron cuatro meses
cuando comenzó a sentirse
el curso desenfrenado
de sus años juveniles.
Gastó la suya y mi hacienda,
porque ni pude ni quise,
temiendo que me dejase,
rogarle ni resistirle.
Comenzóme a aborrecer.
¿Aborrecer? ¡Qué mal dije,
que lo que nunca se amó
no puede ser que se olvide!
Llamábanme entonces todos,
viendo su rigor terrible,
la hermosura aborrecida
y la desdichada firme.
Como le desvanecían
tantas Medeas y Circes,
sus palabras y sus obras
trataron de perseguirme.
Si al verle alzaba los ojos,
no hay víbora que la pise
pie de labrador en yerba
que tanto la lengua vibre.
Si me llegaba de noche
por las espaldas a asirle,
aunque estuviese dormido
bramaba por desasirse.
Si le hacía algún regalo
(si regalos hay que obliguen
a un hombre cuando aborrece),
no podía reducirle
a que sólo le mirase,
cuanto más a que le estime.
Camisa le di una vez
que, acabando de vestirse,
se la volvió a desnudar
porque supo que la hice.
Su mejor edad y hacienda,
el juego y mujeres viles,
finalmente consumieron,
como al principio te dije.
Y para que en mis exequias
cantase amor como cisne
cuando de la dulce vida
tiernamente se despide,
una mañana que el alba,
en vez de rosa y jazmines
furiosamente arrojaba
truenos y rayos horribles,
salió como quien de Argel
temiendo el dueño que sirve
huye con ansias y miedos
de que otra vez le cautive.
Lo que mis ojos hicieron
pienso que aun aquí lo dicen.
¿Cuántas veces envidié
las almas de los gentiles!
El se procuró esconder;
pero como amor es lince,
luego supe el blanco honroso
donde sus pasos dirige.
A la Granada, que presto
tu gran Fernando conquiste
y de sus granos de nácar
su escudo rëal matice,
viene Sancho a ser soldado,
que pretende ser Aquiles
con los moros quien ha sido
con los cristianos Ulises.
Seguíle, alcancéle, habléle;
y hoy, cuando el alba se ríe,
lloré a sus pies, que pudieran
las mismas piedras oírme;
pero sacando la daga
a matarme se apercibe,
y ojalá, pues no hay distancia
desde matarme a morirme.
Fuése, jurando arrojarse
entre los que el muro embisten,
por morir y por librarse
de una mujer que le sigue.
En esta sazón me hallaste;
no tengo más que decirte
de que sola tú pudieras
ser sol de mi noche triste.
Esta, señora, es la historia
y la conquista imposible
de la aborrecida amante
y la desdichada firme.

ISABEL. Bien creerás que me has movido,
doña Juana, a compasión.

D.ª JUANA. Efectos, señora, son
de tu generoso oído.

ISABEL. El Rey asalta una torre
y yo estoy con gran cuidado;
si sabes que me has hallado
sabes que amor te socorre.
A mí me es fuerza volver
donde mi Fernando está;

si está tu marido allá
será fácil de saber:
quedarás en mi servicio
mientras eres más dichosa.

D.ª JUANA. De tu mano generosa
será ilustre beneficio
amparar mi soledad.

ISABEL. Sígueme y no tengas pena.

D.ª JUANA. Tu sol divino serena
el mar de mi tempestad.
Plegue a los cielos que veas
esta ciudad a tus pies,
que sé, gran señora, que es
la cosa que más deseas.

(Vanse. Suena ruido de guerra, y salgan con las espadas desnudas algunos soldados, el MAESTRE DE SANTIAGO *y el de* CALATRAVA, *y el* REY DON FERNANDO *y* DON SANCHO DE GUEVARA.)

REY.

Habéislo hecho todos como buenos;
no menos prometía la nobleza
de quien tanta virtud tuvo principio.
Pero acercadme presto aquel soldado
que a un tiempo limpia el rostro y el acero:
de aquél sudor, y de éste roja sangre.

MAESTRE DE SANTIAGO.

¡Hola, soldado!

SANCHO.

¡Gran señor, ¿qué mandas?

MAESTRE DE SANTIAGO.

Su Majestad te llama.

SANCHO.

Invicto Príncipe,
¿en qué te sirvo? ¿Por ventura quieres
que reconozca el muro? ¿Qué me mandas,
en que pueda mostrar mi buen deseo?

REY.

No quiero agora más de conocerte,
porque te he visto con valor notable
entre los moros del presente asalto,
tanto, que si igualara con tu ánimo
mi fortuna, este día fuera el último
que esta Granada fuerte conquistara,
como el primero que su muro entrara.

SANCHO.

Fernando insigne, a quien darán los cielos
deste bárbaro Imperio la corona
porque te deba España su limpieza,
yo soy un caballero de Navarra
que he venido a servirte por mi gusto,
sin otro sueldo ni ocasión: mi nombre
es el mismo que tuvo el padre mío;
don Sancho de Guevara me apellido,
sangre de los Ladrones, a quien debe
España ilustre las abarcas de oro
con que ha pisado la cerviz al moro.

REY.

Mucho huelgo el haberte conocido
y que de tu virtud, no mis oídos,
pero mis ojos, me hayan informado:
yo te he visto de suerte en el asalto
que te he cobrado amor, y éste confirman
las nuevas de tu ánimo y la sangre
que has heredado de tan (1) noble estirpe.
Yo gusto de que quedes en mi casa
y que me sirvas en mi mesa gusto,
que esto se debe y más a los que vienen
con ánimo tan noble como el tuyo
a la sagrada empresa que prosigo.

SANCHO.

Beso tus pies.

MAESTRE DE SANTIAGO.

La Reina, mi señora,
te viene a ver, señor.

REY.

Venga en buen hora.

(Sale la REINA *con acompañamiento, y* DOÑA JUANA.)

ISABEL. Bien puedo pedir los brazos
después de tan larga ausencia.

REY. ¿Cómo venís?

ISABEL. Sin paciencia.

M. DE CAL. ¡Qué santos y honestos lazos!

ISABEL. Cuidado grande he tenido
del suceso del asalto.

REY. Nunca de dicha tan falto
ni de armas tan prevenido:
no ha querido darme ayuda
la fortuna militar.

ISABEL. Como no puede parar,
a los contrarios se muda;
pero esperad en el cielo
que presto con vos esté.

REY. Esa esperanza tendré
por blanco de mi consuelo.
¿Quién viene con vos aquí?

(1) En el original dice "tanto"; pero además de no formar sentido hace el verso largo.

ISABEL. Traigo una nueva criada
para que de vos honrada
lo quede también de mí.

REY. En todo nos hizo iguales
la fortuna de este día,
que yo un criado os traía,
y de los más principales.

ISABEL. Doña Juana de Navarra
es a quien habéis de honrar.

REY. Y este muro conquistar
con Minerva tan bizarra.

ISABEL. Viene a buscar su marido

REY. Y yo os traigo este soldado,
que merece honroso lado
con cuantos hasta hoy lo han sido.
Hele visto pelear
y hele cobrado afición.

ISABEL. ¿Pues qué mayor galardón
le puede premiar y honrar?

(*Hace señas* DON SANCHO *a* DOÑA JUANA *con el dedo a que calle.*)

REY. Mi gentilhombre le hice.

ISABEL. Su persona lo merece.

SANCHO. Muy poco, señor, ofrece
quien su patria y nombre os dice.
Podrá ser que en ocasión
os tengáis por bien servido.

REY. Cartas, señora, he tenido
de los nobles de Aragón,
un negocio de importancia
que comunicar con vos.

ISABEL. Y yo, señor, otros dos,
bien graves, de Italia y Francia.

REY. Venid, señora, a mi tienda.

ISABEL. Mil años el cielo os guarde.

(*Vanse, y quedan solos* DON SANCHO *y* DOÑA JUANA.)

SANCHO. Basta que al miedo cobarde
tuve con valor la rienda.
Doña Juana, ce, qué digo;
escucha.

D.ª JUANA. ¿Por qué razón
quieres que en esta ocasión
calle tu nombre enemigo?
¿De qué sirve hacerme señas
que quien eras no dijese?
¿Es posible que te pese?
¿Es posible que me enseñas
caminos de aborrecerte,
y que este mi loco amor
no saque de tu rigor
ocasiones de tu muerte?
¿Qué quieres ahora hacer
si encubrir, don Sancho, quieres
que mi marido no eres
y que no soy tu mujer?
La Reina me halló vencida
del dolor: dije turbada
que vine a verte a Granada,
siguiéndote aborrecida.
¿Qué puedo ahora decir
si he de negar conocerte?

SANCHO. Que te va la vida advierte
en que me dejes vivir.
Guárdate que a nadie digas
quién soy, y a los Reyes menos,
que puesto que son tan buenos
y a juntarnos los obligas,
han de hacer un grande error,
pues la vida he de quitarte,
que ya sólo el cielo es parte
para que te tenga amor.
Sirve a la Reina entre tanto
que sirvo al Rey, y algún día
querrá tu suerte o la mía
poner límite a tu llanto.
Pero por ahora fuera
decir que soy tu marido
darme ocasión que el sentido
de puro dolor perdiera.
Yo sé la causa, y ya digo
que algún día la sabrás;
advierte, pues, que de hoy más
no hables de mí, ni conmigo.
Que llegará la ocasión
que de este enojo olvidado
vuelva a ponerme en cuidado
tu amor y mi obligación.

D.ª JUANA. ¿Es posible que yo sea
tan de piedra a tus maldades?
¿Que calle me persüades,
que no te hable y te vea?
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
¿Qué vida podrá durar?

SANCHO. Ya es tarde para llorar.
Repara en que estoy dispuesto
para quitarte la vida.

D.ª JUANA. Tus amenazas no temo,
sino amarte en el extremo
que me siento aborrecida;
que si no me reportara
tan desatinado amor,
ya, Sancho, de tu rigor

justa venganza tomara.
Vete, que yo callaré.

SANCHO. Pues más has de hacer por mí.

D.ª JUANA. ¡Ojalá cupiese en ti
que yo la muerte me dé!

SANCHO. No; pero quiero que digas
a la Reina que has sabido
que ya es muerto tu marido.

D.ª JUANA. ¿Echas de ver qué me obligas
a dar voces como loca?

SANCHO. ¡Vive el cielo, si no cuentas
que soy muerto!...

D.ª JUANA. ¿Pues qué intentas,
o qué ocasión te provoca?
¿Qué pensamiento te ha dado?
Si piensas que te he ofendido
mátame, porque un marido
ya lo está si lo ha pensado.

SANCHO. No tengo tal pensamiento;
pero convieneme a mí
digas que me hallaste aquí
muerto, y muestres sentimiento (1).

Dª JUANA. Después de lo que has perdido,
¿qué te queda que perder
sino el seso?

SANCHO. Esto has de hacer;
esto por tu amor te pido (2).

D.ª JUANA. Por quien lo pides lo haré,
porque veas la grandeza
de mi amor.

SANCHO. Dile a Su Alteza
que en el asalto quedé
muerto a manos de los moros.

D.ª JUANA. Ya que en eso te obedezco,
pues yo, mi bien, no apetezco
otros bienes ni tesoros,
y tú mueres para mí
de enfermo de aborrecerme,
una merced has de hacerme
antes de tu muerte.

SANCHO. Di.

D.ª JUANA. Que se despidan mis brazos
de los tuyos, amor mío.

SANCHO. Pídesme un gran desvarío.
¿Qué importan tibios abrazos
entre pechos desconformes?
¿Cómo no te persüades
que brazos y voluntades
conviene que estén conformes?

D.ª JUANA. Dame este gusto no más.

SANCHO. Ea, que es cosa indecente,
y anda por el campo gente,
queda a Dios.

D.ª JUANA. En fin, ¿te vas?

SANCHO. Como no te quieres ir,
seráme fuerza dejarte.

D.ª JUANA. Yo quiero, Sancho, agradarte
solicitando morir.
El cielo quede contigo,
aunque temo que le obligue
tu rigor a que castigue
el que has usado conmigo.

(*Vase.*)

SANCHO.

A amor le dan diversos atributos:
los que le siguen, aman o desaman,
dolor alegre su accidente llaman
y dulce campo con amargos frutos.
Sabrosa posesión con mil tributos
que cogen viento y lágrimas derraman;
otros, por desleal, su trato infaman,
las pocas Porcias y los muchos Brutos.
Los que amando se quejan de olvidados,
bárbaro alarbe, sin respeto alguno,
a cuyo Argel la libertad entregan;
mas los que aborrecieron ser amados
llamaron al amor pobre importuno,
que a quien más los despide más le ruegan.

(*Sale el* REY DON FERNANDO, *el* MAESTRE *y* GARCILASO.)

REY. En el alma me ha pesado.

GARCILASO. Esto acaban de decir.

REY. Bien pueden llamar vivir,
Laso, un morir tan honrado.
¿Querránle enterrar aquí?

GARCILASO. A Madrid le llevarán,
que el comendador Luján
era natural de allí.

REY. ¿A quién, Maestre, os parece
nombremos en su lugar?

MAESTRE. Bien sé a quien puedes nombrar
que el cargo y la cruz merece,
porque tu Alteza le ampara
y él nos obliga a los dos.

REY. Pensando estaba, por Dios,
en don Sancho de Guevara.

GARCILASO. Señor, don Sancho está aquí:

(1) En el original impreso dice este verso con error, "muerto y muerto el sentimiento". El manuscrito corrige bien, como va puesto.

(2) En el impreso este verso lo dice doña Juana con evidente errata.

hazle de esa cruz merced.
REY. Que le quiero bien creed.
MAESTRE. Don Sancho, llegaos allí.
Besad los pies a Su Alteza.
[SANCHO.] Si os sirvo, invicto señor,
los pies de vuestro valor
levantarán mi bajeza.
REY. Levanta, Sancho, del suelo.
Al comendador Lujan
me han muerto en Rivialmazán (1),
ya goza Luján el cielo.
Tal lugar nadie podía,
Sancho, ocuparle mejor
que tu valor.
SANCHO. ¿Mi valor?
Es la buena suerte mía.
¿Dáisme, señor, la jineta
o la cruz?
REY. Todo; que todo
se emplea en ti de tal modo
que está la envidia sujeta.
Ponte la cruz y recoge
sus soldados.
SANCHO. Si me pones
[en] tantas obligaciones,
cuando mil moros despoje,
cuando mil torres asalte,
cuando mil Granadas entre
y en mil celadas que encuentre
nunca victoria me falte,
no lo tendré por valor,
sino por amparo tuyo.
REY. De tu humildad, Sancho, arguyo
tus pensamientos mejor.
Honra a Luján y conoce
tus soldados.
SANCHO. Capitán
bien diferente les dan.
Su virtud del cielo goce,
y a ti te goce y te dé
esta ciudad que deseas.
GARCILASO. Ve presto, porque le veas.
SANCHO. ¿Dónde queda?
GARCILASO. En Santa Fe.

(*Tocan cajas.*)

REY. Caja han tocado, Maestre;
id a ver lo que es.
MAESTRE. Yo voy.
GARCILASO. Y yo también.

(*Vanse todos y quédase el* REY *solo.*)

REY. Solo estoy.
Ahora es tiempo que muestre
esta campaña a estas fuentes
que entre las armas amor
puede mostrar su rigor
y aumentar sus accidentes.
Cuando pintan al dios Marte
con Venus, y que amor juega
con las armas y despliega
al suelo el rojo estandarte,
quisieron significar
que amor las armas sujeta,
que se enciende por cometa
y en rayo suele parar.
Yo vi la sin par belleza
de esta navarra mujer,
donde mostró su poder
la rica naturaleza.
Confieso que le rendí
las armas y las banderas,
que en naciones extranjeras
tiemblan de ellas y de mí.
Pero aunque no suele amor
las resistencias sufrir,
que en viéndose resistir
hace su fuerza mayor,
yo, con alguna prudencia,
resolución he tomado
de andar siempre con cuidado
y hacer al amor violencia;
que fuera de que a los cielos
tanto debo el ser fiel,
la condición de Isabel
no sufre burlas de celos.
Suspenda, pues, el amor
entre las armas la furia,
que no se ha de hacer injuria
a la obligación mayor.

(*Sale* DOÑA JUANA.)

D.ª JUANA. No sé, amor, si amor te nombre
viendo en tan extraño caso
que crezca mi amor al paso
que crece el desdén de un hombre.
Y no sólo su desdén
me es forzoso resistir,
que ya me manda sufrir

(1) En el original se escribe "Riuialmaçan"; pero no sabemos qué pueblo es éste que ni con tal nombre ni con los del componente Ribio, Riba, Rio, Riva, hallamos en los diccionarios de nombres de pueblos. Quizá sean dos palabras, Rio Almazán.

sus invenciones también.
Llorad, ojos desdichados,
la desventura en que os veis
hasta que ciegos quedéis
o por lo menos cansados;
que ciegos estáis mejor,
pues me mandan que no vea
lo mismo que ver desea
una alma llena de amor.
Pero quiero reportarme,
que el Rey me puede entender.

REY. Esta es aquella mujer
de quien me importa guardarme.
Irme será bien. Mas bien,
¿qué me puede resultar
de hablarla? Mucho, que (1) hablar
enciende el amor también.
Pero si resuelto estoy
mejor es perderle el miedo;
cuantas veces voy, me quedo,
y cuantas me quedo, voy.—
¿De qué lloras, doña Juana?

D.ª JUANA. Tengo, señor, ocasión;
tales las desdichas son
de mi fortuna inhumana.
Hoy he sabido por cierto
que en aquella escaramuza
del de Calatrava y Muza
a mi marido me han muerto.

REY. Razón tienes de sentir
tan grande pena de amor;
pero el morir con valor
consuela mucho el morir.
Doite el pésame y te ofrezco
mi amparo.

D.ª JUANA. Beso tus pies.

(Sale la REINA *cuando hinca la rodilla.)*

ISABEL. ¡Bueno es esto! Pero es
lo mismo, que yo merezco.—
¿Qué hacéis, señor?

REY. ¡Oh, señora!
A doña Juana le daba
el pésame, que lloraba
su marido, muerto ahora.
Mi amparo le prometía;
eso mismo os pido a vos,
y guárdeos Dios.

(Vase.)

(1) En el original dice "que de hablar"; pero el verso resulta largo.

ISABEL. Guárdeos Dios.
¿Qué es esto?

D.ª JUANA. ¡Desdicha mía!
He sabido por muy cierto
que han muerto a mi amado esposo.

ISABEL. Retírate, que es forzoso
por padre o marido muerto,
y no andes más por aquí.

D.ª JUANA. Mi amparo pongo en tus manos.

(Vase.)

ISABEL. No eran mis recelos vanos:
temí, busqué, llegué y vi.
Envidia tengo a la gente
que con poca calidad
procede con libertad
en los pesares que siente.
La modestia de mi estado
me pone en obligación
de no decir mi pasión
ni publicar mi cuidado.
Mas pues a buen tiempo viene
la muerte de su marido
desta mujer, no hay olvido
que tanto el amor enfrene (1)
como darle dueño, y luego
ausentarla de sus ojos:
con esto a dos mil enojos
doy cuerdamente sosiego;
que no he visto en paz ni en guerra
que al Rey mujer agradase
que luego no la enviase
con su marido a su tierra.
Esta es bella y libre ya;
el Rey la mira; el remedio
es ponerle tierra en medio.
Bien acierto. ¿Quién será?
Mil caballeros honrados
se me ofrecen.

(Sale DON SANCHO.*)*

SANCHO. ¡Oh, cuán bien
junto a los Reyes se ven
que fuerza tienen los hados!
Como no puede llevar
la palma, aunque de alta admire,
su fruto, sino es que mire
palma que le ayude a dar;

(1) En el original impreso este verso se lee así: "que tanto el amor infiero"; pero aun salvada errata tan notoria, según el manuscrito, queda el sentido confuso.

como la palma no puede (1)
sin arrimo mejorarse,
ni el lúpulo levantarse
si no es que el cordel le enrede;
como sin agua no medra
el trigo o se ha de secar,
ni se puede sustentar
sin las paredes la yedra;
como pierde el campo el brío
si abril no le reverdece;
como la perla no crece
si no la cubre el rocío;
como no puede volar
sin alas y pluma el ave;
como sin velas la nave
no puede romper la mar,
parece en el mundo ley
que aunque tenga suerte honrada
no puede un hombre ser nada
si no le levanta un Rey.
¡Oh, cuánto en aquestos dos
se miraron estas leyes,
que en hacer hombres los reyes
se parecen mucho a Dios!
Al lado del gran Fernando
hoy comienzo a tener ser.

ISABEL. Hola.

SANCHO. Cegóme el placer.

ISABEL. ¿Qué vienes, Guevara, hablando?

SANCHO. Vengo a besarte los pies
por mil mercedes, señora,
que me hace de hora en hora
el Rey, mi señor.

ISABEL. Bien es
que tus servicios estime.

SANCHO. La cruz y la compañía
de Luján me dió.

ISABEL. Querría
que tanto a servir te anime
el favor, cuanto es mayor
en beneméritos tantos.

SANCHO. Ya pido a los cielos santos
vida que pague el favor.

ISABEL. ¿Eres, Guevara, casado?

SANCHO. ¡Ay de mí, que mi mujer *(Aparte.)*
algo le debe de haber
de mis secretos contado!
No me conviene negar.—
Casado, señora, soy.

ISABEL. ¿Adónde?

SANCHO. Perdido voy. *(Aparte.)*
¡Hoy la tengo de matar!—
Señora, en Navarra.

ISABEL. ¿Ansí,
con quién?

SANCHO. ¡Ay, cielo! ¿Qué es esto?
Acude, señora, presto,
que tocan al arma allí,
y no está el Rey mi señor
en el campo ni en la tienda.

ISABEL. Antes parece contienda
de nuestra gente el rumor.
Recoge la tuya y ven,
si por dicha el moro sale.

(Vase.)

SANCHO. ¡Oh cuánto la industria vale,
mil cosas remedia bien!
¿Pero de qué me ha servido
escapar de esta ocasión,
si mi engaño y sinrazón
tiene la Reina entendido?
¿Cómo me podré librar
de su enojo y su castigo
y de que vuelva conmigo
mujer que me ha de matar?
¡Qué poco miedo me tuvo!
¡Vive Dios que me ha quitado
el llegar a un alto estado!
¡Qué fácil mi dicha estuvo
en los principios del bien!
Engáñase el que se fía
del sol hasta el fin del día,
que puede llover también.

(Salen cinco o seis soldados, y entre ellos un maltrapillo. DON LOPE, GUZMÁN, TELLO *y* LEONARDO.*)*

LEONARDO.

¡Buen Capitán perdimos!

LOPE.

No hallaremos
otro Luján como él en todo el mundo.

GUZMÁN.

Siempre las cosas buenas duran poco.

TELLO.

Díganlo mi dinero y mis vestidos.

---

(1) La voz "palma" está equivocada: Lope escribiría "parra" de seguro.

(1) En el original impreso se intercalan entre este verso y el anterior estas palabras sobrantes: "ISABEL. ¿No responde?"

LEONARDO.

Hablemos quedo, que está aquí don Sancho.

SANCHO.

¿Murmuraban de mí vuesas mercedes?

LEONARDO.

Ninguno puede de tu sangre y ánimo,
Que eres Guevara en ella, y en el César
del capitán hablamos que perdimos,
porque las alabanzas y las honras
a nadie vienen bien como a los muertos.

TELLO.

Yo soy tan enemigo que me alaben,
que por eso me guardo de morirme.—

SANCHO.

¿Quién es este soldado?

GUZMÁN.

No le tienes
en esta compañía de más bríos.

TELLO.

Vuesa merced conozca a Tello, un hombre
que no tuvo dineros en su vida.
Verdad es que nací para poeta;
mas viendo que era oficio trabajoso
troqué la pluma en la que ves ceñida.

SANCHO.

No vienen mal las plumas y la espada,
porque dicen que César escribía
toda la noche lo que obraba el día.

TELLO.

¿Y a qué sazón dormía el señor César?

SANCHO.

No lo he visto en su historia, señor Tello;
pero holgaréme de saber la vuestra,
que parecéis persona en quien fortuna
ha hecho sus mudanzas y floretas.

TELLO.

Requiere soledad y tiempo alegre.

SANCHO.

¿Cuál será para vos alegre tiempo?

TELLO.

Aquel en que tuviere algún dinero;
pero si esto aguardamos, estad cierto
que es aguardar la vida perdurable.

SANCHO.

Los dos hemos de ser grandes amigos.

TELLO.

Y yo morir por vos y a vuestro lado.

LOPE.

Es Tello muy honrado.

TELLO.

Soy honrado.
Yo vivo, Capitán, naturalmente:
de una vez me vistió Naturaleza,
como a los animales y a las aves.
Yo no he visto tigre, león ni lobo
con calzas atacadas en mi vida.
¿Qué mula, aunque lo fuese de un canónigo,
se puso verdugado ni alzacuello?
Solamente las monas y los hombres
se ponen invenciones de vestidos.
Por mi cuenta, los indios es la gente
que vive con mayor descanso y gusto;
cubren aquello sólo que es forzoso
y lo demás como lo viste el cielo,
que es ver un hombre mártir de unas calzas
en un plato de holanda la cabeza;
y un pie dé una mujer en cinco puntos,
a quien Naturaleza dió catorce;
puntos parecen ya de cuchilladas
que cada uno los que puede encubre.
Si por vestido bien me has de hacer honra,
en tu vida podrás favorecerme.

SANCHO.

Tello, nunca yo miro en los soldados
las galas, sino el ánimo y las obras:
éste importa que tenga y buena espada.

TELLO.

¿Buena espada? En llegando a lo que es eso
no me la gana el mismo Cid Ruy Díaz;

(*Saca una espadilla mohosa.*)

esta es Tizona, porque tizna pechos,
y esta es Colada, porque cuela vidas;
con ésta he hecho cosas nunca oidas.

SANCHO.

Vestidla bien, que está desadornada.

TELLO.

Deme vuesa merced algún dinero.

SANCHO.

Repartan entre todos esa bolsa,
que cada escudo y cada real quisiera
que mil ciudades y mil reinos fuera.

LEONARDO.

¡Vítor el Capitán!

LOPE.

¡Vítor mil veces!

SANCHO.

Tello, venidme a ver.

TELLO.

Digo que sea,
y vivas más que un rollo de una aldea.

(*Vanse todos, queda solo* DON SANCHO*; y sale el* REY DON FERNANDO.)

REY. Don Sancho.
SANCHO. Señor.
REY. ¿Qué haces?
SANCHO. Trazaba, con tu licencia,
de hacer una breve ausencia,
si de ella te satisfaces.
REY. ¿Ausencia en esta ocasión?
SANCHO. Con la nueva compañía
intento una correría
por ver para lo que son,
que los quiero conocer
y que me conozcan quiero.
REY. Hoy te quiero consejero
si capitán quise ayer.
Escucha, y estima en mucho
darte de mis cosas parte.
SANCHO. Los pies me deja besarte.
Ya con el alma te escucho.
REY. La Reina ha tenido celos
de esta mujer vizcaína
que trujeron peregrina
a nuestro campo los cielos.
Que me agrada es verdad clara;
mas no que he dado ocasión
para sus celos, que son
donde su sospecha para.
Tiene la Reina un remedio
siempre que me ve en los ojos
algunos tiernos antojos,
que es ponerme tierra en medio.
Esta, don Sancho, es de ausencia,
porque luego me la casa,
y con esto el amor pasa (1)
a los olvidos de ausencia.
Querría esta vez hacer
que este pesar no me hiciese,
trazando que se ascondiese
por tu mano esta mujer;
que me han venido a decir
que a un hidalgo sevillano
la ha mandado dar la mano
sin poderla resistir;
aunque ella dicen que llora
y hace extremos de dolor.
SANCHO. ¿Casarla? ¡Extraño rigor! (*Ap.*)
¡Todo se descubre ahora!—
Señor, ¿cómo puede ser
esconderla de sus ojos
sin darle muchos enojos?
REY. Desta suerte se ha de hacer:
Yo haré que vaya a la fuente
de Dinadamar, Guevara,
hoy doña Juana. Repara (1)
en que tú y la mejor gente
de tu compañía os vistáis
de moros, y la robéis,
y en la tienda la tendréis
todo el tiempo que queráis,
donde yo la podré ver;
mientras la Reina, engañada,
pensará que está en Granada.
SANCHO. ¡Triste! ¿Qué tengo de hacer? (*Ap.*)
Por mi mal quise encubrirme.
REY. ¿Parécete bien así?
SANCHO. ¿Qué he de hacer, triste de mí?— (*Ap.*)
Digo que voy a vestirme,
que es una rara invención
para que tengas tu gusto.
REY. De ti le fío.

(*Vase el* REY.)

SANCHO. Y es justo.—
¿Quién vió mayor confusión?
¿A quién suceder pudiera
tanta desdicha en un hora?
Faltóme la industria ahora,
pero ¿en qué infierno la hubiera?
Mas ¿cómo podré llevar
a mi tienda a mi mujer?
Si allí el Rey la quiere ver,
¿cómo lo puedo estorbar?

---

(1) En el texto impreso dice "el amor *la* pasa", lo cual alarga el verso.

(1) Estos dos versos están en el original impreso así:

"de Dinamar de Guevara
y doña Juana repara"

La corrección es del manuscrito.

Pues estorbarlo es forzoso.
Mal hice en no declararme.

(Salen la Reina *y* don Luis de Narváez.*)*

D. Luis. Puesto que ha sido obligarme (1),
en tu pecho generoso
es virtud tan natural,
gran señora, el hacer bien,
que aun favoreces a quien
como yo te sirve mal.

Isabel. Ya, don Luis, a tu apellido
se debe todo favor,
que el Narváez es el valor
que le tiene merecido.
Yo te caso con mujer
que al de tu sangre es igual.

D. Luis. Bastaba para ser tal
tener de tu mano el ser.

Isabel. Ve a llamar a doña Juana,
que os quiero casar aquí.

D. Luis. Voy.

(Vase.)

Isabel. Que la llamo la di.—
Así mi temor se allana;
con esto queda deshecho.—
Guevara, ¿aquí estás?

Sancho. Quedé
tan triste, que no pensé
hallar el alma en el pecho.
Pero, ¿con cuál ocasión
Vuestra Alteza me decía
si era casado?

Isabel. Querría
ponerte en obligación
de que tomaras estado;
pero no me resolví
porque de tu boca oí
que eras, don Sancho, casado.
Y así, he dado la mujer
con que a ti honrarte pensaba
al de Narváez, que andaba
de ella cuidadoso ayer.

Sancho. Don Luis de Narváez merece
bien el honor que le has dado;
pero, ¿con quién le has casado?

Isabel. Con quien tan bien le parece
al Rey, que a buscar me obliga
el remedio por aquí.

Sancho. ¿Es la de Navarra?

Isabel. Sí.

Sancho. ¡Ya no sé, cielos, qué diga!—
¿A doña Juana has casado?

Isabel. Ahora a llamarla van.

Sancho. Prisa los celos te dan.

Isabel. Prisa los celos me han dado.

Sancho. Bien harás, que el Rey podría
vencerla con su valor.

(Sale don Luis.*)*

D. Luis. Basta, que el Rey mi señor
a Dinadamar la envía
y va con un escudero.

Isabel. ¿El Rey? ¿Para qué?

D. Luis. Esto dicen.

Isabel. Mal los celos se desdicen,
todo ha sido verdadero.

Sancho. ¿Quieres, señora, que vaya
a detenerla?

Isabel. Camina.

Sancho. Perdido soy.

(Vase.)

D. Luis. ¿Qué imagina
tu Alteza?

Isabel. Que antes que haya
ocasión para más mal...—
Mas, ¿qué digo? Que es perder
con celos de esta mujer
mi modestia natural.
Pero tampoco es razón
que por mi culpa suceda
lo que remediar no pueda
con declarada pasión.—
Ven conmigo.

D. Luis. ¿Dónde vas?

Isabel. A Dinadamar.

D. Luis. Los cielos *(Aparte.)*
me falten si no son celos.

Isabel. ¿Qué dices?

D. Luis. Que triste vas.

Isabel. Para sospechas no hay ley,
toda prudencia se acaba.

D. Luis. Jurara que la casaba
para librarla del Rey.

(Vanse. Salen Vargas, *montero de Espinosa, y* doña Juana.*)*

D.ª Juana. La fuente es notable, Vargas.

Vargas. Muy gentil sangre nos cuesta
ganar las aguas que vierte.

(1) En el impreso, "obligarte", que no hace consonancia.

D.ª JUANA. ¡Qué claras, dulces y frescas!
Aquí pudiera Narciso,
si en sus espejos se viera,
volverse loco otra vez.
VARGAS. Guarda que no te suceda
lo que de aquese mancebo
fábulas y historias cuentan.
D.ª JUANA. ¿Para qué me manda el Rey,
si sabéis, venir a verla?
VARGAS. Yo, si la verdad te digo,
no tengo buenas sospechas.
D.ª JUANA. ¿Pues qué me puede querer?

(*Entra* DON SANCHO *vestido de moro, con cuatro soldados en el mismo traje.*)

SANCHO. No se escapará la presa
por diligencia esta vez.
LEONARDO. ¡Buena fué la diligencia!
VARGAS. ¡Perdidos somos!
D.ª JUANA. ¿Qué es esto?
VARGAS. Celada de moros, puesta
entre estos árboles verdes.
D.ª JUANA. ¿Moros, Vargas? ¡Yo soy muerta!
SANCHO. Daos a prisión.
D.ª JUANA. ¡Ay de mí!

(*Salen la* REINA *y* DON LUIS.)

D. LUIS. Señora, mira que llegas
a tiempo que la cautivan.
ISABEL. ¡Moros!
D. LUIS. Y está sin defensa.
ISABEL. Pues defiéndeme, Narváez.
D. LUIS. Con mil vidas que tuviera.

(*Sale el* REY.)

REY. Con sospechas de sus celos
vengo siguiendo a la Reina.
D. LUIS. ¡Soltad la presa, villanos!
SANCHO. ¿Quién eres tú, que lo intentas?
D. LUIS. Don Luis de Narváez soy.
SANCHO. Granada el nombre respeta.
ISABEL. La Reina está aquí.
REY. Y el Rey.
ISABEL. ¡Señor!
REY. ¡Señora!
SANCHO. Aquí cesa
mi cautela, o por lo menos
viene a quedar descubierta.
REY. ¿A qué habéis aquí venido?
ISABEL. A doña Juana quisiera
casar con don Luis, y supe
que la mandó Vuestra Alteza
que fuese a Dinadamar.
Supe que había en la vega
moros, y a librarla vine.
REY. Yo, que veniste por ella,
y porque no sucediese
lo que suceder pudiera,
vine, como veis, dejando
cien hidalgos aquí cerca.
ISABEL. Yo os lo agradezco.
REY. Y a vos
doña Juana lo agradezca.
ISABEL. Moro.
SANCHO. Señora.
ISABEL. ¿Quién eres?
SANCHO. Quien tú quisieres que sea.
ISABEL. ¿Este no es Guevara?
SANCHO. El mismo,
que para que Vuestra Alteza
no casase a doña Juana
me vestí de esta manera.
ISABEL. ¿Pues no eres casado tú?
SANCHO. Sí.
ISABEL. ¿Pues qué quieres?
SANCHO. Que sepas
que estoy casado con ella.
ISABEL. ¿Tú estás casado con ella?
SANCHO. Ella lo diga.
D.ª JUANA. Así es,
que él me mandó que fingiera,
para que no le obligaras
que se volviera a su tierra,
que era muerto en este asalto.
REY. No hay premio que no merezca
quien por servirme dejaba
dama de tan altas prendas.
Honradlos, Reina, a los dos.
ISABEL. Pláceme; mas no en la guerra,
que no quiero yo apartar
lo que ha juntado la Iglesia.
Navarra está sin Virrey:
ya que por mi diligencia
no fué reina doña Juana,
vuelva a Navarra virreina.
REY. Virrey eres de Navarra,
don Sancho; partirte apresta,
no estés en la Vega un hora.
SANCHO. Luego me voy de la Vega.
D.ª JUANA. Bien puedes, con este oficio,
volverme a tu gracia.
SANCHO. Fuera
ingratitud; ven conmigo.
D.ª JUANA. Haz que tu mano merezca.

SANCHO. Soldados, adiós.
LEONARDO. Adiós.
D.ª JUANA. ¿Hay tal dicha?
SANCHO. Más quisiera
ser sin ella un hombre pobre
que rey del mundo con ella.

ACTO SEGUNDO

de la HERMOSURA ABORRECIDA.

(*Sale un* PORTERO *y* ARNALDO, *viejo, vestido pobremente.*)

PORTERO. Ea, pues, no repliquéis.
ARNALDO. Tened respeto a mis canas.
PORTERO. Si son canas no sean vanas
para que ocasión me deis;
cuanto más que ya en el mundo
no hay cosa más despreciada.
ARNALDO. Pues yo en ella, por honrada,
todos mis respetos fundo.
PORTERO. ¿Cómo puede ser honor
lo que se intenta encubrir?
ARNALDO. Yo no he venido a argüír,
sino a que me hagáis favor.
PORTERO. No os puedo dejar entrar,
que lo ha mandado el Virrey.
ARNALDO. Ejecutad vos la ley,
como se ha de ejecutar,
que es con hacer excepción.
PORTERO. Andá, que sois importuno.
ARNALDO. Soy pobre.
PORTERO. Yo he visto alguno
humilde.
ARNALDO. Pocos lo son.
Mas yo no he visto portero
en mi vida bien criado.
PORTERO. Hace lo que le han mandado,
señor hidalgo escudero;
que no puede ser bienquisto (1)
oficio de no dar gusto,
porque haciendo lo que es justo
con los necios me enemisto.
El que en su casa estuviera
y por la ajena no entrara,
ni el portero le cansara
ni su condición sufriera.
ARNALDO. El portero del Infierno
la antigüedad le pintó
como perro.
PORTERO. Aun bien que yo
no estoy en su fuego eterno:
portero soy del Virrey
de Navarra.
ARNALDO. ¿Y el palacio
es Gloria?
PORTERO. Hablemos despacio.
ARNALDO. Si su voluntad es ley
y él es rey, al cielo apelo.
PORTERO. Para que honréis con razón
a los que porteros son,
mirad al que lo es del cielo.
ARNALDO. Si vos fuérades ansí
dejarais entrar los buenos.
PORTERO. No lo sois vos a lo menos,
pues que tan soberbio os vi,
que la soberbia no entró
en el cielo desde el día
que del trono que tenía
hasta el infierno bajó.
Y ya me cansáis de suerte,
que si replicáis palabra
haré que la puerta os abra
el portero de la muerte.
ARNALDO. Dejadme entrar en la sala.
PORTERO. Ni aun aquí quiero que estéis;
cosa, viejo, que bajéis
la escalera noramala.

(*Sale* DON SANCHO, *virrey, acompañado de criados.*)

SANCHO. ¿Qué es esto?
PORTERO. Un necio escudero,
que porfía que ha de entrar
y a mi señora ha de hablar.
SANCHO. ¿Sabéis que está aquí el portero
para sólo detener
a quien sin licencia llega?
ARNALDO. Cuando el dueño no la niega
agravios suelen hacer.
SANCHO. ¿Quién es el dueño de quien
la tenéis?
ARNALDO. Es mi señora
la Virreina.
SANCHO. Entrad ahora.
¡Hola! La puerta le den.
Mas, venid acá, buen hombre:
¿quién sois o qué la queréis?
ARNALDO. Ya no me conoceréis
aunque os dijese mi nombre.
Pariente soy, gran señor,

(1) En el impreso dice: "Como puede", que no está tan bien, aunque se ponga interrogante.

de vuestra mujer.

SANCHO. ¡Ah, Cielo!

ARNALDO. Hallo en su rostro consuelo
y en su limosna favor;
que después que vino aquí
de este bien quiere que goce.

SANCHO. ¿Y ella por deudo os conoce,
tan pobre?

ARNALDO. Mi señor, sí;
que no hay linaje en el mundo,
por más alto y eminente,
sin algún pobre pariente.

SANCHO. ¡Qué mal mi esperanza fundo
sobre tanta vil bajeza!
Aun en esto doña Juana
me es contraria.

ARNALDO. El ser tan llana
hace mayor su nobleza.
Bien sabéis que es bien nacida,
pero de pobres parientes.

SANCHO. ¡Que aún hay más inconvenientes
con que mi esperanza impida!
Andad, buen viejo, y no entréis
en palacio eternamente,
ni digáis que sois pariente
de la Virreina, que haréis
que os castigue.

ARNALDO. A Dios remito
la verdad.

SANCHO. ¡Tanta bajeza!

ARNALDO. Ya destierran por pobreza;
mas debe de ser delito.

SANCHO. Oíd: ni entréis en Pamplona
en vuestra vida.

ARNALDO. No haré,
que bien poco viviré.

(*Vase.*)

SANCHO. ¡Buen deudo; gentil persona!

(*Sale una* MUJER *con un memorial.*)

MUJER. Suplico a Vueseñoría
que me mande despachar.

SANCHO. No ha habido lugar;
volved, señora, otro día.

(*Vase* [*la* MUJER] *y sale un* SOLDADO.)

SOLDADO. Otras veces he cansado
esas manos con papeles;
con dejar de ser crueles
se librarán de este enfado.
¡Por vida del Rey...

SANCHO. ¡Teneos!

SOLDADO. ...que he de pasarme al de Francia!

SANCHO. Presto seréis de importancia.

SOLDADO. Con sortijas y torneos
reciben un español
adonde quiera que va,
porque donde el sol le da
sale el más vil caracol.

SANCHO. El que sale de su tierra
prueba bien el corazón,
que la guerra es religión
y ha de morir en la guerra.

SOLDADO. Eso a los que tienen cruces
y les sobran las de plata.

SANCHO. Ya de pagaros se trata (1).

SOLDADO. Bien hayan los andaluces,
que lo cobran de los moros
cuando no los paga el Rey.

SANCHO. Id vos allá, que el Virrey
de allá trujo estos tesoros.

(*Vase y sale un* VIEJO.)

VIEJO. Por ser hijo y preso, en fin,
a importunaros me atrevo.

SANCHO. Es muy loco ese mancebo.

(*Salen* MATEO *y* CRISPÍN, *villanos, con unas cestas.*)

MATEO. Llegad sin miedo, Crispín.

CRISPÍN. ¡Por Dios, que nos ha cogido
entre puertas el Virrey!

MATEO. Abranle igual con el Rey (2).

PORTERO. ¡Hola, con menos ruído.

MATEO. Dénos los pies su Esquinencia.

SANCHO. ¿Qué es lo que queréis?

MATEO. Señor,
mandadnos hacer favor
que a los dos nos den licencia
para entrar a presentar
a vuesa mujer diez truchas,
que aunque hayáis comido muchas
éstas me atrevo a jurar
que no las habéis comido.

SANCHO. ¡Qué inocencia!

CRISPÍN. Son tan grandes
que no las hay de aquí a Flandes
de tamaño más cumprido.

MATEO. Trucha viene en la chistera
que pudiera ser salmón.

SANCHO. ¿Tenéis pleito o pretensión?

CRISPÍN. Si el Concejo lo supiera
algún pleito procurara

(1) En el impreso dice, por errata, "paxaros".

(2) Así en el original. Quizá deba leerse "Háblanle", y en estilo rústico "Hábranle".

o yo hiciera algún delito.

SANCHO. ¿Pues qué queréis?

MATEO. Han escrito
que sois Sancho de Guevara,
el que casó con Juanica,
la hija de don Vicente
el rico y nueso pariente.
Dióme un buey y una borrica
su padre, que Dios perdone,
el día que me casé,
y yo como me acordé,
aunque el oficio la entone,
¡pardiez!, la traigo un presente
y a que sepa lo que estimo
que me conozca por primo.

SANCHO. ¡Hola, echad de aquí esta gente!
¿Hay locura tan extraña?
¡Oh, cuánta verdad encierra
que nadie es nada en su tierra
y el nada es algo en la extraña! (1)

PORTERO. Ea, despejad la sala.

MATEO. ¡Ah, señor, mire que soy
su primo!

SANCHO. ¡Corrido estoy!

PORTERO. ¡Salid allá noramala!

CRISPÍN. Para él vienen las truchas.

PORTERO. ¡Salgan noramala fuera!

MATEO. Tome las cuatro siquiera,
mire que traemos muchas.

SANCHO. ¡Cosa que os haga azotar!

CRISPÍN. ¿Por traer truchas?

PORTERO. ¡Salid presto!

SANCHO. ¡Azotaldos!

MATEO. Guarda el cesto;
nunca más vuelvo a pescar.

SANCHO. ¡Ay, honra, qué extrañas leyes
has puesto en un pecho honrado!

MATEO. Sin duda que es gran pecado
traer truchas a virreyes.

CRISPÍN. Señor, señor.

SANCHO. ¿Qué queréis? (2)

CRISPÍN. Mire que son salmonadas.

SANCHO. ¿Qué hacéis con esas espadas?

PORTERO. ¡Huíd, hombres, no aguardéis!

MATEO. Huye, Crispín, ¿no lo escuchas?

CRISPÍN. Yo llevo lindo despacho.

SANCHO. ¡Adiós!

MATEO. ¿Han vido el borracho,
cómo no quiso las truchas?

(Vanse los villanos huyendo.)

SANCHO. A doña Juana llamad.

PORTERO. Ella, señor, viene a verte.

SANCHO. Hoy pienso darla la muerte.
¡Cielo, el rigor perdonad!

(Sale DOÑA JUANA.*)*

D.ª JUANA. Como no me entráis a ver,
a veros quiero salir.

SANCHO. ¡Vive Dios, que ha de morir
tan deshonrosa mujer!
Salíos todos allá;
y tú, Fernando, está alerta
que nadie llegue a la puerta.

PORTERO. Nadie, señor, llegará.

D.ª JUANA. ¿Para qué es la prevención
de la puerta y de la gente?
¿Tienes algún accidente?
¿Cánsate la ocupación?
Los negocios del Gobierno
son las canas de los años,
porque entre dulces engaños
envuelven cuidado eterno.
Bienaventurado el Rey
que tiene ministro sabio.

SANCHO. Ni de negocios me agravio
por el cargo de virrey
ni me da pena el cuidado.
Tú sola pena me das.

D.ª JUANA. ¿Yo, mi señor?

SANCHO. ¿Pues quién más,
en este dichoso Estado?
Ya, doña Juana, no puedo
sufrir los deudos que tienes,
porque en el lugar que estoy
me humillan notablemente.
¿Es posible que tenías
deudos tan pobres?

D.ª JUANA. Pareces
hombre que salió del mar,
que mirando sus crecientes
dice: ¿Es posible que yo
pase por golfo tan fuerte?
Cuando éramos los dos pobres
no reparaste en parientes
pobres; cuando somos ricos
gente baja te parecen.
Bien sabes tú que mi padre
nada en nobleza te debe;

(1) En el original impreso es el PORTERO quien dice este verso.

(2) Estos dos renglones faltan en el impreso, pero están en el manuscrito.

el tener parientes pobres
en toda sangre acontece.

SANCHO. Sí; pero bien sabes tú
que en oficios preeminentes
deslustran mucho los deudos
pobres, y más si pretende
el dueño mayor lugar.

D.ª JUANA. Al pensamiento me ofreces
una fábula de Ysopo.

SANCHO. ¿Con fábulas me entretienes?

D.ª JUANA. Bebía un cordero humilde
de un arroyo en la corriente
por lo bajo, y en lo alto
un lobo voraz y aleve;
y como matar quería
el corderillo inocente,
"Mira que me enturbias —dijo—
el agua; tan recio bebes."
El cordero respondió:
"Lobo amigo, pleito quieres:
si estoy en bajo y tú en alto,
tú la enturbias, tú me ofendes."
¿Qué tienen que ver mis deudos,
que el agua en lo bajo beben,
contigo, que estás en alto,
si no es que pleito pretendes?

SANCHO. ¿De suerte que soy el lobo?
Entre mil virtudes tienes
ésta de honrarme tu lengua;
pues mal tu causa defiendes,
que aunque más por lo sutil,
de ser discreta te precies,
no me has de satisfacer
ni tú lo estás, que bien sientes
que para mis pretensiones
tus deudos pobres detienen
el curso de mi ventura,
porque no querrán los Reyes
levantarme a más lugar.

D.ª JUANA. Pues bien: ¿a qué te resuelves?
¿Puedo yo remediar esto?

SANCHO. No quiero que lo remedies,
que son muchos, doña Juana,
sino que a Dios te encomiendes,
porque no le puede haber
más eficaz que tu muerte
para que los reyes me honren
y me casen altamente.
Días ha que lo he pensado;
no repliques, que no puedes
excusar tu muerte.

D.ª JUANA. Mira
que tu mismo daño emprendes,
que no será tan secreta
mi muerte, que no te cueste
la vida, luego que sepan
los Reyes que fuí inocente.
Yo te daré mejor modo.

SANCHO. ¿Cómo? ¿Dirás que destierre
tus deudos?

D.ª JUANA. No digo tal,
sino que en su paz los dejes.
Finge que me has enviado
a Vizcaya, y vuelva en breve
quien diga que muerta soy,
porque yo, secretamente,
con pobre traje me iré
a esas sierras, cuyas nieves
me sepulten mientras viva,
pues la tierra no me quiere.

SANCHO. En escapando de aquí
te quejarás a los Reyes.

D.ª JUANA. Yo te doy licencia entonces
que en el mismo honor me afrentes;
di que te fuí desleal;
bien habrá con quien lo pruebes,
y lo escrito, aunque sea falso,
por eso juzgan los jueces,
que testigos a hombre rico
no han faltado eternamente,
ni para pobre desdichas,
ni para desdichas muerte.

SANCHO. Ahora bien; tú sabes bien
que mi alma te aborrece.
Si lo sabes, ¿qué me buscas?
Si me buscas, ¿qué me quieres?
Yo no querría matarte,
que no es justo que ensangriente
un hombre tan valeroso
la espada en mujer tan débil.
Si ves que resuelto estoy,
vete, doña Juana, vete
adonde en secreto goces
la vida que Dios te diere.
Guárdate de descubrirte,
porque si a mis manos vienes
en mil vidas tienes pocas.

D.ª JUANA. Bien mis ejemplos te pueden
asegurar del valor
que me esfuerza y fortalece.
¿En Granada no les dije
que ya eras muerto, a los Reyes
porque tú me lo mandaste,
sufriendo hasta ver que vieses

que me casaban con otro?
¡Luego razón es que pienses
que ahora sabré mejor
que entonces obedecerte.

SANCHO. Eso te debo, no más,
que es el ser tan obediente.

D.ª JUANA. ¿Del amor no dices nada?

SANCHO. Eso de amar no lo cuentes.
Toma, Juana, un pobre traje,
desnuda el rico que tienes,
y por el jardín, de noche,
vete donde más quisieres,
con condición que ninguno
te conozca.

D.ª JUANA. Sancho, advierte
que hoy me muero para ti.

SANCHO. ¿Pues qué quieres, si te mueres?

D.ª JUANA. Que siquiera con tus brazos
esta garganta consueles.

SANCHO. No te fíes de mi enojo,
que podrán ser que te aprieten
de forma que pidas brazos
y se te vuelvan cordeles.

D.ª JUANA. ¡Ojalá!

SANCHO. ¡Déjate de eso!

D.ª JUANA. ¿Qué traje quieres que lleve?

SANCHO. Porque vayas más oculta,
el más pobre que pudieres.

D.ª JUANA. De Virreina de Navarra
vengo a morir pobremente;
ejemplo soy de fortuna.
Adiós, cubiertas paredes
de telas de oro y brocados
y de bordados doseles.
Góceos don Sancho con otra.

SANCHO. ¡Qué necia y prolija eres!

D.ª JUANA. Como soy aborrecida
parezco necia, y advierte
que hablaba con estas piedras
para ver si te enterneces;
pero eres piedra más dura,
yo eslabón que no te enciende.

SANCHO. ¡Acaba!

D.ª JUANA. Ya voy, mi bien,
que esto es detenerme a verte.
Adiós, mi don Sancho amado.

SANCHO. No con eso me enterneces.

(*Vanse, y salen los* MÚSICOS, *de villanos, en una aldea y dos labradores bailando;* FLORA *y* CONSTANZA *con sus panderos;* BARTOLO *y* ENIO, *villanos.*)

MÚSICOS. La mañana de San Juan, mozas,
vamos a coger rosas.

UNO SOLO. Pues que tan clara amanece.

TODOS. Vamos a coger rosas.

UNO. Y todo el campo florece.

TODOS. Vamos a coger rosas.

UNO. Aquí hay verbena olorosa.

TODOS. Vamos a coger rosas
la mañana de San Juan, mozas,
vamos a coger rosas.

UNO. Adonde cantan las aves.

TODOS. Vamos a coger rosas.

UNO. Y corren fuentes suaves.

TODOS. Vamos a coger rosas.

UNO. Aquí convida la sombra.

TODOS. Vamos a coger rosas
la mañana de San Juan, mozas,
vamos a coger rosas.

ENIO. El puesto habemos ganado.

FLORA. Pocos mozos han salido.

BARTOLO. A jugar la lucha han ido
los más valientes al prado;
las gradas del olmo están
a la fe, Flora, sin gente.

(*Haya un olmo en el teatro, como aldea, con sus gradas.*)

ENIO. Todo cristiano se asiente,
que poco a poco vendrán.

BARTOLO. Si viniera un barquillero
voto al sol que os convidara,
qué perdiera o que ganara.

ENIO. Amor no estima el dinero,
que dicen que anda desnudo.

BARTOLO. Bien lo sé, por mis pecados;
oro me cuesta y cuidados,
aunque pastor tosco y rudo.

CONSTANZ. Lo que no puedo sufrir
es que digáis que gastáis;
si alguna cosa nos dais
siempre la habéis de gruñir.
¿Pues no es razón que miréis,
que os habéis hecho tiranos
de la hacienda, que en las manos
oro y gobierno tenéis?
Sed vosotros los sujetos
y nosotras las señoras,
veréis con cuántas mejoras
se truecan tales efetos:
no gastaréis, y veréis
cómo nosotras gastamos;
veréis lo mucho que os damos
sin que vosotros nos deis.
Que si tenéis los dineros

por fuerza habéis de gastar;
algo nos habéis de dar,
que no hemos de andar en cueros.

ENIO. ¡Pardiez, que tiene razón!
Los hombres nos lamentamos
de lo que siempre les damos
sin ver que sujetas son;
porque al tener el dinero
y a estar sujetos a ellas,
no nos quejáramos de ellas
con estilo tan grosero;
ellas de nosotros sí,
y dijeran que nos daban
su hacienda, y que la gastaban
con nosotros.

BARTHOLO. Es ansí.

ENIO. Luego bien dice Constanza.

BARTOLO. ¡Pardiez, Enio, que es verdad!

CONSTANZ. Si fueres a la ciudad
y a la voluntad alcanza
el dinero, por razón
de este primer desengaño,
cómprame un poco de paño.

ENIO. ¿Qué color?

CONSTANZ. Satisfacción.

ENIO. ¡Pardiez, Constanza, no sé
qué color es!

CONSTANZ. Naranjada.

ENIO. Color y nombre me agrada;
mas, ¿tendréla de tu fe?

CONSTANZ. Si lo traes, bien podrás,
y tendréla yo de ti.

ENIO. ¿Quieres más?

CONSTANZ. Más quiero.

ENIO. Di.

CONSTANZ. Mas la guarnición, no es más.

ENIO. ¿Qué ha de ser?

CONSTANZ. Oro quisiera,
pero terciopelo basta.

ENIO. ¡Y dirán que no se gasta!

CONSTANZ. El aforro te pidiera;
pero acá no faltará.

ENIO. ¡Este ha sido lindo ahorro,
reparar en el aforro
donde lo demás está!

CONSTANZ. Si hallares una patena
bien será que me regales.

ENIO. Yo te la vi en los corales.

CONSTANZ. No la pidiera a ser buena.

ENIO. Constanza, detente ahí
si no quieres que me venda,
o tómate tú la hacienda
y dame que vista a mí.

(*Salen* BELARDO, *alcalde, viejo, y el* BENEFICIADO.)

BELARDO. A la fe, Beneficiado,
no hay fiesta sin tamboril.

BENEFIC. Callad, que ya viene Gil,
que fué esta mañana al prado.

BELARDO. Sentaos, pues, y trataremos
lo de las fiestas de Dios.

BENEFIC. ¿Habló el Regidor con vos?

BELARDO. Mañana nos juntaremos.

BENEFIC. Ha de haber danza con dichos.

BELARDO. Compóngala el escribano,
que siempre trae en la mano
los dichos y sobredichos.

BENEFIC. Heis donde vienen, Belardo,
el Barbero y Regidor.

(*Salen el* BARBERO *y el* REGIDOR.)

REGIDOR. Dios guarde al señor doctor.

BELARDO. ¡Ala, he, que andáis gallardo!
Creo que os queréis casar.

BARBERO. No me lo diréis a mí,
que buena mujer perdí.

BELARDO. Sancho, si queréis llorar
íos mucho noramala
al rollo que está en las eras.

BARBERO. ¡Nunca habéis de hablar de veras!

BELARDO. ¿Paréceos a vos que es gala
llorar un vïudo rico
en toda conversación?

BARBERO. ¿No os parece que es razón
el dolor que denefico?

BELARDO. Resucitárala Dios,
aunque más me contéis de ella,
que yo acabara con ella
que no llorara por vos.
De buena gana os casara
con mi hermana; mas no quiero,
que, en efeto, sois barbero.

REGIDOR. ¡Mirad en lo que repara!
Pero, ¿por qué os da cuidado?

BELARDO. Porque soy hombre de vena,
y me diera mucha pena
tener al barbero al lado.

REGIDOR. ¿Jugaremos un rentoy?

BENEFIC. ¿Quién a quién?

BELARDO. El doctor sea
con el barbero.

BARBERO. No crea
que en tal propósito estoy,

que el Regidor juega mucho.
BELARDO. ¡Pardiez, en vano teméis;
ganaréis cuanto juguéis!
BARBERO. Como por burla os escucho.
BELARDO. ¿Burla? ¡Si andáis de ganancia!
BARBERO. ¿Yo? Debéisos de burlar.
BELARDO. ¿Pues no es ganancia enviudar?
BARBERO. Tal os venga la ganancia.
BELARDO. Estoy por decir amén.

(*Sale* DOÑA JUANA *en hábito de estudiante.*)

D.ª JUANA. ¿Quién creyera que tuviera
tanto valor que pudiera
llegar hasta aquí también?
En traje pobre salí,
pero presto le mudé,
que del mío no fié
el honor que vive en mí.
Con esto, que al hombre engaña,
voy más segura en su traje,
como quien sabe el lenguaje
cuando va por tierra extraña.
Por este monte poblado
de aldeas me esconderé,
en tanto que el alma esté
en cuerpo tan desdichado.
¡Ay, don Sancho, por subir
a estado de más valor
y por casarte mejor
me condenas a morir!
Plega a Dios que no te mire
con ojos de su venganza,
que aún me queda confianza
que mi inocencia te admire.
Y pues que no me mataste,
algún día podrá ser
que vuelva a ser tu mujer
la mujer que despreciaste.
La gente de aquesta aldea
pasa su fiesta en placer,
que la ambición, ni el poder,
ni los deleites desea.
Dichoso quien así nace,
pues habiendo de morir
el más sencillo vivir
más a los sabios aplace.
Si en el lugar que nací
mi padre me hubiera dado
con mi igual, humilde estado,
nunca yo me viera así.
¿Qué me ha valido hermosura,
hacienda, ingenio y valor,
pues nunca me tuvo amor
quien hoy mi muerte procura?
Estímase por Ladrón
de los buenos de Guevara,
y en las almas no repara
que todas iguales son.
Mas ya reparan en mí.—
Guárdeos Dios.
BELARDO. Con bien vengáis.
¿Con quién venís? ¿Qué buscáis?
D.ª JUANA. ¿Está el señor cura aquí?
BENEFIC. Yo soy; ¿qué es lo que queréis?
D.ª JUANA. Dómine, paso adelante:
yo soy un pobre estudiante,
que por Dios algo me déis.
BENEFIC. ¿Y quam artem profiteris?
D.ª JUANA. Grammaticam.
BENEFIC. Bien está.
Quedaos esta noche acá,
y mecum manducaberis.
D.ª JUANA. Tan mal debe de saber
hablar latín como yo.
BELARDO. ¿Quién, mancebo, os engañó?
¿Para qué os vais a perder?
Vos debéis de ir por novillos.
REGIDOR. Sin duda que se desgarra.
D.ª JUANA. No soy, señor, de Navarra.
BELARDO. Luego aquestos rapacillos
dicen que van a ver mundo.
¿De donde sois?
D.ª JUANA. De Aragón;
mis padres muy pobres son,
mi amparo en las Letras fundo.
BARBERO. Si aprender oficio fuera
vuestro intento, yo os mostrara
el mío.
D.ª JUANA. No me excusara
si un arte noble aprendiera (1).
BARBERO. Ser barbero y cirujano,
¿no es arte noble?
D.ª JUANA. Sí es.
BELARDO. Y aun oficio que en un mes
podréis curar cualquier sano.
D.ª JUANA. Lo que toca a Cirugía
me parece que aprendiera
si vuesa merced quisiera
tenerme en su compañía.
BARBERO. Vuestra cara y vuestro talle
me obligan a haceros bien.

(1) Así en los textos; pero acaso Lope escribiría: "Si arte noble no aprendiera."

BENEFIC. Dios os le haga a vos también,
que así queréis amparalle.
BARBERO. ¡Pardiez que pone afición!
BENEFIC. Si no le queréis allá,
en la iglesia servirá
y yo le daré ración.
D.ª JUANA. Con el señor cirujano
pienso que será mejor,
que con el señor doctor
gastaré mi tiempo en vano.
BARBERO. El dice bien. Pues conmigo
venid, y sabréis la casa.
D.ª JUANA. ¡Ved lo que en el mundo pasa!
BARBERO. ¿Cómo os llamáis?
D.ª JUANA. ¿Yo? Rodrigo.
BARBERO. Venid por aquí.
D.ª JUANA. Ya vengo.
BELARDO. ¡Hola! Si sabéis sangrar,
bien os podéis enseñar
en un pollino que tengo.
REGIDOR. ¿Jugaremos al rentoy?
BELARDO. Vamos en casa del cura,
si habrá frío, por ventura.
BENEFIC. Si nada es frío, eso os doy.
BARTOLO. Enio, el Alcalde se va.
ENIO. Báilese delante dél.
CONSTANZ. Pues si el cura va con él,
juego y colación habrá.
MÚSICOS. La mañana de San Juan, mozas,
vamos a coger rosas.

(*Váyanse delante de ellos cantando y bailando, y salga el virrey* DON SANCHO *con luto, el* CHANCILLER, *y otros* CABALLEROS *y* TELLO.)

CHANCILLER.

El reino todo, de tristeza lleno,
a Vuestra Señoría envía el pésame
desta improvisa y lastimosa muerte.
No hay caballero que no traiga luto,
no hay escudero que no llore a voces,
no hay pobre labrador que por lo menos
perdone alguna parte del vestido,
vistiéndose de negro en lo que puede.
Todos, en fin, con general lamento,
muestran de este suceso el sentimiento.

SANCHO.

El Reino con razón siente la muerte
de la mejor mujer de quien fué patria,
y el sentimiento es deuda a sus virtudes,
de quien todos sabéis que fué dotada
con gran ventaja a cuantas ha tenido,
aunque la hiciera en esto a Roma y Grecia.
Yo no sé de qué suerte me consuele,
mas sé que si me dan licencia luego
los Reyes, mis señores, verá el mundo
del amor conyugal un casto ejemplo.

UN CABALLERO.

¿Escríbeles el caso como pasa
con aqueste dolor Vueseñoría?

SANCHO.

¿Pues no es forzoso, habiéndome los Reyes
por ocasión de mi mujer honrado?
Ya les escribo el sentimiento mío,
y cómo la enviaba con sus deudos,
y que al pasar de aquel infausto río,
quebrándose la puente, cayó dentro.
Mi soledad les digo, y les suplico
provean este cargo en quien quisieren,
porque mi intento es recogerme a un hábito,
donde sirviendo a Dios la vida acabe.

OTRO CABALLERO.

¡Lastima ver llorar hombre tan grave!
A Vuestra Señoría guarde el cielo,
generoso señor, muy largos años,
que con la vida no faltó el consuelo.

SANCHO.

Tarde le espero yo de tantos daños.—

(*Vanse, y quedan* TELLO *y* DON SANCHO.)

¿Fuéronse?

TELLO.

¿No lo ves? Habla.

SANCHO.

Recelo.

TELLO.

Son los recelos sombra a los engaños.

SANCHO.

Quítame aqueste luto y dame presto
un hábito galán, bueno y honesto.

TELLO.

Este papel me dió Felicia y éste
Lisena y Clorinarda un gran recado.

SANCHO.

Verélas todas antes que me acueste.

TELLO.

A todas tienes en igual cuidado.

SANCHO.

La que me quiere bien paciencia apreste,

que a no querer estoy determinado.
¿Qué te dijo la vieja?

TELLO.

Que era bella,
y de trece a catorce la doncella.

SANCHO.

Linda vida es aquésta.

TELLO.

Como nueva.

SANCHO.

¿Es posible que hay hombre que se case?

TELLO.

Entre señores aún mejor se lleva;
no hay cuarto adonde la mujer se pase.

SANCHO.

¿Has visto un gavilán cuando se ceba?
Pues tal quisiera yo que me cebase
tu diligencia en nuevas aves.

TELLO.

Creo
que has hurtado a Eliogábalo el deseo.
Mas mira que te aguardan los matantes (1)
y los dos que cantaron esta siesta.

SANCHO.

No dudes que saliera mucho antes
a estar la luna en esos montes puesta.

TELLO.

¿Has de ver a Risela?

SANCHO.

No te espantes
si vieres a Risela descompuesta,
que no me pago yo de hipocresías,
robar las noches y rezar los días.

TELLO.

Ella a lo menos bien se justifica.

SANCHO.

Lágrimas de mujer a moscateles,
ninguna cosa más me ratifica;
eso a los boquirrubios y noveles.

TELLO.

Señor, a la rodela el brazo aplica,
que ya puedes bajar por donde sueles.

(1) En el impreso dice este verso: "Mas si miran que te aguardan los montantes."

SANCHO.

¿Qué hará Dios de mi muerta?

TELLO.

¿Eso preguntas?
Las vivas busca y deja las difuntas.

(*Salen los* MÚSICOS *y* MAURICIO *y* FABRICIO, *de noche.*)

MÚSICO.

Mucho tarda en bajar

MAURICIO.

Tendrá respeto
a la gente de fuera y de su casa,
que está el Virrey agora triste y viudo.

FAB.

¡Bonito es él para tener respeto!

MÚSICO.

¡Desatinado mozo!

MAURICIO.

¡Temerario!

MÚSICO.

¿Fué Nerón más cruel?

MAURICIO.

¿Ni más vicioso?

FAB.

Así ha de ser un hombre poderoso.

MAURICIO.

Tal tengas la salud.

FAB.

Mejor la tenga.

MAURICIO.

El espejo del mundo es los señores.

MÚSICO.

Predica un poco. ¡Así te den tercianas!

FAB.

¡Qué poco que ha sentido haber perdido
una mujer hermosa y entendida!

MAURICIO.

¿No ves que no sentir, porque no sienten,
se llama ya valor entre los príncipes?

FAB.

A lo menos es muestra de grandeza.

MAURICIO.

A lo menos es vida deleitable.

FAB.

Vivir para hoy es ley que al sabio agrada.

MAURICIO.

Antes viven los más para otro día,
pues durmiendo la luz, velan la noche;
la vida parten entre cama y coche (1).

MÚSICO.

Este me desatina.

FAB.

¡Gran belleza
fué la de su mujer!

MÚSICO.

¡Y desdichada!

MAURICIO.

¿Por qué la aborreció?

MÚSICO.

Por su firmeza
y porque le amó, siempre desamada.
Tanto estimó este necio la grandeza
de la sangre, de abuelos heredada,
que porque su mujer no era ángel puro
no la quiso por yedra de su muro.

MAURICIO.

¡Oh, mal que le haga Dios!, y vendrá luego
a querer un demonio, que le haga
mil pesos falsos, y él, a todos ciego,
será avestruz que hasta los hierros traga.

FAB.

Eso dicen que pica el gusto.

MAURICIO.

¡Fuego!

(Salen DON SANCHO *y* TELLO, *de noche.)*

SANCHO.

No quedará de la traición sin paga.

TELLO.

Gente hay aquí.

SANCHO.

¿Quién va?

MAURICIO.

¿Quién lo pregunta?

(1) El pasaje anterior en que se suspenden las octavas reales debe de estar alterado.

SANCHO.

Este brazo, esta mano y esta punta.

MAURICIO.

¿Es mi señor don Sancho de Guevara?

SANCHO.

¿Y tú Mauricio acaso?

MAURICIO.

A tu servicio,
con todos los amigos del Parnaso.

SANCHO.

Anden las musas; ruede verso y prosa,
suéltese el gusto y corran los deseos;
tañed, cantad; no quede moza hermosa
que no amanezca con dos mil empleos.

MÚSICO.

¿Quieres que cante una canción famosa (1)
de todas las banderas y trofeos
que ganaste a los moros de Granada
por el valor de esa invencible espada?

SANCHO.

No quiero ahora túmulos ni broches;
cantemos en lenguaje picaresco,
que la mujer más casta en estos gonces
se queda más dormida que un tudesco.
Entonces peleaba como entonces;
ahora, como ahora gozo el fresco.
¿Quién vive en estas verdes celosías?

FAB.

Dos niñas de a cien mil y tantos días.

SANCHO.

¡Escupo, no hay preñada con más ascos!

MAURICIO.

Yo te quiero llevar a cierta moza,
candeleros de plata con damascos.

SANCHO.

¡Cuerpo de tal, la risa me retoza!

MAURICIO.

Mas es mujer que ablandará peñascos,
y que el mejor Guzmán, Lara y Mendoza
dejara por dineros de un lacayo.

SANCHO.

¡Fuego!

(1) En el impreso dice "canción hermosa" por errata.

MÚSICO.

¡Alquitrán!

FAB.

¡Salitre!

TELLO.

¡Aceite!

MAURICIO.

¡Rayo!

SANCHO.

Si va a decir verdad, entre mujeres
se tiene por blasón pelar los hombres;
luego a la noble dicen: fácil eres,
y desde boba a necia, dos mil nombres.
Saber con opinión, Mauricio, quieres
mujer, entre mujeres, no te asombres,
que la que pesca con mayor guadaña
ésa tienen en más.

MAURICIO.

Guarda la caña.

FAB.

Aquí vive una moza recatada
que guarda a cierto penitente el rostro.

SANCHO.

¿Vive con él honrada?

FAB.

Y muy honrada.

SANCHO.

Pues a su puerta y su balcón me postro.

MÚSICO.

Yo conozco una fea bien hablada,
a oscuras ángel y con luces monstro.

SANCHO.

Excomunió[n] parece que recelas,
pues es mujer hasta matar candelas.

TELLO.

Una viuda he visto yo estotra tarde (1);
mas no dará licencia al mismo Apolo.

SANCHO.

Rompamos la puerta.

TELLO.

¡Dios me guarde!

SANCHO.

Dime la casa y llamaré yo solo.

TELLO.

Bien dices, que si vas con este alarde
primero te abrirá su quicio el polo.

SANCHO.

Ve delante.

TELLO.

No vayas sin sosiego.

SANCHO.

Si tengo de callar, vuélvome luego.

(Vanse, y salen BELARDO *y* CONSTANZA, *su hija.)*

BELARDO. ¿Qué tienes? ¡Duelos te den!
CONSTANZ. ¡Mirad qué traza de padre!
A fe que a vivir mi madre
que me tratara más bien.
BELARDO. ¿Pues cómo puedo tratarte,
si no te entiendo, Constanza?
CONSTANZ. Más pienso que se os alcanza.
BELARDO. ¿Qué puedo más que curarte?
CONSTANZ. ¡Bien me curáis, por mi fe!
BELARDO. ¿Qué tienes?
CONSTANZ. Opilaciones.
BELARDO. Si tuvieras sabañones
en la mano o en el pie;
si tuvieras tiña o sarna,
o enfermedad conocida.
CONSTANZ. Esta me toca en la vida
y así el alma me descarna (1).
BELARDO. ¿Pues qué es estar opilada?
CONSTANZ. Es un cierto no sé qué
que se ve y que no se ve.
BELARDO. Pues pon y pongas no nada.
CONSTANZ. Siento yo mucho dolor.
BELARDO. Por Dios que yo no lo siento.
CONSTANZ. Es mal del entendimiento.
BELARDO. Pues, hija, parece amor.
CONSTANZ. ¿Amor? ¡Jesús, Dios me guarde!
¡No me lo nombréis!
BELARDO. No haré;
pero si es amor, a fe
que nunca en saberse tarde.
CONSTANZ. Yo me querría sangrar.
BELARDO. Eso juráralo yo,
y más si el barbero os dió
la causa.

(1) Así este verso en los originales, que es largo; probablemente se habrá escrito así:

"Una viuda vi yo estotra tarde".

(1) Así está este verso en el impreso. En el manuscrito, quizá por algún recelo de la censura, se enmendó, diciendo "y dentro del alma encarna".

CONSTANZ. ¿Iránle a llamar?
BELARDO. Yo propio.
CONSTANZ. Vame la vida
en que me pique y me saque
tanta sangre que me aplaque
todo este mal por la herida;
que de abundancia sospecho
que todo mi daño ha sido.
BELARDO. Caracoles habéis comido
y mal os han hecho.
menester os habéis sangrar
de la vena del pecho (1).
CONSTANZ. Id, que me siento morir.
BELARDO. Voy, que sé bien que en mujer
para más daño ha de ser
el quererla resistir.

(*Vase.*)

CONSTANZA.

¡Hermoso sangrador, dulce barbero,
venido por mi mal a ser bien mío,
la sangre que me alteras te confío
y de tu herida mi remedio espero!
Decirte quiero que por ti me muero
mejor que con las quejas que te envío:
aunque tengas mi mal por desvarío
por lo menos sabrás lo que te quiero.
Si la sangre contigo me enemista
los sabios dicen que el amor se causa
de sangre, que entra en rayos por la vista.
Si quieres que se temple y ponga pausa
sángrame tú, que como amor resista
cesarán los efectos con la causa.

(*Sale* DOÑA JUANA *en hábito de barbero aldeano, con su cinta y estuche.*)

D.ª JUANA. Días ha que sé la casa,
no tiene que me prevenga.
¡Oh, hermosa, guárdela Dios!
Diga, ¿dónde está la enferma?
CONSTANZ. ¿Por la enferma me pregunta?
D.ª JUANA. ¿No he de preguntar por ella?
¿He de sangrar al primero
que me topare a la puerta?
CONSTANZ. Si él fuera buen cirujano,
si él buen cirujano fuera,
conociera que era yo
la enferma.
D.ª JUANA ¡Oh qué linda enferma!

(1) Estos cuatro versos parecen ser una copla o cantar del pueblo.

¿Ella es la enferma que dice,
y con boca tan risueña (1),
que se comerá una hogaza,
y tendrá esta casa a cuestas,
en qué quiere que adivine,
por las referidas señas
y otras tales, que ella es
la enferma?
CONSTANZ. ¡Oh qué linda flema!
Tome ese pulso y verá
de qué lado estoy enferma;
que a fe que tengo hartos males
si decírselos supiera.
D.ª JUANA. Si enfermó de socarrona,
que la sangre una ballesta;
si es mal que tiene secreto,
¿a qué astrólogo le cuenta?
Este pulso está muy bueno.
CONSTANZ. ¡Miente!
D.ª JUANA. Seis letras son esas,
que a ser igual la salud
le diera con la lanceta.
CONSTANZ. Mírele bien.
D.ª JUANA. Ya le miro.
Aquestas intercadencias
son fina bellaquería.
CONSTANZ. ¡Ay, Jesús, cómo me aprieta!
D.ª JUANA. ¡Mal me haga Dios si tal hago,
y qué de vicio se queja!
CONSTANZ. El puede ser buen barbero,
pero mal entiende tretas.
D.ª JUANA. Esta moza se derrite
y procura que la entienda;
pues sepa que el oficial,
aunque diestro le parezca,
no tiene carta de examen
y que ha de quedar muy fea.
Ahora bien; este su mal
¿a qué términos le llega?
Porque si son de sangría
haré que el maestro venga,
que yo en cosas de peligro
aún no curo con licencia.
CONSTANZ. ¡Rodrigo!
D.ª JUANA. Señora mía.
CONSTANZ. ¡Rodrigo del alma!
D.ª JUANA. ¡Reina!

(1) Estos versos están así en el impreso. En el manuscrito aparecen corregidos en esta forma:
"D.ª JUANA. ¡Oh, qué linda flema!
¿Si la veo levantada
y con boca tan risueña", etc.

CONSTANZ. ¡Rodrigo mío!
D.ª JUANA. ¿Qué quiere?
CONSTANZ. Que me entienda.
D.ª JUANA. ¿Que la entienda?
¿Cómo puedo, si ninguna
puede ganar la traviesa?
CONSTANZ. ¡Si tú lo fueras, Rodrigo!
D.ª JUANA. Pues bien, ¿de qué me sirviera?
CONSTANZ. Ahora bien; dame un abrazo.
D.ª JUANA. ¡Y cuatro, mis ojos; llega!
CONSTANZ. ¡Ay, barbero desbarbado!
D.ª JUANA. ¡Ay, enferma desenferma!

(*Sale* BELARDO.)

BELARDO. ¡A fe que para sangrarla
no le ponéis mal la venda!
D.ª JUANA. Vuesa merced mande luego
coger diez onzas de estrellas,
seis libras de humo de estopas
y dos de pelos de piedras,
y aplicado a la barriga
con un pedazo de estera
para que no la lastime,
no le dolerán las muelas.

(*Vase.*)

BELARDO. ¿Qué es esto, Constanza?
CONSTANZ. ¿Yo?
BELARDO. ¿Es buena aquesta receta?
CONSTANZ. ¡Ya dirá que es mucha costa,
ya que le gasto su hacienda!
Haga, padre, lo que dicen
si no quieres que me muera,
que el barbero es hombre sabio
y sabe que si no llegas
a estorbar la medicina
quedaré del todo buena.

(*Vase.*)

BELARDO. De suerte me han persuadido
que será bien que lo crea.
Mas, ¿dónde tengo de hallar
pelos de piedra y estrellas?
¡Voy a coger un garrote
de cosa de vara y media,
que yo le daré salud
en saltando la corteza.

ACTO TERCERO

de la HERMOSURA ABORRECIDA.

(*Sale* ARNALDO, *viejo, y* URBANO, *criado del* REY.)

ARNALDO A los forasteros causa
mayor congoja y dolor.
URBANO. Sentirán que su rigor
pone a sus negocios pausa;
que la Reina con la pena
está retirada.
ARNALDO. El cielo
la dé en tanto mal consuelo.
¿Y es tanto como se suena?
URBANO. Tengo por cierto que es más;
mas va de bien en mejor,
por un famoso doctor
navarro.
ARNALDO. ¿No me dirás,
pues que tú también lo eres,
cómo el caso sucedió,
que con ver que aquí pasó,
hay diversos pareceres?
URBANO. Por la patria y porque siento
tu buen deseo, me animo.
ARNALDO. Mucho la verdad estimo.
URBANO. Oye atento:
ARNALDO. Estoy atento.
URBANO. Viernes, siete de diciembre,
bien digno de nombre eterno,
año de noventa y dos
sobre mil y cuatrocientos,
los dos Católicos Reyes
a sus nobles plantas vieron
la gran ciudad de Granada,
fin del africano imperio,
dejando al santo Arzobispo
que fué su padre primero,
Fernando de Talavera,
para su amparo y gobierno,
a esta famosa ciudad
de Barcelona partieron,
con ánimo de hacer Cortes,
aunque en su ausencia bien presto
los moros se rebelaron
y al Albaicín se subieron
con las armas escondidas
y haciendo muchas de nuevo
de las azadas y rejas
que en gran cuidado pusieron
a España; mas fray Fernando,

de sus armas puesto en medio (1)
milagrosamente hizo
que las armas suspendieron,
y humildemente besaron
los sagrados ornamentos.
Don Iñigo de Mendoza,
general de todo el reino,
que era alcaide de su Alhambra,
hizo un hecho en este tiempo
digno de su sangre y casa,
que viendo el prometimiento
que el Arzobispo les hizo
para asegurar su miedo
de alcanzarlos el perdón,
por sosegarles de nuevo
a la Condesa y sus hijos
les dió en rehenes.

ARNALDO. Confieso
que fué valerosa hazaña
de su generoso pecho.

URBANO. Estando, pues, los dos Reyes
en Barcelona, contentos
de ver a Granada en paz
y amados por todo extremo,
saliendo Fernando un día
con grande acompañamiento,
un hombre desatinado,
que yo por loco le tengo,
metiendo mano a la espada
con furioso atrevimiento
dió una cuchillada al Rey
que le cortó casi el cuello,
y a no ser por un collar
cuyas piezas resistieron
el golpe, diera sin duda
con la cabeza en el suelo,
porque por alguna parte
entró más de cuatro dedos;
mas quiso Dios que salvase
las cuerdas y todo el grueso (2)
de la nuca, de manera
que dió lugar al remedio.
Las diligencias, Arnaldo,
que en esta herida se hicieron,
como los Reyes son santos,
no fueron de humanos medios,
que se acudió a los divinos
con gran devoción primero.
Vieras toda la ciudad
en un confuso silencio,
hasta que rompió en el llanto
la suspensión de los pechos.
Ni oficiales trabajaban,
ni a las cosas del sustento
había quien acudiese;
el trato estaba suspenso;
toda la gente acudía
a iglesias y monasterios,
pidiendo piedad a Dios
niños, mujeres y viejos.
El, finalmente, movido
a lástima de su pueblo,
dió al Rey salud.

ARNALDO. Denle gracias
las virtudes de los cielos.

URBANO. La cura de aquesta herida
atribuyen, después de ellos,
a un doctor de nuestra tierra,
a un cirujano mancebo
de lindo talle y persona,
tanto, que a no haberse puesto
con la generosa Reina
en pretensiones del premio,
fuera tenido por ángel.

ARNALDO. ¿Qué nombre?

URBANO. Rodrigo; pienso
que es natural de Pamplona.

ARNALDO. Noticia de todos tengo;
mas no hay tal doctor Rodrigo.

URBANO. Si desde niño pequeño
fué a estudiar a Salamanca,
no es mucho no conocerlo;
pero quiérote advertir
que por la cura que ha hecho
priva con los Reyes tanto,
que si le dices tu intento,
lo que contra el Virrey pides
hará que despachen luego.

ARNALDO. Si el navarro es de Pamplona,
a sus padres o a sus deudos
conoceremos sin duda.

URBANO. Basta para enternecello
la patria y lo que les pides
a los Reyes, porque creo
que haber tenido salud
bastaba todo el suceso;
pero ventura has tenido,
que este gallardo mancebo
es el doctor que te digo.

ARNALDO. ¡Ay, cielos!, ¿qué es lo que veo?

(1) En el impreso, por errata, dice: "miedo".
(2) En el manuscrito se enmendó, poniendo "hueso".

(*Salen* DOÑA JUANA *con herreruelo y sombrero o alguna gorra si le estuviere bien, y un vaquero negro, y sus guantes de médico, y* FÉLIX.)

FÉLIX. Todos han parado en mal
cuantos fueron en tu daño.
D.ª JUANA. Félix, yo entendí el engaño.
FÉLIX. ¡No he visto castigo igual!
D.ª JUANA. Gané de aquel labrador,
barbero de aquella aldea,
o que por ventura sea
o por mi propio valor,
de suerte la voluntad
los años que le serví,
y también porque le di
hacienda en gran cantidad,
que, como sabes, curaba
de suerte, que todo el mundo
como a Hipócrates segundo
de mil partes me buscaba,
que me hizo su heredero;
pero sus deudos, villanos,
envidiosos y tiranos,
juntos, con (1) intento fiero,
me procuraron matar.
Mas dejándoles la hacienda
escapé la mejor prenda
y me salí del lugar.
Vine a tiempo a Barcelona
que hallé al Rey con esta herida,
que, después de Dios, la vida
me debe.
ARNALDO. Urbano, perdona,
que quiero llegarle a hablar;
ya no porque me haga bien,
mas porque quiero también
mis desdichas consolar
con ver en él un retrato
de mi difunta sobrina.
URBANO. Eso el dolor lo imagina.
ARNALDO. No soy a su amor ingrato.
URBANO. Negocia y venme a contar
lo que con él te sucede,
porque si quiere, bien puede
darte con el Rey lugar.

(*Vase.*)

ARNALDO.

Prospere el cielo tus felices años.

(1) En el impreso dice "con *un* intento", lo que hace largo el verso.

DOÑA JUANA.

Y a vos os guarde, padre, y dé consuelo.

ARNALDO.

Harto, señor, me importa en tantos daños.
He sabido, señor, que os trujo el cielo
a dar al Rey salud, causa bastante
para estimaros el mejor del suelo.
Yo, en fin, en estas cortes negociante
(¡ay, Dios, cuánto parece a mi sobrina, (*Ap.*)
su rostro es en extremo semejante!),
viendo que vos, por la virtud divina
que os dió tal gracia, habéis al Rey y a España
puesto en obligación tan peregrina
(¡oh cuánto el bien imaginado engaña),
sabiendo que nacistes en Pamplona
y que ver su ruína tan extraña
ha de obligar, señor, vuestra persona,
quiero valerme del amparo vuestro,
pues que la patria y la piedad me abona.

DOÑA JUANA.

¡Cielos, con qué temor el rostro muestro (*Ap.*)
a un deudo tan cercano! Mas no importa,
ya corre la fortuna en favor nuestro.

ARNALDO.

¿Quién fueron vuestros padres?

DOÑA JUANA.

Fué muy corta
en eso mi ventura; si os parece,
pues, que mi humilde casa me reporta,
que el Rey, por ser quien es me favorece,
decid qué pretendéis.

ARNALDO.

La misma cara
de la difunta al pensamiento ofrece.— (*Ap.*)
Los Reyes, a don Sancho de Guevara

DOÑA JUANA.

Mi muerte debe de pedir mi tío.
Y estar conmigo hablando, ¡cosa rara! (*Ap.*)

ARNALDO.

Por sus servicios y gallardo brío
en la conquista de Granada, hicieron
de Navarra Virrey.

DOÑA JUANA.

¡Ay, Sancho mío! (*Ap.*)

ARNALDO.

El, en efecto, y su mujer vinieron

a su gobierno; pero apenas, hijo,
en Pamplona dos meses estuvieron,
cuando don Sancho que era muerta dijo
su malograda esposa, y aquel día
trocó su patria en luto el regocijo.
Mas como toda la ciudad sabía
que por sus vicios y altivez don Sancho
a su santa mujer aborrecía,
y que para vivir a lo más ancho
procura matarla (oh, cuánto en veros
el lazo estrecho al corazón ensancho!),
bien conoció que a sus criados fieros
matarla hizo y que fingió que un río
la sepultó.

DOÑA JUANA.

¡Qué indicios verdaderos!

ARNALDO.

El cuerpo no parece.

DOÑA JUANA.

Es desvarío
buscar el cuerpo.

ARNALDO.

Yo, si amor me abona,
que soy, en fin, de doña Juana tío,
tras tanto tiempo vengo a Barcelona,
no a pedir mi sobrina solamente,
pero todo el remedio de Pamplona,
porque ha llegado a ser tan insolente,
que no queda doncella ni casada
que no se queje; hasta la noble gente.
Vengo a pedir al Rey vara o espada
contra el tirano de Navarra, y quiero,
hijo, que ampares hoy tu patria amada.

DOÑA JUANA.

¿Que es tan vicioso, padre, un caballero
tan noble?

ARNALDO.

Tanto, que hace virtuosos
a Claudio, a Galo, Tigelino y Nero.

DOÑA JUANA.

Pues yo hablaré a los Reyes generosos
y pediré de tanto mal castigo.

ARNALDO.

La Reina es ésta.

DOÑA JUANA.

¡Ay, cielos rigurosos,
que toda esta crueldad usáis conmigo!

(*Salen los* REYES.)

REY. Notable es el alegría
que ha mostrado Barcelona.

ISABEL. La vista de tu persona
es lo que el sol en el día:
sin él han estado en tanto
que no has tenido salud;
pero ya con tu virtud
cesó la nube del llanto.

REY. Bien debe a mi voluntad
Barcelona ese deseo.

D.ª JUANA. ¡Gracias al cielo que veo
bueno a Vuestra Majestad!
Digo bueno de salud,
que de bueno es el más bueno,
como quien está tan lleno
de generosa virtud.

REY. Merced del cielo, Rodrigo,
y de tus manos famosas.

D.ª JUANA. Como son tan generosas
usaron piedad contigo.
De parte de toda España
quiero darte el parabién.

REY. Y a ti es razón que te den
el galardón desta hazaña.
Esto hará España si yo
de algún provecho les fuere,
y yo, si la Reina quiere.

ISABEL. De suerte nos obligó,
Rodrigo, tu ingenio raro,
que es poco darte a Castilla.

D.ª JUANA. Vos, única maravilla
del mundo y de España amparo,
pagáis con sólo dejar
que os sirvan; mas pues queréis
honrarme, ocasión tenéis,
ocasión, tiempo y lugar.

ISABEL. Pide, Rodrigo, y advierte
que mi poder tienes ya,
pues libre mi bien está
por tu ocasión de la muerte.

DOÑA JUANA.

Este buen viejo, Príncipes famosos,
antes de este suceso, muchos días
os ha pedido remediéis el reino
de Navarra, oprimido de un tirano
a quien por su mujer merced hicisteis
del nombre de Virrey, mal empleado.
Ya sabéis cómo dicen que la ha muerto,
ya sabéis cómo fuerza las doncellas,
ya sabéis cómo infama las casadas,

ya sabéis sus extrañas insolencias;
hacedme a mí jüez en lo que toca.
Que aunque es verdad (1) que no ha sido culpado
en lo que toca a vuestra real hacienda,
lo que os digo es tan digno de remedio
cuanto se echa de ver en tantas lágrimas
como llora a esas plantas todo un reino.
Suplícoos que enviéis quien lo remedie
y con la información secreta y pública
traiga a don Sancho a vuestra Corte preso.

REY.

Eso que de merced a los dos pides
es merced que nos haces; vaya luego
un consejero nuestro a remediallo.

ISABEL.

¿Quién te parece a ti, pues los conoces,
Rodrigo, digno de este oficio y cargo
y que con rectitud se informe y prenda
al tirano don Sancho de Guevara?

DOÑA JUANA.

Aquí, señores Reyes, entra ahora
el premio y la merced de mi servicio:
hacedmo a mí jüez en lo que toca
a hacer la información y traer el preso,
que no quiero otro premio sino hacerle
a mi patria, Navarra, este servicio.

REY.

Su ingenio es tal que puede confiarse
dél esta empresa, si la Reina quiere;
para la información y prisión sobras.

ISABEL.

Y aun para la sentencia, si tuviera
las leyes y los años que era justo.
Parta Rodrigo, pues, parta con gente
a comisión tan grave y conveniente.

REY.

Al reino escribiremos que en llegando
le den todo el favor que les pidiere:
guarda, soldados, gentes y otras cosas
para este intento necesarias.

DOÑA JUANA.

Guarde
el cielo vuestras vidas.

REY.

Parte al punto
mientras las cartas se despachan.

DOÑA JUANA.

Pienso
que desta vez me deberá Navarra,
buen hombre, el bien mayor que hacerla puedo.

ARNALDO.

Estatuas han de hacer a vuestro nombre.

DOÑA JUANA.

De esta prisión, amigo, os nombro alcaide.

ARNALDO.

Bésoos los pies, que no erraréis en eso.

DOÑA JUANA.

El mundo llame extraño mi suceso.

(*Vanse* DOÑA JUANA *y* ARNALDO.)

ISABEL.

La virtud de Rodrigo me aficiona.

REY.

Es su patria Navarra, y yo pensaba
que fuese natural de Barcelona.

ISABEL.

Cuando pensé que para sí trataba
el oficio mejor de esta corona,
de su tierra el remedio procuraba.

REY.

¡Notable cura ha hecho!

ISABEL.

¡Milagrosa!

REY.

¿Qué dice el que me hirió?

ISABEL.

Ninguna cosa
más de lo que hasta aquí dicho tenía,
ni ha descubierto con tormento tanto
cómplice en su maldad; sólo decía
que Dios se lo mandó por su Angel santo,
que él era el rey y que reinar quería.
Y lo que más, señor, me causa espanto
es el ver que no quiera confesarse,
sabiendo que el morir no ha de excusarse.

REY.

Sabe Dios que quisiera que viviera
si al escarmiento no importara tanto,
porque ése es loco.

(1) En el impreso, "Que aunque *no* es verdad", lo cual hace largo el verso y daña el sentido.

ISABEL.

Yo también quisiera,
y del tormento le he quitado cuanto
con ruegos he podido.

REY.

Que no muera
sin confesar le diga su Angel santo,
mejor que no matarme le diría.

ISABEL.

Por vuestra vida ofrezco a Dios la mía.

(Vanse, y entran CONSTANZA *y* FLORA, *labradoras.)*

FLORA. No llores, pues no hay remedio,
que el llorar por lo imposible
es, Constanza, el más terrible
y más engañado medio,
y el que es más discreto y sabio
es consolarse.

CONSTANZ. No puedo,
que tengo a mi honra miedo
y del consuelo me agravio.

FLORA. Cuéntame todo el suceso
del modo que te pasó.

CONSTANZ. Bien descansara si yo
tuviera seguro el seso;
pero temo que la historia
a perdelle me ocasione,
pero el seso me perdone
y descanse la memoria.
Ibame yo al prado
mañana en domingo
después de la misa
que el cura nos dijo;
mi cabello suelto,
sólo dividido
de un listón de nácar
que me dió mi primo.
¡Ay, cuán mejor fuera
llevarle cogido,
que cabellos sueltos
tocan a ser vistos!
Sayuelo de grana
llevaba vestido,
y en pestañas verdes
blancos molinillos;
la basquiña azul
y encarnados vivos;
delantal labrado
con hilo amarillo;
las chinelas nuevas,
y en el pie pulido
botín limonado
tirante a membrillo,
tanto, que las flores
cuando más las piso
se holgaban de verle
por dos mil resquicios;
camisa de pechos,
no labrada de hilo,
mas de seda negra
con mil cupidillos.
Iba yo a las fuentes (1)
quebrando los vidrios
y diciendo amores
a los altos pinos,
que, como tú sabes,
muero por Rodrigo,
barbero sin barbas
de gallardo brío;
ha más de seis años
que su amor conquisto,
pero es ablandar
un peñasco frío.
Mis amores tiernos
con sabrosos picos
iban ayudando
dulces pajarillos,
cuando de unas matas
de verde lentisco
salió un caballero
como ellas vestido,
cazador en traje,
venablo y cuchillo,
aunque en saltearme
sátiro lascivo.
—Bien vengáis, serrana,
alegre me dijo;
enseñadme os ruego,
porque voy perdido.
Para mi lugar
le mostré el camino
con palabras nobles;
pero, ¿qué te digo?,
que contarte todas
las que nos dijimos
era comenzar
proceso infinito.
Saben unas flores,
saben unos lirios
y unos orientales

(1) En el impreso, "Iba por fuentes", verso corto y sin sentido.

azules jacintos
que al pasar huyendo
un arroyo limpio
no hay miedo, madre (1),
no haya miedo, digo,
que por él tornase,
aunque su bullicio
me tirase perlas
de cristal rompido.
Caí sin querer
entre aquellos mirtos;
flores son de Venus,
aman sus delitos.
En su fuerza estaba
el pastor de Anfriso
cuando en busca suya
mucha gente vino.
Llámanle Excelencia,
yo entonces resisto
algo de mi llanto
y de ver me admiro
que el virrey don Sancho,
con tan mal estilo
se pusiese a fuerzas
con mi honor perdido.
Ladrón de Guevara
harto bien le vino,
pues fueron sus obras
como su apellido.
Fuése por el monte
con voces y silbos
y quedé yo dando
lastimosos gritos.
Mas vuelta a la aldea
con dos mil suspiros
le pido a mi padre
que me dé marido.
El, por darme gusto,
como alcalde y rico,
al barbero habla,
que era gusto mío;
y estando heredado,
mi dicha lo quiso,
sin otra ocasión
se fué fugitivo,
de suerte que estoy
en mil desvaríos,
sin saber que muero,
sin saber que vivo.

(1) En los textos, mi "madre", que hace largo el verso.

Ves aquí la historia
que a mis enemigos
ha dado venganza
para muchos siglos.

FLORA. Con razón tienes pesar
de tan extraño suceso.

CONSTANZ. Temo, Flora, te confieso,
que me tengo de matar.

FLORA. ¿Quieres que yo te aconseje
lo que has de hacer?

COSTANZ. Sí querría.

FLORA. Rodrigo se fué aquel día;
haz que tu padre se queje
de Rodrigo en la ciudad
diciendo que te forzó.

CONSTANZ. ¿Y levantaréle yo
a Rodrigo tal maldad?

FLORA. ¿Qué importa, si de tu parte
al Virrey has de tener?
Que en casarte ha de querer
lo que te deba pagarte.
Con esto le hará buscar
y que por lo menos vuelva.

CONSTANZ. Aún no sé si me resuelva.

FLORA. ¿Quién te puede remediar
como quien te hizo el daño?

CONSTANZ. ¿Y cómo, Flora, diré
a mi padre que éste fué
quien me forzó, si es engaño?

FLORA. Constanza, a los atrevidos
la fortuna favorece.

CONSTANZ. Buen remedio me parece;
pero pierdo los sentidos
en pensar que he de sufrir
de mi padre los enojos.

FLORA. No te pongas en sus ojos
si temes que ha de gruñir;
si no, déjame con él.

CONSTANZ. El viene a linda ocasión;
yo fío en tu discreción
más que en mi dicha ni en él.

(*Vase y sale* BELARDO.)

BELARDO. Agradezcan que no hago
a su costa diligencia.

FLORA. ¿Con quién, tío, es la pendencia?

BELARDO. Que yo no me satisfago
de disculpas ni invenciones.

FLORA. ¿No veis que hablándoos estoy?

BELARDO. Calla, sobrina, que voy
a prender unos ladrones.

FLORA. ¿Ladrones?

BELARDO. Sí, los parientes
de Sancho el barbero.
FLORA. ¿El muerto?
BELARDO. El mismo.
FLORA. ¿Por qué?
BELARDO. Es muy cierto
que envidiosos y impacientes
de que heredase Rodrigo,
le han muerto, pues no parece.
FLORA. De que nadie lo merece
yo soy constante testigo.
BELARDO. ¿Tú? ¿Pues qué sabes de aquesto?
FLORA. Sé que Rodrigo se huyó
porque una moza forzó,
y que es ladrón manifiesto.
BELARDO. ¿Qué dices?
FLORA. Lo que has oído.
BELARDO. ¿Moza, Rodrigo?
FLORA. ¿No es hombre?
BELARDO. ¿No podré saber su nombre?
FLORA. Eres parte.
BELARDO. ¿Parte he sido?
FLORA. Parte, y aun pienso que el todo.
BELARDO. ¿Eres tú?
FLORA. Más se te entiende.
BELARDO. ¿Más que en ti el honor me ofende
ese traidor? ¿De qué modo?
FLORA. Los peores sordos son
los que no quieren oír.
BELARDO. Mucho me das a sentir.
FLORA. Que lo sientas es razón.
BELARDO. ¿Es Constanza?
FLORA. Aquí te hiciera
llorar si oyeras su historia.
BELARDO. ¡Oh, que tenga santa gloria
su madre, si esto supiera!
FLORA. ¡Hiciera muchas locuras!
BELARDO. Antes le diera alegría
de ver que la parecía
en iguales travesuras.
FLORA. ¡Callad en mal hora, tío!
BELARDO. Huélgome, por mil razones,
de que sus opilaciones
no procediesen de frío.
Dormir descansado quiero,
que es necedad pretender
que se guarde una mujer
de las manos de un barbero.
Y ella también estará
descansada del dolor.
FLORA. ¡Vos tenéis gentil humor!
BELARDO. ¿Pues cómo puedo hacer ya
que aquesto deje de ser?
FLORA. ¡Fácilmente os consoláis!
¿No es mejor que le prendáis?
BELARDO. ¿Cómo le puedo prender?
FLORA. Con las manos y la vara.
BELARDO. Pues ¿adónde está?
FLORA. En Pamplona,
en cas de cierta persona
que le conoce y le ampara.
BELARDO. ¿Pues podréle yo sacar?
FLORA. Pedir favor al Virrey,
que aunque le pese, no hay ley
que le defienda el casar.
BELARDO. El Virrey tiene tal fama
que esas cosas no castiga.
FLORA. Llore Constanza y prosiga
el pleito.
BELARDO. A Constanza llama
y vamos tres enemigos,
que testigos ha de haber.
FLORA. En secretos de mujer
nunca se apuran testigos.
BELARDO. Tienes razón, te confieso,
pongamos el pleito agora,
porque esos secretos, Flora,
pasan entre carne y hueso.

(*Vanse, y sale* DON SANCHO *con* TELLO.)

SANCHO. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?
TELLO. Por lo menos esta vez
digo que he visto el jüez,
y que viene contra ti.
SANCHO. ¿Contra mi? ¿Por qué razón?
TELLO. Hanse quejado a los Reyes
de tus agravios y leyes
en las Cortes de Aragón.
SANCHO. ¿Es alguno del Consejo?
TELLO. Antes, señor, no es letrado.
SANCHO. ¿Pues quién?
TELLO. Parece soldado.
SANCHO. ¿Soldado? ¿Y es mozo o viejo?
TELLO. Muy mozo y de muy buen talle,
por capitán general;
querrán que a negocio igual
hombre de guerra se halle.
SANCHO. ¿Y supiste el nombre?
TELLO. Sí;
el capitán don Fernando.
SANCHO. ¿Capitán? Pues ¿cómo o cuándo
un capitán contra mí?
TELLO. Tu hábito de Santiago
trae también en el pecho.

SANCHO. Luego por eso le han hecho
mi jüez.
TELLO. Tan grande estrago
has hecho en vidas ajenas,
que al Rey has dado ocasión
para hacer información.
SANCHO. ¡A buen tiempo me condenas!
Los que ayudáis en el mal
siempre sois desta manera,
que luego os salís afuera
en viendo peligro igual.
¿Agora te justificas?

(*Sale un* CABALLERO.)

CABALLER. ¿Qué haces, señor, de este modo,
que el palacio cercan todo
mil alabardas y picas?
SANCHO. ¿Cómo?
CABALLER. Un caballero ha dado
una rëal provisión
a la ciudad, y en razón
de ella esta gente le han dado.
SANCHO. Pues qué, ¿quiéreme prender?
CABALLER. Yo no sé lo que pretende.
SANCHO. ¿Que ninguno me defiende?
¡Malquisto debo de ser!

(*Sale la guarda que pueda con alabardas y detrás algunos soldados; de capitán,* DOÑA JUANA, *muy gallarda, y con hábito de Santiago.*)

D.ª JUANA. No se alborote ninguno.
SANCHO. Si hasta aquí pudiste entrar,
¿quién se puede alborotar?
Yo no tengo amigo alguno,
que si yo amigos tuviera
primero que aquí llegaras,
murieran treinta Guevaras,
si alguno con sangre hubiera.
D.ª JUANA. Los Guevaras son ladrones
y tienen al Rey gran miedo;
lo que asegurarte puedo
es de que tú se le pones.
Pues quien jamás le ha tenido
a los moros de Aragón,
si fuera igual la ocasión
a nadie hubiera temido.
Y yo no vengo a prender,
que sólo vengo a informar.
SANCHO. Paréceme que oigo hablar
mi aborrecida mujer.—
¿Para hacer informaciones
se entra aquí con atrevida
fuerza?
D.ª JUANA. Por guardar mi vida
adonde hay tantos ladrones.
SANCHO. Veamos la provisión.
D.ª JUANA. A la ciudad la enseñé,
que a Vuseñoría ¿por qué,
le he de hacer información?
SANCHO. Yo soy el segundo al Rey
y a mí se me ha de mostrar.
D.ª JUANA. Y el Rey os puede mandar,
que os hizo, señor, Virrey.
SANCHO. ¿Qué me manda el Rey a mí?
D.ª JUANA. Que calléis y obedezcáis.
SANCHO. Eso es lo que no mostráis.
D.ª JUANA. Importa ocultarlo así.
SANCHO. Yo sin ver la provisión
preténdome defender.
D.ª JUANA. Si yo no os quiero ofender
vanas las defensas son.
SANCHO. ¿Hay cosa más parecida
a la mujer que perdí?—
D.ª JUANA. Ya se le acuerda que fuí
la mujer aborrecida.—
SANCHO. ¿Que aun éste, por parecido
a doña Juana, escogiese
el Rey para que yo fuese
de su imagen ofendido?
¿Hay cosa con más razón
aborrecida de mí
que aun le pareciese aquí
quien hace la información?
No sólo a mí doña Juana
me hace mal, mas todo aquello
que la parece, pues de ello
recibo pena inhumana.
Intentar tengo su muerte.
D.ª JUANA. Don Sancho, el reino cansado
de ver que hayáis gobernado
de esta suerte...
SANCHO. ¿De qué suerte?
D.ª JUANA. La información lo dirá.—
¡Plega a Dios que buena sea,
que nadie más lo desea!
SANCHO. Bien; ¿de qué cansado está?
D.ª JUANA. No lo sé, yo lo sabré;
pero de que al Rey informan
y que todos se conforman
en que otro Virrey les dé;
él me ha mandado informalle
saliendo de Barcelona,
no ofender vuestra persona
sino escribir lo que halle.

Tanto le han dicho de vos,
que a la ciudad le ha mandado
que me guarde con cuidado.

SANCHO. No le engañaron, por Dios;
que por lo que representa
me espanto que no le quito
la vida.

D.ª JUANA. Lo que os permito,
aunque corra por mi cuenta,
es que andéis con libertad;
que yo creo que os levantan
lo que dicen.

SANCHO. No me espantan
envidias de la ciudad.
Yo sé la envidia quién es,
y que en viendo un hombre en alto
para ver si alcanza el salto
morderle intenta los pies.

D.ª JUANA. Así os habrá sucedido.
Un bando he mandado echar
por que se venga a quejar
de vos cualquiera ofendido.
Yo no lo estoy; bien podéis
fiarme, que sin pasión
haré vuestra información.

SANCHO. Como caballero haréis,
y sabrélo agradecer.

D.ª JUANA. Perded, don Sancho, la pena.

SANCHO. No puede hacer cosa buena
quien parece a mi mujer.

(*Vanse todos, y salen los* REYES.)

REY.

Otra vez me suplican los navarros
que, pues estoy tan cerca, los visite.

ISABEL.

Pienso que lo merecen tantos ruegos,
y la necesidad del reino es grande.

REY.

Pensaba detenerme en Zaragoza;
mas por darles consuelo será justo
que los dos a Navarra nos partamos
a poner más cuidado en las fronteras,
que con las falsas nuevas de mi muerte
tienen necesidad de verme vivo.

ISABEL.

Las cosas de don Sancho bastan solas.

REY.

Bien lo sabrá apremiar nuestro Rodrigo.

ISABEL.

¿Sabéis como le hice a la partida
de un hábito merced?

REY.

Bien le merece;
y os juro que he de hacérsele encomienda,
pues es tan bien nacido como dicen.

ISABEL.

¿Qué habéis sabido de Granada?

REY.

Quedan
perdonados los moros rebelados,
y a don Iñigo López de Mendoza
sus hijos y mujer restituídos.

ISABEL.

Gracias a Dios por tan altos bienes
como dél recibimos cada día!

REY.

La partida aprestemos a Pamplona;
mucho la ha de alegrar vuestra persona.

(*Vanse, y salen* ARNALDO *y* DOÑA JUANA.)

ARNALDO. ¿Nada quieres escribir?
¡Bien harás la información!

D.ª JUANA. Arnaldo, en esta ocasión
me conviene sólo oír.

ARNALDO. Si lo que oyes no escribes,
¿qué mostrarás a los Reyes?
O estatuyes nuevas leyes
o a su perdón te apercibes.
Cuanto don Sancho merece
ser del reino aborrecido,
tanto de ti más querido
en esta ocasión parece.
O veniste por jüez,
o veniste por amigo.

D.ª JUANA. No hallo sin pasión testigo.

ARNALDO. Oye despacio una vez.

D.ª JUANA. Ya me siento, llamen gente.

ARNALDO. A Tello te tengo aquí.

D.ª JUANA. ¿Es el preso?

ARNALDO. Señor, sí.

D.ª JUANA. Ese en cuanto dice miente.

(*Entra* DON SANCHO *secreto.*)

SANCHO. Desde aquí pienso escondido
ver hacer mi información.

ARNALDO. Este es Tello.

(Entra TELLO; DON SANCHO *se pone detrás de un paño.)*

TELLO. ¿Qué ocasión
a prenderme te ha movido?
D.ª JUANA. Haberme dicho de ti
que sabes muy bien la vida
de don Sancho.
TELLO. Es tan perdida,
que por su causa lo fuí.
Cuanto a los Reyes dijeron
es verdad, y aun mucho más.
SANCHO. ¡Buen criado!
D.ª JUANA. Y mentirás
lo que a los Reyes mintieron.
SANCHO. ¡Buen jüez!
TELLO. ¿Cómo mentir?
El romano más culpado
eternamente ha llegado
a su lascivo vivir.
¡Oh, qué bien te lo dijeran
mil doncellas y casadas,
forzadas y deshonradas,
si por su honor se atrevieran!
¡Ay si hablara este retrete!
Y mil casas que ha rompido.
D.ª JUANA. ¿Y eso hubiera sucedido
a no ser tú el alcahuete?
SANCHO. ¡Oh caballero famoso!
Soldado, en fin.
TELLO. Si me tratas
de esta suerte y con ingratas
palabras me haces medroso,
no averiguarás verdad.
D.ª JUANA. Yo vengo bien informado
de que eres quien ha infamado
al Virrey y a la ciudad.
TELLO. Tú no pareces jüez.
D.ª JUANA. Testigos vengo a buscar,
pero no me han de engañar
con mentiras esta vez.
Como ya le ves caído,
juras lo que dél no sabes.
¡Mirad qué cargos tan graves,
que un hombre mozo lo ha sido!
¿Ha hecho traición al Rey?
¿Vendió en Navarra la entrada?
TELLO. No, señor.
D.ª JUANA. Pues todo es nada;
ya sé que es hombre el Virrey.
Arnaldo, no te alborotes.
Sin que tu boca se abra
a replicarme palabra,
den a este hombre cien azotes.
ARNALDO. No te quiero replicar,
que te comienzo a temer.
SANCHO. ¿Hay más amistad que hacer?
¿Hay más piadoso juzgar?
¡Por Dios que estoy por salir!
¡Oh, quién se echara a sus pies!
TELLO. ¡Señor!
D.ª JUANA. No quiero que des
la disculpa del servir.
Castigue el Rey al Virrey
si no fué cauto ni casto;
para alcahuetes, yo basto.
TELLO. ¡Quejaréme a Dios y al Rey!
D.ª JUANA. Azotado irás mejor.
ARNALDO. Aquí viene otro testigo.

(Llevan a TELLO, *y sale* RICARDO.)

RICARDO. Bien tengo que hablar contigo.
D.ª JUANA. ¿Eres hombre de valor?
RICARDO. Hidalgo soy.
D.ª JUANA. Pues ¿qué sabes?
RICARDO. Mil veces acompañé
a don Sancho.
D.ª JUANA. ¿Y dónde fué?
RICARDO. A inquietar mujeres graves.
D.ª JUANA. ¿Qué hacía?
RICARDO. Músicas daba.
D.ª JUANA. ¿Cantabas tú?
RICARDO. Sí, señor;
y aun las terceras cantaba
cuando hacerlo le importaba.
D.ª JUANA. ¿Qué voz cantaba?
RICARDO. Tenor.
D.ª JUANA. No te mueva aquí interés.
¿Tomó don Sancho la hacienda
de alguna? (1)
SANCHO. ¡Que éste me venda!
RICARDO. Antes se la dió después.
D.ª JUANA. Pues paréceme más mal,
por bien que dorarlo quieras,
de que cantabas terceras

(1) Este pasaje está así en los impresos. En el manuscrito dice:
RICARDO. Músicas daba.
D.ª JUANA. ¿Qué voz cantaba?
RICARDO. Tenor.
D.ª JUANA. ¿Cantabas tú?
RICARDO. Sí, señor;
y aun las terceras cantaba,
cuando se cantaba a tres.
D.ª JUANA. Tomó don Sancho la hacienda
de alguna?, *etc.*

que no la voz natural.
Si a nadie hacienda tomó,
antes la suya les daba,
¿al Rey en qué le agraviaba?
¿Al Rey en qué le ofendió?

SANCHO. ¿Hay respuesta tan honrada?

RICARDO. ¿Pues tú respondes así
a quien sirve al Rey y a ti?

D.ª JUANA. Tercera voz no me agrada.
Y porque llore en terceras,
lleve el verdugo el compás
con cien azotes no más
y tres años de galeras.

RICARDO. ¡Señor!

D.ª JUANA. No hay que replicar.
Contra el pan que habéis comido
juráis falso.

RICARDO. Que oigáis pido.

(*Llévanle.*)

SANCHO. ¿Hay tal piadoso juzgar?

ARNALDO. Aquí viene un valentón,
gran matante de don Sancho.

D.ª JUANA. Jurara a lo largo y ancho
que éstos para todos son.

(*Entra* MAURICIO.)

MAURICIO. Sabiendo que me llamabas
para que verdad te jure
y servir al Rey procure,
dos cosas que tanto alabas,
mi memoria recorrí
y traigo bien que contarte.

D.ª JUANA. ¿Serviste al Virrey?

MAURICIO. En parte
al señor Virrey serví.

D.ª JUANA. ¿Qué oficio?

MAURICIO. Salir de noche
echo un reloj a su lado.

D.ª JUANA. ¿Dónde?

MAURICIO. A hablar con un terrado
sobre balanza de un coche.

D.ª JUANA. ¿Eran damas?

MAURICIO. Recogidas
y de sus padres guardadas.

D.ª JUANA. Si estuvieran acostadas
y en su aposento dormidas
don Sancho no las hablara.

MAURICIO. No, señor.

D.ª JUANA. Si ellas querían
y a los terrados salían,
no es su culpa.

MAURICIO. Cosa es clara.

D.ª JUANA. ¿Mató don Sancho algún hombre?

MAURICIO. No, señor.

D.ª JUANA. Pues bien: ¿qué exceso
puede haber si no hay suceso
que por delito se nombre?
Tú a lo menos si saliera
padre o hermano mataras.

MAURICIO. ¿En eso sólo reparas?
Y todo un mundo que fuera.

D.ª JUANA. Arnaldo.

ARNALDO. Señor.

D.ª JUANA. Aquí
son menester cien azotes.

MAURICIO. ¿Son motes?

D.ª JUANA. Que quitan motes.

MAURICIO. ¿Pues cien azotes a mí?

D.ª JUANA. Llevadle.

ARNALDO. Tus pensamientos
me encantan.

D.ª JUANA. Es homicida.

ARNALDO. ¡No vi jüez en mi vida
que tan bien juegue a los cientos!

(*Descúbrese* DON SANCHO.)

SANCHO. ¡Ya no lo puedo sufrir!
Dadme, capitán, los brazos.

D.ª JUANA. ¿Quién es?

SANCHO. Tan justos abrazos
me han obligado a salir.
Escuché lo que habéis hecho,
y viendo tanta afición
no me cupo el corazón,
que a dárosle rompe el pecho.
Tanto amor os he cobrado,
que una mujer que os parecé
y que mi alma aborrece
hoy la hubiera perdonado.
¿De dónde sois? ¿En qué parte
me vistes y yo os serví?

D.ª JUANA. Aquí en Navarra nací.
Desde aquí, siguiendo el arte
de la milicia, en Granada
merecí cargos del Rey.

(*Entra un* CABALLERO.)

CABALLER. Apercibe, gran Virrey,
todo el reino por posada,
que los Reyes de Castilla
solos a tu puerta están.

SANCHO. ¿Qué dices?

CABALLER. Que tardarán

en subir lo que en abrilla.
Tan aprisa han caminado,
que dejando atrás la gente
solos y secretamente
a la ciudad han llegado.

SANCHO. No los podré recibir.

CABALLER. ¿Cómo, si en tu casa están?

SANCHO. Con más ocasión vendrán
que te deben de decir.
¿Reyes, y solos aquí
y con mala información?
¡Desdichas, Guevara, son;
ellos vendrán contra mí!

(*Salen los* REYES, *y acompañamiento; llega* DOÑA JUANA, *arrogante, a sus pies.*)

D.ª JUANA. Denme Vuestras Majestades
los pies.

REY. A ventura tengo
haberte visto, Rodrigo,
en esta casa el primero.

ISABEL. Bien ha sido menester,
con la información que tengo (1)
que te pusieses delante,
aunque jüez del que es el reo.

SANCHO. Yo como reo, señora,
mirando estoy desde lejos
vuestros rostros con vergüenza,
pero contento de veros;
que si no puede morir
el que viere alguno de ellos,
habiendo visto a los dos
no tengo a la muerte miedo.

ISABEL. ¿Qué hacías, Rodrigo?

D.ª JUANA. Estaba
testigos, señora, oyendo
contra don Sancho.

ISABEL. ¿Y qué dicen?

D.ª JUANA. Mil mentiras, te prometo:
unos, que salió de noche
y que decía requiebros,
y otros, que músicas daba
con instrumentos diversos.

REY. Diferente información
de Zaragoza traemos.

D.ª JUANA. Por los caminos la fama
recibe notable aumento.

(*Salen* BELARDO *y* CONSTANZA.)

BELARDO. Ahora es tiempo de entrar,
que los Reyes, y tan buenos,
no niegan jamás el rostro.

REY. ¡Hola! Mirad qué es aquello.

BELARDO. Señor, oíd, pues sois Rey,
a un pobre vasallo vuestro.

REY. Hablad, buen hombre; yo escucho.

CONSTANZ. Vos, Reina, que guarde el cielo,
una mujer pobre oíd.

ISABEL. ¿Qué quieres?

CONSTANZ. Este mancebo...

BELARDO. Este mancebo, señor...

ISABEL. Hable el uno.

REY. Hablad, buen viejo.

BELARDO. Este que habéis enviado
con el hábito en los pechos
y el cargo de averiguar
las quejas de todo un reino,
sabed que os tiene engañados,
que nunca ha tirado sueldo
en vuesas guerras, señores,
porque es un pobre barbero
que en nuesa aldea curaba,
el cual, con poco respeto
de la justicia y de vos,
la que veis, que sola tengo,
me ha deshonrado, engañada
con fingido casamiento.

ARNALDO. Pues es ya tiempo de hablar,
triste, ¿de qué estoy suspenso?
Sepan Vuestras Majestades
que ser hombre humilde es cierto,
pues sobornado de Sancho
por algún notable precio
por falsos castiga a todos
los testigos que traemos;
pero cuando Sancho sea
el que dice y algo menos,
¿cómo no le pide cuenta
de que a su mujer ha muerto?
Dé cuenta de doña Juana,
dé un testigo, muestre el cuerpo;
no hablo sin ocasión,
que soy su cercano deudo.
Rodrigo, ¿con quién probaste,
si eras villano grosero,
ser noble para esa cruz?
Y ya que supiste hacerlo,
¿cómo por sobornos viles
esta información has hecho?
¿No te parece delito
que a su mujer haya muerto?

D.ª JUANA. Señor, para que conozcas

(1) En el impreso "vengo". Enmendado por el manuscrito.

que envidiosos caballeros
pusieron lengua en don Sancho
y que yo en nada te miento,
como estos villanos dicen,
que con fe de casamiento
les he quitado la honra
y es mentira en dicho y hecho,
así lo que de don Sancho
dicen los que ayer le vieron
ser su igual y hoy le ven Rey...

REY. ¿Pues con qué lo pruebas?

D.ª JUANA. Quiero
que tú mismo lo confieses
y cuantos me estáis oyendo.

REY. ¿Cómo?

D.ª JUANA. Porque soy mujer,
que en el hábito que tengo
por temor de mi marido
viví en su aldea aquel tiempo.

ISABEL. ¡Extraño caso! Rodrigo,
¿tú eres mujer?

D.ª JUANA. Esto es cierto.

ISABEL. ¿Y dónde está tu marido?

D.ª JUANA. Por este delito feo
no se atreve a descubrir;
pero si por él merezco
el perdón, diré quién es.

ISABEL. Mil perdones le concedo.

D.ª JUANA. Llega, don Sancho.

SANCHO. ¿Qué dices?

D.ª JUANA. Que soy doña Juana.

SANCHO. ¡Cielos,
tanto favor!

REY. ¡Caso extraño!

BELARDO. Hija, Constanza, ¿qué es esto?

CONSTANZ. De vergüenza estoy corrida.

REY. ¡Doña Juana!

ISABEL. Ya no es tiempo
de preguntar, mas de dar
a tantas hazañas premio (1).

REY. Confirmo el cargo al Virrey
y la encomienda le ofrezco
que a su mujer prometí.

SANCHO. Y yo ser esclavo vuestro.

ISABEL. Abrazad mujer tan rara.

SANCHO. Adorarla te prometo;
prometiéndole al senado,
para después de algún tiempo,
darle la segunda parte
de tan extraño suceso.

---

(1) Este verso está en el impreso, por errata, escrito así:
"D.ª JUANA. Quiero a tantas hazañas premio."

COMEDIA FAMOSA

DE

LOS HIDALGOS DEL ALDEA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

BATO.
LISENO.
MILLÁN, *lacayo.*
ROBERTO, *caballero.*
Los MÚSICOS.
FABIO.
DON CLAROS.
FABRICIO, SILVIO, LAURENCIA, *villanos.*
CELEDÓN, *alcalde hidalgo.*
FINEA, *su hija.*
DON BLAS, *hidalgote.*
El CONDE ALBANO.
La CONDESA TEODORA.
JOFRE, *alcalde villano.*
FENISO, *criado.*

ACTO PRIMERO

(*Salen* SILVIO, BATO *y* LISENO, *villanos.*)

SILVIO. Aguija, Bato, al lugar,
que diz que viene el señor.
BATO. Tal se lo muestra el rumor,
y aun que debe de llegar.
LISENO. Las acémilas cargadas
con bordados reposteros
de tantos leones fieros
y banderas conquistadas
no vinieran al lugar
a no venir el señor.
BATO. No tiene el mundo mejor
oficio que el descansar.
¿Qué lugar puede tener
un príncipe cortesano,
pues siendo, en fin, hombre humano
el tiempo le ha de vencer,
para gozar de la vida,
si puesto en altos lugares
apenas sin mil pesares
tiene el sueño y la comida?
Y cuando de trabajar
cansado en un grave oficio,
de su enojoso servicio
quiere tal vez descansar,
halla que se le han pasado
los verdes años en él,
y que la muerte cruel
le amenaza el arco armado.
SILVIO. No se dirá por el Conde,
nueso señor, a la fe,
pues es tan mozo.
LISENO. No sé
si esto algún secreto esconde;
porque venirse a su tierra
y no le ocupar el Rey,
siendo entre los nobles ley,
en cargos de paz o en guerra,
bien diera que sospechar
a quien de la Corte fuera.
Si es algún disgusto.
SILVIO. Espera,
que vuelve gente a pasar.
BATO. ¡Oh, que vienen de asadores
y instromentos de cocina!
SILVIO. Verá con lo que camina
la runfla de los señores.
¿Es posible que se ocupan
todos estos cada día?
LISENO. Estos, Silvio, a la fe mía,
son los que la hacienda chupan.
SILVIO. ¿Estos? Luego el hierro come
las aves que en él se espetan?
LISENO. Cuando no las inquïetan,
ni hay quien las descuelgue y tome.
Estos asadores son,
Silvio, como las espadas,
que no matan envainadas,
sino andando en la quistión.
¿Qué piensas tú que es decir

fulano come de renta
tanto, sin hacerse cuenta
ni del dar ni del vestir?
Porque el comer es de modo,
en año caro o barato,
que en hacer plato o sin plato
al fin se lo come todo.

BATO. Tienes razón, así es;
que nunca dicen allá
viste de renta, ni da,
sino esto come el Marqués.
La causa debe de ser
que esto del vestir y el dar
puede el señor excusar
y es imposible el comer.

(*Sale* MILLÁN, *lacayo, con un fieltro de camino.*)

MILLÁN. ¡Válate Dios por aldea,
si acabases de llegar!
Aquí hay gente del lugar;
cosa que la horca sea;
que si de tres palos son,
tres villanos bien la harán.

BATO. Este parece a Millán.

SILVIO. ¿Cuál?

BATO. El sobrino de Antón,
que a ser lacayo se fué
con el hermano del Conde.

SILVIO. ¡Bravo mozo!

LISENO. Corresponde
a su abolengo, a la fe.
Verá si viene medrado.
Todo es burla con salir
de la patria.

BATO. Eso es vivir
y ser un hombre estimado.

MILLÁN. Dios guarde la buena gente.
¿Cuánto ponen al lugar?

SILVIO. Bajo de aqueste encinar
se descubre claramente.
Pero vos, como no hacéis
caso de amigos pasados...

MILLÁN. ¡Oh, que seáis bien hallados!
¿Cómo va?

SILVIO. Como tenéis,
Millán, calzas bigarradas,
a la fe tenéis en poco
los amigos.

MILLÁN. Fuera un loco
si de amistades pasadas
me olvidara, y más agora
que venimos al lugar,
donde quiere descansar
el Conde con mi señora,
puesto que yo he sospechado
que es achaque y ocasión
para hacer reformación
de su casa y de su estado.
Gastan allá liberales
en grandezas de la Corte,
sin advertir cuánto importe
la renta y el gasto iguales.
No hay quien escuche ni crea;
y en viendo el daño notorio
descienden al purgatorio
de una miserable aldea,
donde con pocos criados,
pobre mesa y menos gusto,
vienen las penas al justo
con los contentos pasados.

BATO. Engañaste.

MILLÁN. ¿De qué modo?

BATO. Porque el contento es aquí.

MILLÁN. La quietud digo que sí.

BATO. Y el gusto y descanso en todo.
En la Corte divertido
falta a veces sucesión
a un señor, que la ocasión
quita al más cuerdo el sentido.
Esta tiene en el aldea,
donde, como labrador,
coge el fruto de su amor
y todo el caudal emplea.
Aquí goza de la vida
y del tiempo.

MILLÁN. ¿Eso es gozar?

BATO. Yo te lo quiero probar,
porque es cosa conocida.
¿La vida no se desea
larga?

MILLÁN. Es más claro que el Norte.

BATO. Pues siempre es breve en la Corte
y siempre larga en la aldea.
Allá se pasan los días
en un instante, y aquí
duran un siglo.

MILLÁN. Es ansí;
pero si en eso porfías,
también para ser más largos
era mejor ocasión
el pasarlos en prisión.

BATO. Honras, oficios y cargos
son las postas de la vida.

MILLÁN. Sí; mas también es morir

tan ordenado vivir,
que con la muerte se mida.

SILVIO. Ya estás en nuestro lugar;
esas viñas suyas son.

MILLÁN. Sus hijos fuera razón
en sus bodegas probar.
Quedad con Dios, que el ruido
muestra que el Conde se acerca.

LISENO. Y ya sale de la cerca
todo el lugar prevenido.
Vamos a besar su mano.

SILVIO. ¡Qué bien parece un señor
en su estado!

LISENO. No hay error,
Silvio, en el engaño humano.
Más culpado y conocido,
más necio y más importuno,
¿cómo servir a ninguno
el que puede ser servido?
Porque en cualquiera ocasión
es mejor, hermano Bato,
el ser cabeza de gato
que no cola de león.

(Salen el CONDE ALBANO, *la* CONDESA TEODORA, *de las manos, de camino; acompañamiento de* CRIADOS.)

ALBANO. Dejadlos todos entrar;
hidalgos o labradores,
gocen hoy de sus señores.

ROBERTO. Está aquí todo el lugar.

TEODORA. Ya os mandan que los dejéis
y que el Conde gusta desto.

ALBANO. No vengo yo tan compuesto
como en la Corte me veis.
El que quisiere me vea,
por gusto o porque le importe;
porque allá como en la Corte,
y acá como en el aldea.

TEODORA. Debe de venir aquí
Roberto de mala gana.

ALBANO. La grandeza cortesana
hoy hizo fin para mí.

TEODORA. Yo pienso que me engañáis,
y que por algún enfado,
Conde, os habéis retirado.

ALBANO. Mal mi voluntad pagáis,
que yo os amo como debo,
y el retirarme es a ser
más vuestro.

TEODORA. Quiéroos creer
y estimar favor tan nuevo.

(Sale un Alcalde de hidalgos y otro de labradores, y dos aldeanas, LAURENCIA *y* FINEA, *y los labradores dichos.)*

CELEDÓN. Yo soy alcalde hijodalgo
y tengo de hablar primero,
porque al fin soy caballero,
que por cien pecheros valgo.

JOFRE. Hablad como habéis de hablar
y dejadme hablar a mí,
que hombre como vos nací,
y esto os lo puedo probar.

CELEDÓN. ¿Qué decís? ¿Estáis en vos?

JOFRE. A no estar el Conde aquí...

CELEDÓN. ¿Hombre como yo?

JOFRE. ¡Resí!

LAURENC. Riñendo vienen los dos.

JOFRE. Y esto de las hidalguías
bien sabéis que es invención,
porque los linajes son
las mudanzas de los días;
que ellos bajan o adelantan
donde quieren las personas:
tal vez humillan coronas,
tal vez arados levantan.
Lo que cierto se averigua
es que todos descendemos
de Adán; mirad si tenemos
sangre igual y sangre antigua.
Probadme vos que nacistes
antes que Adán, y seréis
hidalgo.

CELEDÓN. Hablad si queréis,
ya que conmigo venistes,
que esa honra os quiero dar,
porque la da quien la tiene.

JOFRE. Aquí vuestro alcalde viene
por lo mejor del lugar,
que son vuestros labradores,
para besaros los pies.
Estotro de hidalgos es,
entre locos y señores,
gente de corto comer
y de mucha autoridad.

CELEDÓN. Villano, por vos hablad,
que yo sé lo que he de hacer.

JOFRE. Habláis como hidalgo, en fin,
que no puede ser peor;
y a no estar aquí el señor...

CELEDÓN. Sois...

JOFRE. ¿Qué soy?

CELEDÓN. ¡Sois un rocín!
Perdone Su Señoría

esta mal nacida gente,
que fué siempre impertinente.
TEODORA. ¿Qué es, amigos, la porfía?
CELEDÓN. Sobre cuál os ha de hablar,
como si vuestra nobleza
a su villana rudeza
se pudiese comparar.
Da por causa que nacimos
todos de Adán.
ALBANO. Es verdad.
CELEDÓN. ¿Luego a vuestra calidad
de esa suerte iguales fuimos,
y en el mundo nadie hubiera
que a los demás gobernara?
JOFRE. En los príncipes es clara
la nobleza verdadera.
Yo sólo de hidalgos trato.
CELEDÓN. De ésos se hizo el señor.
JOFRE. Desde Adán, mi antecesor,
ha sido ese nombre ingrato
a la libertad que el cielo
puso en nuestros corazones;
en demás que hay opiniones,
y lo contaba mi abuelo.
Que de dos gentes que, en fin,
como vos proceden dél,
viene el labrador de Abel
y el hidalgo de Caín.
TEODORA. ¡Donosa cosa!
ALBANO. ¡Extremada!
Alcaldes, esta quistión
para mejor ocasión
quiero que dejéis guardada;
que en el campo cierto día
es bien que la averigüéis,
que a la Condesa daréis
contento; y por vida mía
que os prevengáis de razones,
que en esto pienso pasar
soledades de un lugar
y cuidados de ocasiones.
Besalde juntos las manos,
y esto baste por agora.
CELEDÓN. Dadnos las manos, señora,
a los nobles y villanos.
JOFRE. Al hidalgo no las deis,
que puede ser que os las coma
de hambre pura, si las toma.
CELEDÓN. Guardaos y no las fiéis
deste villano, no entienda
que blancas cebollas son.
TEODORA. ¡Oh qué donosa quistión!
ALBANO. ¡No he visto mejor contienda!
TEODORA. ¿Cómo os llamáis?
CELEDÓN. Yo, señora,
Celedón.
JOFRE. El don atrás,
que por las ancas no más
tiene la nobleza agora.
TEODORA. Y vos, ¿cómo os llamáis?
JOFRE. ¿Yo?
TEODORA. Vos.
JOFRE. Jofre, a vuestro mandado.
CELEDÓN. Como villano ha tomado
nombre que comienza en jo.
TEODORA. ¿Quién son estas aldeanas?
JOFRE. La que está en hatos de dueña
que es deste hidalgo os enseña.
TEODORA. Dieran muchas cortesanas
por vuestra cara un tesoro.
FINEA. Beso, señora, esos pies.
ALBANO. Roberto.
ROBERTO ¿Señor?
ALBANO. ¿No es
la hidalguilla como un oro?
ROBERTO. Sospecho que te contenta.
ALBANO. Sangre me ha dado, por Dios.
TEODORA. ¿A la cuenta seréis vos
del que de hidalgo se afrenta?
LAURENC. De Jofre soy hija, y creo
que no tengo que envidiar
más nobleza en el lugar,
ni más calidad deseo.
Bien pueden ser enemigos
nuestros padres por sus cosas,
tan necias como enfadosas,
de quien sois los dos testigos.
Pero no nos parecemos
en eso.
TEODORA. ¿De qué manera?
LAURENC. Somos amigas.
TEODORA. Quisiera
ser medio en tales extremos,
y pienso que lo seré.
Venidme a ver.
FINEA. Y a serviros.
ALBANO. Lo que otros dan de suspiros
de oro y de plata daré
por la hidalga, ¡vive Dios!
ROBERTO. Para recién desposado
muy presto antojos te han dado.
ALBANO. Bien nos queremos los dos;
pero de alguna manera
me tengo de entretener.

ROBERTO. ¿Y si se viene a saber?
ALBANO. ¿Saber? En eso me viera.
Mas la Condesa se va;
después hablaremos desto.
CELEDÓN. Acompañalda compuesto,
que tiempo nos queda allá.
JOFRE. Si no se hubiera metido
el Conde en nuestra quistión...
CELEDÓN. Id callando.

(Todos se van, sólo queden allí FINEA, *hidalga, y* LAURENCIA.)

FINEA. A fe que son,
por lo que he visto y oído,
nobles príncipes los dos.
LAURENC. ¡Qué gallarda es la Condesa!
De no ser noble me pesa
en esta ocasión, por Dios.
FINEA. ¿Por qué?
LAURENC. Porque me estuviera
con ella en palacio.
FINEA. Advierte
que es una dorada muerte
y un limbo donde se espera
un casamiento imposible,
que no acaba de llegar;
con tu igual en el lugar
tendrás marido apacible.
Bien sé yo que si pretende
mi padre que sirva yo
que le he de decir que no.
LAURENC. En todo el lugar se entiende
que te casa, y yo lo sé,
aunque tú me lo has negado.
FINEA. ¿Y quién es el desposado?
LAURENC. Don Blas dicen, a la fe;
que ya sabes su hidalguía,
y que es mozo en el aldea
que con el Conde, Finea,
puede apostar gallardía.
FINEA. Antes con algún lacayo
del Conde me casaré.
LAURENC. ¡Melindre hidalgo! ¿Por qué?
FINEA. Porque en verle me desmayo.
¡Ay!, no me mientes, Laurencia,
este hidalgo del lugar,
que aun no me puede bastar
para mi padre paciencia.
No la nobleza condeno,
pero la miseria sí.
LAURENC. La Corte que viene aquí
y el lugar de galas lleno
te habrá del pecho sacado
los intentos de don Blas.
¿Ya pensamientos tendrás
de silla, coche y estrado?
FINEA. Ven conmigo y te diré
quién me agrada desta gente,
aunque hay un inconveniente.
LAURENC. El que ha de haber yo lo sé.
FINEA. ¿Cómo?
LAURENC. Ser tú como eres
pobre, aunque hidalga, Finea,
que ya no hay virtud que sea
para dote en las mujeres.
Y más estos escuderos
de ración de cada día,
que toda su fantasía
tienen puesta en los dineros.
Tú no tienes más, Finea,
que hidalguía y hermosura,
que nacieron sin ventura,
y con ventura en la fea.
FINEA. No quiero desconfiar;
demás, Laurencia, que creo
que si hermosura es deseo,
deseos suelen casar.
Bien sé que yo no la tengo;
mas para aldea ésta sobra,
si amor de las suyas obra.
LAURENC. Lejos de ese intento vengo.
Guárdate, no te enamores.
FINEA. En eso fundo mis dichas.
LAURENC. Siempre paran en desdichas
casamientos por amores.

(Vanse, y salen el CONDE *y* FABRICIO, *mayordomo suyo, y* ROBERTO.)

FABRICIO.

Conviene, pues que ya quieres que trate
de tu reformación, que te resuelvas
a que despida la mitad.

ALBANO.

Bien creo
que importa reformar la casa agora.
Demás que en el aldea no era justo
tener la casa que en la corte tuve.

FABRICIO.

Ociosos andarán tales criados,
y por ventura haciendo pesadumbres
a los pobres hidalgos y pecheros.

ALBANO.

No es esa causa la que más me mueve,
que cuando alguno hiciese lo que dices
hay sogas y hay cuchillos que castigan.
El ver que no me importan ni me sirven,
habiendo de vivir tan retirado,
es lo que considero, mayordomo,
pero dejad a todos los casados
y sólo despedid algunos mozos;
de suerte que ninguno volver pueda
con quejas a la Corte, ni se diga
que con necesidad, que esto deseo.

FABRICIO.

Escribiré dos listas de sus nombres:
la una de criados importantes
y la otra de gente que se excusa,
y tú despedirás los que quisieres.

ALBANO.

Decís muy bien; haced las listas luego,
que yo veré si alguno es de mi gusto
de los que despedís, o si se queda
alguno acaso que enojarme pueda.

ROBERTO.

Con alguna tristeza te he mirado
después, señor, que vives esta aldea.

ALBANO.

Roberto, no te espantes que el cuidado
de tanta soledad tristeza sea.
A la soberbia máquina engañado
de una corte imperial, ¿quién hay que crea
que venga a tan extraño cautiverio
un Elector del alemán Imperio?
Yo, que al lado del César soberano
cual rayo de su sol resplandecía,
y en tales actos la derecha mano
de los seglares príncipes tenía,
vengo a tratar el áspero villano
que la dureza deste monte cría,
y de cetros de reyes y monarcas
al humilde azadón y las abarcas.
Fué gusto de Teodora, que disfraza
sus celos con el bien de mis estados,
dando a entender que el desempeño traza
por los gastos espléndidos pasados.
La pompa ilustre, la cubierta plaza
de bordadas carrozas y criados
se ha resuelto a dos sillas y una mesa,
que aunque la extraño sola no me pesa.
No me pesa, Roberto, que en efeto
conviene a nuestra hacienda el retirarme.

ROBERTO.

Procedes como príncipe discreto.

ALBANO.

Si más sus celos han de perdonarme,
y pues tiene de mí tan mal conceto,
podráse contentar de gobernarme,
pero no de quitar que me entretenga
cuando a mi gusto la ocasión me venga.
La hidalguilla, Roberto, solicita,
que el ver tanta pobreza me asegura,
pues las defensas al honor le quita
y siempre fué madrastra a la hermosura:
ésta los pensamientos facilita
y los atrevimientos apresura.
Mujer pobre y hermosa aconsejada
cerca está de ser rica y desdichada.

ROBERTO.

Yo haré lo que me mandas; pero mira
que el padre no se agravie, que es honrado,
y si se queja moverás a ira
a quien desta ocasión te ha retirado.

ALBANO.

¿Pues hanos de faltar una mentira
cuando el viejo viniese a tanto enfado?
Ni creas tú que alguno en esta aldea
tan atrevido y ignorante sea.
Toda mi soledad está fundada
en este gusto.

ROBERTO.

Con dichoso agüero
hoy ponga el pie, señor, en su posada.

ALBANO.

Llamar al padre, a quien honrar espero,
parece que será cosa acertada.

ROBERTO.

No dices mal; conquístale primero,
que ganar los estorbos a la dama
es la primera treta de quien ama.

ALBANO.

Parte, Roberto, y dile que querría
visitarla esta noche de secreto.

ROBERTO.

Iré con esperanza y osadía,
que son los polos de cualquiera efeto.

(Sale FENISO, *criado.)*

FENISO.

Aquí está aquel hidalgo que solía

darte, por lo galán y lo discreto,
ocasión a reír.

ALBANO.

¿Don Blas, acaso?

FENISO.

El mismo piensas.

ALBANO.

¡Excelente paso!

FENISO.

Viene muy en su seso a visitarte
y a darte, gran señor, la bienvenida.

ALBANO.

¿Habla como solía?

FENISO.

Puedo darte
nuevas que cosa igual no vi en mi vida.
Como tú no camines a enfadarte
verás una figura bien vestida
hablar por lo discreto y caballero,
pero ha de ser honrándole primero.

ALBANO.

Haré por gustar dél culquiera cosa;
mas ve, entre tanto, avisa a la Condesa.

FENISO.

Tú verás la figura más graciosa
que de los hombres fué vista ni impresa:
el traje hidalgo y la presencia honrosa;
la lengua, ni alemana ni francesa;
perdido por discreto y latinante.

ALBANO.

¿Tal viene agora?

FENISO.

Es cosa extravagante.

ALBANO.

Dichoso aquel que en mudas soledades
osa pasar la vida en un aldea,
lejos de aquella envidia que pasea
las plazas de las cortes y ciudades.
Dichoso aquel que atiende a las verdades
del que ningún imperio lisonjea,
ni las mercedes del hablar rodea,
ni tembló de mirar las majestades.
Dichoso aquel a quien despierta al alba,
en vez de la marcial trompeta, el gallo,
y del morir en confusión se salva.
¡Oh vida, curso de veloz caballo,
nave de un puerto que la misma salva,
recibe al rey y al mísero vasallo.

(*Sale* DON BLAS, *con unas calcitas muy cortas, su capa, y gorra, y cadena.*)

BLAS. Deme Vuestra Señoría
sus pies.
ALBANO. ¡Oh señor don Blas!
BLAS. Cierto, cierto que jamás
pensé ver tan dulce día.
¿Vuestra Señoría viene
con salud?
ALBANO. Gracias al cielo,
salud tengo.
BLAS. Es el consuelo
que esta vuestra hechura tiene.
¿Mi señora la Condesa?
ALBANO. Buena viene.
BLAS. ¿Hijos?
ALBANO. No sé;
Sospechas hay.
BLAS. Por mi fe,
que por extremo me pesa.
Aquí que Vusiñoría
con más espacio estará,
más fecundo se hallará
y más fértil cada día.
Esto de la sucesión
quiere más conformidad,
que en la confusa ciudad
nunca falta diversión.
ALBANO. ¿Hase casado?
BLAS. Yo no;
porque de Vusiñoría
aguardaba cada día
la venia.
ALBANO. Daréla yo,
señor don Blas, cuando sea
necesario, como es justo.
BLAS. Casarme sin vuestro gusto
tuviérase a cosa fea.
ALBANO. La Condesa es ésta, y creo
que a su visita ha salido.
BLAS. Mi amor habrá conocido
y mi galante deseo.

(*Sale la* CONDESA.)

Deme Vuestra Señoría
la mano.
TEODORA. ¡Señor don Blas!
BLAS. Yo quiero estimarme en más
de lo que por mí solía,

pues me hacéis tanto favor.
¿Venís buena?

TEODORA. Buena vengo,
y contenta de que tengo
aquí al Conde, mi señor.
¡Hola! Sillas, y traed
a don Blas un taburete.

(Traigan sillas grandes a los dos, y taburete a DON BLAS.)

BLAS. Por visitador jinete
dél me habéis hecho merced.
Si fuera mi calidad
De Vusías conocida,
diéranme silla de brida,
con respaldo y gravedad.
Mal nombre, pobreza, tienes.

(Siéntense.)

Yo sé que si mi hidalguía
hubiera visto Vusía,
me diera brida y borrenes.

TEODORA. ¿Es muy bien nacido?

BLAS. Soy,
por línea recta, bisnieto
de Adán.

TEODORA. ¡Notable sujeto!

ALBANO. Perdido de risa estoy.

TEODORA. Pues dígame: ¿en el diluvio
no se perdió su linaje?

BLAS. ¡Qué argumento para un paje!
No soy yo tan boquirrubio,
que bien sé que se salvó
la descendencia del mundo
en Noé.

ALBANO. Fué Adán segundo;
dél el mundo comenzó.

BLAS. Vusías verán mañana
mis armas, y me honrarán.

TEODORA. En esta casa os harán
siempre honor de buena gana.
Mas no os habéis de sentir,
sino ser muy cortesano.

BLAS. Adonde yo tanto gano
vendré a honrarme y a servir.
Mas sepa Vusiñoría
que tengo sangre tan clara,
que cuando el Conde reinara
pudiera estimar la mía.
Mas dejando cosas tales
para tiempo más secreto,
que yo, como soy discreto,
hablo así con mis iguales,
sepan Vuestras Señorías
que parte les vengo a dar
de que me quiero casar
y dejar galanterías.
He gastado en mis paseos
y colores de mi dama
lo que ya canta la fama,
que hay versos de mis deseos.
Porque también yo los hago
y escribo mis pesadumbres
con unas ciertas vislumbres
de aquel caballo o cuartago
que fué a la fuente Helicona.

ALBANO. Cierto que me huelgo, y quiero
honrar tan gran caballero
hoy de mi propia persona.
Y hacéis bien con que se vea
con casaros la verdad
de vuestro amor.

BLAS. Calidad
tiene mi dama, y no es fea.

TEODORA. Claro está que la que fué
sujeto digno de vos
será hermosa.

BLAS. Eslo, por Dios,
desde el cabello hasta el pie.
Y aunque mal retratador
de prosa, su talle oíd.

ALBANO. ¡Hombre notable!

TEODORA. Decid.

BLAS. Todo el lustre y resplandor
del sol viene cada día
a encerralle en su cabello,
con que si hay liendres en ello
o alguna pulga se cría
muere del sol que le da
por julio extraño calor;
como parche de atambor
tirada la frente está.
En ella unos ojos bellos
tienen casa de aposento,
que el mejor entendimiento
puede aposentarse en ellos.
La nariz dos mil enojos
quita con tantos matices,
que si fueran dos narices
compitieran con los ojos.
La boca es de grana pura,
y tanto al nácar excede
que a cualquier albéitar puede
mostrar los dientes segura.

La barba, no hay ermitaño
de tanta veneración;
sus manos la nieve son
con que se despide el año.
Toda, en fin, es una Dea.

TEODORA. ¡Por mi vida, hermosa dama!
ALBANO. ¿Qué nombre?
BLAS. ¿Nunca la fama
os lo dijo?
ALBANO. ¿Quién?
BLAS. Finea.
ALBANO. ¿Es la hija del Alcalde
de los hidalgos?
BLAS. ¿Pues quién?
ALBANO. ¡Bien os casáis!
TEODORA. ¡Y qué bien!
BLAS. No me ha salido de balde,
que en verdad que en doce años
que ha que la sirvo, me cuesta,
una fiesta y otra fiesta,
terceros, propios y extraños,
más de docientos escudos.
TEODORA. ¿Muy empeñado estaréis?
BLAS. Es cosa que la sabréis
preguntándola a los mudos.
TEODORA. Cuando nos digáis el día
os hemos de apadrinar.
BLAS. ¡Será merced singular!
ALBANO. Y será desgracia mía
que éste case con Finea;
mas no podrá, que ha venido
quien lo estorbe.

(*Esto diga* DON BLAS, *sin que ellos salgan con él, haciendo reverencias.*)

BLAS. Esos pies pido,
que no es bien que larga sea
la visita desigual,
mayormente la primera.
¡Jesús, no hay que salir fuera;
vasallo soy, no hagáis tal!
¡Ténganse Vusiñorías!
¡Exorbitante favor!
TEODORA. ¿Hay tal hombre?
ALBANO. ¡Extraño humor!
TEODORA. Llámenle todos los días,
que es alto entretenimiento.
¿Son los hidalgos así?
ALBANO. En pueblos tan cortos, sí,
porque les da más el viento.
TEODORA. Cierto que le he de ayudar
para que más presto salga
con casar con esta hidalga,
porque quede en el lugar
la casta desta locura,
y que no se acabe en él.
ALBANO. Pues yo me cansaba dél.
TEODORA. ¡Mal gusto!
ALBANO. Poca ventura.
Mas, ¿qué importa que se case?
¿Por dicha será mejor?

(*Sale* FABRICIO.)

FABRICIO. La lista está aquí, señor,
si gustas de que la pase.

ALBANO.

Di, Fabricio: ¿quién son los necesarios
a mi servicio?

FABRICIO.

Todos éstos, creo.

ALBANO.

Comienza.

FABRICIO.

Eraclio, Augusto, Alcino, Ergasto,
Sireno, Furio, Plácido, Licenio,
Sulpicio, Rosimundo, Belisardo,
Trebacio, Penisoro, Rocandolfo,
Curcio, Decio, Millán, Flavio y Silvano.

ALBANO.

¿Estos son los forzosos?

FABRICIO.

Estos bastan,
con Roberto y los cuatro de tu cámara.

ALBANO.

Di los que te parece que no importan,
por si hay en ellos alguno que me agrade.

FABRICIO.

Rutilio, Olimpo, Cándido, Fesenio,
Pinardo, Felimundo, Arsindo, Eráclito,
César, Silverio, Pompeyano, Antonio,
Clovio, Marín, Ricardo, Arcano y Píndaro.
Estos, señor, no importan al servicio
de tu casa.

ALBANO.

Pues óyeme, Fabricio.
Yo nací Conde elector
del Imperio, como ves;
adquirí también después
a mis pasados honor.
Caséme tan altamente

como lo dice Teodora;
vivo de la Corte agora
por algún secreto ausente.
Estos hombres me han servido
y a esta aldea acompañado,
sus esperanzas fundado
en que seré lo que he sido.
Y véngome a resolver,
pues todos servirme pueden,
que los primeros se queden
porque los he menester.
Los que no importan aquí
aquí los deja también,
porque pienso, y pienso bien,
que me han menester a mí.

FABRICIO. Es grandeza de tu mano;
no puedo exceder tu gusto.

ALBANO. Ni yo hacerlo, que no es justo
mientras soy el conde Albano.—
Vamos, señora, al jardín.

TEODORA. ¿Pues tanta casa queréis
como en la Corte?

ALBANO. Ya veis
que es justo y honroso el fin.

TEODORA. ¿A qué venistes acá,
si el gasto el mismo ha de ser?

ALBANO. Condesa, a haceros placer,
que hay muchos celos allá.

(*Salen* FINEA *y* ROBERTO.)

FINEA. ¿El Conde y recién casado
guarda a Teodora esa fe?

ROBERTO. Siempre entre los hombres fué
yerro usado y disculpado.
La ley del mundo, Finea,
la ofensa del honor puso
en la mujer, y dispuso
que ella honesta y casta sea.
Al hombre dió libertad
en contracambio a la ofensa,
por dueño de la defensa
de su casa y calidad.
De suerte que el ofendido
sólo el hombre viene a ser,
que no ofende a la mujer
en el honor el marido.

FINEA. ¿Pues qué la ofende?

ROBERTO. El amor
cuando la agravia la ofende,
que en el honor no se entiende
ni el hombre le quita honor.
Y como la honra es cosa
tan estimada, y el hombre
no la quita, goza el nombre
desta libertad preciosa.
Porque al no ser ofendidos
los hombres de las mujeres
y sus livianos placeres
no infamaran los maridos,
¿dónde hubiera libertad
que a la mujer se igualara,
pues sin eso es cosa rara
la virtud y honestidad?
Dan por el justo dolor
licencia al hombre que mate
a su mujer cuando trate
tales ofensas de honor.
Y con ser la pena tal
vemos que pasan por ella.
¿Qué hicieran a no tenella?

FINEA. Todo me parece mal.
Porque, en fin, tu fundamento
es darme a entender a mí
que es hombre el Conde, y que así
tiene libre pensamiento.
¿De suerte que las mujeres
no ofendidas en su honor
es bien que tengan amor
a quien hurta sus placeres?
Dile al Conde que si fuera
libre, con él me casara,
puesto que después llorara
las ofensas que me hiciera.
Pero que siendo casado
y estando yo por casar,
no me puedo aventurar
al antojo que le ha dado.
Dése priesa a ser viudo,
y entonces vendrás a hablarme,
que quizá podrá obligarme
a lo que agora no pudo.

ROBERTO. Detente.

FINEA. ¿Ya, para qué?
¿Sabes, Roberto, quién soy
y en el peligro que estoy
si aquí mi padre me ve?

ROBERTO. Sé que eres en esta aldea
una hidalga, cuya casa
de parte a parte la pasa
el aire que la pasea.
Sé que no hay en tus paredes
más telas que telarañas,
techos con débiles cañas,
por quien ver los cielos puedes.

Sé que es tu cama tan vil
que apenas del Conde un galgo
durmiera, a no ser hidalgo,
sobre cosa tan sutil.
Sé que es tu pobre comida
tan corta, que puede ser
que te haga desvanecer
y responder atrevida.
Mas no diré yo, Finea,
al Conde tus desatinos,
de su amor y estado indignos,
cuando tu señor no sea.
Y sé que puedes tener
casa que vista brocado,
techo como el sol dorado,
que envidioso venga a ver.
Cama de tela bordada,
donde una reina parezcas,
y como el alba amanezcas
de aljófar y oro adornada.
Y que será tu comida
el Fénix sólo de Arabia,
que un señor ¿qué honor agravia
si te honra toda la vida?

FINEA. Roberto, cuando pusiste
los pies en estos umbrales
no es posible que sus puertas
tan descuidado miraste.
Sobre esos mármoles pardos,
en cuyos cimientos nace
verde hierba, porque el tiempo
sepulta memorias grandes,
hay unas armas antiguas,
blasones de mi linaje,
con un coronado timbre,
cuyo extremo cubre un ángel.
La letra pienso que dice
la limpieza de la sangre
de los dueños del blasón
por tiempos inmemoriales.
Más adentro, en el zaguán,
de ciertos mármoles salen
unas aldabas de bronce,
claras y ciertas señales
de los caballos que un tiempo
a mis abuelos y padres
dese viejo hidalgo pobre
sirvieron, si no lo sabes.
Luego en el patio verías,
en seis antiguos estantes,
muchas lanzas y paveses,
muchos escudos y alfanjes;
muchos arneses mohosos,
ya sin el dorado esmalte,
que el tiempo sepulta en polvo
cuanto con el tiempo nace.
No me ha parecido a mí
que tu señor, que Dios guarde,
tiene paños más hermosos
de los matices de Flandes;
que sus ricas armerías
tendrán lustre de no usarse,
porque éstas fueron de guerras
y ésas de cobardes paces.
Mi cama tiene más oro,
más aljófar y diamantes
de honestidad y virtud
que en entrambas Indias nacen.
Mis paredes no es razón
por telarañas te enfaden,
que están allí para ejemplo
de que del Conde me guarde;
que como la araña tiende
la varia tela en que cae
la inocente mosca, quieres
que el Conde en telas me cace.
Si galgos de tu señor
huyen mi cama, es que saben
que a la liebre que la duerme
no hay perro que la levante.
Que haya cañas en el techo
seguras paredes hace,
porque a estar en los cimientos
diera con la casa al traste.
Mi comida, pobre y corta,
a mi sustento es bastante,
que quizá no fuera honesta
a ser de muchos manjares.
Y de que esto diga al Conde
no pienses que agora nace
de mi desvanecimiento,
porque si como me traes
recado de un gran señor
me dijeras esta tarde
que me querías, Roberto,
quizá respondiera fácil.

ROBERTO. Oye, espera; oye, Finea,
aguarda.

FINEA. Y no hay que aguarde.

ROBERTO. Sin duda me quiere bien.
¡Qué confusión tan notable!

ACTO SEGUNDO

DE "LOS HIDALGOS DEL ALDEA".

(*Salen* DON BLAS *y* CELEDÓN.)

BLAS. Licencia traigo del Conde;
bien podéis darme a Finea.
CELEDÓN. Como con su gusto sea
y que le tiene os responde,
yo quedaré muy contento
de que la gocéis, don Blas.
BLAS. Aunque ella merece más
y tan indigno me siento,
respeto de que mi amor
suple todos mis defetos,
sin otros muchos concetos
que habréis hecho de mi honor,
en obligación estáis
de emplearla en mí.
CELEDÓN. Bien veo
los méritos y el deseo
que en mi descanso empleáis,
y que todo se dirige
a que nuestra sangre hidalga
no menos que siempre valga.
Pero si el Conde os elige,
a quien he de hacer la salva
por fuerza en esta ocasión,
no ha de haber más dilación
de cuanto amanezca el alba.
Yo tengo poco que os dar,
aunque tanto de nobleza
que no hay agora riqueza
con que se pueda igualar.
Y aunque vos me dais a mí
la mucha que en vos tenéis,
de mi antigüedad sabéis
cuán altamente nací.
Id con Dios, y estad seguro
que es vuestra esposa Finea.
BLAS. Pues como mi esposa sea,
¿qué más riqueza procuro?
Ni quiero dote, ni quiero
otra hacienda ni otro bien.
Adiós, que os guarde, y también
aquel ángel por quien muero.
Aquella hidalga divina,
aquella perla preciosa,
aquella de nieve y rosa,
aquella esmeralda fina;
aquella nueva Lucrecia,
aquella ninfa del mar,
más olorosa que azahar
y más que la indiana especia;
aquella cuyo rotundo
rostro el alma me desvela,
aquella que es la canela
de las hidalgas del mundo.

(*Vase.*)

CELEDÓN.

Andaba enamorada la pobreza
de la hidalguía, mujer flaca y loca,
tan tierna, que aunque fuera acero o roca
moviera con su llanto su dureza.
Nuestra madre común Naturaleza,
a quien juntar los semejantes toca,
con gran soberbia y con hacienda poca
casólas, por cumplir con su belleza.
Nació de la pobreza y hidalguía
y deste matrimonio y consonancia
la dura necedad y la porfía;
que dándose a entender pueblos en Francia,
Guinea les dejó su fantasía
y el Rey de Babilonia su arrogancia.

(*Salen el* CONDE *y* ROBERTO.)

ALBANO. ¿Eso responde?
ROBERTO. En mi vida
pensé ver sierpe picada
tan fiera y tan enojada,
tan loca y tan atrevida.
Si no estuvieras casado,
para tus merecimientos
le sobraban pensamientos,
y aun era estrecho tu estado.
ALBANO. Es el encuentro primero
y es discreta la hidalguilla.
ROBERTO. Otras mil tiene la villa
donde entretenerte quiero.
Deja esta loca, por Dios.
ALBANO. Débete a ti de agradar,
y querrás solicitar
el enojo de los dos.
ROBERTO. Bien me conoces a mí
para amores en aldea.
ALBANO. Pues déjame a mí a Finea
si no es buena para ti;
que por vida de Teodora
que me ha desasosegado.
ROBERTO. ¡A qué buen tiempo has jurado
lo más que ofendes agora!
Pero nunca imaginé
que lo tomabas de veras;

mas, señor, si perseveras,
una y mil veces iré.
Que no es bronce ni diamante
mujeres, en quien el ruego
es como en la cera el fuego.

ALBANO. Su padre estaba delante.
¿Habráme oído?

ROBERTO. No sé.

ALBANO. ¿Qué hay por acá, Celedón?

CELEDÓN. Serviros, si hay ocasión.

ALBANO. Alzaos, padre; hablad en pie.

CELEDÓN.

Señor excelentísimo, los hombres
que llegamos a edad como la mía
y al olvido llevamos nuestros nombres,
procuramos, temiendo el postrer día,
componer nuestras cosas de tal modo
que viva el nombre en la ceniza fría.
¿Qué pensáis que es el hombre? Es polvo, es [lodo;
de lodo es hecho, en lodo se resuelve,
que es, finalmente, en lo que para todo.
Cuando el que es de mi edad los ojos vuelve
a lo que deja atrás, pierde el sentido
en las varias historias que revuelve.
La hacienda de mis padres he perdido;
no he perdido el honor, y porque sea
el mismo eternamente, he pretendido
casar con sus iguales a Finea.

ALBANO.

Padre, cuando le vi que comenzaba
por el engaño en que la vida emplea
la mocedad, que brevemente acaba,
pensé que había tenido algún aviso
de que el final juicio se acercaba:
eso requiere término más liso.
Dígame lo que quiere de mi casa.

CELEDÓN.

Es de la edad el proceder remiso.
Cuando un hidalgo de mis prendas casa
sus hijos, dale cuenta al señor suyo.

ALBANO.

Bien es que el señor sepa lo que pasa.

CELEDÓN.

Hoy lo he tratado, pero no concluyo
el efeto que espero sin licencia.

ALBANO.

De esa humildad vuestro valor arguyo.
¿Es de mi casa el novio?

CELEDÓN.

La presencia
vuestra pudiera haberme ocasionado
con tanta juventud y diferencia;
mas no he puesto los ojos en criado
de vuestra casa, aunque también pudiera
haber mi hija de cualquiera honrado.

ALBANO.

¿Pues quién la mereció de los de afuera?

CELEDÓN.

Un hidalgo a quien dais silla, que ha sido
causa para que yo sangre le diera.
Acertado, señor, me ha parecido
a quien vos le dais silla darle cama,
siendo mi yerno y de Finea marido.

ALBANO.

¿Es por dicha don Blas?

CELEDÓN.

Así se llama.

ALBANO.

Está muy bien, es un galán mancebo.

CELEDÓN.

Dentro de Brandemburque tiene fama;
yo pienso que la doy al mismo Febo.

ALBANO.

¿Cuándo será?

CELEDÓN.

Tan luego, que mañana.

ALBANO.

Eso os confieso que a disgusto llevo.
Entre la gente bárbara y villana
háganse casamientos de ese modo;
pero la gente hidalga y cortesana
han de imitar la antigüedad en todo.

CELEDÓN.

¿Pues qué resta de hacer si el padre gusta?

ALBANO.

Que un noble hidalgo y decendiente godo
haga primero una sortija y justa,
un torneo famoso y otras cosas
dignas de su valor y sangre augusta.
Yo tengo en mi armería armas lustrosas,
yo galas, yo caballos, yo dineros.

ROBERTO.

Dice el Conde muy bien, que a las hermosas

damas así los nobles caballeros
  las sirven, que es afrenta y de villanos
que no saben de galas ni terreros:
gánela por la lanza y por las manos,
  que vuestro padre así gano su esposa.

CELEDÓN.

Y como haya gigantes, haya enanos,
haya aventuras, que es muy justa cosa;
  que a fe que mi buen padre, que Dios haya,
que no la mereció la mano ociosa,
contaba él que en esa blanca playa
  sustentó por su amor un paso honroso,
donde con armas tuvo el mundo a raya.
A todo caballero generoso
  hizo que no pasase en no diciendo
que él era el más valiente y amoroso
y ella la más hermosa, y compitiendo
  ganó tantos despojos, que aun hoy día
están nuestros portales guarneciendo.
Yo le diré que vuestra señoría
  lo manda así, y armado en campo salga.

ALBANO.

Diestramente le di por la hidalguía.
¡Mas ay, Roberto, que la hermosa hidalga
  se me quiere casar con una sombra!
¿Qué remedio tendremos que me valga?

ROBERTO.

Solicitarla, en tanto que se nombra
  defensor de tan locas aventuras.

ALBANO.

La competencia desigual me asombra.
Si tú no la enterneces y procuras
  que esta noche me escuche, yo soy muerto.

ROBERTO.

En tanto que éste intenta sus locuras,
amor conducirá tu nave al puerto.

(*Vanse, y salen* FINEA, *la hidalga, y* DON BLAS.)

FINEA. Tengo por atrevimiento
que desta suerte os entréis.
BLAS. Mal, señora, agradecéis
mi amoroso pensamiento.
  Fuera de que ya sois mía,
que a vuestro padre os pedí,
y él me dió por vos el sí
en este dichoso día.
FINEA. Pues si mi padre os le dió,
mi padre con vos se case.
BLAS. ¿Que esto por mis ojos pase?
¿Vos sabéis quién soy?
FINEA. Yo no,
que no me importa el sabello.
BLAS. Pues soy hombre a quien el Conde
da taburete, y adonde
todo el mundo puede vello.
  Hoy la señora Condesa
me ha convidado a comer.
FINEA. ¿Qué cosa podéis tener
más baja?
BLAS. Mucho me pesa
que me tratéis desa suerte.
FINEA. Quien come con desiguales
pasará por cosas tales
que fuera mejor la muerte.
  Lo primero habéis de ser
gracioso y murmurador,
que en la mesa del señor
con esto habéis de comer.
  Lo segundo hacéis que os quieran
mal cuantos criados veis,
porque en efeto os coméis
lo que ellos comer esperan.
  Id con Dios, y esas grandezas
contaldas entre ignorantes.
BLAS. Cuando cosas semejantes
no os parezcan gentilezas,
  ¿la que veis en mi persona
no basta a obligar a amor?
¿Fué Amadís, fué Galaor
por la dama Quintañona
  más estirado galán?
¿Tuvo estos pies Cicerón?
¿Fué más discreto Sansón
ni más paladín Roldán?
  Si aquesta cara tuviera
el conde Partinuplés,
¿qué conquistara en un mes?,
¿qué atropellara y venciera?
  Si a caballo en las dos sillas
fuera Virgilio tan raro,
no diera su nombre claro
a las siete maravillas.
  El compás con que yo voy
por una calle a lo grave,
¿qué pretendiente lo sabe,
ni la barbita que doy?
  Volved el desdén, señora,
en amor, si sois servida,
que me quitaréis la vida
y se perderá en un hora
  un decendiente de Adán

por línea recta, por Dios.

FINEA. No he de casarme con vos
si las dos Indias me dan.

(*Vase.*)

BLAS. ¡Oh fiera ingrata y cruel!
¿Desta manera me dejas?
¿A un hidalgo como yo,
bárbara, inculta, desprecias?
¿A don Blas? ¡Tenedme, cielos!
¿A la gala, a la fineza,
a la discreción del mundo,
a la flor de la canela?
¿Quién con ingenio ni talle,
tigre hircana, tigre fiera,
te merece como yo?
¿Desde Alemania hasta Grecia
juega nadie del vocablo
como yo, ni con más nuevas
palabras escribe y habla,
que a quien las oye atormenta?
¿Hablo yo como los otros?
¿No es mi ingenio una quimera
que puede dar calentura
a quien me trate hora y media?
Pues di, ¿por qué me dejas?
¡No eres hidalga, no, ni Dios lo [quiera!
¿Esta cara te fastidia,
para los grandes severa,
benévola a los criados,
a los humildes risueña,
a los tontos apacible,
a los valientes discreta?
¿Este talle, esta calcita,
esta gorra, capa y cuera
y este ponerme dos horas
al espejo una cadena?
¿Este poner en su luna
la boca de mil maneras,
hasta que alguna me agrada
que más diferente sea?
¡Loca estás! Mas vuelve, escucha.
Mas, ¡ay!, no escuches ni vuelvas,
que pues que así me dejas
no eres hidalga, no, ni Dios lo [quiera.
Salid, sangriento puñal,
y pasadme de manera
que no me saquéis la sangre,
que no es bien que aquí se vierta,
no la cojan los villanos
desta miserable aldea
y compitan con los reyes
en generosa grandeza.
Matadme sin darme herida,
matadme sin darme pena,
de manera que mi muerte
se celebre entre poetas;
que bien es que de un hidalgo
que tantas hambres sustenta,
gente tan necesitada
escriba tristes endechas.
¡Puñalico, puñalico,
por la gracia que en ti reina,
que me mates sin matarme
donde mi ingrata lo vea!
Mas pues morir me dejas,
no eres hidalga, no, ni Dios lo [quiera.

(*Sale* CELEDÓN.)

CELEDÓN. ¿Quién da voces en mi casa?

BLAS. ¡Oh padre! ¡Oh suegro! ¡Oh señor!
Vuestro yerno, a quien amor
mata, encadena y abrasa.
Don Blas, que ha venido a ver
con estas galas su esposa,
tan esquiva y desdeñosa
que no me quiere querer.
Reñidla, padre, y mirad
que si no entráis se perdía
la raíz de la hidalguía
y un mozo en aquesta edad.

CELEDÓN. Hijo, sin duda ha sabido
Finea que el Conde sabe
que no os casáis a lo grave,
como hidalgo y bien nacido.
Dice el Conde mi señor
que vuestras partes gentiles
con actos caballeriles
han de conquistar su amor.
Que hagáis fiestas y torneos,
y que un paso sustentéis
en que vuestro amor mostréis,
vuestras galas y deseos.
Que él os prestará caballos,
armas, lanzas y otras cosas
necesarias y forzosas.

BLAS. Honra el Conde a sus vasallos.
Aceto de su armería
grevas, golas y quijotes,
escarceles y estrambotes,
porque faltan de la mía.
Haré un cartel, y verán
cómo sustento que soy
un hidalgo que hasta hoy

conserva sangre de Adán.
CELEDÓN. Pienso que el Conde ha querido
ejercitar sus criados.
BLAS. Quedarán ejercitados
y mi amor favorecido.
El cartel voy a escribir.
CELEDÓN. Id, don Blas, en hora buena,
que da noche tan serena
lugar de hacer y decir.
BLAS. Dad licencia que esta casa
ronde y guarde, pues ya es mía.
CELEDÓN. Que la rondéis hasta el día.
BLAS. Pues vos veréis lo que pasa.

(*Sale el* CONDE, ROBERTO *y* MILLÁN, *en hábito de noche.*)

ROBERTO.

Esta es la casa de la hidalga bella.

ALBANO.

¡Brava portada!

ROBERTO.

Y dentro, por lo antiguo,
es bueno el edificio.

MILLÁN.

Estos hidalgos
hacen lugar al viento por la puerta.

ALBANO.

¿Qué haremos?

ROBERTO.

Que si está acostado el viejo
le digas a Finea lo que intentas;
que aunque es verdad que amor más fácilmente
se concierta, señor, por los terceros,
que es como las demás mercaderías,
no se puede negar que obliga mucho
una palabra tierna del que ama
dicha a los ojos de su hermosa dama

ALBANO.

¿Y si me turbo?

ROBERTO.

¿Tú de hablar agora
con la hidalguilla de una pobre aldea,
habiendo hablado Césares y Reyes,
autores del gobierno y de las leyes?

ALBANO.

Guarda, Millán, atento esas esquinas,
pues eres nuestro bravo aquesta noche.
Consultaré la reja desta casa.

MILLÁN.

Si no salen de adentro algunas sombras,
que algo tienen de duendes y de trasgos
estos hidalgos, lo que afuera toca
déjamelo, y verás...

ROBERTO.

¡Calla la boca!

ALBANO.

Tira una china.

ROBERTO.

Eso, por Dios, buscaba.

ALBANO.

¿Topástela?

ROBERTO.

Topé.

ALBANO.

Tírala.

ROBERTO.

Tiro.

ALBANO.

En no queriendo abrir lleva un suspiro.

MILLÁN.

Y más si yo le doy.

ALBANO.

¡Calla, bergante!
¿Abrió?

ROBERTO.

¿No ves cómo amanece el día?

MILLÁN.

China por pie, pues respondió, tenía.

(FINEA, *en alto.*)

FINEA. ¿Es Roberto?
ROBERTO. El mismo es.
FINEA. ¿Quién viene contigo?
ROBERTO. El Conde.
FINEA. El viene, Roberto, adonde
es vidro todo interés;
y gran bajeza es en ti,
solícito y importuno,
terciar por hombre ninguno
conociendo amor en mí.
ROBERTO. ¡Ay, Finea, que no sabes
a lo que el servir obliga!
FINEA. ¿Quiéresme tú hacer amiga,
ya que tu lealtad alabes,
de un señor por quien lo eres,

cuando yo pretendo ser
con tanto honor tu mujer?

ROBERTO. Mal conocéis las mujeres
qué leyes hay en los hombres.

FINEA. Lo que digo es ley de Dios.

ROBERTO. Ya no podemos los dos
tratarnos con tales nombres.
Y aunque me muero por ti,
desde una palabra tuya
y de tu amor, si era suya,
que ayer a traición te oí,
no puedo atreverme a más
de decir que te quisiera
como al Conde no sirviera.

FINEA. En gracioso engaño estás.
Los señores mucho fían;
engañarlos no es hazaña,
porque quien más los engaña
es de quien más se confían.
Bien puedes tú, si te agrado,
entretener su afición;
noble soy, y no es razón
que quiera a un hombre casado.
No puede un hombre tener
mayor defeto, Roberto,
aunque fuese cojo, tuerto,
necio y de mal proceder.

ROBERTO. ¿Tan gran falta es ser casado?

FINEA. ¿Qué mayor para el honor,
y cuando le venza amor
tener otro amor al lado?

ALBANO. ¡Ce, Roberto, ce!

ROBERTO. ¿Qué quieres?

ALBANO. ¿Eres tú el galán acaso
y yo el que te guarda el paso?

ROBERTO. ¿Puedo más? ¡Extraño eres!

ALBANO. Dile a la hidalga que abra,
que no la vengo a forzar.

ROBERTO. Cansado estoy de rogar
que te escuche una palabra.

ALBANO. ¡Quítate acá, majadero!—
Finea.

FINEA. ¿Quién es?

ALBANO. Yo soy.

ROBERTO. ¡De celos muriendo estoy!
Mas no, que de honrado muero.

ALBANO. Finea, aunque amor me debes,
como a señor que soy tuyo,
de amores forzados huyo,
y digo en palabras breves
que si pudiera casarme
contigo, fueras señora
de cuanto goza Teodora.
No te canses en matarme,
que yo no quiero de ti
cosa violenta, mis ojos,
que no vengo a darte enojos,
pues que vengo a hablarte ansí.
Cuando tú veas que llega
mi atrevimiento a tu honor,
desprecia, hidalga, el amor
de un príncipe que te ruega.
Mas entre tanto que soy
galán corto y comedido,
que no me dejes te pido
en las tristezas que estoy.
Porque si ocasión me das
abrasaré mil aldeas,
haciendo cosas tan feas
que después te cuesten más.
Yo me he retirado aquí
y no a villas ni a ciudades
porque, diciendo verdades,
tuve estas nuevas de ti.
Ya que sabes mi intención,
¿qué dices?

FINEA. Vusiñoría
ha dicho, por vida mía,
y fundado su razón
de suerte, que yo no siento
qué le poder responder,
porque no es justo tener
con el dueño atrevimiento.
Digo que mientras su amor
no llegare a descompuesto
y con proceder honesto
guardare el rostro a mi honor,
en mi casa podrá entrar,
advertido de una cosa.

ALBANO. No la habrá dificultosa.

FINEA. Lo primero ha de jurar
no hacerme ofensa ninguna;
lo segundo, que aunque vea
que más mi pobreza sea,
no ha de darme cosa alguna.
Con estas dos condiciones
entre, visite, que creo,
por las que en señores veo
varios gustos y opiniones,
que con cualquiera, aunque soy
libre en esto y cortesana,
no se acordará mañana
de lo que dijere hoy.

ALBANO. Bien parece que no entiendes,

Finea, lo que no tratas;
cuanto más gusto dilatas,
tanto más mi gusto enciendes.
Si quisiere una mujer
ver firme un hombre, resista,
que en pagando a letra vista
no queda qué pretender.
Pésame de que te doy
documentos contra mí.

FINEA. ¿Después de engañarme ansí?

ROBERTO. ¡Necio enamorado soy!
Yo quiero lo que no quiero,
yo celo lo que no estimo,
a lo que temo me animo
y por lo que dejo muero.
Ya vengo a solicitar
que quiera al Conde Finea,
ya de que la hable y vea
comienzo a temer y a amar.
¿Qué haré en tanta confusión?

(Salen DON BLAS, *gracioso, de noche, y* MÚSICOS *labradores.)*

MÚSICO. Temo que ha de haber testigos.

BLAS. Aquí, señores y amigos,
se ha de cantar la canción.

MÚSICO. Huélgome de que ya estéis
al fin de tan buen deseo.

BLAS. A no ser por un torneo
que mantener me veréis,
ya estuviéramos casados.
Mañana fijo el cartel.

MILLÁN. Avisa, que hay un tropel
de galanes embozados.

ROBERTO. Señor.

ALBANO. ¿Qué quieres?

ROBERTO. Advierte
que te pueden conocer.

ALBANO. ¿Cómo podremos hacer
que se vayan?

ROBERTO. Desta suerte.

ALBANO. Roberto, detén la espada,
que éste sin duda es don Blas.

ROBERTO. ¿Qué haremos?

ALBANO. Pasar no más,
que es loco y no importa nada.
Para la noche primera
basta el principio que he dado
al buen fin de mi cuidado.

ROBERTO. ¿Qué te ha dicho?

ALBANO. No es tan fiera
como tú me la pintabas.
Licencia tengo de entrar
a verla.

ROBERTO. No hay que fiar.

MÚSICO. Don Blas.

BLAS. ¿Qué hay?

MÚSICO. Rodelas bravas.

BLAS. Apercíbase todo hombre.

MÚSICO. Yo, don Blas, músico soy.

BLAS. Temblando de miedo estoy.—
¿Qué gente?

ALBANO. Gente sin nombre.

BLAS. ¿Qué quieren en esta calle?

ROBERTO. ¿Por qué lo quiere saber?

BLAS. Por irme, si puede ser.

MÚSICO. Ella es gente de buen talle.

BLAS. Criados del Conde son.

MÚSICO. No se excusan cuchilladas.

BLAS. Sí excusan.

MÚSICO. Ya las espadas
tientan.

BLAS. ¡Brava tentación!
¿Cuántos somos?

MÚSICO. Tres, como ellos.

BLAS. Pocos somos.

MÚSICO. ¿Pues qué haremos?

BLAS. Decirles que volveremos
mañana a vernos con ellos,
y trataremos despacio
hacer algún desafío
de esotra parte del río,
que esta gente de palacio
es toda de hombres altivos,
y si se ofrece ocasión
en que no les den ración,
se comen los hombres vivos.

ALBANO. ¿Qué aguardan?

BLAS. A que nos dejen
pasar si tienen que hacer,
porque no es razón querer
que de nosotros se quejen.

ALBANO. Ea, saquen los aceros;
veamos para qué son.

BLAS. Yo tengo por devoción
el no reñir, caballeros,
tres días en la semana,
y hoy es el uno, por Dios;
mas veámonos los dos
en la campaña mañana,
que no ha de reñir a pie
un hidalgo como yo.

ALBANO. ¿Pues tiene caballo?

BLAS. No;

pero yo le buscaré.
ROBERTO. ¿A qué venían aquí?
BLAS. Un astrólogo buscamos,
que habiendo mil, no le hallamos.
ALBANO. ¿Astrólogo?
BLAS. Señor, sí.
ALBANO. ¿Para qué?
BLAS. Saber querría
si mañana ha de llover,
para no echar a perder,
si llueve, una gala mía;
que si no llueve, saldré
con capa y gorra.
ROBERTO. Mejor
se lo dirá algún humor.
BLAS. Sano estoy.
ROBERTO. No se le ve.
ALBANO. Ahora quédense con Dios.
BLAS. ¿Mandáis que os acompañemos?
que de buena gana iremos
o todos tres o los dos.
ALBANO. Quédense, hidalgos.
BLAS. Aquí
no hay más de uno, que soy yo.

(*Vanse.*)

MÚSICO. ¿Iremos con ellos?
BLAS. No.
MÚSICO. ¿Vanse de la calle?
BLAS. Sí.
Y por vida de Finea,
que si a su honor no mirara,
que por guardarle la cara
quise hacer cosa tan fea,
que del puesto a cintarazos
echara a tres, y aun a trece.
FINEA. Y Finea lo agradece
a ese valor y a esos brazos.
BLAS. ¡Oh luz de mi pensamiento!
¡Oh bella señora mía,
que volvéis la noche día!
FINEA. A no ser atrevimiento
hablara con vos un rato,
sólo por ver el valor
que habéis mostrado, que amor
no sale al valor ingrato.
Así han de ser los amantes.
BLAS. Este es pequeño trofeo,
que por vos en un torneo
presto venceré gigantes.
No quise ensuciar la espada
en tres hombres.
FINEA. Bien hicistes,
que más limpia la tuvistes
y más segura envainada.
Mucho aquesta calle os debe,
pues a nadie despertáis
con las armas que sacáis
cuando tanta causa os mueve.
BLAS. Los hidalgos caballeros
cuando esperan tornear
sin causa no han de gastar
las fuerzas ni los aceros.
A este torneo os convido.
FINEA. ¿Dónde, en Palacio?
BLAS. ¿Pues no?
FINEA. ¿Daránme precios?
BLAS. Y yo
he de ser vuestro marido.
FINEA. Adiós, que a acostarme voy.
BLAS. ¡Quién lo mismo respondiera!
FINEA. Bien podéis.
BLAS. ¿Dónde?
FINEA. Allá fuera,
que sois bestia y mujer soy.

(*Vase.*)

BLAS. ¡Oh qué requiebro extremado!
MÚSICO. ¿Eso tienes por requiebro?
BLAS. Estos donaires celebro.
MÚSICO. Tu donaire está acostado;
ya no hay que cantar aquí
BLAS. ¿Estarálo el Conde ya?
MÚSICO. Ni cenado el Conde habrá,
que allá no se cena así:
hacen de la noche día
y el día duermen.
BLAS. Pues vamos,
para que el cartel pongamos,
honor de la prenda mía.
MÚSICO. Bien es que a Palacio asombres.
BLAS. ¡Muy valiente soy, por Dios!
Adiós, rejas, que por vos
dejé de matar tres hombres.

(*Váyanse, y salen la* CONDESA *y* LAURENCIA, *labradora.*)

TEODORA. Mucho me huelgo de verte;
quiérote mudar de traje.
LAURENC. No le ha habido en mi linaje
mil años ha de otra suerte.
Ni pienso que yo sabría,
aunque por todo el lugar
buen nombre me suelen dar,
servir a Su Señoría.

Estoy al campo enseñada;
no sé labor palaciega,
que por esa verde vega
llevo una blanca manada.
A la sombra de un espino,
cuando se ofrece ocasión,
hilo un poco de algodón,
de cáñamo, estopa o lino.
Son mis modos tan villanos
que acá no viniera yo,
mas mi padre me envió
a que os besase las manos.
Y a fe que me he detenido
y en casa me reñirán.

TEODORA. No harán, que contigo irán.

LAURENC. Licencia, señora, os pido.

TEODORA. Deseo saber de ti
qué mujeres de buen talle
tiene el lugar.

LAURENC. En mi calle
hay dos.

TEODORA. ¿Son hermosas?

LAURENC. Sí.
Gila es una, aunque morena,
gentil, que en traje de dama
tuviera en la Corte fama.

TEODORA. ¿Quién es la otra?

LAURENC. Lisena,
moza que por lo rollizo
no tiene qué desechar.
También hay en el lugar,
de cabello rubio y rizo,
dos hermanas, Silvia y Flora,
de ojos azules y fríos,
pero de gentiles bríos.
Recién casada Ledora;
buen talle tiene Diana,
fresca es de rostro, aunque boba;
Celia voluntades roba,
con ser limpia y cortesana;
a Fabia por ojinegra
gracia le han dado los cielos,
pero anda triste de celos
y de reñir con su suegra.
Olvidábaseme Antona,
mujer libre y lisonjera,
que cansa por bachillera,
mas tiene gentil persona.
Es gallarda Filiberta,
no hay quien con más galas ande;
la boca tiene algo grande,
pero limpia y descubierta.
Flérida es loca de atar,
pero de cuerpo gentil.

TEODORA. ¿Tantas hay?

LAURENC. Quedan dos mil.

TEODORA. ¡Válate Dios por lugar!

LAURENC. Pues sepa Vusiñoría
que no he nombrado una hidalga
que al sol que más claro salga
le puede servir de guía.
Es hija de Celedón,
alcalde de la nobleza,
mujer de limpia belleza
y de rara discreción.
Esta, yo se lo confieso,
que puede tener a raya
cuantas en las cortes haya.

TEODORA. De celosa pierdo el seso.
Hice al Conde retirar
a la más pequeña aldea
de su Estado porque sea
freno un rústico lugar
a su condición extraña,
y ha dado mi intento ciego
de la ceniza en el fuego.
¡Oh cuánto el amor engaña!

(*Salen el* CONDE *y* ROBERTO.)

ROBERTO. Aquí mi señora está.

ALBANO. ¡Señora mía!

TEODORA. ¡Oh, señor!—
Mis celos descubre amor.—
¿También salís por acá?
¿También hay en una aldea
donde la noche ocupéis?

ALBANO. Ya de aquel don Blas sabréis
cómo una dama pasea.
Dijéronme que le daba
una música, y a oílla
fuí por donaire a la villa.

TEODORA. ¿Y era verdad?

ALBANO. Allá estaba
con tres o cuatro instrumentos.

TEODORA. ¿Quién es la dama?

ALBANO. Una hidalga
hermosa, así Dios me valga.

ROBERTO. ¿Qué dices?

ALBANO. Mis pensamientos.

TEODORA. ¿Pues habéisla visto vos,
que de hermosa la alabáis?

ALBANO. El, si vos os acordáis,
nos lo contaba a los dos
tratando su casamiento.

TEODORA. Pues casémosla, que es justo
que a don Blas hagamos gusto.
ROBERTO. Todo ha de ser mi tormento.
¿Que una palabra me mate
que me dijo esta mujer?
¡Veneno debió de ser!
TEODORA. Su casamiento se trate.
Yo quiero tomar la mano.
ALBANO. Favorecelle es razón.

(Tocan cajas.)

ALBANO. ¿Qué es aquello?
ROBERTO. Cajas son.
TEODORA. No me recelaba en vano.

(Sale FABRICIO.*)*

FABRICIO.

Pónganse al corredor Vusiñorías
si quieren ver con cuánta gracia y galas
en el patio publica su torneo
don Blas, en honra de su hidalga dama.

TEODORA.

Decid que suba aquí.

FABRICIO.

Yo voy corriendo.

TEODORA.

Cuando don Blas no hubiera merecido
esta mujer por ser su igual en todo,
por los buenos deseos la merece.

ALBANO.

Sí; pero caso injusto me parece
dar tal mujer a un hombre mentecato.

TEODORA.

Conde, no me estorbéis lo que yo trato.

(Salgan cajas y hachas, paje de rodela y DON BLAS, *detrás, armado graciosamente.)*

BLAS.

Denme todos los pies Vusiñorías.

TEODORA.

Los brazos, valeroso caballero.

BLAS.

Yo no he de consentir que uno me falte,
dos tiene el Conde y dos Vusiñoría,
cuatro pies me han de dar.

ALBANO.

Yo imaginaba
que lo que pide aquí don Blas traía.

TEODORA.

¿Qué cartel es aqueste?

BLAS.

¡Cosa brava!

TEODORA.

Leédmele, don Blas, por vida mía.

BLAS.

¡Es cosa temeraria!

TEODORA.

Yo pensaba
casaros sin hacer torneos agora.

BLAS.

No quiere el Conde.

TEODORA.

¿El Conde?

BLAS.

Sí, señora;
que dice que los nobles caballeros
han de ganar sus damas deste modo.

TEODORA.

Esto debe de ser entreteneros;
el Conde hará mi gusto, y ella y todo.

BLAS.

Señora, el papelón quiero leeros.

ALBANO.

¿Pues cómo un hombre decendiente godo
no ha de hacer prueba del valor que tiene?

ROBERTO.

Todo es celos.

ALBANO.

Paciencia me conviene.

BLAS. Yo, el Caballero del Mar,
sustento que quien me mata
es la más bella y ingrata
y la más digna de amar.
Sustento que sin razón
a quererme no se aplica,
y no ha de ser la quistión
con espada ni con pica,
sino a puro mojicón.
Las armas no hay que tratar,
porque bien puede traer
las que quisiere escoger,
pues no le han de aprovechar.

Jüez quien el Conde nombre,
plazo desde aquí a San Juan,
sitio el patio o el zaguán,
y firmélo de mi nombre,
don Blas, bisnieto de Adán.

TEODORA. Muy bueno está; mas yo quiero,
don Blas, que os caséis primero,
y que hoy conmigo cenéis.

BLAS. Notable merced me hacéis
en sacarme de este acero.

TEODORA. Ea, Conde, no haya más.

ALBANO. ¡Que siempre mi gusto atajes!

BLAS. Mi Condesa.

TEODORA. ¿Qué hay, don Blas?

BLAS. Haga recoger los pajes,
que me pican por detrás.

(*Vanse, y salgan* CELEDÓN *y* JOFRE, *los dos alcaldes.*)

CELEDÓN. Quiero que seáis mi amigo
y daros cuenta de todo.

JOFRE. Póngase el Conde de lodo
si vos os hacéis conmigo.
Habéis dado en ser hidalgo
tan de veras, Celedón,
que de congoja y pasión
tal vez de sentido salgo.
De los hidalgos querría
que un día sólo pasase
sin que se hablase y tratase
de su cansada hidalguía.

CELEDÓN. También yo de los villanos,
pecheros y gente vil
querría un trato servil,
pues que viven de sus manos,
y que tuviesen respeto
a los nobles.

JOFRE. Si en quimeras
os metéis, vendréis a veras
de las burlas, os prometo.
Decidme lo que tenéis
capitulado además
destas bodas con don Blas.

CELEDÓN. Fácilmente lo sabréis.
Que pues la tiene en deseo
no busque más con Finea.

JOFRE. ¿Qué responde?

CELEDÓN. Que desea
hacer un galán torneo,
demostración de su amor,
y el Conde lo quiere ansí.

JOFRE. Bien hacéis, pero por mí
ni aun diera parte al señor.
¿Es ésta acaso Finea?

(*Sale* FINEA.)

CELEDÓN. La misma.

JOFRE. ¡Qué bella está!

FINEA. ¿El Alcalde por acá?

CELEDÓN. Hablalda.

JOFRE. Para bien sea.

FINEA. ¿De qué me dais parabién?

JOFRE. De que estáis ya desposada.

FINEA. Bien decís; no estoy sentada.

JOFRE. Dejad vergüenza y desdén,
que todas hablan ansí
y a nueve meses nos dan
un nieto como un Roldán.

CELEDÓN. Vámonos, Jofre, de aquí,
que quiero comunicaros
cosas de mi hacienda.

JOFRE. El dote
no os fatigue ni alborote;
yo tengo bien que prestaros,
porque lo que me ha quitado
de noble Naturaleza
me dió en liberal riqueza.

CELEDÓN. Ese es noble que es honrado.

(*Vanse.*)

FINEA.

Echaban los romanos a las fieras,
traídas de provincias diferentes,
tigres, leones, áspides, serpientes,
lobos, grifos, dragones y panteras,
los cautivos de guerras extranjeras
o los propios romanos delincuentes;
espectáculo bárbaro a las gentes,
por quien tembló la Scitia sus banderas.
Desta inclemencia la disculpa toma
cuando Su Majestad el mundo culpa,
que así el imperio los rebeldes doma;
pero arrojar una mujer sin culpa
a un marido cruel, no sólo en Roma,
mas no hallará entre bárbaros disculpa.

(*Sale* ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Puédote hablar?

FINEA. Ojalá
que así quererme pudieras.
Mi padre está con su alcalde,
porque ya la competencia
cesó con mi casamiento.

ROBERTO. ¿Que tratan cosas de hacienda?

FINEA. Bien dices, porque entre viejos

es la plática más cierta.
ROBERTO. Sí, porque amor y juego son
vicios de la edad primera,
y la avaricia y codicia
de la que ya canas peina.
FINEA. ¿Qué te trajo, ingrato mío,
a los ojos que desprecias?
¿Es solicitud del Conde?
ROBERTO. Cerca de la puerta queda.
FINEA. ¿Díjelo yo?
ROBERTO. ¡Vida mía,
causa de mis locas penas,
no puedo más, yo te adoro!
Sirvo, la lealtad me fuerza;
cree que mejor te pago
ese amor de lo que piensas,
pues desde que me dijiste
que me quisieras, Finea,
ni he dormido, ni he tenido
más descanso que tuviera
sobre las llamas de Troya,
incendio fatal de Grecia.
Ello fué desdicha mía,
porque si yo te quisiera
me aborrecieras por dicha.
FINEA. ¡Ay, Roberto, no lo creas!
¿Pero aquí viene este loco?
ROBERTO. ¿Tú no le diste licencia?
¿Qué me preguntas a mí?
FINEA. Dos cosas me hicieron fuerza:
la primera su poder,
que no tiene resistencia,
y el verte yo la segunda,
cuando a sus recados vengas.
¿Son poderosas, bien mío?
ROBERTO. No sé; más ¡ay, Dios!, espera,
que pienso que de celoso
pidió licencia a la puerta.
FINEA. Pues dame una mano sola.
¡Ay si la de esposo fuera!

(*Sale el* CONDE.)

ALBANO. ¿Eres astrólogo acaso?
ROBERTO. Mirar las líneas pudiera,
que Finea me rogó
que le mirase por ellas
si ha de casar con don Blas.
ALBANO. Deja esas vanas quimeras.
De la licencia de verte
hoy me aprovecho, Finea,
cumpliendo las condiciones.
FINEA. Es conforme a tu grandeza.
ALBANO. En fin, ¿no he de darte nada?
FINEA. Así el honor me aconseja.
ALBANO. Pues dame tú en que me asiente.
FINEA. Tan de espacio, no me pesa;
pero no estás bien aquí;
más adentro, señor, entra,
que donde duerme mi padre
hay una o dos sillas viejas.
ALBANO. ¿Tan pobre estás?
FINEA. Esto soy.
ALBANO. Pues entro, que tu pobreza
te aconsejará mi gusto.
ROBERTO. ¡Ay, Finea!
FINEA. ¿De qué tiemblas?
ROBERTO. ¿No te parece razón?
FINEA. No, que son muchas las buenas,
si por ser mujer me temes.
ROBERTO. Atalanta fué ligera,
y con tres manzanas de oro
que le arrojaron apenas
fué de Hipomenes cautiva.
FINEA. Son fábulas de poetas.
ROBERTO. Es el Conde gentilhombre.
FINEA. ¿Qué me importa que lo sea?
ROBERTO. Es discreto y poderoso.
FINEA. Yo soy noble y no soy necia.
ROBERTO. Cuando te asientes con él
vuelve un poco la cabeza.
FINEA. Ponte detrás de la silla,
daréte la mano izquierda.

ACTO TERCERO

DE "LOS HIDALGOS DEL ALDEA".

(*Salen* DON CLAROS, *soldado, hermano de* DON BLAS, *y* FABRICIO, *criado del* CONDE.)

FABRICIO. ¡Bueno venís de la guerra!
¡Bravas plumas, bravas galas!
CLAROS. Fabricio, estas son las alas
que levantan de la tierra
los pensamientos de un hombre.
FABRICIO. ¿Venció en fin el Transilvano?
CLAROS. Y se ha vuelto el Otomano
con infamia de su nombre.
Mucho me huelgo de ver
al Conde en nuestro lugar.
FABRICIO. Su casa tiene pesar.
CLAROS. ¿Quién duda? Querrá volver
a la grandeza pasada
con que en la Corte vivió.

FABRICIO. Todo eso pienso yo
que fuera cosa excusada.
Sienten y siente el lugar,
que en fin es pequeña aldea,
que el Conde adore a Finea,
que debiste de dejar
muy niña, señor don Claros,
cuando partistes de aquí.
CLAROS. Conózcola como a mí,
y deseo preguntaros
si murió su padre.
FABRICIO. No.
CLAROS. ¿Pues cómo por eso pasa?
FABRICIO. No puede cerrar su casa
a su señor, y sé yo
que han hecho mil diligencias,
porque la hidalga es honrada.
CLAROS. ¿Honrada tan visitada?
FABRICIO. Resiste a tantas violencias
con mil discretos engaños;
y él con esperar un día
fin de su loca porfía
dejará pasar los años.
Que ya del primero pasa
que venimos a la aldea,
sin que haya más que Finea
y ir y venir a su casa.
CLAROS. ¿La Condesa mi señora
no lo remedia?
FABRICIO. No creo
que lo sabe, aunque yo veo
señales que no lo ignora.
CLAROS. Muy rica debe de estar
Finea.
FABRICIO. Tan pobre vive,
que un papel aun no recibe,
con que enmudece el lugar.
CLAROS. ¿Cosa no toma?
FABRICIO. Ninguna.
Yo lo sé de un grande amigo,
que se declara conmigo
y corre en su mar fortuna.
CLAROS. ¡Extraños amores son!
FABRICIO. Está el Conde sin sentido;
ni tiene vista ni oído
ni discurso de razón.
Pues sabed que a no ser esto,
ya fuera vuestra cuñada.
CLAROS. ¿Cómo?
FABRICIO. Estaba concertada,
y ya su padre dispuesto
de casarla con don Blas,
vuestro hermano.
CLAROS. ¿Con mi hermano?
FABRICIO. Tráele el Conde tan vano
para divertirle más,
que ha un año que le dilata
el casamiento.
CLAROS. Es un loco.
Tendránle en palacio en poco
si con los señores trata.
FABRICIO. La verdad deciros quiero:
Sabed que el Conde le ha dado
su mesa.
CLAROS. A un hidalgo ha honrado
y a un honrado caballero.
FABRICIO. Decís bien; pero también
le ha hecho armar y justar,
tornear y aun intentar
cosas que no entiende bien,
en que no se gana honor.
CLAROS. Yo os entiendo, y de su seso
tengo noticia, aunque en eso
culpo al Conde mi señor,
del cual me sabré guardar
mientras que viviere aquí.
FABRICIO. No lo habéis de hacer ansí,
que daréis que sospechar.
CLAROS. Yo soy tan noble como él,
y de la guerra que vengo
más honrado nombre tengo.
FABRICIO. Allá os avenid con él,
que veisle aquí adonde viene
a rondar su bella dama.

(*Vase.*)

CLAROS. Volver por mi honor y fama
con el lugar me conviene.

(*Salen el* CONDE *y* ROBERTO.)

ALBANO. Van creciendo mis tristezas
al paso de su desdén.
ROBERTO. ¿Luego no te trata bien?
ALBANO. Si las duras asperezas
que por los montes Riseos
forman peñascos pasara,
o en diciembre atravesara
los nevados Pirineos;
si por la Libia desierta,
si por la Arabia arenosa
me fuera más fácil cosa
y menos la senda incierta.
ROBERTO. Sospecho que os concertáis
tú y Finea de engañarme,

por encubrirme y negarme
lo que allá solos pasáis.
Seríades los primeros,
aunque con intentos justos,
que no dijesen sus gustos
aun a sus mismos terceros.

ALBANO. ¡Ay, Roberto, que a ser ciertos
fuera encubrirlos error,
pues nunca gustos de amor
duraron mucho encubiertos!
Amor aun suele parlar
lo que nunca le pasó.

CLAROS. ¿Cómo podré pasar yo,
que el Conde me ha de mirar?
Pero haré que no le vi.

(Pase por delante sin quitarle el sombrero.)

ALBANO. ¿Quién es éste, hola, Roberto,
que tan soberbio y cubierto
pasó delante de mí?

ROBERTO. ¿No le conoces?

ALBANO. Yo no.

ROBERTO. Este es don Claros, hermano
de don Blas.

ALBANO. Si él es tan vano,
de poco me espanto yo.

ROBERTO. Es tanto más, cuanto es más
soldado y desvanecido.

ALBANO. Huélgome que haya venido;
tendremos otro don Blas.

ROBERTO. De la guerra viene agora,
con galas y cadenitas;
presto tendrá sus visitas
la Condesa mi señora.

ALBANO. A la mía entraré yo,
que es adonde el alma tengo.
Dile, Roberto, que vengo.

ROBERTO. Voy, y pienso que te vió.

(Vase.)

(El CONDE, solo.)

ALBANO.

Rompen las aves la región del viento,
viendo que han de parar en piedra o rama;
nadan los peces, y en arena o lama,
o en verdes ovas van a hacer su asiento.
El sol de su divino movimiento
tiene el ocaso por bordada cama;
el alba a recoger las luces llama,
de la noche corona y ornamento.
La fuente al río, el río a la mar viene;
un año a otro, un tiempo a otro alcanza;
lo que pasó, lo que vendrá previene.
Todo tiene su fin o su mudanza;
pero mi amor no sabe el fin que tiene,
que le lleva engañado mi esperanza.

(Váyase, y salgan LAURENCIA y FENISO, criado.)

LAURENC. ¿Qué me puede a mí querer
la Condesa mi señora?

FENISO. Della lo sabrás agora.

LAURENC. No sé lo que puede ser.

FENISO. Entretenerse contigo.

LAURENC. ¿Con una tosca aldeana?

FENISO. Ella sale.

LAURENC. Es tan humana,
que holgará de hablar conmigo.—
Dadme, señora, esos pies.

(Sale la CONDESA.)

TEODORA. ¡Oh Laurencia, amiga mía!

LAURENC. ¿Llamóme tu Señoría?
Porque yo sabiendo que es
esta gente de palacio
tan de burlas, no viniera.

TEODORA. Yo te llamé.

LAURENC. Si tuviera
para serviros espacio,
aunque rústica a la fe,
que cuido que os visitara,
y en tanta riqueza osara
poner atrevida el pie.
Que tal vez el tosco grillo
más agrada en la cebada
cantando, que en la dorada
jaula el cantor pajarillo.
Y más del ramo pendiente
la fruta hermosa madura
que en la mesa, en plata pura,
o en oro resplandeciente.

TEODORA. Tu entendimiento, Laurencia,
me ha obligado, ya lo sabes,
a hacer para cosas graves
de tu secreto experiencia.
No me has querido servir,
que yo te hubiera casado;
pero ya que al darte estado
puedo obligada acudir,
tú lo verás en mis obras,
y esto por prólogo baste.

LAURENC. En mí una esclava compraste.

TEODORA. Y tú en mí una amiga cobras.
Pero viniendo a la causa
de haberte llamado aquí,

quiero que sepas de mí
lo que mis disgusto causa
el Conde.

LAURENC. No digas más,
si celos del Conde son.

TEODORA. Pues dime: ¿tengo razón?

LAURENC. Bien sé que informada estás
de alguna intención contraria
a tu sosiego.

TEODORA. ¡Ay, Laurencia,
no me engañes!

LAURENC. Ten paciencia
y escucha.

TEODORA. Es bien necesaria.

LAURENC. Presupuesto que Finea
nunca quiso bien al Conde,
y que a quien es corresponde,
aunque el vulgo no lo crea,
porque esto lo sé mejor
que los que te informan mal,
el Conde, con desigual
poder y fuerza de amor,
la persüade y visita,
enoja, cansa y pasea,
promete, escribe, desea,
desatina y solicita.
Mas ella, con invencible
valor, como roca al mar,
ni se ha dejado mudar
ni ha sido jamás posible.
Dirás, pues: ¿Por qué razón
le consiente y siempre admite
que la escriba y la visite
en daño de su opinión?
Respondo que sabe dél
que si entrar no le dejara
y su esperanza engañara
tal vez hablando con él,
aunque tanto su honor precia,
ya hubiera sido Tarquino,
y ella, con valor divino,
forzada y muerta Lucrecia.
El está noches y días
con ella, aunque honestamente,
y olvidando últimamente
grandezas y señorías.
Come tal vez en la mesa
pobre su comida escasa.

TEODORA. ¿Luego no llevan de casa
lo necesario?

LAURENC. Me pesa,
ilustrísima Teodora,
si entiendes que engaños son,
de ser en esta ocasión
una pobre labradora.
Dame crédito, y si vieres
que te he mentido, después
mándame matar.

TEODORA. No es
justo que ese premio esperes.
Yo fío que no me engañas;
pero, Laurencia, aunque sea
tan casta y santa Finea,
y sus virtudes y hazañas
tan heroicas que resistan
un mozo galán, brioso,
oro y poder vitorioso,
que lo imposible conquistan,
no se excusa de tener
culpa en no haberme avisado,
pues lo hubiera remediado
con otro mayor poder.
Vete con Dios, y no digas
esto que hablamos las dos,
que me pesará, por Dios;
y si lo callas me obligas
a que tu remedio intente;
y esta cadena entretanto
te lleva, dando a mi llanto
lugar.

LAURENC. Dios tu vida aumente,
en quien espero que presto
tendrás quietud, y pues eres
un ejemplo de mujeres,
vence con silencio honesto
la furia de tu marido
y muéstrale más amor,
que es el remedio mejor
que los celos han tenido.
El se cansará, en efeto,
y con paz le gozarás;
callando le vencerás,
que es hombre noble y discreto.

(*Vase.*)

TEODORA. ¡Ay de mí! ¿Cómo podré
creer que el Conde no baste
a rendir una mujer
pobre, humilde y ignorante?
¿Qué piedra ha sido tan dura
que un seco esparto que pase
por ella un vez y otra
no la señale y estampe?
¿Cuándo salió de la mina

tan bruto y fuerte el diamante
que el lapidario en la rueda
no le descubra y le labre?
¿Cuándo caballo brioso
dejó el campo donde nace
que el bocado y picador
no le sujeten y ablanden?
Una mujer tantos días,
una mujer que no es ángel,
aunque al Conde lo parezca
su rostro, su ingenio y talle,
es piedra, es diamante, es fiera,
si los ruegos son bastantes
a hacer de piedras mujeres
y por las piedras señales.
Las fábulas escribieron
que Pigmaleón de un jaspe
hizo una mujer, rogando
a los dioses celestiales.
¿Pues qué quisieron decir
sino que los ruegos hacen
de piedras mujeres tiernas,
que no hay cosa que no acaben?
¡Ay, que me engaña Laurencia!
Y cuando en todo no engañe,
y Finea se defienda
de su señor y su amante,
¿cómo es posible no haber
cosas que a vencerle basten
de las muchas que entretienen
esperanzas semejantes?
La mano le habrá besado,
y plega a Dios que no pase
desde la mano a la boca,
jornada y camino fácil;
que si a tomarse la mano
una vez puede llegarse,
la mano asida, ¿qué manos
defensa a los pechos hacen?
¡Ay, fuerte imaginación,
no me aprietes, no me mates,
porque donde ya me guías
no hay vida que no se acabe!
Pongamos remedio, amor.
¡No quiere amor! ¡Remediadme,
celos, que me estoy muriendo,
no permitáis que me abrase!
¿Será bien irme a mi casa
y contar esto a mis padres?
Mas no parecerá bien
que de la del Conde falte;
al Emperador sospecho
que será mejor quejarme.
Quiero escribirle.—¡Hola, Fabio!

(*Sale un* CRIADO.)

FABIO. Señora.
TEODORA. Volando dame
papel, pluma y tinta.
FABIO. Voy.
TEODORA. Diré lo que el Conde hace:
diré que ha un año que tiene
amores tan desiguales,
y que se olvida de mí
por una mujer infame.
FABIO. Aquí está papel y tinta.
TEODORA. No dejes entrar a nadie.—
Pongo en el papel la pluma.

(*Salen el* CONDE *y* ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Cuándo será que te canses?
ALBANO. Cuando se canse el amor,
que desta suerte me trae.
TEODORA. El Conde es éste, ¡ay de mí!
ALBANO. Teodora, mi bien, ¿qué haces?
TEODORA. Pruebo una pluma no más,
que no hallando quien la taje
el cuchillo de un estuche
de secretario me vale.
ALBANO. Muestra a ver.
TEODORA. ¿Qué quieres ver?
ALBANO. No, por mi vida, no rasgues
el papel.
TEODORA. Señor, perdona,
que ya le hice dos partes.
ALBANO. ¿A quién escribir querías?
TEODORA. Pienso escribir a mis padres.
¿El papel tomas del suelo?
Por tuyo es bien que le alce.
"Vuestra Majestad, señor,
(*Lea.*)
tiene el imperio y las llaves..."
ALBANO. ¿Qué quieres decir aquí?
TEODORA. Nada, ni hablaba con nadie,
que cuando prueban la pluma
cuantos hoy escribir saben
no miran en lo que escriben,
y después son disparates.
Y voime, con tu licencia,
porque el portador no aguarde,
que tajar y no escribir
con pluma y papel delante
es como tener marido
que visita en otra parte.
(*Váyase.*)

ALBANO.

¿Entiendes algo desto?

ROBERTO.

Yo sospecho
que algunos celos son, y es imposible
que por los ojos no te mire el pecho.

ALBANO.

Bien sé, Roberto, que mi amor terrible
despertará las piedras.

ROBERTO.

Mi señora
sabrá tu amor al fin.

ALBANO.

Será posible.

ROBERTO.

Con verdadero amor al fin te adora.

ALBANO.

Conozco lo que debo a la Condesa.

ROBERTO.

Si lo conoces, págaselo agora.

ALBANO.

De su disgusto, vive Dios me pesa,
si es que lo sabe, y ¡ay de aquél, Roberto,
que se lo ha dicho!

(*Salen* DON BLAS *y* DON CLAROS.)

BLAS.

Es imposible empresa.

CLAROS.

Pluguiera al cielo que os hallara muerto.

BLAS.

Quedo, señor don Claros; poco a poco,
que no habéis de creer lo que no es cierto.

CLAROS.

¿Qué tengo de creer, si sois un loco?

BLAS.

Del Conde abajo, el que lo dice miente.

CLAROS.

Casi a sacar la espada me provoco.

BLAS.

Si fuérades mi amigo o mi pariente,
y no mi hermano, yo os desafiara
en campo, en río, en bosque, en calle, en puente.

CLAROS.

¿No es vergüenza que os llamen en la cara
bufón del Conde?

BLAS.

Miente el mayordomo,
que ni aun al mismo Rey bufonizara.
Yo digo lo que quiero, visto y como,
que no sabe lo que es quien no lo prueba,
y con el mismo Conde el naipe tomo.
Cuantos nacimos somos hijos de Eva;
si como y visto con el Rey, ¿qué importa
esa ventaja que en lo que es me lleva?
Que después, a la larga o a la corta,
todos habemos de ir a la talega,
que somos piezas de ajedrez.

CLAROS.

Reporta
la loca lengua.

BLAS.

¿Cómo?

CLAROS.

El Conde llega.

BLAS.

Pues hazle reverencia.

CLAROS.

A nadie
respeto sino al cielo.

BLAS.

Si te ciega
la vana presunción, yo no me atrevo
a ser descomedido a mis mayores.

ALBANO.

¡Hola! ¿Es aqueste aquel hidalgo nuevo?

ROBERTO.

El es, con sus plumitas y colores.

ALBANO.

¡Hola, hidalgo, hola! ¿A quién digo?
¿Sabéis acaso quién soy?

CLAROS.

Señor...

ALBANO. ¿Sabéis que aquí estoy?
BLAS. Mi hermano viene conmigo
sólo a besarte la mano.
ALBANO. Bien se ve, pues que se pasa
no delante de mi casa
con el sombrero en las manos.
Pero delante de mí
y muy puesto en la cabeza,
si es necedad o es simpleza,
las bestias pasan ansí.
Echalde en el suelo luego.
¡Echalde!
CLAROS. Señor...
ALBANO. ¡Echalde!
CLAROS. Ya está echado.
ALBANO. Pues pisalde.
¡Pisalde!
CLAROS. ¡A qué tiempo llego!
ALBANO. Pisad las plumas, que han sido
causa, hidalgo majadero,
de esa soberbia, y no quiero
quedar de vos ofendido
por no me obligar a más;
del sombrero sí, y así
castigo el sombrero aquí.
BLAS. ¡Señor!
ALBANO. Dejadme, don Blas,
pues dél venganza no quiero,
que a ofenderme su simpleza
le quitara la cabeza
como le quito el sombrero.

(*Váyase el* CONDE *y* ROBERTO.)

BLAS. No le pude hablar por ti,
ni en esto fuera razón;
quizá que en esta ocasión
te ha perdonado por mí.
Alza el sombrero del suelo,
que pensé, por tu braveza,
alzar tu vana cabeza
convertida en sangre y hielo.
¿Ves cómo tus locas plumas
barren la tierra también,
porque veas que no es bien
que de soberbio presumas?
Don Claros, el que se atreve,
soberbio y vanaglorioso,
a igualarse al poderoso,
en la cabeza le llueve.
El Conde es gran caballero;
da gracias a su piedad,
pues toda esta tempestad
reparaste en el sombrero.
Escribe Isopo que había
hecho burla el roble fuerte
de la débil caña; advierte
lo que a los dos pasó un día:
Vino un viento, y el altivo
roble, fuerte, resistió
tanto, que el tronco sacó
de su cimiento nativo.
Pero la caña, humilde,
por encima le dejó
que pasase, y él pasó
sin que la ofendiese en nada.
Y ansí, cesando la guerra,
la caña se alzó como antes,
y el roble las arrogantes
ramas dejó por la tierra.
Creo que me has entendido.
CLAROS. ¡Necio! ¿Yo que vine a ser
roble al viento?
BLAS. Su poder
te derribó resistido.
¿Cuál es de los dos el loco:
yo, que al señor respetando,
con él como y con él ando,
o tú, que en tenerle en poco
te cuesta pisar tus plumas?
CLAROS. No sé; mas sé que lo es
quien vive donde me ves,
aunque de sabio presumas.
Nunca vive el que es discreto
adonde hay solo un señor,
juez o gobernador,
a quien ha de estar sujeto,
sino adonde pueda haber
tantos, que en número excedan,
que unos a otros se puedan
disminuír el poder;
porque el poder repartido
no tiene tanto valor,
y puede un hombre mejor
ser honrado y preferido.
Patria común es la Corte;
allá me pienso acoger,
que si se atreve el poder
hay poder que le reporte.
Vender quiero mi haciendilla;
si me la quieres comprar,
agora tienes lugar,
pues te quedas en la villa.
Y buen provecho te haga

la grandeza donde estás.
BLAS. Corrido y medroso vas;
fué de tu soberbia paga.
Los cuerdos al fin son pocos;
loco soy, pero al poder
lisonjas le han de vencer,
que no atrevimientos locos.

(*Váyanse, y salgan* FINEA *y* ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Cuándo viste que amor fuese
tan fácil de persuadir?
FINEA. ¡Ya no te puedo sufrir!
ROBERTO. ¡Ay, quién olvidar pudiese!
FINEA. Si al amor se le dijese
el imposible mayor;
aunque a pesar del honor
pensará que verdad sea,
porque no hay cosa que crea
más imposibles que amor.
ROBERTO. Lo que amando se fingió
creerlo, como yo aquí,
del amor digo que sí,
pero de los celos no.
Tanto creyó cuanto amó
el amor con sus sentidos;
no los celos atrevidos,
porque para más enojos
nacieron siempre mis ojos,
y todos llenos de oídos.
FINEA. ¿Ojos no has tenido, di,
para ver si corresponde
al vano intento del Conde
Finea, que vive en ti?
ROBERTO. Los dos os guardáis de mí,
y así escucho, mas no veo,
porque jugáis de rodeo;
y yo, temiendo perder,
también me guardo de ver
lo mismo que ver deseo.
¿Tanto tiempo el Conde aquí
y tú del Conde segura?
¡Así Dios me dé ventura
como te burlas de mí!
Verdad es que yo no vi
cosa indecente, Finea,
ni que a tu honor fuese fea;
¿pero quién podrá creer
que amor, con tanto poder,
tan necio y cobarde sea?
FINEA. Roberto, abrevia razones.
Si temes, deja de amar,
que eso parece negar
tan justas obligaciones
y en contingencia me pones,
si ofensas has de creer,
de que te intente ofender,
y cese nuestra amistad,
que hacer los celos verdad
es condición de mujer.
ROBERTO. ¡Ay, Finea, como tiene
el imperio de mi vida
tu amor, hablas atrevida!
FINEA. ¡Ay, Roberto, el Conde viene!
ROBERTO. Pues esconderme conviene,
no presuma que hay engaño.
FINEA. Ponte detrás de ese paño.

(*Sale el* CONDE, *de caza.*)

ALBANO. ¡Oh, mi Finea!
FINEA. ¡Oh, señor!
¿Dónde?
ALBANO. A caza.
FINEA. ¡Gran calor!
ALBANO. Sólo tu sol me hace daño.
Mal dije, que tu desdén
más me hiela que me enciende;
pero no hiela, pues prende,
y pues prende, dije bien.
Ya me pasaba sin verte;
mas mira si preso estoy
pues a verte vuelvo, y voy
a no verte y ver mi muerte.
¿Qué mandas para ese monte
que me lleva a entristecerte,
aunque a verte he de volver
antes que el sol se trasmonte?
¿Qué quieres que piense allá
o qué podré hacer sin ti,
si la más parte de mí
en tus memorias está?
FINEA. Que vaya Su Señoría
a ese monte, bosque o selva
y con mil saludes vuelva.
ALBANO. Sin ti ni aun salud quería.
Dame, Finea, una mano,
que en cortesía bien puedes.
FINEA. De nuestro concierto excedes.
ALBANO. Todo juramento es vano
en llegando la ocasión.
FINEA. Téngase Su Señoría.
ALBANO. Finea, no es cortesía,
ni es desdén puesto en razón.

Si está de tu fuego loca,
¿en qué mi alma se atreve
si pide un poco de nieve
para templarme la boca?
¿Qué pierde tu honestidad?

FINEA. Yo lo haré, con un concierto.

ALBANO. ¿Cuál?

FINEA. Que digas a Roberto,
que es tu privanza y lealtad,
que hable bien de mí y de ti.

ALBANO. ¡Mataréle, vive Dios!
¿Pues qué ha dicho de los dos?

FINEA. Que tienes prendas aquí.

ALBANO. En eso dice verdad,
que aquí tengo, y lo consiento,
perdido el entendimiento
y ciega la voluntad.
Mas que en tu vida me has dado
una mano solamente,
miente, y muchas veces miente,
y a él mismo se lo he jurado.
Y para que verdad sea
ya sin la mano me voy,
que tan noble y necio soy,
y así te estimo, Finea.

(*Vase el* CONDE.)

FINEA. ¡Oh, gran prueba de nobleza!—
¿No sales, Roberto?

ROBERTO. Sí,
ya no admirado de ti
sino desta gentileza.
¡Extraño monstruo de amor!

FINEA. ¿Estás seguro?

ROBERTO. Y de modo,
que creo en parte y en todo
la calidad de tu honor.
Mas no me espanto de ti
lo que del Conde me espanto.

FINEA. ¿Esto es amor?

ROBERTO. Nunca tanto
imaginé como vi.
No me puedo detener,
que me echará menos luego.

FINEA. Que estimes mi amor te ruego.

ROBERTO. Desde hoy serás mi mujer.

(*Vase* ROBERTO.)

(FINEA *sola.*)

FINEA.

Que pueda amor durar sin esperanza
es imposible, que es efeto extraño
de causa natural; pero el engaño
el fin que espera imginado alcanza.
Que baste una pequeña confianza
contra todo el valor del desengaño,
es ambición de amor, que estima el daño
y no puede rendirse a la mudanza.
Mucho el amor en posesión se alaba,
que menos la esperanza se asegura
porque más cerca de mudarse estaba.
Pues viva de su fuerza más segura,
que amor tal vez en posesión se acaba
y en esperanza eternamente dura.

(*Sale* FENISO.)

FENISO. La Condesa mi señora,
Finea, te viene a ver.

FINEA. ¿A mí? ¿Pues qué puede ser?
¿Por qué causa y cómo agora?
¿Yo qué soy?

FENISO. A decir voy,
Finea, que estás aquí.

(*Váyase.*)

FINEA. ¿Qué he de hacer, triste de mí?
Hoy me mata; muerta soy.
Teodora a matarme viene
de celos de su marido.
¡Ay, Dios, y qué necia he sido!

(*Salen* FABIO, FABRICIO, FENISO *y otros* CRIADOS, *y la* CONDESA.)

TEODORA. ¿Tan humilde casa tiene?

FABRICIO. No es más que aquesto que ves.

TEODORA. Estés, Finea, en buen hora.

FINEA. ¿Tú en esta casa, señora?
Dame mil veces los pies.

TEODORA. Alzate, no estés ansí;
mucho de verte me huelgo.—
Por Dios, que tiene razón
el Conde: ¡buen rostro y cuerpo!
¿Qué te parece, Fabricio?

FABRICIO. Que es hermosa; mas no quiero
que el Conde tenga disculpa.

FINEA. Agora me matan éstos.

TEODORA. Dícenme que viene el Conde
a tu casa por momentos.

FINEA. Sabe Dios, señora mía,
las lágrimas y los ruegos
que sus venidas me cuestan.

TEODORA. ¿Qué sillas tienes?
FINEA. No tengo
más de aquestas dos quebradas,
porque soy pobre en extremo,
que de lo que honrada soy
no es el menor argumento.
TEODORA. ¿Y en éstas se sienta el Conde?
FINEA. Sí, señora.
TEODORA. ¿Y estos viejos
paños le guardan del aire
y del rigor del invierno?
FINEA. Yo no los tengo mejores.
TEODORA. ¿Es esa cama que veo
la tuya?
FINEA. En esta pobreza;
al lado de mi honor duermo.
TEODORA. ¿Y la de tu viejo padre?
FINEA. No está de la mía lejos,
que de noche la partimos
y está en el mismo aposento.
TEODORA. ¿Come aquí el Conde?
FINEA. Sí come.
TEODORA. ¿En qué?
FINEA. En lo que yo como y bebo:
platos de barro y las copas
de vidrio.
TEODORA. ¡Extraño suceso!
¿Hay ceguedad semejante?
Hola, criados, de presto
aquí tres o cuatro salas
colgad de brocados luego;
poned dos camas bordadas
y estrado el mejor que tengo,
con dos docenas de sillas
de tela o de terciopelo!
Traed un aparador
de plata dorada, haciendo
al Conde en aquesta casa
más propio suyo aposento,
que no quiero yo que el Conde
lo pase mal, ya que veo
que aquí vive con más gusto,
con más espacio y más tiempo.

(*Vanse la* CONDESA *y gente.*)

FINEA. ¿Hay semejante desdicha?
¿Hay más extraño suceso?
¿Qué es esto, fortuna mía?
Fortuna injusta, ¿qué es esto?
¿Qué culpa he tenido yo?
¿En qué a la Condesa ofendo?
¿Qué fin tendrán estas cosas,
si no es mi fin el que veo?
Roberto tiene la culpa,
pues por querer a Roberto
he sufrido las visitas
del Conde tan largo tiempo.
¿Qué he de hacer, triste de mí?

(*Sale* CELEDÓN, *su padre.*)

CELEDÓN. Hija, por mi fe que creo
que ha llegado la locura
deste atrevido mancebo
a que debe de mudarse
a nuestra casa, o tu pecho,
como mujer baja y vil,
dió lugar a sus deseos.
De un carro largo en mi casa
van sacando reposteros,
telas, brocados, tarimas,
camas, cofres, sillas, lienzos,
plata, bufetes, estrados,
hasta negros instrumentos
de cocina, y tantos hombres
escalan mis aposentos,
que antes de media hora pueden
dársele al Conde.
FINEA. No entiendo
de todas estas desdichas
más de que mi honor poseo.
Cuelguen, adornen, escalen,
que mi honrado pensamiento
adorna aquella virtud
que de vuestra sangre heredo.
No creáis que el cielo olvide
nuestro valor, porque al cielo
toca defender humildes.
CELEDÓN. De mis desdichas me quejo,
de quien sé yo que de ti
y de tu invencible pecho
está seguro mi honor.
¿No escuchas los golpes dentro?
¡Extraña priesa se dan!
Que tienen armadas creo
las camas. ¿No ves las sillas?
¿No ves el estrado puesto?
¿No ves qué ricos brocados?
FINEA. Más nuestros tapices precio,
que debieron ser de dote,
padre, de vuestros abuelos,
que todas esas riquezas.
CELEDÓN. ¡Dichoso el que vive lejos
de las poderosas Cortes

de los príncipes soberbios!

FINEA. El Conde dicen que viene.
Ahí, padre, escondeos de presto.

CELEDÓN. Muchos males ven, Finea,
los que viven largo tiempo.

(*Vase el* VIEJO.)

(*Salen el* CONDE *y* ROBERTO.)

ROBERTO.

¿Aun allá no sosiegas?

ALBANO.

No es posible;
centro del alma es esta hidalga hermosa
y su vista en mis ojos invencible.

ROBERTO.

¿Qué es aquesto, señor?

ALBANO.

¡Extraña cosa!
¿Brocados en su casa de Finea?
¿Mi cama aquí?

ROBERTO.

Y aun toda la preciosa
plata y pintura.

ALBANO.

¿Quién habrá que crea
tan nuevo caso?

ROBERTO.

Estrado y sillas veo,
y no puedo pensar, señor, qué sea.

FINEA.

¡Yo sí, que siempre mis desdichas creo!

ALBANO.

Finea mía, ¿qué es aquesto?

FINEA.

¡Ah, Conde,
en cuánto mal me ha puesto tu deseo!

ALBANO.

¿Yo, cómo? ¿Yo, por qué? Dilo; responde.

FINEA.

De tu partida apenas pasó un hora
que aquí veniste y me dijiste dónde,
cuando entró la Condesa mi señora,
y espantada de ver esta pobreza
que tu engañado pensamiento adora,
movida de tu daño a más tristeza,
para que aquí estuvieses con más gusto,
mis paredes cubrió de su riqueza.

ALBANO.

¿Hablóte mal?

FINEA.

Ni aun me mostró disgusto;
sólo le tuvo de que no estuvieses
con el descanso que a un señor es justo.

ALBANO.

¿Que no te dijo nada?

FINEA.

Que vivieses,
pues ésta era tu casa, con decencia,
y que en tu plata como allá comieses.

ALBANO.

¡Discreta, honrada y noble diligencia!—
Oye, Finea.

FINEA.

Ya te escucho.

ALBANO.

Todo
cuanto tienes agora en tu presencia
se quede para ti; del mismo modo
plata, camas, brocados, sillas, telas,
que a tu dote, y es justo, lo acomodo.
Y te doy la palabra sin cautelas
de no entrar en tu casa eternamente,
por mucho que el amor me ponga espuelas.
No más amor; confieso hidalgamente
que la noble Condesa me ha vencido
y en su virtud templado mi accidente.
Presto, Finea, te daré marido.

(*Vase el* CONDE.)

ROBERTO.

¿Qué te parece?

FINEA.

¡Ay, cielos, que estoy loca;
lo que no imaginé me ha sucedido!

ROBERTO.

¿Querrásme agora a mí?

FINEA.

¡Calla la boca!

(*Váyanse y salga la* CONDESA *y* FABRICIO.)

FABRICIO. Parece que estás temblando.

TEODORA. No me deja el corazón
sosegar, imaginando
que está el Conde con pasión

mi atrevimiento mirando.
Dame que yo no tuviera
al Conde amor, que ya fuera
el Emperador mi asilo.
FABRICIO. No pudiste hallar estilo
que menos pesar le diera.
TEODORA. ¡Ay, Fabricio, que a mi error
quieres dar esos consuelos,
sabiendo con qué rigor
los hombres castigan celos,
aunque nacidos de amor!
Tú verás que el Conde airado
se vuelve una tigre allí
viendo su amor declarado,
y que llueve sobre mí
el enojo que le he dado.
Tú verás de qué manera
toma la amorosa traza,
que ya mi temor espera
que como viene de caza
tengo yo de ser la fiera.
Ya está hecho; soy mujer,
no pude más.
FABRICIO. ¡Gran ruído!
TEODORA. El Conde debe de ser.

(*Sale* FABIO.)

FABIO. Señora, el Conde ha venido
vertiendo risa y placer.
TEODORA. ¿Luego no ha visto a Finea?
FABIO. Antes de allá viene agora.
TEODORA. ¿Cómo es posible?
FABRICIO. No sea
que finja.
FABIO. Pienso, señora,
que hablarte y verte desea.

(*Sale* FENISO.)

TEODORA. ¿El Conde a mí?
FENISO. Ya ha llegado
de caza el Conde.
TEODORA. Feniso,
¿viene el Conde muy airado?
FENISO. Que viene alegre te aviso.
Fabio le ha visto y hablado.
TEODORA. ¿Pues vió la tapicería,
camas y estrados?
FENISO. Sí vió.
TEODORA. ¿Supo que la traza es mía?
FENISO. Sí, señora.
TEODORA. ¿Y no le dió
pena?
FENISO. El nos muestra alegría,
que lo que en el pecho tiene
nadie lo puede saber.
FABRICIO. El Conde, señora, viene.
TEODORA. ¡Qué alma debe de traer!
¡Qué paciencia me conviene!

(*Sale el* CONDE.)

ALBANO. ¿Está la Condesa aquí?
TEODORA. Sí, mi señor.
ALBANO. ¡Oh, Condesa,
dadme esos brazos mil veces!
TEODORA. ¿Brazos en tan corta ausencia?
ALBANO. De vos, mi bien, no es posible
que ausencia pequeña sea,
porque faltando a mis ojos
faltan a la noche estrellas,
faltan los rayos del sol
al día, y a las tinieblas
el alba, y aun falta el alma
a la vida, que en vos queda.
TEODORA. ¿Cómo venís tan galán?
ALBANO. Porque es justo que lo sea
un marido tan indigno
de una mujer tan discreta.
¿Qué hacíades con Fabricio?
TEODORA. Trataba dar a Laurencia,
hija de Jofre el alcalde,
marido, porque es doncella
de mil partes adornada:
discreción, gracia y vergüenza,
que es gran dote en la mujer.
ALBANO. Santa ocupación.
TEODORA. Quisiera
honrarla de un hombre tal.
ALBANO. ¿Quién habrá que la merezca?
TEODORA. Roberto, imagino yo.
ALBANO. Roberto es hombre de prendas,
y me agrada su elección.
TEODORA. Vos le queréis bien, yo a ella,
y así merced les haremos.

(*Salen* DON CLAROS *y* DON BLAS.)

CLAROS. Medroso voy.
BLAS. Calla y entra.
CLAROS. Aquí están juntos los dos.
BLAS. Las manos a los dos besa.
CLAROS. A pedir vengo perdón
a esos pies.
ALBANO. En hora buena
vengáis, señor, a esta casa.
CLAROS. Vusiñoría me tenga

por su esclavo.
ALBANO. Sois mi amigo.
CLAROS. De aquella hidalga soberbia
le pido perdón.
ALBANO. No hay cosa
que este día no conceda.

(*Aparte.*)

TEODORA. ¿Qué tiene el Conde, Fabricio,
que tal alegría muestra?
FABRICIO. Agradecer a tu amor
una hazaña tan discreta.
ALBANO. Condesa, pues vos queréis
casar y honrar a Laurencia,
yo quiero casar a otra.
TEODORA. ¿Quién es?
ALBANO. La hidalga Finea,
la hija de Celedón,
alcalde de la nobleza.
TEODORA. ¿A Finea?
ALBANO. Si queréis.
TEODORA. Vos, señor, tenéis licencia.
ALBANO. Deseo que se asegure
cierta aunque incierta sospecha.
TEODORA. Haréis vos como quien sois.
BLAS. Si casarla se concierta,
ya sabéis que me habéis dado
la palabra, y que por ella
he hecho torneos, justas
y otras mil diversas fiestas
y caballerosos actos.
ALBANO. ¡Hola!, id vosotros por ella,
y vos, don Blas, a vestiros,
que esta noche será vuestra.
BLAS. Beso a Vusía las manos.
¡Hola, criados, libreas,
hachas, pajes, sastres, ropas,
plateros, joyas, cadenas,
trencellines y cintillos,
y no haya rubí ni perla,
sino diamantes al tope!
¡Plaza, vulgo; plaza, afuera!

(*Vase.*)

ALBANO. Contento va.
TEODORA. Con razón,
que es muy gallarda la prenda.
ALBANO. Yo sé quien es más gallarda,
pues enamora y sujeta
con su entendimiento y gala
las almas que se revelan.
¿A Laurencia han avisado?
TEODORA. En palacio está Laurencia,
y en hábito cortesano.

(*Sale* CELEDÓN, *padre de* FINEA.)

CELEDÓN. De cualquiera acción que sea
disponer la voluntad
al dueño ha de darse cuenta.
Sepan, pues, Vusiñorías,
pues es razón que lo sepan,
que me ha enriquecido el cielo
de una no pensada herencia:
ya estoy rico, y como ya
saben que tengo esta hacienda,
a Finea me han pedido
y yo he casado a Finea.
ALBANO. ¿A Finea?
CELEDÓN. Sí, señor.
ALBANO. Pues pésame.
CELEDÓN. ¿Desto os pesa?
ALBANO. Habíamosla casado
con don Blas yo y la Condesa.
CELEDÓN. Ya, señor, es imposible,
que los desposados entran
para besaros las manos.

(*Salen* ROBERTO *y* FINEA, *de las manos, muy galanes.*)

ALBANO. ¿Quién es?
ROBERTO. Quien, con tu licencia,
es de Finea marido.
ALBANO. ¿Tú, Roberto?
ROBERTO. ¿Pues quién piensas
que ha podido asegurarse
mejor de tantas sospechas?
ALBANO. Digo que tienes razón.

(*Salen* LAURENCIA *y* JOFRE, *su padre.*)

JOFRE. Ya está aquí, señor, Laurencia,
y yo te beso los pies
pues en Roberto la empleas,
hombre que yo quiero tanto.
TEODORA. Ya tiene Roberto prenda.
JOFRE. ¿Quién?
FINEA. Yo soy.
LAURENC. Mucho mejor
en vos Roberto se emplea.

(*Salen* DON BLAS, *de boda, galanísimo, a lo gracioso, con dos lacayos y dos pajes, a su traza.*)

BLAS. ¿Mi esposa ha venido ya?
CLAROS. Aquí están damas apuestas.
BLAS. Pues haced lugar, padrino.
CLAROS. No sé yo cuál es la vuestra.

BLAS. ¿Qué le parece a Vusía
desta camisa flamenca?
¿Desta capa, gorra y calzas?
¿Y esta invención de cadenas?
ALBANO. Digo que venís galán.
BLAS. Dadme aquesas manos bellas,
Finea hermosa.
ROBERTO. Teneos,
que tiene dueño y defensa.
BLAS. ¿Cómo es esto? ¡Pido agravio
y pongo mano a Fisberta,
Espada que fué de Orlando!
ALBANO. Remediad esto, Condesa.
TEODORA. Don Blas, paso.
BLAS. Sola vos
y ese paso detuvieran
mis pasos en lo que paso.
TEODORA. Dale la mano, Laurencia,
que yo te doy con don Blas
dos mil ducados de renta.
BLAS. Digo que mejoro en dicha.
ALBANO. Pues celébrense las fiestas.
BLAS. Mantengo aquí y en París
un torneo, de hoy la fecha
en cien años, por mi esposa.
ALBANO. Y aquí acaba la comedia
donde su autor pintar quiso
Los Hidalgos del Aldea.

FIN.

COMEDIA FAMOSA

DE

EL HIJO SIN PADRE

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CARLOS, *conde de Castilla.*
ENRIQUE.
BERMUDO.
NUÑO.
DOÑA LEONOR.
DON ARIAS.
BERNARDO.
El MARQUÉS FEDERICO.
LISENO.
GERARDO.
CAMILA.
Un ALCAYDE.
DOÑA BLANCA.
LEONIDO.
FINARDO.
TIBALTE.
ARISTA.
GUEVARA.
DON VELA.
RISELO, *labrador.*

JORNADA PRIMERA

(*Salen* CARLOS, *conde de Castilla;* ENRIQUE, BERMUDO *y* CRIADOS, *todos las espadas desnudas.*)

CARLOS. ¡Traidores sois, vive el cielo!
ENRIQUE. El traidor es quien pretende
usurpar la hacienda ajena
y heredar lo que no puede.
CARLOS. Yo soy Conde de Castilla,
y vuestro señor.
ENRIQUE. ¡Tú mientes!
CARLOS. Con la espada no hay agravio;
vosotros me dais la muerte
siendo mis primos hermanos.
BERMUDO. La espada, Enrique, suspende
y dile quién es.
ENRIQUE. Bien sabe
quién es.
CARLOS. Sé que sois aleves.
ENRIQUE. Si fueras hijo del Conde
nuestro señor, que Dios tiene,
¿quién duda, engañado Carlos,
que heredabas justamente?
CARLOS. ¿De mi padre no soy hijo?
ENRIQUE. No, Carlos, bastardo eres;
que la Condesa, tu madre,
manchó su honor bajamente
con el marqués Federico,
embajador de los Reyes
de Bretaña.
CARLOS. ¡Eso es maldad,
porque Teodosinda siempre
fué ejemplo de las virtudes
que el matrimonio enriquecen.
Pero ya que me quitáis
mi estado, piedad parece
digna de cristianos pechos
dejarme la vida.
ENRIQUE. Emprende
cualquier pleito con la vida
pues esta verdad no crees,
que para justificar
nuestra causa y que nos viene
de derecho este Condado
por más cercanos parientes,
queremos que vivas, Carlos;
mas ¿qué pleito poner puedes
siendo esta verdad tan clara?
Quédate, loco, y advierte
que te dejamos la vida,
aunque tú no la mereces
por tu soberbia y locura.

(*Vanse, y queda solo* CARLOS.)

CARLOS. ¿Esto los cielos consienten?
Pero por dicha es verdad,
pues a mil nobles mujeres
se atrevió el amor, que amor
es igual como la muerte.
Sin duda yo soy quien dicen.

¿Qué desventura no tiene
principio de las mujeres?
Pero, en efeto, las leyes,
naciendo yo, vivo el Conde,
mi derecho favorecen.
Yo no estoy seguro aquí,
que si arrepentidos vuelven
han de quitarme la vida
para que los pleitos cesen.

(*Sale* NUÑO, *criado.*)

NUÑO. Las nuevas que te traía
han perdido la ocasión.
CARLOS. ¿Nuevas, Nuño? ¿De qué son,
en tanta desdicha mía?
NUÑO. De que la bella Leonor
viene agradecida a verte.
CARLOS. Si es Leonor, Nuño, la muerte,
nunca en ocasión mejor.
Basta que yo no soy hijo
del que he tenido por padre,
pues otro me dió mi madre.
NUÑO. ¿Quién tal locura te dijo?
CARLOS. Enrique, que por pariente
ya la posesión tomó
de mi estado.
NUÑO. Que yo
lo supe de alguna gente
que le daba por autor
me atrevo agora a decir;
pero ha querido fingir
aquesta maldad, señor,
para quitarte tu estado.
CARLOS. ¡Ay, Nuño, verdad será,
que desde el nacer lo está
el que ha de ser desdichado!
Pero si fué Federico,
de Bretaña embajador,
el que conquistó su honor,
padre tengo noble y rico.
Bien será partirme allá,
y que conozca que soy
su hechura.
NUÑO. Yo no te doy
consejo, que es tarde ya.
Mas por Dios que yo no crea,
supuesto que puede ser,
que tan ilustre mujer
hiciese cosa tan fea.
CARLOS. Partamos, Nuño, a Bretaña
a hacer esta información.
NUÑO. Que quieras padre bretón
siendo natural de España,
me da cuidado, por Dios.
CARLOS. En tanto que me prevengo
habla a Leonor.
NUÑO. ¿Y qué tengo
de decirle?
CARLOS. Que los dos
nos volveremos a ver
con más contento algún día.
NUÑO. Ser esto verdad podría,
por ser flaqueza en mujer.
Que yo las pintara aquí,
pero no me dan lugar.

(*Sale* DOÑA LEONOR, *dama.*)

D.ª LEO. ¿Ya qué puedo preguntar,
si todo mi bien perdí?
NUÑO. Aquí, mi bien (1), quedo yo;
pero a tan triste fortuna
no hay nueva que darte alguna
más de que Carlos partió
a buscar aqueste padre
que quieren darle por fuerza.
D.ª LEO. Su infame opinión esfuerza
contra el valor de su madre
este tirano crüel.
NUÑO. Díjome que se partía,
mas que esperes, que algún día
vendrás a verte con él.
Responde, que no me puedo
detener.
D.ª LEO. Dile que ha sido
crueldad haberse partido
sin verle, y que muerta quedo.
Dile que siempre me escriba,
y que me escriba en su pecho
si le lleva satisfecho
de que del alma me priva.
Dile, Nuño...
NUÑO. No podré
tomar de memoria tanto;
pero yo le diré cuánto
debe a tu firmeza y fe.
D.ª LEO. Ponte al dedo este diamante,
con que te acuerdes de mí.
NUÑO. Quiero tomarle por ti,
puesto que no era importante,
mas para escribir en él

(1) Este "mi bien" es errata procedida del "mi bien" del verso anterior. Quizá diría "por él" o cosa semejante.

mis grandes obligaciones,
porque veas que las pones
en un diamante fiel.

(*Vanse, y salen* BERMUDO, ENRIQUE *y* CRIADOS.)

ENRIQUE. Dos no pueden regir bien
ningún estado, Bermudo.
BERMUDO. Que en paz se conserven dudo,
por más conformes que estén.
ENRIQUE. El Condado de Castilla
bien se puede dividir,
pues es fácil escribir
hasta la más corta villa.
Y después, echando suertes,
asistir donde tocare
a cada cual.
BERMUDO. ¿Que repare
en igual daño me adviertes?
Pues también quedan ansí
en Castilla dos señores,
y con peligros mayores
de perderla.
ENRIQUE. ¿Entre dos?
BERMUDO. Sí.
Pues luego el Rey de León
que divididos nos vea,
por armas, como desea,
ha de mostrar su intención;
y hallándonos divididos
nos vencerá fácilmente.
ENRIQUE. Para cuando alguno intente
sucesos tan atrevidos
los dos juntarnos podemos,
y será mayor defensa.—
Yo entiendo lo que éste piensa.
BERMUDO. Ejemplo, Enrique, tenemos
en el Imperio romano,
por dos cabezas regido;
que no está bien dividido
el Condado castellano:
que junto tiene valor
y partido es poco.
ENRIQUE. Creo,
Bermudo, que tu deseo
se funda en tenerme amor.
Pero si yo te dejase
este estado libremente,
¿qué me darías?
BERMUDO. Detente,
que no pienso que llegase
la misma imaginación
a pensar en más tesoros.
ENRIQUE. No son piedras, plata y oro,
Bermudo, mi pretensión.
BERMUDO. ¿Ciudades acaso?
ENRIQUE. Menos.
BERMUDO. ¡Confuso estoy!
ENRIQUE. ¿A Leonor
no sabes que tengo amor?
BERMUDO. Y yo los sentidos llenos.
ENRIQUE. Mira qué fuerzas de amor,
que si dejando aficiones
hoy en mi poder la pones
y soy dueño de Leonor,
te doy a toda Castilla.
BERMUDO. Enrique, Leonor es tuya,
puesto que el amor me arguya,
que tanto amalla y servilla
vino a parar en trocalla
por ningún tesoro humano.
ENRIQUE. Castilla queda en tu mano,
y desde hoy puedes gozalla.
BERMUDO. Y tú a Leonor cuando quieras;
que no digo a Leonor,
pero si, como Almanzor,
cien doncellas me pidieras:
¿qué mujer por cualquier gusto
no deja un hombre?
ENRIQUE. Es verdad.
BERMUDO. Pues cese mi voluntad,
que por un reino más justo
es dejar una mujer.
ENRIQUE. ¿Cómo Leonor será mía?
BERMUDO. Lo que yo darte podía,
que es dejar de pretender,
esto te doy; lo demás
con su padre lo averigua.
ENRIQUE. Conozco su sangre antigua
y no ofendida jamás;
pero no me ha de querer
ni aun por marido Leonor.
BERMUDO. En eso es notable error
el de cualquiera mujer.
Mas ¿por qué no ha de quererte
Leonor? ¿Son celos de mí?
ENRIQUE. Leonor no te quiere a ti.
BERMUDO. ¿Cómo no? De ello me advierte.
ENRIQUE. Quiere a Carlos.
BERMUDO. Pues partido
Carlos, di que le olvidó.
ENRIQUE. ¿Pues cómo, si hoy se partió?
BERMUDO. Como si no hubiera sido:
las espaldas del amor
son la ausencia, y es la ausencia

traidora siempre (1).
ENRIQUE. En presencia y en ausencia,
es firme siempre Leonor.
BERMUDO. A no estar su padre aquí
robarla fuera acertado.
ENRIQUE. ¿No eres señor de este estado?
BERMUDO. Sí.
ENRIQUE. ¿No es tu vasallo?
BERMUDO. Sí.
ENRIQUE. Pues envíale a León,
dándole al Rey cuenta que eres
Conde de Castilla.
BERMUDO. ¿Quieres?
ENRIQUE. Quiero, y es justa razón.

BERMUDO.

El viene.

(*Sale* DON ARIAS.) (2)

DON ARIAS.

A daros vengo alegremente
el parabién, señores, del estado,
que gocéis muchos años felizmente.

ENRIQUE.

Aunque los dos le habemos heredado,
don Arias, de Bermudo solamente
es de Castilla el próspero Condado.
La mano le besad.

DON ARIAS.

Con mucho gusto,
si os habéis concertado como es justo.

BERMUDO.

Arias amigo, levantaos del suelo,
y señor de la villa de Medina.

DON ARIAS.

Prospere tu dichosa edad el cielo;
no en vano amor a tu valor me inclina.
Las altas sierras que corona el yelo
que con las densas nubes se avecina,
dosel del siempre blanco Guadarrama,
humillen sus peñascos a tu fama.
Pases a la ribera vitorioso,
premio y laurel de militar trabajo,
por donde, aunque ceñido, vigoroso,
entre muros y montes pasa el Tajo.

BERMUDO.

Yo pretendo, don Arias generoso,
que sé que alguna pesadumbre atajo,
dar al Rey de León, nuestro pariente,
cuenta deste suceso brevemente.
Para lo cual embajador os hago
y os ruego que os partáis, que esa prudencia
será en esta ocasión muy importante.

DON ARIAS.

Señor, en cuanto apercibirme puedo
saldré de la ciudad; dadme las cartas,
que más que de la villa que me distes
os agradezco aquesta confianza.

BERMUDO.

Pues vamos a escribir. Tú mira, Enrique,
en lo que puedo yo servirte.

ENRIQUE.

Sólo
en que me mandes, y que estés seguro
que como propio bien tu bien procuro.

(*Vanse, y quedan* ENRIQUE *y* BERNARDO.)

BERNARDO.

No puedo, ya que se partió Bermudo,
dejarte de reñir, perdona el término,
haberle dado este Condado insigne
porque deje la acción, si alguna tiene,
al casamiento de Leonor.

ENRIQUE.

Bernardo,
como tan presto yo quitarle aguardo
la parte que le toca y quedar solo,
quiero tener seguro el bien que estimo;
fuera de que no hay ley que a esta palabra
pueda obligar, y yo con armas pienso
echarle de Castilla brevemente.

BERNARDO.

Si entre tanto, bien quisto de la gente,
gana los corazones, tú te engañas:
que no es rey el que reina en las ciudades,
sino en las amorosas voluntades.

(*Vanse, y salen* CARLOS *y* NUÑO, *de camino.*)

CARLOS. ¿Qué te parece Bretaña?
NUÑO. Nada me parece bien
siendo la desdicha quien

---

(1) Este pasaje está viciado. Quizá se escribiría:

A las espaldas de amor
traidora siempre es la ausencia.
ENRIQUE. En presencia y en ausencia
es firme siempre Leonor.

(2) Sale también BERNARDO, que habla luego.

nos conduce a tierra extraña.

CARLOS. Las señas de la gran casa
del Marqués sus armas son.

NUÑO. ¿Y qué tiene por blasón,
que a mí luego se me pasa?

CARLOS. Un águila dicen que es.

NUÑO. Malo, si te ha de probar
al sol.

CARLOS. Bueno me ha de hallar,
a lo que pienso, el Marqués.

NUÑO. Espántanme los señores,
y vese bien su grandeza
en que por más extrañeza
son sus blasones mayores.
Siempre en sus armas verás
águilas, tigres, leones,
grifos, sierpes, tiburones
y trecientas cosas más.
Cuando veo que a su puerta
pone un tabernero amigo
un ramo de oliva, digo:
esta es la nobleza cierta.
Pues ver un bodegonero
poner por armas sencillas
dos cuarteles de morcillas
y seis manos de carnero,
¿a quién no dan a entender
su nobleza y hidalguía?
Que un águila y una arpía,
¿cómo se pueden vencer?
Si en la puerta de un señor
por armas un tigre encuentro,
¿qué puedo pensar que hay dentro
sino sangriento rigor?
Mas si encuentro una asadura
en campo blanco de un plato,
claro está que es dentro el trato
corazón, alma y blandura.

CARLOS. Bien sé que por alegrarme,
¡ay, Nuño!, y entretenerme
por ver si mi pena duerme,
cansada de atormentarme,
esos desatinos tratas;
mas mira que se concierta
con las señas esta puerta.

NUÑO. ¿Pues por qué el entrar dilatas?

CARLOS. Porque en la gente que sale
pienso que viene el Marqués.

NUÑO. ¡Qué buena persona!

CARLOS. El es.

NUÑO. No hay príncipe que le iguale.
Dale gracias a tu madre.

CARLOS. ¿De qué es bien que se las dé?

NUÑO. De que aunque prestado fué,
te dió en efeto buen padre.

(*Salen el* MARQUÉS FEDERICO *y* CRIADOS.)

MARQUÉS. Dirásle a Blanca, Lucindo,
que en todo tendré cuidado.

CARLOS. ¡Gallardo talle!

NUÑO. ¡Extremado!

CARLOS. ¡Buena barba y rostro!

NUÑO. ¡Lindo!

CARLOS. ¡Qué bien parece un anciano
cuando de serlo se precia!

NUÑO. Lo demás es cosa necia,
que el tiempo no pasa en vano.

CARLOS. Tiemblo de llegarle a hablar.

NUÑO. Acá es mayor la llaneza,
que la española aspereza
sólo allá se puede usar.

CARLOS. La sangre se me ha turbado:
él es mi padre; ¿qué dudo?

NUÑO. Pues si ella turbarte pudo,
a su origen ha llegado.

CARLOS. Deme vuestra Señoría
los pies.

MARQUÉS. Caballero, alzaos
y decid quién sois.

CARLOS. Señor...

MARQUÉS. Parece que estáis turbado.

CARLOS. No os espantéis que me turbe
viniéndoos a hablar en caso
tan extraño y nuevo.

MARQUÉS. ¿A mí
en caso nuevo y extraño?

CARLOS. En extraño y nuevo a vos.

MARQUÉS. Decid, que saberle aguardo
con el deseo que veo
en vos de querer contarlo.

CARLOS. Yo soy, Marqués generoso,
Conde de Castilla.

MARQUÉS. En tanto
que no os conocí, no es justo
que me culpéis: esos brazos
me dad mil veces, que yo
vine a quedar obligado
después que estuve en Castilla
a cualquiera castellano,
cuanto más a su señor.
Pero estoy considerando:
¿cómo venís desta suerte,
siendo un príncipe tan claro
que ningún rey es mejor?

CARLOS. Casos de fortuna varios
me traen de aquesta suerte,
porque todos mis vasallos
otro señor obedecen.
MARQUÉS. ¿El estado os han quitado?
CARLOS. Sí, señor.
MARQUÉS. ¿Por guerra?
CARLOS. No,
sino por haber hallado
que no soy hijo del Conde,
y así, mis primos hermanos
don Bermudo y don Enrique,
con los demás conjurados,
me quitan la posesión.
MARQUÉS. Pésame de vuestro daño.
Mas, ¿con qué razón pudieron?
CARLOS. La razón, señor, que han dado
es probarme que mi madre
la Condesa... (¡ay, cielo santo,
de hablar en su deshonor
el alma me está temblando!)
Mi madre, en fin, fué mujer;
tuvo amor, bien empleado,
por quien...
MARQUÉS. No os turbéis, decid.
CARLOS. Ella podía excusarlo;
pero si había de ser,
le agradezco haberme dado
tal padre como sois vos.
Por eso, bañando en llanto
mis ojos y vuestros pies,
me postro en ellos.
MARQUÉS. ¡Qué engaño!
Levantad, señor, del suelo;
no estéis así, levantaos,
porque como caballero,
Conde, juramento hago
en la cruz de aquesta espada
que no sólo con el trato,
mas ni a solas con palabras
hice a vuestro padre agravio.
CARLOS. ¿Que no sois mi padre?
MARQUÉS. ¿Yo?
Si toqué jamás su mano,
a Blanca, mi amada hija,
me traigan muerta a los brazos.
Verdad es que oí decir
que el Rey de León, estando
en Zamora en unas fiestas,
la festejó tiempo largo.
Y si vos sois hijo suyo,
su yerro está disculpado
con mejor padre que yo.
Esta es la verdad; con tanto,
mirad lo que me mandáis.

(*Vase.*)

CARLOS. Que os guarde Dios muchos años.
NUÑO. ¿Qué es esto?
CARLOS. ¿Ya no lo ves?
NUÑO. ¿No tenemos padre?
CARLOS. No;
pero mejor me le dió,
según me ha dicho el Marqués.
NUÑO. ¿Otro padre?
CARLOS. Esto me dijo.
NUÑO. ¿Qué ya no hay padre bretón?
¿Pues quien?
CARLOS. El Rey de León.
NUÑO. ¿Que de un león eres hijo?
CARLOS. A España volverme quiero
a hablar al Rey de León.
NUÑO. Sí; pero será razón
procurar algún dinero,
que se acaba el que traía.
CARLOS. Vender dos joyas aquí.
NUÑO. Cerca desta calle vi
una hermosa platería.
CARLOS. La menor joya que venda
vale cuatro mil ducados.
NUÑO. Son diamantes extremados,
puesto que es dudosa hacienda,
porque son estimación;
mas nunca te he preguntado
si ausente Leonor te ha dado
algún mal de corazón.
CARLOS. Nuño, si alguno tenía,
desdichas me lo quitaron.
NUÑO. Dicen que al amor criaron
ociosidad y alegría.
No es amor para ocupados
ni para tristes.
CARLOS. Buscar
mi padre, Nuño, ha de dar
a mi vida otros cuidados.

(*Vanse, y salen dos presos,* LISENO *y* GERARDO.)

LISENO. Abre aquestos calabozos,
alcaide, que nos comemos
de animales exquisitos.
GERARDO. Abre aquí.
LISENO. ¡Gracias al cielo
que vemos su pura luz!
GERARDO. ¡Oh, qué noche!
LISENO. ¿En qué tormentos

pudo padecerse más
ni ser el descanso menos?
¿Ha de haber qualque tragada?

GERARDO. En puribus amanezco.

LISENO. Ya está Camila en el patio.

GERARDO. Quien ama, aborrece el sueño.

(*Sale* CAMILA.)

CAMILA. Buenos días.

LISENO. ¿Qué mejores
que viendo y amaneciendo
tu sol en aquesta cárcel?

CAMILA. ¿Cómo estamos?

LISENO. Sin dineros.

CAMILA. Salud te falta.

LISENO. Es verdad,
porque no hay salud sin ellos;
pero por eso eres tú...

CAMILA. ¿Qué soy yo?

LISENO. Mi tesorero.

CAMILA. ¿No te convida ninguno?

LISENO. ¿Qué quieres? Son presos viejos,
que saben todas las flores.

CAMILA. ¿Qué hay de pleitos?

LISENO. ¿Qué pleitos?
¿No sabes que en este sitio
se viven cuatro elementos:
dar, rogar, andar y hablar,
y que de todos carezco?

(*Salen dos* MÚSICOS, *presos, cantando.*)

MÚSICOS. Buenos son tus ojos
para corchetes,
porque agarran las almas
por donde quieren.

GERARDO. Buenos días, feo Capoche.

MÚSICO. Dejemos las cortesías,
que todos son buenos días
después de tan mala noche.

(*Sale un* ALDAIDE, CARLOS *y* NUÑO, *presos.*)

ALCAIDE. Entren y tengan paciencia.

GERARDO. ¡Presos nuevos, vive el cielo!

CARLOS. Paciencia habré menester,
que es la cama de los presos.

NUÑO. Vuesa merced nos aloje
en un honrado aposento.

ALCAIDE Aquí no se da a ladrones.

CARLOS. De desdichas yo lo creo,
porque tengo hurtadas tantas
que aquesta infamia merezco.

NUÑO. Señor Alcaide, en mi tierra
tratan a los forasteros
con más piedad.

ALCAIDE. ¿Qué piedad
quieren que usemos con ellos
si están vendiendo una joya
que dicen cuatro plateros
que vale seis mil ducados?

NUÑO. ¿Y ese es delito?

CARLOS. ¿No puedo
tener esa joya aquí
si soy noble caballero?

ALCAIDE. ¡Qué caballero! Esa es
flor de ladronazos viejos;
quédense para quien son.

CARLOS. Con mis desdichas me quedo.

(*Vase el* ALCAIDE *y llegan los presos.*)

GERARDO. ¿Oyen, hidalgos?

NUÑO. Sí oímos,
pero no por los pescuezos,
y tenga vuesed la mano.

LISENO. Todo lo que es presos nuevos
deben aquesta patente.—
Lea, Capoche.

MÚSICO. Ya leo:
"Nos, los presos más antiguos
deste temporal infierno,
demonios en padecer
y en no salir de su reino
sin salud, que aquí no la hay,
sin gracia, porque sabemos
que ha de parar en desgracia,
sepades que nuestro acuerdo
ha fecho aqueste arancel
a honor de los presos viejos:
Primeramente que pague
el matador veinte sueldos;
el amancebado, tres,
y si es hermosa, uno y medio;
el ladrón, cuarenta..."

LISENO. Pare;
esta ley habla con ellos.

CARLOS. Señores...

LISENO. No hay replicar.

NUÑO. Miren que el nombre tenemos
y que somos gente honrada.

LISENO. ¡Desnuden, desnuden presto!

NUÑO. Señores, oigan, por Dios:
¿de amancebado no debo
sueldo y medio?

LISENO. Así es verdad.

NUÑO. Pues desde aquí les prometo

venir por amancebado:
e aquí dos; vuélvanme el trueco.

GERARDO. ¡Desnude el pícaro!

CARLOS. ¡Cuándo
creyera mi sufrimiento,
y para tanta deshonra
fuera en mi desdicha extremo!

(Quítanles las ropillas y vanse.)

NUÑO. Quedo, señor; poco a poco,
que no desuella pellejos.

LISENO. Vamos, Camila, a almorzar.

CAMILA. ¡Lástima tengo al mancebo!

CARLOS. ¿Qué te parece?

NUÑO. Que estamos,
para el tiempo que hace, frescos.

CARLOS. ¡Cuánto pasa un peregrino!

NUÑO. Vanse los males haciendo
como puños de cerezas.

CARLOS. Escribir al Marqués quiero
la desventura en que estoy.

NUÑO. Ese es más cuerdo consejo;
y pues esta gente almuerza
a nuestra costa, con ellos
me quiero hacer camarada.

CARLOS. ¡Oh muerte, postrer remedio!

(Vanse, y sale DOÑA BLANCA.)

D.ª BLAN. Amor, quien nunca te ha dado
tributo, inhumano ha sido,
porque cuantos han nacido
confiesan que le han pagado.
Tus flechas han derribado
a tus pies armas y letras;
tú de los cielos impetras
tanta licencia, que sólo,
como el sol, de polo a polo,
con mayor fuego penetras.
Pero ¿qué montaña helada
es aquesta de mi pecho,
que tan rebelde se ha hecho
a los filos de tu espada?
¿De qué peña fabricada
el alma que ves sospechas,
pues dando en ella tus flechas
vuelven rotas a tus ojos
o se quedan por despojos
de mis pies, pedazos hechas?
Amor, quien no supo amar
poco bien puede tener;
pero a quien no das placer
tampoco le das pesar.
Ser libre quiero estimar
aunque tus bienes sean tales,
porque en recelos iguales
no quieren mis pensamientos
tus gustos por tus tormentos
ni tus bienes por tus males.
Soledad tengo de ti,
pero mayor la tuviera
si tu venganza quisiera
mostrar su poder en mí.
Vivamos los dos ansí,
tú matando y yo riendo,
que aunque de ejemplos entiendo
que es tan grande tu poder,
no me has de poder vencer
si los ojos te defiendo.

(Sale el MARQUÉS FEDERICO.)

MARQUÉS.
Cartas he recebido de tu esposo,
y en ellas, doña Blanca, este retrato.

DOÑA BLANCA.
Vives de yerno rico deseoso.

MARQUÉS.
De tu remedio y mi descanso trato.

DOÑA BLANCA.
Yo tengo ahora el pensamiento ocioso.

MARQUÉS.
Yo porque te conozco lo dilato;
mas mira que eres moza y que estoy viejo.

DOÑA BLANCA.
Tú tienes el imperio y el consejo.

MARQUÉS.
¿Cómo siendo mujer no me has pedido
este retrato?

DOÑA BLANCA.
Porque no deseo,
y lo que no deseo no lo pido.

MARQUÉS.
¡Qué descuidada de tu bien te veo!

(Sale LEONIDO.)

LEONIDO.
Aquí te busca un hombre.

MARQUÉS.
¿A mí?

LEONIDO.

Y aun creo
que es de aquel castellano que hoy te hablaba.

MARQUÉS.

Di que entre.

LEONIDO.

Entrad.

MARQUÉS.

Hablarte deseaba.

(*Sale* FINARDO.)

FINARDO.

Este papel me ha dado un castellano
preso en la cárcel.

MARQUÉS.

¿Preso, si ayer vino?

DOÑA BLANCA.

Siempre a los forasteros a la mano
se le viene desgracia o desatino.

MARQUÉS.

No menos pretendió que ser tu hermano.

DOÑA BLANCA.

¿Por dónde?

MARQUÉS.

La ocasión deste camino
fué efecto de decir que era su padre.

DOÑA BLANCA.

¿Su padre? Pues, señor, ¿quién fué su madre?

MARQUÉS.

El dijo que en el tiempo que asistía
(doña Blanca) en la Corte castellana,
fué en ella la Condesa prenda mía.

DOÑA BLANCA.

¿Y fué verdad?

MARQUÉS.

Fué, Blanca, industria vana,
y engañarme presumo que quería
o verte en nombre de su medio hermana.

DOÑA BLANCA.

Lee el papel, que algún misterio tiene,
pues de la cárcel, como dicen, viene.

(*Lee el* MARQUÉS.)

"Ya que V. Señoría no me conoce por hijo, baste el haber venido a reconocerle por padre, habiendo sido Conde de Castilla, para que, como presidente que me dicen que es de Bretaña, me saque desta cárcel, donde estoy preso a título de ladrón porque me hallaron vendiendo unos diamantes..."

MARQUÉS. ¿Qué tengo más que leer?
Este traidor castellano
era ladrón.

D.ª BLAN. ¡Buen hermano!

MARQUÉS. ¡Hola! Aquí le haced traer,
que le quiero examinar.

D.ª BLAN. Más que engañarte quería.

LEONIDO. Yo voy.

(*Vase.*)

MARQUÉS. Ya no hay, Blanca mía,
de quien se pueda fiar.
¡Con qué engaño vino aquí
este traidor español!

D.ª BLAN. Cuentan del hijo del sol
que buscó su padre así.
Pero más perdió Faetón
en llevar el carro de oro
que éste perdiendo el decoro
con el nombre de ladrón.
¿Qué persona tiene?

MARQUÉS. Es tal,
que en ésta se ha confiado.

D.ª BLAN. ¿Talle honrado?

MARQUÉS. Y muy honrado.

D.ª BLAN. ¡No he visto locura igual!
Fingirse Conde en Castilla,
vaya; mas tu hijo...

MARQUÉS. Engaño
notable, mas en su daño.

D.ª BLAN. Su engaño me maravilla.
Tu dicha ha estado en saber
tan presto que era ladrón.

MARQUÉS. Pagaráme la intención
con que me quiso ofender.

(*Salen* CARLOS, NUÑO *y* LEONIDO.)

LEONIDO. Aquí está, con doña Blanca,
el Marqués mi señor.

CARLOS. Dame,
generoso Federico...

MARQUÉS. Ta, no pases adelante
para proseguir tu engaño,
que de la cárcel no sales
para que te honre yo,
sino para mayor cárcel.
A robarme habías venido
o por ventura a matarme

de parte del de Castilla,
sospechoso de su madre.
Pues créeme que a tormentos
me has de decir de qué parte
y por qué ocasión venías
a matarme o engañarme.

NUÑO. ¿Agora tenemos eso?
¿Hay desdicha semejante?

D.ª BLAN. Este puede ser ladrón,
pero ladrón de buen talle.
¡Lástima me ha dado en verle!

CARLOS. ¡Que desta manera trates
hombre de mi calidad,
y que viniendo a ampararme
de tu valor, Federico,
digas que vengo a matarte!
Mucho has perdido conmigo;
pero viendo tus crueldades,
más quiero que aquí me tengan
por ladrón y por infame
que en Castilla por tu hijo.

MARQUÉS. ¡Hola, criados, echalde
una cadena y haced
que en esa torre le guarden!

(*Vase.*)

CARLOS. ¡Yo soy quien soy!

D.ª BLAN. No le incites,
español, a que te maten;
la humildad tiempla la ira.

CARLOS. Mueven agravios tan grandes
a los pechos más humildes.
Mas ya vengo a consolarme,
que es el cielo esta prisión,
pues está a la puerta un ángel.

D.ª BLAN. No temáis, si sois quien pienso,
que Federico os agravie.

CARLOS. Un hijo sin padre soy,
que por venir a buscarle
tales desdichas padezco.

D.ª BLAN. Luego que llegue a informarse
tendréis libertad.

CARLOS. Si vos
sois desta prisión alcaide,
ya no quiero libertad.

D.ª BLAN. Leonido.

LEONIDO. Señora.

D.ª BLAN. Dalde
buen aposento, y haced
que le sirvan y regalen.

CARLOS. Pague tu piedad el cielo.

(*Llévanle.*)

D.ª BLAN. ¡Basta que Amor me la pague!

JORNADA SEGUNDA

(*Salen el* MARQUÉS *y* LEONIDO.)

MARQUÉS.

No puedo averiguar cosa ninguna.

LEONIDO.

A un noble no es razón darle tormento;
mas cuando desampara esta fortuna,
no respeta el más alto nacimiento.

MARQUÉS.

No hay nobleza debajo de la luna
que no padezca el mismo movimiento;
demás que este español todo es fingido,
y se ve que no es noble ni lo ha sido;
y soy de parecer que su venida
no en duda en cuenta de su daño corre,
que esta noche acabemos con su vida
y le den un garrote en esa torre.

LEONIDO.

¿Pues tienes ya su culpa conocida?

MARQUÉS.

Todos le culpan, nadie le socorre.
Eso te encargo a ti; ministros llama.

(*Vase.*)

LEONIDO.

El perderá la vida y tú la fama.

(*Salen* DOÑA BLANCA *y* JULIA.)

DOÑA BLANCA.

¡Brava resolución de una sospecha!
¿Fuése mi padre?

JULIA.

Cuidadosa vienes.

DOÑA BLANCA.

Quiere matar a Carlos.

LEONIDO.

No aprovecha
remedio humano.

JULIA.

Tarde le previenes.

LEONIDO.

Que le viene a matar, en fin, sospecho.
Tú, pues con él tal fuerza de amor tienes,
ruégale, pues está la culpa en duda.

DOÑA BLANCA.

Difícil de propósito se muda.

LEONIDO.

Pues yo voy a llamar quien le dé muerte.

DOÑA BLANCA.

Detén la ejecución por sola un hora.

LEONIDO.

Harélo, aunque no fuera obedecerte,
que me ha movido a compasión, señora.

DOÑA BLANCA.

¿Es ido?

JULIA.

Ya se fué.

DOÑA BLANCA.

Carlos advierte.

(*Salen* CARLOS *y* NUÑO.)

CARLOS.

¡Qué triste noche, y qué divina aurora!

NUÑO.

¡Extraña dicha!

CARLOS.

¡Dicha nunca oída:
esperando la muerte, ver la vida!

D.ª BLAN. Carlos, en los ocho días
que has estado preso aquí
y que yo te hablé y creí
la nobleza que tenías,
te he cobrado tanto amor,
que ya hablo desta suerte
porque el ver cerca tu muerte
me obliga a cualquier error.
Anoche en tus ojos vi
lágrimas; no sé qué son,
pues han hecho información
contra mi temor por ti.
Con ellas en el papel
de tu rostro así escribías
la nobleza que tenías,
que la fuí leyendo en él.
Piedra era yo, y piedra tal,
que tuve un tiempo ese nombre;
pero lágrimas de un hombre
en piedras harán señal.
Con esto, y saber que aquí
quiere mi padre cruel
matarte, faltando en él
la piedad que sobra en mí,
vengo resuelta a sacarte
de la prisión, si me ayuda
la Fortuna, a quien hoy muda
Amor, todo industria y arte.
No me agradezcas te pido
el librarte de la muerte;
mas solamente el creerte,
que es mucho el haber creído.
Mas dirás que soy mujer
y que tú discreto eres,
porque todas las mujeres
son fáciles en creer.
Pues, Carlos, yo lo confieso,
y aquesta voluntad
sea natural piedad
de verte inocente y preso,
no es menor la obligación,
antes mayor, pues te creo
y darte vida deseo.

CARLOS. Si sola la información
de mi llanto, hermosa Blanca,
en tu generoso pecho
halló para mi provecho
puerta liberal y franca,
mayor fué mi obligación,
y haces mal en sospechar
que esto pudiera causar
menos gloria a tu opinión.
Yo vine a reconocer
a tu padre por mi padre,
que aunque tuve ilustre madre,
me dicen que fué mujer.
Díjome que me engañaron,
y que fué el Rey de León
mi padre. En esta ocasión
los dineros me faltaron.
Y porque quise vender
unos diamantes, me llama
ladrón el vulgo, que infama
con loco hablar y sin ver.
De tu padre me valía
para salir de prisión:
dióle esta imaginación
de que a matarle venía
y que no soy el que digo,
y me ha mandado matar,
que padre vine a buscar
y hallé el mayor enemigo.
Agora tú, si piedad,
si amor te mueve y si quieres
fama entre ilustres mujeres,
como tu padre en crueldad,
seré tu esclavo. Castilla
te ha de tener por señora,
que aunque está rebelde ahora

pienso a mi amor reducilla.
Celebrará toda España
esta hazaña, y tú serás...

D.ª BLAN. Carlos, no me digas más,
que de amor es esta hazaña.
No la des a mi valor,
porque si de amor no fuera,
ninguna cosa pudiera
tener las fuerzas de amor.
Quedarme yo aquí sin ti
y saber que te libré
mi padre, ¿cómo podré,
pues se ha de vengar de mí?
Llévame, Carlos, contigo,
que bien sé yo que podrás,
pues si me dejas verás
qué crueldad usa conmigo,
porque a vivir o a morir
nos vamos juntos los dos.

CARLOS. Desconfiado de vos,
que os pudiera persuadir,
señora, tanto bien mío,
no osaba pediros esto,
porque mirado de presto
me pareció desvarío.
Pero si muerte hay aquí
y muerte también allá,
la que menos cierta está
es la mejor para mí.
Fuera de que no podría,
señora, vivir sin vos,
que os tengo, sábelo Dios,
mi bien, por alma en la mía.
¿Pero cómo podrá ser,
que nos podrán alcanzar?

D.ª BLAN. Sólo, Carlos, con dejar
estas ropas de mujer;
que la caza me ha enseñado
al caballo de manera,
que iré a tu lado ligera
y no perderé tu lado.
Sólo el sacarte de aquí
dificultoso ha de ser;
mas yo quiero, y soy mujer:
harto he dicho, ven tras mí.

(Vanse, y salen DON ARIAS *y* DON BERNARDO.)

BERNARDO.

Vuestra prudencia pierde los estribos.

DON ARIAS.

En los casos de honor falta prudencia;
locos mancebos, por traición altivos.

BERNARDO.

El consejo fué igual a la experiencia.

DON ARIAS.

No somos en Castilla vengativos,
que hace la nobleza resistencia
a los agravios, pero siendo tales,
con el castigo los harán iguales.

BERNARDO.

No vengáis por lo menos a palacio
tan desarmado y solo, señor mío.

DON ARIAS.

No me ha dado a pensarlo tanto espacio,
tal fuerza tiene un loco desvarío:
la fábula en que aquel músico, Tracio,
bajó al infierno, califica el brío
con que yo por mi hija, amante tierno,
oso venir a más confuso infierno.

(Salen DON ENRIQUE *y* DON BERMUDO.)

ENRIQUE.

¿Qué voces son aquestas?

DON ARIAS.

Justas voces.

BERMUDO.

Pues tú, ¿por qué?

DON ARIAS.

Por la razón que tengo,
que puedo darlas si con ella vengo.

ENRIQUE.

¿Hate agraviado alguno?

DON ARIAS.

¿No es agravio
que para hacerle a aquel honor famoso
que tengo de tan altos ascendientes,
me envíes a León con embajada
y engañes con la villa de Medina?

ENRIQUE.

¿Qué es esto, don Bermudo?

BERMUDO.

Desatina
Arias con el dolor de alguna pena.

DON ARIAS.

Bien obliga mi pena a desatino,
pues hallo cuando vuelvo del camino
robada mi Leonor por vuestras manos,

porque no os contentáis con ser tiranos
del antiguo Condado de Castilla,
a su señor legítimo expelido,
que desterrado el mundo peregrina,
y deshonrando las cenizas nobles
de sus famosos padres; pero agora,
afrentando mi casa, que Leonora
es todo el honor della y de Castilla,
pues pensaba casarla con el Conde.
Pero aquesta traición bien corresponde
con la primera, y que me habéis querido
quitar de vuestros ojos porque he sido
quien sólo puede haceros resistencia.

ENRIQUE.

Tus canas solicitan mi paciencia;
que a no ser desta suerte y no haber visto
que te quitan el seso las congojas
blancas, tu sangre las tiñera rojas.
Ponle en prisión, Bernardo, luego.

DON ARIAS.

Haréis muy bien, que desta pena loco,
¿dónde estaré mejor que estando preso?
Ni quiero vida yo ni quiero seso.

(*Vase.*)

BERMUDO. Enojado y con razón
parte don Arias, Enrique.
ENRIQUE. ¿Cómo quieres tú que aplique
remedio a tal confusión?
BERMUDO. ¿Qué hay de Leonor?
ENRIQUE. Cada día
está más dura y crüel,
y yo más necio y fïel,
a su amor y a mi porfía.
He buscado varias trazas
de conquistar sus rigores,
mas ni aprovechan favores
ni tienen fuerza amenazas.
No le he tocado una mano
desde que está en mi poder,
porque dice que es mujer
de Carlos, que aguarda en vano.
BERMUDO. Enrique, pues ya don Arias
se atreyió con el dolor
a la lealtad y al amor,
dos cosas tan necesarias
a un vasallo obediente,
matarle no importa nada,
que una cabeza cortada
suele hablar más libremente.
Vuélvele, Enrique, a Leonor
y ruégala que se ablande,
aunque no hay error más grande
que amar donde no hay amor.
Con esto negociarás
que calle, y podrás después,
por gusto o por interés,
vencer más y alcanzar más.
Que el tiempo trae consigo
la mudanza en cuanto alcanza,
que es su hija la mudanza
y el mundo dellas testigo.
ENRIQUE. Quiero seguir tu consejo.—
¡Hola!, llamad a Leonor.
BERMUDO. Dios sabe con el amor
que la verdad te aconsejo.
ENRIQUE. Pienso que es la condición
de las mujeres querer
lo que dejaron perder,
si bien pasar la ocasión
por ventura deste olvido.
BERMUDO. Su memoria alcanzarás;
¿y qué puedes perder más
de lo que tienes perdido?

(*Sale* DOÑA LEONOR.)

D.ª LEO. ¿Para qué puedes llamarme,
pues ya no has de persuadirme,
porque pienso estar más firme
que tú para atormentarme?
Cánsate, Enrique, de ser
porfiado en esperar;
¿que podrás en porfiar
vencer ninguna mujer?
Yo para Carlos nací;
del Conde soy.
ENRIQUE. Calla ya,
que ni Carlos vivo está
ni tiene ese nombre aquí.
Sólo es Conde don Bermudo.
D.ª LEO. Bien dices, que él solo esconde
la traición, que sabéis donde
su pecho y natural pudo.
Pero el Conde mi señor
tendrá vida, y vengará
su agravio.
BERMUDO. Si vivo está,
mal paga Carlos tu amor,
pues no te avisa ni escribe.
D.ª LEO. No quiere que sepáis dél,
y en eso veréis que en él
tan vivo el agravio vive.
Mas querrá Dios que algún día

veáis su desnuda espada.
BERMUDO. ¡Necia estás y porfiada!
Entonces verás la mía
resplandecer en alardes
de soldados vencedores.
D.ª LEO. ¿Qué pueden hacer traidores
con capitanes cobardes?
ENRIQUE. ¿Qué dices?
D.ª LEO. Que tenga vida
Carlos, que es lo que deseo.
ENRIQUE. Con injusto error te veo
de ser querida ofendida.
Pero porque tengas gusto
quiero a tu padre enviarte,
y por premio suplicarte
que le quites el disgusto
que aquesta nueva le ha dado,
con que ha estado tan furioso
como imprudente.
D.ª LEO. Es forzoso,
estando tan agraviado.
ENRIQUE. Yo voy a traerle aquí,
porque le mandé prender.
BERMUDO. Esto, Leonor, has de hacer,
o por Enrique o por mí.

(*Vanse* ENRIQUE *y* BERMUDO.)

DOÑA LEONOR.

Lloran la ausencia del verano hermoso
las verdes selvas, los amenos prados,
que se vieron de flores esmaltados
por las albas del mayo caluroso.
Sienten la falta de su pasto hermoso
abriendo el seco suelo los ganados,
y en los espejos de la sierra, helados,
se miran sin beber, en són quejoso.
Pues si la ausencia de los ojos calma,
mueve lo que no siente a sentimiento,
y al peso del olvido es fuerte palma.
Y si a un rudo animal causa tormento,
¿qué hará quien tiene la razón por alma
sino sentir la pena que yo siento?

(*Sale* DON ARIAS.)

D. ARIAS. Después de darte los brazos
por lo que de ti he sabido,
quiero quejarme ofendido.
D.ª LEO. No viene bien con abrazos.
¿Por qué entre amorosos lazos
se queja de agravio amor?
D. ARIAS. No digo de tu valor,
sino de aquestos tiranos,
que ya sé que tuvo manos
en tu defensa tu honor.
D.ª LEO. ¿Dellos qué puedes quejarte
sobre las pasadas quejas?
D. ARIAS. Bien dices. ¿Qué me aconsejas?
D.ª LEO. ¿Yo tengo de aconsejarte?
D. ARIAS. Para callar no soy parte;
para hablar, ¿cómo ha de ser?
Pero en esta confusión (1)
halla el morir la razón,
aunque la hay desde el nacer.
D.ª LEO. ¿Qué sabes del Conde ausente?
D. ARIAS. Lo que tú, pues temeroso
halló sólo el peligroso
mar remedio confidente.
D.ª LEO. ¡Está sin alma esta gente!
Cobarde, me ha persuadido
que te aplaque.
D. ARIAS. Habrá temido
que descubra su traición
y que despierte el león
que está en su agravio dormido.
D.ª LEO. ¿No fuera mejor buscar
al Conde?
D. ARIAS. Si yo supiera
nuevas, fácil discurriera
ancha tierra y largo mar.
D.ª LEO. No tengo que te avisar
destos traidores; descansa
mientras que la furia amansa
de la enojada fortuna,
que aunque es mujer vez alguna
de ser mudable se cansa.
D. ARIAS. Voy a hacer fuerza conmigo
para tener sufrimiento.

(*Vase.*)

D.ª LEO. Y yo con mi pensamiento,
que me dió amor por castigo.
Pero si mi bien no sigo,
¿para qué vivir pretendo?
Mas con la vida me ofendo,
quiero perdella o ganalla,
porque con aventuralla
presumo que la defiendo.
Quiero buscar a mi bien
pues ya tengo libertad:
hábito, lugar me dad,
que yo os le daré también.
Dulce amor, conmigo ven,

(1) Falta un verso a esta décima.

porque si tú me acompañas,
¿qué importan tierras extrañas?
Mujer soy, mas con valor,
y bien sabe el tierno amor
hacer mayores hazañas.

(*Vanse, y salen* NUÑO, CARLOS *y* DOÑA BLANCA *en hábito de hombre, fingiéndose criado del Conde.*)

CARLOS. Este es León de Castilla.
NUÑO. No le aventaja el de Francia.
D.ª BLAN. Yo por lo menos ya debo
ser de la parte de España.
CARLOS. Las lises con los castillos
verá el tiempo coronadas
alguna vez.
NUÑO. Los leones
dorada corona aguardan.
Esta ciudad generosa,
al pie de aquellas montañas,
es la primera que vió
cristiano cetro en España;
digo después de los godos,
cuyas reliquias estaban
en las Asturias de Oviedo.
D.ª BLAN. ¿Quién sino amor acabara
tan grande imperio?
NUÑO. En el fuego
de amor ciudades se abrasan.
¿Que no comprehende amor?
D.ª BLAN. ¿Tú, Nuño, has amado?
NUÑO. Amaba
en el tiempo en que las zorras
con las gallinas hablaban,
y los gallos y los micos
tenían cruel batalla
sobre cuál eran mejores,
los poetas o las ranas.
CARLOS. ¡Calla, necio!
NUÑO. No podré,
que los necios nunca callan.
CARLOS. Calla, porque pasa el Rey.
NUÑO. Callarán, pues que el Rey pasa.

(*Salen el* REY *de León y* CRIADOS.)

REY. En ocasión de caminos
los memoriales me cansan.
CARLOS. ¡Qué lindo padre si es éste!
NUÑO. ¿Llegas a verle? ¿Qué aguardas?
CARLOS. Si fuera fácil saberlo
con menos temor llegara.
D.ª BLAN. ¿Un hombre puede temer
quien me sacó de Bretaña?
CARLOS. Los reyes, Blanca, no son
hombres.
D.ª BLAN. ¿Pues cómo los llamas?
CARLOS. Angeles, que así han de ser
para las cosas humanas.
Pero pues con tanta dicha
te he sacado de tu patria,
y del Marqués y su gente
me libré por las montañas,
yo llego a hablar a este padre.
NUÑO. De la merced.
CARLOS. Aunque causa
novedad hallar a un hombre
donde no se imaginaba.—
Deme los pies Vuestra Alteza.
REY. Alzaos.
NUÑO. ¡Notable palabra!
CARLOS. El Conde soy de Castilla,
que de su estado y su casa
le han arrojado desdichas,
que traidores no bastaran.
REY. ¿Carlos, qué es esto?
CARLOS. Señor,
ya os lo he dicho.
REY. ¿Quién pensara
que vuestros primos hicieran
cosa tan nueva y extraña?
CARLOS. Dicen que yo no soy hijo
de aquel cuyas manos blancas
agradaron la Condesa.
REY. ¿Así engañaron la fama?
CARLOS. Por padre, señor, me dieron
cierto Marqués de Bretaña,
embajador en Castilla:
fuilo a saber, y en la espada
puesta la mano, juró
que ni una sola palabra
a Teodosinda le dijo;
pero que oyó que trataban
entre grandes y plebeyos
que vos...
REY. Adelante pasa.
CARLOS. ¡Qué vergüenza que tenía!
REY. Prosigue, Carlos, ¿qué aguardas?
CARLOS. Que vos érades mi padre,
porque entonces mormuraban
que amábades la Condesa.
REY. Todos mienten y se engañan,
si no es que mal lo entendéis.
¿Y qué os dijo el de Navarra?
Porque la sirvió en Castilla
en las bodas de su hermana;

y, yo testigo, corrió
la voz de que ella pagaba
su amor; pero no creáis
que Teodosinda es culpada,
sino que por levantarse
con vuestro estado levantan
este falso testimonio.
Yo voy, como veis, a caza.
Hoy me aguardad a comer,
y hablaremos largo.

(*Vase.*)

CARLOS. España
postre a tus pies su corona,
y la soberbia africana
rinda a tus leones de oro
sus blancas lunas de plata.
NUÑO. ¿Qué hay, señor? ¿Tenemos padre?
CARLOS. ¡No hay desdicha que no venza
mi desdicha! ¡Qué vergüenza
me ha puesto una loca madre!
NUÑO. ¿Que ni éste es padre tampoco?
¿En qué habemos de parar?
CARLOS. Esto es andar a buscar
con que me vuelvan más loco.
D.ª BLAN. Pues, Carlos, ¿qué dice el Rey?
CARLOS. Habléle, Blanca, y honróme
el Rey; finalmente dióme
el justo lugar, que es ley
de una honrada cortesía:
prometióme la esperanza
que el fin de la noche alcanza
cuando se le acerca el día.
Pero apenas le traté
de que era mi padre, cuando
fué mi error desengañando,
y sin padre me quedé.
D.ª BLAN. Pienso, Carlos, que te engañan
traidores; abre los ojos,
no des a tu honor enojos
con pasos que tanto dañan
tu misma reputación.
Deja de ofender tu madre.
NUÑO. A lo menos ningún padre
destos lo es de confesión,
pues no quieren confesar.
CARLOS. De confesión, Nuño, sí,
y de tanta para mí,
que estoy por no le buscar.
NUÑO. ¿Pues hay otro padre ahora?
CARLOS. El Rey de Navarra.
NUÑO. Advierte
que infamas de aquesta suerte
esta inocente señora;
que para mí tú eres hijo
del Conde.
CARLOS. He dado en ser loco
y en tener mi honor en poco.
NUÑO. ¿El de Navarra te dijo?
CARLOS. Sí, Nuño.
NUÑO. ¿Pues qué has de hacer?
CARLOS. Irle a hablar.
NUÑO. Puesto que ya
a otro te remite allá
y que ha de venir a ser
el chapín sobre chapín,
del chapín de fino paño
no acertaréis hogaño.
CARLOS. Yo le he de buscar, en fin;
que no tengo de parar
hasta que sepa quién soy.
D.ª BLAN. ¿Ni aquí piensas estar hoy?
CARLOS. Luego pienso caminar,
aunque el Rey me ha convidado;
mas va a probar un halcón
y vendrá tarde.
D.ª BLAN. León
contigo está alborotado.
Bien es que salgas de aquí.
CARLOS. Blanca, a Navarra me parto.
NUÑO. ¿Que de buscar no estés harto
tantos padres?
CARLOS. ¡Ay de mí!
NUÑO. Vamos al yermo; por dicha
le hallarás.
D.ª BLAN. Si es el Navarro,
tú tienes padre bizarro.
CARLOS. Ya lo teme mi desdicha.
Pero hablarle me conviene
y ver si lo quiere ser.
NUÑO. ¡Gran desdicha es no saber
un hombre el padre que tiene!

(*Vanse, y salen* TIBALTE, ARISTA *y* GUEVARA, *caballeros.*)

TIBALTE.

Yo no trato más cosas con la pluma;
mejor será que del consejo afuera
hable el que tanto del valor presuma.

GUEVARA.

Si como Ulises vanamente espera
vencer con la retórica la espada,
haré yo que la espada le prefiera.

ARISTA.

Tibalte.

TIBALTE.

Arista.

ARISTA.

La presencia honrada
del anciano don Vela me detuvo,
de todos dignamente respetada.

GUEVARA.

¿Habláis de mí? Porque ninguno estuvo
más compuesto que yo, siendo el primero
que este derecho a la Corona tuvo.

ARISTA.

Guevara, tú eres noble caballero;
en Navarra ninguno te adelanta:
si alguno puede haber, yo te prefiero.

GUEVARA.

Arista, advierte que soberbia tanta
ni al reino dará paz ni a ti la vida.

TIBALTE.

El arrogancia de los dos me espanta,
pues siendo mi nobleza conocida,
de sangre real por Francia y por España,
me quitáis la corona merecida.

GUEVARA.

Aquí ya no es consejo; yo en campaña
rey de Navarra soy.

ARISTA.

No, sino Arista,
pues toda la nobleza le acompaña.

TIBALTE.

A Tibalte ninguno le resista
ser rey en esta ocasión que rey os falta,
pues debe a mi ascendencia su conquista.

ARISTA.

Aquí los caballeros de Peralta.

GUEVARA.

Aquí de los Guevaras caballeros,
pues no tiene Aragón sangre tan alta.

(*Sale* DON VELA.)

DON VELA.

Tened, nobles hidalgos, los aceros;
las canas respetad de un viejo noble,
que quiero con razones componeros.

TIBALTE.

Si puede haber respeto que me doble
sólo será, don Vela, el que se os debe;
pero en mi pretensión soy palma o roble.

ARISTA.

No hay cosa con que más amor os pruebe
que con dejar la espada.

GUEVARA.

Al mismo efeto
vuestro respeto me provoca y mueve.

DON VELA.

Yo os agradezco, hidalgos, el respeto,
y de pagaros con la sangre y vida
por la de mis mayores os prometo.
¿La causa no queréis que se decida
desta quistión por paz o por consejo?

TIBALTE.

¿Pues no es razón que la corona os pida
si es muerto el Rey sin sucesión?

ARISTA.

Si dejo,
Tibalte, de pedir lo que me toca,
¿por qué no me escucháis?

GUEVARA.

Cuando me quejo,
Arista, ¿qué arrogancia te provoca?

DON VELA.

¿Queréis callar y oírme?

TIBALTE.

Di; adelante,
que cuelga mi esperanza de tu boca.

DON VELA.

Bien veis que no hay locura semejante
como querer reinar los tres, si ahora
no hay quien al otro en causas se adelante;
es la concordia de la paz autora,
y la fiera discordia de la guerra,
por quien el vulgo miserable llora.
Demos al de León aquesta tierra,
pues fué deudo del Rey que muerto yace
y tal valor, como sabéis encierra.

ARISTA.

¡Cruel arbitrio!

DON VELA.

De buen celo nace.

GUEVARA.

Pedimos la corona, y en vez della
vasallos viles de León nos hace.

DON VELA.

Pues mal podréis salir los tres con ella
si aqueste no es romano Triunvirato.

TIBALTE.

Uno solo pretende merecella.
En esta confusión vuestro buen trato
y de otros reinos el ejemplo miro,
que no soy a mi sangre y patria ingrato.
De los persas políticos me admiro,
que al dueño del caballo que primero
relinchase, consejo de Alquimiro,
dar el reino ordenaron, porque el fiero
rigor de la ambición descomponía
la paz del reino, como ahora espero.
Pero, dejando el Asia, España un día
decretó darle al que primero hallase
en el campo la gótica porfía;
y como Bamba labrador arase,
subió desde el arado a la corona,
y otros que es justo que en silencio pase.
Dad este reino a la primer persona
que topéis en el campo, y esa quien fuere;
pues tanto ejemplo vuestro intento abona,
veréis allí que el cielo le prefiere
y que en efeto viene de su mano,
que no es posible que mejor le espere.

TIBALTE.

Por mí, yo estoy vencido.

ARISTA.

Fuera en vano
replicar al remedio.

GUEVARA.

Pues yo digo
lo mismo: o sea noble, o sea villano.

DON VELA.

A caballo os poned; venid conmigo.

GUEVARA.

Encomendarlo a Dios primero es justo;
esa opinión en mis acciones sigo.

DON VELA.

¡Oh si fuese un varón sabio y robusto!

TIBALTE.

Yo lo espero en el cielo, y que el consuelo
ha de igualar la causa del disgusto.

GUEVARA.

El rey y la mujer vienen del cielo.

(*Vanse, y salen* CARLOS, NUÑO *y* DOÑA BLANCA.)

CARLOS. Tristeza muestra Navarra.
NUÑO. No pregunté la ocasión.
D.ª BLAN. ¿Si son guerras con León?
CARLOS. Es esta gente bizarra;
nunca desciñe el acero.
D.ª BLAN. Bien el moro aragonés
lo siente, pues a sus pies
le ha puesto su rey primero.
CARLOS. ¿Vienes cansada?
D.ª BLAN. Si en ti
descanso, ¿podré cansarme?
CARLOS. ¿Qué hará tu padre?
D.ª BLAN. Culparme.
CARLOS. ¿Cómo disculparme a mí?
D.ª BLAN. Mal dije, porque mirando
que eres tú, que es tu valor,
Carlos, causa de mi error,
ya me estará disculpando.
CARLOS. ¡En qué trabajos te he puesto
desde que vienes conmigo!
Mas la fortuna que sigo,
Blanca, es la culpada en esto.
Eres alma que me anima,
y así es forzoso que sientas
mis penas y mis afrentas.
D.ª BLAN. Quien ama, Carlos, estima
estas afrentas y penas;
y no te causen temor,
que en siendo penas de amor
están de contento llenas.
CARLOS. Allí está un villano arando;
antes de entrar en Estela (1)
preguntemos a cautela,

(*Sale* RISELO, *labrador.*)

Blanca, lo que voy dudando.
¡Ah, buen hombre! ¡Ah, labrador!
RISELO. ¿Quién llama?
CARLOS. Dejad los bueyes.
RISELO. Si haré, por ver destos reyes
cuál os parece mejor.
CARLOS. ¿Qué reyes? ¿No veis que somos
forasteros desta tierra,
que antes queremos saber
si hay cosas nuevas en ella?
RISELO. ¿Vais a Estela?
CARLOS. A Estela vamos.

(1) Hoy se dice Estella.

RISELA. Pues hallaréis mucha guerra
y una cáfila de reyes.
CARLOS. ¿De reyes? ¿De qué manera?
RISELO. Murió su Rey desdichado
sin sucesión, que la Reina
hijos muertos le paría;
en aquesto leona fiera,
y en lo demás como un ángel.
CARLOS. ¿Que el Rey es muerto?
NUÑO. Aquí quedas
sin padre de todo punto.
CARLOS. Hoy mis desdichas me dejan
huérfano de la fortuna.
D.ª BLAN. Mi Carlos, no te entristezcas.
Siéntate, por vida tuya,
que sé que cansado llegas,
para descansar un rato
en esta alfombra de yerbas.

(*Siéntanse.*)

CARLOS. Por ti, mi Blanca, me siento.
NUÑO. Alguna buena merienda
pareciera aquí muy bien.
Pero, ¡ay, Dios!, ¿qué gente es ésta
que con tanta vocería
hacia nosotros se acerca?

(*Levántanse, y salen* DON VELA, GUEVARA, ARISTA *y* TIBALTE, *y todos.*)

D. VELA. ¡Linda persona!
ARISTA. ¡Extremada!
GUEVARA. Dénos los pies Vuestra Alteza.
CARLOS. ¿Qué es esto?
TIBALTE. No se alborote;
sepa que es rey, y que reina
en Navarra desde hoy.
CARLOS. Señores...
D. VELA. ¿De qué se altera
Vuestra Alteza?
CARLOS. ¿Alteza yo?
NUÑO. ¿Puede haber burla como ésta?
CARLOS. ¿Caballeros, hacéis burla?
D. VELA. Navarra, señor, que queda
sin rey, ha determinado
que el rey el primero sea
que toparen en el campo.
Fuiste tú, y en tu cabeza
te ponen esta corona.
Dinos tu nombre y tu tierra.
CARLOS. Un noble soy de Bretaña,
de conocida nobleza:
es el marqués Federico
mi padre.
D. VELA. La dicha es cierta:
el cielo os ha dado rey,
navarros.
CARLOS. Bien os quisiera
hablar; mas la turbación,
que es muy justa, no me deja.
ARISTA. Basta el verte, porque tienes
noble y gallarda presencia.
¿Qué nombre?
NUÑO. El hijo sin padre.
D.ª BLAN. Calla, Nuño.
NUÑO. ¿Qué quimeras
son aquéstas?
CARLOS. Mi nombre es Carlos.
D. VELA. ¡Carlos viva!
TODOS. ¡Viva!
GUEVARA. A Estela
camina, que ya te aguarda.
CARLOS. Ven, Blanca, que has de ser reina.

JORNADA TERCERA

(*Salen* ENRIQUE *y* BERMUDO.)

ENRIQUE.

¿Rey en Navarra?

BERMUDO.

Tan extraño modo
no se vió de hacer rey eternamente.

ENRIQUE.

Parece la elección de Bamba el godo,
que en púrpura trocó el sayal.

BERMUDO.

¿Que intente
hacernos guerra y que su reino todo
contra nosotros mueva injustamente?

ENRIQUE.

Apenas le han jurado cuando intenta
guerra contra Castilla tan sangrienta.

BERMUDO.

¿Castilla qué le ha hecho?

ENRIQUE.

Por agravios
que ha recebido della, el vulgo dice,
y esto suena la fama entre sus labios.

BERMUDO.

A la verdad, Enrique, contradice;

pero como no hay cosa que a los sabios
más que la prevención los autorice,
saquemos gente, y ordenada vaya
a defender sus armas en la raya.

ENRIQUE.

Sí, porque dar lugar a que destruya
la tierra en los confines del estado
hará que a ser cobardes lo atribuya,
y quedará su crédito aumentado.
No hay cosa que mayor flaqueza arguya
que dar lugar a que el contrario osado
cobre reputación, pues, como digo,
la que se pierde gana el enemigo.
Don Arias viene aquí, y será bueno
para que alguna gente se levante,
que de experiencia, como de años lleno,
no hay hombre en la ocasión más importante.

(*Sale* DON ARIAS.)

BERMUDO.

Arias, el Rey navarro, bien ajeno
nuestro valor de empresa semejante,
viene contra Castilla: tu persona
la defensa ha de ser de su corona.
Saca la gente que alistada estaba
contra el moro valiente de Toledo
y cierra el paso a su arrogancia brava.

DON ARIAS.

Ni quiero hacerlo, ni es razón, ni puedo.
Cuando de vuestro agravio me quejaba
más lastimado y agraviado quedo,
pues mi hija otra vez me habéis quitado,
escondido, robado y afrentado.
Y así, no sólo no sacaré gente,
pero al navarro intentaré pasarme,
porque conmigo su opinión aumente
y pueda de mi honor desagraviarme.
Presto veréis qué soy.

ENRIQUE.

Oye.

BERMUDO.

Detente.

DON ARIAS.

¿No veis que es tarde ya para engañarme?

ENRIQUE.

Si yo sé de Leonor, pierda Castilla.

DON ARIAS.

Vuestra poca verdad me maravilla.
¡Viven los cielos, que he de hacer de suerte
que la perdáis como mi honor, que ha sido
perdido por vosotros!

ENRIQUE.

Oye, advierte.

DON ARIAS.

¿Qué tengo que advertir, mi honor perdido?
(*Vase.*)

BERMUDO.

¿Tú tienes a Leonor?

ENRIQUE.

Deme la muerte
un villano de Asturias mal nacido
si yo sé de Leonor desde aquel día
que la dejé con la esperanza mía.
Por tomar ocasión para vengarse
don Arias hizo aqueste fingimiento.

BERMUDO.

Pues si a Navarra quiere trasladarse,
¿por qué finge este injusto sentimiento?

ENRIQUE.

No le daré lugar para vengarse,
porque imitando en la presteza el viento
haré que el de Navarra el paso enfrene.

BERMUDO.

Busca enemigos donde amigos tiene.

(*Vanse, y sale* DOÑA LEONOR, *en hábito de soldado.*)

D.ª LEO. ¿Dónde me lleváis así,
loco pensamiento mío,
pues mientras más me desvío
más pienso que os llevo en mí?
Diréis que vais a buscar
a Carlos; diréis muy bien,
pues es sólo Carlos quien
os pudiera disculpar.
Lo que con vos merecí
así se parte en los dos,
que no sé si os llevo a vos
o vos me lleváis a mí.
Hasta Navarra he llegado,
cuya belicosa tierra
a Castilla intenta guerra
todo su reino alterado.
Que el nuevo Rey elegido
debe de ser tan marcial,
que le sabe el ocio mal
del reino en paz adquirido.

Cajas son; su gente pasa.
Desde aquí le quiero ver,
por si puedo entretener
este incendio que me abrasa.
¡Ay, Carlos, en vaño sigo
tu sombra; amor me engañó!
Mas, ¿dónde te sigo yo,
cuando te llevo conmigo?

(*Salen cajas, banderas y* SOLDADOS; ARISTA, NUÑO, BLANCA *y* CARLOS.)

ARISTA.

Muchos, señor, preguntan a qué efeto
mueves guerra a Castilla.

CARLOS.

Los agravios,
aunque pasados ya, mi pecho obligan;
y fuera desto, Arista, me conviene
en los principios deste reino mío
darme a temer, y como agora tantos
tienen puesta la mira en mis acciones,
quiero satisfacer sus opiniones.

ARISTA.

Mal conoces quién son los castellanos.

CARLOS.

Por mi mal a lo menos los conozco,
y la misma razón me obliga, Arista;
que viendo los demás vecinos reinos
que a los más valerosos doy cuidado,
me tendrán por valiente y por soldado.

D.ª LEO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
Este es Carlos. ¡Ay, mis ojos,
qué de diversos antojos
os representa el deseo!
Espejos sois, y yo soy
Carlos, que en él me transformo;
por eso tu imagen formo
y en vos mirándola estoy.
¡Oh, si pudiera acercarme!
Sin duda es él. ¡Qué locura!
¡Rey Carlos! ¡Amor, procura
desengañarme y matarme!

CARLOS.

Marche la gente y vayan las banderas
dando temor al fiero castellano.

NUÑO.

¿Si te han de conocer?

CARLOS.

Nuño, ¿qué importa?
Lo que importa es negar hasta su tiempo,
y vengarme de Enrique y de Bermudo.
¿Cómo vienes, soldado de mis ojos?

DOÑA BLANCA.

Deseoso, mi bien, de que conozcas
que tengo de seguirte hasta la muerte.

CARLOS.

En cobrando el Condado que me quita
la envidia, que mi muerte solicita,
te haré condesa de Castilla y reina
de Navarra.

DOÑA BLANCA.

Los cielos te den vida,
que a mí me basta ser esclava tuya.

CARLOS.

Luego que aquesta guerra se concluya,
cumpliré la palabra que te he dado.

DOÑA BLANCA.

La fama, a quien llamaron los poetas
el correo del mundo, ahora trajo
unas cartas sin porte a mis oídos,
a sólo a tu cuidado entretenidos.

CARLOS.

¿Qué dice?

DOÑA BLANCA.

Que mi padre peregrina
toda la Francia en busca tuya, y viene
a España.

CARLOS.

Por dos causas dolor tiene:
perdió a su hija y su opinión; más creo
que ha de gozar de entrambas su deseo,
que a ti te cobrará y en mí tal yerno,
que no le pese más que de haber sido
cruel con quien se honrara de tenelle
por padre.

DOÑA BLANCA.

El cielo me deje velle.

(*Vanse, y sale* LEONOR *y detiene a* BLANCA.)

D.ª LEO. ¡Ah, señor soldado!
D.ª BLAN. ¿Quién
con tanta prisa me nombra?
D.ª LEO. Si no es Carlos, o es su sombra,
a Amor la culpa le den.—
¿Podré hablar al Rey?
D.ª BLAN. Ahora
no pienso que habrá lugar.
D.ª LEO. No le pesará de hablar

con quien...—Diré que le adora?
No, que no sé bien quién es.
Paciencia, locos deseos;
no os precipitéis, teneos;
mas sois ligeros de pies.— (*Aparte.*)
Decid que es un castellano
gran su amigo.

D.ª BLAN. ¿En qué ocasión,
si el Rey, amigo, es bretón?

D.ª LEO. ¿Bretón? —¡Ay, intento vano!—
¿No es éste Carlos, que fué
Conde de Castilla?

D.ª BLAN. ¡Ay, cielo,
verdad dice! ¿Qué recelo?—
Si es el que decís no sé.
Rey de Navara le veo,
y dice que es de Bretaña.

D.ª LEO. Un testimonio le engaña
o a mí de hablarle el deseo.

D.ª BLAN. Si le pretendéis hablar
más señas son menester.

D.ª LEO. Decilde que su mujer
me le ha mandado buscar.

D.ª BLAN. ¿Su mujer? ¿Estáis en vos?
¿O soislo vos por ventura,
que descubrís la figura
por la brújula, por Dios?
Hablad. ¿De qué estáis turbado?

D.ª LEO. ¿Mujer yo? ¡Gracioso cuento!

D.ª BLAN. Dióme aqueste pensamiento.

D.ª LEO. ¿No basta ser su cuñado?

D.ª BLAN. ¿Cómo?

D.ª LEO. Siendo hermana mía
su mujer.

D.ª BLAN. No se ha sabido
que lo sea; yo le pido
que se case cada día,
de parte del reino todo,
y la palabra me ha dado.

D.ª LEO. No puede, porque es casado.

D.ª BLAN. ¿Diréiselo dese modo?

D.ª LEO. A dos dedos del oído.

D.ª BLAN. ¿Carlos casado? ¡Ay de mí!
¿Que no haya verdad en ti,
siendo hombre tan bien nacido?
¿Pues en quién habrá verdad?

(*Aparte.*)

Hidalgo, al Rey hablaré
y lo que decís diré,
por haceros amistad.
Id en buen hora, y volved
luego que se aloje.

D.ª LEO. El cielo
os pague aqueste consuelo,
y que os haré bien creed
luego que mi hermana llegue
a los brazos de su esposo.

(*Vase.*)

D.ª BLAN. No es mucho que el amoroso
fuego llorando me ciegue;
que aunque el agua era razón
que templara mis desvelos,
las lágrimas de los celos
dicen que de fuego son.
Mas no son celos, que ya
no hay de quien tenerlos pueda,
pues que declarado queda
que mi deshonor lo está.
Dan los hombres en poner
en los cuerpos el honor,
y yo en el alma mejor,
que es agravio en la mujer.
¿Carlos casado en Castilla?
¡Ah, traidor!

(*Salen* CARLOS *y* NUÑO.)

CARLOS. ¿Traidor, a quien?

D.ª BLAN. Lauro en traidores te den
por otava maravilla.
Mucho decirte pensé,
mas no me quiero matar,
y hablar en esto es quitar
valor a mi amor y fe.
Quédate, Carlos, con Dios;
Rey, quedaos; perdida vuelvo.

CARLOS. ¿Qué dices?

D.ª BLAN. Que me resuelvo.

CARLOS. ¿Sabes que somos los dos
marido y mujer?

D.ª BLAN. ¡Qué bien,
si con otra estás casado!

CARLOS. ¿Casado? ¿Quién te ha engañado?

D.ª BLAN. Nuño lo sabe también.

NUÑO. Yo lo sé, pero contigo.

D.ª BLAN. ¿Conmigo?

NUÑO. Contigo, pues.

D.ª BLAN. Menester es que me des
otro más leal testigo.
¡Ah traidores castellanos,
para quien sois os quedad!

CARLOS. Cuanto te he dicho es verdad;
deja pensamientos vanos,

que no has de hallar otra cosa
eternamente.

D.ª BLAN. Si aquí,
Carlos, me lo ha dicho así
el hermano de tu esposa,
¿a quién tengo de creer?

CARLOS. ¿Yo esposa, y que tiene hermano?

D.ª BLAN. Si te muestro un castellano
hermano de tu mujer,
¿no te querrás persuadir?

CARLOS. Si tú me mostrares hombre
que a mí me diga ese nombre,
yo me condeno a morir.

D.ª BLAN. Presumirás con ser Rey
persuadille y aun matalle.

CARLOS. ¿Qué hombre es ése?

D.ª BLAN. De buen talle.

NUÑO. ¡Oh celos, gente sin ley.

CARLOS. ¿Hombre que te ha dicho aquí
que es mi cuñado y que tengo
mujer?

D.ª BLAN. Si de hablarle vengo,
¿quieres que me engañe a mí?

CARLOS. Ve por él, que vive el cielo
que le he de quitar la vida.

D.ª BLAN. No harás, que aunque amor se olvi- [da,
queda el buen respeto y celo.
Pero si tienes mujer,
¿qué me importa que la olvides,
pues que serlo yo me impides
y te tengo de perder?

CARLOS. ¿Perderme a mí, Blanca hermosa,
cuando soy rey y deseo
verte ya donde me veo?

D.ª BLAN. Calla esa boca engañosa,
que aun pienso de tu invención
que jamás el Conde fuiste,
sino que el nombre fingiste
para hacer esta traición.
Y es llano, pues solo un hombre
¿cómo viniera a buscarte,
sabiendo quien en tal parte
tuviera su ilustre nombre?
¿Solo un hombre y tu cuñado,
y tú de Castilla Conde?

CARLOS. Nuño, a mi Blanca responde.

NUÑO. Estoy de oírla turbado,
y qué la responda dudo,
que según furiosa arranca,
para detener a Blanca
es menester un escudo.
Esté queda. La paciencia
habrás, señor, menester.
¿Tú casado? ¿Tú mujer?

D.ª BLAN. Y que ha llorado tu ausencia,
y que te envía a buscar.

(*Vase.*)

NUÑO. Basta, que dichoso eres,
más que en padres, en mujeres:
padres no aciertas a hallar,
y mujeres, ya lo ves;
pero advierte que has llegado
tan cerca de tu cuidado
que pones en él los pies,
y dicen que con la gente
vienen Bermudo y Enrique.

CARLOS. ¿Cómo quieres que me aplique
a Marte, mi amor ausente?

NUÑO. ¿Ausente? No puede ser
que esta mentira le cuadre.
¡Así se hallara algún padre
como se halla una mujer!
Notable abundancia fué
la de la Naturaleza
en producir su belleza.
¿En qué lugar no se ve
una mujer? ¿Una? ¡Mil
[y] millones! Mas decía
cierto filósofo un día,
más bellaco que sutil,
viendo una mujer colgada
de un árbol: "Gran cosa fuera
si en todos ellos hubiera
fruta tan bien sazonada."

CARLOS. Ya estoy muriendo por ver
este traidor castellano
que le ha dicho que es su hermano
y que yo tengo mujer.

NUÑO. Yo te aseguro que presto
Blanca te le traiga aquí.

CARLOS. ¿Marcha el campo?

NUÑO. Señor, sí;
todo junto, en orden puesto.

CARLOS. Espero tomar venganza
destos traidores.

NUÑO. No creo
que le falte a tu deseo,
tanto la justicia alcanza;
y más que ya tu inocencia,
como a José, te hace rey.

CARLOS. Esa es la divina ley,
y esto alcanza la paciencia.

(Vanse, y salen el MARQUÉS FEDERICO *y* LEONIDO, *de camino.)*

MARQUÉS. En seguimiento de Carlos
toda la Francia he corrido,
y pienso en toda la España
no dejar lugar, Leonido.

LEONIDO. Esta es Navarra, que hace
más fuerte que fértil sitio,
entre el Ebro y Pirineos,
altos montes, claros ríos.
Hasla corrido sin verla,
porque con mejor arbitrio
piensas hallar en Castilla
este Carlos, tu enemigo.
Mas yo soy de parecer
que el salirnos del camino
por estas alteraciones
no ha sido mejor designio.
Porque siempre donde hay guerra
acuden los forajidos
a tenerla por sagrado.

MARQUÉS. Puede ser que haya venido
Carlos con Blanca a Navarra
a la libertad que has dicho
de la licenciosa guerra;
pero buen acuerdo ha sido
ir de Castilla a la raya,
donde dicen que previno
Enrique defensa al Rey.

LEONIDO. Cajas oigo.

MARQUÉS. Si ha venido
el escuadrón castellano;
pero estos azules lirios
no son sus armas, que en plata
pone dorados castillos.
Sin duda que es esta gente
del Rey navarro.

LEONIDO. Lucido
entra en Castilla.

MARQUÉS. Aquí quiero
verle.

LEONIDO. ¡Qué galán, qué rico!

(Salen cajas, SOLDADOS *y banderas,* NUÑO, ARISTA *y* CARLOS.)

CARLOS. Dame notable cuidado
decir que Enrique, atrevido,
jura de entrar en Navarra.

ARISTA. Por eso, señor, venimos
antes a Castilla que él
cumpla lo que ha prometido.
Dicen que el Rey de León
le favorece, ofendido
de que le movieses guerra.

CARLOS. Temerá que si conquisto
este Condado, me atreva
a su reino.

ARISTA. No ha temido
sin causa tan gran valor.

MARQUÉS. En toda mi vida he visto,
Leonido, un hombre que a otro
pueda ser tan parecido.
¿No te acuerdas bien de Carlos?

LEONIDO. Atentamente le miro
y no hallo diferencia.

MARQUÉS. Carlos será, que ha tenido
esta dicha de ser rey.
Huélgome, ya que me quiso
quitar mi honor, que mi Blanca
tenga tan noble marido;
y esa sin duda es la causa,
porque todo el reino dijo
que era su Rey de Bretaña,
porque Carlos ha creído
que soy su padre, y querría
honrarse de ser mi hijo.
Lo que pienso hacer agora
por obligarle si digo
que soy su padre, es hacer
que el reino que le ha elegido
le tenga por hombre noble,
tan altamente nacido,
en decir que vengo a verle
porque en Bretaña he sabido
su buen suceso.

LEONIDO. Será
honrarle.

MARQUÉS. Demos aviso
primero a este capitán
de que yo soy Federico.
¡Ah, caballero!

ARISTA.

¿Qué queréis?

MARQUÉS.

Quería
hablar al Rey.

ARISTA.

¿Quién sois y de qué parte?

MARQUÉS.

Bien puede un padre hablar con osadía.

ARISTA.

¿Padre?—Señor, tu padre quiere hablarte.

CARLOS.

Milagro, Arista, fuera y gran favor sería
del cielo, entre los bienes que reparte,
a quien da su favor.

NUÑO.

¿Qué te han traído?

CARLOS.

Padre, por no buscado ya venido.

NUÑO.

Habémonos quebrado la cabeza
buscando aqueste padre fugitivo,
y mientras nos siguió tanta pobreza
no se ha podido hallar muerto ni vivo;
y agora, cuando ven tanta riqueza
y un estado tan próspero y altivo,
salen, como hongos, padres de la tierra.
¡Qué engaños, qué traición el mundo encierra!

CARLOS.

Digo que llegue, Arista, y conozcamos
este padre que dices.

MARQUÉS.

¿No conoces
al marqués Federico de Bretaña?
¿Ya no te acuerdas de tu padre, Carlos?

CARLOS.

¿Vióse jamás tan grande atrevimiento?
¿Contóse de ninguno aqueste caso?
¿Que aquéste se fingiese Federico
porque me ve tan poderoso y rico?

MARQUÉS.

¿Yo me he fingido Federico? Mira,
Carlos, que eres mi hijo, y que tú sabes
que te preciaste de besar mi mano,
sin el hurto del Conde castellano,
que callo por tu honor.

CARLOS.

¿El está loco?

MARQUÉS.

¿A tu padre, traidor, tienes en poco?

CARLOS.

Bien digo yo que es loco.

MARQUÉS.

¿No te acuerdas
que te has visto a mis pies y que has querido
besar mi mano?

CARLOS.

Aquéste fué inducido
de mis dos enemigos castellanos.
A matarme has venido.—Atad sus manos
y metelde en prisión.

MARQUÉS.

¿Carlos, qué haces?

CARLOS.

Que tu crueldad aquí me satisfaces.

MARQUÉS.

¿Pues a tu padre desta suerte tratas?
¿Las manos, hijo, que te hicieron atas?

CARLOS.

Necesidad será darle tormento.
Nuño, tengan el preso a buen recado.

MARQUÉS.

¡Por qué extraño camino se ha vengado!
¿Que así trate a su padre un hijo?

CARLOS.

Advierte
que soy hijo sin padre, y desta suerte
puedo muy bien satisfacer mi agravio.
La fortuna es mudable, el tiempo es sabio;
falso el pariente, el envidioso fiero,
y cruel al rendido el extranjero.

MARQUÉS.

Paciencia; pues me vine como loco
a las manos del mismo que ofendía;
pero pensé que rey no te acordaras
de los agravios que te hicieron pobre.

CARLOS.

Siempre el que agravia escribe en agua el daño,
y el agraviado en bronce eterno y fuerte,
adonde no le borre el tiempo y muerte.

(*Llévanle preso.*)

ARISTA.

A todos ha causado maravilla
ver la invención con que éste a verte viene.

CARLOS.

Creed que castigarle me conviene:
él sin duda es espía o algún loco,
que como vió tan alta mi fortuna
pensó tener en ella parte alguna.
Poco a poco me voy desengañando
de que pude caer en mil errores,
no más de por dar crédito a traidores;

pero yo vengaré sus testimonios
dándole al mundo de que soy honrado,
pues ya con mi paciencia al cielo agrado.
Si a cualquiera mujer, por vil que sea,
es tan grande maldad quitar la honra,
el que la quita a una señora ilustre,
¿en qué piensa parar? ¿Qué pena espera?
Y más si es muerta ya, que a las cenizas
que ya descansan es crueldad notable.

ARISTA.

No quedará quien sin respeto hable
de los muertos, señor, sin gran castigo.

(*Salen* BLANCA *y* LEONOR.)

DOÑA BLANCA.

Aquí viene, señor, aquel tu amigo.

CARLOS.

Retirad esa gente, que hablar quiero
a solas con aqueste caballero.

D.ª LEO. No hay tan difícil empresa
que no la acaben mujeres.
CARLOS. Ya estoy solo; ¿qué me quieres?
D.ª BLAN. De haberle hallado me pesa.
D.ª LEO. Quisiera más soledad.
CARLOS. Este hidalgo que está aquí
es mi amigo, vive en mí,
es mi propia voluntad,
no hay que recelarte dél.
D.ª LEO. Pues dame, mi bien, tus brazos,
que bien merecen tus lazos
alma tan firme y fiel.
CARLOS. ¿Qué es esto?
D.ª LEO. ¿No me conoces,
Carlos mío?
D.ª BLAN. ¿Carlos mío?
CARLOS. Perdona si te desvío,
Leonor, con iguales voces,
que importa disimular.
D.ª LEO. No ha podido el corazón,
porque ya fuera traición
verte, mi vida, y callar.
CARLOS. Eso de mi vida deja,
mira que no es para ahora.
D.ª LEO. ¿Cómo, si el alma te adora
y del silencio se queja?
CARLOS. Mira que me importa así.
D.ª LEO. Como te vi confiado
del amor deste criado,
que pudiera hablar creí.
CARLOS. ¿Quién había de pensar
que eras tú?
D.ª BLAN. ¿Qué es esto, cielos?
Agravios son, que no celos
los que pude imaginar.
Esta es lo mismo que yo,
y sin duda es la mujer
de Carlos. ¿Qué puedo hacer?
Carlos, traidor, me engañó,
porque por más que pretende
la traición disimular,
ella le quiere abrazar
y él los brazos le defiende.
¡Ay, Dios! ¿Qué tengo de hacer?
Pero en males sin remedio
la muerte es el mejor medio
que puede el alma escoger.
Y pues a nadie faltó,
¿quién hay que pueda decir
que no la halló, si el morir
no hay pena que no acabó?

(*Sale* NUÑO.)

NUÑO. Ya queda puesto en prisión.
CARLOS. Paso, y no digas quién es,
porque no quiero que des
pena a Blanca.
NUÑO. Ni es razón.
CARLOS. Harás que con buena guarda
marche en el campo.
NUÑO. Haré
que una compañía esté
con su persona de guarda.
CARLOS. Nuño.
NUÑO. Señor.
CARLOS. Aposenta
este hidalgo castellano.
NUÑO. ¿Castellano?
D.ª BLAN. No es en vano
este mal que me atormenta.
D.ª LEO. ¿No me conoces? ¿Qué miras?
NUÑO. Pienso que he visto esa cara.
D.ª LEO. Mírame bien y repara
en que, olvidado, te admiras.
NUÑO. ¡Válgame Dios!
D.ª LEO. Disimula,
que diz que conviene así.
NUÑO ¡Que me olvidase de ti!
D.ª LEO. Como eso el tiempo acumula
a los agravios de ausencia.
NUÑO. ¿Dónde desta suerte vas?
Pero después me dirás
las causas.

D.ª BLAN. ¡Celos, paciencia!
D.ª LEO. ¿Quién es aqueste criado
que aquí con el Conde está,
que miro mal o le da
mi venida algún cuidado?
NUÑO. Es un muchacho bretón
que le prestó unos dineros
cuando andábamos en cueros
para salir de prisión.
Y como ha echado de ver
que el Conde te ha de estimar,
piensa que ha de desprivar
y que no le ha de querer.
D.ª LEO. ¡Buen talle tiene!
NUÑO. ¡Extremado!
D.ª LEO. Parece mujer.
NUÑO. Advierte
que son allá desta suerte.
D.ª LEO. También yo tengo cuidado.
NUÑO. Pues piérdelo, porque son
muy hermosos los bretones,
tan hembras como varones.
D.ª LEO. Celosa voy del bretón.

(*Vanse* NUÑO *y* LEONOR.)

CARLOS. ¿Estarás muy mal conmigo
porque a este amigo hablé
tiernamente.
D.ª BLAN. No estaré,
siendo como es tan amigo,
que te ha llamado mi vida
y otros requiebros, que son
muy de amigos.
CARLOS. La ocasión
y la ausencia le convida.
Pílades y Orestes fueron,
y otros amigos, ansí;
de Acates y Eneas oí
que el mismo amor se tuvieron.
Virgilio escribió el amor
del fuerte Euralio y Niso;
Apolo a Jacinto quiso,
y Alejandro, el vencedor
del mundo, a su gran privado
Efestión.
D.ª BLAN. Las memorias
revuelves de las historias.
CARLOS. Hasta en el libro sagrado
de los Reyes de Israel
hallarás a Jonatás
y a David...
D.ª BLAN. Paso, no más;
todo este amor cabe en él.
CARLOS. Deja el enojo y advierte...
D.ª BLAN. ¿Yo qué tengo de advertir
más de que no he de sufrir
tan a mis ojos mi muerte?
Que esos antiguos amigos
hombres lo pudieron ser,
y aquí hay un hombre mujer
y hemos de ser enemigos.
CARLOS. ¿Qué dices?
D.ª BLAN. Esto que escuchas;
pues si en aficiones tocas
hallarás las cuerdas pocas,
hallarás las locas muchas. [rey!,
¡Ah, Carlos!, ¡ah, conde!, ¡ah,
¡ah, hombre, que es lo más cierto!,
¿cómo tanto desconcierto
cupo en tan hidalga ley?
Si estabas, Carlos, casado,
¿qué es lo que a mí me querías,
pues la nobleza sabías
de mi padre y de mi estado?
¿Págase la deuda ansí
de sacarte de prisión?
¿Es matarme el galardón
de darte la vida a ti?
¿Cuándo los hombres no fuistes
a esta traza? ¿Qué me quejo?
Piedad y amor, mal consejo
a mi vida y honra distes.
Ahora bien, Carlos, ya es hecho;
quédate adiós con tu gusto,
que presto tanto disgusto
pondrá en sosiego mi pecho.
Yo me mataré, yo haré
que dé mi muerte ocasión
a tan justa perdición
por hombre falso y sin fe.
Por ese ejército quiero
ir dando voces, que estoy
ya sin seso. ¡Blanca soy!
CARLOS. Oye, espera.
D.ª BLAN. ¡Desespero!
Yo soy, soldado, la hija
de Federico.
CARLOS. ¿Estás loca?
D.ª BLAN. Justa razón me provoca.
CARLOS. ¡Ya no hay mal que no me aflija!
D.ª BLAN. Carlos me sacó, soldados,
de Bretaña, y me engañó.
CARLOS. ¡Calla, o mataréme yo!
D.ª BLAN. ¿Los caballeros honrados

hacen estas sinrazones?
CARLOS. Oye sola una razón.

(*Sale* NUÑO.)

NUÑO. Ya está alojado el bretón.
D.ª BLAN. ¡Qué amigos sois de bretones!
Pues, Nuño, ya lo sé todo,
y aunque mejor lo guiséis,
por Dios, que no me obliguéis
a comellos dese modo.
NUÑO. ¿Tenemos algún azar?
CARLOS. Mayor desdicha tenemos,
que ha dado Blanca en extremos
con que me quiere matar.
D.ª BLAN. Extremos son con razón,
pues de cuentas rematadas
de obligaciones pasadas
me das tan mal galardón.
¿Pero cuándo hicisteis menos
los hombres, cuyos regalos
nos matan?
CARLOS. ¿Todos son malos?
D.ª BLAN. No; mas pocos son los buenos.
CARLOS. Mira que aquesta mujer
no es mi mujer.
NUÑO. Mal has hecho
en confesarlo.
CARLOS. En mi pecho
es imposible caber
para Blanca, Nuño, engaño.
Pues, mi bien, si no (lo) es mía
y tú lo has de ser el día
que llegue mi desengaño,
mira qué satisfacción
quieres de mí: si mis ojos
te han dado en miralla enojos
ciérralos, que tuyos son;
pon a mi boca un candado
si temes que hablarla puedo;
mis manos no te den miedo,
pues esposas me has echado.
Vesme aquí todo rendido;
haga tu gusto el de un rey.
D.ª BLAN. ¡Tirana es de amor la ley!
CARLOS. Los brazos, mi bien, te pido;
hagamos las amistades,
pues sabes cuán tuyo soy.
D.ª BLAN. Casi por creerte estoy.
CARLOS. Eso pueden las verdades.
D.ª BLAN. ¿Echarás esta mujer
del campo?
CARLOS Enviaréla luego.
D.ª BLAN. ¿Cierto?
CARLOS. ¿Eso dudas?
D.ª BLAN. Yo llego
a acabarte de creer.

(*En abrazándole, toquen cajas dentro, y sale* ARISTA *con la espada desnuda.*)

ARISTA.

Con el poder mayor que de Castilla
han podido juntar tus enemigos
tu descuidado ejército acometen,
que marchando esta noche de secreto
y habiendo dado muerte a tus espías,
han llegado furiosos a buscarte.

CARLOS.

Ninguna cosa a mi fortuna es parte
para quitarme el ánimo, que fuerte
la envidia resistió, que es mayor muerte.
Partid los dos donde sabéis ahora.
Ya entiendes.

NUÑO.

Ya, señor, lo entiendo.

DOÑA BLANCA.

No hay qué entender, que tengo espada al lado,
y he de morir como el mejor soldado.

(*Vanse* BLANCA *y* NUÑO, *y sale* DON ARIAS.)

DON ARIAS.

Aunque os parezca, Conde de Castilla,
que soy vuestro contrario, soy don Arias.

CARLOS.

Don Arias, verte aquí me maravilla.

DON ARIAS.

Pues no he venido a hacer partes contrarias;
la vuestra sigo, y tengo de seguilla
hasta la muerte.

CARLOS.

Las fortunas varias
que me han seguido a mí tiempo requieren,
aunque de verme como estoy se infieren.

DON ARIAS.

Los dos traidores que quitar pretenden
a vuestra madre la Condesa santa
la honra injustamente, al cielo ofenden,
que pisa el alma con doradas plantas;
y aunque furiosos como veis descienden,
toda la gente, que parece tanta,
en viendo que sois vos, con justo celo

han de arrojar las armas por el suelo.
No saben que sois vos los castellanos,
que murmuran de aquestos dos traidores;
decid quién sois y mueran los tiranos,
que hoy os darán los cielos mil favores.

CARLOS.

Querida madre, en tus piadosas manos,
que cercan los impíreos resplandores,
veo la espada desta gran vitoria;
pídela a Dios para tu honor y gloria.

(*Toquen cajas y dése la batalla dentro, y salgan algunos* SOLDADOS *y* BLANCA *con ellos.*)

D.ª BLAN. ¡A ellos, Nuño, que son
gente de traidores dueños!
NUÑO. Gigantes fueran pequeños,
Blanca, en aquesta ocasión.
D.ª BLAN. ¿No ves el Conde valiente
hacer con ellos estrago?
DENTRO. ¡Santïago! ¡Santïago!
ARISTA. ¡Navarra!
ENRIQUE. ¡Castilla!
NUÑO. Tente.
D.ª BLAN. No me dejan mis cuidados.
¡Oh, qué bien los acuchilla!
CARLOS. El Conde soy de Castilla;
vuestro señor soy, soldados.
NUÑO. Ya le van reconociendo.
D.ª BLAN. Ya empiezan a respetarle.
NUÑO. Ya lo nombran y apellidan.
D.ª BLAN. Ya dicen que Dios le guarde.
NUÑO. Ya Bermudo y don Enrique
van desmayados.
D.ª BLAN. Ya salen
de la batalla.
NUÑO. Ya huyen.

(*Salen* DON ENRIQUE *y* DON BERMUDO *huyendo de* CARLOS, *y los demás.*)

CARLOS. ¡Tened el paso, cobardes!
ENRIQUE. Detén las armas, que tienes
sobre tu cabeza un ángel.
BERMUDO. Sin duda que es la inocencia,
Carlos, de tu santa madre.
¿Tú Rey de Navarra?
CARLOS. Yo,
porque así los cielos valen
a quien padece inocente.
D. ARIAS. Rendid las armas.
ENRIQUE. Tú haces,
Arias, como hidalgo noble.
D. ARIAS. Daldas al Rey.
ENRIQUE. Porque iguale
su piedad a la justicia,
como otro nuevo Alexandre.
CARLOS. El cielo os trujo a mis manos.
BERMUDO. Pues claro está que él nos trae,
porque los brazos divinos
ligan las fuerzas morales.
CARLOS. Vosotros, primos, si es justo
que ahora primos os llame,
por hijo espurio de otro hombre
mis estados me quitasteis.
Yo le tengo preso aquí;
pues lo decís, preguntalde,
que él os dirá la verdad
de lo que en aquesto sabe.
D.ª BLAN. ¿A mi padre tienes preso?
CARLOS. Blanca, en ocasiones tales,
deja obrar al cielo, y deja
que el mundo se desengañe.
D.ª BLAN. Yo también quisiera estarlo
desta mujer arrogante
que dice que es tu mujer.
CARLOS. Permite que se declare
a un tiempo tu bien y el mío.—
Nuño.
NUÑO. Señor.
CARLOS. De la cárcel
saca al marqués Federico.
BERMUDO. Parece, Enrique, que hace
la fortuna cuanto quieres.
ENRIQUE. Hoy hará cuanto le mandes.
CARLOS. Di entre tanto, Arias amigo,
honor de hidalgos leales:
¿qué agravio Enrique te ha hecho,
porque yo te desagravie?
D. ARIAS. Hame robado a Leonor;
mira si es causa bastante
para que pierda la vida.
CARLOS. ¿Pues tú a Leonor le quitaste?
ENRIQUE. Ciego de amor la robé;
pero nunca inexpugnable
roca a los golpes del mar
así deshizo la nave
como Leonor mis deseos,
y más diamante que amante,
salió de mis brazos libre.
CARLOS. ¿Pues adónde la enviaste?
ENRIQUE. A que a su padre enojado
su airado pecho amansase.
D. ARIAS. ¿Eso cómo puede ser,
si desde la misma tarde
no la vieron más mis ojos?

Y mal mi honor satisfaces
robada una vez mi hija,
pues si a los muertos no vale
el gozar la paz del cielo
y el sagrado donde yacen,
y les levantan que son
adúlteros, desleales,
¿qué se dirá de los vivos,
que dan ocasión tan grande?

CARLOS. Don Arias dice muy bien:
menester es que le pagues
el honor, aunque te excuses,
pues ya, en efeto, llegaste
a intentos que tu deseo
su deshonor intentase.

(*Salen* NUÑO *y* FEDERICO.)

NUÑO. Aquí viene Federico.

MARQUÉS. Merezco mayores males,
más tormentos, más desdichas,
pues a ti, sin agraviarme,
te quise hacer tanto agravio;
pero es disculpa bastante
el pensar que me engañabas.

CARLOS. Caballeros, capitanes,
navarros y castellanos,
oíd un caso admirable:
Yo era Conde de Castilla,
mis primos, que están delante,
dijeron que no era hijo
legítimo de mi padre,
y que el marqués Federico,
haciendo a mi madre infame,
fué su galán; ya sabéis
que pretendí disculparme.
No admitieron mis razones.
Fuí, finalmente, a buscarle:
rióse de mi pregunta,
y por dicha, por burlarme,
al Rey de León me dió
por padre. Yo fuí a buscarle,
y remitióme a Navarra,
donde, como ya llegase,
me constituyeron rey
sus nobles por lo que saben.
Saqué este ejército luego
para cobrar y vengarme
lo que me quitó la envidia.
Federico está delante.
¿Es esto así?

MARQUÉS. Sí, señor;
y por cuantas celestiales
luces alumbran el cielo
que en mi vida hablé a tu madre,
y si la hablé, plega a Dios
que todo el cielo me falte.

CARLOS. ¿Qué dices de aquesto, Enrique?

ENRIQUE. Que tu ilustrísima madre
está inocente de todo,
y que fué para quitarte
el Condado lo que dije,
y así te ofrezco la sangre
que tengo tuya.

CARLOS. ¿Bermudo
dice lo mismo?

BERMUDO. Y que mandes
cortar luego mi cabeza
por la acusación.

D. ARIAS. No trates
de venganzas sin que digan
dónde está Leonor.

MARQUÉS. Ni ensalces
tu nombre hasta que me des
mi hija.

CARLOS. Oíd, escuchadme.—
Blanca.

D.ª BLAN. Señor.

CARLOS. A los pies
pide del Marqués, tu padre,
el perdón para los dos.

MARQUÉS. Como con ella te cases,
¿qué mayor bien para mí?

D.ª LEO. Pues habiendo de casarse
con Blanca, yo soy Leonor;
bien puede Enrique pagarme
el agravio que me ha hecho,
y Carlos amor tan grande
con perdonarle.

CARLOS. Yo digo
que gusto de perdonarle,
y a mi buen amigo Nuño
doy a Ríoseco.

NUÑO. No hables
de cosa seca, por Dios.

CARLOS. Tú, Arista, eres condestable
de Navarra.

ARISTA. El alto cielo
mil años, señor, te guarde
por padre de España.

NUÑO. Aquí
da fin *El hijo sin padre.*

FIN

SEGUNDA PARTE

DE LA PARTE VEINTE DE LAS COMEDIAS

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PROCURADOR FISCAL DE LA CAMARA APOSTOLICA

EL HOMBRE POR SU PALABRA

COMEDIA FAMOSA

DEDICADA AL LICENCIADO DIEGO DE MOLINO Y AVELLANEDA, *RELATOR DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD EN EL SUPREMO DE CASTILLA*

Tres cosas inclinan a los que escriben a dirigir sus obras: obligación a las personas de quien hacen elección, favor que esperan, o ser tan insignes en lo que profesan, que de justicia se les deba alabanza y reconocimiento, lo último me ha movido el ánimo muchas veces para ofrecer a V. m. alguna parte de mis escritos, que la que tienen las Musas en tantas facultades, cuantas atribuye la antigüedad a sus nombres, es general para todos, aunque no lo parezca la materia, y hallándome en ocasión que venció el deseo las dificultades que miraba el temor, quise (pues tiene ley el derecho para que la causa natural prefiera a la accidental) ponerle en ejecución, dirigiendo a V. m. los versos desta fábula, pues no es mi ánimo alterar su modestia con la licencia de Poeta, ni con estilo retórico atreverme a la pintura de sus méritos; que valiéndome de sus figuras y colores, bien pudiera yo decir aquí aquella conclusión de Sócrates tan alabada de Cicerón en su *Tusculana quinta*: *Cual es el afecto del ánimo, tal es el hombre; como el hombre, las palabras; como las palabras, los hechos, y como los hechos la vida;* y prosigue: *Affectus autem animan in bono viro laudabilis, et vita igitur laudabilis boni viri, honesta ergo, quoniam laudabilis, ex quibus bonorum beatam vitam esse concluditur*: y añadir asimismo por su ejercicio aquella docta censura, que después de haber leído cincuenta libros de los Digestos, escogidos entre los más famosos jurisconsultos, dió (si bien generalmente) Laurencio Vala; pues en V. m. es tan cierta que no habrá hombre en el mundo que la contradiga. *Primum quod nescias, utrum diligentiam ne, an gravitas*: *prudentia an aequitas*: *scientia rerum an orationis dignitas praestet.* ¿Qué palabras tan a propósito para dichas por tal diligencia, gravedad, prudencia, equidad, ciencia y oración relativa? Pero, ¿quién tuviera tal atrevimiento?, y más si de su parte pusiera la facilidad del decir, como quiso Fabio Quintiliano, después de haber pintado las partes de un orador perfecto que no le pareció que lo eran: *Nisi illis firma quedam facilitas accesserit*: la potencia próxima al acto (como la ley penúltima de *milit testam* lo dispone) podría hacer que estas líneas pareciesen alabanzas, como los diseños de la pintura sin los colores; pero como lo fueran faltando las de su nacimiento y casa de V. m. en la Torre de los Cameros, cuyo apellido sólo bastara a confirmar su nobleza, a no estarlo tanto, ni era justo olvidar sus estudios en Valladolid, con tal aprobación de sus contemporáneos, que han puesto en mala opinión a la fortuna, si ella es más dueño del premio que los méritos. Daré, finalmente (pues no me atrevo a hablar en su virtud, letras y nobleza), felicísimo principio a esta segunda parte de la parte veinte con el nombre de V. m., a cuya justa opinión ni puedo añadir gloria ni deseo ofender su modestia, sino que Dios le guarde muchos años.

Su capellán de V. m.,
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

FEDERICO,
ALBERTO,
CELIA,
FINEO, *villanos.*
ARMINDA, *princesa.*
LUCINDA.
LISANDRO, *rey de Macedonia.*
El PRÍNCIPE LISARDO.
El DUQUE ALBANO.
CESARINO, *caballero.*
MARIO, *capitán.*
DELIA.
LEONELO.
ALEJANDRO.
MÚSICOS.

ACTO PRIMERO

(*Salen* CELIA, FEDERICO, ALBERTO, *viejo,* FINEO, *labradores.*)

FEDERICO. ¿De qué sirve persuadirme
ni con palabras cansarme,
pues surte de porfiarme
que esté en mi opinión más firme?
Y vosotros, a quererme
como os merece mi amor,
con el consejo mejor
debiérades socorrerme;
que el buen consejo es la cosa
de más valor.

ALBERTO. Así es;
mas cuando engañado estés
de opinión tan rigurosa,
¿qué sirve nuestro consejo,
si tu condición tirana
atropella el de una hermana
y de un padre honrado y viejo?

CELIA. Si el consejo es el tesoro
de más valor en la tierra,
mucho, Federico, yerra
quien atropella el decoro
debido a un padre por ley
divina y razón humana.

ALBERTO. Nacer de sangre villana
con pensamientos de rey
es una loca porfía,
es una necia locura.

FINEO. Un camino de ventura
oigo decir cada día
que cuantos nacieron tienen:
si es éste el de Federico,
más a su opinión me aplico.

CELIA. Más las nuestras le convienen.

FINEO. Dejalde salir de aquí;
busque su dicha en la guerra,
que nunca en la propia tierra
es nada un hombre.

CELIA. Es así;
pero también se han perdido
muchos que salieron della.

FEDERICO. Que nadie es profeta en ella,
palabras de Dios han sido.
La propia patria no estima
a ningún hombre de bien,
que aquello que siempre ven
se desprecia y desestima.
Allí veréis mil que llenos
de envidias siempre enemigas,
no viendo en sus ojos vigas
ven pajas en los ajenos.
Allí veréis, si le ha dado
ingenio el cielo a algún hombre,
para escurecer su nombre
todo el lugar conjurado.
Y el que mil naciones honran
si de letras o armas trata,
veréis que en su patria ingrata
le infaman y le deshonran.
Y cuando está el extranjero
honrándole en su ciudad
y procura su amistad
con regalo y con dinero,
en su patria mil demonios,
de malas lenguas caudillos,
están haciendo corrillos
y inventando testimonios;
y con tener cada uno
tanto que mirar en sí,
hablan del ausente allí
sin miedo o respeto alguno.
Solía un sabio decir
en loor de la tierra ajena
que la patria sólo es buena
para nacer y morir.

FINEO. Y vive Dios que es verdad,
porque donde un hombre nace
cuanto él hace le deshace
la envidia y la enemistad.
Esos Césares romanos
unos hombrecillos fueron
que los más dellos tuvieron
las estaturas de enanos;
y ahora la edad moderna
los pinta como gigantes:
altos, gruesos, arrogantes,
tales, que solo una pierna
no se pudiera calzar
con cuarenta cordobanes.
Filósofos, capitanes
solemos imaginar

con barbas a lo letrado,
y yo sé que hay opinión
que fué lampiño Platón
y Alejandro mal barbado.
Treinta cortinas que tiene
el Sofí, manda quitar
cuando le vienen a hablar
por espantar al que viene.
Con esto la fama abona
de la ignorancia del trato,
porque supla el aparato
la falta de la persona.
No más patria; en ella son
los hombres manoseados
y siempre vistos, y hablados
no tienen estimación.
Parte, qué yo voy contigo.

FEDERICO. ¡Oh buen amigo Fineo!
Partamos, que más deseo
que me mate el enemigo
que no que me venda aquí
quien con fingida amistad
nunca me trata verdad.

CELIA. ¿Es ésta la Infanta?

ALBERTO. Sí;
que sale cada mañana
a pasearse a la huerta.

(*Sale* LUCINDA, *princesa, y* MARIO (1), *ella leyendo una carta.*)

FEDERICO. ¡Qué primavera más cierta!
¡Qué aurora más soberana!
¡Con qué contento las flores,
aunque de verla se espantan,
se alegran y se levantan
a hurtar y a imitar colores!
¡Qué risa tienen las fuentes!
¡Qué contrapunto las aves!
sobre los bajos süaves
de sus sonoras corrientes!
¡Ay, Dios, Fineo, cuán bien
huyo del bien, pues es tal,
que me mata como mal
si me alegra como bien!
¿Qué piensas que está leyendo?

FINEO. ¿Estás loco?

FEDERICO. La sentencia
de mi muerte; de mi ausencia
ni apelo ni me defiendo,
aunque mis males dichosos
bien pudieran, condenados,
apelar, ojos airados,
para cuando estéis piadosos.

LUCINDA. Yo he leído, y dice aquí
el Rey mi señor, que está
cerca del asalto ya.

MARIO. Prevenir la gente vi
para dar asalto al muro,
si pueden desembarcar,
que en aquella parte el mar
ni es fácil ni está seguro.

LUCINDA. ¿Qué gente es aquésta?

MARIO. Son
los hortelanos.

LUCINDA. ¡Oh amigos!

FEDERICO. Pues me matan, y hay testigos,
haga amor la información.

ALBERTO. Si de un padre la tristeza
puede dar atrevimiento
para que os hable, señora,
siendo yo tierra y vos cielo,
ya que os trujo mi ventura
a estos jardines que riego
con lágrimas, si hasta aquí
son las fuentes que estáis viendo,
sabed que mi hijo, ingrato
a mí mismo, pues que tengo
mi sangre en él, se me parte
desta tierra y deste pecho.
A la guerra quiere ir,
y aunque es valiente mancebo
más sabe del azadón
que del acerado fresno.
Esta huerta le ha criado,
y él a ella, y estoy cierto
que quien se cría entre flores
no será en las armas diestro.
Mandalde que no se vaya,
así traiga el cielo inmenso
de la guerra de Dalmacia
vitoriosa al padre vuestro.

LUCINDA. Federico.

FEDERICO. Gran señora.

LUCINDA. ¿A la guerra tú? ¿Qué es esto?
¿Y contra la voluntad
de tu padre?

FEDERICO. Daros quiero
debida satisfación.

LUCINDA. ¿De quitar a un padre viejo
la vida la puede haber?

FEDERICO. Que me deis licencia os ruego
para que aparte os informe.

(1) Como se ve después, quien acompaña a la PRINCESA no es MARIO, sino CESARINO. MARIO estaba en el ejército con el REY.

LUCINDA. ¡Hola! Apartaos.
FEDERICO. No pienso
que informada culparéis,
señora, mi buen deseo.
LUCINDA. ¿Qué puedes dar en disculpa
desta crueldad?
FEDERICO. Un suceso
que si no es con ausentarme
no tiene humano remedio.
Yo, puesto que labrador,
alma tengo, entendimiento
y voluntad; mis sentidos
hacen también sus efetos.
Entre estas flores Amor
estaba una vez durmiendo.
Debíle yo de pisar;
es áspid, todo es veneno.
Matóme con unos ojos,
negros sospecho que fueron,
que es la color vitoriosa
de cuantas el cielo ha hecho;
porque si los garzos llaman,
los verdes piden respeto;
los garzos son amorosos
y los pintados soberbios;
y si los azules ruegan
vestidos de blanco hielo,
los negros mandan, que son
siempre señores los negros.
El dueño que los tenía
estaba por nacimiento
con tanta distancia al mío
como de la tierra al cielo.
Comencéme a enflaquecer,
perdí el sustento y el sueño,
porque cuidado tan alto
era en mis hombros más peso
que aquel peñasco que oprime
a Sísifo en el infierno.
Andaba por estos olmos
como Medoro, escribiendo,
no dichas, sino desdichas;
no gustos, sino deseos.
Si me llegaba a una fuente
y en sus cristales deshechos
me miraba, con las manos
borraba mi rostro luego.
Si vía sobre algún árbol
en las reliquias del heno
fundar su nido dos aves
para decirse requiebros,
desciñéndome la honda
iban por el aire a un tiempo
aves, nido, envidia y ramas
siguiendo los mismos ecos.
Si una yedra se enlazaba
a un tronco, del verde enredo
sembraba el prado, y furioso
daba suspiros al viento.
Desde un peñasco en el mar
un día quise, teniendo
la vida en poco, arrojarme,
y estando ya en este acuerdo
en una barquilla pobre
oí que al son de los remos
iba un pescador cantando
con ronca voz estos versos:
"Quien ama sin galardón
ponga mar o tierra en medio,
que lo que viendo se aumenta
se disminuye no viendo."
Parecióme que era voz
del cielo, y vuelto en mi seso
me resolví de ausentarme,
y entre muchos pensamientos
aceté con generoso
ánimo el de Marte fiero,
porque la guerra es la cosa
que más milagros ha hecho:
los reyes se hicieron della,
los linajes, los trofeos,
de las armas los palacios,
los libros de historias llenos.
Y pues yo con ausentarme
vivo y con quedarme muero,
es cosa tan desigual,
que es imposible el remedio.
Suplícoos, señora mía,
mandéis a mi padre viejo
y a aquesta mi loca hermana
den paso a mis pensamientos,
que no será bien que un día,
como Faetonte soberbio,
caiga en el mar, pues el mío
es su mismo atrevimiento.
LUCINDA. Basta; no me digas más.
Alza del suelo, que creo
que te viene grande el alma,
y al alma pequeño el pecho.
No sólo te doy la culpa (1);

(1) Así se expresaba entonces este pensamiento, sin la doble negación. Hoy diríamos:
No sólo no te doy culpa,
y el verso tendría, igualmente, ocho sílabas.

pero te mando y te ruego
que te ausentes, Federico,
porque tales pensamientos
parece que pronostican
algún extraño suceso.
Y pues en esta ocasión
el cielo me trujo, quiero
darte para el Rey favor.

FEDERICO. Mil veces los pies te beso;
dos mil veces con la boca
la menuda arena cuento
adonde estampáis los pies.

LUCINDA. Ven a la tarde y daremos
orden de servir al Rey.

FEDERICO. Si valen humanos ruegos,
el cielo os dé tanta dicha
que de vuestro casamiento
salgan águilas que abracen
las armas del sacro Imperio.

LUCINDA. ¿Quién va contigo?

FEDERICO. Este mozo,
que es labrador de mi tiempo,
criado en mi propia casa.

LUCINDA. ¿Cómo te llamas?

FINEO. Fineo.

LUCINDA. ¿Por qué te vas a la guerra?
¿Tienes tú también intentos
imposibles?

FINEO. Nunca faltan
desdichas.

LUCINDA. Saberlas quiero.

FINEO. No son cosas de importancia.
Quise tres meses y medio
cierta villana, mi igual
en gusto y en nacimiento,
que amor entre altos y bajos
que es como aceite sospecho,
que aunque se junta al vinagre
de unirse en él no hay remedio:
él está, en fin, de por sí,
y el pobre vinagre puesto
a una parte, aunque con él,
que es desigual casamiento.
Amé, en fin, un otro yo
porque el amor fuese cierto
y se viesen las dos almas
en el plato de los cuerpos.
Pasélo bien muchos días,
y aun noches, hasta que viendo
que andaba con Federico
se le encajaron sus celos.

LUCINDA. ¿Celos de un hombre?

FINEO. Decía
que con él gastaba el tiempo
y la voluntad también,
y resolvióse diciendo
o dejar a Federico,
o perderme. Entré en consejo
con mi prudencia, que soy
muy prudente cuando puedo,
y dije: Si pierdo a Alcida,
pierdo una mujer; si pierdo
a Federico, un amigo;
mujeres hallaré ciento,
amigos no hallaré uno
si todo el mundo revuelvo,
porque aquél es necio, el otro
falso, aquél es lisonjero,
éste traidor, aquél loco,
éste rico y avariento.
Pues si de mujeres hay
tal número que podemos
decirles ox, como a pollos
cuando hay trigo por el suelo,
y un amigo hombre de bien
no tiene en el mundo precio,
dejo la mujer y voime.

LUCINDA. Procedes como discreto.

FINEO. Prometo a su reverencia
que lo soy por todo extremo,
sino que soy desdichado.

LUCINDA. Ahora bien, daros quiero
favor en esta jornada.

FINEO. A la tercera le quiero,
que allí se canta la gloria.

LUCINDA. Vamos, Cesarino.

CESARINO. Advierto
a Vuestra Alteza que aguarda
la nave.

LUCINDA. Yo haré que presto
os despachen.

(*Vanse la* PRINCESA *y* CESARINO.)

ALBERTO. ¿Pues qué dice
la Princesa?

FEDERICO. Que tendremos
su favor para la guerra.

ALBERTO. ¿Cómo favor?

FEDERICO. Quedo, Alberto;
dejad correr la fortuna.

ALBERTO. Ven, Celia, y los dos haremos
llorando un mar, que detenga
sus pasos.

CELIA. Si está resuelto,
yo sé que os cansáis en balde.

(*Vanse* CELIA *y* ALBERTO.)

FEDERICO. Adiós, humilde aposento,
huésped de mis tiernos años;
adiós, álamos y fresnos,
cuyos vestidos conté
las primaveras que tengo;
adiós, fuentes sonorosas;
adiós, amor, que me has muerto
por imposible, que voy
donde te mate, si puedo.

FINEO. Adiós, chopos y alcornoques;
adios, cabrahigos tiernos;
adiós, huerta; adiós, lechugas,
berzas, perejil, mastuerzo;
adiós, celos, que es salir
con la vihuela de Orfeo
del infierno del amor
salir con bien de unos celos.

(*Sale el* REY LISANDRO DE MACEDONIA, ALEJANDRO, *sobrino suyo, gente de guerra y cajas.*)

LISANDRO.

No puedo persuadirme que no sea
algún encanto mágico, y que vive
el espíritu en ella de Medea,
que el puerto tantas veces nos prohibe,
cuando el viento parece que desea
llevarnos a la orilla, y nos recibe
sereno el mar, el manto azul tendido:
todo se altera a confusión movido.

Nuestras naves aquí y allí derrotan
furioso el mar, desatinado el viento,
porque luego que abordan se alborotan
con fiero y espumoso movimiento.
Tan bravos huracanes las azotan
a las ondas del húmido elemento,
que entumecidas las estrellas besan
y en la esfera del sol vencidas cesan.

Tres veces nuestras naves a la orilla
pacíficas llegaron, y otras tantas,
cual suele en tempestad rota barquilla
o con airado viento verdes plantas,
aquí y allí con alta maravilla
las siembra el mar.

ALEJANDRO.

Señor, ¿de qué te espantas,
si dicen que esta Reina de Dalmacia
venció las artes de Tesalia y Tracia?

Los encantos famosos de Micale
celebra Ovidio; el cordobés Lucano
no quiere que ninguna a Erito iguale;
Canidia fiera fué, portento humano;
muchos no creen que el hechizo vale
para la voluntad; pero es tan llano,
que a fuerza de conjuros y violencias
abrasan, sino el alma, las potencias.

La madre del gran Ciro se valía
de Giges, famosísima hechicera,
y Persia entre dos piedras las molía,
que les daba por ley muerte tan fiera.
Plutarco la refiere, y la osadía
con que el hechizo el mar y el aire altera,
la luna y los espíritus del centro
Tibulo cuenta, y que le oprimen dentro.

Si Arminda se ha valido deste encanto
no dudes que jamás alcances puerto:
vendrá el invierno, y el celeste manto
el frígido Orïon tendrá cubierto.
Entonces, gran señor, con más espanto
a Macedonia volverás, incierto
de llegar por ventura, y sin la espada
darás vitoria a una mujer vengada.

LISANDRO.

¿Pues cómo volveremos sin vitoria,
Alejandro, a la patria, si dos veces
después que aquí llegué con tanta gloria,
como mis enemigos son jüeces,
y al mundo prometí tan larga historia,
el sol al Aries y a los blancos Peces,
éste con oro, como en plata aquéllos,
bañó en los cercos de sus rayos bellos?

¿Será bien, por ventura, que el Oriente
y tanta envidia en bárbaras naciones
diga que en Alejandro, mi ascendiente,
se acabaron los fuertes Macedones?
La armada trague el mar y nuestra gente,
deshechos los valientes escuadrones,
antes que a la partida me resuelva
y sin honor a Macedonia vuelva.

Yo quiero que entre arenas y corales
me dé sepulcro el mar, y no en la tierra
túmulos y pirámides rëales
la paz, que ya mi deshonor encierra.

ALEJANDRO.

Sí; pero daba Roma los navales
triunfos por la vitoria de la guerra
marítima, que no los merecía
el que las naves en la mar perdía.

LISANDRO.

Basta, Alejandro, vuélvete si quieres;
yo quiero aquí morir, que en fin soy viejo.

ALEJANDRO.

Dirás que es cobardía. ¡Extraño eres!

LISANDRO.

Vuélvete luego, y no me des consejo;
vuelve donde te esperan las mujeres
que te escriben, por dicha.

ALEJANDRO.

No me quejo
de que me tengas por cobarde y loco,
sino de que mi amor tengas en poco.

LISANDRO.

Revuelva el cielo el sol, el tiempo cursos
cuanto su presto movimiento puede,
y salgan del infierno más concursos
de espíritus que al mar arena excede,
que no me moverán por los discursos
del ajeno temor a que no quede
o muerto, o vitorioso en esta playa.

ALEJANDRO.

¡Amor, paciencia; ausencia me desmaya!

(*Sale* FEDERICO *y* FINEO.)

FEDERICO. Déme los pies Vuestra Alteza.
LISANDRO. Levanta y quién eres di.
FEDERICO. Como el sol en mi bajeza
pon los ojos, pues en ti
no ha de manchar la grandeza.
Esta carta es de Lucinda,
mi señora.
LISANDRO. Aquestos brazos
es bien que a tu cuello rinda.
FEDERICO. Yo rindo el alma a sus lazos.
LISANDRO. ¿Está buena?
FEDERICO. Hermosa y linda.
Que no suele blanca aurora,
cuando cándida guarnece
las nubes que el sol colora,
que ella en perlas humedece
y él en arreboles dora,
salir con mayor belleza
que a la partida la vi;
y no se espante Su Alteza
que para escribirle ansí
eligiese mi bajeza,
que es la carta en mi favor
y no contiene otra cosa.
LISANDRO. Es famoso intercesor.
ALEJANDR. Y la flecha más hermosa
que tiene en su aljaba amor.

LISANDRO.

"Federico, hijo del hortelano de Palacio, con otro jardinero que se llama Fineo, quieren trocar las flores por las armas; favorezca Vuestra Alteza tan honrada inclinación en tan humilde nacimiento, que no se hacen malos soldados de buenos labradores."

Ya te conozco.
FEDERICO. Yo soy
tu esclavo.
LISANDRO. ¿Quién es Fineo?
FINEO. A tus pies, señor, estoy.
LISANDRO. Honraré vuestro deseo.
FEDERICO. Ya tantas gracias te doy
como si me hubieras hecho
tu capitán general.
LISANDRO. Que tienes valor sospecho.
¡Hola! Quitalde el sayal,
que es indigno de aquel pecho.

(*Quítenle el sayo, y vístase una ropilla.*)

Dadme una espada, que quiero
ceñírsela.
FEDERICO. De tu mano
con ese favor espero
trocar el ser de villano
en valor de caballero.

(*Cíñale espada.*)

LISANDRO. Pues de su mano me escribe
mi hija por ti, es razón
honrarte.
FEDERICO. El alma recibe
tales fuerzas, que ellas son
por quien en otro ser vive.
Prometo al cielo, aunque tarde
la honra vil me desciñes,
que el mundo un Héctor aguarde,
porque espada que me ciñes
no pienso hacerla cobarde.
Que con ella hacer mayor
mi fama y nombre confío
dividiendo su favor,
pues será el acero mío
y el templo de tu valor.
FINEO. ¿Y a mí no me mandas dar
algún coleto siquiera
con que me empiece a soldar?
LISANDRO. Vestilde.

FINEO. ¡Extraña manera
tienen los reyes de hablar!
Siempre gastan poca prosa:
Vestilde, dalde, quitalde,
venga, vaya..., ¡linda cosa!,
y no palabras en balde,
como la gente vulgosa;
que hay hombre que para dar
un sombrero ha menester
gastar un año en hablar.

(*Sale* MARIO, *soldado, con un coleto.*)

MARIO. Este os habéis de poner,
que es propio para la mar.
FINEO. ¿Hay gorra?
MARIO. No faltará.
FINEO. ¿Hay pluma?
MARIO. También la habrá.
FINEO. ¿Y trencellín?
MARIO. ¿Eso duda?
FINEO. Más que me viste desnuda
si el sayo se lleva allá.—
¿Qué me tengo de ceñir?
MARIO. Esa espada; pero advierta
que se la dan para herir;
porque una vez descubierta
no hay más infamia que huír;
que ha de dejarse matar
primero el que es hombre honrado
que las espaldas tornar.
FINEO. Así dijo un azotado
queriéndole desnudar.
LISANDRO. Alejandro.
ALEJANDR. Gran señor.
LISANDRO. A Federico os encargo;
honralde, aunque labrador.

(*Vase el* REY *y soldados.*)

ALEJANDR. Dejad, señor, a mi cargo
lo que tocare a su honor.—
En fin, Federico, ¿viste
aquel ángel que en belleza
al lado del sol asiste?
FEDERICO. Aunque su luz mi bajeza
con rayos de oro resiste,
águila viéndola fuí.
ALEJANDR. Si ella me escribiera a mí,
yo te pusiera en lugar
que te pudiera envidiar,
aunque quien sabes nací.
Y con todo honrarte quiero,
porque hombre que mereció
verla y hablarla...
FEDERICO. Yo espero
vivir para verla.
ALEJANDR. Y yo
morir, pues sin verla muero.
Acude a mi alojamiento,
que cuando el haber servido
te dé más merecimiento
serás al cargo admitido
que ha de honrar tu pensamiento.
No te subo a más alteza
adonde hay tantos testigos,
que en una fresca bajeza
causa grandes enemigos
una súbita grandeza.
Poco a poco subirás;
que si de un golpe subieses
tanta envidia toparás,
que por ventura cayeses
o te volvieses atrás.
FEDERICO. Conozco la discreción
de vuestro pecho Rëal.

(*Vase* ALEJANDRO.)

FINEO. ¿Cómo va de mutación?
FEDERICO. Yo no mudo natural
si es ésta mi inclinación.
FINEO. Honrado es este sobrino
del Rey.
FEDERICO. Quiere poco a poco
honrarme, que en el camino
del honor no importa poco
ser tan discreto el padrino.
FINEO. Si el bien se pudiera hacer
sin despertar a la envidia,
gran cosa viniera a ser.
FEDERICO. Mucho el subir la fastidia,
mucho la agrada el caer.
El es maldito animal.
FINEO. No tiene el cielo en la tierra
castigo del hombre igual.
FEDERICO. En quien sube por la guerra
habla siempre menos mal.
Nerón deseó que fuese
toda Roma una cabeza,
porque cortarla pudiese;
yo la envidia y su fiereza,
porque de una vez muriese.
FINEO. Ahora bien, ¿qué hemos de hacer?
FEDERICO. Pelear y ganar fama.
FINEO. ¿Puédese hacer sin comer?
FEDERICO. El que soldado se llama

a todo se ha de poner.
FINEO. No sé si aqueste coleto
ha de resistir las balas,
y sin comer te prometo
que es como cortar las alas
al gavilán más perfeto.
FEDERICO. Ven, Fineo, que el soldado
ha de saberlo buscar.
FINEO. Mucho me ha descuadernado
el ver que no hay en la mar
las olas que hemos dejado.
FEDERICO. Calla, que seré mañana
alférez o capitán.
FINEO. Hoy tengo muy linda gana
de comer.
FEDERICO. Si hoy no lo dan,
mañana es cosa muy llana.
Así tuviera paciencia
ausente de la presencia
de la Infanta.
FINEO. ¡Qué locura!
FEDERICO. Quien se atrevió a su hermosura
bien es que muera de ausencia.

(Vanse, y salen ARMINDA, *reina de Dalmacia; el* DUQUE ALBANO, *y sus criados.)*

ALBANO.

Admíranse de ver que Vuestra Alteza
tenga imperio en el mar, y yo les digo
que si nació de sus espumas Venus,
bien puede quien es diosa de hermosura
mandar las ondas y oprimir los vientos
a tanta variedad de movimientos.

ARMINDA.

En fin, Duque, ¿yo soy encantadora?

ALBANO.

A vos os hacen Circe, a vos Medea.

ARMINDA.

Pues si lo entiende el Rey como lo dice,
¿por qué no deja el mar desocupado
de tantas naves, que en su orilla forman
otra ciudad con plazas y edificios?
Ellos no son de que lo siente indicios.
Ayer le respondí que agradecía
que con sus velas, árboles y jarcias
fabricase esta selva y bosque umbroso
en la orilla del mar impetüoso
que desta gran ciudad baña los muros,
de su crueldad y sinrazón seguros.

ALBANO.

A mí me preguntó, cuando quisiste
persuadirle a la paz por mi embajada,
las señas y el valor de tu persona.
Dije que como bélica amazona
andabas en vestido corto, armada
tal vez de la manopla y la celada,
y cuando no, de plumas diferentes
coronada la frente, más hermosa
que Semíramis bella, y más guerrera.
Añadí que la espada te ceñías
y que el caballo indómito regías
con la baqueta y la dorada espuela,
más gallarda que Hipólita y Camila.

ARMINDA.

¿Pues qué presume el Rey, que estoy hablando
en tanto que él, feroz, desembarcando,
quiere asaltar esta ciudad, que es llave
del reino que pretende injustamente?

ALBANO.

El dice que le toca justamente,
por deudo más cercano de tu hermano;
pues fuera de que se halla más cercano,
no hereda aquí mujer.

ARMINDA.

Cuando él tuviera
un hijo que conmigo se casara,
Dalmacia a Macedonia se juntara,
como lo estuvo ya; mas si Lucinda
es la heredera sola de su reino,
¿cómo se ha de juntar? ¿Quiere, por dicha,
que las dos nos casemos?

ALBANO.

El pretende
ser tu marido.

ARMINDA.

Engáñanle los años,
aunque suelen servir de desengaños
en los hombres prudentes y discretos.

ALBANO.

Los hombres que en la edad son imperfetos
al símbolo del tiempo se parecen,
porque es una culebra puesta en círculo,
que junta la cabeza con la cola;
y así los viejos que parecen mozos
vuelven a los principios con los fines.

ARMINDA.

¿Qué es aquesto de balas y clarines?

ALBANO.

Que han hecho salva.

ARMINDA.

La respuesta aguardo.

SOLDADO. Haber llegado el príncipe Lisardo.

(Sale el PRÍNCIPE LISARDO, *con bastón y soldados.)*

LISARDO. Luego que supe el intento
que Vuestra Alteza tenía,
di esperanza a mi osadía,
casas al mar, lienzo al viento;
imité su movimiento,
y ayudándome el amor
llegué al puerto del favor
que vuestros ojos me han hecho,
a quien se humilla mi pecho
como a templo del valor.

ARMINDA. Para el que de vos recibo
palabras me han de faltar,
y por eso en su lugar
alma y brazos apercibo.
¿Venís bueno?

LISARDO. El mar altivo
su fiera frente humilló
luego, Arminda, que entendió
que era por tan justo caso,
él dando a las naves paso
y al viento suspiros yo.
Con esto seguro llego
al puerto de vuestros pies,
que más que sus aguas es
poderoso tanto fuego.
Dicen que imitando al Griego
diez años jura de estar
el Macedonio en la mar,
hasta ver a Troya arder;
mas no sabe que ha de ser
su muerte tanto esperar.
Yo traigo diez mil soldados
Zopiros, en ser fieles
dignos de cuantos laureles
fueron de Roma inventados,
y tan bien ejercitados
que nunca el Asia los vió
mejores, aunque pasó
tantos cónsules a ella
que Grecia en armas con ella
como en letras compitió.
Volved los hermosos ojos
y veréis de los penoles
bajar cubiertos de soles
de oro mil pendones rojos,
y por templar sus enojos
como las flámulas van
con ondas de tafetán
halagando sus cristales,
que le entoldan por señales
de que en amistad están.
Volved a mi Capitana,
y en vez de ardiente fanal
veréis de rojo metal
vuestra imagen soberana;
que de Febo, ni Diana,
ni de cera pretendí
luz que me guiase aquí,
porque vos sola podéis
alumbrarme, si queréis
ocupar la vista en mí.
Y porque yo vuestra tierra
descansar, no oprimir, quiero,
traigo por lastre el dinero,
que es el nervio de la guerra.
En éste sólo se encierra
el poder de tierra y mar;
con él la pienso acabar,
que lo que el oro no acaba
o el cielo lo dilataba
o era imposible de hallar.

ARMINDA. Agora, fuerte Lisardo,
conozco vuestro valor,
como digno sucesor
de Príncipe tan gallardo.
Agora vencer aguardo
a mi feroz enemigo;
venid a darle castigo,
pero descansad primero,
porque yo trataros quiero
con la llaneza de amigo.
No hallaréis la casa aquí
del rey Creso, ni éstas son
las riquezas que a Solón
enfadaron tanto allí;
pero del alma y de mí
el más tierno acogimiento
que cupo en entendimiento.

LISARDO. Daros la vida querría.

ARMINDA. Celos me quitan la mía;
llevó mi esperanza el viento.

(Vanse, y salen el REY LISANDRO, ALEJANDRO *y* MARIO.)

LISANDRO. Digo que es digno de premio.

ALEJANDR. El ejército le alaba

por hombre de gran valor
y de notable esperanza.
Cúpole velar su nave,
y puesto en ella de guarda
sintió Federico herir
la superficie del agua;
mas no seguro del todo,
porque la luna argentada
reverberando volvía
las ondas de vidrio en plata,
desnudóse con silencio
y arrojóse adonde andaba
aquel rumor que sentía
puesto en la boca la daga.
Llegó y vió que era un soldado.
Pidió el nombre; el hombre calla,
en que entendió que era espía
y de la parte contraria.
Con la daga le acomete,
y aunque puede no le mata
por traerle vivo; en fin,
le vió en el pecho una caja:
de un grueso cordón pendía
y dentro estaba esa carta
que a Ismenio enviaba Arminda,
que traidores nunca faltan.
Luchando los dos, en fin,
le dió algunas puñaladas,
con que en círculos de sangre
dividió el soldado el alma.

LISANDRO. En fin, ¿Ismenio es traidor?

ALEJANDR. A la Reina le avisaba
de tus intentos, que han sido
de algunas desdichas causa.

LISANDRO. ¿Qué hay de Ismenio?

ALEJANDR. Que una entena
le tiene por la garganta,
haciendo su nave misma
al espectáculo plaza.

LISANDRO. ¿Adónde está Federico,
porque se la deis por paga
de capitán?

ALEJANDR. Aquí viene.

LISANDRO. Tan bien como el campo labra
sabe servir en la guerra.

(*Sale* FEDERICO *y* FINEO.)

FINEO. Aquí está el Rey.

FEDERICO. Aquí para.
Déme los pies Vuestra Alteza.

LISANDRO. ¡Oh, buen capitán, levanta!

FEDERICO. ¿Yo capitán, gran señor?

LISANDRO. Sí, Federico, que basta
la hazaña de anoche sola
para más premio y más fama.

FEDERICO. Sólo mi deseo premias.

FINEO. ¿Y a mí nunca me das nada?

LISANDRO. ¿Qué has hecho tú?

FINEO. A Federico,
todo mojado de agua,
di mi camisa.

LISANDRO. Pues bien,
¿ésa cuentas por hazaña?

FINEO. Yo pienso que es la mayor.

LISANDRO. ¿Cómo?

FINEO. Cuando alguno gasta
su hacienda con un amigo
o con una hermosa dama,
por grande encarecimiento
¿no dicen en su alabanza
que le dió hasta la camisa?
Luego ha sido hazaña honrada
dar la mía a Federico.

LISANDRO. Las hazañas de las armas
se premian con las jinetas,
y las de las manos francas
con otro tanto regalo.

FINEO. En efeto; ¿qué me mandas?

LISANDRO. Denle cuarenta camisas.

FINEO. ¿Cuarenta? Una tienda falta.

(*Sale* MARIO.)

MARIO. Aunque me pesa, señor,
que estas nuevas y desgracias
trasladen a tus oídos
de mi lengua las palabras,
sabrás que en nuestras orillas
se oyó esta mañana al alba
una salva, aunque secreta,
y despachando una barca
supe que tomaba puerto
del rey Lisardo la armada,
con diez mil hombres de guerra
que por Arminda levanta.

LISANDRO. ¿Tomó puerto?

MARIO. Ya está dentro;
mas la gente desembarca
poco a poco, y tan segura
como quien llega a una playa.
Metióse tanto el arráez,
que hasta las banderas blancas
con las armas de los dos
vió de laurel coronadas:
indicios de casamiento,

que bien sabes que le tratan
desde que murió Tiberio.

LISANDRO. ¡Buen cuidado! ¡Justa paga
merecen nuestros espías,
pues tantas velas llegaban
con tanto secreto al puerto!
¡Vive Dios que por vergüenza
sus capitanes...

ALEJANDR. Detente,
que ni en ellos ni en las guardas
hay culpa.

LISANDRO. ¿Pues quién la tiene?

ALEJANDR. El mar, que nos amenaza
con sus encantadas olas
y del puerto nos aparta.

LISANDRO. Perdí la empresa, pues ya
con diez mil hombres se halla
Arminda.

FEDERICO. Si hubiese un hombre
que diese fuego a la armada
de ese príncipe Lisardo,
con que soldados y jarcias
ardiesen, ¿qué le darías?

LISANDRO. Daríale la palabra
de darle cualquiera cosa,
por difícil, por extraña
que fuese, que él me pidiese.

FEDERICO. Pues yo me atrevo a quemarla.

LISANDRO. ¿Tú, Federico?

FEDERICO. Yo solo.

LISANDRO. ¿Qué dices?

FEDERICO. Que sólo basta
este brazo a lo que digo.
Pero advierte que si faltas
a tu palabra rëal,
que será bajeza ingrata,
sabré hacer que no consigas
los fines de tu esperanza,
porque yo tengo valor
que mi espíritu levanta
a grandezas nunca oídas
adonde a Ulises alaban.

LISANDRO. Yo doy mi palabra al cielo
y a cuantas luces sagradas
tiene devanado el día
en sus tornos de oro y plata;
a su soberano Autor,
al aire, al mar, a las plantas,
a los hombres, de cumplirla,
y si esto es poco, firmarla.

FEDERICO. Basta, señor; pero advierte
que dices que si esta armada
por este brazo se pierde,
por esta mano abrasada,
me darás cualquiera cosa
que te pida.

LISANDRO. Si reparas
en que lo firme, lo haré.

FEDERICO. Señor, la palabra basta.
Vete, y que el cielo te guarde;
vete a tu nave y descansa,
que cuando la escura noche
tenga en silencio las aguas
y entre los brazos del sueño
duerman seguras las armas;
cuando en el bronce sonoro
la voz que le sirve de alma
calle, y la humildad noturna
destiemple el parche a las cajas;
cuando a los soldados sirvan
las rodelas de almohadas
de blanca holanda al cansancio
y de traspontín las tablas,
yo iré nadando, y llevando
en una caja embreada
diez bombas arrojadizas,
que si este brazo las clava
ni la industria ni la fuerza
la tendrán para quitarlas.

LISANDRO. ¿Pues cómo las darás fuego?

FEDERICO. Sólo eso reserva y calla,
hasta que el fin se consiga,
del secreto la importancia.

LISANDRO. Ven, Alejandro, que creo
que en este villano habla
el alma del fiero Aquiles.

ALEJANDR. Aquesta noche le matan.

(*Vanse.*)

FINEO. ¿Qué has dicho?

FEDERICO. ¿No lo has oído?

FINEO. Y cuando con esto salgas,
¿qué piensas pedir?

FEDERICO. No sé.

FINEO. Escucha un arbitrio.

FEDERICO. Vaya.

FINEO. Pide un rëal de cualquiera
que, sin ver sus propias faltas,
murmure de las ajenas;
mas no habrá en el mundo plata

ACTO SEGUNDO

(*Salen* LUCINDA *y* CESARINO.)

LUCINDA.

Tan grande admiración, cosa tan rara,
¿a quién no espanta y mueve?

CESARINO.

El Rey me envía
para que sepas que la guerra para
y se convierte en paz y en alegría.

LUCINDA.

Cuéntame el fin.

CESARINO.

Mejor te lo contara
quien los hechos de Aquiles escribía
o el que de Troya dilatando el fuego
quitó la fama el celebrado griego,
que yo para decir de Federico
el gran valor no tengo atrevimiento.

LUCINDA.

Dísele al Rey, y con razón me aplico
la gloria deste ilustre vencimiento:
por mí es soldado.

CESARINO.

Vitorioso y rico
vuelve el Rey por su brazo.

LUCINDA.

¡Extraño intento
de un labrador!

CESARINO.

Escucha de qué suerte
mostró valor.

LUCINDA.

Atenta estoy.

CESARINO.

Advierte.
Después de haber el ínclito soldado
muerto en el campo de la mar la espía
que cartas de traición pasaba a nado,
le hicieron capitán de Infantería.
Y estando el Rey tu padre retirado
por las borrascas de la mar un día,
a socorrer a Arminda entró gallardo
de Transilvania el príncipe Lisardo.
Cuando tu padre vió la mar sembrada
de naves, que una selva parecían
con tantos gallardetes enramada,
que con el agua en ondas embestían,
resuelto estuvo de envainar la espada
viendo que hasta las jarcias se cubrían
de tanta gente ya, que sus colores
formaban un jardín de varias flores.
Resonaban las cajas y clarines:
por todo el mar los ecos sonorosos
daban en los marítimos confines
ánimo a sus vecinos temerosos.
Parece que en el agua los delfines
danzaban a su música gozosos
y toda desmayada nuestra gente
trataba de la vuelta diligente,
cuando el valiente Federico dice
que aquella noche quemará la armada:
el Rey quiere que el premio solenice
hazaña de ninguno imaginada,
y porque su palabra la autorice
no le señala con las obras nada,
pero promete darle cuanto pida
si vuelve de la empresa con la vida.
La noche estaba en la mitad del cielo
cuando en las aguas que romper trabaja
Federico llevaba en presto vuelo,
con un cordel, una embreada caja.
Llegó a la armada cuando el negro velo
más a los hombros de la tierra baja,
y a despecho del mar, sacando el fuego
a la primera bomba le dió luego.
Así las fué clavando en los navíos,
con la destreza que en el coso al toro
el diestro corredor, y con más bríos
volvió con el laurel con puntas de oro.
No suele por los árboles sombríos
airado viento discurrir sonoro,
cuando por la materia bien dispuesta
el fuego se incorpora y manifiesta.
Arde la tablazón, crujen las lonas,
amantillos y escotas embreadas,
brandales, chafaldetes y coronas.
Ya de obencadura desatadas,
ya bajan hasta el lastre mil personas,
ya suben a la gavia deslumbradas,
ya de la pica va corriendo a popa
quien en medio del mar agua no topa.
Sale de la ciudad Arminda y mira
aquel fiero espectáculo, que ignora,
y entre el fuego voraz llora y suspira;
mas no se tiempla, porque perlas llora
Pero cuando la luz primera expira
por labios de clavel la blanca aurora
el teatro del mar le representa

la tragedia abrasada y no sangrienta.
Por abreviar, al Rey quedó rendida,
y fué el concierto hacer el casamiento
con tu primo Alejandro, aunque lo impida
de Lisardo el primero pensamiento.
Entonces nuestra armada, guarnecida
de mil trofeos, dió el velame al viento,
y vuelve el Rey de mil vitorias rico
por el valor del bravo Federico.

LUCINDA.

¿Que mi primo se casa con Arminda?

CESARINO.

Por agora así queda concertado,
puesto que no hay belleza que le rinda
después que puso en ti tanto cuidado.
"Por vida de los ojos de Lucinda
—al ejército dijo, estando airado—
que tengo de asaltar yo solo el muro."
No quiso el mar, y así quedó perjuro.

LUCINDA.

Aura de primavera, vela en nave,
veleta en torre y rueda diligente,
encendido cometa, asiento de ave,
agua de tempestad, pólvora ardiente,
descompuesto señor, villano grave,
son juramentos de quien ama ausente.
¡Eso dura su fuerza!

CESARINO.

Así lo creo.

(*Sale* DELIA, *criada, y* FINEO.)

DELIA.

Fineo llega aquí.

LUCINDA.

¿Quién es Fineo?

FINEO.
Puesto que tan viles cosas
no ocupen tu entendimiento
y estén en tu pensamiento
grandezas tan generosas,
vuelve, si es posible, a ver
uno de aquellos villanos
que ya fueron hortelanos
y que ya han mudado el ser;
no porque a mi nombre aplico
deste milagro el honor,
pero por el gran valor
del capitán Federico.
El ha mostrado muy bien
ser de tus manos hechura,
pues en tan alta ventura
sus esperanzas le ven.
Por él se ganó en Dalmacia
la vitoria, y toda es tuya,
pues es bien que se atribuya
a tu favor, honra y gracia.
En cuyo agradecimiento
aquestas joyas te envía,
sin temer que su osadía
ha de hallar acogimiento,
por saber de tu grandeza
que con su benignidad
mirarás su voluntad
y olvidarás su bajeza.

LUCINDA.
No sé qué pueda, Fineo,
al capitán responder
que pueda satisfacer
su valor y mi deseo,
sino con sólo decir
que de su mano valiente
aceto aqueste presente,
pues que pueda competir
con las del fuerte Anibal
y el romano Cipïón,
y que en cualquiera ocasión
mostraré contento igual
de su bien, aumento y fama.

FINEO.
Bien puedes decir aumento,
pues de tan vil fundamento
a tanta gloria le llama,
pues quien a tu gran decoro
cuando en el jardín estaba
sus flores te presentaba,
te presenta piedras y oro.

CESARINO. Cajas suenan.

LUCINDA. ¿Qué es aquesto?

CESARINO. Que el Rey ha desembarcado.

LUCINDA. Voile a recibir.

(*Vanse, y queda* FINEO.)

FINEO.
Yo he dado
mi necia embajada presto.
Mas ¿quién me dijera a mí
que de humilde labrador
hoy subiera a Embajador?
Todo el mundo rueda así.
Estos que humildes están
suben a lugares altos,
y los altos en dos saltos
consigo en la tierra dan.

(*Sale* CELIA, *villana.*)

CELIA. Dicen que vino Fineo.

¡Válame Dios! ¿Si es aquél?
Pero ¿tan galán? No es él;
engaños son del deseo.
¡Ah, caballero! ¡Ah, señor!
FINEO. Esta es Celia; quiero hacerme
grave.
CELIA. No acierto a atreverme;
temblando estoy de temor.—
¡Ah, soldado!
FINEO. ¿Quién me llama?
CELIA. El es en la voz.— Yo soy.
FINEO. ¿Quién?
CELIA. ¿Que tan mudada estoy?
Soy una mujer que os ama.
FINEO. No es tiempo ya de mujeres,
sino de armas, muertes, guerras,
sangre, destruición de tierras,
que de sus vanos placeres
resultan a los soldados
como yo grandes flaquezas.
CELIA. ¿Conmigo tantas fierezas?
FINEO. ¡Ah tiempos al fin pasados!
FINEO. ¿Es Celia por dicha?
CELIA. Soy
quien te conoció más tierno.
FINEO. A la espada que gobierno,
Celia, la culpa le doy.
Ya no es el tosco azadón
para las plantas y flores,
pero entre tantos rigores
conozco mi obligación.
Abrázame a lo soldado
y tenme por el que fuí.
CELIA. ¿Haste acordado de mí?
FINEO. Nunca de ti me he acordado,
porque nunca me olvidé.
CELIA. ¿Qués de mi hermano? ¿Es verdad
que sube a tal majestad?
FINEO. Dióle la Fortuna el pie,
y él lo ganó por su mano.
Verdad es que si no fuera
por mí, nunca mereciera
tantos laureles tu hermano.
Yo en la tierra y en la mar
fuí quien todo lo venció.
CELIA. ¿Que tú fuiste?
FINEO. Sólo yo.
CELIA. ¿Luego ya no hay que tratar
de enmaridarnos los dos?
FINEO. ¡Oh, qué gentil disparate!
Si no es señora, no trate
de igualarse.
CELIA. ¡Bien, por Dios!
¿Tan grandes son tus hazañas?
FINEO. He muerto en esas riberas
del mar cocodrilos, fieras,
esfinges, sierpes, arañas,
elefantes y leones,
y he sujetado a mi mano
un famoso tigre hircano
y tres indianos tragones.
Vencí desdichas mortales,
y hasta necios he vencido,
aunque son, serán y han sido
los mayores animales.

(*Tocan.*)

El Rey entra. Celia, adiós,
que después habrá lugar
que nos podamos hablar.
CELIA. Luego hablaremos los dos.

(*Salen soldados,* [LISANDRO], ALEJANDRO, CESARINO, MARIO, LEONELO, FEDERICO, *cajas.*)

LISANDRO.

Bien parece la patria en larga ausencia.

ALEJANDRO.

Y más como tú vuelves, vitorioso.

MARIO.

Mucho la alegra tu rëal presencia.

LEONELO.

No fué de Roma César generoso,
cuando del campo de Farsalia vino,
recibido con triunfo más glorioso;
ni después de tan áspero camino
el Griego que dejó por tierra a Troya
y fué de Homero asunto peregrino.

LISANDRO.

Todo este aplauso justamente apoya
haber hallado con salud la Infanta,
de mi valor la más preciada joya.
Y en la ocasión que mi ventura es tanta
quiero mostrar mi liberal grandeza
a quien la voluntad siempre adelanta,
premiando aquel valor y fortaleza
con que me habéis servido, capitanes,
ejemplos de lealtad y de firmeza,
pues todos tan valientes y galanes
mostrado habéis ser fuertes macedones.

ALEJANDRO.

¿De qué te espantas, cuando el mundo allanes,
Si levantas así los corazones,

que el premio la virtud anima y crece,
y que por Rey del mundo te corones?

LISANDRO.

Mi sobrino Alejandro bien merece
el ser mi general de mar y tierra,
y por los gastos que la guerra ofrece
perpetuamente le dará la guerra
todos los años treinta mil ducados.

ALEJANDRO.

El alma de Alejandro en ti se encierra.

LISANDRO.

Hago conde a Leonelo, y los estados
de Ismenio, aquel traidor, quiero que tenga.

LEONELO.

Los polos a tus pies sirvan de estrados.

LISANDRO.

A Mario será justo que le venga
el consulado de mi guerra, en tanto
que otra cosa más alta le convenga.
Y a Federico, que me ha honrado tanto,
le doy de mis palacios la Alcaidía,
y por armas que den al mundo espanto
las abrasadas naves que traía
Lisardo contra mí.—¿Qué estás suspenso?
¿No te ha obligado la grandeza mía?
¿Parécete que poco recompenso
tus servicios y hazañas?

FEDERICO.

Fuera loco;
que en otras cosas diferentes pienso.

LISANDRO.

Pues si no tienes este premio en poco,
¿por qué no te has mostrado agradecido?

FEDERICO.

Porque en la fe de tus palabras toco,
y pudo suspenderme tanto olvido.
Bien sabes, invicto Rey,
que cuando le hicieron salva
a la armada de Lisardo
piezas, clarines y cajas,
y que si pusiera entonces
diez mil hombres en campaña
ni vencieras a la Reina,
ni volvieras a Dalmacia,
me diste con juramento
la palabra que no guardas
de darme lo que pidiese
si abrasaba aquella armada.
Ya viste el ardiente incendio,
y que por mi industria rara
vió la luna aquella noche
selvas de fuego en el agua.
Diéronse a partido luego
tus contrarios; por mi causa
concertaste el casamiento
de tu sobrino, y en parias
trujiste el valor de un reino
a Macedonia, tu patria.
En ella me das agora,
sin que yo te pida nada,
un alcaidía.

LISANDRO. Pues bien,
¿en qué mi valor te engaña?

FEDERICO. En que tengo de pedir
y antes que pida me pagas.

LISANDRO. Tienes razón; yo confieso
que mi palabra empeñada
tenga el premio que pidieres.
Pide.

FEDERICO. Vergüenza me ataja;
mas mis altos pensamientos
en sus alas me levantan
hasta la esfera del sol,
aunque me abrasen las alas.
Pido, señor...

LISANDRO. ¿Qué te turbas?

FEDERICO. Digo que pido a la Infanta.

LISANDRO. ¿Qué dices?

FEDERICO. Que en casamiento
la pido.

ALEJANDR. ¡Extraña arrogancia!
¿Estas loco, Federico?

FEDERICO. Alejandro, pues te casas
con Arminda y has de ser
tan presto rey de Dalmacia,
deja que me cumpla el Rey
la palabra.

LISANDRO. ¿Quién pensara
que tal prenda me pidiera?

ALEJANDR. ¡No he visto locura tanta!
¿Esto sufres, gran señor?
¿Por qué a la guarda no mandas
o que le prenda por loco
o que en la pública plaza
le corte un verdugo el cuello?

LISANDRO. Ninguno me diga nada,
que un capitán de Israel
prometió en una batalla
sacrificar la primera

cosa que viese en su casa.
Vió a su hija, y lo cumplió.

ALEJANDR. Si a Dios la palabra daba,
claro está que no podía
de ningún modo quebrarla;
pero si la diste a un hombre,
y el hombre es cosa tan baja
que era ayer tu jardinero
y estos cuadros cultivaba,
y te pide un desatino,
¿qué palabra está obligada
a ser cumplida?

LISANDRO. No sé.
¡Gran confusión! ¡Cosa extraña!

ALEJANDR. ¿Pues qué extrañeza hay aquí
más de matarle? Y la causa
de su atrevimiento es justa.
O si su piedad es tanta,
con un sayo de colores
ande en tu casa, como andan
los locos que tienen tema
de que con reinas se casan.

FEDERICO. Alejandro, poco a poco;
mira que si no mirara
que eras sobrino del Rey...

ALEJANDR. Pues esto a tus ojos pasa,
dame licencia, señor,
que con esta noble espada
castigue su infame pecho.

LEONELO. Y cuando tú no lo hagas,
yo lo haré.

MARIO. De ese cuidado
más fácilmente os sacara
Mario, a no tener respeto
que el Rey mi señor le ampara.

LISANDRO. ¿Cómo, delante de mí?

ALEJANDR. ¿Para disculpa no basta
el atrevimiento déste?

FEDERICO. ¿Que estáis diciendo arrogancias?
¡Vive Dios que aunque tenéis
las espadas empuñadas,
que pienso que volveréis
las espadas en espaldas!
Ya presumo que tembláis
del rayo que está en la vaina
como en la cerrada nube,
hasta que el fuego adelgaza
la parte densa y la rompe.

(*Saquen todos las espadas.*)

ALEJANDR. ¿Esto se consiente? ¡Aparta!

LISANDRO. ¿A mí me perdéis, traidores,
el respeto?

ALEJANDR. Los que tratan
de volver por ti no son
traidores.

LEONELO. ¿Tan mal nos pagas
castigar a quien te ofende?

MARIO. Vamos, y dejad que salga,
que vive Dios que ha de ser,
si le defienden mil guardas,
la mayor (1) parte la lengua.

(*Vanse.*)

FEDERICO. ¿Queréisme dejar que vaya
tras ellos, señor?

LISANDRO. No es justo
con tan notoria ventaja,
que te quitarán la vida,
y tu vida es cosa clara
que corre ya por mi cuenta.
Los pensamientos levanta
con valor, que has de ser rey
de Macedonia y Dalmacia,
aunque les pese a mis deudos,
a la envidia, siempre ingrata,
que la palabra en los hombres
es quintaesencia del alma;
es piedra donde la honra
tantos quilates señala
cuantos el cumplirla tiene,
y se ve si es alta o baja;
es la prenda más preciosa,
pues una vez empeñada
sólo la quita el cumplirla
o se sigue eterna infamia.
Mire el hombre, mire bien
lo que dice antes de darla,
que dada una vez, es río
que no vuelve atrás el agua.
Yo la di sin reparar
en lo que ahora reparas;
mal hice; tú hiciste bien;
da fuerzas a tu esperanza;
ten valor, pues le tuviste
para una empresa tan alta,
que tú serás rey, y yo
el hombre por la palabra.

(*Vase el* REY.)

FEDERICO. ¿Oyes aquesto?

FINEO. Y me espanto
de tan loco pensamiento

(1) En el original dice "menor", por errata.

y que humano atrevimiento
se pueda extender a tanto.
¿La Infanta puedes decir
que al Rey pides? ¿Estás loco?

FEDERICO. Y aún me ha parecido poco,
si hubiera más que pedir;
que porque sé que no hay más
que ser rey de su hermosura,
sobre palabra segura
pido lo que oyendo estás.

FINEO. Costarte tiene la vida
ser temerario.

FEDERICO. Antes creo
que me la ha de dar, Fineo,
pues nunca mejor perdida.

FINEO. ¿Ya se te olvida que ayer
fuiste pobre labrador?

FEDERICO. Amor levanta el valor,
pone estima y muda el ser.
Yo he de ser César o nada.

FINEO. Pienso que nada serás,
que el Rey te asegura más
mientras encubre la espada.

FEDERICO. ¿Cómo, si me dice aquí
de la palabra el valor,
y que se pierde el honor
cuando se quiebra?

FINEO. Es así.
Ya sé que dice el refrán
que el hombre por su palabra
y el buey que la tierra labra
por las armas que le dan.
Pero el mundo tal está,
digo entre bárbara gente,
que hay más hombres por la frente
que por la palabra ya.
Créeme, y pide perdón
al Rey deste desatino,
y advierte que su sobrino
tiene armado un escuadrón.
Fuera deso, el reino todo
no ha de quererte por Rey,
ni que reine es justa ley
rey por tan extraño modo.

FEDERICO. ¡Necio! Si historias leyeras
como yo, que me he ocupado
en las muchas que he pasado,
mayores prodigios vieras.
Dario, de humilde vasallo,
en toda el Asia reinó,
porque una yegua escondió
y relinchó su caballo.
Giges, de humilde pastor,
por un anillo encantado
subió a ser rey.

FINEO. Ya ha llegado
quien te ha puesto en tanto honor.

(*Sale* LUCINDA *y* DELIA.)

LUCINDA. ¿Eres tú quien ha tenido
tan soberbio pensamiento
que me pide en casamiento?

FEDERICO. Yo fuí, yo soy, yo te pido.

LUCINDA. ¿No eras Federico ayer
que sembrabas estas flores?

FEDERICO. Otros milagros mayores
suele la fortuna hacer.

LUCINDA. Que los hace no los niego;
mas, ¿quién tal valor te dió?

FEDERICO. Señora, Amor me enseñó;
bien sabéis que Amor es ciego.

LUCINDA. De una vitoria la palma
es muy flaco fundamento.

FEDERICO. No es corto merecimiento
tener yo tan grande el alma.

LUCINDA. ¿En cuerpo de tal bajeza
tan gran alma puso Dios?

FEDERICO. Si cabéis en ella vos,
no queráis mayor grandeza.

LUCINDA. ¿Pues cómo pudiste vella
estando dentro de ti?

FEDERICO. Señora, cuando os la di,
que entonces quedé sin ella.

LUCINDA. Dar el alma sin morir
parece imposible caso.

FEDERICO. Es un modo de traspaso
que no se puede decir;
pero daréme a entender
por una comparación.

LUCINDA. ¡Cosas peregrinas son!

FEDERICO. ¿Qué veis cuando os vais a ver
en el cristal de un espejo?

LUCINDA. Otra yo.

FEDERICO. Luego que os vais,
¿qué es lo que al cristal dejáis?

LUCINDA. Ninguna cosa le dejo
más de haber estado allí
la imagen que le estampé.

FEDERICO. Pues desa manera fué,
señora, el alma que os di.
Mírase como en espejo
en vos el alma, y los dos
vivimos en mí y en vos,
porque mi retrato os dejo.

Y sin morir puede ser
daros el alma.

LUCINDA. ¿En qué modo
la ves?

FEDERICO. El alma está en todo,
y en todo la vengo a ver;
porque si sois el cristal
donde a ver el alma vengo,
vos sois la misma que tengo.

LUCINDA. No siendo el original,
¿qué importa ser el traslado?

FEDERICO. Si el secretario a la copia
dice de su mano propia,
bien y fielmente sacado,
y su firma lo confirma,
claro está que queda igual
con su mismo original;
tal fuerza tiene la firma.
El original que ves
queda en mí, la copia en ti;
si yo firmo que es así,
lo mismo que el alma es.

LUCINDA. Federico, tu valor
y tu raro entendimiento
han hecho en mi pensamientc
una cosa como amor.
No digo yo que lo es,
mas digo que lo parece;
mucho tu valor merece,
mucho te diré después,
si agora guardas la vida,
que te la quieren quitar.

FEDERICO. ¿Cómo la podré guardar?
Yo la doy por bien perdida.

LUCINDA. Di que ya no pides nada,
y fía de mí que aciertes.

(*Vase* LUCINDA.)

FEDERICO. Pasaré por vos mil muertes.

FINEO. Oiga, ¿no me dice nada?

DELIA. ¿Qué le tengo de decir?

FINEO. Quisiérala requebrar.

DELIA. Presto, que no ha de aguardar
la Infanta.

FINEO. ¡Extraño pedir!
¿Qué le diré que sea presto?

DELIA. ¿Agora piensa?

FINEO. El pensar
a tabique de acertar
cuantos son cuerdos le han puesto.
¿Por qué piensa que está el mundo
tan lleno de necios hoy?

DELIA. Porque escuchándole estoy.

FINEO. En que no piensan lo fundo.
Que si los que hablan pensasen
eso que van a decir,
el ser necios y el mentir
pienso, por Dios, que cesasen.
Hablar mucho y pensar poco
ha hecho algún arrogante
que el corrillo circunstante
le escuche y tenga por loco.

DELIA. Si para tener amor
piensas, nunca le tendrás.

FINEO. Vete, que después sabrás
lo que he pensado mejor.

DELIA. Sí; pero quedaste ya
por necio.

FINEO. ¿Yo? ¿Por qué vía?

DELIA. Porque es necia cortesía
detener al que se va.

(*Vase* DELIA.)

FEDERICO.

Esto es hecho, Fineo.

FINEO.

Algo has pensado, y pues que piensas tanto
en vísperas te veo
de ser discreto.

FEDERICO.

Agora verás cuánto.
Parte por mi vestido.

FINEO.

¿Qué vestido, señor?

FEDERICO.

El mío te pido.

FINEO.

¿Es, por dicha, el primero?

FEDERICO.

Aquel en que nací para villano;
que ya ni aun verle quiero
aqueste de soldado y cortesano.

FINEO.

Yo voy sin replicarte.

FEDERICO.

Aborreció naturaleza el arte.
Oyes, trae de camino
el peto, el morrión y la jineta.

FINEO.

Tú buscas el camino
de asegurar tu vida.

(*Vase* FINEO.)

FEDERICO.

Más quieta me la darán los prados
de arroyuelos y flores esmaltados.
Aquí, como solía,
quiero poner el escardillo corvo;
aquí la fuente fría;
aquí las aves no pondrán estorbo
a mis quejas süaves,
que a quien ama acompañan fuentes y aves.
Aquí veré pintora,
con esmaltes diversos, azul y oro,
la siempre fresca aurora,
bañando el campo en amoroso lloro
y poniendo en su frente
cintas de resplandor al sol de Oriente.
Aquí la blanca estrella,
que del carro de Venus vespertina
es la paloma bella,
y veré que en la luna cristalina
la noche mal tocada
se aliña la cabeza desgreñada.

(*Sale* FINEO *con los vestidos.*)

FINEO. Este es el mismo gabán,
si no me engaña la vista,
que antes de aquesta conquista
montes y prados te dan.
Este es el mismo sombrero
y caperuza también,
y éstas las armas por quien
fuiste en agraz caballero.
También he traído aquí
mis pasados arrapiezos.
¡Alto! A descubrir pescuezos;
no haya más cambray en mí.
Historias dicen que Adán
no trujo cuello con bolo,
porque se gastaba sólo
el natural cordobán.
Viste apriesa, y lleve el diá-
el que más fuere a la gue-
pues de toda su prome-
nos da el Rey aqueste pa-.

FEDERICO. Venga en buen hora el vestido.
Este sí que es descansado;
quito la espada del lado
y aquí la cuelgo ofendido.
Pongo el peto y morrïón
en este sauce también,
y la jineta, que es bien,
pues mis esperanzas son.
Quedad colgadas aquí,
falsas honras militares;
serán las ramas altares
de su desengaño en mí.
No más esperanzas locas;
aquí quedaréis colgadas,
pues hay tantas engañadas
y premiadas hay tan pocas.
Sirva quien tiene ventura,
y quien no la tiene, no.

FINEO. Ya estoy de villano yo,
que es un mar la desventura
adonde los ríos vuelven,
que salen del mismo mar.

FEDERICO. En servir y no medrar
pocos cuerdos se resuelven.
Cubrid, gabán labrador,
este valeroso pecho,
que a quien viene el mundo estrecho
vos le cubriréis mejor.
No quiero guerra ni Corte,
que también la Corte es guerra.

FINEO. ¡Oh, qué de monstros encierra!

FEDERICO. No hay tantos del Sur al Norte.

FINEO. ¿Qué es ver tantos holgazanes,
tantos murmurantes dones,
en sus casas dormilones
y en las ajenas galanes?
¿Qué es ver tantas lenguas fieras
contra el honor del vecino,
tanto ignorante latino,
tantas vidas lisonjeras,
tantos necios endiosados,
tantos cobardes valientes,
tantos banquetes sin dientes,
tantos años disfrazados,
tantos necios bien comidos,
tantos sabios de hambre muertos,
tantos enemigos ciertos,
tantos amigos fingidos,
tantos...

FEDERICO. La lengua refrena,
que al juego destos espantos
vendrán a faltarte tantos,
aunque los hagas de arena.
Esto se ha quedado aquí
como si no hubiera sido:

yo vuelvo donde he nacido,
yo soy lo mismo que fuí.
Dame ese yeso y pondré
en este peto una letra.

FINEO. ¿Qué letra?

FEDERICO. La que penetra
cuanto en mi historia se ve.

FINEO. Escribe.

FEDERICO. Mira entre tanto
si alguien viene por ahí.

FINEO. ¿Tanto has de escribir?

FEDERICO. No, y sí:
sí, porque ha de dar espanto,
y no, porque es un ringlón.

FINEO. El Rey viene.

FEDERICO. Ya escribí.

FINEO. ¿Qué has de hacer?

FEDERICO. Cavar aquí.

FINEO. ¡Vaya!

FEDERICO. Dame el azadón.

(*Sale el* REY LISANDRO *y* ALEJANDRO, *su sobrino.*)

LISANDRO.

Esto has de hacer, sin darme pesadumbre.

ALEJANDRO.

Tu determinación será más cuerda,
que ahora es accidente este principio.

LISANDRO.

¿Quién anda en esta güerta?

ALEJANDRO.

Dos villanos,
el sudor en el rostro y en las manos.

LISANDRO.

¿No parece este mozo a Federico?

ALEJANDRO.

Debe de ser su hermano.

LISANDRO.

Di, buen hombre:
¿dónde está Federico?

FEDERICO.

Qué bien dices;
que aunque yo soy, no estoy donde merezco,
y no me ves aunque me estás mirando.

LISANDRO.

¿Pues qué es aquesto?

FEDERICO.

Estar, señor, buscando
mejores esperanzas en la tierra,
que el fruto que ha de darme agora encierra.
En un librillo que leí decía
un filósofo allí que se engendraba
de aquello que una vez se deshacía
lo que después por fruto se gozaba.
Deshíceme del ser en que vivía,
mas no resucité como pensaba,
que como no eres Dios, dar no pudiste
la vida de aquel ser que deshiciste.
Dios solamente cumple su palabra,
y la cumple de suerte, que a su Hijo
llamó palabra, y con aqueste nombre
por palabra pasó de boca en boca,
que no hay otra palabra verdadera

ALEJANDRO.

¡Qué bachiller villano y qué enojoso!
¿Es posible que escuches a este bárbaro?
¿No es mejor que rompiendo secos céspedes
asista a la labranza destos árboles?

LISANDRO.

Dime: ¿por qué dejaste, Federico,
aquel camino honroso de la guerra,
que con tales hazañas comenzaste?

FEDERICO.

Porque tú, gran señor, me levantaste
como el águila suele a la tortuga,
que cuando ya la tiene junto al cielo
la deja de las uñas ir al suelo,
para que entre las piedras estrellada
pueda comer lo que con tal dureza
de su concha cubrió Naturaleza.
Levantar edificio como el mío,
invicto Rey, en flaco fundamento,
todos dirán que es loco desvarío.

LISANDRO.

La guerra fué de reyes nacimiento.

FEDERICO.

Más (1) quiero ser, riberas deste río,
el mejor de sus rústicos, contento,
que el más vil de los nobles de tu Corte,
que no doy yo por esperanzas porte.
Oyó Dionisio un hombre que tañía,
y entonces prometióle un gran tesoro.
Fuéle a pedir el músico otro día,
y le negó, contra el rëal decoro,

(1) En el original "Yo"; pero el manuscrito enmienda bien.

diciendo: "Si me dió tanta alegría
tu voz, no a ti menor la plata y oro
que yo te prometí, pues la esperabas,
y con las esperanzas la gozabas."
Esto es lo mismo que decirme puedes
después que no me cumples la palabra.

LISANDRO.

¿Luego tirano soy, como Dionisio?

FEDERICO.

No digo tal, que del suceso trato.

LISANDRO.

Pues yo no quiero ser contigo ingrato.
Desnúdate ese rústico vestido,
y daréte un oficio tan honroso
que cause envidia a la nobleza toda.

FEDERICO.

Yo tengo el que más cierto se acomoda,
señor, a mi primero nacimiento:
labrador quiero ser; los labradores
llamaron los antiguos compañeros
de la Naturaleza, y fué bien dicho,
pues bien se ve que a producir la ayudan,
de suerte que los trigos, frutos, flores
y todo lo demás a medias hacen,
ella criando y ellos cultivando.

ALEJANDRO.

¿Con un loco, señor, te estás cansando?

FEDERICO.

A aquel moral filósofo en Atenas
preguntó un académico la causa
por qué en la tierra más virtud hallaban
las hierbas que ella misma producía
que las que ajenas manos trasplantaban,
y dijo que las hierbas que ella cría
eran sus hijas y en su pecho estaban,
y que de las que el hombre trasponía
era madrastra; y yo lo mismo digo,
traspuesto en ti, que lo has de ser conmigo.

LISANDRO.

¿Qué es aquesto que aquí colgado tienes?

FEDERICO.

Las armas, que a estos sauces di por fruto,
y la jineta con que me has honrado.

LISANDRO.

¿En el campo las armas has colgado?

FEDERICO.

¿No llaman campo donde están las armas?

LISANDRO.

Campo y cuartel, si representan honra.

FEDERICO.

Pues éstas no, que sirven de espantajo
con que se pueda defender la fruta.

LISANDRO.

¿Pues es justo que así se honren las armas?

FEDERICO.

Señor, viéneles bien cuando no medran
los que con ellas a sus reyes sirven,
porque como en la huerta el espantajo
sirve de defender lo que no come,
así el soldado que no medra nada,
pues que defiende lo que comen otros
que estando ociosos en la propia tierra
se comen los provechos de la guerra.

LISANDRO.

Notable es este mozo; no es posible
que no le rija algún secreto espíritu,
porque no puede ser que un hombre rústico
tenga tan levantados pensamientos.
¿Qué tiene escrito aqueste peto? Espera.

ALEJANDRO.

¿Quieres que lea yo?

LISANDRO.

Saberlo quiero.

ALEJANDRO.

"No es hombre el que no cumple su palabra."

LISANDRO.

¿Eso dice?

ALEJANDRO.

Eso dice.

LISANDRO.

¡Extraña cosa!

ALEJANDRO.

Parece que le tienes por prodigio.

LISANDRO.

Federico.

FEDERICO.

Señor.

LISANDRO.

Si tienes ánimo

y esperas con paciencia tu fortuna,
ya te he dicho otra vez, y aquí lo digo,
que el hombre seré yo por la palabra.
Por eso no te pierdas por flaqueza,
que a la envidia venció la fortaleza.

(*Vase el* REY.)

ALEJANDR. Federico.
FEDERICO. ¿Qué me quieres?
ALEJANDR. ¿Qué te dijo el Rey?
FEDERICO. Que aquí
no estaba bien.
ALEJANDR. Es así;
más puedes ser de lo que eres.
¿Qué dijo que te daría?
Di la verdad.
FEDERICO. Un lugar
en que pudiese lograr
lo que aquí perder podría.
ALEJANDR. ¿Quiéresme servir a mí?
FEDERICO. No, señor, que sirvo al Rey,
y no será justa ley
dejarle por vos aquí.
Demás que si estáis casado
con Arminda, habéis de ir,
como a reinar, a vivir
a Dalmacia, vuestro estado;
y yo no puedo dejar
la patria sin ocasión,
que es muy corto galardón
el que vos me podéis dar.
ALEJANDR. ¿Yo con Arminda? No creas
que aunque casar con Arminda
es reinar, deje a Lucinda.
Y si la patria deseas,
aquí tengo de reinar,
aquí vivirás conmigo.
FEDERICO. Teneros por enemigo
me ha dado bien que pensar,
que dicen que me queréis
matar porque la pedía.
ALEJANDR. Entonces lo pretendía
porque tan loco te vi;
mas ya que cuerdo te veo
y en hábito labrador,
te quiero tener amor
y tu remedio deseo.
Aquí dicen que la Infanta
sale de noche.
FEDERICO. Es verdad.
ALEJANDR. Si tú me haces amistad,
que puedes hacerme tanta,
vedréla a hablar de secreto.
FEDERICO. Anda un pretendiente aquí
que algunas noches le vi,
y que es gallardo os prometo.
Con que de aquéste os guardéis,
yo por mí serviros quiero.
ALEJANDR. ¿Hombre aquí?
FEDERICO. Como extranjero,
que no le conoceréis.
ALEJANDR. ¿Y habla a Lucinda?
FEDERICO. No sé.
ALEJANDR. ¿Pues por dónde puede entrar?
FEDERICO. Por la puerta de la mar
una mañana se fué
en un barquillo enramado
para no ser conocido.
ALEJANDR. ¡Vive Dios que estoy corrido!
¿Hombre aquí, y hombre embozado?
FEDERICO. Lisardo debe de ser,
que pues le quitáis a Arminda
querrá servir a Lucinda.
ALEJANDR. Eso debe de querer.
Esta noche estoy aquí.
¡Ay dél si a topalle acierto!

(*Vase* ALEJANDRO.)

FINEO. ¿Qué has dicho?
FEDERICO. Fineo, concierto
mi venganza.
FINEO. ¿Cómo así?
FEDERICO. Si aquéste al jardín viniese
y con disfraz le matase,
ni habría quien me envidiase
ni quien matarme quisiese.
FINEO. Lucinda viene escuchando
sus músicos.
FEDERICO. Delia y Flora
vienen bailando.
FINEO. Al aurora
la noche se va juntando.

(*Sale* DELIA *y* FLORA, *damas, bailando, los* MÚSICOS *cantando;* LUCINDA *se siente y danzan.*)

MÚSICOS. Codicioso estaba Amor
de hacer un tiro gallardo
en el desdén más hermoso
que el cielo labró de un mármol.
A su madre el tierno niño
se fué con este cuidado,
y dicen que le decía,
poniendo la flecha al arco:
(*Bailen.*)
"¡Ay, Dios, quién hincase un dardo

en aquel venadito pardo!"
La bella niña lo supo,
y con notable rigor
les dijo a sus ojos negros
que se armasen contra Amor.
Ellos, con alegres niñas,
hechos dos flechas y un sol,
le enamoraron el alma,
y ella dijo esta canción:
"A un traidor, otro alevoso,
y si no, dos al traidor."

LUCINDA. Bien lo habéis hecho. Sentaos
y llamadme a Federico.

DELIA. ¡Federico! ¡Ah de la huerta!

FEDERICO. Aquí estoy, a tu servicio.

LUCINDA. ¿Hay muchas flores ahora?

FEDERICO. Pasaron ya los narcisos,
las violetas y inclintinas (1),
los orientales jacintos;
pero hay hermosos claveles,
amarantos, rosmarinos,
tulipanes, azucenas,
estrellamares y lirios,
alelíes varïados
y siempre verdes citisos,
jazmines, ligustros, rosas,
y otros en color distintos.

LUCINDA. ¿Está por aquí Fineo?

FINEO. Aquí estoy, aunque corrido
de haberme vuelto villano.

LUCINDA. De tu buen humor me han dicho
Dinos algo.

FINEO. ¿Dinos algo?
Que no sé qué decir digo.
¡Extraños sois los señores!

DELIA. Debe de estar con el frío;
después vendrá la cuartana.

FINEO. No soy tan león.

LUCINDA. Partíos
todos de aquí.

FEDERICO. Ya nos vamos.

LUCINDA. Oye solo, Federico.

FEDERICO. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

LUCINDA. Un hombre quiero y estimo
como a la luz de mis ojos.
Mal hice en llamarlos míos.
Él no sabe que le quiero,
que con mi temor le obligo;
querría darle esperanza,
que algunas veces me ha dicho
que con los árboles habla
y que los corrientes vidros
de los arroyos enturbia
viendo sus espejos limpios;
que a los olmos y las yedras
corta los lazos nativos,
y que una vez, de furioso,
quiso arrojarse en un río.
Esta noche vendrá aquí:
dile tú que yo le pido
que tenga fe y esperanza
en cosas que el Rey le ha dicho.

(*Vase.*)

FEDERICO. ¡Señora! ¡Señora!—Fuése.
¡Cielos, yo quedo perdido!
Pero más quedo ganado
si en lo que entiendo me afirmo.
¿Por quién lo pudo decir,
pues cuando hablaba conmigo
se turbaba y recataba,
y finalmente me dijo
que tenga fe y esperanza
en cosas que el Rey le ha dicho?
Pero ¡ay, Dios!, que puede ser
por quien lo dice su primo,
que el Rey le habrá dicho acaso
algún consejo o arbitrio
para que, dejando a Arminda,
por no tener enemigos,
se case y herede el reino,
y vendrá bien lo que dijo:
"...que tenga fe y esperanza
en cosas que el Rey le ha dicho."
¿Pero cómo puede ser,
si dice que el hombre quiso
una vez, desesperado,
echarse de un monte a un río?
Yo se lo dije; yo soy.
¡Animo, soldados míos!
Pensamientos, aquí está
vuestro capitán antiguo;
no me permitáis que yo
tenga celos de mí mismo.
Proseguir tengo la empresa
muera o viva, pues que dijo
"...que tenga fe y esperanza
en cosas que el Rey le ha dicho."

(1) Así en el original.

ACTO TERCERO

(*Sale* ARMINDA *y el* PRÍNCIPE LISARDO.)

LISARDO. Advierte que contradicen
a tu ser tus pareceres.
ARMINDA. Las que son nobles mujeres
han de cumplir lo que dicen.
LISARDO. De ser castas se autoricen.
ARMINDA. De todo es digno su nombre,
y debes, porque te asombre,
de las palabras saber
que en dándolas la mujer
de mujer se vuelve en hombre.
No tienes ya que seguirme
aunque vengas disfrazado;
a Macedonia he llegado
en mi propósito firme.
LISARDO. En ti sólo se confirme
que hay una mujer constante.
ARMINDA. Di mi palabra delante
de tantos hombres, que es bien
que de cumplirla también
el que la quiebra se espante.
LISARDO. A las mujeres no obliga
la palabra ni la espada.
ARMINDA. De la que es mujer honrada
lo mismo es bien que se diga.
LISARDO. No hallarás mujer que siga,
señora, tu parecer.
ARMINDA. Margarita fué mujer,
Cleopatra y Pantasilea,
Tomiris y Isicratea,
y te podrán responder.
Mira a Semíramis fuerte
con un peine en el dorado
cabello, a tanto soldado
dar valerosa la muerte.
A Zenobia en Siria advierte.
Mira a Tiburna, española,
donde el valor se acrisola,
acometer en Sagunto
del pueblo romano junto
todo el ejército sola.
Mira de Lesbia el valor
contra tanto turco fiero.
LISARDO. No digas más, pues no espero
vencerte con tanto amor.
ARMINDA. No te parezca rigor
que tu amor parte no sea;
antes quien bien me desea
me ha de animar, no impedir.
LISARDO. ¿Que tienes tú que cumplir
una palabra tan fea?
En las leyes un forzado
no puede ser compelido;
¿pues qué más tiene un vencido
a fe violenta obligado?
Esta palabra que has dado
de casarte, por forzarte
no pudo, Arminda, obligarte,
que en siendo con este nombre,
supuesto que fueras hombre,
no hay ley que obligue a casarte.
ARMINDA. Yo he venido, y pues que ves,
príncipe, tu daño, advierte
que solicitas tu muerte,
y no es bien que me la des.
LISARDO. Antes te quise, y después
de casada, Arminda mía,
te he de querer, hasta el día
que mis penas me la den;
que adonde es tan grande el bien
no es menos bien la porfía.

(*Sale el* REY *y* ALEJANDRO, *y gente.*)

LISANDRO. ¿Que la palabra cumplió?
LISARDO. El Rey es éste; aquí aguardo.
ARMINDA. Advierte que no soy yo
la que antes era, Lisardo.
LISARDO. Tu mismo amor me engañó.
LISANDRO. ¡Arminda bella!
ARMINDA. A tus pies
tienes a Arminda rendida.
LISANDRO. Antes es bien que me des
los brazos.
LISARDO. ¿Qué aguardas, vida,
si me has de faltar después?
LISANDRO. Mas no quiero ser tirano
del bien que en tus brazos gano
ni quitarlos a tu esposo;
téngalos quien más dichoso
pudo merecer tu mano.
Llega, Alejandro, ¿qué esperas?
ALEJANDR. Que tú licencia me dieras.
¡Oh, quién jamás los tocara!
LISARDO. ¡Oh, amor, quien imaginara
que a tal punto me trujeras!
LISANDRO. No creyera yo jamás
que cumplieras desta suerte
la palabra.
ARMINDA. Aquí verás
como no hay lazo tan fuerte
y que en los hombres no es más.
LISANDRO. Id, Alejandro, con ella;

aunque ya Lucinda hermosa
sale a recibilla y vella.

(*Sale* DELIA *y* LUCINDA, *y criados.*)

LUCINDA. Es nueva tan venturosa,
que daré el alma por ella.
ARMINDA. Aquí, señora, tenéis
vuestra esclava.
LUCINDA. Yo lo soy
de lo que vos merecéis.
ALEJANDR. ¡En dos extremos estoy!
LISARDO. Alma, salid, ¿qué teméis?
ALEJANDR. Entre el infierno y el cielo
me han puesto mis desventuras:
cerca de Arminda me hielo,
y Lucinda en llamas puras
que me ha de abrasar recelo.
Pero los hielos de Arminda
templarán el fuego hermoso
en que me abrasa Lucinda;
pero antes que sea su esposo
el alma a las dos se rinda.
A Lucinda por amor
y por aborrecimiento
a Arminda.
LUCINDA. Hacedme favor
que descanséis.
ARMINDA. Ya me siento,
después de veros mejor.
LUCINDA. El cansancio de la mar
de cumplimientos excusa.
LISARDO. Ya me la quieren llevar.
ALEJANDR. En una vida confusa,
¿qué mayor bien que acabar?
LISARDO. Seguir quiero el sol que adoro
hasta donde pueda ver
aquel celestial tesoro,
a quien ha de suceder
noche oscura, eterno lloro.
Mal hice, pues desta suerte
me han de matar penas tales;
pero no hay mal que no acierte
con el fin, si de los males
es el más cierto la muerte.

(*Vanse todos, y quedan el* REY *y* CESARINO.)

LISANDRO. ¿Es posible, Cesarino,
que por tan largo camino
una mujer, obligada
de la palabra jurada,
valiente a cumplirla vino,
y que yo cobarde sea
en cumplir a Federico
la mía?
CESARINO. Si Arminda emplea
su estado en otro más rico,
que es todo el bien que desea,
¿Qué te espantas que la mar
no la pueda detener?
LISANDRO. ¿Quién dirá que se ha de hallar
palabra en una mujer
y en un hombre ha de faltar?
Ea, no hay que aguardar más;
llama a Federico luego,
y un hecho heroico verás
que venza al romano y griego.
CESARINO. Voy, pues que resuelto estás.

(*Vase* CESARINO.)

LISANDRO.

La firma de ser hombre cualquier hombre
es la palabra en que el ser hombre estriba,
y si la ha de cumplir, que muera o viva
allí consiste de ser hombre el nombre.
Aunque el peligro de morir le asombre
la intente rescatar, si está cautiva,
para que el nombre que le dió reciba,
pues sin ella no es bien que hombre se nombre.
Como al oro el color diverso esmalta,
así el crédito al hombre bien nacido
mientras en la palabra no hace falta.
Pero si la palabra no ha cumplido,
para ser hombre lo mejor le falta,
porque nadie sin crédito lo ha sido.

(*Sale* FEDERICO *con su gabán, y* CESARINO.)

FEDERICO. Cesarino, gran señor,
me ha dicho que venga a verte.
LISANDRO. Federico, ya el valor
de mi palabra me advierte
y de la infamia el rigor.
Debajo dese gabán
muchas virtudes están:
la mayor es la paciencia
con que has hecho resistencia
a la ocasión que te dan.
Yo he visto el alma que en ti
vive, aunque en humilde pecho.
Serás...
FEDERICO. Lo demás me di,
si estás de mí satisfecho.
LISANDRO. Hombre...
FEDERICO. Presumo que sí.
Pero dime para qué.

LISANDRO. Para ser rey.
FEDERICO. Sí, señor.
CESARINO. ¡Presto lo ha dicho!
FEDERICO. Yo sé
que puedo con mi valor
poner sobre el mundo el pie.
Y si no prueba, y verás
si en Roma, Numa o Trajano
fueron jamás para más.
LISANDRO. En fin, ¿el cetro en la mano
con pecho heroico tendrás?
FEDERICO. Quien ha trazado un jardín
y los cuadros gobernado,
gobernará un reino.
CESARINO. En fin,
¿ciudades has igualado
al lirio, rosa y jazmín?
FEDERICO. ¿No ves tú que se parecen
mucho en gobierno?
CESARINO. ¿En qué modo?
FEDERICO. En que unas sin agua crecen
y otras con ella, y que en todo
tiempo variedad ofrecen.
Y el discreto jardinero
ha de dar y ha de quitar
agua, como el justiciero
rey, si quiere conservar
el jardín del reino entero.
Si un ramo está seco, luego
le ha de cortar para el fuego,
que aun esto Dios le mandó:
señor del agua soy yo,
y doy a su tiempo el riego.
Así el rey de la justicia
para que sepa cortar
las ramas en que hay malicia,
que el árbol ha de medrar
sin ambición y codicia.
Y no hay ejemplos mejores
que los de aquel monje son:
que cortó las altas flores
cuando al Rey en Aragón
se atrevieron sus mayores.
LISANDRO. Entra por aquella puerta
y allí hallarás quien te advierta.
No puedo decirte más.
FEDERICO. Fácil la entrada me das,
será la salida incierta.
Pero como tú me des
tu favor, después del cielo,
con este gabán que ves
toda la envidia del suelo
pienso poner a mis pies.
LISANDRO. Ese al momento me envía.
FEDERICO. ¿Este? ¿Para qué, señor?
LISANDRO. Tú lo verás algún día.
FEDERICO. Hoy, Fortuna, un labrador
al campo te desafía.
Ya no digo que estés queda
para que mejor te pueda
atropellar y vencer.
Ven, que te quiero poner
un clavo de oro en la rueda.

(*Vase.*)

LISANDRO. Tú parte y mis grandes llama.
CESARINO. Voy; pero ya, gran señor,
los de mayor nombre y fama
vienen a verte.
LISANDRO. El amor
lo amado iguala a quien ama.

(*Sale* ALEJANDRO, LEONELO *y* MARIO.)

ALEJANDR. Que llamaba Vuestra Alteza
para cosas de importancia
nos acaban de decir.
LISANDRO. ¡Hola! Esté a punto mi guarda,
y vosotros atended
a vuestro Rey, que hoy os habla
en lo que importa a su honor,
a su reino, vida y fama.
LEONELO. Todos venimos dispuestos
a obedecer lo que mandas.
MARIO. Servirte es nuestro blasón.
ALEJANDR. Mal segura tengo el alma.
LISANDRO. Sabed, vasallos y deudos,
que esta noche, cuando estaban
presos del sueño mis ojos,
cansados de la batalla
del trabajo de los días,
que tanto a los reyes cansa,
corrió una hermosa mujer
las cortinas de mi cama
y dijo: "Despierta, Rey",
con voz regalada y alta.
Parecióme a mí que entonces,
aunque durmiendo, miraba
una mujer varonil,
como pintó Homero a Palas.
Una ropa le cubría
toda de espejos sembrada,
y con un sol en la frente,
cuyas venerables canas,
desatadas a los hombros,
adornaban las espaldas.

Servíanle de escuderos
muchas personas ancianas,
con rótulos en los pechos
que sus nombres declaraban:
Tucídides, Jenofonte,
Livio, Plutarco, Pausanias,
Estrabón, Tácito, Curcio
y Salustio se llamaban.
Yo le dije, aunque entre sueños,
"¿Cómo os llamáis, bella dama?"
Y respondióme: "Yo soy
la Historia, a quien sólo guarda
respeto el tiempo, pues sola
vivo, aunque todo acaba.
Yo soy un teatro, en quien
al mundo la verdad santa
representa sus tragedias,
y no con figuras falsas.
Soy maestra de los reyes,
soy un amigo que habla
sin lisonja y sin respeto
de perder y ganar gracia.
Toma, Rey de Macedonia,
este libro, cuya estampa
te dirá lo que has de hacer
y lo que el cielo te manda."
Fuíle a tomar; desperté;
hallé el libro y no la dama,
porque, resuelta, en el viento
puso a los coturnos alas.
Miré a los historiadores
y vi que le acompañaban
Guichardino, Tarcañota (1),
don Alonso, rey de España;
Surio, Garibay, Zurita
y el dot'simo Mariana.
Abrí el libro, y con gran gusto
hasta la fresca mañana
troqué la luz de la cera
por el resplandor del alba.
Dobléle por estas hojas,
para que todos gozaran
desta parte, y así quiero
que Alejandro, en voces altas,
la lea a todos los nobles
porque sepan lo que pasa
en el mundo, pues la Historia
desta suerte me lo manda.

ALEJANDR. Yo gusto de obedecerte
y de ver cosas tan raras.
De aquesta manera dice:
"Libro segundo, que trata
de los que siendo pastores
o atendiendo a la labranza
de grandes reinos y imperios
subieron a ser monarcas:
Primeramente Saúl,
y David la historia sacra
pinta guardando ganado,
y es fe que Dios lo señala
para reyes de su pueblo,
y que de toscas abarcas
hizo a Moisés su caudillo
cuando vió el fuego en la zarza.
Tolomeo, rey de Egipto,
guardaba toros y vacas;
Telefanes, rey de Lidia,
carros humildes guiaba;
Gordio de hortelano humilde
subió a la corona sacra;
Probo cultivó jardines,
Aurelio hortalizas varias,
Justino guardaba ovejas,
Galerio en el campo cabras;
Patrasio y Lixato fueron
reyes de la antigua Arcadia,
habiendo sido pastores;
Sixto, primero guardaba
en su tierna edad ganado
y después vino a ser papa;
Semíramis fué pastora,
Ciro tuvo su crianza
entre pastores humildes,
labrador fué el noble Bamba,
Agatocles hizo barro,
Primislao el campo araba,
y siendo rey de Bohemia
dió gloria a la casa de Austria;
Federico, macedonio,
que con Lucinda se casa,
la hija del rey Lisandro,
sus jardines cultivaba..."
¿Quién es este Federico?

LISANDRO. El jardinero de casa.

ALEJANDR. ¿Y esta Lucinda?

LISANDRO. Mi hija.

ALEJANDR. ¿Pues qué es esto?

LISANDRO. Lo que manda
la Historia; que entre mil reyes
que el campo siembran y labran
quiere que esté Federico,
que tantos ejemplos bastan:

(1) Así en el original.

el hombre es de valor,
no hay que replicar en nada,
que ha de ser rey, y yo
el hombre por su palabra.

LEONELO. Mira, señor...

LISANDRO. Ya os he dicho
que calléis.

MARIO. Señor, bastara
que le dieras...

LISANDRO. Bueno está.

ALEJANDR. Este libro en que reparas
no te le ha dado la historia,
pues es de cosas pasadas,
y éstas están por venir,
como se ve en las estampas
y retratos destos reyes.

LISANDRO. Ya su retrato se saca
para poner en la historia
de los anales del Asia,
y quiero que le veáis
y me digáis si os agrada
que esté de aquesta manera
con aqueste escudo y armas.

(Corran una cortina, y véase FEDERICO *armado, con una rodela embrazada, en que esté escrito* MI PALABRA, *y con la derecha tenga asida a* LUCINDA.)

ALEJANDR. ¿Qué es esto?

LISANDRO. ¿Ya no lo ves?
aquí dice MI PALABRA,
y éste es vuestro rey.

ALEJANDR. ¿Qué rey?
Tú reinas por sangre clara
de tus nobles ascendientes,
en los cuales no se halla
hombre, ni le pudo haber
que tenga sangre villana.
¡Y vive Dios que primero
que su azadón y aguijada
se trueque en cetro o corona
se ha de revolver la patria!

(Sale fuera FEDERICO *y ciérrese la cortina.)*

FEDERICO. Quedo, Alejandro, que ya
no es el tiempo en que pensabas
tiranizar con dos reinas
a Macedonia y Dalmacia.
Yo soy el rey Federico,
yo, que deciros bastaba;
yo, pues que todos sabéis
que valor tengo en el alma.
No os empuñéis contra mí,
que os quitaré las espadas
y os cortaré las cabezas,
que diez mil hombres me guardan,
y con una voz que dé
haré que me tiemble el Asia.
Sígame el que fuere noble,
y el que no, por su arrogancia,
desde hoy le doy por traidor.

LISANDRO. Yo he cumplido mi palabra.

(Vase, y todos tras él, si no es ALEJANDRO.)

ALEJANDR. ¡Acabad, desdichas mías,
que según os aumentáis
parece que comenzáis
para dar fin a mis días!
¿De qué sirven mis porfías
contra tan fiera fortuna?
Ya no espero en cosa alguna
mudar mi infeliz estado,
que quien nace desdichado
no ha de acertar en ninguna.
Hasta aquí pudo llegar
paso a paso la esperanza,
que el bien mientras no se alcanza
bien puede el alma engañar;
mas ya no puede pasar
deste punto a qué ha llegado,
la desdicha de mi estado,
que esperar en tal desprecio
es venir un hombre a necio,
que es peor que desdichado.
Amor, que me levantó,
hoy dió conmigo en el suelo:
habiendo llegado al cielo
con las alas que me dió,
el sol me las abrasó.
De Lucinda hermosa y bella
caro me ha costado el vella.
En sus estrellas me vi,
pero ¿qué importa, ¡ay de mí!,
si fué con tan mala estrella?
Pero ¿para qué es la vida,
y más cuando es tan cansada,
que nunca más bien ganada
que cuando es tan bien perdida?
Moriré, dulce homicida,
por matarte, que en mí estás,
y si muero, morirás
cual casa que viene al centro,
que mata a quien halla dentro.
Dentro estás, ¿qué aguardo más?

(*Sale* ARMINDA.)

ARMINDA. Al eco de tus tristezas
vengo a saber la ocasión.

ALEJANDR. Tales mis tristezas son
que obligan tus asperezas.
Y pues ya por verme ansí
adivinas mi dolor,
si has tenido, Arminda, amor,
duélete por él de mí.
No es esto en desprecio tuyo,
que cuando el Rey me casó
amaba a Lucinda yo:
seis años ha que soy suyo.
No le pude replicar
confiado en que serías,
pues a Lisardo querías,
fácil después de obligar.
Veniste, y con la ocasión
de que, en efeto, cumpliste
la palabra que le diste,
con ser, como ves que son,
ejemplos tan diferentes,
dice que importa a su honor
cumplir la de un labrador
con tantos inconvenientes.
Con Lucinda le ha casado
y el reino le quiere dar,
con que se han de malograr
mi esperanza y mi cuidado.
El reino se ha de perder
por acidente tan fiero,
que a un rey ayer jardinero
¿cómo le han de obedecer?
Tú, si me ayudas, Arminda,
con tus naves y soldados,
a dar rey a estos estados
y digno esposo a Lucinda,
serás más reina que yo
en Macedonia, y tendrás
un esclavo en mí.

ARMINDA. No más;
que si mi reino entendió
que yo a casarme venía,
y me ve con tanta armada
volver de ti despreciada,
hablará en ofensa mía.
Mal, Alejandro, has tratado
mi honor, pues por ti dejé
un príncipe que adoré,
de tantas gracias dotado.
Y advierte que nunca amor,
aunque en muchas suele ser,
hizo a principal mujer
perder respeto a su honor.
No es tanta nuestra flaqueza,
que cuando valor tenemos
los apetitos sabemos
refrenar con fortaleza.
Mira la mujer romana,
que viendo un monstruo pasar,
reventó por no llegar
a asomarse a la ventana.
Otra, que con un carbón
pintó a su esposo la sombra,
presente ausente le nombra
con tanta veneración.
Otra, estando en un tormento,
por no hablar se cortó
la lengua, y éstas y yo,
que con más valor me siento,
habemos de ganar fama
como los hombres la estiman,
pues los versos nos animan
y las historias nos llaman.
Darte a ti, que eres mi esposo,
gente contra el Rey agora,
mucho mi valor desdora
y mi nombre generoso.
No son celos, porque en mí
sólo son de mi valor,
pues no hay celos sin amor
y nunca le puse en ti.
Si el Rey ha dado a Lucinda
a un labrador, él se entiende;
tú verás que la defiende
sin que tu fuerza le rinda,
que es hombre de tal valor,
que pluguiera a Dios que fuera
mi esposo, y que le tuviera
para defender mi honor.

ALEJANDR. ¡Arminda, Arminda!

ARMINDA. ¿Qué quieres?
Mal conoces despreciadas,
aun no digo las honradas,
pero aun las bajas mujeres.
¿Tú a mí por Lucinda, y yo
ser tercera de Lucinda?
¿Sabes qué valor a Arminda
el cielo en la sangre dió?
¿Sabes lo que es un desdén?
¿Sabes a lo que ha llegado
un desprecio en pecho honrado
del gusto que quiere bien?

Pues advierte su rigor
que nos obliga a querer,
que no hay más que encarecer,
pues puede más que el amor.

(*Vase.*)

ALEJANDR. Todo me sucede mal.
Ya parece que la suerte
mi vida sentencia a muerte;
bien merezco muerte igual.
¡Mal haya el hombre leal,
pues vemos que los traidores
son dichosos en amores,
como las adversidades
para quien trata verdades
en los peligros mayores!
¡Qué bien un sabio decía,
pues no es al dueño segura,
que era la humana hermosura
una breve tiranía!
Al aparecer del día
de sus hojas hace alarde
la rosa, y cuando el sol arde
la misma púrpura imita:
¡pero qué seca y marchita
al aparecer la tarde!
¡Ay, Lucinda, plega al cielo
que en este tiempo te vea,
y el rojo que te hermosea
transforme la edad en hielo!
Y tú, Arminda, en quien consuelo
pensé tener de mis males,
veas tus sienes iguales,
que no hay venganza en mujer
como es el llegar a ser
donde apenas hay señales.
Tus naves, volviendo en ellas,
corran tormenta de modo
que el mar levantando todo
te estrelle con las estrellas,
y no te quedes en ellas,
sino que al bajar de arriba
el abismo te reciba
y sea mi pecho mismo,
que si penas en mi abismo
morirás y estarás viva.

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO. Aquí me dicen que está.—
¿Eres Alejandro?
ALEJANDRO. Soy
un ser que sin él estoy,
pues mi ser no me le da.
LISARDO. ¿Conócesme?
ALEJANDR. ¿Eres Lisardo?
LISARDO. El mismo.
ALEJANDR. ¿Sabes mi pena,
y que por más bella Elena
sea Troya abrasada aguardo?
LISARDO. Sé tus desdichas, y vengo
a que juntas a las mías
se parezcan tus porfías
a las que en el alma tengo.
¿Qué te falta para ser
rey de Macedonia?
ALEJANDR. ¡Ay, cielo,
fáltame vencer un hielo
adonde me siento arder!
LISARDO. Si no la venció tu amor,
usa la fuerza.
ALEJANDR. Sí haré
como la tuya me dé
en esta ocasión favor.
LISARDO. ¿Tú no quieres a Lucinda?
ALEJANDR. La adoro.
LISARDO. ¿A Arminda no dejas?
ALEJANDR. La dejo.
LISARDO. Pues si mis quejas
eran por perder a Arminda,
pretende el reino, Alejandro;
yo te daré naves, gente
y un capitán más valiente
que Turno, el hijo de Evandro.
Salga desta Italia Eneas,
muera aqueste Federico,
que si a tu lado me aplico
no dudes que la poseas.
Daréte tres mil soldados,
sin los pilotos, tan diestros,
que los tiemblan por maestros
todos los vientos airados.
Y tanto sustento luego,
que pueda esperar diez años
tu gente en reinos extraños
como para Troya el griego.
Y para aquesta conquista,
aunque de diamantes hecho,
la pólvora de mi pecho
y el alquitrán de mi vista.
Y pues que al alma derechas
tantas amor me ha tirado,
de las flechas que han sobrado
te daré infinitas flechas.
Y ojalá quisiera Arminda

darnos sus hermosos ojos,
que tú vieras por despojos
el mismo sol de Lucinda.
Pero en tierra y mar profundo
lleva, Alejandro, mis celos,
que con solos sus desvelos
podrás abrasar el mundo.

ALEJANDR. Darte quiero mil abrazos,
que con sólo tu favor
pienso quedar vencedor.

LISARDO. Estos servirán de lazos
que firmen nuestra amistad.
Y ven al puerto conmigo,
y verás que lo que digo
no es menos que la verdad.

ALEJANDR. Pues con esa confianza
prometo a mi pretensión
más cierta la posesión
que fué incierta la esperanza.
Tuya será Arminda bella.

LISARDO. En eso mi bien estriba (1),
que no es posible que viva
ni quiero vivir sin ella.

(*Salen* CELIA *y* FINEO, *él desnudándose.*)

CELIA. Mira que me das la muerte.

FINEO. No hay en esto que tratar.

CELIA. Pues no te has de desnudar.

FINEO. Celia, que es esto honra advierte.
Ya Federico ha dejado
el hábito labrador;
ya reina con tal valor,
que es temido cuanto amado.
¿Pues qué quieres que haga yo?
¿Quedarme tosco villano
si él tiene el cetro en la mano
que el rey Lisandro le dió?
¿Tengo de andar por ahí
sembrando espárragos?

CELIA. Mira
que a lo que mi hermano aspira
es violencia en él y en ti.
Nunca fíes gran corriente
de arroyo de tempestad,
ni de la serenidad
que tiene el alba al Oriente.
Nunca de valiente fiero,
de profesión matador,
nunca de amigo hablador
y enemigo lisonjero.
Nunca de libre mujer,
si el refrán antiguo vale,
que con cada sol que sale
muda gusto y parecer.
No fíes de la fortuna
cuando de un golpe levanta.

FINEO. La de Federico es tanta,
que no le iguala ninguna.
Mas yo sé de su valor,
que sabrá hacer que a sus pies
los enemigos que ves
le tengan, Celia, temor.
Ahora bien; afuera ropa,
no más el tosco azadón,
que seguirla es discreción
si va la Fortuna en popa.
Vengan bragas y coletos
al estilo cortesano;
cese el lenguaje villano,
vengan pensados concetos.
Imitemos los mancebos
desta edad única y rara;
hablemos por alquitara,
busquemos vocablos nuevos.
Escribamos un papel
que pueda el diablo escuchalle,
empreñe algodón el talle,
haya muñeca crüel.
Haya rizos y alfileres,
porque diz que ya los hombres
diferencian en los nombres
de las señoras mujeres.
Vengan, que hacen rostros bellos,
cuellos de holandas delgadas,
y vengan dagas y espadas
de cambray, como los cuellos.
Y bigoteras vendrán,
vocablo tan peregrino,
que no lo vió Calepino
ni le supo el padre Adán.
Y vamos a ser discretos
a costa de honras ajenas.

CELIA. ¿Tú no ves a cuántas penas
están los hombres sujetos
en las cortes y ciudades?

FINEO. Muy bien se puede vivir
con sólo saber sufrir
desdichas y necedades.

(*Salen el* REY *y* ARMINDA, *y* FEDERICO, LUCINDA *y* CESARINO.)

LISANDRO. Llamad a Alejandro luego.

(1) En el original dice este verso y los dos que siguen el mismo ALEJANDRO; pero de su contexto se deduce que quien los debe decir es LISARDO.

ARMINDA. Pienso que, enojado, trata
venganzas de Federico.
FEDERICO. Sin ofensa no hay venganza;
esto fué gusto del Rey.
LUCINDA. Y mi ventura, que es tanta,
que falta encarecimiento.
FEDERICO. Si a vos, que sois ángel, falta,
y es tanta la diferencia,
¿qué haré yo, pues que se hallan
mis méritos de los vuestros
en infinita distancia?
LISANDRO. ¡Que Alejandro, mi sobrino,
tenga envidia tan extraña
del valor de Federico,
y que desprecie sin causa
la bella Arminda!
ARMINDA. Señor,
yo estimo el ser despreciada,
que sólo el obedecerte
me hiciera dar la palabra
de ser su esposa, pues antes
la tuve a Lisardo dada,
príncipe de tal valor,
que le adoraba Dalmacia,
y que viéndome casar,
con su poderosa armada
vino hasta el puerto y tomó
tierra en una humilde barca,
de donde vino a tu Corte
disfrazado, que la espada
nunca se atreve al respeto
del dueño que tiene el alma.
LISANDRO. Pues para que mi sobrino
entienda cuánto se gana
en despreciar la fortuna,
haced que vaya mi guarda
y busque a Lisardo luego.
CESARINO. Yo voy.
LISANDRO. Tú, por cuyas armas,
Federico, Macedonia
espanta la Europa y Asia,
toma a mi lado esta silla.
FEDERICO. Tu hechura, señor, levantas.
FINEO. Si puede llegar Fineo
a tus pies, y cuando ensalza
la Fortuna un hombre puede
mirar las cosas pasadas,
pon esos ojos en mí.
FEDERICO. Fineo, los que no aguardan
que los derriben los cielos
por gigantes de arrogancia,
no desprecian los amigos
que en la fortuna contraria
ayudaron a sufrilla,
porque es la mayor infamia.
Guerra se ofrece primero
que la corona; si tratas
de las armas, capitán
te nombro.
FINEO. A tu sombra basta
para que me tiemble el mundo.
Aquí está Celia, tu hermana.
Mira qué piensas hacer.
FEDERICO. Dile que antes que me parta
la pondré en tan alto estado
que desconozca su casa,
pero que agora se esconda.
FINEO. Fuera traición declarada
no decirte la verdad.
FEDERICO. ¿Pues hay algo de importancia?
FINEO. Que estoy casado con ella.
FEDERICO. ¿Qué me dices?
FINEO. Lo que pasa.
FEDERICO. ¿Con mi hermana, siendo rey?
FINEO. Cuando era Celia villana
merecí tanto favor;
haz cuenta que es una mancha
que en el paño de tus dichas
cayó por descuido.
FEDERICO. Calla,
que buscaremos remedio.
FINEO. ¿Qué remedio?
FEDERICO. Pues palabras.
¿Qué importa?
FINEO. ¿Cómo qué importa?
FEDERICO. ¿Pues hay más?
FINEO. Las circunstancias
que suelen venir con ellas.
FEDERICO. Una mano, es cosa clara
que no ofende.
FINEO. ¿Y más arriba?
FEDERICO. ¿Cómo abrazos?
FINEO. Quien abraza
también se suele atrever.
FEDERICO. Calla esa boca, que matas
mi honor.
FINEO. Tú dices la boca,
que yo no te he dicho nada.
FEDERICO. ¡Oh, varios bienes del mundo,
apenas ponéis la planta
donde no la estampe el mal.
FINEO. Dime qué quieres que haga
y no te enojes conmigo,
que no es cosa más extraña

ser yo de Celia marido
que tú de pieles y abarcas
reinar hoy en Macedonia.

FEDERICO. Ahora bien; no digas nada,
que después le diré al Rey
que eres de mi loca hermana
marido, y que de Lucinda
eres cuñado.

FINEO. La Infanta
tendrá un cuñado en Fineo
que se le envidien las damas.

FEDERICO. Calla, y de necio serás
discreto.

FINEO. ¿Qué necio calla?

(*Sale* ALEJANDRO, LISARDO, MARIO, LEONELO *y* CESARINO.)

CESARINO. Alejandro viene aquí,
que a Lisardo acompañaba,
porque querían los dos
embarcarse a Transilvania.

LISANDRO. Lisardo, dame esos brazos,
que no quiero que te partas
menos que llevando a Arminda,
en ti tan bien empleada
cuanto en Alejandro mal.

LISARDO. No puede apenas el alma
responderte de alegría.

ALEJANDR. ¿De aquesta manera tratas
tu sangre?

LISANDRO. Tú lo mereces,
pues que con tanta arrogancia
desprecias la bella Arminda.

ALEJANDR. ¿Por qué desprecio le llamas,
sabiendo tú que es amor
con que fué de mí adorada
mi prima, que das a un hombre
que de una humilde cabaña
sacas a un reino que tuvo
tan generosos monarcas?

FEDERICO. No más, Alejandro; advierte
que a los discretos ampara
en las desdichas del tiempo
la paciencia y la esperanza.
Tú propio tienes la culpa.

LISANDRO. ¿Qué ruido es éste? ¡Hola, guarda!

(*Sale* ALBERTO, *viejo*.)

LEONELO. El padre de Federico,
que llegar no le dejaban,
respeto de aquel sayal.

FEDERICO. Entre, que no hay oro y plata
como ver que mi virtud
de entre estos sayales salga.
Toma, buen padre, esta silla,
que en ti está bien empleada;
mejor que en mí, pues que fuiste
quien entre pobreza tanta
engendró tanto valor
como el que mi pecho alcanza,
pues llega a tan gran corona
la sangre que en mí trasladas.
Siéntate, padre; ¿qué miras?
Siéntate, padre; ¿qué aguardas?
El Rey nos dará licencia.

ALBERTO. Antes a tus pies postrada
mi bajeza perdón pide.

LISANDRO. ¿Qué es esto, Alberto? Levanta.
¿Tú desa suerte?

ALBERTO. Señor,
mi ofensa encubre mi cara.

LISANDRO. ¿Qué ofensa?

ALBERTO. En vano los hombres
contra el cielo se declaran,
pues a lo que él determina
no hay contradición humana.
Cuando tu hermano famoso
dió a mi mujer en tu casa
Alejandro, tierno niño,
por ser su madre tan alta
en sangre como tú sabes
y él nacido por desgracia,
yo le troqué con el mío
porque mi sangre reinara,
que Federico es sobrino
tuyo, y viendo que mis canas
son de mi engaño el espejo
y de mi cuerpo mortaja,
y que el fuerte Federico
y no Alejandro reinaba,
quise decir la verdad,
pues ya la muerte me aguarda
por mi delito y mis años.

LISANDRO. No en vano tanto te amaba,
Federico, el alma mía.
Mil veces mi cuello enlaza.

ALEJANDR. Villano, ¿qué dices?

ALBERTO. Digo
que eres mi hijo.

ALEJANDR. Esta traza
ha sido del Rey.

LISANDRO. Advierte
que ningún hombre pensara
contra su sangre este engaño,

y que la tuya, villano,
haré que saque un verdugo.
¡Hola! Aquel gabán me traigan
con que andaba Federico.

MARIO. Colgado, señor, estaba
con las armas por su gusto.

LISANDRO. Viste, y no repliques.

ALEJANDR. Baja
mi fortuna justamente.
Vestiréle porque traiga
escarmiento a los soberbios
y castigo a los que tardan
en gozar de la ocasión.

FINEO. Quedo, escuchen, que no paran
aquí todas las desdichas:
yo me casé con la hermana
de Federico.

FEDERICO. Pues bien...

FINEO. Suplícote que no valga,
pues vuelve a ser Celia a secas.

FEDERICO. No hay remedio.

FINEO. ¿Qué abrasada
cometa pasó más presto
que mi dicha? ¿Qué mudanza
hizo hebrero de agua al sol,
y después de sol en agua?
¿Qué azar vino más apriesa?
¡Oh mundo, infáme baraja:
pintas rey y dasme sota!

LISANDRO. Lisardo, a tu prenda amada
da la mano, y tú a Lucinda.

FEDERICO. Aquí, Senado, se acaba,
para cumplir la que os dimos,
El hombre por su palabra.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA HONRA POR LA MUJER

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El Rey de Hungría.
El Duque Ursinio, *viejo.*
La Condesa Margarita.
El Marqués Leonido.
Ausonio, *caballero.*
Porcia, *criada.*
El Conde Laurencio, *viejo.*
El Conde Uberto.
La Reina Rosaura.
Conrado, *caballero.*
Valón, *lacayo.*
Ruperto, *criado.*

ACTO PRIMERO

(*Sale por una puerta el* Conde Uberto, *vistiéndole los* Criados *y los* Músicos *cantando. Y por otra puerta la* Condesa Margarita, *dándola de vestir las* Criadas, *y* Valón, *lacayo, y* Porcia, *criada.*)

Músicos. Al rayo del sol de abril
su nieve peinan los montes,
por dar a sus viejas canas
nuevos cabellos de flores.
Dilatados arroyuelos
cadenas de hierro rompen,
dando plata la esmeralda
de las márgenes que corren.
A las plantas de los sauces
su luz quitan las prisiones,
y suenan grillos nevados
para que perlas se tornen.
Cantan las aves del día
y las nocturnas se esconden,
que como las sombras aman
tienen a la luz por noche.
¡Mas ay del que las oye,
celoso de su bien, rico de amores!

Conde. Dichoso, señora, el que ama
ajeno destos recelos,
sin tener desdén y celos.

Margarit. Ese sólo amor se llama,
aunque diga algún discreto
que son salsa del amor.

Conde. Correos dirán mejor
de algún amor imperfeto;
que aunque dicen que ellos dan
a su esencia nueva vida
y que con ser su homicida
nueva alma dándole están,
para mí, causa que quita
el sosiego, infierno es,
y aun imperfeción después,
pues tanto la solicita.

Margarit. Gracias a Dios, Conde amado,
que podéis decir que amáis
sin ellos, y que gozáis
ajeno de ese cuidado.
En tan quieta posesión
los brazos, como marido,
y gracias a Dios que ha sido
tan dichosa mi afición.

Conde. La dicha, Condesa hermosa,
sólo la he gozado yo,
pues Amor al mío dió
discreta y honesta esposa.
Dar ventura a un hombre el cielo
en hacienda por el mar,
por bien se debe estimar
darle gracias en el suelo.
Con honrosas dignidades,
mandos, imperios, criados,
con que de humildes estados
levantan sus calidades,
grande dicha viene a ser
y es de los cielos favor;
mas de todos el mayor
es dalle cuerda mujer.
Y de las partes, mi bien,
que Amor sabe que gozáis,
con que a las romanas dais
gracia y envidia también.

Margarit. Lo más digno de alabanza
en mí viene a ser, señor,
el merecer vuestro amor.

VALÓN. ¿Qué gusto, di, Porcia, alcanza
el que gozan los que riñen
como aquestos dos señores?
PORCIA. Y con plumas de favores
las tiernas almas escriben.
VALÓN. ¡Ah matrimonio dichoso,
comunes las voluntades!
PORCIA. Si en él se tratan verdades,
¡qué yugo es tan sabroso!
VALÓN. ¿Qué piensan los avestruces,
índices del tiempo vario,
que le han llamado calvario,
dándole infinitas cruces?
¿Hay gusto como pensar
que aquel libro donde lee
un hombre es suyo, y posee
lo que no le han de quitar?
¿Hay regalo como ver
en amable compañía
toda la noche y el día
a su lado una mujer?
Y que por lo menos ésta,
si intenta darle pesar,
al cabo le ha de dorar
por no desdecir de honesta.
Mal año para el amante
que, hecho camaleón,
aguarda una posesión,
idolatra en un diamante.
Y tras de haberle labrado
a poder de sangre y oro,
con el indio y con el moro
le engasta, si le da agrado.
Y esto con sólo querer
darse por descomedida,
que no es censo de por vida
el gusto de una mujer,
cuando al fin la sucesión
pende de su voluntad.
PORCIA. Has dicho, Valón, verdad.
VALÓN. ¿Verdad? Evangelios son.
Ninguna hay que no desea
chupar, como las esponjas;
¿hay mejor torno de monjas,
que dándole se rodea?
CONDE. ¿Qué decís?
PORCIA. Está alabando
tu vida Valón, y yo
digo que el cielo te dió
lo que el mundo está envidiando
en tu esposa y mi señora.
CONDE. Hoy de Belflor la saqué
por lograr mejor mi fe,
que sólo en la suya adora.
A esta quinta la he traído,
y sé que en aquesta quinta
en el alma Amor la pinta
sin que la borre el olvido.
¿No es verdad esto, mi bien?
De mi afición ¿qué sentís?
MARGARIT. Que es así lo que decís,
y que yo os pago también.
Y bien sabe, Conde, Amor
que en aquesta soledad,
donde vive la verdad
sin afeite de color,
que me hallo con más gusto
que no en la Corte del Rey,
porque siguiendo la ley
del vuestro sigo lo justo.
Fuera de que no pudiera
gozar allá de los ratos
sobre estos campos, retratos
de la hermosa primavera,
de mi esperanza cumplida
como los gozo con vos,
en paz y en unión de Dios,
ya por mi bien florecida.
¿No es verdad esto?
CONDE. Cantad
y bajemos a estas fuentes,
porque sus puras corrientes
retraten vuestra verdad.
Las flores darán pinceles,
vuestros labios las colores,
y si han de pintarse amores,
¿quién, sin amor, será Apeles?

(*Van a cantar, suena ruido dentro, y dice* AUSONIO *y* LEONIDO, *marqués:*)

AUSONIO. Cayó el Rey.
LEONIDO. Ten el caballo.
AUSONIO. ¡Mal haya, amén, quien le puso
el primer freno y dispuso
los modos de sujetallo.
LEONIDO. El sol de Hungría ha eclipsado
el más feroz animal.

(*Sale* AUSONIO, *alborotado.*)

AUSONIO. ¡Matalle, por desleal!
¿Cómo está tan sosegado,
Conde, aquí Vueseñoría,
cuando un alazán ha muerto
a su Rey, porque encubierto
ahora a cazar venía

a ese bosque?
CONDE. ¡Santo cielo!
AUSONIO. De un estribo le ha arrastrado
largo trecho en ese prado,
y así su muerte recelo.
Mas, ¿qué me canso, si es éste
que trae el marqués Leonido?
CONDE. ¡Qué grande desdicha ha sido!

(Salen el MARQUÉS LEONIDO *y otro criado con el* REY *sobre los brazos.)*

LEONIDO. Conde, el remedio se apreste:
partid por él a Belflor,
traed los médicos luego.
CONDE. ¿Tal en mi casa a ver llego?
¡Ay, rey Enrique! ¡Ah, señor!
Dadme un caballo, y llegad,
Marqués, a Su Alteza aquí.
REY. Muy bien va trazado ansí.
CONDE. Esta sala despejad.

(Vanse todos, y queda el REY *con la* CONDESA DOÑA MARGARITA.)

MARGARIT. ¿Qué es esto, Enrique dichoso,
luz de Hungría, sol del mundo,
Alejandro sin segundo,
más que el Macedón famoso?
¿Qué sentís? ¿No habláis, señor?
REY. ¿Estamos solos, Condesa?
MARGARIT. La que serviros profesa
no está sola de favor,
aunque de criados sí.
REY. Y yo en la Corte lo he estado
después que en ella ha faltado
la hermosura que en vos vi.
MARGARIT. Aquese favor estimo
como de mano de un rey,
que hace la palabra ley,
y a agradecerlo me animo.
Pero de aquesta caída,
¿cómo Vuestra Alteza está?
REY. Como quien espera ya
remedio en vos de la vida.
MARGARIT. ¿En mí, señor? ¿De qué suerte?
REY. Hablemos claro, señora;
disfraces dejando agora
en una ocasión tan fuerte,
donde ha sido menester
caer para dar lugar
a que os deje el Conde hablar.
MARGARIT. ¿Vuestra Alteza echa de ver
que ya soy del Conde esposa?
REY. Y de eso sólo ha nacido
haber, Condesa, caído.
MARGARIT. Qué, ¿traza ha sido?
REY. Y forzosa.
Aquesto ahora fingí
y ya de hablaros dispuesto,
tras de haber mi vida puesto,
Margarita, en vos sin mí.
Yo os adoro, aquesto es cierto,
y aunque de su potestad
puede usar la majestad,
por este camino acierto;
que el hombre que tiene amor
y con lástima no obliga,
ninguno en el mundo diga
que obligará con rigor.
Después que a Belflor venisteis
y os vi, Condesa, casada,
aunque tan bien empleada,
nuevo amor en mí encendisteis.
Quíseos doncella, y ansí
por más antiguo que al Conde,
que a vuestro amor corresponde
me debéis querer a mí.
A esto vengo, y es fingido
lo que habéis visto, Condesa,
la victoria en esta empresa
al campo de mi sentido.
MARGARIT. Aunque es común opinión
que quien escucha responde,
a la respuesta es de adonde
renace la posesión.
Os tengo de responder
ya, señor, que os he escuchado,
porque de vuestro cuidado
desengaño venga a ser.
Y así digo que confieso
que doncella os tuve amor,
en aquel grado, señor,
que a la libertad el preso.
Vuestras colores vestí,
vuestros favores gocé,
los papeles estimé
que por vuestros recebí.
Las galas y los paseos
que di (1) a vuestra confianza
fundaron en mi esperanza
babilonias de deseos.
Pero tras de todo aquesto
ya mi padre me casó,

(1) Así en el original; pero parece debiera decir "debí".

y por mi esposo me dió
al Conde, a quien he propuesto
querer con la obligación
que debo a noble mujer,
dejado que este querer
nace de mi inclinación.
Yo estoy contenta con él,
porque es muy galán el Conde,
y aunque su poder no esconde
otra goza de laurel
de un ingenio peregrino,
y el alma que esconde amor
tiene el imperio mayor,
sólo busca ese camino (1).
Y así caed en la cuenta,
para que no intentéis, ciego,
conquistas de cuyo fuego
ha de renacer mi afrenta.

REY. El rey, Condesa, es un sol
que a nadie puede manchar.

MARGARIT. Sí; pero puede eclipsar
la fama con su arrebol.
Que como la luz es tanta
que entre su grandeza ofrece,
aquel que mira escurece,
y al fin, como es sol, levanta
del suelo de algún traidor
el ver que a mandar le sube
vapores, que son la nube
en el cielo del honor.

REY. Yo no impidiré ese intento,
pues en estas ocasiones
sólo saco exalaciones
que abrasan mi pensamiento.

MARGARIT. En el mío no han de entrar
más que la estrella del Conde,
con cuyos rayos se esconde
la estrella del mal de amar.
Vos sois sol, aquesto es cierto;
mas con vuestra claridad
no ha de llegar mi lealtad
a ningún honroso puerto.
No porque vuestro arrebol
es causa dellos forzosa,
mas porque es natural cosa
seguir las sombras al sol.
Estas en vos son criadas
almas de la adulación,
que ya viles lenguas son
cuchillos de las honradas.
Y así, cuando no mirara
más que esa razón, muriera
primero que escureciera
la estrella del Conde, clara.
Concluyendo en esta ley,
por quien ya licencia os pido,
que quiero más del marido
la estrella, que el sol del rey.
Y si yerros por amor
son dignos de perdonar,
bien me puede disculpar
aquéstos, por ser de honor.

(*Vase* MARGARITA *y sale* LEONIDO.)

REY. Aguarda.—¡Fuése!

LEONIDO. Esperando
he estado yo aquí escondido.

REY. Y mi mal habrás oído
estar siempre pronunciando
a aqueste hermoso juez.
del reino de mis deseos.

LEONIDO. Firmezas son y trofeos.
Pero ¿quieres de una vez
volver a entrar en su pecho
y ganar lo que perdiste?

REY. Que en tus industrias consiste
hoy mi remedio sospecho.
¿Cómo podré?

LEONIDO. Lleva al Conde
a la Corte; dale en ella
cargos, pues es estrella,
y en algo al sol corresponde.
Tendrá para ellos valor:
quizá el ver a su marido
honrado, hará que su olvido
trueque en recíproco amor.
Que si ella le quiere bien,
claro está que ha de gustar
le honres, y la ha de obligar
la satisfación también.
Este es el medio más sabio,
que no es el primero adonde
suele ser aqueste Conde
el honor capa de agravio.
Esto, señor, he elegido
para podella ablandar,
que con dar y porfiar,
¿qué torres no se han rendido?

REY. Prudente consejo es,
y seguirle determino,
aunque no es este camino

(1) Esta redondilla y la anterior no tienen el sentido claro. El texto parece evidentemente alterado.

donde hay pasos de interés.
Pero servirá siquiera
el tenerlos a mis ojos,
y aunque creciendo en enojos
alcanza quien persevera.

LEONIDO. ¿Diremos que has vuelto ya
en ti del golpe, señor?

REY. Antes ha sido mayor
el que ya el rigor me da.

(*Salen el* CONDE *y* VALÓN.)

CONDE. ¿Bueno ya el Rey en tan breve
tiempo? No sé qué sospecha
camina al alma derecha
con los efetos de nieve.—
Los pies Vuestra Majestad
me dé, que de verle ansí
nueva alma se infunde en mí
de gozo.

REY. Buen Conde, alzad.
¡Oh qué amigo tengo en vos!
¿Traéis los médicos ya?

CONDE. Los mejores que hay allá
os traigo.

REY. Gracias a Dios
que no serán menester.

CONDE. ¿Cómo?

REY. Como fuí de vida,
Uberto, en esta caída.
Yo vine a este monte ayer,
por él anduve cazando;
llegué aquí, quíseos hablar,
y esto tuve por azar;
pero ya estoy mejor.

CONDE. Cuando
así os vi, saben los cielos
el cuidado que hubo en mí
y cómo a Belflor partí...—
¡Que vais penetrando, celos!— (*Aparte.*)
Pero el disgusto pasado
porque estéis bueno agradezco.

REY. Lo que por la pena ofrezco
y el recebido cuidado.
Aunque también vuestra esposa
como vos, Conde, ha caído,
pues lo tenéis merecido
por lealtad, por sangre honrosa.
Título de mayordomo
os doy en mi casa, y sea
para que dejéis la aldea.

CONDE. A mi cargo el honor tomo.
Hoy el agradecimiento
de tan noble favor (1);
y caídas, gran señor,
que traen por fundamento
tales mercedes, serán
hoy de mi honor escalera,
adonde como en vidriera
de obligaciones verán
mis ojos, que les importa
trabajar para serviros.

REY. Empezad a preveniros,
pues es la jornada corta,
para partir, y quedad
adiós.

CONDE. Tras de vos iré,
donde siempre os serviré.

REY. Honraros pienso. Llevad
la Condesa.

(*Vase el* REY *y* LEONIDO.)

CONDE. ¡Gran señor,
quiera Dios que desta honra
no nazca alguna deshonra
para enterrar a mi honor.

VALÓN. El Rey se va, y fué fingido
lo del caballo.

CONDE. ¿No ves
cómo me ha hecho después
su mayordomo?

VALÓN. ¡Crecido
favor!

CONDE. ¡Sabe Dios si siento
que me honre!

VALÓN. ¿Enriquecer
tu valor, qué puede ser?

CONDE. Mi mujer es fundamento.
Y cargas que van fundadas
en ellas habrán de verse,
que vienen a deshacerse
y dejan de ser honradas.
Por este camino así...

VALÓN. Deja aquestas confusiones,
que quizá son ilusiones
que forma el amor en ti.

CONDE. No les pienso dar lugar,
Valón, en mi pensamiento,
por ser todo el fundamento
quien el sol puede envidiar
por honesta y virtuosa,
y basta para tener

---

(1) Verso incompleto y el sentido oscuro.

defensa del ser mujer
ser Margarita mi esposa.

VALÓN. Ella viene.

(*Sale* MARGARITA.)

MARGARIT. Bien pudiera
daros del cargo, señor,
el parabién; mas quisiera
que el Rey no os le hubiera dado.

CONDE. ¿Por qué, señora?

MARGARIT. ¿Por qué?
Porque yo jamás me hallé
con más venturoso estado
que aqueste en que agora vivo:
lógranse mis esperanzas
sin estorbos ni mudanzas,
y ningún daño recelo.

CONDE. Pienso que en mi fe jamás
sospecho que las veréis.

MARGARIT. Y si es que en la Corte os veis
será el pensar por demás
que dejéis de distraeros,
porque galas, discreciones,
embotan en ocasiones
los más constantes aceros.

CONDE. Esas razones, mi bien,
tienen algo de recelos,
por lo azul.

MARGARIT. Tengo recelos.

CONDE. Sí; mas no tenéis de quién.
Vamos, porque luego quiero
que se apreste la partida.

MARGARIT. Si el Rey entra por caída
a levantaros, primero
que a mi honor vea caer
no habrá en mi sangre valor,
que aun muerto será mi honor
vivo contra su poder.

(*Vanse todos; sale el* REY *y* LEONIDO, CONRADO *y acompañamiento.*)

CONRADO.

¡Plaza dé aquí a Su Alteza!

LEONIDO.

¡Qué poco gusto muestra
tener con la belleza
el Rey deste retrato que ha traído
de la Reina, su esposa!

CONRADO.

La tristeza en los reyes es forzosa.

REY.

Bella Condesa mía,
no mía, ajena; si por darme enojos
cuando tu claro día
por los serenos cielos de esos ojos
mostraba a mi esperanza
que tras la tempestad es la bonanza;
cuando tu hermoso oriente
sin nubes de rigor, que era mostrarse
regando el sol la frente
y en premios de suspiros anegarse,
por mantener de flores
nueva vida mi amor, niño en favores;
si de tu hermosura
la gloria sólo está de mis deseos
pendiente, ¿qué procura
tu desdén riguroso? ¿Qué trofeos
esperas de un vencido,
más que mirarlo por tu amor perdido?
Yo confieso que debes
mucho a tu honor; pero el amor, señora,
que a resistir te atreves
tienes mayor obligación ahora,
por haber de tu pecho
antes que ese honor el amor hecho.
Mas ¡ay!, que estás casada
y adoras como honrada tu marido;
mas aunque sierra helada
a las quejas de un Rey si piedra ha sido,
sol será mi porfía
contra la fuerza de tu nieve fría.

LEONIDO.

Ya los embajadores
de Inglaterra y Persia se han partido.

REY.

Y ya en tales rigores,
Leonido, del amor pierdo el sentido.

LEONIDO.

Tu ilustre casamiento
impidirá, señor, aquese intento.
El orden lleva Eusenio,
de la Condesa padre, que a Rosaura
suspenda el casamiento.

REY.

Poco el Duque, Leonido, me restaura
el perdido contento,
que sin ser, ya es loco pensamiento.
No quiero sin sus ojos
que tengan ningún bien mis esperanzas;

todos sean enojos
mis gustos y contentos y bonanzas
que en el mar de mi pecho
de su ausente hermosura amor ha hecho.
Que como fué pintada
y vi el original de la Condesa
tan bella como helada,
borré del alma a la Reina apriesa,
porque antes que su día
amaneció tu sol, Condesa mía.

LEONIDO.

Casóse y recordaron,
señor, con nueva vida tus deseos,
si en algo se olvidaron.

REY.

Retratóme las galas, los paseos,
la envidia que su esposo
gozase el dueño que adoré dichoso.

(*Sale* AUSONIO.)

AUSONIO.

Albricias Vuestra Alteza
me puede dar.

REY.

¿De qué?

AUSONIO.

De que entra ahora
el Conde y la belleza
de su esposa con él, dando a la aurora
de su hermosura al suelo
lo que las aves dan con veloz vuelo.
De Belflor han llegado,
que, como cerca está, hoy se partieron
y han en la Corte entrado.

REY.

Dime, ¿entró muy hermosa?

AUSONIO.

Como al nacer del sol purpúrea rosa.
¿No has visto entre la nieve
de una montaña y la del cielo el alba
salir cuando se atreve
hacerle al campo sonorosa salva
dando rayos al día?
Pues en una litera así venía
el Conde y sus criados
a mula, y en dos coches las doncellas,
sus soles anublados,
tan sólo por venir dando centellas,
en cuyas blancas tocas
suelen decir que viven almas locas.
Mas el Conde, que viene
de camino a besar tus pies reales
donde su dicha tiene,
podrá darte de aquesto más señales.

REY.

Salid a acompañarle.

AUSONIO.

Bien merece, señor, el Conde honrarle.

(*Salen* [*a*] *acompañarle al* CONDE, *y viene tras ellos muy galán.*)

CONDE. Deme sus pies Vuestra Alteza,
generoso ilustre Enrique,
a quien los caducos tiempos
contra la envidia eternicen;
a quien obedezca el mar,
y como agora te rinden
su cetro Hungría y Escocia (1)
mandes desde España a Chipre;
dando a las heroicas trompas
de la fama que publiquen
sobre los hombros del Austro
triunfar vitorias insignes.
El Conde soy de Belflor,
que honrado vengo a servirte,
tan noble como leal,
tan vasallo como humilde.
La lealtad viene en mis obras,
y entre sus honrosas timbres
servicios de mis pasados
para que a honrarme te obliguen.
Que aunque parezca arrogancia,
el reino que manda y rige
por Eduardo, mi abuelo,
sus verdes laureles ciñe.
Mi padre, el conde Laurencio,
que, ya cansado, reside
retirado en un convento,
de ser en la guerra Alcídes,
de todo el húngaro mar,
en sus años juveniles,
fué general, sujetando
sus Escilas y Caribdes.
Mil triunfos dió a su corona,
dejando a la envidia triste,
que en el pecho de palacio
como cuerpo propio vive.
Animando estas vitorias
Carlos, que a sus pasos rige

(1) Así en el texto; pero debe decir Escitia.

su hermano, a quien ya, señor,
la pálida muerte rinde.
Ese soy, y aquesto he dicho
delante de los que os sirven
honrados de los favores,
que es justo que el mundo envidie.
No, señor, porque lo sepan,
pues ya la faz me lo dice;
mas porque si honrarme quiere
sin servicios no publiquen
que es dicha, sino que entiendan
que con aquéllos se miden
que han hecho a vuestra corona
mi padre y abuelo insigne.

REY. Levantaos, Conde, del suelo,
y porque de vuestra estirpe
gocéis el premio debido
a sus hazañas sublimes,
Marqués de Lipona os hago.

CONDE. Si así pretendes subirme (1)
sea escala vuestra mano:
dadme que la bese humilde.

REY. Tomad, y con ella os doy,
pues de escala al reino sirve,
la frontera de Daniel,
fuerza contra el mar terrible.

CONDE. Si me honráis de aquesa suerte,
¿quién habrá que no me envidie?
Viva eterna vuestra fama,
que con los cielos compite.

VALÓN. Estate en el suelo un año,
pesia tal, si ha de añadirte
esas ensanchas el Rey,
aunque en él te arromadices.
Bien has hecho en referir
cómo son estos países
suyos por tu ilustre abuelo.

CONDE. La envidia, Valón, es lince,
y quiero que sepan estos
señores que al lado siguen
del Rey, que si el Rey me honra
no es por intereses viles.

AUSONIO. Galán viene el Conde.

CONRADO. Es
cuanto discreto, apacible;
cuanto galán, cortesano.

AUSONIO. No envidiaré yo que prive.

REY. Esta noche a la Condesa
tengo de ver. Apercibe
capa de ronda, que el Conde
dará lugar, pues me sirve.

LEONIDO. Está bien.

REY. Conde.

AUSONIO. ¡Qué amor
abrasa el pecho de Enrique!

REY. Mi privanza sois.

CONDE. Hechura
soy vuestra, señor, en todo,
y soy vuestro esclavo humilde.

(*Vanse; salen* MARGARITA *y* PORCIA.)

MARGARIT. Ya empieza el Conde a hacer,
Porcia, verdad mis recelos.

PORCIA. Disculpa puede tener
hasta ahora con tus celos.

MARGARIT. ¿Cómo?

PORCIA. Como irá a ver
a Su Alteza y le tendrá
en palacio entretenido
con el cargo que le da...

MARGARIT. Haberle favorecido
para tenérmele allá,
no contento con el día,
la noche, disfavor es.

PORCIA. No es tarde, señora mía.

MARGARIT. Se funda en el interés
mi amorosa fantasía.
Si es el Conde mi esperanza
y mi amado y dulce amor,
sólo espera su bonanza
que este dichoso favor
lo marchite su mudanza.
Si de sus ojos y orientes,
almas de mi voluntad,
están mis glorias pendientes,
siendo de aquesta verdad
obras, testigos presentes,
¿cómo quieres que no esté
sola sin él, pues sin mí
está cuando no le ve
el alma, que ya ofrecí
en las aras de su fe?

PORCIA. Sí; pero no ha merecido
culpa el Conde, mi señor,
que como haya venido
a la Corte de Belflor
de su Rey favorecido,
sin duda que estará agora
en palacio, que es adonde
no ofende tu amor, señora;
porque ya sé bien que el Conde
sólo en tus ojos adora.

(1) En el original "servirme" por errata.

MARGARIT. ¡Ay, Porcia, si yo tuviera
de aqueso satisfación,
qué venturosa que fuera!
PORCIA. Ser puedo en esta opinión
coronista verdadera.
MARGARIT. ¿Cómo?
PORCIA. Como la experiencia
muy claro me lo ha mostrado,
que es la más heroica ciencia.
MARGARIT. ¿Dónde?
PORCIA. Donde hemos estado.
MARGARIT. ¿No ves que no ha habido ausencia?
¿O es porque se descubre
la falsedad de un amante?
PORCIA. Yo sé que el Conde es diamante
y que su fineza cubre (1)
con el oro de firmeza;
obligándome a creer
todo aquesto tu belleza,
que de todas pudo ser
principio y naturaleza.
Demás que por los sujetos
son las causas conocidas:
éstos en él son perfetos,
pues engendra nuevas vidas
amor sus tiernos concetos.
Mil veces, cuando salía
en Belflor a ver las flores
a tu amor las ofrecía
disfrazados en favores,
favores que a ti te hacía.
Si vía el blanco jazmín,
decía que era tu frente,
y si el clavel de carmín
tus labios, dando al oriente
menos hermosura, en fin.
Si a las encarnadas rosas,
"de mi Condesa querida
son las mejillas hermosas,
que al alma dan nueva vida
y a mi amor gloria dichosa".
¿Por qué en esto no podía (2)
conocer bien su firmeza?
MARGARIT. Las palabras, Porcia mía,
en ti son mucha agudeza.
PORCIA. Mucho tu amor desconfía.
MARGARIT. Amo y temo, que el amor
de perderse lo ganado

(1) Falta un verso a esta quintilla.
(2) En el original está este verso escrito de esta inadmisible manera: "¿Para qué esto me podía".

es solamente un temor;
mas por lo que has consolado
el mío, toma.

(Dala una sortija.)

PORCIA. El favor
como de tu mano estimo.
MARGARIT. Hacia el corredor salgamos,
que aún de esperanzas me animo.

(Salen el REY y LEONIDO de noche.)

LEONIDO. Si hoy para tu amor ganamos
algún favor, hoy imprimo
en bronce la industria dada
para haber llegado aquí.
REY. Sólo de la nieve helada
desta piedra por quien vi
mi esperanza mal lograda,
me contentaré con ver
la superficie divina,
y podré alegre volver.
LEONIDO. El sol corrió su cortina
y ya quiere amanecer,
pues por ese corredor
vienen dos albas.
REY. La una,
según muestra el resplandor
que nos da la blanca luna,
la Condesa es de Belflor.
LEONIDO. ¿Vióse tal dicha?
REY. Leonido,
déjame llegarla a hablar,
que pues dejo entretenido
al Conde, bien podrá dar
gloria un rato a mi sentido.
Embozado llego.
LEONIDO. Ve.
MARGARIT. ¿Es el Conde?
REY. Sí, señora.
MARGARIT. ¿De dónde venís agora?
Señor, bien imaginé (1)
esto en Belflor. La primera
noche que en la Corte estáis
hacéis que de ausencia muera:
¡mal mis deseos pagáis!
REY. Esta será la postrera
que os dé disgusto, mi bien.
MARGARIT. ¡Ay de mí! No es éste el Conde.
PORCIA. Yo lo extrañaba también.
MARGARIT. Alma de poder esconde,
Porcia mía, un hombre en quien

(1) Falta un verso a esta quintilla.

vive tal atrevimiento (1).
REY. ¡Ce, señora, ¿os vais? Oí:
advertid que os llama el Conde
MARGARIT. Entrate y cierra tras ti,
que el Conde que en voz se esconde
no es buen Conde para mí.

(*Vase* MARGARITA *y* PORCIA.)

REY. Su engaño sin duda vió.
LEONIDO. Entróse, y Porcia la puerta
ya de su cuarto cerró.
REY. ¡La de mi desdicha abierta
con ausentarse dejó!
LEONIDO. La ocasión mejor se ha ido;
sin duda, señor, que fuiste
en la voz desconocido.
REY. Cuando en engaño consiste,
¡qué fácilmente es perdido!
A dar voces me provoco.
LEONIDO. Quedo; advierte que hacia aquí
sube gente.
REY. En lo que toco
se ha de ver muy bien en mí,
que el amor me tiene loco.
Hacia el zaguán nos bajemos,
no nos tope algún criado.

(*Sale el* CONDE *y* VALÓN.)

CONDE. El honor es todo extremos,
y más de amor animado.
VALÓN. A conocerlos lleguemos;
que embozados y a esta hora
en tu casa no es razón
cuando en este brazo mora
valor, fuerza y opinión.
CONDE. Valón, el estar ahora
receloso de llegar
no es poco valor tener
si ha de venir a alcanzar
enigmas que habrán de ser
vistas de mejor pesar.
Mandóme el Rey que esperase
en palacio hasta la cena
y que dél no me ausentase.
Fuése, y quedó el alma llena
de ver que así me obligase.
Aguardarle de recelos
contrarios para mi honor,
inspiráronme los cielos,
profetas cuando hay amor,
que hacen ciertos sus desvelos,
a que a mi casa viniese:
ha querido mi desdicha
que en ella estas sombras viese.
VALÓN. Ya que eso no ha sido dicha...
CONDE. Valón, y si éste el Rey fuese,
¿qué puede en ella querer
cuando della ausente soy?
VALÓN. Si piensas que él ha de ser
en gran confusión estoy
en lo que tienes de hacer.
¿Quiéres conocerle?
CONDE. Sí.
VALÓN. No procures conocelle,
sino disimula ansí,
que si intentas ofendelle
no le apartarás de aquí.
CONDE. Eso pone en mis sentidos
sospecha, Valón, forzosa
para quedar más perdidos;
que si es él es cierta cosa
que a esto vienen prevenidos.
¡Veré si es él, vive Dios!
VALÓN. Pues llega, y entra mandando,
que dos somos para dos.
LEONIDO. Hacia acá vienen llegando.
REY. Vamos.
CONDE. ¿Quién va?
REY. ¿Quién sois vos?
VALÓN. Preguntar más es error,
y a tu honor no corresponde.
Vuelve atrás, porque es mejor,
pues en llamar vos a un Conde
te ha dicho que es Rey, señor.
Con eso y irse embozado
lo muestra.
CONDE. Pues no ha de irse
sin dar luz a mi cuidado.
VALÓN. Piensa bien, que en encubrirse
es lo que has imaginado.
REY. Embózate, y ven por donde
no nos conozcan, Leonido,
que esto a mi honor corresponde.
LEONIDO. De palacio se ha venido.
Sospechoso viene el Conde.

(*Vase el* REY *y* LEONIDO.)

VALÓN. Fuéronse.
CONDE. ¿Hay tal confusión?

(*Sale* MARGARITA *a la ventana.*)

VALÓN. Allí su balcón ha abierto,
y está.

(1) Este verso suelto entre dos quintillas indica que faltan los otros cuatro.

CONDE. Abrir el balcón
cuando aquí hallo encubierto
al Rey en esta ocasión,
todo lo que he dicho es cierto (1).
¡Ah, Margarita atrevida,
en él quiere que la vea!
Vista será pretendida,
y piedra que esto desea
cerca está de escurecida.
¡Qué mal hice en no saber
quién era cierto! Bajemos,
que los he de conocer.

VALÓN. Olvida aquesos extremos.
Pues está aquí tu mujer
ella te ha de informar dello.
Llega con nombre fingido,
di que aquí pudiste vello,
y si ella no lo ha sabido
no te importa a ti el sabello.

MARGARIT. ¡Ah, caballero!

CONDE. ¿Llamo?

VALÓN. Sí, señor.

CONDE. ¿Qué me mandáis?

MARGARIT. Suplicaros quiero yo
sólo que merced me hagáis,
si una mujer obligó
siempre a caballeros tales
como pienso que seréis,
de iros de aquí, pues señales
a los que os vieren daréis
en nada a mi honor (2) iguales.
Que es del Conde de Belflor
advertid aquesta casa,
que tiene honor y valor,
donde cual fénix se abrasa
para renacer mejor.
Y a criados ignorantes
no parecerán, señores,
bien en horas semejantes
que sobre sus corredores
haya hombres hechos gigantes.
Esto os pido, y es muy clara
como justa mi razón,
y al mismo Rey le hablara
con esta resolución
cuando lo mismo intentara.

CONDE. Del Rey soy el más amigo,
y aun el mismo; tened ley
si os obliga amor conmigo.

MARGARIT. Pues esto haced si sois rey,
que como honrada os lo digo.

(*Cierra el balcón y vase.*)

CONDE. Fuése, y las puertas cerró.

VALÓN. Ella es noble y muy discreta.

CONDE. ¡Oh, noche, no noche, día,
que a la oscura de mis penas
has dado tranquilo puerto,
jamás el sol te amanezca!
O sus cabellos de nieve
se pongan de espinas negras,
y tu dorada carroza
a su carro de oro venza.
En este mar de recelos
mi honor ha andado en tormenta,
y ya con esto, Valón,
parece que se sosiega.
Nada la Condesa sabe
de aquestas vanas sospechas
que mis celos engendraron,
que de átomos las engendran.
Y pues que no lo ha sabido
ni ha sido la causa ella,
si es cierto que el Rey pretende
mil veces el Rey pretenda,
que como el muro de honor
que al de su hermosura cerca
sea el que ahora ha mostrado,
no la rendirán sus fuerzas.
Mas, ¡ay!, que en la posesión
no nace sólo la afrenta:
esperanzas al honor
son las que la infamia ordena.
Pues de pretensiones locas
toman motivo las lenguas
para la infamia de un hombre,
aunque sepan su inocencia.

VALÓN. ¿Puede ser aquesto engaño?

CONDE. Muy bien puede ser que sea.

VALÓN. Pues a Palacio volvamos,
si has de asistir a la mesa
del Rey.

CONDE. Es la causa, amigo,
que vuelve aumentar mis penas
fué el no conocerlos bien.

VALÓN. Si está salva la Condesa
árdase Troya en sus almas,
que bien sé que será Eneas
que en hombros saque al Anquises
de tu honor y su belleza.

(1) Sobra este verso, que hace el número seis de la quintilla. Para el sentido tampoco hace falta.

(2) En el original dice "amor" por errata.

CONDE. Un poderoso enemigo
es cordura que se tema.
VALÓN. Es verdad; mas si no sabes
si es el Rey, ¿de qué te quejas,
satisfecho de tu esposa?
CONDE. Moriré hasta que lo sepa.

(*Sale* LEONIDO.)

LEONIDO. ¿Es el Conde?
CONDE. El Conde soy,
marqués Leonido.
LEONIDO. Su Alteza
que os llamase me mandó.
VALÓN. ¿Ves como ha sido quimera?
CONDE. ¿Dónde está el Rey?
LEONIDO. En palacio.
CONDE. Ven acá, Valón, ¿no es ésta
la capa que aquí ahora vimos?
VALÓN. Parece, señor, que es ella.
CONDE. Pues el Rey fué el que topamos,
él mi deshonor intenta (1).
Leonido con él venía,
y estas son estratagemas
usadas con las que aman
para asegurar sospechas.
Pues por si lo conocimos
al bajar desta escalera,
para borrar mi recelo
me envía a llamar a priesa
diciendo que está en palacio,
y es, Valón, cosa muy cierta
que a sus puertas no ha llegado.
VALÓN. Mucho tus celos penetran;
en un instante te animas
y en otro te desconsuelas,
sacabuche es tu cuidado,
que ya está dentro ya fuera.
CONDE. El pretende a Margarita;
él me sacó de mi aldea
por lograr su pretensión,
por esto mi lealtad premia.
Los títulos, los oficios
que me ha dado en su tierra,
como dorados venenos
a este intento lo gobiernan.
El fingir haber caído
del caballo es cosa cierta,
que fué buscando ocasión
de hablar así la Condesa.
Y lo más que desto siento
es que Leonido lo sepa,
enemigo de mi casa
y quizá autor de mi afrenta.
Mas vive el cielo, Valón,
que si el Rey aquesto piensa
y está segura mi esposa,
como mi amor lo sospecha,
que primero que mi honor
derriben las locas piezas
del artillería infame
con que conquistarlo intenta,
y primero que el vasallo
injusto que le aconseja
vea manchas en mi sangre,
más limpia que las estrellas,
que ha de ver Hungría, el mundo
y el Rey que así se gobierna,
que la honra por la mujer,
quien es noble la desprecia.—
Venid, Leonido, a palacio.
LEONIDO. Vamos, que el Rey os espera.
CONDE. Si puedo yo moriré,
honor, primero que os pierda.

(1) En el original dice este verso "el mi deseo no intenta"; lo cual no forma sentido.

ACTO SEGUNDO

DE LA HONRA POR LA MUJER.

(*Salen el* CONDE LAURENCIO, *viejo, padre del de Belflor, y* RUPERTO, *criado.*)

LAURENC. Un filósofo decía
que el que la quietud gozaba
éste, Ruperto, vivía,
y más bien el que buscaba
soledad por compañía.
RUPERTO. Según eso, el que ha dejado,
como tú, mando y estado
sólo por vivir aquí,
¿diremos que vive?
LAURENC. Sí;
aquí la vida he gozado.
Después que a este monasterio
de Jerónimo divino
me recogí del imperio
libre, que tuvo contino
no en mí el honor sin misterio;
después de haber yo surcado,
hecho general del Rey,
las ondas del mar salado,
guardando siempre la ley

de leal y de soldado;
después que de mil victorias
las de mis padres volví
a pintar en sus memorias,
de quien siempre señor fuí
renacido de sus glorias,
y al fin, después que llegué
aquí, y aquí edifiqué
la casa donde apercibo
la postrera, sólo vivó,
que de antes no.

RUPERTO. ¿Pues por qué?

LAURENC. Porque no tuve quietud,
porque seguí la ambición,
alma de la juventud,
y hice, aunque sin razón,
contra al sol de la virtud.
Porque, ambicioso de dar
triunfo a mis Reyes, bien pude
la ley de Dios olvidar,
que el que a honrar el mundo acude
mal puede a su Dios honrar.
Aunque no me pesa, a fe,
de haber sido tan leal
y del tiempo que gasté,
pues no fué pagado mal,
y allá en la Corte dejé
al Conde mi hijo, adonde
Enrique podrá premiar
su valor, si corresponde
a quien es.

RUPERTO. No da lugar
pienso mi señor el Conde,
que en Belflor enamorado
vive con su Margarita,
de palacio retirado.

LAURENC. Dícenme que resucita
su rostro un nuevo traslado
del Duque su padre.

RUPERTO. Cierto,
sólo sé que es muy hermosa
y que adora al conde Uberto,
al paso que es virtuosa.

LAURENC. Mil siglos gocen, Ruperto,
de su amable compañía;
que espero nietos tener
de los dos que sean a Hungría
solos, pues de tal mujer
más que esto mi amor confía.
Que del Conde te prometo
que sé que me ha de imitar,
porque al compás que es discreto,
sé muy bien que puede dar
reglas en cualquier preceto.

RUPERTO. Mucho ha sido que sus bodas
se hiciesen, señor, sin ti.

LAURENC. Mal conmigo te acomodas;
no me sacarán de aquí
las glorias del mundo todas.

RUPERTO. Si Vueselencia ha de ir
a Misa, es hora, señor;
bien se puede prevenir.

LAURENC. Dame la espada.

RUPERTO. Mejor
será que la vaya a oír
como está, por la tribuna,
Vueselencia.

LAURENC. ¿Pues la espada
causa ocupación alguna?

RUPERTO. En edad ya tan cansada
de vencer con tal fortuna,
bien se puede jubilar.

LAURENC. ¡Necio! La espada del lado
de un noble no ha de faltar,
aunque haya el valor faltado,
para poderla mandar.
Pues cuando algún indiscreto
quiera eclipsar el conceto
del dueño a quien ha servido,
en ella vea que ha sido
y así le obligue a respeto.

RUPERTO. Vuesa Excelencia perdone,
que aquí está, y de su valor
ella las muestras pregone.

LAURENC. La ignorancia de tu error
la debida culpa abone.

(*Sale el* CONDE DE BELFLOR, *hijo de* LAURENCIO, *y* VALÓN, *de camino.*)

CONDE.

Deme los pies, ¡oh Conde y padre amado!,
Vuecelencia (1).

LAURENCIO.

¿Qué veo, Uberto hijo?
¿Tan de repente a Lipona (2) habéis llegado?
¡La vida aumente el nuevo regocijo!

VALÓN.

Merézcalos también este criado.

---

(1) En el original dice por errata "Vuestra Alteza", tratamiento que nunca tuvieron los simples caballeros.

(2) En el original, por errata, dice "España".

LAURENCIO.

Bien venido, Valón, aunque me aflijo
de ver al Conde así. Hijo, ¿qué es esto?

CONDE.

Señor, quedemos solos.

(*Vanse los criados de* LAURENCIO.)

LAURENCIO.

Salid presto
y cerrad esas puertas.—Di: ¿qué ha sido
la causa, Conde, que de aquesta suerte
tan de priesa a mis ojos te ha traído?

CONDE.

Objetos, padre, de mi infeliz suerte.

LAURENCIO.

¿Es negocio de honor?

CONDE.

Dél ha nacido
esta quietud, que causará mi muerte.

LAURENCIO.

Vete de aquí, Valón.

CONDE.

No importa.

LAURENCIO.

Parte,
que aun el viento no había de escucharte.

VALÓN.

Tu mandato obedezco.

LAURENCIO.

Dame cuenta
de la pasión que veo en esos ojos,
Uberto. ¿Quién tu deshonor intenta?
Y quien del muerto al viento (1) los despojos,
pretende ver con miserable afrenta.
¿Quién da al sol de tu frente esos enojos,
siendo el conde Laurencio vivo hoy día
contra la noche, que la infamia cría?

Sabe la Corte, el mundo, los señores,
el Rey y los vasallos que sirviendo
a su persona están de aduladores,
sólo la envidia por manjar comiendo,
guisado con la salsa de favores,
que eres la imagen del que están diciendo
las naciones más bárbaras que es Marte,
de ado se pone el sol adonde parte.

(1) En el original dice por errata "advierto".

Saben que ya de tremolar cansado
los reales pendones de mis Reyes
aún no he perdido mi valor pasado,
temido desde aquel que guardó bueyes,
al que vive de imperios coronado,
quitando abusos y poniendo leyes.
¿Quién te ha ofendido? Di la causa luego,
que hasta saberlo, Conde, no sosiego.

CONDE.

El Rey.

LAURENCIO.

¿El Rey?

CONDE.

El Rey mi infamia ordena.

LAURENCIO.

Dime por dónde o cómo le has perdido
el respeto a Su Alteza, o te enajena
de algunas villas que del reino han sido,
y eso debe de darte, Conde, pena.

CONDE.

Una villa, señor, ha pretendido
de los tesoros que poseo llena (1).

LAURENCIO.

¿Cuál?

CONDE.

La de mi mujer.

LAURENCIO.

¿Tiene castillo
de resistencia?

CONDE.

Intenta resistillo.

Y para no cansarte con razones,
a la Condesa digo que pretende
entre dañosas, falsas intenciones;
dándome honor a mí su Troya enciende:
voilo echando de ver en ocasiones
y entre los cargos, padre, que me vende,
aunque van, como píldoras, dorados.

LAURENCIO.

¿Cargos te da?

En oficios y en estados.

De Belflor me sacó, adonde estaba,
señor, con mi hermosísima Condesa,
a quien doncella dicen que él amaba

(1) Sobra este verso para la octava; tampoco hace falta para el sentido.

como galán, y aun ella lo confiesa.
Allí llegó, diciéndome que andaba
a caza —¡ ah, cielos, qué cobarde empresa !—,
y que de un alazán había caído
sobre los brazos del marqués Leonido.
La lealtad me movió: bajé a la villa
por los médicos; vine; halléle bueno,
causando a mi sospecha maravilla,
ya recibiendo el alma algún veneno.
Esa caída vino a reducilla
en darme honor después, porque más lleno
quedase del rigor de las sospechas,
que a dar muerte a mi honor iban derechas.
Hízome en pago desto mayordomo,
porque asistiese siempre a su palacio:
dorado cargo, aunque en la ausencia plomo.
Sin permitir la diligencia a espacio
en la mudanza, hablé a mi esposa: como
al cristal de sus ojos puso lacio,
mira su loco injusto pensamiento,
aunque bien conocido ya su intento.
De Lipona (1) me ha dado el marquesado,
con la frontera de Daniel, fingiendo
que a Vueselencia en mí, señor, ha honrado,
aunque de aquesto lo contrario entiendo:
pues en los cargos todos que me ha dado
de mi amor las ofensas estoy viendo
con que a la Corte agora me ha traído,
para la Condesa y el consejo os pido,
pues la primera noche que entré en ella
en mi casa le hallé.

LAURENCIO.

¿Cómo en tu casa?
¿Con la Condesa?

CONDE.

No, porque es estrella
que los rayos de honor aun del sol pasa;
mas ¿quién duda, señor, que iría a vella
con el intento que su pecho abrasa?

LAURENCIO.

¿Ha habido más que aquesto?

CONDE.

No.

LAURENCIO.

¿El pretende...?
¿Sábelo Margarita?

CONDE.

Nada entiende.

(1) En el original, por errata, dice "España".

CONDE.

¿El Rey ha imaginado tu sospecha?

CONDE.

Tampoco.

CONDE.

¿De ella satisfecho vives?

CONDE.

Mi afición de su fe está satisfecha.

LAURENCIO.

Al fin aquese honor del Rey recibes,
pues, Uberto, de industria te aprovecha,
y con los celos, hijo, no te prives
de la prudencia, que en sucesos tales
es la que muestra del valor señales.
El contrario tenemos poderoso,
para su ofensa la lealtad por freno;
de suerte, Uberto, que será forzoso
para aquesto elegir un medio bueno
a tu honor, que miramos peligroso,
y sin aqueste de salud ajeno,
y sea, pues, quitar las ocasiones
el ver adónde a Margarita pones.
Si el cuerpo de tu casa vive enfermo,
sángrale de las venas de criados
si alguno de lealtad mirares hiermo,
aunque son enemigos no excusados.

CONDE.

De eso, padre y señor, seguro duermo.

LAURENCIO.

Si el Rey te aumenta oficios, te da estados,
agradécelo, Uberto, y de tal suerte,
que no advierta en tu honor, aquesto advierte.
A Su Alteza traerle has a la memoria
de mil servicios hechos por tu abuelo,
tantas nobles hazañas y vitorias
como por él gozó el húngaro suelo;
que recordando, Conde, estas historias
Su Alteza podrá ser que deje el celo
del intento que lleva, que los reyes
nunca establecen ir contra las leyes.
Del honor es el Rey vivo dechado,
el vicio es violento en su grandeza,
y así, si de razón anda acertado,
al cabo ha de volver a su nobleza;
y aquese loco frenesí acabado
es bien que eche de ver después Su Alteza,
que impidiste su amor con medio sabio
quitándole no intente así tu agravio.
Para que aquesto intentes ven, que quiero

un lienzo darte donde están pintadas
dos mil vitorias que tu abuelo fiero
a los suyos les dió por él ganadas;
y si aquesto no sale verdadero
a sus ojos, Uberto, retratadas,
envíame a llamar, que yo en la Corte
otro medio daré que más importe.
  Y desto nada entienda la Condesa,
no eche de ver que su valor limito,
porque es mujer, y aunque lealtad profesa
la privación es causa de apetito.
Ven por el lienzo, y pártete de priesa.

(*Vase el* CONDE LAURENCIO.)

CONDE.

Valón.

VALÓN.

Señor.

CONDE.

Aguarda, que ya vengo.
Sabrás el medio que a mi honor prevengo.

(*Vase el* CONDE.)

VALÓN.

  Yo aguardaré de postear cansado
para volver al ejercicio mismo
adonde de un rocín voy columpiado.
En qué confuso riguroso abismo
el Conde, mi señor, anda cercado
de celos del honor, vil parasismo,
pues ya le dan la vida, ya le matan,
que mal los celos a quien quiere tratan.

(*Sale* RUPERTO.)

RUPERTO.

Señor Valón.

VALÓN.

Ruperto, había de verte.

RUPERTO.

¿Cómo viene voacé?

VALÓN.

Hechas harina (1)
las partes que ya entiendes y a la muerte:
que es un puto el sirviente que camina
en animal trotón y silla angosta.
¿Tú cómo estás?

RUPERTO.

Como hombre a quien le anima
su estrella, que aquí vivo hecho langosta,
Valón amigo, destas soledades,
donde dicen que viven las verdades (1).
  Y es porque no hay quien mienta, que si hubiera,
fuera centro, Valón, de las mentiras.

VALÓN.

Vida que aun es para capón muy fiera.

RUPERTO.

¡Dichoso tú, que allá en la Corte miras,
de todos común patria, aunque extranjera,
ángeles, que te acuden si suspiras!

VALÓN.

A caer de un barranco y a todo hombre
si del tribu de Dan le falta el nombre.
  Angeles hay, Ruperto, más con uñas,
y buscan almas, pero son de gatos;
viejos demonios, pero meten cuñas;
mas esto sólo por sacar baratos;
galas de amigos, que aunque en vellos gruñas
sólo su mediodía son tus platos
y aunque la olla sea de tocino,
y nabos, ellos nunca beben vino.
  Hay unos bonetazos y manteos
que meten una niña de quince años
en casa entre los negros bamboleos,
por no darle al vecino desengaños;
hombres moncayos, que por verse hebreos
contra naturaleza forman baños,
y fregonas del gusto letuarios;
poetas, flaires...

RUPERTO.

El Conde.

VALÓN.

...y boticarios.

(*Sale el* CONDE *con un lienzo en la mano.*)

CONDE.

Este lienzo pondrás en tu maleta,
Valón, y vente aquí.

VALÓN.

Mi señor, vamos;

---

(1) En el original dice "ceniza", que no consuena con "camina" ni con "anima".

(1) Esta octava, que tiene nueve versos y en la que se cambia de consonante, quizá se habrá escrito de este modo:

(*Sale Ruperto.*)

RUPERTO. ¿Cómo viene voacé?
VALÓN. Hechas harina
las partes que ya entiendes y a la posta:
que es un puto el sirviente que camina, etc.

mas contra la sospecha que te inquieta,
¿llevas algún remedio?

CONDE.

Que volvamos
hoy a dormir a casa.

VALÓN.

Aquesa es treta
que todos los cristianos deseamos,
que viven como yo.

CONDE.

¡Ay, honor mío,
que no os he de perder en Dios confío!

(*Vanse. Sale* MARGARITA *y* PORCIA.)

MARGARIT. Porcia, de esta ausencia siento
que anda el Conde receloso.

PORCIA. En quien ama es muy forzoso
tener de amor fundamento.
Con los celos amor crece,
como con el sol el día.

MARGARIT. No es sino desdicha mía,
que el Conde no los merece.
El Rey ha dado en querer
emprender contra mi amor
empresas de cuyo error
hoy basilisco he de ser,
para que conozca Hungría
que haya una mujer adonde
vive el honor, y de un Conde
el justo amor que vería.

PORCIA. Antes que el alba saliese
a la posta se partió.

MARGARIT. Porcia, mi lado dejó
sin que adonde iba supiese.
Aunque él me dijo que a caza,
y para mí sus desvelos
dicen que a caza de celos.

PORCIA. Esa no falta en la plaza:
de amor jamás, mi señora,
pues siempre en ella se vende.

MARGARIT. Su inquietud sólo me ofende;
que como el alma le adora
y él vive por alma en mí,
la mayor pena y tormento
él lo pasa y yo lo siento.

PORCIA. Vuelve, si es posible, en ti,
y olvida aquese cuidado,
supuesto que a mi señor
no ofendes.

MARGARIT. De mi valor
puede vivir confiado.
Bien puede el Rey pretender,
conquistar y pelear,
que en mí contino ha de hallar
un diamante por mujer.
De áspid serán mis orejas
para escuchar a su amor,
que en pechos donde hay honor
ofenden ajenas quejas.
Bien sé yo por el camino,
Porcia, que honra al Conde tanto;
mas sorda seré a su encanto.

PORCIA. De ofensa es el Conde indigno.

MARGARIT. ¿Cómo ofendelle? Primero
que en mi noble pensamiento
a un primero movimiento
haya de intento tan fiero;
primero que a su afición
con nombre de darle palma
abra para entrar el alma
puerta a la imaginación,
verás que es la noche día,
el sol sombra, fuego el mar,
contento lo que es pesar
y tristeza el alegría.
Los polos desencajados
de su firme fundamento,
puestos en el firmamento
sus móviles mazugados (1).
Sin claridad las centellas
de los rayos voladores,
sembrado el cielo de flores
y el campo lleno de estrellas.
En un traidor confianza,
seguridad en la ofensa,
discreción en quien no piensa
y sin envidia privanza.
Que para poder hacer
verdad lo que he dicho aquí,
hija de un Duque nací
y de un Conde soy mujer.

(*Vase* MARGARITA.)

PORCIA. ¿Dónde vas?

MARGARIT. Al oratorio,
quiero recogerme un rato.

(*Sale el* MARQUÉS LEONIDO.)

LEONIDO. Ya el pensamiento es notorio

(1) La voz "mazugado" no existe en el idioma: es, por tanto, una mala lectura del texto primitivo. El sentido pide algo como "trastornados, desquiciados".

del Rey, y Porcia está aquí,
criada de la Condesa,
¿y quién podrá desta empresa
que me encarga el Rey a mí
ser el adalid mejor,
pues fuera de que él Rey es
quien obliga, el interés
vence la lealtad mayor.—
Guárdeos el cielo, señora.

PORCIA. El guarde a Vusiñoría.

LEONIDO. ¿Está en casa el Conde?

PORCIA. El día,
que en brazos mostró a la aurora
y le vino amanecer,
en el monte a caza está.

LEONIDO. ¿Y aquesta noche vendrá?

PORCIA. No dejará su mujer
sola.

LEONIDO. Muy bien lo merece
mi señora la Condesa.

PORCIA. Cortesía es que profesa
su amor, que el sol escurece.

LEONIDO. Y, Porcia, ¿podréla hablar?

PORCIA. No, señor.

LEONIDO. ¿Y si es del Rey
el recaudo? ¡Injusta ley
es vos quererlo estorbar!

PORCIA. Nada al sol de su grandeza
hay oculto, y ansí yo,
si a un Marqués dije de no,
que sí le digo a Su Alteza.

LEONIDO. Pues con éste sí os daré
lo que a mí él me ha mandado
del secreto así guardado.

PORCIA. Con callar os serviré.

LEONIDO. Pues para que empiece abrir
la puerta a la voluntad
esta cadena tomad.

PORCIA. Esa no he de recibir.

LEONIDO. ¿Por qué cosa? Es bien segura.

PORCIA. Tomar sin [antes] saber
lo que tengo de volver
en trueque, es poca cordura.
Que la mujer que es honrada
si sabe que algo recibe,
en ley de justicia vive
siempre a pagar obligada.
Y así, hasta saber primero
lo que me queréis decir
no la pienso recibir,
pues de hacerlo considero
que falto con esas sobras
a mi honor, que estatuas labra,
que aun dádivas de palabra
se deben pagar con obras.

LEONIDO. En las que ocuparos quiere
el Rey son en que sirváis,
pues la privanza gozáis
de aquesta piedra, que hiere
con nombre de Margarita
su pecho entre tal rigor,
de modo que si su amor
vuestra industria solicita
por el desdén sepultado
os dará un esposo tal,
que sea del Conde igual.

PORCIA. Que de mí se haya acordado
Su Alteza tanto agradezco,
que encarecimiento falta;
pero su empresa es muy alta
y dificultad le ofrezco.
Y así le podéis decir
que en aquesto le sirviera,
pero echo de ver que fuera
un imposible rendir.
Mi señora adora al Conde
con tanta fuerza de amor,
que no ofenderá su honor
por las riquezas que asconde
no sólo la tierra, el mar,
por los imperios del mundo,
y así que en locura fundo
lo que pretende intentar.
Fuera de que yo he nacido
en casa de mi señor
Uberto, a quien el honor
que goza sólo es debido.
Y por cuanto puede darme
no le pretendo vender,
que en esto seré mujer,
pero no en saber mudarme.

LEONIDO. Pues déjame entrar adonde
la Condesa está.

PORCIA. Ya digo
que de aquel sí me desdigo
que os dí.

LEONIDO. ¿Que aquesto responde?

PORCIA. Y así, guardando la ley
del honor del Conde y Dios,
aquel no que os dije a vos
sirva de recaudo al Rey.

LEONIDO. El callar esto os importa
como a mí el entrar allá.

PORCIA. Vuesiría no entrará.

(*Sale el* CONDE, *y pónese a escuchar.*)

CONDE. ¿Que así el honor me reporta?
¡Ah, mujer digna de fama,
yo tu lealtad premiaré!
De Lispona (1) ahora llegué:
iba a entrar, vi aquesta dama
con el Marqués, y escuchando,
receloso de mi mal,
he visto que en su leal
pecho está reverberando
con nueva vida mi honor.

LEONIDO. ¡Mucho es para una criada
que pique tanto de honrada!

PORCIA. Tengo de reina el valor.

LEONIDO. Yo tengo de entrar. Oíd,
no me perdáis el respeto,
que os lo perderé os prometo.

CONDE. Deteneos, y advertid
que aquesta mi casa es.

LEONIDO. Y como a tal la respeto.

CONDE. No se echa de ver aquí,
pues cuando de fuera vengo
casi dentro de mi cuarto,
casi en mi mesmo aposento,
os hallo con una dama
de la Condesa riñendo,
o por lo menos airado
el rostro para hacerlo.
¡Y, vive Dios, que en las casas
de los que son caballeros
como yo y que tanto estiman
el honor, que adoro y precio,
es muy poca cortesía,
y es, Marqués, no intento cuerdo
con criadas, con esclavas
tratar ni tener requiebros!
Y que sabré yo también
al que tiene atrevimiento
para perder a mi honor
así el debido respeto
matarle, porque llegando
a intentar ser de mi templo
Sansón, ninguno es infamia
el no venir a saberlo.
Y sé que de aquesto Enrique,
sabio como justiciero,
tendrá gusto, que los reyes
a las casas de sus deudos
no desean que se infamen
con locos atrevimientos,
sino que como a la suya
se respete desde lejos.
Mayormente que lo son
de Eduardos y Laurencios,
condes por quien ellos gozan
pacíficamente el cetro.
Idos de aquí, y advertid...

LEONIDO. Escuchadme: yo os confieso
que el día que con el Rey
fuí a Belflor, amor ciego
despertó a mi voluntad
con la dama que estáis viendo.
Habléla, mostróse esquiva,
animóse en mí el deseo;
vine a veros, la ocasión
me obligó hacer aquesto.—
Bien el intento ha ignorado. (*Aparte.*)
Mas que perdonéis os ruego,
que como en casa de amigo
esforcé mi atrevimiento.

CONDE. ¿Qué tengo ya que esperar
en haber oído, cielos?
Que era del Rey enviado
a su engaño diera crédito.
¡Bien ha dorado la infamia,
pensando que no lo entiendo!—
¿Y vos desto qué decís?

PORCIA. Que siempre ha hallado en mi pecho
a Porcia, y que con el nombre
las obras igualar pienso.
Verdad el Marqués ha dicho.

CONDE. Comodidad buscad luego,
que os habéis ir de mi casa.

PORCIA. Señor, advierte...

CONDE. Ya advierto
que primero faltará
mi honor en ella.

PORCIA. Obedezco.

(*Vase* PORCIA.)

CONDE. Y vos, Marqués, la merced
que me habéis de hacer os ruego
es que cuando no estuviere
en su Casa el conde Uberto
no entréis en ella mandando,
si con el poder que tengo
os puedo servir en algo,
a mi persona.

LEONIDO. Prometo
de hacer lo que me mandáis.
Adiós.

CONDE. Las manos os beso.

(*Vase el* MARQUÉS LEONIDO.)

(1) Antes le llamó "Lipona".

¿Qué más claros, ¡ay de mí!,
han de estar ya mis recelos?
Bien fingí no haber oído
lo que la estaba diciendo,
porque aunque intenta ofender
él más mi honor, sepan éstos
que aunque lo entiendo no lo oigo,
por no ofenderme entendiendo.

(*Sale* VALÓN.)

VALÓN. ¿Tras desta ausencia, señor,
has visto a tu hermoso dueño?
CONDE. He visto, Valón, aquí
del Rey más claro el intento:
con Porcia a Leonido hallé
en este mismo aposento,
persuadiéndola que fuese
desleal a mi honor, al cielo,
y que hablase a Margarita
por el Rey.
VALÓN. ¿Cómo? ¿Qué es eso?
¿Y ella qué le respondió?
CONDE. Lo que pudiera el espejo
de la lealtad mayor.
VALÓN. Al alma el juicio has vuelto.
Yo amo a Porcia, señor,
y esto con amor honesto,
dirigiendo mis cuidados
solamente a casamiento.
De Porcia pienso tener,
por vos, hijos castos, nietos,
por verlos, y si esta Porcia
no tuviese porcio el pecho
la haría porcellana
mi rigor, ¡viven los cielos!,
para que en ella cogiese
la sangre de su desvelo.
CONDE. Yo te cumpliré, Valón,
ese honroso pensamiento
libre de aquestas tormentas.
VALÓN. Darás mi piedra a su centro.

(*Salen* MARGARITA *y* PORCIA.)

MARGARIT. ¿Vos a Porcia despedís,
señor?
CONDE. Sí, porque pretendo
que nadie tenga ocasión
de entrar hasta mi aposento
diciendo que es ella causa,
o su hermosura, a lo menos.
MARGARIT. Si ella no fué sabidora
de ese impensado suceso,
¿qué debe?
CONDE. Pues si la hallara
culpada, señora, en ello,
¿no la quitara la vida?
Mal sabéis cómo profeso
leyes de honor en mi casa.
MARGARIT. Por el descuido primero
la tenéis de perdonar.
CONDE. Por vos en ella la dejo,
y por ser ella quien es.
AUSONIO. ¡Plaza!
VALÓN. El Rey viene.
CONDE. ¿Qué es esto?
¿En mi casa el Rey?

(*Sale el* REY, AUSONIO *y* CRIADOS.)

REY. ¡Conde!
CONDE. Señor, ¿tanto bien merezco?
REY. Ya que no os he visto hoy
en palacio a veros vengo.
CONDE. De Lispona vengo agora.
REY. ¿Cómo está el conde Laurencio?
CONDE. Bueno.
REY. Perdonad, Condesa,
que no he hecho lo que debo.
¿Cómo estáis?
MARGARIT. Para servir
a Vuestra Alteza.
REY. ¿Está viejo
vuestro padre?
CONDE. Aunque los años
son en él lo más, lo menos
no es el valor en serviros:
todavía aquel esfuerzo
muestra con que tantas veces
os defendió aquestos reinos.—
Trae el lienzo que te di.
VALÓN. Voy por él.

(*Vase* VALÓN.)

CONDE. Y sea presto.
REY. Fué el restaurador de Hungría
él y el Conde vuestro abuelo.
CONDE. De las vitorias, señor,
que dió vuestro padre muerto
cuando Sigismundo quiso
de aqueste nombre el tercero
Rey de Bohemia oponerse
sin acción al poder vuestro,
me dió una copia, aunque breve,
para hacer pintar un lienzo

mayor, que os quiero enseñar
porque veáis en sus hechos
lo que un Rey debe a un vasallo
leal y de tanto esfuerzo.

REY. Holgaré verlo.

(*Sale* VALÓN *con el lienzo.*)

VALÓN. Aquí está.

CONDE. Muestra.

REY. Este es el reino
(aunque dibujo sucinto)
de Hungría.

CONDE. Y éste el primero
lugar que el campo sitió,
señor, arrogante y fiero,
del bohemio Rey.

REY. Muy bien.—
Y aquese, Condesa, el puesto
del campo para mirar
desiertos mis pensamientos.

CONDE. Aquí mi abuelo Eduardo,
viendo el poder del ejército
del contrario a los cercados,
sin defensa y bastimento,
una noche, cuando el alba
rompía el pecho al silencio,
dió sobre él con diez mil hombres,
y tal estrago le hicieron,
que al Rey hizo retirar
y que levantase el cerco,
dejando solo aquel sitio
y a los cercados sin miedo.

REY. Y aquí, señora, otra noche
mis industrias os tuvieron

(*Aparte a la* CONDESA.)

cercada, fingiendo el Conde;
mas como me conocieron
vuestros rigores, de mí
huyeron a su aposento.

CONDE. Mas reforzando y curando
los heridos, se pusieron
contra el fuerte de Amías,
a quien en breve rindieron,
al cabo de cuatro días.

REY. Y de ahí nació a mi reino
la desdicha.

CONDE. Sí, señor,
porque desde aquí tuvieron
mil sucesos venturosos;
pero mirad a mi abuelo
cómo llega a Segismundo
y conciertan, cuerpo a cuerpo,
los dos campal desafío,
a este punto resolviendo
o su vuelta o la vitoria
de todos los demás pueblos
de Hungría, que al Rey seguían,
vuestro padre.

REY. Y vos el celo
con que honro a vuestro marido
mirad, y que estoy resuelto
de rendir vuestra hermosura
o morir.

CONDE. ¿Qué es esto, cielos? (*Aparte.*)
Aceptando a este partido,
mirad cómo a los encuentros
primeros, de un golpe el Conde
a Segismundo echa al suelo.

REY. Y vos ved los que le dais,
Condesa, a mi sufrimiento.

CONDE. En el suelo ya los dos,
a las espadas metieron
mano, y al son de las cajas,
que animaban los acentos
de los clarines y trompas.

REY. ¿No os enternecen mis ruegos?
¿Mis favores no os ablandan?
¡Qué!, ¿tenéis de bronce el pecho?

CONDE. ¿Diviértese Vuestra Alteza?

REY. No, Conde, no me divierto.

CONDE. Ni yo en discurrir historias
adonde mi infamia veo. (*Aparte.*)
Al fin deste desafío
se volvió el Rey a su imperio
y dejó a Hungría. Otras cosas
acerca deste suceso
están, señor, retratadas
por quien la merced merezco
que Vuestra Alteza me hace.

REY. Por ella y por vos pretendo
honraros. Venid conmigo,
Conde, que mi lado os quiero
dar en mi coche.

CONDE. Señor,
¿cuándo he de pagar aquesto?

REY. Cuando vos deis a mi amor
el justo y debido premio,
Condesa.

MARGARIT. Siempre mi esposo
vendrá, señor, a deberos.

(*Vanse, queda* VALÓN *y* PORCIA.)

VALÓN. Porcia.

PORCIA. ¿Qué dices, Valón?

VALÓN. Que en su punto anda el acuerdo
del Conde con la Condesa;
el desdén al mesmo peso
que en el Rey a dar favores.
Mas, ¿sabes lo que hay de nuevo?
PORCIA. ¿Qué?
VALÓN. El Conde mi señor,
leídos ya los procesos
de mi lealtad y mis partes,
fallando que soy discreto
y que puedo ser Valón
de un francés o de un tudesco,
y aun calzar a su seoría
como no tenga bragueros...
PORCIA. Acaba; deja las burlas,
que tengo priesa.
VALÓN. ¿Dirélo?
PORCIA. Sí, que licencia te doy.
VALÓN. Bruto de tu casto pecho,
Géminis con tu persona,
de dos medios un entero,
el salpicón de tu hambre,
calentador de tu invierno
cuando helado esté, y al fin
participante en tu lecho.
PORCIA. Valón, yo soy la que gano.
VALÓN. Yo quien el jüicio pierdo.
PORCIA. Mas, ¿no intentó despedirme?
VALÓN. El Conde es príncipe cuerdo:
tu valor ha conocido.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. Si infierno de amor son celos,
celos y honor, todos juntos,
más penas dan que el infierno.—
Valón.
VALÓN. Señor.—Vete, Porcia.
CONDE. A mi honor importa luego
que al punto a mi padre vayas:
dile que deje al momento
a Lispona.
VALÓN. ¿Pues qué piensas
con sacar al Conde viejo
de su quietud?
CONDE. La obediencia
ha de ser sólo tu espejo,
que los criados, Valón,
nunca han de ser con sus dueños
cansados preguntadores,
sino obedientes.
VALÓN. El cielo
sosiegue tanta inquietud.
CONDE. En vano tendrá sosiego,
¡ay, Valón!, quien su esperanza
trae en las alas del viento;
la nave que entre las olas
del mar del honor inquieto
ya toca espumas de plata,
ya mil escollos soberbios.
Y al fin, quien mira en su ofensa
el poder de un rey dispuesto
por su amparo a una mujer,
ella hermosa y él discreto.

(*Vanse y sale la* CONDESA MARGARITA.)

MARGARITA.

Blancos jazmines, encarnadas rosas,
vivos retratos de mi casto pecho;
lirios donde el amor estampa ha hecho
de mis tiernas pasiones amorosas.
Decilde a las violetas más celosas
a quien mi esposo paga injusto pecho,
que no le den colores, pues sospecho
que son ciertas, cuanto en sí penosas.
Que el Rey pretende más, que en él revoco
el intento en que funda sus favores,
cuando a sólo favor por mío invoco.
Que cuanto más se hablan mis rigores
vendrá a gozar tras de su mayo loco
mi honor el fruto, y su esperanza flores.

(*Sale el* REY *solo.*)

REY. Muy bien la puerta se halló;
aquí podrás esperar,
pues me da el tiempo lugar.
MARGARIT. Una voz allí se oyó.
REY. Si tanto rigor, Condesa,
como mostráis a mi amor
no para en algún favor,
la vida del alma cesa.
Si aquí no le dais bonanza
hoy al pensamiento mío,
de mi dicha desconfío,
secaráse mi esperanza.
MARGARIT. Señor, ¿qué es esto? ¡Ay de mí!
¿En mi jardín Vuestra Alteza?
¿Quién le trae?
REY. Esa belleza.
MARGARIT. ¿Y quién le ha entrado hasta aquí?
REY. Mis pensamientos, que son
en la sutileza viento,
alas de mi atrevimiento,
encantos de mi afición,
ánimo de mi poder;

que si ablandaros procura
la Circe de esa hermosura,
que invencible suele ser...

MARGARIT. ¿Sabe que el Conde está en casa
y que puede entender esto?
¿Quién pensará que es honesto
el intento que le abrasa?
Culpará en algo mi honor.
Señor, sálgase de aquí;
mire...

REY. Yo miro.

(Va a salir el CONDE *y detiénese en viéndolos a la puerta.)*

CONDE. ¿Qué vi,
cielos?

REY. De vuestro rigor
he de llevar confianza
que ha de tener fin, Condesa,
y que mi amor desta empresa
ha de lograr su esperanza.

MARGARIT. Mire que es injusta ley
que fuerce una voluntad.

REY. Fuerza de amor no es crueldad.

MARGARIT. Es grande gusto en un Rey.

CONDE. ¿Que vea esto a mis ojos?
¿Que la lealtad me detenga,
para que acabar no venga
el fin de aquestos enojos?
Cielos, ¿qué tengo de hacer
viendo mis celos tan claros?

REY. Digo que he de importunaros
hasta poderos vencer.
Por la puerta del jardín
falsa entré aquí, que la abrieron
industrias, que siempre fueron
de cualquier intento fin.
Y hasta que resolución
vea en vuestra voluntad
no me he de ir. Decid; hablad,
que premiaréis mi afición.
Mirad que mi amor merece,
no por vos, por su nobleza,
saber de vuestra belleza,
que la crueldad escurece
dones de tan alta estima
como los que enriquecéis.
¿No me habláis? ¿Qué respondéis,
Condesa, señora mía? (1)
Consultado con amor
el bien que me habéis de dar,
sin que pueda voto dar
el fiscal de vuestro honor.
Mi afición echad de ver,
que es la que información da;
testigo es mi pena ya.

CONDE. No lo consultes, mujer. *(Aparte.)*
Mira que es pleito de honor
y es más antiguo en tu sala,
y que esa ley no se iguala
en las leyes del amor.
Y que temo que esa ley,
aunque en su bien es oculta,
ya muy mal se dificulta
cuando es en favor de un rey.

REY. ¿Qué dices?

MARGARIT. Digo que en vano
tal intenta Vuestra Alteza,
y advierta que la nobleza
del Conde ofende, y es llano
que en mi pecho no ha de haber
más, señor, de lo que ha visto:
yo amo al Conde.

REY. Yo conquisto,
que soy Rey.

MARGARIT. Y yo mujer
determinada.

REY. ¿Qué importa
contra mi fuerza?

MARGARIT. Esa ya
no es cordura.

REY. Sí será
donde el remedio se acorta.

MARGARIT. ¡Ah, señor!

REY. Amor es ciego.

MARGARIT. Vence el honor.

REY. Es en vano:
besar tengo...

MARGARIT. ¿Qué?

REY. La mano..

MARGARIT. Si podéis.

REY. Podrá mi fuego.

MARGARIT. ¡Llamaré!

CONDE. ¿Tal se consiente?

REY. Ya, Condesa, la besé.

MARGARIT. Con ésta la cortaré.

(Quítale al REY *la daga y quiere cortar la mano besada; llega el* CONDE, *quítale la daga y ella, turbada, y casi caída, tiénela el* CONDE *con la otra mano, y el* REY *se queda derecho.)*

CONDE. No te la cortes, detente.
¿Qué es esto? Condesa amada,

(1) No consuena "mía" con "estima". Quizá el autor escribió "prima" y no "mía".

¿con quién a solas habláis?

(MARGARITA, *toda turbada.*)

MARGARIT. Ya lo veis, pues lo miráis.
Esta escultura extremada
os ha metido el poder,
señor, en vuestro jardín,
que por mí pretenden fin
a su fuente enriquecer,
aunque desea manchalla
el agua con tal favor;
pero el caudal de mi honor
tiene poder de anegalla.

CONDE. Muy gran semejanza tiene
con la persona real.

MARGARIT. Y así, Conde, como a tal
conservarla nos conviene.
Bien sé que en esta ocasión
que al presente a mirar llego
imita al caballo griego;
mas no seáis vos Sinón.
No porque desta escultura
no podéis ser bien igual,
mas porque en conquista tal
vuestra Troya está segura.
Y así, teniendo a esto cuenta,
no ofendáis a su valor,
si no por lo que es, señor,
por lo que al fin representa;
sirviendo esta daga aquí,
cuando por señal la gano,
de lealtad en vuestra mano,
de satisfación en mí.

(*Vase* MARGARITA.)

CONDE. Si del Rey estampa es
y está con él avenido,
volverla donde ha salido
es mi mayor interés.
Pero decilde primero,
si os viéredes con Su Alteza,
que no imite en la dureza
su corazón vuestro acero.
No sea, podéis decir,
rayo ardiente su violencia,
que donde halla resistencia
allí intenta más herir.
Que sepa guardar la ley
y honra de un noble vasallo,
pues sólo a este intento hallo
que le hizo el cielo Rey.
Y decilde que el señor
que a mí me ha dado fingido
y hasta aquí estimado ha sido
que dél vuelva a su señor.
Que ni le estimo ni quiero,
porque su mayor blasón
es el dar satisfación,
y en ella mi infamia espero.
Y decid que no se fíe
en que es Rey, daga también
que en otro no estará bien,
ya que de mí la confíe.
Pues cuando gobiernan tales
intentos pechos de Reyes,
la razón deroga leyes
y trueca los más leales.
Que los cargos que me dió
le vuelve en vos mi lealtad;
mas en vuestra vaina entrad,
que harto le he dicho yo.

(*Va el* CONDE *a envainar la daga del* REY *y él vuelve las espaldas y se va poco a poco, muy tieso.*)

No me dió a hacerlo lugar:
fuése. ¡Ay, edad mal madura!

REY. Bien con nombre de escultura
he cumplido con callar.

CONDE. ¿Qué hay que guardar más, honor,
cuando he mirado, ¡ay de mí!,
a un Rey tan dispuesto aquí
en ofender mi valor?
¿Qué medio será mejor
para no veros perdido:
fingir que no le he entendido
o declarar que lo sé?
Pero no, yo callaré,
sin ser de nadie sentido.
Y si desto resucita
murmuración en las lenguas,
y de callar estas menguas
mudanzas en Margarita,
a quien con callar imita
a la infamia, pues hablemos;
mas ¡ay!, que de los extremos
lo que es nada suele ser.
Y así, pues es mi mujer
ejemplo de honor, callemos.

(*Salen el* MARQUÉS LEONIDO *y* AUSONIO.)

LEONIDO. Teneos, Conde.

CONDE. ¿A quién?

LEONIDO. A mí,
por el Rey, y dad la espada.

CONDE. La espada, darla me agrada;
pero a qué causa decí:
¿voy preso?

LEONIDO. Pienso que sí.

CONDE. Pues ya darla no profeso.

LEONIDO. ¿Por qué?

CONDE. Porque con exceso
la pedís.

LEONIDO. Conde, mirá...

CONDE. Miro que ella no se da
sino al Rey, si voy preso.

LEONIDO. Yo soy del Rey enviado
y me la habéis de entregar,
porque al Rey la he de llevar,
a quien habéis enojado.

CONDE. A ir preso estoy obligado,
obedeciendo a Su Alteza;
pero de vuestra bajeza...

LEONIDO. La bajeza habrá nacido
de vos, que en vos habrá sido
más propia naturaleza.

CONDE. Id con Dios, que yo me iré
preso donde el Rey mandare.

LEONIDO. No cumpliré si os dejare
con las leyes de mi fe.

AUSONIO. La espada, Conde, le dé
al Marqués vusiñoría,
que eso es ya descortesía.

CONDE. ¡Oh, sois los dos muy leales!
Mas mi espada, en hechos tales,
sólo de mí se confía.

LEONIDO. Yo soy Marqués de Liona.

AUSONIO. Y yo, Conde, un caballero,
que más que título espero
del Rey.

CONDE. ¡Su Alteza se abona!

AUSONIO. Y sé que por mi persona
a vos espero igualar.

LEONIDO. Yo también os puedo honrar,
conde Uberto, y si advertís...

(*Salen el* CONDE LAURENCIO *y* VALÓN.)

LAURENC. Responderé que mentís,
por lo que escuché al entrar.

CONDE. ¡Padre y señor!

LAURENC. ¿Qué es aquesto?

CONDE. Mándame prender el Rey.

LAURENC. ¿Has ido contra su ley
en algo?

LEONIDO. Este mesmo puesto
dirá si fué intento honesto
verle la daga en la mano
contra el Rey.

CONDE. Con ella gano
más lealtad, padre y señor.

LAURENC. Para agora es el valor.

CONDE. Que os sabe imitar es llano.

LAURENC. Andad y partid de aquí:
decid al Rey que yo soy
el que por el Conde voy
preso.

LEONIDO. Harémoslo así;
mas desta ofensa advertí
que la venganza ha de ver.

LAURENC. Conde, ¿de qué pudo ser
aquesto?

CONDE. Haberse trocado
en odio, por ser yo honrado,
la honra por la mujer.

ACTO TERCERO

DE LA HONRA POR LA MUJER.

(*Salen el* REY, AUSONIO *y* LEONIDO.)

REY. ¿Que con tal resolución
os habló el conde Laurencio? (1)

LEONIDO. Sí, señor.

REY. Verá que venzo
el mundo en esta ocasión.
Y ha sido inclinación
el llamar a la belleza
de aquesta piedra, en firmeza
más que el diamante y rubí;
el arte vencerá en mí
la mesma naturaleza.

AUSONIO. De aquesta suerte estorbó
el haber a Uberto preso,
como he dicho.

REY. Fué un exceso.

LEONIDO. Señor, no le culpo yo (2),
el paternal sentimiento
esfuerza un atrevimiento;
mas culpo la humanidad
en que Vuestra Majestad
le deja lograr su intento.

AUSONIO. ¿Un vasallo ha de oponerse
contra el mandado de un rey,
y atropellando la ley,
de leal querer hacerse

(1) El consonante pide aquí que se diga "Lorenzo", y quizás así lo escribiría el autor.
(2) Falta un verso a esta quintilla.

señor?

LEONIDO. Si esto viene a verse,
famoso Enrique, en Hungría,
en tu corona otro día
se pondrá con falso intento.

REY. Castigaré su osadía (1).
Al Conde pondré en prisión;
y si hasta aquí le honré
con el intento que ve
hoy vuestra justa pasión,
prosiguiendo en mi intención
lo llegaré a tal estado,
que si el verse tan honrado
no ha obligado a la Condesa,
si tenerle amor profesa
le obligue menos privado.

LEONIDO. Muy bien sé que aquesto importa
para ablandarla más bien.

AUSONIO. Y es seguir a su desdén
lo pasos de nieve corta (2),
pues el freno que reporta
su amor, es el ver, señor,
el Conde con tanto honor:
porque cualquiera mujer
mientras tiene que perder
más, es más grave el temor.

REY. Haced la guarda juntar.

LEONIDO. El conde Laurencio viene.

REY. Que os salgáis de aquí conviene,
que solo le quiero hablar.

LEONIDO. No des, gran señor, lugar
a sus disculpas, pues son
todas con falsa razón.

REY. Antes le reprenderé
sus yerros que admitiré
ninguna satisfación.

LEONIDO. Desde aquí escuchar podremos,
Ausonio, nuestra venganza,
que por Su Alteza se alcanza
hoy con más gusto veremos.

AUSONIO. Repréndale los extremos
en los cuales da este viejo,
arrogante y sin consejo.

LEONIDO. Por esperar en la ley
que suele tenerme el Rey
solo en sus manos le dejo.

(*Vanse y sale* LAURENCIO.)

LAURENC. Tras de besar vuestros pies
con la lealtad que es razón,
vengo a dar de la prisión
del Conde mi hijo, que es
la causa, señor, después
las llaves a Vuestra Alteza:
éstas son de su nobleza
guardas, y el alcaide yo;
para castigarle o no,
es el juez vuestra grandeza.

REY. Levantaos, Conde, del suelo
y seáis muy bien venido.

LAURENC. Mucho mejor recibido
pensó ser de vos mi celo.

REY. Que no pudiera recelo
serlo mi padre mejor
de mí, y porque deste amor
la fineza conozcáis,
Duque de Urbino os alzáis.

LAURENC. Yo os beso los pies, señor.

REY. Bien sé que estáis retirado;
vuestra casa a Uberto dais
más honor con este estado.

LAURENC. El Conde se estaba honrado
con ser Conde de Belflor,
y pues solo estáis, señor,
ojalá no lo trujera
Vuestra Alteza, que él tuviera
menos oro y más honor.
El nuevo título estimo,
porque sé que me le dais
sin la pensión que esperáis,
Rey, del Conde vuestro primo,
por las heridas que imprimo,
señor, en aqueste pecho.
Duque agora me habéis hecho:
ya el cetro que en vos mora
por ellas pudiera agora
tener acción y derecho.
Miraldas bien, que son dadas
vuestros reinos defendiendo,
a vuestros padres sirviendo,
sujetando ondas airadas;
con ser Duque están premiadas.
Y así, en aquesta impresa
que tan gran honra interesa,
ellas solamente son
las que dan satisfación,
que yo no tengo Condesa.

REY. ¿Qué en eso queréis decir?

LAURENC. Lo que intentáis vos callar,
lo que me pudo obligar
hoy de Lispona a venir,

(1) Falta otro verso a esta quintilla.
(2) Este verso está alterado.

desto podéis colegir.
Si por no haberlo oído,
señor, no he sido entendido,
cuando la razón me obliga
sólo aquesta daga os diga
lo que decir he querido.

REY. Menos agora os entiendo.

LAURENC. Hablemos claro, señor,
que aunque acordando mi honor
aquestas cosas ofendo.

REY. Tened, que ya voy cayendo
por vuestro valor extraño,
como lo voy de mi engaño
en lo que decir queréis;
pero en mí sé que veréis
hoy un noble desengaño.
Confieso que una pasión
pudo a la razón cegar,
las leyes atropellar
de mi justa obligación;
mas tras desta confusión
la luz de aquella mujer,
que al sol puede escurecer,
tanto alumbró mi sentido,
que a error más conocido
puede, Duque, amanecer.
Seguro vivir podéis
de aquesta cierta verdad,
si una loca voluntad
da la inquietud que traéis,
fué causa que honrado veis
por ella, Laurencio, al Conde,
otro en mi pecho se asconde
y de intentos más perfetos,
que aunque iguales los secretos
contraria le corresponde.
Preso está Uberto; mas yo,
que al fin prender le mandé,
la libertad le daré,
pues luz la razón me dió.
Y porque entendáis que no
son aquestos cumplimientos,
sino muy firmes intentos
de no pensarle ofender,
hoy le habéis de echar de ver
si escucháis mis pensamientos.

LAURENC. Decid.

REY. La Reina he tenido
nueva que en Florencia ha entrado:
lo que había dilatado
su entrada aquí; mas yo os pido,
Duque, desto arrepentido,
que os partáis, y con Ursino
apresuréis su camino,
porque hoy pretendo casarme
y con hacerlo quietarme,
que en esto me determino
más en mi culpa y mi yerro,
y perdonéis el destierro
del gusto que en vos traéis.

LAURENC. Vos, señor, la razón veis.
Luego partiré de aquí
a serviros, que nací
con esas obligaciones.

REY. Y dicen esas razones
que hay grande mudanza en mí.
No me habléis más en aquesto.

LAURENC. Alegre parto, señor,
de ver que tan gran valor
en vuestros años ha puesto
el cielo.

REY. Si no fuese esto
el intento con que honré
a mi primo, hoy mostraré
mudanza en un mesmo intento.

LAURENC. Enrique, siempre violento
el vicio en los reyes fué.

REY. Id con Dios, y aquesta carta
lo que habéis de hacer os diga.

LAURENC. Hoy Vuestra Alteza me obliga
a que muy contento parta.

REY. Yo quedo con pena harta,
Duque, de haber intentado
cosa que tan mal me ha estado.

LAURENC. Durmió el Rey entre su error;
mas volviendo en su valor,
su sangre le ha despertado.

(*Vase; salen* LEONIDO *y* AUSONIO.)

LEONIDO. ¡Qué notable reprensión
le dió el Conde a Vuestra Alteza!

REY. ¿Qué os parece?

AUSONIO. La aspereza
con que en aquesta ocasión
le has tratado, algún Nerón
sólo la podrá imitar.

REY. ¡Muy bien le habéis visto honrar!

LEONIDO. Duque le has hecho, señor.

REY. Pues, Leonido, aquese honor
la Condesa da lugar.

LEONIDO. Si ha sido con ese intento
el ausentarle, has andado
cuerdo.

REY. Por ella le he honrado;

ella sola es fundamento.

AUSONIO. Lograrás tu pensamiento;
que el ausente, preso el Conde,
aunque no se corresponde,
ablandará a Margarita.

REY. ¡Mal sabes lo que me incita
y el celo que en mí se esconde!
Digo que tenéis razón;
en casa el Conde vení,
que en sacándole de allí
le he de dar nueva pasión.

LEONIDO. Sin duda tiene intención (1)
con eso el Rey de vencer.

REY. La honra por la mujer,
los que me han aconsejado,
aunque a intento más honrado,
siempre en el Conde han de ver.

(*Vanse y sale el* CONDE, *preso, y* MARGARITA *con él; viene escuchando lo que cantan.*)

Cantan.

"El magno rey don Alfonso
de Castilla y de León
vió en unas fiestas un día
a la hermosa doña Sol,
sangre del conde don Nuño,
en España la mejor.
Y la luz de su hermosura
encamina su afición."

CONDE. ¡Ya mi desdicha miráis!

MARGARIT. Cadena en vuestros pies veo,
y sus hierros, Conde, son
sólo los que en tal pasión
cautivan a mi deseo.
Vuestro padre se ha partido
por la Reina, Conde amado;
en brazos os ha dejado
del Rey, ¡crueldad ha sido!
No sé qué tenéis de hacer.

CONDE. Siendo vos quien sois, señora,
sólo aguardar preso ahora
lo que ordene su poder.
Que pues mi padre se fué,
quizá culpado me halló.

MARGARIT. ¡Ay, mi bien, qué os amo yo!

CONDE. Margarita, ¿y qué diré?

MARGARIT. Vos solo vivís en mí.

CONDE. Y conmigo vivís vos.

MARGARIT. ¿Quién el alma de los dos?

CONDE. ¿No es amor?

MARGARIT. ¿Y el mío?

CONDE. Sí.

PORCIA. ¡Qué gran fuerza de afición!

(*Salen el* REY, LEONIDO *y* AUSONIO.)

LEONIDO. ¡Bueno es darte de la puerta
las llaves y hallarla abierta!

AUSONIO. El Conde y su esposa son.

REY. ¿Quién estas puertas abrió
sin mi licencia, Condesa?

MARGARIT. Quien tenerle amor profesa
al preso, gran señor: yo.

REY. Pues llevándome la llave
el conde Laurencio a mí,
tras de haberle dado aquí
una prisión tan suave,
¿hay quien romperla ha podido?
Eso no ha sido razón.

MARGARIT. Fuerza ha sido de afición,
y jamás prudente ha sido.

REY. Ahora bien; Conde, venid,
que en todo pondré remedio,
dando solamente un medio
fin a estas cosas.

MARGARIT. Decid,
¿dónde al Conde me lleváis?

REY. A otra prisión.

CONDE. ¡A la muerte
me llevan de aquesta suerte!
Mas pues de mí os apartáis,
o nos aparta el poder,
mirad por mi honor, señora,
y mi muerte no sea ahora
instrumento de vencer.
Y pues por ser vos hermosa
a morir voy condenado,
sufrid porque sea honrado
dos mil muertes vos, esposa.

MARGARIT. No tengáis miedo que tal
rigor vea mi esperanza.

CONDE. ¡Ay, Condesa, esta mudanza
efectos son deste mal!

MARGARIT. Señor, mirad lo que hacéis,
y que siempre al Conde honrasteis.

REY. La daga que me quitasteis
en lo que para veréis.

PORCIA. "La daga que me quitasteis
en lo que para veréis",

(*Vanse; quedan* MARGARITA *y* PORCIA.)

te dijo el Rey al salir.

MARGARIT. Ya sé lo que dijo el Rey.

(1) En el original, por errata, "entendido".

Ya sé, Porcia, que a morir
va mi esposo, y muy bien sé
que si él muere yo la vida
vengo a perderla también.

PORCIA. ¡No será de aquesa suerte!

MARGARIT. Antes sí tiene de ser,
porque el rigor del cuchillo
levanta de su desdén.

PORCIA. Esa es imaginación.

MARGARIT. ¡Porcia, Porcia, verdad es;
no lo niegues, pues lo siento
y aniquilo!

PORCIA. ¿Tú? ¿Por qué?

MARGARIT. Si soy el alma del Conde,
ven acá, ¿no echas de ver
que he de sentir el herir
lo mesmo que siente él?
Ya va entrando en el palacio
y ya el cadalso se ve,
donde la muerte le espera,
flaca y amarilla tez.
¿No lo ves todo enlutado,
donde las hachas se ven
arder, aunque muerto vive
el que las manda encender?
Ya las campanillas suenan;
pero el pregonero, que es
sin justicia aquesta muerte,
y así se calla el porqué.

PORCIA. Sólo veo que te cansas,
señora.

MARGARIT. ¡Mira, mira el cordel
con que al Conde atan las manos!
Pero no he acertado bien,
que es un listón, y aunque azul,
sí el porqué quiere saber:
porque es color de celosos
y le hacen el cargo en él.
Ya le mandan que se quite
el cuello, y es de una vez;
así se va desnudando,
sólo por obedecer.

PORCIA. ¿Qué haces? No adviertas más.

MARGARIT. ¿Qué he de advertir? ¿Ya no ves
cómo se echa en el estrado?

PORCIA. El juicio ha de perder.

MARGARIT. Ya el verdugo alza la mano
y ya le dió; mas de aquel
golpe, como era mitad
suya de mi pecho fiel,
nos dió la muerte a los dos,
y así yo soy muerta, ten;
saldrá el alma; ya ha salido.

PORCIA. ¡Cierta su locura es!
¿Muerta estás, señora? Advierte...

MARGARIT. Tú discreta solías ser.

PORCIA. ¿Por qué lo dices ahora?

MARGARIT. Por tu pregunta. Si ves
que estoy en el otro mundo
y que ya el cuerpo dejé,
¿no es necedad preguntar
si está muerta una mujer?
muerta estoy, pues murió el Conde;
ya al purgatorio llegué
de amor: éstas son las puertas.

PORCIA. Pues aguarda, llamaré.
¡Ah de casa! ¡Ah de allá dentro!
¿No responden?

MARGARIT. Otra vez
llama.

PORCIA. ¡Ah de allá!

(*Sale* VALÓN.)

VALÓN. ¿Qué es aquesto?

PORCIA. ¡Ay, Valón!, ¿qué puede ser?
¡Desdichas!

VALÓN. ¿Qué?

PORCIA. Mi señora
loca está viendo que el Rey
ha sacado de aquí al Conde:
dice que está muerta.

VALÓN. ¿Y bien?

PORCIA. Que aqueste es el purgatorio
de amor; que ha de entrar en él
a purgar no haber tenido
celos.

VALÓN. ¿Quién puede creer
tal desgracia en tal virtud?
Lo que importa es conceder
en todo lo que dijere,
que así se podrá vencer
a su loco frenesí.

(*Llaman.*)

(*Vase* VALÓN *y responde dentro.*)

PORCIA. ¡Ah de allá!

VALÓN. ¿Quién es?

MARGARIT. La Condesa de Belflor.

VALÓN. ¿La Condesa? ¿Pues ayer
no la dejé yo en el mundo?

PORCIA. Sí; mas ya murió.

VALÓN. ¿De qué?

MARGARIT. De haber muerto su marido.

VALÓN. ¡Notable amor de mujer!

Pocas mueren de ese mal;
mas como en el mundo es
culpa, lo vendrá a penar.
Ya abro.

MARGARIT. Luego ha de ser.

PORCIA. Aquí es portero Valón.

(*Sale* VALÓN.)

VALÓN. Y el que le da el parabién
de su venida a Vusía.

MARGARIT. ¿Acá estáis?

VALÓN. ¿Pues no lo veis?

MARGARIT. Valón, pues que sois la guía,
decid: ¿no me enseñaréis
las penas de cada amante?
Que allí hay calderas de pez
donde deben de penar.

VALÓN. Los que aman por interés.

MARGARIT. ¿Qué de ellos son, Valón?

VALÓN. No habrá en el mundo papel
en que se escriba.

MARGARIT. Entremos,
y guiadme a mi cuartel.

VALÓN. Dadme, señora, la mano,
que lo que mandáis haré,
y entrad; pero sea con tiento,
que estas hileras que veis
son de almas que están penando
y temo que las piséis.

MARGARIT. Vamos andando pasito.

VALÓN. ¡Ay, no la pisan!

MARGARIT. ¿Qué fué?

VALÓN. Una viuda melindrosa,
que estando della diez pies
se queja que la pisamos.

MARGARIT. ¿Por qué pena ésa?

VALÓN. ¿Por qué?
¿No es harta culpa melindre,
y harto cargo no es
haber tenido en el mundo
de pasión la primer tez
y lo demás de aleluya
en llegando a anochecer?

MARGARIT. Sí, por cierto; pero pasa.
Di, ¿quién es éste?

VALÓN. ¿Quién es?
Un boquirrubio galán.

MARGARIT. ¿Por qué desnudo se ve?

VALÓN. Porque se dejó quitar
las plumas de una mujer.

MARGARIT. Si quiso bien, disculpado
está ya. Aquélla, ¿quién es?

VALÓN. La que le peló.

MARGARIT. ¿Y qué pena
allí le dan?

VALÓN. Poca, a fe:
sólo que le esté mirando
y viendo su desnudez;
ella coma y el ayune,
y se esté riendo dél.

MARGARIT. ¡Aquesa es gran injusticia!

VALÓN. Usase así en este mes.

MARGARIT. Vamos marchando adelante.

VALÓN. ¡Tu, tu, tu, tu!

MARGARIT. Detén.
¿Qué trompeta es ésta, di?

VALÓN. La del juicio.

MARGARIT. ¿De quién?

VALÓN. De uno que le perdió amando
a una mujer; ajedrez
do caben tantos peones.

MARGARIT. Necio y confiado fué.
¿Por qué le está aquel amante
el alma royendo un pez?

VALÓN. Amaba una tabernera
sólo por el interés,
y hallóle un día en el vino.

MARGARIT. ¿En el vino?

VALÓN. Y está bien,
porque como ella lo aguaba
estaba en su centro el pez.

MARGARIT. Guía hacia acá los casados.

VALÓN. Penando hay de tres en tres.

MARGARIT. ¿Qué culpa?

VALÓN. ¿No lo es casarse?

MARGARIT. No, porque yo me hallé
muy bien en aquese estado.

VALÓN. ¡Oh, tú tenías qué comer!
Este que mirando estás
en todo distinto es,
que era pobre y lo buscaba,
y era fea su mujer.

PORCIA. Margarita.

MARGARIT. ¿Quién por mí
te ha preguntado?

VALÓN. ¡Ah, mi bien!
Es el Conde, mi señor,
bien le debes conocer.

MARGARIT. ¿El Conde entre estos establos?
Y di, ¿quién viene con él?

VALÓN. El honor, que le acompaña.

MARGARIT. ¿Por qué, di?

VALÓN. Por ser quien fué
la Condesa.

MARGARIT. ¿Aquí está el Conde?
¡Alto!, llega a su cuartel.
Pero no le veo yo.

VALÓN. Ni yo de lo que tú ves
veo; mas, ¿de qué te cansas?
El Conde ha dado en correr
diciendo que tú estás loca.

MARGARIT. ¿Loca yo? Tras él iré;
y sé que aunque es bien ligero
que no se me ha de ir por pies.
Para que me aguarde, dile
que tras de mí viene el Rey,
que a fe que vuelva a librarme
aunque más penando esté.
Déjame, que si voy luego
es fuerza alcanzalle.

VALÓN. Ven,
ensillaréte un caballo.

MARGARIT. ¡Necedad! No es menester.
Donde están mis pensamientos
con ellos le seguiré,
hasta que sepa mi esposo
que si el honor va con él,
su persona acompañando,
es la causa su mujer.

(*Vase la* CONDESA.)

PORCIA. ¡Ay, Valón! ¿Quién hay que crea
tal desdicha? ¡Ella se fué!

VALÓN. Yo parto avisalle al Conde.
¡Quiera Dios que pare en bien!

(*Vanse; salen la* REINA ROSAURA *con acompañamiento,* URSINO *y* LAURENCIO.)

ROSAURA.

Más con vuestra venida
que con la fiesta que a mi entrada ha hecho
Florena agradecida,
queda mi honor, ¡oh, Duque!, satisfecho;
pues ha en nubes llegado
el de mi esposo, aunque está eclipsado.

LAURENCIO.

El haber detenido
en la Corte la entrada Vuestra Alteza
no sin misterio ha sido,
pues pareciendo a Enrique la grandeza
corta en que os recibía,
hasta aumentarla dilató este día.

ROSAURA.

Con sólo ver sus ojos
perdonara las fiestas, Duque amigo,
y huyeran los enojos,
de quien ha sido Urbino buen testigo,
tenido dulce calma,
sosiego el gusto, sin razón el alma.
Venir de Ingalaterra
hecha lince del alma mi esperanza,
y en llegando a esta tierra,
donde esperaba tras del mal bonanza,
vino orden que mandaba
que dilatase lo que más amaba.
Sospechas engendraron
del poco amor de Enrique.

LAURENCIO.

Las sospechas
vuestro amor engañaron,
y en nada han sido a la verdad derechas,
la causa os he contado.

ROSAURA.

Yo lo quiero creer, que es acertado,
pues lo demás no importa.

LAURENCIO.

A mi sosiego Vuestra Alteza crea,
que Enrique no reporta
otra cosa ninguna; que desea
celebrar su venida
por alma sola de su mesma vida.

ROSAURA.

Pagará los deseos
con que a ser su mujer, Duque, he venido.

URSINO.

Esos son los trofeos
que en las glorias de amor habrá tenido,
con mayores extremos
pagando su afición.

ROSAURA.

Adentro entremos.

(*Vase la* REINA *y sale* VALÓN.)

VALÓN.

Tres caballos he muerto,
y aun yo lo vengo de sufrir sus pasos
hasta verme en el puerto
de tus ojos, señor, a quien escasos
que no sean les pido
en remediar a mi señor.

LAURENCIO.

¿Qué ha sido?

VALÓN.

El Rey a su palacio
preso al Conde llevó de casa, adonde
dicen que en breve espacio
verás la muerte de tu hijo el Conde.
Vengo a esto solamente,
pon a tu honor el medio conveniente.

URSINO.

¿Qué cometió Uberto?

LAURENCIO.

Por defender su honor.

URSINO.

¿Es la Condesa
de aqueste desconcierto
causa, por suerte, di?

LAURENCIO.

Su fe profesa
ser de ese tronco rama.

URSINO.

¿Nuestras cosas así Su Alteza infama?

LAURENCIO.

El Rey la ha pretendido,
y ella le resistió con valor tanto,
que a sus quejas ha sido
lo que el áspid al riguroso encanto.
Con ese pensamiento
al Conde ha honrado, aunque tirano intento.
Reprendí a Su Alteza
en secreto estas cosas, y él me dijo,
hablando con llaneza,
dejaría el intento y a mi hijo
el honor guardaría.
Mas fué su fe de griego y voz de arpía.

URSINO.

Luego de aquí partamos.

LAURENCIO.

No, Duque; a nuestra Reina llevaremos;
pero luego escribamos
a nuestros deudos den a estos extremos
si pueden tregua, Ursino,
mientras vemos el fin deste camino.

(Vanse; queda VALÓN, *y sale la* REINA.)

ROSAURA. ¡Ah, caballero!
VALÓN. Señora,
mi nombre me habéis llamado.
ROSAURA. Si con eso os he obligado
y con ser mujer ahora,
una cosa, amigo, os pido
que me digáis.
VALÓN. Sí haré
como os importe.
ROSAURA. ¿Quién fué
esa dama que ha querido
el Rey, que deste aposento
a lo que venís oí?
VALÓN. Pues nos habéis visto aquí,
contároslo todo intento.
Y porque quisisteis darme
el nombre que yo más quiero,
que ando por ser caballero
y no sé por dónde entrarme;
aunque dijo un licenciado
muy discreto en superiores
que andando con los señores
quedaré acaballerado,
y estar el día y la noche
llevando en mí por devisa
de perder antes la misa,
que aunque les pese su coche.
ROSAURA. ¿Quién fué, al fin?
VALÓN. Fué la Condesa
de Belflor, por quien perdido
ha andado Enrique, y ha sido
muda a su amorosa empresa.
Pero vos, ¿quién sois, señora?
ROSAURA. Una dama de Su Alteza
que posa aquí.
VALÓN. ¿Hay tal belleza?
ROSAURA. ¡Ay de mi sospecha! Ahora
ha venido a quedar cierta.—
Muy mal el Rey lo ha mirado.
VALÓN. ¡Vive Dios que no ha intentado
cosa más loca e incierta
que esto! ¿No fuera mejor
que de su Reina gozara
y que lo ajeno dejara,
y más a do hay tanto honor?
Pero si os he parecido
bien, dadme un favor, señora,
destos que se usan agora.
ROSAURA. ¿Y es?
VALÓN. Fingir que habéis caído
y me daréis una mano;
y cuando no me la deis
diré que me la habéis dado,
aunque mienta, que ha llegado
a ser trato lo que veis.

(*Salen* LAURENCIO *y* URSINO.)

ROSAURA. Mirad que vuestro señor
viene.

LAURENC. ¿Aquí está Vuestra Alteza?

VALÓN. ¡Culpa mi mucha agudeza!
¡La Reina es! ¿Hay tal error?
¡Si del Rey dijera mal,
qué buen lance echado había!

ROSAURA. Duque, no he de ver el día
aquí con sospecha tal.
Que hay grande daño creer;
vuestra inquietud he sabido
y por quien me ha detenido
el Rey también. Luego haced
que se apreste una litera,
que he de partirme a la Corte,
para dar en todo el corte
que conviene.

LAURENC. En vos espera
el alma que sabréis dar
sosiego en tanta pasión,
y la mucha sinrazón
de vuestro esposo enfrenar.

URSINO. Si verdad os han contado,
lo que la Condesa ha sido
ya, señora, habréis sabido.

ROSAURA. Hoy cesará su cuidado.
Por Reina vengo de Hungría,
y sus nobles han de ver
que si el Rey sabe ofender
sé yo honrarles este día.

VALÓN. De ella me iba enamorando;
mas si es la Reina, Valón,
cerramiento a tu afición,
pues Porcia me está llamando.

(*Vanse; sale el* REY, *dando muestras que se le quiere arrodillar al* CONDE. *y tiénele.*)

CONDE. Si así le dais a mi honor
tal favor, arrepentido
volved a caer, señor;
pues levantando el caído
será su fuerza mayor.
Con los cargos quedo honrado,
gloria a Dios que honor me dió,
aunque hasta aquí habéis pecado,
que si no pecarais, yo
no os hubiera perdonado.

REY. La Condesa traed aquí
y os apartad, que eso ha sido
traza para darle ansí
el juicio que ha perdido.

CONDE. ¿Cómo?

REY. Aqueste frenesí
le dió sólo de pensar
que mudando de prisión
la muerte os venía a dar;
aquesta imaginación
le hace con porfiar
que estáis muerto, y así ahora
enseñándoos a sus ojos
vivo, verá lo que ignora
y cesarán los enojos.

(*Escóndese el* CONDE; *salen la* CONDESA, PORCIA *y otras deteniéndola.*)

MARGARIT. ¿A mí, canalla traidora,
me lleváis al Rey? ¿Por qué,
si ya en otro mundo estoy
adonde reina la fe
del honor que al Conde doy
muerto, porque honrada soy?

PORCIA. Mira que te hemos traído
delante Su Alteza, tente,
para cobrar lo perdido.

MARGARIT. Bueno, sí; miren su frente
rabiando al que me ha mordido;
mal año, que en vuestra vida
os veáis vengados dél.

REY. Sosegad, prima querida.

MARGARIT. ¡Mal sosegará, cruel,
quien ve su fama ofendida!

REY. El Conde es vivo.

MARGARIT. Y notorio
que no dices la verdad,
porque allá en el Consistorio
de Amor hoy salió.

REY. Esperad.

MARGARIT. Que vive en su purgatorio,
donde son penas los celos.

REY. Y si yo vivo os le doy,
¿cesarán vuestros desvelos?

MARGARIT. ¡Ojalá!

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. Mira que estoy
aquí.

MARGARIT. ¿Qué es aquesto, cielos?

REY. En mi casa estáis, adonde
solos os quiero dejar,
Margarita, a vos y al Conde,
que quiero al paso imitar
que al del jardín corresponde,
pues en él vuestra hermosura

me hizo, Condesa, escultura;
mas yo, que imitando os voy,
al Conde con alma os doy
y de mi ofensa segura.

(*Vase el* Rey.)

Margarit. ¡Que tal han visto mis ojos!
Conde. ¡Y que tal venganza el alma!
Margarit. Loca, Conde, me he fingido.
Conde. ¿Quién?
Margarit. La honra.
Conde. ¡Notable cosa!
Margarit. Viendo que os traía el Rey
a daros prisión más larga
y que era, Conde, la muerte
por lograr sus esperanzas,
para poderle perder
el respeto si intentaba
proseguir en la conquista
que tanto su sangre infama,
me forzó a salir por loca,
y a mis criados en casa,
como habéis visto, engañé
con mil locuras extrañas.
y aun hasta a Porcia encubrí,
con gozar de mi privanza,
esta industria.
Porcia. Siempre yo
entendí que loca estaba.
Conde. ¡Oh, mujer, corona y gloria
del honor, ríndate Italia
los lauros de sus matronas;
Grecia sus invictas palmas,
pues Penelopes, Lucrecias
a tu castidad no igualan!
Margarit. Donde vive amor y honor
mil imposibles se alcanzan.

(*Sale* Conrado.)

Conrado. Que entréis los dos allá dentro
Su Alteza, señor, os manda,
que ha venido nueva agora...
Conde. ¿De qué?
Conrado. De que entra Rosaura,
la reina, a quien tantas fiestas
hoy en la Corte esperaban,
ya por palacio.
Conde. ¿Pues cómo,
sin decir a Enrique nada?
Vamos, esposa querida.

(*Vanse los dos.*)

Conrado. ¿Quién esta novedad causa?
Los dos me dicen que son;
aquesto esparce la fama:
celosa viene la Reina,
los dos Duques con pena harta;
mas ya pienso que los Reyes
entran por aquestas cuadras.

(*Tocan atabales, y salen por una puerta el* Rey *y su gente, y por la otra, la* Reina *y los* Duques Ursino *y* Laurencio.)

Rey. Tras de mil noches de pena
viene [a] amanecer el alba
de vuestros ojos, señora,
al sol de mis esperanzas.
Los nortes de Ingalaterra
con rayos de oro me abrasan,
de quien ya suyos los míos
premio en sus brazos aguardan.
Rosaura. Deténgase Vuestra Alteza.
Rey. ¿Quién es, señora, la causa
para impedirme esta gloria?
Laurenc. ¡Qué novedad tan extraña!
Rosaura. La causa, famoso Enrique,
que de tanto bien me aparta,
es que primero pretendo
que me deis vuestra palabra.
Rey. Si os he dado el alma siempre,
¿qué os podrá negar el alma?
Vuestra voluntad decid.
Rosaura. Pues ya en la Corte es tan clara
cosa el saber, aunque injusta,
que nada encubre la fama,
que una fuerza pretendéis,
en cuyas almenas altas
ha vivido el santo honor
tan solamente por guarda.
Rey. ¿Al fin me queréis decir
que deje de conquistalla?
Rosaura. Aquesa palabra os pido;
por aqueso mi jornada
ha sido tan de repente,
lleno amor de honrosas ansias.
Rey. Tened, que venís a tiempo
a pedirme eso; que (1)
mi pecho arrepentimiento,
como al Mongibelo llamas.
Y porque ya sé que Hungría
por mis locuras extrañas
está llena de esa voz,

(1) En el original impreso "ojalá", que no hace sentido ni rima.

aunque da honor a la clara
sangre que quise ofender
por la resistencia honrada
de aquella Condesa hermosa,
digna de eternas estatuas,
digo, delante de todos
los nobles que me acompañan,
que es verdad que pretendí
su hermosura soberana.
Que al Conde traje a mi Corte,
dándole oficio en mi casa
y otras honras, con intento
de ofender su esposa casta.
Pero que viendo que ha sido
a mis promesas montaña,
me amaneció la razón
tras de una noche tan larga;
y que olvidando pasiones
que los verdes años causan,
pudo el arrepentimiento
tanto en mí, que en esta sala,
a los pies del Conde, hoy
le pedí perdón, que basta
en un Rey tanta humildad
cuando se engendra del alma.

LAURENC. Pues cómo, ¿le tenéis preso?

REY. Eso no, Duque; su casa
dejó para verse libre,
y porque veáis más clara
esta verdad, y que ya
de desengañaros trata,
aquí está con la Condesa,
de cuyas manos aguarda
que se coronen los Reyes
de Hungría.

(Tírase una cortina y aparécense debajo del dosel el CONDE *y la* CONDESA, *cada uno con una corona en las manos.)*

CONDE. Llega a tomarlas.

LEONIDO. Engañado nos ha el Rey.

ROSAURA. Agora sí que os abraza
Rosaura, invicto señor.

LAURENC. Siempre de Enrique esperaba
esto.

VALÓN. El temor me engañó,
que siempre el temor me engaña,
para llevaros la nueva.

MARGARIT. Llegad, hermosa Rosaura.

REY. Antes, Leonido y Ausonio,
que en parte habéis sido causa
de mi locura, ofreciendo
para esta conquista trazas,
llegad a los pies del Conde,
que pues se humilló a sus plantas
un Rey, no tendréis los dos
hoy por afrenta el besarlas.

LEONIDO. ¡Bien lo habemos merecido!

CONDE. A los dos el Conde abraza.

REY. Lleguemos por las coronas.

ROSAURA. Antes tiene de gozarla
que nosotros su cabello,
por mis manos.

LAURENC. ¡Gran hazaña!

(Toma la REINA *la corona a la* CONDESA *y pónesela en la cabeza.)*

ROSAURA. Hoy por reina del honor
vuestras frentes coronadas
queden.

(Quítase la corona la CONDESA *y pónesela a la* REINA.)

MARGARIT. Y yo agora a Vuestra Alteza,
hermosa y bella Rosaura,
lo que me ha dado le vuelvo,
por indigna de honor tanta.

(Han estado haciendo lo mesmo el REY *y el* CONDE *entretanto.)*

CONDE. Como yo al Rey mi señor.

REY. Entremos donde mañana
en nuestras bodas seréis
los dos padrinos.

LAURENC. No basta
para agradecer tal honra
nuestras fuerzas.

VALÓN. ¡Porcia amada,
ya se logró nuestro día!

PORCIA. ¡Mi Valón, tuya es el alma!

URSINO. ¡Plaza de aquí a Su Alteza!

ROSAURA. Venid, Condesa gallarda.

REY. Mi lado, Conde, ocupad,
que toda esta honra alcanza
vuestro honor por la mujer.

CONDE. Aquí la comedia acaba.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE
LA HONRA POR LA MUJER.

LA GRAN COMEDIA

DE

LA ILUSTRE FREGONA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

DON DIEGO, *galán*.
DON TOMÁS DE ABENDAÑO.
PEPÍN, *su criado*.
Un CORREGIDOR.
DON PEDRO, *su hijo*.
ANTONIO, *su criado*.
UN MESONERO.
COSTANZA.
INÉS.
DOÑA CLARA.
DOÑA JUANA.
DON JUAN DE ABENDAÑO.
DON DIEGO, *viejo*.
Un ESCUDERO.
Un MÚSICO.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* DON DIEGO *y* DON TOMÁS DE ABENDAÑO, *y* PEPÍN, *su criado, de camino*.)

D. TOMÁS. Dadme otra vez esos brazos.
DIEGO. Turbado, don Tomás, quedo.
D. TOMÁS. ¿De qué?
DIEGO. De ver que en Toledo
me deis tan tiernos abrazos.
Cáusame la turbación
el recelar algún daño,
que, don Tomás de Abendaño,
aquí no es sin ocasión.
Decidme: ¿qué ha sucedido
en Burgos? ¿Vos de soldado,
bizarramente adornado,
gallardamente vestido?
¿Vos dejar la patria en vano?
Sospechoso estoy, y acierto
en temer que el daño es cierto
y en pensar que el mal es llano.
D. TOMÁS. No temáis ni penséis tal,
que el venir adonde os veo
fué un voluntario deseo,
y no fué un forzoso mal.
DIEGO. Dar en la cuenta no puedo.
PEPÍN. Pues tú, señor, lo has causado,
que una flecha le has tirado
a Burgos desde Toledo.
DIEGO. ¿Yo, Pepín? El cómo ignoro.
D. TOMÁS. Decidme quién causa ha sido
el haberos detenido
en esta ciudad que adoro,
y os daré razón también
de mi venida.
DIEGO. Pues quiero
contar mi historia primero,
porque os dé gusto mi bien.
Ya sabéis como salí
de Burgos para embarcarme,
pues causa fué de mudarme
un ángel que he visto aquí.
Antes de ir a Barcelona
quise ver la Corte, y luego
vine a Toledo, que el fuego
que al más libre no perdona (1).
Entré en la iglesia Mayor,
y entre los dos coros vi
una estrella, que es aquí
hija del Corregidor.
Miréla, quedé rendido;
seguíla, quedé prendado,
de su hermosura pagado

---

(1) Queda suspenso el sentido. Faltará una redondilla o más.

y de sus ojos vencido.
En suma, anoche me habló,
que una criada ha trazado
dar remedio a mi cuidado,
que quien porfió venció.
Y para hablarnos muy llano,
sin que dé que sospechar,
quiero venir a posar
al Mesón del Sevillano.
Porque una ventana tiene
que corresponde a un balcón
donde tengo mi afición,
y a pedir de boca viene.
Pero por disimular
humillar el traje quiero,
porque hablando un caballero
luego da que sospechar.
Esto tengo concertado
con doña Clara, que ha sido
quien mi viaje ha torcido
y quien mi intento ha mudado.
Luego a mi padre escribí
una embarcación fingida;
pero a vos, como a mi vida,
razón de la verdad di.
Esta la ocasión ha sido
de que no estoy embarcado;
este mi amor y cuidado,
si mal hecho, bien sentido.
Si fuí ligero en amar,
advertid sola una cosa:
que soy hombre, y Clara hermosa,
que esto me puede excusar.

D. TOMÁS. Para conmigo, don Diego,
cualquiera excusa es bastante;
si amáis, también soy amante,
y como vos estoy ciego.
La causa que amor me ha dado
es a la vuestra inferior,
que hay diferencia en amor
de lo vivo a lo pintado.

DIEGO. De oiros me maravillo;
suspenso escuchando callo.

D. TOMÁS. No os suspendáis de escuchallo,
pues me alegro de decillo,
que sólo puede alegrarme
el referiros mi amor.

DIEGO. Su terneza o su rigor
podrá alegrarme o matarme.

D. TOMÁS. Pero decidme primero:
¿aquel retrato que a mí
me enviastes desde aquí
cúyo es?

DIEGO. Desto que infiero
en una caja os envié
un retrato tan hermoso,
que hace al propio Amor celoso.

D. TOMÁS. Muy bien su hermosura sé.

DIEGO. Es de una humilde mujer
o de un ángel soberano,
que al Mesón del Sevillano
con su presencia da ser.
No hay en toda Castilla
más honesta y más hermosa
doncella: es suprema diosa
o es octava maravilla.
Y sobre todo no hay quien
pueda decir con verdad
que habló con esta deidad,
que a todos muestra desdén.
Por esto y por su hermosura
su retrato procure,
y a Burgos os lo envié,
que no fué poca ventura.
Y en el mesón donde está
tengo de posar agora.

D. TOMÁS. En él mi bien atesora,
y mi dicha en él está.

DIEGO. Decidme ya vuestro intento;
vuestra venida contad.

D. TOMÁS. Atentamente escuchad.

DIEGO. Ya estoy, don Tomás, atento.

D. TOMÁS. Cuando dejasteis a Burgos,
don Diego, y sin vos me vi,
mil desdichas me afligieron,
cercáronme penas mil;
que la ausencia de un amigo
y tal como vos, en fin,
la puede un bronce llorar,
la puede un mármol sentir.
Pero alegróme, señor,
la carta que vos decís
que me enviasteis a Burgos,
pues cuando pensaba oír
que arábais con sesga quilla
anchos campos de zafir,
y que os recordaba al alba
dulce el sonoro clarín,
leo que estáis en Toledo
y que habéis visto a Madrid,
sin dar razón ni dar causa,
sentid qué pude sentir.
También leí que en un naipe,
un humano serafín,

me enviabais, para que vea
un milagro que hay aquí.
Abrí una caja de plata
y un ángel en ella vi:
don Diego, amigo del alma,
que os la pinte permitid,
que aunque la habéis visto vos,
lo que me pareció a mí
quiero que veáis agora,
aunque con rudo tamiz.
Tomé aquel naipe en la mano,
y todo a un tiempo, ¡ay de mí!,
miré en su cuello alabastro
y vi en su frente jazmín;
en sus mejillas mil rosas,
mezcladas con alelís;
en sus dientes un cristal,
y vi en sus labios carmín;
en sus cabellos hermosos
contemplé el oro de Ofir,
y en sus pechos cristalinos
la plata del Potosí.
Los dos arcos de sus cejas
lo son de amor, y creí
que pues matan ellos solos,
no son arcos, flechas sí.
Mas, ¿qué os digo, amigo caro,
si esta ciudad es cenit
del sol de Costanza, y es
el contrapuesto nadir?
Vos su original mirasteis,
yo su copia merecí:
¡dichoso mil veces vos,
yo mil veces infeliz!
Don Diego, vos sois mi amigo,
no os tengo que prevenir
sino que alabéis mis glorias
cuando mis penas sentís.
El retrato pasé al alma,
dentro de ella le escogí,
siendo eclíptica del sol,
que influye suerte feliz.
No os admire que el retrato
deste ángel pudiese en mí
tan dulcemente estampar,
tan tiernamente esculpir,
que ella es mármol a los ruegos,
como si pudiera oír.
yo cera, soles sus ojos,
y así le pude imprimir.
Mil veces cerrado estuve,
sólo testigo Pepín,
diciendo al retrato amores,
como si pudiera oir.
Lo que no pintó el pintor
desde el cuerpo al cenojil,
mi imaginación pintaba;
ved qué extraño frenesí.
Con sus colores fingía
cuantas le da al campo abril,
y en cinta, banda y listones
de mayo el vario tapiz.
Otras veces la rendía
cuanto el orbe tiene en sí,
de la tierra cuantas frutas
puede fértil producir.
Del mar le daba los peces,
desde el soberbio delfín
hasta los que dora el sol
en el manto de zafir.
Del aire todas las aves,
del águila al francolín,
de la garza a la calandria,
del pavón a la perdiz.
Y desta suerte ocupado
tanta rienda al amor di,
que mi libertad exenta
triunfando pudo rendir.
Determiné de partirme
por ver el cielo que en mí
con fuerza de dos estrellas
tanto amor pudo influír.
Para engañar a mi padre,
que no me hallaba fingí
sin vos, y que mis tristezas
daban a mi vida fin.
¡Qué razones no le dije,
qué enredos no apercibí,
para que diese licencia
a un engaño tan sutil!
"Los caballeros, le dije,
llenos de olor y ámbar gris,
no dan honra a su linaje,
rendidos al ocio vil,
sino terciando la pica
entre honroso presumir
o dando a los aire truenos
cuando fuego al serpentín."
Tanto rogué, tanto dije,
tanto hice, tanto insistí,
que vino a darme licencia,
con que de Burgos salí.
Trescientos escudos de oro
para vos me dió al partir

vuestro padre, y a mí el mío
todo cuanto le pedí.
Al fin, amigo don Diego,
por Costanza vine aquí,
bien veo que es el sujeto,
si milagroso, servil.
Pero mirad su hermosura
cuando mi intento advertís,
su belleza cuando loco
por ella me veis venir;
que soy tinieblas oscuras,
Costanza sol para mí;
yo noche, luna su cara,
que puede montes rendir.
Al fin, que soy hombre humano
y ella hermoso serafín;
Amor ciego, y vos amigo,
que es cuanto puedo decir.

DIEGO. ¡Suceso extraño, por Dios!
¿Tanto el retrato ha podido?

D. TOMÁS. Tanto, que a mí me ha rendido
como doña Clara a vos.

DIEGO. Tú tienes mucha razón,
que si el retrato envié,
yo sólo su amor causé.

PEPÍN. Vos causasteis su afición.

DIEGO. ¿Qué te parece, Pepín?

PEPÍN. Que es vuestro amor extremado,
y que el cielo os ha juntado
como a Sancho y su rocín.
Y también que os dará fama,
y con muy poco trabajo,
el parecer vos a Tajo
y mi señor a Jarama.
Manzanares vengo a ser
injerto en mi amo yo,
y Toledo nos juntó
sin habernos menester.
Y de la congregación
destos tres ríos, Fortuna
hará que, sin duda alguna,
sea océano un mesón.

DIEGO. Dices bien.

D. TOMÁS. Es extremado
en todo.

DIEGO. ¿Que pueda Amor
dar pena y causar dolor
con solo un rostro pintado?

PEPÍN. Pues sobre éso he dicho yo
cosas que te espantarías,
si no pierden por ser mías.

DIEGO. Nunca lo bueno perdió.

PEPÍN. Entre otras cosas, me acuerdo
que le di en cierta ocasión
una tan varia lección
como vena (1).

DIEGO. Eres muy cuerdo.

PEPÍN. A la causa de su muerte,
que es el retrato, decía
mil ternezas cierto día,
y díjele desta suerte:
No creas jamás, señor,
en promesa de escudero,
ni cuando jura el ropero,
ni que hay valiente hablador,
ni en fuerza de buena estrella,
ni en bonanza por la mar,
ni palabra en el jugar,
ni en amor de mujer bella,
ni en casarte sin dinero,
ni en hacienda de ladrón,
ni en la perdida ocasión,
ni en la hacienda del fullero,
ni en prenda de dama fea,
ni en valentía de alarde,
ni en destreza de cobarde,
ni en reloj puesto en aldea;
ni creas en torpe amor,
ni en tiránico poder,
ni en retrato de mujer,
que siempre añade el pintor.

DIEGO. ¿Hay Demóstenes lacayo
como tú?

D. TOMÁS. Dadle, don Diego,
agua de consejo al fuego
de tan amoroso rayo.

DIEGO. Antes os dará dolor
si os digo que...

D. TOMÁS. Yo me aflijo.

DIEGO. ...del Corregidor el hijo
tiene a vuestra dama amor.

D. TOMÁS. ¡Tened, don Diego; dorad
esa palabra más bien!

DIEGO. Ya de Costanza el desdén
es notorio en la ciudad;
porque el mozo, enamorado
y a su belleza rendido,
un tesoro le ha ofrecido
y mil músicas le ha dado.
Mas dejándole morir,
para no obligarse a dar,
ni el oro quiere tomar

---

(1) Así en el original: quizá deba leerse "nueva".

ni las músicas oír.
Y advertid que en el mesón
ella de servir no trata,
y sólo guarda la plata,
que el huésped tiene opinión.
Y que el lado ocupa os fío
de la mujer de su amo,
que así yo al huésped le llamo,
aunque otros dicen su tío.
En un retrete de día,
en su labor ocupada,
está sólo acompañada
de una niña que se cría
con ella, y es por ser hija
del huésped que os he contado.

D. TOMÁS. Más aumentáis mi cuidado.

PEPÍN. Uno ni otro no te aflija.
Sólo quiero preguntar:
si tanto guarda su honor,
¿cómo la pintó el pintor?

DIEGO. Así la pudo pintar:
Posaba en casa, y pagó
a un mozo en ella muy bien;
él, codicioso también,
en su aposento le entró.
El cual aposento estaba
para todo su remedio
tan sólo pared en medio
del que Costanza labraba.
Por un pequeño agujero
pudo pintarla el pintor,
que todo lo puede Amor
si hay diligencia y dinero.

PEPÍN. ¿Pues cómo no le vendió
del Corregidor al hijo?

DIEGO. Ya, Pepín, estás prolijo.

D. TOMÁS. Decid, que bien preguntó.

DIEGO. Para él le retrataba,
y porque no le prestó
unos cuadros se enojó,
que excelente humor gastaba.
Y así me le vendió a mí,
y fué el partirse forzoso
de don Pedro, temeroso...

PEPÍN. Esto haré.

D. TOMÁS. ¿Qué piensas, di?

PEPÍN. Pienso, si no mi razón,
el remedio de tu amor.

D. TOMÁS. ¿Qué dices?

PEPÍN. Oye, señor,
si quieres tener buen fin.
Si un pintor eso alcanzó
por un interés que infamo,
con mi ingenio y con mi amo
¿no le podré alcanzar yo?
¡Vive Dios que habéis de ver
quién soy si quereis seguirme:
buen ánimo y pecho firme
para morir o vencer!
Vos, don Diego, ¿no os importa
posar en este mesón
y en otro traje?

DIEGO. Ocasión
es forzosa.

PEPÍN. Pues tú acorta
de presumir y saber,
y escucha.

D. TOMÁS. Suspenso quedo.

PEPÍN. ¿No hay hombre humano en Toledo
que le pueda conocer?

DIEGO. No pienso yo que hay alguno.

D. TOMÁS. Ya no hay respetos ni miedos;
busca modos, traza enredos,
que a todo estoy oportuno.

PEPÍN. Pues seguidme, y os ofrezco
daros a Costanza y Clara.

D. TOMÁS. En nada el temor repara,
si tanta gloria merezco.

DIEGO. Serás honor de Vizcaya,
tu patria.

PEPÍN. Seguidme, pues,
que hemos de jugar los tres
carambola o tres en raya.
Y por diversos caminos,
dando a vuestras penas fin,
hará de los tres Pepín
ensalada de pepinos.

(*Vanse, y salen don* PEDRO, *hijo del* CORREGIDOR, *y* ANTONIO, *su criado.*)

ANTONIO. Esta es, señor la cortina
que cubre tu imagen bella,
es el cielo de tu estrella
y es de tu diamante mina.
De tu hermoso sol la zona,
el templo de tu deidad,
y por decir la verdad,
el mesón de tu fregona.

D. PEDRO. ¿Qué dices, Antonio? ¿Así
tratas la prenda mejor
que puso en el suelo Amor?

ANTONIO. Admirado estoy de ti.
¿No adviertes que eres, señor,
tan rico cuanto discreto?

¿No ves que eres, en efeto,
hijo del Corregidor?
¿No miras que apasionada
tu alma su gloria tiene
en una mujer que viene
a estar en una posada?

D. PEDRO. Aunque vive en un mesón
no es de su belleza ultraje,
y si es de posada el traje,
los vestidos no lo son.
Muestra su mucha hermosura
y valor por quien padezco,
que si su cielo merezco
será eterna mi ventura.

ANTONIO. Quiero, señor, darte gusto
y alabar tu pensamiento.

D. PEDRO. Con eso me das contento.

ANTONIO. A tu voluntad me ajusto.
Y así me causa mohina
tu recato y proceder,
y el día y la noche ser
Atlante de aquesta esquina.
Todo el día estás sin vella,
y la noche sin hablalla:
mirad qué fuerte muralla
nos defiende la doncella.
De una posada la puerta
que jamás está cerrada,
de noche está emparejada
y todo el día está abierta.
Entra, pues hay ocasión,
hasta ver esta mujer
y dila tu parecer,
que no es palacio un mesón.

D. PEDRO. Estoy casi por hacello.

ANTONIO. Deja el casi y hazlo al punto.

D. PEDRO. De pensarlo estoy difunto.

ANTONIO. La ocasión, de su cabello.
Ven, entremos.

D. PEDRO. Voy, entrando,
ya mi desdicha temiendo.

ANTONIO. No temas.

D. PEDRO. Llego muriendo.

ANTONIO. Yo animoso.

D. PEDRO. Y yo temblando.

(*Así como van a entrar salen* COSTANZA *y* INÉS.)

COSTANZA. Ven, y daréte la plata
para este huésped indiano.

D. PEDRO. Tened el paso.

ANTONIO. Ya es llano
que el cielo tu dicha trata.
Ponte a ese lado, señor.

INÉS. Yo sé que alguno quisiera
ser plato.

COSTANZA. Invidiar pudiera
alguna gloria mayor.

INÉS. Y porque tu mano fiera
su mano sólo tocara,
racional de ser dejara,

D. PEDRO. ¡Pluguiera a Dios que yo fuera!

COSTANZA. Eso, Inés, me importa poco;
que siendo yo perseguida
y humildemente nacida,
casi con las manos toco.
Pues ofenderme y buscarme
es su deseo solamente,
y que es amor aparente
para, ofendida, dejarme.
Y eso que llaman amor,
ya no es amor, Inés mía,
sino constante porfía
de un desocupado error.
¿Qué me importa, por tu vida,
si no es don Pedro mi igual,
que esté por mi amor mortal,
siendo enfermedad fingida?
¿Ni qué me importa miralle
hecho del Amor vasallo,
que, bravo, con su caballo
me desempiedre la calle,
si yo no he de querer bien
ni me pretendo casar?

D. PEDRO. ¡Ella me quiere matar!
¡Ay, mi adorado desdén!

COSTANZA. ¿Quién habla aquí?

D. PEDRO. Yo, señora;
no te alteres ni te espantes,
que son efetos amantes
de quien tu hermosura adora.

COSTANZA. ¡Señor!...

D. PEDRO. Oye y no des voces,
pues es honesto mi trato,
que infundes en mí recato.

INÉS. Di presto.

D. PEDRO. Ya me conoces.
Yo soy aquel desdichado
hijo del Corregidor,
que te ha rendido su amor
y a quien tan mal has pagado.
Si no soy igual no ignores,
cuando mi pecho te adora,
que iguala el amor, señora,
desigualdades mayores.

Muéstrate ya agradecida,
pues ves de mi amor el fuego,
cuando mi alma te entrego,
cuando te ofrezco mi vida.
Nunca mi amor ha pensado
lo que tú, señora mía;
afición es, no porfía,
que impropio nombre le has dado.
Y si pretendo ofenderte
ruego al cielo que en castigo
me ofenda el mayor amigo
un villano me dé muerte.

COSTANZA. Por no detenerme aquí
no culpo tu atrevimiento,
porque ahora sólo intento
volver, don Pedro, por mí.
Que aunque me veis retirada
y en un mesón recogida,
humildemente nacida
y pobremente criada,
no has de imaginar que ignoro
un engañoso ofrecer:
bien sé que es el prometer
dorar el yerro con oro.
Para igualar nuestro amor
habemos de ser primero
hijo tú de un mesonero
y yo de un corregidor.
Que de otra suerte, infalible
ha de ser aborrecerte,
y es imposible quererte,
pues lo dicho no es posible.
Y así, no te canses más,
pues no te pienso querer,
que soy resuelta mujer
cuando porfiando estás.
Y por no ver tu porfía
quiero dejarte y dejalla,
que en tan desigual batalla
es el huír valentía.

(*Vase.*)

D. PEDRO. Oye, Costanza; señora,
escucha, soy desdichado.
¿De aquesta suerte has dejado
a quien te estima y te adora?
Oye, Inés...

ANTONIO. Siguió a los vientos.

INÉS. Pues que desprecia tu amor
por ser de corregidor,
corrige tus pensamientos.

(*Vase.*)

D. PEDRO. No por su desdén desmaya
mi amor, que invencible es,
Inés...

ANTONIO. Habla con Inés.

D. PEDRO. Oye...

ANTONIO. Que está hecha maya.

D. PEDRO. ¿Que tal me suceda a mí?
¡Estoy de cólera ciego,
si bien aumenta mi fuego
el desdén que en ella vi!
Antonio, ¿qué puedo hacer,
lleno de amor y pesar?

ANTONIO. Olvidar o porfiar.

D. PEDRO. Porfiar pienso escoger.

ANTONIO. De tu firmeza confía
que premie tu pecho amante.

D. PEDRO. Nunca vi Troya costante
a una costante porfía.

ANTONIO. Salgamos de aquí.

D. PEDRO. Quisiera
no dejar este lugar.

ANTONIO. Por fuerza le has de dejar.

D. PEDRO. ¡Quién siempre verla pudiera!

ANTONIO. Pues a fe que me ha picado
ver su desdén, y querría
mostrar la habilidad mía
remediando tu cuidado.

D. PEDRO. ¿De qué modo?

ANTONIO. Si yo quiero
disponerme, te haré ver
que es de cera esta mujer
con mi industria y tu dinero.

D. PEDRO. Pide de mi hacienda, Antonio,
cuanto quisieres, con que
contento mi amor esté.

ANTONIO. Trazas haré del demonio.

D. PEDRO. Dime, pues, lo que has pensado.

ANTONIO. Después lo sabrás, que ahora
doña Clara, mi señora,
viene de Misa.

D. PEDRO. El cuidado
me matará.

ANTONIO. A mí me pesa
que te vea en esta calle.

(*Sale* DOÑA CLARA *con el* ESCUDERO.)

D.ª CLARA. Aquí pensaba encontralle.

ESCUDERO. Y aquí está.

D.ª CLARA. Su amor confiesa.

D. PEDRO. ¡Hermana! ¿Sola y a pie,
sin mi madre ni carroza?

D.ª CLARA. Quien su gusto, hermano, goza,

y rinde al amor su fe,
no sabe si está indispuesta
su madre.

D. PEDRO. ¿De anoche acá
mi madre indispuesta está?

D.ª CLARA. ¡Muy buena ignorancia es ésta!

D. PEDRO. Vamos y veréla.

D.ª CLARA. Agora
salgo del Carmen, hermano,
de ver Misa.

D. PEDRO. ¡Oh soberano
cielo!

D.ª CLARA. ¿Qué dices?

D. PEDRO. Señora,
cierta pasión es.

D.ª CLARA. Valor
mostrad en pasión tan llana.

D. PEDRO. Bien claro mostráis, hermana,
que ignoráis lo que es amor.

D.ª CLARA. Que lo ignoro verdad es.

(*Aparte.*)

También doy al niño ciego
feudo, pues quiero a don Diego,
aquel galán burgalés.

(*Aparte.*)

D. PEDRO. El alma se queda aquí.

(*Aparte.*)

D.ª CLARA. ¿Si estará ya en el mesón?

ANTONIO. Ya se traza la invención
de tu remedio.

D. PEDRO. ¡Ay de mí!

ANTONIO. La traza será escogida.

D. PEDRO. Para dejarte voy ciego.

(*Aparte.*)

D.ª CLARA. ¡Ay, mi adorado don Diego!

(*Aparte.*)

D. PEDRO. ¡Ay, mi Costanza querida!

(*Vanse, y salen* COSTANZA *y* INÉS *y el* HUÉSPED.)

HUÉSPED. ¿Eso ha pasado?

COSTANZA. Ha pasado
lo que te he dicho, señor.

HUÉSPED. Y aun ha pasado de amor
atrevimiento sobrado.
Iré a su padre y haré
que castigue su insolencia.

INÉS. Fué enamorada licencia.

HUÉSPED. Y necia licencia fué.
No salgas más al zaguán.

COSTANZA. Ya no hay, señor, que advertirme.

HUÉSPED. Ni tú, porque no confirme
que aquí licencia le dan.

(DON TOMÁS, *dentro.*)

D. TOMÁS. ¡Ah de casa! ¡Ah del mesón!
¿Hay posada?

HUÉSPED Entrad, amigo.—
Recogeos las dos.

(*Sale don* TOMÁS.)

D. TOMÁS. Yo digo
que es gallarda la invención.

HUÉSPED. Pero no, que no es persona
de quien os debáis guardar.

D. TOMÁS. ¿Hay posada?

HUÉSPED. ¿Ha de faltar?

INÉS. Su humilde traje lo abona.

D. TOMÁS. Ojos, mirad con recato
la luz de más claro polo
que el celeste.

HUÉSPED. ¿Venís solo?

D. TOMÁS. Solo vengo, y el mal trato
de una posada me ha hecho
dejarla y venirme aquí.

INÉS. ¡Mozo de mulas no vi
más galán y más bien hecho!

COSTANZA. Tienes razón.

D. TOMÁS. Enfermé
aquí, y mis amos pasaron
su camino, y me dejaron
en el mesón que os conté.
Y agora que la salud
comienzo ya a poseer,
me vengo a convalecer
al vuestro.

HUÉSPED. Solicitud
hay en mi casa.

(*Sale* DON DIEGO, *vestido de camino.*)

DIEGO. ¿Hay posada
para mi amo y a mí?

HUÉSPED. Decidle que entre.

DIEGO. ¿Haila?

HUÉSPED. Sí.

DIEGO. Oíd.

D. TOMÁS. ¡Ay, Costanza amada!

DIEGO. Huésped, quien viene conmigo
es hijo de un caballero,
que con linaje y dinero
vale y puede; y es testigo
Burgos desto, porque allí

muestra su casa valor;
tiene el dicho cierto humor,
que es el que le trujo aquí.
Y es que de una enfermedad
su buen juïcio perdió,
y tan sólo le quedó
esta extraña variedad:
Dice que es el más galán
que formó Naturaleza,
y se ha puesto en la cabeza
que en brío y en ademán,
en palabras, en razones,
en ingenio y gravedad
es todo al uso; mirad
sus extrañas ilusiones.
Como escucharle no hay fiesta,
dando a todo el mundo tasa.

HUÉSPED. Pues errado habéis la casa,
que no es la del Nuncio ésta.
Si es loco, allá le llevad;
no hay jaulas, sino aposentos
en mi casa.

DIEGO. Mis intentos,
señor huésped, perdonad,
y oid.

HUÉSPED. Decid.

DIEGO. A su padre
mil escudos le tomó,
y de Burgos se salió
causando pena a su madre.
Tres criados ha enviado
a buscar este perdido,
y yo venturoso he sido,
pues he sido el que le he hallado.
Mientras que puedo avisar
y envío a pedir dinero,
que el que llevó el caballero
se lo debieron de hurtar,
os suplico que me deis
posada, que bien pagada
os será vuestra posada
con cuanto vos pediréis.
Si reparáis por ser loco,
es más limpio y comedido
que bizarro y entendido,
y no lo encarezco poco.

(*Sale* PEPÍN, *vestido ridículamente.*)

PEPÍN. ¡Oh, lo que tarda don Diego!

HUÉSPED. ¿Es éste?

DIEGO. Sí.

HUÉSPED. ¡Qué figura!

INÉS. ¡Qué talle!

COSTANZA. ¡Qué compostura!

PEPÍN. Lope, ¿a quién digo? ¿Estás ciego?
¿No me ves? ¿Cómo has tardado,
dime, tanto en negociar?
¿No sabes que el esperar
me hace ser desesperado?
Por no ser esperador
sufriré cualquier desprecio,
oir preguntar a un necio
y mentir a un hablador.
Si fuera yo sin desvío
de Abraham fiel descendiente,
por no ser impertinente
dejara de ser judío.
¿Hay posada?

HUÉSPED. ¡Lindo loco!—
Sí la hay.

COSTANZA. ¡Válgame el cielo!
¡Qué sospecha! ¡Qué recelo!

D. TOMÁS. Mi bien busco y mi mal toco.

(*Dentro* UNO.)

UNO. Ten este estribo.

OTRO. Aquí es
el Mesón del Sevillano.

HUÉSPED. Que estoy perdido está llano
después que me dejó Andrés.
Gente acude y no hay quien dé
recado.

PEPÍN. ¡Buena ocasión!—
¿No es criado del mesón
éste?

HUÉSPED. Anteayer se me fué
el que daba la cebada;
que éste es huésped, no criado.

PEPÍN. Si estáis en humilde estado
acomodaos, camarada.

D. TOMÁS. Por Dios que estoy por servir
al huésped; bien acudió.

HUÉSPED. Para recibiros yo
estoy también.

(*Aparte.*)

DIEGO. Acudir
supo a gallarda ocasión.

D. TOMÁS. Mas sólo me da cuidado
el estar acomodado
sin salud en un mesón.

PEPÍN. Andad, con el ejercicio
convaleceréis, hermano.

HUÉSPED. Que es poco el trabajo es llano,
y algo será el beneficio.

Porque Andrés, el que se fué,
entró en mi casa empeñado,
y al salirse se ha llevado
dos vestidos, y yo sé
que estuviera siempre aquí;
sino que parlaba tanto
que a todos causaba espanto,
por eso le despedí.
Y también porque allá a solas
ciertas zorrillas cogía,
que todo el día tenía
agarradas por las colas.
Que en él el fin de una es
principio a las que se ofrecen.

PEPÍN. Tales zorras más parecen
ser de Sansón que de Andrés.

DIEGO. No he oído cosa mejor.
¡Oh, qué agudamente dijo!

PEPÍN. ¿De tal dudar qué colijo?
Quedaos, quedaos, por mi amor.

INÉS. ¡Ay, si se quedase en casa!

D. TOMÁS. Acomodarme no quiero.

PEPÍN. ¿Hay tan grande majadero?

COSTANZA. El corazón se me abrasa.

PEPÍN. Quedaos.

D. TOMÁS. Por haceros gusto
y por estar en Toledo,
en esta casa me quedo.

DIEGO. Señor, este es caso injusto.
¿Por qué te entremetes tú
en lugar que no te llaman?

PEPÍN. Por eso mi nombre aclaman,
criado de Belcebú.
¿No sabes que al uso soy,
y es al uso murmurar,
y es al uso no pagar
y publicar lo que doy?
Es muy al uso el mentir,
eslo al tratar de destreza,
eslo el publicar riqueza
y de noche es uso huír.
Uso es decir que soy rayo,
y es uso entre damas bellas
mostrar que muero por ellas
y ellas fingir un desmayo.
Es al uso si me aman
mirándolas suspenderme,
y es al uso entremeterme,
Lope, donde no me llaman.

COSTANZA. No es muy mala la lición.

HUÉSPED. ¿Lo que os he de dar sabéis?

PEPÍN. Después deso trataréis.

D. TOMÁS. Norabuena.

COSTANZA. Corazón,
¿qué tenéis? No mováis tanto
vuestras alas para huír.

HUÉSPED. Venid.

PEPÍN. ¿Bien sabréis medir?

D. TOMÁS. Y muy bien.

PEPÍN. Yo no me espanto,
si mozo de mula fuisteis.

HUÉSPED. Venid y el libro tomad;
las medidas asentad
como ya tomar las visteis.
Tú, Inés, dile a la Gallega
que un aposento le dé
a este hidalgo.

INÉS. Al punto iré.

COSTANZA. ¡Mi corazón no sosiega!

HUÉSPED. ¿Cómo os llamáis?

D. TOMÁS. Tomás Pedro.

HUÉSPED. ¡Hola, Costanza!

COSTANZA. Señor.

HUÉSPED. Entra luego a hacer labor.

INÉS. Venid vos.

DIEGO. De oficio medro.

PEPÍN. ¡Señora, señora, oíd!

COSTANZA. ¿A mí decís?

PEPÍN. A vos digo.

COSTANZA. Errasteis el lance, amigo.

PEPÍN. Que sé quién sois advertid.
Recogida, recatada,
que nadie os habla ni os ve;
que sois muy honesta sé
y sé que sois muy honrada.
Y por aquesto querría
leeros cierta lición
en materia de afición,
que importa, por vida mía.

COSTANZA. Teneos, que esas liciones
ni me importan ni las quiero.

PEPÍN. De vuestra prudencia espero
que hará eternos sus blasones.
Porque no es razón querer
a persona superior,
que entre iguales el amor
más constante viene a ser.
Y aunque os dé tesoros varios
el hombre más bien nacido,
dad su memoria al olvido
con desdenes voluntarios.

CONSTANZA. ¿Pues éste es un mentecato
y tan cortésmente habló
lo que quiero y busco yo?

Quiero entretenerme un rato.—
¿Cómo vais, señor, vestido
tan diferente de todos?

PEPÍN. Yo soy, por diversos modos,
para ir al uso nacido.

COSTANZA. Mal vuestro intento se prueba,
que no vais al uso agora.

PEPÍN. Quien más va al uso, señora,
es quien saca cosa nueva.
Y este traje todo es nuevo,
pues en una y otra gala
nadie me imita ni iguala.

COSTANZA. Vuestro buen intento apruebo.

PEPÍN. Pues en negocio de amor
tengo sutiles primores.

COSTANZA. Dejad, señor, los amores
si queréis de mí favor.
Hablad de vuestros intentos
sin amor y muy cortés.—
Que este caballero es

(Aparte.)

conforme mis pensamientos.—
Tratad que tenéis en poco
a quien no os imita a vos.

(Aparte.)

PEPÍN. ¡Oh qué lindo! ¡Vive Dios,
que ya me tiene por loco!—
Mi señora, no temáis,
que a vos no os puedo querer,
que es ir contra el parecer
que todos en mí admiráis.

COSTANZA. ¿Cómo?

PEPÍN. Ciertas cosas son
las que no usan en el mundo,
y en no seguirlas me fundo.

COSTANZA. Decidlas.

PEPÍN. Dadme atención.
No es al uso en ningún modo
el dar los enamorados,
ni es al uso en los cuidados
el publicarlos del todo.
No es al uso el ser amigo,
ni el decir siempre verdad,
ni el guardar fidelidad,
ni el mentir sin dar testigos.
No es al uso, reina mía,
en amor guardar secreto,
ni uso premiar al discreto,
ni a la cuerda valentía.
No es al uso el hablar poco,
ni el decir fulana es bella,
ni amar a mujer doncella
ya no es al uso tampoco.

COSTANZA. Ahora vengo a confesar
que sois muy al uso en todo.

PEPÍN. A serviros me acomodo
si mi amor queréis pagar.

COSTANZA. Vos sois muy gran caballero.

PEPÍN. Si por eso me dejáis,
¿por qué no os enamoráis
del mozo del mesonero?

COSTANZA. Bien dices.—Y tan bien dice,

(Aparte.)

que en mi vida me ha causado
hombre en el mundo cuidado;
mi amor en él se eternice.

PEPÍN. Pues Tomás Pedro parece
hombre de bien, a fe mía.

COSTANZA. ¡Dejad eso!

PEPÍN. No querría
jurar que él os aborrece.

COSTANZA. Vamos.

PEPÍN. ¡Muy enhorabuena!—

(Aparte.)

No quiero mover la traza,
pues bien mi intento se traza.

(Aparte.)

COSTANZA. Tomás Pedro me da pena.—
Adiós, señor.

PEPÍN. Reina mía,
el cielo vaya con vos;
mil años os guarde Dios,
casada y con alegría.
Tengáis los gustos colmados
sin tener vanos recelos,
y si amáis sea sin celos,
libre de todos cuidados.
Y a mí siempre me mandad
en cuanto pueda serviros,
pues merecen mis suspiros
vencer a vuestra verdad (1).
De adoraros no me excuso.

COSTANZA. Vos sois muy gentil persona.

PEPÍN. Vos sois ilustre frenoga.

COSTANZA. Y vos sois amante al uso.

---

(1) Así en el original; probablemente será "beldad".

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* Antonio *y* don Pedro.)

Don Pedro.

El papel que has de dar, Antonio, es éste;
en la respuesta suya está mi vida;
no tengo que advertir; tú eres discreto;
mi amor conoces; mi remedio estriba
en tu valor, tu traza y tu secreto.
Mi hacienda, todo, es justo que aperciba
para darte, si alcanzas la victoria
de aquesta Dafne, cuanto hermosa esquiva.

Antonio.

Sólo el servirte me promete gloria;
dame el papel y de mi ingenio fía.

Don Pedro.

Toma el que cifra mi amorosa historia
y este dinero toma, que porfía
y oro cuanto quisieron alcanzaron.

Antonio.

De ellos, señor, en esta acción confía.

Don Pedro.

Sus desdenes, Antonio, me enseñaron
a temer, y el mirar que tú lo emprendes
y tus partes, al punto me animaron.
Parte volando, pues mi amor entiendes,
que muriendo, entre dudas y temores,
aquí te espero.

Antonio.

Con dudar me ofendes.

Don Pedro.

Mientras bordare el sol con resplandores
de luz los montes, si ese papel tiene
Costanza gozarás de mis favores.

Antonio.

Mi diligencia tu quietud previene.

(*Vase, y sale* doña Clara.)

D.ª Clara. Antonio.
Antonio. Señora mía.
D.ª Clara. Oye, ¿fuése ya mi hermano?
Antonio. Con cierta melancolía
se fué.
D.ª Clara. ¡Cielo soberano,
mi intento y mi lengua guía!—
De ti, Antonio, me prometo,
por fiel y por bien nacido,
un dichosísimo efeto,
que eres tan bien entendido
cuanto leal y secreto.
Antonio. Sólo te ofrezco, señora,
mi vida.
D.ª Clara. Por fiel criado
emplearte quiero agora.
Antonio. Dime luego tu cuidado,
que el alma lo que es ignora.
D.ª Clara. Un papel has de llevar
al Mesón del Sevillano.
Antonio. No tengo más que pensar:
ella ha escuchado a su hermano
y pena me quiere dar.
D.ª Clara. Este es el papel. Pues sabes
que igualmente amor sujeta
los humildes y los graves,
el rigor de su saeta
en mi pecho es bien que alabes.
No tienes que preguntarme,
ni menos que replicarme;
toma el papel, parte luego
y dalo, Antonio, a don Diego,
que es el que pudo obligarme.
En ese Mesón está
su nobleza disfrazando,
pero el talle te dirá
cuál es; parte ya volando,
pues quedo muriendo ya.
Porque puedas conocelle
mira en su dedo un diamante
que al sol intenta vencelle,
y éste toma tan constante
como quien viene a ofendelle.
Antonio. No es burla; sin duda alguna
está muy enamorada.—
No habrá tardanza ninguna.
D.ª Clara. En mi cuarto retirada
estoy.

(*Vase.*)

Antonio. Fía en tu fortuna.
Ser dichoso en esto espero,
pues juntamente me han dado
ella anillo y él dinero;
mas ya me causa cuidado,
que el anillo es mal agüero.
Por ser círculo promete
variedades desdichadas;
su piedra es bien que interprete
que me han de dar a pedradas
hoy el grado de alcagüete.
Pero temer luego es yerro:
yo parto animoso al punto;

aunque mi temor destierro
temo que el mal vendrá junto,
como los palos al perro.

(*Vase.*)

(*Salen* DON TOMÁS *y* DON DIEGO.)

DIEGO. Ya, don Tomás, he llegado
a ver a mi doña Clara.
D. TOMÁS. ¿Y habéisla, don Diego, hablado?
DIEGO. Mi suerte en eso es avara,
por no ser noche he callado;
pues la calle que está enmedio
en el día no permite
que la hable.
D. TOMÁS. Dichoso medio
es la ventana.
DIEGO. Ella admite
en ti todo mi remedio.
Sólo he visto que un papel
me enseñaba, y no entendí
lo que me dijo por él;
y espero a la noche.
D. TOMÁS. En mí
hará un efeto cruel.
Pues mi Costanza querida,
por ser noche, recogida
sola estará en su aposento;
tendré el alma sin contento,
como el corazón sin vida.
Mas cuando del sol huyendo
irán las escuras sombras
y el alba hermosa esparciendo
perlas en verdes alfombras,
cobrar vida y alma entiendo,
pues mi adorada Costanza
con su divina belleza
dará a mi amor confianza,
y el oro de su cabeza
alentará mi esperanza.

(*Sale* PEPÍN.)

PEPÍN. Aquí están los dos hablando.
D. TOMÁS. ¡Pepín, llega; llega luego
y abrázame!
DIEGO. ¡Y a don Diego
también!
PEPÍN. Yo ya estoy temblando.
D. TOMÁS. ¿De qué?
PEPÍN. De considerar
lo que el alma en los dos vió:
¿soy Clara o Costanza yo,
que me queréis abrazar?
¿Hay tal cosa?
D. TOMÁS. Tu valor
y tu ingenio más merecen.
PEPÍN. Sólo estos premios ofrecen
cuantos tratan hoy de amor.
Pero, ¿qué os ha parecido
el llamarme amante al uso?
DIEGO. De mí sé que estoy confuso
de verte tan admitido.
PEPÍN. Dos horas no más hará
que entramos en el Mesón
y ya entro, en conclusión,
adonde Costanza está.
D. TOMÁS. ¿Qué me dices? ¿Eso es cierto?
PEPÍN. Y por loco me han tenido,
y según tengo entendido
no va mal nuestro concierto;
pues hablándola yo en ti
sus dos mejillas hermosas
vistió de purpúreas rosas.
D. TOMÁS. ¿Que tan venturoso fuí?
PEPÍN. ¿Pues qué imaginas hacer?
D. TOMÁS. Ya escribo un papel, Pepín,
y a este hermoso serafín
pienso con razón vencer,
pues en él digo quien soy.
PEPÍN. Quedo, que Inesilla viene
y Costanza.
DIEGO. Y tu amor tiene
próspera ventura hoy.

(*Salen* INÉS *y* COSTANZA, *con un rebozo.*)

INÉS. ¿Que un accidente ha podido,
en un espacio tan breve,
mudar tu clavel en nieve?
COSTANZA. Mi corta ventura ha sido.
D. TOMÁS. Inés, Costanza, ¿mandáis
algo en que pueda serviros?
COSTANZA. ¡Oh, Tomás Pedro!
D. TOMÁS. Suspiros
al aire, corazón, dais.
INÉS. Está Costanza indispuesta,
que en una muela un dolor
la queja.
D. TOMÁS. ¡Valedme, Amor,
que es gallarda ocasión ésta!
Pues yo tengo una oración
en blanco papel escrita (1).
PEPÍN. ¡Qué bien lograda ocasión!
INÉS. Désela, por vida suya.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

D. TOMÁS. Advierte que no has de darla
a nadie, sino guardarla
en leyéndola.
COSTANZA. Si es suya,
sin duda que mi dolor
ha de quedar desterrado.
D. TOMÁS. Toma, y léela con cuidado.—
Haga lo demás Amor,
que yo cuanto pude hice.—
Adiós.
COSTANZA. El vaya contigo.
D. TOMÁS. Venid, don Diego, conmigo.—
Quédate a ver lo que dice,
que yo me parto dudando.
PEPÍN. Funda en mí tus (1) confianzas.
DIEGO. Cobra nuevas esperanzas,
que ya está el papel mirando.

(Vanse los dos.)

COSTANZA. No es esto oración, Inés.
INÉS. ¿Pues qué?
PEPÍN. ¡Válganme los cielos,
cercado estoy de recelos!
COSTANZA. Escucha, y sabrás lo que es.

(Lee.)

"Yo soy, Costanza querida,
quien de vos enamorado
estoy, y el traje he mudado
porque el veros no me impida.
Tomás Pedro me he fingido
con un venturoso engaño;
mas don Tomás de Avendaño
soy, bien noble y conocido.
Mi patria es Burgos; mirad
mi recato y el quereros,
pues no pretende ofenderos
mi sincera voluntad.
Y pues ya sabéis mi intento
y quién soy, sólo os diré
que sólo aspira mi fe
al honesto casamiento."
¿Qué te parece?
INÉS. Quizá
hay oraciones también
contra un ingrato desdén,
y ésta una dellas será.
Y aunque niña, te aseguro
que para lograr su intento
el ofrecer casamiento
es un gallardo conjuro.
COSTANZA. El secreto te encomiendo.
INÉS. Hoy hago aquesto por ti,
y, cuando grande, por mí
harás lo mismo.
COSTANZA. Ya entiendo.
PEPÍN. Yo llego.—Buen rato ha
que os veo hablar a las dos;
que os guarde mil años Dios.
INÉS. Diga, que sí guardará.
PEPÍN. Costanza, cierto secreto
os quiero comunicar;
solos podemos quedar.
INÉS. Señor galán, ¿en efeto
que por cantora me tiene?
Pues engáñase, a fe mía,
y ha sido magacería
ésa.
PEPÍN. ¡Qué presto previene?
No lo dije yo por tanto.
COSTANZA. Hablad, que Inesilla es
como una piedra.
PEPÍN. Hola, Inés,
sed piedra, pero no canto;
que lo que os quiero decir
es un negocio importante.
COSTANZA. Decid.
PEPÍN. Voy tan vigilante
porque nos pueden oir.
INÉS. Acabad.
PEPÍN. El caso es,
que como de Burgos soy
a vuestro criado hoy
conocí, que es burgalés.
Yo le he visto allá, y espero
que algo le habrá sucedido,
pues en tal traje escondido
está, siendo caballero.
Es de don Juan de Avendaño
hijo, y tengo por muy cierto
que a otro en Burgos habrá muerto;
callad, y no le hagáis daño,
que lo propio pienso hacer,
pues es al uso el callar,
porque jamás por hablar
vi ganar, sino perder.
COSTANZA. Seremos piedras las dos.
INÉS. Haced cuenta somos mudas.—
Pierde el recelo y las dudas.
COSTANZA. Quedad, caballero, adiós.—
Inés, sin duda que es cierto
lo que escribió en el papel,

(1) En el original, por errata, dice "mis confianzas".

pues lo mismo dice dél
este loco.

INÉS. Sí por cierto,
y no lo dudo.

COSTANZA. ¡Ay, Inés,
ya tengo amor, y ya quiero
no menos que a un caballero,
que tal mi desdicha es.
Yo en un mesón y él también;
pero él es noble, yo no,
y aunque mi amor despreció
a los nobles con desdén,
agora él propio me dice
que soy a todos igual,
y esta soberbia es señal
que en estimarle mal hice.

INÉS. Vamos, y esperanzas ten
de tu hermosura y valor.

COSTANZA. ¡Ay, Inés, aqueste amor
ruega a Dios que sea por bien.

(*Vanse las dos, y sale* DON TOMÁS.)

D. TOMÁS. A que se fuese esperé.
Pepín, dime, dime luego
si a ser venturoso llego,
si ha conocido mi fe,
si cree que soy quien digo,
si en mi nombre ha reparado,
si ha temido, si ha dudado,
si en vano mi estrella sigo;
si mostró mucho rigor,
si te pareció cruel,
si rompió el blanco papel
o si despreció mi amor.

PEPÍN. ¡Vive Dios que hay algún cura
que tanto sí no ha escuchado,
aunque a mil ha desposado!

D. TOMÁS. Dime presto mi ventura.
¿No leyó el papel? ¿No vió
escrita en él mi firmeza?
¿No reparó en mi nobleza?
¿Y este traje no admiró?

PEPÍN. Deja tanto no, señor,
pues como deseas es,
que ya Costanza y Inés
creen tu mucho valor.
Con mi industria he confirmado
lo que tu escribiste.

D. TOMÁS. Mucha
es tu diligencia.

PEPÍN. Escucha
aparte, que un hombre ha entrado.

(*Sale* ANTONIO.)

ANTONIO. Ya estoy dentro del Mesón
temiendo varios agüeros,
porque son los mesoneros
gente de mala intención.
Costanza es determinada:
si llama al huésped recelo
que mi cara, sin ser cielo,
la he de mirar estrellada.
Pero ya se me ha ofrecido
cómo poder negociar;
a éste quiero preguntar
si es del Mesón.

D. TOMÁS. Ello ha sido
como de tu ingenio al fin,
pues quien soy has confirmado.

ANTONIO. Camarada, ¿sois criado
de casa?

D. TOMÁS. Aguarda, Pepín,
veré qué quiere este hidalgo.—
Criado de casa soy,
y que he entrado en ella hoy;
decidme si mandáis algo.

ANTONIO. Vos sois el más venturoso
hombre que ha criado el cielo,
si con cuidado y desvelo
queréis haceros dichoso.

D. TOMÁS. ¿Cómo?

ANTONIO. Ya sabéis, sin duda,
que tiene a Costanza amor
el que es del Corregidor
hijo.

PEPÍN. El color se le muda,
¿qué será? Varios recelos
tengo.

D. TOMÁS. Ya lo sé.

ANTONIO. Vos sólo
sois el que de polo a polo
le honráis.

D. TOMÁS. De celos me muero.—
Pues decidme de qué modo.

ANTONIO. Dando un papel a Costanza,
daréis vida a su esperanza.

D. TOMÁS. Mal a hacerlo me acomodo,
porque soy hombre de bien
y también Costanza es tal,
que a la más noble es igual,
ya en valor o ya en desdén.
A más que si ella lo dice
al amo, es cosa forzosa
poner pies en polvorosa,
y aun de mi sangre desdice

que me echen a mí de casa
el día propio que entré.—

(*Aparte.*)

Mas, ¿cómo el papel veré,
que el corazón se me abrasa?

ANTONIO. Perdonad.—El mozo tiene
respetos de hombre de bien.

D. TOMÁS. Oíd: a este hombre está bien
darle, y a vos os conviene,
porque es loco, y él podrá
darle a Costanza, sin duda.—
¡Fortuna, mi intento ayuda!

ANTONIO. ¿Quién de los dos le hablará?

D. TOMÁS. Esperadme, que yo llego
a hablarle.

PEPÍN. Pues, ¿qué hay, señor?

D. TOMÁS. Hay pena, muerte, rigor,
hielo, alquitrán, nieve, fuego;
hay confusión, mal eterno,
cuidados, ansias, desvelos
y hay, últimamente, celos,
que es todo el mal del infierno.

PEPÍN. Dime lo que ha sucedido.

D. TOMÁS. Escucha.

ANTONIO. A este loco quiero
darle el bolsillo y dinero
con que vengo prevenido,
que el que quisiere alcanzar
es la mejor diligencia
ir mezclando con prudencia
siempre el pedir con el dar.

PEPÍN. Ya está entendido, señor;
Tomás Pedro me ha contado
de vuestro amo el gran cuidado
y también vuestro valor.
Y por todos quiero hacer
lo que pedís.

ANTONIO. Tomad luego,
señor hidalgo, este papel,
que a don Pedro dará ser,
y este dinero; el cuidado
os encargo solamente,
pues parecéis diligente.

PEPÍN. Vos vais muy bien despachado.

ANTONIO. ¿Tenéis alguna noticia
de don Diego, un burgalés?

PEPÍN. Aquel su aposento es.—
¿Si traza alguna malicia
éste buscando a don Diego?

ANTONIO. Pues adiós, que hablarle voy.

(*Vase.*)

PEPÍN. Con grande cuidado estoy,
y de temor no sosiego.

D. TOMÁS. Dame luego ese papel
que cifra mi infausta suerte,
y dame también la muerte
que viene cerrada en él.
Cuando ya le estoy abriendo
confuso estoy y dudando (1),
las manos tengo temblando
y el alma tengo muriendo.

PEPÍN. Acaba; lee.

D. TOMÁS. ¡Ay de mí,
que entre dudar y temer
confuso empiezo a leer!
Escucha, que dice así:
"Entre dorados rizos, mi Costanza,
dos veces doró el sol resplandeciente
del Aries celestial la hermosa frente,
igualando dos veces la balanza.
Vida me dió dos años la esperanza,
pero a los desdichados siempre miente,
como a Tántalo siempre el bien presente,
que si más cerca está, menos lo alcanza.
Pero agora, señora, te prometo
por aqueste papel mano de esposo
y a tu valor de nuevo me sujeto.
Y espero tu respuesta temeroso,
que al que se atreve a tan divino objeto
le conviene temer y estar dudoso."
Pepín, ¿cómo es posible
poder sufrir dolor tan insufrible,
si derraman los cielos
sobre mi corazón rabiosos celos?,
que al fin quien no es dichoso
le conviene temer y estar dudoso.
Ya ofrece su deseo
con este casamiento nuevo empleo.
Mi muerte es cierta, amigo;
della serás y de mi amor testigo,
donde Tetis dilata
espuma de cristal, si no de plata.
También don Pedro es noble
y rico, y aunque mi amor sea roble,
me da tristes señales
ver nuestras prendas tan del todo iguales,
que al poco venturoso
le conviene temer y estar dudoso.

PEPÍN.

Bien dices; pero advierte

(1) En el original, "dudoso" por errata.

que es más feliz tu venturosa suerte,
pues leyendo Costanza
tu papel animó tu confianza;
pero este otro rompido,
eternamente cubrirá el olvido.

DON TOMÁS.

Dices bien; papel fiero,
dividido quedad cuando yo muero.
Y tú déjame solo,
pues que en nuestro cenit el claro Apolo
tales rayos despide,
que con ellos descanso nos impide.
Todos están cerrados,
dentro sus aposentos retirados;
vete, y mientras me dejas
daré al retrato lastimosas quejas.
Adiós, Pepín.

PEPÍN.

Los cielos
den, si vida a tu amor, muerte a tus celos.

(*Vase.*)

D. TOMÁS. Salid, hermoso retrato,
del pecho, donde inmortal
tengo vuestro original,
tan divino cuanto ingrato.
Hablaros a solas trato;
oíd, oíd mis querellas,
que son ardientes centellas
del fuego que dan los celos,
y en número de los cielos
vencen las claras estrellas.
¿Que es posible que mi amor
con el vuestro no paguéis?
Mas sin lengua respondéis,
que el no pagarlo es valor.
No os pido contra el honor
cosa alguna, sólo quiero
de vos el amor que espero;
a don Pedro soy igual,
y en afición inmortal
él es nube, yo lucero.
Cuanto pidieres ofrezco.
Ambar, perlas, plata y oro
y sobre todo el decoro,
pues hombre humilde parezco,
y si alcanzaros merezco
desde aquí os tengo ofrecida
con voluntad alma y vida
y con la vida la mano;
mas, ¡ay!, que me canso en vano,
que sois Costanza fingida.

(Salen COSTANZA y INÉS.)

INÉS. ¿No te dije que le vi?
COSTANZA. El es, y suspenso está.
¡Válgame Dios!, ¿qué será
lo que está mirando así?
D. TOMÁS. Muriendo estoy, ¡ay de mí!,
dueño cuanto hermoso ingrato.
COSTANZA. ¿No es lo que mira un retrato?
INÉS. ¿Retrato es?
COSTANZA. Muero de celos.
INÉS. ¿Que infundan así los cielos
en los hombres el mal trato?
D. TOMÁS. Ea, no os mostréis cruel
a las razones que os digo.
COSTANZA. Yo propia soy el testigo
de que está hablando con él.
INÉS. Cree, Costanza, el papel
que te escribió.—Caballero,
oíd.
D. TOMÁS. Mi remedio espero
desta voz que me ha llamado.
COSTANZA. ¿Para qué le has recordado
del sueño? ¡De celos muero!
D. TOMÁS. Señora, ¿ya habrás leído
la oración que te escribí?
COSTANZA. Ya, don Tomás, la leí,
y sé que sois un fingido,
pues escribió sin sentido
hoy vuestra mano atrevida.
D. TOMÁS. Yo soy, Costanza querida,
quien de vos enamorado
estoy, y el traje he mudado
porque el veros no me impida.
Tomás Pedro me he fingido
con un venturoso engaño,
mas don Tomás de Avendaño
soy, bien noble y conocido.
COSTANZA. Trocad, señor, el sentido,
y a ese rostro soberano
que tenéis en esa mano
escribidle, si está ausente,
ese amor, o ese accidente,
a quien llamáis inhumano.
Y no escribáis oraciones
para quitar el dolor,
que antes le tengo mayor
por ver vuestras invenciones;
que yo, entre humildes blasones,
buscaré dueño no ingrato,

de igual sangre, de igual trato,
y vos idos a engañar,
o si no tornad a hablar
con ese hermoso retrato.

(*Vase.*)

D. TOMÁS. Advierte, señora mía,
que el retrato no conoces.

INÉS. No deis, señor, esas voces,
que el darlas no es cortesía,
y ya Costanza desvía
lo que vuestro amor desea,
y plegue a Dios que se vea
la dama de su pintura
con vos casada y segura.

(*Vase.*)

D. TOMÁS. Ruego al cielo que así sea.

(*Salen* PEPÍN *y* DON DIEGO.)

PEPÍN. ¡Oh, qué dichoso papel!

DIEGO. Yo solo soy el dichoso.

PEPÍN. Y él también, pues es forzoso
que estén las letras en él.

DIEGO. Aquí don Tomás está.—
Don Tomás, hoy será el día
principio de mi legría,
y fin de mi mal será.
Doña Clara me ha mandado
que yo esta noche la vea,
y esta gloria que desea
el alma aquí la ha cifrado.
Mirad si soy venturoso.

D. TOMÁS. Voime, que no puede estar
junto al contento el pesar,
ni el desdichado al dichoso.

PEPÍN. ¿Cómo, señor?

D. TOMÁS. ¡Ay, Pepín,
tus trazas miden el suelo,
pues que caí desde el cielo
de mi hermoso serafín!
No preguntéis nada agora;
dejad primero pasar
la tormenta deste mar
del alma que triste llora.
Y el mal que agora procura
no hay para qué preguntallo,
que si queréis apurallo
vendrá a parar en locura.

(*Vase.*)

PEPÍN. ¡Vive Dios que se va loco!
Vamos, don Diego, tras él.

DIEGO. Que vió a Costanza cruel
casi con las manos toco.
En su aposento se encierra;
dejémosle estar agora
así un rato.

PEPÍN. Ya empeora
nuestro amor o nuestra guerra.

(*Salen* DON PEDRO *y* ANTONIO.)

ANTONIO. Este es el amante al uso.
Llega a saber dél, señor,
de tu papel y tu amor.

D. PEDRO. Si él mi justicia propuso
a Costanza, yo tendré
sentencia en favor, Antonio.

ANTONIO. Ofrecerla matrimonio
es lo que siempre culpé.
Mas yo llego a entretener
al que está con él hablando.
Habla tú al loco.

D. PEDRO. Dudando,
empiezo, amigo, a temer.

ANTONIO. Bésoos las manos, señor.

DIEGO. Antonio, guárdeos el cielo.

PEPÍN. Que sois, sin duda, recelo
quien tiene a Costanza amor.

D. PEDRO. Mi desventura es inmensa (1).
pues, quién la sirve?

PEPÍN. ¿Quién puede,
sino yo ser el dichoso?

D. PEDRO. Ya me tuviste celoso;
pero libre el alma quede,
pues por ser al uso solo
queréis a todas, mas no,
que afición os mereció.

PEPÍN. Soy de aqueste al otro polo
más al uso que otro alguno,
y si va a decir verdad,
a don Tomás (2).

D. PEDRO. ¿Hay ninguno
tan dichoso como yo?

PEPÍN. Albricias no prevenís,
que soy al uso decís,
y es al uso quien pidió;
y así, por serlo del todo,
quiero pedir me deis algo.

D. PEDRO. ¿Pues no veis, señor hidalgo,

---

(1) Este verso es suelto en medio de dos redondillas y el sentido queda truncado. Deben de faltar los otros tres versos.

(2) También este pasaje está muy alterado: falta un verso a la redondilla y explicar por qué se nombra aquí a don Tomás.

que a dar muy mal me acomodo?
Pedid favor, cortesía,
o otra cosa desta suerte,
que al dar yo, le dió la muerte
la ingrata descortesía.
Si sois al uso en pedir,
yo soy al uso en no dar.

PEPÍN. Yo os quiero desengañar
de lo que os hartéis de oír.
El dar muy al uso es,
y probaré mi invención
si me prestáis atención.

D. PEDRO. Atento estoy.

PEPÍN. Oíd, pues:
¿No dan los locos placer?
¿No dan los necios pesar?
¿No da gran hambre el jugar?
¿No da a cambio el mercader?
Los músicos, ¿no dan voces?
¿No da enojos la mujer?
Y las mulas de alquiler,
¿no dan a pares las coces?
El reloj, ¿no da las horas?
¿No da un billete un enano?
¿No da pena un escribano?
¿No dan favor las señoras?
Y si los hijos de Adán
por su nombre han heredado
el dar, bien queda probado
que todas las cosas dan.

D. PEDRO. Por tan ingeniosa prueba
esta cadena tomad.

PEPÍN. Pues fiad en mi amistad,
que haré la de Orestes nueva.

D. PEDRO. ¿Qué nombre, señor, os dan?

PEPÍN. En esto me hallo confuso:
llámanme el amante al uso,
pero yo soy don Damián.

D. PEDRO. Donoso don, por mi vida,
tenéis.

DIEGO. Esta noche iré
y a doña Clara hablaré.

ANTONIO. Pues adiós.

D. PEDRO. Agradecida
el alma a tanta merced,
procura esta noche dalla
una música.

PEPÍN. Obligalla
con grande ánimo emprended,
que yo no os puedo faltar;
y adiós, que tengo que hacer.

D. PEDRO. De nuevo torno a ofrecer
cuanto podáis desear.

ANTONIO. Y bien, señor, ¿qué tenemos?

D. PEDRO. Todo lo que deseamos.

ANTONIO. Pues de aquí luego salgamos,
y allá despacio hablaremos.

(*Vanse.*)

PEPÍN. ¿Hay tan grande mentecato?
¡Pues el criado alcagüete!...
¡Que hombre humano se sujete
a hacer tan injusto trato!
Que hablase agora contigo,
que eres galán de la hermana
de su amo. ¡Oh, soberana
fuerza del oro enemigo!
¿Pues qué le has dado?

DIEGO. Un cintillo
cuando me trujo el papel.

PEPÍN. No hay hombre en el mundo fiel
si le ofrecen un anillo.
¡Abrid los ojos, señores,
que ya no hay fieles criados!

(*Sale el* HUÉSPED.)

HUÉSPED. Cercado de mil cuidados
y lleno de mil temores,
vengo turbado y confuso.

PEPÍN. El huésped.

DIEGO. Vamos los dos.

(*Vanse.*)

PEPÍN. Huésped, quédese con Dios.

HUÉSPED. Id con El, amante al uso.—
Lo que hallé en este papel
me da infinito cuidado,
que soy al fin desdichado
y es mi fortuna cruel.
Quiero llamar a Costanza.—
Hola, Costanza.

COSTANZA. Señor,
ya salgo.

HUÉSPED. ¿Que pueda amor
dar tormento a tal bonanza?

(*Sale* COSTANZA.)

COSTANZA. ¿Qué me mandas?

HUÉSPED. Sólo quiero,
en tu valor confiado,
darte parte de un cuidado,
por quien pesaroso muero.
Bien sabes, Costanza hermosa,
que te has criado en mi casa,
que si en fortuna es escasa,

es en gozarte dichosa.
Bien sabes que te guardé
con recato y con prudencia;
pues toda mi diligencia
hoy por el suelo miré.

COSTANZA. Dime el cómo.

HUÉSPED. Has de saber
que a Tomás Pedro cerrado
en su aposento he mirado,
y escribir le vi y leer.
Por el agujero breve
de la llave pude verlo,
y el mal empecé a temerlo,
aunque fué la causa leve.
Llamé a la puerta y abrió;
a la plaza le envié;
mientras diligente fué
abrí su aposento yo,
y encima deste papel
hallé este retrato; mira
quien a tu hermosura aspira
y mira tu rostro en él.

COSTANZA. ¿Mío es el retrato?

HUÉSPED. Sí.

COSTANZA. Y aun a mí me lo parece.

HUÉSPED. Lee el papel.

COSTANZA. El ofrece
versos, que dicen así:
"¿Quién da cuidado a mi amor?
El rigor.
¿Y quién causa mi tristeza?
La aspereza.
¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Con todo, pienso quererte,
retrato, para poder
por tu gusto padecer
rigor, aspereza y muerte.
¿Quién daba muerte a Avendaño?
Un engaño.
¿Y quién trueca en mal mi bien?
Un desdén.
¿Quién da vida a mis recelos?
Los celos.
Siendo así, quieren los cielos
que muera desconfiado,
pues contra mí se han juntado
engaño, desdén y celos.
¿Mi amor a quién tiene en calma?
Al alma.
¿Quién aumenta mi tormento?
Entendimiento.
Y mi deseo, ¿qué olvida?
La vida.
Desta suerte nadie pida
que dé mi amor esperanza,
pues que perdí por Costanza
alma, entendimiento y vida."

HUÉSPED. ¿Qué dices?

COSTANZA. Que estoy confusa.

HUÉSPED. Solo una duda hallo en esto,
y es cómo pintó tan presto
tu rostro. No tiene excusa
en decir que le ha sacado
el tiempo que ha estado en casa,
pues de seis horas no pasa.

COSTANZA. Todo me causa cuidado.

HUÉSPED. Ahora bien, quiero volvello
todo en su propio lugar,
que ya no puede tardar
Tomás Pedro.

(*Aparte.*)

COSTANZA. Ya echó el sello
en mi corazón amor,
pues han querido los cielos
que me causase recelos
mi propio rostro.

HUÉSPED. Valor
será despedirle luego;
mañana lo pienso hacer,
y advierte que eres mujer
de noble sangre; Amor ciego
no te venza, que no sabes,
Costanza mía, quién eres.

(*Vase.*)

COSTANZA. ¿Destas palabras qué infieres,
amor, que en mi pecho cabes?
¿Dirás que soy principal,
que es lo que el alma desea?
Ruego al cielo que ansí sea,
seré a don Tomás igual.

(*Salen* INÉS *y* DON TOMÁS.)

INÉS. No hay embustes para mí,
no creo yo que era suyo.

D. TOMÁS. ¡Extraño es el rigor tuyo!
¡Tal en mi vida no vi!

INÉS. Pues enséñame el retrato.

D. TOMÁS. En el aposento está.
Voy por él.

COSTANZA. Ya no será
su original tan ingrato.
Pues ya supe, don Tomás,

que han ordenado los cielos
darme de mí misma celos.

D. TOMÁS. Si desengañada estás,
dichoso soy.

COSTANZA. Pero advierte
que el huésped que te ha enviado
fuera, en tu aposento ha entrado
para causarnos la muerte.
En él el retrato halló
y versos en un papel,
y extrañamente cruel
al punto se resolvió
en despedirte de casa
y en echarte del Mesón.

D. TOMÁS. ¡Ay, Costanza, el corazón
se hiela cuando se abrasa!
¿Yo ausente de tu hermosura?
¿Yo de tus ojos ausente?
¡Dé primero un rayo ardiente
fin a tanta desventura!

INÉS. Quejaros ansí es delito,
que medio no ha de faltar
como a mi padre aplacar.
¡Ay, cómo sabéis poquito!
Si os casáis nadie es bastante
a impediros vuestro amor.

D. TOMÁS. Por tal consejo y favor
toma, Inés, este diamante.
Y pues triste el alma lucha,
para que puedas, señora,
saber quién es quien te adora,
atentamente me escucha.
Sabrás, Costanza querida,
que derramaron los cielos
con tu retrato en mi alma
amor, si fuego es mi pecho.
En Burgos vi tu hermosura,
que fué causa del efeto
de verme así transformado,
que bastaba haberme muerto.
Tan noble soy cuanto rico;
si no lo eres tú yo puedo
darte riqueza y nobleza,
pues entrambas cosas tengo.
Tu honestidad y hermosura
tanto obligar me pudieron,
que no reparando en nada
mi vida y mano te ofrezco.
Pronuncia un sí, mi Costanza,
verás a tus plantas puestos
de Pancaya los aromas,
las perlas del mar inmenso;
cuanta riqueza los hombres
con ojos humanos vieron,
y sobre todo mi alma,
que es imagen de los cielos.

COSTANZA. Lo que me ofreces, señor,
como es razón agradezco;
tu nobleza no la dudo
y tu riqueza la creo.
Bien sé que tu grande amor
en este estado te ha puesto,
que estás por mí en un mesón
tu noble sangre encubriendo.
Pero si no soy tu igual
no hay tratar de casamiento,
que siempre tuve los ojos
en aquesta igualdad puestos.
Que casados desiguales
son como dos instrumentos:
uno cítara sonora,
y otro tamboríl grosero.
Demás que agora me dijo
el huésped que hay en mi pecho
noble sangre, y no lo dudo
de mis altos pensamientos.
Si ello es verdad tú confía,
pues perder la vida ofrezco
antes que ofrezca mi amor
a otro hombre alguno en el suelo.

D. TOMÁS. Ya, Costanza de mi vida,
que tu mano no merezco
como a esposo, no la niegues
como a galán verdadero.

INÉS. Costanza, no pide mucho;
dale, dale este contento,
porque yo te lo suplico.

(*Dale la mano.*)

COSTANZA. Pues por ti, Inés, hago esto.

(*Sale* PEPÍN.)

PEPÍN. Estéis, señores, ansí
por muchos años y buenos.

COSTANZA. ¡El loco! ¿Hay tal desventura?

D. TOMÁS. No temas, hermoso dueño.

COSTANZA. Soltad.

D. TOMÁS. No quiero ofenderte.

INÉS. Señor galán, si es discreto
sea piedra, mas no canto,
pues él me dijo lo mesmo.
Y advierta que es muy al uso
el callar, y le prometo
por la vida de mi padre,
por el siglo de mi abuelo,

que si dice lo que ha visto,
con mis manos y mis dedos
un cuchillo deste estuche
le espetaré por el cuerpo.

PEPÍN. ¡Tente, niña, por tu vida,
que si en belleza eres Venus,
enojada eres Belona!

INÉS. Entrambas cosas parezco.

PEPÍN. Pero vámonos de aquí,
Inés, y a los dos dejemos,
que el estorbar al Amor
no es al uso en este tiempo.

INÉS. Vamos.

PEPÍN. Plegue a Dios que vea
de ti, Inesilla, lo mesmo.

INÉS. Amante al uso, tu voz
oigan los piadosos cielos.

(*Vanse.*)

D. TOMÁS. Ruego al cielo que te goce,
Costanza hermosa, más tiempo
que el que ofrece el sol dorado
en su simulacro en Delfos.
Ruego al cielo que en mis brazos
lo hermoso de tus cabellos
forme cadena dorada
entre tu alabastro bello.
Ruego al cielo que la nieve
de tu frente y de tu cuello
aumente con posesión
la esperanza de mi pecho.
Y, últimamente, Costanza,
al cielo piadoso ruego
que me mate si he de verte
gozar de brazos ajenos.

COSTANZA. Ruego al cielo, don Tomás,
que logres tus pensamientos,
que premie tus esperanzas
y que cumpla tus deseos.
Ruego al cielo que eternice
en blando yugo Himeneo
nuestro amor, mientras el sol
círculos dé al hemisferio.
Ruego al cielo que, igualando
nuestra calidad de presto,
finen nuestras pretensiones
y empiecen nuestros contentos.
Y últimamente, señor,
al cielo piadoso ruego
que me mate si he de verte
gozar de brazos ajenos.

D. TOMÁS. ¿Que tan venturoso soy?
¡Ay, Costanza, quiera el cielo
que tu divina hermosura
sea de mi amor el premio!

COSTANZA. Así será, don Tomás.

D. TOMÁS. Norte de mis pensamientos,
vamos, que es tarde y podría
el huésped acaso vernos.

COSTANZA. Adiós, adiós.

D. TOMÁS. Queda adiós,
que voy de cuidados lleno.

COSTANZA. Yo por tu causa llorando.

D. TOMÁS. Yo sin tu vista muriendo.

JORNADA TERCERA

(*Sale* DON DIEGO, *solo, de rebozo.*)

DIEGO.

Luna divina de la noche bella,
que en campos de zafiros
de una y otras le adornas, rica estrella;
cielo que dais al mundo varios giros,
advertid mis suspiros;
hermosa luna y cielo luminoso,
y hacedme entrambos en mi amor dichoso.
Mi doña Clara en todo peregrina,
pues al sol escurece,
¡oh, luna!, menguará tu luz divina,
y si en cercos dorados resplandece
lo mucho que merece,
enojados verás, o en dos estrellas,
que libró su poder Cupido en ellas.
De ella llamado vengo: llamo (1) agora;
permita el claro cielo
que tarde eternos siglos el aurora,
para que sin temor (vano recelo)
halle mi mal consuelo
hablando a doña Clara, que es la vida
a quien la voluntad tengo ofrecida.

(*Sale* DOÑA CLARA *a la ventana.*)

D.ª CLARA. ¿Si habrá venido don Diego?

DIEGO. Ya abrieron una ventana.

D.ª CLARA. ¡Ce!, ¿sois vos?

DIEGO. ¡Oh soberana
ventura, que a hablaros llego!

D.ª CLARA. Don Diego, fuerza es guardar

(1) En el original dice "llama", que es errata; pero tampoco será muy acertada la enmienda que proponemos, aunque no hallamos otra mejor.

en nuestro amor tal recato;
que el cielo, contra mí ingrato,
me hace temer y dudar.
No sois aquí conocido;
podrán mi padre y hermano
teneros por cortesano,
o ya por noble fingido.
Pase nuestro amor así,
con prudencia y con secreto,
que yo hacer por vos prometo
lo que vos haréis por mí,
que es estimar vuestro amor
y agradecerle también.

DIEGO. Guarden los cielos, amén,
tal discreción, tal valor.
¿Pero no es mejor que escriba
a Burgos que estoy aquí,
porque en escribillo así
nuestra buena suerte estriba?

D.ª CLARA. ¿Cómo así?

DIEGO. Pienso escribir
que mi padre busque allá
quien al vuestro le dé acá,
por poder así vivir,
noticia de quien yo soy,
y que le escriba a un amigo
que me honre; este testigo
por bueno apoyando estoy.
Pues en saber vuestro padre
que soy noble caballero
mi dichosa suerte espero.

D.ª CLARA. Vuestro intento es bien me cuadre.

DIEGO. Lograráse nuestro amor,
y en conociéndome es llano
que me han de hacer vuestro herma- [no
y vuestro padre favor.

D.ª CLARA. Esta puerta siento abrir,
mi hermano será, sin duda.

DIEGO. Poco Fortuna me ayuda.

D.ª CLARA. Por fuerza me he de encubrir.

DIEGO. ¿Saldréis luego?

D.ª CLARA. No podré,
porque en esta calle es llano
que amanecerá mi hermano,
que tiene puesta su fe
en esta mujer que llama
Toledo *ilustre Fregona*.

DIEGO. Pues adiós.

D.ª CLARA. Adiós.

(*Vase.*)

DIEGO. Ya abona
el Amor mi ardiente llama.

(*Salen* DON PEDRO, ANTONIO *y un* MÚSICO.)

MÚSICO. ¿Está lejos?

D. PEDRO. No está lejos:
aquesta calle es, amigo,
de su hermosura testigo
y espejo de sus reflejos.

(*Salen* DON TOMÁS *y* PEPÍN, *por la otra puerta, y* DON DIEGO.)

D. TOMÁS. Aquí estará.

PEPÍN. ¿No le ves?

D. TOMÁS. ¡Ah, don Diego!

DIEGO. ¡Ah, don Tomás!

D. TOMÁS. Dejarme fué por demás;
vengo a buscaros. ¿Quién es
aquella gente?

DIEGO. Yo creo
que es don Pedro.

D. TOMÁS. Y yo sospecho
que el fuego que está en mi pecho
hará aquesta noche empleo.

DIEGO. Callad, que quieren cantar.

D. TOMÁS. ¡Estoy con dolor profundo!

PEPÍN. Aunque vea hundirse el mundo,
no he de hacer sino mirar.

(*Canta* MÚSICO.)

MÚSICO. Dos años ha que publico
mis amores infelices,
sola la noche escuchando
mi voz y mis quejas tristes.
Y dos años descuidado
de mi amor y de mí vive.
para escucharme eres áspid,
para responderme esfinge.
La luna enseña dudosa
la luz al mundo apacible,
y el sol su cara dorada,
siendo las nubes tapices.
Y siempre yo, desdichado,
estoy en servirte firme,
y tú, Constanza, constante
en rigores insufribles.
Mas ¡ay del triste
que entre desdenes olvidado vive!

D. TOMÁS. Si pasa más adelante
no pudiera esperar más.
¡Yo acometo!

DIEGO. Don Tomás,
¿no advertís que soy amante
de su hermana?

D. TOMÁS. Sólo advierto

que estoy, amigo, rabiando,
y que he de morir matando.

DIEGO. Que estáis sin sentido es cierto.
¿A un hermano de Costanza
sufrierais acaso vos
que yo le matara?

D. TOMÁS. ¡Ay, Dios,
que nada mi ingenio alcanza!
Mas sin duda me hará daño
si la cólera que tengo
no ejercito.

DIEGO. En eso vengo
por daros gusto, Avendaño.
Reñid vos con el criado
y yo con él reñiré,
que de mi destreza sé
que puedo estar confiado
de no dar ni recibir.

D. TOMÁS. Pues por vos al amo dejo.
Dad al criado consejo
que huya si quiere vivir.
Sacad luego las espadas.

(Riñen.)

D. PEDRO. Ocupa mi lado, Antonio.

ANTONIO. Sin duda son del demonio
tan terribles cuchilladas.

MÚSICO. Huyamos.

ANTONIO. Toma esa calle.

(Huyen los dos.)

D. TOMÁS. A tus criados imita.

D. PEDRO. Mi nobleza me acredita;
el puesto no he de dejalle.
Primero moriré en él
que volver un paso atrás.

DIEGO. ¡Teneos, teneos! ¿Dónde vas
que andas sobrado y cruel?
Pues sois, señor, caballero,
bien claramente sabéis
que en iros nada perdéis.

D. PEDRO. Primero la muerte espero.

DIEGO. ¿No veis que aquí somos tres,
los dos nobles, como vos?
Idos, don Pedro, con Dios,
que esto lo que importa es.
Por cortesía os lo pido,
y como amigo os lo ruego.

D. PEDRO. Voime a despedir el fuego
de Marte, no de Cupido.
Mas pésame que me hayáis
conocido y yo a vosotros
no.

DIEGO. De quién somos nosotros
con mucha razón dudáis,
pues no somos de Toledo.

D. PEDRO. A vos quedo aficionado.
Mandadme en todo.

(Vanse.)

DIEGO. Obligado
estoy.

D. TOMÁS. ¿Que sufrillo puedo?

PEPÍN. ¡Oh qué gusto es ver caer
a un hombre y estar seguro!
¡Qué gloria es mirar de un muro
un monte en llamas arder!
¡Qué lindo es mirar los moros
cercados, de tierra llana!
¡Qué lindo es de una ventana
ver alancear los toros!
¡Qué gusto es ver la carrrera
donde no os pise un caballo!
En ver el mar gusto hallo
desde la seca ribera!
¡Qué lindo es ver un torneo
desde una silla sentado,
ver a un necio despreciado,
si favorecen mi empleo!
Y sobre todo creed
que están las glorias cifradas
en el mirar cuchilladas
arrimado a una pared.

D. TOMÁS. Y tú, gallina, ¿qué esperas?
Si no riñes, ¿qué te burlas?

PEPÍN. Si soy al uso en las burlas
¿no es menester serlo en veras?

DIEGO. De casa el Corregidor
parece que sale gente
con luz.

D. TOMÁS. Que mi mal aumente
ordena esta noche Amor.

PEPÍN. Abierto el Mesón dejé;
éntrome en él el primero,
que a tal hora a un caballero
no es bien que le hallen a pie.

(Vase.)

DIEGO. Nuestra pendencia han oído.
Entremos.

D. TOMÁS. ¡Quieran los cielos
que tan excesivos celos
no me dejen sin sentido!

(Vanse, y salen dos pajes con hachas, el CORREGIDOR *y gente.)*

CORREG. ¿Qué hora será?

CRIADO. Juzgaría

yo, señor, que son las dos.
CORREG. ¿Oisteis acaso vos
cómo la casa se hundía
agora de cuchilladas?
CRIADO. Señor, sí.
CORREG. ¿Sabéis si está
en casa don Pedro ya?
CRIADO. Creo que no.
CORREG. ¡Qué pesadas
las obligaciones son
de los padres, pues que vengo
por solo un hijo que tengo
a tal hora a este Mesón!
Llamad a esa puerta luego,
pues tan tarde es cosa llana
el no ver persona humana.
¡A la desdicha que llego!
CRIADO. Abierta, señor, está.
CORREG. Entrad sin hacer ruído.
CRIADO. Suspenso estoy, sin sentido,
en ver en qué parará.

(*Vanse, y salen* PEPÍN, DON DIEGO *y* DON TOMÁS.)

PEPÍN. Ya han entrado en el Mesón;
pero no puede faltar
traza con que negociar.
¡Buen ánimo, corazón!
D. TOMÁS. Subíos arriba los dos.
Toma el broquel y la espada,
que pues soy de la posada
yo hablaré.
PEPÍN. ¡Válgame Dios!
DIEGO. Con todo, parto confuso.
PEPÍN. Si hoy escapa mi persona,
nunca *la ilustre Fregona*
me ha de ver amante al uso.
D. TOMÁS. Caballeros, ¿qué se ofrece
a tal hora?
CRIADO. ¿Desta casa
sois el huésped?
D. TOMÁS. Criado soy.
CRIADO. Aquí está un criado.
CORREG. Y basta.—
Decid a vuestro amo luego
que el Corregidor le aguarda;
que se vista y venga aquí.
D. TOMÁS. Voy, aunque confusa el alma
CORREG. Oíd; decilde también
que a la que en Toledo llaman
la ilustre Fregona diga
que se vista y que aquí salga.
D. TOMÁS. Voy al momento.—Ya es cierta
con mi muerte mi desgracia,
pues viendo el Corregidor
que su hijo por Costanza
está perdido, sin duda
querrá a un convento llevarla
para que olvide su amor.
¡Mi desventura es extraña!
(*Vase.*)

CORREG. Quise venir a esta hora
porque no diga la fama
que pensamientos humildes
de mi hijo me contrastan.
Que el que le viere que tiene
voluntad apasionada
a una mujer de un mesón,
pondrá en mi nobleza mancha.
Y el padre que se introduce
para corregir las faltas
de su hijo, es justa cosa
que con secreto lo haga.
Yo soy pública persona,
y quise en hora tan cauta,
con secreto y con prudencia,
informarme desta causa.
Por esto vine al Mesón,
de pena el alma cercada,
de confusión la memoria,
pues mil temores la asaltan.

(*Sale* DON TOMÁS *con un candelero,* COSTANZA *y el* HUÉSPED.)

HUÉSPED. No temas.
COSTANZA. Pues que yo estoy
libre, todo importa nada.
HUÉSPED. Aquí a servirte salimos
entrambos.
CORREG. ¡Belleza extraña!—
Huésped, sólo quise ver
a esta mujer, tan nombrada
aquí en Toledo, y ya he visto
que dice poco la fama,
y casi excuso a mi hijo.
COSTANZA. Pues, señor, si no me manda
otra cosa en que le sirva,
yo me voy.
CORREG. Acompañadla
hasta que entre en su aposento,
y quedaos en esta sala
sin que entre persona alguna
aquí.
COSTANZA. Don Tomás del alma,
¿qué turbación en tu pecho

esta confusión levanta?
D. TOMÁS. Tan extraña es, que no puedo
con palabras declaralla.
COSTANZA. No temas, que tuya soy.
D. TOMÁS. En ti tengo mi esperanza.
COSTANZA. Confía en mi amor.
D. TOMÁS. ¡El cielo
sosiegue tanta borrasca!

(Vanse, y queda el CORREGIDOR *y el* HUÉSPED.)

CORREG. Huésped, a mí me parece
que es esta vuestra criada
el extremo de hermosura.
HUÉSPED. Con nombre impropio la llamas.
No es mi criada, señor.
CORREG. ¿Pues quién es?
HUÉSPED. Historia larga
y secreta me preguntas.
CORREG. Decidla, que os doy palabra
que eternamente en mi pecho
estará, huésped, aguarda.
HUÉSPED. Pues advierte.
CORREG. Mil sospechas
da el entendimiento al alma.
HUÉSPED. Veinte años habrá, señor,
que una hermosísima dama
en forma de peregrina
llegó a posar a esta casa.
Venía en una litera,
y en un coche tres criadas,
seis criados en seis mulas,
con otras cuatro de carga.
Díla (porque así lo quiso)
en una apartada cuadra
lugar donde aposentarse,
y en ella puso la cama.
Noté que los seis criados
a verla jamás entraban,
y las tres mujeres solas
cuidaban de regalarla.
A un criado pregunté
por su nombre y por su patria,
y respondióme que el nombre
saberle no me importaba;
que de Castilla la Vieja
era, y que entonces pasaba
a Guadalupe, por voto
que hizo a la Virgen Santa,
porque había algunos meses
que una hidropesía extraña
amenazaba su vida,
a quien la ciencia no aguarda.
Díjome más: que era viuda
y que muy rica quedaba,
aunque sin hijos, y quiso
descansar en mi posada
del cansancio del camino,
que como era regalada
le sentía extrañamente,
y no supe más palabra.
Hasta que de allí a tres días
salió una vieja criada
y a mi mujer y a mí juntos
ir nos mandó a visitarla.
Entramos para servirla
y cerrar la puerta manda,
quedando las tres mujeres
y nosotros en la sala.
Sentóse en la cama luego,
y dijo aquestas palabras,
bañando en perlas sus ojos,
si no en aljófar su cara:
—Amigos (dijo), los cielos
son testigos que en la causa
por quien peregrina voy
fuí ofendida, no culpada.
Yo estoy preñada, y tan cerca
del parto, que ya me asaltan
los dolores, que a mi vida
con evidencia amenazan.
Estas tres mujeres saben
de mi boca mi desgracia,
que no quise ni pudiera
de aquestas tres ocultarla.
Por excusar las visitas
si me fingía en mi patria
enferma, este voto hice,
teniendo en él confianza;
y también porque partiendo
así fuera de mi casa
será imposible saber
el parto que me amenaza.
Salid a buscar, amigo,
con cuidado y vigilancia,
quien dé el pecho a lo que el cielo
me diere en esta posada.—
Muchas otras cosas dijo,
que las dejo por ser largas
de contar. Al fin nos dió,
en un bolsillo de nácar,
doscientos escudos de oro,
y mi mujer, ya turbada,
tomólos, sin advertir
en razones cortesanas.

Salí de mi casa, y luego
busqué una mujer que estaba
recién parida, y con ella
me concerté de llevarla
lo que pariese la que era
cuanto hermosa desdichada,
cuanto discreta infeliz
y cuanto señora humana.
Volví a mi casa, y el cielo,
que nunca a nuestro bien falta,
quiso que cuando la noche
en mudo silencio estaba
pariese la peregrina
a una estrella, mas no al alba
cuando sobre el mar hermosa
por los cielos se dilata.
Luego en pariendo, entré a verla;
tomé la niña, que estaba
en sus mantillas envuelta,
y la madre, apasionada,
la besó y su bendición
dióla, y las piedras lloraban
viendo que dejaba así
a su madre regalada.
Llevéla donde ya he dicho,
saliendo la hermosa dama
de allí a ocho días a ver
de sus criados las caras,
llevando un bulto conforme
al que antes así llevaba,
el cual después, poco a poco,
deshizo con vigilancia.
Prosiguió al fin su camino,
gastando veinte jornadas
hasta volver a Toledo,
y ya en este tiempo estaba
dada a criar por mi orden,
en un aldea cercana
de aquí, la niña, a quien quiso
su madre llamar Costanza.
Volvió, pues, la peregrina
de su achaque casi sana,
y cerrándome en secreto
su hija y su honor me encarga.
Dióme de oro una cadena,
quitó seis trozos al darla,
y con aquéllos me dijo
que de industria se quedaba,
para enviar por la niña
con señas tan señaladas,
siempre encargándome triste
su hija, parte del alma.
También cortó un pergamino
todo en ondas, a la traza
que miramos nuestros dedos
si unos con otros se encajan,
que si escribimos sobre ellos
una razón cortesana,
en estando divididos
no se entiende ni se alcanza,
porque quedando las letras
unas de otras apartadas
no pueden formar razón
hasta volver a juntarlas.
Desta suerte estaba escrito
el pergamino, y cortadas
las letras dióme una parte
y la otra quiso llevarla,
y díjome que no diese
a ninguno la muchacha
si no fuese a la persona
que me trujese a mi casa
los seis trozos de cadena
que ella consigo llevaba,
y aquel pergamino, que era
del que yo tenía el alma.
Y que juntando estas cosas
yo solo antes de dallas
mirase bien si unas y otras
sin engaño conformaban,
y la diese conformando.
Y en las últimas palabras
me encargó que si crecía
la hermosa niña en mi casa,
que no la dijese el modo
con que merecí crialla
ni cómo había nacido,
y que su nombre y su patria
me encubría hasta su tiempo.
Dióme las señas, contadas
en una pequeña arquilla
de ébano y marfil labrada,
y más quinientos escudos,
y fuése dejando el alma,
cuando de confusión llena,
de suspensión admirada.
Pasó en la aldea que he dicho
sus dos años mi Costanza;
trújela después vestida
como su madre gustaba.
Veinte años ha que la tengo
aguardando mi esperanza,
los diez pensando que en ellos
por esta prenda enviaran.

Las esperanzas perdí,
y así yo quiero casarla
y darla dos mil escudos,
pues para mi hija bastan
otros cuatro mil que tengo.
Sólo agora, señor, falta
que os refiera sus costumbres,
que son, cuanto humildes, altas:
Ella labra bien y escribe,
es discreta y recatada;
ya habéis visto su hermosura,
que sólo mirarla encanta.
El señor don Pedro, que es
vuestro hijo, probó a darla
mil músicas, pero ella
jamás salió a la ventana.
Otros mil grandes señores
han venido a mi posada
por verla, y se fueron muchos
sin poder mirar su cara.
Esta es la historia, señor,
tan gustosa cuanto larga,
de la que *ilustre Fregona*
a voces nombra la fama.
Ved lo que mandáis agora,
porque mi vida y mi casa
os ofrezco, con que yo
tengo guardada a Costanza.

CORREG. El más notable suceso,
huésped, es que oí en mi vida;
que está el alma suspendida
de lo que he oído os confieso.
Guardad la cadena rica
y el pergamino guardad,
y sobre todo mirad
con quien Costanza platica.
Guardadla; así os guarde Dios.
Un convento he de buscar
donde la pueda llevar.
Adiós.

HUÉSPED. El vaya con vos.

(*Vanse, y salen* DON TOMÁS *y* PEPÍN.)

D. TOMÁS. Amigo, yo estoy confuso;
y pues que ya viene el día
dile a Costanza que espía
fuiste, siendo amante al uso.
Pero que la verdad es
que en todo eres mi criado,
que me saque de cuidado,
pues da mi nave al través
entre las ondas de Amor
y un aire que hundilla intenta,
porque es en esta tormenta
el viento un Corregidor.
Que te diga lo que habló
con el huésped encerrado,
pues ya se lo habrá contado.

PEPÍN. ¿Quién tal desventura vió?
¿Qué apostaremos, señor,
que si digo lo que he sido
que por ser loco fingido
me agarra el Corregidor
y que me manda imprimir
lo que los dos hemos hecho
en el envés deste pecho?

D. TOMÁS. ¡Ya no te puedo sufrir!
¿Cuando ves que estoy rabiando
y entre mil dudas poniendo,
estás temores fingiendo
y desdichas anunciando?
Parte luego a lo que digo,
si no quieres por mis brazos
quedar hecho mil pedazos
y ser de mi mal testigo.

PEPÍN. Digo que voy al momento.—
¡Loco está, por vida mía,
y aunque es apenas de día
yo quiero darle contento!
Si salgo deste cuidado
no pienso servirle más,
y serviré a Barrabás
antes que a un enamorado.
(*Vase.*)

DON TOMÁS.

Sale el sol por el cielo luminoso
las nubes pardas de oro perfilando,
y con su luz los montes matizando
lustra el campo su zafir hermoso.
Llega a nuestro cenit, pero, invidioso,
el suelo está vapores exhalando,
y la región del aire condensando
impide al sol el esplendor lustroso.
Del propio modo a mí me ha sucedido,
pues que mirando el sol de mi Costanza
pensé gozar su luz resplandeciente;
pero el Corregidor la nube ha sido
que ocupó la región de mi esperanza,
dejándome sin luz eternamente.

(*Sale* PEPÍN.)

PEPÍN. ¡Señor, ya somos perdidos;
salte luego desta casa!

D. TOMÁS. Dime luego lo que pasa.

¡Acaba!

PEPÍN. ¡Estoy sin sentidos!

D. TOMÁS. ¡A tanto mal y cuidado
en vano, cielo, resisto!

PEPÍN. Con éste, los que tú has visto
son tortas o pan pintado.

D. TOMÁS. ¡Di lo que pasa!

PEPÍN. ¡Ay de mí!

D. TOMÁS. Cobre aliento tu valor.

PEPÍN. Lo que ha pasado, señor,
es que al punto que salí
vi que dos hombres de a pie
a nuestra puerta esperaban,
un coche, que le tiraban
seis mulas, y las conté.
Otras tres miré, y en ellas
tres maletas y tres hombres;
del coche, porque te asombres,
vi bajar a tres doncellas,
y dentro, de los reflejos
descubrí de una señora.
Lo que tu suerte empeora
es que bajaron dos viejos.
Todos juntos han entrado,
por tu mal, en el Mesón.

D. TOMÁS. Pues dime presto quién son,
que estoy de esperar cansado.

PEPÍN. De Burgos el coche es
y la doncella que vi,
y a un criado conocí,
que también es burgalés.
La dama, porque te cuadre,
es prima de tu don Diego,
y el un viejo digo luego
que de don Diego es el padre.
Y el otro viejo, señor,
es tu padre, y he pensado
cómo el cielo ha declarado
ya contra ti su rigor.
Y si en un día tal pasa,
si dos estamos espero
hoy que tu linaje entero
vendrá a posar a esta casa.

D. TOMÁS. Avisa presto a don Diego,
y tú y él cerraos al punto;
no os vean, que viene junto
un diluvio en que me anego.
Ve luego, que es importante.

PEPÍN. Este mesón inhumano
no es Mesón del Sevillano,
sino mesón de Atalante.

(*Vase.*)

D. TOMÁS. También quiero, diligente,
encerrarme en mi aposento.
No ver a Costanza siento
y triste parto.

(*Salen* COSTANZA *y* INÉS.)

COSTANZA. Detente.
¿Adónde, mi don Tomás,
caminas con tal cuidado?
Dime presto qué ha pasado,
dime luego dónde vas.

DON TOMÁS.

La tierra como el cielo riguroso
contra ti y contra mí se han conjurado;
dejar esta posada es ya forzoso
que así lo ordena mi infelice hado.
Si merecí algún día ser dichoso,
si merecí algún tiempo ser amado,
te suplico que adviertas que te adoro,
que por ti muero y por tu causa lloro.
Ese coche, señora, que ha venido
de Burgos es, y en él mi padre viene:
si soy en este traje conocido
mi desdicha sin duda se previene.
Y pues Fortuna tan ingrata ha sido,
antes que alguno mi humildad condene,
no causando a mi padre mil enojos,
quiero ausentarme de sus linces ojos.
Pregunta, mi Costanza, a los criados
si es don Juan de Avendaño el que te dijo
que era mi padre el alma sin cuidados;
también podrás saber si soy su hijo,
y viendo mis blasones confirmados
he de gozar eterno regocijo,
pues sabrás que traté verdad contigo,
como lo es el amor con que te obligo.
De nuevo torno agora a confirmarte
lo que ofrecí de ser tu amado esposo,
y pues mereció el alma procurarte
si alcanzaré tal bien, seré dichoso
y trazaré para poder hablarte.
Yo parto confiado, cielo hermoso,
a padecer este tormento amargo,
y la memoria de mi amor te encargo.

(*Vase.*)

COSTANZA. Oye, don Tomás, advierte...;
pero no, escóndete luego,
aunque en no verte ya llego
a sufrir injusta muerte.

INÉS. ¡No he visto tal confusión
en mi vida en esta casa!

COSTANZA. Inés, lo que ves que pasa,
desdichas contra mí son.
Veinte años viví segura,
y miro de ayer acá
que cierta mi muerte está
como incierta mi ventura.
¿Qué puedo hacer?

(*Sale el* HUÉSPED.)

HUÉSPED. No podré
hoy a Tomás despedir,
pues gente veo acudir;
pero mañana lo haré.
¿Habéis visto a Tomás Pedro?
INÉS. Por la puerta salió agora.
HUÉSPED. Si no está en casa a esta hora,
bien con el criado medro.
Yo habré de dar la cebada.
Costanza, vete, que viene
tal gente, que apenas tiene
lugar en nuestra posada.
No salgas de tu aposento.
COSTANZA. Norabuena. Advierte, Inés,
que si a Tomás Pedro ves
le digas mi pensamiento,
y que en no verle confusa
tengo el alma dentro el pecho.

(*Vase.*)

INÉS. El daño que Amor ha hecho
bien se dice y mal se escucha.

(*Vase.*)

HUÉSPED. Mas, ¿qué será la ocasión
que los que se han apeado
en otro coche han entrado
y se salen del Mesón?
Mas un viejo viene aquí
de los que se apearon.

(*Salen* DON JUAN DE AVENDAÑO *y un criado, y prosigue el* HUÉSPED.)

¿Por qué mi casa dejaron
cuando servir entendí
a tan grandes caballeros?
D. JUAN. Huésped, el Corregidor,
con su prudencia y valor,
siempre honró los forasteros.
De su balcón ha mirado
el coche que aquí paró,
y a un su amigo conoció
y por todos ha enviado.
Forzoso fué obedecer,
y así nos vamos allá.
HUÉSPED. Desdicha mía será,
pues no os pude merecer.
Pero vos, ¿qué me mandáis?
D. JUAN. Don Juan de Avendaño soy,
y vengo a Toledo hoy
por lo que vos no pensáis.
HUÉSPED. ¿Cómo?
D. JUAN. Mi amigo don Diego,
que es el que viene conmigo,
quiere hablaros, y así digo
que paséis a verle luego.
En cas del Corregidor
está, como ya sabéis.
HUÉSPED. Pero desto qué entendéis,
¿díceos lo que es esto Amor?
D. JUAN. Id al momento.

(*Vase.*)

HUÉSPED. Ya voy.—
Si es lo que mi ingenio alcanza
y el negocio es de Costanza,
¡el dichoso infeliz soy!

(*Entra el* HUÉSPED, *y vuelve a salir con un cofrecillo, en que ha de venir el pergamino y la cadena. Salen* DON DIEGO, *y el* CORREGIDOR, DON JUAN *y un criado con otro cofrecito, en que han de venir los seis trozos y el pergamino, y salen* DON PEDRO *y* ANTONIO *y* DOÑA JUANA *y* DOÑA CLARA.)

HUÉSPED. Ya estoy aquí para ver
lo que me mandáis.
D. JUAN. Don Diego,
éste es el huésped.
ANTONIO. Hoy llego
ya no a dudar, a temer.
CORREG. ¿A este hombre buscáis?
D. DIEGO. Al mismo.
HUÉSPED. ¿Pues qué me mandáis, señor,
que me ha puesto ya el temor
casi en un profundo abismo?
D. DIEGO. Yo vengo, amigo, a quitaros
una rica prenda mía.
HUÉSPED. ¡No en vano el alma temía
luego que empecé a miraros!
Decid la prenda que tengo.

(*Saca* DON DIEGO *el pergamino y los trozos.*)

D. DIEGO. La cadena y pergamino
que aquí miráis imagino
que os mostrarán por quién vengo.
CORREG. ¿Sin duda que es Costanza?
D. DIEGO. Por la misma.

HUÉSPED. Aquí también
traigo las señas por quien
Costanza su dicha alcanza.
Que como anoche os conté
la historia y hoy me han llamado,
mi memoria ha renovado
lo que algún tiempo esperé.
Y así lo que es presumí,
y porque me satisfaga
mandad, señor, que se haga
la prueba luego.
CORREG. Advertid
que es noble quien esto dice.
D. DIEGO. No, señor, hágase luego.
CORREG. A enlazar los trozos llego.
En nada, huésped, desdice
un pedazo de otro; agora
miremos el pergamino.
D. PEDRO. Sin duda el cielo divino
mi suerte y mi amor mejora.
Antonio, noble es Costanza:
mi buena dicha prevengo.
D.ª CLARA. ¡Notable admiración tengo!
D.ª JUANA. Su buena ventura alcanza.
D. JUAN. Leed la cifra dichosa,
ya está el pergamino igual.
CORREG. Y dice: "Esta es la señal
verdadera."
D. JUAN. ¡Y ingeniosa!
D. DIEGO. Id por Costanza al momento.
HUÉSPED. Con tus criadas, señora,
afuera la dejé agora.
Por ella salgo.

(*Vase.*)

D. PEDRO. Ya siento
mejorarse mi esperanza.
ANTONIO. No hay hombre más venturoso
que tú.

(*Salen el* HUÉSPED *y* COSTANZA.)

COSTANZA. ¿A qué? (1)
HUÉSPED. Llega luego.
COSTANZA. Llegaré
sólo porque a vos le cuadre.
CORREG. Esta es Costanza.
D. DIEGO. ¡Hija mía,
dame los brazos!
COSTANZA. ¿Qué es esto?
¡Deteneos!
D. DIEGO. Ya es manifiesto
tu recato y cortesía.
Mira que tu padre soy.
COSTANZA. ¿Esto, señor, es verdad?
HUÉSPED. Sí, hija; llegad, llegad.
COSTANZA. ¡Corrida y confusa estoy!
D.ª JUANA. Prima, dadme vuestros brazos,
pues sólo a serviros vengo.
COSTANZA. A superior dicha tengo
que me mandéis.
D.ª CLARA. Mis abrazos,
señora doña Costanza,
que aunque os tuve por vecina
no vi vuestra peregrina
belleza.
COSTANZA. Si tal alcanza
mi humildad, sólo el serviros
ofrece.
D. PEDRO. Gocéis, señora,
vuestro padre, y digo agora
que admitáis ya mis suspiros,
pues veis que somos iguales.
COSTANZA. Guárdeos el cielo.
CORREG. Mil años
gocéis estos desengaños.
COSTANZA. Siempre serán inmortales
en serviros mis cuidados.
CORREG. Decidnos, pues, la tardanza
y el no venir por Costanza
en veinte años ya pasados.

(*Salen* DON TOMÁS, DON DIEGO *y* PEPÍN.)

DIEGO. No paséis más adelante.
PEPÍN. De aquí podemos oír.
D. TOMÁS. Nada pude prevenir
a hora tan importante.
D. DIEGO. Yendo un día siendo mozo
a caza, en un verde llano
vi una mujer que sus pies
flores daban a los campos.
Era negro su vestido,
su hermosura del sol claro,
mostrando con su presencia
mucho brío y pocos años.
Enamoréme de suerte
que la di, todo turbado,
razón de mi amor, y en suma
merecí tocar su mano.
La soledad y ocasión
me hicieron en todo osado,
cuando a la dama el temor

---

(1) Este pasaje, como se ve, está muy corrompido, pues faltan bastantes versos y quizá se han puesto palabras inútiles.

la puso grillos helados.
Quiso huír, pero no pudo;
y en suma, en un breve rato,
quedó ofendida, y quedé
con vitoria entre sus brazos.
Díjome luego quién era,
y entre árboles intrincados
me llevó a una casa suya,
que era del monte palacio.
Supe que era viuda, y luego
que era noble; el cielo santo
ordenó que la dijese
cómo yo estaba casado.
No así en sintiendo ruido
tal parte el ligero gamo
entre encinas, que le ofrecen
como fama nombre al prado,
como salió la señora
desocupando mi lado.
Cerró la puerta tras sí,
después sentí cerrar cuatro.
Estando triste y suspenso
vi subir a dos criados,
a los cuales di razón
cómo me perdí cazando,
y que viendo aquella casa
entré a mirarla admirado,
si bien dentro las paredes
hallé sin telas ni cuadros.
Dijéronme que era muerto
su dueño no había un año,
y con esto despedíme,
cuanto confuso, turbado.
Volví mil veces después,
y no vi jamás los rayos
que encendieron en mi pecho
fuego que me duró tanto.
En tres años nunca pude
verla, y al fin ordenaron
los cielos que ella muriese,
causando a los montes llanto.
Y al cabo de tantos tiempos,
cuando en mí estaba olvidado
lo que tengo referido,
de una aldea me llamaron
habrá como un mes, y hallé
un hombre que, agonizando,
daba en una cama rica
fin a sus cansados años.
El cual me dijo que fué
el criado más privado
de la señora que he dicho,
y que ella murió en sus brazos,
y le encomendó que luego
me diese un papel cerrado
y una arquilla, que tenía
más de veinte mil ducados.
Y que él, viendo aquel dinero,
quiso en su hacienda emplearlo
cuando murió la señora,
de la codicia engañado.
Pero ya que se moría,
arrepentido y llorando,
me lo daba, y el papel,
y dentro el cofre cerrado
la cadena y pergamino
dióme su mujer, temblando,
todo lo que tengo dicho
y fuíme de allí admirado.
Abrí el papel, y decía:
"Esos veinte mil ducados
son el dote de una hija
que tuve vuestra; tomaldos,
que en Toledo la hallaréis,
en casa del sevillano,
un famoso mesonero,
y tendrá como tres años.
El pergamino y cadena
son señas que yo he dejado
para que la den por ellas,
y guárdeos el cielo santo."
Un mes ha que supe aquesto,
y con don Juan de Avendaño
y mi sobrina he venido
por mi Costanza volando.
Al fin a mi hija hallé,
después de tiempo tan largo.
¡Ay, Costanza de mi vida,
dame otra vez esos brazos.

CORREG. ¿Hay tan notable suceso?
D.ª CLARA. ¿Hay suceso tan extraño?
DIEGO. Costanza es mi hermana, amigo
D. TOMÁS. Mi dicha, don Diego, aguardo.
CORREG. Don Diego, mi hijo don Pedro
a Costanza ha procurado
mucho tiempo sin saber
quién era, y pues ha ordenado
el cielo que noble sea,
dádsela, que yo señalo
seis mil ducados de renta
a don Pedro.
D. DIEGO. En ello gano.
D. PEDRO. ¿Hay hombre tan venturoso?
D. TOMÁS. ¿Hay hombre tan desdichado?

D. DIEGO. Dale la mano, Costanza.
COSTANZA. ¡Ay de mí!
D. TOMÁS. ¡De pena rabio!
COSTANZA. Señor...
D. DIEGO. ¿Qué dudas?
COSTANZA. Advierte
que tengo dada la mano.
D. DIEGO. ¿A quién? ¡Acaba; di presto!
HUÉSPED. Hija, ¿a quién?
D. TOMÁS. Mi suerte aguardo.
COSTANZA. A Tomás Pedro.
D. TOMÁS. ¡Eso sí!
CORREG. ¿Quién es Tomás Pedro?
HUÉSPED. El llanto
no me deja que lo diga.
D. DIEGO. ¡Decidlo presto, volando!
COSTANZA. Un caballero es.
D. PEDRO. Señor,
de la posada es criado,
según Antonio me ha dicho.
D. TOMÁS. Quien dijere no te igualo,
o no me conoce, o miente.
D. JUAN. ¡Hijo!, ¿aquí?
D. DIEGO. ¿Qué estoy mirando?
D. PEDRO. ¿Quién puede ser?
D. DIEGO. ¿En Toledo
vos, don Tomás de Avendaño?
D. TOMÁS. En Toledo.
DIEGO. Y yo también.
D. DIEGO. ¡Hijo don Diego, los brazos
me da luego, y a tu hermana!
DIEGO. Todo, padre, lo he escuchado.
COSTANZA. ¿No sois del amante al uso
criado vos?
PEPÍN. Es engaño,
que sólo a don Tomás sirvo.
D. TOMÁS. Yo, don Diego, enamorado
de vuestra Costanza, fuí
del Mesón del Sevillano
mozo, y si merezco ser,
por ser rico y ser honrado,
por ser noble y ser igual,
su esposo, con dulces lazos
el casamiento hará eterno
el amor que publicamos.
D. DIEGO. Costanza, ¿qué dices desto?
COSTANZA Que a don Tomás de Avendaño
quiero bien.
CORREG. Los dos son nobles
y los dos son mayorazgos;
pero pues a don Tomás
queréis y yo no he alcanzado
el mereceros por nuera,
dadle, señora, la mano.
COSTANZA. ¡Con ella el alma y la vida!
D. JUAN. Siempre a los dos os juzgamos
en Italia.
DIEGO. Ya sabréis
después un suceso extraño,
y agora pretendo, humilde,
sólo, señor, suplicaros
que merezco a doña Clara.
CORREG. En dárosla mucho gano.
D.ª CLARA. ¡Yo soy dichosa!
D. DIEGO. Don Pedro,
no es bien quedéis mal logrado:
pues doña Juana es hermosa,
sed su esposo.
D. PEDRO. Yo consagro
a su voluntad mi vida.
D.ª JUANA. De la propia suerte pago.
PEPÍN. Casarse tantos, por Dios,
que lo hace el agua del Tajo.
CORREG. Contentos quedamos todos.
D. TOMÁS. A Pepín doy mil ducados;
y aquí a *La ilustre Fregona
y amante al uso* fin damos.

LA INGRATITUD VENGADA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

DON FERNANDO BERMUDEZ Y CARVAJAL

La ingratitud vengada es el título desta comedia que presentan a v. m. mi amor, mi obligación y mi deseo; dichosa fué Luciana en esta fábula, que en su verdadero original debió de ser historia, pues se vengó de Octavio en la ingratitud que muestra su discurso: que no hay felicidad mayor que tomar venganza de un ingrato, cuando la ofrece él mismo. De suerte que, sin poner las manos ni perder la nobleza, queda satisfecha la culpa de su agravio; pero pasando de los ejemplos de la voluntad a los del servir, nos responde Plauto que el beneficio es pluma y la ofensa plomo. De la patria, Sabélico con Milciades y Sócrates; esto en Atenas con sabios, que con sus capitanes fué Roma ingratísima con Escipión y Camilo. No se vengaron éstos, que a los unos dió valor para las injurias la Filosofía, y a los otros la fortaleza de ánimo. Materia es ésta de que apenas en los siglos pasados se hallarán los ejemplos que en el presente. Los altos se quejan como los humildes; debe de ser que nos toca más en los oídos la razón y el sentimiento. Sólo quiero advertir a v. m. la opinión de un sabio que tenía por linaje de ingratitud dar gracias del beneficio al verdadero amigo, cosa nueva y extraña a la primera vista; pero penetrando el alma desta sentencia parece que es tener en poco al que hace el bien no creer de su amistad el gusto con que le hizo de su generoso ánimo la liberalidad. Lea v. m. esta ingratitud, pues aunque es don tan pequeño, muestra, por lo menos, que yo no lo soy, si alguno por lo sutil no se valiese de la equivocación diciendo que quien da ingratitud es ingrato; pero por eso la doy vengada, que es beneficio. Dios guarde a v. m.

Su capellán y amigo,
LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

OCTAVIO.	BARBOSO.
LUCIANA.	MATAMOROS.
FELINA.	CESPEDOSA.
TANCREDO.	ALEJO.
MAURICIO.	BELARDO.
LISARDA.	RODRIGO, *lacayo.*
CORCINA.	TREBACIO.
TRISTÁN.	*El* MARQUÉS.
Un PICADOR.	*El* PRÍNCIPE.
Un ALGUACIL.	*Un* ESCRIBANO.
GARRANCHO.	BALBOA.

Representóla Osorio, el autor antiguo.

ACTO PRIMERO

(*Salen* OCTAVIO *y* LUCIANA *tirándole de la capa.*)

OCTAVIO. Suelta la capa, Luciana,
no me hagas tal agravio.
LUCIANA. ¡Suéltame tú el alma, Octavio!
OCTAVIO. ¡Iréme por la ventana
a arrojarme, vive Dios!
¡Déjame, loca!
LUCIANA. Helo sido
sólo en haberte querido.
OCTAVIO. Harto lo somos los dos:
yo en escuchar tus locuras
y tú en sufrir mis verdades.
LUCIANA. A prueba de tus maldades
has hecho mil desventuras.
¿Piensas que he pensado yo
que nunca bien me quisiste?
OCTAVIO. Si lo pensaste, mentiste.
LUCIANA. ¿Y tú no has mentido?
OCTAVIO. No;
siempre te he dicho verdad,
y ahora vuelvo a decilla:
que nunca, o por maravilla,
te he tenido voluntad;
que esa poca que te tuve
ha sido de obligación,
y no de amor y afición,

que siempre sin ella estuve.

LUCIANA. ¿Pues piensas que te atrevieras
a revestirme ese engaño
si de mi amoroso daño
tantas pruebas no tuvieras?
A la fe, Octavio, bien sabes
con quien lo has, que soy yo
una mujer que te dió...

OCTAVIO. ¿Qué me has dado? No te alabes,
que favorecer a un hombre,
pudiéndolo bien hacer,
es oficio de mujer.

LUCIANA. No, a lo menos de mi nombre.
Deshonor y liviandad
de mujeres de ruin trato
ofenden mucho el recato
de mi honor y calidad.

OCTAVIO. ¿Esto tengo de sufrir?
¿A aquesto Octavio ha venido?
¿Puede un hombre bien nacido
tales palabras oír?
¡Yo soy hidalgo! ¡Yo soy
Octavio! ¡Yo soy Octavio!
¡Las manos me muerdo y rabio
de ver que en tu casa estoy!
¡No más, Luciana, no más,
que todo cuanto me has dado
recebí como soldado,
no de otra suerte jamás!
Que unas ligas, y una banda,
y una sortijuela ruín,
y una gala, gala en fin,
que es todo un poco de randa,
no son cosas que en amor
hacen menos liberales
las mujeres principales
que dan a un hombres favor.
¡Estarás muy empeñada
por dos camisas de lienzo,
que decirlo me avergüenzo,
y una cuera acuchillada!
Mira que dos mil ducados
pone en principio de cuenta,
pues que los tiene de renta
y yo en la tabla jugados.
Ahí tengo mi ventaja,
¡gracias a Dios que ésta es mía!
Que ya desde Alejandría
me está llamando la caja,
sin estarme aquí encerrado
tres días en una cuadra,
pudiendo llevar mi escuadra
favorecido y honrado.
Que allí sé que me darán
mis quince escudos, y doce
de mi ventaja que goce,
sin cuatro del capitán;
con lo demás de un criado,
sin otras mil circunstancias:
juegos, boletas, ganancias,
de un hombre de bien soldado.
¡Vive Dios de no te oir
otra vez tus libertades!

LUCIANA. Vuelve, inventor de maldades,
¿adónde te quieres ir?

OCTAVIO. A Italia, a un presidio a estar
sin esperar tu merced,
que no eres piedra o pared
que me puedes sustentar.
Pensé, como verde yedra,
crecer por tu muro asida;
pero no podré en mi vida
subir por tu dura piedra.

LUCIANA. Díjete yo que te daba...
¿No ves que decir quería
que te daba el alma mía,
que la mandes como esclava?

OCTAVIO. Esto es hecho; no hay remedio.
Quédate adiós.

LUCIANA. No podrás,
que un gusto que priva más
se te ha de poner enmedio.

OCTAVIO. ¿En celos damos ahora?
¡Esto faltaba, por Dios!

(*Vase* OCTAVIO *y sale* FELINA.)

LUCIANA. Iremos juntos los dos.—
Oyes, Felina.

FELINA. Señora.

LUCIANA. ¿Qué hacen esas doncellas?

FELINA. Los cuellos que ayer las diste
del señor Octavio.

LUCIANA. ¡Ay, triste,
cánsome en balde con ellas!
Ya es ido el señor Octavio;
haz que dejen la labor.

FELINA. ¿Lloras, señora?

LUCIANA. ¡Ay, traidor,
nacido para mi agravio!
¿A Italia te vas, cruel?

FELINA. ¡No llores, señora, tanto,
que harás que me ahogue en llanto
y que me vaya tras él.

LUCIANA. Felina, yo estoy de suerte

por este Octavio rendida,
que si se va con mi vida
quedo en brazos de la muerte.

(*Entra* TANCREDO, *criado del* PRÍNCIPE.)

TANCREDO. El Príncipe viene a verte,
y me ha enviado a pedir
licencia.

LUCIANA. Podéis decir...;
pero decid desta suerte...
Mas no quiero despedirle,
que es persona de valor.
Decidle a vuestro señor
que ya salgo a recibirle.

TANCREDO. El sube ya la escalera.

(*Entra el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. ¿Pues viene vuesa merced
con tal gusto a recibirme?

LUCIANA. No he podido resistirme
a tan notable merced.
¡Hola!, arrastrad unas sillas.—
¿Vuestra Señoría está bueno?

PRÍNCIPE. Traigo un poco de sereno.

LUCIANA. ¿He de volver a pedillas?

(*Traen dos sillas; siéntanse ella y él.*)

PRÍNCIPE. Paréceme que ha llorado,
que en los ojos se lo veo.

LUCIANA. Lloraba cierto deseo
que se murió malogrado.
Pero luego que venistes
los ojos se me alegraron,
y sólo en ellos quedaron
algunas reliquias tristes.

PRÍNCIPE. Si el deseo [es] de las cosas
que no llegan a imposibles,
para todas las posibles
tengo fuerzas poderosas.
El Fénix de Arabia estése
en el lugar que se abrasa:
pedid en toda mi casa
de lo que posible fuese.
Que si es cosa que el dinero,
la voluntad y el mandar,
la solicitud y el dar,
el crédito caballero
pueden hallar en el mundo,
hallarlo puedo mejor
que otro vuestro servidor,
porque en lo que soy me fundo.

LUCIANA. Los pies, mi señor, os beso
por una merced tan grande.

PRÍNCIPE. Veráse en lo que me mande
de mi afición el exceso.
Y por agora se diga
de lo que ha sido el antojo.

LUCIANA. No fué antojo, sino enojo.

PRÍNCIPE. Eso tanto más me obliga.
Que lo que yo os prometí
con segura confianza
entra también la venganza,
que podéis fiar de mí.
¿Quién es el que os ha ofendido?

LUCIANA. No es de quien puedo vengarme.
No quiero más de quejarme.

PRÍNCIPE. ¿Cómo así?

LUCIANA. Mi primo ha sido,
que sin qué ni para qué
se me parte a Alejandría,
sabiendo Vueseñoría
cómo vino y cómo fué.
No quiero la Italia más.

PRÍNCIPE. Vuesa merced se ha enojado,
que como fué aventajado
muchos buenos dejó atrás.
Negociéle su ventaja
con el Rey, y para Flandes
le dieran cosas más grandes,
y ésta no fuera tan baja.
Que un caballero que tiene
dos blancas, y en la Montaña,
bien está fuera de España,
que al fin a ser hombre viene.
Dios sabe si me pesó
cuando supe su venida,
tan despacio y atrevida,
y más que he sabido yo
que le daban la bandera
de capitán y que quiso
más el gusto y paraíso
de una española ramera,
tras quien se vino perdido,
y aquí lo debe de estar,
bien, señora, a mi pesar,
si con vuestro gusto ha sido.
Dejadle que a Italia vaya,
que yo sé de allá, y os juro
que es de hidalgos pobres muro
y tiene más que en Vizcaya.
Laurean al virtuoso,
dan valor al hombre sabio,
y al que es galán como Octavio
le dan un oficio honroso.

Vaya, no le sea estorbado,
que para mí es argumento
ese noble pensamiento
de lo que es Octavio honrado.
Cartas tendrá de favor,
que esas yo se las prometo,
que al fin es hombre discreto
y ha de volver por su honor.

LUCIANA. Eso no lo perderá
cuando en España se quede.

PRÍNCIPE. ¿Qué ha de hacer?

LUCIANA. Servir puede;
señores hay por acá.

PRÍNCIPE. ¿Qué queréis con vuestro primo,
murmurada de mil gentes
y de los nobles parientes
que a mi lado y mesa estimo?
¿No veis que muy pocas veces
medra quien sirve?

FELINA. Eso puedo
yo jurar.

TANCREDO. ¡Guay de Tancredo!

PRÍNCIPE. Y más que a un daño te ofreces,
que muy mejor satisface
a su honra un hombre bueno
sirviendo en país ajeno
que no en el mismo que nace.

LUCIANA. Ahora, señor, yo no quiero
desfavorecelle tanto,
que no es tan pobre mi manto
que no cubra un escudero.
Si mi primo ha de servir,
sirva en su tierra, señor,
donde quien le tiene amor
pueda ayudalle a vivir.

PRÍNCIPE. Ahora bien; yo no venía
para visita de espacio,
que me esperan en palacio.

LUCIANA. Vaya Vuesa Señoría.

PRÍNCIPE. Quedad, mi señora, adiós.

LUCIANA. El le acompañe y le guarde.

PRÍNCIPE. Hasta mañana en la tarde
no me podré ver con vos.

(*Vanse el* PRÍNCIPE *y* TANCREDO.)

LUCIANA. Cesarino va enojado,
¿si tiene de Octavio celos?

FELINA. Celos, señora, y recelos.

LUCIANA. Alguien le ha desengañado.
¿Haslo tú dicho a Tancredo
que no es Octavio mi primo?

FELINA. ¿En eso, señora, estimo
mi buen crédito y tu miedo?

LUCIANA. Pues no se canse en pensar
que ha de ir a Italia esta vez,
que es interés del juez
y quiérele desterrar.
Pues harta hacienda poseo,
no he menester su regalo,
que está muy cerca del palo
cuchillo de mi deseo.

FELINA. Ese es más cierto camino.

LUCIANA. Más precio de Octavio el pie
que todo el amor y fe
del príncipe Cesarino.

(*Vanse* LUCIANA *y* FELINA. *Salen el* PRÍNCIPE *y* TANCREDO.)

PRÍNCIPE. Habla bajo, no te entienda
alguien desde el corredor.

TANCREDO. En resolución, señor,
dicen que le da su hacienda,
y que éste no es más su primo
que lo eres tú.

PRÍNCIPE. Bueno es eso,
porque amor me quita el seso.
Tancredo, el aviso estimo.
¿Dejaréla?

TANCREDO. ¿Qué has de hacer,
viendo como ves, señor,
que tú la tienes amor
y ella no te puede ver?

PRÍNCIPE. ¡Ah, que la quiero en extremo!

TANCREDO. ¡Ah, que en extremo la adoro!

PRÍNCIPE. ¡Ah, que es mi gloria y tesoro!

TANCREDO. ¡Ah, que en su fuego me quemo!

PRÍNCIPE. ¿Cómo un pobre soldadillo
me ha de hacer competencia?
¿Y que he de tener paciencia,
Tancredo, para sufrillo?
¿Por éste la he de dejar?
¿Tanto aquéste ha de poder?
¿No le podré yo vencer?
¿No le podré yo matar?
Sí podré.

TANCREDO. ¡Pluguiese a Dios
que hicieses tal disparate!

PRÍNCIPE. ¡Pues muera y no se dilate!

TANCREDO. El que nos mata a los dos.

PRÍNCIPE. Tancredo, escucha.

TANCREDO. Señor.

PRÍNCIPE. ¿Cómo mataré este mozo?

TANCREDO. Disimular quiero el gozo,
no lo descubra el Amor.—

Con mucha facilidad.
PRÍNCIPE. ¿Adónde acude?
TANCREDO. A esta casa,
donde se quema y abrasa,
mártir de su voluntad.
PRÍNCIPE. ¿De noche?
TANCREDO. De noche, pues.
PRÍNCIPE. ¿Sábesla tú?
TANCREDO. Como mía,
que la vi una vez de día
y de noche dos o tres.
PRÍNCIPE. Pues ésta iremos allá;
los lacayos apercibe,
y muera el que a gusto vive
de quien la muerte me da.
Hacer esto determino,
que él morirá desta suerte.
TANCREDO. Mañana dirán la muerte
al uno y otro vecino.
Aquí en el lugar hay dos...
¿qué digo dos, y aun cuarenta,
hombres de la vida exenta,
gente sin alma y sin Dios,
que porque con ellos coma
a cien hombres matarán,
y en el tormento dirán
que les dió muerte Mahoma.
PRÍNCIPE. Pues busca de aquesos todos
dos, los que mejor te agraden,
de modo que no me enfaden.
TANCREDO. Daré mil trazas y modos.
PRÍNCIPE. Haz que un caballo me den,
no me murmure Luciana
si nos ve de la ventana,
y traza el negocio bien.

(*Vase.*)

TANCREDO. ¡Y cómo si daré traza
para salir bien de aquí,
pues ha de ser para mí
el interés desta caza!
¡Ay, mi Luciana querida,
perdóname aqueste agravio,
que si doy la muerte a Octavio
por eso te doy mi vida!

(*Vase, y salen* OCTAVIO *y* LISARDA.)

OCTAVIO. Habiéndome prometido
que en llegando a este lugar
habías de sepultar,
Lisarda, a este hombre en olvido,
lo has hecho tan mal, que creo
que dejarme determinas,
y solamente imaginas
enriquecer tu deseo.
¡Pluguiera a Dios que jamás
de Italia hubiera salido,
pues sólo a España he venido
para endurecerte más!
¡Crudelísima Lisarda,
quien puede mi ejemplo ver
que se fíe de mujer,
mal fuego le abrase y arda!
LISARDA. Octavio, más poco a poco;
deja ahora las mujeres,
que son las cosas que quieres
temeridades de loco.
Yo he hecho lo que he podido
por tu amor y obligación
mientras la disposición
del lugar lo ha permitido.
Pero ahora ya no puedo,
porque estoy, como tú sabes,
debajo de treinta llaves,
llena de recato y miedo.
Tiéneme el marqués Fineo,
como sabes, retirada,
y con obras regalada
a medida del deseo.
Vine de Italia con él;
pensé que aquí me dejara,
pero pues que aquí me ampara
no es razón serle cruel.
Y además desto, mi madre
lo quiere, y por todo pasa,
y ahora le sirve en casa
mi viejo avariento padre.
De manera que la mía
más parece del Marqués.
OCTAVIO. ¡Ah, Lisarda, todo es
lo mismo que yo temía!
¡Cuántas veces que, pasando
a Génova, tras mí fuiste,
con llanto amoroso y triste
el mar de Italia aumentando,
como loca me decías:
"Por verme en España es
mostrarle, Octavio, al Marqués
blandas las entrañas mías!
He menester su favor
para volverme a mi tierra,
que me ha cansado la guerra,
y bástame la de Amor."
¡Ah, injusta, perjura, ingrata,

que no era la obligación,
sino el amor y afición
que por matarme te mata!

LISARDA. Entonces mi libertad
era tuya, Octavio mío,
y así rige tu albedrío
por tu ajena voluntad.
¿Que yo a mi padre disguste
y deje al Marqués por ti?
¿Qué puedes tú hacer por mí
cuando a tu humildad me ajuste?
¿De qué tengo de vivir
y sustentar casa y gala?
Mira aquesta cuadra y sala,
que a un rey pueden recebir.
Mira aquestos aposentos,
tanta cama bella y telas,
tantas dueñas y doncellas,
tantos estrados y asientos.
Todo esto dice Marqués;
hasta la vajilla cifra
sus armas y nombre en cifra
y cuanto en mi casa ves.

OCTAVIO. Y si todo aquesto y más
te doy yo solo en un día,
¿por qué, di, Lisarda mía,
por qué no lo dejarás?

LISARDA. ¿Tú, Octavio? ¡Reírme quiero!
Tú eres de los galanes
que sirven con ademanes,
con un ¡ay, señora, muero!
Tú, cuando mucho, darías
unas ligas y unas medias,
que es con lo que más remedias
las necesidades mías.
Anda, vete por ahí,
que los de tu calidad
no dais sino voluntad
y lo que no es para mí.

OCTAVIO. Ríete bien, pues por Dios,
que te dé más interés
que puede darte el Marqués,
y aunque se juntasen dos.
¿Con qué quieres que le cierre
la boca a tu madre honrada?

LISARDA. Digo que tu hacienda es nada
para que una vez me encierre.
¿Tendrás docientos ducados?

OCTAVIO. Y trecientos te daré,
y esta noche los traeré
en un pañizuelo atados,
hasta que ella se contente
por esa primera vez,
que yo los traeré a las diez
a que en su mesa los cuente.

LISARDA. Octavio, si aqueso es
que aquese dinero tienes,
haz cuenta que a casa vienes
y que echas della al Marqués.
¿Tiéneslos, por vida tuya?

OCTAVIO. Sin falta, que están atados,
en un bolsillo guardados.

LISARDA. ¿Cómo no ve que soy suya?
Ven esta noche, entrarás
a las ocho o a las nueve,
y al Marqués el diablo lleve
quien le hablare y viere más.

(*Entran el* MARQUÉS *y* MAURICIO, *su criado.*)

MARQUÉS. ¿Qué es aquello de Marqués?

MAURICIO. ¿No lo entendiste, señor?

MARQUÉS. Calla, no hagamos rumor.

OCTAVIO. ¡Ah, lo que puede interés!
Como se labra el diamante
con la sangre del cordero,
así deshace el dinero
el corazón del amante.—
¿En efecto me abrirás
a las nueve?

LISARDA. Cuando vengas.

OCTAVIO. Mira, pues, que hablada tengas
a tu madre y los demás.

LISARDA. Yo la conozco mejor:
muéstrale tú los trescientos
y la traerás por los vientos
más encumbrada que azor.

OCTAVIO. ¿Darásme un abrazo?

LISARDA. ¡Y dos!
¡Ay, Dios, y cuánto te quiero!

OCTAVIO. ¡Ah, lo que puede el dinero!—
Adiós, mi Lisarda, adiós.

LISARDA ¿Desa manera se va?

OCTAVIO. ¿Pues cómo me tengo de ir
si me voy para venir?

LISARDA. Vuelva digo, vuelva acá.
Deme otro abrazo más recio.

MAURICIO. ¿Aquello sufriendo estás?

MARQUÉS. Si ella me engañare más,
Mauricio, tenme por necio.

OCTAVIO. Queda con Dios, mi señora.

(*Vase.*)

LISARDA. Aun por la espalda me agradas.
¡Qué piernas tan bien trazadas!

MARQUÉS. ¡Quién se las cortara ahora!
MAURICIO. Lleguemos, señor
MARQUÉS. Lleguemos.—
¡Oh, mi Lisarda!
LISARDA. ¡Ay, señor,
cómo me has dado temor!
MAURICIO. ¿Tan feos te parecemos?
LISARDA. Cogísteme de repente,
que estoy un poco enfermita.
MARQUÉS. Estás descoloridita,
vésete el alma en la frente.
Muestra, Lisarda, una mano.
¡Oh, cómo el pulso te falta!
LISARDA. Para médico te falta
no parecerme gitano.
Querrás decir mi ventura,
pero yo ya me la sé,
que fué cuando te miré
con ojos de fe segura.
MARQUÉS. Partirás solo un cabello,
Lisarda, y por medio dél,
sin hacer un nudo en él,
tendrás suspenso mi cuello.
LISARDA. ¿Hay locura semejante?
Dime: ¿hay regleta mejor
en que se conozca amor
que el corazón del amante?
Como el pulso me tomó
el dueño de mi cuidado,
el corazón, alterado,
también el pulso alteró.
MARQUÉS. ¡Bravo y fácil argumento!
No me queda qué decir:
mucho te puede sufrir
quien goza tu entendimiento.
Pídeme lo que quisieres.
MAURICIO. ¿Hay palabras semejantes?
¡Ofrézcoos al diablo, amantes,
todos sois medio mujeres!
LISARDA. Quisiera...
MARQUÉS. ¿Qué, por tu vida?
LISARDA. ¿No sabe lo que quisiera?
De tela una saya entera,
bordada y bien guarnecida.
MARQUÉS. Bordada tela daré,
que en tela no hay guarnición.
¿Qué color?
LISARDA. Del corazón.
MARQUÉS. Sospecho que no la sé.
LISARDA. ¿Ahora sabes, señor,
que con celoso martirio
me le tienes hecho un lirio?
MARQUÉS. ¡Es extremado el color!
Mauricio, sáquese luego,
y como pidiere sea.
MAURICIO. Yo lo haré.—Mejor la vea
abrasada de mal fuego.
MARQUÉS. Entrate dentro, mi bien,
que el sereno te hace daño.
LISARDA. ¿Tardarás en verme un año?
MARQUÉS. ¿Vendré aquesta noche?
LISARDA. Ven.
Mas no, que estoy enfermita
ven, por tu vida, mañana,
que estaré de buena gana
esperando tu visita.

(*Vase.*)

MAURICIO. ¡Pues pese a quien me parió!
¿En qué vió Vueseñoría,
que luego darle quería
la tela azul que pidió?
¿Y más con fajas bordadas?
¡Mejor le diera otras fajas
que hicieran su cuerpo rajas
a palos o cuchilladas!
¿Esto se puede sufrir?
¿Ves a lo lejos los cuernos
corriendo sangre de tiernos
y quieres darle a vestir?
MARQUÉS. Paso, Mauricio, que yo
sé llevar mi agua al molino;
pero por otro camino,
y no tan apriesa, no.
Que no la daré vestido,
que antes la desnudaré.
MAURICIO. Ahora por bien tendré
el tiempo que te he servido.
MARQUÉS. ¿Quién es aqueste mozuelo?
MAURICIO. Un rapaz, un soldadillo,
un inquieto, un maltrapillo,
enrizadito de pelo;
todo plumas y no nada.
MARQUÉS. ¿De qué vive?
MAURICIO. De galán,
porque él y su hacienda están
más vírgenes que su espada.
MARQUÉS. ¿Y acude de noche aquí?
MAURICIO. Y aquesta noche sin falta.
MARQUÉS. El caerá, si no me falta
la que anteayer recebí.
Nuestros lacayos previene.
Ve a buscar los dos rufianes,
veremos los ademanes

con que a matar damas viene,
que yo le haré menos fiero,
pues vive de hacer amor.

MAURICIO. Estas sí que son, señor,
hazañas de caballero.

MARQUÉS. Sin duda que pienso hacello.

MAURICIO. ¡Eso sí que es hecho honrado!
¡Muera aqueste almidonado,
todo chinelita y cuello!

(*Vanse, y salen dos rufianes,* GARRANCHO *y* CESPEDOSA.)

GARRAN. ¡Guarda allá, vinagre aguado,
valiente de la taberna,
que te asiré de una pierna
y te echaré en un tejado!

CESPEDOS. ¡Téngase vuesa merced,
señor Garrancho!

GARRAN. ¡Tendréme!

CESPEDOS. ¡Compóngase!

GARRAN. ¡Compondréme!

CESPEDOS. Todo lo tengo a merced.

GARRAN. ¿Hame aquel hombre agraviado,
digo aquel medio hombre?

CESPEDOS. No,
que se lo daré aquí yo
con once firmas firmado.

GARRAN. ¿No ve que me llamó el cuero
primerilla de cuarenta?

CESPEDOS. Pues digo que no es afrenta
a pagar de mi dinero.

(*Salen otros dos,* BARBOSO *y* MATAMOROS.)

BARBOSO. ¿Qué garla aquese embreado?

GARRAN. ¿A mí, azotado, cuatrero?

MATAMOR. ¡Téngase!

GARRAN. Diga, harnero,
ruiseñor estropeado,
¿soy yo cantor como él?

MATAMOR. Téngase, que no es respeto
de hombres de bien les prometo.

GARRAN. ¿Luego hombre de bien es él?

MATAMOR. ¡Por Dios que si no mirara
aquí al señor Cespedosa,
sin respetar otra cosa
que la cara le cortara!

CESPEDOS. Mucha merced y favor,
señor Matamoros. Ea,
no han de hacer esta pelea
malas palabras mejor.

BARBOSO. Deme voacé aquesa mano.

GARRAN. A voacé todo coraje
debe rendir vasallaje.
Digo que soy más que hermano.

CESPEDOS. Dame aquesa mano, hereje,
que ya me la dió Barboso.

GARRAN. ¡Por Dios que es cuento donoso
que con mi agravio me deje!
Dígame, ¿quedo afrentado?

CESPEDOS. Pues que digo no acabemos
el enojo que tenemos,
quede en la ermita ahogado,
que doy mi cerra derecha
y estoy siempre a su servicio.

MATAMOR. Volvamos a nuestro oficio.—
¡Pese a tal, qué humazo echa!

(*Entra* TANCREDO, *arrebozado.*)

CESPEDOS. Paso, que veo un mocito
en el coso de buen talle.

GARRAN. ¿Qué quiere aquéste en la calle,
que a mí me mira de hito?
¿Mataré aqueste pobrete?

CESPEDOS. Suplico a vuesa merced
que viva, por su merced,
de aquí a mañana a las siete.

TANCREDO. Seor Garrancho, una palabra.

GARRAN. Esta es cuestión a la mira.

CESPEDOS. ¡Vaya!, ¿de un hombre se admira?

GARRAN. Mi brazo a seis descalabra.
Si desvía, yo me entré;
si alza, por el consiguiente;
si se afirma buenamente,
con ésta, y a fuera el pie.
Ello está bien estudiado.

TANCREDO. Oiga, que de paz le quiero.

GARRAN. Sirvo a todo, caballero:
de paz y en el campo armado.
Cúbrase bien voarced.

TANCREDO. Cubierto estoy.

GARRAN. Más de lleno,
porque cae mucho el sereno,
y póngase bien la red.

TANCREDO. ¿Qué cosa es red?

GARRAN. Es la capa,
que ésta es una algarabía
desta nuestra valentía,
de que ninguno se escapa.

TANCREDO. ¿Mataremos esta noche
un hombre?

GARRAN. Y treinta podré
yo solo, que visancé
no hay para qué se trasnoche.

TANCREDO. Lleve consigo un amigo

de quien se pueda fiar.
GARRAN. ¿Amigo para matar
un hombrecillo conmigo?
¿No sé yo que es un gallina
ese picaño malquisto?
TANCREDO. ¿Conócele?
GARRAN. No le he visto,
mas hame dado mohina.
Y de cuándo acá se entona
a reñir con visancé,
ande, que le mataré
y harále la mamona.
TANCREDO. Lleve consigo un amigo,
por si se ofrece otra cosa.
GARRAN. A mí, señor Cespedosa.
CESPEDOS. ¿Qué hay?
GARRAN. Véngase conmigo.
CESPEDOS. ¿Dónde bueno?
GARRAN. Eche tras mí.
CESPEDOS. ¿Dónde bueno desa suerte?
GARRAN. A trabajar una muerte.
¡Venga y calle, pesia a mí!

(*Vanse los tres.*)

MATAMOR. Sin duda van a reñir
los tres alguna pendencia,
pues aparejan paciencia
para en comenzando huír.

(*Entra* MAURICIO.)

MAURICIO. Por aquel hombre de bien
no me he atrevido a llegar;
entre éstos vengo a buscar
un *requiem aeterna. Amen.*
¡Ah, seo galán!
BARBOSO. ¿Dice a mí?
MAURICIO. A los dos digo.
BARBOSO. ¡Por Dios,
que lo quiere haber con dos!
¿Serán envainadas?
MAURICIO. Sí;
que hablarles quiero de paz.
BARBOSO. Serviré como criado.
MAURICIO. Cierto galán me ha agraviado.
BARBOSO. ¿Es muy hombre?
MAURICIO. Es un rapaz;
pero al fin se ciñe espada.
BARBOSO. ¿Es de la marca menor?
MAURICIO. ¿Qué importa que sea mayor?
BARBOSO. Llegar o no la estocada,
desbaratar una treta,
que tiene el hombre sabida,
con alargar la medida
y dalle por una teta.
¿Es alto?
MAURICIO. Es hombre mediano.
BARBOSO. ¿Es flemático o furioso?
¿Es membrudo o es nervoso?
¿Es enfermo o hombre sano?
MAURICIO. ¿Qué importa que sea alto o bajo?
BARBOSO. ¿Para las tretas no importa?
Alta, baja, larga o corta,
yo bien sé lo que trabajo.
Ahora bien, ¿qué me ha de dar?
MAURICIO. Cuanto por la boca pida.
BARBOSO. ¿Tiene parroquia sabida?
Pues vaya a clamorear.
A mí, señor Matamoros.
MAURICIO. ¿Quién es?
BARBOSO. Un bravo cofadre.—
Venga acá, señor compadre,
que hay un encierro de toros.

(*Vanse, y salen* OCTAVIO *y* LUCIANA, *con una bolsa dándole a* OCTAVIO.)

LUCIANA. Aquí los llevas contados,
ciento y cincuenta de a dos;
toma, Octavio, y plegue a Dios
que mueran tan bien logrados.
Que a fe que no han visto luz
desde el tiempo de mi abuela.
OCTAVIO. Desde aquí se me revela
que les has de hacer la cruz.
Que hallados en la ocasión
que tanto ahora me ofende,
sueño que te has vuelto duende
y que me has dado carbón.
LUCIANA. Búscame más invenciones,
que tal ha venido a ser,
que por no lo agradecer
haces carbón los doblones.
Que bien a entender me das
la ingratitud que me ofende,
que si hoy los haces de duende,
mañana los negarás.
OCTAVIO. No haré ni será razón,
que mientras tuviere vida
será esta deuda debida
cadena de mi afición.
LUCIANA. ¡Bendito sea Dios, que un día
te he visto el rostro amoroso!
OCTAVIO. Tal es el licor precioso
que ha bañado el alma mía.
LUCIANA. Ven esta noche siquiera

a estar un hora conmigo.

OCTAVIO. Espérame cierto amigo,
si no sin duda viniera.
Dile la palabra y fe;
pero mañana está ahí.

LUCIANA. ¿Que esto no alcance de ti
tanta firmeza de fe?

OCTAVIO. Haré, por Dios, lo que pueda.
Vete con Dios, mi señora.

LUCIANA. Dame de verte una hora
de cuanta noche te queda.

(*Vase.*)

OCTAVIO. ¡Ay, trecientos de mis ojos!
¡Ay, gloria de mi pasión,
rescate de mi prisión,
consuelo de mis enojos!
Vamos a sacar de allí
aquel alma que está en pena,
que aunque no es obra muy buena
es muy buena para mí.
Amor, no soy mal cofadre:
mira qué bellos ducados
dejaré depositados
en el cepo de tu madre.
Esta limosna notoria
te obliga a mirar por mí.
¡Mía es Lisarda, vencí,
vitoria, interés, vitoria!

(*Vanse, y salen el* PRÍNCIPE *y* TANCREDO *y* GARRANCHO *y* CESPEDOSA.)

PRÍNCIPE.

Mira que no le digas cosa mía,
sino que soy un pobre gentilhombre
que me has hablado para aqueste efeto.

TANCREDO.

De todo, mi señor, vengo advertido;
no tienes que temer ser conocido,
que yo les dije que eras un mancebo
que ayer viniste de Sicilia a España.—
Señor Garrancho, y Cespedosa, adviertan
que estamos en la calle de la dama
donde este hidalgo rapagón pasea.
¿Saben lo que han de hacer?

GARRANCHO.

Yo lo sé todo.
¿No dice que le clave en la ventana
aqueste tenerzuelo cabritillo,
echándole de fuera la asadura,
que parezca redaño la camisa
y el pellejo que cuelgue a los calzones?
Pues déjeme hacer, y mire y calle.

PRÍNCIPE.

Tomemos esta esquina todos cuatro
y esperemos aquí por si trae gente,
que no ha de ser negocio de alboroto.

GARRANCHO.

¡Oh, cómo dice bien! Con él me entierren,
que hay unos valentones mozalbillos
que luego en viendo trápala acometen,
y todo es sacar lumbre de las piedras;
métense de por medio cuatro sastres
y quédase el negocio a buenas noches.

TANCREDO.

Ruido siento (1).

(*Salen el* MARQUÉS *y* MAURICIO *y* BARBOSO *y* MATAMOROS.)

MAURICIO.

Señor Barboso, y Matamoros, ténganse,
que si este mozo viene con cuadrilla
no quiero que en la calle se haga escándalo,
que sólo pretendemos ganar honra.
Que no se nos escape con la vida
o que nos ponga a riesgo de perdella.

BARBOSO.

Vuesa merced se ponga en su trinchera
y guarde bien el puesto que le cabe,
que yo estaré avizor con tantos ojos,
que veo más de noche que un murciélago,
y si no hay ocasión no pelearemos,
que Dios dejó la paz sobre la tierra,
y a esto de uñas arriba, el puro diablo
resistirá mi furia si comienzo.

PRÍNCIPE.

Tancredo, aquél sin duda es Octavillo,
que de bellacos viene rodeado;
en balde hemos venido.

TANCREDO.

Tal sospecho.

MARQUÉS.

Aquél sin duda es Octavio, es cierto;
que con escuadra de rufianes viene
a defender la calle y las espaldas.

---

(1) Sobran estas palabras o faltan otras que completen el verso.

PRÍNCIPE.
Esperemos a ver en lo que para,
por ver si llega a la ventana o puerta
o si la tiene el fanfarrón abierta.

(*Entra* OCTAVIO, *con espada y rodela, y con la bolsa y algunos dineros.*)

OCTAVIO. Gente anda por la calle:
¿no hay puesto donde me esconda?,
porque sin duda es la ronda,
que hay dos o tres de mal talle.
Llegar quiero a la ventana
y hacer una seña.—¡Ce!

(*Asómase* LISARDA *a la ventana.*)

LISARDA. ¿Eres Octavio?
OCTAVIO. Y seré
Octavio César mañana.
LISARDA. El abrirte es imposible;
mira tú cómo ha de ser.
OCTAVIO. Aquí viene quien romper
puede un monte inaccesible.
LISARDA. ¿Dices de veras, por Dios,
que has traído los trecientos?
OCTAVIO. ¿Oyes sus dulces acentos?
LISARDA. ¿Qué son?
OCTAVIO. Doblones de a dos.
LISARDA. Ya te van a abrir la puerta.
OCTAVIO. ¿Qué llave que no abrirá?
LISARDA. Entra, mi bien, que ya está
para tu servicio abierta.

(*Entrase* OCTAVIO, *y quedarán el* PRÍNCIPE *y su* CRIADO *y los dos rufianes a un lado, y el* MARQUÉS *y* MAURICIO *y los otros al otro.*)

MARQUÉS. El se ha entrado; no hay qué hacer.
MAURICIO. Pues cómo, ¿déjaslo entrar?
MARQUÉS. Bien le pude allí matar,
pero hanme de conocer.
Mayormente aquesta gente
que este bellaco ha traído
no habrá de burlas venido.
¡Rabia me abrasa impaciente!
MAURICIO. Por Dios que no sé qué hagamos.
¿Quieres que más gente llame
y aquésta de aqueste infame
hablemos y acometamos?
MARQUÉS. ¡No, por tu vida, Mauricio;
que desespera quien es,
pues que desprecia a un Marqués
y al fin ha vuelto a su oficio!
¡Ciego de cólera voy!
¡Ah, ingrata, villana, ruin!
¡Mujer, y mujer al fin,
que para decillo estoy.
Recoge aquesa canalla
y vamos luego de aquí.

(*Vanse.*)

MAURICIO. ¡Hola!, vénganse tras mí.
BARBOSO. ¿Cómo, que no se batalla?
MAURICIO. Para otra noche se queda.
BARBOSO. Eso sí.—Ven, camarada.
¡Tras cólera requemada
Bercebú aguardarme pueda!

(*Vanse* MAURICIO *y los rufianes.*)

PRÍNCIPE. Tancredo, aquéllos se van.
TANCREDO. Eso sí me satisface.
PRÍNCIPE. Sin duda que noche hace
dentro de casa el galán.
Bien nos podemos volver,
que, pues su gente se va,
él acá se quedará.
TANCREDO. ¿Pues qué habemos de hacer?
PRÍNCIPE. ¿Tal hombre adora Luciana?
TANCREDO. Luciana, ¿tal hombre adoras?
PRÍNCIPE. ¿Deste ingrato te enamoras?
TANCREDO. ¿Déste, cruel inhumana?
PRÍNCIPE. Recoge aquesos borrachos.
TANCREDO. ¡Hola!, vénganse tras mí.
GARRAN. ¿Para aqueso, ¡pese a mí!,
me remojé los mostachos?
¡A mí, señor Cespedosa!
CESPEDOS. ¿A quién llama? ¿Dice a mí?
GARRAN. Vámonos luego de aquí.
Esta sí es pendencia honrosa,
que a todos nublado pasa
y en un momento se quita,
porque no hay mejor visita
que la que no se halla en casa.

ACTO SEGUNDO

(*Sale* OCTAVIO *con un* PICADOR *de caballos.*)

PICADOR. Vuesa merced ha comprado
un caballo, que si fuera
hecho de plata o de cera
no fuera más acabado.
Gran viveza, lindo hollar,
gallardo y majestuoso,
lindas manos, cuerpo airoso

y propio para ruar.
Lo que es el pellejo y cabos
parece, por Dios, hechizo;
es buen caballo, castizo
de los andaluces bravos.
No tiene más que pedir.

OCTAVIO. Lo de andaluz es fingido.

PICADOR. No, por Dios, porque ha bebido
el agua a Guadalquivir.

OCTAVIO. ¿Toda junta?

PICADOR. Parte della:
dentro en Córdoba nació.

OCTAVIO. ¿Sabéislo vos?

PICADOR. Sélo yo,
que conozco talle y huella.
Será su edad de cinco años;
valía en otro poder
mil ducados, a tener
su dueño mejores paños.
La necesidad al fin,
¿qué cosa habrá que no haga?
Que, por Dios, que no se paga
la peinada cola y clin.
Fué dallo por una blanca.

OCTAVIO. Ahora bien, yo estoy contento,
el caballo es corpulento,
buen pecho, mejor el anca.
Muy exento y agraciado,
de gentil talle y presencia.

PICADOR. Yo me voy, con su licencia.

OCTAVIO. ¿Vais contento?

PICADOR. Y repagado.

(*Vase.*)

OCTAVIO. Heme aquí ya caballero
a costa de Luciana,
que me ha dado esta mañana
la llave de su dinero.
Porque anoche, ya después
de hablar quien me tiene loco,
vine a estar con ella un poco,
dadas las dos o las tres,
formando mi natural
para templar mi desdén,
que cuanto más me hace bien
tanto más la quiero mal.
Pero vengo tan contento
de ver que Lisarda es
enemiga del Marqués
y adora mi pensamiento,
que a este diablo que aborrezco
le alcanzó parte del gusto,
excusándose el disgusto
con que a sus ojos me ofrezco.
Que es la mujer más rendida
que tiene el mundo mujer,
y la que ha venido a ser
más fiera y aborrecida.
Tanto pudo un "¡alma mía!"
y un decir "por Dios que os quiero",
que me ha hecho caballero
todo de golpe en un día.
Que como la calidad
estriba ya en los dineros,
puédense hacer caballeros
con mucha facilidad.
Por dos pajes me ha enviado
y un lacayo hombre de bien,
porque lo pide también
el caballo que he comprado.
Esta es vida, ¡pese a mí!,
y no el arcabuz al hombro.

(*Entran un padre de mozos y dos pajes,* ALEJO *y* BELARDO.)

PADRE. Bien veis que os escojo y nombro
entre mil que tengo allí.
Servir, hijos, como buenos
para medrar y vivir,
que no por sólo servir
habéis de venir a menos.
Y más que ahora sois mozos
y tenéis brío y calor.

OCTAVIO. ¿Qué buscáis, viejo?

PADRE. Señor,
soy el padre de los mozos.

OCTAVIO. Ansí, pues, llegaos acá,
que yo soy quien os llamé.

PADRE. ¿Es Octavio su mercé?

OCTAVIO. Yo soy.

PADRE. Muchachos, llega.
Aquestos, mi señor, son
los pajes.

OCTAVIO. ¿Aquéstos?

PADRE. Estos;
mire sus talles y gestos.
Alcánceos mi bendición.

OCTAVIO. ¡Bonitos son, en verdad.

PADRE. Aquéste sabe tañer:
en verdad que sabe hacer
rabiar una vecindad.
Esotro es medio poeta,
y por mi fe, mi señor,
que da un recado mejor

que la mejor alcahueta.

OCTAVIO. ¿Cómo te llamas?

BELARDO. Belardo.

OCTAVIO. ¿De dónde eres?

BELARDO. Montañés.

OCTAVIO. ¿Cantas?

BELARDO. Sé poner un tres.

OCTAVIO. A fe que es pícaro pardo.
¿Cómo te llaman a ti?

ALEJO. Alejico, mi señor.

OCTAVIO. ¿Y canta aquéste?

PADRE. Mejor
que vi después que nací.
Y he estado en Italia y Flandes
y he visto cantar a mil;
pero aquéste es voz gentil
y servicio para grandes.

(*Entran* LUCIANA *y* FELINA.)

LUCIANA. Octavio, ¿qué gente es ésta?

OCTAVIO. Los pajes son, mi señora.

LUCIANA. Qué, ¿recíbeslos agora?

OCTAVIO. Todo para honrar la fiesta.—
Pasad, amigos, delante.

LUCIANA. ¡A fe que es bonito aquéste!

OCTAVIO. Pasad vos allí.

PADRE. ¿Qué tiene éste (1),
que es paje de cuero de ante?

LUCIANA. ¿De dónde es?

OCTAVIO. De hacia León.

LUCIANA. Este haréis vuestro alcahuete.—
¿Sabrás llevar un billete?

ALEJO. Conforme hubiere ocasión.

LUCIANA. ¡Ay, qué agudo y qué bellaco!
Despedidle, por mi vida,
que ya temo yo su herida.

OCTAVIO. No temáis brazo tan flaco.
Del dueño será la culpa,
que el criado está obligado
hacer del amo el mandado.

LUCIANA. Ya le enseñáis la disculpa.

(*Da golpes dentro* RODRIGO.)

RODRIGO. ¡Ah de casa!

LUCIANA. Mira allí,
Felina, quién nos da voces.

FELINA. ¿Quiere echar la puerta a coces?
¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

RODRIGO. De don Juan está aquí un hombre.

FELINA. De parte, señora, están
creo dicen de don Juan.

LUCIANA. Entre, no conozco el nombre.

(*Entra* RODRIGO *bailando.*)

RODRIGO. Don Juan, mi señor, me ha dicho
que vuesa merced buscaba
un lacayo, y me enviaba,
porque soy el sobredicho.
Tengo aqueste vestidillo
y otra muy buena librea;
hago a un caballo que lea,
y me llamo Rodriguillo.

OCTAVIO. Ya tengo lo necesario.—
Pasad, buen hombre, adelante.

RODRIGO. Taño bonico un discante,
y sé danzar el canario,
que soy natural de allí
y entre el azúcar criado.

LUCIANA. Es hombre regocijado
cuanto en mi vida lo vi.

(*No deja* RODRIGO *de bailar.*)

OCTAVIO. Estaos un rato quedo.

RODRIGO. Pues si camino, en seis días,
si con despacho me envías,
voy de Madrid a Toledo.

PADRE. ¡Por Dios que camina bien!
¡Despeado irá y vendrá!
¿Y en qué siglos llegará
desde aquí a Jerusalén
para provisión real?

RODRIGO. Corriendo término es bueno
iré más recio que un trueno.

OCTAVIO. Estaos quedo.

RODRIGO. Es natural,
pues si me dan un montante
póngase delante un monte,
porque soy un Rodamonte.

OCTAVIO. ¡Por Dios que sois importante!
Ahora bien, quedaos conmigo,
y aquestos pajes también,
y haced vos que abajo os den...

RODRIGO. Yo voy.

OCTAVIO. ¿Dónde vas, Rodrigo?

RODRIGO. Abajo, a lo que me mandas.

OCTAVIO. Pues aún no os he dicho a qué.

RODRIGO. A reconocer pensé
la casa, patio y barandas.

OCTAVIO. Rodrigo, abajo os darán
una llave, y abriréis
donde un caballo hallaréis.

---

(1) Sobra una sílaba a este verso: quizá la palabra "vos".

RODRIGO. ¿Es tordillo o alazán?
OCTAVIO. No es, Rodrigo, sino bayo.
Ensilladle en un momento.
RODRIGO. Iré más recio que el viento.
OCTAVIO. ¡Qué extraño hablar de lacayo!
PADRE. ¡Ah, hideputa, qué pieza
para una buena cantina!
OCTAVIO. Luciana hermosa, adivina
el aire de la cabeza.
LUCIANA. Mejor sé lo que desea:
que él mismo querrá tomar
el caballo y pasear
donde yo le goce y vea.
OCTAVIO. Eso pensaba, por Dios,
que estoy de contento loco:
pasearme quiero un poco.—
Quedaos en casa los dos.
Y vos, buen padre, tomad
aquestos ocho reales.
PADRE. A manos tan liberales
déles Dios una ciudad.

(*Vanse.*)

OCTAVIO. Yo voy al patio, señora.
LUCIANA. Yo me voy a la ventana.
OCTAVIO. Está segura, Luciana,
de que mi alma te adora.

(*Vanse, y salen* LISARDA *y* CORCINA, *su madre.*)

CORCINA. ¿Qué es aquesto de Octavico?
Lisarda, míralo bien;
mira que no tengo a bien
un hombre pobre tan rico.
¿Qué dineros son aquestos?
¿De qué Indias ha venido?
¿Qué rica herencia ha tenido?
¿Qué doblonazos son éstos?
Un maltrapillo, que ayer
para guantes no tenía,
¿trecientos te da en un día?
un rey no lo puede hacer.
Hay aquí para casar
una huérfana, Lisarda,
hija de un marqués, bastarda,
sin más dote ni ajuar.
¡Mira que aqueste mozuelo
anda en malas compañías!
LISARDA. ¿Por qué ayer no me decías
ese tu infame recelo?
¿Querrás decir que es ladrón?
CORCINA. Ayer el dorado fuego
cerróme los ojos luego
y abrosóme el corazón.
LISARDA. Dábasle mil bendiciones,
y aun besos.
CORCINA. ¿Qué no podrán
y a quién no deslumbrarán
ciento y cincuenta doblones?
Ya tengo un poco más fría
la sangre que me abrasaron:
cuanto anoche me alegraron
me entristecieron de día.
porque tengo imaginado
no los hurtase este mozo,
que nunca se echa en un pozo,
Lisarda, lo bien ganado.
Dar con liberalidad
al príncipe le conviene;
mas darlo el que no tiene...
LISARDA. Sí tiene.
CORCINA. ¿Qué?
LISARDA. Voluntad.
¿Ahora sabes que amor
hace al hombre liberal,
aunque alguna vez el tal
a solas sienta el dolor?
CORCINA. Sí; pero míralo bien,
que este dinero no puede
hacer que contenta quede,
por más que sonando estén (1).
Y pues que mi corazón
no se alegra con dinero,
tenlo tú por mal agüero,
porque es monstruo y maldición.
¿Trecientos ducados puede
darte de una vez Octavio?
Hija, no me hagas agravio
que por ti afrentada quede.
LISARDA. Digo que tienes, señora,
en todo mucha razón,
y que el amor y afición
se me ha vuelto en media hora.
¿Quién me mete a mí con éste
sobrándome a mí un Marqués?
Tome su hacienda si es
para que el honor me cueste;
que lo que el Marqués me da

---

(1) Esta redondilla es defectuosa, como se ve, en cuanto a gramática. Quizá se escribiría así:

Sí; pero míralo bien,
que estos dineros no pueden
hacer que contentos queden
por más que sonando estén.

muy buenas fianzas tiene:
venga el Marqués como viene,
la casa esté como está.
Vuélvele lo que te dió
y empiézalo a despedir.

CORCINA. ¡Qué bien lo sabes decir,
lograda te vea yo!
Hija, en viniendo que venga
todo el dinero le doy.

(*Entre* MAURICIO.)

MAURICIO. Si yo soy ése, aquí estoy.

CORCINA. Mejor yo la salud tenga.
¿Dineros yo a ti, Mauricio?

MAURICIO. ¿Tan pocos te he dado yo?

CORCINA. Esos el Marqués los dió,
y el gastarlos es tu oficio.

MAURICIO. Sí; mas dártelos yo a ti
eso es caso sospechoso.

CORCINA. Y aun quizá más provechoso
para ti que para mí.

MAURICIO. Pluguiera a Dios que lo fuera
de aquesa suerte, que vas
darme la mitad o más
de la mitra que te espera.

CORCINA. ¿Hase visto el haragán
con la gracia que saluda?

MAURICIO. ¿Hela de llamar barbuda?

CORCINA. ¡Poco a poco, ganapán!

MAURICIO. Dame una mano y diréte
una nueva de tu gusto.

CORCINA. ¿Es de dineros?

MAURICIO. Al justo.

CORCINA. ¡No me aprietes, alcahuete!

MAURICIO. ¿Yo te aprieto, guarda damas?

CORCINA. ¿Qué es la nueva, cobertor?

MAURICIO. Todo para tu favor;
escucha, casa de camas.
Al Marqués han proveído
y a Italia damos la vuelta.

LISARDA. ¡Ay, Dios, la sangre revuelta
al corazón me has traído!

CORCINA. ¿Que a Italia se va el Marqués?

MAURICIO. ¡Miren de qué se santigua
la caraza de estantigua!—
A Italia nos vamos, pues,
Lisarda, el Marqués ha dado
a tu padre cierto oficio,
a devoción del servicio
con que le habéis obligado.
Y es porque vivir sin ti
es imposible a Fineo.

CORCINA. Que a Italia volvemos creo:
dulce nueva para mí.

LISARDA. Para mí dura y pesada.

CORCINA. ¡Anda, boba! ¿Por qué quieres
dejar por dos alfileres
verte servida y honrada?
¿Es mejor estar aquí
a mil trabajos sujeta,
que me ha llamado alcahueta
casi a mis ojos a mí?

MAURICIO. ¿Quién es un nuevo galán
que por la calle pasea?

LISARDA. Quien tú quisieres que sea
de los que vienen y van.

MAURICIO. Y trae un caballo bayo,
porque al pasar le vi yo,
y aun creo que se apeó
con dos pajes y un lacayo;
y paróse a la ventana,
dando con la vara en ella.

CORCINA. Pasea cierta doncella,
hija de una sevillana.
Vete, Mauricio, con Dios,
y volveráste después,
no vea este hombre el Marqués.

LISARDA. Echarémosle las dos.

MAURICIO. Voime, que yo también vengo,
Corcina amiga, de prisa.

(*Vase.*)

CORCINA. ¡Hija, muerta estoy de risa!
No por las nuevas que tengo,
sino porque he columbrado
que es Octavio el que pasea
con dos pajes de librea
y un caballo enjaezado.

LISARDA. ¡No me digas tal, por Dios!
¿Cómo a caballo pasea?

CORCINA. Y a nuestra puerta se apea.

LISARDA. Madre, despedilde vos,
que no tengo corazón
para serle tan cruel.

CORCINA. No, no, que has de hablar con él
y has de escuchar su razón.

(*Entra* OCTAVIO.)

OCTAVIO. Quedaos vosotros ahí
y esté en aqueste portal
el caballo.

CORCINA. ¿Hay cosa igual?

LISARDA. ¡No rías, pobre de mí!

OCTAVIO. ¡Oh, mi Corcina, en buen hora
estos mis ojos te vean,

que sólo este bien desean
después del que el alma adora!
Luego te hablaré, Lisarda;
déjame hablar primero
la madre que tanto quiero,
que ya, ya sé que me aguarda.

(Vale a abrazar, y CORCINA *detiénele con las manos.)*

CORCINA. ¡Quisiera con un puñal,
bellaco desvergonzado,
fanfarroncillo soldado
de estos de a medio real!
¿Soy yo mujer por ventura
tan libre y de ruín sujeto
que se me pierda el respeto
con tanta desenvoltura?
¿O es mi hija como quiera
que os habéis de ir a alabar
que la habéis de sujetar
como a una frágil ramera?
¿Tan compradas nos tenéis
con vuestros negros ducados,
que apenas están contados
cuando esclavas nos hacéis?
No debisteis de hacer más
que anoche salir de aquí
ir a decir por ahí
lo que no veréis jamás,
que hasta el niño más pequeño
que de leche baña el labio
comienza a decir que Octavio
es de aquesta casa dueño.
Hasta los propios vecinos
en una noche, picaño.
¡Mira qué acechar de un año
para mentir de adivinos!
Tomá vuestro dinerillo
y andad muy enhoramala.
¡Salid fuera de la sala,
hablador fanfarroncillo!

(Echale la bolsa con el dinero en el suelo.)

OCTAVIO. Algún mal alma, sin duda,
ha puesto, Corcina, mengua
en la más honrada lengua
que tuvo el silencio muda.
¿Cómo tan poca opinión
tienes de rienda tan fuerte,
que me has condenado a muerte
con siniestra información?
¿Quién ha sido el alevoso,
lisonjero, falso amigo,
que me ha puesto mal contigo,
de mi bien tan envidioso?
¿Tal había de decir?
¿Tal había de pensar?

LISARDA. Hémosle visto jurar
a quien no sabe mentir.
Busca allá otros placeres.
Toma tu dinero y vete,
que éste es muy buen alcahuete
y hallarás cien mil mujeres.

OCTAVIO. ¿Tú también, Lisarda mía?
¡Declarado está mi mal;
ya me confieso mortal,
mi esperanza desconfía!
Ninguno habrá que te cuadre
pues te vuelves contra mí,
que pensé apelar a ti
del tribunal de tu madre.
Sin duda estáis conjuradas,
y apostaré que el Marqués
ha crecido el interés
de las prendas recatadas.
¿De cuándo acá los amores
que ya vendéis y compráis,
perjuras falsas, tratáis
como hacienda de menores?
Pero tú, como tutora
de quien ya tuve por prenda,
quieres volver por su hacienda.

LISARDA. ¿Esto le escuchas, señora?
Déjalo y vamos de aquí.

CORCINA. ¿Hay desvergüenza cual ésta?

OCTAVIO. ¿Y has sido tú más compuesta,

(Hacen que se van.)

vieja cruel, para mí?
¿Vaste? Espera, no te vayas,
echarme quiero a tus pies.

(Hace que se echa a sus pies para besarlos.)

CORCINA. Paso, Octavio, que me ves
más abajo de las sayas.
Toma tu dinero, amigo.

OCTAVIO. ¡Cruel, espérame, aguarda!
Ruégaselo tú, Lisarda,
usa de piedad conmigo.
¡Ténme lástima, por Dios,
y acuérdate de los días
que en esas entrañas frías
un alma hicimos los dos!
Que tu madre no se mueva
de verme aquí de rodillas,
llenas de agua las mejillas,

no es cosa, Lisarda, nueva.
Pero tú, que muchas veces
me llamaste amor eterno,
no llores viéndome tierno,
monstruo, Lisarda, pareces.
¡Ah, Corcina, que no hicieras,
viéndome ante ti llorar,
gemir, arder, suspirar,
con esas entrañas fieras,
no era mucho, porque en fin,
lo que en dineros faltaba
con lágrimas lo compraba,
precio infame de hombre al fin,
allí era justo reír!
Mas que llore con dineros,
sin que no la amansen fieros,
¿cómo se puede sufrir?

CORCINA. ¡Por Dios que tienes razón!
Un poco me ha enternecido
en verte, Octavio, afligido
teniendo tanto doblón.

(*Torna a tomar la bolsa.*)

Agradeceldo al padrino.
Ahora bien; vuélvete a casa,
que esta bolsa me traspasa
el pecho pedernalino.

OCTAVIO. ¿Que he hallado en ti piedad
y que me falte en Lisarda?

LISARDA. A mí, Octavio, me acobarda
no saber su voluntad.
Y por no dalle disgusto
no le he rogado por ti;
quizá que verme tú a mí
ha negociado tu gusto.

OCTAVIO. Dame a besar esas manos
que tantos bienes me han hecho.

CORCINA. Por mi vida que sospecho
que han sido cuentos livianos.

LISARDA. Octavio, vete con Dios
y vuelve esta noche acá.

OCTAVIO. Dime a qué hora será.

CORCINA. Dende la una a las dos.

OCTAVIO. ¿Al fin quedo recebido?

CORCINA. Sin falta; mas no has de hablar,
que puede crédito dar
algún amigo fingido.

OCTAVIO. Plegue a Dios que si tal dije
ni procuré tus enojos,
que me falten esos ojos,
que son la luz que me rige.

CORCINA. ¿Y creeréle el juramento?

LISARDA. Como a ti te pareciere.

OCTAVIO. Lisarda, quien esto viere
juzgará tu pensamiento.

CORCINA. Vete, amigo Octavio, y ven
a las horas que te digo (1)

OCTAVIO. ¿Que te soy tan enemigo
que ya no me quieres bien?
¡Quíteme el cielo la vida
y máteme a aquella puerta!
¡Ah, dura enemiga cierta!
¡Ah, falsa amiga fingida!

(*Vase.*)

CORCINA. ¿No ves qué rendido está?

LISARDA. ¡Lástima le tengo, a fe,
que le quise bien y sé
que por mí sin alma va!
Pero dime, madre mía:
¿cómo tomaste el dinero?

CORCINA. Ablandóme el pecho fiero
su enternecida porfía.
Y si va a decir verdad,
no es mucho me enterneciera,
porque temí que le oyera
sus voces la vecindad.
Lisardica, éste es un loco,
y porque no nos afrente
echándole de repente
nos hemos de ir poco a poco.
Yo haré un cierto conjurillo
con que una sombra levante
que de la calle le espante
con revolver mi librillo.
No sabes qué quiero hacer,
pero no te digo más.
Ven, que dentro lo sabrás.

LISARDA. Ya te comienzo a temer.

(*Vanse; sale el* MARQUÉS *y* MAURICIO.)

MARQUÉS. ¿Que tú, en efeto, le viste
entrar dentro del zaguán?

MAURICIO. Y más bizarro y galán
que cuando a Nápoles fuiste
entró, y dejó su caballo,
pajes y lacayo fuera.

MARQUÉS. ¡Mi estado por verle diera
y la vida por matallo!
Mas ¿de quién supiste o cómo
que a ese Octavio Luciana (2)

(1) En el original, con error, dice "he dicho".
(2) En el original dice, por errata, "que ese Octavio a Luciana".

hace el gasto y engalana?
MAURICIO. De un viejo su mayordomo,
que hoy ha llorado conmigo
la deshonra desta dama,
que primo hermano le llama
y lo tiene por amigo.
MARQUÉS. Tan gran lástima le tengo,
no de que gaste su hacienda,
que al mismo daño sin rienda
como tú lo sabes vengo;
mas de que esté tan prendada
que sin mirarlo, resuelta,
le dé el alma a rienda suelta
de necia y de confiada.
Pero yo sé lo que haré,
aunque confuso me hallo.
Hazme ensillar un caballo;
pero no, vamos a pie.

(*Vanse, y salen* LUCIANA *y* TANCREDO.)

LUCIANA. Creeré, Tancredo amigo,
que el hielo puede abrasar
y que el fuego puede helar,
pues tratas de amor conmigo.
¿Cómo respeto tan poco
cabe en hombre tan hidalgo?
TANCREDO. En eso verás que salgo
de mí mismo y que estoy loco.
Pues no es menos que locura
sacar, señora, mi mal
al divino tribunal
de tu valor y hermosura.
Mi atrevimiento perdona;
y pues sabes qué es amor,
tan bien como yo y mejor,
mi amoroso celo abona.
LUCIANA. ¿No parara tu dislate
en el primero?: no más,
pues enojando me vas
de uno en otro disparate.
Tú sabes que quiero bien.
TANCREDO. Y a un hombre que te aborrece,
que justamente merece,
mejor que yo, tu desdén.
El príncipe Cesarino
y yo con él juntamente
le habemos visto patente
su amoroso desatino.
Porque en una casa entró,
que vergüenza he de decilla,
de una cierta afeitadilla
que en Nápoles conoció.
Y estando con ella hablando
mil lástimas le decía
que una reja enternecía,
su corazón obligando.
No digo que tú le quieras
con mal pensamiento a Octavio,
mas que tan notable agravio
no lo sufras, aunque mueras.
Mira, señora, que van
tus cosas muy al perdido:
mejor soy para marido
que Octavio para galán.
LUCIANA. Cierra ese labio, no hables.
¿Tal echaste por la boca?
TANCREDO. No fué palabra tan loca
hablando en casos notables.

(*Vase.*)

LUCIANA. Anda, ve, desatinado,
que yo haré al Príncipe a fe
que tal galardón te dé
como tú a su honor has dado.
¡Sabe que soy tan cruel
que a quien le manda desprecio,
y dase a entender el necio
que puedo estimarle a él!
¡Qué precisa necedad!
Mas, ¡ay de mí, sola quedo!
¿Si me habrá dicho Tancredo
la mentira o la verdad?

(*Entran* OCTAVIO, ALEJO *y* BELARDO.)

¿Qué es esto, triste de mí?
OCTAVIO. He pensado, Luciana,
que estabas a la ventana
y he ruado por ahí.
¿Qué haces aquí tan triste?
LUCIANA. Ninguna otra cosa más
que esperarte.
OCTAVIO. Triste estás.
LUCIANA. Por tu vida, ¿en qué lo viste?
OCTAVIO. En esos hermosos ojos,
en cierto modo suaves,
con una modestia graves
que me quitan mil enojos.
LUCIANA ¡Bravo y fácil argumento!
Por no desmentirte callo.
¿Cómo te salió el caballo?
OCTAVIO. ¡Por tu vida, a mi contento!
Gana traigo de cenar.
LUCIANA. Pues haz, mi señor, que baje
a dar el aviso un paje.

OCTAVIO. ¡Hola!, bajad a avisar
que pongan luego la mesa.
Ve tú, Belardo, y tú pide
una guitarra y despide
esa garganta represa,
que ya te deseo oir.

ALEJO. Iré a poner uña cuerda.

OCTAVIO. ¿De qué estáis, mi bien, tan cuerda?
¿Acuérdaste de morir?

LUCIANA. De puro contenta estoy,
Octavio querido, ansí.
¿Que en fin me quieres a mí?

OCTAVIO. De nuevo el alma te doy.
Del tiempo que he sido ingrato
esta penitencia llevo,
que es hacer libro de nuevo
dando fianzas del trato.

LUCIANA. ¡Ay, Dios, y qué fácilmente
puedes, Octavio, engañarme,
pues fingiendo puedes darme
paga a mi amor suficiente!

OCTAVIO. ¿Qué cadena de oro es ésa?
¡Por mi vida que es gallarda!
¡Ay, cuello de mi Lisarda!

LUCIANA. Ciento y veinte escudos pesa.
Toma, y ciñe con un nudo
el cuello, que ya humillaste.

OCTAVIO. Tal peso de oro le echaste,
que sustentarla no pudo.
¡Beso mil veces tus pies,
mi vida, por tu favor!

LUCIANA. Sólo servirte, señor,
es mi cambio e interés.

(*Entra* FELINA.)

FELINA. El Príncipe viene aquí.

LUCIANA. ¡Ay, Octavio, allí te esconde!

OCTAVIO. ¿Adónde dices?

LUCIANA. ¿Adónde?
Muéstrale, Felina, allí.

(*Vase.*)

LUCIANA. ¡Siempre está sin sillas esto!

PRÍNCIPE. No quiero silla, señora,
que vengo a hablaros ahora
menos despacio y compuesto.
El soldado, vuestro primo,
que en vuestra casa tenéis,
de quien lástima hacéis,
y por quien yo me lastimo,
es menester que mañana,
antes que amanezca el día,
partiendo a su compañía
deje la vuestra, Luciana.
Porque anoche cierto amigo
a una calle me llevó.
donde en una casa entrò
este soldado que digo.
Y si no fuera por mí
allí le hicieran pedazos,
y aun por ventura en los brazos
donde durmiendo le vi.
Que es un hombre poderoso
a quien se ha hecho una ofensa,
de la cual vengarse piensa
como otro Orlando furioso.
Y por lo mucho que os quiero
vengo a avisar que se parta,
que yo le daré una carta
y el necesario dinero,
y no le amanezca el día
dentro de aqueste lugar.
A esto sólo os vengo a hablar.

LUCIANA. Vaya vuesa señoría
con Dios.

PRÍNCIPE. Y con El, señora,
quedad, que tengo que hacer.
Esto le haréis saber.

LUCIANA. Escuchad...

PRÍNCIPE. Después, no ahora.

(*Vase el* PRÍNCIPE *y sale* OCTAVIO.)

LUCIANA. ¡Ay, triste de mí! ¿Qué es esto?
Octavio, ¿es esto verdad?

OCTAVIO. ¿Tú no ves que es falsedad
que este celoso ha compuesto?
¡No está mala la invención!

LUCIANA. ¿Luego esto de esta mujer
mentira debe de ser?

OCTAVIO. Y fuego del corazón.
¡No ha sido mala la treta
para echarme del lugar!

LUCIANA. ¡Estarás a su pesar,
y yo a tu gusto sujeta!
¿Que no entiendan estos necios,
viendo que en mi alma estás,
que avivan el fuego más
con hacer de ti desprecios?

OCTAVIO. ¡Dame esas manos hermosas,
en cuyas piadosas palmas
pondré mi alma y mil almas!
¡Qué piedras tan ponzoñosas!
Tus anillos me han rompido,
Luciana, el dedo pequeño.

LUCIANA. En pago serás tú el dueño
de haberte el dedo ofendido.
Toma tú aqueste diamante,
que cien escudos costó,
y el rubí no he visto yo
fineza y luz semejante.
Esta esmeralda era buena,
pero ya de balde van,
y este amatista es galán...

OCTAVIO. Basta, mi bien, la cadena,
que es prisión a toda ley.

LUCIANA. ¿De lo que te doy te quejas?

OCTAVIO. ¡Hecho un príncipe me dejas!

LUCIANA. ¡Yo quisiera, Octavio, un rey!

(*Sale* FELINA.)

FELINA. A la puerta ahora llega,
señora, el marqués Fineo,
que trae de hablarte deseo
y por licencia te ruega.

LUCIANA. ¡Triste de mí, no es posible
negar al Marqués la puerta!

OCTAVIO. Parece que se concierta
con el mayor imposible.
¿Conoces este Marqués?

LUCIANA. Ni aun en mi vida le vi.

OCTAVIO. ¿Qué puede quererte a ti?

FELINA. Ya viene.

LUCIANA. Escóndete, pues.

(*Escóndese* OCTAVIO *y entran el* MARQUÉS *y* MAURICIO.)

MARQUÉS. Aunque nunca he conocido
ni a vuesa merced tratado,
me debe un grande cuidado
que en sus cosas he tenido.
¿De vuesa merced es primo
Octavio, un cierto soldado?

LUCIANA. Sí, señor, y ese cuidado
como al fin vuestro lo estimo.
Pero, ¿qué tenéis con él?

MARQUÉS. Yo quiero en este lugar,
que claro os tengo de hablar,
una mujer que quiere él.
Da en tenerle voluntad
con más atrevido efeto
de lo que pide el respeto
de mi mucha calidad.
Porque anoche cierto amigo
me detuvo que no entrase
en su casa y la bañase
en sangre de mi enemigo.
Finalmente, quiero bien,
y soy el marqués Fineo,
y ha seis años que me empleo
en conquistar un desdén.
¡Y vive Dios de matalle
dentro en vuestra propia casa
si más por la calle pasa
ni aun se le acuerda miralle!
Con tanto enojo he venido,
que luego quiero volverme,
para no descomponerme
más de lo que aquí lo he sido,
que no es de mi condición.
Dadme, señora, licencia
y de mi poca paciencia
y atrevimiento, perdón.

LUCIANA. En nada, señor, erráis,
y en lo demás habrá enmienda
para que más no os ofenda.

MARQUÉS. Muy discretamente habláis.
Vamos, Mauricio, de aquí.

(*Vase el* MARQUÉS, *y quedan* MAURICIO *y* LUCIANA.)

MAURICIO. Vamos, señor, en buen hora.—
Mirad vuestro honor, señora,
y Octavio mire por sí;
que ya se murmura que es,
no primo, mas vuestro amigo,
y esto a vos sola lo digo,
aunque lo callo al Marqués.

LUCIANA. ¿Hay desvergüenza cual ésta?
¡Bellaco, infame, ruín,
quebraréos el chapín
en boca tan descompuesta!

(*Toma el chapín, y vale a dar con él.*)

MAURICIO. ¡Téngase, que le pondré
toda la mano en la cara!

LUCIANA. ¿Hay desvergüenza más clara?

FELINA. ¡Ah, bellaco!

MAURICIO. ¡Téngase!

(*Sale* OCTAVIO *con una daga y mátalo.*)

OCTAVIO. ¡Desta manera se paga
una desvergüenza igual!

MAURICIO. ¡A traición muero!

OCTAVIO. No hay tal,
la culpa tuvo la daga.
Que desvergüenza como ésta
sólo este castigo pide
y con la muerte se mide,
que no con otra respuesta.

LUCIANA. ¿Qué has hecho, pobre de mí?
OCTAVIO. He dado muerte a un villano
que puso en tu rostro mano.
LUCIANA. ¡Antes me la has dado a mí!
¡Huye, Octavio, presto, corre
y pon tu cuerpo en sagrado!
OCTAVIO. Si no está San Juan cerrado
subirme quiero a la torre.

(*Vase.*)

LUCIANA. ¡Ay de mí, triste cuitada!
Cierra, Felina, la puerta,
no haya en casa cosa abierta.
FELINA. ¡De miedo voy desmayada!

(*Vase* FELINA *y entran* ALEJO, BELARDO *y* RODRIGUILLO.)

ALEJO. ¿Qué ha sido aquesto, señora?
LUCIANA. ¿Cómo no lo veis delante?
BELARDO. ¿Hay desgracia semejante?
RODRIGO. Por cierto que expiró ahora.
LUCIANA. Amigos, en vuestras manos
está todo mi remedio.
RODRIGO. Pondremos un monte en medio.
Soniche la boca, hermanos,
y a cuanto pregunten, nones;
que ya yo en potro me he visto,
pero salí, ¡vive Cristo!,
bien de entre cuatro sayones.
Señor músico, no cante,
que le darán un jubón.
LUCIANA. ¡Rodrigo, por la Pasión
de Dios, le quita delante!
¡Sacádmele de la sala!
RODRIGO. Ten, Alejo, y tú al través.
ALEJO. ¡No se fuera él por sus pies
muy mucho de enhoramala!
LUCIANA. Sacadle del aposento
sin ruido y sin alboroto.
RODRIGO. Echarémosle en un pozo.
LUCIANA. ¡Cómo sin alma me siento!

(*Llevan el cuerpo los tres, y queda sola* LUCIANA.)

¡Ah, mal haya la venida
deste Marqués a mi casa,
pues como fuego me abrasa
gusto, honor, hacienda y vida!
¿Hay hoy desgracia mayor?
¿Puede haber mayor agravio?
¡No sólo he perdido a Octavio,
mas he perdido mi honor!
Porque no será posible
callarse aquesta maldad,
pues al tiempo y la verdad
es el secreto imposible.

(*Entra* FELINA.)

FELINA. ¡Ay, desdichada de mí!
¡Señora, qué mal suceso,
que llevan a Octavio preso!
LUCIANA. ¿Vístelo tú?
FELINA. Yo lo vi,
que corriendo por la calle
la Justicia lo detuvo,
y él mismo la culpa tuvo
en turbarse al preguntalle.
Un alguacil va con él
y otro a nuestra casa viene,
y el escribano, que tiene
apercebido el papel.

(*Entran* ESCRIBANO, ALGUACIL *y* CORCHETES, RODRIGO, ALEJO *y* BELARDO.)

ALGUACIL. ¿Adonde tal maldad pasa
quieren defender la puerta?
LUCIANA. ¿No estaba, señor, abierta?
ALGUACIL. ¿Sois el dueño desta casa?
LUCIANA. Sí, señor.
ALGUACIL. ¿Dónde tenéis
el hombre que aquí se ha muerto,
que yo sé que está encubierto?
Decildo, no lo neguéis.—
Tomad, señor, juramento
luego a ese lacayo.
ESCRIBAN. Jura
que dirás la verdad pura.
RODRIGO. Por Dios, señor, que no miento.
ESCRIBAN. Hasta ahora no, borracho,
que no has dicho cosa alguna.
RODRIGO. ¿No diré verdad ninguna?
ESCRIBAN. ¿De dónde eres?
RODRIGO. Soy gabacho.
ESCRIBAN. ¿Cómo te llamas?
RODRIGO. Rodrigo.
ESCRIBAN. ¿Qué edad?
RODRIGO. Trece años o treinta,
que nunca he tenido cuenta.
ESCRIBAN. Poco más o menos, digo.
RODRIGO. Ciento, poco más o menos.
ESCRIBAN. Azotes habían de ser
para hacerte responder.
RODRIGO. No en mis carnes a lo menos.
ESCRIBAN. ¿Qué edad tienes?
RODRIGO. A eso vengo.

¿Mas no ve que es necedad
que me pregunte la edad
y no los años que tengo?
Si los años que he vivido
se pasaron hasta ayer,
¿cómo los puedo tener,
pues ha tanto que se han ido?
Ponga que no tengo años.

ESCRIBAN. Este lacayo es un cesto.
Di, pues, lo que sabes desto.

RODRIGO. ¡Visancedes son extraños!
¿En qué potro me ponían,
qué jarros de agua me daban,
qué cordeles me apretaban
o qué huesos me crujían
para que diga verdad?
Antes porque no me afrenten
digo que vucedes mienten,
y esto con buena amistad.

ALGUACIL. ¡Bellaco desvergonzado!—
¡Asilde ahí!

RODRIGO. Bien estoy.
¿Para qué, si no me voy?
¿No ven que soy hombre honrado?

ALGUACIL. Esto se ha de hacer así.
Asid también esos mozos,
que dentro, en dos calabozos,
dirán la verdad allí.
Y vamos, señor, adentro,
porque he de reconocer
la casa y he de prender
cuanta gente hubiere dentro.

LUCIANA. Haced, señor, vuestro gusto.
¿Matáronle mis mujeres?

RODRIGO. Mi señora, no te alteres
por este poco disgusto,
que no te harán agravio
estos señores ahora
porque en tu casa, señora,
matase aquel hombre Octavio.

ALGUACIL. Escríbanse estas razones.

RODRIGO. Firme estoy como un diamante:
no hay pares.

ALGUACIL. Pasa adelante.

RODRIGO. Nones digo, digo nones.

(*Vanse.*)

ACTO TERCERO

(*Entran* CORCINA *y* LISARDA.)

LISARDA. ¡Que ya han sentenciado a Octavio,
madre mía!

CORCINA. ¿Qué sentencia?
¡Por mi vida que es conciencia
y que han hecho al muerto agravio!
Pero ¿adónde ha de tener
Octavio tres mil ducados?

LISARDA. Del caballo y los criados,
que eso y más pueden valer.

CORCINA. Valdrán mucha desventura
cuanto más, que aqueso y más
la cárcel de Satanás
gasta y consume la cura.
¿Hay, hija, tan buena esponja
como escribano y letrado,
y el procurador cansado,
más pedigüeño que monja?
Que en porteros y grilleros,
tan malos de contentarse,
suele una cárcel tragarse
un mundo vuelto en dineros.

LISARDA. ¿Y qué pena le darán,
pues que paga no se espera?

CORCINA. Echarlo en una galera.

LISARDA. ¿A qué, madre, a capitán?

CORCINA. ¡Hazte boba, por tu vida!
A que reme más que tres
y un cómitre calabrés
que las espaldas le mida.

LISARDA. ¡Jesús! ¿Qué le han de azotar?

CORCINA. ¡No, sino hacelle regalos,
darle con azote y palos
hasta hacerle reventar!

LISARDA. ¡Lastímame su tormento
y basta que le he querido,
porque es hombre bien nacido
y no de mal pensamiento!
Y el haber muerto a Mauricio
en tan honrada ocasión
es digna satisfacción
mayormente de su oficio,
que un soldado no ha de ver
tratar mal ninguna dama,
antes su honra y su fama
debe en razón defender.

CORCINA. Huélgome que estás trocada
tanto, que te burlas dél.

(*Sale* OCTAVIO.)

OCTAVIO. Estarás, Lisarda cruel,

de mis trabajos vengada.
Vesme aquí, que en este punto
salgo de la cárcel fiera,
difunto el color de fuera,
mas no el del alma difunto.
Que te quiero más que a mí,
aunque tan ingratamente
no hayas tenido, inclemente,
memoria alguna de mí.

LISARDA. ¡Por mi vida que me asombra!
¡Ay, Dios! Octavio, ¿eres tú?

CORCINA. ¡Hazle mil cruces! ¡Jesú!
¿Eres Octavio o su sombra?
¿No estabas ahora preso
por un millón de ducados?

OCTAVIO. Ya todos están pagados
y olvidado mi proceso.

CORCINA. ¿Quién te dió tanto dinero?

OCTAVIO. Un pariente me lo dió.

CORCINA. ¡Pariente jurara yo
que es en el grado tercero!
¿Que tanto habrá que saliste?

OCTAVIO. En aqueste punto veo
la luz y el sol que deseo,
aunque ya nublado y triste.
Fuera bien haberme escrito,
Lisarda ingrata, un papel,
con un cumplimiento en él
y el nombre en el sobre escrito.
Sino que me han dicho mil
que te holgabas de mi mal.
¡Tú sola juez criminal
y todo el pueblo civil!
Y decías: "Ya deseo
ver aqueste hombre tan malo
de un cordel asido a un palo,
gracias al marqués Fineo",
que a su pesar se bajó
la parte, y tengo pagados
en oro tres mil ducados,
de que admirado quedó.
No piense que porque salgo
de prisión de más de un mes
valgo menos que el Marqués,
que más que lo que antes valgo.
Bien lo tendrás entendido
en que trecientos ducados
que te di en oro contados
jamás te los he pedido.
Que antes estoy para darte
muchos más, que más te debo,
pues pienso agora de nuevo
con más veras obligarte.

CORCINA. Tu buena fortuna, Octavio,
en el alma nos alegra,
mas la nuestra, como negra,
aún no ha perdido el resabio.
Goza aquesta libertad,
que siempre el cielo te guarde,
pero ya ha llegado tarde
tu furiosa voluntad.
El Marqués ha recibido
a mi marido en su casa,
y ahora a Nápoles pasa
a lo que le han proveído.
Ya estamos para partir,
porque entiendo que ha de ser
mañana al amanecer.

OCTAVIO. ¡Basta, habréme de morir!
Ya la muerte se me ordena
con la súbita ocasión;
¡mi pena y persecución
me tienen puesto en cadena!
¿Es posible que esto ha habido
en el tiempo que he faltado?
¿Tanto el Marqués te ha obligado,
tanto el Marqués ha podido,
que al fin te vuelves con él?

LISARDA. Con él me vuelvo, ¿qué quieres?

OCTAVIO. ¡Oh, bendígaos Dios, mujeres!

CORCINA. ¡Y el arcángel San Miguel!
Pues bien: ¿qué quieres ahora?

OCTAVIO. Estorbarte que no vayas,
y justas lástimas hayas
del corazón que te adora.
¿Adónde te quieres ir?
¿A morir en tierra extraña?
¿Tan mal te parece España?

LISARDA. Estamos para partir;
Octavio, vete con Dios,
que yo estoy determinada.

CORCINA. Y yo en el sillón sentada
para picar a las dos.

OCTAVIO. ¡Estoy por desesperarme,
estoy por sacar la espada,
y por su punta afilada
pecho y vida atravesarme!

LISARDA. ¡Jesús, que te harás mal!

CORCINA. Amigo, fuera de casa,
que ya sabe lo que pasa
con el Audiencia Real.
Si viene mal enseñado,
mátese allá, ¡por su vida!

OCTAVIO. ¡Paga es ésta merecida

deste mi ingrato pecado!
Pero piénsome vengar
en que si te piensas ir
también te quiero seguir
y no te pienso dejar,
que andaré en tu busca el mundo
por do quiera que le pases,
aunque, Lisarda, bajases
a las penas del profundo.

(*Vase.*)

CORCINA. Determinado se va
para caminar mañana.
LISARDA. ¿Tanto puede esta Luciana?
CORCINA. Tres mil ducados le da.
LISARDA. Debe de ser su marido.
CORCINA. Como es mujer principal
tendrá encubierto su mal,
que el mayor público ha sido.
No sé, Lisarda; anda acá,
escribirás al Marqués,
por ver si acabado es
el vestido que te da.
LISARDA. Lo demás es desatino:
eso, madre, pienso hacer.
CORCINA. ¡Qué bien has de parecer
con vestido de camino!

(*Vanse, y salen* LUCIANA, *el* PRÍNCIPE *y* TANCREDO.)

PRÍNCIPE. Ya estáis, Luciana, segura.
Como habéis con mi favor
salido con vuestro honor
de tan pública aventura,
es menester que tapéis
la boca a todo el lugar,
y esto lo habéis de acabar
con que casada quedéis;
que si Octavio os ha gastado
vuestro honor y vuestra hacienda,
no puede haber otra enmienda
a tan enorme pecado.
Casaos con Octavio luego,
que en mí tendréis el padrino;
venced vuestro desatino,
pues que yo venzo mi fuego.
Que saldréis de tanta mengua
si con Octavio os casáis,
pues a todo el mundo echáis
una mordaza en la lengua.
LUCIANA. Id, mi señor, en buen hora,
y fiad de que no pase
mañana de que me case.
PRÍNCIPE. Yo fío de vos, señora.

(*Vase.*)

LUIANA. Por obedeceros muero;
harélo sin duda alguna.
TANCREDO. ¡Hoy de mi buena fortuna
para siempre desespero!
¿Que te casas, Luciana?
¿Qué he de hacer sino sentir
tantos años de sufrir
tras una esperanza vana?

(*Vase.*)

LUCIANA. Mas si fuese tanto mal
para dar en tanto bien
seguridad del desdén
y vida al ansia mortal,
gracias a Dios que ya puedo,
casándome con mi gloria,
salir con triunfo y vitoria
de todo el poder de un miedo.
Que el pariente más cercano,
viendo su honor remediar,
las dos manos me ha de dar
cuando le pida una mano.

(*Entra* OCTAVIO *y ella lo va a abrazar y él la detiene.*)

OCTAVIO. No vengo a pedir tus brazos,
ni a que te huelgues de verme,
ni menos a enternecerme
con desalados abrazos.
Ni vengo a que el parabién
me des de mi libertad,
ni a que me hagas amistad,
ni a que más me hagas bien.
Sino sólo a despedirme,
ingrato como otro Eneas,
porque adonde no me veas
tengo para siempre de irme.
La causa no la preguntes,
aunque por mis desvaríos
del mundo todos los ríos
dentro de tu pecho juntes.
No comiences a llorar;
haz cuenta que Octavio es muerto:
ya soy loco descubierto,
que no es posible callar.
Luciana, si siempre has sido
tratada con tal desdén,
fué porque he querido bien
lo que me tiene perdido:
que es una ingrata mujer

que se ha vengado de mí,
a quien tu hacienda le di,
que hechizos deben de ser.
Váseme a Italia, y no puedo
dejar de seguilla, ¡ay, triste!,
que lleva lo que me diste
y sin mí y sin ella quedo.
Aquesta es la libertad
que saco de la prisión.

LUCIANA. Sosiega tu corazón
y amansa tu voluntad.
Si la has querido y la has dado,
déjala, pues que te deja,
porque el mal, cuando se aleja
deja a su dueño olvidado.
Misterios del cielo son
que se vaya ese enemigo,
porque te cases conmigo
sin género de pasión.
Yo estoy ya determinada;
si se te va esa mujer,
en mí la puedes tener
menos libre y más honrada.
Dame, mi Octavio, esa mano.

OCTAVIO. Pluguiera a Dios que pudiera,
que sin duda lo hiciera;
mas es mi remedio en vano.
Luciana, yo he de seguir
ésta que matarme quiere
por donde quiera que fuere,
hasta acabar de morir.
Quedarme aquí no lo trates;
por eso presta paciencia.

LUCIANA. ¡De tanto amor e insolencia
pido que en pago me mates!
¿Perdida quieres dejarme
viendo que lo estoy por ti?
Octavio, ¿en qué te ofendí?
¿Sin culpa quieres matarme?

OCTAVIO. Luciana, aquesto es hablar,
como dicen, en desierto,
aplicar remedio al muerto
y en el arena sembrar.
Ya yo estoy determinado;
no quiero tu casamiento,
ni pensar que habrá contento
en hombre desesperado.
Conozco mi ingratitud,
pero es tarde y sin provecho,
que tengo abrasado el pecho
de una rabiosa inquietud.

LUCIANA. ¿Eres tigre hircano acaso?
¿Dióte leche alguna osa?
¿Diéronte el alma furiosa
las entrañas del Caucaso?
Octavio dulce, ¿qué es esto?
¿Qué es aquesto, Octavio amado?
¿Qué falso amor te ha engañado?
¿Qué hechizo te ha descompuesto?
Vuelve, mi bien, por mi honra
como yo vuelvo por ti:
hacienda y alma te di,
no me des muerte y deshonra.
De rodillas te suplico
vuelvas, Octavio, por ella,
pues que le debes a ella
todo este mal que publico.
Yo te serviré de esclava,
y aunque sea tu mujer
este nombre he de tener.
¡Hazlo, por tu vida, acaba!
Mira, que si eres cruel
y, como dices, te vas,
antes que salgas verás
que doy el cuello a un cordel.
¡Ah, señor mío! ¡Ah, Octavio!
¿Qué hombre que aquesto viera,
cuando nada me debiera,
me hiciera tal agravio?
¿Por qué buscas quien te deja
y huyes de quien te llama?

OCTAVIO. Por el viento se derrama,
Luciana amiga, tu queja.

LUCIANA. Echarme a tus plantas fieras

(*Echase a sus pies.*)

es lo que me ha de servir;
los pies te tengo de asir,
¡ya no te irás aunque quieras!

OCTAVIO. No hagas eso, que me enojas,
que por esa resistencia
me habré de ir sin tu licencia.

(*Vanse.*)

LUCIANA. ¿Como a mujer vil me arrojas?
¿Que te vas? ¿Que, en fin, te fuiste?
¿Que ya pasaste la puerta?
¿Que la hallaste, Octavio, abierta?
¿Que por la puerta saliste?
Puerta, ¡que no te cerraras
cuando viste que salía
quien cerró de mi alegría
las que me cuestan tan caras!
¡Puerta de infierno te nombres,
tal nombre te pongo yo,

por donde el hombre salió
más ingrato de los hombres!
¡Cual otra Dido he quedado,
del huésped cruel burlada,
tan perdida y deshonrada
y él tan alegre y honrado!
Pues brazo tendré tan fuerte
que a su pena iguale y mida,
y quien la imitó en la vida
la ha de imitar en la muerte.
Quiero sacar de este estuche
este cuchillo pequeño,
porque aquel ingrato dueño
la postrera voz escuche.

(*Vase a dar con el cuchillo y entra* TANCREDO *y detiénela.*)

TANCREDO. Sin duda que se da muerte.
Quiero detenerla el brazo.
LUCIANA. ¡Muerte, pues éste es tu abrazo,
dámele apretado y fuerte!
TANCREDO. No es sino abrazo de vida.
Desecha, señora, el miedo,
que yo soy.
LUCIANA. ¿Quién es?
TANCREDO. Tancredo.
LUCIANA. ¡Ay, Tancredo, estoy perdida!
Llegas a tal ocasión,
que vida y alma te debo.
TANCREDO. Esta te rindo de nuevo
por la misma obligación.
¿Que te querías matar?
¿Hay semejante locura?
LUCIANA. Semejante desventura
puedes decir, y acertar.
TANCREDO. ¿Anda Octavio en estas obras?
LUCIANA. Octavio la culpa ha sido.
TANCREDO. ¿No quiere ser tu marido?
LUCIANA. Hanle enfadado mis obras.
¡Vase el cruel tras su dama
y aquí llorando me deja,
sin honra y con mucha queja,
sin vida y muerta mi fama!
TANCREDO. Hubiérasme tú creído,
sin aguardar el ruín trato
de ese mal nacido ingrato,
y fuera yo tu marido.
¡Ay, mi Luciana!, ¿qué esperas
de hombre tan desleal?
Venganza es aquesta igual
de ingratitudes tan fieras.
Yo sé muy bien del favor
del príncipe Cesarino,
que alabará el buen camino
de dar remedio a tu honor,
y que pondrá vida y honra
por tu amparo y tu defensa.
Venga, mi bien, esta ofensa;
vuelve y mira por tu honra.
¿Tan mal estarás casada
con un secretario hidalgo
del Príncipe, por quien valgo,
ya que por mis prendas nada?
¿Qué respondes? ¿En qué piensas?
LUCIANA. En que soy más que dichosa
en ser, Tancredo, tu esposa
y satisfacer mi ofensa.
Dame callando la mano
y no alborotes la casa.
Di al Príncipe lo que pasa.
TANCREDO. ¡Vesla aquí, oh bien soberano!
LUCIANA. Entremos en mi aposento
sin hacer ningún rumor,
y trataremos mejor
el secreto casamiento.
TANCREDO. Vamos, que sólo ya puedo
decir que el tiempo es gran sabio.
LUCIANA. Vengarme pienso de Octavio.
TANCREDO. ¡Oh, venturoso Tancredo!

(*Vanse, y entran el* MARQUÉS, CORSINA *y* LISARDA, TREBACIO, CLAUDIO, *criados, de camino.*)

MARQUÉS. ¿Al fin te ha cansado el coche?
LISARDA. Cuanto me puede cansar:
sólo lo pienso llevar
para caminar de noche.
Pero, Marqués, por tu vida,
que de día voy muy bien
en aqueste palafrén,
y mejor entretenida,
que traigo el cuerpo cansado.
MARQUÉS. Salir de casa, mi amor,
es la jornada mayor,
de más trabajo y cuidado.—
Pero dime, madre amada:
¿Cómo vienes? ¿Cómo vas?
CORCINA. Con el favor que me das,
contenta, alegre y honrada.
¡Muera yo en Italia bella,
tierra descansada y ancha,
que el corazón se me ensancha
sólo en pensar que he de vella!
Huya de España y sus daños,
que por un poco de hablar

está cerca de obispar
una mujer de mis años.
Pues ya la renta que os deben
[no] es de vacas o tocinos,
sino nabos y pepinos,
que como granizo llueven.
Véame yo en el país
más bello que tiene el suelo,
no quiero estar con recelo
de una mitra por un tris.
Llamo a la olla piñata,
y a mi comadre fratela,
y a la ternera vitela,
y llamo argén a la plata.
No quiero más tabahola,
que me he escapado de dos:
¡quedaos para siempre adiós,
delicadeza española!

MARQUÉS. ¡Qué gran donaire has tenido!
Contigo quiero vivir
porque me hagas de reír.

CORCINA. En cuanto he dicho he mentido.

CLAUDIO. No miente la buena vieja,
que en Toledo yo la vi
con una mitra, y le di
un chirlo de oreja a oreja.
¿Acuérdaste tú, Trebacio?

TREBACIO. Y como en él me recreo,
parece que ahora veo
aquel pepinote lacio.

LISARDA. Calle, madre, por su vida,
no piense acaso el Marqués
que aqueso de veras es.

CLAUDIO. Yo la vi, por Dios, vestida.

TREBACIO. Calla, Claudio, no te entienda
la vieja, que es maliciosa.

MARQUÉS. Trebacio, ¿hay alguna cosa
fiambre para merienda?

TREBACIO. Allí hay un capón fiambre.

MARQUÉS. Entremos a merendar,
porque quiero reposar,
que siento cansancio y hambre.

LISARDA. ¡Ay, Dios, qué bien me pareces!

(Vanse el MARQUÉS *y* LISARDA.*)*

CORCINA. Trebacio, ¿hay buen vino?

TREBACIO. Ruin.

CORCINA. ¿De dónde?

TREBACIO. De San Martín.

CORCINA. ¡Bendígate Dios mil veces!

(Vanse, y sale OCTAVIO *de camino.)*

OCTAVIO. Aquí, dentro desta venta,
me dicen que está el Marqués
y aquella enemiga que es
causa de toda mi afrenta.
En su seguimiento vengo,
porque muy tarde he salido,
y en haberme detenido
culpa y no pequeña tengo;
que debiera estar primero
y haber tomado lugar,
por no dar que sospechar
a aqueste enemigo fiero.
El cuartago dejo ahí
atado a un olmo, entretanto
que esta ocasión de mi llanto
vuelve los ojos a mí.
Mas temo a la mala vieja,
no se lo diga al Marqués;
mas si me ha de ver después,
el mismo daño me deja.
Y porque algún desatino
no intente, como desea,
es mejor que aquí me vea
que no en medio del camino.
¡Animo!, al fin quiero entrar,
que yo bien sabré fingir
que puedo a negocios ir,
y voime a desesperar.
Que cuando me arroje y eche,
temiendo que trato engaño,
ya no hay mal que me haga daño
ni otro bien que me aproveche.

(Vase, y sale el PRÍNCIPE *y* TANCREDO *y los pajes de* OCTAVIO.*)*

PRÍNCIPE. ¡Harásme, por Dios, Tancredo,
que mil veces me santigüe,
y que juzgue y atestigüe
que ha sido tuyo el enredo!
¿Con Luciana te has casado?

TANCREDO. Esta noche la has de ver,
porque esta noche ha de ser.

PRÍNCIPE. ¡Sin sentido me has dejado!
¿Que al fin aquel bellacón
de Octavio la dejó así?
¡Así llegaras allí
en esa misma ocasión
que el pecho le atravesaras!

TANCREDO. A mejor tiempo llegué,
pues lo que quise alcancé.

PRÍNCIPE. ¿En eso sólo reparas?
Ella hizo discretamente
en tomar luego marido.

¿Al fin que el ingrato es ido?
TANCREDO. En un cuartago a las veinte,
hombre que le vió partir
me lo dijo aquesta tarde.
PRÍNCIPE. El solo de mí se guarde,
porque le pienso seguir.
¿Quién son aquéstos?
TANCREDO. Los pajes
que Octavio solía llevar.
PRÍNCIPE. Libreas les has de dar.
TANCREDO. Y mucha banda y plumajes.
PRÍNCIPE. Ahora bien; haz que de casa
te lleven plata y blandones,
y traza las colaciones,
Tancredo, sin mano escasa,
que a todo te doy licencia,
y esta noche determino
ser tu honrado padrino:
pon en todo diligencia.
TANCREDO. Tu gran nobleza bendigo.
PRÍNCIPE. Vete y tu negocio trata.
TANCREDO. Luego haced llevar la plata.—
Pajes.
ALEJO. Señor.
TANCREDO. Veníos conmigo.

(Vanse, y sale OCTAVIO, *huyendo en cuerpo, y los dos* CRIADOS *del* MARQUÉS *dándole de palos, y el* MARQUÉS *detrás.)*

OCTAVIO. ¡Paso, mi señor, por Dios,
no consintáis que me maten
y cual villano me traten!
MARQUÉS. ¿Y qué sois, infame, vos,
bellaco, ruin, atrevido?
¿Tras mí venís desta suerte?
Yo os haré dar una muerte
con tormento nunca oído.
Toma allí, Claudio, un cordel
y ahórcale de aquel roble.
OCTAVIO. ¡Mira, señor, que eres noble
y no es justo seas cruel!
MARQUÉS. ¿Pensáis que me ha de costar
un cuarto ahorcar un villano?
OCTAVIO. ¿Ahorcarme?
TREBACIO. ¡Paciencia, hermano,
bien os podéis confesar!

(Salen CORCINA *y* LISARDA *y híncanse de rodillas delante del* MARQUÉS.)

LISARDA. ¡Ay, no, por amor de Dios,
amigo, tal crueldad,
basta la riguridad
con que le tratan los dos!
De rodillas por el suelo
te quiero pedir su vida,
y no en verme enternecida
engendre en tu pecho celo,
que no es reliquia de amor,
sino lástima de ver
que venga instrumento a ser
de aquesta muerte, señor.
¡Ah, mi señor! ¡Ah, mi bien!
MARQUÉS. Dejalde.
TREBACIO. Estima en algo
que tienes verdugo hidalgo.
MARQUÉS. Dejalde.
TREBACIO. ¿Suelto?
MARQUÉS. También.
Mas por haber proseguido
tan libre y desvergonzado,
ha de volver castigado:
quitalde luego el vestido.
Vuelva desnudo, en camisa,
desa manera al lugar,
porque le puedan mirar
y cause contento y risa.
LISARDA. Eso como tú quisieres,
como vivo quede Octavio.
OCTAVIO. ¿Que he de sufrir tanto agravio?
¡Matadme ya!
TREBACIO. No te alteres.
El jubón se quite aprisa
y los calzones de presto,
que es del verdugo todo esto,
y agradezca la camisa.
MARQUÉS. Entrate, Lisarda mía,
que no quiero que lo veas.
LISARDA. ¡Oh, qué bien al aire empleas,
Octavio, tu gallardía!

(Vanse el MARQUÉS *y* LISARDA.)

CORCINA. ¿Eres tú, por dicha, aquél
de los trecientos ducados,
el caballo y los criados?
¿Quebróscte el cascabel?
¿Cómo no suenan ahora?
OCTAVIO. ¡Eso me faltaba aquí!
¿Que al fin me dejas ansí?
TREBACIO. Vámonos de aquí, señora,
y el bellaco coja luego
el camino del lugar.
CORCINA. ¡Bueno está para nadar!
TREBACIO. ¡Ropilla y calzones juego!
CLAUDIO. ¿Y tienes naipes?
TREBACIO. ¡Pues no!

¿Cuándo suelo estar sin ellos?

CLAUDIO. La parte que tengo en ellos
juego.

TREBACIO. Y la que tengo yo.

(*Vanse, y queda* OCTAVIO.)

OCTAVIO. ¡Bueno he quedado esta vez!
¡Fiad, hombres, de mujeres,
que al fin tienen sus placeres
y tan riguroso juez!
Volverme quiero al lugar,
que esta es permisión de Dios,
que quiere juntar a dos
que quiere el mundo apartar.
Volverme quiero a Luciana,
que tengo sus brazos ciertos,
como, en fin, de madre abiertos,
y casaréme mañana.
¡Y qué dulce alojamiento
que tendré luego en sus brazos!
¡Con qué gusto, con qué abrazos!
¡Parece que ya los siento!
¡Ah, Luciana, que tú eres
el bien que mi alma desea,
ansí es justo te posea,
firme ejemplo de mujeres!
Voy a darte mil abrazos,
que ya aborrezco a Lisarda.
¡Oh qué cama que me aguarda
y qué regalados brazos!

(*Vase, y sale el* PRÍNCIPE *con acompañamiento.*)

PRÍNCIPE. Honremos el desposorio,
que es de un criado a quien amo,
que a veces amigo llamo
y es hidalgo al fin notorio.
Tiene su casa y solar,
y aunque es tan pobre, al fin es
su virtud el interés,
porque más le debo honrar.

(*Sale* TANCREDO.)

TANCREDO. A recebirte, señor,
quiere salir Luciana,
agradecida y ufana
de tan inmenso favor.

PRÍNCIPE. No, decilde que se quede
y no deje sus visitas.

TANCREDO. Tus mercedes infinitas
¿cómo agradecerlas puede?
Aquí te recibirá.

PRÍNCIPE. Quedará la sala sola
y enojaréme.

TANCREDO. Pues, ¡hola!,
decid que no salga ya.

PRÍNCIPE. Mil canas, por Dios, Tancredo,
me quitas en verte así;
apenas me creo a mí,
que tengo a mis ojos miedo.
¿Que te casas con Luciana?

TANCREDO. Tanto das en no creello,
que me das sospechas dello
y tendré celos mañana.

PRÍNCIPE. Si hablar tu esposa te obligas
con aquesa libertad,
no será gran necedad
la primera que le digas.
¿Tienes requiebro pensado
para necedad aprisa?
Siendo súbita y precisa
es más ligero pecado.

TANCREDO. Tanto el miedo me acobarda;
mas ha de pasar por mí.

(*Sale* ALEJO.)

ALEJO. Señor, el Cura está aquí
y toda la sala aguarda.

PRÍNCIPE. Pues vamos, que no es razón
que aguarde la desposada,
y pues ves que es gente honrada,
no falte la colación.

(*Vanse, y quedan* BALBOA *y* TRISTÁN, *amigos de* OCTAVIO, *que salieron acompañando.*)

BALBOA. ¿Quién puede creer tal cosa,
señor Tristán?

TRISTÁN. Yo diré
que no hay en el mundo fe,
y si la hay es mentirosa.
¿Quién creyera que Luciana,
partiéndose Octavio ayer
para ser de otro mujer,
aún no aguardara a mañana?
¡Pobre dél si esto supiera,
qué presto que volvería!

BALBOA. Harto mejor le sería
que nunca de allá volviera.
¿No supistes dónde iba?

TRISTÁN. Por más que le pregunté
ni palabra le saqué.

BALBOA. Melancolía excesiva.

TRISTÁN. Si supiera dónde estaba
escribiérale el suceso.

BALBOA. Que me ha pesado os confieso,

porque en extremo le amaba.
TRISTÁN. ¿Veremos los desposados?
BALBOA. Esa fiesta perderemos.
TRISTÁN. Andad, que a vueltas podremos.
BALBOA. ¿De qué manera?
TRISTÁN. Embozados.

(Vanse, y salen los pajes, con la colación en las manos, riñendo.)

BELARDO. ¿Los dátiles me arrebatas?
¿No bastan las peladillas?
ALEJO. ¿No me tomó él las rosquillas
y el otro día las natas?
BELARDO. ¿Todo el plato de almendrones
no traes en la faltriquera?
ALEJO. ¡Seor Belardo, hágase afuera,
no le dé dos mojicones!
BELARDO. ¿Mojicones él a mí?
¡Aguarde, señor picaño!

(Sale RODRIGO.*)*

RODRIGO. ¿No ternemos paz hogaño?
ALEJO. ¡Desvíese, pesia mí!
RODRIGO. Alejillo, tente acá.
ALEJO. ¡Desvíate, que me ha dado!
RODRIGO. ¿No saben que es hombre honrado
el que de por medio está?
¡Déjense de niñerías
y repártase el pillaje.
BELARDO. ¡Hágase el lacayo paje!
RODRIGO. ¿De cuándo acá fantasías?
Diga, señor montañés,
¿por ser lacayo soy puto?
ALEJO. ¡Por ese mal traigas luto!

(Sale OCTAVIO.*)*

OCTAVIO. Parad ya, cansados pies,
que este es el sitio y lugar
donde está vuestro descanso.
RODRIGO. ¡Con qué gracioso remanso
viene el picaño a hurtar!
OCTAVIO. Mis pajes parecen éstos.—
¡Alejillo! ¡Ah, Belardillo!
¡Ah, lacayo Rodriguillo!
RODRIGO. ¿Quieres que le hagamos gestos?
¿Dónde bueno, seor galán?
Si al desposorio ha venido
con la invención del vestido,
entre, Adán y ganapán.
OCTAVIO. Rodrigo, ¿no me conoces?
¿No miras que Octavio soy?
RODRIGO. ¿Octavio?
OCTAVIO. Sí, aunque estoy
desta suerte.
RODRIGO. No des voces.
OCTAVIO. Dile presto a Luciana
que me han robado ladrones.
RODRIGO. No ha lugar de esas razones.
Vete y volverás mañana.
OCTAVIO. ¿Qué dices, desvergonzado?
RODRIGO. Harto más lo vienes tú.
BELARDO. Hase casado.
OCTAVIO. ¡Jesú!
¿Qué dices?
BELARDO. Que se ha casado.
OCTAVIO. ¿Cuándo?
BELARDO. Esta noche.
OCTAVIO. ¿Con quién?
BELARDO. Con Tancredo.
OCTAVIO. ¡Bueno es eso!
¿Si traigo perdido el seso?
ALEJO. Colación dieron también.
Si no has cenado, por dicha,
toma aquestos canelones
de limosna.
OCTAVIO. ¿En qué me pones,
Fortuna, hay mayor desdicha?

(Dentro.)

¡Pajes, hachas han pedido!
BELARDO. ¡Vamos presto!
RODRIGO. Adiós, Octavio.

(Vanse, y queda OCTAVIO *solo.)*

OCTAVIO. ¡Como perro herido rabio,
de rabia mortal herido!
¡Jesús! ¿Casada Luciana?
¿Qué es aquesto? ¿Estoy en mí?
¿No soy yo el que me partí
de su casa esta mañana?
Gente sale, que esto es cierto;
aquí quiero retirarme.

(Salen el PRÍNCIPE *y* TANCREDO *y acompañamiento, y los dos pajes con hachas.)*

PRÍNCIPE. ¿Porfías a acompañarme?
TANCREDO. Delante iré descubierto.
PRÍNCIPE. No, no, señor desposado,
no quede solo el regazo
de algún invidioso abrazo,
hartas veces invidiado.
TANCREDO. Sin duda tengo de ir.
PRÍNCIPE. ¡Vencerásme porfiando.

(Vanse, y dirá OCTAVIO, *que ha estado escondido.)*

OCTAVIO. ¿Qué es aquesto? ¿Cómo o cuándo?
¡Sueño o debo de dormir!
¡Sin duda he perdido el seso!
Al cielo quiero dar voces;
mas en darlas tan feroces
mis pecados le confieso.
Una mujer viene allí,
y con una hacha una moza.

(*Salen* LUCIANA *y* FELINA *con una hacha encendida.*)

LUCIANA. Ya la risa me retoza.
FELINA. ¡Ay, señora, veslo allí!
LUCIANA. ¿Qué es esto, señor galán?
¿Qué buena venida es esta?
OCTAVIO. ¡A ver, Luciana, tu fiesta
y la muerte que me dan!
¡Ingrata!, ¿que te casaste?
LUCIANA. Sí, a fe, no te escandalices.
OCTAVIO. ¿Con tal libertad lo dices?
LUCIANA. Con la que tú me dejaste.
¿No os concertastes los dos?
OCTAVIO. ¡No, ingrata, volvíme luego!
LUCIANA. ¡Para llevar tanto fuego
muy fresco venís, por Dios!
Galanes que han sido amados,
cuando se casan sus damas
para disfrazar sus llamas
suelen venir disfrazados.
OCTAVIO. ¿Que tanto Tancredo pudo?
¿Aqueste Tancredo? ¿Aqueste?
LUCIANA. No sé qué disfraz es éste,
que a verme venís desnudo.
¡Hao, hola, que ya es tarde:
yo estoy casada, y muy bien!
OCTAVIO. Yo haré que muerte me den
mis manos.
LUCIANA. ¡Calla, cobarde,
fanfarrón, bellaco, ingrato,
infame, desconocido!
¿Tú habías de ser mi marido
ni aun descalzarme el zapato?
¡La gravedad del picaño!
¡Pluguiera a Dios que pudiera,
que sin duda lo hiciera,
pero no hay nidos hogaño!
OCTAVIO. Luciana, aquesto es hablar,
como dicen, en desierto,
y aplicar remedio a un muerto
y en el arena sembrar.
LUCIANA. Pues, amigo, todo aqueso
son ya los llantos conmigo.
¡Pique más abajo, amigo!
OCTAVIO. ¡Que lo merezco confieso!
LUCIANA. Pues qué, ¿quería el bellaco
que lo vistiera de nuevo?
Honra y provecho, mancebo,
no caben bien en un saco.
OCTAVIO. Estoy muy rendido y preso
por quien me mata y conquista.
LUCIANA. Pues pídale que lo vista.
OCTAVIO. ¡Que lo merezco confieso!
LUCIANA. Entrate, Felina, acá
que vendrá ya mi Tancredo,
y tengo lástima y miedo
los palos que le dará.
Amigo, ya tengo seso:
busque Octavio nueva prenda
que gaste con él su hacienda.
OCTAVIO. ¡Que lo merezco confieso!

(*Vase* LUCIANA.)

FELINA. Así, Octavio, no hagáis fieros
porque abrís mal la camisa.
¡Muriéndome estoy de risa
de verle con ella en cueros!
Amigo, roe ese hueso,
pues que la carne comiste,
llama del bien que perdiste.
OCTAVIO. ¡Que lo merezco confieso!

(*Vase* FELINA.)

Veisme aquí tan sin favor
que no tengo unos zapatos,
hecho un ejemplo de ingratos,
que es el pecado mayor.
Que aunque cual pródigo vengo
no hallo perdón ni salud,
sólo porque ingratitud
es el pecado que tengo.
Mi vida desventurada
vino a acabar en tragedia,
y en mí acaba la comedia
de *La ingratitud vengada.*

EL INGRATO

CORONA DE COMEDIAS

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA ANTONIO DE PRADO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

La INFANTA.
LUCRECIA.
ENRICO.
El REY.
PORCIA.
El INFANTE CARLOS.
PASQUÍN.
Un CRIADO.
CELIO.
LUDOVICO.
FERNANDO.
ISABEL.

JORNADA PRIMERA

(*Sale la* INFANTA.)

INFANTA. Fuentes que en estos jardines
escucháis las ansias mías
entre verdes celosías
de yedras y de jazmines;
fieras, monstruos y delfines,
que entre galeras y naves
de murtas, flores suaves,
parece que con sentidos
os ha (1) dejado dormidos
la música de las aves.
Parque hermoso, jardín rico,
que al de Chipre se adelanta,
sabed todos que la Infanta
de Nápoles ama a Enrico.
Con vosotras comunico
un amor, el más perfeto,
que aunque el silencio es discreto
no cabe en el pecho ya,
y con vosotros está
comunicado y secreto.

(*Sale* LUCRECIA.)

LUCRECIA. El Duque Gobernador
está aquí.
INFANTA. Venga después.
LUCRECIA. Dice que importa.
INFANTA. Entre, pues.—
Disimulemos, amor.

(1) En el original "han", por errata.

(*Sale* ENRICO.)

ENRICO. Después que el Rey mi señor
fué a la guerra de Venecia,
es la cosa que más precia
la que he de comunicarte.
INFANTA. Di, pues.
ENRICO. Ha de ser aparte.
INFANTA. Déjanos solos, Lucrecia.

(*Vase* LUCRECIA.)

ENRICO. Elena, públicamente
dice toda la familia
que el Infante de Sicilia
es tu esposo.
INFANTA. Poco siente
alma que da fácilmente
crédito sin resistencia
a mi mudanza o mi ausencia:
no estimas el mal que paso,
pues sabiendo que me caso
vienes con esa paciencia.
Si alguna de ti dijera
lo que de mí te han mentido,
o no lo hubiera creído,
o, si acaso lo creyera,
el mismo cielo rompiera
con quejas: mi sentimiento
igualara mi tormento;
causas diera más veloces
con suspiros, llanto y voces.
al cielo, a la tierra, al viento.
A las fuentes, que estas flores

despiertan con dulce estruendo,
tu nombre estoy repitiendo,
cantando estoy mis amores.
La voz de los ruiseñores,
Enrico, decir pudiera
si de mi voz aprendiera:
bien puedes considerar
cómo se podrá casar
quien quiere desta manera.

ENRICO. No es preguntar blandamente
poco amor a lo que pienso:
¿no has visto un dolor inmenso
que viniendo de repente
parece que no se siente,
porque haciendo reprehensión
en el alma la pasión
los efectos se pasmaron,
y ni los ojos lloraron
ni suspiró el corazón?
Así, con el sobresalto
cuando tal desdicha escucho,
de puro sentirlo mucho,
de sentimiento estoy falto;
porque el remedio más alto
para un dolor inmortal
en el alma racional
es llorar; que quien se queja
alivio en el alma deja,
porque deja fuera el mal.

INFANTA. Que he de casarme no creas.

ENRICO. ¿Si quiere el Rey?

INFANTA. Su querer
piedra de toque ha de ser
en que los quilates veas
de mi amor; y si deseas
mis amorosos amores,
pierde, Enrico, los temores,
que tuya soy, pues soy mía.

ENRICO. ¿Y si tu padre porfía?

INFANTA. Haré finezas mayores.

ENRICO. Hartas has hecho por mí,
pues siendo un pobre soldado,
si bien ilustre y honrado,
pues que tu primo nací,
por tu amor y arte subí
a la privanza en que estoy:
Duque de Abellina soy
y Marqués de Vallenuevo:
a tus finezas lo debo,
amores, y amor te doy.

INFANTA. Ya de avariento te acuso
y a Alejandro he de imitar,
que mandó a un soldado dar
cien talentos, y confuso
el tesorero, los puso
contados en su aposento
porque mudase de intento,
y al revés le sucedió,
que dijo cuando los vió:
"Pocos son; dale otros ciento."
Y así yo, Duque, seré.

ENRICO. No hay paga a mi amor bastante;
seré en servirte constante.

INFANTA. Igual no tiene mi fe.

(*Sale* LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¡Señora, albricias!

INFANTA. ¿De qué?

LUCRECIA. El Rey ha venido ya.

INFANTA. Por esta puerta entrará;
aquí le recibiré.

LUCRECIA. Galeras se han descubierto,
los castillos hacen salva.

ENRICO. Tú, Lucrecia, como el alba,
nuevas traes del sol al puerto.
Ven a recebille.

INFANTA. ¿Es cierto
que amas, Enrico?

ENRICO. No hay cosa
a mis ojos más hermosa.
¡Oh, cómo es esquiva y fiera
mi condición! No quisiera
la mujer tan amorosa.

LUCRECIA. Otras nuevas te he callado
hasta que el Duque se fuese.

INFANTA. ¿Y cuáles son?

LUCRECIA. No te pese:
que a Nápoles ha llegado
el Infante, disfrazado,
de Sicilia, para verte.

INFANTA. ¿Y alegre estás desa suerte
de mi pena y mi pesar?
¡Si no me quiero casar,
nuevas me traes de la muerte!
¿Qué importa que venga a verme
si ajena Carlos me halla
de su amor? ¡Sirena, calla!
¡Amor basilisco, duerme,
no empieces a revolverme
la vida con mis pasiones!
¿Dificultades me pones?
Anima de Enrico fuí;
suya he de ser, porque así
de tu laurel me corones.

Montes me ponen enmedio,
¡casi el alma se me parte!

LUCRECIA. Era el remedio casarte
y olvidóseme el remedio.
Señora, no hay otro medio,
ponte de modo que tea
parezcas cuando te vea,
aunque esto es difcultoso.

INFANTA. Sí, porque siempre es hermoso
aquello que se desea.

LUCRECIA. Otro remedio: él se precia
de discreto y entendido,
filósofo y presumido;
finge hablando de ser necia
y no te querrá.

INFANTA. Lucrecia,
bien has dicho, eso me agrada,
y en ello no finjo nada:
necia soy, dices verdades,
pues temo dificultades
cuando estoy enamorada.

(Sale el REY *y acompañamiento, y* PORCIA.)

REY.

Elena, entre las flores,
¿qué pudiera yo hallar sino las rosas
de tus mejillas cándidas y hermosas?
Dame, hija, tus brazos,
que al amor paternal son dulces lazos.

INFANTA.

Dame, señor, tu mano,
en que con nuevo ser da nueva vida.

REY.

Elena mía, el Príncipe tu hermano
queda gobernador de aqueste estado,
que tu prima ha heredado,
con Carlos, el infante de Sicilia.
Habla a Porcia, que viene
a alegrarse contigo.

INFANTA.

Porcia mía,
tú dabas alegría
al mismo sol, y bien venida seas.

PORCIA.

Porque mi amor en mis abrazos veas.

REY.

Refiéreme si bien ha gobernado
Enrico en esta ausencia.

INFANTA.

Acreditarle pienso,
disimulando así mi amor inmenso.—
Enojada me tiene;
dos cosas le pedí y ninguna hizo:
que perdonara a un paje suyo, preso
por causa bien ligera,
y que a un ladrón su gracia concediera.

REY.

En eso mostró Enrico
su prudencia y valor, que ha castigado
por culpa tan liviana a su criado;
ejemplo y escarmiento
será de los demás, y no merecen
la piedad de su Príncipe ladrones,
aunque haya intercesiones
de damas como vos, Elena mía.
Enrico hizo muy bien; baste el enojo,
que sólo ha de ser fiesta
cuando Porcia a honrar viene tus bodas
con Carlos, el infante de Sicilia.

PORCIA.

A servir a mi prima en esta fiesta.

INFANTA.

Tragedia para mí y acción molesta.

(*Sale* ENRICO.)

ENRICO.

Tu Majestad dé a Enrico
tu generosa mano, y bien venido sea
al reino, que con gusto le desea.

REY.

Enrico, bien venido,
que he estimado el cuidado
que en gobernar mi reino habéis tenido;
los brazos quiero daros.

ENRICO.

¿Quién merece
tal favor, honra tanta?

REY.

Ya supe de la Infanta
la integridad del ánimo severa.

ENRICO.

Fineza suya fué, no es la primera.

REY.

Hablad, Enrico, a Porcia, mi sobrina,
y vea en vos mi amor y mi privanza.

ENRICO.

¡Soberana deidad, rara hermosura!
La fama fué envidiosa
cuando de Porcia dijo que era hermosa:
divina la pudiera
llamar, y corta fuera
su alabanza.

INFANTA.

Esta es la vez primera
que la pureza de mi amor permite
un género de envidia y un tormento
de que la mire Enrico tan atento.

ENRICO.

El ceño y la altivez desta hermosura
deleita y arrebata
los ánimos mejor que la blandura,
la piedad y el amor, y es como alcanza
mi condición aquí tu semejanza.

REY.

La Duquesa vendrá del mar cansada;
si el parque no la agrada,
a tu cuarto la lleva, Elena mía.

PORCIA.

¿El amor a quién cansó en tu compañía? (1)

INFANTA.

¿Si son estos cuidados y recelos
esto que llaman los amantes celos?

ENRICO.

Estrellas, detened vuestra influencia,
no confrontéis mi sangre con la suya,
que beldad tan divina
matar puede después si ahora inclina.

(Vanse, y sale el INFANTE CARLOS, PASQUÍN, *un criado.)*

PASQUÍN. ¿Para qué te has disfrazado,
di? ¿Qué pretendes hacer?
CARLOS. Pretendo con esto ver
la discreción y traslado
de Elena, que aunque parlera,
la fama siempre compone,
mucho más si amor dispone
la voluntad. Considera
que es mía.
PASQUÍN. ¿Y si ella se precia
de discreta y no lo es?
CARLOS. No:
la que en Nápoles nació,
es imposible ser necia.
PASQUÍN. ¿No ves cómo resplandece
el río, la tierra y mar? (1)
CARLOS. Pues si tan bien te parece,
busca en Nápoles un amo.
Desde aquí licencia toma.
PASQUÍN. Estoy muy cerca de Roma,
y como Pasquín me llamo,
perder las narices temo,
que sátiras no me aplacen.
CARLOS. Múdate el nombre.
PASQUÍN. Eso hacen
españoles con extremo.
Si a un padre un hijo querido
a la guerra se le va,
para el camino le da
un don y un buen apellido.
El que Ponce se ha llamado
le añade luego León;
el que Guevara, Ladrón,
y Mendoza el que es Hurtado.
Yo conocí un tal por cual
que a cierto Conde servía
y Sotillo se decía;
creció un poco su caudal,
salió de mísero y roto,
hizo una ausencia de un mes,
conocíle yo después
y ya se llamaba Soto.
Vino fortuna mayor;
eran sus nombres de gonces;
llegó a ser rico, y entonces
se llamó Sotomayor.
CARLOS. Bien hizo.
PASQUÍN. Así confirmó
el nombre de su bautismo.
No pudo hacer esto mismo
un escudero que entró
a servir a cierta dama.
CARLOS. ¿Qué le sucedió?
PASQUÍN. Diréla:
llamábase el tal Ciruelo,
y así le rogó su ama

(1) Así en el original. Quizá sería mejor lección,
"Elena, ¿a quién cansó tu compañía?"
La refundición de Matos dice: "El mar, ¿a quién... etc.

(1) Falta un verso, después de ésta a la redondilla. En la refundición de Matos dice: "y el cielo en este lugar?, que será el omitido.

que se mudase aquel nombre.
Pasó un día y otro día,
y Ciruelo se decía
como primero el buen hombre.
La señora, con primor,
se enojó, y dijo: "Sepamos
vuestros nombres y escojamos
entre los dos el mejor."
El dijo: "Señora mía,
bueno está, de nombres vaya:
mi buen padre, que Dios haya,
Juan Barraco se decía.
La madre que me parió,
que no nací como hongo,
se llamó Marimondongo."
La señora respondió,
mirando admirada al cielo:
"¡De los nombres y vocablos
idos con trescientos diablos!
Mal por mal, llamaos Ciruelo."

CARLOS. Tus cuentos me han divertido.—
Avisa, Fabio, a un portero,
que hablar a la Infanta quiero.

(*Sale* LUCRECIA.)

LUCRECIA. Parece que suena ruido.
PASQUÍN. Aquí ha salido una dama
para saber lo que quieres.
LUCRECIA. ¿Quién diré a la Infanta que eres?
CARLOS. Un Marqués, que Héctor se llama,
y le trae cartas aquí
de Sicilia.
LUCRECIA. ¡Ay, patria mía!
Su nombre me da alegría.
CARLOS. ¿Sois vos de Sicilia?
LUCRECIA. Sí;
y con natural amor
que a mis príncipes les debo,
a preguntaros me atrevo
si el Infante mi señor
que se casa con Elena
es discreto y gentil hombre.—
Este es Carlos.
CARLOS. Es un hombre
de opinión y fama buena.
No hay partes que no acompañen
su talle y entendimiento.
LUCRECIA. Oídme a solas; yo siento
que a mis príncipes engañen.
¿No le podéis avisar
que aunque es muy hermosa Elena
para un discreto no es buena?
CARLOS. ¿Pues qué mancha puede dar
sombra a la luz de sus días?
LUCRECIA. Digo, aunque parezca ingrata,
que es necia y es mentecata,
y dice mil boberías.
Mas cosas son que hace Dios,
no nos metamos en eso;
dije mal, yo lo confieso,
allá se lo hayan los dos.
A avisalla voy.
CARLOS. ¡Ay, Fabio,
qué mal mi amor se asegura,
porque suele la hermosura
hacer al ánimo agravio!
PASQUÍN. ¿Esto tenemos ahora?
CARLOS. Ella sale; espera, pues.

(*Sale* LUCRECIA *y la* INFANTA.)

LUCRECIA. El infante Carlos es,
disimula bien, señora.
CARLOS. ¡Gallardo talle! Belleza
y hermosura miro en él.
¿Es posible que el pincel
desmintió, o Naturaleza,
cuando esta imagen formaba,
permitiendo que un borrón
cayese en la discreción
que su hermosura adornaba?
¿Cómo en un cuerpo tan rico
hay alma pobre y que sea
vaina hermosa, espada fea?
INFANTA. ¡Cuánto me debes, Enrico!—
¿Sois el marqués Héctor.
CARLOS. Sí,
mi señora.
INFANTA. ¿Quién me ha escrito?
CARLOS. Celia.
INFANTA. Que estéis no permito
en pie.
CARLOS. Bien estoy así.
INFANTA. Haced lo que mando yo.
CARLOS. ¡Qué rostro tan soberano!
INFANTA. ¿Sois vos Héctor el Troyano?
CARLOS. No, señora; ése murió
allá en las guerras de Grecia.—
La dama no me ha engañado:
¡vive Dios que se han juntado
el ser hermosa y ser necia!
INFANTA. ¿Cómo está mi prima?
CARLOS. Buena,
y ésta para vos me dió.
INFANTA. ¿Es tan linda como yo?

LUCRECIA. ¿Qué es lo que dices, Elena?
CARLOS. No, señora, que es el día,
con sus rayos de luz pura,
sombra de vuestra hermosura.
INFANTA. Eso ya yo lo sabía.
CARLOS. ¿Oyes, Fabio?
FABIO. Sí, señor,
harto admirado y confuso.
CARLOS. ¡Que en caja tan rica puso
joya de poco valor
Naturaleza!
INFANTA. Esta es,
Lucrecia, industria excelente,
pues sin ser inobediente
al Rey, no me casaré.
LUCRECIA. ¿Pues no te gusta el Infante?
INFANTA. No es posible que le quiera.
LUCRECIA. Si esto en farsa se fingiera
dijera algún ignorante
que hacerse una infanta necia
era ingratitud.
INFANTA. ¡Qué error!
los que no saben de amor
dijeran eso, Lucrecia.
LUCRECIA. ¿Amas?
INFANTA. Sí.
LUCRECIA. Pues dese modo,
prosigue.
INFANTA. ¿Es bien entendido
el Infante?
CARLOS. Ha pretendido
saber.
INFANTA. Y lo sabe todo.
Dicen que es grande poeta;
parecémonos en eso,
que yo también lo profeso,
porque yo soy muy discreta.
CARLOS. Mucho me holgara llevar
sonetos de Vuestra Alteza.
INFANTA. Uno tengo de cabeza;
oíd, que os ha de agradar.
Por eso al dios de amor le pintan ciego,
sin embargo de que tira y acierta,
pues por una mujer, o vieja o tuerta,
suele un hombre vivir sin su sosiego,
ardiente en llamas, por Etnas de fuego;
y yo vi por amor mujer discreta
ser necia, y al revés que a un hombre necio
por el amor le he visto ser poeta.
LUCRECIA. Templar no puedo la risa.
INFANTA. ¿No es valiente?
PASQUÍN. ¡Ved si afloja,
de ocho en ocho los arroja!
Cásate, señor, aprisa,
pues la Infanta es tan discreta;
no pierdas lances tan buenos.
INFANTA. ¿No alabáis versos ajenos?
Sin duda que sois poeta.
CARLOS. Es muy bueno.—Vuestra Alteza
vea la carta y me dé
la respuesta.
INFANTA. Sí haré,
porque vea mi agudeza
en el escribir mi prima.
CARLOS. ¡Que el rostro desta mujer
perfecto no pueda ser
para el alma que la anima,
organizado instrumento!
Felices mis años fueran
si entre sí correspondieran
su gracia y su entendimiento.
INFANTA. No sé leer; Lucrecia lea.
PASQUÍN. ¡Vive Dios! ¿Que leer no sabe?
CARLOS. ¡Bella imagen, deidad grave,
más te valiera ser fea!

(*Lee* LUCRECIA.)

LUCRECIA. "Prima y señora..."
INFANTA. Después
lo veremos más despacio.—
Pues ya sabéis a Palacio,
venid por acá después.
PASQUÍN. ¡Por Dios que queda corrido
Vuestra Alteza como un potro!
INFANTA. El ha fingido ser otro,
y yo ser otra he fingido.
CARLOS. Entre rayos y entre nieve
fuego su hermosura da.
INFANTA. ¿Cuándo Enrico pagará
las finezas que me debe?

(*Vanse las dos.*)

CARLOS. ¿Quién vió tan extraña cosa?
¿Tengo de casarme yo
como el otro que adoró
una imagen muy hermosa?
PASQUÍN. Si mujer sola querías,
¿para qué buscas letrada?
¿A qué hombre discreto agrada
mujer con bachillerías?
Para criar y parir
sólo la mujer nació.
Un cortesano que vió
a su mujer escribir,

casi en los cascos le abolla
el tintero, y enojado,
estas liciones le ha dado:
"Sabe guisar una olla,
sabe echar unas soletas
y no te metas en más."

CARLOS. Pasquín, enemigo estás
de las mujeres discretas.
De los hombres de tu porte
esa política es.

PASQUÍN. Servía a cierto Marqués
un lisonjero en la Corte,
y de ordinario decía,
estando a solas los dos:
"Quite de mis días Dios
y ponga en Vueseñoría."
Sucedió que caminaban
unos días, y los vientos,
con cierzos y aires violentos,
los peñascos arrancaban.
"¡Oh, que mal día hace aquí!",
dijo el amo; y respondió:
"Destos días digo yo
que me quite Dios a mí
y ponga en Vueseñoría."

CARLOS. ¿A qué piensas aplicar
ese cuento tan vulgar,
que es comparación muy fría?

PASQUÍN. Pues aplico y digo así:
Mujeres desta belleza
quítelas Dios a tu Alteza
para dármelas a mí.

(*Sale* LUDOVICO.)

LUDOVICO. Aquí, mi señor, te espero.
¿Vienes contento?

CARLOS. Enojado,
pues que tan mal has pagado
lo que te estimo y te quiero.
Cuando a Nápoles veniste
a la Infanta me alabaste,
su hermosura ponderaste,
sus partes encareciste.
Vino a verla mi ventura:
en cuanto a la discreción
fué incierta tu relación,
sin alma está su hermosura.

LUDOVICO. ¡Ay, señor, mira con quién
hablaste, porque es perfeta,
y no sólo es discreta,
pero muy sabia también!
De aquí podrás inferirlo:
En las faldas de una dama
que la Infanta quiere y ama
asentado vió un perrillo,
y este soneto escribió,
adonde echarás de ver
que en ingenio de mujer
lo que no piensas se vió:

¡Oh tú, guarda fiel, que en la clausura
deste jardín, que respirando olores
desprecias de las yerbas los vapores
de la encarnada rosa y nieve pura,
sabiendo bien que Júpiter procura
robar también con Venus cultas flores,
el hijo por matar mejor de amores,
la madre por tener más hermosura!
Retrato siendo tú del verdadero,
dichosísimo can, nos das aviso
que arden los rayos del que luz espero.
¡Oh tú, bruto fiel; Júpiter quiso,
como guarda el Infierno el Cancerbero,
guardases tú también el Paraíso.

CARLOS. La locución tersa y bella
el sujeto satisfizo.

LUDOVICO. Elena estos versos hizo,
mira si es necia.

CARLOS. ¿Si es ella
la que hablamos?

LUDOVICO. Podría ser
que aquellas damas supiesen
quién eres y te quisiesen
burlar con otra mujer.

CARLOS. Mis años fueran felices
si junta amor para mí
la belleza que yo vi,
la discreción que tú dices.

(*Vanse todos, y salen* PORCIA *y* CELIO.)

CELIO. Porcia y señora, después
que vinimos a Milán
con mil desvelos te miro,
muy melancólica estás.

PORCIA. Los que llaman a los ojos
vidrieras de cristal
por donde el alma se ve,
dijeron bien, porque están
la alegría y la tristeza,
la pasión y los demás
afectos del alma escritos
en su modo de mirar.
¿Viste, mi Celio, en los míos
la pasión y pena que hay

en el alma? Oye la causa,
y da remedio a mi mal.
Ya te acuerdas cuando Flor,
marquesa de Monserrat,
fué mi huéspeda. Pues ella
turbó el sosiego y la paz
de mi vida, y sus desdichas
me obligan a pasar más (1),
su hermosa luz escondida
entre nubes de cristal.
En los soles de sus ojos
no vi contento jamás;
estaba triste conmigo,
y con dos letras de un *¡ay!*
mucho sin querer decía,
contaba mucha verdad,
que corazón que suspira
amante o enfermo está.
Flor, pues, rompiendo el secreto
a la muda soledad,
me dijo: "Amiga, yo adoro
al hombre más principal
de Italia. Porcia, perdona,
no puedo decirte más."
Esta razón en mi alma
causó tal curiosidad,
que ha llegado a ser deseo,
y un deseo que llegar
ha podido a ser cuidado,
porque la mano se dan
los afectos y se enlazan
con el alma racional.
Sucedió que una mañana,
entrándola a visitar,
hallé sus ojos dormidos,
que tal vez a pena tal
da breve alivio de treguas
la pasión accidental.
Tenía cabellos sueltos,
y en un blanco tafetán
un retrato de su amante.
¡Qué ingratitud, qué crueldad
oirás ahora de mí!
Hurtésele, desleal
entonces a mis deseos,
después a mi libertad.
Yo misma robé mi muerte,
yo misma robé mi mal;
mira esta muda pintura
que diciéndonos está
lengua me falta, no alma.
¡Qué dispuesto, qué galán,
qué bien formado, qué airoso!
Parece que trasladar
el alma, no el cuerpo, quiso
el pincel artificial,
venciendo naturaleza:
con justa facilidad
me dejo engañar a veces
y pienso que quiere hablar.
Mírale atento, y con risa
nos dice: No me tengáis
por pintado, aunque soy mudo,
porque no es muerte el callar.—
Ten el retrato contigo,
no me le des, que quizá
este género de ausencia
será alivio a tanto mal.

(*Sale* ENRICO.)

ENRICO.
Ya que a Nápoles veniste,
bien haces, Porcia, de estar
entre flores y jardines,
porque de ti copiarán
risa, beldad y colores.

PORCIA.
Colores, risa y beldad
pueden haber aprendido
de su dueña celestial,
la Infanta, que los habita.

ENRICO.
Hermosa es Elena, y tal,
que es admiración del mundo;
mas...

(*Sale la* INFANTA.) (1)

INFANTA.
Cuando llego a escuchar
mi alabanza un más encuentro.
Enrico, ¿por qué calláis,
si es que ese más significa
si es lo que queréis más?

ENRICO.
Bellas son todas las flores:
hermoso es el azahar
guardando en su nieve el oro,
que ser otra vez le da;
bello es el hermoso lirio
cuando sus hojas están
guarnecidas de pajizo
entre su verde sayal;
pero igualar no se debe

(1) Así en el original; pero en lugar de "pasar" quizá deberá leerse "pesar" o "penar", o acaso falte algo. En la refundición este pasaje es distinto.

(1) Pero se queda al paño, escuchando.

a la antigua majestad
de la rosa, que fué sangre
de Venus, hija del mar.
Bellos son todos los frutos:
serva, manzano y peral,
camueso, almendro..., mas todos
al granado parias dan
y tributo, pues en él
guarda una bella ciudad,
una república ilustre,
que remedando al panal
de la abeja artificiosa
en concierto y orden van.
Bellas son todas las nubes,
que al hermoso trasmontar
del sol parecen cortinas
de su cámara, en quien van
bordando rayos de nácar
en morado tafetán;
pero igualadas al sol,
puntos y átomos serán,
pues son unos breves rasgos
de su inmensa claridad.
Hermosas son en el agua
las naves, que las verás
ser carrozas de Neptuno,
mas todas se han de humillar
a la fuerte galeaza,
que es un águila caudal.
Tú eres la rosa, el granado,
con sus hojas de arrayán;
nave, sol luna, y Elena
es el lirio, el azahar,
nube y estrellas, amagos
del sol, que no han de durar.

PORCIA. ¡Qué lisonjas tan floridas!

INFANTA. ¡Qué ingratitud, qué crueldad!
¿Mas para qué desconfío?,
que quizá es disimular
su amor. Animo, yo llego.—
Las estrellas siempre van
al sol mendigando rayos
con que poderse alumbrar;
y así Elena llega a Porcia.

ENRICO. ¿Quién vió gusto sin azar
o pensión que a la desdicha
paga la prosperidad?

LUCRECIA. El que te trajo las cartas
de Sicilia afuera está
aguardando la respuesta.

INFANTA. Entre, si me quiere hablar.—
Duque, mirad al que entrare
y mi respuesta escuchad
atentamente, que quiero
que ahora de mí aprendáis
a tener firmeza y fe,
valor, amor y amistad,
pues cuando vos me ofendéis
en mí más finezas hay.

ENRICO. Mira, Elena, que te engañas.

(*Salen* CARLOS, LUDOVICO *y* PASQUÍN.)

CARLOS. Mira, Ludovico, cuál
es la Infanta, para ver
si me engaño.

LUDOVICO. La de allá.

CARLOS. ¡Vive Dios, que es ella misma!
Llega conmigo, quizá
deslumbrado en su hermosura
yo me debí de engañar.

INFANTA. Marqués, ¿estáis de camino?

CARLOS. Sí, señora, porque el mar
con dulce calma convida.

INFANTA. ¿Vais en posta, o en qué vais?

CARLOS. Por mar te he dicho que voy.

INFANTA. Así, divertíme: es ya
costumbre de los señores
no estar atentos jamás.
Yo apostaré que a mi prima
encarecéis y alabáis
mi discreción y hermosura.

CARLOS. Sí, señora, claro está.

INFANTA. Dadle un abrazo en mi nombre
y una carta, y no digáis
al Infante que me visteis.

CARLOS. ¿Por qué?

INFANTA. Porque os molerá
con preguntas y demandas,
que un pretensor y un galán,
si se precia de entendido,
es cansado en preguntar.

ENRICO. O Elena perdió el juicio
o era necia, o como van
olvidándola mis ojos,
lo advierten hoy viendo más.

CARLOS. ¿Oyes, Ludovico?

LUDOVICO. Sí,
y crédito no he dar
a la fama enteramente:
¡qué infelice y singular
hermosura!

CELIO. Mi señora,
si te quieres alegrar,
mira al que habla a la Infanta,

que parece original
deste retrato.

PORCIA. Eso mismo
estaba advertido ya.

CELIO. El es, sin duda, y los cielos
te quieren hoy alegrar.

PORCIA. ¡Cielo! Mirémosle bien.

CELIO. No hay que conferir ni hay
duda en eso.

PORCIA. Pregunta
a ese criado que está
con él quién es.

CELIO. ¡Ah, hidalgo!
¡Ah, caballero! ¡Ah, galán!

PASQUÍN. Todos tres nombres son míos.—
¿Qué es, señor, lo que mandáis?

CELIO. ¿Quién es aquel caballero
que habla a la Infanta?

PASQUÍN. Verdad,
para que no le conozcan,
de mi boca no salgáis.
Aquel se llama Pasquín,
hombre raro y singular,
bufón discreto y gracioso
y trecientas cosas más.
Hase fingido Marqués
para ver y deleitar
a la Infanta, y yo descubro
para que después riáis,
cuando nos vamos, el caso.

CELIO. ¿Oíste?

PORCIA. Sí, por mi mal;
corrida estaré, mi Celio,
si lo que dice es verdad.
¡Pedazos haré el retrato!

CARLOS. Pues que licencia me dais,
quedad con Dios.—Desengaños,
dudosa vida me dais.
¡Válgate Dios la hermosura
si aprendieras a callar!

PORCIA. Prima, ¿no sabes quién es?

INFANTA. No me ha podido engañar:
aunque Marqués se ha fingido
bien le he conocido ya;
si nos hubieras oído
me vieras bufonizar,
burlando dél por sus filos.

PORCIA. Basta, que dijo verdad.
¡Retrato vil, que cuidado
sin conoceros me dais,
vuestra vida y sus engaños
desta suerte acabarán!
¡Válgate Dios por buen talle,
si tuvieras calidad!

ENRICO. ¡Confuso estoy todavía!
¿Pero a quién no han de admirar
tales razones de Elena?

INFANTA. Duque, confuso quedáis:
aquel hombre es el Infante,
y yo, para no agradar
a su alma si los ojos
aficionados están,
con él me fingí ignorante.
Este es un modo de amar
tan nuevo, que no se ha visto
de mujer fineza igual.

(*Vase.*)

ENRICO. Y yo, Elena, de tu amor
conociendo la verdad,
sin poder ser poderoso
para el favor que me das,
a la hermosura de Porcia
el alma siento inclinar;
si fuere ingrato, perdona,
Elena, ¡no puedo más!

JORNADA SEGUNDA

(*Sale la* INFANTA *y* LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¿De qué te sirve, señora,
ser discreta y saber tanto,
si a las tristezas y llanto
jamás usurpas un hora?
Con amor se paga amor:
paga olvido con olvido.

INFANTA. En mi olvidar no he querido,
es defecto y no es valor.

LUCRECIA. Si es ingrato el que has de amar,
olvidar será virtud.

INFANTA. Sentiré la ingratitud,
pero no le he de olvidar.

LUCRECIA. Haz esfuerzo para ser
de Carlos.

INFANTA. No me he inclinado.

LUCRECIA. Un sabio comunicado
siempre se deja querer.
Esta noche, sin que él vea
quién eres, le puedes dar
admiración con hablar;
y a fe, señora, que sea
lindo rato dar espanto

al que te tiene por necia.

INFANTA. Ordénalo, pues, Lucrecia,
sólo por templar mi llanto.

LUCRECIA. Un papel sin firma quiero
escribirle.

(*Vase* LUCRECIA, *y sale* PORCÍA.)

PORCIA. Prima mía,
¿estás con más alegría?

INFANTA. Ni la busco ni la quiero.
Dame un consejo: si ingrato
al que amor te debe vieras,
para vengarte, ¿qué hicieras?

PORCIA. Lo que yo con un retrato
que tuve. No conocía
al dueño y me enamoraba
la hermosura que ostentaba
del pincel la valentía.
El tiempo acortó los plazos
al deseo: el dueño [vi;]
era hombre bajo, y así
el retrato hice pedazos.

INFANTA. Era amor sin fundamento,
no fué discreto el pincel.
Quiero enseñarte un papel
que escribí a mi pensamiento.
Voy por él.

(*Vase la* INFANTA.)

PORCIA. Aunque mi amor
de un pincel ha procedido,
grande fué, pues no ha podido
templarse con mi valor.

(*Sale* ENRICO.)

ENRICO. Quien me obliga a padecer
con beldad tan superior,
si sufrir este rigor,
algo pueda merecer,
sin reconocer mi ser,
dame, Porcia, algún favor.

PORCIA. Si es no quererte mi amor,
¿el favor cuál ha de ser?

ENRICO. Ese será en quien desato
de tu pecho la crueldad.

PORCIA. ¿Quién os dió esa libertad,
atrevido, necio, ingrato,
lleno de soberbia vana,
sin razón, justicia y ley?
¿Por la privanza del Rey,
que podrá faltar mañana,
a mi pecho habéis perdido
el respeto?

ENRICO. Esos rigores
me dan, Porcia, más temores,
y la cinta que atrevido
quité, el pecho estima en más
que si tú misma la dieras,
y no quiero que me quieras,
pues no queriendo me das
más favor, más ocasión
de quererte, y siendo así
no podrá faltar en mí
contento y delectación.

PORCIA. Si aborreciéndote estás
con fortuna tan segura,
larga será tu ventura,
pues no te querré jamás.
Y si el listón por robado
más estimación te dió,
estoy por dártelo yo,
para no verle estimado.

(*Vase* PORCIA.)

ENRICO. No podré perder si tienes
tanta gloria en tus rigores,
que desdeñan tus favores
y dan favor tus desdenes.

(*Vase* ENRICO, *y sale* PASQUÍN *y* CARLOS.)

PASQUÍN. ¿No me dijiste estos días
que no querías casarte?
Dime: ¿qué pudo obligarte?

CARLOS. Cansadas majaderías.

PASQUÍN. Tu has tragado ya lo necio
y lo hermoso te agradó,
por eso te dije yo
que de nada hagas desprecio.

CARLOS. Hoy un papel recebí
que al terreno me obligó
venir, y le traigo yo;
el billete dice así:

(*Lee.*)

"Al marqués Héctor fingido:
Señor Marqués, cierta dama
que en las lenguas de la fama
os tiene ya conocido,
esta noche os desafía
a los balcones del mar,
a discurrir y parlar
de amor y filosofía."

PASQUÍN. ¡Cuerpo de tal, y qué fea
la bellaca debe ser!

Mujer sabia no es mujer,
fuerza es que un demonio sea.
Antípoda de la Infanta,
¿quién te mete a bachillera?

(*Sale la* INFANTA *y* LUCRECIA *al balcón.*)

LUCRECIA. Pienso que Carlos espera.
INFANTA. Esa novedad espanta
a mí misma; quien solía
ver a Enrico por aquí,
¿se atreve a tal?
LUCRECIA. Vence así
tu mucha melancolía,
y admire tu dis̸creción
el que admiró tu inocencia.
INFANTA. ¡Con qué esquiva repugnancia
vengo a esta conversación!—
¿Sois vos Héctor el marqués?
CARLOS. El mismo que habéis nombrado,
y el que será afortunado
si acierta a serviros es.
INFANTA. ¿Quién dudará, señor mío,
que vengáis con vanagloria,
seguro de la victoria
de aqueste mi desafío?
Pues, como dice Platón,
aunque agudo suele ser
el ingenio en la mujer,
nunca iguala al del varón.
Y más siendo singular
como el vuestro, aunque podré
decir que os desafié
a aprender y no a enseñar.
Y siendo así no podéis
teneros por vencedor,
que yo aprenderé, señor,
porque vos enseñaréis.
PASQUÍN. Con cuatro bachillerías
te ha pagado de antuvión,
pero en la conversación
dirá mil majaderías.—
¡El Infante está perdido!
CARLOS. Antes, por estas razones,
es justo que te corones
con despojos del vencido.
Y no es razón desigual,
porque las cosas que son
más extrañas y excepción (1)
de una regla general (2)
suelen ser más eminentes,
y por esta causa fueron
las mujeres que supieron
admiración de las gentes;
que obrando Naturaleza
un milagro, dió a entender
la fuerza de su poder.
INFANTA. ¿Y quién dijo a Vuestra Alteza,
digo a Vuestra Señoría,
que yo ese milagro fuí?
CARLOS. En hablando conocí
la fuerza y la valentía
del ingenio.
INFANTA. A lisonjero
os voy, señor, condenando,
porque quien entra alabando
sin reconocer primero
en qué méritos estriba
su alabanza, o lisonjea
o el mérito no desea
de su buena estimativa.
CARLOS. Es así; pero si vemos
que amor, aquello que aplace,
del entendimiento nace,
y gustando amor de extremos
hoy nos mata y nos inclina
de repente, hecho instrumento,
como rayo más violento,
la hermosura peregrina;
claro está que sí procede
de lo amado nuestro amor,
reconociendo el valor
de lo propio, pues se puede
reconocer los extremos
de algún objeto excelente,
pues si amamos fácilmente,
fácilmente aborrecemos.
INFANTA. Como filósofo habláis,
porque es inferir discreto
la causa por el efecto;
pero en una cosa erráis:
el ejemplo del amor
que se engendra con presteza
es sólo de la cabeza,
que llamamos exterior;
y los ojos la aperciben
fácilmente, porque es tal
la belleza material,
que al momento la reciben
los sentidos; pero aquella
hermosura consistente
en el ánimo eminente,

(1) En el original "excession", por errata.
(2) En el texto "de una Reyna natural".

más generosa y más bella,
júzgala el entendimiento
con discurrir y saber,
y así no nos puede ser
fácil el conocimiento.
Y la diferencia es clara,
y hay lo mismo, según eso,
que entre los ojos y el seso
entre el ánimo y la cara.

CARLOS. ¡Oh entendimiento veloz!
¡Oh dulcísima sirena,
feliz yo si, como Elena
te parece algo en la voz,
te pareciera en saber!
Un serafín comunico.
¡No vi jamás, Ludovico,
tan peregrina mujer!

PASQUÍN. O ésta fué monja, o ha sido
dama de algún estudiante.
¡Habladora es de portante!

CARLOS. Si el arroyo ha procedido
de una fuente, no ha de ser
de calidad diferente,
siendo el ánimo la fuente
de do suele proceder.

INFANTA. La hermosura corporal
concierta correspondencia,
porque halláis tal diferencia
en el alma racional,
y el ver que la anima a ella
con un ejemplo se puede
significar: ¿No procede
de la luz del sol la estrella?
Sí, y con más facilidad,
aunque su brillar resista,
la apercibe con la vista
la humana capacidad.

CARLOS. Sepa yo, señora, pues,
quién es la que me venció,
quién es la que me admiró.

INFANTA. Una pobre mujer es
que por aya la han traído
de Elena; como Su Alteza
tiene tan grande rudeza;
inutilísima ha sido,
vana será su porfía.

CARLOS. Yo oí decir que es discreta
cuanto hermosa, y aun poeta.

INFANTA. Diránlo por ironía.
Serán encarecimientos
de la lisonja; que errores
de príncipes y señores
llama el mundo acertamientos.
De un átomo forma un monte
la adulación infelice;
divinamente lo dice
en su P[i]edra Jenofonte.

PASQUÍN. ¿Hay tal hablar? ¡Juro a Dios
que me pudro si no hablo!
¡Jenofonte o Jenodiablo,
argumentemos los dos!
Si eres mondonga bobilla,
aprende a dar perfeción
a la goma y almidón
de la toca y lechuguilla.
Sabe prender la valona
con treinta mil alfileres;
mezcla bien lo azul, pues eres
un dedo más que fregona.
Y si eres dama y del sol
competidora te dices,
vete a mezclar los matices
del solimán y arrebol,
rasura y huevo de clara
al espejo, y tú con él,
hecho tu dedo un pincel,
pinta en tu cara otra cara.
Si estado de dueña gozas
vete a coser y a labrar,
a pedir y a mormurar
y a decir mal de las mozas.
Si te sirven con porfías
papavientos Lanzarotes,
vete, necia, a pensar motes
llenos de mil boberías.

CARLOS. ¡Cállate (1), necio!—Señora,
para [bien] saber vivir,
¿podrá volveros a oír
el que vuestro ingenio adora?
Si quien sabe es inmortal
y oyendo ciencias se alcanza,
tenga este bien semejanza
con la gloria celestial.
Este rato sin segundo
vida de siglos desea,
tan breve rato no sea
como deleites del mundo,
que cual relámpagos vienen.

INFANTA. ¿No os vais a Sicilia?

CARLOS. A Atenas,
donde me cantan sirenas

---

(1) En el original, "óyete", por errata. En la refundición de Matos "Calla, ya".

y rémoras me detienen,
¿cómo las podré dejar?

INFANTA. Avisad a Carlos, pues,
que no se case quien es
príncipe tan singular
con quien es tan ignorante;
porque una mujer hermosa,
soberbia y presuntuosa
no es para un varón constante,
cuerdo, sabio en dos extremos;
no hay amor, que unidad es.
Y con esto adiós, Marqués,
que otra noche nos veremos.

LUCRECIA. Mas qué, ¿te ha agradado ya?

INFANTA. Yo llamo a mi pecho infierno,
porque mi mal es eterno
y porque dél no saldrá
el que entró una vez.

(*Vanse las dos.*)

CARLOS. Amor,
que fieras y hombres humillas,
de tus altas maravillas
es aquesta la mayor.
A la beldad peregrina
de Elena inclinarme siento,
y este raro entendimiento
más me fuerza que me inclina.
Pues siendo tu ser y vida
unión de dos voluntades,
a tener me persuades
mi voluntad repartida.

PASQUÍN. Oyeme, Amadís de Gaula,
un consejo quiero darte:
con ambas puedes casarte,
y metiendo en una jaula
a esta fea bachillera,
coserás la boca a Elena,
y así vivirás sin pena,
si es que tu amor persevera
con gusto.

CARLOS. Esa es necedad,
que el hablar desta mujer
da a entender que ha de tener
grande parte en la beldad.
En voz, lengua, ojos y manos
dice Ovidio que ha de estar,
y así en ellos puede dar
efectos más soberanos.

PASQUÍN. La dulce habla que dices
tendrá efectos milagrosos,
con dos ojos lagañosos
y unas manos de raíces.
¡Vive Cristo que si mía
mujer tan discreta fuera
que con ella no durmiera,
que pensara que dormía
con Aristóteles!

CARLOS. Muero,
por sólo saber quién es
aquesta mujer. ¿Si es
Porcia?

PASQUÍN. ¿Si es Homero?

CARLOS. Amor, un poco sucinto,
quiero, temo, adoro y veo,
que no sé lo que deseo;
¡qué confuso laberinto!

(*Vase.*)

(*Salen* ENRICO, FERNANDO *y el otro.*)

ENRICO. Darme consejos, Fernando,
es prender vientos y mar:
¿qué puede considerar
hombre que padece tanto?
Quiero a Porcia, el Rey me casa,
su gran dote me desvela,
con fuego Elena me hiela,
Porcia sin fuego me abrasa.
Quise a Elena, y su pasión
me ha cansado, no te asombre,
porque pienso que no hay hombre
sin mudable condición.
Haced lo que os ordené
con industria y traza buena,
porque así, a pesar de Elena,
dueño de Porcia seré.

(*Vanse* FERNANDO *y el otro.*)

Anillos tiene amor de blanca nieve
con que enero oprimió los montes canos,
y a los ojos de Porcia, soberanos,
como a región de fuego no se atreve.
Osado intento fué, que en tiempo breve
se ardieron arco y flechas de sus manos,
y es tanto, que el horror de los humanos
a estar en su presencia no se atreve.
Abrasado quedó, y templar no pudo
en su frígida zona el fuego esquivo,
que el hielo de las almas ha deshecho.
Mal puedes, dijo, en fuego fugitivo,
¡oh Porcia!, dar alivio a amor desnudo
si Etna tus ojos son y Citia el pecho.

(*La* INFANTA *a la ventana.*)

Si Etnas tus ojos son y Citia el pecho,

subieron de tu boca a mis oídos
los aires, con tu voz favorecidos,
con que lisonjas a mi amor han hecho.
Si Etna sus ojos son, ya habrán deshecho
el uso a mi razón y a mis sentidos;
si el pecho Citia fué, tendrá oprimidos
mi amor, mi libertad y mi provecho.
Si de mis ojos y mi pecho hablabas,
Citia son ellos, y él es Etna ardiente,
pues dan llanto y suspiros en despojos.
¿Por qué los epitetos no trocabas?
Pero dijiste, Enrico, agudamente,
si hablaban de tu pecho y de tus ojos.

ENRICO. Antes que alegrase el día
de este jardín a las flores,
preguntaba los dolores
de tu gran melancolía:
preguntaba, Elena mía,
si amor tu pecho me debe,
y respondió el viento leve,
entre flores y arrayanes,
que tus ojos son volcanes
y tu pecho es blanca nieve.

INFANTA. Mis tristezas, tan calladas
que aun a mis labios no obligan,
queréis, Enrico, que os digan
las cosas inanimadas;
mis ansias enamoradas
no te las saben decir,
y tú las vienes a oír
de flores y fuentes bellas,
o estás aprendiendo dellas
el mormurar o el reír.
Mas bien haces, que ellas son
testigos de que te di
rendida el alma, y así
preguntaste la ocasión
de mi pena y mi pasión.
Ya sé que responderán
que el amante y el galán
tirano de mi albedrío
quiere dejar de ser mío
por ser Duque de Milán.

(FERNANDO *y otro acuchillan a* ENRICO *y él se retira al vestuario.*)

FERNANDO. ¡Muera el traidor alevoso
que así ha ofendido al Infante!

ENRICO. ¡Ay de mí, infeliz amante!

INFANTA. ¡Ay de ti, infeliz esposo!
Si eres, amor, poderoso,
¿cómo mi pena no sientes?
¡Suspiros, id diligentes,
detened esos traidores;
enlazad sus plantas, flores,
y corred tras ellos, fuentes!
¿A quién no admira que esté
perdiendo juntas dos vidas,
quien recibe las heridas
y quien las heridas ve?
Voces al cielo daré.
¡Padre, Rey, justicia, gente,
escuchad mi voz doliente!
Tisbe y Piramo murieron,
y con su sangre tiñeron
estas flores y esta fuente.

(*Vase.*)

(*Dentro* FERNANDO.)

¡Muera, muera! ¡Dale, dale!—
Ya se quitó lastimosa
con sus lágrimas, y hermosa
como el alba cuando sale.

(*Salen* FERNANDO *y* ENRICO.)

ENRICO. Al principio amor iguale
al fin que mi pecho ofrece
si el ingenio resplandece,
para que yo trueque ahora
una mujer que me adora
y un ángel que me aborrece.

FERNANDO. Pues Elena te ha adorado
no la pagues con olvido:
hazlo por agradecido,
sino por enamorado.

ENRICO. Su amor me tiene prendado,
¿qué he de hacer? Mas cuando sea
que el Rey mis delitos vea
y Elena lo cuente todo
despechada, haré de modo
que el mismo Rey no lo crea.

(*Vanse, y salen* PORCIA, *el* REY *y* ISABEL.)

REY. Nunca dejen, Porcía mía,
sola a Elena tus dos soles,
que aumentan las soledades
melancólicas pasiones.

PORCIA. Siempre, señor, la acompaño,
y ahora siento sus voces
entre estos cuadros que forman
laberintos de las flores.

ENRICO. Oiga Vuestra Majestad,
y si es desdicha perdone,
lo que causan las tristezas
en humanos corazones.

Los filósofos dijeron
que las aguas cuando corren,
como los músicos, hacen
muchos efectos mayores.
Dan al alegre alegría,
tristeza al triste; conforme
hallan el alma, la visten
de otras nuevas impresiones.
Así este parque, esta fuente,
esta murta y estas flores
en la Infanta mi señora
han hecho que se transforme
su entendimiento, y también
sus sentidos, y aquel orden
en que su ingenio divino
colocaba las razones,
se le ha trocado de suerte
que apenas hoy se conoce.
Mil despropósitos dice;
unas veces, que traidores
me dan alevosa muerte,
y con esto el cielo rompe
con sus lágrimas y quejas,
y cuando me reconoce,
o se suspende o se aira,
la piedad vuelve en rigores,
pidiendo de mis agravios
venganza y satisfaciones.
Esto pienso que es la causa
que gobernando tu Corte
a Su Alteza repliqué
a ciertas intercesiones.
Trata, señor, de casarla;
estado felice tome,
que el contento y la alegría
de las bodas con un joven
tan gallardo como Carlos
harán el gusto conforme
al deseo de su alma,
tan generosa y tan noble.

REY. ¡Que los Reyes poderosos
paguemos estas pensiones
a la desdicha! Quisiera
hacer capitulaciones
deste casamiento.

ENRICO. Sé
como en Nápoles se esconde
el Infante, disfrazado
por ver sus divinos soles.
Si a ti, señor, te parece
que como es justo se honre,
haré hospedarle en Palacio
y visitarle en tu nombre.
¿Das licencia que asi sea?

REY. Enrico, sí.

ENRICO. Pues conoces
mis servicios y que tengo
sangre tuya, haz que se logren;
manda a Porcia, como dueño,
que conmigo se despose.
Paga en esto mi lealtad,
pues en esto la propones
un esclavo que la sirva
y un marido que la adore.

REY. ¿Querrásle tu, Porcia mía?

PORCIA. Trata, señor, que mejore
mi prima de su pasión,
y hablaremos de eso entonces.

(Salen la INFANTA *y* LUCRECIA.*)*

INFANTA. Padre y señor, que debías
ser un Monarca del Orbe,
pues son tus altas virtudes
admiración de los hombres,
tema Italia tu justicia,
que mezclando con rigores
la piedad, ganan los Reyes
fama eterna, inmortal nombre.
Piedad y rigor te pido,
porque la tragedia que oyes
dará piedad a las fieras,
dará rigor a los montes.
En esos amenos cuadros
donde sus cristales corren
pidiendo venganza al mar
de dos infames traidores:
Enrico por dos heridas
da su vida a eterna noche,
da su espíritu a los cielos
y da su sangre a las flores.
Dos criados del Infante
de Sicilia el pecho rompen
más leal, más justiciero,
más generoso y más noble,
agonizando en las ansias
de las heridas atroces,
dormirá el último sueño
y en sombra inmortal se pone,
con agonía terrible,
y en deseos y temores
de la vida y de la muerte
ya se alienta, ya se encoge.
Si a los delicuentes matas
y al triste Duque socorres,

de piadoso y justiciero
merecerás alto nombre.
¿Cómo oyendo lo que digo
tienes el pecho de bronce,
que no el suceso te indigna
ni te lastiman mis voces?
¿O la grandeza del caso
hacer pudo que te absortes
y suspendas, dando causas
a sentimientos mayores?
Si arrebató tus afectos
el sobresalto, interrompe
con silencio el sentimiento,
cólera el ánimo cobre
para vengar la traición,
ya que los ojos no lloren.
¿Qué hielo te vuelve mármol?
¿Qué nuevas indignaciones
al pecho?—Porcia, ¿qué es esto?
Haz que piadosos favores,
ya que no justas venganzas,
den a un desdichado pobre,
que se revuelca en su sangre
sin ver piedad en los hombres.
¿También tú, con ser mujer,
ni indignada me respondes,
ni lastimada te mueves,
ni obligada me socorres?
¿Cómo callas?—Rey, perdona,
que así me dan presunciones
de que le dieron al Duque
las heridas por tu orden.

REY. ¡Qué lástima y qué dolor!

INFANTA. Eso sí, que no eres roble;
enternece las entrañas
y los ojos se coronen
de lágrimas.

REY. Hija mía,
haz que diviertan y borren
esas pasiones de ira,
porque son inflamaciones
de melancólica sangre;
las memorias no te enojen
de Enrico, pues fué razón
cuando opuesto a mis favores,
ser severo a mi justicia.

INFANTA. ¿Aquí, señor, corresponden
esas palabras? Allí
verás el túmulo pobre
de tu criado. Mas eres
hombre al fin, y desconoces
lo mismo que bien quisiste.

PORCIA. ¡Qué penas! ¡Qué confusiones!

INFANTA. Ellas, Porcia, serán mías
si a desengaños mayores
no me trujera tu amor.

PORCIA. Prima mía, no congojes
el corazón con tristezas,
que son imaginaciones
de una errada fantasía;
haz que aliento el alma cobre.

INFANTA. ¿Qué es esto, Dios? ¿Estáis loca?—
Mi Lucrecia, si no pones
a este abismo claridad,
harás que bien no se logren
mis años.

LUCRECIA. Señora mía,
¿quieres que cante, y las voces
de mi garganta y las cuerdas
templarán tu mal?

INFANTA. Rigores
de los cielos son aquestos.
¡Fieras, plantas, aves, robles,
tened piedad, pues que falta
en humanos corazones!

(*Sale* ENRICO.)

ENRICO. Ya, señor, supe que Carlos
se disimula y se esconde;
haciendo estoy prevención
para hospedalle esta noche.

INFANTA. ¿Qué es esto, desdicha mía?
Juntóse hoy para mi daño
la ingratitud, el engaño,
el desdén, la alevosía:
la que de su amor se fía
este pago es bien que aguarde.
Llegó el desengaño tarde
para causar mayor furia,
venganza pide esta injuria
en el pecho más cobarde.

Cuando mis ojos le vieron
entre sangre y confusión
¿bueno está? Milagros son
que mis desdichas hicieron.
Engaños de Enrico fueron,
¡ved qué desdichado amor,
que me estuviera mejor
su muerte, pues le he mirado
cuando muerto, enamorado,
y cuando vivo, traidor!

Entre tantas falsedades
¿qué respetos me detienen?
Todos por loca me tienen,

¿qué miro dificultades?
Diré quejas y verdades,
pues no hay desdichas que tema.—
¡Traidor!

ENRICO. Ya vuelve a su tema.

INFANTA. Siempre estés como yo, triste;
véngate lo que fingiste,
que es la maldición suprema.
¿Tal amor y obligación
con traición se corresponde?

REY. Síguela el humor, responde
dando la satisfación.

ENRICO. Dame, señora, perdón;
tuyo soy, jamás erré,
pues mi culpa sólo fué
examinar la fineza
con que pagaba tu Alteza
los méritos de mi fe.
¿Quién examina el amor
de su fama, amar pretende;
quien vive amando, no ofende;
fingir por ver no es error.

REY. Parece que está mejor.—
Alégrate, Elena mía,
porque ya se llega el día
de tu boda en esta casa,
y también Porcia se casa
con Enrico; da alegría
a tu triste corazón.

INFANTA. ¿Porcia y Enrico me dices
que se casan?

REY. Sí, y felices
vivirán con tal unión.

INFANTA. Porcia, la misma traición
es Enrico; tu virtud,
tu hermosura, tu quietud,
no le consientan ser tuyo,
que el menor defecto suyo
es la infame ingratitud.

ENRICO. Señora, Su Majestad
tanto ha querido valerme,
que de Porcia quiere hacerme;
permita tu Majestad
mi bien; generosidad
será dar para este empleo
la licencia que deseo.

INFANTA. ¿A mí me pides licencia?
¿Para qué quiero paciencia
cuando estos agravios veo?
Traiciones y alevosías
ha de vengar mi rigor
si mereciera un traidor
morir a las manos mías.
Tus engaños y porfías
al mismo Rey ofendieron;
casado estás, bien lo vieron
las hojas deste arrayán,
que mis venganzas sabrán,
pues mis desdichas supieron.

(*Vase.*)

REY. Huye, Enrico, que furiosa
su piedad vuelve en rigor.

(*Vase.*)

ENRICO. ¡Qué lástima y qué dolor!

(Vase.)

PORCIA. ¡Qué desdichada y qué hermosa!

(*Salen* CARLOS *y* PASQUÍN.)

CARLOS. ¿Quién a aquesto la provoca?
¿Has visto aquello?

PASQUÍN. Y me espanta;
loca se ha vuelto la Infanta.

CARLOS. No me espanta que esté loca,
no me prometí yo menos:
la ignorancia y la hermosura
hijas son de la locura.

ISABEL. Si están tus ojos serenos
del mal de la Infanta, mira
el retrato que rompiste.

PORCIA. Al decir el que quisiste,
dijeras mejor admira.

PASQUIÍN. Aquí está Porcia, y por Dios
que en viéndote se demuda.

CARLOS. ¿Si es la de anoche?

PASQUÍN. ¿Quién duda?
Llega, y lleguemos las dos.—

PORCIA. Decidme: ¿cómo lo pasa
el Infante disfrazado?
¿Está muy enamorado
de Elena? ¿Cuándo se casa?
A Virgilio y a Platón
le sabrá Elena agradar,
que es sabia.

CARLOS. No hay que dudar,
ellas las de anoche son.

PORCIA. ¿Quién duda que halle el Infante
cuando esos balcones mire
hermosura que le admire
y discreción que le espante?

CARLOS. Dos partes son soberanas,
y ambas le dan alegría:

en los jardines de día,
y de noche en las ventanas.
Hermosura y ingenio unidos
le dan precisos despojos:
las mañana por los ojos,
las noches por los oídos.

PORCIA. ¡Qué bien habla!

INFANTA. ¡Qué bien huele!
Buenas manos, buen olor.
prometen nobleza. Amor
hacer mil engaños suele.

CARLOS. ¿Quién dudará que esos cielos
vea el Infante entre sí
con estrellas de rubí?

PORCIA. Busque a Elena.

CARLOS. Estos son celos.

ISABEL. Pues sabes que le quería,
Flor con tan grande pasión,
sin duda que no es bufón.

PORCIA. Quizá no le conocía.
Muriendo estoy por hablalle.
¡Que hiciese el cielo un truhán
tan discreto y tan galán
y le diese tan buen talle!

ISABEL. Que no lo es nos da indicio;
yo lo he de saber así.—
¿Cómo está Pasquín?

PASQUÍN. Aquí,
señora, a vuestro servicio.—
De todos está informada,
con despejo quiero hablalle.

PORCIA. Cierto que tiene buen talle,
loca estoy de enamorada.

CARLOS. Pues que conocido soy
de vuestros ojos, señora,
el que vuestro ingenio adora
merezca esas manos hoy.
Anoche vuestras razones
los sentidos me robaron,
porque en el alma dejaron
peregrinas impresiones.
Vine a casarme, mas tanta
confusión me causó el ver
ser tan hermosa mujer
y ser tan necia la Infanta;
vi que el discurrir hermoso
y aquel razonar discreto
era vuestro, y en efeto:
fuí vencido y muy dichoso.
Y luego el alma que os precia
en oyendo os conoció
después, señora, que vió
que era Elena mujer necia.
Cuando Marqués me he fingido...

PORCIA. ¿No has mirado bien que, en fin,
ha descubierto Pasquín
que es un loco y atrevido?
¿Haslo visto hablar sin seso?
La culpa y la causa fuí,
pues hablándole le di
atrevimiento con eso.—
Loco arrogante, ¿de quién
lo necio habéis aprendido?
Si vos me habéis conocido
y yo os conozco también.
¿Cómo atrevimiento os doy?
Si de errores semejantes
suelen gustar los infantes
de Sicilia, Porcia soy,
y mandaré en un instante
que os corten esa cabeza,
sin que os valga la grandeza
de príncipe ni de infante.
¿Quién os dijo a vos que yo
soy bien sufrida y que Elena
es necia, y es la sirena
que Nápoles adoró?
¡Salid, bárbaro, de aquí!—
¡Así nobleza tuvieras,
que cierto está que no oyeras
estas razones de mí!

(Vanse.)

CARLOS. Hidras son mis confusiones:
en cortando el cuello a una
nacen siete.

PASQUÍN. Mala luna
reina en aquestas regiones.
No hay mujer que no sea necia
en esta casa de día.

CARLOS. Si Porcia me conocía,
¿cómo Porcia me desprecia?

PASQUÍN. Para las noches apela
de ingenio y de lengua aguza,
quizá es discreción lechuza,
que sólo de noche vuela.

JORNADA TERCERA

(Sale la INFANTA *y* LUCRECIA.*)*

INFANTA. Tan otra estoy y en mí siento
tal mudanza, que es rigor
la piedad, ira el amor

y la fe aborrecimiento.
Ni amo, ni dudo, ni temo,
libre estoy, no sé querer;
bien dicen que la mujer
anda de extremo en extremo.
Mi pecho en esta mudanza
está con tal diferencia,
que pidió correspondencia
y ahora pide venganza.

LUCRECIA. En tu mano está; bien puedes
derribar al que has subido,
por tu mano ha recebido
del Rey tu padre mercedes.
Por ella misma podrá
recebir los disfavores:
el sol engendra las flores,
el sol la muerte les da.
El sol levanta una nube,
el mismo sol la deshace:
contrarios efectos hace,
a unos baja y a otros sube.
Bajar debe, y pues te dió
el cielo ingenio tan rico,
baje Enrico y muera Enrico
por los pasos que subió.

INFANTA. La venganza se compara
a la abeja cuerdamente,
pues por picar solamente
en su vida no repara.
Mi pasión hará más grave
la venganza y el rigor,
pues será contra mi honor;
que si el Rey mi señor sabe
el amor que me ha fingido,
las finezas que mostró,
los papeles que escribió
y el tiempo que me ha servido,
¿quién duda que su privanza
odio venga a producir?
Pero es picar y morir
este modo de venganza.

LUCRECIA. Si es que tu pecho desea
divertirse en tanto mal,
vamos a Pozo Real,
para que tu prima vea
que es la casa de placer
mejor del mundo.

INFANTA. Hasta aquí
el placer aborrecí;
ya he de buscar el placer.
Vamos, cuando baje el sol,
a las antárticas olas.

LUCRECIA. ¿Qué gente ha de ir?

INFANTA. Vamos solas,
tapadas a lo español.

(*Sale* PORCIA.)

PORCIA. Prima, tu padre porfía
en que me he de casar;
si tu pena da lugar
a que remedies la mía,
sabe que yo no me inclino
a Enrico, y así conviene
cierta sospecha que tiene
mi corazón adivino.
Tú le amaste, bien lo dice
aquella injusta tristeza,
que al ingenio y la belleza
es propio el ser infelice.

INFANTA. Aunque soberbia y altiva
con ese error semejante,
y cuanto tuve de amante
tengo ya de vengativa.
Y he de castigar su intento,
que el enemigo peor
es la mujer que el amor
trocó en aborrecimiento.
Ayúdame.

PORCIA. De manera
me lastima el mal que pasas,
que por ti comiera brasas,
como la Porcia primera.
Tus venganzas encamina,
que a tu lado estoy constante.

LUCRECIA. El Rey viene.

INFANTA. ¡Ingrato amante,
hoy comienza tu ruina!

(*Sale el* REY.)

Tu desdicha solicito.

REY. Elena, con el cuidado
de tu accidente pasado,
en las desdichas te imito.
¿Cómo estás?

INFANTA. Triste,
con una eterna inquietud,
y es tan fácil mi salud,
que en tu voluntad consiste.
Padre, médico y Rey eres:
mi vida y salud ordena,
pues no sentiré más pena
que aquella que tú me dieres.

REY. ¿Dudas de mí?

INFANTA. Sí, señor,

porque juntas dos extremos:
Enrico y yo no cabemos
en un pecho, en un amor.
  No caben en un sujeto
dos contrarios, y es forzoso
que venza el más poderoso,
o mayor o más perfecto.
  Cuando al líquido vapor
nubes húmedas rodean,
los dos opuestos pelean,
hasta que vence el calor
  con el trueno o con la llama,
que no pudiendo sufrir
a su enemigo, al salir
se sutiliza y se inflama.
  Y siendo el amor unión
que iguales almas ha hecho,
no es bien que estén en tu pecho
mi lealtad y su traición.
  Echar al uno conviene,
y la lealtad oprimida
salga, rasgando la vida
del enemigo que tiene.

REY. No vuelvas, hija, a ese error,
que parece ya locura.
¿Cuándo se vió la hermosura
ser cruel con tal rigor?
  La belleza afeminada
piedad en el alma pone,
porque lo hermoso supone
sangre y condición templada.

INFANTA. ¿De modo que ese rigor
es tema y es frenesí,
y es más fácil para ti
ser yo loca que él traidor?
  Pues una de dos...

REY. Prosigue.

INFANTA. O a Enrico has de deshacer,
o posible no ha de ser
que mi dolor se mitigue.

REY. De dos extremos cercado,
fuerza es que el ánimo elija
más la salud de su hija
que la vida de un privado.
  Pero es de reyes tiranos
no justificar su ira,
que la justicia no mira
en los secretos humanos.

INFANTA. ¿Y si yo te justifico
su causa y razón primero?

REY. Seré padre justiciero,
desharé entonces a Enrico.

INFANTA. Juzguen su culpa tus ojos:
este papel me escribió,
que hasta aquí he guardado yo
para no causarte enojos.
  Desto nace el sentimiento
que el alma misma penetra,
pues que conoces su letra
conoce su atrevimiento.

(*Lee.*)

REY. "Yo te adoro, Elena mía,
y ausente está el Rey: permite
que en el jardín te visite
cuando el sol nos niegue el día.
  Y pues soy gobernador
me tomaré esta licencia,
que no es traición la violencia
cuando la disculpa amor."

INFANTA. No pasó en ese papel
su atrevimiento; mas callo,
que entre tantas quejas hallo
sentimiento más cruel.

PORCIA. ¿Qué te suspendes y dudas
y con silencio te espantas,
si mientras más le adelantas
  a más soberbia le ayudas?
  Qué traiciones no habrá hecho
el atrevido insolente,
que quitó violentamente
una cinta de mi pecho.
  Claro está que la tristeza
de mi prima ha procedido
de ver que Enrico ha perdido
el respeto a su grandeza.

REY. No nace mi suspensión
de dudar lo que he mirado,
cualquier caso no pensado
trae conmigo admiración.
  Y como no imaginé
de Enrico tal osadía,
admiración fué la mía,
dolor reprimido fué.
  Y el considerar la injuria
con pausas y suspensión,
convirtió la admiración
en otro efecto, que es furia.
  Y si el ver una belleza
suele templar los enojos,
no quiero ver vuestros ojos;
dejadme solo.

INFANTA. Ya empieza
a mostrarse arrepentida

mi alma en esta venganza:
¡el perderá la privanza,
y yo perderé la vida!
En mí misma me vengué,
mi propio amor me condena,
pues él sentirá una pena
y yo dos, pues sentiré
la suya más que la mía.

PORCIA. Ten, amiga, ten valor.

INFANTA. ¡Porcia, Porcia, grande amor
no se acaba así en un día!
Ya vendrá; prima, escuchemos
lo que dice.

PORCIA. ¿No dijiste
que ya a Enrico aborreciste?

INFANTA. Son esfuerzos, son extremos
con que se alienta y se anima
una tímida venganza
que desmaya en la esperanza.
¿No has visto un juego de esgrima,
donde por fiesta y solaz
riñen dos hombres, y cuando
a las veras van llegando
el maestro mete paz?
Mi enojo contra mi amante
empezaba a prevenirse,
pero al tiempo del herirse
metió el amor el montante.

(*Vanse, y salen* ENRICO *y* FERNANDO.)

REY. Enrico, si el Rey es Dios
y es Dios la suma Justicia,
como es Dios cuando nos premia
será Dios cuando castiga.
Subiste desvanecido
a la poderosa silla,
no supiste gobernar
el carro de luz divina.
No eres duque ni marqués;
vuelve a calar una pica
en la guerra, que es el ser
que tener antes solías.
Quien te estimaba te niega,
quien te adoraba te olvida,
la que te alentó te ofende,
quien te subió te derriba.

(*Vase.*)

ENRICO. Fernando, un mal semejante
de los sentidos nos priva,
y conocer no debemos
si es pasión o si es envidia.
¿Qué desdicha ha sido aquesta,
que apenas la determinan
mis sentidos, ya pasmados
de golpes desta caída?

FERNANDO. Esto es lo mismo que yo
te previne muchos días:
tu ingratitud hace el daño,
Elena lo solicita.

ENRICO. ¡Qué animal inexorable,
qué bestia fiera con ira
es la mujer poderosa
enojada y vengativa!
A su piadosa humildad
excede su tiranía.
De extremo en extremo vive;
ni la lastiman desdichas,
ni la mueven persuasiones,
ni con lágrimas la obligan:
áspides temo de Elena
si rayos Júpiter libra.
Los dos conflictos me turban,
y cuando el Rey me castiga
clavel no puedo aplicar
a la piedad de su ira.
Volvió mi vida a su ocaso,
volvió al centro que tenía,
tornó el sol a su poniente,
sombra es ya la que antes día.
Los que tuvisteis de mi bien envidia
tened lástima ya de mi desdicha,
y la lástima sea
más que la envidia fué, porque se vea
que en mí es más eminente
que la dicha pasada el mal presente.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Enrico, tened paciencia:
a confiscaros me envía
vuestra hacienda el Rey.

FERNANDO. ¿Qué es esto?

ENRICO. Lo que ves. Cáiganme encima
mil desgracias, porque todas
las tengo bien merecidas.
Quede sin títulos ni honras
el que enloquecer quería
el divino entendimiento
de una mujer peregrina.
Quede pobre el imprudente
que entre ambición y avaricia,
por ser Duque de Milán
miró su lealtad perdida.
Quede sin Porcia ni Elena

quien desprecia y desestima
la piedad de la amorosa
por el rigor de la esquiva.
Los que tuvisteis de mi bien envidia
tened lástima ya de mi desdicha,
y la lástima sea
más que la envidia fué, porque se
que en mí es más eminente [vea
que la dicha pasada el mal presente.

(*Vase, y sale* LUCRECIA, ELENA, PORCIA *y* ISABEL.)

PORCIA. Casa de campo cual ésta
no se puede imaginar,
cada estanque es ancho mar,
cada calle una floresta,
cada cuadro un paraíso;
siendo aquí el agua tan bella,
más enamorada della
que de sí mismo Narciso.
INFANTA. Sentémonos, Porcia, y cante
Lucrecia, y venzan así
el mal, que es eterno en mí.
LUCRECIA. ¡Ay, si viniese el Infante!
INFANTA. Que le has llamado sospecho.
LUCRECIA. Sí llamé, mas no en tu nombre;
que deseo eches un hombre
tan ingrato de tu pecho.

(*Canta.*)

"Bellas aguas de Leteo,
que corréis al mar dormidas,
llevad apriesa mis males
como me lleváis las dichas.
¡Cuándo será aquel día
que tenga el alma un hora de ale-
[gría!"

(*Salen* CARLOS *y* PASQUÍN.)

CARLOS. ¡Linda voz!
PASQUÍN. Es una Orfea.
INFANTA. Gente viene.
LUCRECIA. Carlos es.
INFANTA. Tapémonos todas, pues
nadie quiero que me vea.
CARLOS. Las que están tapadas son
Elena y Porcia sin duda.
PASQUÍN. Un perro seré de ayuda,
enviste con ocasión,
que yo de las cuatro escojo
este ruiseñor que canta:
esta es la primera Infanta
que se tapó de medio ojo.
CARLOS. Hermosísimas señoras,
que por no matar cubrís
los rostros con que decís
no viva nadie dos horas,
pues que sois piadosas, dadme
remedio a una pena fuerte
viéndoos, y venga la muerte:
decubríos y matadme.
LUCRECIA. A lo desgarrado habló.
INFANTA. Como tapadas estamos,
esa libertad le damos.
LUCRECIA. ¿No te va agradando?
INFANTA. No.
CARLOS. Que suele favorecer
la Fortuna al atrevido
dicen muchos, y yo he sido
de contrario parecer,
que el atrevimiento es,
cuando en el alma comienza,
un modo de desvergüenza
y una locura después.
Y así yo, que me he tomado
este lugar atrevido,
suspenso estaré, y os pido
perdón de haberme sentado.
PORCIA. Y quien sabe decir eso
no sintiendo su deshonra,
¿se inclina a vivir sin honra,
se agrada de hablar sin seso?
Ese talle, que promete
ser un príncipe, un infante,
¿halla modo semejante
de vivir? Levanta, vete,
que me da lástima el verte
y algunas veces enfado,
pues si de verte me agrado
me pesa de conocerte.
CARLOS. Esta es la Infanta, sin duda,
que la ignorancia lo dice.
¡Oh tú, hermosura infelice!,
¿por qué no naciste muda?—
A vuestra luz celestial
vuelvo el rostro, el alma y vida:
dadme mejor acogida,
porque aquí me tratan mal.
INFANTA. ¿Luz celestial es la mía?
¿Qué sabéis si son tinieblas?
CARLOS. El sol que entre pardas nieblas
suele dar su luz al día
cuando su margen compite
al Nilo, que apenas halla
su origen, el sol batalla

con las aguas de Anfitrite.
Y despertando raudales,
los vecinos labradores
de aquestos campos y flores,
miran sordos sus caudales (1).
La celestial armonía
es capacidad pequeña
al oído; así lo enseña
la griega filosofía.—
Porcia es sin duda, ya obra
veneno de amor en mí.
¡Ay, desdichado de ti,
del ingenio que a ésta sobra
no dieras una centella,
un átomo no trocaras
para que al mundo admiraras!
¡Sol, ilumina esta estrella,
haz a Elena mujer rara!—
Prodigio fuera tu prima
si del alma que te anima
un resplandor le tocara.

INFANTA. ¿En qué presumís que soy
Porcia yo? Mal conocéis.

CARLOS. En que ni sois ni podéis
ser Elena, y en que os doy
el alma y la libertad
sin veros, que son señales
de que amor nos hizo iguales
en sangre y en calidad.

INFANTA. ¿Habiendo venido amante
de Elena os mudáis así?

CARLOS. Quien al lado de un rubí
mira brillar un diamante,
y contra lo que le inclina
haciendo dél elección,
aunque sus reflejos son
de sangre y púrpura fina,
¿no errará? Pienso que sí.
Luego es feliz inconstante
amor que escoge diamante
cuando esperaba rubí.

PASQUÍN. No os dan a vos tan temprano
el grado de bachillera:
sois hermosa; mas, casera,
vos habláis en canto llano.
Bien hacéis, ello es mejor;
el contrapunto me enfada
y la fábula me agrada
del cuquillo y ruiseñor.

ISABEL. ¿Vos bufonizáis también?

PASQUÍN. ¿Quién si no yo?

PORCIA. ¿Qué pretende
en Nápoles como duende
vuestro Infante? ¿Quiere bien?
Ver no se deja y envía
a sus bufones criados
a solicitar cuidados
y él no parece de día.
¿Por qué vive tan extraño
si ver a Elena procura?

PASQUÍN. ¡Oigan, oigan, que les dura
la friota de mi engaño!
¡Qué tontas son, vive Dios,
que a Carlos no han conocido!
Lo de Pasquín han creído.
¡Qué cuitadas son las dos!

CARLOS. Descubrid, señora mía,
el bello rostro, que espero
salga el sol de su hemisferio,
salga de su oriente el día.
Salga ya, merezca verla,
de ese manto luz hermosa,
de su capullo la rosa
y de su concha la perla;
que aunque no apercibiré
objeto que es tan divino,
teniendo el sol por vecino
águila vuestra seré.
Y como aquel que nació
ciego, viendo de repente
el luminoso accidente,
mudo y absorto quedó,
así yo, que he deseado
ver ese sujeto hermoso,
mudo estaré de glorioso
y supenso de admirado.—
Vos, señora, interceded
en lo que yo estimo tanto.

INFANTA. Ya a mí me cansaba el manto;
concédole la merced.

CARLOS. ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que vi?
¿Hay caso más raro y nuevo?
Admiración mayor debo
que la que me prometí.
Confúndese el alma mía
y una sospecha la agravia:
¡Elena de noche es sabia,
Elena es necia de día!
Tapada Elena discreta,
necia Elena destapada.
¡Amor, amor, no me agrada
maravilla tan secreta!

(1) Así en el texto original.

La que agradar no me quiso,
amor tiene en otra parte.

INFANTA. ¿No acabas ya de admirarte?

CARLOS. Un celestial paraíso
trae mis ojos divertidos,
porque un sujeto excelente
conocer no se consiente
de los humanos sentidos.

INFANTA. No permitimos las dos
que esté, señor, Vuestra Alteza
descubierta la cabeza.

PORCIA. ¡Carlos es, válgame Dios!

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. El Rey sabe ya que estás
en Nápoles, y te espera
alegre.

CARLOS. Desa manera
no es justo encubrirme más.
Vamos a verle.—Confusa
me da amor su gloria y pena
entre Porcia y entre Elena.

PORCIA. ¡Qué raros milagros usa
conmigo amor!

INFANTA. ¡Qué admirado
que irá el Infante de ver
cuerda y necia una mujer!

PORCIA. ¡Qué confusión!

CARLOS. ¡Qué cuidado!

(*Vanse todos, y sale* ENRICO *y* FERNANDO.)

FERNANDO. Pues el Príncipe ha venido
a casarse con Elena,
pide al Rey que de la pena
te saque en que te ha metido.

ENRICO. El que se vido mandar
pida así no es maravilla,
si un leño azota y humilla
la altiva frente del mar.

FERNANDO. Ya Porcia a su cuarto viene,
díselo.

ENRICO. Valdréme della,
pues el rigor de mi estrella
tantos males me previene.

(*Sale* PORCIA.)

Duquesa hermosa, si tiene
tu pecho lástima ahora
alcance del Rey que un hora
de audiencia me quiera dar,
porque pueda disculpar
el alma de quien te adora.

PORCIA. Si yo la causa no ajusto
ni sé la razón porque eres
tan infeliz, ¿cómo quieres
que pueda hacerte ese gusto?
A secretos de un Rey justo
no me atrevo, ni querría.

(*Vase.*)

ENRICO. Tu esquivez no prometía
más amor ni fe más pura.
¡Oh, qué bárbara hermosura!
¡Qué rústica tiranía!

FERNANDO. El vaso que estuvo hecho
de algún precioso licor,
tarde pierde aquel valor.
Que Elena viene sospecho.

(*Vase y sale la* INFANTA.)

INFANTA. ¡Tarde saldrán de mi pecho
los resquicios del olvido!

ENRICO. ¿Qué delincuente atrevido,
sin prudencia y sin saber,
jamás se fué a retraer
en casa del ofendido?
No vengo, como solía,
soberbio y vanaglorioso,
juzgándome tan dichoso
que tu favor merecía.
Tráeme la fortuna mía
tan otro del que me vi,
que estar delante de ti
no me atrevo y me retiro,
que eres espejo en que miro
lo que soy y lo que fuí.
No pretendo aquel estado
en que me vió la Fortuna
sobre el crisol de la luna,
que habiéndome derribado,
como su luz me ha faltado,
como ya no resplandezco
y mis desdichas padezco,
con mi misma obscuridad
conozco mi indignidad,
y este es bien que no merezco.
No pretendo, no, perdón,
porque ofensa hecha a mujer
divina, no ha de tener
humana fascinación,
ni pretendo galardón,
que amor me responderá
que a un ingrato no le da,
y en la desdicha presente
yo pretendo solamente

que me escuches.

INFANTA. Bien está.

(Vase.)

ENRICO. ¡Bien está! ¿Qué es esto, cielos?
¿Aun atención no me dió?
Pero bien está que yo
no tenga humanos consuelos,
pues amor pagué con celos.
Esta desdicha es mortal
y mi pena es desigual,
puesto que mis ojos ven
que a mi desdicha está bien
lo que a mi amor le está mal.
Retrato, salid acá
porque mis penas os diga:
imagen de mi enemiga,
¿queréis vivir? Claro está.
Pues si Elena es otra ya
y su antiguo ser tenéis,
por lo menos no diréis
que en romperos soy ingrato,
pues que siendo vos retrato
al dueño nó os parecéis.

(Sale la INFANTA.)

INFANTA. Quien en el florido mayo
ve una nube parda rubia
amenazar con su lluvia
y amargarnos con un rayo,
y en el bosquejo o ensayo
de la tempestad que ordena,
cuando más asombra y truena,
pasa ligera, y, en fin,
la viste el sol de carmín
y el cielo hermoso serena.
El enojo de un amante
es cual nube de verano,
que amenaza con tirano
rigor, sin pasar delante,
por ser cólera inconstante.
Para escucharos volví.
Hablad, Enrico.

ENRICO. ¡Ay de mí,
oso y temo! Amor prevenga
la disculpa, porque tenga
consolada muerte así.—
En el engaño pasado
yo no ofendí a Vuestra Alteza:
probar quise la fineza
de mi amoroso cuidado
y quedé desengañado.
Ingratísima mujer,
¿por qué me quisiste hacer
tu imagen para borrarme?
¿De qué sirvió levantarme
para dejarme caer?
Pídele al Rey mi señor
licencia para volver
a la guerra, a merecer
su gracia con tu favor,
por aquel fingido amor
que me tuviste.

INFANTA. Primero
que asistáis, Enrico, quiero
al estado que hoy recibo.

(Vase.)

ENRICO. ¿Cómo podré verlo vivo,
si sólo oyéndolo muero?
¿Por qué queréis que yo asista
a las bodas del Infante,
si es fuerza estando delante
darte el alma por la vista?
Cásate y no lo resista
mi desdicha, pero sea
la venturosa pelea
de tu amor y de mi suerte,
de tu olvido y de mi muerte
adonde yo no lo vea.

(Vase, y salen CARLOS, PASQUÍN y un SOLDADO.)

CARLOS. Dadme consejo los dos.

PASQUÍN. ¿Los dos somos consejeros?

CARLOS. Porcia y Elena igualmente
son unos ángeles bellos,
y aunque Elena me enamora
me ha acobardado el intento
con que necia se ha fingido,
porque éste fué mi desprecio
o querer en otra parte.

PASQUÍN. Pues responde a lo primero
el consejero Pasquín,
y dice así...

CARLOS. ¡Calla, necio!

PASQUÍN. No puedo callar, que yo
por los nombres me gobierno.
Porcia diz que fué avestruz
que le engulló mucho hierro,
y Elena dió a Menalao
el grado y borla de necio:
enójese o no se enoje
Porcia, yo a Elena me atengo.

(*Salen el* REY *y la* INFANTA, PORCIA *y* ENRICO.)

REY. Ruégale, Porcia, a tu prima
que acepte ya el casamiento
de Carlos.

PORCIA. ¿He de pedir
el mismo mal que aborrezco?
¿He de rogar mi desdicha?
¿He de buscar mi tormento?

REY. Infanta, pues con más gusto
te ven los piadosos cielos,
toma ya resolución
en tu casamiento.

INFANTA. Acepto
tu gusto como perdones
a Enrico.

REY. Tú eres el dueño
de tu agravio: yo remito
la culpa a tus pensamientos,
aunque es verdad que tu enojo
en mi desgracia le ha puesto;
nunca fué mi voluntad,
querida hija, de hacerlo.

INFANTA. Perdonado estás, Enrico.

ENRICO. Si has de humillarme, pues veo
casarte, ¿por qué levanta
tu mano mis pensamientos?

INFANTA. Si estáis asido a mi mano
no temáis: subid, teneos.

ENRICO. Sí temo.

INFANTA. Quien desconfía
no siempre, Enrico, es discreto.—
Infante, si divertida
para levantar del suelo
a Enrico, le di la mano
y estos descuidos ha hecho
mi ignorancia y bobería,
¿qué he de hacer?

CARLOS. Muy bien lo entiendo,
y lo que puedes hacer
es que tu divino ingenio
me dé a Porcia.

INFANTA. Prima mía,
hoy lograrás tus deseos.

REY. ¿Qué es esto, Elena?

INFANTA. Señor,
éste fué arrepentimiento
de haber derribado a Enrico
de tu amor, y así le vuelvo
con tu licencia a tu gracia.

ENRICO. Alegre con ser tu yerno.

REY. ¿Cómo yerno?

INFANTA. Señor mío,
si es tu sobrino y ha puesto
en mí los ojos y pierde
tu amor y gracia, por eso
no es bien que la causa sea,
justo fué mi atrevimiento,
y el amor que le tenías
ha de volver a tu pecho.

REY. Si el Infante quiere a Porcia,
Elena, yo gusto dello.

CARLOS. La mano te doy.

PORCIA. Yo el alma.

CARLOS. ¿Qué dicha como ser vuestro?

ENRICO. ¡Qué vergüenza tan dichosa!

INFANTA. ¡Y qué fuerza de amor!

REY. Veo
en el Infante tal gusto,
que lo miro y no lo creo.
¿Quién entiende a las mujeres
notando tales extremos?

ENRICO. ¿Quién es ingrato con ellas
si saben dar este premio
a quien las sirve? Aunque fuí
El Ingrato, a ser comienzo
desde hoy el agradecido,
dando fin a mis sucesos.

EL INGRATO ARREPENTIDO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

DON RODRIGO DE TAPIA

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO

Todas las obligaciones de un caballero, en materia de la espada, son actos militares, y así les daba este nombre don Diego Ramírez, llamado el alanceador, a las acciones de una plaza, no inferiores a las justas y torneos de a caballo, antes bien, de más gallarda osadía por la ferocidad del enemigo, que un caballero que en una justa acomete armado a su contrario, si bien lleva el peligro de quien fué lastimoso ejemplo el Rey de Francia, y se celebra con razón la censura de aquel hermano del Turco, que dijo: *Que para veras era poco y para burlas mucho,* no le tiene tan grande como esperando un toro, la destreza, ánimo y valentía con que V. m. acometió y rindió la fiereza del más bravo que ha visto el Tajo, ni criado Jarama en sus riberas, pareció a los ojos de su Majestad, de sus Altezas, y de toda esta Corte, una acción digna de tales años, de tales ascendientes y de tales obligaciones, que acompañada de tales galas, me obligó aquel mismo día a provocar las Musas con envidia de otras plumas, si más ejercitadas, con menos obligaciones, que con mucho gusto suyo me dieron estos versos.

Don Rodrigo, transformado
en cielo, con más estrellas,
ojos de las damas bellas,
Argos de amor desvelado,
en otro Pegaso alado
para que en igual conquista
terrestre foca resista
en la palestra del mar,
de la Corte entró a cifrar
de un breve mando la vista.
Iba la fama con él,
y él tan galán a su lado,
que con sólo haber entrado
le dió su verde laurel.
La envidia siempre cruel,
y más en la edad florida
en un toro revestida
sale a buscarle tan loca,
que la tierra apenas toca
donde ha de quedar vencida.
El toro, como si fuera
la nave, que viento en popa
trajo sin flores a Europa,
y las dió a la Primavera
del sol que en él reverbera,
recibe tanto calor
que tienta al brazo el valor;
pero el galán don Rodrigo
tuviera igual enemigo,
si Júpiter fuera amor.
La envidia que al toro guía
parte con golpe violento,
mas tanto perdió de aliento
cuanto tuvo de osadía,
midió la tierra, y volvía
los pies al cielo, con celo
de pedir, que en su azul velo
como el otro signo esté,
pero porque envidia fué,
no quiso admitirle el cielo.
Porque cosa injusta fuera
que en su máquina estrellada
fuera figura pintada
siendo hazaña verdadera,
materia que el tiempo altera
no es justo que solicite,
bronce al toro se permite,
y a la envidia se concede
que esculpida en mármol quede
para que no resucite.

En el diálogo tercero de la Filosofía de la destreza dijo Carranza, aquel insigne ingenio sevillano, *Que todas las acciones de la naturaleza eran de una misma suerte.* Agrádame este aforismo en razón de la valentía de la plaza, y la que se conoce en la guerra, pues quien allí la muestra con argumento evidente, nos declara la que tuviera en la campaña, o en el mayor asalto. Para esto fué permitido este ejercicio, y así Angelo Bargeo en el primero libro de su Cinegeticon, después que ha pintado los que pueden hacer gallardo para la caza de un joven dice:

Magnanimos, aut ille, unquam vitaverit hostes,
Infestasque vices, dubiique pericula Martis.

Pero en cosas tan conocidas vanamente se gasta la persuasión, yo añadí este día mil aficiones a mi voluntad, y sobre las obligaciones de su casa, mil nuevos deseos de que en el mundo se conozcan, no quise que saliese esta décima quinta parte de mis comedias a luz, sin ofrecer alguna a V. m., como con grande atrevimiento las he ofrecido al señor Pedro de Tapia, y a mi señora doña María Puente Hurtado de Mendoza, digna prenda de V. m., a quien suplico admita mi voluntad y lea *El ingrato arrepentido*, que aunque yo, porque no lo he sido, no puedo estarlo, quise dedicarle esta fábula amorosa, por no remitir a otro lugar la memoria de mi obligación y la satisfacción de mi deseo.

Capellán de V. m.,
LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

ALBANO, *caballero*.
TANCREDO, *criado*.
LISARDO, *caballero*.
FINEO, *criado*.
ORACIO, *caballero*.
CAMILO, *criado*.
LEONIDA, *dama*.
FULGENCIA, *dama*.
FELICIANO, *caballero*.
CLARINO, *criado*.
FLORELA, *dama*.
DOROTEO.
ALBERTO, *criado*.

Representóla Ríos.

ACTO PRIMERO

(Sale ALBANO *en hábito de peregrino, y* TANCREDO.*)*

ALBANO. Esta es la casa, ¿qué dudas?
Llama, Tancredo.
TANCREDO. Señor,
¿que descanses no es mejor
y después a verle acudas?
ALBANO. ¡Llama, necio!
TANCREDO. ¿No es tu casa
el más verdadero amigo?
ALBANO. Esto he de hacer; llama digo.
¿No miras que gente pasa
y en el hábito que estoy
que me conozcan no es bien?
TANCREDO. Llamaré, y diré también
quién eres.
ALBANO. Di que yo soy.
Porque habiéndome partido
sin darle cuenta a Lisardo,
mejor, como vengo, aguardo
ser en su gracia admitido.
Bien sabes que aquel desdén
por quien hice aquesta ausencia
de Lisardo y de Florencia
tuvo la culpa también;
que aquel celoso despecho
con que me vine a partir
no me dejó despedir
de la mitad de mi pecho.
Y como también juré
no escribir, no le escribí,
y ansí no sabe de mí,
ni aun yo sé si de mí sé.
TANCREDO. ¿Pues es posible que hay puerta,
ni calle que se visite,
reja que se solicite,
el ver su ventana abierta
primero que la de aquélla
por quien andamos ansí?
ALBANO. Amigo Tancredo, sí:
ni he de hablalla, ni he de vella.
TANCREDO. Ea, león, que ha diez meses
que te enojaste y partiste.
ALBANO. ¿Diez meses no más dijiste?
¡Ay, si amases y te fueses!
Pinta en mi dolor profundo
desdenes y desengaños,
Tancredo amigo, los años
desde el principio del mundo.
Cuando rendía sus frutos
sin ver diligencia ajena;
da otros tantos a mi pena
y repártela en minutos;
y en cada minuto dellos
los años del mundo pon,
que esos los diez meses son
que no os he visto, ojos bellos.
TANCREDO. Los años del mundo dados
a un minuto de tu pena,
por Dios que la cuenta es buena
si han de ser multiplicados.
Cuenta la que dices es
que tendría algún primor.
Basta, que te ha vuelto amor
otro Juan de Leganés.
ALBANO. ¿Quién dices?
TANCREDO. Un español
que tuvo infusa esa ciencia.
ALBANO. ¿Que ése contará mi ausencia?
TANCREDO. Y los átomos del sol.
Pero era un hombre menguado,
sin género de sentido,
y por eso parecido
a cualquier enamorado,
que todos sois mentecatos
y andáis contando imposibles.
ALBANO. ¡Cosas tienes insufribles!

Yo seré ejemplo de ingratos:
yo haré que entienda Fulgencia
que ya mi amor tuvo fin.

TANCREDO. Como otro fray Juan Guarín
vienes de hacer penitencia.
Mas dame tú que te llame
con dos dedos de papel,
que tú irás.

ALBANO. ¿Quieres, cruel,
que tu vil sangre derrame?
¿Yo ver a Fulgencia más?
¿Yo acordarme de Fulgencia?
¿Yo, Fulgencia, en tu presencia?
¿Fulgencia hablarme jamás?
¿Fulgencia mirarme a mí?
¿Yo a Fulgencia dar la mano?
Ya no es Fulgencia de Albano,
ya murió Fulgencia en mí.
Fulgencia con obras malas
que la aborrezco te avisa.

TANCREDO. Eso sí, nómbrala aprisa,
que por Dios que te regalas
en el ausencia y cuidados
de la que adoras y quieres.
Como los muchachos eres
cuando van por los recados,
que van diciendo su nombre
por que no se les olvide.

ALBANO. La voz y los pasos mide,
que sale de casa un hombre.

(*Sale* LISARDO, *caballero, y* FINEO, *criado.*)

TANCREDO. ¡Por tu vida que es Lisardo!

LISARDO. Si viniere Doroteo
haz que le digan, Fineo,
que en los Mármoles le aguardo.

ALBANO. ¡Lisardo!

LISARDO. ¿Quién es?

ALBANO. Yo soy.
Dame esos brazos.

LISARDO. ¡Jesú!

ALBANO. Albano soy.

LISARDO. ¿Eres tú?
¡Brazos y abrazos te doy!
¿No eras muerto?

ALBANO. ¿Cómo muerto?

LISARDO. Ansí se sonaba acá.

ALBANO. Bien dicen, que muerto está
quien duerme estando dispierto.

LISARDO. ¡Válgate Dios dos mil veces,
volver te quiero a abrazar!

ALBANO. Podrásme resucitar
si así los brazos me ofreces.

LISARDO. Si estás muerto en tu persona
tal semejanza recibo,
que el gusto de verte vivo
serán gritos de leona.
Y aunque al cielo y su grandeza
se dan los milagros bien,
algunos hace también
la misma Naturaleza.
Nunca tu muerte creí,
porque si eso verdad fuera,
en mí sin duda se hubiera
muerto la mitad de mí.
Y ansí fué caso muy llano,
y yo por tal le tenía,
que pues yo todo vivía,
todo estaba vivo Albano.

ALBANO. Ignorante de tu pena,
de mi muerte no la tuve,
Lisardo, el tiempo que estuve
peregrino en tierra ajena.
Y bien se deja entender
que mi muerte no creías
en que tan bueno vivías
como ya te vengo a ver;
que a vivir tú de otra suerte
y saber yo tu pesar,
muriera sólo en pensar
que imaginabas mi muerte.
Que es tal la virtud unida
que en dos vidas puso Dios,
era señal que los dos
tuvimos salud y vida.

LISARDO. Bien haces de encarecer
tu amor, porque salga más
la culpa, Albano, en que estás
aunque me vienes a ver.
¿Cómo te fuiste sin verme?
Si era hacer este camino,
también mi amor peregrino
pudo peregrino hacerme.
Si fué por desgracia alguna
contigo es bien me llevaras,
que no tengo yo dos caras
si las tiene la Fortuna.
Y pues contigo he gozado
la próspera, justo fuera
que de la adversa tuviera
parte igual siempre a tu lado.
Si por deudas te partiste,
de mi hacienda las pagara,
y cuando ella no bastara,

¿por qué no me lo dijiste?
Y cuando todo esté llano,
y tanto a mi amor permito,
de nunca me haber escrito
no tienes disculpa, Albano.

ALBANO. Suelen, amigo Lisardo,
llegado al punto postrero
de partirse, los amigos
comunicar sus secretos.
Mirad qué al revés me traen
las inclemencias del tiempo,
pues no cuando voy los digo,
sino ya después que vuelvo.
Y es lo peor que en decirlos
mayores culpas confieso,
que es agraviar al amigo
tener secreto encubierto.
Pero oyéndome hasta el fin,
ya puede ser que el suceso
con la culpa me disculpe.—
Retiraos y estadme atento.
En una iglesia, Lisardo,
habrá un año, poco menos,
vi un ángel del cielo mismo,
por eso le vi en su templo.
Bien es verdad que no sé
afirmar que fué del cielo,
porque ángel que abrasa tanto
mucho tiene del infierno.
Toda la misa, Lisardo,
hasta el segundo Evangelio,
bebiendo estuve sus ojos,
y el alma veneno en ellos.
Como vió que la miraba,
con un vergonzoso extremo,
cubrió de clavel la cara
y bajó la vista al suelo.
Yo, que serlo deseara,
por ser su dichoso objeto,
porque volviese a mirarme
daba mil indicios tiernos:
ya tosía, ya escupía,
ya las chinelas metiendo
con ruido procuraba
despertar sus ojos bellos.
Vencióse, y volvió a mirarme,
y con un gracioso ceño
dió claveles otra vez,
y yo suspiros al cielo.
Vi que partirse quería,
y saliendo yo primero,
cerca de su mismo estrado
fingí caérseme un lienzo.
Bajéme para tomalle
y díjele, vuelto en hielo,
con voz más flaca y turbada
que algún sentenciado el Credo:
"No os valdrá, señora mía,
aunque yo os perdone luego,
la iglesia en este homicidio,
pues en ella me habéis muerto."
Temblé todo, y levantéme,
fuíme a la pila derecho,
donde aguardé que llegase
melancólico y suspenso.
Pensaba lo que había dicho
arrepentido en extremo,
juzgando por necedad
lo que dije por requiebro.
Mil cosas se me ofrecían,
que lo bien dicho o bien hecho
en pendencias y en amores
se ofrece pasado el tiempo.
Llegó a la pila, y yo, triste,
por mojar en ella un dedo,
metiendo toda la mano
fuí cortesano y grosero.
Riéronse ella y dos damas;
sonrojéme, y revolviendo
dije: "Toda el agua es poca
para el Etna de mi fuego."
Salí de la iglesia y quise
irme delante, midiendo
el camino paso a paso,
por mostrar aire en el cuerpo,
que en el hombre bien trazado
cuando algo tiene imperfecto,
mucho mejor por la espalda
se juzga que por el pecho.
¿Pero cómo voy tan largo
si disculparme deseo?
Debe de ser que mi mal
descansa cuando le cuento.
Advierte, Lisardo amigo,
pues eres hombre discreto,
las diligencias de un hombre
enamorado y mancebo.
A escribirla me atreví,
poniéndole un casamiento
por escudo a sus rigores
y máscara a mis deseos.
Cayó en oyendo la boda,
tragando todo el anzuelo;
que el casamiento, Lisardo,

es destos peces el cebo.
Quísete luego decir
mi amoroso pensamiento,
y con juramentos graves
mandóme tener secreto.
Fueron tales, que mil veces
fuí a decirte mis empleos,
y me quitaban la voz
su amor y mis juramentos.
En discurso de dos meses
vine a perder tanto el seso
que con las piedras hablaba,
y aun pienso que me entendieron.
Pero la adversa fortuna
trazó tan mal mis sucesos,
que en este tiempo sus padres
trataron su casamiento.
Y mira a qué desventuras
los que aman están sujetos,
que antes de habérsele dicho
estaba, Lisardo, hecho.
Llegaba una noche escura,
vestido de plata y celos,
a sus rejas para hablalla
o para adorar su hierros,
cuando vi mis dos estrellas
menudo aljófar lloviendo
salir a notificarme
el riguroso decreto.
Lloramos los dos un rato
y díjele al fin: "¿Qué espero
que no te saco de aquí,
que soy tu marido y puedo?"
Respondióme: "Albano mío,
que soy tu mujer es cierto;
pero engendróme mi padre,
lo que me manda obedezco."
¿No has visto un toro encerrado?
¿No has visto un caballo suelto?
¿No has visto un tigre sin hijos?
¿No has visto un esclavo huyendo?
Pues ansí partí furioso,
y en el hábito que tengo
partí a Roma peregrino,
sin voto ni jubileo.

LISARDO.

No digas más ni pases adelante,
Albano amigo, en tu amorosa historia;
disculpa tienes, y tendrás bastante
con quien sabe de amor, que es pena y gloria.
No decirme secreto semejante
para conmigo es obra meritoria,
que quien dice el secreto de su dama
su amor ofende, calidad y fama.
Pésame que tan mal me sucediese,
y mucho más de que tan leve injuria
con tu celoso amor tanto pudiese
que te precipitase a tanta furia.
Ello es hecho, y es justo que te pese,
que una palabra en el amor no injuria
de tal manera que te obligue a ausencia.—
¿Qué sabes della?

ALBANO.

Que quedó en Florencia.

LISARDO.

¿No más de que quedó?

ALBANO.

Si yo he querido
hacer más diligencia, el cielo santo
condene mi memoria a eterno olvido.

LISARDO.

¡Extraña tema!

ALBANO.

Amor me obliga a tanto.

LISARDO.

De los amantes de otro tiempo has sido:
¡bien sientes un desdén!

ALBANO.

Ya sabes cuánto.

LISARDO.

¿Piensas hablalla?

ALBANO.

¡Aborrecella quiero!

LISARDO.

¿Sabes tú que podrás?

ALBANO.

¡Por ella muero!

LISARDO.

Hablaremos en ella agora, Albano.
En mi casa tendrás un aposento,
que mudando ese traje en cortesano
mudarás por ventura el pensamiento.

ALBANO.

¿Pues no he de ir a mi casa?

LISARDO.

Ya es en vano

usar con mi amistad de cumplimiento.—
¡Hola!, llamad a mi esposa.

ALBANO.

¿Cómo esposa?
¿Estás casado?

LISARDO.

Sí.

ALBANO.

¡Graciosa cosa!

LISARDO.

Por vida de los dos que estoy casado.

ALBANO.

¿Casado?

LISARDO.

¡Sí, por Dios! ¿Qué te santiguas?

ALBANO.

En no me lo decir me has agraviado.

LISARDO.

Ya son mis bodas en Florencia antiguas.

ALBANO.

¿Casado ya, Lisardo?

LISARDO.

Y aun cansado,
que presto lo verás si lo averiguas.

ALBANO.

¡Jesús mil veces!

LISARDO.

Hay error segundo.

ALBANO.

Como hombre te hablo ya del otro mundo.

LISARDO.

Aún no lo sabes muy bien.

ALBANO.

¿Cómo? ¿Es muy fea?

LISARDO.

Es un ángel, por Dios; mas no me agrada.

ALBANO.

¿Es mal nacida acaso?

LISARDO.

Es semidea.

ALBANO.

¿No es virtuosa?

LISARDO.

Es por extremo honrada.

ALBANO.

¿Es pobre?

LISARDO.

Es rica: es copia de Amaltea.
De inmortal abundancia coronada.

ALBANO.

¿Es celosa?

LISARDO.

No sabe qué son celos.

ALBANO.

¿Es necia?

LISARDO.

Es sabia.

ALBANO.

¡Válganme los cielos!
¿Pues qué tener, si es virtuosa,
hermosa, bien nacida, rica, honrada,
discreta y no celosa?

LISARDO.

Alguna cosa.

ALBANO.

¿Pues no me la dirás?

LISARDO.

Ser desdichada.

ALBANO.

Agora creo que es discreta, hermosa,
humilde, bien nacida y dotrinada,
que para desdichada no hay falta
que acierte al blanco más que ser perfeta.

(*Sale* FULGENCIA *y* FINEO.)

FINEO. Mi señora viene aquí.
FULGENC. ¿Qué es, señor, lo que mandáis?
LISARDO. Que la mitad conozcáis,
Fulgencia, de mí sin mí:
un hombre somos los dos,
él mía y yo su amistad.
FULGENC. ¡Jesús!
LISARDO. Los brazos le dad.
ALBANO. ¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!
¡Tancredo, Tancredo amigo,
ésta es Fulgencia! ¿Qué aguardo?
TANCREDO. ¿Que era su esposo Lisardo?
LISARDO. Que le des los brazos digo.
ALBANO. ¿Que Lisardo se casó

con Fulgencia?
TANCREDO. ¿No lo ves?
LISARDO. Ya digo que se los des.
FULGENC. Y lo mismo digo yo.—
¡Ay, amante de mi vida,
cuánto tu furia me cuesta!
ALBANO. ¡Cielos, que Fulgencia es ésta
y que es del todo perdida!
Pues alto, la vida acabe.
Ahogadme, corazón.
LISARDO. ¿Qué estás en esta ocasión
tan vergonzosa y tan grave?
Haz toda la honra a Albano
que me hicieras si yo fuera.
TANCREDO. ¿Desmáyaste? Tente, espera.
ALBANO. Tenme, apriétame esa mano.
LISARDO. ¿Qué es eso?
TANCREDO. No os cause pena,
que es mal que le suele dar.
LISARDO. ¿Pena no me ha de causar?
¿Luego es ésta vida ajena?
¡Hola, gente! ¡Hola, Fineo!
¡Traed agua, salí aquí!—
Llega, Fulgencia.
FULGENC. ¡Ay de mí,
tarde tus extremos veo!
LISARDO. Tenle, señora.
TANCREDO. ¡Hola, Albano!
LISARDO. ¿Traes sortija?
TANCREDO. ¿Qué mejor
para un enfermo de amor
que del médico la mano?
LISARDO. ¿Desde cuándo el mal cruel
le oprime con fuerza igual,
que nunca le vi este mal
y me he criado con él?
TANCREDO. Desde que una noche a solas
vió una sombra en un balcón,
le dió un mal de corazón
que le hizo dar cabriolas.
Vuélvese loco, suspira,
llora, rabia, grita, canta,
y de manera se espanta
que todos piensan que expira.
Fuimos a Roma, a Loreto
a Piedragruta, a Gaeta,
y todavía le aprieta
este accidente secreto.
Una vez le dió en Puzol,
que pensé que era su hora.—
Llegad, tenelde, señora,
que sois desta sombra el sol;
que como en las tentaciones
viene un ángel por consuelo,
ansí venís vos al suelo
a deshacer sus visiones.
FULGENC. ¡Notable lástima es!
FINEO. Señor, el agua está aquí.
LISARDO. Bañalde el rostro.
TANCREDO. Eso sí,
para que arda más después.
LISARDO. No vuelve; esperad, que voy
por un médico mi amigo.—
¡Hola!
FINEO. Señor.
LISARDO. Ven conmigo.

(*Vanse los dos.*)

FULGENC. ¡Ah mi Albano, sola estoy!
Ya puedes volver en ti (1),
ya puedes verme y hablarme,
a lo menos escucharme
y saber nuevas de mí.
Sola estoy, cobra tu brío.
ALBANO. Mientes, Fulgencia, engañada,
pues estás acompañada
del mayor amigo mío.
Estando ya de partida
escuchó mi alma atenta
tus falsas voces: haz cuenta
que vuelvo de la otra vida.
Suéltame, ingrata, la mano,
que no es bien tener asido
lo que ya tienes perdido,
que es asir el viento vano.
Ya tienes dueño cruel,
tan aventajado a mí,
que aborreciéndote a ti
me pesa que goces dél.
El es galán, noble y sabio,
y otro yo que está contigo;
mas cuanto es mayor amigo,
tanto más siento tu agravio.
Y sin esto es bien me ofrezca
otra mayor confusión:
ver que me das ocasión
a que mi amigo aborrezca.
En ganarle por marido
los dos perdemos, cruel,
que tú me pierdes por él
y yo por ti le he perdido.
Buenos quedamos, por Dios,

(1) En el original, por errata, "verme".

para no vernos jamás,
aunque yo he perdido más,
que, en fin, os pierdo a los dos;
que aunque culpa no le den
que ofenda nuestra amistad,
¿cómo he de tratar verdad
con el ladrón de mi bien?
Y aunque en ti no puede haber
cosa que infamia se nombre,
debo temer que soy hombre
y que eres al fin mujer.
Para siempre te perdí,
¡mira qué pena inmortal!,
pues lo que me está más mal
es que te duelas de mí.
Aunque mi mal podrá poco
y tu condición fingida,
si no me acabas la vida
o si no me vuelvo loco,
darnos es bien de una suerte:
mira qué bien lo acomodas,
yo el parabién de tus bodas,
tú el pésame de mi muerte.
Y quédate con Lisardo,
que por él le ruego a Dios
que viváis en paz los dos
mientras yo a mi muerte aguardo.

FULGENC. ¡Detente!
ALBANO. ¡Suéltame, digo!
FULGENC. Escúchame.
ALBANO. ¿Hablarme osas?
FULGENC. Oyeme otras tantas cosas
como me has dicho, enemigo.
ALBANO. ¿Qué es lo que escucharte puedo
ni tú me puedes decir?
FULGENC. Oye.
ALBANO. ¿No me dejas ir?
¡Suéltame!—Tenme, Tancredo.
TANCREDO. ¡Ah señor!, ¿cosa tan bella
no merece ser oída?
ALBANO. Tenme, que me va la vida,
Tancredo, en oilla y vella.
FULGENC. ¡Ah mi bien!, ¿queréisme oír?
ALBANO. Tancredo, hazme mucha fuerza.
TANCREDO. Señor, a oílla te esfuerza.
ALBANO. Di que me esfuerce a morir.
TANCREDO. El oír al enemigo,
¿no dicen que es mal consejo?
ALBANO. No me dejes.
TANCREDO. No te dejo.
ALBANO. ¡Suelta!
TANCREDO. Escucha.
ALBANO. Tenme, digo.—
¡Suelta o sacaré la daga!
TANCREDO. Aunque me mates, señor.
FULGENC. ¡Ah mi Albano!, ¿esto es amor?
¿Ansí tanto amor se paga?
ALBANO. ¿Amor me tienes a mí
ni me tuviste jamás?
FULGENC. Pues óyeme y lo sabrás.
TANCREDO. Señor, oye.
ALBANO. ¡Ingrata, di!
Y haz cuenta que se ha parado
el móvil o inteligencia,
que con esta diligencia
revuelve el globo estrellado
un rayo el mismo bajar,
y viendo los claros vientos
la guerra en los elementos
y en medio del golfo, el mar.
La envidia del bien mayor,
el fácil curso a la luna,
la rueda de la Fortuna
y la estrella de mi amor.
La codicia en hombre vil,
la malicia en hombre ciego,
las quistiones en el juego,
la furia en vulgo civil.
La pena que suele darme,
la del infierno y la muerte,
mi condición en quererte
y la tuya en acabarme.
Habla, que la envidia avara,
muerte, infierno, amor, fortuna,
cielos, mar, vulgo, sol, luna,
todo a escucharte se para.
FULGENC. En ti, Albano, yo lo creo:
muerte, porque eres la mía;
infierno, porque este día
me ha de abrasar tu deseo;
amor, por el que me tienes;
Fortuna, por tu mudanza;
cielo, por la semejanza;
mar, porque a anegarme vienes;
vulgo, por la alteración;
sol, porque amanece en mí;
luna, porque vive en ti
tu mudable condición.
El primero movimiento
en andar tan presuroso,
ciego en el ser malicioso
y en ser fugitivo el viento.
Estrella, como cometa,
en el aire te deshaces;

juego, en las burlas que haces
y en traer vida inquieta.
Y ansí, a todos respondiendo,
digo que es tuya la culpa,
tanto, que en darte disculpa
mi amor y lealtad ofendo.
Que porque te propusiese
de mi padre la intención,
no era bastante ocasión
para que más no te viese;
que había para el remedio
de no perderte y ganarme
desde el decirlo al casarme
un mundo de amor en medio.
Que buscabas ocasión
para apartarte de mí
en tu ausencia conocí,
pues no tuviste razón.
Y incitada de saber
la maldad que hiciste, ingrato,
obedeciendo a Honorato
fuí de Lisardo mujer.
Porque cuando yo dijera
que era tuya, ¿dónde estabas?
¿De qué suerte me amparabas
o qué remedio tuviera?
Porque era perder la fama,
pues si la ajena la apoca
confesar la propia boca
es lo que mata e infama.
¿Pues es verdad que escribiste
o te acordaste de mí?
¡Ves como no te ofendí
y ves como me ofendiste!

TANCREDO. Por Dios, señor, que te alcanza
de cuenta Fulgencia en esto.

ALBANO. Confieso tu pecho honesto,
digno de eterna alabanza.
Y confieso que mi amor
fué causa de aquella furia,
porque una celosa injuria
es madre de un grande error.
¡Ay de mí, que te he perdido!

FULGENC. ¿Qué es lo que llamas perder?

ALBANO. ¿Puedes ya ser mi mujer
pues de Lisardo lo has sido?

FULGENC. ¿Tú querrás más que mi amor?

ALBANO. Esa es paga de mi fe.

FULGENC. Pues ése yo le tendré,
como no ofenda a mi honor.

ALBANO. ¿Luego amarnos no es ofensa
de Lisardo?

TANCREDO. Castamente,
antes es cosa decente.
En que no se entienda piensa.

ALBANO. Yo te doy palabra y mano
de amarte y de no querer
en mi vida otra mujer.

FULGENC. Y yo de adorarte, Albano.
Pero advierte que es concierto
que se ha de guardar mi honor.

ALBANO. Yo no quiero más de amor;
esto, Fulgencia, te advierto.

TANCREDO. ¿Hay concierto más gallardo?

ALBANO. Este será amor sin fin.

TANCREDO. ¡Por Dios que no dé un cuatrín
por el amor de Lisardo!

FULGENC. Ven, echaráste en la cama,
que están llamando a la puerta.

ALBANO. ¿Quiéresme bien?

FULGENC. Estoy muerta.

ALBANO. ¿En efecto eres mi dama?

FULGENC. Hoy te ofrezco mi albedrío
y un casto y eterno amor.

ALBANO. ¡Ah, Dios, si no hubiera honor!

FULGENC. ¡Pluguiera a Dios, señor mío!

(*Váyase* ALBANO.)

TANCREDO. Dígame vuesa merced:
cierta fregona que había,
¿está en casa todavía?,
que recibiré merced.

FULGENC. Conmigo ha venido acá;
pero está más entonada.

TANCREDO. ¿De qué suerte? ¿Es tu privada?
¡Qué mal olor que tendrá!

FULGENC. Es mi secreto y mi gusto.

TANCREDO. ¿Y no podríamos vella?

FULGENC. Ya, Tancredo, es mi doncella.

TANCREDO. Vella y abrazalla es justo.

FULGENC. ¿Cómo?

TANCREDO. Por recién venido.

FULGENC. Entra, y mira por su honor.

TANCREDO. Juro de tenella amor
sin ofender su marido.
Y te doy palabra y mano
de amalla y de no querer
en mi vida otra mujer.

FULGENC. ¡Ah, traidor, sombra de Albano!

TANCREDO. Si por dicha se ofreciese
darla un pellizco, ¿podré?

FULGENC. Podrás.

TANCREDO. ¿Y pisarle un pie?

FULGENC. Todo lo que ella sufriere

que no sea de importancia.

TANCREDO. Y si acaso a escuras pasa
por algún rincón de casa
daréle la paz de Francia.

FULGENC. Yo fío en su resistencia
lo que de ti desconfío.

TANCREDO. Pues adiós.

(*Vase* TANCREDO.)

FULGENC. ¡Oh Albano mío,
cuánto me ha muerto tu ausencia!
¡En qué confusión estoy!
¡Qué desventurada suerte,
que en mi casa vengo a verte
cuando de otro dueño soy!
¡Ay, honra, que has de poder
vencer con valor profundo
el mayor amor del mundo
en una flaca mujer!

(*Sale* LEONIDA, *dama.*)

LEONIDA ¿Quién es, Fulgencia, este hidalgo
que a casa nos han traído?

FULGENC. ¿Pues qué nos ha sucedido?
¿Tenemos de nuevo algo?

LEONIDA. Hame dado compasión
el ver, Fulgencia, que un hombre
tan gallardo y gentilhombre
tenga mal de corazón.

FULGENC. Sí, muy enfermo está dél.

LEONIDA. ¿Y viene así peregrino
para acabar su camino,
o pasa delante en él?

FULGENC. Pienso que es desta ciudad
y que ha de quedarse en ella.

LEONIDA. No hace bien en salir della
si tiene esa enfermedad.
¡Mal, por mi fe, se gobierna,
y es vida para estimada!

FULGENC. ¡Por Dios, señora cuñada,
que es vuesa merced muy tierna!
¿Qué le viene o qué le va
que se trate mal o bien?

LEONIDA. Ser prójimo, y ser también
hombre que en tu casa está.

FULGENC. ¡Caritativa te has hecho!

LEONIDA. Toda mi vida lo fuí.

FULGENC. ¡Excúsala agora aquí,
porque es virtud sin provecho!

LEONIDA. ¿La virtud quieres quitarme,
siendo de Dios don supremo?

FULGENC. Es, más que virtud, extremo.

LEONIDA. Quiero de su extremo honrarme.

FULGENC. ¿Serás viciosa?

LEONIDA. Eso no,
sino una mujer piadosa.

FULGENC. Que has de dar en religiosa
sospecho.

LEONIDA. Ya lo soy yo.
Y tú verás si es de veras
como un sí a Lisardo escuche.

FULGENC. Aguarda, que del estuche
quiero sacar las tijeras.

LEONIDA. ¿Para qué?

FULGENC. Para cortarte
un tantito de la ropa,
que pues ya en eso topa
podremos canonizarte.

LEONIDA. ¿Haces burla?

FULGENC. Es justa cosa
en tal posesión tenerte.
Ya sé nombre que ponerte.

LEONIDA. ¿Cómo?

FULGENC. Marta la piadosa.

LEONIDA. ¿Parécete grande error
serlo con un caballero?

FULGENC. Antes estimarte quiero
por sierva del dios de amor.

(*Sale* FINEO.)

FINEO. Lisardo os ha echado menos,
que ya con su enfermo está.

FULGENC. Dile, Fineo, que acá
tampoco estamos muy buenos.
¿Vino el médico?

FINEO. Ya vino.

FULGENC. ¿Qué dice?

FINEO. Que fué accidente.

LEONIDA. ¿Cómo el enfermo se siente?

FINEO. Mejor, señora, imagino;
Tanto, que se ha levantado
y con ropa se pasea.

(FLORELA, *dama, desde dentro.*)

FLORELA. ¿Quién está acá?

FULGENC. Quien desea
estar con menos cuidado.—
Ve y mira quién llama allí.

LEONIDA. ¿De qué estás tan cuidadosa?

FULGENC. De verte a ti tan piadosa
y tan cruel para mí.

LEONIDA. Nueva cosa me parece,
Fulgencia que yo te enfade
de que un hombre que me agrade
te diga que me enternece.

Y ansí, de tu enfado arguyo
que no has bien considerado
la libertad de mi estado
y la sujeción del tuyo.

FULGENC. ¡Detente, por vida mía!,
que todo ha sido querer
lo que has sentido saber
del suceso deste día.
Con poca razón te altera
presumir que yo te enfade;
dame que el hombre te agrade,
que yo seré la tercera.
Mas ni yo en tu mismo estado
ni tú con tu libertad,
con tanta velocidad
podemos tener cuidado.

(*Sale* FINEO.)

FINEO. Basta, señora, que fueron
los pobres que allí llamaron
dos peregrinos.

FULGENC. ¿Pasaron,
o alguna cosa les dieron?

FINEO. Yo no tuve qué les dar,
y mi palabra te doy
que aunque poco tierno soy
me dió notable pesar;
porque el uno de los dos
era un flamenquillo bello.
que desde la planta al cuello
era un milagro de Dios.
La jerga que se vestía
cubría de perlas y oro
la hermosura y el decoro
que de su rostro salía.
La esclavina a media espalda,
de un bruñido cordobán,
y un sombrerillo galán
vuelta la copa a la falda.
Rizo el pelo de la frente,
cuello grande a lo romano,
bordón y rosario en mano,
voz baja y tono excelente.
Viene de largos caminos,
y dice que a España pasa.

FULGENC. Sin duda tiene esta casa
reclamo de peregrinos.—
Alcánzalos, por tu vida,
y diles que entrén acá.

(*Sale* LISARDO.)

FINEO. Voy.

(*Vase* FINEO.)

LISARDO. Basta, hermana, que está
ya mejor mi enferma vida.

LEONIDA. Por vuestro gusto me alegro.

LISARDO. A Fineo haced llamar.

FULGENC. ¿Qué quieres?

LISARDO. Quiérole dar
a Albano un vestido negro.

FULGENC. Fué a llamar dos peregrinos
que pasaban por la calle.

LISARDO. ¿Para qué?

FULGENC. Porque en su talle
dice que son peregrinos.

LEONIDA. Pues ya esta casa los tiene.

LISARDO. Menester es barajar,
que todo sale un manjar
cuanto hoy a esta casa viene.

(*Sale* FLORELA, *dama, en hábito de hombre, vestida de peregrino, y* FELICIANO, *su hermano, también de peregrino, y* FINEO.)

FINEO. Ya, señora, están aquí.

LISARDO. ¡Por mi fe, gallardos son!
¿No es notable perfección
la del mozo?

FULGENC. Señor, sí.

LISARDO. ¿De qué país sois, hermanos?

FELICIAN. Romanos somos, señor.

LISARDO. Pues es peregrino error
peregrinar los romanos.
¿Qué reliquia o jubileo
mayor que allá los tenéis,
peregrinos, pretendéis,
que es peregrino deseo?

FELICIAN. El de ver la tierra extraña
de la propia nos sacó,
y el que el Apóstol nos dió,
que es luz y patrón de España.
Gente somos bien nacida,
que el pedir limosna ha dado
causa el habernos robado
honra, hacienda, fama y vida.

LISARDO. Dejad hablar al mancebo.

FLORELA. ¿Qué es lo que, señor, queréis?

LISARDO. Que cuenta de vos nos deis.

FLORELA. Hablad, que serviros debo.

LISARDO. ¿En efecto os han robado?

FLORELA. Mi hermano hablará mejor.

LISARDO. ¿Vuestro hermano?

FLORELA. Sí, señor.

LISARDO. ¿Fué posada o fué criado?

FELICIAN. Dándole la nuestra fué,
en Roma, a un hombre que vino

a San Pedro, peregrino,
pero sin Dios y sin fe.

LISARDO. El mancebo lo dirá;
dejalde hablar.

FLORELA. Ya, señor,
hable mi hermano en su honor,
que en fin por su cuenta está.

LISARDO. ¿De qué suerte el enemigo
la honra a los dos quitó?

FELICIAN. De una hermana que nos dió
el cielo para castigo.

LISARDO. ¿No os digo que le dejéis
hablar al mancebo?

FLORELA. En todo
os dirá de mejor modo
mi hermano lo que queréis.
Y fuera desto, señor,
no es término cortesano
hablar el menor hermano
en presencia del mayor.

LISARDO. ¡Bizarro mozo!

FULGENC. ¡Extremado!

LISARDO. ¿En fin, a buscar salís
de vuestro amado país
el traidor que os ha robado?

FELICIAN. A Dido Eneas dejó,
como soldado, una espada
en pago de la posada
y del alma que le dió.
Y aqueste huésped traidor
sus ropas nos ha dejado,
en pago de haberle dado
alma, posada y honor.
A Dido mató la espada
y a nosotros esta ropa,
pues con tal desdicha en popa
nos lleva a tan vil jornada.

LISARDO. A no saber que tenía
tan buen peregrino en casa,
viendo lo que en otras pasa
echárale de la mía.

FLORELA. Pues cómo, ¿huésped tenéis?

LISARDO. Tengo en casa un peregrino,
que en la ocasión y el camino
por extremo os parecéis.

FLORELA. Si con lo que habéis oído
no le echáis della, señor,
¡ay de vuestro noble honor
en vísperas de perdido!
Que ya sabéis que si fuera
Menelao menos humano
en recibir al Troyano,
hoy Grecia su honor tuviera.

LISARDO. Este es mi amigo el mayor.

FLORELA. Y lo será, pues lo quieres,
que huésped entre mujeres
siempre es ladrón del honor.
Viendo lo que agora pasa,
por precepto has de tener
que el huésped ha de comer,
mas no ha de dormir en casa.
Excusa a tu honor molestias
excusando la ocasión,
que la comunicación
causa amor entre las bestias.
Dos damas que veo aquí
sin duda deben de ser
tu hermana, prima o mujer,
¡ay de las dos y ay de ti!

LISARDO. Deseaba oirle hablar
por ver su donaire y talle,
y ya deseo que calle.

FLORELA. Pues ya no puedo callar,
que me has tocado en materia
de huésped y peregrino.

LISARDO. Hablas mal; pero imagino
que te fué mal en la feria,
y por tema que me ha dado,
peregrino no ha de haber
que en mi casa no ha de ser
acogido y regalado.
Y vosotros, por mi vida,
que los días que aquí estéis
en mi casa descanséis,
pues sois gente bien nacida;
que aunque no tiene igualdad
con vuestro merecimiento,
siempre el mejor aposento
es la misma voluntad.

FLORELA. Por mí y por mi hermano os beso
las manos, y estad seguro
que no sea huésped perjuro
como aquél de mi suceso.
Entrad con mi hermano allá
mientras yo busco un criado,
que así también disfrazado
limosna pidiendo va,
que él acudirá a la puerta
donde nos ha visto entrar.

LISARDO. Pues vos os podéis sentar
mientras comer se concierta.—
Tú, Fulgencia, haz que tengamos
algún regalo, y Leonida
dará prisa a la comida.

FULGENC. ¡Buenas de huéspedes vamos!
LEONIDA. Ser otro Abraham codicia,
tanto acoge tanto pasa.
FULGENC. Basta, que es ya nuestra casa
el camino de Galicia.

(*Vanse todos, y queda* FLORELA.)

FLORELA.

Florentín engañoso, ingrato Albano,
peregrino traidor, fingido amigo,
amante desleal, cierto enemigo,
victorioso cruel, huésped villano.
Griego en mentiras y en amor troyano,
rayo en mi pecho y en mi honor castigo,
perjuro pretensor, falso testigo,
fiera de Libia con semblante humano.
Como tigre te sigo, ingrato, espera,
no por el hijo que me llevas fiero,
mas por el que me dejas arrojado.
Deseando en seguirte voy ligera,
tú cansado de mí corres ligero,
que más huye de amor el más cansado.

(*Sale* CLARINO, *criado de* FLORELA, *en hábito de peregrino.*)

CLARINO. Milagro ha sido acertar
esta casa adonde entraste.
FLORELA. Tú por milagro acertaste
con la costumbre de errar.
¿De qué estás alborotado?
¿Has por ventura reñido?
CLARINO. De un encuentro que he tenido
para azar de tu cuidado.
FLORELA. Albricias te doy, Clarino.
¿Has topado acaso a Albano?
CLARINO. Ese fuera azahar temprano
de flores y olor divino.
No he topado sino a Horacio,
que viene en tu seguimiento.
FLORELA. ¿Horacio a mí? ¿Con qué intento?
CLARINO. Quiere bien.
FLORELA. Vete despacio.
¿Cuándo le di yo favor
que desa suerte le obligue?
CLARINO. Quien ama su gusto sigue:
alas pintan al Amor.
FLORELA. Mira que vendrá a Florencia
a negocios de su casa.
CLARINO. Si he de decir lo que pasa
haz de la ciudad ausencia.
Que criada tuya ha sido
quien por dinero ha contado
a Horacio lo que ha pasado,
y por él tu honor vendido.
No que te gozase Albano,
que el venir si lo supiera
necedad romana fuera,
no fuera valor romano.
FLORELA. ¿No te pudiste esconder?
CLARINO. Yo hablaba con su criado
cuando le vi que, embozado,
ya me llegaba a tener.
Trae una capa con oro
y un emplumado sombrero,
más que un Rodamonte fiero
y más galán que un Medoro.
En viéndole el rostro huí.
FLORELA. ¿No te habló?
CLARINO. Digo que no.

(*Sale* HORACIO, *caballero.*)

HORACIO. ¿Aquí dices?
CAMILO. Aquí entró.
HORACIO. ¿Vístele bien?
CAMILO. Bien le vi.
FLORELA. Irme adentro determino.

(*Vase* FLORELA.)

CLARINO. ¡Huye, señora!
CAMILO. Estos son.
HORACIO. Clarino, ¿por qué razón
huyes?
CLARINO. No soy yo Clarino.
HORACIO. ¿Pues quién?
CLARINO. Un pobre romero
que pide limosna aquí.
HORACIO. ¿Piensas encubrirte ansí?
CLARINO. No os conozco, caballero.—
¡Ah, señores! ¡Ah, de casa!
¿Hay quien limosna me dé?
HORACIO. ¿Florela dónde se fué?
CLARINO. ¿Hay limosna?
HORACIO. ¿Que esto pasa,
Clarino?
CLARINO. No soy Clarino.
HORACIO. ¿Pues quién?
CLARINO. Limosna me llamo.
HORACIO. ¿Vino, Clarino, tu amo
contigo?
CLARINO. No pido vino,
limosna pido.
CAMILO. ¡Que hay hombre
que dé en este desatino!

HORACIO. Muy escuro estás, Clarino;
múdate, Clarino, el nombre.

(*Salgan acuchillándose* FELICIANO, *hermano de* FLORELA, *y* ALBANO, *y metiendo paz* LISARDO *y las damas*.)

FELICIAN. ¡Mi honor defiendo!

ALBANO.

¡No te debo nada!

LISARDO.

¿En mi casa, traidor, y con mi amigo?

HORACIO.

Aquí está Horacio, Feliciano.

FELICIANO.

¡Mueran!

CLARINO.

Clarino aquí.

TANCREDO.

Y aquí también Tancredo.

FULGENCIA.

¡Muy bien habéis pagado el hospedaje!

(*Vanse riñendo.*)

LEONIDA.

Ya salen a la calle, ¡ay de mí, triste!

FLORELA.

¡Más ay de mí, que todo mi bien pierdo!

FULGENCIA.

¿Por qué razón tomaron pesadumbre?
¿Era Albano por dicha el peregrino
que la honra os quitó?

LEONIDA.

Lisardo vuelve.

(*Sale* LISARDO, *envainando.*)

LISARDO.

¿Dónde está el vil hermano de aquel hombre?

FULGENCIA.

¿Pues qué hay, señor?

LISARDO.

Que queda herido Albano.
Es éste, ¡muera!

FULGENCIA.

¡Paso, que estás loco!

FLORELA.

Si le han herido, ¿yo qué culpa tengo?

(*Sale* FINEO.)

FINEO.

En una iglesia huyendo se ha metido.

LISARDO.

¿Que no te doy la muerte?

FLORELA.

Ya la aguardo.

FULGENCIA.

¡Tente, señor!

LEONIDA.

¡Detente, hermano mío!

(*Sale* ALBANO, *herido, y* TANCREDO, *teniéndole.*)

TANCREDO.

Esfuérzate, señor.

ALBANO.

Tancredo, tenme.

FULGENCIA.

Este es Albano.

LISARDO.

¡Que te ven mis ojos
con sangre y que no vierten la que tienen
presente!

FULGENCIA.

¡Tente agora, no seas loco!

LISARDO.

Ata, Fineo, del traidor las manos;
métele en una torre desta casa,
que en él me he de vengar.

ALBANO.

Lisardo, déjale,
que él no tiene la culpa.

LISARDO.

Atale digo,
y apártale, Fineo, de mis ojos —
Vosotros llevad dentro luego a Albano.

(*Váyanse todos;* LISARDO *y* TANCREDO *queden.*)

FLORELA.

¡Pon en la cuenta esta prisión, tirano!

TANCREDO.

Aunque está mi señor tan mal herido,
rigor usas, Lisardo, con ese hombre.

LISARDO.

¡Ay, Tancredo, que estoy desatinado!

TANCREDO.

¿De pesadumbre?

LISARDO.

No, puesto que es mucha.

TANCREDO.

¿Pues qué tienes?

LISARDO.

He visto en este mozo
unas señales de mujer tan claras,
que tengo mil antojos y mil celos.

TANCREDO.

Eso es cuento muy largo; ven conmigo,
sabrás despacio lo que aquí no digo.

~~~~~~~~

ACTO SEGUNDO

(*Sale* FLORELA *con una cadena, y* LEONIDA.)

LEONIDA. Bien debes de estar seguro,
Florelo amigo, que siento
tu prisión, pena y tormento,
pues a hablarte me aventuro
en este escuro aposento,
que si supiese mi hermano,
según quiere al falso Albano
que hacerte este daño pudo,
que he entrado a verte, no dudo
que me matase su mano.
Aunque yo vivo de suerte
a tu hermosura rendida,
tan locamente perdida,
que sospecho que la muerte
tuviese por dulce vida.
Y el no librarte, Florelo,
no pienses que es el recelo
de la muerte, mas saber
que si te vas no han de ver
mis tristes ojos tu cielo.
Que bien te abriera la puerta,
mas el pájaro enjaulado
de cuyo canto me agrado
iráse en viéndola abierta,
dejándo al dueño burlado.
Y que entiendas te suplico
que si la llave no aplico
no es quererte aprisionar,
sino el gusto de escuchar
tu dorada lengua y pico.

FLORELA. Leonida, yo entiendo bien
de tu amor y voluntad
que me dieras libertad
si no te diera también
mi destierro soledad.
En extremo te agradezco
esa piedad que merezco
de tu blanca mano hermosa,
a cuya nieve piadosa
esta alma de fuego ofrezco.
Tendré siempre en mi memoria
el bien que de ti recibo,
y al son del hierro cautivo
cantaré de amor la gloria
mientras en este Argel vivo,
que es muy justo que yo viva
en esta prisión esquiva
de tal suerte por Albano:
el cuerpo tendrá tu hermano,
pero tú el alma cautiva.
Y pues que de su salud
de Albano pende mi vida,
dime cómo está, Leonida,
que paso extraña inquietud
en no saber de su herida.
Sabe Dios que le curara
con los ojos de mi cara,
y que a mi hermano este día
la sangre que lleva mía
por la de Albano sacara.

LEONIDA. Tanto libertad deseas
porque yo la desestimo
y a dártela no me animo.

FLORELA. Eso no quiero que creas,
sino que por ti le estimo.

LEONIDA. ¿Por mí a Albano? ¿De qué suer-[te?

FLORELA. Porque consiste en su muerte
quitarme la vida a mí,
vida que estimo por ti,
con que he de gozarte y verte.

LEONIDA. Pues sabe que ya está bueno.

FLORELA. ¿Cómo?

LEONIDA. Herida al soslayo
y de la sangre desmayo,
que todo el golpe del trueno
fué relámpago sin rayo.

FLORELA. Dame esas manos mil veces.

LEONIDA. Pocas albricias me ofreces.

FLORELA. De pobre es bien que me arguyas.

LEONIDA. ¿No es mejor darme las tuyas?

FLORELA. Echarme a tus pies mereces.
~~~~~~~~

LEONIDA. Detente y dame las manos.
FLORELA. Dame las tuyas a mí.
LEONIDA. ¿Hay quien esté por aquí?
FLORELA. Las sombras de mil Albanos,
que no se aparta de mí.
LEONIDA. Acaba, no tengo miedo.
FLORELA. La mano te doy si puedo.
LEONIDA. ¡Pluguiera a Dios que pudieras!
FLORELA. ¿Hablas, Leonida, de veras?
LEONIDA. ¡Ay, que te adoro!
FLORELA. Habla quedo.
LEONIDA. Digo que te quiero mucho.
FLORELA. ¿Mucho, mucho?
LEONIDA. ¿Y no es razón
darte todo el corazón?
FLORELA. Tan tierno de alma te escucho
que no siento la prisión.
LEONIDA. ¿Págasme este amor?
FLORELA. ¿Pues no?
LEONIDA. Un hombre la puerta abrió;
por aquí me voy.
FLORELA. Camina.
LEONIDA. ¿Quiéresme bien?
FLORELA. Imagina
que eres lo mismo que yo.
LEONIDA. ¿Que soy tú?
FLORELA. Del mismo modo,
y esto con llaneza tanta,
que un dedo no se adelanta
en ser iguales en todo,
desde el cabello a la planta.
LEONIDA. Con eso me voy contenta.
FLORELA. Y yo lo quedo, Leonida,
de la salud de la herida.

(*Váyase* LEONIDA, *y salga* TANCREDO.)

TANCREDO. ¿Quién está acá?
FLORELA. Quien intenta
llorando acabar la vida.
TANCREDO. Como vengo de lo claro
casi donde estás no veo.
FLORELA. Andas ciego, yo lo creo.
¿Pero por qué me declaro
cuando la muerte deseo?
TANCREDO. El sol de tu hermosa cara
a ti me guía.
FLORELA. Repara
en que no te oigan, Tancredo.
TANCREDO. Sospecho que hablar te puedo.
FLORELA. A lo que vienes declara.
TANCREDO. Florela, tú sabes bien
que yo culpa no he tenido
de tu amor ni de tu olvido.
¿Esto no es ansí?
FLORELA. ¿Pues quién
dice que culpado has sido?
TANCREDO. Ni en Roma yo di ocasión
a que te gozase Albano,
ni huyese el rostro y la mano
a tan justa obligación.
FLORELA. Todo eso, Tancredo, es llano.
TANCREDO. Presupuesto lo que digo
y que me pesa de ver
que a tan principal mujer
den los cielos por castigo
aborrecido querer
y que mensajero soy,
este billete te doy.
FLORELA. ¿Está Albano levantado?
TANCREDO. Sí, con lo que te ha ganado.
FLORELA. ¿Luego ya perdida estoy?
TANCREDO. Bueno está; lee el papel,
podrás informarte dél,
que él te escribe de su mano.
FLORELA. ¿Que ya está bueno mi Albano?
¡Daré mil besos en él!

(*Lee* FLORELA *el papel.*)

"La libertad que has tenido en venirte de Roma y en traje tan indecente y el dar parte a tu hermano de nuestras cosas, trayéndole contigo para que me matase, como, en efeto, lo intentó, me ha ofendido de suerte que te aborrezco cuanto merecen tantos agravios; que el venirme yo sin despedirme de ti fue para no darte pesadumbre y para volver luego. Está advertida que no digas quién eres, porque si lo dices no me has de ver en tu vida, que guardándome el secreto que te pido yo te diré cuándo será a propósito que te descubras.
ALBANO."

FLORELA. ¿Hay más notable consuelo?
¿Tiene alguna fiera el suelo
más fiera en Libia o Arabia?
Tancredo, ¿de qué se agravia
ese enemigo de hielo?
Huye con mi honra acá
y déjame un hijo allá,
¿y espántase que le sigo?
¿No ve que traigo conmigo
quien estas alas me da?
Nunca sale del cañón
sin echar pólvora el hierro,
pues en aquesta ocasión

el hierro de mi destierro,
¿no ve que sus manos son?
Pólvora es este enemigo
que está en mi vientre conmigo,
por quien de su casa sale
mi hierro, mas no me vale
para su muerte y castigo,
que aunque fué yerro el ser mala,
que su fuego veloz mueve
y al mismo dueño se atreve,
¿qué impresión hará la bala
con tal defensa de nieve?
Que se agravie de mi amor,
ése es tirano rigor;
y que buscándole dañe
que mi hermano me acompañe,
si no es malicia es error.
Que yo le quise matar,
él miente, que Feliciano
le habló humilde, y como hermano,
que el desmentille y negar
puso la espada en su mano.
Si le hirió, ya es manifiesto
que no tengo culpa en esto,
que las espadas honradas
juegan cuando están cruzadas
sobre quien llega más presto.
Mandarme que calle es bueno;
mas di que no le condeno,
que si en haberme engañado
como a bestia me ha tratado,
bien es que me ponga freno.
Algún engaño compone,
casi de decille acabas
en que su intento no alabas;
pero si freno me pone
haz que me quite las trabas.
¿Qué tiene, por vida mía,
en esta casa mi Albano?
Dímelo, Tancredo hermano,
que ha de venir algún día
que estimes mi corta mano.
¿A quién ama destas dos
que tan bellas hizo Dios
como desdichada a mí?
¿A quién quiere Albano aquí?

TANCREDO. Aquí solamente a vos,
que Fulgencia es de Lisardo,
a quien debe más respeto
que a sus padres.

FLORELA. En efeto,
¿ama a Leonida? ¿Qué aguardo
si, pues, me pide secreto?

TANCREDO. ¿A Leonida? ¡Eso es locura!

FLORELA. ¿Pues qué es lo que hacer procura,
que ansí me manda callar?

TANCREDO. Eso te quiere guardar
para mejor coyuntura.
Entrate, que siento gente.

FLORELA. Dile, amigo, a mi enemigo
que callaré eternamente,
porque no hay mayor castigo
que hacer callar al que siente.
Mas di, que ya que es juez
tan duro y inexorable,
me venga a ver y me hable
de lástima alguna vez.

TANCREDO. ¡Paciencia y virtud notable!

FLORELA. Y en pago de que engañada
enfrena mi lengua airada,
dile que me venga a ver,
no como a propia mujer,
como a mujer desdichada.

(*Vase* FLORELA.)

TANCREDO. ¡Ah, notable compasión!
¡Que bárbaro tan robusto
caso hiciera tan injusto!

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO. ¿Quién ha entrado en la prisión
de Florelo sin mi gusto?

TANCREDO. Seguro, Lisardo, soy.

LISARDO. ¿Dónde está aquel enemigo?

TANCREDO. Agora estaba conmigo.

LISARDO. ¿Entróse?

TANCREDO. Entróse, y estoy
llorando, Dios me es testigo.

LISARDO. A mí me llora, Tancredo,
el alma de verle ansi,
y más de ver que no puedo
saber la verdad de ti.

TANCREDO. Tengo a las verdades miedo.

LISARDO. ¡Duélete, por Dios, de ver
la desventura que paso!

TANCREDO. ¿Tú, por qué?

LISARDO. Porque me abraso
por esta hermosa mujer.

TANCREDO. ¿Qué es mujer? ¡Extraño caso!

LISARDO. ¿Que tú no lo sabes?

TANCREDO. ¿Yo?

LISARDO. ¿Luego no es mujer?

TANCREDO. No sé;
nunca conmigo durmió

ni he visto más que su pie.
LISARDO. ¿Que no es mujer?
TANCREDO. Señor, no.
LISARDO. ¡Válgame Dios, en qué ando!
Si es hombre, ¿qué es lo que intento?
Mas puede mi entendimiento
estarse en esto engañado
si mueve mi sentimiento.
¿Qué dice de mi crueldad?
¿Llora por su libertad?
Por no perdella la prendo.
TANCREDO. Aunque se la des entiendo
que te guardará lealtad.
Quítale aquella cadena
y dámela en guarda a mí.
LISARDO. Yo quiero hacerlo por ti,
que hombre o mujer me da pena,
Tancredo, de verle ansí.
TANCREDO. Está tan mal con tu Albano
porque riñó con su hermano,
que pienso que si le viese
violentamente le diese.
LISARDO. El tiene valor romano.
¿En efecto es hombre?
TANCREDO. Sí,
por tal le tengo y le creo.
LISARDO. ¿Pues que me quieres, deseo?
Sal al momento de mí.
TANCREDO. Sí, por Dios, que es caso feo.
LISARDO. ¿Pero un hombre puede haber
tan semejante a mujer?
TANCREDO. Allá en la Filosofía
oí disputar un día
que es cosa que puede ser
que el que es mujer engendrado,
si abundancia y calor sobra
queda en hombre transformado,
y el hombre el de mujer cobra
cuando el calor le ha faltado.
Quizá fué mujer primero
y en hombre se transformó.
LISARDO. Llámale, que hablarle quiero.
TANCREDO. Florelo.

(FLORELA *salga.*)

FLORELA. ¿Quién llama?
TANCREDO. Yo.
FLORELA. Tancredo, ya voy.
TANCREDO. Ya espero.
LISARDO. ¡Qué voz tan linda que tiene!
FLORELA. Aquí tu cautivo viene.
LISARDO. Tancredo, ¿que he de creer
que este mozo no es mujer?
TANCREDO. Disimular te conviene.
LISARDO. Florelo, habiendo entendido
que de estar Albano herido
en nada has sido culpado,
del haberte aprisionado
humilde perdón te pido.—
Quítale aquella cadena.
FLORELA. De la sangre de tu Albano
me ha cabido tanta pena,
que la que tiene mi hermano
de hoy más tendré por ajena.
Ni a Roma quiero volver
ni en mi vida le he de ver.
Hiérrame y tenme en tu casa.
LISARDO. ¡Qué lealtad!
TANCREDO. ¿Veis lo que pasa?
LISARDO. En efecto, no es mujer.
FLORELA. Tus caballos curar quiero.
LISARDO. Si aquí quisieres quedarte
alma y casa podré darte.
FLORELA. No menos amparo espero;
quiero las manos besarte.
Y si aquí quieres que esté
de paje te serviré.
LISARDO. ¡Buen paje!
TANCREDO. ¡Será extremado!
FLORELA. Haz, pues que me has perdonado,
que Albano perdón me dé.
Haz que seamos amigos,
que estar en casa no puedo
siendo los dos enemigos.
LISARDO. Llámame a Albano, Tancredo,
y tendrá esta paz testigos.
TANCREDO. Yo voy.
LISARDO. Con Fulgencia está,
que no sé qué se reían.
TANCREDO. Dile que se canse ya.
FLORELA. Los pensamientos serían,
que el mío lo dice acá.
¿Qué más cierto desengaño?
El quiere bien a Fulgencia.
LISARDO. ¿Que éste es hombre? ¡Caso extra- [ño!

(*Salen* ALBANO *y* TANCREDO.)

TANCREDO. Ya está Albano en tu presencia.
FLORELA. Y la causa de mi daño.
ALBANO. ¿A qué me mandas llamar?
LISARDO. ¿Cómo te sientes?
ALBANO. Mejor.
LISARDO. Temo y no te acierto a hablar
por no enojarte.

ALBANO. Es error
pensar que me has de enojar:
eres la propia alma mía.

LISARDO. ¿Pues por qué con tu licencia
me has negado la pendencia
y de un día en otro día
me tienes en contingencia?
En tu amistad hay engaño.

ALBANO. Hasta asegurar mi daño
no te dije la verdad;
mas ya de nuestra amistad
ha llegado el desengaño.
Con el ansia del tormento
de aquella partida loca
que de Florencia te dije,
luego que vine de Roma
entré en ella un Lunes Santo,
donde de Cristo la esposa
mostraba luto en su muerte
de nuestra muerte vitoria.
Lo que fué semana y Pascua
pasela, ¡oh Lisardo!, toda
en la grandeza romana,
entonces maravillosa,
porque el gran piloto Pedro,
aunque con fúnebre pompa,
abrió la nave de Cristo
desde la popa a la proa.
Vi su cruz por árbol santo
con la entena vitoriosa,
en que la vela pendía
del sudario de Saboya.
Su coluna por mesana;
por jarcias y banderolas,
huesos y reliquias santas,
mantos y sagradas ropas.
Por plaza de armas su altar,
por bauprés lanza y esponja,
por jareta las parrillas
del Santo que España honra,
por bitácora y por silla
la que su Vicario adorna,
por aguja el ara santa
y por farol la custodia.
No el aguja de Trajano
ni los mármoles me asombran,
que a pesar del tiempo guarda
la llave de la memoria.
No las termas ni el teatro,
la Rotunda o la Redonda,
sino ver la nave abierta
de la quilla al tope toda.
Estando yo con Tancredo
divertido en estas cosas,
un gentilhombre romano,
con cadena, capa y gorra,
con razonable persona,
que la nobleza embozada
como me vió peregrino
es como el sol en la sombra,
comenzóme a declarar
la grandeza suntuosa
de la nave militante
y las otras ceremonias.
Y hablando los dos venimos,
en una distancia corta,
a hacer tan grande amistad
como enemistad agora.
En fin, que nos dimos sangre,
que ansí en Italia se nombra,
o cuando por semejanza
las estrellas las confrontan.
Sea lo que fuere, allí,
en no más tiempo que un hora,
ser su huésped negocié,
bien semejante al de Troya.
Este tenía una hermana
para todo el mundo hermosa,
no para mí, que llevaba
sin voluntad la memoria;
pero el ardiente deseo
de ocuparla en otra cosa,
puse los ojos en ella,
que el alma estaba en la otra,
y como el decir mentira
es obra tan meritoria
con las más de las mujeres,
que verdades oyen pocas,
mis fabulosos deseos,
mis lágrimas mentirosas
o la comunicación,
que siempre concierta bodas,
que es como crisol de alquimia
y el trato el viento que sopla,
que lo más distinto juntan
y un cuerpo de muchos forman;
o el ser yo ladrón de casa,
que al fin me llevé la joya,
bien que jurando primero
que había de ser mi esposa.
Mas ni el trato ni su amor
fueron fuerza poderosa
a sacarme aquella ingrata
del alma, en que vive agora.

Apretáronme tristezas,
cansóse el alma y dejóla,
más fugitivo que Eneas
y más que Dido quejosa.
Debió de verse preñada,
y contándole su historia
a Feliciano, su hermano,
lloraron los dos su honra.
Y él y un hermano pequeño,
retrato desta señora,
que es el que tienes preso,
bramando el camino toman.
Alguna desdicha mía,
que tengo bastante copia,
a Florencia y a tu casa
los trajo a pedir limosna.
Vióme su hermano y hablóme,
contándome su deshonra;
más cuerdo, Lisardo amigo,
que merecieron mis obras.
Y respondiéndole mal
sacó del bordón la hoja
y de mi pecho esta sangre
de herida tan venturosa.
No puedo conmigo más,
este amor loco me torna,
que mientras más fuerzas hago
menos mi tormento afloja.
Ni en el monte de la Luna,
Tesalia, Colcos y Rodas
hay hechizos que me curen,
ni en las fuentes de Beocia.
Si Dios no me muda el alma
no esperes que mi congoja
tenga remedio en mi vida,
porque está en mi muerte sola.

LISARDO. ¡Extraño y notable caso!
mucha ha sido mi pasión,
pues en aquesta ocasión
por tus sinrazones paso.
¿Así puede un caballero
burlar con engaño igual
una mujer principal?

ALBANO. ¡Ay, Lisardo, que me muero!

LISARDO. Basta, no hablemos en ello.
Con razón o sin razón
vivan los nuestros.

ALBANO. Ni son
mis desdichas para ello.

LISARDO. Sólo te pide mi amor,
pues están tan disculpados
tus ofendidos cuñados,
que perdones al menor,
que hoy le quité la cadena,
porque dijo: "Por Albano
daré la muerte a mi hermano."

ALBANO. Más dijo de lo que suena.

LISARDO. ¿Pues qué piensas, que te engaña?

ALBANO. ¿No puede ser?

LISARDO. ¡No, por Dios!
Hoy habéis de ser los dos
amigos.

ALBANO. ¡Locura extraña!
¡Déjame!

LISARDO. Tú lo has de hacer,
mira que yo te lo pido.

ALBANO. Advierte que es parecido
a aquella ingrata mujer,
y en extremo la aborezco.

(FULGENCIA *sale.*)

FULGENC. ¿Sobre qué es esta cuestión?

LISARDO. Paces de Florelo son,
que alcanzallas no merezco.

FULGENC. Harálo Albano por mí.

ALBANO. A vos os está más mal
que me pidáis cosa igual.

TANCREDO. ¿Llamaré a Florelo?

LISARDO. Sí.

(*Váyase* TANCREDO.)

FULGENC. ¿Qué culpa tiene el mancebo
del delito de su hermano?

ALBANO Ser sangre de Feliciano,
a quien lo que sabes debo.

FULGENC. Si es lo que tú me has contado
cierto que tienes razón.

LISARDO. ¿Qué fué?

FULGENC. Decir que es ladrón
Lisardo, un hidalgo honrado.

LISARDO. ¿Luego esa fué la pendencia?

FULGENC. Fué ignorancia y libertad.

ALBANO. Contado le he la verdad
a mi señora Fulgencia.
Yo y Tancredo y esos dos,
digo Florelo y su hermano,
todo el camino romano
fuimos pidiendo por Dios.
Y habiéndonos dividido
en la iglesia de Ferrara,
como si yo me obligara
a andar con ellos asido,
porque no me despedí
una joya me pidió

que en su casa le faltó
al despedirse de mí.
Pues es bueno que me vea
en tu casa, que bastara
para que me acreditara
y saber que honrado sea,
¡y que me llame ladrón!

LISARDO. No es posible que supiese
tus prendas, y cuando fuese,
ignorancias de hombres son.
El mancebo no te ofende,
y que le perdones pido,
que en casa le he recibido.

ALBANO. ¡Qué bien mi sangre defiende!
¿Eso haces contra mí?

TANCREDO. Aquí está, señor, Florelo.

(*Salga* FLORELA.)

FLORELA. De rodillas por el suelo
perdón te pido.

ALBANO. Eso sí,
todo estaba ya trazado.
¡Sangre tengo ya en la herida,
porque viendo al homicida
vierto la que me ha quedado.
Bien habéis los dos sentido
mi mal; mas no conocéis
este traidor que tenéis
hoy a vuestros pies rendido.
Con vuestra buena intención
no reparáis de qué suerte
vino a procurar mi muerte
luego que tenga ocasión.
Porque es fiera disfrazada
con esta piel de cordero.

FLORELA. Tú debes de ser más fiero
que la fiera más airada.
¿Pues cómo a un hombre rendido
a tus pies tratas ansí?

FULGENC. Haz esto, Albano, por mí,
que yo su perdón te pido.

ALBANO. No hay a quien le esté más mal
que a ti pedir su perdón.

FULGENC. ¿Por qué llamaste ladrón
a un hombre tan principal?

FLORELA. Estaba en la joya puesta
nuestra honra, y Feliciano
piensa que ha causado Albano
su deshonra manifiesta.
Yo he sido a venir forzado,
¿qué es lo que puedes culparme?

ALBANO. Que le ayudaste a afrentarme
y que tú la causa has sido.

LISARDO. Mira, Albano, que si el cuento
pasa como me dijiste,
tú solo el culpado fuiste.

ALBANO. En ninguna cosa miento.
Pero éste no ha de quedar
donde mis ojos le vean.

FLORELA. Cuando tan crueles sean
lengua tengo con que hablar.

ALBANO. Y yo una lengua de hierro
con que taparte la boca.

FLORELA. Si a tal yerro te provoca,
hoy para siempre la cierro.
Aunque si me has de matar,
cosa que tanto deseo,
mal hago en callar, pues veo
que está mi muerte en hablar,
y en mi muerte está mi vida,
que en efeto moriré
mártir de mi propia fe
y por la tuya fingida.

ALBANO. Mira que te digo aquí.

FULGENC. Sin duda matalle quiere.

LISARDO. Albano, quien esto viere,
¿qué podrá pensar de ti?

ALBANO. Dejadme, que vive el cielo
de no la matar ni herir.

FLORELA. Señores, dejad morir
al desdichado Florelo.

LISARDO. No le has de hablar ni tocar.

ALBANO. Por Fulgencia lo prometo.

FLORELA. ¿Qué quieres?

ALBANO. Oye en secreto.

FLORELA. Aquí me puedes hablar.

ALBANO. Florela, libre y exenta,
que sin mirar por tu honor
me has hecho con tal rigor
en mi tierra tanta afrenta,
ya que con infame traje
has hecho que sea forzoso
no poder yo ser tu esposo
sin afrentar mi linaje.
Cuando yo por un papel
te mandé callar, no creo
que fué con tan mal deseo
como tú sospechas dél.
Sal desta casa al momento
y vete alguna posada,
que andando aquí disfrazada
pasa mi honor detrimento.
Que Tancredo te irá a ver
mientras otra orden se dá,

y también te llevará
lo que hubieres menester.
Que no niego ser tu esposo
y que te estoy obligado,
mas ando agora ocupado
en un negocio forzoso.
Y créeme que tendrás
de mi amor satisfación
cuando haya buena ocasión
si este contento me das.
Porque si hablas aquí
y en esto no me obedeces,
creyendo que me aborreces
huiré mil mundos de ti.
No me verás, vive Dios,
eternamente a tu lado.

FLORELA. ¿Has dicho?
ALBANO. Habréte cansado.
LISARDO. ¿Qué están hablando los dos?
FULGENC. No me contenta el enredo.
LISARDO. Suspenso estoy y confuso.
FLORELA. Ya de hablarte no me excuso,
pues en tu desgracia quedo.
ALBANO. Habla, y mira bien, Florela,
que te va en esto la vida.
FLORELA. De mi amor hablo corrida
más que no de tu cautela.—
Albano, el hombre más vil
de cuantos formó durmiendo
la Naturaleza, haciendo
por gentilhombre un gentil.
Bárbaro en lengua y estilo,
que su patria honrada agravia,
de los desiertos de Arabia
a las riberas del Nilo.
Hombre que tras ofenderme
me despide deste modo,
que fuiste a Roma por todo
cuanto mal pudiste hacerme.
Que me vaya a una posada
me dices, porque tu honor
ha de perder su valor
andando yo disfrazada;
y que me podía llevar
Tancredo allá de comer.
Mal te podré responder
si me has mandado callar.
Que criado te enviara
a quien trataras así...
¿Eso me dices a mí,
hombre infame, cara a cara?
Sabes que te di mi casa,
¿cómo a posada me envías?
¿Viste en ella en tantos días
pobre mesa o mano escasa?
Pues tras habértela dado,
no teniendo más que hacer,
te di a mí misma, por ver
si quedabas obligado.
Es verdad que eras tú un hombre
que me supiste obligar,
si no un Albano aun en dar
tan vano como tu nombre.
Di el alma sin ver a quién,
¡qué pena a mi culpa igual!
Mas ¿por qué te trato mal
después que me pagas bien?
Dices que serás mi esposo
por lo que estás obligado,
pero que andas ocupado
en un negocio forzoso.
¿Hay cosa de más donaire
ni más extremado cuento?
Esto de mi casamiento
sin duda que todo es aire.
Que tan ocupado estás
por mi vida que lo creo,
que si es fuerza de un deseo,
ninguna fuerza lo es más.
¿Es por ventura esta dama
la del negocio forzoso?
Sí, que a un hombre cauteloso
¿a qué amigo no difama?
Luego en echarme haces mal;
déjame aquí y serviréte
por lo menos de alcahuete,
ya que no soy principal.
Que si hablare en lo importante
cosa que te dé pesar,
me puedes luego matar.

ALBANO. ¡Hay libertad semejante!
Mas, ¿cómo fuera menor
de una mujer que ha dejado
su traje honesto y honrado
para aventurar su honor?
¡Vete luego, sal de aquí,
que te meteré esta daga!
FLORELA. Hazlo así, para que haga
lo que yo he de hacer en mí.
Que esta infame prenda tuya
que en mis entrañas sustento
como víbora y que siento,
que es razón que me destruya.
Aunque a mi sangre la crío

y en mi propia vida encierro,
morirá bien con tu hierro,
pues que no la ha muerto el mío.
Pasa, traidor, las dos vidas
de un golpe. ¿Qué te detienes?

ALBANO. ¡Que así a perseguirme vienes
y que te mate me pidas!
Sal de aquí, vete al momento
y calla, porque si hablas
haz cuenta que desentablas
de tu amor el fundamento.

FLORELA. ¿Que no te dueles de mí
ni deste ángel?

ALBANO. ¿Esto aguardo?—
Vámonos de aquí, Lisardo.

FLORELA. Señores...

ALBANO. ¡Vete de aquí!

FULGENC. Vamos, que Albano se entiende
y le debe de importar.

LISARDO. Dado me habéis gran pesar;
mucho esa crueldad me ofende.

ALBANO. Allá sabréis la ocasión.—
Entra tú también, Tancredo.

(*Vanse todos.*)

FLORELA. Albano, ¿que no te puedo
mover a darme perdón?

ALBANO. Ya te he dicho lo que importa
que tu falsa lengua calle.

(FLORELA *queda sola.*)

FLORELA. ¿Que me arrojas en la calle?
Detén el brazo, reporta.—
¡Ah, señor mío!

ALBANO. Florela,
no me deshonres aquí.

FLORELA. ¿Qué yo te deshonro a ti?
¡Castigue Dios tú cautela!
Sin duda debe de ser
que en hombre me he transformado,
pues dices que te he afrentado;
ya debes de ser mujer.
Permite que así te llame,
que una mujer que es tan hombre
bien merece de hombre el nombre
y tú de mujer infame:
que una mujer no bastara
a que este mal resistiera,
ni un hombre tan fiero hubiera
que así a una mujer tratara.
Puertas que os habéis cerrado
cuando la muerte las abre;
rejas que me habéis servido
al alma y cuerpo de cárcel;
ventanas que sois oídos
de avariento miserable,
que no os abrís a los pobres
por más que a voces os llamen;
mármoles, de quien se ha hecho
aquel pecho inexorable;
candados y llaves fuertes,
al infierno semejantes;
día de mi vida breve,
noche que a mi muerte sales;
luna que, como mi dicha,
creces para ser menguante;
estrellas, que sois las luces
de mis honras funerales;
cielos a mis quejas sordos;
tierra, madrastra y no madre;
casas del traidor Egipto,
donde los ladrones nacen;
calles donde me perdí
y donde vine a buscarme;
puertas, rejas y ventanas,
mármoles, candados, llaves,
día, noche, luna, estrellas,
cielos, tierra, casas, calles,
yo soy la que no sabe
si es hombre o si es mujer, fiera ni
Pensé que me aprovechara [ave.
el traer de guarda un ángel
contra la furia de un hombre,
a un demonio semejante.
Pero el ingrato que bebe
como fiera de mi sangre,
tigre se vuelve conmigo
si el hijo pongo delante.
¿Qué bárbaro de la Scitia,
o qué salvaje indomable,
qué tirano no movieron
quejas de mujer y madre?
¡Ah, falso, traidor Ulises,
que para que no te encanten,
atado y sordo me escuchas,
al trinquete de tu nave!
Vuélveme, villano Eneas,
ya que en la tuya te escapes,
el alma que me has llevado
en pago del hospedaje.
París en engaño fuiste,
Tarquino en la fuerza grande,
y con ser diamante agora
no hay sangre con que te labre.

Angel, hombre, ingrato, fiera,
tigre, bárbaro, salvaje,
tirano, Ulises, Eneas,
París, Tarquino, diamante,
vuélveme el alma, infame;
escúchame o acaba de matarme.
Ya la muerte no me escucha;
aunque venga vendrá tarde,
que a nadie se da castigo
para que descanse nadie.
¿Qué desdicha no he sufrido
para que tan mal me trates?
Mi largo camino mira,
la vergüenza de mi traje;
mis prisiones considera,
que no hay piedra que no ablanden.
La hambre que he padecido
esas paredes lo saben;
desesperaciones tuve,
que fué cualquiera bastante
a dar lugar a la ira
para vengarte y matarme.
¿Qué sirve que me des celos
y con desdenes me acabes?
No hay pesares para mí
sino que de ti me apartes.
Muerte, castigo, desdicha,
caminos, prisiones, hambre,
desesperaciones, iras,
celos, desdenes, pesares,
¿para qué me combaten,
si yo soy inmortal y ellos mortales?

(LEONIDA *a la ventana.*)

LEONIDA. ¿Qué tristes voces son éstas?
¿Quién se queja desta suerte?
FLORELA. Para que entienda mi muerte,
son de oráculo respuestas,
que he de verte y no he de verte.
Negocio forzoso dices;
no es menester que matices,
traidor, tu amor encubierto.
Cierto es todo, todo es cierto.
LEONIDA. ¡Oh Florelo!, ¿a quién maldices?
FLORELA. ¿Es la muerte?
LEONIDA. Soy Leonida.
FLORELA. Mira de qué suerte estoy
pues este nombre te doy,
estando dentro la vida
por quien vivo y por quien soy.
LEONIDA. ¿Cómo en la calle a tal hora?
¿Estás ya libre?
FLORELA. Señora,
desta casa soy cautivo:
en ella en prisiones vivo,
su cárcel mi alma adora.
Tan desdichado nací,
que acogiéndome tu hermano
me despide el fiero Albano,
sólo porque hay sangre en mí
del fugitivo romano.
Yo era paje de Lisardo,
tan contento y tan gallardo
de que con esta ocasión
gozara de tu afición
y de los brazos que aguardo.
Pero no quiso el cruel;
¡mira si pierdo el sentido
con razón, mi bien perdido!
LEONIDA. Bueno. ¿Pues qué parte es él
para haberte despedido?
FLORELA. Quiere Lisardo que arguya
que a deshonra se atribuya
lo que entre locos no pasa,
pues trae de fuera de casa
hombre que mande la suya.
LEONIDA. ¿Quieres entrar tú, mi bien,
y que acá te esconda yo?
FLORELA. Algún ángel por ti habló.
Abre, pues que no me ven.
¿Veránme?
LEONIDA. Pienso que no,
que allá dentro están los tres.
FLORELA. Desde aquí beso tus pies.
Abre y escóndeme allá.
Abre presto.
LEONIDA. Abierto está,
y el alma en que estés después.
FLORELA. Muy bien habrás negociado,
sino es que en esta ocasión
mi preñado sea varón
y te quedase pagado
de la participación.

(HORACIO, FELICIANO y CLARINO, *embozados.*)

FELICIANO.

Llega sin que te sientan o conozcan
y a Lisardo dirás que hablarle quieres.

HORACIO.

Mejor es que le digan que le busca
un caballero que de Roma viene.

CLARINO.

El llamar nos excusa éste que sale.

FELICIANO.

Juraré que es él mismo.

HORACIO.

Pues retírate.

FELICIANO.

Advierte, Horacio, que me va la vida
en que nuestro concierto tenga efeto.

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO.

Vuelve, Fineo, y a las once o doce
tráeme el broquel y estoque donde sabes,
que allí pienso esta noche entretenerme.—
¿Quién va?

HORACIO.

No os alteréis: un forastero
que viene preguntando por Lisardo.

LISARDO.

Yo soy el que buscáis.

HORACIO.

Seguramente
podréis oirme a lo que vengo.

LISARDO.

¿Es cosa
que toca a Albano?

HORACIO.

Aunque le toque a Albano
podéis oírla sin recelo alguno.

LISARDO.

¿Es negocio de paz?

HORACIO.

De ningún modo.

LISARDO.

¿Pues qué mandáis?

HORACIO.

Oídme atentamente.
¿Sabéis por qué riñeron?

LISARDO.

He sabido
que Albano fué de Feliciano huésped,
y que mal informado de su hermana
viene a buscarle y a vengar su honra.

HORACIO.

Que no se la quitó sin duda es cierto,
aunque él se alaba, y no como hijodalgo.

LISARDO.

¿Luego no la gozó?

HORACIO.

De ningún modo.

LISARDO.

¿Pues qué viene a vengar?

HORACIO.

Haberlo dicho,
y ya se ha contentado con la sangre.

LISARDO.

No lo estoy yo, pues no le hizo ofensa.

HORACIO.

Oídme a mí, por lo que a mí me importa,
que ni vengo a reñir ni a daros causa.

LISARDO.

¿Pues qué queréis?

HORACIO.

El alma desta vida,
la luz de aquestos ojos, el espíritu
de mi aliento vital es esa dama.
Vine a Florencia en seguimiento suyo;
halléme en la pendencia y en la iglesia,
donde está retraído Feliciano.
Desto habemos hablado algunos días,
resuélvese que yo su esposo sea;
y así vengo a pedirla.

LISARDO.

¿A pedírmela?
¿Pues soy su padre yo desa señora?

HORACIO.

Su padre sois, pues la tenéis en casa.

LISARDO.

¿Yo en casa? ¿De qué suerte? ¿Cómo es eso?
Mirad, señor, que alguno os ha engañado.
Yo me llamo Lisardo, y aunque amigo
de Albano, no sé nada desta historia.

HORACIO.

Si por satisfación de aquella herida
hacéis, Lisardo, prenda de una dama,
no sé si de quien sois excede el término.

LISARDO.

¿Cómo os llamáis?

HORACIO.

Horacio.

LISARDO.

Pues, Horacio,
el cielo me maldiga cuanto él puede
y no dure mi vida sola un hora
si tal mujer conozco ni la he visto:
si acaso no es un mozo desbarbado
que ya he pensado yo que mujer fuese,
y Albano jura que es su mismo hermano.

HORACIO.

¿De Albano?

LISARDO.

No; de Feliciano digo

HORACIO.

Pues ese mozo mismo es mi Florela,
que vino desa suerte disfrazada.

LISARDO.

¡Que Albano me engañase desa suerte!

HORACIO.

Y os digo la verdad, y así os suplico
me la entreguéis, como a marido suyo.

LISARDO.

No ha un hora que entregárosle pudiera,
y menos puede haber que de aquí falta.

HORACIO.

¿Pues dónde es ido?

LISARDO.

No sabré decíroslo.
Sólo sé que le echó de casa Albano
y le quiso matar dos o tres veces:
en que conozco que ni la ha gozado
ni la ha tenido amor.

HORACIO.

¡Caso notable!
Buscarla me conviene si va sola.

LISARDO.

Será cuerdo consejo.

HORACIO.

¡Oh Feliciano,
perdidos somos!

FELICIANO.

¿Cómo?

HORACIO.

Albano quiso
quitar la vida a mi inocente esposa,
y huyendo va a buscarnos.

FELICIANO.

¡Oh, villano!
¿Eso intentó? Pues alto, no dejemos
calle en Florencia donde no se busque.

CLARINO.

Mejor será buscalla en las posadas.

FELICIANO.

¡Oh, muera Albano a malas puñaladas!

(*Vanse.*)

LISARDO. ¡Que sea tal mi desdicha,
que agora que sé la historia
con mi fugitiva gloria
se vaya también mi dicha!
Agora fuiste mujer
y entiendo el suceso todo,
cuando ya de nigún modo
volverás a mi poder.—
¿Quién viene acá?

(*Sale* DOROTEO.)

DOROTEO. Doroteo.
LISARDO. Doroteo, ¿qué hay de casa?
DOROTEO. Gran desdicha.
LISARDO. ¿Pues qué pasa?
Tiemblo y saberlo deseo.
DOROTEO. Que tu padre y mi señor
viniendo de su alquería
cayó al suelo.
LISARDO. ¡Había
otra desdicha mayor!
Entra a llamar a Leonida;
di que salga con su manto.
DOROTEO. Voy.
LISARDO. Tendremos luto y llanto,
pero guarde Dios su vida.
No sé qué desdichas son
las que a esta casa persiguen,
¿qué estrellas tengo que obliguen
mi vida a tanta pasión?
Para quitarme el deseo
bastante remedio ha sido.

(*Salen* LEONIDA, FULGENCIA, ALBANO *y* TANCREDO.)

LEONIDA. Que así mi padre ha caído.
FULGENC. ¿Tan malo está, Doroteo?
ALBANO. ¡Jesús, qué grande desdicha!
LISARDO. Fulgencia, en casa te queda.
FULGENC. ¿No iré allá?
LISARDO. No.
LEONIDA. ¿Qué hay que pueda

ser firme para mi dicha?—
¿Oye, Fulgencia?

FULGENC. ¿Qué quieres?

LEONIDA. Ya sabes lo que es amor.

FULGENC. Ya conozco su rigor.

LEONIDA. Y que al fin somos mujeres.

FULGENC. También lo sé.

LEONIDA. Pues advierte
que escondido de Lisardo,
aquel mancebo gallardo,
dulce ocasión de mi muerte,
allí queda en mi aposento.
De mi honor te duele.

FULGENC. Parte,
que yo sabré remediarte.

LISARDO. ¿Está acabado ese cuento?

FULGENC. Sí, señor.

LISARDO. Vamos de aquí.—
¿Vienes, Albano?

ALBANO. ¡Pues no!—
Ven, Tancredo.

TANCREDO. ¿También yo?

ALBANO. ¿Volveré, Fulgencia?

FULGENC. Sí.—
Hoy se acaban mis recelos,
ya mis sospechas dan punto,
hoy toca el alma a difunto,
hoy entierra amor mis celos.
Los que tuve de Leonida
hacen fin con entender
que Florelo vino a ser
el robador de su vida.
Mirad si le tiene amor,
pues le tiene en su aposento.

(*Sale* FINEO.)

FINEO. ¡Bravo prodigio y portento
cual tiene el mundo mayor.

FULGENC. ¿Qué ha sucedido, Fineo?

FINEO. Una cosa tan extraña,
que si la vista no engaña,
al revés el mundo veo.

FULGENC. Ya deseo que me nombres
lo que ese misterio encierra.

FINEO. ¿Sabes tú si en esta tierra
paren acaso los hombres?

FULGENC. ¿Pues qué quiere eso decir?

FINEO. En la cuadra de Leonida
una voz enternecida
oí llorar y gemir.
Abrí la puerta y entré
y hallé en la cama a Florelo,
que quiere parir.

FULGENC. Recelo
que has bebido. ¿Cuántas fué?

FINEO. Señora, no estoy borracho.
¡Vive Dios que está pariendo!

FULGENC. ¿Pariendo?

FINEO. Y que está diciendo
que se le cae el muchacho.
Entra, por Dios y su Cruz,
que me encomendó el secreto.

FULGENC. Yo quiero entrar, en efeto;
camina y mete una luz.

FINEO. Entra, para que te asombres.

FULGENC. ¡Qué monstros el mundo encierra!

FINEO. ¡Vive Dios que es buena tierra,
que paren hasta los hombres!

ACTO TERCERO

(*Salen* ALBANO *y* TANCREDO.)

ALBANO. ¡Quince días sin hablarme
y con rostro tan cruel
tan falsamente mirarme!—
Dale, Tancredo, el papel.

TANCREDO. ¿Y qué contiene?

ALBANO. Quejarme.

TANCREDO. Tú tienes mucha razón.

ALBANO. Quiero saber la ocasión
porque se retira así,
cuando ninguna le di.

TANCREDO. Así las mujeres son.
Las más cuerdas son veletas:
ya se enojan con regalos
y ya se ablandan con palos,
que tienen las más discretas
sus lúcidos intervalos.
¿Hasle dado celos?

ALBANO. No.

TANCREDO. ¿Pues qué es eso?

ALBANO. Que llegó
su amor al mayor extremo
y que declina.

TANCREDO. Eso temo,
que nunca firme duró.
¿Has hablado con Leonida?

ALBANO. ¿Tú no ves que ausente ha estado
todo el tiempo que ha durado
de su padre la caída?

TANCREDO. ¿Y a ella no la has visitado?

ALBANO. Fué delante de mil gentes,

su padre y madre presentes.
Lo más cierto es que ha querido
cuando ocasión se ha ofrecido
prevenir inconvenientes.
Cuando Lisardo y Leonida
fuera de casa han estado
y en ella apenas criado,
que el peligro de la vida
del viejo no haya ocupado,
ha fingido esta tibieza.

TANCREDO. ¿Tan tibia está?
ALBANO. En mi tristeza
lo puedes echar de ver.
TANCREDO. ¿Si se ha mudado?
ALBANO. Es mujer,
varia por naturaleza.
TANCREDO. Peor es amor mostrallas;
tú jamás le disimulas
ni tus desventuras callas,
y hay mujeres como mulas,
que no andan sin picallas.
De mi consejo dirélo.
ALBANO. Dilo.
TANCREDO. Hagámosle un martelo,
quizá picada andará.
ALBANO. ¿Cómo si cansada está
que se echará por el suelo?
TANCREDO. Dala celos, que esto a veces
los más dormidos despierta.
ALBANO. El cómo ha de ser concierta,
ya que el remedio me ofreces
y mi desventura es cierta.
TANCREDO. Ponte a escribir un papel,
donde Fulgencia te vea,
como que de amores sea;
y en estando al medio dél,
para que mejor lo crea,
vendré con prisa a llamarte:
tú, por querer acudir,
dejarásle de escribir
y en aquella misma parte
que te pueda ver y oír.
No te habrás de allí partido
cuando ella le haya leído,
y en su rabia o su favor
conocerás si su amor
es verdadero o fingido.
ALBANO. Llégame esa mesa luego.
TANCREDO. Aquí hay papel, tinta y pluma;
escribe una breve suma
mientras a la puerta llego.

(*Vase* TANCREDO *y* ALBANO *escriba.*)

ALBANO. Celos son de amor la espuma
cuando el mar de amor furioso
en las olas se quebranta.

(*Salen* FLORELA *y* FULGENCIA.)

FLORELA. Digo, señora, que espanta
tu silencio generoso,
y si es santo tú eres santa.
Que el haberme remediado
en esta fuerte ocasión
y quince días guardado,
que éstos o más creo que son
los que Leonida ha faltado,
ha sido piadoso efeto,
pero más guardar secreto,
que en no callar la mujer
suele el hombre conocer
la imperfección del sujeto.
ALBANO. Ya Fulgencia viene aquí;
pero ¿qué será, ¡ay de mí!,
venir Florela con ella,
que ha quince días que della
apenas nuevas oí?
Creo que se ha de hacer mal
esto que voy previniendo.
FULGENC. Albano está allí escribiendo.
FLORELA. Ya de verle estoy mortal.
FULGENC. Y yo de verle me ofendo.
FLORELA. ¿Si me habrá visto?
FULGENC. No creas
que estando tan ocupado
habrá en nada reparado.
FLORELA. Como tú mi amparo seas
descansará mi cuidado.
FULGENC. Hasme hecho tanto bien
en decirme del traidor
su falso y fingido amor,
que yo y Lisardo también
te debemos nuestro honor.
Que aunque no pensé en mi vida
ser de mi honor homicida,
hay muy poco que fiar
de hombre que sabe llorar
y de mujer perseguida.
FLORELA. Ya que el parto apresurado
me ha obligado a darte cuenta
de su traición y mi afrenta,
y tú de que le has amado,
que mi obligación aumenta,
duélete, por Dios, de mí.
ALBANO. ¿De qué tratarán allí?
¿Si le ha dicho que es mujer?

Mas, ¿cómo se ha de atrever
viendo que me ofende así?
Pero cuando un hombre agravia
a mujer que tanto debe,
por más que sea cuerda y sabia
ha de ser perro con rabia,
que al mismo dueño se atreve.

FULGENC. Confía de mí, Florela,
ya que tu fe y su cautela
ha llegado a mi opinión,
que no logre la traición
de la suerte que recela.
Escóndete un poco allí.

(*Escóndase* FLORELA.)

FLORELA. Voime, no vuelva a mirar.

ALBANO. Florela se va de aquí;
creo que se ha de lograr
la cautela que emprendí.

(*Sale* TANCREDO.)

TANCREDO. Escribiendo hube de hablarte.

ALBANO. ¿Qué hay, Tancredo?

TANCREDO. Quiere hablarte
Finicio.

ALBANO. Parte a llamallo.

TANCREDO. Está a la puerta a caballo.

ALBANO. A que no me aguarde parte.

TANCREDO. Importa mucho.

ALBANO. Pues dejo
el papel y voy.

TANCREDO. Bien haces,
que es honra el honrar a un viejo.

(*Vanse* ALBANO *y* TANCREDO.)

FULGENC. De la que no satisfaces
y quieres quitar me quejo.
Bien es que el consejo acete
Albano de su alcahuete.
Deseo me da de ver
el papel; ¿qué puede ser?
Por mi vida que es billete.

(TANCREDO *y* ALBANO *escondidos.*)

Leer quiero lo que pueda
mientras viene.

TANCREDO. Ya se enreda
el pajarillo en la liga.

(*Lea* FULGENCIA.)

FULGENC. "*Mi bien...*

ALBANO. Deja que prosiga,
que lo que me importa queda.

(*Lea* FULGENCIA.)

...La ventura de haber gozado esta noche por la industria de Tancredo el bien mayor que amor puede dar a sus cautivos me tiene tan obligado, que saldré luego de en casa de Lisardo, como mandáis, y me iré a la de mi padre, y pésame que Fulgencia os haga celos, que fuera de ser mujer de mi amigo, es fea y necia en extremo.

FULGENC. No pasemos adelante;
quien escucha su mal oye,
basta que el traidor amante
en mis injurias apoye
sus gustos para adelante.
¿Hay más gracioso papel?
Estoy por vengarme en él.
Mas, cómo, ¿he perdido el seso?

TANCREDO. ¡Qué bien cayó con el queso!

FULGENC. ¡Oh infame! ¡Oh falso! ¡Oh cruel!
¡No fuera yo en este punto
una mujer libre en todo
para que del mismo modo
me lo pagara por junto!

ALBANO. ¡Bien mi negocio acomodo!

TANCREDO. Cuando no sirva de más,
a lo menos ya sabrás
por esta rabia y furor
que te tiene mucho amor.

ALBANO. Tancredo, en lo cierto estás.

FULGENC. Quiero dejar el papel,
que ya lo siento venir,
y entrarme a vengarme dél.

(*Váyase* FULGENCIA.)

TANCREDO. Ya, señor, puedes salir.

ALBANO. Pues más pienso hacer con él,
que le tengo de enviar
a voces, adonde vea
que no la quiero estimar.

TANCREDO. Haz que conmigo no sea,
que me mandará matar.
A lo menos no entraré
en su casa.

ALBANO. Eso es lo cierto.
Pues parte, llámame a Alberto.

TANCREDO. De camino le diré
con tu licencia el concierto.

(*Vase.*)

ALBANO.

Celos, que tantas veces me habéis dado
tan ásperos y extraños desconsuelos,
que con ser de carámbanos y hielos

me he visto entre vosotros abrasado.
Perdonadme si infierno os he llamado,
celos, hijos de amor, que ya sois cielos,
que algunos que no saben lo que es celos
la letra que yo os doy os han quitado.
Hurtado habéis el sol de los efetos,
pues que la nieve enternecéis buscados
y endurecéis la tierra conocidos.
Bien os llaman heridas los discretos,
que, en efeto, sois buenos para dados
y malos en extremo recebidos.

(*Sale* Tancredo *con* Alberto.)

Tancredo. Aquí, señor, está Alberto.
Albano. ¡Oh Alberto, bien seas venido!
Alberto Que vengo a servirte es cierto.
Albano. ¿Has el concierto entendido?
Alberto. Ya sé, señor, el concierto.
Albano. Pues toma aqueste papel
y traerás respuesta dél.—
Si lo habrá Fulgencia oído?
Tancredo. Sí, que la vista y oído
tiene en su lengua y en él.
Alberto. Yo voy a darle en su mano.

(*Vase.*)

Albano. Pues parte con diligencia.

(Fulgencia *sale.*)

Fulgenc. Sin duda ha pensado Albano
que es el honor de Fulgencia
la vida de Feliciano.
Burlarse quiere de mí.
Tancredo. ¿Qué te parece, si di
con los celos en lo cierto?
Amor que el olvido ha muerto
siempre resucita ansí.
Albano. ¡Qué melancólica está!
¡Que tanto puedan los celos!
Tancredo. Quien ama olvidado, délos,
y en el efeto verá
los milagros de los cielos.
Albano. Hacerte quiero, Tancredo,
del consejo de mi amor.
Fulgenc. Pensando en mi deshonor
he caído en el enredo
deste fingido amador.
¡Necia de mí! ¿Dónde estaba,
que en la verdad no caía?
Sin duda alguna fingía
Albano que a mí me amaba
cuando a Leonida quería.
Que, en efeto, esta mujer
Leonida debe de ser,
que en cas de su padre está,
adonde Albano entrará
cuando la quisiere ver.
Que él confiesa en el papel
que anoche a gozarla entró,
y ella sin duda le habló
en mí, pues que dice en él
lo que de mí le escribió.
Y vese en que le ha pedido
que no viva en esta casa,
que lo que entre los dos pasa
le habrá el traidor referido,
con que de celos la abrasa.
Ello es cierto, y que en la calle
anda mi olvidado honor,
pero no debo culpalle,
que no hay hombre con amor
sin interés de gozalle.
Albano. ¿Qué estás diciendo de mí?
Fulgenc. Ni aun me acordaba de ti.
Albano. Eso yo lo juraré.
Fulgenc. ¿Qué te debo?
Fulgenc. Mucha fe.
Fulgenc. ¿Luego la fe es deuda?
Albano. Sí.
Lo más que el cielo nos debe
es fe.
Fulgenc. Con ella se alcanza.
Albano. Y es lo que a esta fe nos mueve
de gozalle la esperanza
después de esta vida breve.
Fulgenc. ¿Luego aquel que no esperase
gozarle, sin fe estaría?
Albano. No es posible que le amase,
pues esperar no podía
que algún tiempo le gozase.
Fulgenc. ¡Oh, qué bien has referido
la ocasión que hay de olvidarme!
Albano. ¿Cómo?
Fulgenc. Fué porque si has perdido
la esperanza de gozarme,
también la fe que has tenido.
Era casto nuestro amor
por la ocasión de mi honor
y ser Lisardo tu amigo.
¿Y así me olvidaste?
Albano. Digo
que concedo la mayor.
Pero la menor te niego,
que yo no tengo interés
que pase del alma.

FULGENC. Un ciego,
Albano, verá lo que es
tu amor.
ALBANO. Pues dilo, te ruego.
FULGENC. Cuantos a amar comenzáis
de la vista os contentáis;
en viendo el hablar, pedís,
y si habláis, luego decís
que una mano deseáis.
Pues alcanzada esta mano
luego decís que os provoca
amor, que es rey tirano,
a no sé qué de la boca,
y echáis glosa al canto llano.
¿Qué cosa es ver un amante
diciendo una mano quiero,
y no esa mano, ese guante;
no soy, señora, grosero,
sola el alma es lo importante?
Eso a quien bien ama ofende,
las bestias deben hacello;
lo que es alma, alma pretende,
y en dilatándole aquello
lo busca donde se vende.
¡Ay, Albano, por tu vida,
que has buscado un cuerpo ya,
alma que en el tuyo está,
goza en buen hora a Leonida,
que amor en cuerpo te da!
Que ansí está más gentilhombre
para ti, que lo eres tanto,
que amor de alma todo es llanto,
y siendo pena su nombre
alma en pena causa espanto.
Que fué mi amorosa historia
de tu vida y tu memoria
el purgatorio recelo;
pero ya es Leonida el cielo
que te ha llevado a su gloria.
Sal desta casa, atrevido,
tu ropa y tu engaño toma,
que basta que haya sufrido
que me traigas desde Roma
quien haya en ella parido.
Y si está Leonida ansí
no venga a parir aquí,
que no soy, aunque lo dores,
tercera de tus amores
si castidad prometí.
Aquí parirá muy mal,
y pensar son desatinos
que al cabo de tus caminos
de niños soy hospital
si lo fuí de peregrinos.
Puede en tu casa parir,
si tienes padres prolijos;
a la piedra puedes ir,
que aunque soy piedra en sufrir
no soy piedra de tus hijos.
Que no eres manifiestas
español ni florentino
en el viaje que aprestas;
más flamenco y peregrino,
que traen los hijos a cuestas.
Nazcan y crezcan, que es cosa
que con la edad lo sabrán,
y en esta ocasión forzosa
ellos averiguarán
cuál madre será tu esposa.
Mas desde aquí hasta crecer
y hasta que por sus querellas
sepan cuál es tu mujer,
tantas tendrás, que por ellas
gran turco vengas a ser.
Traéis de Roma los pechos
acaso privilegiados
que allá estamos satisfechos (1).
No hay bulas de hacer pecados,
mas de perdonar los hechos.
Sal de aquí, sal, y haz ansí,
que se lo diré a Lisardo.
ALBANO. Oye.
FULGENC. Suéltame, que aguardo
que venga la madre aquí
de aquel tu hijuelo bastardo.

(*Vase airada.*)

ALBANO. ¡En verdad que se ha lucido,
Tancredo amigo, el consejo!
TANCREDO. Pues, señor, si ella ha sabido
de Florela el cuento viejo,
que aunque es hombre habrá parido,
¿qué tiene que ver con celos,
cuyo efeto milagroso
se ve en su pecho celoso?
ALBANO. ¡No me faltaban más duelos
que un niño a cuestas odioso!
TANCREDO. Ya sabes lo del cohombro:
paciencia, al hombro le toma.
ALBANO. ¿Cómo que le tome al hombro?
TANCREDO. Párale en Roma, que en Roma
le hizo, iglesia me nombro.

(1) Así en el original; pero debe haber error en este verso.

Mejor es irla a buscar
y procurar atajar
que el parto no se publique.

ALBANO. Como yo se lo suplique,
por fuerza habrá de callar.

TANCREDO. En remediarlo repara,
que parida es cosa clara
que te ha de ser tigre fiera.

ALBANO. ¡Oh, si de víbora fuera,
porque al nacer la matara!

(*Vanse.*)

(*Sale* ALBERTO.)

ALBERTO. Hasta cerca desta casa
me manda venir Tancredo,
y aunque entenderlo no puedo
entiendo que lo que pasa
se funda en algún enredo.
¿Qué puede significar
no ir a su casa Albano
y en la de Lisardo estar?
Quien te encubre, amor tirano,
coge el viento y bebe el mar.
Yo pienso que sabe dél
su padre, a quien tanto ofendo,
no siendo en esto fiel.

(FLORELA *sale tras* ALBERTO.)

FLORELA. Este hombre vengo siguiendo
con los celos de un papel,
y no sé de qué manera
pueda de la faltriquera,
donde en casa le metió,
sacarle. ¡Ah cielos, si yo
oficial de bolsas fuera!
Muero por ver lo que Albano
escribe, y si sus enredos
son mis sospechas y miedos
pesada tengo la mano,
mas dicen que es con dos dedos.
Sin duda que va a Leonida,
si yo le puedo coger
todo lo podré saber,
en cogerle está mi vida.
Celos, ladrón he de ser.
De vuestro oficio cruel
aprendo, si hurtáis con él
la capa y nombre a los cielos.
¿Qué mucho que yo con celos
hurte al infierno un papel?
¡Oh tú, el primer inventor
del hurtar, dame tu ayuda!

ALBERTO. No sé si a la casa acuda
donde queda mi señor.

FLORELA. Osa el pecho, el brazo duda.
¡Ay de mí, que siento al doble
en llegando a la ocasión,
la vergüenza y confusión.
¡Qué mal que sienta en un noble
el oficio de ladrón!
Pues hurtar tengo el papel,
voy. Vuelve, disimular.

ALBERTO. ¿Qué es lo que andáis a buscar?

FLORELA. Hanle de dar cuenta a él.
¡Qué vil oficio es hurtar!
Miente quien dice que holgando
gana su vida el ladrón,
porque yo estoy trabajando
más en aquesta ocasión
que un tosco villano arando.
¡Oh Mercurio, si dominas
entre ladrones, ninguno
cual yo tu estrella importuno,
con cuyas fuerzas divinas
hurtaste la vaca a Juno!
Llego otra vez; mas ya vuelve.
¡Que no pueda hallarle, ah cielo!

ALBERTO. ¿Qué busca aqueste mozuelo?

FLORELA. Si éste sobre mí revuelve
algunas coces recelo.
¡Que un papel se me cayese
y nunca más pareciese!
¿Hay desdicha semejante?

ALBERTO. Pasad, mancebo, adelante.

FLORELA. No importa, señor, estése.—
Yo llego a Dios y a ventura,
y los dos dedos le encajo.
¿Esto no llaman trabajo?
Pues no tienen tanta hondura
Po (1) francés ni español Tajo.
Ea, que ya es cobardía.
¡Ciego amor, mis manos guía!

(*Cógele* ALBERTO *la mano en la faldriquera.*)

ALBERTO. ¡Ah traidor!

FLORELA. ¡Perdido soy!

ALBERTO. ¡Soltad la bolsa!

FLORELA. Ya estoy
en mayor mal que tenía.—
¡Soltad la mano, por Dios!

ALBERTO. ¡Soltadme el dinero vos,

(1) El Po es río de Italia; a no ser que Lope haya querido referirse al Pau, río del mediodía de Francia, que pasa por la ciudad del mismo nombre; pero que no puede citarse por su profundidad.

cicatero, ladroncillo,
que si tuviera un cuchillo
quizá os cortara las dos!

FLORELA. Hablad bien, que soy hidalgo,
y se os debe de antojar
que la bolsa os vengo a hurtar,
y con lo poco que valgo
por Dios que os hago matar.
Soy, aunque soy forastero,
muy honrado caballero.

ALBERTO. Pasito, no habléis de vicio,
que aun en los de vuestro oficio
no es honra el ser cicatero.

(*Salen* HORACIO, FELICIANO *y* CLARINO.)

HORACIO. ¿Has mirado bien la casa?

CLARINO. Toda, señor, la miré.

FLORELA. Advertid que gente pasa.

FELICIAN. ¡Que en ninguna parte esté
más honra que amor me abrasa!

FLORELA. ¡Ah, señores caballeros,
mirá que me está robando
este traidor, y hace fieros!

ALBERTO. ¿Yo a ti, muchacho?

FLORELA. ¡Sí!

ALBERTO. ¿Cuándo,
linda flor de cicateros?
¿Sácasme la bolsa a mí
y dices que te he robado?

HORACIO. ¿A un niño tratáis ansí?

FELICIAN. ¡Dalde, que es ladrón taimado!

ALBERTO. ¡Ay, que me han muerto! ¡Ay de mí!

CLARINO. ¡Huyendo parte el gallina
de solo un espaldarazo!

HORACIO. El paje también camina.—
Tente.

FLORELA. No me asgáis del brazo.

HORACIO. ¡Mi bien! ¡Florela divina!

FELICIAN. ¿Es mi hermana?

HORACIO. Sí, ella es.

FLORELA. ¿Que he topado con los tres?

FELICIAN. ¿Dónde vas, deshonra mía,
desde aquel infame día
que puse en Roma los pies?
¿Qué honra es esta que habemos
los dos venido a buscar?
¿Cómo quieres que la hallemos?
¿Quién es quien nos la ha de dar,
di; por quién preguntaremos?
¿Qué Albano, qué invención
es la que trajo a Florencia
tu temeraria afición?

HORACIO. Háblale con más paciencia,
pues te quejas sin razón.
Ya su desdicha he sabido,
y que Albano, de gallardo,
no quiere ser su marido.
Yo, Feliciano, no aguardo
serlo, pues otro lo ha sido.
Procura honrar a Florela
como caballero honrado,
y el traidor que nos desvela
quede tan bien castigado
que no logre la cautela.
Muera este fiero enemigo;
matémosle, Feliciano,
que de ir contigo me obligo:
harás tú como su hermano,
y haré yo como tu amigo.
No se estudie en otra cosa
sino en que aquéste se case
o muera muerte afrentosa;
basta que aquel llanto abrase
del rostro el jazmín y rosa.
Baste ya aquella vergüenza;
a ser hermano comienza
si hasta aquí fuiste enemigo.

FELICIAN. El consejo de un amigo,
¿qué rigor hay que no venza?
Alza, Florela, la mano
del rostro, quita ese lienzo
y mira que soy tu hermano.

FLORELA. De mirarte me avergüenzo,
y con razón, Feliciano.
Erré cual mujer. Si habías
perdonado aquel error,
porque, en efeto, sabías
que era mi disculpa amor,
¿qué culpa tengo estos días?
Crece en Albano el engaño,
en mí amor, en ti la injuria,
en Horacio el desengaño,
templando a un malo la furia
cese en tres buenos el daño.
Estoy muy agradecida
que Horacio ya no me pida
correspondencia a su amor,
pues ve que sigo a un traidor
que me ha quitado la vida.
Este buscad, éste muera,
que muerto cobráis los dos
vuestro honor y el mío.

FELICIAN. Espera,
espera, Florela, en Dios,

que habrá tiempo en que te quiera.
Ven con nosotros, que quiero
mostrar que soy caballero.

HORACIO. Eso importa, y con recato.

FLORELA. ¡Cuanto más ha sido ingrato,
más con el alma le quiero!

(*Vanse.*)

(*Salen* LEONIDA *y* FULGENCIA.)

LEONIDA. Mira, Fulgencia, que harás
que te pierda el buen respeto.

FULGENC. Leonida, yo te prometo
que no me le pierdas más.

LEONIDA. ¿Estás en tu seso?

FULGENC. No,
que [un] enojo te confieso
que pudo quitarme el seso
y que el honor me quitó.

LEONIDA. ¿Yo con Albano?

FULGENC. Ya sé
de un papel que te escribía,
que la noche de aquel día
para nuestro honor lo fué.
El dice que te ha gozado,
y tú, que salga de aquí
por los celos que de mí
has neciamente pensado.
¡Soy honrada, y soy mujer
de tu hermano!

LEONIDA. ¿Tú estás loca
o qué furia te provoca,
que furia debe de ser?
Porque los celos son furia
tan del infierno en el fuego,
que obligan tu pecho ciego
a hacer a mi honor injuria.
¿Dices que me goza Albano
y que de celos de ti
le mandé salir de aquí?

FULGENC. ¿Pues niegas lo que es tan llano?

LEONIDA. ¿Eso es llano? ¿De qué suerte,
si ha quince días que estoy
fuera de casa, pues hoy
entro en ella y vengo a verte?

FULGENC. En la de tu padre ha entrado.

LEONIDA. ¿En la de mi padre? ¡Bueno!
Mira que el honor ajeno
es sangre del que es honrado.
Si fuera en casa del tuyo
aún pudiera ser que entrara.

FULGENC. En lo que dices repara.

LEONIDA No reparo, sino huyo.
¿Muy bueno es decirme a mí
que hombre bueno se alabó
de mi amor?

FULGENC. Esto que yo
te digo escrito lo vi.
¿Y quién duda que a este efeto
con Florelo me engañaste
el día que me mandaste
tenerle en casa secreto?

LEONIDA. ¿Pues de qué ha sido el engaño?

FULGENC. De que Florelo parió,
mientras que pensaba yo
que era diferente el paño.

LEONIDA. Eso sí, di que eres loca
y que dices desatinos,
que por tan llanos caminos
es la distancia más poca,
y no que me goza Albano,
como que tuvieses seso.

FULGENC. ¿Pues qué locura hay en eso,
siendo negocio tan llano?

LEONIDA. ¿Es llano parir Florelo?
¿Ves como el necio y el loco,
en que se conocen poco
los conoce todo el suelo?

FULGENC. ¿Aun esto querrás negar?

LEONIDA. ¿Pues no he de negar que un hom- [bre
pueda parir?

FULGENC. No te asombre,
si no es volverme a engañar.
Que cuando me le entregaste
sabías que era mujer.

LEONIDA. ¿Luego es mujer?

FULGENC. Puede ser
que engañada me engañaste.
Eres mujer, y aquel día
que fuiste a ver a tu padre
fué de un hijo hermoso madre,
que en casa a sus pechos cría.

LEONIDA. ¿Que es mujer Florelo?

FULGENC. Sí.

LEONIDA. ¿Y que ha parido?

FULGENC. También.

LEONIDA. ¿Sabes acaso de quién?

FULGENC. Bien puede ser que de ti.

LEONIDA. ¿De mí?

FULGENC. ¿No os queréis los dos?

LEONIDA. Sí.

FULGENC. Pues por sin duda [yo] creo
que le ha engendrado el deseo.

LEONIDA. ¿Qué, en fin, parió?

FULGENC. Sí, por Dios.

LEONIDA. ¿Sábelo mi hermano?
FULGENC. No.
LEONIDA. ¿Y Albano?
FULGENC. Apenas lo creo.
LEONIDA. ¿Pues quién?
FULGENC. No más que Fineo,
que de partera sirvió.
LEONIDA. ¡El es notable suceso!
¿Si es su padre acaso Albano?
FULGENC. No lo digas a tu hermano
si acaso te lo confieso.
LEONIDA. ¿Hay tal maldad? ¿Que su amiga
traiga a casa de su amigo?
FULGENC. Antes merece castigo,
porque trae a su enemiga,
que la aborrece de suerte,
supuesto que es sin razón
que la ha tenido en prisión
y la aborrece de muerte.
LEONIDA. ¿Que ésta es la dama romana
que peregrina gozó?
FULGENC. Como has visto le siguió.
LEONIDA. ¡Qué mala paga!
FULGENC. ¡Inhumana!
LEONIDA. Desto puedes inferir
que lo que de mí diría
enredo y maldad sería.
FULGENC. ¡Oh, cuánto sabe fingir!—
El viene; habla tú con él
mientras pienso la venganza.
LEONIDA. Entra, y ¡ay dél si le alcanza
la del cielo!
FULGENC. Venga en él.

(*Váyase* FULGENCIA.)

(*Sale* ALBANO *y* TANCREDO.)

ALBANO. ¿Entróse?
TANCREDO. ¿Pues no lo ves?
Luego al punto que te vió.
ALBANO. Aquí Leonida quedó.—
Bésoos, señora, los pies.
¿No respondéis?
LEONIDA. ¿Qué respuesta
merece un hombre engañoso,
soberbio, vanaglorioso
de lo que poco le cuesta?
¿A mí gozado? ¿Sabéis,
villano, de quién habláis?
Agradecedme que estáis
en el sagrado que veis,
que yo quedara vengada
y ese vil cuerpo sin vida.
¿Pensáis que soy la parida
que os vino a buscar preñada?
¿En casa de mi padre a mí?
¿Es mi padre algún villano?
ALBANO. Señora...
LEONIDA. Tened la mano.

(*Vase* LEONIDA.)

ALBANO. ¡Todos son hoy contra mí!
¿Qué quiere decir, Tancredo?
¿Que yo he gozado a Leonida?
TANCREDO. Desta Fulgencia atrevida
nació, sin duda, el enredo.
ALBANO. No, sino de tu consejo.
¡Oh, nunca yo lo tomara,
que quien de celos se ampara
hace de la espada espejo!
Toda la casa está ya
cansada de mi hospedaje.
TANCREDO. Basta a cansar un linaje
el que recibe y no da.

(*Sale* FINEO.)

FINEO. Mi señora me ha mandado
te diga que entres a vella.
ALBANO. ¿Cómo a vella?
FINEO. A hablar con ella,
que quiere darte un recado.
ALBANO. ¿Sabes lo que es?
FINEO. Pienso que es
tu ropa.
ALBANO. ¿Voy despedido?
FINEO. Dicen que mal mozo has sido,
y del malo basta un mes.
ALBANO. Salir me quiero de aquí
en sabiendo lo que pasa,
porque temo que la casa
se ha de venir sobre mí.

(*Vase* ALBANO.)

TANCREDO. ¿Qué te parece, Fineo,
de aquesta resolución?
FINEO. Castigos del cielo son.
TANCREDO. Por tu vida que lo creo.
Que es la ingratitud maldad
y un aire bañado en hielo,
que a las entrañas del cielo
suele sacar la piedad.

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO. ¿Vino mi hermana, Fineo?
FINEO. Ha seis horas que en el coche

llegó.

LISARDO. Dile que esta noche
volver a casa deseo,
que avise si ha de ir conmigo
y volveránle a traer.—
¿Qué hay, Tancredo?

TANCREDO. Hoy más que ayer.

LISARDO. ¿Adónde queda el amigo?

TANCREDO. Sospecho que en casa está.

LISARDO. Esta enfermedad cruel
apenas de hablar con él
lugar, Tancredo, me da.

(ALBANO *con el niño debajo de la capa.*)

ALBANO.

¿Así, cruel Fulgencia,
me arrojas de tu pecho,
ya de mármoles hecho
en seis meses de ausencia?
¿Así me has despedido
del tiempo que te he amado y te he servido?
¿Son estas las porfías
y celosos enojos
cuando viendo mis ojos
con lágrimas decías:
"Mis hermoso luceros,
al sol no miraré por no ofenderos"?
Ropa blanca, Fulgencia,
por mi fe que eres franca,
y a fe que es harto blanca,
si es blanca la inocencia.
¡Oh ladrón homicida,
dasme la ropa y quítasme la vida!
Vengarte el cielo quiso.
Como a Adán me trataste,
con mi mujer me echaste
del nuevo paraíso.
¡Angel, piedad te pido,
que se afrenta la espada en el rendido!

LISARDO. ¿De qué te quejas, Albano,
y dónde vas desa suerte?

ALBANO. ¡Oh cielo esquivo, inhumano,
que te turba y te divierte!

LISARDO. ¿Qué cubres guarda la mano?

ALBANO. No es nada, por vida tuya.
Suelta, que no lo has de ver.

LISARDO. Eso puede un hombre hacer
no en mi casa, allá en la suya,
que tengo hermana y mujer.

ALBANO. Tu casa es la propia mía:
si esto es así no lo veas.

LISARDO. Perdóname y no lo creas,
y en encubrirlo porfía
si verme necio deseas.

ALBANO. ¿Ya no te fías de mí?
¿O has creído al peregrino
que soy ladrón?

LISARDO. No imagino
que cabe ese nombre en ti.
Tu ingratitud adivino.
Mi alma no se te escapa
de verla si a verla pruebas,
y tu lealtad me tapa
ese no sé que llevas
escondido con la capa.
Suelta.

ALBANO. Esto es alma también,
no la veas, pues no es mía,
que si dura mi porfía
es porque me quieras bien,
que quien bien quiere bien fía.

LISARDO. Llanto de niño parece;
no lo descubras, que ya
en la voz que el viento ofrece
la inocencia hablando está
y la amistad enmudece.
¿Niño de mi casa, Albano?
Yo tengo una hermana aquí:
si es tuyo, dame esa mano,
y al de amigo que te di
añade el nombre de hermano.
Si es ajeno, mal has hecho
en no le quitar la vida
cuando te dijo su pecho.

ALBANO. Templa la furia nacida
de mi agravio y tu despecho,
que no es de tu hermana.

LISARDO. ¿No?
¿Pues de quién?

ALBANO. ¿Cómo podía
ser de un mes?

LISARDO. De antes sería,
si antes Leonida te vió.

ALBANO. No, por tu vida y la mía.
Que éste es de aquella mujer
que en hábito peregrino
de Roma en mi busca vino.

LISARDO. Albano, no puede ser,
que me engañas imagino.
Porque ésa habrá quince días
que se partió con su esposo,
y aunque gozarla fingías
fué tu cuento mentiroso,
porque engañarme querías.

Conmigo habló su marido,
y a ver mi hermana ha venido;
con tal prisa hoy a mi casa
a esto fué.

ALBANO. Furor te abrasa;
que te reportes te pido.

LISARDO. Vete, Albano, de mis ojos;
vete de aquí, falso amigo,
con esos viles despojos,
no dé a los dos el castigo
de mis agravios y enojos.
Que no desnudar, traidor,
la espada de ti ofendida,
verás que soy en rigor
más leal para tu vida
que fuiste para mi honor.
De quien yo soy satisfecho
de la vaina no la arranco,
porque a mirar lo que has hecho
ese niño fuera el blanco
por donde acertara el pecho.
Y viéndote el pecho inserto
del niño que en él matara,
que me vengué fuera cierto,
pues quien te viera pensara
que hasta el alma te había muerto.

(*Vase.*)

ALBANO. ¡Oye, escucha, advierte!

TANCREDO. Fuése.

ALBANO. Toma este niño enemigo,
llévale, para que cese
de aquesta casa el castigo.

TANCREDO. Aunque de verte me pese,
señor, con tanta fatiga,
ya será tiempo que diga
a tu olvido que despierte.

ALBANO. Tancredo, el alma me advierte
y a ti la razón te obliga.
Parte y búscame a Florela.

TANCREDO. Voy, y mira que ya el cielo
te castiga y desconsuela.

(*Vase* TANCREDO.)

ALBANO. El corazón hecho un hielo
mis desventuras recela.

(*Salen* LISARDO *y* LEONIDA.)

LISARDO.

¡Salid, deshonra de mi noble casa,
vil mujer de mi Troya, Elena fiera,
incendio soy, o la cólera me abrasa!

LEONIDA.

¡Oye, cruel hermano, escucha, espera!

ALBANO.

Pues ignoras, Lisardo, lo que pasa,
que estamos inocentes considera.

LISARDO.

¿Que escuche, espere, advierta, considere?
¡Mancha de honor, agua de acero quiere!

LEONIDA.

¿Yo parida de Albano? ¿Qué me dices?

LISARDO.

Los dos os confesad a Dios del cielo.

ALBANO.

Mucho, Lisardo, de tu ser desdices.
Oyeme a mí, señor.

LISARDO.

¡Gentil consuelo!

(*Sale* FULGENCIA.)

FULGENCIA.

Oye a Fulgencia y no te escandalices.

LISARDO.

También tú injusta, desleal, recelo.

ALBANO.

Oyeme, pues.

LISARDO.

¡Detente!

FULGENCIA.

¡Oye, alma mía!

LISARDO.

¡Malhaya el hombre que de amigos fía!

ALBANO.

Yo lo he sido, Lisardo, verdadero,
y en prueba desto, dame aquí mi esposa.

LISARDO.

Ya la tienes ahí.

ALBANO.

La mía quiero.

LISARDO.

La tuya es ésta.

ALBANO.

No es.

FULGENCIA.

¡Extraña cosa!

ALBANO.

Dame a Florela, por Florela muero.

LISARDO.

¡Buena amistad, honrada y provechosa!
¿Después que de Leonida con cautela
gozas, traidor, me pides a Florela?

ALBANO.

Yo en mi vida, Lisardo, con Leonida.

LISARDO.

Tú con Leonida, pues...

ALBANO.

¡Fálteme el cielo
si palabra de amor la hablé en mi vida!

(*Salen* HORACIO, FELICIANO, CLARINO, FLORELA, *con cuatro capas gasconas y cuatro pistoletes, y unas bandas a los rostros.*)

FLORELA.

Esta es la casa.

ALBANO.

Mi prisión recelo.

FELICIANO.

Busquemos al traidor, aunque lo impida
toda la fuerza y el poder del suelo.

LISARDO.

¿Búscante aquéstos?

ALBANO.

Sí.

LISARDO.

Pues, caballeros,
¿en mi casa disfraz de bandoleros?

FELICIANO.

Franquealda toda o sufriréis que luego
os saque el alma y meta aqueste plomo,
que eso podrá tardar que diere fuego.

LISARDO.

De franquearla en paz el cargo tomo.

ALBANO.

Que me escuchéis, si lo merezco, os ruego,
y antes que me matéis me decid cómo,
si sois los que yo pienso, desta suerte
a buscarme venís y a darme muerte.

(*Descúbrese* FELICIANO.)

FELICIAN. Yo soy, enemigo Albano,
el hermano de Florela,
que desde Roma hasta aquí
vine en tu busca con ella.

(*Descúbrese.*)

HORACIO. Yo soy Horacio, que un tiempo,
obligado de sus prendas,
pretendí por voluntad
lo que gozaste por fuerza.

(*Descúbrese.*)

CLARINO. Yo Clarino, que en tu busca,
discurriendo varias tierras,
no he dado a sus esperanzas
el fin que en tu muerte espera.

(*Descúbrese.*)

FLORELA. Yo soy Florela, a quien diste
en el altar de una iglesia
palabra de ser su esposo,
mas no quiero que lo seas.

(*Descúbrese.*)

ALBANO. Cuatro fuegos, cuatro muertes,
cuatro enemigos me cercan;
Favoréceme, Lisardo,
y vos, Leonida y Fulgencia.
Decid que confieso aquí
que hice a su honor ofensa,
pero que bien se restaura
con que me case con ella.

FULGENC. Señores, ya está el ingrato
arrepentido por fuerza;
ya veis que os pide perdón
y que os mira con vergüenza.

LISARDO. Feliciano, cuando un hombre
a estar de rodillas llega,
no es noble el que no perdona
todas las injurias hechas.

LEONIDA. Florela, por el amor
que me debéis esto os ruega
Leonida.

FLORELA. Que no hay remedio.
¡Dispárale!

LISARDO. ¡Tente!

FLORELA. ¡Muera!

LISARDO. Y pues me pongo delante
este pecho me atraviesa.
Mira que este hombre es mi amigo.

FLORELA. ¡Bien te ha pagado esa deuda!

LISARDO. ¿Pues qué tiene con Leonida?

FLORELA. Ninguna cosa que sepa,
que el hijo sin duda es mío.

LISARDO. Pues si contra mí no yerra,
tomad esta vida mía;
pero mira que no quedas,
Florela, con eso honrada
puesto que Horacio te quiera,
al cual daré yo a Leonida
con mil ducados de renta,
en cambio de una mujer
que otro en este punto deja.
HORACIO. Feliciano, este partido,
así Dios te guarde, aceta,
mira que es provecho y honra.
FELICIAN. De concederlo me pesa.
FLORELA. No importa, no te fatigues,
que cuando tú lo concedas
yo quiero que muera Albano.
ALBANO. ¿Tú quieres que Albano muera?
¿Tan cruel tú, esposa mía?
¿Tú, Florela?
FLORELA. Yo, Florela.
¿Acuérdaste, falso ingrato,
que bien creo que te acuerdas,
de mi prisión, de tu injuria
y de otras cosas como éstas,
que callo por lo que sabes?
ALBANO. ¿Quién lo que dices te niega?
Pero buena quedarás
si viendo a tus plantas bellas
del ingrato arrepentido
la vida, matar le dejas.
¿Qué harás deste tierno infante
que al mundo sin padre entregas?
¿No quieres que me conozca?
FELICIAN. Aquí es bien que te enternezcas.
FLORELA. Llega, ingrato de mis ojos;
llega, arrepentido, llega,
llega a quien hoy te perdona.

(*Sale* TANCREDO.)

TANCREDO. Mirando estuve la fiesta,
pero no osaba llegar
hasta que viese el fin della.
FLORELA. Y a Tancredo le perdono.
TANCREDO. ¡Romana piedad es ésa!
HORACIO. Advertid que sois mi esposa.
LEONIDA. Como Lisardo lo quiera.
LISARDO. Yo digo que soy contento.
HORACIO. Y yo que seréis mi prenda.
FELICIAN. Con Tancredo estaba mal.
TANCREDO. Pues ya hice penitencia.
gané en este jubileo
los perdones desta cuenta.
LISARDO. Entrad todos en mi casa.
ALBANO. Dadme esos brazos, Fulgencia,
y acordaos cuán vuestro soy.
FULGENC. Hoy esa memoria cesa.
ALBANO. Del *Ingrato Arrepentido*
aquí acaba la comedia,
y el deseo de serviros
donde ella acaba comienza.

FIN.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA INTENCIÓN CASTIGADA

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

GRAMAGO, *gracioso.*
DON ENRIQUE.
El REY.
MARQUÉS.
Un INDIO.
Un ESCRIBANO.
BLANCA, *dama.*
DOÑA LEONOR, *dama.*
BÁRBULA, criada.
DON JUAN.
DON PEDRO, *caballero.*
Un ALGUACIL.

ACTO PRIMERO

(*Salen* DON ENRIQUE *y* GRAMAGO.)

ENRIQUE. Necio estás, pues que mi gusto
siendo tan justo me impides.
GRAMAGO. No pensé darte disgusto;
mas si a la razón te mides
darás mi intento por justo.
Yo te confieso, señor,
que es tu amor superior
a cuantas fábulas tratan,
pues hasta ausencias te matan,
que son albardas de amor.
¿No fuera mucho mejor
que vieras primero al Rey
que a tu esposa?
D. ENRIQ. Manda amor
con más poderosa ley.
GRAMAGO. ¿Cuando eres embajador
del Rey y a Portugal
con recibimiento igual
a tu jornada se espera,
quieres que el amor prefiera?
A mí me parece mal.
Haz tu gusto. Sé decir
que si el Rey llega a sabello...
D. ENRIQ. ¿Qué?
GRAMAGO. Que lo ha de sentir
y aun enfadarse por ello.
D. ENRIQ. ¿Quién me podrá descubrir
si dejo a mi amada esposa
antes que entre nieve y rosa
el sol con nuevos desvelos,
siga atropellando velos
las huellas del alba hermosa?
Llama, Gramago.
GRAMAGO. Detente.
D. ENRIQ. No provoques mi rigor,
que es sol de mi Rey ausente
Alejandro vencedor.
Ya he conocido el Oriente.
Que aunque mar, la noche fría
sombras antípodas cría
entre nevados vellones;
bien conozco los balcones
por donde amanece el día.
Como a su Oriente os adoro,
rejas, con mayor decoro
que el indio tostado, al Sol;
seré antípoda español
de vuestros celajes de oro.
¡Loco estoy, estoy perdido!
Llama, si mi bien deseas.
GRAMAGO. Gente en la calle he sentido.
D. ENRIQ. Mira que quiero que seas
alba de mi sol dormido.
GRAMAGO. Estrella quisiera ser,
que alba no puede ser
un hombre caritrigueño,
pues no habrá quien deje el sueño
si por mí ha de amanecer.
Mira que siento la gente.
D. ENRIQ. ¿Que tan necio inconveniente
me quite la luz divina
de mi sol?
GRAMAGO. Ya se amohína.—

Pues señor, ¿quieres que intente
un hecho aromatizado
por lo que ha de ser sonado?
Seré, si me determino,
otro Catón Censorino.

D. ENRIQ. Deja ese necio cuidado,
que cuando importante fuera,
siendo gente principal,
yo sé que merced me hiciera.

GRAMAGO. ¿Y si no fuera tu igual?

D. ENRIQ. Tiempo en rogar se perdiera.
Porque no hay mayor trabajo
que rogar a un hombre bajo,
pues siempre a negar se anima
al paso que uno le estima.

GRAMAGO. Lo mismo siente Gramago (1).

D. ENRIQ. Sígueme.

GRAMAGO. Yo te prometo
que me holgara que me vieras
en un importante aprieto.
¿Son más de unos portugueses
pulidejos?

(*Vase* DON ENRIQUE, *y salen el* REY *y el* MARQUÉS.)

MARQUÉS. ¡Dulce afecto
puede esperar Vuestra Alteza!

REY. Cáusame grande extrañeza,
Marqués, tanta dilación.

GRAMAGO. Ya he trazado la quistión,
a herida por cabeza.—
¿Ollay homes que faceys
narua que así os ponéis?

MARQUÉS. ¿Qué queréis vos?

GRAMAGO. ¿Qué quero?
Teño un gusto pracentero.

REY. No es justo que os empeñéis,
porque no es bien que se pierda
nuestra ocasión.

MARQUÉS. Si advertís,
erráis; que mi gente es cuerda,
pues os deja.

GRAMAGO. ¿Homes, oys?
¡Por Cristo que tudo es merda
y nausa contra un león
dous ratones!

REY. Su razón
muestra que será algún loco.

MARQUÉS. Idos.

GRAMAGO. ¡Nau quero tampoco!

(1) El consonante pide que el nombre del lacayo sea "Gramajo" y no "Gramago". Sin embargo, así está en el reparto y en los demás lugares.

MARQUÉS. Eso es ya dar ocasión
a que el respeto perdamos.

GRAMAGO. Ya demasiado han temido,
muy bien avisados vamos.
De buena habemos salido,
pues junto a palacio estamos.

(*Aparte.*)

¡El Marqués es éste, cielos!

MARQUÉS. Perded, si amáis, los recelos,
que los que en la calle están
de guardas os servirán.
Mirad cómo os darán celos.

GRAMAGO. Ya fora gran villanía
nau dar agradecemento
a vosa alta cortesía,
ca teño mi pensamiento
posto sobre a luz del día.
Ficad en bora fidalgo.

MARQUÉS. Si para serviros valgo,
que me mandéis gustaré.

GRAMAGO. ¡Ficay, ficay!

(*Vase* GRAMAGO.)

MARQUÉS. Ya se fué.

REY. Si el poder que amor alcanza
tuviera, al que más pecara
contra amor, le condenara
a que tuviera esperanza.
Tantos sus tormentos son,
que puede el menor matar;
mas es tal la aprehensión
del bien que no osa llegar
a la desesperación.
No hay cosa que más desvele
ni pena que aflija más,
pues contra el orden que suele
se nos vuelve el tiempo atrás
cuando pedimos que vuele.
¡Ay, bellísima mujer,
tú sola pudiste hacer
que mi esperanza naciera,
y que yo la recibiera
en los brazos del poder!
Que en sola una Majestad
se pudiera hallar segura,
pues en menos calidad,
si viviera en tu hermosura,
muriera en tu honestidad.

MARQUÉS. Dulcemente vas templando
tu pasión, y acreditando
lo mismo que vas perdiendo.

REY. Como la siento muriendo
la voy con ella cebando.
¡Niño Amor, viven los cielos
que es tanta la confusión
de mis rabiosos desvelos,
que aun la misma dilación
viene ya a causarme celos!
Y el robar una mujer
es empresa para hacer
dicursos tan dilatados.
¡Ah, malhayan los criados!

MARQUÉS. Pues, señor, ¿no echas de ver
que lo que tú facilitas
va el temor dificultando?

REY. ¡Bien mi esperanza acreditas,
pues cuando la voy buscando
eres tú quien me la quitas!

MARQUÉS. Estruendo de espadas suena.

REY. Ya el amor mi dicha ordena.

MARQUÉS. Por la puerta del jardín
han salido.

REY. Llegó el fin
de mi dilatada pena.

(*Dicen dentro.*)

ESCUDERO. ¡Villanos, veréis primero
diluvios de sangre nuestra
que el bárbaro intento fiero
cumpláis!

MARQUÉS. La ocasión te muestra
lo que has de hacer.

REY Bien espero
vitoria de tu valor,
mientras yo, preso de amor,
con el robo me retiro.

(BLANCA *dentro.*)

BLANCA. Vuestro poco esfuerzo admiro.
¿Criados, tanto temor
os causan viles espadas,
que así permitís mi afrenta?

REY. ¡Dejad voces excusadas!

(*Vase el* REY.)

ESCUDERO. Su voz nuestra furia aumenta.
Obligaciones honradas
nos dan esfuerzo, villanos;
encomendad a las manos
el valor, si lo tenéis,
que hoy la presa dejaréis
o la vida.

(*Sale* GRAMAGO *y* DON ENRIQUE.)

GRAMAGO. Cortesanos
son los que riñen, señor.

MARQUÉS. No he visto dalle a un agravio
tan alentado favor.

GRAMAGO. Digo que es el Marqués sabio.

D. ENRIQ. Daréle mudo favor.

GRAMAGO. ¡Cobardes!, ¿qué os detenéis,
si un rayo del cielo veis
que para abrasaros baja?

ESCUDERO. Conocida es la ventaja;
retirémonos.

MARQUÉS. ¿Qué hacéis?
Teneos, por vida mía,
que este esfuerzo y valentía
de Marte competidores,
piden contrarios mayores.

D. ENRIQ. Agradeceros querría
con obras lisonja igual,
porque nos muestra caudal
de mi fe, si bien temí
vuestro valor inmortal.

MARQUÉS. ¡Qué venturoso que fuí!

D. ENRIQ. ¿Y por qué la quistión fué?
Porque, si no me engañé,
acentos no bien formados
de una mujer escuché.

MARQUÉS. Delitos fueron causados
de una empresa peregrina:
acometí a la divina
luz del sol de Portugal,
que no tiene el mundo igual
belleza, ni la ruína
del muro en venganza griega
causó mujer tan hermosa.

D. ENRIQ. Mucho amor las almas ciega.
¡Fortuna ha sido dichosa
la vuestra.

MARQUÉS. Por vos navega
golfos de amor sosegado,
y porque me da cuidado
la causa en que me amparáis.

D. ENRIQ. Hasta que en salvo os pongáis
me tendréis a vuestro lado.

MARQUÉS. ¡Guárdeos Dios, no es menester!
Y que voy corrido juro
de que no podáis saber
quién soy.

D. ENRIQ. Pues también procuro
no darme yo a conocer.

MARQUÉS. ¡Vive Dios que he de trazar

máquinas de amor sutiles
hasta venirla a alcanzar!

(*Vase, y sale* GRAMAGO.)

GRAMAGO. Corrí, alcancéles y diles;
ya los llevan a curar.

D. ENRIQ. ¿A quién?

GRAMAGO. A aquellos pobretos,
que fueron harto indiscretos
en mostrárseme tan bravos,
sin ver que yo, como nabos,
iba pasando coletos.

D. ENRIQ. ¿Mataste alguno?

GRAMAGO. Sospecho
que maté setenta y tres.
¡Qué se ha de hacer, ya está hecho!
Fuera el sastre portugués
difunto hecho y derecho
si meto más la dañosa;
la herida es más venturosa
que ha visto lacayo humano:
con humor de cirujano
parece dificultosa.

D. ENRIQ. ¿Que era sastre?

GRAMAGO. Imagina
que fué la herida mortal,
mas fué permisión divina
que topase en un dedal
que llevaba en la pretina.
En esto le conocí;
el cielo rogó por él,
y si no fuera por mí
soy fratricida cruel.

D. ENRIQ. Muchas fábulas oí,
pero las tuyas son tales...

GRAMAGO. Siempre al encuentro me sales.
Si es porque todo valiente
presume al paso que miente,
no es bien con ellos me iguales.
Si yo fuera corredor
mintiera en ambos contratos,
mintiera con el pintor
lisonjero de retratos.

D. ENRIQ. ¿Dónde vas?

GRAMAGO. Al pescador
de caña; que, ¡vive el cielo!
que miente con tal desvelo
que los dos peces del signo
los atribuye imagino
a su fabuloso anzuelo.
Una vez cierto pescante...

D. ENRIQ. No pases más adelante,
que la noche nos convida
a dar a mis glorias vida.

GRAMAGO. ¡Martirio es el ser amante
un hombre de su mujer!
Mas dime, así aquí te goces:
¿dejaste de conocer
al Marqués?

D. ENRIQ. Sólo en tus voces
me pudieran conocer.

GRAMAGO. En fin, la mujer se lleva.

D. ENRIQ. De amor amorosa prueba.

GRAMAGO. Sí; mas es caso inhumano
que un Marqués italiano
tanto en Portugal se atreva.

D. ENRIQ. Priva con el Rey; camina,
que me abraso en la divina
luz de mi adorada esfera.

GRAMAGO. Vamos, que también me espera
Bárbula, mi compagina.

(*Vase, y sale el* REY, DOÑA BLANCA, *el* MARQUÉS *y criados.*)

REY. Legítimo sentimiento
mostráis, pero no es razón,
viendo mi amoroso intento,
que en tan urgente ocasión
le deis fuerzas al tormento.
Juzgad mi causa piadosa;
o ya que tan rigurosa
me neguéis vuestra belleza,
culpad la Naturaleza,
que os pudo hacer tan hermosa.
Mas con respeto divino
os voy, señora, adorando:
fuerzas son de mi destino,
que imito a París robando
mas no en la fuerza a Tarquino.
El poder superior
le dió fuerzas al rigor
para que ahora os robase,
mas no hayais miedo que pase
la jurisdición de amor.
Sin fuerzas de Rey halláis
el firme amor que culpáis
y humilde con tanto extremo,
que por tan humilde temo
que no le favorezcáis.
Hermosísima señora,
no tan sin fruto perdáis
lágrimas que el sol adora;
si no es, mi bien, que mostráis
cómo ha de imitar la aurora.
Pero las aves veloces

serán en mi amor feroces
viendo llanto en vuestro oriente,
pues despertará la gente
con la salva de sus voces.
¿Cómo no me rsepondéis?

BLANCA. Por veros cuán ciego estáis,
que vuestras culpas no veis.
Yo hablaré cuando corráis
las nubes que al sol ponéis.
¿Dónde está el alto blasón,
la católica opinión
de reyes de quien venís?
Si vos a robar salís,
¿qué le dejáis a un ladrón?
¿Tal bajeza en tal Alteza?
Si en un plebeyo se hallara
tan conocida bajeza,
el delito no costara (1)
más de en su misma cabeza.
Pero en vos la tierra y mar
se habrán de escandalizar;
que en vos semejantes menguas
viste la fama de lenguas.
Mirad si podrá callar.
¡Ay, cielos, quién esperaba
de un Rey cristiano tal robo!
Yo, que el temor me avisaba
que se ha transformado en lobo
el pastor que me guardaba.

REY. ¡Ah, Marqués!, de vos me espanto
que aguardáis con ella tanto.

BLANCA. ¡Un Rey cristiano tan ciego!

REY. Amigos, llevadla luego,
que me enternece su llanto.
En mi casa de placer,
para templar el pesar
que en mi agravio puede haber,
podrá con silencio estar.

(*Aparte.*)

MARQUÉS. Ya está Blanca en mi poder.—
Vamos.

REY. Miradlo despacio,
que si faltáis de palacio
cuando falta de su casa
doña Blanca, ser pudiera
que contra nuestro desvelo
mi delito se entendiera.—
No vais vos

MARQUÉS. Jamás el cielo (*Aparte.*)
me dió ventura sin tasa.
Ya he perdido los sentidos;
mis discursos van perdidos.

REY. Don Pedro y cuatro criados
vayan.

D. PEDRO. Ya están avisados,
y de esperar ofendidos.

BLANCA. ¡Cielos, que esta fuerza veis...!

D. PEDRO. Lástimas en vano hacéis,
que es amante poderoso.

BLANCA. ¿En qué os ofendió mi esposo,
señor, que así le ofendéis?
¡Qué bien camináis los dos,
pues la sangre que le llama
haciendo testigo a Dios,
cuando por vos la derrama
se la estáis manchando vos.

REY. Blanca, no penséis que aquí
tan torpe y bárbaro fuí
que mi culpa no he entendido,
pues sólo habéis repetido
lo que yo me he dicho a mí.
Esa es lición de mis labios
que pesa ya en mis enojos,
para disculpa de sabios,
un mirar de vuestros ojos
más que montañas de agravios.

(*Vanse, y sale* GRAMAGO *por una puerta y* DON ENRIQUE *por otra.*)

GRAMAGO. ¿Hubo silencio mayor
en la soledad de un hiermo?
Noruega es ya nuestra casa
en los dos meses de invierno.
Ya estoy en el corredor.
Si no me ha engañado el miedo
aquí estaba atado el mono
por los muchos que andan sueltos.—
¿Quién va?

D. ENRIQ. Yo soy.

GRAMAGO. ¡Ah, señor!
¿Pues con los monos te encuentro?
¿Si es azar de la bodega
y nos la han dejado en cueros?

D. ENRIQ. Siempre de burlas estás,
cuando fabricando vengo
montes de quimeras locas
sobre este mudo silencio.
¿Mi casa abierta a estas horas?
¿Qué será?

GRAMAGO. No habrá porteros.

D. ENRIQ. ¿Cómo siquiera no hay luz?

(1) En el orignal, por errata, dice "sonara".

GRAMAGO. Habrá lechuzas.
D. ENRIQ. ¡Qué necio
te hizo el cielo en mi daño,
que no has de medir los tiempos:
para entretener burlando
y para agradar sirviendo.
GRAMAGO. Antes por venir a escuras
pienso que te hizo provecho.
D. ENRIQ. Dos mil dudas me acobardan.
Llama, quebranta el silencio
a voces; pero no llames,
que será causa tu estruendo
el despertar a mi esposa.
Pero cuando considero
sin luz y abierta mi casa,
pierdo, amoroso, el respeto.
GRAMAGO. Si hubiera luz, fácilmente
viéramos si hay gente dentro.
D. ENRIQ. ¿Hay más simple desatino?
¿Cuándo a la luz se encubrieron
las arenas más humildes?
GRAMAGO. Fueras buscando aposentos
y descubriendo criados.
D. ENRIQ. ¡Claro está!
GRAMAGO. Perdieras tiempo.
Yo me saliera a la calle
y discursara, diciendo:
¿Cédula y la puerta abierta?
No hay nadie. Fuérame luego,
sin dar voces a criados,
gritos a tu Barmondejo,
Salucio, Méndez, Pereyra.

(*Salen dos* ESCUDEROS *viejos, con dos candeleros, y espadas desnudas.*)

ESCUDERO. ¿Quién da voces?
GRAMAGO. Si éste es sueño,
¿para qué se alquilan camas
ni se entoldan aposentos?
ESCUDERO. ¡Válgame Dios!
ESCUD. 2.° ¿Qué hemos visto?
D. ENRIQ. Amigos, si dais al sueño
los sentidos fatigados,
por ser tributo del tiempo,
¿cómo no cerráis la puerta?
¿Porque estaba ausente el dueño
ha de haber tan gran descuido?
ESCUDERO. Señor, en las venas tengo
helada la sangre.
GRAMAGO. En tanto
que a los buenos escuderos
preguntas nuevas de casa,
veré a mi rolliza Venus.
D. ENRIQ. Enmendaos, por vida mía.
No os aflijáis, que no vengo
más que a reñir los descuidos
para celebrar contentos.
Salud traigo, gloria a Dios,
y con próspero suceso
de mi embajada; pedidme
albricias, que las prometo.
¿Cómo está el Rey mi señor,
que goza este privilegio
la monarquía mayor,
que tiene lugar supremo
aun entre sombras de amor?
Y ya que de amor me acuerdo,
¿cómo está mi esposa, amigo?
ESCUDERO. Señor, el turbado pecho
no da lugar a deciros.
D. ENRIQ. ¡Válgame Dios!, ¿qué es aquesto?
Sosegaos, que no hay desgracia
que en llegando a un hombre cuerdo
no disminuya el agravio,
que sólo cifra el imperio
las nuevas y las desdichas
en el cobarde y el necio.
¿Qué desgracia puede haber,
para que disculpe el veros
tan suspensos y turbados
como aquí a los dos contemplo?
Si ha sucedido desgracia,
si mi casa os han abierto
ladrones y la han robado,
considerar que es el dueño
un portugués Alejandro,
y sírvaos de claro ejemplo
de un gran señor de Castilla
que se le abrasaba en fuego
su casa, que desde entonces
pudo el voraz elemento
cobrar soberbia de rico,
preseas, joyas, trofeos,
bordados en paños de oro,
émulos firmes del tiempo;
en pirámides de humo
por artesones de fuego,
cubriendo la cara al sol
iba bordando arquitectos.
Dieron aviso al señor
del irremediable incendio,
tan turbados los criados
como ahora a los dos veo.
Y dijo: "Por vuestras vidas

que vais a librarme luego
una batalla curiosa,
que es de un gallardo maestro."
Con esto les dió a entender
que los valerosos pechos
se burlan de la Fortuna.
Vestidas las cuadras veo
de tapices, muestras claras
de que en mi casa no ha muerto
la prenda que el alma adora;
¿pues por qué tanto silencio
siendo doña Blanca viva?
Si su padre, don Laurencio
de Meneses, dió a la tierra
el nunca excusado feudo,
sus largos años pedían
dulce paz en sueño eterno.
Ya me lo escribió mi esposa,
y al mejor criado pienso
que le pasa pocas veces
de la ropa el sentimiento.
Responded, por Dios; hablad,
que en este invencible pecho
caben más desdichas juntas
que en el diluvio cupieron.

ESCUDERO. La edad desterró los bríos,
que a regir el limpio acero
como cuando fuí soldado
de tu generoso abuelo,
primero en su sangre tintos
viera los cobardes hierros
la noche; pero venían...
Ahógame el sentimiento
y las palabras heladas
hurtan el oficio al miedo.

D. ENRIQ. ¿Hay confusión semejante?
¿Necesidad de dos viejos
tiene mi casa que ya
echan las espadas menos?
Ya no os falta espada y brazo,
que en los polos contrapuestos
don Enrique de Alencastro
roba la fama a Pompeyo.
¿Os han agraviado, amigos?
¿Os han perdido el respeto
en virtud de mis criados?
Mas por imposible tengo
que hombre noble se atreviese
a casa que falte el dueño.
Si fueron hombres humildes,
ni agraviaron ni pudieron,
que sólo cifra el agravio
venir a vengarme dellos.
Sacadme de tantas dudas,
por Dios, si no es que advirtiendo
mi valor queréis probarme
con desgraciado suceso.
Y como el que por ventura,
o por mi desdicha, temo
que vuestra lengua es mayor
que los que alteran mi pecho,
para hacerlo más terrible,
más espantoso y más feo,
lo vestís de dilaciones
y lo prevenís de miedos.

ESCUDERO. En el jardín esta noche,
como robó julio al viento
entre escamas enfadosas
sus calurosos efectos,
doña Blanca, mi señora,
gozaba el templado fresco;
blanda risa de las fuentes,
de las flores dulce acento.

D. ENRIQ. Dejad vanas diversiones,
y considerad que es necio
el que entretiene en pinturas
a quien espera el suceso.

ESCUDERO. Con las mujeres de casa
estaba, pues, cuando abrieron
la puerta falsa al jardín...

D. ENRIQ. ¿Y en abriendo...?

ESCUDERO. Entraron dentro
seis hombres enmascarados,
y provocando a silencio...

D. ENRIQ. Proseguid.

ESCUDERO. Acometieron...

D. ENRIQ. ¿A quién, amigo?

ESCUDERO. Al sol mismo,
guiados de sus reflejos:
robaron a mi señora...

D. ENRIQ. ¡Valgame Dios!

ESCUDERO. Ya hemos puesto
en peligro nuestras vidas,
con razón su furia temo;
nunca tuviera mi lengua.

D. ENRIQ. Ya, mortales sentimientos,
presa habéis hecho en el alma,
¿pues cómo os vais deteniendo
que no acabáis con la vida?
¿Pero sabéis que sospecho
que como nacéis de causa
que obliga a haceros eternos
no os atrevéis a matarme
porque no os falte el imperio?

Hombres, si el dolor que obliga
agravios de honor han puesto
fuego a la caduca sangre,
si acaso os toca este fuego,
por hombres nobles, por hombres
a quien obligar pudieron
beneficios recibidos,
deudas que conocen buenos,
vengad la ofensa de Enrique;
en vuestras manos he puesto
el que ayudó a su deshonra.
¿Qué miráis? Yo soy el mesmo
que detuvo a los criados
de Blanca, mis armas fueron
freno que les tuvo el paso,
monte que se puso en medio.
¿Hay robador más dichoso?
¿Qué fábulas escribieron
tan extraños desatinos?
Júpiter, al mar huyendo,
llevaba robada a Europa;
pero sus padres y deudos
hasta vencer imposibles
al robador persiguieron.
Mas, ¿qué plumas han escrito,
escribiendo infames hechos,
que ayude el marido al robo
de su mujer? No os lo cuento
porque haya sido culpado,
que no ha inventado el infierno
tan grande infamia en los hombres;
que más infame tercero
de su adúltera mujer
querrála poner en precio;
pero no que se la quiten,
por no perder el provecho.
El primero soy del mundo,
no hay deste caso otro ejemplo,
por nuevo y por espantoso
será dos veces eterno.
Mas si el cielo permite
que con mis armas el honor me quite
y vive mi despecho,
peña es mi corazón, diamante el pe-
Traidor Marqués italiano, [cho.
¿cuándo viste en siglos nuestros
de atreverse Italia a España,
pues en el timbre sangriento
apenas hubo laureles
que de españoles trofeos
entre banderas latinas
no las humillara el tiempo?
Y cuando brotaba Roma
capitanes tan hambrientos
que iban talando la tierra,
ya con sangre, ya con fuego,
un portugués, Viriato,
al quinto planeta opuesto,
ganó a Roma más vitorias
que tuvo Roma trofeos.
Pues si el mundo me conoce
y sabe el ardiente suelo
del Africa que mi espada
tiene por vaina sus pechos,
¿cómo de Italia ha venido
un hombre tan sin respeto
que la sangre de Alencastro
la trate con menosprecio?
Mas si las estrellas todas
tiranamente me han hecho
el dueño de mi deshonra,
no culpo su atrevimiento.
Prodigiosa estratagema
de la Fortuna y el tiempo,
que a no estar entretenido
en mis agravios, sospecho
que no estuvieran seguros
los romanos ni los griegos,
en que abrasadas las armas
murieran sus movimientos.
Mas al fin mi espada sola
libran los cielos mi desdicha toda.
Si yo quebré mi espejo,
en vano lloro, sin razón me quejo.
Mas resuélvome a morir;
ea, venganza, ya es tiempo
en que mostréis el agravio
de mortales instrumentos.
Si una palabra afrentosa
obliga el desnudo acero,
otras tan infames piden
otra venganza de griegos.
Al Rey pediré justicia
por no perderle el respeto,
y si me la niega el Rey
vendrá a tener más derecho
mi venganza. El Marqués muera,
que brota de rabia el pecho
al paso de mi desdicha.
Fiera mujer, hoy perdieron
su curso tus verdes años,
que tus lascivos deseos
lazos de la muerte han sido
que el infame amor te ha puesto;

que si culpada no fueras
recogida en tu aposento
te hallaras toda la noche
en ausencia de tu dueño.
Y ya que al jardín bajaste,
cuando escuchaste el estruendo
de la gente de armas, ¿cómo
no te amparaste huyendo?
Serás ejemplo infame
con que agonices en tu misma san-
porque un marido honrado [gre,
forma el cuchillo de su mismo agra-
[vio.

ACTO SEGUNDO
DE
"LA INTENCIÓN CASTIGADA."

(*Salen por una puerta* GRAMAGO *y* DON ENRIQUE, *y por otra el* REY *y acompañamiento, y dos soldados dando memoriales.*)

D. ENRIQ. De afrentado no me atrevo
entrar donde el Rey me vea.
REY. ¡Que el sol tan prolijo sea!
MARQUÉS. No es a quien espera nuevo
parecerle largo el día.

(*Vanse el* REY *y los soldados y el* MARQUÉS.)

D. ENRIQ. ¡Ay, cielos, mi honor perdido
y estar tan favorecido
mi ofensor, desdicha es mía!
GRAMAGO. Pues dime tu pensamiento:
¿qué intentas?
D. ENRIQ. Pedille al Rey
justicia.
GRAMAGO. Por justa ley
debe hacer un escarmiento
en la vida del Marqués,
ladrón de tu claro honor;
pero pregunto, señor,
nada la pregunta es:
¿qué has de hacer si no te guarda
justicia el Rey?
D. ENRIQ. Bien dijiste,
que necia pregunta hiciste.
Siempre el necio se acobarda,
pensando que no merece
lo que es suyo de justicia.
GRAMAGO. No pregunté sin malicia.
D. ENRIQ. Si mil ejemplos te ofrece
el famoso don Manuel,
luz de las virtudes todas,
¿cómo tú no le acomodas,
siendo vasallo fiel?
La justicia, pues, consiste,
que es blasón de su corona.
GRAMAGO. Porque el delito pregona,
que es del paño que se viste.
Bien sé que grave y severo,
sin que la ocasión le impida,
castigará al homicida,
al ladrón y al usurero,
y a cuantos conozca el Rey
malos por diversos modos;
mas a los amantes todos
ha de amparallos la ley.
D. ENRIQ. No pases más adelante,
que ya sé tu pensamiento.
GRAMAGO. El Rey sale.
D. ENRIQ. El sufrimiento
que mis venganzas iguale.
Allá fuera aguardaremos
que acabe de despachar.
¡Que el Rey se quiera fiar
de un hombre destos extremos!
Porque en esta casa habita
callo; que si en otra fuera,
ya mi venganza estuviera
en llamas de sangre escrita.
GRAMAGO. ¡Pues yo pajas, vive el cielo,
que el lacayo que me ofende
—¡brava cólera me enciende!—
ha de caer en el suelo!
Y más también que yo fundo
mi venganza en su interés,
pues caminará el Marqués
con lacayo al otro mundo.
¡Qué alegre y contento viene,
no sabe lo que le espera!

(*Vanse, y sale el* REY *y el* MARQUÉS.)

REY. El premio es la propia esfera
del valor; soldados tiene
el Rey, si prisiones de oro
les echa a la voluntad
el premio de autoridad
a un reino; mas tiembla el moro
de ver que estimo soldados
en el número que he visto
y sus fronteras conquisto
con pocos y bien pagados.
Que muchos, cuando no esperan
que el Rey les ha de premiar.
buscan, por no pelear,
la ocasión de que se alteran.

Estos dos sirvieron bien
en Africa muchos días,
y dándoles compañías
les doy peligros también,
porque los busca el soldado
con cuerda seguridad,
conforme la calidad
del salario que le han dado.

MARQUÉS. Honrallos luego es premiallos
dos veces.

REY. Sí, porque entiendo
que es tenellos pretendiendo
lo mismo que desterrallos.
¡Así me premiara amor,
mas como es señor tirano
le sirvo y pretendo en vano!

MARQUÉS. Siendo absoluto señor
de la prenda deseada,
¿qué tienes ya que temer?

REY. Antes si queda el poder,
al paso que vence enfada.
¿Qué importa que yo pósea
a doña Blanca, si esquiva
cuanto hermosa el bien me estriba,
que amor sin fuerza desea?

MARQUÉS. Yo aseguro que la ablandes
siendo su llanto el remedio,
que una noche de por medio
ablanda firmezas grandes.
Consuelo buscan también
las que más honradas nacen
si las fuerzas que las hacen
nacen de quererlas bien.
Esta noche la verás
menos esquiva y llorosa.

REY. Piedad me causa amorosa.
Conmigo a aplacarla irás
esta noche, que estoy tal,
que siendo el amor tirano
aun a tocarle una mano
tiembla mi pena mortal.

MARQUÉS. Espero que la has de ver
con gusto.

REY. ¿Cómo es posible,
siendo el dolor invencible
de verse en otro poder?

MARQUÉS. No las obliga a llorar
la fuerza.

REY. ¿Pues qué podía?

MARQUÉS. El faltar la cortesía
de llegarlas a rogar.
Y ese breve sentimiento
se le olvida a una mujer
si en la fuerza del poder
conoce agradecimiento.

REY. Ingenioso estás; mas veo
que no es cuerda tu opinión,
porque las que honradas son
piden venganza al deseo
contra el amante ofensor,
y venganzas de mujer
no dan lugar a perder
ni la fuerza ni el dolor.
Y como Blanca me agrada
por honrada cuanto hermosa,
quisiera verla llorosa
para saber que es honrada.
Pues cuanto amor se desvela
si objeto apacible adora,
me dará pena si llora
y enfado si se consuela.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. De su embajada ha llegado
don Enrique, y para entrar
pide licencia.

MARQUÉS. Dudar
puede el sentido turbado
su no pensada venida.
¿Qué responderás?

REY. Decid...

CRIADO. ¿Qué, señor?

REY. Que espere.—Oíd,
confusa como advertida
se halla el alma, y el temor
la perdiera a no ser mía,
porque al fin es tiranía
aunque la disculpe amor.
Aquí es razón que me valga
del alto valor que heredo,
pues ahora rebozo el miedo
para que al rostro no salga.
Que el miedo en mí es la sospecha
de que con justicia y ley
publique el mundo que un Rey
hizo una cosa mal hecha.
Tanto esta ofensa cruel
justicia al alma pidió,
que quisiera no ser yo
porque se vengara él.—
Que entre le decid a Enrique.

MARQUÉS. ¡A fuerte ocasión llegó!

REY. ¿Tienes temor?

MARQUÉS. Señor, no.

REY. Temo que el daño publique
ver tu semblante medroso.
MARQUÉS. Como tú fingir sabré.
REY. ¿Y sabes tú que podré,
siendo Rey, ser mentiroso?
MARQUÉS. Conviénele así a tu honor.
REY. Pues si a mi honor le conviene,
salte afuera, porque tiene
apariencias tu temor
de confesar, y no puedo,
cual dices, guardar mi honor
si negando mi valor
viene a confesar tu miedo.
MARQUÉS. Bien sabes que entro en campaña
con escuadras de enemigos.
REY. Diferente es con amigos
cuando un noble los engaña.
De que puedes advertir
que donde se viene a hallar
valor para pelear
no hay cara para mentir.
A Enrique haré matar
si llegase a tanto extremo
mi ciega pasión, y temo
que no he de saber negar.
Mas porque un rey no se empeñe
tú me podrás asistir,
que como no sé mentir
he menester quien me enseñe.

(*Sale* ENRIQUE.)

D. ENRIQ. Deme Vuestra Majestad
la mano.—¡Válgame el cielo!
REY. Alzad, Enrique, del suelo.

(*Aparte.*)

D. ENRIQ. No hay humana potestad,
aunque resista el dolor,
de ver mi enemigo fiero.
REY. La respuesta, Enrique, espero
de mi primo el Rey.
D. ENRIQ. Señor,
llegué a Castilla...
REY. Decid.
D. ENRIQ. Y mandóme aposentar.—
Hoy me tiene de matar
la congoja.
REY. Proseguid.—
Pienso que el temor me vió,
y como vasallo fiel
le tiene, por pensar él
que es mengua el tenerle yo.
D. ENRIQ. Propúsele tu embajada,
y como mi casa hallé
abierta y sin luz...
REY. ¿Qué fué?

(*Aparte.*)

D. ENRIQ. Imaginación turbada,
detente.
REY. ¿Qué respondió
don Juan?
D. ENRIQ. Como no salía
mi gente, aunque no dormía...

(*Aparte.*)

MARQUÉS. Mucho Enrique me miró.
Y el divertirse sospecho
que de su afrenta ha nacido
el mirarme, y que ha sabido
que yo la traición he hecho.
¿Mas de quién lo ha de saber?
REY. ¿Parece que os divertís?
D. ENRIQ. Como vos, señor, no oís...
REY. ¡Si vos no os dais a entender!
D. ENRIQ. Con mucho gusto os promete
su hermana.
D. ENRIQ. El concierto espero.
D. ENRIQ. Sacó luz un escudero...
REY. Buscad quien os interprete
la embajada.
D. ENRIQ. Bien sería,
y con razón me culpáis;
mas quizá si me escucháis
sabré deciros la mía,
que como fué la primera
y toda el alma ocupó,
la memoria la encontró
y quiso arrojarla fuera.
REY. Decid.
D. ENRIQ. Váyase el Marqués,
si es que dello sois servido.
REY. Mis secretos ha sabido
el Marqués.
D. ENRIQ. Quédese, pues.
Aunque advirtiendo defetos,
si abonáis mi parecer,
menos público ha de ser
quien guarde vuestros secretos.

(*Aparte.*)

REY. ¡Válgame Dios si ha sabido
que yo quien le ofende soy!

(*Aparte.*)

MARQUÉS. De sus palabras estoy

medroso y arrepentido.
D. ENRIQ. Yo estoy sin honra, señor.
Esto es, para no cansaros.
REY. ¿Quién hay que pueda agraviaros
siendo de España el valor?
Decid quién, porque se trate
vuestra causa entre los dos.
D. ENRIQ. Si me dais licencia vos,
lo diré cuando le mate.
REY. Mas si sabido que fuí
el que el honor le quitó,
¿cómo a su Rey se atrevió?
MARQUÉS. Mi delito conocí
en su semblante.
REY. ¿En qué modo
el honor os ha quitado?
D. ENRIQ. A mi esposa me han robado.
REY. ¿Luego ya lo sabéis todo?
D. ENRIQ. Sí, señor.
REY. ¿Y al que os ofende
conocéis?
D. ENRIQ. Y que desdice
de quien es.
REY. Por mí lo dice.
MARQUÉS. Claro mi delito entiende.
Que aunque mis atrevimientos
de ser tercero han nacido,
el cielo, que se ha ofendido,
castiga mis pensamientos.
Los criados de su casa
sin duda me conocieron,
porque al Rey jamás pudieron.
REY. Si vuestra noticia pasa
a conocer el que os quita
el honor, ¿qué pretendéis?
D. ENRIQ. Como licencia me deis,
lo demás lo facilita
mi honor, que a reyes iguala,
y para acortar de plazos,
le hiciera dos mil pedazos
dentro en vuestra misma sala.
MARQUÉS. Ya no puede hablar más claro.
REY. ¿Qué más claro puede hablar?—
¿Al fin os queréis vengar?
D. ENRIQ. En la licencia reparo.
REY. En que ha de vengarse fundo
su razón con justa ley,
que el pedir licencia al Rey
es por cumplir con el mundo.
Mas con justicia aparente
dél me pretendo librar.—
De modo os quisiera honrar
en la desdicha presente,
que me holgara que el culpado
fuera grande en Portugal,
para hacer castigo igual
al honor que os han quitado.
Y porque más presto halléis
justicia en cuanto pidáis,
no quiero que me veáis
hasta que vengado estéis.
Salíos de la ciudad
luego, que un hombre agraviado
le da, si está retirado,
su venganza calidad.
D. ENRIQ. Beso vuestros pies, señor,
por la licencia que llevo,
pues ya con ella me atrevo
a dalle vida a mi honor.
Y de modo, que pretende
mi amor en esta esperanza
tomar tan grande venganza
como es el que me ofende.
MARQUÉS. ¡Vive Dios que habla conmigo!
REY. ¡Atrevido es su valor!
Yo le tuviera temor
a no ser quien soy.
D. ENRIQ. Ya sigo
vuestra voluntad, y voy
muy contento a mi destierro,
será castigo del hierro
que, ciego, trazando voy.
Porque como sé que hacéis
justicia en cuanto mandáis,
primero me desterráis
porque después no podréis.
REY. Parece que me amenaza.
MARQUÉS. El pronostica mi muerte.
REY. Amor, echada es la suerte,
tu industria mis glorias traza;
porque Enrique desterrado
traeré a Blanca a la ciudad,
y gozaré su beldad
sin temor.

(*Vase el* REY.)

MARQUÉS. A vuestro lado
me tenéis ya.
D. ENRIQ. Guárdeos Dios,
y estimo esa cortesía,
porque la venganza mía
no se puede hacer sin vos.

(Vase, y sale DON JUAN *y* DON PEDRO, *de noche.)*

DON PEDRO.

Para el amor que el Rey a Blanca tiene,
poca es la prisa con que a vella viene.

DON JUAN.

Como hay de la ciudad distancia poca,
aguarda que la noche cubra el cielo
con manto azul de su estrellado velo.

DON PEDRO.

Tanto puede aguardar que salga el día
rompiendo lazos a la noche fría:
¿qué más silencio ni tiniebla quiere?

DON JUAN.

Dudo que alcance el bien por más que espere.
Porque Blanca, encerrada en su aposento,
pide la muerte al cielo por sustento.
a nadie quiere abrir.

DON PEDRO.

¡Necia cordura!

DON JUAN.

Querrá morirse de tristeza pura.

DON PEDRO.

Lo que me admira más y más me espanta
es que la fama su desdicha canta:
que tan presto Leonor, de Enrique hermana,
cubriendo su hermosura soberana,
de su vecina quinta viene a vella,
con sola una mujer.

DON JUAN.

¿Sabéis si es ella?

DON PEDRO.

Descubrióseme a mí cuando llegaba
a la casa de campo.

DON JUAN.

¿Y sospechaba
la afrenta de su hermana?

DON PEDRO.

¿Quién lo duda?
Si bien me respondió con lengua muda.
Pero dióme a entender que ella venía
a hablar con el Marqués porque sabía
que ha de venir sin falta, aunque de noche.
Esto me dijo, y despidiendo el coche
me pidió que secreto le tuviese,
avisando al Marqués cuando viniese.
Llevéla con recato y cortesía
al cuarto del jardín.

DON JUAN.

Sospecha es mía
que del Marqués se vale en los amores
del Rey: hízole en tiempo mil favores,
honestos siempre; mas Leonor es cuerda
y no permite que su honor se pierda.

DON PEDRO.

No espero buen suceso desta junta.

DON JUAN.

Lo mismo el alma con temor barrunta.

DON PEDRO.

Entre estas alamedas esperemos
a que pase el Marqués, porque le demos
sin que lo entienda el Rey del caso aviso.

DON JUAN.

Aquí pudo más bien pastor Anfriso
al disfrazado sol guardar ganado.

DON PEDRO.

Brota la selva olor, belleza el prado.

(Sale DON ENRIQUE *y* GRAMAGO, *de noche.)*

DON ENRIQUE.

Vete encubriendo más, porque he sentido
rumor de gente.

GRAMAGO.

Aquí se han detenido.

DON ENRIQUE.

Que me conozca alguno me pesara.

GRAMAGO.

En verdad que la noche está muy clara
para que treinta linces te conozcan;
el tufo es de ladrones, pues se emboscan.

DON ENRIQUE.

Encúbrete más bien.

GRAMAGO.

Ya estoy cubierto.

DON ENRIQUE.

Sólo me queda por seguro puerto
de mi hermana el consuelo.

GRAMAGO.

Y de tu madre,
que los barbados no han de tener padre;
madre es más ordinario, porque aspiran

a suegras, cuyas vidas nos admiran
las edades del tiempo del tomillo.

DON ENRIQUE.

¿Si tendría valor para decillo
en la quinta a Leonor, la fama ociosa?

GRAMAGO.

De noche acá, si es tan perezosa,
ya lo sabrán Samaria y Palestina.

DON ENRIQUE.

Si mi venganza a su compás camina,
vuele la fama de mi grave afrenta.
No estamos lejos ya, pues nos presenta
la torre su dispuesta hermosura
entre los rayos de la noche obscura.

GRAMAGO.

También se nos descubre la grandeza
de la casa del campo de su Alteza.

DON PEDRO.

No quisiera, don Juan, que el Rey pasara
sin que verle pudiéramos.

DON ENRIQUE.

Repara
que están hablando de mi pena dura
entre los sombras de la noche obscura;
de mi pública afrenta.

GRAMAGO.

En ocasiones
murmuran su poquito los ladrones,
y por no estar ociosos los de hogaño
le quitarán la honra a un ermitaño.
Acerquémonos más.

DON ENRIQUE.

Ven poco a poco.

GRAMAGO.

Apenas con los pies la hierba toco.

DON JUAN.

Si va a decir verdad, desdicha es grave
contra quien es de Portugal la llave.
No sabéis qué es amor.

DON PEDRO.

Robar mujeres
es contra la piedad.

DON JUAN.

Sus pareceres
aguardará el Marqués cuando, atrevido,
se la entrase a quitar de su marido.

DON PEDRO.

El amparo del Rey lleva por guía.

DON ENRIQUE.

¡Que tan pública esté la afrenta mía!
La privanza del Rey le ha dado aliento;
mas yo castigaré su atrevimiento.

DON PEDRO.

En parte me holgaría no manchase
Blanca su claro honor, porque guardase
limpia la fama de su esposo Enrique.

DON JUAN.

Yo aseguro que el tiempo no publique
la deshonra de Blanca. Está encerrada,
como te dije, y ya con alma honrada
se dejará matar antes que vea
mancha en su honor.

DON ENRIQUE.

¿Habrá quien esto crea?
La parte principal destos desvelos
siento segura

GRAMAGO.

¡Quién pudiera, ah, cielos,
otro tanto escuchar de Barbulilla!
Forzada está la simple tortolilla.

DON PEDRO.

Casa de campo y campo de batalla
ha de ser esta noche.

DON ENRIQUE.

Escucha y calla.

DON PEDRO.

Piensa el Marqués que habiéndola robado
que la han de persuadir.

DON JUAN.

Mucho han tardado.

DON ENRIQUE.

¡Cielos, aun el deseo no podía
pedir tan presto la venganza mía!
En la casa de campo está mi esposa
y aguardan al Marqués.

GRAMAGO.

¡Qué linda cosa!

DON PEDRO.

Dos caballos a priesa van llegando.

DON JUAN.

Ellos deben de ser; yo estoy temblando
de ver que un ciego amor tanto se atreva.

(*Vanse.*)

DON ENRIQUE.

¡Págueos el cielo tan dichosa nueva!

GRAMAGO.

¿Qué hemos de hacer, señor? Con nuevo acuer-[do
has de mirar el caso.

DON ENRIQUE.

Tu eres cuerdo.
Yo quiero acometer.

GRAMAGO.

¡Esa es locura!

DON ENRIQUE.

Sola estará la casa, por ventura:
cuatro ni seis criados mal criados;
sólo de verme los verás turbados.

GRAMAGO.

¡Ea, que no se turban!

DON ENRIQUE.

¡Calla, necio!

GRAMAGO.

Nunca de mi adversario hice desprecio.—
¡Ah, señor!, ¿dónde vas?

DON ENRIQUE.

Sígueme, amigo,
que la dicha del César va contigo.

(*Vanse, y salen el* MARQUÉS *y el* REY.)

MARQUÉS. Mientras el llanto forzoso
voy a mitigar de Blanca,
las flores deste jardín
entretendrán tu esperanza.

REY. No sé, Marqués, con qué premio
de servicios satisfaga
agradecidas memorias;
Alejandro aun no bastara
a premiar tu diligencia.
Y en esta ocasión me honrara
que la pasada afición
de Leonor tuviera el alma
tan cautiva como entonces,
para que el don etimaras
por único, pues ahora
con mano más alejandra
de otra más bella Campaspe
te hiciera dueño.

MARQUÉS. Me agravias,
señor, cuando así me honras;
tu hechura soy.

REY. No te engañas
si presumes que te estimo,
pues cuando fuera más clara
la prueba de mis riquezas,
si cuando a Leonor amaras
te la diera por esposa,
ahora es con más ventaja,
pues te la doy sin que tengas
recelos de mí, que basta
que por tu esposa la elijo.

MARQUÉS. ¿Qué dices, señor?

REY. Que ganas
la bella hermana de Enrique.
Pues tiene cerca su casa,
mañana con orden mía
irán por ella.

MARQUÉS. Esperanza, (*Aparte.*)
¿quién os malogró tan presto?
Cuando está adorando el alma
a Blanca, y gozar intenta
la dulce ocasión que llama
a las puertas del amor,
¿con otro amor me amenazas?
¡Animo, amor atrevido!
Pues me dicen que está en casa,
sin que lo entienda ha de ser
el instrumento la causa
del bien que me niega el cielo.

REY. ¿Qué dices?

MARQUÉS. Que me levantas
casi a igualarme contigo,
y que verás, si me casas
con Leonor, el bien que esperas,
pues lo que tu honor no alcanza
con Blanca, podrá Leonor,
que, en efecto, son cuñadas
y amigas.

REY. Por mil caminos,
Marqués, me sirves y agradas.
Serás de Leonor sin duda.

MARQUÉS. Yo voy a ver si la ingrata
que adoras si el llanto deja.—
Diré mejor a dar traza
de quitar al Rey la presa.
Ya para mi fuego tarda.

(*Vase, y sale* DON ENRIQUE.)

(*Aparte.*)

D. ENRIQ. Altos principios me ofrece

hoy mi fortuna.

REY. ¿Qué aguardas,
amor, que no te anticipas,
cuando has de gozar a Blanca?

(*Vase el* REY.)

D. ENRIQ. Dichoso en entrar he sido,
pues por criados de casa
a los dos nos han tenido.
Mas, ¿dónde está? Mucho tarda,
pues entró al jardín conmigo.

(*Sale el* MARQUÉS.)

MARQUÉS. Corridas quedan las aguas
de ver a Blanca sus ojos:
En vez de llanto derrama
estrellas que envidian cielos
y rayos que abrasan almas.
Agradecida y contenta
el plazo amoroso aguarda
para celebrar mis bodas.

D. ENRIQ. Para celebrar mi infamia
mi enemigo es éste, y piensa
que yo soy quien le acompaña.
Prudencia, tus cuerdos modos
piden ocasión tan alta.

MARQUÉS. Si de los tesoros indios
fuera señor, los gastara
en albricias deste bien.

D. ENRIQ. ¡Si de mis manos te escapas!

MARQUÉS. Diréte lo que has de hacer;
Sigue mis pasos.—Si alcanzas,
amor, vitoria de un Rey,
seré tu esclavo.

(*Vase el* MARQUÉS.)

D. ENRIQ. Fantasmas
fueron los hombres sin duda,
pues, falsos, acreditaban
tan vil mujer. Sepa el mundo
que este brazo y esta espada
con sangre adúltera sabe
sacar del honor las manchas.

(*Sale* BÁRBULA *con una luz y* GRAMAGO *con una espada desnuda amenazándola.*)

GRAMAGO. ¡Noramala lo comiste!

BÁRBULA. ¿En qué he sido yo culpada,
que así a matarme has venido?

GRAMAGO. Confiésate, ajusta el alma,
comienza yo pecadora,
y no de las más culpadas.

BÁRBULA. Si has de matarme, concluye.

GRAMAGO. Compendiosa estás. ¿No hallas
disculpa?

BÁRBULA. Si te he ofendido
mátenme celos, y en tu ausencia olvido.

GRAMAGO. ¡Sólo falta que me hables
con estribillo! Relata
tus culpas. ¿Qué es del lacayo?

BÁRBULA. ¿Qué lacayo?

GRAMAGO. El de las barbas
pajizas.

BÁRBULA. ¡Máteme un rayo
si sé quién es!

GRAMAGO. Por su dama
te ha repudiado Lisboa.

BÁRBULA. Yo te diré lo que pasa.

GRAMAGO Lo que se queda es mejor.

BÁRBULA. Cuando sacaron robada
a mi señora —¡ay de mí!—,
la fuí siguiendo descalza,
dando gritos, y unos hombres
que no les vide las caras...

GRAMAGO Muchas hay que no los ven
hasta tenellos en casa.
Prosigue.

BÁRBULA. Piadosamente,
dijeron: "Ella criada
llevará en su compañía."
Y mientras ella hablaba,
otros hombres...

GRAMAGO. Muchos hombres
han entrado en esta danza.

BÁRBULA. Metiéronnos en un coche.
Por abreviar...

GRAMAGO. ¡Abreviada
tengas el alma en los dientes!

BÁRBULA. Trujéronnos a esta casa
de placer, que es de pesar,
pues tanto ha sentido el alma
la afrenta de mi señora.

GRAMAGO. No moralicéis, hermana.
Por el lacayo os pregunto.

BÁRBULA. Tu imaginación te engaña,
que no hay tal hombre en el mundo.

GRAMAGO. ¿Hay desvergüenza más clara?
¿Pues quieres que sea este hombre
lacayo hipogrifo?

BÁRBULA. ¡Acaba
con mi vida y no me ultrajes
con afrentosas palabras,
pues sabes que yo te adoro!

GRAMAGO. Dice verdad la muchacha.—
¿No soy yo tu espejo?

BÁRBULA. Sí.

GRAMAGO Pues corre, avisa a tu ama
que se ponga luego en cobro,
porque ha venido a matalla
mi señor.

BÁRBULA. Está sin culpa
y su inocencia la salva.
Apenas oirá su voz
cuando a recibille salga.
Mas bien es que se lo diga.

(*Vase* BÁRBULA.)

GRAMAGO. ¡No hay tal Bárbula en España!

(*Dentro* DON ENRIQUE.)

D. ENRIQ. ¡Hoy lavará vuestra sangre
mi honor manchado!

GRAMAGO. ¿Qué mancha?
¡Vejigazo hay, vive Cristo!

(*Sale* DOÑA LEONOR *y* DON ENRIQUE *con la espada desnuda.*)

LEONOR. Detén, hermano, la espada
y mis disculpas escucha.

D. ENRIQ. ¡Válgame Dios! ¿He soñado?
¿Cómo estás aquí?

LEONOR. La fama
te habrá dicho como al Rey,
con pensamientos de hermana
tuya, le he querido bien,
y como al Marqués fiaba
mis secretos, vine a hablalle,
pues que llegando a su casa
criados suyos me han dicho
que aquesta noche sin falta
vendrá el Marqués con el Rey.
Cumplió amor mis esperanzas
de poderle hablar, y apenas
pude en una obscura sala,
que así el Marqués lo trazó,
hablar sola una palabra,
cuando tú, como si fuera
injusto mi amor, pues pasa
a pretensión de marido,
con la muerte me amenazas.

D. ENRIQ. ¿Dónde está Blanca?

LEONOR. Señor,
en la ciudad o en tu casa
estará.

D. ENRIQ. ¿No sabes della?

LEONOR. El lunes tuve una carta
de que estaba buena.

D. ENRIQ. ¡Mientes,
vive Dios! ¡Tuya es la traza
de mi afrenta!

LEONOR. ¡En gran peligro
tengo la vida!

(*Sale* DOÑA BLANCA, *y arrodíllase a los pies de* ENRIQUE.)

BLANCA. A tus plantas
tienes, Enrique, a tu esposa;
el cuello te ofrezco, lava
las sospechas de tu afrenta,
que para venganza basta
el pensar que te he ofendido,
que ya cuando rinda el alma
entre mi sangre inocente
moriré alegre y ufana
de que a mis últimas voces
confieses tú que te engañas.

LEONOR. ¡Prodigios son los que miro!
Mas entre tanto que paga
la suspensión de la sombra,
será justo que me valga
del Rey en tanto peligro.

(*Vase.*)

D. ENRIQ. Tan fuertes son tus palabras
que me obligas a creellas,
puesto que las acompañas
al valor con que te ofreces
a los filos de mi espada;
mas aunque pierda mil vidas
la ha de perder quien me agravia
aun con sólo el pensamiento,
porque así mi honor se lava.—
Mata esa luz.

GRAMAGO. ¿Pues a escuras
hemos de reñir?

D. ENRIQ. ¡Acaba,
que no es tiempo de razones!

(*Dentro el* REY.)

REY. Si por vengarse la mata,
no es bien que yo lo permita
teniendo valor y espada.

D. ENRIQ. Gente viene.

BLANCA. Esposo, mira
que te pierdes.

MARQUÉS. Si hay en casa
criados que le matemos,
no te aventures.

REY. La causa

y amor me obliga (1)
a que yo defienda a Blanca.

(*Dentro.*)

¡Traición! ¡Traición!
REY. ¿Qué es aquesto?
DENTRO. ¡Traición al Rey!
D. ENRIQ. Bien repara
mi honor en estas razones.
El Rey sin duda está en casa;
él al Marqués favorece;
mas el honor no se agravia
si opongo a ofensas del Rey
defensas de doña Blanca.
REY. Si veis que traición publican,
¿qué aguardáis? Sabed la causa
mientras mi valor resiste
el daño que le amenaza.
MARQUÉS. ¿He de dejarte, señor?
REY. ¡Necio, mi valor agravias!
MARQUÉS. Presto volveré a servirte.
BLANCA. Señor, en mi propia sala
hay puerta que sale al campo,
deja que a rompella vaya
para que librarte puedas.
D. ENRIQ. Sirve a mi esposa de guarda
mientras mi venganza busco.
GRAMAGO. Justísima es tu demanda.—
Vínome a pedir de boca.

(*Sale el* REY *con la espada desnuda.*)

REY. ¿Cómo, villano, la espada,
no rindes a mi valor?—
Pero si es Enrique basta
su agravio para mi culpa;
si bien la noche me guarda
de que conocerme pueda.
D. ENRIQ. En la voz, aunque turbada,
he conocido a mi Rey.
Aquí los cielos me valgan.
Prudencia, tus cuerdos modos
en esta ocasión tan alta
para quitar de una vez
las dos vidas que me agravian,
provocando mi rigor
a los filos de mis armas.

(*Sale* LEONOR.)

LEONOR. La voz del Rey me ha servido
de norte: será la guarda
que de mi hermano me libre.—
Señor, aquí está tu esclava.

(*Sale* BLANCA.)

BLANCA. Señor, libra tu persona,
ya tienes las puertas francas.
REY. Esta es Blanca; amor me ofrece.

(*Dentro.*)

¡Muera! ¡Muera!
D. ENRIQ. Alborotada
viene la gente del Rey
en mi busca, prenda amada.
Así defiendo mi honor.
REY. Así logro mi esperanza.

~~~~ ~~~

ACTO TERCERO
DE
"LA INTENCIÓN CASTIGADA."

(*Salen* LEONOR, *dama, y* GRAMAGO, *gracioso.*)

GRAMAGO. ¿Por qué te había de matar
mi señor?
LEONOR. ¿No te parece
que mi culpa lo merece?
GRAMAGO. Nadie es culpado en amar.
Y más tú, que honestamente
quieres al Rey por esposo.
LEONOR. Sí, que el blasón generoso
de Alencastro dignamente
le ha visto el mundo mezclado
con Reyes de Portugal.
Pero fué el miedo mortal
de ver a Enrique agraviado
por el robo de su esposa,
y que cuando imaginaba
que Blanca a su lado estaba,
era yo, que temerosa
dél mismo, favor pedía
al Rey, que juzgué por él;
bien pudo andar más cruel
de lo que el caso pedía.
Pero al fin, como prudente,
tengo el reciente dolor,
y disculpando mi amor
busca el medio conveniente
para sacar, como Anchises,
del fuego el honor perdido.
GRAMAGO. Peligros corre un marido
que no los pasara Ulises.

(1) Faltan tres sílabas a este verso, que pueden suplirse de varios modos, pero sin seguridad de acierto.
~~~~

¿Hay borrasca como ver
un hombre, teniendo hacienda,
en el golfo de una tienda
dar ferias a su mujer?
Mas esto aparte, sospecho
que se atrevió mi señor
en palacio.

LEONOR. Puede honor
mucho romper el derecho
de las leyes.

GRAMAGO. Desterrado
está de aquí.

LEONOR. Siempre ha sido
temerario el ofendido,
al paso que ha sido honrado;
que en hombre vil no merece
la afrenta desvelo tanto,
porque sólo lo es en cuanto
lo siente el que la padece.
Y como el honor manchado
es hijo del sentimiento,
lo que da de atrevimiento
es lo que tuvo de honrado.

GRAMAGO. Así tenga yo salud
como está dicho muy bien.

LEONOR. Siento que luchando estén
la afrenta con la virtud
en doña Blanca.

GRAMAGO. Los cielos
le han de dar crédito honrado.

LEONOR. ¿Cómo, si el Rey la ha robado?

GRAMAGO. Eso es ya tener recelos
del Rey.

LEONOR. No, que bien se ha visto
que para el Marqués la lleva.

(*Sale* BÁRBULA.)

BÁRBULA. Tráigote una mala nueva:
la Justicia...

GRAMAGO. ¡Juro a Cristo!
¿Mas si es de participantes
el destierro?

LEONOR. ¿Pues qué ha sido?

BÁRBULA. Un alguacil ha venido
cercado de platicantes,
y también un ecribano,
que aunque no suena muy bien
hacen su copla también
en guarismo y castellano.

BÁRBULA. Embargando están a priesa
todo cuanto en casa está.

LEONOR. Mandato del Rey será.

GRAMAGO. Por mis alhajas me pesa,
y porque no he de tener
de quien mi salario cobre:
lacayo con amo y pobre,
no en mi vida lo he de ser.
Si cualque ropa o vestido
agarro de mi señor,
cobraré de mi sudor
el salario recibido.
Aunque luego haré la cuenta,
que estoy divertido ahora.

LEONOR. ¡Tantos agravios!

BÁRBULA. Señora,
mientras pude estar atenta
oí decir al escribano
que era cierta ejecución.

LEONOR. Menos mal si deudas son;
pero no debe mi hermano
más que a David el judío.

BÁRBULA. Con ellos viene también.

LEONOR. Pues negociaremos bien,
mediante Dios.

GRAMAGO. Esto es mío;
digo lo tomo a mi cuenta.

LEONOR. ¿Ejecuciones no más?

GRAMAGO. ¿Pues hubo rayo jamás
de ejecución tan violenta?
Yo les había de mandar
que un gordo fuese deudor,
porque al ver al acreedor
tuviese que desbastar.
Que el dolor de ver cumplir
una rabiosa escritura,
se le embebe en la gordura
y no le deja sentir.

BÁRBULA. Ya suben.

LEONOR. ¿De qué os turbáis?

GRAMAGO. Jamás tuve yo temor;
que suba todo acreedor.
Capa, en mi poder estáis.
Vive Dios que han de arrancaros
del cuerpo; ya me la visto.

BÁRBULA. Al condenador de Cristo
pareces.

(*Sale un* ALGUACIL, *un* ESCRIBANO *y un* INDIO.)

BÁRBULA. Yo he de ampararos
en la ejecución, David.

ESCRIBAN. ¿Quién será aquel caballero?
Bueno fuera que primero
se hubiera hablado. Advertid
que debe de ser pariente

de don Enrique, señor.
GRAMAGO. ¿Si me han cobrado temor?
La apariencia es excelente.
¡Vive Dios que me han tenido
por hombre grave, señora;
que me acreditéis ahora
importa. Di que he venido
de donde te pareciere,
y que soy Marqués o Conde.
LEONOR. ¿De adónde?
GRAMAGO. No sé de adónde.
Diga de donde quisiere.
ALGUACIL. Sospecho que se ha enojado.
GRAMAGO. Llamarásme señoría.
ALGUACIL. Señor, a pensar que había...
GRAMAGO. ¿Por qué no lo habéis pensado?
¿Así en casas pricipales
se entra sin guardar respeto?
ALGUACIL. Que fué ignorancia os prometo.
GRAMAGO. Sois unos tales por cuales.
LEONOR. Quítese, por vida mía,
señor Marqués, porque al fin
han venido con buen fin.
ALGUACIL. Sírvase Vueseñoría
de perdonarnos, y advierta...
GRAMAGO. ¿Pues qué puedo yo advertir?
ALGUACIL. Que todos le han de servir.
GRAMAGO. ¿No hay en esta casa puerta?
¿No hay aldabas? ¿No hay porte-
[ros?
¿No hay poyos donde sentarse
a esperar? ¿Luego han de entrarse
si está mi cuñada en cueros?
¿Han de entrarse al camarín?
¡Tosco intento! ¡Urbanidad
agreste! ¡Esta es libertad
sola capaz de un rocín!
LEONOR. Bueno está.
GRAMAGO. Estáis muy tierna.
LEONOR. Esa es reprensión pesada.
GRAMAGO. Por vuestros ojos, cuñada,
que los deis una fraterna,
por no hacer un hecho mío;
mas basta mandarlo vos.—
¿Pues a qué venís los dos?
ALGUACIL. Es este honrado judío
que de un dinero que fió
la parte.
GRAMAGO. Pues no me espanto
que no se atreviera a tanto
la necedad con que entró.
ALGUACIL. Después del tiempo pasado
a hacer esto le ha movido
el haber ahora oído
decir que está desterrado
don Enrique, y ser podría
que cargasen más deudores.
GRAMAGO. ¿Y ha de haber acreedores
también por la hacienda mía?
¿Sin distinguir el menage,
plata, caballos, trabaron
la ejecución?
LEONOR. No pensaron.
GRAMAGO. Pues que piensen.
DANIEL. Vaya un paje
y señale los caballos
que tiene Vueseñoría.
GRAMAGO. ¿Esa es buena cortesía?
DANIEL. Que yo debo respetallos
por suyos, y los demás.
GRAMAGO. ¿Es señalallos forzoso?
Pues el Hosco y el Meloso.
LEONOR. ¿Qué has hecho? ¿Nombres les das
de toros?
GRAMAGO. ¿No ves que digo
que dos torillos maté
con el rucio?
ALGUACIL. Bien se ve
que es famoso.
GRAMAGO. Estén conmigo.
El Alazán y la Pía
aunque en tropezar cruel,
son míos.
ALGUACIL. ¿Y es el Argel
también de Vueseñoría?
GRAMAGO. Y el Marruecos.
ALGUACIL. De ese modo
todo se podrá borrar
del inventario.
GRAMAGO. Eso es dar
famosa salida a todo.
ESCRIBANO. ¿Luego no tiene caballos
don Enrique?
ALGUACIL. No lo entiendo.
GRAMAGO. Como fueren pareciendo
podrán inventariallos.
ESCRIBAN. Más limpio se escribirá.
DANIEL. Quédese esta diligencia
en el estado en que está,
pues mi buena suerte quiso
que esté el dinero abonado.
GRAMAGO. Por Dios, cuñada, que ha andado
liberal el circunciso.

DANIEL. Así le obligo al Marqués
a que salga por fiador.
GRAMAGO. Daniel, yo soy el deudor,
y pagaré el interés
de la dilación que hubiere;
y no será mucha, creo,
que ahora al primer correo
me han avisado que espere
letra.
DANIEL. ¿Y de adónde, señor,
libran dinero a Vuesía?
GRAMAGO. El librarme yo querría.—
Letra es del monte Thabor.
DANIEL. ¿En un monte?
GRAMAGO. Decís bien.
Es que cierto amigo hebreo
dejó a Roma con deseo
de ver a Jerusalén,
y esta ha sido la ocasión
de enviarle desde allí.
DANIEL. ¿Y él es conocido aquí?
GRAMAGO. Nicodemus Zabulón
se llama; no sé, en verdad,
si es conocido.
LEONOR. ¡Jesús!
GRAMAGO. Otra espero de Emaús.
DANIEL. ¡Extraña puntualidad!—
Pues diga Vueseñoría
el nombre, porque se haga
memoria.
GRAMAGO. ¿A quien tan bien paga?
ESCRIBANO. Esta es diligencia mía.
El contrato he de otorgar,
su nombre hemos de saber
para que se pueda hacer,
que después podrá firmar.
GRAMAGO. Don Epifanio de Chaves.
ESCRIBANO. ¿Marqués?
GRAMAGO. De la Epifanía.
ESCRIBANO. ¿Y qué armas tiene Vuesía?
GRAMAGO. Tengo un manojo de llaves.
ESCRIBANO. Ya, señor, está tomada
la minuta; volveré
a que la firme.
GRAMAGO. Yo iré
al escritorio.
DANIEL. ¡Qué honrada
presencia tiene el Marqués!
ESCRIBANO. Mándenos Vueseñoría.
GRAMAGO. Ya quedan por cuenta mía
los derechos.
ALGUACIL. Interés
nuestro es haberle servido,
y Vuesa merced nos mande.

(*Vanse.*)

LEONOR. Serviré merced tan grande.
GRAMAGO. ¿Fuéronse ya?
BÁRBULA. Ya se han ido.
GRAMAGO. Y dirán, pues, que no hace
el hábito al monje.
LEONOR. Aquí
se ha visto el ejemplo en ti.
GRAMAGO. Ahora el respeto nace
del traje, cuyo interés
al hombre más bajo anima,
pues por lo menos le estima
el que tan honrado ves.
LEONOR. Poco te admira (1) el cuidado
de saber de tu señor:
si le tuvieras amor,
estuvieras a su lado.
GRAMAGO. Tú estás de gentil humor.
¿Es mal hecho que yo entienda
en defenderle su hacienda
mientras defiende su honor?
¿Verdad es que el alma adora
desdichas no imaginadas,
pues entre voces y espadas
se le escapó mi señora.
En fin, a palacio iré,
que yo le soy buen amigo.
BÁRBULA. Quiero que vayas conmigo,
quizá remediar podré,
si hablo al Rey, desdicha tanta.
Haz que me pongan la silla.
GRAMAGO. Ponedme esta lechuguilla.
Marquesa, mucho me espanta
vuestro descuido, en verdad,
que si dais conmigo en eso,
que pienso dar en travieso.
BÁRBULA. ¡Heredó la gravedad
el picaño!
GRAMAGO. Cortesía
debéis, Marquesa, a mi amor.
No he de pasar.
BÁRBULA. Ea, señor.
GRAMAGO. No haré.
BÁRBULA. Obedezco a Vuesía.

(*Vanse, y sale el* REY *y* BLANCA.)

REY. Blanca, ¿qué rigor es éste

(1) Así en el original; pero quizá debería decir "apremia", "aqueja" u otra palabra por el estilo.

después de tanto favor?

BLANCA. Mirad cómo habláis, señor,
que aunque la vida me cueste
no sufriré que digáis
que pude yo ni aun miraros.
¿Que lleguéis tanto a cegaros
que el respeto me perdáis?
Si os habló alguna mujer,
sería doña Leonor,
que con ilícito amor
se puso en vuestro poder.
Y pues que queréis que crea
favores no imaginados,
teneldos, señor, guardados
en vuestra engañada idea.
Porque en la ofensa que toco,
crisol en que me apuráis,
la diré que la engañáis
y os vendrá a tener en poco.

REY. Si estuve anoche con vos
en mi casa de placer,
y ciego amor pudo ver
las finezas de los dos;
y entre vuestros brazos bellos
amor, que nos escuchaba,
los requiebros nos hurtaba
para aprovecharse dellos;
si cuando yo os defendía
del rigor de vuestro esposo
con un efecto amoroso,
igua la la pena mía,
me llagastes a decir:
"Señor, libra tu persona",
para mí mayor corona
que la que llego a regir.
Y a las ancas del caballo,
casi de mi cuello asida,
os traje de amor perdida,
¿cómo estas mudanzas hallo?
De noche son los favores
y los desdenes de día;
mas como la noche fría
sintió del sol los rigores.
Huyó medrosa a la mar,
medrosa que el sol la venza:
os ha vuelto la vergüenza
que le distes a guardar.

BLANCA. A desengañaros más,
vierais en la luz que os doy
que, pues con vergüenza estoy
que no la perdí jamás.
Y, pues, sabes que ni mal
ni bien nunca os he querido,
que conozcáis sólo pido
que a mi esposo soy leal.

REY. Blanca, en vano os defendéis
cuando en mi poder estáis,
y en vano al cielo os quejáis.

BLANCA. Mas en vano os atrevéis.
Soltad la mano, que tiene,
haciendo testigo a Dios,
un dueño menor que vos;
nombre humilde se os previene.
Porque al vasallo humilláis
vuestra coronada frente,
cuando él goza justamente
los favores que le dais.
Y como el cielo piadoso,
que castiga, si perdona,
os dió a vos esa corona,
le dió esta mano a mi esposo.

REY. Enigmas son para mí.
¡Vive Dios que estoy confuso!
¿Con qué máquinas dispuso
amor lo que escucho aquí?
El Marqués vendrá a hablaros,
que es testigo verdadero
de nuestro amor.

(*Vase.*)

BLANCA. Y tercero
de cuanto pienso negaros.
Cielos, ¿cómo nos ponéis
tan grandes cargos de honor,
pues que veis nuestro valor
y nuestra flaqueza veis?
Pero bien sé que lo hacéis
por dejar tan conocida
la luz del honor perdida
donde tal valor se halla,
poniendo para muralla
una mujer combatida.

(*Sale* ENRIQUE.)

D. ENRIQ. ¿Qué es esto, ofendido honor,
ya os vuelve al perdido centro,
donde las causas encuentro
de mi mal pagado amor?

(*Sale el* MARQUÉS.)

MARQUÉS. Blanca, quejoso de vos
va el Rey, y yo lo agradezco.

D. ENRIQ. ¿Qué aguardo que no me ofrezco
a dalles muerte a los dos?
Consejo le pido a Dios,

porque si uno me ha agraviado
otro a dudar me ha obligado;
porque en la ocasión presente
las dudas del inocente
sirven de escudo al culpado.
¡Oh, quién pudiera escuchar
lo que dicen!

MARQUÉS. Parabienes
vengo a dar de los desdenes
que al Rey le sabéis hacer,
si puede amor merecer
vuestra divina hermosura,
de mi amor y la ventura
en merecer conquistaros,
pues viene, por adoraros,
a ser ya mi amor locura.
El Rey os piensa burlar
cuando más por vos se muere,
que por accidentes quiere
quien quiere por olvidar.
Yo soy más firme en amar,
porque vuestros ojos bellos
los miro y me abraso en ellos,
y es porque juzgo a mi amor
en el peligro mayor
con fuerza para vencellos.

BLANCA. Si tienes más que decir
habla, aunque más te adelantes,
que palabras semejantes
todas se deben oír.
Todas las quiero escuchar
en mi infelice fortuna,
porque el vulgo por alguna
no tenga que sospechar.
¡Vive Dios que pues aquí
venganza al alma faltó,
que estoy por matarme yo
por no hallar sujeto en ti.

D. ENRIQ. Ecos de venganza oí.
Decidme, piadosos cielos,
si son venganzas o celos.

BLANCA. Villano, tú te atreviste;
mas, como loco, tuviste
desatinados desvelos.
Si el Rey tuvo atrevimiento,
en sólo el poder fundó
la locura que animó
su lascivo pensamiento;
pero en ti ha sido portento.
Aunque se venga a escuchar,
pájaro que aprenda a hablar:
y como a tu Rey oíste,
simplemente repetiste
lo que pudiste alcanzar.

MARQUÉS. Ya cansan tus vanidades,
pues tanto te desvaneces,
que has pensado que mereces
títulos y majestades.
A creer me persuades
que tu defensa mayor
nace de guardar tu honor,
y es porque el que te pretenda
cuando te alcanzare entienda
que fué milagro el favor.

D. ENRIQ. Nada escucho, nada entiendo
para que pueda saber
si Blanca pudo ofender
el claro honor que defiendo.

MARQUÉS. Mas porque humillar pretendo
tu arrogante presunción,
sirva aqueste bofetón
de sombra a tu honor fingido.

D. ENRIQ. Ahora sí estoy perdido,
que estos mis agravios son.—
¡Villano, ya llegó el día
que mis agravios publique!

BLANCA. ¡Ay, cielos!

(*Sale el* REY.)

REY. ¿Qué es esto, Enrique?

D. ENRIQ. Trazo la venganza mía.
Que si mi Rey me desvía
hasta que vuelva por mí,
el destierro obedecí;
que en buena razón fundado
aquí mi Rey me ha enviado,
pues vengo a vengarme aquí.

REY. Salíos, Marqués, allá fuera.—
¿Por qué matarle queréis?

D. ENRIQ. ¿Lo que vos, señor, sabéis?
queréis que yo lo refiera?
Si con esta espada fiera
su pecho hubiera rompido,
el por qué hubiérais sabido;
porque lo dice mejor
la sangre del ofensor
que la lengua del marido.
Y pues es la confusión
tanta, que el agravio ignora,
vengo el bofetón ahora
que le dió sin ocasión.

REY. Blanca, ¿en vuestro rostro hermo- [so
se atrevió a poner la mano?

(*Aparte.*)

BLANCA. Si aquí lo confieso es llano
que está en peligro mi esposo,
que el Marqués es poderoso.
Quiero su riesgo excusar.—
Señor, púdose engañar
mi esposo, porque no ha sido
el Marqués tan atrevido
que dél se pueda pensar.

D. ENRIQ. ¡Vive Dios que le defiende,
porque me ofende con él!—
De vuestra piedad cruel
el mismo cielo se ofende.
Advertid que el mundo entiende
contra ley y contra Dios,
que es el uno de los dos
quien con agravios me ofende.
A vuestro honor aprovecha
el declararme quién es,
que si no mato al Marqués
tendré de vos la sospecha.

REY. Cierta diligencia hecha
podrá decir la verdad;
en esta cuadra esperad.

D. ENRIQ. Yo os obedezco, señor.

(*Sale* LEONOR.)

LEONOR. Vengo a hablar al Rey.

D. ENRIQ. Tu honor
pide menos libertad.
Veráslе después.

LEONOR. Conmigo
jamás el Rey me ha negado
su vista.

D. ENRIQ. Si está ocupado
es yerro.

LEONOR. Tu gusto sigo.

(*Vanse los dos.*

REY. Blanca, si fueron favores
nacidos de parte vuestra
pudiera servir de freno
la vergüenza a vuestra lengua;
para recibir de un hombre
tan conocidas ofensas,
y callarlas es dejar
campo abierto a la sospecha.
Al cielo de vuestra cara,
cuyos ojos son estrellas
que se opusieron al sol,
pueden con las nubes negras
de la muerte escurecer,
sin que vuestro honor se pierda.
Mirad, Blanca, lo que hacéis:
si calláis dejáis abierta
la puerta para pensar
que sois conocida prenda
del Marqués.

BLANCA. Jamás permitan
los cielos que se escurezca
mi limpia fama. Quería,
disimulando mi ofensa,
excusar mayores daños;
mas donde honor se interesa
perdonen vanos respetos:
el Marqués, con alma ciega,
torpe de amor se atrevía.

REY. ¿Qué dices de amor?

BLANCA. Que intenta,
con pensamientos lascivos
entre villanas promesas,
manchar mi honor.

REY. ¿El Marqués?

BLANCA. Menos que con la violencia
del mandamiento real
no os publicara mi afrenta
ni su atrevimiento loco.

REY. ¿Que a mi persona se atreva,
a mi gusto y a mi honor,
un hombre que en mis ausencias
era mi persona misma?—
Blanca.

BLANCA. Señor.

REY. Yo quisiera
que supiérais lo que estimo
la conocida nobleza
de vuestra casa; y de modo
siento la desdicha vuestra,
que a estar en vuestro lugar
no diera el sol una vuelta
a la máquina que dora
sin que dieran mis ofensas
entera satisfación,
aunque mil veces rompiera
los privilegios que hacen
palacios de reyes.

(*Sale un criado.*)

CRIADO. Venga
Vuestra Majestad, señor,
que Enrique al Marqués, con fuerza
más que humana, entre los pies
le tiene.

REY. ¿Qué?

CRIADO. En la cabeza

le ha dado un golpe.
REY. Seguidme,
que esta venganza es vileza.
BLANCA. ¡Cielos, librad a mi esposo
y a mí, pues veis mi inocencia!

(Vanse, y sale el MARQUÉS *retirándose, y* ENRIQUE *tras él.)*

MARQUÉS. Enrique, detén la espada;
da lugar antes que muera
a que pueda confesar
mis delitos.
D. ENRIQ. Diligencia
era para aquí excusada,
pues cuando el postrero sea
el marido el que lo sabe,
sé que a mi querida prenda
robaste como traidor.
MARQUÉS. No tenga el cielo clemencia
del alma que entre mi sangre
va caminando a su esfera,
siendo el verdugo tu espada,
si han pasado mis ofensas
de las palabras que oíste,
pues que te hallaste tan cerca
que vengaste el bofetón
de tu esposa, a quien la Grecia
mira con ojos de envidia.
D. ENRIQ. No quedara satisfecha
mi intención si no quedara
entre las claras sospechas
con la intención castigada.
MARQUÉS. No la tuve de ofendella,
los cielos fueron testigos,
cuando por orden expresa
del Rey la robó mi gente.
D. ENRIQ. ¿Qué dices?
MARQUÉS. Que fué la presa
para el Rey, y esto te advierto
dando ya la sangre muestras
de que ya se rinde el alma.

(Vase.)

D. ENRIQ. ¿Qué confusiones son éstas?
Ya descubro otro enemigo.
Aquí serán las sospechas
más claras, porque el poder
rinde mujeriles fuerzas.
¿Que pudo ofenderme el Rey?

(Sale el REY *y acompañamiento.)*

REY. ¡Prendedle!
D. ENRIQ. Sólo Su Alteza
puede hacello; humilde estoy
a esos pies.

(Sale BLANCA.*)*

BLANCA. Si hay clemencia,
señor, en los reyes justos...
D. ENRIQ. ¡Vive Dios que si estuviera
donde pudiera matarte
que habia de excusar la afrenta
de que rogases por mí,
porque la mujer, si es buena,
ha de pedir encerrada
el bien que alcanzar desea
al cielo con oraciones,
y no a los hombres con quejas!—
Señor, yo maté al Marqués
por agravios que él confiesa,
si bien se quedaron todos
en la intención.
REY. ¿Y esa es buena
disculpa para matar
un hombre de tales prendas?
D. ENRIQ. Pues si falta alguna parte
para hacer mayor la ofensa,
suplidla vos, pues que fuisteis
olvidando las empresas,
los triunfos y las vitorias
que os he ganado en la guerra
del Africa y otras partes:
sé que a mi querida prenda
robastes.
REY. ¿Yo a vuestra esposa,
que a las romanas y griegas
vence en virtud? ¿Quién lo dice?
D. ENRIQ. Quien ya no podrá, aunque quiera,
arrepentirse: el Marqués,
entre las últimas quejas
que dió agonizando el alma,
que quien se parte a dar cuenta
a tan justo Tribunal,
no es razón que dél se entienda
que os pudo culpar sin culpa.

(Aparte.)

REY. Aquí es razón que prevenga
el remedio.—Don Enrique,
pasiones habrá tan ciegas,
que turbando los sentidos
condenen, finjan y mientan
en el más estrecho paso
y en la cuenta más estrecha.
¿Y cómo fuera posible

que yo ofenderos pudiera,
si vuestra hermana Leonor
ha sido la dulce prenda
de mi alma, y la que anoche,
con mil juradas promesas,
ganó el nombre de mi esposa
y el que yo le doy de reina,
que aunque fué tercero amor,
no ha sido ella la primera
de su casa que ha mezclado
sangre, valor y nobleza
con reyes de Portugal?—
Haced que vayan por ella,
cuñado...

BLANCA. ¡Suerte dichosa!

REY. ...que quiero en vuestra presencia
darle la mano de esposo.

D. ENRIQ. Escuchando está ella mesma
la gran merced que le hacéis.

(*Sale* LEONOR.)

LEONOR. Humilde beso la tierra
que han honrado vuestro pies.

REY. Mis brazos es bien que sean
el fénix de vuestro amor.
El cielo esta causa ordena
para que el nombre que el mundo
me da de justo no pierda,
por el borrón de un agravio,
las luces que en él campean.
Ya sois mi esposa, Leonor.

LEONOR. Ya que soy esposa vuestra
os suplico perdonéis
a mi hermano.

REY. Fué muy cuerda
su venganza, que hombres tales
y de tan alta nobleza
hasta la intención castigan
si les ofenden con ella.—
General de Africa sois.

D. ENRIQ. Déle Dios a Vuestra Alteza
las dos coronas ilustres
que mira Alemania y Grecia.

GRAMAGO. Yo, señor, aunque es forzoso
que de las mercede vuestras
me dé alguna mi señor,
es dura cosa que vengan
por jeringa. Hacedme alguna,
porque siquiera con ella
goce mi Bárbula, ausente,
un pedazo desta fiesta.

REY. Dénsele dos mil cruzados.

GRAMAGO. En dos mil cruces se vea
quien darlos me lo dilate
un cuarto de hora.

REY. Prevengan
grandes fiestas a mis bodas,
dándole aquí a la comedia
de LA INTENCIÓN CASTIGADA
honroso fin el poeta.

EL JARDIN DE VARGAS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El Rey. *El* Príncipe.
El Conde de Gormaz.
Elvira, *dama.*
Jacinta, *dama.*
Don Juan, *caballero.*
Don Nuño, *caballero.*
Alberto Ramos, *villano.*
Marirramos, *su hija.*
Peloro, *villano.*

JORNADA PRIMERA

(*Salen* Jacinta *y* Elvira *con un papel en las manos.*)

Jacinta. Elvira, suelta el papel;
no me enojes más.
Elvira. Detente;
no te enfades.
Jacinta. Es valiente
mi amor.
Elvira. Pues no lo sea cruel;
que implica con valentía
contradición la crueldad.
Jacinta. Suelta; aunque dices verdad,
suelta, Elvira.
Elvira. Tu porfía
me tiene de convencer.
Que al Príncipe se le diera
me dijiste.
Jacinta. Bueno fuera
con celos satisfacer.
Elvira. ¿Cómo al Príncipe, Jacinta,
con tan grande extremo adoras?
Ni a tiempo ríes ni lloras;
sólo eliges lo que pinta
en tu deseo la idea
de torpe imaginación.
Jacinta. Si muerte los celos son,
¿qué dirás que a tiempo sea
que me obligues a tener
paciencia?
Elvira. En tus bellos ojos,
que al sol fulminan despojos
que el alba anuncia al nacer,
puso el Príncipe su afeto,
siendo en Toledo alabada
tu belleza, y estimada
por celebrado conceto
de divina perfeción.
El Rey no tiene heredero
más de al Príncipe.
Jacinta. Ya espero
tu necia resolución.
Elvira. Pues como en Toledo asiste,
por afición y grandeza,
y tú entre tanta belleza
sola la admitida fuiste
de su heredero, es razón
que tus acciones moderes.
Jacinta. Basta, que decirme quieres
que no aliente mi afición.
Por ser hermana del Conde
de Orgaz, el menor estado
nunca es de amor reservado,
ni por eso corresponde
mal al Príncipe mi gusto;
no, Elvira, sino por ver
que me olvida por querer
lo que olvidar fuera justo.
Elvira. Si se casa en Portugal
o en Inglaterra esposa
le dan, ¿qué has de hacer, celosa?
Jacinta. Elvira, no digas tal.
Escucha, amiga, el papel,
verás en su cortesía
si merece el alma mía
que cifre mi muerte en él:

"Aunque la desigualdad de nuestras calidades me pudiera entorpecer los deseos de ado-

rar tus divinas partes, y aunque de tu cuidadoso padre y mi señor me desvelan los desabrimientos, siempre, mi señor, me desvelo en adorarte. Estímame como a tuya y correspóndeme como agradecido a mis deseos.

JACINTA."

¿Esto escribe una mujer
a la deslealtad de un hombre
para escurecer su nombre?
¡Mil pedazos le he de hacer!
Del papel y de la tinta
haré con darle a los vientos,
dueños de mis pensamientos.

(*Sale el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. ¿Qué enojo es éste, Jacinta?
¿Vuestro rostro en arrebol
del alba, que aunque enojada
está de gloria esmaltada?

JACINTA. Anuncia que sale el sol.

PRÍNCIPE. No alcanza su claridad,
pues que la impide la aurora.

JACINTA. Cuando nace el alba, llora.

PRÍNCIPE. Perlas, Jacinta, es verdad.

JACINTA. Aunque las engendra el fuego
del sol, que rayos despide,
sólo a su gusto se mide,
y dellas se olvida luego.

PRÍNCIPE. Algo desa cifra entiendo.
Doña Elvira está delante;
no importa, pues del constante
amor en que estoy ardiendo
es testigo acreditado
de silencio y de cordura.

ELVIRA. Y que aliento mi ventura
con la ambición de tu agrado.

PRÍNCIPE. Bella Jacinta..., no bella
si lo es cualquiera hermosura,
que tus partes de deidad
estrellas del alba enturbian;
que en ellas está el bosquejo
con que arrogantes deslumbran,
y en ti el maestro del sol
la perfección asegura.
Como a sujeto tan alto
te reverencia y te juzga
el alma, que en adorarte
indignidades promulga,
estoy siempre contemplando
que parte del cielo ocupas,
pues veo con ceño al sol
y con capote a la luna.
Vite en el jardín hermoso
del Alcázar, que de espumas
de los enojos del Tajo
perlas engendra en las murtas,
sirviendo de Ninfa hermosa
(que poco he dicho) a las grutas;
que si se burlan cristales,
tú les venciste en las burlas.
No sé si te vi, que auroras
cercadas de luz ocupan
caminos de vista ufanos,
que en su arrebol se deslumbran.
Libre claridad cegóme;
cegóme diré sin duda,
pues con claridad te adoro
y en méritos quedo a escuras.
Llegaste junto a un estanque,
y las claras aguas, turbias,
tu cristal reverenciaron.
Que fué temor, ¿quién lo duda?
Yo escondido entre unas ramas
estaba, como el que busca
la caza, que el pie no mueve
porque no se espante o huya.
Temía al temblar las hojas
su necia descompostura,
y siendo apacible el viento
blasfemaba de su furia.
A hablarte salí medroso,
porque siempre a las venturas
precipita inconvenientes
la ambición de la fortuna.
Volviste con sobresalto,
y a la soledad nocturna
tu rostro vestía de auroras,
entre turbada y confusa.
Habléte; nunca te hablara,
pues obstinadas (1) disputas
de calidades humanas
divinidades injurian.
Vite romper un papel:
si es darme celos, no ocupan
la deidad de mi fineza
incendios que infierno anuncian.
Y pues que siempre te adoro
y el alma que vivo es tuya,
sirvan para que se salven
méritos de mi disculpa.
Mis fiestas son tus donaires,
mis regalos tus corduras,

(1) En el original, por errata, dice "obstentadas".

mis contentos adorarte
y mi espejo tu hermoura.
Si esto no es querer, responde;
si esto no es amar, pregunta
a amor si tiene otras leyes,
y ponme en mayor clausura.

JACINTA. Príncipe, para atreverme
a responderte me animan
mis bien nacidas firmezas;
no sé si bien admitidas.
No tengo más calidad
de ser, por acción divina,
esfera de tu memoria
y girasol de tu vista.
Tú eres hijo de un Monarca;
de un Conde pobre soy hija:
si mi amor puede igualarte,
la misma razón lo diga.
Morir en la pretensión
es más gusto que la vida,
que consagrada a tu amor
no puede llamarse mía.
Anoche, estando en mi cuadra,
en soledad tan prolija,
que sólo me acompañaban
un bufete y dos bujías,
sacrificando en tu amor
—¡oh qué noches tan prolijas!—,
convertida en siglos largos
por la brevedad del día,
saqué tu bello retrato,
que como mi pecho habita
un rato a solas con él
quise aliviar mis fatigas.
Sobre un bufete de plata
le puse, como quien mira
para tocarse a un espejo,
no me hizo alegre la vista.
Fuíle a tomar y cayóse;
yo entonces dije, ofendida:
cuando se caen los espejos
mal suceso pronostican.
Alcéle y tomé un papel
(¡qué temeraria, qué aprisa!),
donde cifré mi firmeza,
donde conté mis desdichas.
Y apenas el alba hermosa
del sol anunció la risa,
cuando el papel con mil almas
le di para darte a Elvira.
Supe (¡ah, crueles amantes!)
que con gusto entretenida
le diste a la noche auroras
con doña Clara, mi prima.
Llegué a Elvira con enojo,
quitéle el papel corrida,
porque mi violento fuego
le convirtiera en cenizas.
Llegaste tú, reportéme;
vite rey, quedé oprimida;
miré tu sol, deslumbróme;
escuché tu voz, temíla.
Si esto no es amor, responde;
y si a mayor gallardía
se constituyen sus leyes,
a tu gusto estoy rendida.

PRÍNCIPE. No de tus antojos quiero
castigar la presunción
ni darte satisfación,
que fuera lance grosero,
y suele desobligar
en causa que es tan dudosa
reducilla a sospechosa
con quererla disculpar.
Ni con encarecimientos
quiero pintarte mi amor,
que como no es hablador
funda en obras sus aumentos.
Dame esa mano en señal
de que eres mi propia vida.

JACINTA. Tu agrado mi enojo olvida.

PRÍNCIPE. Es condición celestial.
¿No sabes que el alma es mía?

ELVIRA. Quedo, que tu hermano viene.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. Buen fin mi sospecha tiene.

PRÍNCIPE. Ya es demasiada porfía.
Dámela, Elvira, por Dios,
que a descomponer me obligas,
y antes que me vaya amigas
habéis de quedar las dos.

CONDE. Los pies beso a Vuestra Alteza.

PRÍNCIPE. Huélgome que hayáis venido,
que ya estoy medio corrido
de ver tan grande extrañeza.—
Ea, Elvira, no haya más:
dádmela y abrazaos luego.

ELVIRA. A hacer lo que mandas llego.

PRÍNCIPE. Gusto infinito me das.
Doña Elvira es bien nacida,
doña Jacinta también,
y cuando el cargo le den
de camarera, advertida

doña Elvira de que tiene
Jacinta en antigüedad
más grados de calidad...
JACINTA. ¡Qué bien su engaño previene!
PRÍNCIPE. ...quedará desenojada.—
¿Digo bien, Conde?
CONDE. Señor,
supuesto que a tu valor
está mi humildad postrada,
mi hermana no puede ser
camarera.
PRÍNCIPE. ¿Cómo no?
¿No puedo mandallo yo?
CONDE. Tienes padre.
PRÍNCIPE. ¿Y ha de ser
mi padre contra mi gusto?
CONDE. Como él quiera, ¿por qué no?
PRÍNCIPE. ¿Contra lo que mando yo,
siendo a su servicio justo?
CONDE. Señor, no lo debe ser,
pues que no da permisión.
JACINTA. ¡No me habléis más, corazón,
que bien os dais a entender!
PRÍNCIPE. Conde, decid: ¿vuestra hermana
no tiene méritos? ¿Cómo,
siendo del Rey mayordomo
y ella desa suerte ufana,
también admitidos, dais
a la duda esa objeción?
CONDE. Porque hay nueva redución.
PRÍNCIPE. Della es bien que me advirtáis.

CONDE.

Saliendo alegre a caza un claro día
tu pradre, por los montes de Toledo,
dando a los gerifaltes osadía
y a las veloces garzas torpe miedo,
después de haber calmado su alegría...

JACINTA.

Agora más confusa que antes quedo.

CONDE.

De Vargas ilustró la aldea corta,
adonde el sol la vanidad reporta.
Llegaron de la Sagra labradores
y zagalejas a sus pies lozanos,
ya con la caza, pesca, fruta y flores,
cifrando un mayo en sus heroicas manos.
Pagóles con agrados, con favores,
dejólos ricos y de gloria ufanos;
que el Rey, como fiscal del firmamento,
es fuerza que por uno ha de dar ciento.
Viendo el sitio, la gente y el agrado
tan dispuesto a su gusto y tan copioso,
quedó con afición determinado
a fabricar allí un jardín hermoso,
con casa y gente, que, vecino a un prado,
forme un palacio rico y suntuoso,
adonde del conejo y gamo vea
porfías sobre cuál le lisonjea.
Previene que le asista yo, acudiendo
con desvelos al gusto que le alienta,
cristales a las murtas previniendo,
y más verdores que el abril intenta.
Y por este mandato discurriendo
me apresura con ira tan violenta,
que por dar al efeto el gusto junto
me mandó que me parta luego al punto.
Allí será mi hermana camarera,
no del palacio, del abril florido,
que así lo manda el Rey, y a Dios pluguiera
a más rigor me hubiera reducido:
aquí no hay dilación, que si la hubiera
pusiera mi opinión en torpe olvido.
Carrozas y literas ten a punto.

PRÍNCIPE.

¡Ella va desterrada, y yo difunto!
JACINTA. Si el Rey lo manda, servirle
será mi mayor blasón;
aunque es merced con pensión.
CONDE. ¿Quién bastará a persuadirle?
JACINTA. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?
PRÍNCIPE. Que os lleve el cielo con bien.
CONDE. Tus pies beso.
PRÍNCIPE. Cielos, ¿quién
sin la luz de su belleza
podrá vivir?
CONDE. Ven, hermana.—
Su Alteza reine en Castilla,
y goce la imperial silla
sin la opresión africana.

(*Vanse y queda el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. ¡No es bueno volver los ojos
para acabar de matarme,
que no bastaba llevarme
el alma para despojos
de su belleza!

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Señor,
el Rey te llama.
PRÍNCIPE. ¿Sí hará...?—

¿Adónde, don Juan, está?
D. JUAN. Ya llegará al corredor.
PRÍNCIPE. ¿Qué os parece del suceso?
A Jacinta ha desterrado.
D. JUAN. Es destierro moderado.
PRÍNCIPE. Y aun injusto. Yo confieso,
don Juan, que por ella muero;
pero, ¿qué escándalo doy?
D. JUAN. Testigo, Príncipe, soy
de que lo miró primero;
y para no dalle nombre
de destierro a este ejercicio
la inclinó.
PRÍNCIPE. ¡Gran beneficio!
Don Juan, oíd, pues sois hombre
de tal calidad y aviso,
que en vuestra amistad fundado
restituye mi cuidado
el que amor quitarme quiso.
Haced por mí, y advertid
cuán cerca estoy de reinar;
una acción que he de premiar
como lo veréis.
D. JUAN. Decid.
PRÍNCIPE. Vos habéis de ir a alcanzar
al Conde de Gormaz, diciendo (1)
que el Rey mi padre, advirtiendo
lo estrecho de aquel lugar,
quiere que le acompañéis
como su teniente, dando
al caso en que va dudando
la advertencia que sabréis.
Que yo, cuando el Rey no os vea,
diré que os tengo ocupado,
y de mi Jacinta al lado
viviréis, para que sea
mi desdicha tolerable:
con escribir, responder,
y cuando la vaya a ver
no la culpe de mudable.
Con casto amor la serví;
haced, amigo, por Dios,
lo que yo hiciera por vos.
D. JUAN. Basta; fiaos de mí.
¡Jesús! Gran señor, corrido
estoy de esa prevención,
que os sirvo con afición:
con ella estoy persuadido
de hacer cuanto me mandéis.
Voime a poner de camino.

(1) Sobra una sílaba a este verso: quizá se escribiría "al Conde Gormaz, diciendo".

Orgaz?

PRÍNCIPE. Amigo, un ángel divino
en mi Jacinta hallaréis.
Y pues mi suerte lo quiso
que estéis de esa gloria al lado,
haced cuenta que os he dado
las llaves del paraíso.

(*Vanse. Sale* PELORO *y* MARIRRAMOS.)

PELORO. ¡Pardiez, Maruca, que vengo
del molino muy cansado!
MARIRRAM. Yo, Peloro, ya he amasado,
aunque poca harina tengo;
y aunque tengo mal perjeño,
un pan saqué que las flores
envidiaban sus colores,
bien a costa de mi sueño.
Y como es el pan de Vargas
para Toledo el mejor,
venderáse sin temor,
aunque llevemos mil cargas.
Pero hay unos bellacones
que hunden la panadera
por tomar el pan. ¡Ceguera
les embista, y sabañones
en su lengua se regalen!
PELORO. Marirramos, ya yo vi
venir un galán tras ti.
MARIRRAM. ¿Uno? Como desos salen
por la puerta del Cambrón
apelliscarme.
PELORO. ¡Mal año!
Por ahí comienza el daño.
MARIRRAM. ¡No gustarán mi afición!
PELORO. ¿Siempre machorra has de ser,
Marirramos, siendo hermosa?
MARIRRAM. ¡Calla, que so vergonzosa!
¡Tirte allá! ¿Eso has de her?
No me hace el amor cosquillas.
¿Amor dije? ¡Escupo! Dios
no nos mate aquí a los dos.
PELORO. ¿Deso haces maravillas?
MARIRRAM. ¿No ves que tratar de amor
es pecado? Si supiera
esto mi padre, riñera.
PELORO. ¡Que no lo sabrá, señor!
MARIRRAM. ¿Es más mortal el pecado
que el amor?
PELORO. Más importuno.
MARIRRAM. Todo debe de ser uno.
¡Mal fuego en él! Ni pintado
le quiero ver. Mas señor
viene hacia acá; ¿no nos vamos?

(*Entra* DON JUAN *y el* CONDE *y* ALBERTO.)

CONDE. Ya en Vargas, don Juan, estamos;
y ésta es la casa mejor
que hay en el aldea.
ALBERTO. Al menos
el dueño con voluntad
os ofrece su humildad,
y con mucho afecto llenos
los deseos de poner
en vuestro gusto cuidado.
D. JUAN. Alberto Ramos, su agrado
lo da muy bien a entender.
MARIRRAM. ¡Pardiez que es gente locida!
Y la dama mucho más.
PELORO. Calla, que la afrentarás.
JACINTA. Estoy muy agradecida,
señor don Juan, al cuidado
que Su Majestad mostró.
CONDE. Mi soledad advirtió;
que de vos, don Juan, honrado,
no echaré menos la Corte.
D. JUAN. Antes, de Jacinta hermosa
queda la Corte envidiosa,
que era de su agrado el norte.
Yo aseguro que tengamos
presto por huésped al Rey.
CONDE. En todo es su gusto ley.—
Digo, pues, Alberto Ramos,...
MARIRRAM. Este es el más hablador.
PELORO. El señor debe de ser.
CONDE. Que al momento es menester,
por ser causa superior,
que la casa se levante,
que con este fundamento
se dará al jardín asiento;
que el bosque aunque esté distante
no importa, como se vea
subiendo a la galería;
y un sobrestante querría,
que de buena opinión sea,
que lo sepa disponer.
ALBERTO. En todo seréis servido,
que a lugar habéis venido
donde os servirán. Poner
podéis agora en mi casa
de la vuestra el aparato.
CONDE. No será hospedaje ingrato.
ALBERTO. Vencéisme en la cortesía.
MARIRRAM. Peloro, galanes son,
aunque no les he notado
sino solmente de un lado.
PELORO. Lo mismo del otro son.
MARIRRAM. Tres de viso. ¡Muy galanes
son, por Santa Margarita!
PELORO. Sí; pero es gente maldita.
Huye de sus ademanes,
que de la mohatra son.
MARIRRAM. ¿Qué mohatra? Tirte afuera.
CONDE. Venid, Alberto.
ALBERTO. Quisiera
que como tan cortas son
y humildes mis casas, fueran
los palacios de Galiana.
CONDE. Créolo.—Venid, hermana.

(*Vanse, y queda* DON JUAN *y* MARIRRAMOS.)

D. JUAN. Oíd, zagala.
MARIRRAM. Me esperan,
que está la masa en sazón
y he de heñir dos fanegas.
D. JUAN. Oye un poco.
MARIRRAM. Si me ruegas
que te escuche una razón,
más de ciento me dirás,
y está esperando la artesa.
D. JUAN. Oyeme, Juana o Teresa,
que con tu belleza das
esmalte a las bellas flores,
para que el mundo se asombre.
MARIRRAM. Marirramos es mi nombre,
y ésos que decís amores,
pero no son para mí.
D. JUAN. ¿Como, siendo hermosa y bella?
MARIRRAM. No, señor, que soy doncella
desde el día en que nací.
D. JUAN. No dudo que lo serás.
MARIRRAM. Harto hacéis; tened vergüenza,
que cuando el amor comienza
es un mismo Satanás.
¿Un hora no habéis llegado
al aldea, y ya risueño
os pone el alma en empeño
fingiendo amor?
D. JUAN. Si me han dado
tu donaire y tu hermosura,
mil cielos que contemplar,
¿no te tengo de adorar?
MARIRRAM. Tal os dé Dios la ventura.
Mirad: sos los cortesanos
grandes acariciaderos,
fingidos y trapaceros;
quien cayera en vuestras manos
tuviera bien que llorar.

D. JUAN. Mal me conoces, María.
MARIRRAM. ¡Ay, si supiera mi tía
que a solas os llegué a habrar,
qué cachetes me pegara!
No hubiera cabello en pie.
D. JUAN. ¿No me querrás?
MARIRRAM. ¿Para qué,
si ha de salirme a la cara?
Mire, yo so vergonzosa,
no alzo los ojos del suelo,
ni bailo, ni rizo el pelo,
ni me precio de hermosa,
ni me engaito los cabellos,
que despreciando el donaire
a beneficio del aire,
se van donde quieren ellos.
Que en esta aldea coitada,
por cualquiera no sé qué,
apenas se bulle el pie,
cuando nota que patada.
Y os juro, ¡ay, triste de mí,
que lo habré de confesar!,
que tenéis para agradar.
¡Ay, Jesús, voime de aquí!
D. JUAN. Si yo os mereciera a vos,
grande mi ventura fuera.
MARIRRAM. ¡Ay, quién querelle pudiera
sin que me matara Dios!
Que es de lindo rostro y talle
y pardiobre en sus empreos,
achicando mis deseos
zozobra le diera al valle.
De la masa me olvidara
aunque se quedara aceda,
y del molino la rueda,
que era su amor contemplara.
Nunca tortas regaladas
en el horno las metiera,
que el amor me las cociera
con sus dulces llamaradas.—
Mire que no ha de decir
a nadie que me ha hablado.
D. JUAN. Sólo lo sabrá este prado.
MARIRRAM. También se sabrá reír.
D. JUAN. Mi dicha, de gloria ufana,
se cifra en tu rostro bello.
MARIRRAM. Calle; dormiré sobre ello,
y responderé mañana.

(*Sale* JACINTA.)

JACINTA. Don Juan, tan agradecida
estoy a la diligencia
de vuestra insigne advertencia
y amistad contribuída
del Príncipe, que no sé
qué medios he de elegir
para saberos servir.
D. JUAN. Tan grande el desvelo fué
del Príncipe y el enfado
en vuestro destierro injusto,
que luego incliné mi gusto
a reducille a su agrado.
¡Qué extremos, qué desvaríos
hiciera a no reportalle!
JACINTA. Basta, don Juan, igualalle
en el rigor de los míos.
¿Qué te dijo?
D. JUAN. Que acudiera
a tu gusto vigilante,
que por uno y otro instante
le avisara y le escribiera,
y que un punto no reposa
por el pesar que te dan.
JACINTA. Dadme los brazos, don Juan,
por nueva tan venturosa.
MARIRRAM. ¡Arte allá! ¿Desa manera
a dos enamoricáis?
¡Mal conocéis si engaitáis
de Vargas la panadera!
JACINTA. Mil sobresaltos me da
su ausencia; por verle muero.
D. JUAN. Ya por instantes le espero.
MARIRRAM. ¡Ah, caballero! Sabrá
que aunque guardamos novillos,
tal vez que se nos alcanza
que es muy bellaca crianza
el mascar a dos carrillos.
D. JUAN. Yo voy.—Perdonad, señora.—
¿No ves, necia, que es mi ama?
MARIRRAM. ¿Y la abraza? ¡Linda dama,
cómo se remilga agora!
¡Malos años y mal mes!
D. JUAN. La labradora es graciosa.
JACINTA. Aunque rústica, es hermosa.
MARIRRAM. Escuche una trova.
D. JUAN. ¿Qué es?
MARIRRAM. Es la mujer del barbero
del pueblo la más sabida,
y canta toda su vida
esta grosa en el pandero:
"Si queréis alcanzar amores,
Peromingo, en este lugar,
no engañéis la cara, que es cara,
que en caracol os puede tornar."

A fe que el que la trovó
podía ser canonigo.

D. JUAN. Es muy buena.

MARIRRAM. Pues no digo
otra que se me olvidó.

(*Sale* ALBERTO RAMOS, *el* CONDE *y* PELORO.)

CONDE. Jacinta, por vida mía,
que el tiro me da contento.

JACINTA. El mío, hermano, acreciento
si el verle te da alegría.
Pero, al fin, la soledad
en largo tiempo es cansada.

PELORO. Todo en esta vida enfada:
el palacio y la ciudad.
Cansa el andar a caballo
y cansa el andar a pie;
cansa el tiempo que se fué,
y el que vino, de esperallo.
Cansa el que es muy hablador,
y cansa el que es muy callado;
cansa el que es enamorado,
el valiente, el jugador.
Cansa la melancolía
y la loca presunción;
el de triste corazón
y el de pesada alegría.
Cánsanse los pies de andar
y los brazos de reñir,
las pestañas de sentir
y los ojos de mirar.
Cansa el sol y cansa el aire,
cánsanse los elementos,
cansan encarecimientos
dichos con poco donaire.
Y solamente, a mi ver,
por últimos disparates,
no se cansan los gaznates
si hay buen vino que beber.

MARIRRAM. Los tuyos, Peloro, creo
que nunca se cansarán.

PELORO. Yo tomo lo que me dan,
pero no lo que deseo.

CONDE. ¿Y esta zagala hermosa
es vuestra hija?

ALBERTO. Señor,
y en quien se cifra mi amor,
por casta y por virtuosa.

PELORO. Marirramos es castiza;
pero no la quiere dar.

CONDE. ¿Que no se quiere casar?

MARIRRAM. No sé; si el demonio atiza,
para novia me erguiré.

D. JUAN. ¿Pues no halláis novio que os cua- [dre?

MARIRRAM. Responda mi señor padre.

ALBERTO. Es, señor, en quien se ve
cifrada la honestidad:
no alza del suelo los ojos,
los hombres le dan enojos,
pues cuando va a la ciudad
con el rosario en la mano
repasa sus devociones;
jamás escucha razones
del lenguaje cortesano.
Trasnocha, y por aumentar
no duerme hasta la mañana.

PELORO. Señor, por buena cristiana
le hemos de canonizar.

JACINTA. De los villanos me agrada
la noble conversación.

CONDE. Aquí, pues, tu presunción
a la caza es obligada.
Con la ballesta y los perros
darás asalto a los gamos,
que habitan entre los ramos
de esos levantados cerros.
Suspenderá tus cuidados
con canto la perdiz bella,
y el jabalí con la huella
que cruza estos verdes prados.
Y por lisonjero fin
te han de adornar tantas flores,
que amor se cifre en colores
deste amoroso jardín.
Y linsonjero a su gloria,
haré que el Jardín de Vargas
para eternidades largas
deje a los hombres memorias.

D. JUAN. Marirramos, ¿me has de ver?

MARIRRAM. Sí veré; si no me olvida.

PELORO. Bien a fe, ¿ya andas erguida?

MARIRRAM. ¡Que siempre habéis de tener
malicias! Venid al horno
a echar fuego.

PELORO. Plegue a Dios
no se encienda alguno en vos,
que os cueste triunfo en retorno.

(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA

(Dicen dentro:)

1 ¡Por el monte sube; ataja,
que el jabalí va herido!
Ya en lo espeso se ha metido.
2 ¡Seguilde, que al valle baja!
Perdido le han los lebreles:
¡él costará alguna vida!
3 No hay mata que el corte impida
a sus colmillos crueles.
4 A la arboleda camina,
adonde está el Rey sentado.

(Sale JACINTA, *de cazadora, cubierto el rostro, con ballesta y cuchillo de monte.)*

JACINTA. Desvelando mi cuidado
a cazadora me inclina
la soledad enfadosa.
Tumulto de gente siento
que baja con ardimiento
de resolución furiosa,
y un venerable sujeto
de su caballo distante,
saca la espada arrogante
para algún violento efeto.
Contra un jabalí acomete
que, airado, se va acercando.
El Rey es. ¿Qué estoy dudando?
Ya le embiste y acomete.
¡Quién pudiera con un tiro
de mi fortuna guiado
valerle! Pero el cuidado
del torpe miedo retiro.

(Sale el REY, *vase previniendo.)*

REY. Llega, ensangrentado bruto,
que sangre de Rey ardiente,
aunque cansada, es valiente,
por celestial atributo.
Otro Favila he de ser,
con más suerte acreditado.
No llega, que le han tirado
una saeta. Mujer
parece. ¡Suerte dichosa,
en que echó fortuna el resto!
Por penacho se le ha puesto
en la frente rigurosa.—
Llegad, hermosa Diana,
que daros mil gracias puedo.
JACINTA. Valiente me hizo el miedo.
REY. ¡Diestro brazo, dicha ufana
gobierna vuestras acciones!
No sé cómo agradecer
al cielo que os dió el poder
y a vos, con satisfaciones
que puedan acreditar
tan venturosa osadía.
JACINTA. Gran señor, suerte fué mía,
y si la queréis premiar,
sólo os suplico no deis
lugar a que vuestra gente
me descubra.
REY. Sois prudente.
¿Qué estado y nombre tenéis?
JACINTA. Mi nombre es Lisarda, dueña
de una quinta que este monte
encubre en corto horizonte,
abrigo de una alta peña.
Estoy tan diestra en la caza,
a que la ocasión me obliga,
que ni el temor me fatiga
ni el hábito me embaraza.
Suelo llevar de conejos
tan cercada la pretina,
que manteo la imagina
quien la mira desde lejos.
Opuesta siempre al calor,
en contorno de dos leguas
me piden los corzos treguas,
los jabalíes favor.
La caza, que al viento excede,
me pide por señas vanas
que la busque por semanas,
porque alguna casta quede.
JACINTA. Si os he acertado a servir,
quién sois me habéis de decir.
REY. Un Regidor de Toledo.
JACINTA. ¡Honrado cargo tenéis!
REY. Esta sortija tomad
en cambio de la amistad
que, liberal, me ofrecéis.
Que los astros cuidadosos
influyen para amistades
abismos de eternidades,
que se alimentan gloriosos.
Pero el rostro os quiero ver,
que pienso que os he hablado
otra vez.
JACINTA. Es excusado,
que en otro tiempo ha de ser
que sea más justo. Yo estimo
la sortija por señal
del objeto principal

con que a serviros me animo.
Mas en un pleito que tengo
me habéis de favorecer.

REY. Veréis quién es mi poder.

JACINTA. Pues advertid que os prevengo
que teniendo por padrino
en Toledo un Regidor,
acredito mi favor.

REY. Y es muy seguro camino.
Mi gente llega, apartaos.—

(*Sale el* PRÍNCIPE.)

Tente, Príncipe, no digas
quién soy.

PRÍNCIPE. Con temor me obligas.

JACINTA. Furioso amor, reportaos,

(*Aparte.*)

aunque os preciáis de obstinado.

PRÍNCIPE. ¿Llegó el fiero jabalí
donde estabas?

REY. Vesle allí,
tendido en el verde prado.

PRÍNCIPE. Matar tengo los lebreles,
y en sus torpes cazadores
satisfacer mis rigores.

REY. Más vale que te desveles,
sin decir tu nombre, en dar
colmos de agradecimiento
a esa dama, cuyo aliento
fuera más razón premiar.
Sin descubrirla, que yo
esta palabra le he dado;
y pues mi gente ha llegado
y ella a librarme acudió,
a su quinta la acompaña,
que está muy cerca de aquí,
y vendrás luego.

PRÍNCIPE. Sea así.—
¿Una mujer, ¡cosa extraña!,
mostró tan grande osadía?

REY. Sabe quién es, que le quedo
muy obligado.— En Toledo
nos veremos algún día.
Adiós, dama: el regidor
don Juan de Paz es mi nombre.

(*Vase.*)

JACINTA. Al mundo tu fama asombre.—
La voz suspende el temor.

PRÍNCIPE. Dama de cielo vestida,
cazadora de los cielos,
pues le imitáis en los velos
y en dar a los hombres vida:
¿qué Adonis por estos prados
os desveló cazador?
Que si os dió la aljaba amor,
¿quién no os dará sus cuidados?
En esa basa que obstenta
tan airosa compostura,
la misma causa asegura
que al mismo cielo sustenta.
La mano os vi, quedé ufano
de ver que a su nube asida
trae la llave de la vida,
que abre y cierra vuestra mano.
Pues si se sabe por ella
el discurso del vivir,
fácil podré colegir
que sois celestial estrella.
Fuera de que el resplandor
se precipita a lo eterno.

JACINTA. ¡No pensé que era tan tierno
un hijo de un Regidor!
Estimadme con cordura,
pues tan sola os entretengo,
que no soy fruta ni vengo
a pediros la postura.

PRÍNCIPE. Seréislo del paraíso.

JACINTA. Si plantas en él están
no tenéis nombre de Adán,
pues le tenéis de narciso.
Cuando vaya a pleitear
me podéis hablar mejor,
que a sombra de un regidor
cualquiera se puede honrar.

PRÍNCIPE. Vuestra beldad soberana
pudiera hacérsela al sol,
y servirle de arrebol
al prevenir la mañana,
cuya gracia y gallardía
en competencia costosa
ganara la luz hermosa
para prestársela al día.
Yo os he visto; mas no sé
en qué parte o qué lugar.

JACINTA. ¿Cómo se puede acordar
tu crueldad, tu falsa fe,
tu ingrata correspondencia,
tu desleal osadía,
tu mal fundada porfía
tu bien temida violencia?
¿Tiénesme por otra dama
y tan tierno me enamoras?

¡Ah, Príncipe, si las horas
que el alba me halla en la cama
sin haber dado el tributo
que a la noche se le debe,
y lo que tú llamas nieve
en sombras de eterno luto,
¿cómo no hicieras desdén
a mi suerte prodigiosa?

PRÍNCIPE. Yo dije que eras hermosa,
mas no que te quería bien.

JACINTA. ¿Si quiera no te acordaste
de decir que parecía,
pues tienes el alma mía
al dueño que la usurpaste?
¿No te dió el aire, el aliento,
el hablar, el responder,
de que pudiera yo ser,
siquiera en el pensamiento?
¿Tan descuidado te pinta
tu amor, que aun no pudo ser
decir: Alma, ésta mujer,
algo parece a Jacinta?
¿Tan fuera estabas de ti
que el corazón no advirtió
que quien bien te pareció
pudo parecerse a mí?
¿En tan poco fundamento
enfrió el amor tus despojos,
que lo que te dió en los ojos
no te llegó al pensamiento?
¡Ah, Príncipe, bien lloraba
anunciando tus crueldades,
que amor con desigualdades
cuando se empieza se acaba!
Bien claro a entender me diste,
cuando esperé tu favor,
que no conoces mi amor,
pues que no me conociste.
Más querer que entienda así,
que el que olvida en sus acciones
sus propias obligaciones
mal se acordará de mí.

PRÍNCIPE. Jacinta, si tu hermosura...

JACINTA. No he de escucharte; ya sé
que no ha de acertar tu fe
la casa de mi ventura.
Yo obligué a tu padre; yo
pondré límite a tu enredo:
si tu amor me puso miedo,
tu desprecio me animó.
Don Juan de Zúñiga es,
si no igual a tu grandeza,
más digno de mi firmeza,
discreto, galán, cortés,
gallardo, airoso y valiente.
Con cuidado le he mirado,
porque tu padre obligado,
para mi esposo...

PRÍNCIPE. Detente,
que en tus furiosos desvelos
a mil venganzas me obligo,
pues con mi mayor amigo
quieres aumentar mis celos.
¿Yo puedo decir amores
a quien no te pareciera?
Antes no decirlos fuera
hacer delitos mayores.
Que como me parecía
tu talle al que imaginaba,
como en él mi gloria estaba
el alma me suspendía.
Y el que no goza y pretende
con amoroso recato,
no porque adore el retrato
el original ofende.
¿No ves que las almas tienen
infusa divinidad,
y que siempre a su igualdad
los accidentes previenen?
¿Tengo el alma libre yo
para pasear desvelos?
Quien en ti causó los celos
a ti misma te adoró.
Si los tienes de tu talle,
mal culparás a mi amor,
que decirte a ti un favor
no fué para desprecialle.
Mas si tan presto me das
celos porque te he querido,
muy cerca estoy de tu olvido
cuando yo te adoro más.

JACINTA. ¡Muy bien has hecho la cuenta!

PRÍNCIPE. En mi amor nunca la yerro.

JACINTA. Y de mi injusto destierro,
¿quién me pagará la afrenta?
Cuando la Corte juzgaba,
ausente yo y ofendida,
y que guardase tu vida
al msimo cielo rogaba,
¿te sales a entretener
cercado de cazadores,
y autorizas con favores
quien no sabes si es mujer?
Finalmente, yo he hallado

muy poca firmeza en ti,
que eres águila en quien vi
el vuelo más levantado.
Déjame, que con dejarme
y no hablarte más ni verte,
o acabaré de quererte
o acabarás de matarme.

PRÍNCIPE. ¿Puede haber amor más firme
si muero?—Pero ¿qué ruido
es éste? Gente ha salido
del aldea a recebirme.

(*Salen* MÚSICOS *y gente.*)

MÚSICO. "Una bella cazadora
que envidia daba a los cielos,
almas cazaba, cazando
por los montes de Toledo.
Ballesta lleva en el hombro,
tahalí bordado al cuello,
cuchillo de monte al lado,
que amor labró sus aceros."

OTRO. ¿Qué dices, zagal, qué dices?

MÚSICO. Que viene sin venda amor:
si caza Jacinta en los campos,
huyan las almas y escóndase el sol.

PRÍNCIPE. Muy buena píctima al alma
le dan para mis desvelos.

(*Sale* DON JUAN, *el* CONDE, PELORO *y* MARIRRAMOS.)

D. JUAN. Guarden tu vida los cielos.

PELORO. A daros, ¡pardiez!, la palma
de cazadora gentil
venimos toda el aldea.

MARIRRAM. Tan bien el campo hermosea,
que pienso que llega abril.

CONDE. Príncipe y señor, ¿aquí
Vuestra Alteza?

JACINTA. Labradores,
del colmo destos favores
queda reservado en mí
el noble agradecimiento.

PRÍNCIPE. Ya en mí la muerte ha cifrado
vuestro apacible cuidado,
vuestro agradable tormento.
¿Habla Jacinta algún día
de mí?

D. JUAN. ¿Eso te entristece?
desde el punto que amanece
hasta que se acaba el día.

PRÍNCIPE. Mucho tenemos que hablar.

JACINTA. No pase de aquí tu Alteza,
que aguarda el Rey.

PRÍNCIPE. ¡Qué extrañeza!
Cielos, ¿que la he de dejar
sin satisfacer su antojo?

(*Aparte.*)

Fuerza será, por su hermano.

PELORO. Aunque el ánimo está llano,
si es que no lo ha por enojo,
mi burra puede llevar,
que vuela como un halcón,
y en la puerta del Cambrón
se puede luego apear,
que yo volveré la burra.

JACINTA. Cerca le espera un caballo
con su gente.

PELORO. Mas matallo,
pues si aquí se enfada, escurra.

CONDE. ¿Estás, Peloro, sin seso?

PRÍNCIPE. Buen gusto el villano tiene;
dejalde.

PELORO. ¿Cómo a pie viene?

MARIRRAM. ¡Que es el Príncipe!

PELORO. Si es eso.

MARIRRAM. Pídele a Su Majestad
perdón.

PELORO. Estoy muy deprisa.

MARIRRAM. Ya al alma le causa risa
de don Juan la voluntad.
Y como con esta erguida
le veo siempre hablando,
amor me está pellizcando.

JACINTA. ¡Ay, don Juan, que estoy perdida
por decirle!...

CONDE. Vuestra Alteza,
si nuestra humildad le agrada,
tendrá una humilde posada
que, aunque humilde a su grandeza,
se desvelará en servir
con mil aumentos de amor
a su Príncipe y señor.
Y a no quererla admitir,
para que le acompañemos
nos dé licencia.

PRÍNCIPE. Don Juan
y mis criados vendrán.

MARIRRAM. ¡Buen desayuno tenemos,
agora que hablarle quiero!

PRÍNCIPE. Algún día os vendré a ver
que os pueda satisfacer.

CONDE. Siempre, gran señor, espero
que mi nombre agrado os dé
para serviros.

PRÍNCIPE. Adiós.
JACINTA. El mismo vaya con vos.
PRÍNCIPE. ¡Don Juan, muerto voy! ¿Qué haré?
CONDE. Jacinta, si a caza sales,
caza con menos rigores,
y si cazares amores,
cázalos con tus iguales.
JACINTA. Acaso me salió al paso.
CONDE. Jacinta, el paso de amor
es mirar por el honor,
pues siempre se pierde acaso.

(*Vanse todos; quédanse* DON JUAN *y* MARIRRAMOS.)

MARIRRAM. Oye, ¿trujo los listones
y los zarcillos de plata?
D. JUAN. Sí truje, aunque eres ingrata.
¿No oirás cuatro razones
esta noche?
MARIRRAM. Sí haré,
como no me haga mal.
D. JUAN. ¿Dónde?
MARIRRAM. Por somo el corral.
D. JUAN. Pues al punto volveré.
Y advierte que con mentir
dos veces me has engañado.
MARIRRAM. ¿Pues soy yo pero mondado,
que luego me ha de engullir?
D. JUAN. Tú conocerás mi honor.
MARIRRAM. ¿Sabe cuándo he de aguardallo?
Al punto que cante el gallo.
D. JUAN. Seré un abismo de amor.
Adiós, que me aguardan.
MARIRRAM. Vete.
Cumpliré lo prometido,
pero si es descomedido
llevará puro cachete.

(*Vanse.*)

(*Sale el* REY, DON NUÑO, DOÑA ELVIRA *y gente.*)

REY. Don Nuño, ¿habéis prevenido
con el cazador mayor
lo que mandé?
D. NUÑO. Sí, señor,
de todo queda advertido.
REY. Doña Elvira, guárdeos Dios.
Llegad, que mi pensamiento
me desvela en vuestro aumento.
Pero, para entre los dos,
¿es demasiado el cuidado
con que al Príncipe desvela
doña Jacinta?
ELVIRA. En la escuela
de la lealtad me he criado;
negar que la galantea
fuera engaño conocido,
pero no tan divertido
que ofensa en su daño sea
con deslumbrado accidente.
REY. Créolo, y en su opinión
sabe que fué mi intención
desterrarla.
ELVIRA. Eres prudente,
no lo debe de saber,
como no hay causa bastante.
REY. ¿Y el Conde?
ELVIRA. El Conde ignorante
está de su padecer.
REY. Yo le premiaré de modo
que vea que desobligo
la presunción del castigo,
y a Elvira del mismo modo.
ELVIRA. Tus pies beso.
REY. Yo os daré
a vuestra igualdad esposo,
que se acredite dichoso
al premio de vuestra fe.

(*Sale el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. Mucho, señor, he tardado;
perdón te pido.
REY. Está bien.—
Retiraos, Elvira.
ELVIRA. Bien
mi lealtad he acreditado.

(*Vase.*)

REY. ¿Quién era aquella mujer?
PRÍNCIPE. Señor, una labradora,
gallarda por cazadora,
y aunque de buen parecer,
algo humilde, pues quedó
de agrado y de gusto llena,
con dos vueltas de cadena
y cien escudos.
REY. ¿Contó
lo que le había sucedido
por mi causa?
PRÍNCIPE. No, señor.
REY. Humilde y tanto valor
no es bien ponerla en olvido.
Al fin, Príncipe, yo quiero
daros de mi gusto parte,
que aunque puedo dar consejos,
de vos quiero aconsejarme.

No extrañéis mi prevención,
sino advertid que la sangre
de los Reyes generosos
en venas del cielo nace;
y así sus obligaciones
han de ser al cielo iguales,
que a lo justo han de medirse
y a lo lícito ajustarse.
Yo estoy del Conde de Orgaz
tan obligado a sus partes,
que satisfago en desvelos,
si desvelos satisfacen.
Su opinada obstinación
quisiera agora premiarle
con darle a su hermana esposo
que en calidad le aventaje;
que yo después me prefiero
con mercedes aumentarles,
por su calidad al Conde
y a ella por sus bellas partes.
Don Juan de Zúñiga es hombre
en quien se alientan señales
de discreción y cordura,
que el ser noble dejo aparte.
Dice el vulgo que os divierte
Jacinta —puede engañarse—,
y que malográis el tiempo
en livianas mocedades.
Pues para satisfacer,
que es lo que los cuerdos hacen,
con valor, con advertencia,
de Príncipe tan constante,
vos en persona habéis de ir
al Conde, a Vargas, y darle
de tan agradables nuevas
la embajada de mi parte.
Con esto haréis que opiniones
atrevidas no os infamen,
y a mí me dais ocasión
que en vuestro amor me regale.
Y aunque de Alejandro son
comunes ejemplos, parte
de enfado, de sus grandezas
aprended autoridades.
Y advertid, vuelvo a deciros,
que advirtáis que a no imitarle
haréis que mi indignación
vuestro desvelo acobarde.
A punto estáis de ser rey,
los reyes grandezas hacen,
las grandezas hacen triunfos,
los triunfos eternidades.
Gozad de nombre tan justo,
que a los que le satisfacen,
por elección de los cielos
los llama el mundo deidades.
Los fines con los principios
en vuestra memoria iguales,
consultad, veréis si es justo
reducirse o despeñarse.
Esto mi amor os requiere,
pero si llego a enojarme,
llegará veloz mi furia
y vuestra disculpa tarde.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. ¿Hay resolución más fuerte?
bajo entre obscuros celajes
con más fuerza sacudido
el rayo precipitante?
Escupió pólvora y fuego
fiera culebrina al aire,
cuyo atrevido bostezo
retumban montes y valles.
¿Bajó desatado arroyo
de las cumbres vigilantes,
por el enojo del tiempo
a desbaratar cristales
que verdes selvas guarnecen
con más furia? ¿Vióse nave
arrojada de los vientos
en hombros del fiero embate
con más riguroso enojo,
con más peregrino ultraje
que el que mi padre ejercita?
Amor, que triunfos ganaste:
¿tú eres Dios, tú rayos vibras?
Las vanas historias callen.
Lesbia, Semíramis, Fedra,
Elena, Lucrecia, Paris,
o mienten todas, o yo
no he sabido ser amante.
Ea, que amor hace cortes,
si asisto en sus tribunales
hallaré que allana montes
y rompe dificultades.
Buena razón es decir
que un rey tema el ser amante,
aunque un ángel lo permita
y un dios, que es amor, lo mande.
Jacinta hermosa, yo voy,
que son temidos fiscales
de amor tus ojos, y temo,
si tardo, que han de matarme.

(*Vase, y sale* MARIRRAMOS.)

MARIRRAM. La voz del gallo he sentido
y la de don Juan no siento,
que me escarba el pensamiento,
que me susurra el oído.
Zampada estaba en la cama,
pero dióme un mordiscón
no sé qué en el corazón
que dicen que amor se llama.
Y cuando sentí roncar
a mi padre, me escorrí;
si me siente por aquí
diré que empiezo a amasar.
Ya me bulle en el magín
de su presencia el aviso.
Voto a San... que le diviso.

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Muerto el andaluz rocín
dejo en el prado: volando
estas dos leguas pasó.
MARIRRAM. ¿Quién es?
D. JUAN. Don Juan.
MARIRRAM. ¿Que llegó?
D. JUAN. Mi buena dicha dudando
que había de hallar, María,
aquí el premio del amor.
MARIRRAM. ¡Ay si despierta, señor!
D. JUAN. ¿Puedo entrar allá?
MARIRRAM. Querría
que lo mirásemos bien,
que me puede costar caro.
D. JUAN. ¿Duerme tu padre?
MARIRRAM. Eso es craro.
D. JUAN. ¿Y los criados?
MARIRRAM. También.
Dome a Dios si no he de her
un hecho que sea sonado.—
Oiga, tras de aquel tejado
un caramillo ha de haber
por donde pueda saltar
para entrar en mi aposento,
y tenga en las tejas tiento,
porque las puede quebrar.
Que si sale alborotado
mi padre y abre la puerta,
puede contarme por muerta.
D. JUAN. Yo iré con mucho cuidado,
que el amor me hace advertido
de prevenidos recatos.
MARIRRAM. Si se quita los zapatos,
colará con menos ruido.
D. JUAN. Yo voy.
MARIRRAM. Allí hay escalera
por donde puede bajar.
Oye, no me ha de enojar.
D. JUN. ¡Calla, necia!

(*Vase.*)

MARIRRAM. Ya quisiera
salir desta confusión.
¿Si me querrá pecilgar?
¿Mas quién se podrá excusar
de tanta persecución
de amor, que es ladrón de casa,
que si empieza a recortir,
no deja hablar ni dormir
hasta que su engaño pasa?
Ya le siento en el tejado;
Dios ponga tiento en sus pies.
Muchas tejas quiebra; él es
para albañil muy pesado.

(*Dentro* ALBERTO RAMOS.)

ALBERTO. ¡Ah, María!
MARIRRAM. ¡Yo soy muerta!
ALBERTO. ¡María!
MARIRRAM. ¡Que ha despertado!
ALBERTO. ¿Quién anda en ese tejado?
MARIRRAM. Estoy cerrando la puerta.
ALBERTO. ¡Responde, pese a mi agüelo!
¿Vióse descuido mayor?
MARIRRAM. Calle y duerma sin temor,
que es la gata que anda en celo.
ALBERTO. ¡Qué gata! ¡Reniego della,
que es mucho el ruido que suena!
MARIRRAM. Hame llevado la cena
y corrió el gato tras ella.
ALBERTO. María, vente a acostar.
MARIRRAM. ¡No me esté sacrificando!
¿no ve que estoy recentrando,
que es hora ya de amasar?
ALBERTO. ¡Válgate el diablo, por gata!
Jamás tal sueño he tenido.
MARIRRAM. ¡El se quedara dormido!
Una lámpara de plata
a Santa Getulia quiero,
si se duerme, prometer.
¡Oh, qué miedo ha de tener
desta vez el caballero!
Ahora bien; quiero animalle,
mi padre duerme a sabor.
Si estos lances tiene amor,
Bercebú puede esperalle.

(*Vase, sale el* PRÍNCIPE *y* DON NUÑO.)

D. NUÑO. Mucho temo, gran señor,

que tu padre ha de ofenderse
de que autorices desvelos
que a tu calidad se atreven.
La soledad de la noche
muchos peligros ofrece,
por dar pesadumbres al sol,
por la envidia que le tiene.
Claridad en los sucesos
el mismo nombre parece
que a buen acuerdo los guía.

PRÍNCIPE. Don Nuño, con responderte
que busco la claridad,
que busco que el alba alegre
me anuncie otro sol más claro
y otro más divino oriente,
¿te satisfago? ¡Oh, qué locos,
qué necios, qué impertinentes
son los que si corre amor
veloces parejas quieren
que en medio del curso pare
y que el gusto atrás se quede,
para que fiestas del alma
en funesto fin se truequen!
Si pasa furioso el aire,
¿quién bastará a detenerle?
¿Quién la cometa arrojada
su veloz curso detiene?
¿Para el caudaloso río
en medio de su corriente?
¿Para el riguroso fuego
hasta que a su espera llegue?
Pues si amor nació con alas,
¿quién bastará a suspenderle
en la carrera del gusto
hasta que a alcanzarle llegue?
Don Nuño, el mejor consejo
para quien amando muere,
es ayudarle en los males
y celebrarle en los bienes.
En Vargas estamos, y esta
es la casa, dulce albergue
de la risa del aurora,
en cristales trasparentes.
¿Don Juan no me prometió
de esperarme? ¿Cómo duerme
descuidado de mi amor?
Celosa furia, detente.
Bueno, mis celos llegaron;
a muy lindo tiempo vienen.
¡Oh, amor, qué fieros combates
en mi memoria revuelves!
Mi padre para casarle
con Jacinta le previene;
Jacinta me dijo airada
(¡alto, echada está la suerte!)
que era espejo de galanes,
que era ejemplo de corteses.
¡Oh, qué de bienes me dijo
estando don Juan ausente!
Dirá Jacinta: don Juan,
¿el Príncipe qué pretende,
si no ha de ser mi marido?
¿Fueron de amor justas leyes
un destierro de la Corte,
con que mi opinión suspende?
Tú mi calidad igualas,
¿pues qué mucho haré en quererte?
Esto dice la razón
con mil labios, que el que tiene
comunicadas las almas
bien sabrá el fin que pretenden.
Esta noche —¿quién lo duda?—,
en la mesa, qué de veces
los ojos —¡pesia a los ojos,
que el mal por los ojos viene!—
se habrán hablado, que amor
no ha menester más billete
si en el papel de la vista
sabe escribir lo que quiere.
Pues levantadas las mesas
hablaránse tiernamente,
que el común trato de amor
es el más diestro alcagüete.
Pues cuando se levantase
para entrar en su retrete,
¿no le tomaría una mano?
¡Necio fuera en no atreverse!
Pues si la mano y los ojos
con novedad se divierte,
para llegar a las dichas
pocas jornadas se pierden.
Bueno, las puertas cerradas.
Celos, ¿qué queréis que intente?
¿Que yo la olvide? ¡Oh, qué mal
celos y olvido se entienden!
Daré voces.—¡Ah, Jacinta!

D. NUÑO. Señor, repórtate. ¿Quieres
que nos halle aquí su hermano?

PRÍNCIPE. ¡Hálleme, máteme, llegue!
¿Quieres que haga su hermano
lo que mi padre no puede,
ni yo, ni el mundo? ¡Mal sabes
con el furor que acometen
los celos a un desdichado!

Ahora bien; quiero atreverme
(que celos son ocasión
de olvido en pechos valientes)
a no contemplar sus partes,
a castigar sus desdenes,
a desvelar mi firmeza
y a no hablarla eternamente.
Ven acá, siéntate aquí,
y un grande gusto has de hacerme:
que no nombres a Jacinta
si alentar mis glorias quieres,
aunque yo te dé ocasión.

D. NUÑO. Antes sabré agradecerte,
pues te constituyes sabio,
si discreto te diviertes.

PRÍNCIPE. ¡Oh, cómo tienes razón!,
que damas Toledo tiene
con que pueda divertirme.

D. NUÑO. ¿Búrlaste?

PRÍNCIPE. ¡Qué bien me entiendes!

D. NUÑO. Doña Juana es muy hermosa,
y en doña Sol resplandece
su mismo nombre en palacio,
que rayos del sol suspende.

PRÍNCIPE. ¡Oh, qué bella es doña Sol!

D. NUÑO. Y doña Sancha excelente:
canta, danza, parla y viste
con gallardía; ésta puede
dar celos a la hermosura.

PRÍNCIPE. ¿Y si al lado se pusiese...

D. NUÑO. ¿De quién?

PRÍNCIPE. Al lado de...

D. NUÑO. ¿Qué lado?

PRÍNCIPE. De otras mujeres.

D. NUÑO. ¡Oh, qué perdido que estabas!

PRÍNCIPE. ¿El divertirse es perderse?
¿Cuánto habrá que jugué cañas
en Zocodover?

D. NUÑO. Dos meses.

PRÍNCIPE. ¿Qué damas viste, don Nuño,
en el balcón de los Reyes?

D. NUÑO. Las que he dicho.

PRÍNCIPE. ¿Y no había más?

D. NUÑO. Doña Aldonza de Meneses,
doña Clara y doña Justa.

PRÍNCIPE. ¡Qué poca memoria tienes!

D. NUÑO. Y doña Elvira también.

PRÍNCIPE. ¿No viste más?

D. NUÑO. No me aprietes,
que nombraré...

PRÍNCIPE. No la nombres,
don Nuño; mas no me niegues
que si estrellas parecían,
era el sol cuando amanece
doña Jacinta.

D. NUÑO. Perdiste.

PRÍNCIPE. ¡Nombréla!

D. NUÑO. Ven a ponerte
a caballo, que es muy tarde.

PRÍNCIPE. Vamos, don Nuño. Si abriese
la ventana, ¿no sería
gran ventura?

D. NUÑO. Mayor suerte
sería no aguardar que el alba
con sus rayos nos afrente.
Vamos.

PRÍNCIPE. ¿No he de despedirme?
Que nunca son descorteses,
aunque se enojen, los nobles.

D. NUÑO. ¿De quién?

PRÍNCIPE. De quien me aborrece.—
Perdona, Jacinta hermosa,
que ya no quiero ofenderte,
y vive amor de olvidarte
al paso que me aborreces.

(Vanse, y sale DON JUAN.)

D. JUAN. No me he visto más perdido
en mi vida. ¿Desta suerte
es el amor del aldea:
matarse un hombre y hacerse
escalador de tejados,
saltando ajenas paredes?
¡Válgate Dios por María,
qué disimuladamente
a su amor le dió lugar!
Digo que a cuantas mujeres
las viere más compungidas,
con ojos en tierra siempre,
que no creeré en sus melindres
ni temeré sus desdenes.

(Sale el PRÍNCIPE *y* DON NUÑO.)

D. NUÑO. Señor, que se acerca el día.
¿Otra vez al sitio vuelves?

PRÍNCIPE. ¿Heme de ir sin que don Juan...?
Pero escucha, que aquí hay gente.

D. JUAN. ¿Quién va allá?

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

D. JUAN. Don Juan.

PRÍNCIPE. El Príncipe viene a verte.

D. JUAN. Príncipe y señor, tu nombre
con celebrados laureles
le dé envidia la fortuna,

ciñendo tu heroica frente.
¿Cómo tan tarde has venido,
que aquí Jacinta, por verte,
el alba fué destos prados
y la ría destas fuentes?
Qué de suspiros le cuestas,
secreto con que divierte
de su deslumbrado hermano
temerosos acidentes.

PRÍNCIPE. Ese cuidado y aviso,
don Juan, muy bien me parece;
pero escuchad, y advertid
que no habéis de responderme.
Yo estoy celoso de vos,
con razones evidentes:
Jacinta, que el cielo guarde
para que os estime siempre,
me dijo enojada un día
que en tus ojos resplandece
de vuestro nombre el agrado,
de vuestro talle la suerte.
Que os miraba con cuidado,
y esto del cuidado tiene
un secreto reservado,
que sólo el amor le entiende.
Diómele a mí con su enojo,
que mujer que celos tiene
siempre el más estrecho amigo
para vengarse apetece.
Esto acreditó mi padre:
¿quién duda que aviso fuese
de Jacinta con decirme
en casaros me desvele?
Y que para acreditarme
de obstinados pareceres,
yo mismo, don Juan, yo mismo
al Conde se lo dijese.
Yo no se lo he de decir,
que no es razón que concuerden
mi desprecio y su venganza,
porque lo que bien se quiere
con dificultad se olvida;
y aunque Jacinta me ofende,
yo he de ser rey, y no es justo
que la sirva con desdenes.
Un título os da de Conde
mi padre, y es bien que os premie,
que quien mereció a Jacinta
mayores glorias merece.
Mas rogalde de mi parte...
Mal digo, que mandar puede
quien es dueño de su gusto
que más de mí no se acuerde.
Que no me nombre en su vida,
y que aunque a su casa llegue,
ni me mire ni responda,
y que sus lealtades mienten.
Que son falsas sus razones,
mudables sus pareceres,
divertidas sus firmezas
y sus glorias aparentes.

D. JUAN. ¿Pues yo, señor?

PRÍNCIPE. No me habléis.

D. JUAN. Señor...

PRÍNCIPE. Quedaos.

D. JUAN. ¡Desta suerte
acreditan las lealtades
los palacios de los reyes!

JORNADA TERCERA

(*Salen* DON JUAN *y* MARIRRAMOS.)

D. JUAN. Cuidadoso estoy, María,
de tu tristeza.

MARIRRAM. Verá,
si más de seis meses ha
que su voluntad y la mía
están a un igual modelo,
en algo había de parar.

D. JUAN. Por excusar el enfado
del Príncipe, retirado
en este humilde lugar,
tu agrado me ha divertido.
No te quiero mal, que amor
no reserva el superior
para que ponga en olvido
lo agradable a su memoria.

MARIRRAM. Ya, si olvidarme queréis,
yo pienso que no podréis.
Cuando empezasteis la historia
desde malaventurado
amor, os quise escuchar
soldemente para hablar.
¡Fuego, y cómo habéis habrado!
Por el tejado una vez
grosera os mostré el camino,
mas tuvisteis tan buen tino,
que ya han colado de diez.
Malograda sea la gata
que ni una teja dejó
sin quebrar.

D. JUAN. Si te obligó

mi afición, ¿no fuera ingrata
correspondencia el no verte?
MARIRRAM. Sí; pero hay un no sé qué
que me obriga. El diabro fué
que...
D. JUAN. Bien puedes atreverte.
MARIRRAM. Mire, so tan vergonzosa,
que si escucharme le agrada,
me he de poner colorada.
D. JUAN. Parecerás más hermosa.
MARIRRAM. ¡Oh, quién supiera escribir,
para dárselo en dibujo!
Algún demonio le trujo.
Mas, ¿qué importa resortir
si ya está hecho? Sabrá
que el refajo y los corpiños...
¡Mire qué buenos aliños!
Ni el jubón me alcanza ya,
la basquiña no me viene,
el pantuflo se me ve,
y yo ni alcanzo ni sé
desto quién la culpa tiene.
D. JUAN. ¡Fuego en ella, mejor sabe
que está preñada que yo!
MARIRRAM. Un físico me encargó,
muy presumido y muy grave,
que nunca estando en la cama
me levanase a beber,
que el bazo solía crecer.
Y si esto bazo se llama,
muy bien sé cómo se quita,
y estaré más consolada.
D. JUAN. Lo cierto es que estás preñada,
y así mi amor resucita.
MARIRRAM. ¡Ay, Jesús, que me ha afrentado!
¡Mi honestidad se acabó!
¿Preñada? ¿Quién tal mentó?
¿Cómo se sana el preñado?
D. JUAN. Pariendo.—¡Fuego de Dios,
en quien tal puede creer!
MARIRRAM. ¿Sabe qué habemos de hacer?
D. JUAN. ¿Qué?
MARIRRAM. Parirlo entre los dos.
D. JUAN. A lo menos el remedio
yo lo sé.
MARIRRAM. Si es de casar,
el novio se ha de enojar
si hay tolondrón de por medio.
D. JUAN. Yo te pondré en un convento,
y haré que en Toledo estés
antes que a tu padre des
que sospechar.
MARIRRAM. No me siento
con buena disposición
para ser monja.
D. JUAN. El secreto
te dará dichoso efeto,
que con esto tu opinión
la dejaré acreditada,
que con buen dote, María,
tiempo habrá que llegue el día
que a tu gusto estés casada.
Yo haré que el Conde te envíe
a Orgaz con algún achaque.
MARIRRAM. Que de mi padre se aplaque
el enojo desconfíe.

(*Vase.*)

D. JUAN. Todo se ha de remediar.

(*Sale* JACINTA.)

JACINTA. Don Juan, ya estaréis cansado
de contemplar mi cuidado.
D. JUAN. Más lo estoy de no acertar,
como deseo, a serviros,
que quien enojos pasados
del Príncipe acreditados
olvidó por divertiros,
a cualquier lance dispuesto
reduce su prevención.
JACINTA. Celos no admiten razón.
D. JUAN. Ese desengaño ha puesto
más aumento a mi cuidado,
que para desengañarle
fué forzoso asegurarle
de mi lealtad obligado.
Díjome un estrecho amigo:
"Don Juan, no os desvanezcáis,
pues servís y no obligáis."
Mas yo le respondo, y digo:
Quien satisface enojado
mal sabe satisfacer,
pues da su enojo a entender
que o fué necio, o fué culpado.
Con nobles demostraciones
del tiempo calificadas
se ostentan acreditadas
mal nacidas opiniones.
Que no es amistad fundada
ni calidad animosa
la que para sospechosa
se constituye enojada.
Seis meses de desengaño.
Yo sé que al Príncipe obligan.

JACINTA. Sí, don Juan, mas no mitigan
la oposición para el daño.
Y así advertencias prevengo
para poderle olvidar,
pero no puedo acertar
cómo en el alma le tengo.
Animada a obedecerle
con miedos de asegurarle,
deseo mucho olvidarle,
mas no acierto a aborrecerle.
Que cuando en causas fundadas
el alma quiere asistir,
halla amor para salir
todas las puertas cerradas.
La enfermedad y el amor
si al principio no se impiden,
no dan lugar que se olviden.

(*Sale* MARÍA.)

MARIRRAM. Oye, aquí viene un señor
en una caballería
que parece un alcotán,
y en lo erguido y lo galán
al Príncipe parecía.
D. JUAN. Salgámosle a recibir.
JACINTA. ¡Ay, don Juan, que de mi hermano,
temo el rigor inhumano!
D. JUAN. ¿Por qué? ¿No puedes salir
a montería? ¿Qué importa?
JACINTA. Sí, don Juan; pero al culpado
siempre da el temor cuidado.

(*Sale el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. Con ser la jornada corta
un siglo me ha parecido.
¡Qué colérico es amor!
D. JUAN. Vuestra Alteza, gran señor,
sea mil veces bien venido.
PRÍNCIPE. Don Juan, qué de obligaciones
en mi memoria consigo
de tan verdadero amigo.
D. JUAN. En muchas, señor, me pones
con vivir desengañado
de tus pasados desvelos.
PRÍNCIPE. Es gran cosa fingir celos
sin causa quien los ha dado.
D. JUAN. No quiere quien no los tiene.
JACINTA. No estriba en su confianza
quien oprime su esperanza
con ellos.
D. JUAN. Tu hermano viene.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. Príncipe y señor, tu nombre
se constituya en los tiempos
con acreditados triunfos,
que llame la fama eternos.
PRÍNCIPE. Conde, mucho me obligáis.
CONDE. Con la obligación que tengo
no cumplo bien, aunque animo
la esperanza a los deseos.
Digo al fin, Príncipe invicto,
de toda España lucero,
oposición de los astros
y de la grandeza espejo,
que yo, con injusto nombre,
con acelerado acuerdo,
con información injusta,
con mal nacidos respetos,
salí de la Corte honrado,
que un rey, aunque sea severo,
jamás quita con pasiones
a la justicia el derecho.
La causa nadie la sabe
como yo, pero obedezco
remisas ostinaciones,
que sólo al alma revelo.
Tu padre, que en dicha ufano
imite la edad de Néstor,
aquí me mandó venir,
aquí le sirvo contento,
que las lealtades, señor,
no se acrisolan viviendo
en favorecidas glorias,
sino en injustos desprecios.
Para echarme de la Corte
tomó como afable objeto
que le plantase un jardín,
que hay delitos jardineros.
Este, aunque no está acabado,
a Su Majestad ofrezco,
que sus esmaltadas flores
y sus empinados cedros
tanta belleza acrediten
y se autoricen tan bellos,
que en lisonjeras guirnaldas
causen envidia a los cielos.
Que obstinadas opiniones
en que mi lealtad han puesto
consultaré cuidadoso
al desengaño supremo.
Desto quien está culpado
no soy yo, pero a lo menos

he de animar como noble
la calidad que profeso.
Dice el Rey, todos lo saben,
a nadie pienso que ofendo,
que Vuestra Alteza a Jacinta
solicita con desvelos.
Amor, para disculparse
leyes tiene, no lo niego;
mas no por eso al agravio
restituye el sentimiento.
Mas como los reyes nacen
con superior privilegio,
son las venganzas traiciones,
como se ven mil ejemplos.
Huyendo, pues, deste nombre
alcancé un dichoso medio
para dar a mi Rey gusto
y quedar yo satisfecho.
Jacinta (con todos hablo)
no es mi hermana, ni merezco
tener de sus bellas partes
tan dichoso parentesco.
Esta es la misma verdad,
y con ésta misma advierto
que en calidad me aventaja,
como se dirá a su tiempo.
No de mi amparo la olvido
ni de mi lado la dejo,
pero a lo menos limito
de mi agravio el sentimiento.
Vuestra Alteza me perdone
si le he enfadado, advirtiendo
que aunque acredito mi honor
estoy a tus pies sujeto.

PRÍNCIPE. Villano, por disculparte
buscas tan injustos medios,
que con nubes de tu engaño
escureces los luceros
que al alba le dan envidia
con engaños lisonjeros,
para que asuntos del sol
desperdicien los reflejos.
¡Vive Dios que he de matarte,
por vano, por falso y necio!

D. JUAN. Señor, detente.—Idos, Conde.

CONDE. Yo te he guardado respeto.

D. JUAN. Idos, Conde.

JACINTA. ¡Señor mío!

PRÍNCIPE. ¡Mataréle, vive el cielo!

CONDE. Verás en tu desengaño
que te sirvo y no te ofendo.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. ¿No me dejaréis matarle?

JACINTA. Señor mío, si merezco
que, suspendiendo tu enojo,
moderes tu sentimiento,
vuelve a mirarme los ojos,
que como airado te veo,
no siento perder mi hermano,
sino que tu agrado pierdo.
Vuelve la daga, señor,
a su lugar, que te temo,
y no me he de levantar
si no te obligo primero
a que suspendas tu enojo.

(*Sale el* REY *y* DON NUÑO.)

D. NUÑO. Aquí ha de estar.

REY. Ya le veo.

PRÍNCIPE. Ya en celebrada alegría,
Jacinta, mi enojo vuelvo.

REY. Bien entretenido está.

D. JUAN. Señor, tu padre.

PRÍNCIPE. ¿Tan presto
al abismo de pesares
las alas bate el contento?

REY. Príncipe, con justa causa
al campo he salido a veros
de que sepáis divertiros,
con mucha razón me alegro.
¿Por qué no hacéis lo que pide
Jacinta? No seáis grosero,
que a vuestros pies una dama,
tan hermosa y tanto tiempo,
o os pide cosas injustas,
o os falta el conocimiento.

PRÍNCIPE. Señor, estaba enojado
con su hermano.

REY. Yo lo creo.

PRÍNCIPE. Porque en lo que me mandaste,
que dos veces le he propuesto,
ha hecho contradición
muy enojado, diciendo
que Jacinta no es su hermana.

REY. Vos seréis culpado en eso.—
Jacinta, ¿qué decís vos?

JACINTA. Que viendo su sentimiento
yo le estaba reportando.

REY. Tengo al Conde por discreto
y al Príncipe. Idos, Jacinta,
y no os ofendáis, que luego
os iré a ver.

JACINTA. Yo, señor,
con mil almas te obedezco.

(*Vase.*)

REY. Don Juan, llegad. ¿No me habláis?
Mucho vuestra ausencia siento,
que en mi memoria asistís.
D. JUAN. Mis pocos merecimientos
me disculpan, gran señor.
REY. Oís, don Nuño: ¿vinieron
los soldados de la guarda
que mandé?
D. NUÑO. Y viene con ellos
el Capitán.
REY. Retiraos.—
Príncipe, ya mis consejos
para poder obligaros
todas sus fuerzas perdieron.
Ya el vulgo no os culpa a vos;
a mí me culpa, diciendo
que los yerros que intentáis
los dora el amor que os tengo.
No son desvelos injustos,
que como sois mi heredero,
como padre disimulo
con vos; como juez no puedo.
Es muy grande mocedad
querer bien, yo lo confieso,
a no ser Rey; mas los reyes
son padres de los ejemplos.
PRÍNCIPE Cuando yo...
REY. No me habléis; ya
no hay disculpa de provecho;
pero quiero que veáis,
Príncipe, el amor que os tengo,
pues autorizo el castigo
y divierto el sentimiento.—
Don Juan, mirad ese papel
y haced lo que mando luego:
pena de traidor.
PRÍNCIPE. Señor,
si mandas llevarme preso
manda que un título venga,
y no un pobre caballero
a ejercer tu voluntad.
REY. Esto mando.

(Vase.)

D. JUAN. Yo obedezco.
PRÍNCIPE. ¿Que se vaya desta suerte,
sin escucharme? ¿Yo soy
su hijo? ¿Yo nombre doy
de padre a quien me da muerte?
¿La ejecución asegura
con tan poca autoridad?
¡Suspende mi voluntad
y acredita mi locura!
¡Mal haya mi sentimiento,
poco ha sido, necio soy!
¿Yo he querido bien? ¿Yo doy
miedo al alma, furia al viento?
Vive amor, Jacinta hermosa,
y vives tú, que es mi cielo,
a cuya belleza apelo
como a deidad luminosa,
de no apartar mi memoria
ni torcer mi voluntad
hasta tocar la deidad
de los triunfos de tu gloria.
D. JUAN. Ya yo he leído el papel.
PRÍNCIPE. Muestra.—¡Qué bravo rigor!
D. JUAN. En mi tristeza, señor,
verás lo que dice en él.

PRÍNCIPE.

"Don Juan de Zúñiga, conde de Fuentes y capitán de mi guarda."

Bueno, Vuestra Señoría
lo goce con mucho aumento.
D. JUAN. Excusar tu sentimiento
fuera mayor gallardía.

PRÍNCIPE.

"Llevaréis al Príncipe mi hijo a mi fuerza de Consuegra, donde asistiréis con cien hombres de guarda. Vaya como preso, que importa así satisfacer a mis vasallos.—*Yo, el Rey.*"

D. JUAN. ¿Por qué estilo he de atreverme
a pediros, gran señor,
la espada, si en tal rigor
animarme es ofenderme?
¿Qué industria puede valerme?
¿Qué prevención más costosa?
Pues si traición rigurosa
me constituye el Poder,
¿qué mayor traición que hacer
nuestra amistad sospechosa?
El título que me ha dado
de Conde, sin duda ha sido
para que ponga en olvido
de nuestro enojo el enfado:
injustamente animado
de tales mercedes vivo,
pues que cuando las recibo
si me animo en tal pesar
como el que va a rescatar
para quedarse cautivo.
PRÍNCIPE. Conde, capitán y amigo,
bien podéis determinaros:

si es premio el aconsejaros,
con el que puedo os obligo.
Yo soy juez, reo y testigo,
y vista la información
conozco en vuestra intención
que es de más seguridad
el romper una amistad
que intentar una traición.
Hoy me quiero aventajar
a la merced que os ha hecho
mi padre, pues yo sospecho
el premio que os quiere dar.
La espada habéis de tomar,
porque en lealtad animada,
rendida y acreditada
del valor que corresponde,
menos fué el haceros Conde
que el rendiros yo la espada.
Vamos, Conde valeroso,
que mi prisión acredito,
pues al gusto me remito
de un hombre tan venturoso:
que quien con nombre de esposo
de Jacinta se acredita,
rinda y prenda, pues imita
al más supremo poder,
que rendir puede y prender
quien rayos al sol le quita.

D. JUAN. Señor, corrido y turbado
en vuestra presencia estoy;
nada he sido, pues no soy
de vuestro valor premiado.

PRÍNCIPE. Vos, Conde, estáis disculpado.
Venid, pues sois el crisol
de su encendido arrebol,
con oposición distinta;
casaréis vos con Jacinta
y daréis envidia al sol.

(*Vanse. Sale* MARIRRAMOS *y* PELORO.)

MARIRRAM. ¡Para la mi santiguada
que me la habéis de pagar!

PELORO. ¿No puede un hombre habrar?

MARIRRAM. ¿Vos sois hombre? ¡Más nonada!
¿Requiebros me decís vos,
siendo yo tan recogida?
Con alguna relamida,
que de un parejo los dos
seáis, os entenderéis.
¡Que os quitaré las melenas.

PELORO. Ea, que otras hay tan buenas.

MARIRRAM. ¡Malos años y mal mes!
Alberto Ramos se llama
mi padre, y Mari Muñoz
mi madre...

PELORO. Baja la voz.

MARIRRAM. Y en toda Vargas hay fama
de la caloña en que estamos
y el solar que descendemos.

PELORO. ¿Quién es, que no lo sabemos?

MARIRRAM. ¿Quién? El Domingo de Ramos.

PELORO. No he visto yo letanía
en que tal santo estuviese.

MARIRRAM. Pues en verdad, que aunque os pese
que cae cada año en su día,
y que es el más señalado,
pues que tres abades son
los que cantan el sermón.

PELORO. No os hagáis, que es grande enfado,
mojigatas, que os dan
nombre de boba estos días,
y sabéis más raterías
que la culebra de Adán.
¿Un requiebro os da cuidado
para mostraros cruel?
Guardad, no quiebre con él
las tejas de algún tejado.

MARIRRAM. ¡Ay, que me pierde el respeto!
Santa Gata, mi abogada,
de vos me ha de hacer vengada.

PELORO. Y cómo, yo os lo prometo:
muy cabizbaja, y después,
cuando a solas ve la suya,
chilindrón con aleluya.

(*Sale* ALBERTO RAMOS.)

ALBERTO. ¿Bueno es, Peloro, que estés
con el trigo en los costales
aquí parado?

MARIRRAM. ¡Es gracioso:
conjúrase ya mi esposo!

ALBERTO. Como fuérades iguales,
Peloro es hombre de bien,
aunque pobre labrador.

PELORO. ¡Ved si suspende el rigor!
¡Que mal bofetón le den
de tigre, que tal sería
que amaneciese preñada
a lo santo remilgada
y fuese la culpa mía.

ALBERTO. Vete, Peloro, que es tarde,
y tengo un poco que hablar.

PELORO. Adiós.—Aquí he de escuchar
lo que dicen.

ALBERTO. El te guarde.—
Hija María, ya es tiempo
de darte a tu gusto estado,
pues el dote lo asegura
que para tu aumento guardo.
Pero traigo un no sé qué,
si no visto, imaginado,
si bien que alguna sospecha
olvido por tu recato.
Pero en habiendo, María,
desta gente de Palacio
conversación de lisonjas
y de presentes agrados,
el honor no está seguro,
y como nos ocupamos
los hombres en la labor,
viviendo en silvestres campos,
faltamos de la asitencia,
y así el honor, reservado
a voluntades ajenas,
trae con el peligro el daño.
Tu rostro, que era una rosa,
pálido le miro, y tanto,
que lo que luz parecía
parece escuro nublado.
Los ojos tienes hundidos,
y advirtiendo y contemplando
el vestido y la persona,
te desconozco y extraño.
Si al campo vas, sin aliento
moderas los tristes pasos,
y cualquiera acción diviertes
con impertinente enfado.
Puede ser enfermedad;
pero entre los ojos traigo
que andar las basquiñas cortas
y descompuesto el refajo,
que es pesada enfermedad.

PELORO. Pregúnteselo al tejado,
que no tiene teja sana.

MARIRRAM. Señor, cuando me levanto
por las mañanas, confieso
que del cántaro o del jarro
tales golpes de agua bebo
que pueden hacerme daño.

PELORO. ¡Y cómo, fuego de Dios!

MARIRRAM. También...

ALBERTO. Mas, ¿qué comes, barro?

MARIRRAM. Si, señor padre, confieso,
que no pensé confesarlo.

ALBERTO. ¡Mire si lo dije yo!
Mira, es sutil el diablo,
Pudiera ser que Peloro
(que es notable hechizo el trato)
te hubiera desvanecido,
y si es así no me espanto,
que mozo he sido también.
Di la verdad, pues estamos
a tiempo, que habrá remedio
de encubrirlo y de casaros,
sin dar que decir al pueblo.

MARIRRAM. Señor, Peloro es muy falso,
y algunas veces...

ALBERTO. ¡Qué bueno!
Nunca yo vivo engañado.—
¿Qué te ha dicho?—¡Ah, manse-
[dumbre,
cómo eres capa de engaños!—
¿Qué te ha dicho?

(*Sale* PELORO.)

PELORO. ¡Que la lleven
más de cuatrocientos diablos!
¡Ay tal embuste—!Señor,
todo lo he estado escuchando,
porque desta enfermedad
tengo conocido el daño.

ALBERTO. ¡Y cómo que le tenéis!

PELORO. Ella vive con cuidado
de no darte pesadumbre,
y cuando durmiendo estamos,
esta gata, que es demonio,
tiene el barrio alborotado.
Pues ella, porque sosiegues
con apacible descanso,
mete la gata en la cama,
y los pelos de los gatos
dicen que dan lamparones;
pues como la quiere tanto,
sin duda la enfermedad
ha crecido al mismo paso.

ALBERTO. Esos dan en la garganta.

PELORO. Dices bien; pero fué tanto
lo que se aumentó el amor,
que se ha pasado a otro barrio
la enfermedad. Esto es cierto,
y tu disgusto excusado,
que sólo tiene la culpa
la gata de Marirramos.

ALBERTO. Peloro, embustes son tuyos.

PELORO. Pues haga una cosa: vamos
a Francia, que la santigüen,
y si no viere en pasando
nueve meses que está sana,

quiero que me dé mil palos.
Pregúntele a todo el pueblo,
si piensa que yo le engaño.

MARIRRAM. Quien no os conoce que os compre.
ALBERTO. Yo pondré remedio. Vamos.
PELORO. Hágalo, que yo le digo
que el remedio está en la mano.

(Vanse. Sale el REY, *el* CONDE, DON NUÑO, *y* ELVIRA.)

REY.

De vos, Conde obligado,
pues de tantos servicios animado
vuestro nombre acredito,
divierto el gusto y el pesar limito.
El campo licencioso
da gusto al alma, a la quietud reposo.
¿Vuestra hermana no viene?

CONDE.

En el jardín a solas se entretiene.

ELVIRA.

Bien sabe Vuestra Alteza
que el nombre y fama de su gran belleza,
del Conde ejercitado,
alienta los deseos al cuidado.

REY.

Doña Elvira, a eso vengo;
gusto de verle tengo.

ELVIRA.

El Conde es tan discreto,
que a su eleción dará dichoso efeto.

REY.

¿Ya, Conde, habrési sabido,
cómo a don Juan de Zúñiga (advertido
de calidad tan justa)
le hice Conde de Fuentes?

CONDE.

Quien se ajusta
a tu insigne clemencia,
por méritos le sobra la experiencia.

REY.

Dél me sirvo obligado,
y su cordura alienta mi cuidado,
animando a su intento
justa elección de un noble casamiento;
y en la Corte no veo
quien pueda consultarle mi deseo
como Jacinta hermosa.
¿No lo estimaréis vos?

CONDE.

Fuera dichosa
suerte, de gloria ufana,
mas ya he dicho, señor, que no es mi hermana.

DON NUÑO.

¿Hay tal desabrimiento?
O el Conde es necio, o su rigor violento.

REY.

Conde, si mi cordura
en vuestra libertad os asegura,
moderad la violencia,
reduciendo el enfado a la prudencia.

CONDE.

Sólo tu agrado advierto.
Ven al jardín, adonde verás cierto
y en él acreditada
la verdad de su suerte asegurada.

ELVIRA.

¡Extrañas confusiones!

REY.

Ni entiendo tu jardín ni tus razones.

(Cantan dentro.)

DENTRO. Deténgase el sol si quiere
lograr sus dorados rizos,
que rayo a rayo le esperan
de otros más bellos los giros.
Torre de auroras se alienta,
deidad de luz se ha vestido
Jacinta, diosa del valle,
de amor general hechizo.
Su abismo de resplandor,
tan claros como encendidos,
almas les daba a las plantas
y a las flores regocijos.
Furia tienen sus rayos, su vista fuego,
su gracia viva,
pues Jacinta a la aurora hurtó la risa.

(Corren una cortina grande y descúbrese un frontispicio lleno de flores y frutas, limones y naranjas, si los hubiere, a manera de jardín, y un dosel de hierba en medio con muchas flores, y debaxo del, que estará en la mitad, dos sillas, en la mano derecha JACINTA, *y a la otra el* PRÍNCIPE, *sentados, y dadas las manos, y a los lados, tantos de una parte como de otra, todos los que puedan, y* DON JUAN *y* ALBERTO RAMOS, MARÍA *y* PELORO, *arrimados que parecerán figuras de hierba, y de la*

manera que estén cuando se corra la cortina, se estarán hasta que hable el CONDE, *y si pudieren tengan todos guirnaldas.*

CONDE. Aquí he cifrado, señor,
con estudioso artificio,
el jardín que me mandaste,
tan hermoso como rico.
Estas Ninfas y estos Faunos
que enlazan hermosos mirtos,
les dió perfección la mano
del que plantó el Paraíso.
Y aunque aquí hay fruta vedada
que al néctar pone en olvido,
jamás ha habido serpiente
que le aliente al apetito.

REY. ¿Qué es esto, Conde, qué es esto?
¿No es el Príncipe mi hijo
éste que está aquí sentado?
Y la que a su lado miro,
¿no es Jacinta?

CONDE. Sí, señor.

REY. ¿Y éste no es don Juan?

CONDE. El mismo.

REY. Pues don Juan, ¿esta traición
se hace a un Rey? ¿Habráse oído
tal suceso?

D. JUAN. Yo, señor,
con mucha lealtad te sirvo.

REY. ¿El Príncipe no iba preso?

D. JUAN. Señor, salióme al camino
una cazadora, y dióme
en este curioso anillo
tu sello y armas: por él
que tú me mandabas dijo
que se volviese al momento.

REY. ¿Y adónde está?

JACINTA. Rey invicto,
la cazadora soy yo.

REY. Esa obligación confirmo,
dándoos diferente premio;
mas no limito el castigo
de estar del Príncipe al lado
con la libertad que he visto.

JACINTA. Es mi esposo.

REY. ¿Cómo esposo?

CONDE. Otra vez, señor, te he dicho
que Jacinta no es mi hermana.
Mientras fué mi padre vivo
me lo encubrió, y en su muerte
estas razones me dijo:
"Sabrás, Pedro, que Jacinta,
que por tu hermana has tenido,
no es tu hermana, que de Alfonso,
rey de Portugal invicto,
es hija, y como los Reyes
de Portugal han tenido,
sobre herederos dudosos,
inconvenientes prolijos,
siendo heredera del reino
ligítima, a gran peligro
su vida inocente estuvo,
para que heredase un hijo.
Indeterminado el Rey,
confuso, triste, afligido,
a mí, que con embajada
del de Castilla le asisto,
me dijo a solas un día,
no como Rey, como amigo,
su tristeza y su cuidado;
yo entonces, agradecido
a tanto favor, al Rey
la tierna Infanta le pido
para tenerla en mi casa;
y él, lloroso y compasivo,
huyendo el lance cruel,
con lágrimas, con suspiros,
su propia hija me entrega.
De sus brazos la recibo,
a mi casa la traslado
y por tu hermana la crío.
Esta es la verdad, don Pedro"
(mi padre entonces me dijo),
y dejándome confuso,
pasó deste a mejor siglo.
Verdad te digo, señor.

PRÍNCIPE. Pues si a mí me daba avisos
de su igualdad y su sangre,
el alma con que he vivido
bien merece perdón.

REY. De Jacinta los servicios
y obligaciones que tengo,
mi enojo han puesto en olvido.

D. JUAN. Señor, si he errado perdona.

REY. Para vuestra esposa elijo
a doña Elvira.

ELVIRA. Tus pies
beso, señor, que has medido
mi gusto con mi deseo.

D. JUAN. Yo puedo decir lo mismo.

REY. Conde sois y capitán
de mi guarda, yo confirmo
las mercedes que os he hecho.

CONDE. Como de tu mano han sido.

REY. Al Conde también le doy

a Fonseca y a Burguilíos,
por famoso jardinero.

MARIRRAM. Y a María, que ha servido
de planta en él, ¿no la casa,
para fin de regocijo?

CONDE. Es hija de Alberto Ramos,
mi casero.

REY. ¡Honesto brío!

ALBERTO. Su Majestad no la olvide.—
pasá acá vos.

PELORO. Mas, ¿que vino
por mi mal a casa el Rey?

ALBERTO. Este mancebo ha vivido
seis años con gran cuidado
asistiendo a mi servicio,
y en verdad que es noble el mozo.

PELORO. Dios se lo pague.

ALBERTO. Hame dicho
mi hija que la palabra
le dió de ser su marido.
Son mozos, no digo más.

REY. Pues qué, ¿no quiere cumplirlo?

MARIRRAM. Señor, no; y me ha requebrado
cuando vamos al molino.

PELORO. ¡Plega a Dios si tal he hecho,
que no pase del domingo!

REY. Cásese o cuélguenle luego.

PELORO. Cualquiera cosa es lo mismo.
Echen por donde quisieren,
como haya menos peligro.

D. JUAN. Yo os daré dos mil ducados
de dote, que he recibido
amistad de Alberto Ramos.

CONDE. Y yo a su padre lo mismo,
por muchas obligaciones.

MARIRRAM. ¿Y cuándo lo ha merecido
todo junto su linaje?

PELORO. Alto, yo me determino,
aunque un marido sin ojos
para ser queso de Pinto
dicen que es bueno.

MARIRRAM. Y también
para rallado.

PELORO. Replico
que si no sana del bazo
habrá divorcio.

MARIRRAM. ¡Oh, qué lindo!
¿No sabe mi honestidad?

PELORO. Digo que la he conocido.
Buenos son dos mil ducados,
yo no me meto en ruidos
ni en averiguar cuestiones,
tomo el dinero y no miro.
Y aquí *El Jardín de Vargas*,
si mala comedia ha sido,
pide perdón de sus yerros;
yo de los míos le pido.

JORGE TOLEDANO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

JUAN PABLO BONET,

BARLESERVANT DE SU MAJESTAD Y SECRETARIO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR CONDESTABLE DE CASTILLA

Al libro de V. m. *Arte de hacer hablar los mudos,* escribí algunos versos, que van en su principio sirviendo de cortina al tesoro de la cosa más ingeniosa, sutil y inaudita que vieron los siglos pasados, verán los por venir, y tendrán los presentes. Sucédele lo que a los grandes oradores, que por no entendidos les faltan los oyentes, materia tan peregrina, claro está que requería tales entendimientos; los doctos le han dado la debida veneración, y ningún ignorante lo ha sido tanto, que como a persona grave, que sin saber quién es se le hace reverencia, no le haya mirado con humildad y deseo de entenderle. Admiraba la antigüedad la enigma de la Esfinge, de quien hace memoria Silio Itálico, y pinta Claudiano de aquellas tres formas: *Sphinx volucris pennis, pedibus fera, fronte puella.* Y resolvíase toda su dificultad en que era el animal hombre, que obligándola a despeñarse de los altos montes de Tebas, acertó Edipo, como el poeta Homero, a morirse, por lo contrario, no habiendo acertado aquel problema de los pescadores; ¿pues qué hicieran ahora los sabios de aquella edad, si les propusiera por enigma, que había un arte de hacer hablar los mudos? Ni Edipo la entendiera, ni su autor se despeñara; aunque quien llegó hasta los rayos del sol pudiera temerlo, bien que con más seguras plumas que las que le pintó Fausto Sabeo en su *Algalmata Ovidiana*:

Filiito (ingeminans) medio tutissimus, alae
Ne urantur flammis,

pues parece que en el mismo sol intrépido V. m. fijó la suya. Aquí viniera bien haber hurtado Prometeo la llama a los Dioses, pues no es menos que vida restituír a un mudo la lengua, intérprete del alma, por quien dijo bien Claudiano: *Ethaereis miscens terrena Prometheus.*

Pues a quien tan nueva, tan alta, tan peregrinamente halló y escribió, no un arte, sino un milagro, que puede ofrecer mi rudeza en señal de amor y reconocimiento de verdadera amistad? Sola esta memoria responde, el humilde caudal mío; y que lleve esta comedia de las antiguas mías, por disculpa, que por ser de cosas del Africa, donde V. m. sirvió a su Majestad con tanto cuidado y peligro, no será fuera de su gusto leerla, ni de su obligación el ampararla. Parte es historia, y de lo verisímil lo que constituye al Poeta, hacia el *Jorge Toledano,* aquel insigne representante de Toledo Solano, a quien en la figura del galán, por la blandura, talle y aseo de su persona nadie ha igualado. Roma nos dejó la memoria de sus famosos histriones, no parezca exceso a la modestia y circunspección de muchos alabar estos hombres, pues no los vió semejantes, cuando más su República florecía. Dios guarde a V. m. como deseo y su ingenio y letras merecen.

Su Capellán y aficionado servidor,
LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

ARGÁN.	CELIMA.
ARAFE.	EL REY DE ARGEL.
SERVIO.	TOSIRO.
RIBERIO.	ISMAEL.
ANTONIO.	CELIMO.
JORGE.	MALAFO.
SOLDADOS.	LEONOR.
LAUDOMIA.	PALADIO.
BELARDO.	

Representóla Porras.

ACTO PRIMERO

(*Salen* ARAFE, ARGÁN, CELIMO, ISMAEL, TOSIRO *y* MALAFO, *moros.*)

ARGÁN. Ya, señor, la tierra mides.
ARAFE. Esto poco diferencio
a las hazañas de Alcides.
ARGÁN. Entra.
ARAFE. Calla, que el silencio

es capa de los ardides.

ARGÁN. Torna a la playa la plancha,
no quede estampa ni mancha
del atrevimiento hecho.

ARAFE. En el lugar más estrecho
el corazón se me ensancha.

TOSIRO. Volverás a las fragatas
la barca en que hemos tomado
tierra y puerto.

ARGÁN. ¿Deso tratas
habiendo puerto cerrado
en los peñascos y matas?
Entre dos peñas la encaja.—
Y tú, Celimo, trabaja
que esté todo moro surto;
y hablen bajo, porque el hurto
se deleita en la voz baja.

CELIMO. Todos vienen avisados
y saben que han de callar;
diestros son y ejercitados,
que es bueno para la mar
estar bien acostumbrados.
Que aquesto de la mareta
extrañamente inquieta
y nos dejarán aquí.

ARAFE. ¿Qué señas diste a Alí?

MALAFO. El eco de una escopeta.

ARAFE. No temo al viento cruel,
ni mudanzas del mar creo
por más que luchen con él,
y más en parte que veo
las mismas luces de Argel.
Que me parece que a brazos,
sin tener por embarazos
espada, alquicel ni ropa,
pasase con viento en popa
en la nave de mis brazos.

ARGÁN. Eso, Arafe, más sería
por lo que dejas en él
que de heroica valentía.

ARAFE. ¿Pues qué dejo yo en Argel?
¿Es Argel la patria mía?
¿No fuí primero cristiano,
y no soy napolitano?
¿Qué puede llevarme, Argán?

ARGÁN. Una cierta piedra imán,
una cierta hermosa mano
a sí te llama y te tira
a su vista, así su amor
de tu alma el norte mira.

CELIMO. No des ejemplo mayor:
en oyéndole, suspira.

ARAFE. ¡Basta, que me habéis tratado
como hombre de otra ley!
¿Tan falso me habéis hallado
que de la amiga del Rey
he de estar enamorado?
¿Yo a Celima? Yo en mi vida
he dado ocasión que impida
a mis lealtades el paso.

ISMAEL. ¡Por Alá, difícil caso
y afición mal entendida!
Si eres tú, Arafe, cristiano,
ella también es cristiana,
no es pensamiento tan vano

ARAFE. Por la luna soberana,
que es mi adorado tirano.
Confieso que bien la quiero
y que al Rey se la he pedido
por mujer; pero no espero
de ser jamás socorrido
del pensamiento que muero.
Porque el Rey la quiere bien,
y ella con tanto desdén
paga, amigos, mi afición,
que es amar sin galardón:
¡mirad con quién y sin quién!
Pero habemos concertado
que si salgo con la presa
que hoy los dos hemos tratado
y llevo esta dama presa,
cuya fama le han contado,
me ha de dar en cambio della,
¡ay, Dios!, a Celima bella,
que es el Argel de mi fe (1).

TOSIRO. Arafe, dichosa fué
para tanto bien tu estrella.
En buen punto en este risco
pusiste el pie si el morisco
que te avisa no te ha dado
en este engaño dorado
ponzoña de basilisco.

ARAFE. Yo sé que es hombre fiel
y que es por fuerza cristiano;
ya muere por ir a Argel;
y es lo menos de su mano
la fianza de un papel.
Que un hermano tiene allá,
que por rehenes me da
desta empresa a que he venido.

ARGÁN. Hoy a Celima has vencido.—

(1) En la edición de 1622, dice "que es Angel de mi fe".

No es del Rey, que tuya es ya.
¡Por Alá que si este caso
llega a efeto, que me paso
el pecho con esta daga,
porque es de mi alma paga
y en vivo fuego me abraso!
¿Que el Rey promete a su dama
en cambio de una mujer
que la conoce por fama,
y que mi alma ha de ver
en otros brazos quien ama?
Estorbarálo mi mano,
medio moro y vil cristiano,
a pesar de tu ventura.

ARAFE. ¿Qué dices?

ARGÁN. Que esta espesura
encubre este monte y llano.
No pasemos destas viñas,
porque no hay mejor celada
en todas estas campiñas.

ARAFE. Si la prendo, esta preciada
espada te doy que ciñas.

ARGÁN. ¡Con ésa te mataré
primero que el Rey te dé
la cristiana y mora hermosa!

ISMAEL. Arráez.

ARAFE. ¿Hay alguna cosa?

ISMAEL. Gente.

ARAFE. ¿Qué gente?

ISMAEL. De a pie.

ARAFE. Pues éste es el Capitán
y su gente, que ya van
la vuelta de Castellón.
¿Son muchos?

ISMAEL. Tres hombres son.

ARAFE. ¿Dónde llegan?

ISMAEL. Cerca están.

(*Escóndense y salen el* CAPITÁN ANTONIO, PALADIO, SERVIO *y* LAUDOMIA, *dama.*)

ANTONIO. Vaya Servio por el coche,
Laudomia, si te parece,
que ya el día se escurece
y viene apriesa la noche,
y por las peñas no pudo
acercarse hasta la mar.

SERVIO. Aquí no puede llegar,
ni aun adelante no dudo.
Menester es que te esfuerces
aunque la arena te canse.

LAUDOM. Como este fresco no amanse
iré a pie sin que me esfuerces,
que antes lo tengo por gusto.

ANTONIO. Adonde pudiere llegue,
que en peñas no se le niegue
que se camina a disgusto.
En efeto le traerás
donde llegamos ahora.

SERVIO. Vaya Paladio por Flora,
que se queda muy atrás.

PALADIO. Quiero volver a buscalla,
que queda lejos de aquí.

ANTONIO. Sin duda está por ahí.

PALADIO. Flora no está, pues que calla.

ANTONIO. No des voces; ve por ella.

PALADIO. Luego aquí con ella estoy.

SERVIO. Y yo por el coche voy
mientras que vienes con ella.

(*Vanse* SERVIO *y* PALADIO.)

ANTONIO. ¿Hate agradado la mar
y su apacible ribera?

LAUDOM. Ninguna cosa pudiera
mis ojos tanto alegrar.
A la música parece.

ANTONIO. Según eso alegre estás,
si al alegre alegra más
y al triste más le entristece.

LAUDOM. Pensarás que yo lo voy
porque tratas de casarme;
no en verdad, mas por hallarme
en tu gracia, como estoy;
que aunque aquese caballero
es un honrado marido,
ha días que le he tenido
por marido verdadero.

ANTONIO. Decirte sus partes yo
y ser el tercero en esto
no se fíe a un padre honesto,
y en duda digo que no.
Pero baste que te cases,
como dices, a mi gusto.

LAUDOM. Con eso me viene al justo;
no es bien que adelante pases.

ARAFE. ¡Ea, Capitán valiente,
ríndete!

LAUDOM. ¡Ay, Dios! ¡Ay de mí!

ARAFE. ¡Seguilda!

ARGÁN. Déjame a mí.

ANTONIO. ¡Criados, soldados, gente!

ARAFE. Capitán, date a prisión,
que cuantos más llames más
nuestra presa aumentarás.

ANTONIO. ¿Sois más?

ARAFE. Ciento en escuadrón.
Dejo en la mar diez fragatas
de gente y armas lucidas.
ANTONIO. Si tuvieras cien mil vidas
no las compraras baratas.
ARAFE. Ya conozco tu nación;
mas si comienza a faltar
gente en tierra, ha de quedar
despoblado Castellón,
aunque yo entrarle pudiera,
sabe que vienes aquí
vendido.
ANTONIO. Créolo ansí.—
¡Ay de ti, si lo supiera!
ARAFE. Tu hija sólo pretendo,
que es el fin de mi intención,
que ni quiero a Castellón
ni sus murallas ofendo.
Mi Rey adora su fama
y no ha visto su persona:
suya ha de ser la corona
de lo que hoy Argel se llama.
Ríndeme luego la espada
si quiere salvar la vida.
ANTONIO. ¿Qué más vida que rendida
a una espada tan honrada?
Bien sé, moros, que sois pocos
para el ánimo que veis,
y sé que allá nos tenéis
por valientes o por locos.
Pero ver que ha de morir
presa mi hija y sin honra,
lo tengo por más deshonra
que no la espada rendir.
Que dondequiera que fuere
vida quiero procurar,
por podella aconsejar
en lo que mal le estuviere.
Mal la espada me pedistes
y mi persona cercastes,
que la espada me quitastes
cuando mi hija prendistes.
Allá, en fin, tenéis mi espada:
ésta os doy por no perdella,
que en no poder defendella
la doy limpia y no manchada.
Sin sangre os la doy, en fin,
porque la que allá lleváis
de otra sangre no tiñáis,
aunque no la tiene ruin.
ARAFE. Ya tus lágrimas la bañan.
ANTONIO. Las lágrimas de coraje
no hacen al honor ultraje,
antes su fuerza acompañan.
Como padre lloro aquí,
y porque al fin no peleo
como padre.
ARAFE. Yo lo creo
que tú lo hicieras así.
Camina a la mar ahora
y de razones te deja.
ANTONIO. ¡Tarde el que mal se aconseja
se arrepiente, y presto llora!—
Aguarda, traerán mi hija.
ARAFE. Ya es ido por ella Argán.
ANTONIO. Pues donde mis ojos van
no habrá dolor que me aflija.

(*Vanse, y sale* LAUDOMIA *y* ARGÁN.)

ARGÁN. ¿Pues quiérote yo matar?
LAUDOM. No huye de ti mi vida,
sino la honra querida,
que sé que me has de quitar.
ARGÁN. No corras más; está queda
y asegúrate de mí.
LAUDOM. Basta; yo fío de ti
lo que un justo temor pueda.
ARGÁN. ¿Qué me darás si te llevo
segura hasta Castellón?
LAUDOM. No tiene comparación:
la vida y alma te debo.
Pero querrásme engañar.
ARGÁN. Eso no, que aunque soy moro
soy noble.
LAUDOM. Esos pies adoro;
a tus pies me quiero echar.
ARGÁN. Si acaso por detenerme
en ir, como voy, contigo
viniese algún enemigo,
digo cristiano, a ofenderme,
mira que le has de decir
que yo tu vida guardé.
LAUDOM. Que eres mi dueño diré,
y a quien tengo que servir.
Diré que tu vida es mía,
y que soy tu humilde esclava.
ARGÁN. Mi alma tuya bastaba,
aunque es menor cortesía.
Y pues a la villa vamos
contarte la causa quiero
de haber yo sido el primero
de los que aquesto intentamos;
que aunque entonces fué interés,
yo sé que agora es piedad:

vence el amor y amistad.

LAUDOM. ¡Y pura nobleza es!

ARGÁN. Tiene el Rey de Argel famoso,
bella cristiana, que guarde
el que tan bella te hizo,
de peligros semejantes,
una hermosa renegada,
natural de los Algarbes,
que agora llaman Celima
y antes se llamó Violante.
Discreta por todo extremo,
y al fin tan llena de partes
que hasta hoy la vieron ojos
cuya alma no lo pagase.
Esta quiere y a ésta adora
esté renegado Arafe,
con tal pena que en el mundo
yo sólo puedo imitarle.
Pidióla al Rey por mujer,
siendo del Rey alma y sangre,
confiando en la privanza,
que no hay cosa que no alcance.
Un valenciano cautivo,
en estos medios o antes,
contóle de tu hermosura,
discreción, gracia y donaire.
Fueron las palabras obras;
la fama, vista bastante;
la privación, apetito;
el imposible, amor grande.
Pidióle el Rey a este moro
que esta empresa procurase,
porque gozar pretendía
a Laudomia por Violante.
Un morisco le dió aviso,
que hacéis un yerro notable
en tener entre vosotros
este maldito linaje.
Sabiendo, pues, que venías
a la mar algunas tardes,
de las fragatas salimos
los moros más principales:
Mahometo y Ismael,
Celimo y aqueste Arráez
y yo, que me llamo Argán:
si soy noble ya lo sabes.
Una barca entre dos peñas
dejamos para que aguarde
la presa que ya no llevan,
aunque harta presa es tu padre.
Yo, porque el Rey no le diese
a Celima si llevase
la que agora va conmingo,
fuí ligero en alcanzarte.
Tu libertad procuré
porque aquéste no se case
con aquella hermosa fiera,
con aquella fiera y ángel.
Aqueste fué mi principio;
mas ya quiere Amor que ablande
mi nobleza y tu hermosura
inconvinientes más grandes.
Gente viene, gente suena:
mira si es justo que guardes
deste peligro mi vida
o si es razón que me maten.

(*Salen* RIBERIO, PALADIO, SERVIO *y* JORGE.)

RIBERIO.

Cuando supe que había salido al campo
quise, amigos, salir a recebille,
aunque cansado del camino vengo.

PALADIO.

Si el Capitán supiera que venías
él te hubiera ganado por la mano.
Salió esta tarde con su bella hija
orilla al mar a pasearse un poco.

RIBERIO.

¿Dónde ha quedado?

PALADIO.

Aquí junto a estas peñas
mientras que fuimos acercar el coche
y una doncella que ya en él dejamos.

JORGE.

¿Es moro aquéste?

PALADIO.

¡Ay, Cielo!, ¿no es Laudomia
la que viene con él?

RIBERIO.

¡Extraño caso!—
Detente, moro.

LAUDOMIA.

Detén las manos,
que obligados estáis a honrar las suyas
en sabiendo el suceso desdichado
del Capitán, mi padre, que ya llevan,
herido, preso o muerto, a Argel cosarios.

RIBERIO.

¿Cautivo el Capitán?

SERVIO.

¿De qué te admiras,
si estaban en celada entre estas ramas?

LAUDOMIA.

Esta vida le debo a aqueste moro,
que me dió libertad y me ha traído
de la suerte que veis; y aunque mi padre
va preso y fuera justo acompañarle,
siendo mujer estoy desobligada,
por el peligro que en su honra pongo.

RIBERIO.

¡Triste suceso, y para mí más triste,
que soy, señora, el que pensé esta noche
no menos merecer que vuestra mano!
Riberio soy, aquel que vuestro padre
concertaba de daros por marido.
A aqueste efeto, sólo por sus cartas,
contento ayer salí de Barcelona,
y por la posta vine a ver mi muerte.
Pero vanas palabras me detienen,
donde será mejor mostrar con obras
la fe que debo a un verdadero amigo.
En Flandes, en España y en Italia
esta espada no más, aquésta sola,
ha de comprar su vida por mi muerte.

ARGÁN.

No te aconsejo que a la empresa vayas,
que es notorio el peligro en que te pones.
Lo que podrás hacer será llevarme,
diciendo que los tres me habéis vencido
y me la habéis quitado de las manos.

RIBERIO.

El moro dice bien. Venid vosotros,
que sabéis el camino de la playa,
que Jorge quedará, pues de paz vamos,
con Laudomia: aguardando, poco a poco,
a Castellón se volverá.

SERVIO.

Camina.

LAUDOMIA.

Si no tardáis aquí quiero esperaros.

ARGÁN.

Alá quede con vos, señora mía.
Tenedme en la memoria por si acaso
volviere a veros otra vez.

LAUDOMIA.

El Cielo
te pague tanto bien, y porque puedas
tenerme por mujer agradecida,
llévate de camino esta cadena.

ARGÁN.

Por Alá que la tomo por ser vuestra,
que no por interés.

RIBERIO.

¿No vienes?

ARGÁN.

Vamos.

(*Vanse, y queda* JORGE *y* LAUDOMIA.)

JORGE. No sé qué desdicha ha sido,
Riberio, más peligrosa,
la tuya en perder tu esposa
o yo en haberme perdido.
A ti te queda esperanza
y a mí deste bien ninguna,
y así quiere mi fortuna
más áspera la mudanza.
Tú te veniste a casar
y yo me vine a perder,
pero en ti queda el poder
y en mí sólo el esperar.
Di, fiera imaginación:
¿quién ha sido el basilisco
que en medio de aqueste risco
me ha robado el corazón?
Que ojos bellos, honestos (1),
enseñados a matar,
tal fuego pueden criar,
tristes, humildes y honestos.
¿Qué hicieran con alegría
ojos que matan llorando,
pues tristes van abrasando
los hielos del alma mía?
¿Qué boca divina es ésta
donde lágrimas caían
que vueltas cristal salían
a dar al cielo respuesta?
¿Qué milagro, qué testigo
de lo que Dios puede obrar?

LAUDOM. ¿Has acabado de hablar
y de hacer cuenta contigo?

JORGE. No es posible que yo acabe
si a loaros comencé
lo que en vos la tierra ve

(1) Así en los textos; pero quizá deba leerse aquí: "¿Qué ojos bellos modestos."

de lo más que el cielo sabe.
Dentro en Toledo nací,
donde su Corte ha tenido
la hermosura, y ha vivido
sin poder salir de allí.
Donde ni en huerta ni en fiesta
cosa he visto que os iguale.

LAUDOM. Bien de propósito sale,
Jorge amigo, tu respuesta.
¿Tiempo en que falta consuelo,
es tiempo para burlar?

JORGE. En todo tiempo han de dar
los hombres gracias al cielo.
Y este tiempo, esta ventura,
a alaballa me obligó,
pues es tiempo en que vi yo,
señora, vuestra hermosura;
que quien ve lo que merece
y alabanza no le da,
al bien que mirando está
ingratísimo parece.

LAUDOM. ¿Cuánto ha que de Italia vino
tu señor?

JORGE. Jurara yo
que nunca en Italia vió
donaire más peregrino.

LAUDOM. No te pregunto yo eso,
sino cuánto ha que estuvo
en Italia.

JORGE. En cuanto anduvo
tuve libertad y seso.
Nunca, señora, me vi
poder conmigo tan poco.

LAUDOM. ¡Este debe de ser loco!

JORGE. Loco soy, mas cuerdo fuí.
Ya por los ojos me han dado
veneno que al alma toca
y de estar el alma loca
traigo el seso alborotado.
Vos lloráis padre perdido;
yo lloro el alma, que es más.

LAUDOM. ¿Y dondequiera que estás
tienes tan poco sentido?
¿No adviertes que estás hablando
con un igual como yo?

JORGE. De vos la causa nació
del daño que estoy llorando.
Con vos misma os enojad,
que a no haber tan bella sido
nunca yo fuera vencido.
Vos me distes libertad,
libertad para decir
las partes que Dios os dió,
y si alguna me quedó
fué sólo para morir.
Pero no tengáis en poco,
que para vuestro consuelo
os envía ahora el Cielo
las libertades de un loco.
Porque conmigo podáis
divertir este dolor
mientras vive mi señor,
de quien el vuestro esperáis.
Que hablar en vuestra alabanza
no es más yerro que ser poco,
y basta quedar por loco
para castigo y venganza.

(*Salen* RIBERIO, PALADIO, SERVIO *y* ARGÁN.)

RIBERIO.

¡Bastaba ser mi desdichada mano
la que intentaba el fin deste remedio!

ARGÁN.

Salió, en efeto, mi esperanza en vano.

RIBERIO.

Armas y ruegos son inútil medio:
rompiendo van las rocas (1) el mar cano,
y del golfo la playa queda en medio.

LAUDOMIA.

¡Su intención, mi esperanza y tus enojos
con justa causa llorarán mis ojos!

RIBERIO.

Llegamos a la orilla al tiempo cuando
la negra barca del infierno vemos
entre peñas y mar desencallando,
tocando a tierra y agua los extremos,
y luego, como pájaro volando,
alzar las velas y mover los remos,
donde dejaba el alma, el sol, el día,
y el mar llorando con dolor crecía.
Yo puse en la contera desta espada
un lienzo blanco, levantando en alto,
daba agua al mar, al viento voz cansada;
mas desto ni uno ni otro estaba falto:
estaba ya la barca sosegada
y en medio de su curso hicieron alto,
movidos de saber lo que querían
las señas y palabras que decían,
cuando un fiero huracán airado emprende

(1) Quizá deba decir "barcas".

la barca, y las fragatas deja rotas,
que a sólo el remo cada cual atiende
y de las velas larga las escotas.
Ligera entonces por las ondas hiende,
tan presto, que en un punto las remotas
naves parece que tocar querían,
que al trasponer del sol resplandecían.
Tanto furor entonces me provoca,
que para hacerlos todos mil pedazos
quise tomar la espada con la boca
y detener la barca con los brazos.
Detuvo Argán, en fin, mi empresa loca,
y el buen Paladio y Servio hicieron lazos
de sus valientes brazos a mi cuello
y la pendiente vida de un cabello.

ARGÁN.

Pues que la mar, señor, lugar no ha dado,
no ha de faltar remedio por la tierra:
haz cuenta que en rehenes se ha quedado,
aunque preso de paz, y no de guerra.

SERVIO.

Y tu remedio y nuestro bien destierra.
Dineros han de hacer este rescate,
si no es que Argán aqueste engaño trate.

LAUDOMIA.

El que me dió la libertad presumo
negociará la de mi padre presto.

ARGÁN.

En solo una palabra me resumo,
que su hierro en mi alma queda puesto.

PALADIO.

De las vecinas sierras que en lo sumo
la luna toca y queda el sol traspuesto,
de la otra parte deste mar de Oriente
vamos, señor, a recoger la gente.

LAUDOMIA.

¿Está muy cerca el coche?

SERVIO.

Aquí te aguarda,
detrás de aquellos álamos sombríos.

(Vanse, y queda RIBERIO *y* JORGE.*)*

RIBERIO.

¿Qué te parece, Jorge, no es gallarda?

JORGE.

¡No han visto cosa igual los ojos míos!
Si en más se ha de estimar el bien que tarda
y los ojos de amor son desvaríos,
no te pese que agora se dilate
hasta que a efeto venga su rescate.
Sufre, alégrate, espera, vive ufano,
pues a los ojos de tu dama asistes.

RIBERIO.

Dé sus consejos al enfermo el sano
y los ojos alegres a los tristes.
Si dilatando el hado el bien que gano,
¿para qué en este punto me pusistes?

JORGE.

Frágiles esperanzas de los hombres,
según razón será que tú la nombres.

RIBERIO.

¡El coche, Jorge, apriesa, corre;
da voces a Tristán, pide el caballo!

JORGE.

Sentado queda al pie de aquesta torre,
si le tomas podrás presto alcanzallo.—
Amor, si ahora tu favor socorre
tu humilde esclavo y tu menor vasallo,
poco será con himnos y cantares
quemar incienso y mirra en tus altares.

(Vanse, y sale CELIMA *y el* REY DE ARGEL.*)*

REY. A quien de amor no muriera
presto enfermaran de amores
las bellas plantas y flores
deste jardín y ribera.
Contemplando el azucena,
el lirio, mirto y la palma,
parece que siente el alma
una cierta alegre pena.
Y de nuevo enamorada
con tal deseo se enciende,
que parece que pretende
juntarse a la cosa amada.
Y así, yo que tengo en mí
más de atrás este deseo,
cuando aquestas cosas veo
deseo esto mismo en ti.
Miro que estas yedras luego
nos enseñan a enlazar
que hasta los golpes del mar
con ser agua encienden fuego.
No hay piedra aquí, mi Celima,
que no esté brotando amor,
que a su bello resplandor
todo se queja y lastima.
Dichoso yo que tan cerca

tengo mi bien y remedio,
sin que haya mar de por medio,
alto muro y gruesa cerca.
Que hasta tu rara beldad
no hay, mi gloria, desde aquí
otros muros para mí
que tu misma voluntad.

CELIMA. Esa, mi Rey y señor,
es tuya como mi vida,
por tantas causas debida
a tu nobleza y amor.
Perdí mi luz por quererte,
que es lo más que aventuré,
porque creo que dejé
la vida por larga muerte.
Bien sospecho que me debes,
aunque con amor me pagas;
mas porque te satisfagas
mira si hay en qué me pruebes,
verás que con esta roca
competirá mi firmeza.

REY. ¡Lo que vencen mi nobleza
humildades de tu boca!
Mas, ¿cuándo yo, ni aun del aire,
celos, mi vida, te hice?
¿Cuándo no me satisfice
de tu hermosura y donaire?
¿Cuándo no fueron mis dueños
esos ojos enojados,
y esos tus gustos prestados
sombras que imaginan sueños?
¿Cuándo mi verdad no fuiste?
¿Cuándo a fuerza destos brazos
se deshicieron los lazos
que en mi cuello entretejiste?
¿Tienes algo contra mí
de que te puedas quejar?
Dilo, que el cielo y la mar
solo nos oyen aquí.

CELIMA. No quiera Dios que interrompa
tu gusto y le ponga pausa,
que tiempo habrá que esta causa
el aire llorando rompa;
que a mí me bastan los cielos
para vengarme de ti.

REY. ¿Desamor has visto en mí
ni cosa que toque en celos?
¡Por vida de aquesa boca
que lo has de decir!

CELIMA. No es justo
que hoy, señor, tengas disgusto
por cosa que a mí me toca.

REY. ¡Por Alá que pierdo el seso
si tan dudoso me dejas!
Mira que en vano te quejas.

CELIMA. No me engañarás con eso.

REY. Di, por tu vida, lo que es.

CELIMA. ¿Por qué cristiana enviaste
a Arafe ayer tarde?

REY. Baste:
no es amor, sino interés.

CELIMA. ¿Cómo interés y no amor,
si sé yo que has prometido
de dármele por marido?

REY. ¡Por mi vida, eso es mejor!
Arafe, Celima hermosa,
por haber servido bien
es de los moros a quien
tengo obligación forzosa,
es tal, que con cuatro alarbes
de Denia a Alicante admira,
ha saqueado Algecira
y tiemblan dél los Algarbes.
De allí te trajo cautiva;
pidióte en premio de todo,
que éste, amiga, ha sido el modo
por donde conmigo priva.
Y así como vino fama
desta valenciana bella,
me prometió de traella
en premio de lo que ama.
Y como estoy informado
que un imposible emprendió,
prometí de darte yo,
que es como haberte negado.
Yo no he visto esa mujer,
mira si la puedo amar
y si me puede obligar
a lo que no puede ser.

CELIMA. En ser, por desdicha mía,
no dudes que ella vendrá:
¿qué imposible lo será
adonde el amor porfía?
Y sucederán dos cosas,
de habello tu prometido:
tener yo infame marido
y tú otras manos hermosas,
que harán el efeto en ti
que hacen las novedades,
y tus fingidas verdades
las del arsénico en mí.
¡Iránseme al corazón!

REY. A risa en parte me obligas,
que desde agora castigas

mi propia imaginación.
¿Yo por qué la he de querer
o por qué te he de olvidar?

CELIMA. ¿Que así me pretendes dar
a un esclavo por mujer?
¡Efetos de Rey y tuyos,
que de lo que ya gozaron
desobligados quedaron
con darlo a criados suyos!
Pésame de que hayas sido
de cuerpo y alma, señor:
del alma, por el amor
que a tus cosas he tenido;
del cuerpo, por ser cautivo;
porque, en efeto, querrás
dos cuerpos y almas, que es más
que un esclavo fugitivo.
Mas no pienses que podrás
dar más del cuerpo de mí.

REY. ¡Oyeme, escucha!

CELIMA. ¿Yo a ti?
¡Ya no más, por no ver más!

REY. ¡Celima!

CELIMA. Ya te desamo.

REY. ¡Celima, mi amor estima!

CELIMA. Ya no me llamo Celima.

REY. ¿Pues qué?

CELIMA. Violante me llamo;
cristiana soy.

REY. Eres mora;
aunque te pese, mi esclava.

CELIMA. El cuerpo, que el alma acaba
de ser de otro dueño agora.

(*Vase* CELIMA.)

REY. Si a un rey no fuera bajeza
que otro rey fuera mayor,
aunque con el rey Amor
nada iguala su grandeza,
siguiendo a mi esclava fuera (1)
con lágrimas de humildad,
tanto su riguridad
me fuerza, oprime y altera.
Aunque ¿quién por ella vive
tan cobarde y retirado
que del son de Marte airado
enojo y pena recibe?
¿Quién pudiendo tener mucha
de su valor se despoja?
¿Quién del pífaro se enoja
y el blando instrumento escucha?
¿Qué sirve que bravo y fiero
rinda en pequeña ocasión
su cobarde corazón,
que fué otro tiempo de acero?
Mal hice en no la seguir.
Pero, ¿qué gente es aquesta?

(*Sale* ARAFE *y gente con él, y* ARGÁN, CELIMO *y* ANTONIO, *capitán.*)

TOSIRO. ¿Sin salva entraste y sin fiesta?

ARAFE. Como tengo de venir.
No se toquen añafiles
ni se dispare escopeta,
que cuando Argel se inquieta
no es para hazañas tan viles.
¿Desembarcó aquel esclavo?

CELIMO. Ya el esclavo viene aquí.

REY. ¡Si es éste Arafe!

ANTONIO. ¡Ay de mí,
hoy mi triste vida acabo!

ARAFE. Magnánimo general
del gran señor, ya es llegado
tu humilde esclavo y criado.

REY. Arafe, amigo leal,
¿qué hay del reino de Valencia?
¿Cómo queda Castellón?

ARAFE. No queda en esta ocasión
muy alegre con mi ausencia.
Sólo quedan alteradas
sus riberas de mis furias,
que no han recebido injurias
de nuestras armas y espadas.
Porque después de la presa
de Laudomia, aquesa dama
que tiene el Amor por fama
dentro de tu alma impresa,
Llevándola yo a embarcar,
Argán, que entre todos falta,
la mar a los cielos alta,
hizo al fin como la mar:
alteróse de manera
que estando el padre embarcado
dejamos al desdichado
en la enemiga ribera.
Al fin, los árboles rotos,
las velas, jarcias y entenas,
vieron de Argel las almenas
los remeros y pilotos:
Unos muertos del rebenque,
otros de mi voz cansados,
que de tablones quebrados

(1) En los textos, por errata, "fiera".

se puede hacer un palenque,
porque en tres horas o menos
habemos corrido el mundo,
visto el cielo, el mar profundo
y de Neptuno los senos.

REY. ¿Que cautivado no habías
a Laudomia?

ARAFE. Dió a correr
con flaqueza de mujer,
temiendo las fuerzas mías.
Siguióla Argán, y nosotros
trajimos al viejo al mar.

REY. ¿Quién os mandaba embarcar
a los unos sin los otros?

ARAFE. ¿Y peor, señor, no fuera
quedarnos todos allá,
cuanto y más que tiempo habrá
de volver a su ribera?
Yo cobraré lo perdido,
que buena prenda me tengo.

REY. A tener respeto vengo,
pero a lo que me has servido;
que yo hiciera, por Alá,
colgarte de una mesana;
no por ser la empresa vana,
que ésa en tu mano no está,
sino por haberte así,
habiéndola cautivado,
como cobarde embarcado,
sólo mirando por ti;
y que no estando avisados
se pudo entrar Castellón.

ARAFE. ¡Bien muestra su condición
la Fortuna con privados!
¿Por una falta pequeña
tantos servicios olvidas?
¡Privanzas mal adquiridas,
tesoro son de quien sueña.
¿Poca presa te parece
haber el padre traído,
de mil vientos impelido
el mar, que bramando crece?
Y teniendo Argán la culpa,
que fué quien quedó con ella,
que quizá por gozar della
le prendieron sin disculpa.
Plega Alá que no lo hagas
para negarme a Celima
si acaso te desanima
y con tu gusto me pagas.
Pero lo que fuere sea:
tu palabra has obligado
y por Laudomia trocado
la que mi alma desea.
Rey eres y has de cumplilla;
yo iré a Valencia y vendré,
o moriré y dejaré
teñida en sangre la orilla.

(*Vase.*)

ISMAEL. ¡Oh, cómo parte cruel!
¡Plega a Alá que vuelva así!

REY. ¿Qué hacéis vosotros ahí,
que no vais todos con él?
¡Salid luego del jardín!

ISMAEL. ¡Por extremo está enojado!

TOSIRO. Vamos, que éste es Rey airado
y vil genízaro, en fin.

REY. ¡Qué soberbio y enojado
contra Arafe me he fingido,
y aunque Rey, arrepentido
de la palabra que he dado!
Que por lo que nunca vi
no es bien que mis ojos den
toda la gloria que ven,
hermosa Celima, en ti.—
Di, buen viejo, ¿eres el padre
desa Laudomia?

ANTONIO. Yo soy.

REY. ¿Tienes mujer?

ANTONIO. Ha que estoy
diez años ya sin su madre.

REY. ¿Es hermosa?

ANTONIO. Antes es fea.

REY. No dice aqueso la fama,
que luna el moro la llama
y el cristiano Angel y Dea.
¿Por qué hablas temeroso?
¿Qué eres allí?

ANTONIO. Capitán
de los caballos que están
en la costa.

REY. ¡Cargo honroso!
¿Adónde está el rey Fernando?

ANTONIO. En Nápoles está agora.

REY. ¿Y la Reina tu señora?

ANTONIO. En Castilla gobernando.

REY. ¿Cómo te llaman?

ANTONIO. Antonio.

REY. ¿Triste estarás sin tu hija?

ANTONIO. De que es razón que me aflija
ser padre da testimonio.

REY. Todo es guerra, no enternezcas
tus ojos por cosas vanas,

ni aquesas honradas canas
con tierno llanto humedezcas;
que mañana es otro día:
mañana será mejor.

(*Sale* CELIMA *como cristiana.*)

CELIMA. ¡Mira si es vano el temor
que de tus cosas tenía!
Ya que no te traen la dama
con su padre te consuelas.
¿Qué miras? ¿Qué te recelas?
REY. ¡Celima!
CELIMA. ¿A Celima llama?
Violante me has de llamar;
cristiana soy, no soy mora.
REY. ¡Qué buena vienes agora,
no hay más bien que desear!
Pensaste darme disgusto
y me has dado gran placer;
en tu vida podrá ser
que no me des mayor gusto.
¡Qué hermosa te hace el traje,
que, en efeto, es natural!
CELIMA. Que me asiente bien o mal
no importa.
REY. ¡Extraño coraje!
CELIMA. Diga, perro, ¿concertaba
de dalle su hija al Rey?
ANTONIO. ¿En un hombre de mi ley
eso tu Alteza pensaba?
CELIMA. No soy Alteza, no soy
sino una esclava como él.
¿Pensó hacer reina de Argel
a su hija?
ANTONIO. Sí, en eso estoy.
REY. Por tu vida que te engañas,
que no hablaba con él deso.
CELIMA. ¡Con eso más pierdo el seso!
¿Para qué me desengañas?
¿Soy cosa tuya, por dicha?
ANTONIO. ¡Ay, desventurado Antonio,
sin duda que este demonio
nació para mi desdicha!
CELIMA. Pero no sois del Rey, no;
mío sois, volved acá.
En mis manos está ya
quien mi enemigo engendró.
Yo os echaré una cadena
y os pondré en una tahona.
ANTONIO Para mí será corona
y cama de flores llena.
¿Qué más gusto que serviros?
CELIMA. ¡Que no conmigo humildades!
Soy discreta, hablad verdades.
¿Qué respondéis?
ANTONIO. Doy suspiros.
CELIMA. ¡Entrad, perro, entrad!
ANTONIO. Ya entro.
CELIMA. ¡Hola, herrad aquese esclavo!
ANTONIO. Mujer enojada al cabo;
presto volverá a su centro.

(*Vanse, y sale* JORGE *y* ARGÁN.)

JORGE.

Eres, Argán, de tan hidalgo trato,
tienes tan peregrino entendimiento,
aunque a los cielos deste bien ingrato,
que con ninguna cosa mi tormento
descansa más que el que he tenido hablando
con quien vive del mismo pensamiento.
Estoy siempre mi mal comunicando
con estas piedras, si me faltan hombres,
que solas me oyen cuando estoy llorando.

ARGÁN.

Jorge, tan solamente que amor nombres
no tengo a mucho que la tierra, el cielo,
la gente, el mar, el fuego, el aire asombres.
¿Ha dado azote igual el cielo al suelo,
por más que por su causa el mundo viva,
crezca la planta, esparza el ave el vuelo?
Celoso estoy de mi Celima altiva
más que la más helada y alta sierra,
y a imitación del viento, fugitiva,
toda la paz de mi amorosa guerra,
todo el remedio de mi muerta vida
agora vive en tu morisca tierra.
Allá está mi esperanza, que perdida
desa otra parte de la mar pelea
por el remedio donde estaba asida;
y aunque a los dos la ley común no sea,
ya lo es la amistad, y el amor grande,
y el bien que el uno al otro se desea.
Que como nuestro mundo inferior ande
al movimiento celestial sujeto
y sólo puede hacer lo que le mande,
moviéronse las almas, en efeto,
en poco tiempo a amarse con la fuerza
de las estrellas, que es amor perfeto.
Y éste la nuestra de manera fuerza
a una inferior virtud, que pruebo y sigo,
sin que sus pasos mi albedrío tuerza,
que no hay hoy en el mundo, Jorge amigo,
cosa para tu bien que no inventase:
vivo soy tuyo, y moriré contigo.

Tanto, que si tu fuerza me obligase
a mudarme en la ley con que he vivido,
sospecho que hasta el alma me mudase.
Dime: ¿qué tiene Argel o qué ha tenido
que sea a tu esperanza de provecho?

JORGE.

Largo el amor y corto el tiempo ha sido.
Ya sabes de la suerte que mi pecho
se abrasa por Laudomia, mi señora:
llámola así porque es negocio hecho,
y según mi señor la ama y adora,
tarde o temprano haráse el casamiento,
por quien mi alma se atormenta y llora.
El la aconseja (aunque es rogar al viento)
que se case con él, y le asegura
que el Capitán recibirá contento.
Mas ella una y mil veces dice y jura
que es imposible que remedio espere
mientras su padre vive en cárcel dura.
Y que a cualquier que libertad le diere,
como sea hidalgo le dará la mano,
o pobre, o rico, o como Dios le hiciere.
Yo, aunque pobre, soy hidalgo, hermano;
que por ser de la piedra de Toledo
al Jorge me añadieron Toledano.
Que otra cosa saber de mí no puedo
si no es lo que Riberio me ha contado,
por no saber el padre á quien heredo;
que la piedra es lugar donde fuí echado
de ocultos padres cuando fuí nacido,
y en paños pobres desde allí criado.

ARGÁN.

Tu intento, hidalgo noble, he conocido
de tus razones, y acudiendo a todo
por el amor jurado y prometido,
digo que es fácil de buscar el modo
como traer al Capitán cautivo,
y escucha de qué modo lo acomodo.

JORGE.

¡Oh, buen Argán, por ti diré que vivo!

ARGÁN.

Es fuerza que los dos a Argel pasemos.

JORGE.

Iré hasta el clima ardiente y excesivo,
tocaré de la Scitia los extremos
y el mar en cuya arena no han tocado
humanas plantas ni ligeros remos.

ARGÁN.

En traje de cautivo disfrazado
y de cautivo mío he de llevarte.

JORGE.

Pues vamos luego, que pasarte a nado
en hombros quiero; bien podré llevarte,
que el agua hará lugar a tanto fuego
que no podrá vencer la menor parte
el amistad que entre los dos se jura;
será en mi alma eterna y perdurable
por cuanta edad el sol se extiende y dura.

ARGÁN.

Y en la mía estará firme y estable.
Toca esa mano.

JORGE.

Aquí Riberio viene.
Eso se calle, en lo demás se hable.

ARGÁN.

Llave es la lengua y cebo el alma tiene.

(*Sale* RIBERIO.)

RIBERIO. ¿No será posible, Argán,
que tratemos el rescate
de nuestro buen Capitán?

ARGÁN. ¿Quién lo estorba que se trate
con los que vienen y van?
Escríbele de tu mano
al renegado cristiano;
que aunque a sus negocios cuadre
dar la hija por el padre,
es pensamiento muy vano,
que en ley de piedad y amor,
repeto y naturaleza,
dar el hijo era mejor;
mas hija y de tal belleza
es crueldad y ciego error.
Mayormente para intento
tan cruel y tan sangriento,
que del bien honesto pasa.

RIBERIO. No en balde toda la casa
alaba tu entendimiento.
El oro y perlas que ves,
si mi hacienda no bastare,
pienso poner a sus pies.

ARGÁN. No hayas miedo que repare
en ese humilde interés.
A Laudomia es la que quiere,
que con ella sola adquiere
a Celima, a quien desea.

RIBERIO. Pues eso menos lo crea:

por un imposible muere,
que Laudomia es mujer mía.

JORGE. Cómo, señor, ¿ya venciste
su inexpugnable porfía?

RIBERIO. Jorge amigo, bien dijiste,
que aún no es llegado ese día.

JORGE. En saliendo de prisión
el Capitán, nadie puede
quitarte la posesión.

(*Sale* SERVIO.)

SERVIO. Mira si es justo que quede
puesto en armas Castellón.

RIBERIO. ¿Cómo así?

SERVIO. Con razón velas.

RIBERIO. ¿Pues qué ha habido?

SERVIO. Trece velas
se miran desde la playa.

RIBERIO. ¿No hace fuego la atalaya?

SERVIO. ¿Que se descuida recelas?

RIBERIO. ¿Si es Arafe el que ha venido
a tratar deste rescate?

JORGE. El puede ser que haya sido.

SERVIO. Del fresco viento y embate
navega favorecido.
Tal, que se tiene por cierto
que podrían tomar puerto
si se atreven a saltar.

RIBERIO. La condición de la mar
es no tener tiempo cierto.
Con todo eso, en Castellón
estará la gente alerta
y en la plaza el escuadrón,
los caballos a la puerta
y con buena guarnición.
Esta noche en partes varias
haréis poner luminarias
para salir y correr.

JORGE. Agora puedes hacer
otras cosas necesarias.

RIBERIO. ¿Cómo?

JORGE. Hacer que vaya Argán
a ver si éstos son de Argel,
que mejor se entenderán
y podrán tratar con él
de cosas del Capitán.

RIBERIO. Dices muy bien, Argán vaya
y mire desde la playa
si es acaso ese traidor,
pues él le hablará mejor
del mejor medio que haya.
¿Pero quién irá contigo?

ARGÁN. Jorge.

RIBERIO. Pues, Jorge amigo,
vete con él.

JORGE. Vamos luego,
que apenas punto sosiego
hasta ver a mi enemigo.

ARGÁN. La playa apenas veremos
y del mar el movimiento
cuando de un barco saltemos
y demos velas al viento
y al mar los pintados remos.

SERVIO. Temo que este renegado
no ha de venir a concierto.

RIBERIO. Bueno será estar armado
por si acaso toma puerto,
que es moro y determinado.

SERVIO Ya la villa se alborota.

RIBERIO. Entrame por una cota
y a Tristán mi yegua encarga,
y tráeme lanza y adarga
y aquella imagen devota.

SERVIO. Laudomia está a la ventana.

RIBERIO. ¡Mi bien!

(*Asómase* LAUDOMIA *a la ventana.*)

LAUDOM. ¿Qué alboroto es éste?

RIBERIO. Es un arma falsa y vana
porque la gente se apreste
y ande briosa y lozana;
porque salgan los caballos
a dar en aquellos perros,
perezosos de no usallos,
y se les limpien los hierros
que ciñen los duros callos.

LAUDOM. ¿Cómo, si desde una almena
he visto ya la mar llena
de velas y de enemigos?

RIBERIO. Pues con tan buenos testigos,
verdad es lo que se suena:
Arafe dicen que viene
y con nueva estratagema;
defenderos os conviene.

LAUDOM. ¡Que este perro a Dios no tema!

RIBERIO. No teme lo que no tiene.
A hablarle he enviado a Argán:
Jorge y él, señora, van,
que traerán presto las nuevas.

LAUDOM. ¿Y con qué obligalle pruebas?

RIBERIO. De vuelta nos lo dirán.

LAUDOM. Luego de las arcas saco
lo que él quisiere pedir.

RIBERIO. No soy de pecho tan flaco.

LAUDOM. ¿Pensáis al campo salir?
RIBERIO. Aguardando estaba un jaco.
LAUDOM. Pues subid primero acá
y una reliquia os pondréis
que ha hecho milagros ya.
RIBERIO Con el que en dármela hacéis
para vencer bastará.

(*Sale* SERVIO.)

SERVIO. Aquí están las armas; ven.
RIBERIO. Haz que una yegua me den.
SERVIO. Ya estaba aquí el alazán.
RIBERIO. ¿Quién trae el jaco?
SERVIO. Tristán.
RIBERIO. ¿Adarga y lanza?
SERVIO. También.

ACTO SEGUNDO

(*Salen* ARGÁN *y* JORGE, *de cautivo.*)

ARGÁN. Ya, Jorge, estás en Argel;
ya has visto su playa y mar.
JORGE. Lo que he venido a buscar
me falta de ver en él.
Sus torres, sus edificios,
sus muros, su fortaleza,
de su buen sitio y grandeza
ofrece claros indicios.
Todo me suena a bonanza
por ser lugar de contento,
donde está tu nacimiento
y donde está mi esperanza.
Aqueste Alcázar me agrada;
mucho más el Albaicín:
es cosa del Rey, en fin.
ARGÁN. Merece ser estimada,
que en efeto veo ya en ella
aquella cristiana mora
que tanto mi alma adora
cuanto más se abrasa en ella.
Donde verás admirarse
la misma naturaleza,
viendo su mayor grandeza
en solo un rosto cifrarse.
Verás unos ojos bellos
que si no dieran enojos
del sol pudieran ser ojos
y arderse el mundo con ellos.
Verás una boca hermosa,
tesoro del bien de amor,
que puede prestar color
a la más carmesí rosa.
Verás un cuello arrogante,
de su perfección tan loco,
que quiere tener en poco
el que ha sustentado Atlante.
Verás también unos pechos
a quien sólo Amor se atreve,
que pensaras que eran nieve
a no ser de fuego hechos.
Verás unas manos largas,
aunque no para hacer bien,
y un dulce todo por quien
paso mil muertes amargas.
Y porque costumbre tiene
este mi desdén esquivo
de hacer por cualquier captivo
que de España a Africa viene,
te he traído a este lugar,
pues diciendo que eres mío
por fuerza este mármol frío
en mis cosas vendrá a hablar.
Porque es tan soberbia y loca
que el alma apenas merece
que este nombre que aborrece
tome una vez en la boca.
JORGE. ¿De suerte que tu intención
es que diga que soy tuyo?
ARGÁN. Y di también que soy suyo
si te viniere ocasión.
Dirásle algún bien de mí,
aunque testimonio sea,
que como esclavo te vea
te dará crédito a ti.
JORGE. Ese buen consejo alabo,
que arguye mi fe te empeño
grande virtud en el dueño
tenelle amor el esclavo.
Yo quedo bien instruído
y deseoso de ver
esa invencible mujer
que vencerte ha merecido.
Descuida, que aqueste oficio
haré con tanto primor
que pueda poner Amor
a mi cuenta este servicio.
Que tú con sólo mandarme
me haces merced.
ARGÁN. Yo creo
que conoces mi deseo;
no hay de nuevo que obligarme.
Yo te daré libre a Antonio

o perderé aquí esta vida.
JORGE De la que tengo ofrecida
dará el tiempo testimonio.
ARGÁN. Voime, que Celima baja.
¿No lo ves en estas fuentes,
que sus hermosas corrientes
corren con mayor ventaja?
¿No lo ves en estas flores,
que a naturaleza fuerzan
y sus colores esfuerzan,
pues que vencen sus colores?
Voime.
JORGE. ¡Pasión amorosa!
ARGÁN. Jorge, ¿detenerme he más?
JORGE. Vete.
ARGÁN. Después me dirás
si es Laudomia tan hermosa.
(*Vase.*)
JORGE. ¿Qué importa que te lo diga,
si tú no lo has de creer?

(*Sale* CELIMA, *como mora.*)

CELIMA. ¡Mal se puede entretener
una celosa fatiga!
Son celos fimera ardiente,
que aunque es verdad que se pasa,
el tiempo que dura abrasa
el corazón que la siente.
Son un secreto dolor
que no se puede callar,
basilisco en el mirar
que engendra el mismo temor.
Caídas que da el amante
para poder correr más,
y pasos dados atrás
para pasar adelante.
Aunque en mí no es esta ley
tan forzosa y general,
que ya voy queriendo mal
las condiciones del Rey.
No sólo me hace sufrir
lo que aquí tiene presente,
pero con lo que está ausente
presume hacerme morir.
Mas, ¡ay, Dios!, ¿quién me ha es-
[cuchado?
¿Este esclavo estaba aquí?
¡Ah, perro! ¿Qué haces ahí?
¿Con qué licencia has entrado?
JORGE. Envióme aquí mi señor
a que unas hierbas cogiese,
para que dellas hiciese
remedio a cierto dolor,
que ha gran tiempo que padece
de humor colérico y triste.
CELIMA. A que español pareciste,
y al talle se lo agradece;
no salieras del jardín
sin que la vida dejaras.
CELIMA. ¡Qué bellas manos mancharas
en mi sangre humilde; en fin,
que era hacer ofensa al sol,
a la nieve y a las rosas!
CELIMA. ¡Qué palabras amorosas!
Bien pareces español.
El regalo que éstos tienen
en cualquier cosa que dicen,
más, ¡qué presto le desdicen
si acaso a las obras vienen!
Siempre esta gente se ve
apacible a quien la trata,
sino que es un poco ingrata
a los de contraria fe.
¡Tan bellas manos mancharas
en mi sangre humilde, en fin!
JORGE. No entrara yo en el jardín
a pensar que te enojaras.
O a lo menos a saber
que venían esas plantas
a hacer otras flores tantas
como pisas, renacer.
Fuí tan venturoso en verte,
que la gloria recebida
cueste mil veces la vida
por la causa de tal muerte.
Digo la vida que vivo,
que en poder tuyo ganara;
mas cuando Dios me criara
un rey, no un civil cautivo.
Mía fuera la victoria
y tú la vencida fueras
si en tus hazañas pusieras
tan vil muerte por memoria.
CELIMA. No en balde yo me incliné
a no enojarme contigo
y a refrenar el castigo
que de darte imaginé.
Yo te perdono la muerte
como en tu delito parte,
por el gusto de escucharte;
y así no quiero ofenderte.
¿De dónde eres?
JORGE. Soy de España.
CELIMA. ¿De qué lugar?

JORGE. De Toledo.
CELIMA. ¿Tu nombre?
JORGE. Nombre que puedo
matar con él una araña.
CELIMA. ¿Es Jorge?
JORGE. ¿De qué lo sabes?
CELIMA. Entiendo un poco tu ley;
mas hame forzado un Rey
a ciertos delitos graves.
¿Adónde te cautivaron?
JORGE. En el Reino de Valencia.
CELIMA. ¿Eres soldado?
JORGE. En ausencia
de muchos que allí faltaron.
CELIMA. No traes hierro ni cadena,
¿dante acaso buena vida?
JORGE. Mi señora, a mí escogida;
mas él no la pasa buena.
Desta suerte sus esclavos
le adoramos y queremos,
que hasta en el alma traemos
las señales de sus clavos.
Y es lástima ver un hombre
tan bizarro y tan valiente
a manos de un accidente
olvidando fama y nombre.
Toda la noche suspira,
todo el día pierde el seso;
no se ha visto igual exceso.
CELIMA. ¿A tan alta estrella mira?
JORGE. Si me guardaseis secreto
os diré quién es, señora,
la bella mora que adora.
CELIMA. Eso yo te lo prometo.
JORGE. Pues tiene cierta cristiana
que se ha vuelto mora hermosa
el Rey en lugar de esposa,
que es su divina tirana.
Dicen que su discreción
y su sobrada hermosura
han hecho amor y locura
su grandeza y condición.
Porque entre otras partes mil
de su ilustre nacimiento
alaban su estendimiento
por peregrino y sutil.
Esta dicen que le olvida
de las costumbres de Marte,
y que le asegura en parte
que le ha de costar la vida.
Pues desta entre muchas almas
que el cielo a su cuenta pone,
aunque el amor la corone
por interés de mil palmas,
está la de mi señor,
tan quejosa y mal preciada
cual digna de ser premiada
si fuera el que debe Amor.
Pero ni en él hay verdad
ni en las mujeres concierto,
ni en hebrero tiempo cierto,
ni freno en la voluntad.
¡Ay del que estando perdido
se tiene por tan ganado,
que no trocara su estado
por el más aborrecido!
Porque dicen que el desdén
por una causa tan buena
convierte en gloria la pena
y todo su mal en bien.
CELIMA. ¡Hasta en la lengua es galán!—
Ya sé quién es la cruel;
¿puedo saber quién es él?
JORGE. ¿Pues no?
CELIMA. Di su nombre.
JORGE. Argán.
CELIMA. ¿Argán es el bien perdido?
Agora su talle alabo,
que dueño de tal esclavo
bien merece ser querido.
Porque basta ser señor
de lo mucho que hay en ti,
para que merezca en mí
tener amparo y favor.
Y por eso quiero amalle.
JORGE. ¿Que tanto en tu gracia estoy?
CELIMA. Aficionadilla soy
a los hombres de tu talle.
Pero una palabra sola
quiero que sepas de mí:
que lo estimaré por ti:
¡bella nación la española!
JORGE. Dondequiera halla favor,
aunque odiosa a toda gente.
CELIMA. En mí siento un accidente
que casi parece amor.
¡Válgame el cielo, qué agrado
tiene este hombre!
(*Aparte.*)
JORGE. Ya la perra
hace leña y fuego encierra,
a pesar del pecho helado.
No nos faltarán enojos
si crece la enfermedad,

que la enferma voluntad
ya muestra el fuego en los ojos;
y aun sería mi desdicha
si la he parecido bien.

CELIMA. Albricias, Jorge, te den
tus amigos de tu dicha.
Aficionada te estoy,
y estoy tan aficionada
y de afición tan turbada...
¡Ay, Alá, turbada estoy!
¿A quien tanto oro desprecia
puede rendille un cautivo?
¡Ay, Alá, cuán triste vivo!
Jorge, mi afición te precia.
Mira cuál estoy por ti;
remedia el mal de que muero.

JORGE. Señora, volverme quiero,
si no es que te sirvo aquí.
Que está mi enfermo muy malo,
que he de hacer de aquestas hierbas
epítimas y conservas
para su gusto y regalo.

CELIMA. ¿Y cuáles piensas coger?

JORGE. Todas serán de esperanza,
que en el bien que no se alcanza
es glorioso el pretender.

CELIMA. ¿Qué esperanza quieres dar
a quien tú mismo la quitas,
pues el bien que solicitas
hoy te ha salido a buscar?
Yo soy Celima, esa dama
que Argán quiere y es cruel;
pero no le quiere a él,
que a su esclavo adora y ama.
Esclavo noble y muy digno
destas y demás esclavas,
que ahora empiezas y acabas
mi vida y mi desatino.
¿De qué cielo, de qué infierno
con tanto fuego y belleza
saliste a vencer la alteza
deste mi desdén eterno?
¿Pero qué te digo? Advierte,
Oye, que no hablo contigo.

JORGE. Bien conozco que conmigo
no hablaras de aquesa suerte.
Huelgo que Celima seas
y de haberte aquí contado
de Argán el mísero estado
porque sus desdichas creas.
Y ese mostrarme afición
quiero que alcance contigo,
que acabes ya su castigo
y empieces su galardón.
Duélete, por Dios, señora,
de un hombre que ha tantos años
que resiste desengaños
y que desdenes adora.

CELIMA. Lo que jamás mereció
por su persona y por sí
hoy merecerá por ti,
que quiero obligarte yo.
Dile si quiere obligarme
no hay hoy socorro en el mundo
a tu persona segundo,
que a ti mismo ha de enviarme;
que no quiero más de ti,
que quiero yo que seas mío.

JORGE. Yo por él a ti me envío.
¿Qué me mandas? Vesme aquí;
mándame lo que quisieres,
que mucho mejor y más
en su hacienda mandarás,
pues de su dueño lo eres.

CELIMA. Esto le dirás primero;
y porque el Rey viene, adiós.

JORGE. Del coloquio de los dos
reírme despacio quiero.
Pero mal he negociado;
que si Argán me da por suyo,
con mi libertad concluyo,
esclavo soy confirmado.
Pues bueno será que venga
a librar el Capitán
y que me cautive Argán
donde remedio no tenga.

(*Sale el* REY *y* ARAFE.)

REY. No hay para qué hacerme alarde
de jornadas ni servicios.

ARAFE. Mejor Mahoma te guarde,
que han sido aquestos indicios
presumir que eres cobarde.
Si estamos solos aquí,
volveré, señor, por ti.—
Hola, cristiano, sal fuera.

REY. ¿Quién es éste?

JORGE. Quien quisiera
ya no ser si te ofendí.
Un esclavo soy de Argán.

REY. ¿Es aqueste aquel cautivo
que me alabas de galán?

ARAFE. Por él envidioso vivo
y algunos moros lo están.

Después de ser cual le ves,
asentado en el bauprés
serenaba el mar y el cielo
con música que en el suelo
música del cielo es.
Es valiente y es discreto,
y armado a pie y a caballo
un caballero perfecto.

REY. ¿Cómo pudo cautivallo?

ARAFE. Por un engaño, en efeto.

REY. ¿Hasle visto ejercitar
esas cosas?

ARAFE. Y probar
otras muchas que no digo.
Trátale Argán como amigo.

REY. Bien merece ese lugar.—
¿Cómo has nombre?

JORGE. A tu servicio
es Jorge, señor, mi nombre.

REY. Das de quien eres indicio.—
Por mi fe que es gentil hombre.

ARAFE. Hale dado honroso oficio.
Sus caballos le regala,
y en el mejor se pasea.

REY. Ya no es la presa tan mala.

ARAFE. Justo es que el Rey te posea,
pues ningún dueño le iguala.

REY. Dile a Argán que digo yo
que gustaré de tenerte.

JORGE. Aunque a otro me ofreció
te servirá de la suerte
que hasta ahora te sirvió.
Yo vendré luego a servirte.

(*Vase.*)

REY. Pues con eso puedes irte,
galán esclavo.

ARAFE. ¡Extremado!
Ya, pues, que solo has quedado,
quiero otra vez persuadirte.
No con ponerte delante
las veces que por Argel
me has visto entrar arrogante,
ni con las presas fiel,
poderoso ni triunfante.
No quiero contarte hazañas
en tierras propias ni extrañas,
aunque estén mal satisfechos
moros que envidian mis hechos
y de quien tú te acompañas.
No que te he dado en tres años
un millón de esclavos y oro,
de que están llenos tus baños;
ni que a tu causa soy moro
y defensor de tus daños.
Sino que porque concluya
vuelvas el hacienda suya
al que la pierde y estima:
dame, señor, a Celima,
pues sabes que no era tuya.
Si te pido lo que es mío,
¿a qué grandeza te obliga
este amor y desvarío?
Un año ha sido mi amiga,
y yo...

REY. Paso, no más brío.
La privanza no ha de ser
causa de la libertad,
que entonces es menester
más respeto y humildad
que el disfavor puede hacer.
Por Alá que andas tan necio
que mereces mi desprecio.
¿Es nadie dueño ni hay ley
que obligue al gusto de un rey
en lo que no tiene precio?
Cuando me diste a Celima
era más que mujer baja,
sino es que el valor anima;
pues vuélveme la ventaja
de lo que por mí se estima.
¿Dísteme más?

ARAFE. Has hablado
como rey, y rey airado.
Mal puedo satisfacerte.

REY. ¿Cómo puedo yo volverte
aquello que no me has dado?
Dísteme una mujer llana;
pregunta quién es ahora:
reina, alteza, loca y vana.
¿Y puedo volverte mora
la que me diste cristiana?
Y aunque sé que esta es piedad,
¿Qué me darás si te vuelvo
por la alteza y calidad?

ARAFE. Ya con rabia me resuelvo,
Rey, a decirte verdad;
que aunque la he dicho tan tarde
quiero hacer de las costumbres
de aquesta tu reina alarde,
para que el ingenio alumbres
que en otra lumbre se arde.

REY. ¿Puédesme decir mal della?

ARAFE. Semíramis, Mesalina,

no se comparan con ella;
mira si de un rey es dina.

REY. ¡Oh, perro, en cosa tan bella!
¿La que por mujer deseas
y no alcanzas como indino
tan bajamente la afeas,
y mi amor casi divino
en cosa tan baja empleas?
¿Con quién? ¿Cómo? ¡Habla!
[¿Enmudeces?

ARAFE. Tanto su amor encareces,
que lo que vieras negaras.

REY. ¡Ciego estoy si en esto paras!

ARAFE. A lo menos lo pareces.
¿No basta que yo te lleve
donde veas cómo mira,
cómo habla, cómo mueve,
cómo sestea y suspira
y a qué bajezas se atreve?

REY. ¿Dónde? ¿Cómo?

ARAFE. No en la calle;
¿mas lugar puede faltalle
a una mujer cuando quiere?

REY. ¿Con quién trata? ¿Por quién mue-
[re?

ARAFE. Con cristianos de buen talle.

REY. ¡Vive Alá que estos enojos,
vil cristiano y moro infame,
te han de salir a los ojos,
y que he de hacer que derrame
tu sangre si son antojos!
¡Guarda que verdad no sea!

ARAFE. Cuando tu Alteza no vea
lo que digo, aquí está el cuello.

REY. ¡Y mi alma en un cabello
cuando tal desdicha sea!

(*Salen* ARGÁN *y* JORGE.)

ARGÁN. ¡Qué dichoso, Jorge, has sido
en ir tan bien empleado!

JORGE. A gran ventura he tenido
haber tal dueño ganado
para despertar su olvido.
¿Pero cómo saldrás bien
desto del Rey?

ARGÁN. No te den
pena esos miedos agora:
mi alma a Celima adora,
mi rey Celima es tambien.

REY. Entrate por esos ramos;
no quiero que Argán te vea;
del negocio que tratamos
no quiero que nadie sea
testigo.

ARAFE. Pues entra.

REY. Vamos.

(*Vanse el* REY *y* ARAFE.)

ARGÁN. Es, como digo, Celima
lo más que mi alma estima.
A Celima he de agradar,
que puede dar y quitar
la vida al pecho que anima.

JORGE. En fin, de Celima soy.

ARGÁN. Y yo tuyo.

JORGE. Tengo miedo
si una vez con ella estoy,
que esclavo en Argel me quedo
para siempre desde hoy.

ARGÁN. ¿Eso presumes de mí
y de la fe que te di?
¿Es esto más de querer
ablandar esta mujer?

JORGE. ¿Qué importa serlo por ti?
Cuando esclavo aquí me quede
por tu causa, ¿qué otro bien
mejor darme el cielo puede?

ARGÁN. Pues, Jorge, el premio te den
que a la amistad se concede.
Ninguna cosa le da
al hombre más rico Alá
ni la hay en el universo
si en lo próspero y adverso
igual y conforme está.
En lo incierto he conocido
como eres amigo cierto
y un español bien nacido.

JORGE. Su esclavo seré encubierto
de quien tu alma lo ha sido.
Tratemos lo que hace al caso,
que en el resto desta empresa
verás lo que por ti paso.

ARGÁN. Parece, Jorge, que cesa
este fuego en que me abraso.
Ya que te doy y presento
a Celima como esclavo,
escucha un honrado intento.

JORGE. De tu intento estoy al cabo,
y es un galán pensamiento.
Querrás que vaya vestido
ricamente porque he sido
prenda ofrecida a sus manos.

ARGÁN. En dos pechos tan hermanos
un pensamiento ha nacido.
Ve a casa y de los despojos

de las cristianas batallas
mide, Jorge, tus antojos,
que esas manos quiero honrallas
después de agradar sus ojos.
Dos cofres hay, de do saques,
cuanto tu gusto no aplaques
con tocas y tornasoles,
de vestidos españoles
del saco de los Alfaques.

JORGE. Más a mi gusto vendré
gallardo y a la española.

ARGÁN. Por aquí te aguardaré.

JORGE. ¿Hay plumas?

ARGÁN. La fénix sola
falta, porque no se ve.
No hallará el pensamiento
varia color que presumas
que no tengas una y ciento,
que toda la casa es plumas
como es la esperanza viento.
Mas, ¡oh, Alá!, ¿qué es lo que veo?
¿No es el fin de mi deseo
y el principio de mi mal
este infierno celestial
y esta mentira que creo?

(*Sale* CELIMA.)

CELIMA. Aquí, donde me perdí,
presumo poder hallarme,
sino es que aquel bien que vi
en mí pretenda dejarme
para vengarse de mí.
Pero ya mis ojos dan
con la presencia de Argán
aguardando su luz bella,
porque ésta ha de ser la estrella
del sol que adorando están.—
Argán.

ARGÁN. ¡Dulce gloria mía!
¿Posible es que en vuestra boca
suena su nombre este día
sin que el alma vuelva loca
aquesta indigna alegría?
¿Es posible que no asombre
este favor a tal hombre,
siendo indicio de su amor
oír el siervo al señor
llamar como tú su nombre?
Tu esclavo, hermosa tirana,
en fe de que yo lo soy,
se aperciba el bien que gana;
haz cuenta que a mí me doy,
y aun esto es verdad más llana.
Que el cuerpo sólo apercibo
que te ofrezco mi cautivo
de pensar que es justa cosa,
yo cuerpo y alma envidiosa
del bien que por él recibo.
Pero huélgome que entiendas
que del verdadero esclavo
tiene señales y prendas.

CELIMA. Tu liberal pecho alabo
y la fe que me encomiendas,
y te quedo agradecida,
Argán, por toda mi vida.

ARGÁN. Mira qué quieres de mí,
que el esclavo te ofrecí
y te ofreceré la vida.
Tuyo es, goce tu presencia,
que estará bien empleado,
que es la mejor preeminencia
y el linaje más honrado,
porque es la virtud su ciencia.
Cualquier soldado que ves
hijo de sus obras es,
y las obras gran nobleza,
que la heredada grandeza
pónela el fuerte a los pies.
Sobre nobleza heredada
viene el valor como piedra
sobre sortija esmaltada.

CELIMA. Ya he sabido lo que medra
tu nobleza por tu espada.
Yo sé muy bien lo que vales,
y sé cuando entras y sales
en Argel con mil vitorias,
engrandeciendo las glorias
de extraños y naturales.
Tu fe con tus obras creo,
y agora por prenda tuya
sólo este esclavo deseo.

ARGÁN. No me encargan cosa suya;
lo que es tuyo en ti lo empleo.
Y por si cuando viniere
este esclavo no te diere,
alma en el cuerpo queda:
esta mi alma vendrá,
que es alma que en pena muere.

CELIMA. ¿Quiéresme hacer un placer?
De ir por él.

ARGÁN. Eso es lo menos.—
De celos me siento arder.
¡Oh, sentidos de amor llenos,
o mal fácil de creer!

En vestille desta suerte
creo que más me divierte;
será el vestido mortaja
y esta mi sospecha baja
el cuchillo de su muerte.

CELIMA. Tal fuerza contra el desdén
pone el bien recién venido,
que apenas mis ojos ven
que este amor aborrecido
quiero mal y trato bien.
¡Ay, mi dulcísimo esclavo,
si has de ser mi dueño al cabo,
porque este nombre te doy,
ponme ya, pues tuya soy,
hasta en el alma *ese* y *clavo*.

(*Sale el* REY *y* ARAFE.)

REY.

¿Celima dices que es?

ARAFE.

Celima es, cierto.

REY.

Arrímate a las yedras deste muro,
veremos en qué piensa o se entretiene.

ARAFE.

Ponte, señor, detrás destos jazmines,
que hacen sombra aquestas frescas fuentes,
y gozarás de su descuido un rato,
que la mujer hermosa estando a solas
tiene grande secreto en su descuido.

REY.

Dices muy bien que su descuido goce.
¡Por Alá que es hermosa descuidada,
que más bien pareciera en Chipre Venus
que ahora entre estas flores su hermosura!

ARAFE.

Y más si un Rey cual tú la está adorando,
que tan poco de Marte diferencia.

REY.

¿Lo que hizo Marte es mucho que yo imite,
un Jason valeroso, Aquiles y Hércules?

ARAFE.

Imítalos en sólo lo que es bueno,
que el sabio nunca imita lo que es malo.

REY.

Sabios eran aquéllos y valientes;
tú eres parte, no vales por testigo.

CELIMA.

¡Oh, frescas fuentes!, ¿dónde está mi esclavo?
¿Dónde el bello español que me ha rendido?
Decidmelo vosotras, dulces aves;
formad en vuestro canto no aprendido
las dulces letras de su amado nombre.
¡Mas ay!, ¿a quién pregunto tanta gloria?
¡Oh, mi esclavo!, oh, mi dueño de alma y vida!

(*Sale* JORGE *muy galán.*)

JORGE.

No llegues, reina, tan hermosos brazos
a la bajeza de mi indigno pecho;
que si te fuerza, por ventura, el traje,
no es más que haber dorado la corteza
para ofrecer un tronco a tu servicio,
desnudo de valor, flor, fruto y ramas.

REY.

Por el supremo Alá, de cuya mano
está pendiente el mundo, Arafe amigo,
que ha querido la infame cuando menos
abrazar al esclavo que me envía
Argán en rico traje presentado.

ARAFE.

¿Yo no te he dicho los intentos désta?
¿No te he pintado ya sus condiciones?
¿Debo más a fiel y buen privado
que decirte verdad, contra tu gusto,
y huír de la mentira y la lisonja?

REY.

Escucha un poco a ver en lo que para,
que aquí muy bien se oye cuanto dice.

CELIMA.

Industria, Jorge, debe de haber sido
haberte puesto aquese rico traje,
aunque si me venciste con anjeo
sin ocasión procuras otras armas,
que el que matar a su contrario puede
con sola espada, en balde se apercibe
de fieras y no vistas municiones.
Con todo eso me regalo en verte
en traje principal de caballero,
porque mejor mis pensamientos justos
puedan mirarse en ti como en espejo.
Vuélveme a dar tus brazos, no te huyas,
que eso parece ya falta de ingenio,
que el hombre indigno es necio si es pesado,
porque el ruego le hace benemérito.

JORGE.

Celima hermosa, cuando yo no fuera
esclavo vil y de hombre que lo es tuyo,
sino el moro más rico, noble y grave
de los que tiene el Rey en su consejo,
bastaba ser como eres prenda suya,
bastaba ser de un Rey y Rey tan noble,
para que donde tú los pies pusieras
osara apenas yo poner mis ojos.
Por Dios, si eres cristiana, te suplico
que no pongas tus ojos engañados,
quitándolos del Rey, en un vil hombre,
que el que mirando está del sol los rayos
y baja luego al suelo bien conoce
que hizo agravio a lo que vió primero.

REY.

¿Qué te parece del honrado esclavo?

ARAFE.

Ninguno hasta su fin loar se puede;
el fin prueba, señor, todas las cosas:
¿mujer no le conquista?, pues no dudes
vencerle ha la mujer, que en fin es hombre.

REY.

Estoy por no aguardar a tanto extremo.

ARAFE.

Espérate, veamos a qué llega
el intento de aquesta vil genízara.

CELIMA.

Amor es una fuerza del sentido
que priva a la razón y el miedo vence,
suele rendir los más robustos hombres;
mira tú, Jorge, lo que hará en mi pecho,
compuesto de flaqueza y cobardía:
rindióme ya, yo estoy determinada;
vencióme tu hermosura, ya soy tuya.
¿Por qué me dejas y desprecias tanto
la que olvida ansí a un Rey?

REY.

¡Y Rey tan necio!

ARAFE.

¿Pues esas voces das? Calla la boca.

REY.

¿No quieres que dé voces?

ARAFE.

¡Calla un poco!
Ponte esa toca en esa boca.

REY.

¡Ah, cielo,
pondréme aquestas manos; pero es yerro,
porque de rabia comeré las manos
y saldránse las voces que detengo.

JORGE.

Con triste agüero, con siniestras plantas
en palacio me puso la Fortuna,
pues van tan lejos del intento mío
los sucesos que ofrece mi esperanza,
y más poniendo agora en contingencia
mi mucha lealtad, firmeza y honra.

ARAFE.

Parece que se ablanda.

JORGE.

¡Oh, vana sombra,
que a mi firme propósito te atreves!
Mil veces muera yo primero que una
a un Rey tan noble tal ofensa intente.
Celima, no te canses con un mármol,
no aflijas con palabras al resuelto
ni al obstinado con rogar ablandes;
ni por Argán lo dejo, ni temiendo
el peligro que dello me resulta,
sino por ser el Rey tan noble y bueno
y a quien soy por extremo aficionado,
y a Dios pluguiera que su esclavo fuera
y no de una mujer que...

CELIMA.

Paso, paso.
Que no me quieres, vaya en hora buena;
mas que me afrentes, no, que eso no es justo;
para quererte yo, como un rey eres;
para afrentarme tú, como un esclavo.

JORGE.

Pues si soy un esclavo no me quieras.

CELIMA.

Voime si no te obligas a mi gusto,
que aquesta noche te daré la muerte.

REY.

¿Qué te parece?

JORGE.

Suéltame, no importa
que muera yo si el gusto del Rey vive.

REY.

Yo te defenderé, por Alá santo.

CELIMA.

Amigo, ¿dónde vas? Detente un poco.
¡Ah, Jorge! ¡Ah, mi español!

JORGE.

¡Déjame, suelta!

CELIMA.

Para una hazaña vil tuviste manos.

JORGE.

Sierpe dirás, y no de pocas fuerzas.

CELIMA.

Sosiégate, que soy mujer, y aún menos,
que no son nada los que están rendidos.

JORGE.

¡Daré gritos, por Dios!

CELIMA.

¿Gritos los hombres?
¡Eso de gritos hacen las mujeres!

JORGE.

¡Acaba, suelta!

CELIMA.

¡Oh, perro, vive el cielo
de no soltarte mientras tenga vida!

(Salen el REY *y* ARAFE.*)*

REY. ¡Sí soltarás, vil esclava,
y por dicha con tu muerte!
JORGE. Señor, mi inocencia advierte,
que yo excusándome estaba.
REY. Ya lo tengo conocido.—
¡Ah, Celima!, ¿qué es aquesto?
CELIMA. Quiero responderte presto:
ser mujer y haberlo sido.
REY. Mujer fuiste, y mujer baja,
que jamás acierta en cosa.
¿Eres tú aquella celosa
que a mi fe hiciste ventaja?
¡Oh, cómo el mal pensamiento
cuando está en mayor certeza
suele mostrar la bajeza
de su infame nacimiento!
¿A un esclavo por un Rey?
Pero poco te engañabas,
que a un Rey en obras amabas
sólo diferente en ley.—
Español, ya eres mi amigo,
no mi esclavo ni de Argán;
desde esta playa hasta Orán
parto la mitad contigo.
Dame esos honrados brazos,
de tan buena sangre llenos;
quizá pensamientos buenos
me pegarán tus abrazos.
Quizá que me enseñarán
a huír desta cruel:
vengue este pecho, que en él
bajezas de esclavo están.
No rehuyas, está quedo.
JORGE. Indigno soy.
REY. Llega ya:
hoy en Argel, por Alá,
reina un hombre de Toledo.
Tuyo es mi cetro y corona,
cuando no por tu lealtad,
por la mucha calidad
de tu nobleza y persona;
que quien ansí despreció
prenda de un Rey y tan cara,
señal es, y señal clara,
que es mucho mejor que yo.
¿Dónde detienes el hielo
con que su fuego venciste?
¿De qué montaña naciste?
¿Hacia qué parte o qué cielo?
¿Es posible?
ARAFE. No lastimes
con tus palabras, señor,
pecho de tanto valor
ni tanto un esclavo estimes.
REY. ¿Esclavo? El rey le verás,
por Mahoma, si soy vivo.
JORGE. Yo, señor, soy tu cautivo,
que no es razón que sea más.
REY. ¿Mi cautivo? Eres mi rey.
¿Cómo mi rey? Mi Mahoma.
ARAFE. ¡Con bravo enojo lo toma!
REY. ¡Oh, mujer, y al fin sin ley!
CELIMA. Yo me forzaré a dejarte
de veras, y mudaré
este traje y volveré
a mi ley para olvidarte.
¡Oh, Rey, que ya te desamo,
que celos ni Rey estima,
que no me llamo Celima,
que ya Violante me llamo!
REY. No eran esos nombres vanos,
que con razón te llamabas
Violante, ¡perra!, si andabas
perdida por los cristianos.
Que el tiempo que fuiste mía
de ser mía te preciaste,

pero ya que te trocaste
volvió a la ley que solía.
Por una mujer decías,
que nunca vi, te dejaba;
y tú a mí, ¿por quién, esclava,
dejarme agora querías?
¿No hablas?

CELIMA. ¿Yo, por qué?
No dudes, aunque así estoy,
cristiana en el alma soy,
que aún no he perdido la fe;
y ansí, do quiera que veo
cosas de mi ley, las amo.

REY. ¡Que tu sangre no derramo
y el fuego de tu deseo!
¿Con esa razón encubres
tan lascivo amor? ¡Oh, Alá!

ARAFE. Paso, Rey, que en eso ya
más amor que ira descubres.
Yo la llevaré de aquí
mientras cesan los enojos.

REY. ¡No la vean más mis ojos!
¡Vaya presa!

CELIMA. ¿Presa a mí?
¿Por qué, si soy tu mujer?

ARAFE. Anda y calla.

REY. Esté a recado.

ARAFE. ¡Y cómo! Pierde cuidado.
¿Ella no está en mi poder?

(*Llévala.*)

REY. ¿Quieres, español galán,
dejar tu ley por la mía,
y verás desde este día
lo que estos brazos te dan?

JORGE. Antes, si acaso te agrada
mi servicio, ínclito Rey,
el día que mude ley
no te sirvas de mí en nada,
que mal te puedes fiar
de un hombre que así dejó
la ley misma en que vivió
en ningún tiempo y lugar,
pues esto arguye incostancia,
bajeza y mal nacimiento.

REY. Es honrado pensamiento,
y para mí de importancia.
Pero si estás en tu ley
¿podréme servir de ti
contra los tuyos?

JORGE. Yo sí,
mientras te tengo por Rey.

REY. ¿Y no los ayudarás?

JORGE. Ejemplos antiguos tienes
cuando hacerme bien ordenes
por el camino que vas.
Alfonso, rey de Castilla,
sirvió al Moro de Toledo,
sin otros que decir puedo
para ejemplo y maravilla,
que sus palabras guardaron
puesto que en su ley vivían,
y ansí el bien que les hacían
con justo premio pagaron.
Lo que podré sólo hacer
es tomar moro vestido,
para no ser conocido
y servirte a mi placer.

REY. Pues, Jorge, mudando el traje,
eres, aunque eres mi igual,
mi capitán general
y el mejor de tu linaje.

JORGE. Dame, señor, esos pies.

REY. Ven conmigo.

JORGE. ¡Y bien pagado!

REY. No detrás, ven a mi lado.

JORGE. ¡Eso no!

REY. Mi gusto es.

(*Vanse.*)

(*Salen* ARAFE, CELIA *y* MALAFO.)

ARAFE. En este peligro estás:
el Rey me manda que mueras.

CELIMA. ¿A mí el Rey? ¿Por qué?

ARAFE. No quieras
saber de los reyes más.
Su gusto es, Celima, ley,
aunque ahora es ley injusta,
que, en fin, quien al Rey disgusta
bien puede matarle el Rey.
Malafo es el mensajero
de tu muerte y de la mía.

CELIMA. ¿Qué mejor premio podía
esperar de un Rey tan fiero?
¿A muerte me ha sentenciado?
¡Bárbaro debe de ser!
¿No basta ser yo mujer,
y una mujer que ha gozado?

ARAFE. Culpa tiene tu flaqueza,
que es mucha desigualdad
de quererle por lealtad
o adorarle por belleza.
Al Rey vencióle virtud,
pero a ti el deleite y vicio,

y ansí ha dado justo indicio
de su ingenio y rectitud.
De tu mal salió tu bien,
y de tu bien, por igual
sale, Celima, tu mal.
Mira de quién y por quién.

MALAFO. ¿Mandas, Arafe, que venga
el que ejecute su muerte?

CELIMA. ¿Que he de morir desta suerte,
sin que en ti remedio tenga?
¿Era aquesta, Arafe amigo,
la fe del pasado amor?

ARAFE. ¿He de ser a un Rey traidor
por quien lo ha sido conmigo?
Ya no hay amor, todo es rabia,
volvióse el amor crueldad,
que no hay que esperar piedad
la que sin ofensa agravia.

CELIMA. Los actos de la nobleza
y su excelencia y virtud
en sola la ingratitud
pueden mostrar su grandeza.
Ser noble con el que es noble
es un ordinario trato,
ser noble con el ingrato
arguye nobleza al doble.
Como mujer pude hacer
ese agravio a tu paciencia,
mira tú la diferencia
que hay del hombre a la mujer.
Lo que más que a mi te dió
el cielo en poco no tengas,
que si como yo te vengas
serás mujer como yo.
No son las armas iguales,
los sujetos no lo son.

ARAFE. En tan flaco corazón,
¿qué no harán lágrimas tales?
Por Alá que me ha vencido.
Malafo, ¿qué te parece?

MALAFO. Que ella se te ofrece
con la industria que has tenido.
Bueno ha sido levantalle
al Rey que matalla quiere.

ARAFE. Más miedo que amor requiere
tal desdén para ablandalle.
Por aquí la obligaré
a llevarla donde quiero,
que a pesar del mar espero
poner en España el pie.

CELIMA. ¿Envías ya, por ventura,
por el fiero ejecutor?

ARAFE. Celima, no hayas temor;
el pensamiento asegura.
Ya que estoy enternecido
de tu llanto y de mi amor,
al Rey he de ser traidor
y a ti como siempre he sido.
El Rey perdone esta vez;
de la muerte he de librarte,
que en amor todos son parte
y ninguno es buen juez.
¿Irás a España conmigo?

CELIMA. ¿Y qué otra cosa deseo?

ARAFE. Con seis fragatas me veo
y el brazo de un buen amigo.
A Nápoles ha llegado
el rey Fernando, español;
allá enderezo el farol
de mi nave y mi cuidado.
Quiérole hacer un presente
de cuatrocientos cautivos,
y toda española gente.
remeros y fugitivos
Volverémonos cristianos,
y en su gracia quedaremos
el día que le besemos
aquellas invictas manos.

CELIMA. Has dado traza conforme
a nuestra necesidad;
no hay en toda la ciudad
que por salir de prisión
seguro queda el secreto.

ARAFO. Malafo, amigo perfeto,
los buenos para esto son.
Mientras que a Celima embarco
los que gusta les avisa.

MALAFO. Yo haré que acudan aprisa;
apresta a la orilla un barco.

ARAFE. Vamos, mi bien.

CELIMA. ¿Voy contigo
segura deste traidor?

ARAFE. Vas con las alas de amor
a la fe de un buen amigo.

MALAFO. Aquesta ventura alabo.
Iré a España, y con tal guía
seré cristiano este día.

ARAFE. Calla, que viene un esclavo.

(*Sale* ANTONIO, *cautivo.*)

ANTONIO.

¡Qué cara eres de ver, oh, dulce España,
donde me vi tan lleno de alegría
y por quien lloro ausente en tierra extraña!

Cuando la larga edad cansada mía
era razón que descansase, lloro
el bien perdido que tener solía;
aquí, cautivo de un alarbe moro,
la hija lloro que perdida dejo,
de vida y honra singular tesoro.
Lleno de mal y falto de consejo
todo es suspiros, y llorar es todo.

MALAFO.

Quiero avisar a este pobre viejo;
mas gente sale, y es mejor el modo
que de tener en librarme intente.

ANTONIO.

Sólo a llorar desdichas me acomodo.
¡Oh, mi Laudomia! ¡Oh, sol resplandeciente
de honestidad, ingenio y hermosura!

(*Sale* JORGE *y dice:*)

JORGE.

Por moro, en fin, me tiene ya la gente,
y Dios sabe mejor lo que procura
mi corazón, que de su fe se esmalta,
invencible, inviolable, eterna y pura.

ANTONIO.

La sangre se me hiela y sobresalta.
¿Qué tiene aqueste moro, que por ella
sólo al mirarle corre un hielo frío?

JORGE.

Buscarle quiero porque hablemos della.—
¿Conocéis, por ventura, padre mío,
en vuestro baño un esclavo honrado
de nobles canas y de hidalgo brío
que cautivó en Valencia un renegado,
en un lugar que Castellón se nombra?

ANTONIO.

¿Cómo se llama?

JORGE.

Antonio.

ANTONIO.

¡Ah, desdichado!
Del que buscas, señor, yo soy la sombra.
Yo soy el que temiendo el vituperio
ausente de mi tierra estoy difunto.
¿Por qué lo preguntáis?

JORGE.

No sin misterio.
Dame esos brazos.

ANTONIO.

El por qué os pregunto,
siendo vos moro y yo cristiano.

JORGE.

Dadme esos brazos, abrazadme al punto.
Yo soy un caballero toledano
que sólo a libertaros he venido,
aunque al principio pensamiento vano.
Casarse vuestra hija ha prometido
con quien os diere libre, y a este efeto
me dejé cautivar, y esclavo he sido;
y por cierta lealtad el Rey discreto
su general me ha hecho y su privado,
con que su traje me vestí en efeto.
Yo os daré libertad, ¡oh, padre amado!,
si a Laudomia me dais en casamiento.

ANTONIO.

Poco premio a trabajo tan honrado.
Digo, señor y amigo, que consiento
en la palabra que ella dió, y recibo
de veros tan hidalgo gran contento;
que quien por mí se ofrece a ser cautivo
y quiere darme libertad, merece
más alta fama y premio más altivo.
Agora sí que el alma misma ofrece
los brazos que antes os negaba en vano
el pecho, que mi espíritu agradece.
Laudomia es vuestra.

JORGE.

Dadme aquesa mano,
que sois mi padre y mi señor.

ANTONIO.

No es justo,
que yo por yerno y por mi hijo os gano.
Decidme agora, para tanto gusto,
adónde vistes a Laudomia.

JORGE.

Creo
que es público en el mundo tu disgusto.
Estaban de Tortosa en el Aseo
una tarde tratando deste caso
los caballeros con igual deseo.
Pasaba yo de Barcelona acaso
y quise, por gozar de su hermosura,
verla, pues era de Castilla el paso.
....(1).
Mi vida he puesto por librar la vuestra.

(1) Falta un verso después de éste que concierte con "hermosura" y "procura".

ANTONIO.

¡Por qué camino Dios mi bien procura!
Será grande de hoy más la amistad nuestra
porque tratar podamos la partida.

JORGE.

En poco tengo la Fortuna diestra,
su rueda tengo con el brazo asida:
la libertad afirmo y aseguro.

ANTONIO.

Yo dejo en vuestras manos honra y vida.

JORGE.

No nos vean hablar.

ANTONIO.

Eso procuro.

JORGE.

Id en buen hora.

ANTONIO.

Adiós, hijo querido.

JORGE.

Adiós, mi padre.

ANTONIO

Que lo soy os juro.

JORGE.

¡Con qué sutil engaño le he traído
a que piense que soy gran caballero
y no quien paje de su yerno ha sido!
Aquello de la piedra encubrir quiero,
que es piedra que en el pie mi vuelo abaja
cuando tocan el círculo postrero.
Disimularme quiero, que el Rey baja.

(*Salen el* REY, ARGÁN, TOSIRO, ISMAEL *y* CELIO.)

REY.

¿Qué aqueso pasa, Argán?

ARGÁN.

Y que ya el perro
llevará cuatro millas de ventaja.

REY.

Si tales sierpes en mi pecho encierro,
¿de qué me admiro?

JORGE.

Gran señor, ¿qué es esto?

REY.

¡Oh, en cuánto dar mi alma a esclavos yerro!

JORGE.

¿Quién en tal punto tu grandeza ha puesto?

REY.

Arafe, que me lleva el alma mía.
Socorro, Jorge; a socorrerme presto
ve tras Celima. Tú cobra a Celima (1);
con mis fragatas hasta España corre.

JORGE.

¿Por dónde lleva la derrota y vía?

TOSIRO.

A Italia va.

JORGE.

Primero que la torre
descubra de Marsella el vil cautivo,
si no es que el viento en popa le socorre,
yo daré caza al perro fugitivo.
Ea, valientes moros, ¿quién se embarca?

ARGÁN.

Ya sabes que a servirte me apercibo.

REY.

Yo te haré si le vences gran monarca.

JORGE.

¿Qué fragatas habrá?

ARGÁN.

Seis.

JORGE.

Caminemos.—
¡A costa, a costa, Amir, daca la barca!

ISMAEL.

Con tan buen capitán todos iremos.

JORGE.

Municiones y gente se aperciba;
rompa velas el aire, el agua remos.

REY.

¡Ay, Celima, mi bien! ¡Ay, mi cautiva!

ACTO TERCERO

(*Tocan cajas y salen en orden, con banderas, cautivos cristianos presos,* ARAFE *atado,* MALAFO *y* CELIMO, ARGÁN, ISMAEL, JORGE *y* CELIMA *detrás de todos.*)

JORGE. Dad una vuelta a palacio
aunque el pueblo nos desea,
y para que el Rey me vea

(1) "Celima" es rima imperfecta de "mía" y "vía".

tocad la caja despacio.
ARGÁN. Mas ya con el sobresalto
se suena que sale a verte.
JORGE. Hagan alto desa suerte.
CELIMA. Junto al balcón harán alto.

(Sale el REY *y acompañamiento.)*

REY. A tan fuerte y gran soldado
con los brazos le recibo.
JORGE. Yo, señor, soy tu cautivo
y hechura a quien ser has dado.
Inflúyesme como el sol
esta virtud que en mí crece.
REY. ¡Qué bien, Jorge, se parece
que sois, en fin, español!
¿Defendióse el enemigo?
JORGE. Antes luego conoció
que era, Rey, tu esclavo yo.
REY. Confieso que eres mi amigo.
¿Qué se hizo la cruel?
JORGE. Deste caso arrepentida
viene a ofrecerte alma y vida.
REY. ¿Y Arafe, qué hiciste dél?
JORGE. Vesle allí, señor, atado.
REY. ¿Pues allá faltaba entena,
que a buscar vienes almena
de donde quede colgado?
JORGE. Antes por merced te pido
que a los cautivos y a él
des libertad.
REY. ¿A un cruel
que como ves me ha vendido
y a mil fugitivos perros?
JORGE. Dales libertad, señor,
si este yerro es por amor,
dé amor quien castiga yerros.
En poco a Celima estima
quien culpa a este loco pone,
pues no hay maldad que no abone
el ser la causa Celima.
Mira, señor, qué hicieras
en el peligro en que está.
REY. Discreto eres, por Alá;
cuerdamente consideras.
Pero entre tanto que advierto
lo que yo hiciera por ella
si la viera ingrata y bella
y a mí desdeñado y muerto,
pongan su cuerpo en un palo
de ese traidor.
JORGE. ¡Eso no!,
tu mismo amor le venció,
contigo mismo le igualo.
Aquesto has de hacer por mí
en premio desta jornada.
REY. No puedo negarte nada,
esto y más haré por ti.
Que si moro como el traje
ese pecho heroico fuera,
por Alá que el mundo viera
Rey de Argel de tu linaje.
Casárate con mi hermana,
y quedaras mi heredero.
JORGE. Ser tu esclavo, señor, quiero
y seguir mi ley cristiana,
que mi deseo es vivir
sin premio y por voluntad.
REY. ¡Alto! Ya os doy libertad.
CELIMO. Ya todos os podéis ir.
CAUT. 1.° ¡Gentil libertad a fe
volvernos a la prisión!
CAUT. 2.° ¿De la vida no es razón?
CAUT. 3.° ¿De vida a muerte, por qué?
ISMAEL. ¿De Arafe qué mandas?
REY. Dalde.
libertad.—Y tú, mi ingrata,
dásela a un Rey y desata
el lazo que hiciste en balde.
¿Para qué me haces tiros,
y de qué sirve alejarte
de un Rey que puede alcanzarte,
a lo menos con suspiros?
¿Dónde te llevan las velas
contra las de mis cuidados?
¿Qué pensamientos osados
te dieron alas y espuelas?
¿A qué tierra mejor ibas
que ésta que ahora dejabas?
¿Tierra extranjera buscabas
y de la propia te privas?
Si por ser Rey no merezco
y andas a buscar tu igual,
el alma que miras mal
¿con qué mejor lo parezco?
Que como de esclavos veo
que andas siempre tan amiga,
quiero que esclava se diga
y ser esclavo deseo.
CELIMA. Si me faltaba tu amor,
¿con qué me puedes culpar?
Si me quisiste matar,
¿no es bien que tenga temor?
Si me sentencias a muerte,
¿es mucho guardar la vida,

cosa natural y asida
al alma en nudo tan fuerte?
Si ya me traen el cuchillo,
¿es mucho rehuír el cuello?

REY. Pues yo no me acuerdo dello,
no te acuerdes de decillo.

CELIMA. Son efetos de la ira,
que pasada se arrepiente.

REY. ¿Yo matarte?

CELIMA. Llanamente,
diga Arafe si es mentira.

ARAFE. Yo pensé que lo mandabas.
como tal causa tenías.

REY. ¿En mi alma te metías?
¿Mis pensamientos juzgabas?
¡Muera, Jorge, ese villano!

JORGE. Tente, que le has perdonado;
tu palabra has obligado,
sosiega otra vez la mano.

REY. ¡Oh, Jorge, qué no podrás!

CELIMA. Basta, ya estoy satisfecha;
el yerro con la sospecha
hizo en creérselo más.

REY. ¿De mi mucho amor pensaste
tal crueldad?

CELIMA. Dióme ocasión...

JORGE. Ea, cese la quistión.
Si te fuiste, ya tornaste:
Nunca el amor es mayor
que después de algún engaño,
porque dura todo el año
la paz de aquel desamor.
Celima, el Rey se arrepiente;
Celima, el Rey se engañó;
ya que soy tercero yo,
sed amigos llanamente;
que entrambos lo deseáis,
o yo no entiendo de ojos:
mejor trataréis de enojos
donde a solas os veáis.

REY. Dile, Jorge, dile deso,
que estoy muy enamorado.

CELIMA. Y está conmigo acabado.

REY. Y conmigo, ¡bueno es eso!

JORGE. ¡Ea, vuélvanse a enojar
en agravio del tercero!

REY. ¡Por Alá, Jorge, que muero,
no dejes de porfiar!

CELIMA. Mañana me matará
por otra igual niñería.

REY. Viendo aquesta compañía
mañana otra vez se irá.

JORGE. Bien puedes fiar de mí.
Haz que aquesto se concluya.

CELIMA. Ea, señor, yo soy tuya.
¿Qué me quieres? Vesme aquí.

REY. Quiero abrazarte y quererte;
a mi amor te restituyo.
Digo, mi bien, que soy tuyo.

CELIMA. Y yo tuya hasta la muerte.

REY. Vamos luego, que los tres
habemos de comer juntos.

JORGE. ¿Yo, señor?

REY. Dejemos puntos.

JORGE. Basta; yo estoy a tus pies.

ARGÁN.

¿Qué os parece de aquesto?

ARAFE.

¡Estoy suspenso!

ARGÁN.

¿Puédote hablar?

ARAFE.

Malafo (1) nos escucha,
leal amigo y de fiel secreto,
que los demás al Rey acompañaron.

(Vanse todos; queden ARGÁN, ARAFE *y* MALAFO.)

ARGÁN.

Traje a este perro en nombre de cautivo
para que librara de Laudomia el padre
y casarse pudiera con Laudomia,
ya te acuerdas, de aquella valenciana.
Solicitarme prometió a Celima,
que sabes tú lo que a Celima quiero.
Es el perro sagaz, diestro y astuto,
es español y de Toledo.

ARAFE.

Basta,
no lo encarezcas más, conocí a Jorge.

ARGÁN.

Hizo aquella invención por donde ha sido
la privanza del Rey, su vida propia.
Al fin es novedad que ahora sigue
y que por otra dejará mañana.

ARAFE.

Ya temo tu caída.

ARGÁN.

Siempre es cierta,

---

(1) En el original dice, por errata, "Paladio".

porque el menor descuido entre los príncipes
lleva tras sí mil años de servicio.
Pedí a Jorge en haciendo aquesta empresa
que al Rey de tal manera desviase
del amor de Celima, que tuviesen
en su desprecio premio mis trabajos;
halo hecho cual ves el falso amigo,
extraño en ley, extraño al fin, en todo;
mas no se logrará con su privanza,
que yo procuraré quitarle della.

ARAFE.

Si hubiese modo, Argán, de mí confía,
que es poco aventurar la vida sola.

ARGÁN.

Yo lo tengo pensado.

ARAFE.

¿De qué suerte?

ARGÁN.

Este español, Arafe, este cristiano,
como dice el proverbio, tiene asida
la punta de los cuernos de la luna
y ha de morir hasta subir sobre ella.
Es aquesta nación tan arrogante,
que me admiro mil veces que Alejandro
fuese de Macedonia y no de España,
porque es muy de españoles la soberbia
de no se contentar con todo el mundo.
Emprendamos los dos a dalle un tiento
sobre si quiere ser rey nuestro y dalle
al Rey la muerte, que otros muchos reinos
han dado la codicia y tiranía,
que tan grande interés y su soberbia
no dudes de que hará muy buen efeto.

MALAFO.

El efeto de aquesto está seguro,
que yo le he visto ciertas ocasiones
que no promete menos altiveza.
Mas, ¿qué piensas hacer cuando él consienta?

ARGÁN.

Darle al Rey cuenta y acabar su vida.

ARAFE.

Bien dices. ¡Rara industria!

MALAFO.

¡Extraño caso!

ARAFE.

¡Bello discurso!

ARGÁN.

Aquí, Malafo, quede
para avisar a los demás amigos.

ARAFE.

¿Habrá comido el Rey?

ARGÁN.

Si se recoge,
es la ocasión mejor, porque en la sala
intentaremos el primer asalto.

ARAFE.

¿Qué habrá que por reinar un hombre intente?

ARGÁN.

Dices verdad, y más aquesta gente.

(*Vanse; queda* MALAFO.)

MALAFO. Si éste tiene la fortuna
tan firme que no ha de haber
jamás menguante en su luna,
en su firmeza ha de ser
esta máquina ninguna.
Pero cuando estuvo queda
no ha habido quien tanto pueda
que pudiese echalla un clavo,
mal podrá con un esclavo
y quebraràle la rueda.

(*Sale el* REY *y* CELIMA.)

REY. Saquen un estrado aquí,
pues te agrada el corredor.
CELIMA. Bien estaremos así.
REY. ¿Es Malafo?
MALAFO. Sí, señor.
¿En qué te sirves de mí?
REY. Haz retirar esa gente
y ninguno entrar intente
hasta que demos aviso,
que estoy en mi paraíso
después de un año de ausente.
CELIMA. Contento me da escucharte
y verte, señor, tan tierno.
REY. Quien tiene en tu gloria parte
después de un año de infierno,
¿qué menos tierno ha de hablarte?
No sé en qué están tus contentos,
que adoro tus pensamientos
por esas manos ingratas;
con tus crueldades me matas,
que no con recogimientos
CELIMA. Pues yo para mi intención
te quisiera riguroso,

no fácil de condición,
que por ser tan amoroso
no agradezco tu pasión.
Tienes amor repartido,
y ansí no es agradecido,
que a todos tienes amor.

REY. Ese es, mi alma, tu error;
sólo tu amor he tenido.

CELIMA. ¿Quieres ver tu condición
y mucha facilidad?
Que a un esclavo, sin razón,
das en hacer amistad,
contra tu reputación.

REY. Alza esa mano, mi vida,
que en haberle yo estimado
yo pienso que eres servida.

CELIMA. ¿Por qué?

REY. Por haberle amado
quien es de mí tan querida.
Como quererle te vi,
luego al punto conocí
que era el quererle yo justo,
por no despreciar el gusto
de quien quiero más que a mí.

CELIMA. Tráesme aquesas memorias
no más de para afrentarme.

REY. Antes cuento tus vitorias,
que en matarme y deshonrarme
crecen mi amor y tus glorias.
Por esos tiros te adoro,
que a guardarme tú el decoro
no te quisiera tan bien;
mucho amartela un desdén,
de un agravio me enamoro.

(*Sale* JORGE.)

JORGE. Traigo un negocio importante,
señor, que tratar contigo.

REY. ¿Será Celima testigo?

CELIMA. No quiero yo estar delante
de un hombre tan mi enemigo.

REY. Espera.

JORGE. Quiéreme mal;
no volverá.

REY. ¿Pues qué quieres?

JORGE. Es tan propio y natural
como ser tú, Rey, quien eres,
ser yo tu esclavo leal.

REY. ¿Cómo?

JORGE. Rey quieren hacerme
los moros de tu privanza
y esa corona ponerme.
¡Presto hizo su mudanza
Fortuna para perderme! (1)
Si de veras lo han tratado,
tanto soy más desdichado,
y no conviene a este nombre
tener en tu casa a un hombre
para esto ocasionado.
Desdichado del que priva,
que con tantos hace chanzas,
aunque como un ángel viva:
acorta sus esperanzas
esta envidia vengativa.
Mira y juzga que les di
la vida, y en contingencia
la mía ponen aquí.
Dame, gran señor, licencia
y que cese aquesto así,
que quiero partirme a España
y volverme a ser quien soy.

REY. ¡Por Mahoma, cosa extraña,
y que tengo de ver hoy
quién te busca o quién te engaña!
Y mira lo que te advierto:
que del mismo español puerto
a los baños donde estás
te haré volver si te vas,
o preso, o por fuerza, o muerto.
Que yo estimo tu lealtad,
y cuando te vayas quiero
que te vea esta ciudad
y que salgas como espero
y muy con mi voluntad.

JORGE. ¿Deso recibes enojos?
Quebraréme yo los ojos
primero que te los dé:
yo vengo a empeñar mi fe
y a ofrecerte estos despojos.
Y juro de no me ir
sin licencia tuya un paso,
ni aun del palacio salir.

REY. Mucho he sentido este caso,
y es caso para sentir.
¿Cómo podré estar presente
a lo que intenta esta gente?

JORGE. De esa cortina te encubre,
y verás lo que descubre
su envidia y su pecho siente.
Verás su poca amistad
y mi lealtad, que, en efeto,
es invencible lealtad,

(1) En el original, por errata, "prenderme".

y entre su escuro respeto
resplandece mi verdad.
Verás cual lo veo yo
en la privanza adorada,
mar que espuma me crió
para convertirme en nada,
como de nada nació.
Y verás con mi inocencia
la envidia y mala conciencia
del autor de aquesta hazaña:
para que me vuelva a España
tú propio me das licencia.

REY. Jorge, yo no me detengo
en que tu persona abones,
ni he menester ni prevengo
abono de tus razones,
pues de tus obras le tengo.
Yo sé que a peligro estás
porque envidia a todos das
de lo que Dios hizo en ti;
pero guárdate de mí
si sin licencia te vas.
Cuando no fuera dichoso
ese tu valor que asombra,
hiciera a un rey envidioso,
porque la envidia es la sombra
de la luz del virtuoso.
¿Quién como tú rige un freno
del más soberbio caballo?
¿Quién como tú más sereno
sabe corrello y parallo
y imita en su curso al trueno?
¿Quién todas las armas juega?
¿Quién por la mar que navega
o por la tierra que anda
mejor vence, rige y manda
ni a Celima el rostro niega?
Pero tórnote a avisar
que no te has de ir sin licencia,
que me podrás enojar.

JORGE. No haré de tu tierra ausencia
mientras te diere pesar.
Sin licencia no saldré,
señor, de palacio un pie.
Pero escóndete, camina.
¿No escuchas?

REY. Desta cortina
cubierto, Jorge, estaré.

(Escóndese el REY *y salen* ARGÁN, ARAFE *y moros de acompañamiento que traen la corona y cetro.)*

ARGÁN.

Esta corona es digna, español fuerte,
de tus ilustres sienes, y este cetro
desas reales e invencibles manos.

ARAFE.

Hoy serás nuestro Rey, y darás muerte
al que es de Argel y de la vida indigno.

CELIMO.

¡Viva mil años, caballeros! ¡Viva
el nuevo Rey de Argel!

TODOS.

¡Viva mil años!

REY.

¡Oh, infames moros, bárbaros genízaros,
mal nacidos, cobardes e infieles,
injustos, atrevidos, codiciosos!
¿Ansí matáis a vuestro Rey legítimo
y dais el reino a un extranjero mozo?
¿He sido yo tirano, por ventura,
o fué este cetro de Celín, mi abuelo,
y cuatro siglos antes descendiente
de padre a hijo, de real linaje?

ARGÁN.

Para dar a entender lo que le amas
y conocer mejor su pensamiento,
o por mejor decir saber el suyo,
se ha hecho la invención que estás mirando;
que apenas él dijera. "Yo lo aceto",
cuando luego supieras todo el caso.

REY.

¡Cuán presto confesasteis vuestra envidia!
Pero en efeto son misterios altos,
reservados al orbe de los cielos,
que éste era digno de ser Rey, y el hado,
aunque de burlas, no le niega el cetro,
yo me huelgo de verle en este punto.
Llegad todos allí; besad sus manos
y obedecedle como a mi persona.

ARAFE.

Danos las manos, pues que el Rey lo quiere.

JORGE.

Mejor será que las besemos todos
al Rey airado, porque no os castigue.—
Perdonad, gran señor, aquesta gente,
que nunca el león castiga a los humildes.

REY.

Alzad del suelo, que por serlo tanto
podrás hacer un imposible fácil,

y hallar puerta a mi enojo sin la muerte
de quien tan bien la tuvo merecida.—
¡Idos todos de aquí, perros cobardes;
salíos luego del palacio presto!

ARAFE.

Intento es vano, moros, por Mahoma,
contrastar (1) la ventura deste paje.

ARGÁN.

¡Desesperado voy!

ARAFE.

¡Yo voy corrido!

REY.

¡Que de tantas maneras eres bueno,
que aun bien procuras a quien mal te hace!

JORGE.

Es de cobardes, aunque sea muy justo,
la venganza, señor, por mano ajena,
y en estos es infame la venganza;
¿y qué mayor venganza que su envidia?

REY.

Bien dices, Jorge. Pídeme mercedes,
que hoy no pienso negarte cosa alguna:
escoge oro, piedras, plata, grana,
y todo lo que no es Celima pide.

JORGE.

Sólo pido, señor, humildemente,
des libertad a dos cautivos pobres
que de allá de la patria los conozco
y me han pedido esta merced con lágrimas,
que en efeto en España tienen prendas.

REY.

¿Dos cautivos no más? Dóitelos luego.
Aun en pedir a un Rey eres humilde.
Mira, Jorge, si quieres otra cosa.

JORGE.

No más de que los veas y conozcas
y a que te besen esas reales manos
en prendas del favor que les has hecho.

REY.

Diles que vengan luego.

JORGE.

Voy por ellos,
que se han de holgar de verte y tú de vellos.

(Vase JORGE.)

(1) En el original, por errata, "conquistar".

REY.

¡Qué justa es la privanza
del virtuoso en los reales pechos!
¡Dichoso el Rey que alcanza
fiel servicio y no tiranos pechos,
que no hay tesoro, digo,
como el consejo del discreto amigo!
El bien comunicado,
es propiamente bien, que este gobierno
quiere de su cuidado
hablar tal vez con el amigo tierno.
Y por decir verdades,
las privanzas, ¿qué son sino amistades?
El hombre sabio y dino,
el hombre venturoso, cuerdo y fuerte,
es un rey no divino
que del trabajo temporal advierte.
Mas, ¿quién te pondrá freno,
¡oh, envidia!, de que el mundo está tan lleno?

(Sale JORGE *con santambarca y calzones de angeo como cautivo y el capitán* ANTONIO.)

JORGE. Los dos cautivos, señor,
vienen a besar tus pies
por el presente favor.
REY. Jorge, ¿qué es esto?
JORGE. Esto es
tu palabra y tu valor.
Sin licencia prometí
que no saldría de aquí.
Licencia, señor, me has dado.
REY. ¿Yo licencia? Hasme engañado,
que dos esclavos te di.
JORGE. El uno dellos soy yo,
si dos esclavos me diste.
REY. ¡Por Alá, que me engañó!—
¡Oh, Jorge, cuanto supiste
la libertad te enseñó!
Pero hacerte yo mi igual,
mi amigo, mi general,
¿no es libertad?
JORGE. Bien lo fuera
si yo libertad tuviera
de otro poder celestial.
Rey, no es mi patria ocasión
para perder tu amistad,
aunque era justa razón,
porque aunque ésta es libertad
tiene valor de prisión;
sino un amor insensible (1),

(1) "Insensible" no parece calificativo propio; quizá debería decir "increíble", "indecible" u otro semejante.

que con un fuego invencible
me tiene el pecho abrasado,
y aunque lo he disimulado
ya, señor, es imposible.
Sé que tienes de mi dama,
por Arafe y por Argán,
de todo noticia y fama.

REY. ¿Es tu hija, Capitán,
la que Laudomia se llama?

ANTONIO. Mi hija es, Rey, como sabes,
y éste que por ella ha hecho
hoy las hazañas más graves
que han visto en humano pecho
de amor los ojos suaves.
Que viendo que preto vivo
en hábito de cautivo,
me ha venido a libertar.

REY. ¡Oh, buen Jorge, hasta en amar
eres valiente y altivo!
Por otra causa ninguna
te diera aquesta licencia,
por la soberana luna,
ni permitiera tu ausencia,
que me ha de ser importuna.
Pero di: si te la doy,
¿no me volverás a ver?

JORGE. Harélo a fe de quien soy,
so pena de no lo ser.

REY. Basta; satisfecho estoy.
Bien al alma me ha llegado;
mas por ser cosa de amor
conmigo estás excusado:
Rey dejas por rey mayor,
de servicio vas medrado.
Pero mira cuán de asiento
y con qué gusto y contento
a tus virtudes me inclino,
que quiero ser el padrino
de tu alegre casamiento.
Ir contigo es cosa clara.

JORGE. A permitillo mi ley
no dudes que lo acetara,
que ya yo me he visto rey,
y era bien que un Rey me honrara
para mí y aun para él.

REY. ¿Quieres mejor Rey de Argel
que aquel que en mi pecho reina?
Mi hermana pierde el ser reina
y tú de reinar en él.
Mucho esa tu ley te debe.

JORGE. Para reinar por mal modo
ningún interés me mueve.

REY. Pues mira, Jorge, de todo
lo que más tu gusto apruebe
para llevar a Valencia,
que sólo soy mayordomo
de tu hacienda en esta ausencia.

JORGE. Solo, señor, tu licencia
De toda tu hacienda tomo.

REY. Pues quieres que yo te dé,
ciento y veinte mil ducados
en monedas te daré,
y seis bajeles cargados
de cuanto en Argel se ve.

JORGE. Truécame aquese dinero
en esclavos, gran señor,
que soy cristiano y no quiero
que España llame traidor
a su hijo más verdadero;
Que como sabes quité
a Arafe cuantos llevaba
y a tu alcázar los torné.

REY. ¿Cuántos a España pasaba?

JORGE. Hasta trecientos conté.

REY. Pues dente el mismo dinero,
y quinientos los mejores;
cama también darte quiero,
alcatifas de colores
y un cofre de ropa entero.
Y a tu esposa de mi mano
llevarás un león albano,
con un collar de diamantes,
símbolos bien semejantes
al valor de tal cristiano.
Y aun con esto no restauro
lo que debo a tu valor,
digno de corona y lauro.

JORGE. ¡Oh, invicto pecho, mayor
que el de Alejandro y Escauro!
Nuevo Alfonso y nuevo Augusto,
dame aquesos pies, que es justo.

REY. ¡Oh, Capitán, qué hijo cobras!

ANTONIO. Ya he visto, señor, sus obras.

REY. ¿Qué rey no envidia tu gusto?
Mas Laudomia lo merece,
porque a tan gran hermosura
muy justamente se ofrece.

ANTONIO. Con todo, es mucha ventura
lo que a los dos enriquece.

REY. Yo te quiero acompañar,
que pienso verte embarcar.

JORGE. No quiero contradecirte,
que obedecerte es servirte.

REY. Ya te comienzo a abrazar.

(Vanse, y salen SERVIO *y* RIBERIO.)

RIBERIO. No pienses que ha sido poco,
Servio, el haber conquistado
este puerto y monte helado,
que a tanta humildad provoco.
No pienses que poco ha sido
con sufrimiento tan cuerdo
haber recibido acuerdo
este riguroso olvido.
No pienses que poco fué
haberse movido un tigre
a tiempo en que no peligre
entre mi vida y mi fe.
Ni pienses que poco estimo
haber puesto en sujeción
su rebelde corazón
para el bien a que me animo.
Mía, en fin, será la joya.
SERVIO. A proverbio singular,
tardóse Troya en tomar,
pero al fin tomóse Troya.
RIBERIO. Quien tal posesión alcanza,
bien conquista, bien porfía (1).
SERVIO. En fin, ¿qué ha dicho de ti?
RIBERIO. Para la boda ha faltado
no haber mi hermana llegado,
que hoy pienso que llega aquí,
que ha diez días y no más
que partió de Barcelona.
SERVIO. Es muy digna tu persona
del bien que esperando estás;
que en el tiempo que has vivido
y esta casa gobernado,
muy poco menos se ha echado
su antiguo señor perdido.
Todos tenemos en ti
el buen Capitán presente,
y te amamos igualmente.
RIBERIO. ¡Quiera Dios que vuelva aquí!
Ya he dado un grande rescate
a los padres Mercenarios,
con los medios necesarios
para que luego se trate,
y llevan también aviso
del presente desposorio.
SERVIO. Bien es que le sea notorio,
aunque él lo pidió y lo quiso.

(Entra PALADIO *de camino.)*

PALADIO. ¡Dame albricias!
RIBERIO. ¡En buen hora!
Seas, Paladio, bien venido.
Mucho os habéis detenido.
¿No viene buena Leonora?
PALADIO. Buena viene, y vive Dios
que tengo por cosa llana
que es ángel en forma humana.
Mucho os parecéis los dos.
Gran viaje hemos traído,
aunque he dado en bandoleros.
RIBERIO. ¿Bandoleros?
PALADIO. Y aunque fieros
tu nombre los ha vencido.
RIBERIO. ¡Brava cosa! ¿Y dónde queda?
PALADIO. Con Laudomia queda ya.
RIBERIO. ¿Que dentro de casa está?
PALADIO. Tu humildad y ingenio hereda.
No quiso que te avisara
para excusar que saliera
Laudomia del pueblo afuera
y el mundo se alborotara.
RIBERIO. ¡Hame hecho gran placer!
PALADIO. A verte vienen las dos.

(Sale LEONORA *de camino, y con ella* LAUDOMIA.)

RIBERIO. ¡Mal galán hago, por Dios!;
con vos solíalo ser.
Perdón os quiero pedir
antes que os pida los brazos.
LEONORA. La gloria destos abrazos
hasta aquí me hacen venir.
Conmigo estáis excusado,
porque cuando de tal prenda
es razón que la defienda
sin dejarla de su lado.
LAUDOM. Quien a vuestro hermano ya
y a su discreción no pudo
hallar defensa ni escudo,
¿ahora con vos qué hará?
Apenas me defendía
de uno; ¿qué haré de dos,
y más, Leonora, con vos,
que sois toda cortesía?
LEONORA. La vuestra, Laudomia hermosa,
es dese nombre capaz.
RIBERIO. Bueno será poner paz
en vuestra guerra amorosa.
Entremos donde se traten
con tal huésped nuestras bodas,
para que se acaben todas
las que ahora me combaten.
Que sola vuestra presencia,

(1) Faltan dos versos a esta redondilla.

que ya, mi Leonora, veo,
al bien de un largo deseo
ha quitado la paciencia.

LEONORA. Pésame que yo haya sido
la que lo haya dilatado.

RIBERIO. Antes vos lo habéis doblado
con haberla diferido.

LAUDOM. Eso sí: decíos los dos;
sólo escucharos me agrada,
que yo como desposada
estoy muy necia, por Dios.
Huélgome que haya venido
de quien vos os defendáis.

RIBERIO. Y por quien vos no podáis
dilatar el bien que os pido.
Servio, aderece la cena
y apreste (1) aposento luego.

SERVIO. Bien puedes tener sosiego.

RIBERIO. No le ha de tener mi pena.

(*Vanse.*)

(*Sale* JORGE *de moro,* ANTONIO *de esclavo,* BELARDO *de cautivo.*)

ANTONIO.

Llegado habemos, Jorge, a salvamento.

JORGE.

El atalaya pienso que ha sentido
de la barra el ligero movimiento
y los usados fuegos encendido.

ANTONIO.

¡Oh, amada España, qué mayor contento
que haberme yo en tus brazos acogido!
Tu playa beso: hoy tanto me provoca,
que cuento tus arenas con la boca.

JORGE.

El mar adentro quedan las fragatas,
y pues los tres no más salido habemos
por entre estos escollos, hierba y matas,
hacia la villa caminar podemos.

ANTONIO.

Ya que de hacerles este engaño tratas
y que a mi hija sobresalto demos,
vaya de paz Belardo a prevenilla
y no te alejes tú de aquesta orilla.

BELARDO.

¿Qué quieres que le diga?

(1) En el original dice "apercibe", que no hace sentido y alarga el verso.

ANTONIO.

Que ha llegado
un general del Rey de Argel al puerto
con el perdido padre que ha llorado
para tratar con ella del concierto,
y que de su palabra asegurado
y de la fe de su remedio cierto,
irá en persona propia a lo que digo
y que la llevará a vivir consigo.
que con esto los dos podremos vella
pidiéndole un rescate encarecido;
a cuya pena, que es forzosa en ella,
yo la diré como eres su marido.

JORGE.

¡Oh, mi padre y señor, muero por ella!
Tu esclavo soy, humilde y encogido;
todo el tesoro que el Argel me ha dado
para Laudomia está depositado.
Toma aquese dinero, todo es tuyo;
saquea esas fragatas a dos manos;
cubre de perlas y oro el cuello suyo;
dales tú libertad a esos cristianos;
a ti como a su dueño restituyo
esos tesoros de la tierra vanos.
Dame aquel ángel de Laudomia sola,
que es oro en que mi alma se acrisola.

ANTONIO.

Hijo, Laudomia, yo y mi pobre hacienda
y cuanto el Rey te ha dado tuyo es todo;
pues eres dueño de la mejor prenda,
de aquésta lo serás del mismo modo.
Belardo parta, y lo que digo entienda.

BELARDO.

Con el viento mis plantas acomodo.

ANTONIO.

Vente a la barca a descansar conmigo.

JORGE.

¡Oh, padre! ¡Oh, suegro! ¡Oh, mi señor y ami-
[go!

(*Vanse; salen* RIBERIO *y* LAUDOMIA.)

RIBERIO. De la gloria deste día
no sé a quién le debo más:
a ti, que ese bien me das,
o a mi esperanza y porfía.
Que aunque todo a ti se debe,
lo que he pasado y sufrido
medio e instrumento ha sido
de la piedad que te mueve.

Porque según es la gloria
del haberte merecido,
aún es poco lo sufrido
para tan alta vitoria.

LAUDOM. No ha sido mi desamor
la dilación deste día,
que no es menester porfía
de un amor para otro amor;
sino el padre ausente y preso
de quien has dado el rescate.

RIBERIO. Yo espero en Dios que se trate
muy presto su buen suceso.
y que te ha de agradecer
el casamiento que has hecho,
pues sólo tendrá en su pecho
verte sola y ser mujer.
Míralo en los parabienes
que todo el lugar te da.

LAUDOM. Eso, mi señor, será
por los méritos que tienes.
Que antes a toda la gente
mal indicio había causado
el haberme yo casado
estando mi padre ausente.
No ha sido consejo sabio
no aguardar su parecer,
que me tuvo por mujer
y hago a su ausencia agravio.
Mas, ¿quién ha de resistir
la conquista que me has hecho?

RIBERIO. ¡Hoy quieres romper mi pecho
y le quieres consumir.
¿Hoy hablas, mi bien, de agravios?
¿Hoy, que gozo tus despojos,
lágrimas veo en tus ojos
y lástimas (1) en tus labios?
¿De dos horas de casada
te muestras arrepentida?

LAUDOM. Eso no; en toda mi vida
vi cosa tan bien pensada.
Que al que es breve casamiento
y no se previene así,
luego, tras el mesmo sí,
viene el arrepentimiento.
Mas yo, que en un año firme
vi, pensé y hice experiencia
de tu amor, honra y prudencia,
¿cómo puedo arrepentirme?

RIBERIO. No sé si es buen pensamiento
decir, aunque te avergüences,
que con verdad no me vences,
sino con entendimiento.
No sé si me quieres bien,
mas bien lo sabes decir.

LAUDOM. Gran yerro fuera fingir
y engañarme a mí también.

(*Sale* SERVIO.)

SERVIO.

No hay seguro placer en este mundo,
que presto al sol del bien y del contento
cubre el nublado de pesar y llanto,
y en la apacible música del tálamo
suenan las voces del lloroso túmulo.
¡Oh, gran Riberio, el día de tus bodas
se ha cubierto de luto el Himeneo!
El General de Argel está en la playa
con un famoso ejército de alarbes,
en que ya por lo menos son seis velas,
sin las que en alta mar no se habrán visto.

(*Sale* PALADIO.)

PALADIO.

No es tanto el alboroto como suena.
Todas las velas, General y moros
que sobre Castellón dicen que vienen,
se ha resuelto, señor, en que un cautivo
pide licencia para entrar a verte.

LAUDOMIA.

¿Cautivo? ¡Ay, Dios, pues entre!

RIBERIO.

Dile que entre,
que el corazón me dice que es tu padre.

(*Sale* BELARDO *y dice*:)

BELARDO.

El General de Argel, Laudomia bella,
y de Selín, su rey, el gran privado,
pide licencia para tomar tierra
y venirte a besar las bellas manos
a intento de tratarte del rescate
del capitán Antonio, padre tuyo,
que dice que también traerá consigo.

LAUDOMIA.

¿Mi padre? ¡Ay, Dios! Riberio, señor mío,
permítele que venga y que le traiga,
pues que de ningún daño causa serte puede.

RIBERIO.

Ve, cautivo, en buen hora y dile luego

(1) En el original dice "y lástimas veo en tus labios", donde se alarga el verso sin necesidad.

al General que como venga solo
podrá tener por huésped a Laudomia
y descansar del mar en esta casa,
donde será de todos regalado
lo poco que alcanzaren nuestras fuerzas;
mas que no ha de saltar hombre nacido,
pena de que saldremos con las armas,
como quien justamente traición piensa.

BELARDO.

Seguro queda, y tú también, señora,
que no os amaneció jamás tal día,
porque de aquesta vista se os espera
el bien más alto que en la edad presente
el cielo ha dado a pensamiento humano,
que a la imaginación excede y vence
y no es capaz de tan suprema gloria.

LAUDOMIA.

¡Y cómo si lo es el ver mi padre!
Ve, cautivo, por Dios, y de mi parte
al General mi casa le asegura,
y si por dicha quiere algún rescate
cien hombres le daré que en la mar tenga.

BELARDO.

No quiere ahora más de tu palabra.
Yo le voy llamar.

(*Vase.*)

RIBERIO.

¡Grande nobleza!
Pero con todo eso, este hombre es moro,
y fuera yerro confiar de un bárbaro.—
Ve, Servio amigo, y tóquense las cajas,
pónganse a punto los soldados todos
y estén en escuadrón treinta caballos
por la puerta que entrare, y luego ciérrese.
Fuera deso, también el pueblo alerta;
con las armas estén siempre en las manos,
que quien el daño por venir previene
segura tiene la defensa.

SERVIO.

En todo
quiero seguir tu mandamiento y orden.

RIBERIO.

Jamás la confianza acertó en cosa,
ni a nadie fué la prevención dañosa.

(*Sale* LEONORA.)

LEONORA. ¿Qué estruendo de armas y espa-
es este, hermano, que suena? [das
¿Qué caja que el pueblo atruena
y qué piezas asentadas
por entre almena y almena?
¿Ansí celebras tus bodas
RIBERIO. Regocíjanse aquí todas
las honras con esta fiesta:
es playa y frontera aquesta.
LEONORA. ¡A buen lugar te acomodas!
¿Y es el General de Argel
este que temiendo están?
RIBERIO. Tal nueva ahora me dan,
y que ha venido con él
mi señor el Capitán.
LEONORA. ¿Pues qué quiere?
RIBERIO. Rescatalle,
porque en todo aqueste valle,
desde Almenara a Valencia,
hacen esta conveniencia,
y a veces suelen trocalle.
Cautivar ha acontecido
y alzar luego una bandera,
para ver si hay quien quiera
rescatar lo que ha perdido.
Esto en la mar, que no afuera.
LEONORA. Pues ya cesó el interés
sobre que ésta prisión es.
LAUDOM. Ya debe de haber cesado,
que era intento mal ganado
y dió consigo al través.

(*Sale* SERVIO.)

SERVIO. Ya está todo apercibido;
veráslo si a verlo bajas,
con otras nuevas ventajas.
¿No oyes aquel ruído
de los pífaros y cajas?
Bravos mozos, bravos talles
se aperciben a espantalles
cuando a seguilles aprietes,
y ya los bravos jinetes
desempedrando las calles.
Todos van con esperanzas
de vencer si los alcanzas.
Hasta las flacas mujeres,
por conservar sus haberes,
hacen escudos y lanzas.
RIBERIO. Ello queda a mi contento;
bien es prevención igual.
LEONORA. Es discreto pensamiento.
RIBERIO. Aquí viene el General.—
¡Hola!, apercibí un asiento.
PALADIO. ¿Ha de ser silla o estrado,

que a esto viene acostumbrado?
RIBERIO. Dale silla a la cristiana.
LAUDOM. ¿Qué suena en la barbacana?
SERVIO. Gran ruido.
LAUDOM. Pues ya han entrado.

(*Salen con arcabuces, y cajas, y trompetas de dos en dos, los soldados que pudieren, y alabardas y picas, y detrás de todos* JORGE *de moro, muy galán, y* ANTONIO *de esclavo, y* BELARDO.)

JORGE. ¡Extremada es esta villa,
y su gente belicosa
y gallarda a maravilla!
No sé cómo llegar osa
hombre de Argel a su orilla.
¡Oh, generosos cristianos!
LAUDOM. Dadme, General, las manos
y por vuestra me tened.
JORGE. Vengo a recebir merced,
y no a cumplimientos vanos.
SERVIO. ¡Qué bien habla!
PALADIO. Es muy ladino.
JORGE. Que sois Laudomia me advierte,
dama, ese rostro divino.
Manos que a tantos dan muerte
no soy de besarlas dino.
A vuestro padre abrazad.
LAUDOM. ¡Padre mío!
ANTONIO. ¡Ay, hija bella!
JORGE. ¡Oh, padre, imprimid en ella
mi abrasada voluntad!
Decilde luego quién soy.
RIBERIO. A besar sus manos voy.—
Dadme, General, la mano.
JORGE. ¿Quién es aqueste cristiano?
¡Oh, cielos, temblando estoy!
ANTONIO. ¿Es Riberio?
RIBERIO. Sí, y tu yerno,
que por tu pena cruel
hace sentimiento eterno,
y te sacará de Argel
y de cuanto no es infierno.
Yo hice lo que es posible.
JORGE. ¿Cómo yerno? ¿Está casada
Laudomia? ¡Oh, caso terrible!
¿Luego a Antonio la fe dada
cumplirle será imposible?
RIBERIO. ¿Qué es lo que dice este moro,
o qué palabra te pide?
ANTONIO. ¿Tú casada? Aqueso ignoro.
¿Cómo, Laudomia, ansí impide
la ausencia el guardar decoro?
¿En mi ausencia te has casado?
LAUDOM. Esta misma noche he dado
el sí; mas dime: ¿en qué erré?
JORGE. Una noche hemos errado.
¡Oh, por qué término breve
perdí mi bien!
ANTONIO. ¡Triste yo,
que soy quien sentirlo debe!
RIBERIO. ¿Pues en qué Laudomia erró,
que a tanto enojo te mueve?
¿No soy yo tan bueno, Antonio,
como tú?
ANTONIO. A serlo, Riberio,
como es claro testimonio
antes deste cautiverio
hice aqueste matrimonio.
Pero el que ves me ha traído,
me ha librado y defendido
porque palabra le he dado
de darle el bien que has ganado
y él y yo habemos perdido.
Sin eso, trae un tesoro
que es el de Midas segundo,
de diamantes, piedras y oro.
RIBERIO. ¿Qué importa que traiga el mundo,
Capitán, si en fin es moro?
ANTONIO. No es sino un un gran caballero,
muy antiguo y muy cristiano.
JORGE. Descubrirme a todos quiero,
que ya no será en mi mano
no morir del mal que muero.
¡Ah, maldito pensamiento
con que a Argel pasé contento!
¡La ocasión, la causa y todo,
y el pecho del mismo modo,
la fragata, el mar y el viento!
¡Maldita sea la privanza
y el tesoro que saqué,
la porfiada esperanza,
pues en tanto bien hallé
tan súbita la mudanza!
¡Oh falso bien de la tierra,
vario, inconstante y mudable,
salga el fuego que se encierra
en un pecho miserable,
lleno de envidia y de guerra!
¡Vaya este vestido triste
fuera de mí, donde asiste,
que bien merece este ultraje
cristiano que deja el traje
de quien la Iglesia le viste!
¡Vaya fuera este turbante,

del que le ofende y condena
señal propia y semejante!
Desnudaréme la pena,
mas no es el amor bastante.
Véisme aquí donde he quedado
cristiano, aunque como moro
castigado y abrasado,
quizá porque un dios adoro
que de Dios me ha desviado.
Ya, pues, que desnudo estoy,
¿quién pensáis todos que soy?

ANTONIO. Cosa que algún daño forje.

JORGE. Jorge soy.

RRBERIO. ¿Quién dices?

RIBERIO. Jorge.

ANTONIO. ¿Jorge? ¡Oh, que de aquí me voy!

JORGE. Yo soy Jorge, tu criado,
el de la piedra en Toledo.

ANTONIO. ¡Jorge, hijo mío amado,
vuelve en tu acuerdo, está quedo!

JORGE. ¿Qué queréis vos, padre honrado?

ANTONIO. Si amor el seso te sana,
mira, hijo, que es tu hermana
Laudomia.

JORGE. ¡Válame Dios!
¿Y que sois mi padre vos?

LAUDOM. ¿Este es Jorge?

RIBERIO. ¡Cosa es llana!

ANTONIO. Hijo, cuando yo en Toledo
pequeñuelo te criaba,
a su madre tuve miedo
de Laudomia, y la engañaba
con la afición deste enredo.
Que eras siempre la decía
de la piedra, y que quería
serte por lo menos padre.
Pero fué entonces tu madre
la mitad del alma mía.
Después, por venir aquí,
a Riberio te encargué,
y como a paje te di.

JORGE. No en vano, padre, os busqué,
os libré y os traje ansí.
Es la sangre piedra imán
adonde las almas van
buscando su centro propio;
el fin, mi amor es impropio,
pero no en balde mi afán.
De Laudomia enamorado,
viniendo Riberio aquí,
intenté desesperado
lo que ha pasado por mí:
vos sabéis lo que ha pasado.
El estar de aquesto cierto
la llama del fuego ha muerto.
¡Viva el amor fraternal,
que en mi razón natural
mis deseos toman puerto!
Dadme, Laudomia, un abrazo,
y vos, que es un mismo lazo,
pues sois mi hermano también,
y los amigos me den
hasta la sangre del brazo.

LEONORA. Tenedme a mí por hermana,
que de Riberio lo soy.

JORGE. Mis brazos, señora, os doy.

RIBERIO. Trataros pienso mañana
el pensamiento en que estoy.

ANTONIO. ¿Es, por ventura, casar
a Jorge con mi Leonora?
Si es esto, agora hay lugar.

JORGE. ¡Yo soy dichoso, señora,
cuanto puedo imaginar!

LEONORA. Más yo lo seré con vos.

RIBERIO. Pues si es que los junta Dios,
el hombre no los aparte.

JORGE. Quiero otra vez abrazarte.

ANTONIO. Bien parecéis dos a dos.

JORGE.

Sáquese luego esa riqueza toda
y por tu larga mano se reparta,
y esto de los cristianos acomoda
para que libre cada cual se parta,
que mañana de aquesto y de mi boda
al Rey de Argel escribiré una carta,
y aquí dió fin de su inventor la mano
a la historia de *Jorge Toledano*.

LA GRAN COMEDIA

DE

EL JUEZ EN SU CAUSA

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

Leonida, *reina.*	Rosardo, *capitán.*	*Dos* Cazadores.
Albano, *rey.*	Fineo, *caballero.*	Floro, *pastores.*
Octavio, *su hermano.*	Lirano.	Silvano, *pastores.*
Fabia, *dama.*	Tiberio, *caballero.*	Lucindo, *caballero.*
Florelo.	Arminda, *infanta.*	*Un* Capitán.
Erguasto.	Reinaldo, *caballero.*	*Un* Piloto.
Silvano.	Fabio, *caballero.*	Eliso, *pastor.*
Clavela, *pescadora.*	Feniso, Silvio.	Ricardo, *rey viejo de Escocia.*

JORNADA PRIMERA

(*Sale la reina* Leonida *y* Fabia, *dama.*)

Fabia. A ti te falta prudencia.
Leonida. Déjame, Fabia, que amor
ni tiene en celos valor,
ni entendimiento en ausencia.
Amar por breve accidente
aún hace alegre el vivir,
¿pero quién podrá sufrir
que toda el alma se ausente?
Si la mitad piensas que es
mi esposo el Rey, y que tengo
otra mitad, con que vengo
a quedar viuda después,
engáñaste, porque en él
está todo de tal suerte,
que se ha de seguir mi muerte
en apartándome dél.
Si aquello que nos anima
es alma, el Rey vive en mí
por alma.
Fabia. Ya viene aquí.
Leonida. ¿Quién ha de haber que reprima
la fuerza de los enojos?

(*Salen de camino el rey* Albano, *y* Octavio, *su hermano.*)

Albano. Veros quisiera excusar,
mas pudo el alma obligar
la persuasión de los ojos.
Los vuestros me dicen ya
cuán bien excusado fuera,
pues con ser fuego su esfera
lloviendo perlas está.
Dejad la tristeza aparte:
mirad, mi bien, que el aurora
al salir del sol las llora,
pero no cuando se parte.
Leonida. En esto veréis que soy
noche, a quien sin vos dejáis.
¿Ya, en fin, de partida estáis?
Albano. De muerte, mi vida, estoy;
que si el morir es partir,
cuando de lo que es la vida
se parte, esta partida
debe llamarse morir.
El Rey de Escocia, señora,
vuestro padre y mi señor,
da a Octavio, por su valor,
a vuestra hermana Teodora;
y quiere que yo presente,
estos conciertos se acaben.
Los cielos, Leonida, saben
lo que siento en verme ausente.
Pero consolar me debe
y dar a mi mal paciencia,
que será breve la ausencia,

si amando hay ausencia breve,
y a vos la seguridad
de este sentimiento mío.

LEONIDA. Todo lo creo y confío
de vuestra justa lealtad.
Que si no me consolara
el saber que le tenéis,
lo que es la vida que veis
menos que el partir durara.
Esto, y saber que mi hermana
merezca a Octavio y que vos
los amparéis a los dos,
mil imposibles allana
que esta partida ofrecía.
Mirad que de mí tengáis
la memoria que dejáis
tan estampada en la mía.
Y que si fuera posible
con vos traigáis a Teodora.

ALBANO. Eso postrero, señora,
parece a Octavio imposible;
porque el Rey no ha de querer
verse ausente de los dos.

LEONIDA. Sí hará queriéndolo vos
y por hacerme placer.

OCTAVIO. A mi hermano he suplicado
que pida al Rey mi señor
nos haga tanto favor
luego que yo tome estado,
que sé lo que gustaréis
de que esté con vos Teodora.

LEONIDA. Si en la soledad de agora
darme consuelo podéis,
es solamente el seguro
desta palabra.

OCTAVIO. Esta doy,
segura está por quien soy,
lo que cumplirla procuro;
y voy con gran confianza
que el Rey mi señor la dé.

LEONIDA. Pues con eso haréis que esté
toda verde mi esperanza.
Persuadidla a la venida.

ALBANO. Poco será menester,
porque en siendo su mujer
será cierta la partida.
La nuestra se acerca ya;
venid a verme partir.

LEONIDA. Yo voy a ver dividir
la vida que en vos está.
Estoy porque os vais sin veros,
por no sentir el dejaros,
si es bien pudiendo miraros
anticiparse a perderos.
Al fin voy a ver que os vais
sin mí.

ALBANO. Yo quedo con vos,
que siendo un alma los dos
estoy donde vos estáis;
no creáis que se divida.

LEONIDA. En vuestra salud allá
veréis cómo vive acá
ésta que dejáis sin vida.

(*Vanse, y salgan de una isla* LIRANO *y* FLORELO, *pescadores.*)

LIRANO. ¿Está cocida (1) la red?

FLORELO. Al sol queda todavía
para pedirle merced.

LIRANO. Que despachemos querría.
La mesa en tanto poned.

FLORELO. Dejad cocer el pescado,
que aún en el agua colea.

LIRANO. Allá el señor delicado,
Florelo, el fresco desea,
y acá se estima el salado.

FLORELO. Tienen poca estimación
las cosas por la abundancia.

LIRANO. ¿Echaste al barco el resón?

FLORELO. Atado no es de importancia
dance de la mar al son.

LIRANO. ¿Qué pescado está cociendo?

FLORELO. Un congrio y cuatro lampugas.

LIRANO. ¿Trujiste verdura?

FLORELO. Entiendo
que trujo Erguasto lechugas
y que está ensalada haciendo
para vinagre y aceite.
Tiende en esta verde alfombra,
en tanto que abril la afeite,
los manteles a esta sombra,
que aún es agora deleite.
Dos o tres corchos refresca
en aquella fuente fresca.

LIRANO. Saca el vino del tonel,
porque se escabeche en él
dentro del cuerpo la pesca.

FLORELO. Todo está a punto, Lirano.

LIRANO. Ni cuidado me fastidia
ni ambición de oficio vano.
Malhaya quien tiene envidia
al más galán cortesano.

(1) Así en el original: quizá quiera decir "cosida". El texto dice literalmente "cozida".

(*Sale* ERGUASTO, *pescador.*)

ERGUASTO. ¿Es hora ya de comer?
FLORELO. Aquí dicen que ha de ser.
ERGUASTO. Hombre de la mar ha sido
de tan loco parecer.
FLORELO. Aquí dicen que ha de ser.
LIRANO. ¿Cómo?
ERGUASTO. No quisiera estar
de aquí a un hora dentro el mar,
que este sol fuerte amenaza
que por su salada plaza
quieren los vientos rifar.
¿Aquellas nubes no veis?
¿No veis aquellos delfines?
LIRANO. Pues alto: no comencéis,
para tener tristes fines,
la fiesta que pretendéis.
Comed en el cabañal,
que ya cubre aquel nublado
la lámpara celestial.
FLORELO. El cielo se ha rebozado,
¡cuán cierta fué la señal!
LIRANO. Ya se levanta mareta,
ya toda la mar se inquieta.
ERGUASTO. ¡Ay de la nave, Florelo,
que entre las aguas y el cielo
viene a los vientos sujeta.

(*Sale* SILVANO, *pescador.*)

SILVANO. Ha llegado por acá
el espantoso aguacero.
LIRANO. No más estarse esperando.
SILVANO. A daros aviso vengo
que tenéis un convidado.
Por eso despachad presto,
aunque las redes dejéis,
los plomos y los anzuelos,
las palangres y la ropa
de aquesta ribera en medio,
porque la divina Arminda
—Arminda digo, no es menos
que Arminda, no presumáis
que pude engañarme en esto—,
princesa de aquestas islas,
con un venablo y dos perros,
temiendo la tempestad,
viene de su furia huyendo.
En vuestra cabaña queda;
allí sentada la dejo
mientras os vengo a buscar.
LIRANO. ¿Hay más notable suceso?
¿La Princesa destas islas
en nuestra cabaña, cielos?
¿Pero cuándo de las cosas
resulta a los reyes menos?
Dale gracias que en la tierra,
y suya, la coge el tiempo,
que si estuviera en la mar
de la suerte que le veo,
apenas supiera darle
ni consuelo ni remedio.
¡Mísera de aquella nave
que por sus aguas corriendo
hace experiencia del daño
que desde la tierra vemos!
FLORELO. Parece que a tomar tierra,
arrojada de los vientos,
forceja una nave triste.
ERGUASTO. Bien dices, no viene lejos;
pero que llegue a la orilla
por imposible lo tengo,
que parece que la mar
quiere estrellarla en el cielo.
Como toro que algún hombre
tiene en los fogosos cuernos
quiere arrojarla de sí.
LIRANO. Coge las redes, Florelo,
y vamos el monte arriba.
FLORELO. ¡Oh, tierra, principio nuestro!

(*Vanse todos, y sale* ARMINDA *con un venablo de caza, y* CLAVELA, *pescadora.*)

CLAVELA. Aquí podrá Vuestra Alteza
entretenerse mejor.
ARMINDA. Qué, ¿también sabéis de amor?
CLAVELA. Amor es naturaleza,
y si está en los mismos peces,
¿cuánto mejor podrá estar
en los hombres de la mar?
ARMINDA. Bien dices, que muchas veces
los peces enamorados,
sintiendo de amor los tiros,
han salido a dar suspiros
de las aguas a los prados.
¿Tú, en efeto, te casaste
con este tu pescador?
CLAVELA. Mi padre era labrador
deste lugar que dejaste.
A la falda desta sierra
Silvio de pescar vivía;
Silvio de la mar un día
puso la pesca en la tierra.
Llegué a comprar, y compré
el pez marido, pues creo

que allí nació su deseo
y allí mi remedio hallé.
De suerte que transformó
amor en carne el pescado,
y los peces y el ganado
a una misma red juntó.
Yo guardo aquellas ovejas
y él sale al mar en su barca,
y ansí viven en un arca
los anzuelos y las rejas.
Pero cuando el sol se baña
nos venimos a juntar,
yo del monte y él del mar,
en esta pobre cabaña,
donde creo que una vez,
ya por gloria, ya por pena,
me vuelva el amor sirena,
porque la mitad soy pez.

ARMINDA. Envidia tengo a tu vida.

CLAVELA. Merezco ser envidiada,
porque contenta casada
quiero bien y soy querida.
Pero ves, señora, aquí
de mis bienes la ocasión.

(*Sale* LIRANO, ERGUASTO *y* SILVANO.)

LIRANO. Estas sospecho que son.

SILVANO. ¿Es ésta la Infanta?

ERGUASTO. Sí.

SILVANO. Dénos tu Alteza los pies.

ARMINDA. ¡Oh, amigos, bien seáis venidos!

LIRANO. No estamos apercibidos:
pobre nuestra choza es,
mas grande la voluntad.
¿Cómo os dejaron ansí?

ARMINDA. En el monte me perdí
con esta gran tempestad;
mas no tengo por perderme
el haberme entretenido
con Clavela, pues ha sido
holgarme y entretenerme.
¿Quién es su esposo?

SILVANO. Yo soy.

ARMINDA. Vos estáis bien empleado.

SILVANO. Ya de Vuestra Alteza honrado,
¿quién dudará que lo estoy?

ARMINDA. Descansad, comed, que quiero
veros comer.

SILVANO. No es razón,
porque en aquesta ocasión
habéis de comer primero.
¡Oh, quién lo hubiera sabido,
que de tierra no os faltara
quien el conejo os sacara
en el vivir escondido.
La parda y roja perdiz,
con el lazo o con la luz,
y con el presto arcabuz
la tórtola y codorniz.
Del mar el sabroso mero,
el sasio y el verderol,
el ostión que se abre al sol
desde que baja el lucero.
La langosta, que cocida
es un ramo de coral,
y fruta del tiempo igual
de aquellos montes cogida
donde el sombroso castaño
el verde fruto encubierto
muestra en el erizo abierto
por los extremos del año.
El nogal de sombra enferma,
el membrillo y la granada,
que de otra más regalada
toda aquesta tierra es yerma.
Mas ya que lo es tanto el suelo
y os trujo una tempestad,
comeréis la voluntad,
que es mesa que agrada al cielo.

(*Sale* FLORELO.)

FLORELO. Extraños son los efetos
de una borrasca tan fiera,
pues igualmente lo han sido
para la mar y la tierra.
En la tierra, pues perdida
de tanta gente Su Alteza,
honra esta pobre cabaña,
rica y dichosa en tenerla.
Para el mar, pues que queriendo
coger las redes y cuerdas,
vi una nave derrotada
acercarse a la ribera:
roto el bauprés y mesana,
sin jarcia, escota ni vela,
sin áncoras y sin cables,
toda la popa deshecha.
Dieron voces a la orilla;
yo, con mi barca pequeña,
camino, acércome y veo
que por la primer cubierta
bajan al barco dos hombres
de notable gentileza,
que según su gente dijo

eran los Reyes de Ibernia,
que yendo a Escocia corrieron
tan fuerte esta gran tormenta,
que la soberbia del mar
a nuestras islas los echa.
Saquélos a tierra; en fin,
supieron que la Princesa
nuestro pobre albergue honraba
y los dos vienen a verla.
Pero no han osado entrar
hasta que les des licencia.

ARMINDA. Di que entren.—¡Extraño caso!

LIRANO. Alarga, Silvio, la mesa.

(Sale el rey ALBANO, *y* OCTAVIO *su hermano.)*

ALBANO. Dame, señora, los pies,
que en parte tan desigual
vuestra presencia real
está diciendo quien es.

ARMINDA. Si por mujer Vuestra Alteza
me quiere honrar desta suerte,
¿cómo no mira y advierte
mi humildad y su grandeza?
Lo que en la mar le arrojó
a la tierra donde está,
a mí donde pienso ya
que a servirle me inclinó.
No sin causa me perdí,
pues había de ganar
el recibiros del mar,
que os ha derrotado ansí.

ALBANO. Conforma tanto al valor
la amorosa cortesía,
que ya la pérdida mía
es la ganancia mayor.
Mucho le debo a la mar
por la tormenta, si acierto
por vos a tan dulce puerto,
que ha sido errando acertar.
Y pues sois del sacro templo
a que me debo ofrecer
la imagen, hoy quiero hacer
pintar del caso el ejemplo
y ofrecerlo a vuestro nombre.

ARMINDA. Si yo lo fuera os librara
del mar antes que llegara
donde a quien le mire asombre.
¿Quién es este caballero?

ALBANO. Mi hermano, a vuestro servicio.

ARMINDA. Bien lo mostraba el indicio
de su persona primero,
y la pregunta excusara
si antes en ella advirtiera.

OCTAVIO. Quien llega a vuestra ribera
y en vuestro puerto se ampara,
más le debe a la Fortuna
por la tormenta que corre,
donde esta luz le socorre,
que por bonanza ninguna.
No tengo qué os ofrecer
donde mi hermano lo está.

CLAVELA. Señora, advierte que es ya
tiempo de dar a comer
a los huéspedes y a ti.

ARMINDA. A mí, Clavela, bastara
vuestra humildad, mas repara
que están dos Reyes aquí.

CLAVELA. Ya los miro, tan contentos
de vuestra rara hermosura,
que comerán su ventura,
beberán sus pensamientos.
No pondrán a Vuestra Alteza
la culpa, sino al lugar;
mas, ¿qué les puede faltar
donde está vuestra belleza?

ARMINDA. Señores, los dueños son
desta cabaña animosos,
y aunque pobres, deseosos
de que entendáis su afición.
Honradlos comiendo aquí,
porque hay hasta la ciudad
una legua.

ALBANO. La humildad
no está en ellos para mí.
Con vos parece que ha sido,
que después que en ella estáis
esa majestad les dais
con que nos han recebido.
Y pues vos os disponéis,
¿qué hay que decir de los dos?
Pues comeremos con vos,
que al sol convidar podéis.
Pero no, que de envidioso,
dirá que le dais veneno.

OCTAVIO. ¡Oh mar de sucesos lleno!
¡Oh mar siempre cauteloso!
Agradable puerto vi
mirando aquesta mujer;
pero ya pudiera ser
más tempestad para mí.

ALBANO. Desde que mi esposa amé
nunca mujer me agradó
ni mi alma le quebró
aquella debida fe.

Y pienso desde que vi
desta mujer la belleza,
que ofendiera la firmeza
con que hasta agora viví.

CLAVELA. Ea, que ya está corrida
la pobre mesa, señores,
en la alfombra de las flores
de aquestos prados tejida.
Entrad, que por varias leyes
de la fortuna, hoy se goza
de que tiene en esta choza
una aventura de reyes.

ALBANO. Vamos, y gocemos della.

OCTAVIO. ¡Oh, Arminda, quién te trocara
por Teodora!

ALBANO. ¡Oh, quién llegara
a tal tiempo, Arminda bella,
que se casara contigo,
o quién, como Octavio, fuera
libre!

OCTAVIO. ¡Oh, traidora ribera!
¡Oh, mar, cuán piadoso amigo
fueras en haberme muerto,
pues en tu orilla homicida
salgo en la mar de la vida
y tomo en la muerte puerto.

(*Vanse, y entran* ROSARDO *y* FINEO.)

FINEO.

¿Tan grande atrevimiento,
tan grande desatino, tal locura
cabe en tu pensamiento?

ROSARDO.

¿De qué te espantas, si el amor procura
tener por más hazaña
la que fuere más bárbara y extraña!
Cuando cosas iguales
se quieren y se abrazan, decir pueden
que siendo naturales
efetos de su causa no la exceden,
y que en esta armonía
más la razón que no el amor nos guía.
Porque a ninguno admira
cuando por su querido igual esposo
la tórtola suspira,
o el ciervo, de los otros temeroso,
lleno de celos brama
en el septiembre por la parda gama.
Naturaleza enseña
esa igualdad en hombres y animales,
y el amor se desdeña
de reducir así cosas iguales:
lo desigual le agrada,
y entonces triunfa de la flecha airada.
Esto muestra, Fineo,
la antigüedad, que a Júpiter pintaba
cuando con tal deseo
siendo divino la belleza amaba
de la tierra, y ardiendo
iba del arco del amor huyendo.
¿No has visto una vid nueva
de nacimiento humilde a un olmo asida,
y que abrazada prueba
tener en sus eternos brazos vida?
Pues ese es el ejemplo
que de mi desigual amor contemplo.
Partióse el Rey a Escocia,
dejóme el gobierno de su casa
mientras allá negocia
y con Teodora, su cuñada, casa
aquel su hermano Octavio.
Bien puede amor hacerle aqueste agravio.
Demás que yo no intento
violencia alguna con la Reina en tanto
que vuelve; el pensamiento
a su hermosura celestial levanto,
que aun la boca no sabe
más de que yo como es razón la alabe.
Con esto, no es mi culpa
tan digna de castigo.

FINEO.

El pensamiento
ya no tiene disculpa,
pues es contra su ley atrevimiento.
Mira que ya te llama
la infamia desta empresa y no la fama.
Parece que contemplo
tu amargo fin, para tu vida muerte
y para el mundo ejemplo.

ROSARDO.

Tarde el temor a la esperanza advierte.

FINEO.

Antes del mal no es tarde.

ROSARDO.

No hay mal por grande bien ni amor cobarde.

(*Entra la reina* LEONIDA *y* TIBERIO.)

LEONIDA. ¿Adónde habrá sufrimiento
para tan grande dolor?

TIBERIO. Adonde hubiere valor
y sobrare entendimiento.

Vuestra Alteza esté segura
de que no se habrá perdido.

ROSARDO. Pues, gran señora, ¿qué ha sido?

LEONIDA. ¡Qué ha de ser, mi desventura!
De tres naves en que iba
el Rey a Escocia han llegado
las dos, la suya ha faltado.

ROSARDO. Con justa razón te priva
la nueva, heroica señora,
de sufrimiento, pues pudo
perderse el Rey.

TIBERIO. Yo lo dudo.

LEONIDA. Yo no, y el alma le llora.

FINEO. Amor es muy temeroso;
en algún puerto habrá dado
de la tormenta arrojado.

LEONIDA. ¿Y puede ser provechoso,
cuando sucediese así,
que diese en puerto enemigo?

FINEO. A correr el mar me obligo
cuando fiases de mí,
señora, esta diligencia.

TIBERIO. Y yo iré por otra parte,
porque deseo obligarte
a esperanza y a paciencia.

LEONIDA. Quedaré tan obligada
cuanto en el premio veréis.

ROSARDO. Buscar las islas tenéis
a la parte más helada.
De la Ibernia rigurosa
hacen ciudad en el mar,
si él mismo os deja llegar
en esta ocasión forzosa.
Porque dicen que en tres meses
y en seis suele defender
el puerto.

LEONIDA. Bien puede ser
que si tomar le pudieses
en ellos al Rey hallases,
Fineo; o que tú, Tiberio,
si padece cautiverio
desta banda te informases.
En fin, de cualquier manera
viviré en vuestra esperanza.

FINEO. Yo parto.

TIBERIO. Y yo, en confianza
de que vive.

LEONIDA. ¡Dios lo quiera!

(*Vanse* FINEO *y* TIBERIO.)

ROSARDO. Yo no te voy a servir
porque soy desconfiado.

LEONIDA. ¿De qué lo estás?

ROSARDO. Del cuidado
de que pueda el Rey vivir.
Llegan a Escocia sus naves
perdidas con la tormenta,
que es lo que Tiberio cuenta
y que ya por cartas sabes,
y la del Rey no parece;
luego no es justo creer
que el mar ha de obedecer
al que la tierra obedece.
No guarda el agua respeto
ni puede ser castigada;
la más poderosa armada
turba en su seno inquieto.
Que aunque el cielo le mandó
que a la tierra no pasase,
si la tierra en ella entrase
poder entonces le dió.

LEONIDA. Pesadamente consuelas.

ROSARDO. Hablo también con temor.

LEONIDA. Bien parece que tu amor
no camina entre sus velas.

ROSARDO. El que yo te tengo a ti
me ha hecho temer contigo,
y al fin lo que temo digo.

LEONIDA. ¿Qué amor me tienes a mí,
pues que no me has consolado?

ROSARDO. Creer siempre lo peor
es discreción.

LEONIDA. ¿De qué suerte?

ROSARDO. Porque después se convierte
en mayor gusto el temor.
Y si lo que fué temido
es a la desdicha igual,
ya está prevenido el mal,
y es menos mal prevenido.

LEONIDA. Antes es sentir el daño
dos veces.

ROSARDO. ¿De qué manera?

LEONIDA. La una cuando se espera
hasta ver el desengaño,
y la otra cuando viene.

ROSARDO. ¿Qué daño puede temer
quien debe esperar placer
del mismo temor que tiene?

LEONIDA. ¿Yo placer?

ROSARDO. Pues qué, ¿tan mal
te puede estar el perder
quien no te supo querer
con amor al tuyo igual?
¡Cuánto mejor hallarías

en Francia, en Ingalaterra
o en Hungría!

LEONIDA. ¡Oh, infame, cierra
la boca!

ROSARDO. A verdades mías
pagas siempre con razones
ásperas.

LEONIDA. ¿Qué son verdades
si el daño me persuades
y en otro mayor me pones?

ROSARDO. Dado que el Rey fuese muerto,
cosa en la naturaleza
tan cierta, y en la extrañeza
del mar suceso tan cierto,
¿merece mi buen deseo
que como a infame le nombres
porque te diga los hombres
dignos de tan alto empleo?

LEONIDA. ¿Pues es bien que tú me cases
antes de que viuda sea?

ROSARDO. Esto es hablar quien desea
que en tu remedio acertases.
Pero debió de enojarte
haberte dicho que el Rey
no te ha guardado la ley
debida a amor en no amarte.

LEONIDA. ¿Pues eso no era razón
que me enojara?

ROSARDO. ¿Conmigo
por qué, si verdad te digo
en la mejor ocasión?

LEONIDA. ¿Verdad? ¿Pues de qué lo sabes?

ROSARDO. De otras muchas aficiones.

LEONIDA. ¿Y esto llamas ocasiones
no pareciendo sus naves,
para que yo corra aquí
la tormenta que él allá?

ROSARDO. Como sé que muerto está,
a lo menos para mí,
llamo ocasión más segura
al hablarte sin temor.

LEONIDA. Ni el Rey me ha sido traidor
ni su voluntad perjura.
Ni es muerto ni lo ha de ser,
ni sus naves se han perdido,
ni yo tendré otro marido
ni de otro seré mujer.
Ni el cielo dividirá
dos almas eternamente,
si por algún accidente
los cuerpos lo quedan ya.
Ni ha de haber donde yo reino
villanos aduladores,
ni se han de alegrar traidores
de tiranizar mi reino.
Ni habrá sospecha tan fuerte
que de amar al Rey me impida,
ni le durará la vida
a quien tratare su muerte.

(*Vase la Reina, y queda* ROSARDO.)

ROSARDO.

Este es el fin de un loco atrevimiento,
principio en la tragedia de mi vida;
mientras callaba, mi esperanza asida
de un falso engaño, dilatóse al viento.
Habló mi amor para mayor tormento,
el desengaño acrecentó la herida,
mi propia lengua ha sido mi homicida
y aun no se declaró mi pensamiento.
Si me entendió, si sabe mi cuidado,
y a muerte por decille me condena
y mi vida y amor se han acabado...
¿Mas qué me aflige lo que amor ordena?
Que más quiero morir habiendo hablado
que no vivir sin declarar mi pena.

(*Vase y sale el rey* ALBANO *y* OCTAVIO.)

ALBANO. He llegado a tal furor
después, Octavio, que entré
en esta isla, que fué
Circe de mi loco amor,
que temo de su rigor
que me ha de costar la vida.
No me acuerdo de Leonida
más que si jamás la viera,
que si el alma verla espera
es para ser su homicida.
Como el alterado mar
no me ha dejado partir,
el trato, el ver, el oír,
el hablar, el desear,
tanto han podido afirmar
este pensamiento en mí,
que hoy le dije y le mentí
que era muerta mi mujer,
y que lo había de ser
como dijese que sí.
Preguntóme de qué suerte
su muerte había sabido,
pues por el mar no había sido
posible saber su muerte.
Mira lo que amor advierte,
que le dije que era muerta

cuando de la más incierta
en sus islas tomé puerto,
aunque el haberlo encubierto
de alguna duda la advierta.
Pero dile por razón
que entonces iba a casarme
y no quise declararme
hasta saber su afición.
Prometíle (¡qué traición!)
ir a sosegar mi Estado
y dejarte aquí empeñado
en mi palabra real,
hasta volver con igual
grandeza a quedar casado.
Pero no pude vencer
aquel casto pensamiento,
ni bastó mi atrevimiento
ni hay fuerzas en mi poder.
De suerte que vino a ser
concierto que me partiese,
y que a casarme volviese
con aparato real,
y a intentar el mayor mal (1)
que de traidor se escribiese.

OCTAVIO. ¿Por qué razón? ¿Qué te obliga
si una vez de aquí te vas?

ALBANO. Octavio, el no haber ya más
sufrido tanta fatiga.
¿Qué puede haber que te diga
más de que muero y la adoro?
Contra mi real decoro
no lo quisiera intentar,
a poder pasarla el mar
como a Europa el blanco toro.
Pero pues no puede ser
que la goce de otra-suerte,
yo pienso intentar la muerte
de la Reina mi mujer,
que muerta podré volver
a casarme con Arminda,
que pues tan lejos alinda
de aquestas islas mi Estado,
ha de ser vano cuidado
que de otra suerte se rinda.

OCTAVIO. Oyendo estoy tus razones
y dudando si eres quien
quiso a Leonida tan bien.

ALBANO. Si a considerar te pones,
Octavio, las confusiones
en que amor el mundo ha puesto,
verás que es lo menos esto.
No repliques, que estoy loco
y todo consejo es poco
en un corazón dispuesto.
Desde aquí voy a embarcarme
Tú te queda, Octavio, aquí.

OCTAVIO. ¿Yo para qué, si de ti
no es justo agora apartarme?

ALBANO. Hasta que vuelva a casarme
podría haber dilación:
libres los isleños son;
por no tener rey extraño
han de intentar en mi daño
casarla en esta ocasión.
Es mujer, y sin consejo
podrá entre tanto casarse;
mas sabrá que ha de aguardarse
si aquí por prenda te dejo.

OCTAVIO. Ahora bien, yo no me quejo
de tu locura y partida,
que sé que en viendo a Leonida
has de mudar de opinión,
que desta loca afición
será su gusto homicida.

ALBANO. Plega a Dios, hermano Octavio,
que tanto Leonida pueda,
y que el cielo le conceda
fuera de impedir su agravio.

OCTAVIO. Tú mirarás como sabio
en esta navegación
la fealdad desta traición.

ALBANO. El sabe que se lo ruego.
¡Oh, mar, apaga mi fuego,
si tales tus aguas son.

(*Vase el rey* ALBANO *y queda* OCTAVIO.)

OCTAVIO.

¿Hay más extraño amor? ¿Pero qué digo,
si de la misma hierba estoy tocado?
Culpo a mi hermano donde soy culpado,
que amando a Arminda el mismo engaño sigo.
Déjame aquí para leal testigo
y es fuerza que de mí quede engañado
del engaño que deja concertado,
que a tal hermano, tan fingido amigo.
Arminda, plega a Dios que correspondas
porque viva Leonida siempre esquiva
y que tu rostro de tu llanto escondas.
Nunca tan fiero mal la fama escriba.
¡Oh, sacro mar, sepúltale en sus ondas!
Muera el traidor y el inocente viva.

(1) En el original, "mejor", por errata.

(*Sale* Arminda *y* Reinaldo, *caballero.*)

Reinaldo.

No quiere que con él vaya mi gente;
extraño agravio ha hecho a mi deseo;
con la que tiene aquí se parte solo.
Díjele tu recado y que yo era
de aquella gente capitán, y dice
que te besa las manos, mas que es justo
que yo quede a servirte con mi gente,
que él no la ha menester, pues por agora
no tiene Ibernia público enemigo,
y que va más seguro con secreto.
Dejéle ya en la barca, y prevenida
de velas le esperaba aquella nave
que casi rota vino a nuestro puerto,
porque está reparada, y de manera,
que no hay en las islas más ligera.

Arminda.

Buen viaje, buen viento y buena dicha.

Octavio.

¿Quién se partió, señora?

Arminda.

El Rey tu hermano.

Octavio.

Así me dijo aquí, mas no de suerte
que creyese tan cerca su partida.

Arminda.

Parte, Reinaldo, a recoger la gente.

Reinaldo.

¿Cómo ha quedado Octavio en nuestras islas?

Arminda.

Después sabrás la causa, parte agora.

Reinaldo.

Guárdete el cielo de traición, señora.

(*Vase* Reinaldo.)

Arminda.

No quiso, Octavio, el Rey llevar mi gente.

Octavio.

Débele de importar ir con la suya.

Arminda.

Deseo que me digas con quién iba
a casarse, que ya me ha descubierto
la causa que le trujo a nuestras islas,
que el camino de Escocia fué fingido.

Octavio.

El camino de Escocia fué muy cierto,
y que quiso casarme con Teodora,
hermana de Leonida, mujer suya,
que todo lo demás son invenciones
de un hombre que con loco pensamiento
intenta tu imposible casamiento.

Arminda.

¿Pues no es muerta la Reina?

Octavio.

Si estuviera
más lejos de las islas y al mar cercano
las altas velas en golfo diera (1),
tú vieras la intención del Rey mi hermano.

Arminda.

Cuando estuviera agora en la ribera,
habiendo sido su deseo en vano,
que venganza me llama o me provoca
para adelante, si hoy traición me toca.
Y ansí te guarde el cielo, Octavio mío,
que te fíes de mí.

Octavio.

Si agradecieras
mi justo amor como de ti confío,
notables cosas de un traidor supieras.
Digo traidor por este desvarío,
que si por ser de amor le consideras
por mil historias le darás disculpa
en el mismo rigor de tanta culpa.
Sí te diré el suceso, pero temo...
Mas, ¿qué puedo temer? Advierte un poco,
y hago testigo al mismo Dios Supremo,
que sólo por Leonida me provoco:
el Rey te quiere con tan loco extremo,
que parte a dar la muerte, como loco,
a su mujer, hermosa y inocente,
que en lo que dice de que es muerta, miente.
Tú harás, Arminda, un necio casamiento
si vuelve el Rey aquí, pues que la mano
has de tomar de un bárbaro sangriento,
por más que le disculpe amor liviano.
Mas temo de que tanto atrevimiento
temple llegando allá mi loco hermano
con la vista de aquella Reina hermosa,
honesta, casta, santa y virtuosa.
Déjame aquí para que yo te impida

(1) Este pasaje está muy alterado. Este verso es corto; el anterior, largo, y ni uno ni otro hacen sentido.

que entretanto te cases y le esperes,
que da la muerte a la sin par Leonida,
glorioso honor y ejemplo de mujeres.
Estas cosas le dije a la partida;
es incapaz de la razón, ¡qué quieres!
No le pude vencer, vénzale el cielo.

ARMINDA.

Entre la sangre me discurre un hielo.
¿Que el rey Albano por casar conmigo
quiere matar a su inocente esposa?

OCTAVIO.

Parta Reinaldo y sepa lo que digo,
pues con secreto no es difícil cosa.

ARMINDA.

Dente los cielos bárbaro castigo
conforme a tu maldad, y rigurosa
la mar, que ha dado fin a tantas gentes,
primero te sepulte que lo intentes.
Rómpase el leño donde vas contento
en un escollo o banco (1) peligroso;
brame el toro del húmido elemento
con peligro tan fiero y riguroso;
caiga de su nubífero aposento
el tridente de Júpiter fogoso,
que derribando al corredor de popa
te abrase el alma sin tocar la ropa.
No llegues para siempre a la ribera
de tu querida patria, y si el estrago
del mar te diere ayuda, sea tan fiera,
que des en un caribe o lotofago.
Leonida bella, si tu cuello espera
su espada vil, de tu virtud en pago,
no soy la culpa yo, sino su suerte,
que me impide el aviso de tu muerte.

OCTAVIO.

No te aflija ni mueva a dolor tanto
el pensar la inocencia de Leonida,
que el Rey, llegando allá, si el mar y el cielo
tan justas maldiciones no ejecutan,
templará su rigor sólo en verla,
porque es digna de honor y de respeto,
y en viéndola y hablándola ¿quién duda
que envaine luego la traición desnuda? (2)
Sólo te pido yo que si tus años
han de elegir esposo conveniente,
y sabes que yo soy para los daños
de aquestas islas capitán valiente,
los propios te parezcan más extraños
y permitas que yo tu guarda intente
con el nombre que sólo mereciera,
no quien mi sangre, quien mi amor tuviera.

ARMINDA.

No dudes, no, que te acetara, Octavio,
en justo matrimonio; pero advierte
que tengo de pagar todo el agravio
que de Leonida ha de causar la muerte.
Si tú das orden, más prudente y sabio,
que tu hermano cruel trueque la suerte,
yo te doy la palabra que algún modo
se puede hallar de remediarlo todo.

OCTAVIO.

Cuando mi hermano con ausencia tanta
no mude el pensamiento, que estoy cierto
que no será tan firme, hombre tan malo,
casado yo contigo, ¿de qué temes
a Escocia a Inglaterra ni a Alemania?
¿No sabré yo de todos defenderte?
¿No sabré yo poner aquestas islas
en la defensa que otros capitanes?
Fuera de que si tú no estás casada,
él es juez y dirá que eres culpada.

ARMINDA.

No dices mal, que si el traidor intenta
matar su esposa y saben que a casarse
vuelve a mi tierra, han de pensar que he sido
culpada en el concierto de la muerte,
y sabiendo que soy en este medio
tu mujer no podrán culparme en nada.

OCTAVIO.

Si conoces, señora, mis deseos,
no dilates el premio.

ARMINDA.

Está seguro
de que tu bien y mi quietud procuro.

OCTAVIO.

Pues dame en prueba de tu fe la mano.

ARMINDA.

Con la palabra firme de ser tuya,
para que nuestra boda tenga efeto.

(Danse las manos y entre REINALDO *y* FABIO.*)*

REINALDO.

No digas, Fabio, que es amor discreto.

(1) En el original, "barco", por errata.
(2) Extraña octava en que sólo riman los dos últimos versos.

FABIO.

Dióle la mano.

OCTAVIO.

¿En eso pones duda?

FABIO.

No recelaste en vano que este Octavio
vino a quitarte la esperanza justa.

ARMINDA.

¿Quién es?

REINALDO.

Yo soy.

ARMINDA.

¿Qué quieres?

REINALDO.

Vine a darte
cuenta de la partida del Rey.

ARMINDA.

¿Tienes
que decirme otra cosa?

REINALDO.

Que la gente
del Rey de Ibernia va con viento en popa,
y que acá se quedaron mis deseos.

ARMINDA.

No te espante si son deseos locos,
porque de ésos se suelen lograr pocos.—
Ven, Octavio, conmigo y trataremos
de que se fortifiquen estas islas.

OCTAVIO.

Ya sabes mi deseo en tu servicio.

ARMINDA.

Eres Príncipe, en fin, harás tu oficio.

(Vanse.)

FABIO.

Los dos se van, y dicen que con ánimo
de que se fortifique, es lo que tratan.

REINALDO.

No dices mal. Mas ¿qué mejores fuerzas
que las de amor, si ya le tiene Octavio,
y aquí me ha hecho tan notable agravio?

FABIO.

Agravio no; pero desdén ha sido.

REINALDO.

¡Matar a Octavio tengo!

FABIO.

¿De qué suerte?

REINALDO.

¿Ha de faltar industria?

FABIO.

¿Y qué has temido?

REINALDO.

Que ha de reinar y me ha de dar la muerte.

FABIO.

¿De Arminda piensas que ha de ser marido?

REINALDO.

¿La mano que le dió no te lo advierte?
Mas yo haré que la mano se divida
con la que traigo donde ves ceñida.

JORNADA SEGUNDA

(Salen LEONIDA, *reina, y* FABIA.)

LEONIDA. ¿Qué tiene el Rey, Fabia mía,
que después desta jornada
aun de mirarme se enfada
con tanta melancolía?
¿Qué tiene el Rey que, en efeto,
no sabe disimular,
pues ni en hablar ni en mirar
guarda el rigor de discreto?
¿Qué tiene el Rey, que conmigo
usa de tanto rigor?
Pero dijera mejor,
¡oh, Fabia!, que lo que digo:
¿qué no tiene el Rey?, y fuera
acertar lo que pregunto,
y saber el alma junto
lo que a partes considera.
Fabia, el Rey no tiene amor,
y como amor no me tiene,
a tanta tristeza viene
y yo vengo a tal temor.
Pues si amor no tiene el Rey,
¿qué me admiro que en el trato
no guarde a mi amor ingrato
de amante la justa ley?
Por los ojos, que en efeto
cristales del alma son,
muestra amor del corazón
lo más íntimo y secreto.
Yo he visto que me aborrece.

FABIA. Esos miedos son de amor,
porque amando con rigor
tales recelos padece.
Verdad es que con cuidado
después que ha venido estoy,
pero este sentido doy
al que a las dos nos ha dado.
Que como tan gran tormenta,
como sabes padeció,
el trabajo en que se vió
hoy en la memoria sienta.
Que pensaría perderte,
el reino y vida, y sospecho
que este cuidado en el pecho,
aunque generoso y fuerte,
a un hombre imaginativo
pudo este disgusto hacer.

LEONIDA. Sí; mas llegado el placer
de verse ya libre y vivo,
restituído a su casa,
a su esposa, reino y gusto,
¿cómo no templa el disgusto
y aquesta memoria pasa?
Que la memoria del mal
en los que libres se ven
antes acrecienta el bien
con placer y gusto igual.
No, Fabia; me han engañado
señas del Rey mi señor,
o en esta ausencia el amor
por otro amor ha trocado.

FABIA. ¡Gracia tienes! ¿En la mar
y en las islas donde vino
de estar solo y peregrino,
pudo olvidarte y amar?
¿A quién querías que amase
entre unas peñas?

LEONIDA. No sé;
pero sé que en él se ve
lo que si yo te contase
o en mi honestidad cupiese,
conocerías si estoy
engañada.

FABIA. Aunque no soy
tan discreta que entendiese
por conjeturas tu daño
ni por favores tu miedo,
poco más o menos puedo
presumir que es todo engaño.

LEONIDA. Engaño no puede ser,
que no se puede engañar
el placer por el pesar
ni el pesar por el placer.
El libro de los casados
todo en dos hojas se encierra,
que es mesa y cama.

FABIA. ¿No yerra,
tal vez que tienen cuidados,
esa regla general
y anda el gusto divertido?

LEONIDA. No, cuando el amor ha sido,
Fabia, en los dos igual.
Si tiene pena el marido
comunica a la mujer
el pesar como el placer,
y es igualmente sentido.
Y así están tristes los dos,
que uno alegre y otro triste
en desigualdad consiste
contra lo que ordena Dios.
Pero advierte que aquí viene,
como suele, pensativo.

(*Sale el rey* ALBANO.)

ALBANO. Quien vive como yo vivo
más muerte que vida tiene.
Tales mis tristezas son,
que puedo determinarme
a una de dos: o a matarme
o a tomar resolución.

LEONIDA. ¿No ves qué triste semblante
muestra, y que hablando consigo
no ve que aquí estoy contigo
ni aunque me ponga delante?
¿No ves qué melancolía
tan profunda?

ALBANO. Estoy cierto (1),
porque no habiéndola muerto
no ha de ser vida la mía.
También de la dilación
puede resultarme daño;
ello ha de ser con engaño.

LEONIDA. ¡Qué notable confusión!
¿No miras cómo entre sí
está trazando quimeras?

FABIA. Cuanto en el Rey consideras
voy considerando en mí.
Pero de aquella tristeza
no es posible que otro amor
sea causa, y al propio honor,
mayor cuanto más grandeza,
se la quiero atribuír.

(1) En el original, "loco", que no rima.

LEONIDA. ¿Al honor por qué razón?
FABIA. Porque sus efetos son
el no poderlos decir.
LEONIDA. ¿Luego haste dado a entender
que está el Rey de mí celoso?
FABIA. En desatino amoroso
cualquiera lo puede hacer.
Porque, ¿no podría ser
que quien te quisiese mal
que le has sido desleal
quisiese darle a entender?
Las historias están llenas
de sucesos semejantes,
tal por envidia de amantes,
tal por venganzas ajenas.
¿Tienes sospecha de alguno?
LEONIDA. Basta, que en lo cierto has dado.
Celos es este cuidado;
no porque de hombre ninguno
declaradamente sea
amada; pero bien creo
que he conocido un deseo
y sé que mi mal desea.
FABIA. ¿De quién?
LEONIDA. De Rosardo, Fabia.
FABIA. ¿Pues hase atrevido a ti?
LEONIDA. Estoy por decir que sí,
puesto que así me agravia.
No tan descubiertamente
que yo le mostrase enojos,
pero basta que los ojos
digan lo que el alma siente.
Y éste, viendo mi virtud
y que en comenzando a hablar
jamás le daba lugar,
trocó la solicitud
de mi gusto en mi dolor,
y habrá por dicha pensado
poner el Rey en cuidado
con sospechas de mi honor.
No quiero hablarle.
FABIA. Pues bien,
¿qué quieres hacer?
LEONIDA. Pensar.
FABIA. Ya no le dejes de hablar,
y muéstrale amor también,
que si te ve sospechosa
estarálo más de ti.
LEONIDA. Dices bien.—¿Qué haces aquí,
mi señor?
ALBANO. ¡Oh, reina hermosa!
Cuidados y pensamientos
del gobierno me divierten,
que para que en algo acierten
andan siempre por los vientos.
No falta que imaginar
a quien sustenta una pobre
familia, y que falte o sobre
siempre tiene que pensar.
Pues mirad, a quien gobierna,
como yo, tan grande Estado,
cuál ha de ser su cuidado
y solicitud eterna.
LEONIDA. Mi padre vuelve a escribirme
de vuestro hermano. ¿Qué haré?
¿Qué respuesta le daré?
ALBANO. Que estoy en mi intento firme
y que ya sabemos dél.
Que iremos, queriendo Dios,
a Escocia juntos los dos,
porque tengo de ir con él.
LEONIDA. ¿Pues dónde dicen que está?
ALBANO. Dió en el Asia derrotado:
tengo aviso que ha llegado
a Chipre, y que viene ya.
Eso podéis escribir,
y que luego partiremos.
LEONIDA. Guárdeos el cielo.
ALBANO. ¡Qué extremos
entre vivir y morir!
LEONIDA. ¿Qué te parece?
FABIA. Que creo
que el deseo te ha engañado.
LEONIDA. ¡Si el deseo da cuidado,
no me ha engañado el deseo.

(Vase la Reina y FABIA.)

ALBANO.

Pasan el mar mis tristes pensamientos
en la nave mortal de mis cuidados,
entre tantas fortunas arrojados,
que están más locos que los mismos vientos.
La causa de los grandes movimientos,
lejos, entre peñascos elevados,
muestran la luz, que de mirar turbados
los ojos truecan a los elementos.
Por el agua en que nadan da la lumbre
y cerca se promete a la esperanza
desde el puerto a los ojos ofrecida.
Yo digo la verdad por alta cumbre,
y engañado de ver su semejanza,
la muerte debo a sombra de la vida.

(*Sale* ROSARDO.)

ROSARDO.

Tiberio dice que me llamas.

ALBANO.

Pienso,
según tardaste, que tenías hecho,
Rosardo, aquello para que te llamo.

ROSARDO.

¿Pues es cosa que pude adivinar?

ALBANO.

No, capitán, que no es tan fácil cosa;
antes me ha parecido tan difícil,
que podrías tardar en comenzarla
más que has tardado en el venir a oírla.

ROSARDO.

No hay cosa que lo sea a quien te sirve
con el gusto y amor que yo te sirvo,
y admírome que digas que es difícil
de decírmela, que para hacerla
mis deseos la tienen por tan fácil.

ALBANO.

No has de decir difícil conociendo
que te la digo a ti; pero es extraño
que de su parte sola dificulta
el poderla decir tan libremente:
tanta dificultad mi pecho siente.
Mas conociendo yo...

ROSARDO.

¡Válgame el cielo!
Si la Reina le ha dicho mis intentos,
que aún no los declaré por el respeto
debido a la grandeza de su estado,
el Rey quiere matarme.

ALBANO.

...Conociendo,
Rosardo, tu lealtad...

ROSARDO.

Ello es sin duda:
la Reina sospechó mis pensamientos
y los ha dicho al Rey.

ALBANO.

...y tan seguro
de tu valor, yo fío en ti mi honra.

ROSARDO.

¿Qué aguardo más?

ALBANO.

Por mil respetos justos
me importa, capitán, matar la Reina.
Déstos no tengo que informarte.

ROSARDO.

¡Ay, cielo!
¿Matar la Reina?

ALBANO.

¿Por qué no? ¿Te importa
juzgar a ti de la razón, mas sólo
ejecutar la muerte?

ROSARDO.

No te espantes
que me admire, señor, de lo que dices
y en alguna manera esté turbado.

ALBANO.

No me espanto, Rosardo, que diciéndolo
estoy turbado yo, y así no es mucho
que tú lo estés oyéndolo; mas mira
que como digo, soy juez en esto
y tú el ejecutor.

ROSARDO.

Tú habrás mirado,
señor, la causa que te mueve a cosa
tan extraña y tan fuera de aquel gusto
que has mostrado en quererla y estimarla
por tantas excelencias como tiene
en su virtud, su ingenio y su hermosura.
Bien me parece grave lo que mandas,
y sabe Dios, señor, cuánto lo siento;
mas eres Rey y obedecerte debo,
que tú no me mandaras cosa injusta
y obedecerte debo en lo que es justo.

ALBANO.

Yo tengo que ausentarme, que no quiero
ni puede ser que esté presente.

ROSARDO.

¿Adónde?

ALBANO.

Al monte; sólo ausencia de dos días.

ROSARDO.

¿Pues cómo tengo de intentar su muerte?
¿Tengo de entrar en forma de Justicia,
o quieres que la mate con secreto?

ALBANO.

Yo te daré un papel cuando me parta,
y aquella orden seguirás en todo.

No tengo que advertirte; el mismo caso
te dice la importancia. Adiós te queda.

ROSARDO.

¿Cuándo te partirás?

ALBANO.

Luego querría.

ROSARDO.

Pues escribe.

ARMINDA.

Yo voy. Rosardo, advierte
que está mi vida y honra en esta muerte.

(Vase el Rey.)

ROSARDO. ¡Oh terrible mandamiento!
¡Oh notable ejecución!
Mas si tiene el Rey razón,
¿de qué tiemblas, pensamiento?
¿El no dice que es juez
y que soy ejecutor?
¿Pues de qué tengo temor?
Muera mi amor de una vez
en la vida de Leonida,
pues no puedo de otra suerte
dar a mis sospechas muerte
y a mis esperanzas vida.
Amé mi muerte en amalla,
porque si el Rey lo entendiera
la vida y honra perdiera,
y éstas dos tendré en matalla.
Mas, ¿cómo será posible
que mate lo que adoré?
Pero si a un bárbaro fué
posible aqueste imposible,
si Celín turco mató
por su honor y honesta fama,
sin otra ofensa, a su dama,
¿no podré matarla yo?
Demás que corre por cuenta
del Rey, ¿pues qué puedo hacer
más justo que obedecer
lo que él por su agravio intenta?

(Sale FINEO.)

FINEO. Todo hoy os ando a buscar,
y no en Palacio, ni fuera
os pude hallar.

ROSARDO. No quisiera
que éste me viniera a hablar.
Pero echaréle de mí.—
¿Para qué soy menester?

FINEO. De vos quisiera saber
si hay nuevas de Octavio.

ROSARDO. Sí;
que el Rey dijo ayer que Octavio
estaba en Chipre, y venía
a Ibernia.

FINEO. Escribir querría
a Escocia, porque este agravio
de no haber el Rey llegado
habiéndolo prometido
de tal manera han sentido,
que piensan que le han casado
en Alemania en secreto,
y que el concierto quebró.

ROSARDO. Que irá presto el Rey sé yo
y tendrá la boda efeto.
Y tan presto, cuando llegue
su hermano.

(Sale el Rey de camino, con un papel.)

TIBERIO A todos avisa,
Lisenio, con mucha prisa,
puesto que el tiempo la niegue,
porque quiere el Rey salir
con tanta, que no hay lugar
más que de hacer ensillar.

LISENIO. Todo se hará prevenir.

TIBERIO. Pues parte, y a punto estén.

LISENIO. Voy.

TIBERIO. ¡Oh, capitán Rosardo!
¿Qué hay de nuevo?

ROSARDO. El Rey aguarda.

TIBERIO. Pues podréis hablarle bien,
si son negocios de guerra,
de aquí al monte.

ROSARDO. De paz son,
pues son de mi galardón.

(Sale el REY de camino con un papel.)

ALBANO. Hoy la piedad se destierra
de todo punto de mí.

TIBERIO. El Rey sale.

ROSARDO. Adiós, Fineo.

FINEO. Hablarte después deseo.
¿Adónde he de hallarte?

ROSARDO. Aquí.

(Vanse FINEO, TIBERIO y los dos cazadores.)

ALBANO. Rosardo.

ROSARDO. Señor.

ALBANO. Advierte
lo que dice este papel,

y toma esta llave.

ROSARDO. En él
hallaré de obedecerte
la ley, y tú, gran señor,
en el de mi pecho noble
la obediencia.

ALBANO. No te doble
piedad, respeto ni amor.

ROSARDO. ¿Para qué es aquesta llave?

ALBANO. Para entrar hasta su cama:
mi honor, mi vida, mi fama
sólo en este papel cabe
y en ese pecho, Rosardo.

ROSARDO. Tú conocerás quién soy.

ALBANO. Llave de mi honor te doy,
que la restaures aguardo.

(Vase el Rey.)

ROSARDO. Cuanto más se va acercando
la ejecución desta muerte,
más de su culpa me advierte
y más temor voy cobrando.
Pues si es culpada ¿qué temo,
dándome el Rey en su culpa
para su sangre disculpa?
Yo paso de extremo a extremo.
Sin miedo proporcionado,
sin duda cometo error,
que pasar de tanto amor
a un odio tan declarado
no es guardar la proporción
debida al entendimiento,
mas destemplar su instrumento
a la divina razón.
Pero sea lo que fuere,
la obediencia es justa ley:
el Rey es Rey; mande el Rey
y venga lo que viniere.

(Lee:)

"Esta noche entrarás con esta llave
hasta la cama en que la Reina duerme,
y sin decir a qué, lleva contigo
a tu amigo Fineo y dale muerte
con ella, y juntos, en su sangre envueltos,
déjalos hasta el día, si por dicha
no lo sienten las damas de su cámara,
y tú venme a buscar al monte luego,
donde con pena del suceso aguardo,
que allá sabrás lo que has de hacer, Rosardo."

ROSARDO.

¡Fineo muerto con la Reina, cielos!
¿Qué novedad es esta? ¿Cómo o cuándo
Fineo ha dado al Rey estos desvelos,
o si él tuvo amor? Mas voy considerando
que me debía de reñir con celos
el servir a la Reina, imaginando
que quien con él ha sido deshonesta
tampoco fuera con mi amor compuesta.
¡Ah, villano Fineo, quién te oía
traerme ejemplos y formar castigos!
Para el amor que él mismo le tenía
juzgaba en mí los cielos enemigos.
Pues ya llegó de mi esperanza el día,
que tal suelen tener falsos amigos
debida pena. Mas la Reina es ésta.
En fin mujer, ésta es la Porcia honesta.
¡Esta es la virtuosa, ésta es la santa!

LEONIDA.

Agora, dulce Albano, he conocido
que alguna justa persuasión levanta
contra mi honor el mar de tus sentidos:
ya mi presencia, ya mi amor te espanta;
ya huyes a los montes, ya en olvido
has puesto los regalos que solías:
gozar las noches y estimar los días.
¿Qué haré? ¿Cómo diré que injustamente
tratas mi fe?

FABIA.

Feliso llega agora
con este pliego.

LEONIDA.

Bien venido sea.—
¿Quién está aquí?

ROSARDO.

Rosardo, a tu servicio.
Y doite parabién, Reina y señora,
del pliego, si es de Octavio.

LEONIDA.

No es de Octavio,
pero es del Rey mi padre y de mi hermana.—
Muestra un cuchillo del estuche, Fabia,
cortaré este cordel, que como es grande
quiso apretalle el secretario.

FABIA.

Corta,
que ya tengo deseo de ver nuevas,
si allá las hay de Octavio.

(*Dale el cuchillo, y al cortar hiércse.*)

LEONIDA.

Espera. ¡Ay, triste!
¡Oh, mal haya la prisa y el cuchillo!
Al pasar el cordel paséme el dedo.

ROSARDO.

¡Hay tal desgracia! Espere Vuestra Alteza.
¿Es algo?

LEONIDA.

Con la sangre me he turbado,
y todo es nada.

ROSARDO.

Aunque es atrevimiento,
este lienzo suplico que merezca
apretar esa sangre, porque quede
la mía honrada con tan gran reliquia.

(*Al sacar el lienzo* ROSARDO, *saca también el papel de lo envuelto en él, y déselc.*)

LEONIDA.

Lo que te debo, capitán, obliga
a acetar el servicio.—Mas, ¿qué es esto
que suena con el lienzo? ¿Hay tal locura?
Papel me ha dado en él; pues callar quiero,
no entienda que lo entiendo, pues me obliga
a hacerle dar la muerte.—Salte afuera,
Rosardo, que este lienzo que me has dado
no viene a resistir la sangre mía,
antes viene a sacarla.

ROSARDO.

¡Santo cielo,
si adivina que soy quien esta noche
ha de matarla! Pero, ¿cuándo el alma
dejó de ser profeta en los peligros?
Buscar quiero a Finco y prevenirle
de que esta noche entremos donde lleve
el castigo que a mí y al Rey le debe.

(*Vase* ROSARDO.)

LEONIDA.

¿Fuése el villano?

FABIA.

Ya, señora, es ido.

LEONIDA.

¿Hase visto jamás atrevimiento
que iguale al deste bárbaro atrevido?

FABIA.

¿De qué te ha enfadado?

LEONIDA.

Ya no siento
que el Rey trate mi amor con tanto olvido
como deste villano el pensamiento.
Mira si ya está todo declarado.

FABIA.

¿Cómo?

LEONIDA.

En el lienzo este papel me ha dado.

FABIA.

¿Papel a ti?

LEONIDA.

¿Pues no lo ves?

FABIA.

Señora,
hazle luego matar.

LEONIDA.

Tantos pedazos
cuantos hago el papel.

FABIA.

Detente un poco,
no le rasgues, veamos lo que dice.

LEONIDA.

No dices mal, sepamos lo que intenta.

FABIA.

Quítate el lienzo, que tu sangre afrenta.

LEONIDA.

¡Válgame el cielo, Fabia!, esta es la letra
del Rey.

FABIA.

¿Del Rey?

LEONIDA.

¿Pues cómo o a qué efeto
me da papel del Rey dentro de un lienzo?

FABIA.

Sin duda que al sacarle juntamente
sacó lienzo y papel.

LEONIDA.

Pues es sin duda,
que lo que he visto la color me muda.

(*Lea:*)

"Esta noche entrarás con esta llave
hasta la cama en que la Reina duerme,
y sin decir a qué, lleva contigo
a tu amigo Fineo y dale muerte

con ella, y juntos, en su sangre envueltos,
déjalos hasta el día, si por dicha
no lo sienten las damas de su cámara,
y tú venme a buscar al monte luego,
donde con pena del suceso aguardo,
que allá sabrás lo que has de hacer, Rosardo."

LEONIDA. Declaróse, Fabia, el Rey,
y todo se ha declarado.
FABIA. Basta, que le han engañado.
¡Oh, fiera envidia sin ley!
LEONIDA. Aunque a mí me parecía
que este testimonio ha sido
déste mismo, que ha querido
derribar la virtud mía.
FABIA. ¿Pues cómo el papel te ha dado
con que desto te avisó?
LEONIDA. Porque al cielo enterneció
la inocencia de mi estado,
que no porque él pretendiese
avisarme por camino
tan extraño y peregrino.
FABIA. ¿Es posible que pudiese
persuadirse el Rey, que sabe
tu virtud, a tal maldad?
¿Que tanta facilidad
en tanta grandeza cabe,
que manda matar contigo
a Fineo?
LEONIDA. Yo a Fineo
en toda mi vida creo
que habló palabra conmigo.
Ello es fortuna deshecha;
necesario es el valor,
que para tanto rigor
ningún remedio aprovecha.
Yo quiero dejar matarme:
mi sangre al cielo le pida
venganza.
FABIA. ¿Perder la vida
quieres?
LEONIDA. ¿Pues puedo librarme?
FABIA. A lo menos, si turbada,
la vida a perder te atreves,
por lo que a tu honor le debes
estás, señora, obligada
a no aventurar tu honor;
que si te dejas matar,
¿qué opinión han de dejar
de tu perdido valor?
LEONIDA. El cielo vuelve por quien
mata el mundo sin razón.
FABIA. En las cosas de opinión
muchas desdichas se ven.
Si entra aqueste capitán
con una llave a tu cama
de noche, tu vida y fama
en igual peligro están.
Quizá dará satisfación (1)
de tu inocencia, y lo fundo
en que siempre piensa el mundo
en las cosas de opinión
más lo malo que lo bueno.
Por eso apruebo el librarte,
y lo que es dejar matarte
de todo punto condeno.
Huye el peligro, y después
verá el Rey el desengaño.
LEONIDA. ¿Y si doy fuerzas al daño?
FABIA. ¿Cómo fuerzas?
LEONIDA. ¿Pues, no ves
que la duda que el Rey tiene
huyéndome se confirma?
FABIA. Es duda lo que se afirma,
pues a ejecutarse viene.
Créeme, que una vez muerta
con Fineo, aunque te llame
santa el mundo, al vulgo infame
dejas abierta la puerta
para que con lengua vil
se afirme en tu deshonor.
LEONIDA. ¡Que haya en el Rey tal rigor!
FABIA. Una sospecha sutil
entra por la más cerrada
puerta del alma con celos.
LEONIDA. ¿Esto permiten los cielos?
FABIA. Huye la traidora espada
de Rosardo, que tu cuello
ya también te amenaza.
LEONIDA. ¿Con qué fuerzas, con qué traza?
FABIA. La ocasión muestra el cabello,
que si le dejas agora
te has de arrepentir.
LEONIDA. ¿Qué haré?
FABIA. Huírte.
LEONIDA. ¿Cómo podré?
FABIA. Tú muchas veces, señora,
la caza has ejercitado:
sal por el jardín segura,
cuando ya la noche oscura
tiende su manto estrellado,
en hábito varonil,

(1) Verso largo.

pues lo solías llevar
y en un caballo igualar
el curso al viento sutil.
Corred, en fin, hasta el puerto,
donde podrás embarcarte
a Escocia, y dándole parte
al Rey deste desconcierto
volver a cobrar tu honor.

LEONIDA. Tú me dices lo que importa;
el tiempo y la dicha es corta,
no hay sino es mostrar valor.
En forma de hombre saldré.
Mas, ¿de quién podré fiarme?

FABIA. Bien dices; sin declararme,
un criado te daré
que por hombre te acompañe,
a quien después le dirás
quién eres.

LEONIDA. ¿Dónde hallarás
quien aproveche y no dañe?

FABIA. Yo sé que jamás te vió
este escudero que digo.

LEONIDA. Pues vente, Fabia, conmigo,
porque, en fin, viviendo yo
me queda más esperanza
de cobrar mi honor.

FABIA. Sí harás,
y espero en Dios que podrás
tomar del traidor venganza.

(Vanse, y sale el Rey, TIBERIO *y gente de la caza con su grita y silbos.)*

TIBERIO.

Seguirle, señor, puedes,
que se lanzó por estas verdes jaras.

ALBANO.

Tú parte y no te quedes,
que yo al ruido destas fuentes claras
quiero sentarme a solas.—
¡Ardas, mar, con mis inquietas olas!

TIBERIO.

Advierte que anochece
y no queda lugar.

ALBANO.

Tiberio amigo,
poco gusto me ofrece
la caza, el monte, el animal que sigo.
¿No adviertes mi tristeza?

TIBERIO.

Ya, señor, la he notado en Vuestra Alteza.
Pero como no hay leyes
de preguntar los súbditos vasallos
sus cosas a los reyes,
no me atreviera a hablarte.

ALBANO.

Esos caballos
arrienda en esos robles.—
¡Qué congoja que dan los tratos dobles!
Deseo ya la muerte
de Leonida, mi esposa, y temeroso
de aquella misma suerte,
estoy de que no muera deseoso.
A lo menos quisiera
que sin matarla yo morir pudiera.

TIBERIO.

Extraños pensamientos
al Rey combaten, pues hablando solo
muestra en sus movimientos
su gran tristeza.

ALBANO.

Esconde el rostro, Apolo;
date prisa a bañarte
en el mar donde vas a sepultarte.
Callada noche fría,
ponte delante con tu niebla oscura
del resplandor del día,
no vea vuestra luz serena y pura,
¡oh, cielos, la violencia
con que muere a mis manos la inocencia!
Sombras de aquestos montes,
caed de sus extremos a sus faldas;
cubrid los horizontes,
y el manto de las frígidas espaldas
no le pintes de estrellas,
noche vestida de sus luces bellas.
Que no es razón que vean
esta traición a que el amor me obliga,
porque después no sean
testigos contra mí.

TIBERIO.

No sé qué diga,
señor, de tu tristeza.
Ya esconde el sol su aurífera cabeza.
¿Quieres que nos volvamos
a aquella casería en que la gente
de servicio dejamos?

ALBANO.

Puro cristal desta serena fuente,
no me sirva de espejo,

pues infamada tu hermosura dejo.
No retrates la cara
de un traidor homicida. Noche, tente;
tu carro helado para,
apica tus caballos blandamente,
porque de mi Leonida
dilates, noche, la inocente vida.
Mas, ¿cómo aquesto digo?
¿Estoy en mí? ¿Posible es que la empresa
del alto bien que sigo
por la piedad cobardemente cesa?
¿Qué puede haber que rinda
a quien adora la divina Arminda?
¡Oh, Arminda, si imagino
en tu rara belleza tu hermosura,
a mayor desatino
obliga mi deseo!—Fuente pura,
en esa blanca plata,
ya no traidor, amante me retrata.
Animo, pensamiento,
no estorbe la piedad tan justa empresa;
con el merecimiento
de Arminda, todo para, todo cesa.—
Ven, Tiberio, conmigo.

TIBERIO.

¿Adónde vas?

ALBANO.

Mi pensamiento sigo.

(*Vanse, y sale* FINEO *y* ROSARDO.)

FINEO. ¿Dónde, Rosardo, me llevas
por el palacio del Rey?
Mira que no es justa ley
que a tales cosas te atrevas.
ROSARDO. Aquí espera y no te muevas.
FINEO. ¿Quién esta llave te dió?
ROSARDO. La Reina, que me mandó
que mientras el Rey cazase
este lugar ocupase
que para mí amor dejó.
FINEO. ¿Leonida?
ROSARDO. Leonida, pues.
FINEO. ¿Que ha podido ser vencida
la gran virtud de Leonida?
ROSARDO. Amor la puso a sus pies.
FINEO. ¿Que te quiere?
ROSARDO. ¿No lo ves?
FINEO. ¿Que te dió llave?
ROSARDO. En su pecho.
FINEO. Tiemblo, Rosardo.
ROSARDO. Ya es hecho.
FINEO. ¿Que la venciste?
ROSARDO. Es mujer.
FINEO. Yo me tengo de volver.
ROSARDO. Ya es tarde, y no es de provecho.
FINEO. ¿Cómo?
ROSARDO. Téngote cerrado.
FINEO. ¡Abrirás, o vive Dios
que nos matemos los dos,
que soy caballero honrado
y me has traído engañado,
que yo soy al Rey leal,
y no es bien que infamia tal
ayude ni dé favor.
ROSARDO. En los delitos de amor
es la fuerza natural.
Culpa a la naturaleza,
Fineo, que nos forzó.
FINEO. No hizo, pues Dios nos dió
razón contra su flaqueza.
Mira la antigua nobleza
que de tus padres y abuelos
has heredado.
ROSARDO. ¿Son celos?
No en balde me han dicho a mí
que amas la Reina.
FINEO. ¿Yo?
ROSARDO. Sí.
FINEO. ¡Mejor me guarden los cielos!
Para el respeto debido
a su virtud y valor
tendré yo a la Reina amor,
como siempre lo he tenido.
ROSARDO. ¿Amor dices?
FINEO. ¿Pues no ha sido
justo siendo con lealtad?
ROSARDO. ¿Pues con esta libertad
dices que la quieres bien?
FINEO. ¿No tengo de amar a quien
me manda el cielo?
ROSARDO. Es verdad;
pero es en agravio mío.
FINEO. Pareces al lobo frío
cuando dijo que el cordero
le enturbió el agua del río.
No mira tu desvarío
y enfádate mi razón.
ROSARDO. ¿A mi amistad tal traición? (1)
¡Vive el cielo que es mal hecho!

---

(1) Aquí hay un pareado (que puede ser principio de úna quintilla) entre otras dos.

FINEO. ¿Qué dices?
ROSARDO. ¡No es de provecho

(*Dale de puñaladas, y cae* FINEO.)

satisfacerme, traidor!
Tú confesaste tu amor,
yo he de pasarte el pecho.
FINEO. ¡Jesús!
ROSARDO. Lo más acabé,
que fué matar al amigo:
el intento del Rey sigo
y a la Reina mataré.
Pienso que durmiendo esté;
pues despierte en la otra vida.

(*Entrase* ROSARDO, *y dice* FINEO *revolviendo, con ansias de muerte.*)

FINEO. ¡Oh, fiera mano homicida,
con cuál ocasión me has muerto!
Sin duda que fué concierto
para infamar a Leonida.
Esto pretende el traidor.
¿Si daré voces? ¿Qué haré? (1)
¡Mas qué importa que las dé,
si ha de venir a acabarme!
Probar quiero a descolgarme
deste balcón a este huerto,
que cuando en él caiga muerto
habrá sabido enterrarme.

(*Torna* ROSARDO *con el papel en la punta de un puñal.*)

ROSARDO.

¡Oh caso prodigioso! ¡Oh fuerza extraña
de mi desdicha! ¡Vive el alto cielo
que se ha entendido por mi propia culpa
del Rey el homicida pensamiento
y de mi ejecución su atrevimiento!
Llegué a la cama, y con la luz que ardía
pendiente en medio de la cuadra, al tiempo
que con la daga ejecutaba el golpe,
veo compuesta la bordada cama,
y en medio de las ricas almohadas
esta daga desnuda punta arriba
y este papel en ella atravesado;
miro el papel y hallo que es el mismo
que el Rey me dió, y que yo, sin duda alguna,
le di a la Reina envuelto en aquel lienzo.
Ella se huyó con el temor; yo he muerto
a Fineo. ¿Qué haré? Buscarla quiero,
que de algún caballero acompañada
del puerto irá camino, y a Fineo
pondré en la cama, como el Rey lo manda.
¿Aquí no le dejé? ¿Qué es esto, cielo,
pues medio muerto estaba? Si la herida
le dió lugar a huír, ¿por dónde pudo,
que las puertas están cerradas todas?
¿Qué dirá el Rey? ¿Qué encanto es éste, cielo?
Mas si se echó deste balcón mal hice
en no acabar del todo aquella vida,
odiosa al Rey y amada de Leonida.

(*Vase y sale la Reina en hábito de hombre.* LUCINDO.)

LEONIDA. Déjalos pacer un rato;
cuelguen del arzón los frenos.
LUCINDO. No dudes que será bien
para que tomen aliento.
LEONIDA. Mucho habemos caminado.
LUCINDO. No hay espuela como el miedo,
no hay viento como el peligro,
no hay alas como el recelo.
LEONIDA. ¿Imaginas tú quién soy?
LUCINDO. Díjome que un caballero,
Fabia, a cuyo padre noble
los que yo tuve sirvieron.
Puede haber como tres días
que del lugar donde pienso
esconderte por su orden
vine a la Corte; mas creo
que debes de ser persona
con quien trata casamiento,
y por alguna desgracia
sales de la Corte huyendo.
LEONIDA. De lo mismo que éste dice,
cielo, aprovecharme quiero.—
A ti, pues eres hidalgo,
y en fin en tu amparo vengo,
y Fabia su honor te fía,
quiero decirte el suceso:
Yo soy lo mejor de Ibernia;
hice, Lucindo, un torneo
a honor de Fabia, con quien
estoy casado en secreto.
Un príncipe generoso,
un competidor que tengo,
un pretendiente de Fabia,
sin saber que la poseo,
sobre una toca de plata
que me dió, dándole el precio
que había ganado él mismo
dando envidia a sus deseos,
por mejor lanza y espada,

(1) Antes de este verso debe haber otros dos que completen la quintilla.

galas, brío, gracia y cuerpo,
me desafió esta noche.
Salí al campo en el overo
que adonde ves me ha traído
y halléle solo en el puesto.
Remitimos a las armas
las palabras y el suceso;
tiróme un tajo, y del tajo,
al diestro revés volviendo,
hirió su mismo caballo,
que era un bayo, cabos negros.
El, con la sangre y el golpe,
con tanto desasosiego,
se alteró y se desvió,
ya saltando y ya corriendo,
que sintiéndome seguirle
y a los ojos el acero,
como un ave se arrojó
de los borrenes al suelo.
Al arrojarse quería
sacar la espada tan presto,
que sin poder remediarse
se la metió por el pecho.
El cómo fué no lo sé;
sé que el caballo revuelvo
y vengo a dar cuenta a Fabia,
que con lágrimas y ruegos
me ha obligado a que me esconda,
temerosa que por esto
no haga el Rey, indignado,
lo que huyendo excusar puedo.
Esta es la historia.

LUCINDO. Es extraña;
pero no tengas recelo
de que serás conocido
al lugar donde te llevo,
que es riberas del mar,
alto monte y bajo puerto.
Sus caballos van por agua,
sus espuelas son los remos;
mas porque ya de sus ondas
le ha coronado Febo
de perlas y de corales,
y tengo por buen consejo
que no camines de día,
ir a esta cabaña quiero,
que parece de pastores,
y ver si en ella podemos
aguardar hasta la noche.

LEONIDA. Pues parte, que aquí te espero.

LUCINDO. Adiós.

LEONIDA. El vaya contigo.

LUCINDO. Descansa en tanto que vuelvo.

(*Vayase* LUCINDO.)

LEONIDA.

Huyendo voy de todo el bien que tengo,
no tengo ya más bien que el de que huyo;
huyo porque me tiene por mal suyo,
y como mal del bien huyendo vengo.
No es gusto de la vida que entretengo
sino saber, mi bien, que es gusto tuyo,
pues viendo que el honor te restituyo
en medio del camino me detengo.
Ven a matarme si a tu honor provoca
de algún traidor el loco desvarío,
celos o amor de alguna mujer loca.
No huyo por vivir, pues desconfío
de la vida sin ti, mas porque toca
a tu precioso honor guardar el mío.

(*Entra* ROSARDO.)

ROSARDO. El relincho de un caballo
me ha guiado adonde estoy;
fuera de camino voy,
uno he buscado y dos hallo.
Sin duda el uno dellos
es del Rey, y aun el mejor;
pero ya siento el rumor:
¿Si viene el dueño por ellos?

LEONIDA. Gente es aquesta, ¡ay de mí!

(*Rebózase* LEONIDA *con una banda.*)

ROSARDO. ¡Ah, caballero! ¿Quién va?

LEONIDA. ¿Quién lo pregunta?

ROSARDO. Aquí está
quien lo pregunta.

LEONIDA. Y yo aquí.

ROSARDO. En busca vengo de un hombre:
quitad el rebozo luego.

LEONIDA. Que paséis delante os ruego.

ROSARDO. Si me decís vuestro nombre.

LEONIDA. Albano me llamo.

ROSARDO. ¿Albano?
Suplícoos que me mostréis
el rostro.

LEONIDA. Que vos paséis
vuestro camino es más llano,
sin tanta curiosidad.

ROSARDO. Yo os he de ver, caballero.

LEONIDA. Ya os he dicho que no quiero.
Id en buen hora y callad,
que viene gente conmigo

que si os siente os matará.

ROSARDO. Veros tengo.

LEONIDA. ¡Quita allá,
bárbaro!

ROSARDO. Si sois quien sigo
tengo de ver, y advertid
que soy Rosardo, de quien
tiembla este Reino.

LEONIDA. Está bien.
Vuestro camino seguid,
que no soy quien vos pensáis.

ROSARDO. Con la espada lo veré.

(Aquí echan mano a las espadas.)

LEONIDA. ¡Hola, gente!

ROSARDO. No podré
dejar de veros, no huyáis.

LEONIDA. ¡Muerta soy!

ROSARDO. Cayó en el suelo;
quiero quitalle el rebozo.

LEONIDA. ¡Ah, traidor!

ROSARDO. ¡Oh, eterno gozo!

LEONIDA. ¡Castigue tu infamia el cielo!

ROSARDO. La Reina herí, y aun lo está
de muerte.

LEONIDA. ¡Ay triste de mí!

(Dicen dentro FLORO *y* SILVANO, *pastores, y* LUCINDO.*)*

FLORO. ¿Por adónde?

LUCINDO. Por aquí.—
Silvano, echa por acá.

ROSARDO. Gente viene, y es su gente.
Ellos son, meterme quiero
por estos robles; primero
veré si respira o siente.—
¿Vives, Leonida?—No tiene
habla ni respiración.
Quiero con esta ocasión,
si Albano del monte viene,
decir que ya la maté
con Fineo, y que es mejor
guardar secreto a su honor.

(Váyase y entren LUCINDO, FLORO, SILVANO *y* ELISO.*)*

LUCINDO. Pienso que a buscarme fué.

SILVANO. No parece en todo el prado
la persona que decís.

ELISO. Aquí desta fuente sola
siento el cristal discurrir.

LUCINDO. ¡Cielos, aquí le dejé!
Arboles, restituíd
la prenda que os di a guardar.
Mas gran culpa cometí,
que sois robles y villanos:
¿quién duda que haréis, en fin,
como quien sois?

SILVANO. Subir quiero
el monte arriba.

LEONIDA. ¡Ay de mí!

FLORO. Quedo, aquí suena una voz.

SILVANO. Verdad es, que yo la oí.

LEONIDA. En fin, por tu gusto muero.
Nunca, mi bien, te ofendí,
si no es ofensa, señor,
venir huyendo de ti.

LUCINDO. Pastores, el caballero
es éste.

FLORO. ¿Está herido?

LEONIDA. Sí.

LUCINDO. ¡Florante amigo!

LEONIDA. ¿Es Lucindo?

LUCINDO. Yo soy; ¿qué es esto?

LEONIDA. A morir
me trujo a un monte la suerte.

LUCINDO. ¡Ay, triste, la culpa fuí!

LEONIDA. Luego que aquí me dejaste,
vino un caballero aquí
hermano del que ya sabes,
y obligándome a reñir
con palabras injuriosas,
saqué la espada y perdí
la vida.

LUCINDO. ¿Por dónde fué?

LEONIDA. Ya no le podréis seguir.

LUCINDO. Llevad este caballero,
pastores, y presumid
que es de lo mejor de Ibernia.

FLORO. Vos erráis si le seguís,
porque el monte es muy espeso,
y vos solo.

LEONIDA. Si por mí
has de hacer alguna cosa,
sólo es curarme.

LUCINDO. ¡Que oís,
cielos, aquesta crueldad,
y no baja a confundir
este injusto un rayo vuestro!

ELISO. Vos habláis como sentís;
pero curadle la herida
si le amáis, que con vivir
podéis vengaros.

LEONIDA. ¡Ay, cielos!

ELISO. Venid, señor, por aquí.

SILVANO. ¡Por qué pequeña distancia

entra la muerte sutil!

FLORO. ¿Qué vida tiene defensa
si Dios la manda venir?

(*Váyanse todos.*)

JORNADA TERCERA

(*Sale* OCTAVIO *y* ARMINDA.)

OCTAVIO. No se entiende, Arminda mía,
con un recién desposado,
eso que llamas enfado.

ARMINDA. Amor teme.

OCTAVIO. Amor confía.
Este que yo puse en ti
de la patria me olvida,
que el bien es la más querida (1),
y éreslo tú para mí.
No tengas miedo que vuelva,
ni como temes te deje,
que no hay amor que aconseje
que a enojarte me resuelva.
Ya tengo mi patria en ti
después de mi casamiento,
porque dice el pensamiento
que nací donde te vi.
En estas islas te vieron
mis ojos, aquí he nacido,
que desde ser tuyo he sido,
tal ser tus manos me dieron.
Deja de mostrar tristeza
con celos de mi partida,
que tú, mi bien, me das vida,
la patria naturaleza.
No tengo qué desear,
contento vivo por ti.

ARMINDA. De mi desdicha temí
que te habías de ausentar.
Pero si soy tan dichosa
que aquí te quedes, mi bien,
déme este mar parabién
de que soy tu amada esposa.
Que como dél soy señora,
ya estaba temiendo el día
en que pasarte tenía
donde refieres agora.
Siéntate en su orilla fresca
o entra si quieres en él
en ese hermoso bajel
para que goces su pesca.
Si no quieres alejarte
aquí hay barco, en que a su orilla
verás cubierta la quilla
de peces para alegrarte.
Si más te alegra la tierra,
por todo aqueste horizonte
se cubre de caza el monte,
cosa imagen de la guerra.
Aquí el oso, aquí el venado,
aquí el jabalí furioso,
el conejo temeroso
que mide a saltos el prado
te convidan y te llaman.
O por las verdes riberas
de aquel río las ligeras
aves, que los bosques aman.
Tira al águila en las peñas,
en el monte a la perdiz,
reclama la codorniz
con falsos silbos y señas.
Y si quieres que alcancemos
de los olmos ruiseñores,
o que dos nidos de azores
de aquella peña bajemos,
te podrás entretener
después, mi vida, en criallos,
porque también de enseñallos
puedes recibir placer.
Esto, mi bien, por el día,
que las noches no podrás
entretenerte si estás
cansado en mi compañía;
pero como no lo estés
y estés contento casado,
patria y mujer has hallado.

OCTAVIO. Beso mil veces tus pies.
No quiero entretenimiento
sin ti, que fuera agraviarte,
porque no puede haber parte
mayor que mi pensamiento,
y ése todo vive en ti,
sin discurrir a lugar
que sin ti le pueda hallar.

ARMINDA. Ya viene Reinaldo aquí.

(*Sale* REINALDO.)

OCTAVIO. Tú seas tan bien venido
como has sido deseado.
¿Qué hay de Ibernia? ¿Qué hay del [Rey?
¿Qué hay de Leonida y mi hermano?

(1) Así en el original: pasaje incorrecto.

REINALDO. Primero quiero, señor,
que me digas si casado
estás con la Infanta.
OCTAVIO. Estoy
en posesión de sus brazos.
REINALDO. Quiero darte el parabién
antes que decirte el caso,
que es para bien tuyo y nuestro:
tuyo, porque el bien es tanto,
y nuestro, porque serás
de nuestras islas amparo.—
¡Ay de mí, no sin razón
temí en ausencia este daño!
¡Casóse Arminda! ¿Qué haré?
OCTAVIO. ¿No prosigues?
REINALDO. Si dilato
la nueva no fué sin causa,
porque tras haberte dado
el parabién, viene mal
referirte tristes casos.
OCTAVIO. Ya con decir que son tristes
me lo refieres tan claro,
que callando hablaste más
que pude entenderte hablando.
REINALDO. Llegó el Rey tu hermano a Ibernia,
entró por su casa Albano,
Leonida le recibió
en su pecho alegre y casto.
Pero llevando en el suyo
el rigor determinado
de dar muerte a su inocencia,
mostró señales de agravio.
Y en fin, partiéndose a un monte,
dejó a un capitán mandado,
no sé si diga su nombre,
que fuera mejor callarlo,
como el de Erostrato fiero,
que abrasó el templo sagrado
de Diana; mas si al fin
la fama ha de publicarlo,
bien pienso que le conoces,
porque se llama Rosardo.
Este, entrando en su aposento
por orden del Rey tirano
y dando muerte sin culpa
a un caballero gallardo,
que se llamaba Fineo,
por dar fuerzas al engaño,
no halló la Reina; mas luego
la fué siguiendo, y hallando
nuevas dicen que la dió
la muerte en medio de un campo.
Vino de la caza el Rey,
y aunque los cuerpos no hallaron
publicó la muerte al pueblo,
sin luto y con rostro airado.
Escribió a todos sus grandes
y a sus ciudades el caso;
mas ni las ciudades, ni ellos,
ni el hidalgo, ni el villano,
dieron crédito al suceso,
antes, con funesto llanto,
las obsequias de Leonida
en secreto celebraron.
Desde allí a muy pocos días
propuso el reino a tu hermano
que estaba sin heredero,
y ellos mismos le rogaron
que se casase muy presto,
y él, muy necio y confiado,
les dijo que ya lo estaba,
con Arminda, declarando
con grandes fiestas a Arminda
por reina, y de su retrato
debe de haber en Ibernia
a estas horas mil traslados.
Bien es verdad que mormuran
algunos, pero pensando
el peligro dicen bien,
bien de un mal tan declarado.
¡Oh qué vi de lisonjeros
aquello mismo aprobando
que en secreto maldiciendo
en los patios de palacio.
Al fin Leonida murió,
sin honra y sin culpa, Octavio,
que tanto puede un deseo
en un pensamiento ingrato.
Con esto y algunos días
vino hermoso el tiempo, cuando
corre la dorada aurora,
con manos de marfil blanco,
las orientales cortinas
por donde asoma sus rayos
el sol, que durmió la noche
en la cama del ocaso.
Se vió la mar coronada
de naves, urcas y barcos,
todos cubiertos de velas
y tendales de damasco.
de las entenas pendientes
tantos estandartes varios,
que de lejos parecían
un ejército formado.

Las cajas y las trompetas
daban ecos al mar cano,
que de bullir con la espuma
encanean los peñascos.
Aquí el Rey entró contento,
de galas y armas gallardo,
para casarse, galán;
para guardarse, soldado.
El viene con este intento,
y llegando al desengaño
si Arminda las manos niega,
habrá menester las manos.
Mirad lo que habéis de hacer,
pues decís que estáis casado,
que un poderoso ofendido
querrá castigar su agravio.

ARMINDA. ¿Que a casarse viene el Rey?

OCTAVIO. ¿Que mató mi fiero hermano
a la inocente Leonida?

REINALDO. Ya es tarde para pensallo;
tomar las armas importa
para defenderle el paso,
que antes que se acueste el sol
querrá tomar puerto, Octavio.

OCTAVIO. No te entristezcas, esposa,
fía de mis fuertes brazos,
pues que fiaste la vida,
la tierra que está a mi cargo.

ARMINDA. Contigo no tengo miedo
si fuera Albano Alejandro.

OCTAVIO. ¡Armas, caballeros nobles!
¡Al arma, isleños hidalgos!

REINALDO. Yo pienso, enemigo fiero,
ponerte presto en sus manos,
pues que no pude matarte
cuando estaba concertado;
que no has de gozar de Arminda,
por cuyos celos me abraso.

ARMINDA. Trompetas suenan; ya llega.—
¡Al arma, al arma, vasallos,
no tome puerto en la isla
el león sangriento Albano!

(*Vanse, y entran* ROSARDO *y* TIBERIO.)

TIBERIO. Sosiega un poco.

ROSARDO. No puedo,
porque me aprietan de suerte
tristezas, que de mi muerte
viene a ser la sombra el miedo.

TIBERIO. ¿No quedaste a gobernar
a Ibernia, su Rey ausente?
¿Qué te entristece?

ROSARDO. La gente,
el ver, Tiberio, el hablar.
Como he visto que va el Rey
a casarse tan contento
y que aqueste casamiento
es injustísima ley
en un hombre de valor,
pues apenas seca está
la sangre a quien tuvo ya
obligación, si no amor,
he dado en pensar que fué
muerta la Reina sin culpa,
con mentirosa disculpa
de que fué ingrata a su fe.
Y con este pensamiento,
por haber ejecutado
su muerte, a tiempo he llegado
que nadie me da contento.
¡Ay, Tiberio, qué de cosas
resultan de un loco amor!

TIBERIO. No carecen de temor
historias tan sospechosas.
Y si te digo verdad,
la santidad de la Reina
de todo este reino, reina
en la común voluntad.
No hay hombre de condición
tan vil que no haya sentido
su muerte injusta, y tenido
a su virtud compasión.
Porque en los reinos extraños,
que no saben su valor,
los engaños de su honor
no los tendrán por engaños.
Esta tristeza, Rosardo,
el temor hizo encubrilla,
que aun para sólo decilla
Dios sabe que me acobardo.
Pero como tú la tienes
atrevimiento me dió
para hablar, que bien sé yo
que sin tener culpa vienes
a ser malquisto de todos,
pues que deste Rey mandado,
como mandado forzado,
y seguro de mil modos,
diste la muerte a Leonida.

ROSARDO. Para saber que fué injusta
su muerte y disculpa justa
de aquella inocente vida,
¿qué más testigos que ver
los miedos desde aquel día

que aflojan el alma mía?
Pues cuando llego a comer
parece que su cabeza
sangrienta en el plato está,
de que temblando me da
esta congoja y tristeza.
Si duermo, sueño que estoy
matándola, y si despierto,
como veo que la he muerto,
llanto en disculpa le doy.
¿Qué haré?

(Entra FENISO, *caballero.)*

FENISO. ¿Qué hacéis desta suerte,
con tanto descuido aquí?
ROSARDO. No hay voz, Tiberio, que a mí
no me parezca la muerte.—
¿Qué hay, Feniso?
FENISO. Que ha llegado
del Rey de Escocia la armada
al puerto, y de armada amada
pienso que el nombre ha trocado,
porque de todos ha sido
recibida de manera
como si el Rey mismo fuera
que en otra a casarse ha ido.
Y desto dan por razón
que fué muerta injustamente
la Reina, y que el Rey, ausente,
mandó matarla a traición.
En fin, tantos se han juntado,
Rosardo, al Rey escocés,
que mayor número es
que el que se ha desembarcado.
El marchó, y da por tu vida
cien mil escudos, pregón,
aunque injusto, con razón,
por ser padre de Leonida.
Si aguardas, ¡triste de ti!
ROSARDO. ¿Ves, Tiberio, claramente
que era Leonida inocente
y que viene contra mí?
¿Ves como el Rey me engañó?
¿Ves como es mi tristeza
justa, y que el castigo empieza?
¡Que por él padezca yo!
¿Qué me aconsejas?
TIBERIO. Que huyas
en hábito disfrazado;
defenderte es excusado,
pocas son las fuerzas tuyas.
Y en fin, te falta razón,
que es el mejor capitán.
FENISO. El consejo que te dan
es tu vida y opinión.
Déjale el reino al de Escocia;
venga el Rey, y de su culpa
proponga al reino disculpa.
ROSARDO. Si en tanto que el Rey negocia
su casamiento pudiera
defenderle esta ciudad,
siquiera de mi lealtad
el digno ejemplo se viera.
Pero no pudiendo ser,
vuestro consejo me anima.
TIBERIO. La vida, Rosardo, estima;
deja que venza el poder.
ROSARDO. Venid conmigo.
FENISO. Contigo,
Rosardo, iremos los dos.
ROSARDO. La inocente sangre a Dios
está pidiendo castigo.

(Vanse, y tocan dentro arma, y salgan ARMINDA *en corto, con bastón, y* OCTAVIO, *y soldados huyendo.)*

ARMINDA. ¡Tomó puerto a mi pesar!
OCTAVIO. No lo pude resistir.
ARMINDA. ¿Qué habemos de hacer?
OCTAVIO. Morir
en la ribera del mar.
ARMINDA. ¿Para morir qué importaba
huír y dejarle el puerto?
OCTAVIO. Porque un hombre en siendo muerto
con su obligación acaba.
ARMINDA. La gente es poca, esto fué.
OCTAVIO. Gran gente ha desembarcado,
el lugar está cercado,
el lugar defenderé.
Que quien por ti dió la muerte
a su mujer tan tirano,
mejor la dará a su hermano,
por gozarte desta suerte.
El viene marchando ya.—
¡Alto a la ciudad, soldados!
ARMINDA. El muro es fuerte.
OCTAVIO. ¡Qué airados
vienen!
ARMINDA. Cierra.
OCTAVIO. Ya lo está.

(Vanse, y sale el rey ALBANO *y gente suya, desnudas las espadas.)*

ALBANO. Animo, soldados míos.
¡Mueran, mueran los cobardes,

que de infame capitán
también es la gente infame!
No quede un tosco piloto,
no quede un paje en las naves,
todos me seguid, que a todos
quiero dar premios iguales.
¿Hay semejante traición?
¿Hay desdicha semejante?
¿Arminda casada, cielos?
¡Era mujer, fué mudable!
Pero yo, ¿de quién me quejo,
si he dado la muerte a un ángel?
Mejor mi traición ha sido,
hoy quiere Dios castigarme.
¿Quién duda que clama al cielo
aquella inocente sangre,
derramada injustamente
por mis manos desleales?
Presente a los ojos tengo
aquella sangrienta imagen;
aquellos honestos ojos,
dulces, castos, agradables.
¡Oh qué mal hice! ¡Oh qué feo
retrato a mis culpas hace
el vano arrepentimiento,
que llega a los daños tarde!
¡Oh, fiero hermano cruel!
¿Cómo pudiste casarte,
sabiendo lo que me cuesta
esta mujer arrogante?
Y tú, fiera, ¿cómo fuiste
en mis conciertos tan grave
y tan fácil en los suyos?
¡Ah, cielos! ¿Que te casaste?
¿Que te casaste, enemiga,
más que la mar libre y fácil?
¿Arminda casada, cielos?
¡Era mujer, fué mudable!
¡Quién supiera esta desdicha
cruel para reportarse
en tan extraño delito,
en desatino tan grande!
¡Con qué gusto me embarqué!
¡Qué tranquilo y qué tratable
estuvo el mar, y los vientos
qué blandos y qué suaves.
Parece que la Fortuna
para gobernar la nave
en la bitácora puesta
llevó la aguja delante.
El favor y el buen suceso,
asentados por los cables,
parece que a la faena
holgaban de levantarse.
Salva la hicieron los peces,
y de perlas y corales
las ninfas del mar vestidas
salieron a visitarme.
Dábanme mil parabienes
mar, peñascos, peces, aires;
hasta el cielo se alegró
con templanza favorable.
Sola tú, triste enemiga,
quieres que en la tierra pase
la tormenta que en la mar
permite amor que me falte.
Cruel Octavio, ¿qué es esto?
¿Tú hermano, y tú me engañaste?
¿Arminda casada, cielos?
¡Era mujer, fué mudable!

(*Aparecen en el muro* ARMINDA, OCTAVIO *y gente.*)

CAPITÁN. Señor, al muro se han puesto.
¿No conoces a los dos?
Llega, acércate presto.

ALBANO. ¡Dices la verdad, por Dios!
¡Ah, fiero hermano!, ¿qué es esto?
¡Ah, fiera Arminda cruel!
¿Tú con Octavio?

ARMINDA. ¿Qué quieres?
Caséme y estoy con él.

ALBANO. ¡Eso tenéis las mujeres!
Mas quiero quejarme dél,
que pedirte a ti lealtad
es pedir al mar quietud,
a la venganza piedad,
a la hermosura virtud
y a la lisonja verdad.—
Di, fiero hermano, si aquí
para guarda te dejé
de Arminda en tanto que fuí
donde a Leonida maté
por ella, ingrato, y por ti,
¿qué te ha podido mover
para escurecer tu nombre,
que de ti debo tener
queja, que al fin eres hombre,
que Arminda al fin es mujer?
¿Cómo te casaste, ingrato?
¿Es de hermanos este trato?
¿Es de nobles? ¿Es de amigos?

OCTAVIO. No, Rey, sino de enemigos,
nombre con que yo te trato.
Que desde que injustamente

fuiste a dar muerte, inhumano,
a tu mujer inocente
juré de no ser tu hermano,
ni de serlo eternamente.
Fuera desto, presumí
que nunca lo ejecutaras,
que llegando allá creí
que el pensamiento mudaras
tan mal engendrado aquí.
Y dime cuál fué mayor
deste mío o de tu error,
si entrambos amor los hace:
¿el que dese injusto nace,
o el que de mi justo amor?
Tú has dado muerte a una santa,
casta y honesta mujer,
cosa que en decirla espanta;
y yo, libre, a pretender
para mi mujer la Infanta.
Tú sangriento, yo galán;
tú casado, libre yo,
responde, ¿a cuál culparán?
Ella lo cierto escogió;
todos contentos están.
Demás que no será cierto
que a tu mujer hayas muerto,
y es fácil de imaginar,
pues te ha dejado la mar
tomar en las playas puerto.
Que si allá muerto la hubieras
nunca a estas islas pasaras,
porque entre sus ondas fieras
eterno sepulcro hallaras
antes de ver sus riberas.
Pero ya que estás aquí,
que sea muerta o no lo sea,
¿qué es lo que esperas de mí?
Casado estoy, ¿qué desea
tu crueldad?

ALBANO. ¡Mostrarla en ti!

OCTAVIO. ¿En mí? ¿Cómo puede ser?

ALBANO. Quitándote esa mujer,
que pienso llevar conmigo.

OCTAVIO. Y yo a ti darte castigo
de tu loco proceder.

ALBANO. ¡Salid, infames!

OCTAVIO. ¡Valiente,
espera, que ya saldremos!

ARMINDA. ¡Y yo a matarte, insolente!

OCTAVIO. Ven, Arminda, y nuestra gente
para salir aprestemos.

(Quítanse del muro los dos.)

ALBANO.

¡Salid, villanos, y veréis el pago
que doy a vuestro loco atrevimiento!

(Sale REINALDO.*)*

REINALDO.

Disculpa tengo, pues por celos hago
esta traición.

CAPITÁN.

¿Quién va?

REINALDO.

Quien tiene intento
de dar al Rey de Ibernia su enemigo.

CAPITÁN.

¿Oyes este soldado?

ALBANO.

Estoy atento.

REINALDO.

Haré, como tú quieras, lo que digo.

ALBANO.

¿Pues qué puedo querer más justamente
que dar a este villano su castigo?

REINALDO.

Ven conmigo si quieres que lo intente,
que aquesta noche a la ciudad y Octavio
tendrás en tu poder.

ALBANO.

Al arma, gente,
que ya vuelven los cielos por mi agravio.

(Vanse y salen ELISO *y* SILVANO, *pastores;* LUCINDO *y la reina* LEONIDA *en su hábito de hombre, con espada.)*

ELISO. ¿Quién dejará de mostrar
sentimiento en tu partida?

LEONIDA. Quien ha estimado la vida
que el cielo me quiso dar;
quien me vió mortal, amigos,
y ya con salud me ve.

SILVANO. Plegue a Dios que firme esté,
y que a vuestros enemigos
les falte siempre, a lo menos
contra vos, y pues tenéis
vida, mirad que tratéis,
señor Florante, con buenos.
Huíd el rostro de amigos
falsos, para el bien inciertos,
que los amigos más ciertos

son fáciles enemigos.
No os fiéis de lisonjeros,
de ambiciosos y arrogantes,
que más valen ignorantes
humildes y verdaderos.
Hablad poco, y advirtiendo
delante de quién lo habláis;
haced y no respondáis,
que es levantarse perdiendo.
Delante de los criados
no hagáis cosa que os importe;
de favores de la corte
nunca vistáis los cuidados,
porque es vestirlos de viento;
las promesas señoriles
tened por plumas sutiles,
que esto no es atrevimiento.
No escribáis que no miréis
seis veces lo que firmáis,
y aunque al amigo escribáis,
del enemigo no habléis.
Vuestro secreto guardalle,
sin darle a nadie a entender,
especialmente a mujer,
porque es echarle en la calle.
Que con este atrevimiento,
aunque de errado villano,
en este mar cortesano
llevaréis en popa el viento.

LEONIDA. No fué, Silvano, mi herida
por mi culpa.

SILVANO. Así lo creo,
y os hablo con el deseo
que tengo de vuestra vida.
Recibid la voluntad,
y pues os vais a la guerra,
desta choza y desta sierra,
aunque humilde, os acordad;
y el cielo vaya con vos.

LEONIDA. Ese mismo os satisfaga.
Esta cadena, aunque es paga
humilde, tomad, y adiós.

ELISO. Señor Lucindo, mirad
por la vida de Florante.

LUCINDO. No hay cosa más importante
para mi amor y amistad.
El cielo os pague el cuidado
que os ha dado su salud.

ELISO. Habláis de vuestra virtud
y entendimiento enseñado.
Ea, buen viaje, y a Dios
que os libre de hombre fingido.

LEONIDA. No os quejaréis de mi olvido,
si vivo, Eliso, los dos.—

(Vanse los pastores.)

¡Qué buena gente!

LUCINDO. ¡Y qué tal!
Yo te juro que en ciudades
no viven estas verdades.

LEONIDA. Allá no hay cosa leal.

LUCINDO. ¿Qué es lo que piensas hacer?

LEONIDA. Haber, Lucindo, sabido
que el Rey de Escocia ha venido
y que tomó puerto ayer,
me obliga a seguir la guerra,
y en su ejército he pensado
ser de una ocasión soldado
que tanta piedad encierra:
porque todo el mundo dice
que era la Reina inocente.

LUCINDO. El se mueve justamente.

LEONIDA. Tanto siempre satisfice
mi vountad de la fama
y costumbres de Leonida,
que a vengar su honesta vida
justa inclinación me llama.

LUCINDO. ¿De quién se quiere vengar
su padre, el de Ibernia ausente?

LEONIDA. De aquel traidor insolente
que ha quedado a gobernar
su reino en ausencia suya,
que fué quien, ciego de amor,
dió causa al Rey su señor
de que esta sospecha arguya.

LUCINDO. ¿Y si el Rey viene casado
con Arminda, que es por quien
dicen que es ido?

LEONIDA. También
quedará del Rey vengado
cuando sin reino se vea.

LUCINDO. ¿Pues sus vasallos querrán?

LEONIDA. Tan lastimados están,
que cada cual lo desea.
Cajas suenan.

LUCINDO. Por aquí
debe de marchar Ricardo.

LEONIDA. ¡Oh, qué ejército gallardo!

LUCINDO. ¿Trae luto?

LEONIDA. Pienso que sí,
y de armas negras sobre el
armado cuerpo.

LUCINDO. Piedad
de padre.

LEONIDA. Dices verdad,
muestra el sentimiento en él.
No trae blanca otra cosa
que la barba y el cabello.
LUCINDA. A lágrimas mueve el vello
en venganza tan piadosa.
Negras trae las banderas,
aun no hay pluma de color.—
¿Lloras?
LEONIDA. Soy tierno en amor.—
¡Qué justa venganza esperas!

(Salen soldados marchando, vestidos de luto, y bandera negra, y RICARDO, *rey viejo de Escocia, y* FINEO, *el que hirió* ROSARDO.)

RICARDO.

Estimo haberte visto.

FINEO.

¡A Dios pluguiera
que como yo viví de aquella herida
tu santa hija, gran señor, viviera!

RICARDO.

¿Que fuiste el caballero cuya vida
pretendieron quitar injustamente
con la inocente y santa de Leonida?

FINEO.

Yo fuí aquel mismo que engañosamente
metió Rosardo en su aposento a darme
la muerte, sabe Dios cuán inocente.

RICARDO.

Darme satisfacción es enojarme.
Si es voz de Dios la que es de un reino todo,
no quiero del delito consolarme.
De su muerte quisiera de algún modo;
mas, ¿qué puede ser más que la venganza
a que por ley de padre me acomodo?

FINEO.

Tú puedes ir con justa confianza,
que la ciudad te aguarda sin defensa.

RICARDO.

Pierda el traidor Albano la esperanza
del reino que ha perdido por la ofensa
que ha hecho al cielo y a mi honor, si acaso
volver casado y restaurarle piensa.

FINEO.

Justicia tienes, y por ley divina
y humana puedes darle por castigo,
y no es poco piadoso, que no vuelva
eternamente a restaurar su reino.

RICARDO.

Mi capitán te nombro y restituyo
en mi lugar, y te prometo, amigo,
honrarte en el lugar que a mi heredero
y darte el precio que mereces.

FINEO.

Sólo
tengo por premio haber acompañado
con mi sangre, señor, a la inocente
Reina, aunque sabe Dios cuánta fatiga
pasé toda una noche desangrado
entre las flores del jardín oculto.
Al alba tuve esfuerzo, y poco a poco
me fuí del jardinero al aposento,
que aquella noche me llevó a mi casa,
donde pude curarme con secreto.

RICARDO.

El alma me enterneces escuchándote.—
¡Ay, mísera Leonida, solamente
quisiera hallar tu cuerpo.

FINEO.

No es posible,
por mucho que se ha hecho diligencia.

RICARDO.

Aquí te queda, en tanto que prevengo
una trompeta que diga de mi parte
a la ciudad que si por armas entro
daré licencia al saco a los soldados.

FINEO.

Yo sé muy bien que ya de paz te esperan.—
Ea, soldados, hagan alto en tanto
que escribe el Rey.

LUCINDO.

Agora es tiempo, llega.

LEONIDA.

Manda, señor, pues general te ha hecho
el Rey, que nos alisten por soldados.

FINEO.

¡Cielos, si de Leonida hubiera sido
el homicida, presumiera agora
que con su sombra y semejanza misma
me amenazaba!

LEONIDA.

¡Ay, cielos! ¿No es aquéste
Fineo, el que Rosardo muerto había?
¿Pero cómo es capitán del Rey mi padre?

Mas bien será disimular agora,
que adoro a Albano, aunque traidor conmigo,
y querría impedir tanto castigo.

FINEO.

¿Tú de dónde eres?

LUCINDO.

Yo, señor, de Ibernia.

FINEO.

¿Y ése tu amigo?

LEONIDA.

Espera, no respondas.—
¿De dónde puede ser, si soy su hermano?
El se llama Lucindo, y yo Florante;
venimos a servir al Rey de Escocia,
como otros muchos, de piedad movidos
de la Reina inocente, cuya sangre
pide venganza al cielo.

FINEO.

Si Leonida
no fuera muerta, como todos saben,
yo pensara, mancebo generoso...
No lo quiero decir; pero al honor suyo
y por veneración del rostro tuyo...

LEONIDA.

Prosigue. ¿Qué me miras?

FINEO.

Yo te nombro
mi alférez, y a tu hermano hago sargento.

LEONIDA.

Por mí y por él los pies te beso.

FINEO.

Vamos,
para que el Rey te vea, por consuelo
de su desdicha.

LEONIDA.

Albano ingrato, agora
conocerás en defender tu vida
quién es Leonida.

FINEO.

¡Cielos, si es Leonida!

(*Vanse.*)

(*Sale* ROSARDO *y un* PILOTO.)

ROSARDO. ¿Luego no podré embarcarme?
PILOTO. Bien embarcar os podéis;
mas si al Rey buscar queréis
y queréis crédito darme,
aguardad, Rosardo, aquí
a que salga de la mar,
que hoy piensa desembarcar.
ROSARDO. ¿Desembarcar?
PILOTO. Señor, sí.
ROSARDO. ¿Luego trae a su mujer
adonde es mejor que huya?
PILOTO. Arminda trae, y no suya.
ROSARDO. ¿No suya?
PILOTO. Ni puede ser.
ROSARDO. ¿Pues de qué modo?
PILOTO. Partió
el Rey a las islas.
ROSARDO. Bien.
PILOTO. Llegó aquélla en que también
su hermano Octavio dejó
para guardar a su esposa,
y halló que la había guardado
tan bien, que estaba casado
con ella.
ROSARDO. ¡Notable cosa!
PILOTO. Pensó el Rey morir de pena.
Tomó puerto a su pesar,
hizo la ciudad cercar,
y cuando el asalto ordena,
un caballero que amaba
a Arminda, a envidia movido
de verse puesto en olvido
y que Octavio la gozaba,
se los entregó a traición,
y él, embarcado con ellos,
hizo a su tierra traellos
en una nave en prisión.
Yo vine a dar el aviso
a las aguas deste puerto,
donde hay más daño encubierto,
donde la fortuna quiso
que sus vasallos traidores
al de Escocia se entregasen
y la obediencia negasen
a sus antiguos señores.
El de Escocia, por venganza
de su hija, sin razón
muerta, y dicen que a traición,
hoy tan segura la alcanza,
que si toma puerto Albano
será preso o será muerto.
ROSARDO. Pues ya Albano toma puerto,
y será el aviso en vano.—
¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer
entre tantas confusiones?

PILOTO. A gran peligro te pones.
ROSARDO. Yo no tengo que temer.
Adonde mi Rey muriere
quiero morir.
PILOTO. ¿No es mejor
que huyas?
ROSARDO. Lealtad y amor
me mandan, Fabio, que espere.

(Vanse, y desembarca el rey ALBANO *y* REINALDO *con soldados, y traen a* OCTAVIO *y* ARMINDA *presos.*

ALBANO.
Traed los presos.

REINALDO.
Aquí están los presos.

ALBANO.
¡Oh, Arminda hermosa, y cómo está en tu mano
el dar próspero fin a tus sucesos!

ARMINDA.
¿Yo puedo?

ALBANO.
Sí, con despreciar mi hermano.

ARMINDA.
¿De qué manera a mi marido puedo?

OCTAVIO.
Consejos locos de un poder tirano.

ALBANO.
¿Tirano soy si con poder no excedo
de la común piedad dándote muerte?

OCTAVIO.
Seguro del honor muriendo quedo.
Que muerto yo, si fuere tal mi suerte,
que Arminda casta a tu poder se rinda,
no puede ser mi deshonor tan fuerte.

ARMINDA.
Pues no lo temas, que antes que me rinda
padeceré mil muertes.

ALBANO.
No deseo
tu muerte yo, sino tu vida, Arminda.

(Sale ROSARDO.*)*

ROSARDO.
Dame tus pies.

ALBANO.
¿Quién es?

ROSARDO.
Rosardo.

ALBANO.
Creo
que mi amor a este tiempo te ha traído.—
¿Qué guarda es ésta que en el puerto veo?

ROSARDO.
Del Rey tu suegro.

ALBANO.
¿El Rey?

ROSARDO.
Sí, que ha venido
a vengar a Leonida.

ALBANO.
¿Y tomó puerto?

ROSARDO.
¿Y luego no lo has visto?

ALBANO.
Ni aun oído.

ROSARDO.
Tomó puerto tan libre y descubierto,
que hasta tu misma corte, a pie seguro,
llegó Ricardo, de vengarse cierto.

ALBANO.
¿Nadie le defendió puerta ni muro?

ROSARDO.
La virtud de Leonida lo ha causado,
delito contra el cielo atroz y duro.
Yo vengo a hablarte ansí desesperado,
pues fuí quien la dió muerte injustamente,
de tus falsos papeles engañado.

ALBANO.
¡Ah falsa, desleal, traidora gente!
¿Las armas contra mí, vasallos míos?
¿No soy yo vuestro Rey? Estuve ausente.—
¡Qué justo fin de tantos desvaríos!
En las islas a Arminda hallé casada
cuando apenas llegué con mis navíos,
y agora aquí mi tierra alborotada
contra mí por la muerte de Leonida.
¿Qué gente es ésta?

ROSARDO.
Gente rebelada.

(Ven a FINEO *y cuatro arcabuceros y gente.)*

FINEO.

Daos todos a prisión.

ALBANO.

Hombre, ¿qué dices?

FINEO.

Que el Rey nuestro señor de Escocia manda
que os deis rendidos a prisión, o luego
os quitemos las vidas.

ROSARDO.

¡Cielo santo!
¿No es aqueste Fineo?

ALBANO.

Di, Rosardo,
¿no me dijiste que en mi propia cámara
mataste este traidor que aquí me prende?

ROSARDO.

Señor, secretos son del justo cielo.

FINEO.

Soldados, caminemos a la Corte,
y al que resistiere dadle muerte.

OCTAVIO.

Fineo, ¿en qué soy yo culpado?

FINEO.

Octavio,
ésta es orden del Rey.

OCTAVIO.

Reserva a Arminda.

FINEO.

A los dos se tendrá justo respeto,
y al Rey también.

ALBANO.

¡Ay, cielos, que ya veo
que os da voces allá la casta vida
de Leonida!

FINEO.

Caminen.

ALBANO.

¡Ay, Leonida!

(Vanse, y sale el Rey de Escocia y LEONIDA.*)*

RICARDO. Recibo tanto consuelo
Sólo en ver su semejanza,
que en tempestad de venganza
eres el arco del cielo.
No te querría apartar
sólo un punto de mis ojos.

LEONIDA. Antes, señor, tus enojos
mi rostro puede aumentar;
que si parezco a Leonida
tanto como me encareces,
a mayor dolor te ofreces
de aquella inocente vida.

RICARDO. Es verdad que das aumento
al dolor, pero en razón
de consuelo y de afición
recibe alivio el tormento.
La que te tengo, Florante,
desde que tu rostro vi
me obliga a saber de ti
en qué te soy importante.
Elije del reino todo
el mejor oficio.

LEONIDA. Tengo,
aunque en este traje vengo,
diferente hábito y modo.
Porque has de saber, señor,
que soy letrado, y la guerra
luego que tomaste tierra,
me dió a las armas amor.
Ya que no hay que pelear
y en paz este reino tienes,
pues hacerme merced vienes,
mis letras puedes honrar.

RICARDO. Huélgome saber, Florante,
que tan estudiante seas;
mira qué oficio deseas
para tus letras bastante,
que a ninguno como a ti.

LEONIDA. En Ibernia la nobleza
tiene un juez; tu grandeza
mostrarás, señor, en mí
con darme ese oficio.

RICARDO. Digo
que de los nobles te hago
juez.

LEONIDA. Tus pies beso.

RICARDO. En pago
de tener lealtad conmigo,
pues tus hábitos dejaste
y me viniste a servir,
y ansí los puedes vestir,
pues la guerra en paz trocaste.

LEONIDA. Ya con tu licencia voy;
juez soy de la nobleza.

RICARDO. Aunque aumentas mi tristeza,
tu ausencia sintiendo estoy.

(*Vase* LEONIDA, *y entra* FINEO.)

FINEO.

Albricias puedes darme.

RICARDO.

¿Tomó puerto,
Fineo, aquel traidor?

FINEO.

Para su daño.

RICARDO.

¿Prendístele?

FINEO.

Y a Octavio, que venía
preso por él.

RICARDO.

¿Albano preso a Octavio?

FINEO.

Dejóle en guarda de su dama Arminda
en tanto que a Leonida muerte daba.
Volvió, y casados los halló.

RICARDO.

¿Qué dices?
¿Luego no viene el Rey casado?

FINEO.

Viene
desesperado el Rey.

RICARDO.

¡Notables nuevas!
No quiso el cielo que el traidor gozase
de Arminda.

FINEO.

Pues mejor es el suceso.

RICARDO.

¿Cómo?

FINEO.

Rosardo viene también preso.

RICARDO.

¿Rosardo?

FINEO.

El mismo que mató a la Reina
y a mí me hirió.

RICARDO.

Secretos son del cielo.

FINEO.

¿Qué haré del Rey?

RICARDO.

Justificar la causa,
y si merece muerte, darle muerte;
que sin probanza y satisfecho el mundo
de su maldad, no es justo que lo intente.

FINEO.

Nombra juez.

RICARDO.

Hoy hice a un estudiante
juez de la nobleza.

FINEO.

¿Quién?

RICARDO.

Florante.

FINEO.

¿Qué te movió?

RICARDO.

No más de parecerse
tanto a Leonida.

FINEO.

Es permisión del cielo,
porque juzgue su muerte aquella vida
que más parece al rostro de Leonida.
¿Hallaráste a la vista deste pleito?

RICARDO.

Aunque excusar quisiera el ver la cara
de mi yerno cruel y de Rosardo,
será fuerza, pues soy la parte.

FINEO.

¿Cuándo
será la primer vista?

RICARDO.

Luego al punto,
porque della resulte prisión fuerte
al Rey si le culparen desta muerte.

FINEO.

Capitán.

CAPITÁN.

¿Qué me mandas?

FINEO.

Traed los presos
y llamad al juez de la nobleza.

CAPITÁN.

Voy a servirte.

RICARDO.

¡Ya mi pena empieza!

(*Entra* LEONIDA *con capa, y gorra, y vara, y* LUCINDO *de relator.*)

LEONIDA. Vengo a besarte los pies
por la merced recibida.
RICARDO. ¡Cielos, que ésta no es Leonida!
FINEO. No, mas su retrato es.
LEONIDA. Aqueste hidalgo he nombrado,
señor, para relator.
LUCINDO. Dadme los pies, gran señor.
RICARDO. A muy buen tiempo has llegado.—
Toma esa silla, Florante,
verás un pleito.
LEONIDA. Aquí en pie,
si te sirves le veré.
RICARDO. Es pleito muy importante
y requiere grande espacio.
Haz lo que te mando.
LEONIDA. Quiero
obedecerte: ya espero
pleito de asiento en Palacio.—
¿Qué es esto, cielo?
CAPITÁN. Aquí están
los presos.
RICARDO. Aquí me siento,
y sabe Dios lo que siento.
LEONIDA. Cielos, ¿qué presos serán?

(*Siéntase* LEONIDA *en alto,* LUCINDO *abajo, y el Rey de Escocia a un lado, y entren* OCTAVIO, ARMINDA, ROSARDO *y el rey* ALBANO.)

ALBANO. ¿Es aquél el Rey?
ROSARDO. El es.
ALBANO. ¿Y el juez el que está allí?
ROSARDO. Sin duda.
ALBANO. ¿Juez aquí?
ROSARDO. ¿Estrado y vara no ves?
ALBANO. ¿A juicio me han traído
en mi reino y en mi casa?
RICARDO. Tiemblo de verle.
ALBANO. ¡No pasa
entre bárbaros!
RICARDO. Si ha sido
tan infame tu delito,
¿cómo te han de recibir?
ALBANO. ¿Aquí me mandas venir?
¿Qué es lo que tienes escrito?
¿No basta haber usurpado
mi reino estando yo ausente?
RICARDO. El juez tienes presente.
Si queda determinado
lo que imagino de ti,
la espada será respuesta.
ALBANO. Vasallos, ¿lealtad es ésta?
¿Esto sufrís contra mí?
LEONIDA. Decid la causa de Albano,
relator.
LUCINDO. Esta es la causa
como la refiere Ibernia,
porque no hay otra probanza.
LEONIDA. El Rey, queriendo casarse
con Arminda, hermosa infanta
de las islas deste mar,
donde llegó con su armada
cuando iba a casar a Octavio
a Escocia, a Rosardo llama,
y escribiéndole un papel,
que mate a la Reina manda
con Fineo, a quien jamás
habló a la Reina palabra.
Convienen todos que fué
inocentísima y casta,
y un ejemplo de mujeres
heroicas.
ALBANO. Verdad es llana
que yo la mandé matar,
porque supe de unas guardas
que hablaba secretamente
a Fineo.
LEONIDA. Albano, calla,
hasta que Arminda nos diga
si allá concertó matalla
esa tu mano cruel.
ARMINDA. Sí concertó.
ALBANO. Cosa clara
que porque soy su enemigo
lo que dice me levanta.
ARMINDA. Yo digo verdad.
LEONIDA. Pues di,
¿no te contentas con darla
tan fiera y injusta muerte
sino que ya muerta tratas
que pierda aquella inocente
la honra, prenda más alta
que la vida y que mil vidas?
OCTAVIO. Aunque mi hermano te llamas,
obliga tu cruel intento,
viendo que una santa agravias,
a culparte de su muerte.—
Juez, quedando yo en guarda
de Arminda trató la muerte
de Leonida, ilustre y santa,
el Rey.
LEONIDA. Si tu hermano

te condena, ¿qué probanza
más cierta?

ALBANO. Es traidor conmigo,
y su información es falsa.

LEONIDA. Di, Rosardo, ¿qué razón
te dió el Rey para matarla?

ROSARDO. Un papel que por descuido
di a la Reina desdichada;
mas para mí bien sé yo
que está inocente.

RICARDO. ¿Qué aguardas
en sentenciarle a la muerte?

LEONIDA. Fineo, ¿diste la causa
al Rey de celos jamás?

FINEO. Si hablé a la Reina palabra
aquí me castigue el cielo.

ALBANO. Oye, Juez, ¿qué te cansas?
Ya no puedo yo sufrir
ver que todos cuantos hablan
mi noble mujer abonen,
que aunque he dicho que es culpada
es por la vida o la afrenta
que a mi sangre y a mi casa
resultara de su muerte.
No pruebes más, esto basta.
Yo estoy tan arrepentido
y siento tanto en el alma
haber dado muerte a un ángel,
que antes que este pleito vaya
a la sentencia debida
por términos y probanzas
quiero sentenciarme yo,
y ansí digo que mañana
mandes cortar mi cabeza
en una pública plaza.
Vesme aquí, Rey, a tus pies.

RICARDO. ¿Quién ha de mirar tu cara?

ALBANO. Sólo te pido, señor,
que para mayor venganza
de la Reina este juez
trueque la vara en espada,
y por lo que le parece
ejecute el golpe.

LEONIDA. Para;
no te aflijas.

ALBANO. ¿Qué he de hacer,
si eres ángel que esta vara
tomaste en forma de aquella
cuya sangre al cielo clama?

LEONIDA. Rey, perdona a un Rey que llora.

RICARDO. Ese imposible se iguala
con resucitar Leonida.

LEONIDA. ¿Y si vive?

RICARDO. ¡Qué pesadas
esperanzas!

LEONIDA. Si la doy
viva, ¿son ciertas o falsas?

RICARDO. Si ella vive, yo perdono
al Rey.

LEONIDA. Pues yo soy, que sana
de aquella mortal herida
esta ocasión aguardaba
para que a Albano perdones,
que, en fin, le adoro.

RICARDO. ¡Qué ingrata
has sido en sufrir mi pena!

ALBANO. Temblando un traidor te abraza.

LEONIDA. ¡Oh cuánto, esposo, me debes!

OCTAVIO. Todo lo demás que falta
a senado tan discreto
no es bien decirlo, que cansan
premios, sentencias, perdones
cuando la historia se acaba,
que su autor, para serviros,
llamó *El Juez de su causa.*

FIN

ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

PÁG.	COL.	LÍN.	
6	2	32 y 33	Estos dos versos dirían: "Más lo estoy yo por el que | es muy perfecto cristiano".
7	2	16	Este verso quizá deba decir: "que yo, por poder miralla,"
7	2	40	Así en el texto; pero debe ser "por acá".
8	1	última	Portuguesismo. Diría: "que aun desto trató verdad."
8	2	12	Otro lusitanismo. Diría: "pues aguardá en este puesto" y no "neste".
16	2	26	"ensañamiento". Debe ser "enseñamiento".
19	1	13	"que le hizo". Debe ser "que se hizo".
19	1	46	"en lo divino". Debe ser "en el divino".
21	2	28	Para que conste el verso deberá decir: "con tan grande falsedad."
22	2	27	"a ayudaros". Debe ser "de ayudaros".
26	2	43	"Pues si a la gloria me mudo". Deberá ser "Pues si me mudo a la gloria."
32	1	23	"aldeando". Debe ser "haldeando".
56	1	42	"mares, agora". Debe ser "mares, agota".
61	2	4	"trujo aquesta". Debe ser "trujo a aquesta".
66	1	21	"porque el más". Debe ser "porque ès el más".
87	2	16	Este verso lo debe decir Don Diego.
105	2	26	"cualquiera". Debe ser "cualquier".
120	2	49	"¿Pues qué ha". Debe ser "¿Pues de qué ha".
121	1	42 y 43	Estos dos versos deben leerse: "Pensé en él con tanto afeto, | que de pensar vine a amar."
150	1	37	Este verso quizá se escribiría "quiso pasar una siesta" y no "dar".
157	1	42	"moro, Nuño". Debe leerse: "moro a Nuño."
216	1	26	"pedirle Alfreda". Debe leerse: "pedirle a Alfreda".
247	1	21	"Alfreda, mirá". Debe leerse: "Alfreda, mire."
249	1	14	"Si para mí buscar bien". Debe leerse: "Si para mí buscas bien."
250	2	29	"sacra tea". Debe leerse "sacra dea".
277	1	10	"procura matarla". Debe leerse "sa- "sacra dea".
277	1	10	"procura matarla". Debe leerse "procuraba matarla".
285	1	39	"hablar con un terrado". Debe leerse "hablar en un terrado".
314	2	35	Este verso y los dos siguientes los dice también Albano.
327	1	45	Este verso deberá leerse: "En ausencia y en presencia."
330	1	34	"feo Capocho". Debe ser "seo Capoche".
338	1	46	"De confesión." Debe ser "De confusión."
344	1	25	"y esa quien fuere". Debe ser "y sea quien fuere".
350	1	22	"tan hembras". Debe leerse "tanto hembras".
351	2	45	"doradas plantas". Debe leerse "dorada planta".
352	2	29	"Enrique". Debe leerse "Carlos".
370	1	18	"o si su piedad". Debe leerse "O si tu piedad".
392	1	10	Este verso sè deberá leer: "cetro goza del laurel".
392	1	13	El manuscrito dice: "tiene hemisferio mayor".
393	2	2	"de tan noble favor". Debe ser "de tan notable favor", según el ms.
394	2	41	"Eusenio". Debe ser "Ausonio".
394	2	43	"casamiento". Debe ser "matrimonio".
395	1	41	"sonorosa salva". Según el ms., "honrosa y rica salva".
396	1	8	"la faz me lo dice". Debe ser "la fama lo dice".
396	1	9	"si honrarme quiere". El ms. dice: "si ven honrarme."
396	2	8 y 9	El ms. refunde estos dos versos en uno que dice: "soy, y vuestro esclavo humilde."
396	2	37	"que no esté". Debe ser "que yo esté".
396	2	44	"haya venido". Debe ser "hoy ha venido".
397	1	14	Después de este verso, añade el ms. con acierto este otro: "o la fineza que encubre."
397	1	22	"los sujetos". Debe ser: "los efetos."
397	1	31	Después de este verso, añade el ms. "de suerte que las oía".

PÁG.	COL.	LÍN.	
397	1	41	"gloria dichosa". Debe ser: "glorias dichosas."
397	1	41	El ms. lo pone así: "¿Por aquesto no podía."
398	1	16	"Cuando en." El ms. dice: "Lo que en."
398	1	37	"si ha de venir." El ms.: "si he de venir."
398	1	39	"vistas de mejor". El ms.: "vistas de mayor."
398	1	45	"Aguardarle." El ms.: "a aguardarle."
398	1	47	"los cielos". El ms.: "los celos."
398	2	5	"Ya que eso". El ms.: "¿Y aqueso."
398	2	17	El ms. pone este verso así: "se ha de descubrir aquí." La quintilla que sigue falta en el ms., el cual, en lugar de ella, intercala estos versos:

y descubierto, señor,
presumirá que has sabido
algo en mengua de tu honor;
y el darte por entendido
hace la afrenta mayor.
Bien sé que de la Condesa
puedes vivir confiado
porque tu lealtad profesa;
mas si el Rey tanto te ha dado
el deshacerte interesa.
CONDE. Eso mismo anima aquí
a mi sospecha forzosa,
pues si ello es claro ansí
que nace el honrarme a mí
de ser la Condesa hermosa,

PÁG.	COL.	LÍN.	
398	2	última	"y está." El ms.: "tu esposa."
399	1	4	El ms. no trae este verso.
399	2	5	El ms. trae este pasaje así:

Fuése, y tras de sí las puertas
cerró por mi bien, Valón.
VAL. Ella es noble y muy discreta:
admírome, por quien soy,
de ver mujer tan discreta.

PÁG.	COL.	LÍN.	
399	2	8	"a la oscura." El ms.: "a lo escuro."
399	2	13	"tu dorada." El ms.: "tu tiznada."
399	2	38	Falta este verso en el ms.; y, en cambio, pone éstos:

VAL. Tú ¿de qué fabricas ésto?
COND. De pensar que ha dado el Rey
de pretender esta prenda,
donde mi amor ha fundado
mil torres de amor soberbias.

PÁG.	COL.	LÍN.	
400	1	23	"Usadas con las." El ms.: "usadas de los."
401	1	5	"siempre señor fuí." El ms.: "siempre fénix fuí".
401	1	48	"solos pues". El ms.: "soles pues."
401	2	2	Este verso dice en el ms.: "hazaña a cualquier efeto."
401	2	41	"Lipona." En el ms.: "Hispona."
402	1	18	"esta quietud." En el ms.: "esta inquietud."
402	1	32	"muerto al viento." En el ms.: "muerto Eduardo."
403	1	22	"Lipona." En el ms.: "Lispona."
404	1	39 y 40	En el ms. estos dos versos dicen: "hechas cecina | las partes que se juntan con la posta.
405	1	27	"que haya una". En el ms.: "que hay una."
405	1	27	"que vería". El ms.: "que le cría."
405	2	29	El ms. pone "navegados", que tampoco es buena lección.
407	2	47	"a mi persona". Debe ser: "o mi persona."
408	1	30	"por vos, hijos." El ms.: "porcios hijos."
410	1	14	Después de este verso, el ms. intercala éstos:

VAL. Me quiero hacer...
PORCIA. Di.
VAL. ¡Ay, que tengo
vergüenza, Porcia hermosa;
porque no hay cosa en mis huesos,
cuando estos palos recuerdo...
PORCIA. ¿Qué quieres hacer de ti,
que tengo priesa.

PÁG.	COL.	LÍN.	
410	2	20	En lugar de este verso, pone el ms. este otro: "que en las mercedes que su rey le ha hecho."
410	2	21	"ciertas." El ms.: "inciertas."
410	2	25	"hablan." El ms.: "ablanden."
410	2	29	"halló." El ms.: "abrió."
411	1	1	"que si". El ms.: "que así."
411	1	4	"¿Sabe." El ms.: "Sabed."
411	1	24	"grande gusto." El ms.: "gran defecto."
411	1	42	"no por vos." El ms.: "no por rey."
411	1	43	"saber." El ms.: "favor."
411	1	48	"mía." El ms.: "prima."
411	1	49	"Consultado." El ms.: "Consultadlo."
412	1	7	"pretenden fin." Debe ser: "pretende en fin."
412	1	última.	"que el señor." El ms.: "que el honor."
413	2	4	Este verso y el que sigue están en el ms. así:

LAURENC. ¿Estás sin culpa?
CONDE. Mi honor,
que os sabe imitar es llano.

PÁG.	COL.	LÍN.	
413	2	8 y 9	Estos dos versos dicen en el ms.: "el que por alcaide voy | del Conde.
413	2	12	"ha de ver." El ms.: "he de ver."
413	2	13	"¿de qué pudo ser." El ms.: "que ha podido ser."

PÁG.	COL.	LÍN.	
413	2	35	Después de este verso el ms. intercala éste: "digno de castigo, no..."
414	1	5	En lugar de este verso, el ms. pone éstos: "se opondrá con falso trato | como a Roma Viriato."
414	1	16	"menos privado." El ms.: "menospreciado."
415	1	25	"que a error." Debe ser: "que al error."
415	1	30	"da la inquietud." Léase: "de la inquietud."
415	1	35	"los secretos." El ms.: "los efetos."
416	1	28	Después de este verso prosigue el romance en el ms., así:

Era doña Sol casada
y en tanto estimó su honor
que a los combates del rey
invencible se mostró."

CONDE. Parece que va cantando
mi misma historia esta voz;
pues si esto pasó en España
en Hungría pasa hoy.
Atento quiero escuchar
en qué esta historia paró,
que tanto imita la mía,
si me deja la pasión.

MÚS. "Viendo su rigor el rey,
para obligarla mejor
metió a su esposo inocente
en una escura prisión,
y dijo que le daría
la muerte, si ella a su amor
no le daba agradecida
vida con su posesión.
Mas afeó su hermosura,
Sol, viendo que esto causó
y enseñóse al Rey, llagada,
por quien su intento dejó."

CONDE. ¡Oh, valerosa española,
tan digna de eternizarse
y en las memorias quedarse
por fénix del honor sola!
Pero cantar a mi oído
agora aquesta canción,
tan cerca desta prisión
algún misterio ha tenido.
Si es ya público el agravio
que el Rey ha intentado darme
y aqueste ejemplo cantarme
quiso aquí algún hombre sabio,
que Margarita lo oyera
hoy a mi honor importara,
porque antes se abrasara
que a mi honor ofendiera.
Pero mujer que cortar
quiso una mano besada,
si se ve más apretada
también la sabrá quemar.
¡Ay de mí! Mi esposa ha entrado;
que duermo quiero fingir;
mas ¿cómo podrá dormir
quien tiene tanto cuidado?

(Hace el CONDE *que duerme y sale* MARGARITA.)

MARG. Mil puertas, Porcia, quebrara
y cien mil puertas rompiera
para ver al Conde.

PORCIA. ¡Oh, fiera
intención, aunque fué rara!
¿La lealtad tuvo, señora,
padre que a un hijo metió
en tal prisión?

MARG. El cumplió
con la ley de honor agora.
Mas, aunque el Rey ha llevado
las llaves de la prisión,
la fragua de mi afición
otras, amiga, ha forjado.

PORCIA. Mi señor durmiendo está.

MARG. ¡Ay, dulce prenda querida!
¡Mal haya, mi bien, la vida
que aquesta inquietud nos da!
¡Vos preso!, ¡vos con cadena!
De un padre fué la lealtad;
mas también fuera crueldad,
pues que vió de culpa ajena
la vuestra. Pero si honor
de otra suerte os aprisiona
para honrar vuestra persona
cadenas tiene mi amor.
Ellas unirán de suerte
la vuestra, Conde querido,
que antes que se vea ofendido
vuestro honor, jure mi muerte.

(Entre sueños el CONDE.)

Pretenderle defender
del Rey con tanto valor
dice el mundo que es error...

MARG. Eso ¿cómo puede ser?

PORCIA. El Conde hablando está
y duerme, señora mía.

MARG. Honor en su fantasía
mil quimeras fundará.

CONDE. Porque es señor natural,
y el que en su real presencia
hace en nada resistencia
desdice de ser leal...

MARG. Sí, mas lo que él intenta
es contra derecho y ley,
¿se ha de querer, porque es Rey?

CONDE. Aunque nazca dello afrenta.

MARG. Despierto diréis que no.

CONDE. Siempre se ha visto vencer
al mayor muro el poder...

MARG. No hará mientras viva yo.

CONDE. Yo soy el Rey y enviaré
soldados y artillería...

MARG. Yo Condesa, que este día
todo lo resistiré.

CONDE. General, será el favor

PÁG.	COL.	LÍN.	

con el agravio embozado...
MARG. Para vencer tal soldado
hay sangre noble y valor.
CONDE. Infantes, serán suspiros
que a ablandar irán delante...
MARG. Siendo mi pecho diamante,
resistirá aquesos tiros.
CONDE. La bala de un marquesado
se tirará la primera...
MARG. El reino en que amor impera
sólo el honor tiene estado.
CONDE. De un mayordomo mayor
irá embistiendo el oficio...
MARG. Como es cargo que da el vicio
hará más peso a mi honor.
CONDE. Partiráse el Rey a dar,
soberbio, a esta guerra efeto.
MARG. Aunque el Rey mueve a respe-
el Rey no tendrá lugar; [to,
y si no probad mis brazos,
como que vos sois, señor,
y veréis si mi valor
no os hace, por Rey, pedazos.
CONDE. Ya voy.
MARG. Venid.

(*Entre sueños hace que abraza al viento y abraza la* CONDESA *y despierta abrazado della.*)

CONDE. Esperad.
MARG. Despertad, bien de mi vida.
CONDE. ¡Ay, Margarita querida!,
la victoria incierta está;
pues cuando intento vencer,
aun en sueño imaginado,
mi mayor fuerza he hallado
en brazos de una mujer.
MARG. No dudéis de su valor,
que al Rey sabrá resistir;
si en sueños le hice fingir,
despierto mucho mejor.
Pero, mi bien, ¿cómo estáis?;
¿qué rigor de injusta estrella
a nuestro amor atropella?

416	I	37	"¡Crueldad ha sido!" El ms.: "¡gran crueldad ha sido!"
416	I	48	"¿Quién el alma." El ms.: "¿Quién es alma."
417	I	11 y 12	Estos dos versos en el ms. dicen: "no lo niegues, pues lo siente | ya mi cuello."
417	I	32	"¡Mira, mira el cordel." Debe leerse: "¡Mira el cordel."
417	I	36	"quiere saber." Debe ser: "quieres saber."
417	2	penúlt.	"De haber muerto." Debe ser: "De ver muerto."
418	2	21	"le está aquel." Debe decir: "le está a aquel."
418	2	40	Desde este verso el ms. sigue con estas variantes:

y no hallaba quien le diese.
PORCIA. ¡Ah, Margarita, ah, mi bien!
MARG. ¿Quién por mí te ha preguntado?
VAL. El Conde, mi señor, es,
que esta[ba] en aquesta hilera;
bien lo debes conocer.

418	2	47	"entre estos establos?" El ms.: "entre estos estaba?"
419	I	36	"Florena." Debe decir: "Lorena."
419	I	38	"ha en nubes." Debe decir: "ha en vos."
419	2	36	Después de este verso sigue el ms.:

A donde Vuestra Alteza
ha de pasar la noche, este es el cuarto,
caja desa belleza.
REINA. Adiós, que a recogerme, duque, parto
y apenas en la fría
noche hasta ver del Rey el claro día;

420	I	27	"aunque tirano." Debe ser: "aunque a tirano."
420	2	18	El ms. pone este verso así: "discreto en esto de honores."
422	I	8	"me he fingido." Debe decir: "me ha fingido."
422	2	44 y 45	Estos dos versos en el ms. dicen: "a pedirme eso que estaba | mi pecho ya arrepentido."
424	2	18	Este verso en el ms. dice: "me hirió, que a nadie perdona."
465	2	36	"que tal ha venido." Debe ser: que tal has venido."
500	I	7	"hay lo mismo." Debe decir: "hay la misma."
506	I	4	"le dan precisos." Debe ser: "le dan preciosos."
506	I	8	"INFANTA." Debe ser: "ISABEL."
512	2	35	"crisol." Debe decir: "cristal."
519	2	4	"mal me sucediese." Debe decir: "mal te sucediese."
533	2	4	Después de este verso, los tres que siguen deben leerse por este orden: "Como me vió peregrino, | con razonable persona, | que la nobleza embozada."
539	2	26	"a pedirla." Debe leerse: "a pedírosla."
540	I	29	"y le quiso matar." Debe ser: "y la quiso matar."
549	I	21	"que peregrina." Debe leerse: "que peregrino."
549	2	3	"En casa de." Debe ser: "En cas de."
550	I	25	"Mis hermoso." Debe leerse: "Mis hermosos."
550	2	12	"ese no sé que llevas." Debe ser: "ese no sé qué que llevas."
554	encabezado	7	"Un Indio." Debe decir: "Un Judío."
557	2	5	"¿dejaste de conocer." Debe ser: "¿dejástete conocer."

PÁG.	COL.	LÍN.	
558	1	42 a 49	Pasaje muy alterado: faltan dos versos.
560	1	49	"a casa que falte." Deberá ser: "a casa en que falte."
561	2	29	"Falta un verso después de éste.
561	2	39	"Otras tan infames." Deberá ser: "Obras tan infames."
562	2	18	"mis venganzas iguale." Quizá deba ser: "mis venganzas aguante."
562	2	42	"el premio de autoridad." Debe ser: "el premio da autoridad."
565	1	16	"os ha quitado." Debe decir: "os han quitado."
566	1	5	Falta un verso después de éste, para el pareado.
572	2	45	"*y un* INDIO." Debe decir: "*y un* JUDÍO."
574	2	30	"BÁRBULA." Debe ser: "LEONOR."
576	1	30	Entre este verso y el que sigue faltan dos versos para formar décima."
577	1	16	Faltan dos versos a esta décima.
583	2	23	"literas ten." Debe ser: "literas son."
587	1	44	"Señor," Debe decir: "Sí, señor,"
587	2	37	"memorias." Debe ser: "Memoria", para consonar con "gloria".
595	1	31	"a su espera." Debe decir: "a su esfera."
623	1	17	"Mi señora." Debe ser: "Mi señor."
623	2	49	Este verso se leerá: "hace fuego y leña encierra."
625	2	26 y 27	Estos versos deben escribirse con interrogante.
632	2	29	Falta un verso después de éste para la redondilla.
641	1	15	"que preto vivo." Debe ser: "que preso vivo."

VARIANTES DE LA COMEDIA *El Juez en su casa*, en la *Parte XXVIII* de *Varios autores*. Huesca, 1634.

El encabezado (folio 109) dice: "El Juez de su causa. Comedia famosa. De Lope de Vega Carpio.—Representóla Avendaño.

Hablan en ella las personas siguientes:

Leonida, Reyna.	*Albano, Rey.*	*Reynaldo.*
Fabia, dama.	*Octavio.*	*Lucindo.*
Algunos pescadores.	*Tiberio.*	*Eliso y Feniso.*
Arminda.	*Rosardo, Capitán.*	*Ricardo, Rey de Escocia."*
Clavela.	*Fineo.*	

PÁG.	COL.	LÍN. (DE ESTE VOLUMEN).	VARIANTES.
648	1	14	a quedar viva después.
"	2	11	En eso veréis que soy.
"	"	12	a quien sin vos dejáis.
"	"	23	y quiero.
"	"	26	siento el verme.
"	"	29	el ausencia.
649	1	36	de la palabra.
"	"	37	esa doy.
"	"	44	Persuadilda.
"	"	47	está cierta.
"	2	8	salud está.
"	"	10	esto que dejáis.
"	"	13	¿Está cogida la red? (Lirano y Floro que hablan aquí no figuran en la lista de personas.)
"	"	32	Ergasto.
"	"	34	saca vinagre.
649	2	46	de oficio humano. (Ergasto no figura en la lista.)
650	1	2	Después de este verso, hay éste: LIRANO. Pues no, y aun de haber comido.
"	"	6	Falta este verso.
"	"	18	en la Cabañal.
"	"	24	todo el mar se inquiete. (Falta el "ya".)
"	2	2	de las cazas.
"	"	3	resuelta.
"	"	4	De las gracias.
"	"	6	que si tuviera en el mar.
"	"	10	Miseria de aquella nave.
"	"	28 y 29	*Vanse y sale Arminda con venablo de caza y Clavela pastora.*
"	"	34	y hasta en los mismos peces.
"	"	42	te criaste.
"	"	48	salió de la mar un día.
651	1	25	*Salen los pescadores.*
"	2	14	y fruta a este tiempo.
"	"	últ.	la gente.
652	1	8	triste albergue.
"	"	22	(Faltan este verso y los tres que le siguen.)
"	"	36	triste puerto.
"	"	39	a quien me debo.
"	2	3	y en vuestra fuerza se.
"	2	11	dar de comer.
"	"	18	comerán sin ventura.
653	1	41	amor las guía.
"	"	44	la tortolilla suspira.
"	2	17	dejóme en el gobierno.
654	1	21	si acaso fías de mí.
655	1	14	del mar fuese tan cierto.
"	2	3	de tiranizarle el reino.
"	"	10	Este es el fin de un loco atrevido.
"	"	34	espera ser.
656	1	1	cuando de la mar incierta.
"	"	23	mayor mal.
"	"	33	a poder pasar el mar.
"	"	43	ha de haber vano.
"	2	33	apaga tu fuego.
"	"	41	(Este cuarteto está así:)

Déjame aquí para leal testigo
del engaño que deja comenzado
y es fuerza que de mí quede engañado,
que a tal hermano, tan fingido amigo.

"	"	47	de su llanto.
"	"	49	en tus ondas.
657	1	3	(Este verso y el siguiente los dice

PÁG.	COL.	LÍN.	
			Arminda: el tercero lo dice ya Reinaldo.)
"	"	30	vuestras islas.
"	2	12	al mar cano.
"	"	13	en el golfo.
"	"	28 y 29	(Estos dos versos están así:) en el mismo rigor de tanta culpa | pero de mil historias le darás disculpa.
658	I	19	(Faltan este verso y los siete que le siguen.)
"	"	29	te diere alguna.
"	"	36	(Faltan este verso y los siete que le siguen.)
"	2	16	ausencia tuya.
"	"	25	el escocés dirá que eres culpada.
659	I	36	fortifique lo que.
659	I	38	mayores fuerzas.
659	2	20	(Faltan éste y los 17 siguientes versos.)
660	I	4	(Faltan este verso y los siete que le siguen.)
"	"	28	(Faltan este verso y los 39 que le siguen.)
"	2	34	Esto es lo cierto.
661	I	4	(Faltan este verso y los 36 siguientes a él.)
"	2	19	A Escocia presto.
"	"	últ.	la muerte bebo.
662	I	9	adivinarla.
"	"	43	mi honor.
"	2	30	si yo lo siento.
663	I	14	notable confusión.
"	"	46	viniera a hablar.
664	I	11	mi honor, mi honra, mi fama.
"	"	15	La llave de mi honor te doy.
"	"	22	pues si es culpa de que temo.
"	"	23	con su culpa.
"	"	26	Sin medio proporcionado.
"	2	3	ni él tuvo amor.
"	"	7	(Falta este verso, que deja incompleta la octava.)
"	"	8	Ea, villano Fineo, quien te vía.
"	"	12	de mi venganza.
"	2	18	alguna injusta.
"	"	26	(Después de esta línea hay una acotación que dice:) *Sale Fabia con un pliego de cartas.*)
665	I	I	(Falta esta acotación.)
666	I	11	(Faltan este verso y los 24 que le siguen.)
"	"	50	(Faltan este verso y los tres que le siguen.)
"	2	7	(Faltan éste y los 16 que le siguen.)
667	I	2	caballo y guardar.
"	"	4	correle.
"	"	33	(Faltan este verso y los cinco siguientes.)
"	2	19	su tristeza.
"	"	30	(Faltan este verso y los cinco siguientes.)

PÁG.	COL.	LÍN.	
"	"	36	No es razón que vean. (Falta el "Que" del principio.)
668	I	8	(Faltan éste y los 11 versos que siguen.)
"	2	41	lobo fiero.
669	I	3	(Falta esta acotación.)
"	"	23	si ha de volver.
670	I	I	alas, brío.
"	"	21	sacar la daga.
"	2	28	Gente es ésta.
"	"	29	(Falta esta acotación.)
671	I	13	(Falta esta acotación.)
"	"	30	Gente viene, si es.
"	2	9	Verdad es, y yo la oí.
"	"	36	Floro.
"	"	44	a consumir.
672	I	12	el de la pratica olvida.
"	"	13	que el bien es la malquerida.
"	"	18	que a dejarte.
"	"	23	(Faltan éste y los nueve versos que le siguen.)
"	"	41	pasarte te vía.
"	2	22	(Faltan éste y los nueve versos que siguen.)
"	"	30	para el día.
673	I	37	(Este verso y los tres siguientes, faltan.
"	2	14	propuso al reino tu hermano.
674	I	4	encaneció los peñascos.
675	I	I	afligen.
"	"	20	y de armada a armada.
"	"	33	al que es ha desembarcado.
"	"	49	de defenderte excusado.
"	2	6	proponga el pleito y disculpa.
676	I	11	(Faltan este verso y los 27 que le siguen.)
"	"	40	tal desdicha.
"	2	24	(En lugar de este verso, dice:) ¿Vióse mudanza tan presto?
"	"	45	y Arminda.
677	I	4	ni decillo eternamente.
"	"	11	y de tu error.
"	2	últ.	que los enemigos ciertos.
678	I	18	No escribáis sin que miréis.
"	"	26	advertimiento.
"	I	41	Leonida y no Lucindo.
"	2	13	(Faltan este verso y los 28 que le siguen.)
"	"	42	Lucindo. Cajas suenan, por aquí.
679	2	8	(Faltan esta palabra "Solo" y los 12 versos siguientes.)
"	"	24	(Este verso lo dice Ricardo, así como los cuatro que siguen.)
"	"	28	(Después de "soldados", dice la acotación:) "*Vase.*"
"	"	últ.	Pues cómo.
580	I	3	y quisiera impedir.
"	"	40 y 41	(Esta dice:) "*Vanse, y desembarque el rey* Albano, Octavio, Arminda *y* Reinaldo, *y algunos soldados.*"
"	"	42	(Faltan este verso y todos los que

PÁG.	COL.	LÍN.	
			siguen hasta la acotación de la página 681, columna 1.ª, líneas 9 y 10.)
681	1	34	padecerá mi muerte.
"	2	15	(Estas palabras las dice también Rosardo.)
"	"	17	que luego.
682	2	17	Elije en mi reino todo.
"	"	50	(Después del verso, dice:) "*Vase.*"
683	1	31	Pues mejórase el suceso.
684	1	21	(Después de esta línea hay la acotación que dice:) "*Sale el Capitán.*"
684	2	9	(Falta la palabra "Leonida", de modo que este verso y los 12 siguientes hasta la palabra "heroicas", y ésta también las sigue diciendo Lucindo.
"	2	38	contentas de darla.
"	"	penúlt.	Conmigo el Rey.
685	1	26	(Falta este verso y los 11 siguientes. Sigue, pues, hablando Albano y no hay este nombre en la última línea de esta columna.)
"	2	7	no llores.
"	"	8	¿Pues, qué he de hacer?
"	"	15	¿Y vive?





